



**VIKRAM  
CHANDRA  
&  
JUEGOS  
SAGRADOS**

NOVELA

Lectulandia

Juegos sagrados es una fabulosa novela épica sobre la amistad, la traición, la violencia, el poder de una deslumbrante ciudad moderna y su parte oscura. Heredera de la narrativa victoriana de las mejores historias de misterio, Juegos sagrados es una novela apasionada y apasionante, intrigante e inteligente.

«La novela nació a partir de numerosos encuentros y se mueve por todos esos paisajes: un agente de policía se enamora; una mujer joven se marcha a la gran ciudad para convertirse en estrella de cine; una joven intenta comprender qué ha sido de su familia en medio del caos político y los asesinatos en masa; una viuda lucha contra la pobreza y las presiones urbanas que tuercen las vidas de sus jóvenes hijos; un agente secreto novato e inexperto conduce a una patrulla del ejército hasta los inhóspitos y helados picos del Himalaya; una mujer astuta e inteligente acepta dinero turbio para producir programas de televisión sobre el sufrimiento de las mujeres; un estudiante universitario idealista, acosado por la policía y los políticos locales, se refugia en las filas de las guerrillas maoístas; un dirigente religioso de derechas celebra un enorme yagna o sacrificio para los ciudadanos de Bombay; un conocido y despiadado líder dirige una banda que acumula victorias y descubre el extraño vacío de conseguir lo que uno quiere».

**Lectulandia**

Vikram Chandra

# **Juegos sagrados**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *Sacred games*  
Vikram Chandra, 2007  
Traducción: Dora Sales  
Diseño de cubierta: Crush Design & Art Direction

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,  
y más libre el que más sabe...  
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,  
sino dad alas;  
no la de pensar,  
sino dad pensamiento.*

*La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”*

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Para Anuradha Tandon  
y S. Hussain Zaidi

## DRAMATIS PERSONAE<sup>[1]</sup>

**Sartaj Singh:** inspector de policía sikh en Mumbai.

**Katekar:** agente de policía que trabaja con Sartaj Singh.

**Shalini:** esposa de Katekar.

**Mohit y Rohit:** sus hijos.

**Sra. Kamala Pandey:** mujer casada y azafata de vuelo que tiene un amante, un piloto llamado Umesh.

**Kamble:** ambicioso inspector de policía que trabaja con Sartaj Singh.

**Parulkar:** subinspector de la policía de Mumbai.

**Ganesh Gaitonde:** conocido gángster y *don* hindú, líder de la banda-G en Mumbai.

**Suleiman Isa:** gángster y don musulmán muy temido, líder de una banda rival en Mumbai.

**Paritosh Shah:** tipo extremadamente talentoso que maneja dinero para los gángsters, incluido Ganesh Gaitonde.

**Kanta Bai:** mujer de negocios que trabaja con Paritosh Shah y Ganesh Gaitonde.

**Badriya:** guardaespaldas de Paritosh Shah.

**Anjali Mathur:** agente secreto del gobierno que investiga la muerte de Ganesh Gaitonde.

**Chotta Badriya:** guardaespaldas de Ganesh Gaitonde y hermano pequeño de Badriya.

**Juliet (Jojo). Mascarenas:** productora-agente de televisión para aspirantes a actores y modelos... y madame de clase alta.

**Mary Mascarenas:** hermana de Jojo, trabaja como peluquera.

**Wasim Zafar Ali Ahmad:** trabajador social en un barrio pobre de Mumbai, tiene aspiraciones políticas.

**Prabhjot Kaur, «Nikki»:** madre de Sartaj Singh, originaria del Panjab.

**Navneet:** su querida hermana mayor.

**Ram Pari:** sirvienta de la madre de Nikki en el Panjab.

**Bunty:** mano derecha y coordinador de Ganesh Gaitonde.

**Bipin Bhonsle:** político fundamentalista hindú a quien Ganesh Gaitonde ayuda a ser elegido para un cargo público.

**Sharma (alias «Trivedi»):** aliado de Bipin Bhonsle que también trabaja, a través de intermediarios, para Swami Shridhar Shukla.

**Swami Shridhar Shukla, «Guru-ji»:** gurú y nacionalista hindú, consejero espiritual de renombre internacional, que se convierte en el mentor espiritual de Ganesh Gaitonde.



**Subhadra Devalekar:** esposa de Ganesh Gaitonde y madre de su hijo pequeño.

**K.D. Yadav (alias «Sr. Kumar»):** agente pionero del servicio de inteligencia indio que «dirigió» a Ganesh Gaitonde y se convirtió en mentor de Anjali Mathur.

**Sr. Kulkarni:** agente secreto que dirigió a Ganesh Gaitonde después de K.D. Yadav.

**Mayor Shahid Khan:** agente del servicio de inteligencia paquistaní que es el cerebro de una operación de falsificación de dinero contra la India.

**Shambhu Shetty:** propietario del dance bar Delite.

**Iffat-bibi:** tía materna de Suleiman Isa y una de sus principales *controllers* en Mumbai.

**Majid Khan:** inspector de policía en Mumbai, colega de Sartaj Singh.

**Zoya Mirza:** actriz y estrella emergente en la industria del cine indio.

**Aadil Ansari:** hombre educado pero pobre, procedente de una pequeña ciudad rural, que huye a Mumbai para escapar de los conflictos violentos en su Bihar natal.

**Sharmeen Khan:** hija adolescente del comandante Shahid Khan, que se traslada a Estados Unidos para trabajar en Washington DC, y se lleva con él a su familia: esposa, hija y madre.

**Daddi:** madre de Shahid Khan, originaria del Panjab; para su familia es musulmana, pero esconde un secreto.



## JORNADA DE POLICÍA

Un lulú blanco llamado Fluffy salió volando por la ventana de un quinto piso en Panna, un flamante edificio nuevo que todavía tenía a su alrededor el andamiaje de los pintores. Fluffy aulló todo el tiempo mientras caía, como una pequeña tetera blanca liberando vapor, rebotó sobre el capó de un Cielo, y derrapó hasta detenerse cerca de una fila de colegialas que esperaban el autobús para ir al convento de Saint Mary. Sorprendentemente hubo poca sangre, pero la visión de los sesos de Fluffy hizo que las alumnas del colegio de monjas se pusieran histéricas, y, mientras tanto, arriba, el hombre que había zarandeado a Fluffy por encima de su cabeza agarrándolo por una pata, que había arrojado a Fluffy al vacío, un tal señor Mahesh Pandey de Textiles Mirage, ese hombre estaba apoyado en el alféizar y estaba riéndose. La señora Kamala Pandey, quien al hablarle a Fluffy siempre se refería a sí misma como «mami», en aquel momento se tambaleó y corrió a la cocina y arrancó del soporte magnético un cuchillo de veintidós centímetros de largo y cinco de ancho. Cuando Sartaj y Katekar echaron abajo la puerta del apartamento 502, la señora Pandey estaba de pie frente a la puerta del dormitorio, mirando intensamente un tupido círculo de heridas de cinco centímetros de largo en la madera, más o menos a la altura del pecho. Mientras Sartaj miraba, ella suspiró, levantó la mano y volvió a acuchillar la puerta. Tuvo que agarrar el mango con las dos manos para sacar el cuchillo.

—Señora Pandey —dijo Sartaj.

Se giró hacia ellos con el cuchillo todavía agarrado con las dos manos, en alto. Tenía el rostro pálido, manchado de lágrimas, y pies desnudos diminutos bajo un camisón blanco.

—Señora Pandey, soy el inspector Sartaj Singh —anunció Sartaj—. Me gustaría que bajase ese cuchillo, por favor.

Dio un paso, levantando las manos con las palmas hacia delante.

—Por favor —repitió.

Pero los ojos de la señora Pandey estaban muy abiertos y perdidos, y, excepto por el temblor de sus antebrazos, estaba bastante quieta. El vestíbulo donde se encontraban era estrecho, y Sartaj podía notar a Katekar detrás de él, queriendo pasar. Sartaj dejó de moverse. Otro paso y se pondría fácilmente al alcance de cualquier movimiento del cuchillo.

—¿Policía? —Preguntó una voz desde detrás de la puerta del dormitorio—. ¿Policía?

La señora Pandey se sobresaltó, como si recordase algo, y después dijo «Bastardo, bastardo» y volvió a acuchillar la puerta. Ya estaba cansada, y la punta rebotó en la madera y la rascó, y Sartaj la cogió por la muñeca para empujarla hacia atrás y le quitó el cuchillo con bastante facilidad. Pero ella golpeó la puerta con las

manos, rompiéndose las pulseras, y su último arrebató de enfado fue difícil de sujetar y contener. Por fin, la sentaron en el sofá verde del salón.

—Dispárele —pidió—. Dispárele.

Después se cogió la cabeza con las manos. Había moretones verdes y azules en su hombro. Katekar estaba junto a la puerta del dormitorio, murmurando.

—¿Por qué se peleaban? —preguntó Sartaj.

—No quiere que vuele más.

—¿Qué?

—Soy azafata. Cree que...

—¿Qué?

Tenía unos extraordinarios ojos marrón claro, y estaba enfadada con Sartaj por preguntar.

—Piensa que desde que soy azafata no paro de alternar con los pilotos en las escalas —respondió, y giró la cara hacia la ventana.

En ese momento Katekar sujetaba al marido por el cuello. El señor Pandey se subió su sedoso *pajamas*<sup>[2]</sup> de rayas rojas y negras, y sonrió a Sartaj con aire confiado.

—Gracias —dijo—. Gracias por venir.

—¿Así que le gusta pegar a su mujer, señor Pandey? —le espetó Sartaj inclinándose hacia delante.

Katekar sentó al hombre de un empujón mientras este todavía tenía la boca abierta. Fue un gesto de gran precisión. Katekar era un agente de cierta antigüedad y un antiguo subordinado, un colega en realidad; habían trabajado juntos de forma intermitente, durante casi siete años.

—¿Te gusta pegarle y luego lanzas a un pobre cachorro por la ventana? ¿Y después nos llamas para que te salvemos?

—¿Ha dicho que le pego?

—Tengo ojos. Puedo verlo.

—Entonces mire esto —replicó el señor Pandey girando la mandíbula—. Mire, mire, mire esto.

Y se levantó la manga izquierda de la chaqueta del pijama, para revelar un reluciente reloj de plata y cuatro arañazos espaciados de modo uniforme, amoratados y profundos, que iban desde la parte interior de la muñeca hasta más o menos el codo.

—Más, tengo más —continuó el señor Pandey, y dobló la cintura, agachó la cabeza y la giró para apartar de la piel el cuello de la prenda.

Sartaj se levantó y rodeó la mesa de centro. Había una llaga roja irregular sobre el omoplato del señor Pandey, y Sartaj no podía ver cuánto continuaba hacia abajo.

—¿Cómo se hizo eso? —Quiso saber Sartaj.

—Me rompió un bastón de Cachemira en la espalda. Era así de ancho —respondió el señor Pandey formando un círculo con el pulgar y el índice.

Sartaj caminó hacia la ventana. Un grupo de chicos con uniforme se agrupaban

alrededor del pequeño cuerpo blanco allá abajo, empujándose unos a otros para acercarse a él. Las chicas del Saint Mary estaban chillando, con la mano sobre la boca, y suplicando a los chicos que parasen. En el salón, la señora Pandey miraba con intensidad a su marido, con la barbilla hundida en el pecho.

—El amor es un asesino *gaandu* —comentó Sartaj—. Pobre Fluffy

—*Namaskar*, Sartaj *saab* —llamó el *PSI* Kamble de punta a punta de la comisaría—. Parulkar *saab* estaba preguntando por usted.

La sala tenía unos siete metros y medio de ancho, con cuatro mesas de trabajo alineadas y cubriendo esa amplitud. En la pared había un póster de casi dos metros de Sai Baba, y un Ganesha debajo del cristal sobre la mesa de trabajo de Kamble, y Sartaj se había sentido impelido a añadir un retrato de Guru Gobind Singh en la otra pared, en una especie de retorcida demostración de secularismo. Cinco agentes se pusieron firmes de una sacudida, y después se dejaron caer en su habitual despatarramiento sobre las sillas blancas de plástico.

—¿Dónde está Parulkar *saab*?

—Con una manada de periodistas. Les está dando té y les está contando nuestra nueva iniciativa contra el crimen.

Parulkar era el comisario adjunto de la Zona 13, y su despacho estaba al lado, en un edificio aparte que era la jefatura del distrito. Adoraba a los periodistas, y tenía talento para ser jovial con ellos, y recientemente había desarrollado cierta habilidad para declamar pareados durante las entrevistas. A veces Sartaj se preguntaba si se quedaba hasta tarde practicando frente al espejo con libros de poesía.

—Bien —dijo Sartaj—. Alguien tiene que explicarles todo sobre nuestro duro trabajo.

Kamble dejó escapar una risotada.

Sartaj se sentó en la mesa al lado de Kamble y abrió de un tirón un ejemplar del *Indian Express*. Dos miembros de la banda de Gaitonde habían sido asesinados a tiros en un encuentro con la brigada móvil en Bhayander. La policía había actuado sobre la base de la información recibida y los había interceptado cuando se dirigían a las oficinas de una fabrica en esa zona; a los dos extorsionistas se les había dado el alto y se les había pedido que se rindieran, pero de inmediato dispararon a la brigada, que entonces contraatacó, etcétera, etcétera. Había una foto a color de civiles inclinándose sobre dos alargadas manchas rojas en el suelo. En otras noticias, había dos robos en Andheri Este; uno en Worli, que había terminado con la muerte a puñaladas de una pareja joven. Mientras leía, Sartaj podía oír al anciano sentado frente a Kamble hablando sobre la muerte lenta. Su *mausi* de ochenta años se había caído por un tramo de escalera y se había roto la cadera. La examinaron en la Policlínica Shivsagar, donde había soportado con su estoicismo habitual el implacable dolor en sus viejos huesos. Después de todo, había marchado con Gandhi-ji en el 42 y

entonces había sufrido su primera fractura, de la clavícula, por el *lathi* de un policía montado, y más tarde también por los suelos descubiertos de las celdas de la prisión. Tenía una fuerza pasada de moda, que consideraba el sacrificio del yo como la obligación de uno en el mundo. Pero cuando las llagas provocadas por la caída florecieron en heridas profundas y rojas sobre sus brazos, hombros y espalda, incluso ella dijo: tal vez es mi hora de morir. El anciano jamás le había oído decir algo parecido, pero entonces ella gimió; quiero morir. Y tardó veintidós días en hallar alivio, veintidós días antes de la bendita oscuridad. Si la hubiera visto, terminó el hombre, usted también habría llorado.

Kamble estaba pasando las páginas de un registro. Sartaj creyó por completo la historia del anciano, y comprendió su problema: la Policlínica Shivsagar no le permitiría llevarse el cuerpo sin un certificado de no objeción refrendado por la policía. La nota escrita a mano en un papel de la *BMC* diría que la policía estaba convencida de que la muerte en cuestión había sido por causas naturales, que no había ningún juego apestoso de por medio, que el cuerpo podía ser entregado a los familiares para la incineración. Se suponía que esto evitaba que los asesinatos —crímenes por la dote y cosas por el estilo— se hicieran pasar por accidentes, y se suponía que Kamble lo firmaría en nombre de la siempre vigilante policía de Mumbai, pero lo tenía justo junto al codo y estaba garabateando de forma aplicada en su registro. El anciano tenía las manos entrelazadas, y el pelo blanco le caía sobre la frente, y miraba al indiferente Kamble con los ojos húmedos.

—Por favor, señor —pidió.

Sartaj pensó que en general era una buena actuación, y que el dolor era sincero, pero la parte sobre Gandhi-ji y las clavículas rotas era excesivamente recriminatoria y melodramática. Tanto el anciano como Kamble sabían bien que cualquier pago tendría que hacerse antes de que se firmase el certificado. Probablemente Kamble propondría ochocientas rupias, el viejo querría dar solo quinientas o así, pero los sacrificios de los ancianos se repetían hasta la saciedad en las películas, y Kamble era bastante indiferente a la táctica de la degeneración-de-la-India. En este punto cerró su registro rojo y alcanzó a coger uno verde. Lo examinó detenidamente. El anciano comenzó de nuevo a contar toda la historia, desde la caída por las escaleras. Sartaj se levantó, se estiró, y salió al patio de la comisaría. A la sombra del porche que rodeaba la parte delantera del edificio, y bajo el pórtico de hojalata, estaba la habitual multitud de revendedores, parásitos, familiares de quienes se encontraban retenidos en la sala de interrogatorios en el interior, mensajeros y representantes de los empresarios locales, los buscadores de favores y, aquí y allá, aquellos marcados por la desgracia y la miseria repentina, que en este momento le admiraban con una mezcla de esperanza y amargura.

Sartaj pasó por el lado de todos ellos. Había un muro de ocho metros y medio alrededor de todo el complejo, del mismo ladrillo marrón rojizo de la comisaría y la jefatura del distrito. Ambos edificios tenían dos alturas, y tejados idénticos de tejas

rojas y ventanas ovaladas en la parte superior. Los arcos lúgubres contenían una promesa, como el espesor de los muros y la inflexible altura de las fachadas, se notaba la seguridad del poder voluminoso, y por tanto la ley, y el orden. Un centinela se cuadró mientras Sartaj subía las escaleras. Sartaj oyó la risa desde el despacho de Parulkar bastante antes de poder verle, mientras todavía circulaba en torno al laberinto de despachos con papeles amontonados. Sartaj llamó con brusquedad a la puerta de madera lustrosa de Parulkar, y acto seguido la empujó para abrir. Se giraron hacia él con rapidez rostros sonrientes, y Sartaj vio que la iniciativa de Parulkar, o al menos su poesía, había atraído incluso a los periodistas de los diarios nacionales. Él se vendía bien.

—Caballeros, caballeros —dijo Parulkar, levantando una mano con la que señalaba con orgullo—. Mi agente más audaz, Sartaj Singh.

Los corresponsales bajaron las tazas de té haciendo un ruido prolongado y miraron a Sartaj con escepticismo. Parulkar dio la vuelta al escritorio, ajustándose el cinturón.

—Un minuto, por favor. Hablaré con él fuera un momento, después les contará nuestra iniciativa.

Parulkar cerró la puerta, y llevó a Sartaj hasta la parte trasera del despacho, a una cocina muy pequeña que ahora podía presumir de tener en la pared un filtro de agua Brittex reluciente y nuevo. Parulkar pulsó botones y un fuerte chorro de agua cayó en el vaso que sostenía debajo.

—Tiene un sabor muy puro, señor —comentó Sartaj—. De verdad muy bueno.

Parulkar estaba dando grandes tragos de un vaso de acero.

—Les pedí el mejor modelo que tuvieran —explicó—. Porque el agua limpia es absolutamente necesaria.

—Sí, señor. —Sartaj dio un sorbo—. Señor, ¿audaz?

—Audaz les gusta. Y más vale que seas audaz si quieres permanecer en este trabajo.

Parulkar tenía los hombros caídos y un cuerpo con forma de pera que desafiaba a los mejores sastres, y su uniforme ya estaba arrugado, pero eso sencillamente era lo normal. Había una caída en su voz, una resignación en su mirada de soslayo que Sartaj nunca había visto antes.

—¿Algo va mal, señor? ¿Hay alguna complicación con la iniciativa, señor?

—No, no, ninguna complicación con la iniciativa. No, nada que ver con eso en absoluto. Es otra cosa.

—¿Sí, señor?

—Van a por mí.

—¿Quién, señor?

—¿Quién va a ser? —replicó Parulkar con una aspereza inusual—. El gobierno. Me quieren fuera. Creen que ya he llegado bastante alto.

Parulkar era ahora comisario adjunto, y una vez había sido humilde subinspector.

Había ascendido en el Servicio de Policía de Maharashtra, y había dado ese salto casi imposible al augusto Servicio de Policía India, y lo había hecho solo, con buen trabajo policial, sentido del humor, y horas muy largas. Había sido una carrera asombrosa y sin precedentes, y había ascendido hasta convertirse en el mentor de Sartaj. Vació el vaso y vertió más agua de su filtro Brittex nuevo.

—¿Por qué, señor? —preguntó Sartaj—. ¿Por qué?

—Estuve demasiado cerca del gobierno anterior. Piensan que soy un hombre del Partido del Congreso.

—De forma que puede que le quieran fuera. Eso no quiere decir nada. Tiene muchos años por delante antes de jubilarse.

—¿Te acuerdas de Dharmesh Mathija?

—Sí, es el tipo que construyó nuestro muro.

Mathija era un constructor, uno de los más llamativamente exitosos en los suburbios de la zona norte, un hombre cuya ambición se mostraba como el sudor febril en la frente. Había construido, en tiempo récord, la ampliación del muro del recinto en la parte trasera de la comisaría, alrededor de las tierras bajas recientemente ocupadas. Ahora había un templo de Hanuman y una pequeña zona de césped y árboles jóvenes que se podían ver desde las oficinas de la parte trasera del edificio. La pasión de Parulkar era mejorar. Lo decía a menudo: debemos mejorar. Mathija e Hijos habían mejorado la comisaría, y por supuesto lo habían hecho gratis.

—¿Y qué pasa con Mathija, señor?

Parulkar estaba bebiendo pequeños sorbos de agua, haciéndola girar en la boca.

—Me llamaron de la oficina del *DG* ayer, temprano.

—Sí, señor.

—El *DG* había recibido una llamada del ministro del Interior. Mathija ha amenazado con presentar una demanda. Dijo que había sido forzado a hacer trabajos para mí. Construcción.

—Eso es absurdo, señor. Venía él mismo. La cantidad de veces que le visitó aquí. Todos lo vimos. Era feliz haciéndolo.

—No nuestro muro de aquí. En mi casa.

—¿En su casa?

—El techo necesitaba un arreglo de forma urgente. Como sabes, es una casa muy vieja. Mi hogar ancestral en realidad. También necesitaba un baño nuevo. Manta y mis nietas han vuelto a instalarse en casa. Como sabes. Así es.

—¿Y?

—Mathija lo hizo. Hizo un buen trabajo. Pero ahora dice que me tiene grabado en una cinta, amenazándole.

—¿Cómo?

—Recuerdo que le llamé para decirle que se diera prisa. Que acabase el trabajo antes de los últimos monzones. Puede que empleara alguna palabra subida de tono.

—Pero ¿y qué, señor? Déjele ir a los tribunales. Déjele hacer lo que quiera.

Déjele ver lo que hacemos por su vida aquí, señor. Con sus terrenos, sus oficinas...

—Sartaj, esto solo es una excusa. Es una forma de presionarme, y hacerme saber que no soy querido. No se conforman con transferirme, quieren librarse de mí.

—Lucharé contra ellos, señor.

—Sí.

Parulkar era el mejor contendiente del juego político que Sartaj había conocido nunca, era un gran maestro del sutil arte de los canales officiosos y paralelos de comunicación, de cultivar las relaciones y mantener contentos a ministros y concejales, de favorecer negocios con margen para beneficios, palmaditas en la espalda e intercambios con comisarios de policía, favores sopesados y dispensados y recordados con precisión, tratos hechos y olvidados; le gustaba el deporte de la sutileza, simplemente era el mejor. Era increíble que estuviera tan cansado. El cuello de la ropa se le hundía, y la ondulación de su tripa ya no era vistosa, tan solo pesada a causa de la tristeza. Bebió otro vaso de agua, rápido.

—Será mejor que entres ahí, Sartaj. Te están esperando.

—Lo siento, señor.

—Lo sé.

—Señor.

Sartaj pensó que debería decir algo más, algo lleno de gratitud y contundente sobre lo que Parulkar había significado para él, los años juntos, los casos resueltos y los que habían abandonado, las estrategias aprendidas, cómo vivir y trabajar y sobrevivir como policía en la ciudad, y sin embargo Sartaj tan solo fue capaz de quedarse en posición de tensa expectativa. Sartaj estaba seguro de que lo había entendido.

A la puerta del despacho, Sartaj se remeti6 bien la camisa, desliz6 una mano sobre su turbante. Despu6s entr6, y les habl6 a los periodistas de m6s polic6as en m6s calles, de la interacci6n comunitaria, de 1 supervisi6n estricta y la transparencia, de c6mo las cosas iban a ir mejor.

Para comer Sartaj tom6 una *uttapam* que mandaron a la comisar6a desde el restaurante Udipi de al lado. La explosi6n aguda de los chiles era tonificante, pero cuando termin6, Sartaj no pod6a levantarse de la silla. Hab6a sido una comida muy ligera pero estaba aplastado, hecho polvo por la lasitud. Apenas fue capaz de ponerse de pie y arrastrar el banco desde la pared, quitarse los zapatos y tumbarse y quedarse muy recto sobre la madera. Ten6a los brazos cruzados sobre el pecho. Una inhalaci6n profunda, despu6s otra, y el filo que le punzaba la parte trasera del muslo se desvaneci6, y en el sopor ondulante fue capaz de olvidar detalles, y el mundo se convirti6 en algo borroso y blanco que se alejaba. Pero una aguda punzada volvi6 a enrabiarlo, y tras un instante fue capaz de recordar por qu6 estaba inquieto. Todos los triunfos de Parulkar iban a ser borrados, a carecer de sentido por una venganza



tramada. Y cuando Parulkar se hubiese ido, ¿qué pasaría con Sartaj? ¿Qué sería de él? De un tiempo a esta parte Sartaj había comenzado a pensar que él mismo no había logrado nada en esta vida. Pasaba de los cuarenta, un inspector de policía divorciado con perspectivas profesionales regulares. Otros de su promoción habían escalado más que él, que tan solo estaba pedaleando despacio, haciendo su trabajo. Miró hacia el futuro y vio que no lograría tanto como su propio padre, y mucho menos que el imponente Parulkar. Soy bastante inútil, pensó Sartaj, y se sintió muy gris. Se sentó, se restregó la cara, agitó la cabeza con ímpetu, y se puso los zapatos. Caminó como ofendido hasta la habitación delantera, donde el PS1 Kamble se frotaba suavemente el estómago describiendo círculos. Parecía bastante satisfecho.

—¿Una buena comida? —preguntó Sartaj.

—Un *biryani* de primerísima clase de ese restaurante nuevo Laziz en la S. T. Street —contestó Kamble—. En un tarro de barro elaborado, ya sabe. Nos estamos volviendo muy elegantes y pijos en Kailashpada.

Kamble se enderezó y se inclinó para acercarse más.

—Oiga. ¿Sabe esos dos *maderchods* que encontró ayer la brigada móvil en Bhayander?

—De la banda de Gaitonde, ¿verdad?

—Eso. Ya sabe que la banda de Gaitonde y la banda de Suleiman Isa han intensificado su guerra otra vez, ¿verdad? De hecho, he oído que los dos blancos de ayer fueron un *supari* por parte de la banda-S. He oído que los chicos de la brigada móvil sacaron veinte *lakhs*.

—Pues entonces más vale que te metas en la brigada.

—Jefe, ¿para qué cree que estoy ahorrando? He oído que lo que se suele pagar por entrar son veinticinco *lakhs*.

—Muy caro.

—Mucho —contestó Kamble. Tenía el rostro resplandeciente, con todos los poros abiertos y brillantes—. Pero el dinero lo consigue todo, amigo, y para hacer dinero tienes que gastar dinero.

Sartaj asintió, y Kamble volvió a enfrascarse en un registro. Sartaj lo había oído en una ocasión de un jefe de los barrios bajos condenado por asesinato, el amargo secreto de la vida en la metrópolis: *paisa phenk, tamasha dekh*. Literalmente chocaron uno contra otro, dando la vuelta a la esquina en una *bastí* en Andheri. Se reconocieron de inmediato, a pesar de la ropa de paisano de Sartaj y la nueva panza del señor de los barrios bajos. Sartaj dijo, *arre*, Balizad Hussain, ¿no se suponía que estabas cumpliendo quince años por eliminar a Salim Chikna? Y Balizad Hussain se rió nervioso, y contestó, inspector saab, ya sabe lo que pasa, conseguí la condicional y ahora en mi expediente pone que me he fugado a Bahrain, *paisa phenk, tamasha dekh*. Lo que era totalmente cierto, si tienes dinero para gastar puedes ver el espectáculo, los magistrados haciendo malabarismos de forma despreocupada, los políticos saltando el aro, los felices polis de nariz roja. Balizad Hussain tenía la

delicadeza y el sentido común de acudir con discreción a la comisaría, y estaba muy seguro de sí mismo, y solo quería una taza de té y la oportunidad de hacer unas pocas llamadas de teléfono. Contaba chistes y se reía mucho. Evidentemente toda esa *jhanjhat* de la policía solo era una ligera pérdida de tiempo, nada más. Paisa phenk, tamasha dekh.

Ahora Kamble tenía a una familia de pie enfrente de él, la madre y el padre y un hijo con uniforme caqui de pantalones cortos. El padre era un sastre que había vuelto a casa desde la tienda a primera hora de la tarde, para coger un trozo de tela de paño que se había olvidado. De camino había tomado un atajo y había visto a su hijo, que se suponía que estaba en el colegio, jugando a las canicas contra la pared de una fabrica con algunos chicos *faltu* de la calle. La madre estaba dando la explicación en aquel momento:

—Saab, le pego, su padre le grita, no sirve de nada. Los profesores han desistido. Nos devuelve los gritos, mi hijo. Se cree muy listo. Cree que no le hace falta la escuela. Estoy cansada de esto, saab. Encárguese usted. Méntalo en la cárcel.

Hizo el gesto de limpiarse las manos, y se secó los ojos con el final de su *pallu* azul. Mirando sus manos y sus torneados antebrazos, Sartaj estaba seguro de que trabajaba como *bai*, que limpiaba platos y ropa en la Shiva Housing Colony. El hijo tenía la cabeza inclinada, y estaba rozando el costado de un zapato contra el otro.

Sartaj llamó con el dedo.

—Ven aquí.

El chico caminó arrastrando los pies de lado.

—¿Cómo te llamas?

—Sailesh.

Tenía aproximadamente trece años, aspecto espabilado, con un peinado desordenado con estilo y ojos negros relucientes.

—Hola, Sailesh.

—Hola.

Sartaj dio un puñetazo sobre la mesa. Sonó muy fuerte, y Sailesh se sobresaltó y se echó hacia atrás. Sartaj le agarró por el cuello de la camisa y retorciéndoselo lo atrajo al borde del escritorio.

—¿Te crees un tipo duro, Sailesh? ¿Eres tan duro que no te asusta nadie, Sailesh? Deja que te enseñe lo que hacemos con *taporis* duros como tú, Sailesh.

Sartaj lo paseó por la habitación y cruzaron una puerta para meterse en la sala de interrogatorios, levantándolo del suelo a cada zancada. Katekar estaba sentado con otro agente al final de la sala, cerca de la fila de detenidos esposados y en cuclillas.

—Katekar —llamó Sartaj.

—Señor.

—¿Quién es el más duro de este grupo?

—Este se cree duro, señor. Narain Swami, carterista.

Sartaj zarandéo a Sailesh de forma que su cabeza se bamboleó y chasqueó.

—Este gran hombre piensa que es más duro que todos nosotros. Dejemos que lo compruebe. Dale algo de *dum* a Narain Swami y dejemos que el gran hombre lo compruebe.

Katekar levantó al encogido Narain Swami e hizo que se inclinara, y Swami se resistió y las cadenas tintinearón, pero captó la idea cuando el primer golpe con la palma de la mano abierta aterrizó en su espalda con un sonido horrible a estallido. Con el segundo aulló de forma bastante encomiable. Después del tercero y el cuarto estaba sollozando.

—Por favor, por favor, saab. Ya basta.

Tras el sexto, Sailesh lloraba lagrimones. Apartó la cara y Sartaj le cogió de la barbilla y la giró a la fuerza.

—¿Quieres ver más, Sailesh? ¿Sabes qué hacemos después?

Sartaj señaló la gruesa barra blanca que iba de una pared a otra, cerca del techo.

—Ponemos a Swami en la *ghodi*. Lo atamos sobre la barra, de manos y pies, y le damos con la *paita*. Enséñale la patta, Katekar.

Pero Sailesh, observando la ancha longitud de la correa, susurró:

—No, no lo haga.

—¿Qué?

—Por favor, no.

—¿Quieres acabar aquí, Sailesh? ¿Como Narain Swami?

—No.

—¿Y eso?

—No, saab. Por favor.

—Pues eso es lo que pasará, ya lo sabes. Si sigues por el camino que vas.

—No lo haré, saab, no lo haré.

Sartaj le dio la vuelta, con las dos manos sobre los hombros del chico, y lo condujo hasta la puerta. Narain Swami todavía estaba inclinado, y una sonrisa burlona le recorría la cara de arriba abajo. Fuera, sentado en una silla de metal con una botella de Coca-Cola sujeta entre las rodillas, Sailesh escuchó en silencio a Sartaj. Bebió a sorbos su cola y Sartaj le contó cómo termina la gente como Narain Swami, golpeada, utilizada, adicta, entrando y saliendo de la cárcel, consumida y agotada y finalmente muerta. Todo eso por no ir a la escuela y desobedecer a su madre.

—Iré —dijo Sailesh.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —contestó Sailesh tocándose la garganta.

—Más vale que lo mantengas —continuó Sartaj—. Odio a la gente que rompe promesas. Iré tras de ti.

Sailesh asintió, y Sartaj lo llevó hasta la salida. En la puerta de la comisaría, la madre se contuvo. Se acercó a Sartaj y alzó los puños cerrados y los abrió. En el derecho sujetaba el extremo retorcido de su pallu, y en el izquierdo un billete de cien

rupias cuidadosamente doblado.

—Saab —dijo.

—No —respondió Sartaj—. No.

Tenía el pelo aceitado y los ojos enrojecidos. Sonrió apenas, y, alzando de nuevo las manos, las abrió un poco más.

—No —repitió Sartaj. Se dio la vuelta y se fue.

Katekar conducía con una agilidad tan fluida que encontraba los huecos en el tráfico a ritmo de ballet. Sartaj empujaba su asiento hacia atrás y, adormilado, le observaba cambiar marchas y hacer serpentear el Gypsy entre camiones y coches con menos de un centímetro de margen. Sartaj había aprendido a relajarse hacía mucho. Todavía esperaba un choque cada pocos minutos, pero de Katekar había aprendido a no preocuparse. Era todo cuestión de confianza. Si tirabas hacia delante, alguien acababa por apartarse en el último momento, y ese alguien siempre era el otro gaandu. Katekar se rascó la entrepierna, gruñó «Eh, *bhenchod*», y miró fijamente al conductor de un autobús de dos pisos hasta que este apartó la vista y se vio obligado a pararse por completo. Giraron a la izquierda, y Sartaj no pudo evitar sonreír ante la enorme fanfarronada del giro.

—Dime, Katekar —comenzó Sartaj—, ¿quién es tu protagonista favorito?

—¿Protagonista de cine?

—¿Qué si no?

Katekar estaba desconcertado.

—Cuando veo películas... —Movié el cambio de marchas, y limpié una mancha de polvo del parabrisas—. Cuando ponen alguna película por televisión —algo que pasaba todo el tiempo—, me gusta ver a Dev Anand.

—¿Dev Anand? ¿De verdad?

—Sí, señor.

—Pues también es mi favorito.

A Sartaj le gustaban las películas antiguas en blanco y negro en las que Dev Anand aparecía en pantalla en un ángulo imposible, increíblemente elegante y absolutamente impecable. En su floja perfección había una comodidad extraña, la nostalgia por una simplicidad que Sartaj nunca había conocido. Pero habría esperado que Katekar fuera un extremista de Amitabh Bachchan, o un entusiasta de los culturistas de Sunil Shetty o Akshay Kumar, que en los posters aparecían como ejemplares de una gigantesca y pujante nueva especie.

—¿Cuál es tu película favorita de Dev Anand, Katekar?

Katekar sonrió, e inclinó la cabeza hacia un lado. Era un gesto perfecto de Dev Anand.

—¿Cómo, señor? *Guide*, señor. Por supuesto.

Sartaj asintió.

—Por supuesto.

*Guide* estaba hecha con el color brillante de los sesenta, mucho mejor para saborear el amor intenso y extasiado que Dev sentía por Waheeda, y la amargura de la tragedia final. Sartaj siempre había considerado que era casi insoportable ver la interminable muerte del guía, toda su soledad y amor marchito. Pero ahí estaba Katekar con sus inesperadas simpatías por Dev. Sartaj se rió, y cantó: *Gata rahe mera dil...* Katekar meneó la cabeza, y cuando Sartaj olvidó la letra después de *Tu hi nteri manzil*, él cantó el siguiente pareado, y todo el resto hasta la *antra*. Para ese momento se estaban sonriendo el uno al otro.

—Ya no hacen películas como esa —afirmó Sartaj.

—No, no las hacen, señor —concedió Katekar.

Se encontraban en un tramo despejado de carretera, una recta hasta el cruce de Karanth Chowk. Pasaron veloces al lado de grupos de edificios de apartamentos a la derecha, cómodamente instalados tras un largo muro gris, y a la izquierda las desordenadas casuchas de una bastí abrían sus puertas directamente a la carretera. Katekar se detuvo con suavidad frente a la luz, disminuyendo la velocidad hasta detenerse por completo.

—Corren rumores sobre Parulkar saab —comentó, limpiando la parte interior del volante con su dedo índice.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que está enfermo, y está pensando en dejar el cuerpo.

—¿Cuál es su enfermedad?

—Corazón.

Era un buen rumor, pensó Sartaj, tal y como iban los rumores. Debía de haber sido el propio Parulkar quien lo había puesto en marcha, partiendo del principio básico operativo de que era imposible guardar un secreto, que todo el mundo sabría algo pronto, y que lo mejor era conformar la especulación salvaje a que daría lugar reconduciéndola y sacando provecho de ella.

—Ignoro si se irá —respondió Sartaj—, pero está considerando sus opciones.

—¿Por su corazón?

—Algo así.

Katekar asintió. No parecía demasiado preocupado. Sartaj sabía que Katekar no era un gran fan de Parulkar saab, aunque nunca hablaría mal de él delante de Sartaj. Una vez había dicho, no obstante, que no confiaba en Parulkar. No dio razones, y Sartaj lo achacó a su inveterado antibrahmanismo. Katekar no confiaba en los *brahmanes*, y no le gustaban los *niarathas* por su tacañería de clase inedia y avaricia y pretensiones de *ksliatriya*. Sartaj pudo ver que, desde el punto de vista *OBC* de Katekar, había suficiente justificación para sus prejuicios. Mire la historia, había dicho en más de una ocasión. Y Sartaj siempre había aceptado, sin la menor duda, que las castas inferiores habían sido tratadas de forma horrible durante siglos interminables. Pero debatió sobre la política de casta del pasado y del presente con

Katekar desafió sus conclusiones. Siempre habían tratado esos temas peligrosos de forma bastante afable. Al final, Sartaj simplemente se sintió contento de que la historia de Katekar no hiciese referencia directa a los arrogantes *sikhs jat*. Se conocían desde hacía mucho tiempo, y Sartaj había llegado a depender de él.

Se metieron en un espacio estrecho para aparcar frente al Restaurante Sindoor, Cocina India y Europea de Primera Calidad. Sartaj extendió la mano hacia atrás para coger de detrás de su asiento una bolsa blanca de Air India. Salió y se abrió paso junto a un Peugeot, pasó por al lado de un *paati-vala* que estaba en la puerta, y después esperó a que pasara una hilera de ejecutivos con camisas blancas. Desde donde estaba de pie podía ver, en diagonal al otro lado de la carretera, un gran cartel blanco con letras rojas: «Restaurante y dance bar Delite». La camisa de Sartaj estaba empapada, pegada a su espalda desde los hombros hasta el cinturón. En el interior del Sindoor la decoración era totalmente como una *shamiana* de boda, incluidos los instrumentos de la banda detrás del puesto del cajero y los flecos *mahendi* alrededor de los bordes del menú. Katekar estaba sentado frente a Sartaj en un reservado para cuatro, y ambos inclinaron la cabeza con gratitud bajo el baño de aire frío que procedía del ventilador del techo. Un camarero trajo dos Pepsis, y los dos bebieron a tragos rápidos, pero, antes de que hubieran llegado a la mitad, Shambhu Shetty estaba con ellos. Se deslizó con suavidad al lado de Sartaj, limpio y arreglado como siempre, con vaqueros azules y camisa azul de tela vaquera.

—Hola, saab.

—¿Todo bien, Shambhu?

—Sí, saab.

Shambhu les estrechó la mano a los dos. Sartaj tuvo su habitual momento de envidia por el apretón de hierro de Shambhu, sus hombros apretados y su rostro terso, de veinticuatro años. En una ocasión, el año anterior, se recostó en el asiento y tras alzarse la camisa les enseñó su trabajado vientre, los pequeños triángulos de músculo que ascendían hasta su pecho. Un camarero le trajo a Shambhu un zumo de piña natural. Nunca bebía cosas con gas, ni nada que llevase azúcar.

—¿Has estado haciendo senderismo, Shambhu? —preguntó Katekar.

—Me voy a principios de la semana que viene, amigo. Al glaciar Pindari.

Sobre la piel sintética roja del asiento, entre Sartaj y Shambhu, había un sobre grueso de color marrón. Sartaj lo deslizó sobre su regazo, y levantó la solapa. Dentro, estaban los habituales diez montones de billetes de cien rupias, envueltos con una goma por el banco en forma de pequeños ladrillos de diez mil rupias.

—¿Pindari? —preguntó Katekar.

Shambhu se sorprendió.

—Jefe, ¿alguna vez sale de Bombay? Pindari está en el Himalaya. Arriba de Nainital.

—Ah —contestó Katekar—. ¿Por cuánto tiempo te vas?

—Diez días. No se preocupe, estaré de vuelta para la próxima vez.

Sartaj tiró de la bolsa de Air India que tenía entre los pies, la abrió y metió el sobre dentro. La comisaría y el dance bar Delite tenían un acuerdo mensual. Shambhu y él eran meros representantes de las dos organizaciones, entregando y recogiendo. El dinero no era para ellos, y para entonces llevaban viéndose un año y algunos meses, desde el momento en que Shambhu había pasado a ser gerente del Delite, y habían llegado a caerse bien. Era un buen tipo, Shambhu, eficiente, discreto y muy sano. Estaba tratando de convencer a Katekar para que escalase montañas.

—Le despejaré la mente —explicó Shambhu—. ¿Por qué cree que los grandes yoguis siempre hacían tapasya allá arriba? Es el aire. Mejora la meditación, trae paz. Es bueno para usted.

Katekar levantó su vaso vacío de Pepsi.

—Mi tapasya está aquí, hermano. Solo aquí hallo la iluminación cada noche.

Shambhu se rió, y brindó con Katekar.

—No nos queme con sus feroces austeridades, oh, señor. Tendré que enviar apsaras para que le distraigan.

Se rieron juntos de forma tonta, y Sartaj tuvo que sonreír al pensar en Katekar sentado con las piernas cruzadas sobre una piel de ciervo, irradiando energía acumulada. Cerró la cremallera de la bolsa, y empujó suavemente a Shambhu con el codo.

—Oye, Shambhu-*rishi* —dijo Sartaj—. Tenemos que hacer una redada.

—¿Qué, otra vez? Tuvimos una no hace ni cinco semanas.

—Alrededor de siete, creo. Casi dos meses. Pero, Shambhu, el gobierno ha cambiado. Las cosas han cambiado.

Las cosas habían cambiado, en efecto. Los *rakshaks* estaban en el nuevo gobierno del estado. Lo que una vez fue una férrea organización de derechas, orgullosa de sus miembros disciplinados e imponentes, ahora estaba tratando de convertirse en un partido de hombres de Estado. Como ministros estatales y secretarios de gabinete, habían bajado el tono de su sermón nacionalista, pero no abandonarían la lucha contra la degeneración cultural y la corrupción occidental.

—Prometieron reformar la ciudad.

—Sí —respondió Shambhu—. Ese bastardo de Bipin Bhonsle. Todos esos discursos acerca de limpiar la corrupción desde que se convirtió en ministro. ¿Y qué es todo ese jaleo sobre proteger la cultura india que ha estado vomitando últimamente? ¿Qué somos sino indios? ¿Y no estamos protegiendo nuestra cultura también? ¿Las chicas no están haciendo bailes indios?

Eso era exactamente lo que estaban haciendo, bailar música *filmi* bajo luces de discoteca, cubiertas de forma bastante decente por *chotis* y *saris*, mientras los hombres levantaban abanicos hechos de billetes de veinte y cincuenta rupias para que ellas los cogieran, pero calificar el dance bar Delite de templo de la cultura era un atrevimiento que silenciaba por completo a Sartaj y a Katekar. Acto seguido ambos dijeron «Shambhu» al mismo tiempo, y este levantó las manos.



—Vale, vale. ¿Cuándo?

—La semana que viene —contestó Sartaj.

—Háganla antes de que me vaya. El lunes.

—De acuerdo. A medianoche, entonces.

Bajo el nuevo mandato, se suponía que los bares cerraban a las once y media.

—Oh, venga, venga, saab. Están quitando los *rotis* de la boca de esas pobres chicas, eso es demasiado pronto.

—Doce y media.

—Por lo menos a la una, por favor. Tenga un poco de misericordia. Tal y como va, eso es perder la mitad de los ingresos de una noche.

—A la una, pues. Pero más vale que tengas todavía algunas chicas dentro cuando entremos. Tendremos que arrestar a algunas.

—Ese bastardo de Bhonsle... Una cosa es cerrar los bares, pero ¿qué es este nuevo *shosha* de arrestar chicas? ¿Por qué? ¿Para qué? Tan solo intentan ganarse la vida.

—El nuevo *shosha* consiste en disciplina y honestidad implacables, Shambhu. Cinco chicas en el furgón. Pide voluntarias. Pueden dar el nombre que les dé la gana. Y será rápido. En casa a las tres, tres y media. Nosotros las llevaremos.

Shambhu asintió. Parecía que de verdad le gustaban sus chicas, y él a ellas, y por lo que Sartaj había oído, nunca trató de forzar su parte de las propinas de las bailarinas más allá del sesenta por ciento habitual. De las que eran de veras populares se quedaba solo el cuarenta. Una chica feliz es mejor trabajadora, le había dicho a Sartaj en una ocasión. Era un buen hombre de negocios. Sartaj tenía grandes esperanzas puestas en él.

—Está bien, jefe —replicó Shambhu—. Estaremos preparados. No hay problema.

En el exterior, mientras ellos retrocedían para incorporarse al tráfico creciente, caminó por delante del Gypsy sin dejar de sonreír.

—¿Qué? —preguntó Sartaj.

—Saab, ya sabe, si puedo decirles a las chicas que vendrá a la redada, usted en persona, apuesto que conseguiré diez voluntarias.

—Escucha, *chutiya* —objetó Sartaj.

—Incluso doce, si las escolta hasta el furgón —siguió Shambhu—. Esa tal Manika pregunta por usted todo el tiempo. Es tan valiente, dice. Tan guapo.

Katekar estaba muy serio.

—La conozco. Una chica agradable y hogareña.

—Con la piel clara —continuó Shambhu—. Buena en la cocina, con el bordado.

—Bastardos —contestó Sartaj—. Bhenchods. Vamos, Katekar, conduce. Llegamos tarde.

Katekar condujo, sin esforzarse por ocultar una sonrisa tan amplia como la de Shambhu. Una nube de gorriones enloquecida bajó desde el cielo, raspando el capó del Gypsy. Casi era de noche.

Un asesinato les estaba esperando en comisaría. Majid Khan, que era el inspector adjunto de guardia, dijo que hacía media hora habían llamado desde Navnagar, de la *bura* bengalí.

—No hay nadie más aquí para hacerse cargo —apuntó—. Te toca, Sartaj.

Sartaj asintió. Un caso de asesinato tres horas antes de acabar el turno era algo que los otros agentes estarían contentos de evitar, a menos que fuese especialmente interesante. La *bura* bengalí en Navnagar era muy pobre, y los muertos están tan solo muertos, desprovistos de cualquier posibilidad de elogio profesional, o prensa, o dinero.

—Toma una taza de té, Sartaj —siguió Majid.

Hojeó los montones de dinero del Delite, y después los puso en el cajón de la parte derecha del escritorio. Más tarde trasladaría el dinero a la consigna del armario *Godrej* que había detrás de su escritorio donde se guardaba la mayor parte del presupuesto operativo de la comisaría. Todo era dinero en efectivo, y nada procedía de los fondos estatales, que no alcanzaban para pagar el papel en el que los agentes escribían las *panchanamas*, o los vehículos que conducían, o la gasolina que empleaban, ni siquiera las tazas de té que tomaban ellos y un millar de visitantes. Majid se quedaría algo del dinero del Delite como parte de sus incentivos como inspector adjunto, y algo más iría a parar más arriba.

—No, mejor que no —respondió Sartaj—. Será mejor ir para allá. Cuanto antes llegue, antes iré a dormir.

Majid se estaba atusando el bigote, que era exuberante y ascendente como el de su padre militar. Lo mantenía con complacencia fiel, con ungüentos extranjeros y un recorte delicado, frente a toda burla.

—Tu *bhabhi* se estaba acordando de ti —comentó—. ¿Cuándo vienes a cenar?

Sartaj se puso de pie.

—Dile que he dicho gracias, Majid. La semana que viene, ¿de acuerdo? ¿El miércoles? *Kliima*, ¿vale?

En realidad la mujer de Majid no era muy buena cocinera, pero su *khima* no era desagradable, y por eso Sartaj manifestaba gran pasión por el plato. Desde su divorcio las esposas de los agentes lo habían alimentando con regularidad, y sospechaba que se estaban tramando otros tejemanejes.

—Me voy.

—Bien —respondió Majid—. El miércoles. Lo confirmaré con la jefa y te lo haré saber.

En el jeep, Sartaj pensó en Majid y Rehana, pareja feliz. En su mesa, tomando su comida, contempla su economía de gestos, cómo cada simple frase contenía historias enteras de años compartidos, y miraba a Farah de dieciséis y sus exasperadas bromas a Imtiaz, de trece e impaciente y seguro de sí mismo, y Sartaj participaba de la forma relajada de tumbarse sobre la alfombra después, mientras veían en la tele algunos de

sus concursos favoritos. Querían que estuviera allí, y muy a menudo no podía evitar querer marcharse. En cada ocasión acudía con entusiasmo, contento de estar en un hogar, con una familia, en familia. Pero la felicidad de ellos hacía que le doliera el pecho. Sentía que se estaba acostumbrando a estar solo, debía hacerlo, pero también sabía que nunca se resignaría a ello por completo. Soy monstruoso, pensó, ni esto ni aquello, y después miró con aire de culpabilidad hacia la parte trasera del Gypsy, donde cuatro agentes de policía estaban sentados en posición idéntica, sus dos rifles y dos lathis bien apretados contra el pecho. Todos ellos miraban al sucio suelo metálico, balanceándose con suavidad hacia un lado y después hacia otro. Detrás, el cielo era amarillo con arroyuelos dispersos de color azul.

El padre del hombre muerto estaba esperándoles en la esquina de Navnagar, bajo la ligera cuesta que estaba cubierta de casuchas desde la *nullah* hasta la carretera. Era bajito y carecía de rasgos distintivos, un hombre que había pasado la vida tratando de pasar inadvertido. Sartaj caminó detrás de él por senderos desiguales. Aunque estaban subiendo la cuesta, Sartaj tenía una sensación de descenso. Todo era más pequeño, más cerrado, los caminos estrechos entre los muros dispares de cartón y tela y madera, los techos a punto de derrumbarse cubiertos de plástico. Estaban muy al interior de la bura bengalí, que era la parte más pobre de Navnagar. La mayoría de las chozas eran menos altas que la estatura de un hombre, y los ciudadanos de la bura bengalí se sentaban en las puertas de entrada, harapientos y andrajosos, y los niños descalzos corrían delante del grupo de policías. En el rostro de Katekar se leía un desprecio furioso por los habitantes de los *jhopadpattis* que dejaban que la suciedad y la mugre y la basura se apilasen ni a medio metro de sus propias puertas, que dejaban que sus hijas pequeñas se agachasen y ensuciasen exactamente donde jugaban sus hijos. Esta es la gente que arruina Mumbai, le había dicho con frecuencia a Sartaj, estos *ganwars* que vienen de Bihar o Andhra o de la maderchod Bangladesh y viven aquí como animales. Estos procedían de hecho de la maderchod Bangladesh, pensó Sartaj, aunque sin duda todos tenían papeles que dirían que eran de Bengala, que cada uno de ellos era un genuino ciudadano indio. De todas formas, no había ningún lugar de su delta acuoso al que poder mandarlos de vuelta, ni media *bigha* de tierra que fuese suya, que los mantuviera a todos. Venían a miles, para trabajar como sirvientes y en las carreteras o en la construcción. Y uno de ellos estaba muerto ahí.

Había caído en medio de una puerta de entrada, con el pecho dentro de la vivienda, los pies separados. Era joven, no llegaría aún a los veinte. Llevaba deportivas caras, buenos vaqueros y una camisa azul sin cuello. Los antebrazos mostraban heridas profundas de arma blanca, hasta el hueso, algo habitual en las agresiones con machete, cuando lo típico era que la víctima tratase de protegerse de los golpes. Los cortes eran limpios, y más profundos en un extremo que en otro. La mano izquierda solo tenía un muñón que *rezumaba* donde había estado el dedo pequeño, y Sartaj sabía que no servía de nada buscarlo. Había ratas por los alrededores. Dentro de la chabola era difícil ver, difícil distinguir algo en medio de la

oscuridad zumbante. Katekar encendió una linterna Eveready, y en el círculo de luz Sartaj agitó las manos para apartar las moscas. Había cortes en el pecho y la frente, y uno muy fuerte casi le había seccionado el cuello. Debía de haber seguido caminando agonizante por las otras heridas, pero esa le había matado, le habría hecho caer con ruido sordo. El suelo estaba oscuro, barro húmedo.

—¿Nombre? —Comenzó Sartaj.

—¿El de él, saab? —preguntó el padre.

Apartaba la cara de la puerta, tratando de no mirar a su hijo.

—Sí.

—Shamsul Shah.

—¿Y el suyo?

—Nurul, saab.

—¿Utilizaron machetes?

—Sí, saab.

—¿Cuántos?

—Dos, saab.

—¿Los conocía?

—Bazil Chaudhary y Faraj Ali, saab. Viven muy cerca. Son amigos de mi hijo.

Katekar estaba garabateando en un cuaderno, apretando los labios ante los nombres desconocidos.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó Sartaj.

—De Duipara, en Chapra, distrito de Nadia, en el oeste de Bengala, saab.

Salió todo como una pequeña ráfaga, y Sartaj supo que lo había ensayado muchas veces por la noche, lo había estudiado en los papeles que habría comprado nada más llegar a Bombay. Un caso de asesinato en el que estuvieran implicados gente de Bangladesh era inusual porque generalmente mantenían la cabeza agachada, tratando de ganarse la vida, y esforzándose por evitar llamar la atención.

—¿Y los otros? ¿También vienen de allí?

—Sus padres son de Chapra.

—¿El mismo pueblo?

—Sí, saab.

Tenía una dicción de Bangladesh rociada de urdu que Sartaj había aprendido a reconocer. Mentía sobre el país en el que se encontraba el pueblo, eso era todo. El resto era todo cierto. Los padres de la víctima y los asesinos probablemente habían crecido juntos, chapoteando en los mismos arroyos.

—¿Están relacionados con usted, esos dos?

—No, saab.

—¿Lo vio?

—No, saab. Algunas personas gritaron para que viniera.

—¿Qué personas?

—No lo sé, saab.

Desde debajo del sendero subía un murmullo, un ir y venir de voces, pero no se veía a nadie. Ninguno de los vecinos quería verse implicado en asuntos con la policía.

—¿De quién es esta casa?

—De Alisan Naeem, saab. Pero él no estaba aquí. Solo su madre estaba en la casa, ahora está con los vecinos.

—¿Ella lo vio?

Nurul Shah se encogió de hombros. Nadie quería ser testigo, pero la anciana no podría evitarlo. Tal vez alegraría problemas de vista.

—¿Su hijo estaba corriendo?

—Sí, saab, desde allí. Estaban sentados en casa de Faraj.

De forma que el chico muerto había tratado de llegar a su casa. Debía de haberse cansado, y trató de entrar en una casa. La puerta era un pedazo de hojalata sujeto a la vertical de bambú con tres trozos de alambre. Sartaj se apartó del cuerpo, del olor pesado a sangre y arcilla húmeda.

—¿Por qué lo hicieron? ¿Qué pasó?

—Habían estado bebiendo juntos, saab. Se pelearon.

—¿Por qué?

—No lo sé. Saab, ¿los cogerá?

—Lo anotaremos —respondió.

A las once Sartaj estaba de pie bajo el martilleo de una corriente de agua fría, con el rostro hacia arriba. La presión de las tuberías era muy buena, así que se entretuvo bajo la ducha, moviendo el agujijón de la caída del agua de un hombro a otro. Estaba pensando, a pesar de sí mismo y de la ráfaga de agua en sus oídos, en Kamble y el dinero. Cuando Sartaj estaba casado, sentía cierto orgullo al no aceptar nunca dinero en mano, pero tras el divorcio se dio cuenta de lo mucho que el dinero de Megha le había protegido del mundo, de las necesidades de las calles en las que vivía. Un complemento por transporte de novecientas rupias al mes apenas llegaba para tres días de combustible para su Bullet, y de los muchos billetes que depositaba cada día en las manos de informantes, tal vez uno o dos procedían de su minúsculo complemento para un *khabari*, y no quedaba nada para investigar la muerte de un joven en Navnagar. Así que Sartaj ahora aceptaba dinero en mano, y se sentía agradecido por ello. El *sardar saala* ya no es el saala de los bastardos ricos, de forma que había despertado: sabía que los agentes y los chicos decían esto con satisfacción, y estaban en lo cierto. Había despertado. Respiró hondo y movió la cabeza de manera que la sólida ofensiva en el centro del chorro le aporreó entre los ojos. El lacerante sonido ocupó su cabeza.

Fuera, en el salón, reinaba el silencio. A pesar de lo cansado que estaba y de las ganas que tenía de dormir, sabía que aún no tenía sueño. Se tumbó en el sofá, con una botella de whisky Royal Challenge y una de agua sobre la mesa que tenía al lado.

Bebió pequeños sorbos precisos, cronometrados de forma regular. Se permitía dos vasos grandes al final de los días laborables, y de un tiempo a esta parte resistía las ganas de llegar a tres. Estaba tumbado con la cabeza lejos de la ventana, de forma que podía ver el cielo, todavía iluminado por la ciudad. A la izquierda había una astilla grande de color gris, el edificio de al lado, que el marco de la ventana convertía en una abstracción almenada, y a la derecha estaba lo que llamaba a la oscuridad, lo que de forma suave se desintegraba bajo la vista hasta una iluminación amarilla amorfa e implacable. Sartaj sabía de dónde venía, qué la creaba, pero como siempre le sobrecogía. Se acordaba de cómo había jugado al criquet en una calle de Dadar, el rápido «poc» de la pelota de tenis y los rostros de los amigos, y la sensación de que podía contener la ciudad entera en su corazón, desde Colaba hasta Bandra. Ahora era demasiado inmensa, se le escapaba, cada familia se añadía a la siguiente y la siguiente hasta que se creaba aquel brillo frío e interminable, imposible de conocer, o del que huir. ¿Había existido realmente, aquella pequeña calle vacía, limpia para que los niños jugaran al criquet y al *dabba-ispies* y al *tikkar-billa*, o la había robado de algunas secuencias granuladas en blanco y negro? ¿Se lo había dado a sí mismo como regalo, el recuerdo de un lugar más feliz?

Sartaj se puso de pie. Apoyado sobre un lado de la ventana, se terminó el whisky, inclinando mucho el vaso para apurar la última gota, se asomó, tratando de encontrar una brisa. El horizonte se veía brumoso y lejano, las luces brillaban con fuerza en la parte inferior. Miró hacia abajo, y vio un destello en el coche aparcado a lo lejos, un trozo de cristal, mica. De pronto pensó en lo fácil que sería seguir apoyado, inclinándose hasta que el peso le venciera. Se vio a sí mismo caer, la *kurta* blanca agitándose de forma desesperada, el pecho desnudo y el estómago debajo, la estela del *nada*, las *chappals* azules y blancas de goma cayendo, los pies dando vueltas, y, antes de que se completase un círculo entero, el estallido del cráneo, un golpe rápido y después el silencio.

Sartaj se apartó de la ventana. Dejó el vaso sobre la mesita, con mucho cuidado. ¿A qué ha venido eso? Lo dijo en voz alta.

—¿A qué ha venido eso?

Después se sentó en el suelo, y se dio cuenta de que le resultaba doloroso doblar las rodillas. Le dolían los muslos. Apoyó ambas manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, y miró la pared blanca de enfrente. Se quedó tranquilo.

Katekar estaba comiendo cordero que había sobrado del domingo. Había un músculo de su espalda, en la parte derecha y hacia abajo, que estaba palpitando, pero tenía el consuelo denso y caliente del cordero con su riqueza sencilla de patata y arroz, y el placer punzante del adobo de chile verde... con los labios ardiendo podía olvidar los espasmos, o al menos ignorarlos.

—¿Más? —preguntó Shalini.

Negó con la cabeza. Se acomodó hacia atrás en la silla y eructó.

—Come tú un poco —respondió.

Shalini negó con la cabeza.

—Ya he comido —contestó.

Era capaz de resistirse a comer cordero tarde por la noche, pero no era solo esto lo que mantenía sus brazos tan delgados como el día que se casaron, casi diecinueve años antes de ese momento. Katekar la observó mientras giraba el botón del horno hacia la izquierda con un único movimiento limpio, de temperatura alta hasta apagado. Había una precisión agradable en sus movimientos mientras fregaba y amontonaba los utensilios para lavarlos al día siguiente, una eficiencia limpia que habitaba de un modo muy funcional en el espacio tan pequeño que era ella. Era una mujer enjuta, por dentro y por fuera, que saciaba todos sus apetitos.

—Vamos, Shalu —dijo, limpiándose la boca con decisión—. Es tarde. Vamos a dormir.

La observó mientras limpiaba el tablero de la mesa, con fuerza, con sus pulseras de cristal tintineando. La *kholi* era pequeña pero estaba muy limpia por dentro. Cuando hubo terminado, él descorrió el pestillo de las patas plegables de la mesa y la cerró contra la pared. Las dos sillas iban a parar a las esquinas. Mientras ella organizaba la cocina, él desplegó dos *chatais* donde había estado la mesa. Después un colchón sobre la *chatai* de ella, y una almohada, y una almohada para él mismo, pero su espalda solo toleraría el suelo duro, y entonces estuvieron listas las camas. Él cogió un vaso de agua del *matka*, y una caja de polvos Monkey para los dientes, y salió afuera y bajó el callejón, pisando con cuidado. Se veía el amontonamiento abarrotado de *kholis*, la mayoría *pucca*, con los cables eléctricos colgando de los tejados y pasando a través de las puertas de entrada. El grifo municipal estaba seco a estas horas, por supuesto, pero había un charco de agua debajo de la pared de ladrillo que había tras él. Katekar se apoyó contra la pared, frotó un poco de polvos para los dientes en su dedo índice y se los limpió, ahorrando agua de forma precisa, para que el último trago que escupiera le dejara la boca limpia.

Shalini estaba tumbada de costado cuando él volvió a la *kholi*.

—¿Has ido? —preguntó ella, todavía sin mirarle.

Él dejó el vaso en un estante de la cocina.

—Ve —dijo Shalini—. O te levantarás dentro de una hora.

En el otro extremo del callejón había un giro, luego otro, y después una repentina abertura que daba a una pendiente abierta que bajaba hasta la carretera. Un olor denso subía desde el suelo, y tras ponerse en cuclillas sobre él, Katekar se sorprendió a sí mismo con la corriente furiosa que lanzó a la pendiente, y suspiró y observó las luces que se acercaban y se desvanecían debajo. Regresó a la *kholi*, apagó la bombilla, se quitó la *banian* y los pantalones y se agachó hasta su *chatai*. Se quedó tumbado sobre la espalda, con la pierna derecha extendida, el brazo izquierdo y el muslo contra el colchón de Shalini. Tras un instante ella movió su peso y se colocó despacio contra



él. Él notó el omoplato de ella sobre el pecho, su cadera contra la elevación del estómago. Ella se hundió en él y él se quedó quieto. Entonces, con la tranquilidad y su propio silencio pudo escuchar, al otro lado de la sábana negra que dividía la kholi en dos, la respiración entretejida de sus hijos. Tenían nueve y quince años, Mohit y Rohit. Katekar escuchó a su familia, y, después de un rato a oscuras pudo visualizar la forma de su hogar. A su lado había un pequeño televisor en color sobre un estante, y junto a él fotos de sus padres y de los padres de Shalini, todas rodeadas de guirnaldas, y también una fotografía grande enmarcada en dorado de los niños en el zoo. Había un calendario de jabón Lux que marcaba junio y mostraba a Madhubala. Debajo de él, un teléfono de color verde con un candado de seguridad en el disco. A los pies de las chatais, un zumbante ventilador de mesa. Detrás de su cabeza, lo sabía, había un radiocasete y su colección de cintas, canciones de películas antiguas en marathi. En lo alto, dos baúles negros estaban apoyados uno contra el otro. La ropa colgaba de ganchos, su camisa y pantalones de una percha. El estante de Shalini con sus figuras de latón de *Anibabai* y *Bhavani*, y una imagen engalanada de Sai Baba. Y la cocina, con estantes hasta el techo e hileras e hileras e hileras de relucientes utensilios de acero. Y después, al otro lado de la sábana negra, las estanterías con libros escolares, dos posters de Sachin Tendulkar bateando, un pequeño escritorio con un montón alto de bolígrafos, cuadernos y revistas viejas. Un armario de metal con dos compartimentos exactamente iguales.

Katekar sonrió. Por la noche le gustaba contemplar sus posesiones, sentir que eran sólidas y reales bajo su mirada cansada. Se quedó tumbado y suspendido en algún recodo del crepúsculo, todavía lejos del sueño, mientras el tirón se movía arriba y bajo su espalda pero no era incapaz de viajar a través de la masa de su cuerpo hasta Shalini, y las cosas que se había ganado de la vida le rodeaban, y él sabía lo frágil que era esta fortificación, pero era cómoda. En ella se sentía tranquilo. Con los ojos cerrados, notó cómo la masa de sus brazos y piernas se aligeraba, y empezó a flotar en la corriente de aire. Se durmió.

Con el brillante mando a distancia en la mano, Sartaj pasó con rapidez de una carrera de coches en Detroit a un programa norteamericano doblado sobre mujeres detectives, a una babosa, resbaladiza y marrón, en el enorme meandro de algún río, y después a un programa filmi de cuenta atrás antes de un estreno. Dos actrices con minifaldas rojas, sonrientes y con muchas curvas y ninguna mayor de dieciocho, bailaban sobre los arcos de las ruinas cubiertas de enredaderas de un palacio. Sartaj volvió a apretar el botón. Sobre un fondo tembloroso de imágenes de archivo de noticias montadas a toda velocidad, una VJ rubia parloteaba de forma rápida sobre un cantante *bliangra* de Londres y su nuevo disco. La VJ era india, pero se llamaba Kit y su relumbrante pelo rubio le colgaba hasta el hombro desnudo. Empujó la cámara con una mano y de pronto pasó a estar en una habitación grande recubierta de espejos y abarritada de bailarines que se movían juntos y felices. Kit se rió y la cámara se acercó a su cara y Sartaj vio las bonitas facciones angulosas de su rostro y sintió la

satisfacción deliciosa de sus piernas delgadas. Apagó bruscamente el televisor y se puso de pie.

Sartaj caminó con rigidez hasta la ventana. Bajo las sibilantes lámparas amarillas en el complejo del edificio vecino estaba la oscuridad del mar, y, más allá, el reguero de gotas azul y naranja de Bandra. Con unos buenos prismáticos incluso se podía ver Nariman Point, no tan lejos en la otra parte del mar pero al menos a una hora de distancia en carreteras vacías por la noche, y muy lejos de la Zona 13. Sartaj sintió un repentino dolor en el pecho. Era como si dos piedras romas estuvieran puliéndose la una contra la otra no para hacer fuego, sino para producir un resplandor mate, constante, un deseo persistente e intranquilo. Le subió hasta la garganta y tomó la decisión.

Doce minutos de conducción rápida le llevaron a atravesar el paso inferior y hasta la autopista. Las extensiones abiertas de carretera y el volante deslizándose con facilidad por sus dedos le excitaba, y la velocidad le hizo reír. Pero en Tardeo el tráfico se ralentizó entre las tiendas brillantemente iluminadas, y Sartaj de repente se enfadó consigo mismo, y quiso dar la vuelta y regresar. La pregunta le llegó mientras tamborileaba con los dedos sobre el salpicadero: ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas con el coche de tu exmujer, que te dejó por amabilidad, que puede caerse a trozos bajo tu *gaand* en este horror de carretera con baches? Pero era demasiado tarde, el viaje estaba medio hecho aunque el primer momento de alegría hubiese pasado, y siguió conduciendo. Para cuando paró, aparcó y caminó hacia el Cave, era casi la una y estaba muy cansado. Pero ahí estaba y podía ver la muchedumbre alrededor de la puerta trasera, que era la que estaba abierta después de la hora de cierre a las once y media.

Se apartaron y le dejaron pasar. Era mayor que ellos, sí, tal vez incluso mucho mayor, pero eso no justificaba las miradas curiosas y el silencio a medida que caminaba. Iban vestidos con camisas sueltas y brillantes, vestidos más cortos de los que nunca había visto, y le ponían muy nervioso. Buscó a tientas en la puerta, y al final una chica con un aro de plata en el labio inferior alargó la mano y la abrió para él. Para cuando se le ocurrió que tendría que darle las gracias, ya estaba dentro y la puerta se estaba cerrando. Se enderezó y encontró un rincón en el bar. Con una cerveza de barril en la mano, tenía algo que hacer, así que se dio la vuelta hacia la sala. Estaba rodeado de gente y le era difícil ver más allá de unos pocos centímetros, y por todas partes hablaban de forma animada, apoyándose muy cerca unos de otros y gritando por encima de la música. Se bebió la cerveza rápidamente, como si le apeteciera. Cuando la jarra se quedó vacía, pidió otra. Había mujeres por todas partes, y él las miró a todas, tratando de imaginarse con cada una. No, eso estaba demasiado lejos, así que intentó pensar en qué le diría a cada una de ellas. Qué tal. No, hola. Hola, soy Sartaj. Intenta hablar solo en inglés. Y con una sonrisa. ¿Entonces qué? Intentó escuchar la conversación de su izquierda. Hablaban de música, un grupo norteamericano del que nunca había oído hablar, pero eso estaba dentro de la lógica,

y una chica que le daba la espalda a Sartaj dijo «El último corte fue demasiado lento», y Sartaj se perdió la respuesta del chico con coleta que estaba frente a ella, pero la otra chica de nariz pequeña y respingona dijo «Estuvo muy bien, zorra». Sartaj apuró la jarra y se limpió la boca. El deseo que le había hecho cruzar la ciudad se había desvanecido de pronto, dejando un oscuro residuo de amargura. Era muy tarde y él estaba acabado.

Pagó con rapidez y se marchó. Ahora había un grupo diferente junto a la puerta, pero de nuevo el mismo silencio, las mismas miradas, los mismos collares de cuentas y piercings y el desaliño estudiado, y entendió que sus elegantes pantalones azules le señalaban de forma fatal como intruso. Para cuando llegó al final del callejón ya no se sentía cómodo con su camisa blanca abotonada hasta el cuello. Giró con cuidado a la derecha para llegar a la carretera principal, esquivando a dos chicos que estaban durmiendo sobre la acera, y caminó hacia el cruce Mall, donde había aparcado. Sus pies caían sin hacer ruido sobre el asfalto lleno de basura y las puertas de las tiendas con las contraventanas cerradas se cernían por arriba. No puedo estar así de borracho por dos cervezas, pensó, pero las farolas parecían estar muy lejos y él tenía muchas ganas de cerrar los ojos.

Sartaj se fue a casa. Se dejó caer en la cama. Ahora era capaz de dormir, el sueño se deslizó pesadamente sobre sus hombros como una asfixiante avalancha negra. Y un instante después era por la mañana y notaba en el oído el chirrido agudo del teléfono. Ando a tientas hacia él.

—¿Sartaj Singh?

Era la voz de un hombre, autoritaria y dominante.

—¿Sí?

—¿Quieres a Ganesh Gaitonde?

## ASEDIO EN KAILASHPADA

—Nunca entraréis aquí —dijo la voz de Gaitonde por el interfono cuando ya llevaban tres horas trabajando en la puerta.

Primero habían probado con un cortafrío en la cerradura, pero lo que desde unos cuantos centímetros parecía madera marrón era en realidad algún tipo de metal pintado, y, aunque se volvía blanco bajo la cuchilla y sonaba como la campana aguda de un templo, la puerta no cedía. Después pasaron a los dinteles con herramientas que tomaron prestadas de un grupo de obreros de la carretera, pero incluso cuando estos les sustituyeron, blandiendo los mazos con movimientos largos, expertos, y respiraciones jadeantes, el hormigón repelía sus mazazos alegremente, y el interfono Sony junto a la puerta se reía de ellos.

—No vais con los tiempos —crepitó Gaitonde.

—Si yo no entro, tú no sales —dijo Sartaj.

—¿Qué? No te oigo.

Sartaj se aupó hacia la puerta. El edificio era un cubo exacto, blanco con las ventanas verdes, en un enorme solar de Kailashpada, en la todavía en vías de desarrollo parte norte de la Zona 13. Aquí, entre la maquinaria pesada que avanzaba hacia la ciénaga, ganando a Bombay a lo largo y a lo ancho, Sartaj había venido a arrestar al gran Ganesh Gaitonde, gángster, jefe de la banda-G y astuto y eterno superviviente.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar ahí dentro, Gaitonde? —preguntó Sartaj, estirando el cuello hacia arriba.

El profundo, redondo ojo del vídeo de la cámara encima de la puerta giró de un lado al otro antes de detenerse sobre él.

—Pareces cansado, Sardar-ji —comentó Gaitonde.

—Estoy cansado —respondió Sartaj.

—Hoy hace mucho calor —siguió Gaitonde, comprensivo—. No sé cómo vosotros los *sardars* os las arregláis bajo esos turbantes.

Había dos comisarios sikhs en el cuerpo, pero Sartaj era el único inspector sikh de toda la ciudad, de forma que estaba acostumbrado a que le identificasen por su turbante y su barba. También era conocido por el corte de sus pantalones, que encargaba al sastre de una boutique de Bandra frecuentada por estrellas de cine, y por su perfil, que en una ocasión la revista *Mujer Moderna* destacó en «Los solteros más guapos de la ciudad». Katekar, por otro lado, tenía una enorme barriga que se asentaba sobre su cinturón como una maleta, y una cara perfectamente cuadrada y manos muy gruesas, y en ese momento giró la esquina del edificio y se quedó de pie con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos. Sacudió la cabeza.

—¿Adónde vas, Sardar-ji? —preguntó Gaitonde.

—Me tengo que ocupar de unos asuntos —respondió Sartaj.

Él y Katekar caminaron juntos hacia la esquina, y entonces Sartaj pudo ver la escalera que subía hasta el ventilador.

—Eso no es un ventilador —dijo Katekar—. Solo lo parece. Detrás hay cemento. Todas las ventanas son iguales. ¿Qué es este lugar, señor?

—No lo sé —contestó Sartaj.

De alguna forma era reconfortante que incluso a Katekar, nativo de Mumbai y practicante de un cinismo muy superior al de quienes se habían criado en Bhuleshwar, le inquietara un inexpugnable cubo blanco que de repente había aparecido en Kailashpada, con una cámara negra de vídeo Sony en una plataforma giratoria sobre la puerta.

—No lo sé. Y a él se le oye muy raro, ¿sabes? Casi triste.

—Por lo que he oído de él, disfruta de la vida. Buena comida, muchas mujeres.

—Hoy está triste.

—Pero ¿qué está haciendo aquí, en Kailashpada?

Sartaj se encogió de hombros. El Gaitonde del que habían leído en los informes policiales y en los periódicos coqueteaba con jóvenes actrices enojadas, financiaba a los políticos y los compraba y los vendía... se decía que su tajada diaria de los varios *dhandas* criminales de Bombay era mayor que el capital social anual, y su nombre se empleaba para asustar a los recalitrantes. Gaitonde *bhai* lo ha dicho, soltabas, y los obstinados entraban en razón, y todas las sendas se allanaban, y había paz. Había estado en el exilio muchos años —se rumoreaba que en la costa de Indonesia, en un yate dorado—, lejos pero a solo una llamada telefónica de distancia. Lo que quería decir que también podría haber estado en la puerta de al lado o, como se comprobó con bastante asombro, en la polvorienta Kailashpada. El tipo que había dado el chivatazo esa mañana temprano había colgado de forma brusca, y Sartaj saltó de la cama y llamó a comisaría mientras se ponía los pantalones. La patrulla había acudido a Kailashpada en una caravana precipitada erizada de rifles.

—No lo sé —repitió Sartaj—. Pero ahora que está aquí, es nuestro.

—Es un premio, sí, señor —respondió Katekar.

Tenía ese aspecto torpemente esnob que siempre adoptaba cuando pensaba que Sartaj estaba siendo ingenuo.

—Pero ¿está seguro de que quiere cogerlo? ¿Por qué no espera a que llegue algún superior?

—Tardarán mucho en llegar. Tienen otros asuntos en marcha.

Sartaj confiaba fervientemente en que ningún inspector llegase para arrebatarse el premio.

—Y de todas formas, Gaitonde ya es mío, solo que él no lo sabe.

Se giró para volver caminando hacia la puerta.

—De acuerdo. Cortémosle la luz.

—Sardar-ji —dijo Gaitonde—, ¿estás casado?

—No.

—Yo estuve casado una vez...

Y su voz se detuvo en seco, como si la hubiese rajado un cuchillo.

Sartaj se dio la vuelta desde la puerta. Ahora era cuestión de esperar, y una hora o dos bajo el sol ardiente de junio convertiría el edificio sin ventilación ni electricidad en un horno que incluso Gaitonde, que estaba licenciado por muchas cárceles y senderos y barrios pobres, encontraría tan difícil de soportar como los pasillos del infierno. Y Gaitonde había tenido mucho éxito últimamente y por eso se había ablandado un poco, de forma que incluso se trataría más bien de una hora. Pero Sartaj solo había dado dos pasos cuando notó un pequeño zumbido que le subía por los dedos gordos de los pies y se le metía en las rodillas, y Gaitonde regresó.

—¿Qué, pensabas que sería tan fácil? —preguntó Gaitonde—. Solo un corte de luz. ¿Qué, crees que soy idiota?

De forma que había un generador en algún lugar del cubo. Gaitonde había sido el primer hombre en cualquiera de las cárceles de la ciudad, tal vez el primer hombre en toda Mumbai, que tuvo teléfono móvil. Con él, seguro en su celda, había manejado los negocios esenciales de drogas, *matka*, contrabando y construcción.

—No, no creo que seas un idiota —contestó Sartaj—. Este... este edificio es muy impresionante. ¿Quién te lo diseñó?

—No importa quién lo diseñó, Sardar-ji. La pregunta es: ¿cómo vas a entrar?

—¿Por qué no sales simplemente? Nos ahorrará mucho tiempo. De verdad hace mucho calor aquí fuera, y me está entrando dolor de cabeza.

Se produjo un silencio, roto por el murmullo de los espectadores que se arremolinaban al final de la calle.

—No puedo salir.

—¿Por qué no?

—Estoy solo. Solo me tengo a mí mismo.

—Pensaba que tenías amigos en todas partes, Gaitonde. Todo el mundo en todos los lados es amigo de Gaitonde bhai, ¿verdad? En el gobierno, en la prensa, incluso en el cuerpo de policía. Entonces, ¿cómo es que estás solo?

—¿Sabes que me presentan solicitudes, Sardar-ji? Probablemente me presentan más solicitudes que a vosotros los chutiyas policías. ¿No me crees? Escucha, te leeré una. Espera. Aquí hay una. Esta viene de Wardha. Aquí está.

—¡Gaitonde!

—«Respetado shri Gaitonde». ¿Oyes eso, Sardar-ji? «Respetado». Y a

continuación... «Soy un joven de veintidós años que vive en Wardha, Maharashtra. Actualmente estoy haciendo un master en administración de empresas, después de haberme licenciado con un notable. En mi facultad también soy conocido como el mejor atleta. Soy capitán del equipo de críquet». Después viene un montón de tonterías sobre lo audaz y fuerte que es, cómo en la ciudad todo el mundo le tiene miedo. Vale, y luego sigue: «Estoy seguro de que puedo serle de utilidad. He seguido desde hace tiempo sus atrevidas proezas en nuestros periódicos, que muy a menudo imprimen esas historias sobre su gran poder y política vigorosa. Es el hombre más grande de Mumbai. Muchas veces, cuando nos reunimos los amigos, hablamos de sus famosas aventuras. Por favor, shri Gaitonde, le remito con respeto mi currículum, y unos pequeños recortes de prensa sobre mí. Haré cualquier trabajo que pida. Soy muy pobre, shri Gaitonde. Estoy totalmente convencido de que me dará una oportunidad para ganarme la vida. Le saluda atentamente, Amit Shivraj Patil». ¿Has oído eso, Sardar-ji?

—Sí, Gaitonde —respondió Sartaj—. Lo he oído. Suena a un buen recluta.

—Suena a lodu, Sardar-ji —replicó Gaitonde—. No le contrataría ni para lavarme los coches. Pero lo haría bien como policía.

—Me estoy cansando de esto, Gaitonde —soltó Sartaj.

Katekar tenía los hombros tensos y miraba a Sartaj con el ceño fruncido: quería que este maldijese a Gaitonde, que le hiciese callar diciéndole de forma precisa la clase de bhenchod que era, que iban a colgarle y meterle un lathi por su cochino gaand. Pero a Sartaj le parecía que, por satisfactorio que resultara durante unos instantes insultar a un hombre trastornado que estaba dentro de un cubo inexpugnable, sería algo espectacularmente inútil.

Gaitonde se rió con amargura.

—¿He herido tus sentimientos, saab? ¿Debería ser más respetuoso? ¿Debería hablarte de las hazañas maravillosas y sorprendentes de la policía, nuestros defensores que dan la vida al servicio sin pensar en su propio provecho?

—¿Gaitonde?

—¿Qué?

—Volveré. Necesito beber algo frío.

Gaitonde se volvió paternal, afectuoso.

—Sí, sí, claro que lo necesitas. Hace calor ahí fuera.

—¿Para ti también? ¿Un Thums Up?

—Tengo una nevera aquí dentro, *chikniya*. Por honesto que seas, por más pinta de actor que tengas, eso no significa que seas más listo. Ve a por tu bebida.

—Eso haré. Volveré.

—¿Qué otra cosa podrías hacer, Sardar-ji? Ve, ve.



Sartaj descendió la calle y Katekar formó filas a su lado. El agrietado asfalto negro flotaba y brillaba por el calor. La calle se había despejado, los espectadores estaban aburridos por la falta de explosiones y balas y hambrientos a la hora de comer. Entre Bhagwan y Tailors Trimurti Music, encontraron el directamente llamado Best Cafe, que tenía mesas esparcidas bajo un árbol de *tiim* y ruidosos ventiladores de suelo color negro. Sartaj se bebió una Coca-Cola con ansiedad, y Katekar bebió a sorbos un sumo de lima con soda, solo un poco dulce. Estaba intentando perder peso. Desde donde estaban sentados podían ver el búnker blanco de Gaitonde. ¿Qué hacía Gaitonde de nuevo en la ciudad? ¿Quién era el informante que se lo había entregado a Sartaj? Todas estas preguntas quedaban para más tarde. Primero, coger al tipo, pensó Sartaj, después preocuparse de por qué y cuándo y cómo, y dio otro trago.

—Hagámoslo saltar por los aires —propuso Katekar.

—¿Con qué? —preguntó Sartaj—. Y eso seguro que lo mata.

Katekar sonrió.

—Sí, señor. Entonces, ¿qué, señor?

—¿Y qué dirían los chicos del servicio de inteligencia?

—*Sahib*, disculpe, pero los chicos del servicio de inteligencia son básicamente *bhadwas* inútiles. ¿Por qué ni siquiera sabían que estaba construyendo esta cosa?

—Bueno, eso habría sido pero que muy inteligente, ¿verdad? —apuntó Sartaj. Se reclinó en la silla y se desperezó—. ¿Crees que podemos encontrar un bulldozer?

A Sartaj le habían puesto una silla de metal frente al búnker, y se sentó en ella dándose golpecitos en la cara con una toalla fría, húmeda. Tenía sueño. La cámara de vídeo estaba quieta y en silencio.

—¡Ay, Gaitonde! —llamó Sartaj—. ¿Estás ahí?

La cámara hizo su ligero ruido de máquina zumbante, fisgoneó a ciegas y encontró a Sartaj.

—Aquí estoy —respondió Gaitonde—. ¿Conseguiste una bebida? ¿Llamo y te pido algo para comer?

Sartaj pensó de repente que Gaitonde había aprendido esa gran voz de las películas, de Prithviraj Kapoor vestido con batín y siendo magnánimo con la gente pobre.

—Estoy bien. ¿Por qué no pides algo para ti?

—No quiero comer.

—¿Prefieres pasar hambre?

Sartaj estaba intentando calcular las posibilidades de matar de hambre a Gaitonde. Pero se acordó de que Gandhi-ji duró semanas a base de agua y zumo. El bulldozer llegaría en una hora, hora y media como mucho.

—Hay cantidad de comida aquí dentro. Y ya he tenido hambre antes —explicó Gaitonde—. Más hambre de la que puedas imaginar.

—Oye, hace demasiado calor aquí fuera —continuó Sartaj—. Sal y en comisaría me lo cuentas todo acerca del hambre que pasaste.

—No puedo salir.

—Cuidaré de ti, Gaitonde. Hay todo tipo de gente intentando matarte, lo sé. Pero no hay peligro, lo prometo. Esto no va a convertirse en una eliminación. Sal ahora y en seis minutos estaremos en comisaría. Estarás completamente a salvo. Desde allí puedes llamar a tus amigos. A salvo, *ekdum* a salvo. Tienes mi palabra.

Pero Gaitonde no estaba interesado en promesas.

—Hace tiempo, cuando era muy joven, salí del país por primera vez. En barco, ¿sabes? En aquellos tiempos, ese era el asunto: subirse a un barco, ir a Dubai, ir a Bahrain, volver con lingotes de oro. Estaba entusiasmado, porque era la primera vez que salía del país. Ni siquiera había ido a Nepal, ya entiendes. Bien, Sardar-ji, plano de situación: un barco pequeño, cinco de nosotros dentro, mar, sol, toda esa clase de ambiente *chutmaari*. Salim Kaka era el líder, un *patium* de metro ochenta con barba larga, bueno con el cuchillo. Después estaba Mathu, estrecho y delgado por todas partes, siempre metiéndose el dedo en la nariz, se suponía que era un chico duro. Yo, diecinueve años y sin tener ni idea. Y estaba Gaston, el dueño del barco, y Pascal, su ayudante, dos hombres pequeños y oscuros de alguna parte del sur. Fue con un trato de Salim Kaka, sus contactos allí y su dinero con lo que se alquiló el bote, y su experiencia, cuándo salir, cuándo volver, todo era suyo. Mathu y yo éramos sus hombres, todo el tiempo detrás de él. ¿Lo captas?

Katekar puso los ojos en blanco. Sartaj respondió:

—Sí, Salim Kaka era el líder, tú y Mathu erais los pistoleros y Gaston y Pascal llevaban el barco. Lo capto.

Katekar se apoyó contra la pared que había junto a la puerta y derramó *paan de masala* en la palma de su mano. El intertono relució con un brillo plateado duro, metálico. Sartaj cerró los ojos.

Gaitonde siguió.

—Nunca antes había visto un cielo tan enorme. Púrpura, dorado y púrpura. Mathu se peinaba una y otra vez para lograr un tupé a lo Dev Anand. Salim Kaka estaba sentado en cubierta con nosotros. Tenía los pies enormes, cuadrados y bruscos, agrietados como trozos de madera, y una barba lisa y roja como una llama. Aquella noche nos habló de su primer trabajo, robando el dinero de un mensajero *angadia* que iba de Surat a Mumbai. Cogieron al *angadia* cuando bajó del autobús, lo arrojaron a la parte trasera de un Ambassador y se fueron haciendo un ruido infernal hasta un *godown* químico vacío en los polígonos industriales de Vikhroli. En el almacén le arrancaron la camisa, la *banian*, los pantalones, todo, y cosidos dentro de los pantalones, sobre los muslos, encontraron cuatro lakhs en billetes de quinientas rupias. También un cinturón de dinero con dieciséis mil. Estaba allí de pie desnudo como un bebé, mientras le temblaba la enorme barriga, sujetando con las manos su *lauda* empequeñecida, cuando se marcharon. ¿Está claro?

Sartaj abrió los ojos.

—Un mensajero, lo cogieron, sacaron dinero. ¿Y qué?

—Pues que la historia no ha terminado todavía, inteligente Sardar-ji. Salim Kaka estaba cerrando la puerta, pero entonces se dio la vuelta y regresó. Cogió al tío por la garganta, lo levantó y le dio la vuelta y le puso una rodilla entre las piernas. «Venga, Salim Pathan», le gritó alguien. «Este no es momento de darle a un chico por el *gaand*». Y Salim Kaka, que estaba agarrando el trasero del angadia, replicó: «A veces, si aprietas un culo bonito, como harías con un melocotón, te revela todos los secretos del mundo», y levantó un paquete pequeño de color marrón sedoso que el angadia se había pegado detrás de los huevos. Dentro había una buena docena de diamantes de la más alta calidad, radiantes y resplandecientes, con los que comerciaron a la semana siguiente al cincuenta por ciento. Solo la parte de Salim Kaka ascendió a un lakh, y esto sucedía cuando un lakh significaba algo. «Pero», dijo Salim Kaka, «el lakh es lo de menos, el dinero solo es dinero». Sin embargo, a partir de entonces era conocido como un talento ilustre, un tipo agudo. «Te apretaré como a un melocotón», decía, levantando una ceja escarpada, y el pobre desgraciado que lo escuchaba soltaba dinero, cocaína, secretos, cualquier cosa. «¿Cómo lo supiste con el angadia, Salim Kaka?», le pregunté, y Salim Kaka me contestó: «Es muy sencillo. Le miré desde la puerta y todavía estaba asustado. Cuando tenía el cuchillo sobre su garganta me dijo con voz temblorosa de niño pequeño “Por favor no me mates, *baap*». No le había matado, todavía estaba vivo y sujetaba su lauda, le habíamos quitado un dinero que no era suyo, nos estábamos yendo, así que, ¿por qué estaba todavía asustado? Un hombre que tiene miedo es un hombre que todavía tiene algo que perder».

—Muy impresionante —replicó Sartaj.

Cambió de postura en la silla, y de inmediato se arrepintió cuando su omoplato encontró una curva de metal caliente. Se ajustó el turbante y trató de respirar despacio, de forma acompasada. Katekar se estaba abanicando con un periódico de la tarde doblado, con los ojos abstraídos y la frente relajada, mientras en el movimiento lento del aire llegaba la voz de Gaitonde con un frío sonido electrónico.

—A partir de ese momento, decidí mantenerme siempre muy atento, porque era ambicioso. Aquella noche me tumbé a lo largo de la proa, tan cerca como pude del embate del agua, y soñé. ¿Te he dicho que tenía diecinueve años? Tenía diecinueve años y me inventaba historias sobre coches y una casa grande y yo entrando en una fiesta mientras estallaban los flashes.

»Mathu vino y se sentó a mi lado. Se encendió un cigarrillo y me dio uno. Me concentré en el cigarrillo. En la oscuridad podía ver el tupé de su pelo, sus hombros demacrados, y traté de recordar sus rasgos, que eran demasiado huesudos para parecerse en algo a los de Dev Anand, lo que no impedía que cada día lo intentara aplicando polvos de talco en aquel rostro de rata puntiagudo. De pronto me sentí comprensivo con él. “Qué bonito es esto, ¿verdad?”, comenté. Él se rió. “¿Bonito?

Podríamos ahogarnos”, contestó, “y nadie sabría qué nos ha pasado. Desapareceríamos, *phat*, se acabó”. Su cigarrillo dibujó espirales en el aire. “¿Qué quieres decir?”, pregunté. “Oh, penoso idiota *dehati*”. replicó. “¿Acaso lo ignoras? Nadie sabe que estamos aquí fuera”. “Pero”, contesté, “la gente de Salim Kaka lo sabe, su jefe lo sabe”. Podía notar cómo se reía de mí, su rodilla me tocaba ligeramente el hombro. “No, no lo saben”. Se había inclinado más cerca de mí, susurrando, y pude olerle la banian y ver la fosforescencia pálida de sus ojos. “Nadie lo sabe, no se lo ha dicho su jefe. ¿No lo entiendes? Este es su propio negocio. ¿Por qué crees que estamos en esta pequeña *khatara* de barco, y no en una barca de pesca? ¿Por qué crees que estamos con él, un *dehati* que huele a mierda de granja y un miembro muy muy joven de la banda? ¿Eh? ¿Por qué? Esta es la pequeña operación propia de Salim Kaka. Quiere ir por libre, y para ir por libre, ¿qué necesitas? Capital. Eso es. Por eso nos estamos largando en este *chodu*, con el escotillón de hojalata, resoplando, fuera de tiro de los peces gordos. Cree que va a conseguir lo suficiente para establecerse por su cuenta y riesgo. Capital. Capital, ¿comprendes?”.

»Entonces me senté. Él me puso una mano sobre el hombro y se balanceó.

»“Gaandu”, dijo, “si quieres vivir en la ciudad tienes que anticiparte tres pasos, mirar detrás de una mentira para ver la verdad y detrás de la verdad para ver la mentira. Y después, y después, si quieres vivir bien, necesitas fondos. Piensa en ello”. Mathu me dio palmaditas en el hombro y se retiró. Vi su cara por un instante bajo la luz tenue cuando se agachó para meterse en el camarote. Y pensé en ello.

Debajo del interfono, Katekar giró la cabeza, a derecha e izquierda, y Sartaj oyó el ruidito chasqueante de los huesos de su cuello.

—Me acuerdo de ese Salim Kaka —dijo Katekar en voz baja—. Recuerdo haberle visto en Andheri, paseando con un *lungi* rojo y una *kurta* de seda. Las kurtas eran de colores diferentes, pero el *lungi* siempre era rojo. Trabajaba con la banda de Haji Salman, y recuerdo haber oído que tenía una chica en Andheri.

Sartaj asintió. La cara de Katekar estaba hinchada, como si se acabase de despertar.

—¿Amor? —preguntó Sartaj.

Katekar sonrió de forma burlona.

—A juzgar por la seda, debía de serlo —contestó—. O tal vez es que ella tenía diecisiete años y el trasero bamboleante como el de un ciervo. Era la hija de un mecánico de *autorickshaws*, creo.

—¿No crees en el amor, Katekar?

—Saab, creo en la seda, creo en todo lo que es suave, y creo también en todo lo que es duro, pero...

Sobre sus cabezas el interfono retumbó.

—¿De qué estáis hablando entre dientes, Sardar-ji?

—Vamos, vamos —contestó Sartaj—. Solo instrucciones menores.

—Pues escucha. A la tarde siguiente, empezamos a ver ramas de árbol en el agua,

trozos de cajones viejos, botellas balanceándose arriba y abajo, neumáticos, y en una ocasión todo el techo de madera de una casa flotando arriba y abajo. Ahora Gaston se quedaba todo el tiempo en cubierta, con un brazo alrededor del mástil, mirando a un lado y al otro con prismáticos, sin parar nunca. Le pregunté a Mathu: «¿Estamos cerca?». Se encogió de hombros. Salim Kaka apareció con una kurta nueva. Se quedó de pie al lado de la proa, mirando hacia el norte, y vi cómo sus dedos daban ligeros toquitos al *taveez* de plata que llevaba en el pecho. Quería preguntarle dónde estábamos, pero había una seriedad en su rostro que no me dejaba hablar.

Sartaj se acordó de las fotografías de Gaitonde, el cuerpo de tamaño medio y el rostro medio, ni feo ni guapo, todo inmediatamente olvidable a pesar de los suéters de cachemira azul brillante y rojo, todo bastante común. Pero ahora estaba su voz, tranquila e insistente, y Sartaj inclinó la cabeza sobre el interfono.

—Cuando llegó la noche, con la última luz en declive, había un puntito de color rojo parpadeando ininterrumpidamente hacia el norte. Soltamos el ancla, y después nos dirigimos hacia él en un bote. Mathu remaba y Salim Kaka se sentaba al otro lado, observando nuestro faro, y yo entre ellos. Esperaba un muro, como había visto cerca de la Puerta de la India, pero en lugar de eso había juncos altos que se cernían sobre nuestras cabezas. Salim Kaka cogió un palo y nos empujó a las orillas emplumadas que crujían y susurraban, y aunque no se me había pedido, yo tenía la *ghoda* en la mano, cargada y preparada. Entonces la madera chirrió bajo mis pies, fuerte sobre el terreno. Linterna en mano, Salim Kaka nos condujo hacia arriba por la isla... eso es lo que era, un ligero levantamiento húmedo en la ciénaga. Caminamos mucho tiempo, tal vez media hora, Salim Kaka iba delante, bajo una luna creciente. Llevaba una bolsa de lona grande sobre el hombro, grande como un saco de trigo. Entonces volví a ver el faro, por encima de la parte superior de los tallos. Era una antorcha atada a un palo. Podía oler el sebo; las llamas ascendían a una altura de más de medio metro. Debajo había tres hombres. Iban vestidos como gente de ciudad, y bajo aquella luz irregular pude ver su piel clara, sus cejas negras y pobladas, sus narices grandes. ¿Turcos? ¿Iraníes? ¿Arabes? Todavía no lo sé, pero dos de ellos llevaban rifles, con bocas que apuntaban solo un poco más allá de nosotros. El gatillo estaba frío y sudoroso en mi dedo. Apreté y pensé, dispararás y acabarás con todos nosotros, y les observé. Salim Kaka y uno de ellos hablaban, con las cabezas juntas. Entonces se ofreció la bolsa, y a cambio se dio una maleta. Vi un destello de color amarillo, y oí los chasquidos de cerrojos que se cerraban. Me dolía el brazo.

»Salim Kaka caminó hacia atrás, y nos fuimos alejando de los extranjeros. Sentí contra el cuello el borde suave, húmedo, de un tallo, y no pude encontrar una salida, solo la presión blanda de la vegetación, y el pánico. Entonces Salim Kaka se dio la vuelta de forma brusca y se deslizó entre los arbustos, el rayo apenas visible de su linterna marcaba el camino, y después Mathu. Yo fui el último, de soslayo, manteniendo hacia abajo la mano con el revólver, y el cuello tenso. Todavía les puedo ver observando, a los tres hombres. Veo el brillo de las bandas de metal alrededor de

las bocas de los rifles, y sus ojos sombríos. Caminamos rápido. Sentí como si estuviésemos volando, y la hierba alta que me había arrastrado y arañado al principio ahora me rozaba con suavidad por los costados. Salim Kaka giró la cabeza, y vi su sonrisa frenética. Eramos felices, corríamos.

»Salim Kaka se detuvo a la orilla de un pequeño arroyo donde el agua se interrumpía casi un metro, tal vez metro y medio, y metió el pie derecho donde encontró espacio para el talón. Mathu me miró, con el rostro recortado en ángulos por la luz desolada de la luna, y yo le miré. Antes de que Salim Kaka hubiera completado su paso, supe adónde íbamos. El estallido del revólver rebotó del agua contra mi barriga. Sabía que la culata me había hecho una magulladura en la parte baja del pulgar. Solo pude ver de nuevo cuando la llamarada dejó mis ojos, y mi estómago se retorció y se soltaba y se retorció, y en la parte inferior de la zanja los pies de Salim Kaka estaban caminando de forma ininterrumpida, como si todavía estuviera buscando el camino hacia el bote. El agua se sacudió y bulló. “Fuego, Mathu”, dije. “Fuego, maderchod”. Aquellas eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habíamos desembarcado. Mi voz era firme y extraña, su sonido era ajeno. Mathu inclinó la cabeza y señaló el cañón de su revólver. De nuevo, un fogonazo sacó a la maleza de las sombras, pero aquellos pies todavía se alejaban a gatas, se dirigían con firmeza a alguna parte. Apunté con mi revólver a la turbulencia redonda y espumosa, y al primer disparo todo movimiento cesó, pero hice otro solo para asegurarme. “Vamos”, dije, “vámonos a casa”. Mathu asintió, como si yo estuviera al mando, y saltó a la zanja y buscó a tientas la maleta. La linterna brillaba bajo el agua, una burbuja luminosa de color amarillo que abarcaba exactamente la mitad de la cabeza de Salim Kaka. Me la llevé cuando pasé por el lado, aunque en todo el camino de vuelta al bote la luna llena estaba baja por encima de nuestras cabezas y nos iluminaba de forma segura.

Entonces Sartaj y Katekar oyeron cómo Gaitonde bebía. Oyeron, con claridad, cada trago largo y cómo vaciaba el vaso.

—¿Whisky? —susurró Sartaj—. ¿Cerveza?

Katekar negó con la cabeza.

—No, no bebe. Tampoco fuma. Es un don muy cuidadoso con la salud. Hace ejercicio todos los días. Bebe agua. *Bisleri* con una rodajita de lima.

Gaitonde continuó, y entonces se dio prisa.

—Cuando el sol salió por encima del bote al día siguiente, Mathu y yo todavía estábamos despiertos. Habíamos pasado la noche sentados en el camarote, uno frente al otro, con la maleta metida bajo la litera de Mathu pero todavía visible. Yo tenía el revólver sobre el regazo, y podía ver el de Mathu debajo de su muslo. El techo sobre mi cabeza chirrió por un paso sigiloso. Les habíamos dicho a Gaston y Pascal que la policía nos había tendido una emboscada, la policía del país donde estuviéramos. Pascal lloró, y a partir de ese momento empezaron a moverse con mucha suavidad, por respeto a nuestro duelo. Detrás de la cabeza de Mathu estaba el marrón oscuro de

la madera, y el blanco de su banian flotaba y se metía en la marejada de las olas. Había una distancia brumosa entre nosotros, y supe qué estaba pensando él. Así que me decidí. Puse el revólver sobre la almohada, puse los pies encima de la litera. «Voy a dormir», dije. «Despiértame dentro de tres horas y entonces descansarás tú». Me giré hacia la madera, con la espalda hacia Mathu, y cerré los ojos. En la parte inferior de mi espalda había un único círculo de piel que me picaba y se ponía de carne de gallina. Esperaba una bala. No podía calmarlo. Pero mantuve la respiración regular, los nudillos apretados contra los labios. Hay cosas que puedes controlar.

»Cuando me desperté era por la tarde. Había una espesa luz naranja que se colaba en el camarote por la escotilla, volviendo la madera del color del fuego. La lengua me llenaba la garganta y la boca, y la mano, cuando intenté moverla, se había convertido en un detestable peso abotargado. Pensé que la bala me había encontrado, o que yo había encontrado la bala, pero entonces me sacudí una vez y el corazón me golpeó dolorosamente y me senté. Tenía el estómago cubierto de sudor. Mathu estaba dormido, con el rostro sobre la almohada. Metí el revólver en el cinturón y subí. Pascal me sonrió en medio de su pequeña cara negra. Las nubes estaban apiladas sobre nosotros, enormes y abultadas, más altas y más altas en el cielo rojo. Y este bote una ramita en el agua. Las piernas me temblaron y me senté y me estremecí.

Temblé y paré y luego volví a temblar. Cuando se hizo de noche, le pedí a Pascal dos bolsas resistentes. Me dio dos sacos blancos de lona, con cordones.

»“Despierta”, le dije a Mathu cuando bajé las escaleras, y di una patada a su litera. Se despertó buscando a tientas su revólver, que no pudo encontrar hasta que yo se lo señalé, entre el colchón y la pared. “Cálmate, *chut* nervioso. Tan solo cálmate. Tenemos que repartir”. Dijo: “No vuelvas a hacer eso nunca”. Gruñía, estiraba los hombros como un gallo moviendo las plumas. Le sonreí. “Escucha”, continué, “*bhenchod* hijo durmiente del *maderchod Kumhkarau*, ¿quieres tu mitad o qué?”. Calculó por un momento, todavía hinchado y enfadado, pero entonces se calmó con una risa. “Sí, sí”, contestó. “Mitad y mitad. Mitad y mitad”.

»El oro es bueno. Se mueve y se desliza en los dedos con una suavidad satisfactoria. Cuando es casi puro tiene ese saludable brillo rojizo en las mejillas que te recuerda a una manzana. Pero aquella tarde, mientras movíamos los lingotes desde la maleta hasta los sacos, uno a uno, uno para uno y uno para el otro, lo que más me gustaba era el peso. Los lingotes eran pequeños, un poco más largos que el ancho de la palma de mi mano, mucho más pequeños de lo que esperaba, pero se notaban tan densos y rollizos que apenas podía resistir meterlos todos en mi saco. Tenía el rostro caliente y el corazón congestionado y sabía que había hecho lo correcto. Cuando llegamos al último lingote, que era mío, lo puse en el bolsillo izquierdo de mis pantalones, donde lo podía notar siempre, golpeando contra mí. Puse el revólver al otro lado, en la parte trasera del cinturón. Mathu asintió. “Casi estamos en casa”, dijo. “¿Cuánto crees que vale?”. Su sonrisa era lenta y balbuciente. Se metió el dedo en la nariz, como hacía siempre que estaba nervioso, lo que pasaba casi todo el tiempo. Le

miré y solo sentí desprecio. Supe de forma absoluta y con seguridad y en un instante que siempre sería un taporí, nada más, tal vez incluso con diez o doce personas trabajando para él, pero nada más que un bufón local con los nervios de punta, apoyado en una crueldad vacilante con un revólver y un cuchillo bajo la camisa, solo eso. Si piensas en rupias, eres un *bhangí* que barre el polvo, nada más. Porque los lakhs son suciedad, los *crores* son mierda. Pensé, lo que es de oro es el futuro en tu bolsillo, su infinita posibilidad. Así que puse el saco debajo de mi litera, empujando suavemente con los pies hasta meterlo todo mientras Mathu observaba con los ojos muy abiertos. Le di la espalda y trepé a cubierta, riendo para mí mismo. Ya no tenía miedo. Ahora lo conocía. Aquella noche dormí como un bebé.

Katekar resopló, y meneó la cabeza.

—Y durante años durmió un sueño apacible cada noche, mientras los cuerpos caían a derecha y a izquierda.

Sartaj levantó una mano en señal de advertencia, y Katekar enjugó el sudor de su cara y murmuró despacio:

—Todos ellos son la misma canalla, avariciosos bastardos maderchod. El problema es que, cuando matan a uno, vienen cinco para ocupar su lugar.

—Calla —pidió Sartaj—. Quiero escuchar esto.

El interfono volvió a gruñir.

—Dos días después vi, sobre el agua, un montículo a lo lejos. «¿Qué es eso?», le pregunté a Gaston. «Nuestra casa», contestó. Desde proa Pascal llamó a otro bote que se asomaba hacia el horizonte. «Eeee oooooo», llamó, y el grito prolongado y su respuesta en forma de eco me envolvieron por los hombros. Estaba en casa.

»Ayudamos a varar el bote, y después nos despedimos de Pascal y Gaston. Mathu les susurraba amenazas, pero le empujé con el hombro hacia un lado, sin demasiada suavidad, y dije: «Escuchad, muchachos, mantened esto en silencio, muy en silencio, y volveremos a hacer negocios». Les di un lingote de oro a cada uno de mi parte, y les di un apretón de manos, y ellos se rieron nerviosamente y fueron mis colegas de por vida. Mathu y yo caminamos un pequeño trecho hacia la carretera, hacia la parada del bus, con nuestros sacos blancos a rastras sobre los hombros. Hice parar a un autorickshaw y saludé a Mathu con la cabeza. Le dejé allí de pie, con el dedo en la nariz, sacudido por los humos de los tubos de escape. Sabía que quería venir conmigo, pero se creía más de lo que era, y me habría obligado a matarlo, más pronto o más tarde. No tenía tiempo para él. Me iba a Bombay.

El interfono se quedó callado. Sartaj se puso de pie, se giró y miró la calle arriba y abajo.

—Eh ¿Gaitonde? —preguntó.

Transcurrió un momento, y después llegó la respuesta.

—Sí ¿Sartaj?

—El bulldozer está aquí.

Y, efectivamente, allí estaba, un leviatán negro que apareció al final de la calle



con un traqueteo ronco que congregó a una multitud de inmediato. La máquina tenía cierta dignidad, y el conductor una gorra en la cabeza, que llevaba con el estilo de un especialista.

—Saca a esa gente de la calle —le pidió Sartaj a Katekar—. Y que venga aquí esa cosa. Indiqué este camino.

—Ya lo oigo —dijo Gaitonde.

La lente del vídeo se movía sin parar en su hueco.

—Pronto lo verás —comentó Sartaj.

Los policías junto a los furgones estaban comprobando sus armas.

—Escucha, Gaitonde, todo esto es una farsa que no me gusta ni un pelo. Nunca nos hemos conocido, pero aun así nos hemos pasado la tarde hablando. Comportémonos como caballeros. No hay necesidad de esto. Tan solo sal afuera y podemos volver a comisaría.

—No puedo hacer eso —contestó Gaitonde.

—Para —pidió Sartaj—. Deja de actuar como un villano *filitti*, eres mejor que eso. Esto no es ningún juego escolar.

—Es un juego, amigo mío —replicó Gaitonde—. Es solo un juego, es *lila*.

Sartaj se giró y se apartó de la puerta. Quería, con un ansia insoportable, una taza de té.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas? —le preguntó al conductor del bulldozer.

—Bashir Ali.

—¿Sabes qué hacer?

Bashir Ali retorció la gorra azul entre las manos.

—Es mi responsabilidad, Bashir Ali. Te estoy dando una orden como inspector de policía, así que no tienes que preocuparte de eso. Tiremos abajo esa puerta.

Bashir Ali se aclaró la garganta.

—Pero ahí dentro está Gaitonde, inspector sahib —replicó con vacilación.

Sartaj cogió a Bashir Ali por el codo y lo llevó hasta la puerta.

—¿Gaitonde?

—¿Sí, Sardar-ji?

—Este es Bashir Ali, el conductor del bulldozer. Tiene miedo de ayudarnos. Te tiene miedo.

—Bashir Ali —dijo Gaitonde.

La voz era autoritaria, como la de un emperador, segura de sus consonantes y su generosidad.

Bashir Ali estaba mirando hacia la parte central de la puerta. Sartaj señaló la cámara de vídeo, y Ali parpadeó hacia ella.

—¿Sí, Gaitonde bhai? —respondió.

—No te preocupes. No te perdonaré —Bashir Ali palideció— porque no hay nada que perdonar. Ambos estamos atrapados, tú a ese lado de la puerta y yo a este. Haz lo que te pidan que hagas, acaba con eso y vete a tu casa con tus hijos. No te pasará

nada. Ni ahora ni más tarde. Te doy mi palabra. —Hubo un silencio—. La palabra de Ganesh Gaitonde.

Para cuando Bashir Ali trepó a su asiento en lo alto del bulldozer había entendido, al parecer, su papel estelar en la situación. Se puso la gorra en la cabeza con un giro y la colocó apuntando hacia atrás. El motor gruñó y después se estabilizó en un rugido constante. Sartaj se inclinó junto al interfono. La parte izquierda de su cabeza, desde la nuca hasta las sienes, estaba inmersa en un pálpito aplastante de calor y dolor.

—¿Gaitonde?

—Habla, Sardar-ji, estoy escuchando.

—Tan solo abre la puerta.

—¿Quieres que tan solo abra esta puerta? Lo sé, Sardar-ji, lo sé.

—¿Qué sabes?

—Sé lo que quieres. Quieres que tan solo abra esta puerta. Después quieres arrestarme y llevarme a comisaría. Quieres ser un héroe en los periódicos. Quieres un ascenso. Dos ascensos. En el fondo incluso quieres más. Quieres ser rico. Quieres ser un héroe en toda la India. Quieres que el presidente te dé una medalla el Día de la República. Quieres la medalla a todo color en televisión. Quieres que te vean con estrellas de cine.

—Gaitonde...

—Pero ¿sabes?, yo he tenido todo eso. Y te venceré. Incluso en este último juego te venceré.

—¿Cómo? ¿Tienes a alguno de tus hombres contigo ahí dentro?

—No. Ninguno. Te lo dije, estoy solo.

—¿Un túnel? ¿Un helicóptero escondido?

Gaitonde se rió.

—No, no.

—¿Entonces qué? ¿Tienes una batería de misiles Bofor?

—No, pero te venceré.

El bulldozer brillaba sobre la calzada negra, flanqueado por policías de mirada sombría. Sus opciones se estrechaban con rapidez, conduciéndoles de manera inevitable a la puerta de metal, y estaban decididos, e indefensos, y asustados.

—Gaitonde —dijo Sartaj, frotándose los ojos—. Última oportunidad. Venga, *yaar*. Esto es estúpido.

—No puedo hacerlo, lo siento.

—Muy bien. Solo quédate detrás de la puerta cuando entremos. Y levanta las manos.

—No te preocupes —respondió Gaitonde—. No soy un peligro.

Sartaj se puso muy derecho, la espalda contra la puerta, y comprobó su revólver. Giró el tambor, y las balas amarillas se asentaron gruesas y redondas en el metal. El calor traspasaba las suelas de sus zapatos y entraba en sus pies.

De repente el interfono volvió a la vida de nuevo contra el filo de su hombro.

—Sartaj, me has llamado yaar. Así que te contaré algo. La construyas grande o pequeña, ninguna casa es segura. Ganar es perderlo todo, y el juego siempre gana.

Sartaj pudo sentir el temblor metálico en su pecho a causa del interfono. La máquina frente a él producía un estruendo que le apretaba contra la puerta, y era suficiente. Volvió a encajar el tambor en el revólver y se apartó del pórtico.

—Muy bien —gritó—. Vamos, vamos, vamos.

Señaló la puerta con el arma. El interfono zumbaba otra vez, pero Sartaj no estaba escuchando. Mientras se alejaba, creyó oír, por debajo del rugido de la máquina, un último fragmento, una pregunta: «Sartaj Singh, ¿crees en Dios?».

Sartaj gritó.

—Venga, Bashir Ali, muévete.

Bashir Ali levantó una mano, y Sartaj le apuntó con un dedo rígido.

—Haz que esa cosa se mueva.

Bashir Ali se agazapó en su asiento elevado, y el monstruo se sacudió hacia delante, pasó junto a Sartaj, y golpeó contra el edificio con un crujido sordo, levantando una nube altísima de yeso. Pero cuando, un momento después, el bulldozer se echó atrás, el edificio todavía estaba de pie, completo y sacrosanto, la puerta ni siquiera se había abollado. Solo se había dañado la cámara de vídeo: yacía junto a la puerta, perfectamente aplastada hasta la mitad de su longitud. Un abuceo prolongado surgió de la multitud que aguardaba calle abajo. Se volvió más fuerte cuando Bashir Ali apagó el motor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sartaj cuando Bashir Ali bajó hasta la zona en que el bulldozer hacía sombra.

—¿Qué espera si no me deja hacerlo de la forma en que se debería hacer?

Ambos se estaban quitando el yeso de la nariz. Hacia el lado soleado del bulldozer la multitud gritaba: «*Jai Gaitonde*».

—¿Sabes cuál es la forma de hacerlo?

Bashir Ali se encogió de hombros.

—Tengo una idea.

—De acuerdo —concedió Sartaj—. Bien. Hazlo como quieras.

—Entonces apártense de mi camino. Y haga que sus hombres se alejen del edificio.

Mientras Bashir Ali hacía girar su corcel sobre la grava, Sartaj vio que era un artista. Lo hacía funcionar con sacudidas y manotazos en las palancas de conducción, inclinándose hacia la dirección de sus giros, en solidaridad con los engranajes que crujían debajo. Levantó y luego bajó la pala, colocándola de forma precisa, con el borde inferior extendido al nivel de la puerta. Dio marcha atrás tres metros, seis metros, nueve metros, el brazo apoyado con desenvoltura en el respaldo de su asiento. Fue hacia el edificio en diagonal, y cuando pasó por el lado de Sartaj relució una sonrisa blanca. Esta vez hubo un grito de metal, y cuando la sacudida violenta del bulldozer se detuvo, Sartaj vio que la puerta se había desconchando hacia atrás, hacia

dentro. Una grieta ascendía hasta casi un metro en la manipostería.

—¡Atrás! —gritó Sartaj. Corría hacia el interior, sosteniendo el revólver por delante—. Atrás, atrás.

Entonces Bashir Ali se apartó, y Sartaj se apoyó contra un lado de la entrada, y Katekar contra el otro. Salía un aire helado y Sartaj sintió que le secaba el sudor de la cara y los antebrazos. De repente, por un momento, le envidió a Gaitonde todos sus aires acondicionados, el control de la temperatura fría que había ganado con su audacia. Y por un momento, ascendiendo desde algún lugar profundo de sus caderas, espontáneo y repugnante, como un fuerte chorro de bilis, una pequeña burbuja de admiración. Respiró hondo.

—¿Crees que el edificio aguantará? —preguntó.

Katekar asintió. Estaba mirando hacia dentro, a través de la puerta, y tenía el rostro oscuro de furia. Sartaj se tocó el labio superior con la punta de la lengua, notó la sequedad, y después entraron. Sartaj iba delante, y al llegar a la primera puerta del interior Katekar se puso a su lado. Tras ellos seguía el susurro de los demás. Sartaj estaba intentando escuchar por encima de la expansión atronadora de su corazón. Había hecho entradas como esta antes, y nunca mejoraba. Hacía mucho frío dentro del edificio, y la luz era baja y lujosa. Tenían moqueta bajo los pies. Había cuatro habitaciones cuadradas, todas blancas, todas vacías, Y en el centro exacto del edificio había una escalera de metal muy empinada, casi vertical, que descendía del suelo. Sartaj le hizo una señal con la cabeza a Katekar, y este le siguió abajo. La puerta de metal al fondo se abrió con facilidad, pero era muy pesada, y cuando Katekar por fin pudo echarla hacia atrás Sartaj vio que era tan gruesa como la escotilla de una cámara acorazada. Dentro estaba oscuro. Sartaj tenía unos escalofríos incontrolables. Pasó junto a Katekar, y entonces vio una luz azulada a la izquierda. Katekar deslizó los hombros hacia atrás, y tras salir ambos caminaron arrastrando los pies hacia delante, sujetando con rigidez las armas por delante de ellos. Otro paso y entonces, en el nuevo ángulo, Sartaj vio una figura, hombros, frente a un tablero de monitores de televisión llenos de neblina, una mano morena cerca de los controles sobre un panel negro.

—¡Gaitonde! —Sartaj no había pretendido gritar... una moderada afirmación reprobatoria era su tono preferido, por lo que bajó la voz—. Gaitonde, levanta las manos muy despacio.

No hubo ningún movimiento por parte de la figura en la oscuridad. Sartaj apretó con dolor el dedo contra el gatillo, y se resistió al impulso de disparar, y volvió a disparar.

—Gaitonde. ¿Gaitonde?

A la derecha de Sartaj, donde estaba Katekar, se produjo un chasquido muy pequeño, y en el momento en que Sartaj giró la cabeza la habitación se inundó de un resplandor blanco de neón, generoso y abarcador y nítido. Y bajo la iluminación universal Gaitonde se reveló sentado, una pistola negra en su mano izquierda, y sin

media cabeza.

El ojo derecho de Gaitonde sobresalía inyectado en sangre y con intensidad maniaca. Sartaj pudo ver la frágil huella de líneas rosas, el negro oscuro de la pupila, el lento flujo brillante de fluido que salía de la esquina interior, que a pesar de sí mismo pensó que era una lágrima. Pero solo era el cuerpo reaccionando ante el golpe gigantesco que lo había roto todo desde la barbilla hasta la parte superior, cortando desde el orificio nasal izquierdo hasta la frente y pulverizando una suciedad cremosa sobre el techo blanco. Un diente centelleaba como una perla, entero e intacto, desde la hilera roja donde la mueca muda de Gaitonde se había detenido de forma brusca.

—Señor —llamó Katekar.

Sartaj se sacudió, y siguió el cañón del revólver de Katekar que apuntaba rígido hacia una entrada en la pared blanca. Justo en la línea divisoria entre el resplandor nítido y la oscuridad, en esa sombra, había dos pequeños pies desnudos, con los dedos apuntando hacia el techo. Sartaj avanzó, y no pudo ver el cuerpo con claridad, solo los dobladillos de unos pantalones blancos, pero supo de alguna forma, por la extensión poco definida de las caderas, que era una mujer. De nuevo Katekar encontró un interruptor, y ahí estaba ella, sí, una mujer, con pantalones blancos ajustados, un poco caídos... Sartaj sabía que se llamaban «pantalones de cintura baja». Llevaba un top apretado de color rosa, era elegante. Mostraba el vientre, debía de haber estado orgullosa de la estrechez de su cintura y su ombligo perfecto. Y tenía un agujero en el pecho, justo debajo del punto aterciopelado de su tórax donde el top recibió el disparo.

—Él le disparó —dijo Sartaj.

—Sí —contestó Katekar—. Ella debía de estar de pie en la entrada.

El rostro de la mujer estaba girado hacia la izquierda, y el pelo largo le caía por encima de la mejilla.

—Comprueba el resto —pidió Sartaj.

En la habitación cuadrada donde yacía la chica, había tres camas descubiertas, en hilera, con mesitas de noche blancas junto a cada una. Parecía un dormitorio. Contra la pared, una bicicleta de hacer ejercicio y una fila de pesas graduadas encima de un estante. DVD de películas antiguas en blanco y negro. Un armario pequeño de acero con una fila de rifles AK-56, y pistolas en la parte inferior. Y había duchas y váteres de estilo occidental en un baño, y tres armarios llenos de ropa y zapatos y botas de hombre. En la habitación central, Katekar había terminado su inspección, y ambos se quedaron de pie junto a Gaitonde.

Había un agolpamiento de policías armados detrás de Sartaj, dando empujones con los hombros y haciendo ruido con las culatas de los rifles mientras se estiraban hacia delante para ver en lo que había terminado el gran Gaitonde, y su novia asesinada.

—Basta —cortó Sartaj—. ¿Qué es esto, un *tamasha* gratuito? ¿Un espectáculo de película? Quiero que todo el mundo suba y salga de aquí.

Pero sabía que su voz estaba llena de alivio y tensión liberada, y le sonrieron de forma irónica cuando se dieron la vuelta. Se apoyó contra el borde del gran escritorio y esperó que disminuyera la elasticidad del extraño líquido que tenía tras las rótulas. Desde el respaldo de la silla de Gaitonde había un goteo continuo hasta el suelo.

Katekar estaba abriendo y cerrando los pequeños armarios blancos que se alineaban en la habitación central con un pañuelo azul que le cubría los dedos. Siempre era metódico tras la estela de los disparos, y Sartaj hallaba comodidad en la anchura y solidez de sus hombros y la disposición seria de su mandíbula.

—Aquí no hay nada, señor —anunció Katekar—. Ni una sola cosa.

Junto a la pierna de Sartaj, había un cajón en el escritorio. Sartaj encontró su propio pañuelo y estiró del tirador. Un pequeño libro negro descansaba en el centro exacto, los bordes alineados con los lados del cajón.

—¿Un diario? —preguntó Katekar.

Era un álbum, páginas negras cubiertas por una película adhesiva, tras la cual habían introducido fotografías. Sartaj pasó las páginas justo por el borde. Mujeres, algunas muy jóvenes, posando en fotos de estudio, mirando por encima del hombro y sujetando sus rostros y ladeando las caderas, vestidas de forma decente pero con glamour.

—Todas sus mujeres —comentó Sartaj.

—Todas sus *randis* —replicó Katekar.

Se cubrió el dedo índice con el pañuelo azul y abrió de lado el archivador a la altura de la cintura que estaba al otro extremo del escritorio. Sartaj oyó cómo inhalaba para respirar incluso por encima del zumbido leve de los generadores.

—Señor.

El archivador estaba lleno de dinero. El dinero era dinero nuevo, billetes de quinientas rupias en fardos pequeños y limpios que todavía llevaban los envoltorios y las gomas elásticas del Banco Central de la India, y los fardos estaban agrupados en montones de cinco y envueltos en fino plástico elástico. Katekar tocó la capa superior, en la apertura entre los montones. Había más debajo. Y más después.

—¿Cuánto? —preguntó Sartaj.

Katekar golpeó ligeramente el costado del archivador, pensativo.

—Está lleno de arriba abajo. Eso es mucho dinero. ¿Cincuenta lakhs? Más.

Era más dinero del que cualquiera de ellos había visto junto antes. Se tenía que tomar una decisión, y tras mirarse el uno al otro con franqueza, Sartaj decidió. Empujó con suavidad el archivador con la rodilla para cerrarlo.

—Demasiado dinero —dijo.

Katekar exhaló. Sin lugar a dudas se sintió triste por un segundo, eso fue todo. Pero había sido él quien le había enseñado a Sartaj esta importante lección de supervivencia, que abalanzarse sobre premios grandes sin suficiente información era una invitación al desastre. Entonces se sacudió para liberarse del encantamiento del dinero a lo grande con un resoplido y una gran sonrisa.

—La gente importante se ocupará del dinero de Gaitonde —concedió—. ¿Ahora esperamos?

—Esperamos.

El búnker estaba lleno. Había técnicos de laboratorio y fotógrafos, y agentes superiores de tres zonas y de la Brigada Criminal. Gaitonde estaba sentado en el medio, bien iluminado y de alguna manera empequeñecido. Sartaj observó el momento en que Parulkar se inclinó sobre Gaitonde, señalándole algo a otro comisario de zona. Parulkar estaba en su elemento, debatiendo sobre una operación exitosa con quienes importaban, y Sartaj le estaba agradecido. Estaba seguro de que Parulkar puliría y mejoraría la historia, y que le daría a él más mérito del que merecía. Era un talento que tenía Parulkar. Sartaj dependía de él por eso.

Tres hombres bajaron la escalera, moviéndose rápido. Sartaj nunca les había visto antes. El que estaba al frente llevaba el pelo tan corto que Sartaj podía ver el cuero cabelludo debajo del gris nítido. Ese habló con Parulkar, y mostró una tarjeta identificativa. Parulkar escuchaba y aunque no delató nada, Sartaj vio cómo se quedaba muy quieto. Asintió, y después llevó a Cabeza Plana y a los otros dos hacia Sartaj.

—Este es el agente —le dijo Parulkar a Cabeza Plana—. El inspector Sartaj Singh.

—Soy el *SP* Makand, del *CBI*. —Cabeza Plana era muy seco—. ¿Ha encontrado algo?

—El dinero —contestó Sartaj—. Un álbum. No hemos mirado en sus bolsillos todavía, estábamos esperando a que...

—Bien —cortó Makand—. Nosotros nos hacemos cargo a partir de ahora.

—¿Podemos hacer algo?

—No. Estaremos en contacto. Que sus hombres despejen el lugar.

Los dos flancos de Makand ya estaban moviéndose por la habitación, diciéndoles a los técnicos que recogieran.

Sartaj asintió. Esperaba que le quitaran a Gaitonde. Que Gaitonde hubiese aparecido en la Zona 13 era inexplicable, que su carrera se hubiera detenido de repente en Kailashpada era en conjunto un regalo profesional demasiado perfecto para que se lo dejaran a Sartaj solo. La vida no permitía esas felicidades completas. Pero la destitución por parte de Makand —a pesar de proceder de un hombre que venía de una agencia central de élite— era demasiado brusca. Y no obstante ahí estaba Parulkar siendo tan blando como la mantequilla *desi*, sin la más mínima protesta o pequeña objeción. Así que Sartaj siguió a su superior, llamó a Katekar y salió.

Era por la tarde. Sartaj se quedó de pie al abrigo de la puerta de metal, en las sombras, y pudo ver a los reporteros esperando al otro lado de la fila de jeeps de

policía. Parulkar estaba a su lado, adecentándose un poco para la prensa.

—Señor —comenzó Sartaj—, ¿por qué nos han echado? ¿El CB1 ya no necesita la ayuda local?

Parulkar se remitió la camisa, y tiró de su cinturón.

—Parecían estar muy tensos. Mi sensación es que tenían miedo de que algo de ahí dentro quedara expuesto.

—¿Están tratando de encubrir algo?

Parulkar inclinó la cabeza y se permitió parecer astuto.

—*Beta* —respondió—, cuando alguien está dispuesto a ser así de rudo con nosotros, suele significar que trata de ocultar algo. Venga. Vamos a contar a nuestros amigos de la prensa cómo hiciste caer al gran don Ganesh Gaitonde.

Así que Sartaj avanzó hacia el destello de los flashes y les habló a los periodistas de su golpe maestro. Les contó que había hablado con Gaitonde antes de que hubiesen derribado la puerta, que Gaitonde parecía no tener miedo y se mostraba sereno. No les contó la historia de Gaitonde sobre el oro. Y no les contó, ni a Katekar ni a Parulkar, nada sobre la pregunta que creyó que Gaitonde le había hecho, al final. No estaba seguro de haberla oído, de todas formas. Así que les habló a los reporteros sobre el chivatazo anónimo de aquella mañana, y lo que había seguido, y dijo que no, no tenía ni idea de por qué un don de la mafia habría querido quitarse la vida.

Pero más tarde aquella noche, en casa, recordó la voz grandilocuente de Gaitonde, su discurso rápido, su tristeza. Nunca había conocido a Ganesh Gaitonde, y ahora sus vidas se habían cruzado y el hombre estaba muerto. Al borde del sueño, Sartaj se acordó de todo lo que había oído y leído sobre Gaitonde, los rumores y las leyendas, los informes del servicio de inteligencia y las entrevistas en los informativos. Intentó conectar la imagen pública con la voz que había escuchado, y no pudo. Estaba el famoso gángster, y estaba el hombre de esa tarde. Pero ¿qué importaba, cualquiera de ellos? Gaitonde estaba muerto. Sartaj se dio la vuelta, golpeó las almohadas con determinación, las dispuso, recostó la cabeza y se durmió.



## GANESH GAITONDE VENDE SU ORO

Bueno, Sardar-ji, ¿todavía me estás escuchando? ¿Estás en algún lugar en este mundo conmigo? Puedo sentirte. Qué pasó después, y qué pasó después, quieres saber. Estaba caminando bajo el cielo arremolinado dividido por las nubes, con el incesante tirón del oro sobre la espalda y la ciudad por delante. Tenía diecinueve años y tenía oro sobre la espalda. Ahí estaba, Ganesh Gaitonde, con una camisa azul sucia, pantalones marrones, zapatos de suela de goma rotos y sin calcetines, con cuarenta y siete rupias en el bolsillo y un revólver en el cinturón y oro sobre la espalda. No tenía adónde ir, porque no podía volver al edificio en Dadar donde dormía junto al trastero con olor a especias de un restaurante. Si la gente de Salim Kaka iba a buscarme, o si cualquier otra persona iba a buscarme, yo me habría ido, no me encontrarían como a un simplón y me darían una muerte de perro. Desde que encontré el dinero había perdido la confianza. Tenía los problemas de un hombre rico. Pensé: en todo el mundo solo tengo cuarenta y siete rupias y un revólver y este gigantesco peso de metal. El oro sobre mi espalda no es bueno, debo venderlo. No le sacaré nada hasta que lo venda. ¿Cómo vender oro, y tanta cantidad? ¿Dónde venderlo? Hasta que lo venda soy un hombre pobre. Un hombre pobre con los problemas de un hombre rico.

Hice una mueca nerviosa, y después me reí. Tenía necesidad de encontrar un escondite, ahora, rápido, pero la situación también era divertida. Canté: *Mere desh ki dharti sona ugle, ugle heere moti*. Pero las diez y media de la mañana no era momento para deambular por las orillas más alejadas de tiorivali con una *ghoda* cargada y oro, doblado por el peso y muy cansado. Había campos a lo lejos y matorrales de árboles y edificios dispersos, casitas pequeñas amontonadas muy al estilo de un pueblo, pero antes o después alguien se daría cuenta, preguntaría, querría. Solo me quedaban tres balas. Treinta o trescientas balas no supondrían gran diferencia si alguien descubría lo que llevaba.

A mano derecha, una alambrada resguardaba un grupo de árboles. Miré hacia atrás, hacia delante, y tomé la decisión. Me deslicé bajo el ramal más bajo, me puse el saco a la espalda y caminé deprisa, sin correr, hacia los árboles. Al llegar a la sombra, me puse en cuclillas y me quedé quieto. Flexioné las manos, intentando aliviar el calambre de haber estado agarrando el saco, llevando su pesada carga. Si pasaba algo sería ahora. De repente estaba envuelto por diminutos insectos voladores, y estaba dispuesto a que me mordiesen, pero se movieron en una nube estremecida alrededor de mis hombros, un temblor en el aire. En el círculo brillante recordé la cuesta de una montaña vista desde una ventana, un libro escolar agitado por la brisa, el llanto incesante de mi madre en la habitación contigua. Incesante. Basta... agité una mano por delante de la cara y salí del círculo. Me moví hacia delante agachado, a través de la oscuridad que había bajo las ramas, hacia una sábana de agua que pude ver

entonces. Un estanque pequeño, inserto en una depresión en forma de platillo, bordeado de hierbajos amarillentos. Me volví a sentar, poniéndome en cuclillas, con el saco en la parte delantera. No había huellas en el barro blando alrededor del estanque, ni caminos a través de la hierba gruesa, ningún hombre o mujer en todo el trecho hasta el fuego mordaz que había en el extremo lejano del agua, ni siquiera más allá, en la carretera. Pero quise darle media hora más. Agarré con firmeza el rectángulo liso del lingote que llevaba en el bolsillo y respiré inhalando aire, soltándolo. Seguí el irisado planear de las libélulas sobre el agua. Estaba decidido a no volver a equivocarme, a no volver a deslizarme en la lenta vorágine del pasado. Había pasado una vida, la había abandonado. Para Ganesh Gaitonde solo existía ese día, la noche de ese día y todos los días que estaban por venir.

Cuando pasó el tiempo, regresé de nuevo a los árboles, a la sombra más oscura. Escogí un árbol y empecé a cavar. La tierra estaba suelta, pero seca, y era lento avanzar, y pronto tuve los dedos en carne viva. Debería haber encontrado primero algo con lo que cavar, un trozo de lata, algo. Mala planificación. Pero había comenzado, y seguí moviendo la suciedad a puñados. Cuando llegué a la capa más dura, debajo de la superior, me volví a sentar y la arañé con los talones hasta soltarla. Era un trabajo duro, y estaba sudando, y cuando paré no había hecho realmente un agujero, en realidad solo una hondonada poco profunda, bajo el tronco oscuro. Estaba cansado, y hambriento, y debería bastar. Respiraba agitadamente. Tiré del cordón del saco, y saqué dos lingotes de oro, y perdí uno o dos minutos por la suave quemazón del bronce, bajo las sombras moteadas. Después metí el saco en la ranura, y volví a arañar tierra para cubrirlo. Parecía un montículo pequeño, y correteé bajo los árboles, buscando matas de hierba para apisonar la tierra sobre él, hojas y ramitas. Me puse de pie y miré la disposición. Parecía una elevación accidental debajo de un árbol, un árbol cualquiera, y en la penumbra pasaría desapercibido, a menos que alguien se sentara encima. Pero ¿por qué iba a venir alguien aquí, por qué pasearía, por qué se sentaría? Era seguro. Estaba convencido de ello. Pero desde la cerca tenía que regresar una vez, solo para asegurarme de que podría volver a encontrar el camino. Pero solo una vez. Después de eso rodé por debajo de la cerca, recorrí la carretera y tomé la curva con decisión, a pesar de la sensación profunda de pérdida en el estómago, una caída en picado que dolió tanto que tuve que sujetarme la barriga con ambas manos. El riesgo es riesgo y de ahí viene el beneficio. Si se ha ido, se ha ido. Has de hacer un trato. Haz el trato.

Lo único que tenía era un nombre. Paritosh Shah. Lo había oído un par de veces, una a un tipo llamado Azam Sheikh, que acababa de regresar tras cumplir una sentencia de cuatro años por robo. Salió de la cárcel y llevó a cabo otro trabajo limpio en el plazo de dos días, un romper-entrar-coger a la luz del día en el apartamento de una pareja de recién casados en Santa Cruz Este.

—La buena mujercita fue al mercado a comprar verduras para la cena de su marido —dijo Azam—, y cogimos su collar de oro, y sus pulseras, y sus pendientes, y su aro de la nariz, todo menos el *mangalsutra*, y Paritosh Shah nos hizo un buen precio por el lote.

Yo estaba de pie detrás de la puerta de la cocina en el restaurante en el que trabajaba como camarero, haciendo un descanso y escuchando el alarde, y cuando Azam vio mis pies debajo de la puerta me insultó y la cerró. Me moví. Más tarde, su camarero me contó que Azam Sheikh había dejado una propina de tres rupias, tras hora y media de *tangdis* y *shammi kebabs* y cerveza, pero antes de un mes tuve la satisfacción de oír que Azam Sheikh estaba de nuevo en prisión, le habían cogido en otro trabajo en Santa Cruz Este cuando una sirvienta que estaba dormida se despertó y gritó. Le cogieron los vecinos y le golpearon con saña. Ahora Azam Sheikh caminaba de forma graciosa, me quedaba esa satisfacción... eso y el nombre de Paritosh Shah.

Nombre que había vuelto a oír, después de hacerme amigo de Salim Kaka, después de haberme ganado la confianza de Kaka. Habíamos salido, Mathu y Salim Kaka y yo, a Borivali, para hacer prácticas de tiro. En un claro en la jungla, Mathu y yo disparamos seis tiros cada uno, y Salim Kaka nos había enseñado la posición, la forma de sujetar, y habíamos cargado y recargado hasta que fue rápido y fácil y pude hacerlo sin mirar. Eso contentó a Salim Kaka, e hizo que me diera palmadas en el hombro. Nos dejó disparar dos tiros más a cada uno. Los estallidos rodaron sobre mis antebrazos, más alto de lo que jamás había imaginado, y debajo de mi columna, y me regocijé, y los pájaros salieron en oleada por lo alto.

—No aprietes el *samaan* —explicó Salim Kaka—. Cógelo con suavidad, cógelo con firmeza, cógelo con amor.

Había un blanco dibujado con tiza sobre el tronco de un árbol, y exploté las astillas del centro mismo.

—Con amor —dije, y Salim Kaka se rió conmigo.

En el largo camino para salir de la jungla, bajo las ramas marrones desnudas, a través de los arbustos espinosos que nos envolvían, Salim Kaka nos asustó con cuentos sobre leopardos. Una muchacha que recogía leña había sido asesinada en esta misma jungla no hacía ni diez días.

—El leopardo llega tan rápido que no puedes verlo, todo lo que notas son sus dientes en tu cuello —explicó.

—Le volaré los ojos —contesté, e hice girar el revólver.

Mathu replicó:

—Claro, maderchod, eres un pistolero de medalla de oro, después de todo.

Escupí, y dije:

—Pagarían dinero por la piel del leopardo. Despellejaré al bhenchod y la venderé.

—¿A quién, chutiya? —Mathu quería saber.

Señalé a Salim Kaka.

—Al que le compra a Kaka.

—No —contestó Salim Kaka—. Solo le interesan las joyas, los diamantes, el oro, los aparatos electrónicos caros.

—No tu maltrecha piel de leopardo —remató Mathu, y se rió.

Después Mathu se quedó de pie junto a la carretera y esperó un autorickshaw, con el brazo levantado, y Salim Kaka se puso en cuclillas a mi lado, nos agachamos uno junto a otro frente a un muro, para mear. Miré fijamente la pared, controlándome, de repente impaciente por el largo viaje en tren que quedaba por delante, después el autobús y la caminata hasta casa y a dormir.

—¿Qué pasa, jaar? —preguntó Salim Kaka—. ¿Todavía piensas en tu piel de leopardo?

Los dientes de Salim Kaka estaban teñidos de marrón por el tabaco, y eran fuertes y sólidos.

—No te preocupes, puedes llevarle la piel a ese Paritosh Shah, acepta cualquier cosa, he oído.

—¿Quién? —pregunté.

—Un nuevo comerciante de mercancía robada de Goregaon. Es ambicioso —contestó Salim Kaka.

Mathu había logrado que parase un autorickshaw, y Salim Kaka se agitó y se puso de pie, y yo me puse de pie y me subí la cremallera, y Salim Kaka me miró riéndose y caminamos hacia delante, rozándonos por los hombros. En el rickshaw, que rebotaba y se sacudía, estábamos todos apretados y Salim Kaka, en el medio, sujetaba la bolsa negra que contenía los revólveres. Eran suyos, le pertenecían. Sujetaba la bolsa muy cerca de él.

Así que entonces fui a Goregaon, lo que resultó bastante fácil, pero Paritosh Shah era un hombre entre lakhs en esa localidad, y en la estación no estaba anunciado entre las vallas publicitarias de sexólogos y agentes inmobiliarios y comerciantes de cemento. Compré un periódico, encontré un *vada-pau-vala* fuera de la estación y comí y consideré el problema. Con un vaso de té del *chai-vala* de un puesto más allá comencé a ver una posible solución.

—*Bludu* —le dije al *chai-vala*—, ¿dónde está la comisaría?

Caminé hacia la comisaría por calles estrechas con hileras de tiendas y *thelas* a ambos lados. Pasé por allí deprisa, flexionando y deslizando el hombro primero entre las muchedumbres, revivido por el té y las ganas de que llegase la próxima esquina. Encontré la comisaría, y me apoyé sobre el capó de un coche, frente a la baja y alargada fachada marrón. De hecho podía ver, incluso desde esa distancia, a través de la puerta principal hasta la sala de recepción con sus escritorios largos, y supe lo que había debajo, las oficinas atestadas, los detenidos encucillados formando filas, las celdas desnudas justo detrás. La pequeña multitud que había enfrente cambió de posición y deambuló y se reagrupó pero no dejó de estar ahí, y yo hojeé el periódico y observé. Podía reconocer a los polis, incluso a los que iban de paisano, por la

sinuosidad de sus cuellos y la forma de echarse hacia atrás, algo parecido a una cobra que se alza recta en medio de surcos agitando su capucha, vibrando de poder y arrogancia. Tenían esa agresividad resplandeciente en los ojos. Yo busca otra cosa.

No fue sino hasta las dos y media y tras dos salidas nulas cuando encontré a mi informante. Un hombre de caderas estrechas salió furtivamente por un lado de la puerta y se dirigió calle abajo con la reticencia aceitosa de un carterista de nacimiento, y le seguí a casi un metro, y finalmente desconfié de sus manos largas, que flexionaba y relajaba con avaricia hambrienta, perruna. De vuelta a la comisaría, volví a observar, y me fijé en un hombre más mayor, de cincuenta años o así, que salió por las puertas de delante, se quedó de pie junto al portal y abrió un paquete de cigarrillos dando un tirón con el pulgar. Dio tres golpecitos a un cigarrillo sobre el paquete, precisos y deliberados, y después lo encendió y empezó a fumar con la misma confianza pausada. Caminé detrás de él y me gustó la curva nítida de pelo blanco a lo largo de la parte trasera de su cuello, y el gris discreto de su sahariana. En el cruce de calles, cuando me acerqué y le pedí un cigarrillo, por favor, el hombre me miró con tal simpatía sincera, con tal falta de sospecha que supe que era completamente respetable. Era uno de esos que van a trabajar a las oficinas, que había ido a la comisaría a denunciar una bicicleta robada, o a vecinos ruidosos, no tendría ni idea de quién era Paritosh Shah. Cogí el cigarrillo y se lo agradecí y volví a mi puesto.

Estaba aplastando la colilla con el talón cuando la oí. Era una voz profunda, sin duda de mujer pero grave y resonante, estaba discutiendo con el conductor de un autorickshaw, diciéndole que hacía el mismo trayecto cada semana y que su contador estaba equivocado y que podía esperar veinte con sesenta de algún chutiya recién llegado de Uttar Pradesh, pero no de ella. No podía ver mucho de ella más allá del autorickshaw, y del conductor, solo unos brazos regordetes y una blusa amarilla apretada, y cuando el conductor se fue chirriando con nueve rupias, alcancé a ver un sari rojo oscuro, una espalda carnosa y una cintura gorda, una forma de caminar rápida y bamboleante, todo ello por completo, y de alguna manera, de dudosa reputación. Entonces me quedé impaciente. Ya no me preocupé por examinar a los demás que entraban y salían, la estaba esperando a ella. Cuando apareció cuarenta y cinco minutos después, había ensayado y estaba listo.

Cruzó la calle y se quedó de pie esperando un autorickshaw, una mano grande apoyada en la cadera y la otra agitándose de forma imperiosa ante cada autorickshaw estruendoso que pasaba. Respiré hondo y me acerqué más, y vi, debajo de una curva de pelo teñido con alheña, sus mejillas en forma de bolsa, cejas poderosas, grandes pendientes de oro en forma de loto. Era mayor, más mayor, marcada por el tiempo, cuarenta o cincuenta años, lejos ya de la juventud. Me gustaba su complexión regordeta, su postura inclinada hacia delante, sus pies muy separados y fuertes. El pallu le colgaba de forma descuidada desde el hombro, carecía de modestia.

—Los rickshaws van llenos a estas horas —le dije.

—Vete, chico. No soy una ranch —gruñó—. Aunque no tienes pinta de poder permitirte una.

No había pensado que se hubiera fijado en mí.

—No estoy buscando una ranch.

—Eso es lo que dices.

En ese momento giró la cara hacia mí, y sus ojos sobresalieron un poco, no de forma fea sino inusual, hizo que su rostro se volviera precario, dispuesto a caer sobre el mundo con la sorpresa de una sacudida.

—¿Qué quieres, entonces?

—Tengo una pregunta que hacerle.

—¿Por qué te iba a contestar?

—Necesito ayuda.

—Tienes aspecto de necesitarla. No puedes desabrocharte los pantalones y quieres que los estire por ti. ¿Por qué tendría que ensuciarme las manos? ¿Te parezco tu madre?

Me reí, y supe que mis dientes habían quedado al descubierto.

—No, no me lo parece. Ni siquiera un poco. Pero aun así podría ayudarme.

Un autorickshaw que iba en la otra dirección frenó y se acercó a nosotros haciendo curvas por la calle. La mujer se agarró de la barra de hierro sobre el contador antes de que parase, y se columpió para entrar y sentarse.

—Vamos —le dijo al conductor.

—Paritosh Shah —dije, encorvando los hombros e inclinándome hacia dentro del rickshaw. Entonces conseguí su atención.

—¿Qué pasa con él?

—Necesito encontrarle.

—¿Necesitas?

—Sí.

Se deslizó hacia delante en el asiento, y me ofreció toda la rotunda amenaza de su mirada.

—Estás demasiado sucio para ser un *khabarí*. Intentan parecer limpios y dignos de confianza.

—No lo soy —respondí—. No sabría a quién informar.

—Sube —dijo.

Hizo sitio en la piel sintética roja agrietada, le dio instrucciones al conductor del autorickshaw y nos fuimos traqueteando por caminos desconocidos. Los edificios estaban más cerca unos de otros entonces, apretujados pared contra pared, y las calles estaban cerradas por gente que se apartaba para que pasara el autorickshaw. Miré hacia fuera por el lado izquierdo, y después a través de la ventana ovalada en la lona de la parte trasera.

—Tranquilo —comentó la mujer—. Estás a salvo. Si quisiera hacerte daño, esa ghoda grande que llevas dentro de los pantalones no te salvaría.

Miré hacia abajo. Había estado sujetando el revólver con un trapo teñido de azul. Me libré de ello y me masajeeé la mano derecha con la otra.

—Nunca había estado aquí antes —respondí.

—Lo sé —dijo. Se inclinó sobre mí—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ganesh. ¿Y tú?

—Soy Kanta Bai. ¿Qué tienes para Paritosh Shah?

Dije, cerca de su oído:

—Tengo oro —me acerqué más—. Lingotes.

—Quédate quieto, Ganesh, hasta que salgamos del autorickshaw.

El autorickshaw paró en la plaza de un concurrido bazar lleno de tiendas de venta de ropa al por mayor, y ella me condujo mediante giros rápidos por callejones estrechos. Era bien conocida allí, y la gente con la que se cruzaba la saludaba por su nombre, pero ella pasaba deprisa, sin detenerse. Al final de un callejón había un muro con una grieta, un agujero irregular bordeado por ladrillos destrozados, y en la otra parte había una basti. Me observé los pies y seguí el paso rápido de la mujer. En ese momento las chozas estaban más cerca, y en algunos lugares a lo largo del callejón los edificios *pucca* estaban tan cerca unos de otros que era como caminar por un túnel. Hombres y mujeres y niños se quedaban de pie a un lado para dejar que Kanta Bai pasara. Había niños, hombres jóvenes, sentados en repisas y puertas de entrada y pude sentir sus ojos sobre el cuello, y mantuve la espalda recta y a mí mismo cerca de Kanta Bai.

Olí primero la riqueza rotunda y embriagadora del *gur*, y después el vómito. Giramos a la derecha y pasamos junto a una puerta de entrada pequeña, y vi mesas de metal, y hombres sentados alrededor de ellas, bebiendo. Un chico puso un plato con dos huevos hervidos sobre la mesa más cercana a la entrada, y su cliente hizo salir las últimas gotas de leche de un vaso para que entrasen en su boca. Kanta Bai giró alrededor de un lado del edificio, y el silbido de una turbina eléctrica intensificó el tono. Me dejó en una habitación oscura llena hasta el techo con sacos de gur.

—Espera aquí —me dijo, así que esperé.

El olor cálido se asentó en mis hombros, marrón como la tierra del fondo de un río. A través del rechinar incesante del motor pude oír las notas más altas de una radio en la habitación de enfrente, el bar, solo las notas metálicas más altas de la canción, viniendo hacia mí como la espuma, y me pregunté por la calidad del producto de Kanta Bai. Había suficientes clientes, tal vez veinte una tarde de día laborable, sorbiendo a ritmo constante vasos de ocho y diez rupias de *saadi* y *satrangi* que destilaban en la parte de atrás. Era un buen negocio, la materia prima resultaba barata y disponible de forma legal, a bajo coste. Y la demanda de buen licor desi era segura y constante, tan continua y amplia como el ruido de pasos en los callejones de afuera. Me incliné hacia delante y entre la cortina de la puerta de entrada solo pude ver los pies desnudos de los trabajadores de Kanta Bai y la parte inferior de los sacos mientras los arrastraban, y ocasionalmente el resplandor redondo de las botellas.

Reconocí su sari, y de esa forma fui capaz de darme la vuelta y estar de pie en la parte más alejada de la habitación cuando ella apartó la cortina. Cuando le vi los ojos, blanco ardiente a pesar de la oscuridad de ciénaga de los sacos de gur, me asusté.

—He hablado con Paritosh Shah por teléfono —me informó.

Yo era incapaz de hablar, sepultado por el brusco terror de estar solo, sin experiencia, solo con el oro. Asentí, y con ese mismo movimiento apoyé el hombro contra la puerta, de manera muy informal. Puse una mano en la cadera y volví a asentir.

A Kanta Bai apenas le hizo gracia. Una onda muy pequeña de placer pasó por su mandíbula, y dijo:

—Veamos tu oro.

Asentí. Todavía me sentía muy inseguro, intranquilo por dentro, pero esto era necesario. Busqué a tientas en mi bolsillo derecho, cogí los lingotes con la mano izquierda, y los saqué, dos de ellos, pesados en la palma de mi mano.

Kanta Bai cogió los lingotes, los sopesó y calculó su peso, y me los devolvió. Me miraba fijamente a la cara.

—Te verá ahora. Haré que uno de mis chicos te lleve.

—Bien —contesté, capaz ahora de encontrar mi voz y mi confianza.

Los lingotes regresaron a mi bolsillo, y saqué de forma tentativa un fajo delgado de billetes y lo desplegué en forma de abanico.

—No puedes pagarme.

—¿Qué?

—¿Cuánto tienes?

Puse la mano hacia un lado, hacia la luz.

—Treinta y nueve rupias.

Borbotó una risa, y frunció las mejillas y apretó los ojos hasta casi cerrarlos.

—*Bachcha*, ve y conoce a Paritosh Shah. Me deberá un favor si las cosas van bien. Treinta y nueve rupias no te convierten en el *raja* Bhoj de Bumbai.

—Yo también te deberé un favor —repliqué—. Si las cosas van bien.

—Muy listo —contestó—. Quizá seas un buen chico después de todo.

Paritosh Shah era un hombre de familia. Le esperé en el pasillo de un segundo piso, cerca de una escalera que de cuando en cuando despedía ráfagas de fuerte peste a orina. El edificio de seis pisos era alto y antiguo, con un armazón de bambú amarrado y clavado a su fachada tambaleante, y huecos preocupantes en las volutas ornamentadas de los balcones. El segundo piso estaba lleno de hombres de la familia Shah, que pasaban a mi lado por el rellano, donde el chico de Kanta Bai me había dejado, y se llamaban unos a otros *chacha* y *mamu* y *bhai*, y me ignoraban por completo. Pasaban junto a mi camisa sucia y pantalones andrajosos con la más mínima de las miradas. Eran un grupo llamativo, o con anillos de oro y trajes



saharianos blancos. Pude ver sus zapatos y chappals blancos alineados en hileras desordenadas cerca del guardia uniformado de la puerta. En algún lugar del interior estaba el santuario de Paritosh Shah, protegido por un viejo y vetusto *muchhad* colgado de un taburete con una escopeta de cañón absurdamente largo. Llevaba un uniforme azul con galones amarillos, y su bigote era enorme y curvado en los extremos. Tras veinte minutos de Shahs que pasaban y fetidez a meada, empecé a sentirme bastante insultado, y de alguna manera mi resentimiento se centró en la cartuchera que el viejo llevaba alrededor del pecho, en su piel agrietada y tres cartuchos cilindricos de color rojo. Me imaginé sacando el revólver de un tirón y haciendo un agujero en el centro de la cartuchera, justo encima del estómago caído. Era un pensamiento absurdo, pero me reconfortaba.

Pasaron otros diez minutos, y fue suficiente. Era ahora o la bala en el pecho. La cabeza me palpitaba de dolor.

—Escucha, manu —le dije al guardia, que en ese momento estaba investigando en su oreja izquierda con el extremo de un lápiz—. Dile a Paritosh Shah que vine a hacer negocios, no a estar de pie aquí fuera oliendo esta letrina.

—¿Qué? —Sacó el lápiz—. ¿Qué?

—Dile a Paritosh Shah que me voy. Me voy a cualquier otra parte. Él se lo pierde.

—Espera, espera.

El viejo se echó hacia atrás y apuntó su mostacho hacia la puerta de entrada.

—Badriya, ven a ver lo que dice este tipo.

Badriya vino, y era mucho más joven, y muy alto. Había desarrollado todos sus músculos y los movía con parsimonia, mientras caminaba sin hacer ruido con los pies descalzos. Se quedó de pie en la puerta con los brazos colgándole lejos del pecho, y estuve seguro de que llevaba un arma escondida en la región baja de la espalda, bajo la sahariana de color negro.

—¿Hay algún problema?

Era un desafío, no había duda, y el hombre tenía una expresión rotunda y dura, pero yo estaba montado en la locura ligeramente agudizada del momento, en el agotamiento del día largo y el impulso vigorizante del enfado.

—Sí, hay un problema —repliqué—. Estoy cansado de esperar a vuestro maderchod Paritosh Shah.

El viejo se irritó y comenzó a bajar del taburete, pero Badriya habló con calma:

—Es un hombre ocupado.

—Yo también.

—¿De veras?

—Lo soy.

Y eso fue todo. El guardia tenía el pánico sobre los hombros. Su forma de agarrar la escopeta era torpe, muy por encima de la culata; tenía una pierna apoyada en el suelo y la otra, inclinada de forma incorrecta y sin equilibrio, en la barra que cruzaba el taburete. Le observé a él y observé a Badriya. Era absurdo estar cerca de la muerte

en un momento tan inesperado y en un pasillo mugriento donde apenas se podía respirar, era irracional ser casi adinerado pero todavía no del todo, era ridículo ser Ganesh Gaitonde, pobre en la ciudad y siempre manteniéndose en los márgenes, no había ningún sentido en nada de eso, así que un entusiasmo exultante se despertó en mí, un coraje feliz y loco. Aquí. Ahora. Aquí estoy. ¿Qué pasa?

Badriya levantó lentamente la mano izquierda.

—Está bien —dijo—. Iré a ver si está libre ahora.

Me encogí de hombros.

—Okey —contesté, disfrutando la palabra en inglés, una de las muy pocas que sabía entonces—. Okey. Esperaré.

Le sonreí de forma irónica al muchachad en los siguientes pocos minutos, metiendo más y más miedo al viejo, que apoyaba las manos temblorosas sobre la escopeta. Para cuando Badriya volvió a aparecer, estaba seguro de que podría quedarme mirando al viejo soldado y sus bigotes marciales hasta provocarle a un ataque de corazón. Pero había negocios que hacer.

—Ven —anunció Badriya, y me quitó los zapatos y le seguí.

El ala anexa llevaba a un laberinto de pasillos flanqueados por puertas negras idénticas.

—Levanta los brazos —pidió Badriya.

Asentí, y me levanté la parte delantera de la camisa, y metí el estómago cuando Badriya cogió con cuidado mi revólver. Badriya le dio un giro profesional de atrás hacia delante con la muñeca, para mirar el cañón. Se lo acercó a la nariz, concentrado. Era fornido, tenía el cuello robusto.

—Se ha disparado no hace mucho —dijo.

—Sí —contesté.

Badriya le dio la vuelta al revólver sobre la mano, y aunque no podría decir bien cómo lo hizo, fue un movimiento con mucho estilo.

—Gírate —pidió Badriya.

Me cacheó hacia abajo rápidamente, con una serie de golpecitos en forma de revoloteo debajo de los brazos y encima de mis muslos, sin más que una pausa muy breve sobre los lingotes que llevaba en los bolsillos. Lo hizo de forma profesional, sin hostilidad, y pensé mejor de Paritosh Shah por tener a Badriya en su equipo.

—Última puerta a la izquierda —dijo Badriya con el último golpecito.

Paritosh Shah estaba tumbado de lado sobre un *gadda* blanco, apoyado sobre una almohada redonda. La habitación estaba bastante vacía, paredes revestidas con paneles marrones, lisos y brillantes, con cristal esmerilado de color blanco hasta cerca del techo, todo con un aire acondicionado tan frío que me resultó doloroso al instante. Había una hilera ordenada de tres teléfonos negros junto al *gadda*. Paritosh Shah estaba muy relajado, y levantó una mano lánguida hasta un taburete bajo.

—Siéntate —ofreció.

Me senté, consciente de que Badriya estaba detrás y hacia la izquierda, y del

ligero chasquido de la puerta negra al cerrarse.

—Eres el chico —comenzó Paritosh Shah.

No era muy mayor, quizá seis, siete, como mucho diez años mayor que yo, pero tenía un aire de confianza cansina.

—¿Nombre? —preguntó, y de algún modo su forma flácida de descansar sobre el suave gadda, con la pierna doblada debajo, su quietud, todo eso advertía: no trates de engañarme, chico.

—Ganesh.

—Eres un muchacho impetuoso, Ganesh. ¿Ganesh qué?

—Ganesh Gaitonde.

—No eres originario de Bombay. ¿Ganesh Gaitonde de dónde?

—No importa.

Me eché hacia atrás y saqué los dos lingotes. Los coloqué uno junto al otro al borde del gadda de Paritosh Shah.

—Podrías haber intentado venderlos a cualquier joyero *marwari*. ¿Por qué acudir a mí?

—Quiero un precio justo. Y puedo conseguirte más.

—¿Cuánto más?

—Muchos más. Si logro un precio justo por estos.

Paritosh Shah se inclinó, para volver a ponerse derecho como el tentetieso de un niño. Entonces vi que tenía los brazos y hombros delgados, pero una pelota redonda como estómago sobre el que doblaba las manos.

—Lingotes de cincuenta gramos. Si son buenos, siete mil rupias cada uno.

—El precio de mercado es quince mil por cincuenta gramos.

—Eso es el precio de mercado. Por eso el oro se comercia de contrabando.

—Por debajo de la mitad es demasiado por debajo. Trece mil.

—Diez. Eso es todo lo que puedo hacer.

—Doce.

—Once.

Asentí.

—Hecho.

Paritosh Shah cuchicheó al hablar por uno de los teléfonos negros, y con la mano que tenía libre alargó una caja de plata llena de paan salpicado de plateado y supari y *elaichi*. Dije que no con la cabeza. Lo que quería era dinero, dinero para tenerlo y tocarlo, dinero en el bolsillo, quería fajos gruesos de billetes, del grosor suficiente para tener cajas de plata, gaddas suaves y colchas rojas y tocadiscos y baños limpios y amor, suficiente papel fresco para tener confianza y seguridad y vida. Tenía la boca seca. Entrelacé y apreté las manos, y las mantuve una contra otra con fuerza cuando sonó el golpe discreto en la puerta, y después cuando se cerró y Badriya dejó una balanza pequeña y dos montones de dinero en efectivo, uno grueso y el otro delgado.

—Solo comprobar —dijo Paritosh Shah.

Y cogió los lingotes uno a uno, con las yemas de los dedos, y los dejó sobre la balanza enfrentados a pequeñas pesas exactas.

—Bien —sonrió—. Muy bien.

Me miraba con expectación. El dinero estaba encima del gadda, y manejé mi voluntad como un muelle vibrante de acero y me quedé quieto y no mostré ninguna señal de haberlo visto hasta que Paritosh Shah alargó sus finos dedos para deslizar el montón hacia delante unos seis centímetros. Entonces lo cogí, con una mano que tembló solo ligeramente.

Me puse de pie. La habitación se movía, los rectángulos helados de luz blanca se me metieron en los ojos y hubo un destello intermitente de cielo blanco, sin horizonte.

Paritosh Shah comentó:

—No hablas demasiado.

—Hablaré más la próxima vez.

Badriya tenía la puerta abierta, y el pasillo era largo, y salí de él con el dinero en el bolsillo y el mareo apisonado con fuerza. Me incliné hacia delante con facilidad para ponerme los zapatos, y cuando salí llevaba el ovillo delgado de treinta y nueve rupias en la mano izquierda. Lo metí por detrás de la cartuchera del viejo guardia, lo deposité con firmeza y con un ligero movimiento extra como para limpiar la piel.

—Toma, mamú —dije—. Y la próxima vez que venga, no me tengas esperando de pie fuera.

El hombre tartamudeó, y Badriya se rió con fuerza. Sacó mi revólver, y levantó una ceja.

—Te has guardado un lingote de oro.

Comprobé la recámara con un movimiento rápido de muñeca, tan escueto como pude.

—Ese no se vende —contesté.

—¿Por qué?

Aparté el revólver, y levanté una mano como gesto de despedida.

—No todo se vende.

Fuera, en la calle, seguía muy alerta. Me quedé de pie delante de una tienda Bata y observé el cristal del escaparate lleno de zapatos, buscando a quienes pudieran estar al acecho. Las posibilidades de que me estuvieran siguiendo eran muchas, que Paritosh Shah hubiera hecho sus cálculos rápidos y hubiese enviado a alguien, tal vez a Badriya, a seguirme de cerca y a descubrir, a destapar mucho oro. Simplemente era lógico. Pero en el cristal no se reflejó ningún perseguidor, y dejé el escaparate y deambulé, caminando despacio sin ninguna prisa y parándome a menudo detrás de esquinas sin salida para observar los rostros que pasaban. Estaba preparado pero relajado, sintiéndome en casa en estas calles de la ciudad como nunca antes me había sentido. Sentí una compasión arrogante por los pequeños y preciosos bungalós junto a los que empecé a pasar, iluminados en el suave crepúsculo de la tarde, por los niños

felices y ricos que podía ver corriendo para entrar y salir. Nada de eso me resultaba extraño ahora. Y traté de resistir con fuerza la comodidad, para mantener vivo el filo cortante de la desconfianza ante la euforia de un negocio provechoso, el éxtasis de lanzar al mundo una tirada de dados que dieran vueltas con fluidez hasta la inevitable condición de victoria. No seas descuidado. Observa, observa. Los números van bien pero el tablero se mueve. Lo que es blanco será negro. Sube alto y rápido y las serpientes largas te estarán esperando como en el juego de dados de serpientes y escaleras. Juega el juego.

Estaba de pie frente a un templo. Miré a izquierda y a derecha sin tener ni idea de cómo había llegado allí. Había edificios de apartamentos a un lado de la calle, construcciones más bajas en el otro, los tejados inclinados cubiertos de tejas de los trabajadores de las fabricas, empleados de expedición, carteros. El templo se alzaba en una esquina, y debió de ser el repique retumbante de la campana lo que me había traído hasta el patio, bajo la cúspide alta color azafrán del techo. Me apoyé en una columna y volví a comprobar si me seguían, si había sombras letales entre los autorickshaws y los Ambassador. Si estaban ahí fuera, oliendo a maldad y codicia, el templo era un lugar tan bueno como cualquier otro para esperarles hasta que se dieran por vencidos. No tolero los templos, desprecio el incienso y las mentiras cómodas y la piedad, no creo en dioses o diosas, pero era un refugio, Me quité los zapatos y entré. Los fieles estaban sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo liso, amontonados a lo largo del extenso pasillo. Las paredes eran de un blanco austero, iluminadas por luces de tubo, pero las cabezas morenas se mecían en un campo de saris brillantes, púrpura y verde luminoso y azul y rojo intenso, en todo el trecho hasta la estatua naranja de Hanuman volando, sujetando la montaña por encima de su cabeza con elegancia. Encontré un lugar contra la pared trasera y me senté, de inmediato me sentí cómodo con los pies metidos debajo. Un hombre vestido de color azafrán se sentó sobre un estrado frente a Hanuman, y su discurso surgió con facilidad y fuerza para mí, esa vieja historia de Bali y Sugreev, el conflicto, el desafío, el duelo, con el dios que iba a tender una emboscada esperando en los bosques. Conocía bien los giros y ardidés, y asentí acompañando la vieja acción y los ritmos de la lección. Cuando el sacerdote recitó pareados, alargando ambos brazos, los fieles salmodiaron tras él y las voces de las mujeres se alzaron fuertes en el pasillo. La flecha voló y Bali quedó echado retorciéndose sobre el suelo, atravesado, raspando con los talones el suelo del bosque, y levanté las rodillas y descansé la cabeza sobre ellas, y estaba cómodo.

Me desperté cuando el sacerdote vestido de azafrán me sacudió.

—Beta —dijo—, es hora de irse a casa.

Tenía el pelo blanco y un rostro pícaro.

—Es hora de cerrar aquí. Hanuman-ji tiene que irse a dormir.

Me froté en el cuello, fuerte, por la sensación de tortícolis.

—Sí. Me voy.

Yo era el último que quedaba en el pasillo.

—Hanuman-ji lo entiende. Estabas cansado. Has trabajado mucho. Él lo ve todo.

—Claro —respondí.

Qué historias fantásticas se cuentan unos a otros los viejos y los débiles, pensé. Estiré las piernas, me puse de pie y fui dando trompicones hacia la caja cerrada de donativos frente a Hanuman. Mientras extraía un billete de quinientas rupias del fajo más delgado, recordé que no había contado los billetes cuando Paritosh Shah me los dio. Esos detalles de aficionado no se tenían que repetir. Deslicé el dinero por la rendija, y encontré al sacerdote listo a mi derecha con una *thali* llena de *prasad*. Levanté la mano derecha en forma de cuenco, y comí el pequeño *peda* azucarado en el camino de salida. La boca se me inundó dolorosamente de saliva, y me sentí descansado, y la vida era muy dulce.

Ya no había una multitud entre la que pudieran ocultarse los asesinos, y caminando deprisa por la calle, con el crujido de mis zapatos sonando con fuerza, sentí que estaba a salvo. Las farolas no dejaban oscuridad en este trecho largo, y estaba completamente solo. Hice señas a un autorickshaw para que parase, y tres giros y cinco minutos después llegué a la estación. Pagué, y casi estaba en la ventanilla de los billetes cuando un hombre apoyado contra la valla de hierro levantó la mejilla para preguntar: ¿qué quieres? Miré por un momento demasiado largo, pero me seguí moviendo, y entonces el hombre estaba caminando a mi lado, con ese susurro risueño, de revendedor insinuante:

—¿Qué estás buscando, jefe? Quieres algo de diversión, ¿*haan*? *Charas*, *Calmpose*, tengo de todo. ¿Quieres una mujer? Mira aquel coche de allí. Todas listas para ti.

Había un coche aparcado al otro lado de la calle, recogido bien hacia dentro en un ángulo frente a una tienda con los postigos cerrados. El conductor estaba apoyado en él, y vi el resplandor de su *bidi*, y supe que me estaba mirando fijamente. El *bidi* se agitó, y el conductor se movió hacia la ventana trasera del coche, y tras dar unos golpecitos una figura se revolvió en el interior y la cabeza de una mujer se inclinó hacia la parte izquierda, hacia la luz de la farola. Todo lo que pude ver fue el brillo negro del pelo, y el amarillo fuerte del sari, y no necesité ver nada más para saber qué tipo de randi avejentada y demacrada vendía su chut en estaciones en la parte trasera de un coche. Me reí, y pagué el billete.

Pero el chulo siguió conmigo.

—Está bien, jefe —me susurró con tono de camaradería de camino a la puerta del andén—. Te he juzgado mal, saab. Quieres algo mejor. Eres un hombre de gustos refinados, ha sido mi error. Solo pareces un poco... ya sabes... Pero tengo la chica para ti, jefe. —Se besó los dedos—. Su marido solía trabajar en un banco, era un gran saab, pobre hombre, hasta que tuvo un accidente. Se volvió un completo lisiado. No puede trabajar. Así que ella tiene que ganarse la vida para los dos, ¿qué va a hacer? Es muy exclusiva. Solo para algunos caballeros, ¿entiendes?, en su propio

apartamento. Puedo llevarte directamente allí. Ya verás qué *cheez* de clase alta, jefe. Totalmente educada en colegio de monjas.

Me detuve.

—¿Es guapa?

—Como Hema Malini, bhidu. Le tocas la piel y te dará corriente. Como *malai* fresca.

—¿Cuánto?

—Cinco mil.

—No soy un turista. Mil.

—Dos mil. No digas nada. Ves a la chica, y si crees que no vale ese dinero, me das lo que quieras y me iré tranquilamente sin decir ni una palabra. Créeme, si la vieras fuera del banco de su marido no creerías que tiene que hacer esto, pobre mujer. Parece una *memsaab phataak*.

—¿Cómo te llamas?

—Raja.

Me guardé el billete de tren en el bolsillo trasero.

—De acuerdo, Raja —dije—. Tan solo no me hagas enfadar.

Raja se rió tontamente.

—No, saab, no. Ven, por favor.

Era guapa, sin duda. Abrió la puerta e incluso bajo la luz nublada del ascensor vi que era guapa, no tan blanca como Hema Malini pero clara como el trigo por la tarde. Se sentó en un sofá marrón mientras Raja contaba sus dos mil y se retiraba. Llevaba un sari verde pálido con ribetes dorados, y pendientes redondos de oro, y se sentaba de forma muy respetable y contenida con los hombros levantados y las manos sobre el regazo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Seema —contestó, sin encontrarse con mi mirada.

—Seema.

Cambié de un pie a otro junto a la puerta, sin estar seguro de qué hacer después. Tenía experiencia, de acuerdo, pero en otro tipo de situación, y la mesa de cristal brillante con el jarrón de Hores y la pintura de la pared solo con pinceladas de colores unas junto a otras y la pequeña alfombra marrón, todo esto me frenaba por completo. Pero ella se puso de pie y se adentró más en el apartamento, y la seguí con determinación, observándolo todo, el tramo de su blusa a lo largo del río sumergido de su columna y el teléfono blanco en un hueco de la pared del pasillo. Encendió una lámpara en el dormitorio, y cuando levantó la colcha me puse tenso: todo resultaba muy profesional. Había visto el mismo pliegue de las sábanas antes, la misma toalla.

—Espera —dije, y volví a salir al pasillo.

El baño estaba limpio, y meé en la taza estilo occidental con algo de satisfacción, por fin. Pero entonces vi que no había jabón junto al grifo, no había cubo. Me subí la cremallera. Los armarios de la cocina estaban vacíos, ni un plato, ni un cacharro, ni

siquiera una bombona o un hornillo, solo dos vasos secándose boca abajo junto a la pila. Ahora estaba seguro de que me habían engañado. El apartamento no era la casa de nadie, ni del saab de un banco, ni de una buena esposa, no había lisiado ni memsaab, solo una puta que se había levantado y se había maquillado. Estaba tumbada sobre la cama, desnuda a excepción de los pendientes, con los brazos cruzados sobre los pechos pequeños y el vientre subiendo y cayendo bajo la sombra tenue del hueso de su cadera, y un tobillo sobre el otro. Me quedé de pie a su lado, respirando por la boca.

—Habla inglés —pedí.

—¿Qué?

En sus ojos había verdadera sorpresa, y me enfadé más.

—Ya me has oído. Habla inglés.

Tenía una pequeña nariz afilada y una barbilla pequeña y replegada, y se quedó perpleja otro momento, y después se rió, solo un poco y amargamente divertida.

—¿Hablo? —preguntó.

Entonces habló en inglés, y las palabras vibraron en mi cabeza, y supe que eran inglés de verdad, lo noté en el chasquido de las consonantes.

—¿*Bas*? —indagó.

—No —respondí. Estaba erecto, vibrando de forma profunda en la raíz—. No pares.

Habló en inglés mientras me quitaba la ropa. Me di la vuelta para quitarme los pantalones y esconder el revólver de su vista. Cuando me volví a girar estaba mirando fijamente el techo y hablando en inglés. Separé con suavidad sus tobillos.

—No pares —repetí.

Me asenté y me moví encima de ella y ella giró la cara hacia un lado y habló. Me alcé y la piel de su cuello era de color rojizo bajo la luz de la lámpara y pude escuchar sus palabras. No entendí ni una, pero el sonido producía una excitación enojada dentro de mi cabeza. Después noté un derramamiento distante, allá abajo, y me quedé quieto.

Estaba muy cansado, Sardar-ji. Me centré en seguir mi camino. Regresaba a mi oro. El impulso de estar a punto de caer a cada paso me mantenía en movimiento, pero cada vez que doblaba las rodillas de cansancio, me asustaba más. Ya me encontraba muy cerca del oro, reconocía cada cruce y las formas de determinados edificios y árboles ensombrecidos. No había luna pero era una noche clara, y fuera en este terreno abierto y sin construcciones vi con claridad el pavimento negro de la carretera y un mojón blanco. El dinero había desaparecido, se lo habían llevado, sentí un agujero en el pecho. Había desaparecido, se había desvanecido de mi vida. Debería abandonar ahora. Me resultaría fácil encontrar una zona de hierba junto a la carretera, caer sobre ella, dormir. Para. Ganesh Gaitonde, sigue adelante. Hoy has ganado todos



los juegos. Gana de nuevo. Sabes exactamente dónde estás.

El cálculo de la sección exacta de valla alambrada no era un problema. Conté los postes, miré el camino arriba y abajo, y me deslicé por debajo. Bajo los árboles pasé a una desastrosa negrura, y me sentí perdido. Con una mano extendida seguí deslizándome, crujiendo por el terreno, sin estar seguro de las distancias, pero tanteé y llegué y en el momento correcto me detuve y giré a la derecha. Un paso, y ahí estaba el árbol. Deslicé una mano hacia abajo por el tronco y la tierra debajo estaba aplanada. Rodeé el tronco, palpando con ambas manos. Después de dos vueltas, tal vez tres, apoyé un hombro contra el tronco y lancé un gemido largo. Ganesh Gaitonde, Ganesh Gaitonde. Escarbé en el siguiente árbol, paré cuando me hice un rasguño en la cabeza con el tronco. Alrededor, alrededor. Y después el siguiente. Ahora mi llanto era fuerte, un aullido constante bajo la bóveda del cielo y la oscuridad. Lo mantuve monocorde, formando un semicírculo. Me detuve de forma brusca, porque tenía las dos manos sobre una prominencia. La hinchazón surgía de la tierra y me llenaba las palmas. Lo rastreeé con suavidad, arriba hacia el árbol y abajo al pie del montículo, distinguiendo su forma. Gemí y excavé con ambas manos. Fui hurgando en él de forma furiosa, y di la bienvenida al dolor en mis dedos. Primero apareció la tela, y después la forma celestial, familiar, de un rectángulo. Sacudí los hombros y moví la mano y estaba todo ahí. Todo intacto y mío. Metí hasta los antebrazos en la tierra, dejé caer la cabeza y engullí el olor de la hierba y mis axilas y mi cuerpo y supe que el mundo me pertenecía. Cuando llegó el amanecer me enrosqué apoyado en el montículo y dormí con el revólver bajo el pecho.

## YENDO A CASA

A Sartaj le despertó un reportero que quería saber su opinión acerca del uso que Ganesh Gaitonde hacía de los políticos, la corrupción del sistema legal y los escándalos recientes en el departamento de policía. Sartaj cortó la corriente de preguntas con un seco «Sin comentarios» y colgó de golpe. Se dio la vuelta, apretó la cara contra la almohada, pero la luz se filtraba por sus párpados y la mente le daba vueltas. Con un suspiro se impulsó hacia arriba. Ser un famoso de segunda durante tres días no iba a ser fácil, podía verlo. Caminó alrededor de la cama, con los ojos medio cerrados, recordando cómo Gaitonde adoraba dar entrevistas. A ese bastardo le gustaba hablar, pensó Sartaj, y abrió de un empujón la puerta que daba al baño.

Para desayunar, Sartaj comió tres tostadas con mantequilla, una naranja pasada y chai que había estado demasiado tiempo en el fuego. En el *Indian Express*, Gaitonde era noticia de primera página, posando con confianza en lo alto de una montaña, y el artículo ocupaba tres columnas y era muy profundo, y Sartaj lo leyó todo, el repentino ascenso, el inmenso poder, las enemistades complicadas y las ejecuciones y las emboscadas, el juego completo. Se mencionaba a Sartaj Singh, por supuesto, como el líder intrépido del destacamento de policías, pero no había nada sobre la mujer muerta, ni una palabra. Por lo que el mundo sabía, Gaitonde había muerto solo.

El teléfono volvió a sonar. Sartaj dejó que lo hiciese, sufriendo el ruido discordante en la parte posterior del cuello. Estaba seguro de que era un periodista, pero finalmente se dio por vencido y descolgó.

—¿Inspector Singh?

Era el asistente personal de Parulkar, Sardesai, hablando con su medio susurro tan peculiar y tan nasal.

—Sardesai saab —contestó Sartaj—. ¿Va todo bien?

Por lo general, las llamadas desde la oficina de Parulkar las pasaba un operador fuera de su despacho. Sardesai solo llamaba cuando había que hacer un trabajo urgente, confidencial, o cuando se estaba tramando algún trapecho departamental.

—Sí, no hay ningún problema. Pero a Parulkar saab le gustaría que viniera a su oficina lo antes posible.

—¿Ahora?

—Ahora.

Sardesai no le daría más información por teléfono. Incluso en persona, tenía fama de ser reservado, que era lo que un ayudante personal tenía que ser. Sartaj colgó, se apresuró a ir a la ducha. Conocía a Parulkar desde hacía mucho tiempo, y nunca llamaba a un subordinado a casa sin una buena razón. Había otros agentes que hacían eso, que trataban a los más jóvenes como a sirvientes. Pero Parulkar no tenía arrogancia, solo el orgullo necesario por el trabajo que hacían sus hombres. Por eso

había prosperado. Así que cuando Parulkar llamaba, Sartaj iba, rápido.

Los hijos de Katekar estaban de pie a su lado. Abrió los ojos y ellos se arrodillaron, riendo, junto a la *chatai* y tirándole de los dedos del pie. Ambos llevaban pantalones cortos de color gris, planchados, camisas blancas y corbatas a rayas azules y rojas. Ambos tenían la misma raya afilada en el pelo, a la izquierda y absolutamente recta.

—¿Dónde está vuestra madre? —murmuró Katekar.

Tenía la boca llena de un sabor a cebolla que se había vuelto ácido y nada agradable.

—Se ha ido al mercado de verduras —contestó Rohit.

—Formamos fila fuera exactamente dentro de cinco minutos.

Escaparon volando cuando se levantó gruñendo y fingiendo una embestida, y en la cocina se echó agua en la cara y los hombros. Le estaban esperando fuera, con la espalda contra la pared, los pies separados y las manos sujetas a la espalda. Se pusieron firmes y Katekar les inspeccionó los zapatos, las camisas y la organización de los libros en las carteras azules. El ritual se completó cuando les dio diez rupias a cada uno. Katekar hizo que rompieran filas, y los dos niños bajaron el callejón con su padre siguiéndoles, Mohit estaba contento con sus diez rupias, pero Katekar sabía que Rohit había comenzado a pensar que solo eran diez rupias, y a anhelar todas las cosas del mundo que diez rupias no podrían comprar. Un hombre se acercó con un escúter tras doblar la esquina y los dos hermanos se quedaron a un lado para dejarle pasar. Katekar vio el vello dorado en la mejilla de Mohit con el primer sol, y apartó la mirada con rapidez, temeroso del futuro que presionaba su corazón y lo llenaba.

—¿Papá?

—Rápido, rápido —dijo—. O perderemos el bus.

Después de decirles adiós con la mano y ver cómo el autobús 180 se internaba en el tráfico, Katekar compró un ejemplar de *Loksatta* y lo dobló bajo el brazo. Lo leyó mientras hacía cola para el aseo municipal, con una lata de aceite Dalda llena de agua descansando entre los pies. Explota bomba en Israel, cuatro muertos. Fuego cruzado en la Línea de Control, situación tensa en Srinagar. Timadora engaña a amas de casa con joyas en Chatkopar. Los grandes jefes del Partido del Congreso niegan rumores de luchas internas. Había un artículo en primera página sobre Gaitonde, sobre su larga carrera de salvarse de milagro y salir corriendo. Por qué se había matado Gaitonde, se preguntaba el periodista sin poder articular ninguna teoría. A su alrededor, los vecinos de Katekar cotilleaban y se reían, pero todo el mundo sabía que a él tenían que dejarle con su periódico. Cuando la fila avanzó movió la lata con agua sin apartar la vista de las noticias.

Después de su turno en el aseo, caminó por el lado de la línea de hombres, relajado y desahogado. Se explayó saludando a cada uno, pero no se paró a cotillear. Se fue a casa, y llegó justo a tiempo. Shalini estaba deslizando el gran candado de

acero para abrirlo cuando él dobló la esquina. Katekar cerró la puerta tras él, pasó el pestillo. Se quitó la kurta, la puso en el último gancho a la izquierda, que era el lugar acostumbrado.

—Hay bastante agua para tu baño —dijo Shalini desde la cocina.

Le pasó una toalla verde, pero cuando se giró hacia la cocina él le tocó el cuello, justo donde se doblaba para unirse al hombro. Ella se estremeció, y se rió.

—No —dijo, pero cuando Katekar se tumbó sobre su chatai, ella se acurrucó con fuerza sobre él.

Él movió la mano de ella —haciendo sonar las pulseras— hasta su entrepierna. Ella apretaba la cabeza con fuerza contra el pecho de él. Incluso después de todos estos años, no podía mirarle, él sabía que ella no le dejaría girar su cara hacia la suya, todavía no, pero él exhalaba lentamente mientras los tintineantes sonidos vidriosos entre ellos iban más rápido y se convertían en un pequeño repique. Shalini se desplazó y con un gesto rápido se quitó el sari, y ambos se movieron uno contra otro, para alcanzarse, hasta que ella lo encontró. Él descansó las manos sobre las caderas de ella y cerró los ojos. Después notó sus labios, pequeños y tibios y ágiles, sobre la línea de su barbilla.

Shalini lo despidió con un puñado de prasad del templo Devi Padmavati. Katekar comió los tiernos pedazos de coco con un placer especial.

La religión era asunto de las mujeres y también la lacra de la nación, pero la carne lechosa del coco era una ofrenda voluptuosa de cualquier modo, y sentía un cosquilleo en los hombros al caminar.

El camino era estrecho, lo bastante estrecho en algunas partes donde Katekar podría haber tocado las paredes de ambos lados con las manos extendidas. La mayoría de las puertas de las casas estaban abiertas, por el aire. Una abuela estaba sentada en el escalón de entrada, sujetando en el regazo a su nieto desnudo, aceitado de forma oscura, riendo ante el capullo desdentado color rosa de la sonrisa del pequeño. Katekar dobló una esquina, pasó por el lado de una tienda diminuta donde se vendían cigarrillos, paquetes de champú, paan, pilas, y después se apartó para dejar pasar a una hilera de mujeres jóvenes, lo que las chicas hicieron de forma ordenada sobre la curva de la alcantarilla, maquilladas y apropiadamente vestidas con *salvar-kamiz* para acudir a tiendas y oficinas. Katekar observó el susurro de la tela roja y amarilla. Tenía un pie apoyado sobre una cañería de más de cinco centímetros que recorría la parte inferior del muro. El comité del *tnohalla* había reunido dinero para colocar esta tubería secundaria de agua el año pasado, pero solo funcionaba cuando la presión de la tubería principal, la municipal, que estaba abajo cerca de la carretera, era buena. Ahora estaban reuniendo dinero para una bomba.

En Maganchand Road los thela-valas ya tenían la fruta apilada en montones altos, y los vendedores de pescado estaban colocando *bangda* y *bombil* y *paaplet* sobre sus

tablas. La hora punta había hecho el tráfico más denso. En la parada de bus Katekar se quedó de pie cerca de un grupo disperso de gente. Abrió el periódico y leyó el editorial, que iba sobre el fracaso del estado civil en Pakistán. Cuando llegó el bus de dos pisos, Katekar dejó que la multitud corriera delante de él. El revisor terminó por cortar la afluencia que daba empujones e hizo sonar el timbre. El autobús dio bandazos hacia delante, y Katekar levantó una mano, y el conductor le hizo un hueco en el escalón con un gesto rápido y respetuoso de la cabeza. Katekar cogía este autobús desde hacía ocho años, desde que se había comprado la kholi, y todos los conductores de la ruta sabían que era policía. Este revisor, que se llamaba Pawle, pasó junto a Katekar y tras caminar hasta la parte trasera haciendo sonar la perforadora de billetes entre los pasajeros, recorrió el camino de vuelta hacia la parte delantera. Katekar oyó el sonido con que caían las monedas pequeñas. A los ciudadanos les encantaba quejarse del horror del tráfico por la mañana, que se superaba a sí mismo cada año, pero Katekar disfrutaba con el enorme bullicio de millones de personas en movimiento, los trenes locales circulando a toda velocidad con gruesos grupos de cuerpos colgando de manera precaria de las puertas, el ruido de pasos y el zumbido sonoro de la multitud en el interior del vestíbulo de techos altos de Churchgate Station. Le hacía sentirse vivo. El estruendo impaciente de las bocinas vibraba en sus antebrazos. Se inclinó hacia fuera del bus, desplazando su peso contra la barra de metal en la que se apoyaba. Un grupo de estudiantes se apresuró y brincó entre los coches, llamándose unas a otras y riendo. Katekar tamborileó con los dedos a un lado del autobús, y cantó entre dientes: *Lat pat lat pat tujha chalana mothia nakhriyacha...*

Había una mujer en el despacho de Parulkar. Makand, el tipo del CBI que se había hecho cargo del búnker de Gaitonde, también estaba sentado frente a la mesa de Parulkar, con la cabeza tan lisa como el acero gris. Sartaj se quedó de pie muy quieto y firme hasta que Parulkar le pidió que se sentase.

—Necesitan tu ayuda, Sartaj —comenzó Parulkar—, por un asunto del caso Gaitonde.

—Señor —contestó Sartaj, y mantuvo la espalda recta.

—Ellos te dirán lo que necesitan.

Sartaj asintió.

—Sí, señor.

Se giró en la silla hacia Makand y se inclinó hacia delante en lo que confiaba que fuera el grado correcto para mantener despierto el entusiasmo. Pero quien habló fue la mujer.

—Queríamos hablar con usted sobre la muerte de Gaitonde.

Tenía la voz seca, firme. No se había perdido detalle, era consciente de que de forma automática se había asumido que iba a hablar él.

—Sí —respondió—. Sí, mm... señora.

—Es la *DCP* Mathur —presentó Parulkar—. *DCP* Anjali Mathur. Está a cargo de la investigación.

Sartaj se daba cuenta de que a Parulkar le hacía gracia lo de ella y él, las ironías del mundo nuevo en el que estaban viviendo.

Anjali Mathur asintió, y habló sin mirar a Parulkar.

—¿Recibió una llamada ayer comunicándole el lugar en el que encontraría a Gaitonde?

—Sí, señora.

—¿Por qué usted, inspector?

—¿Señora?

—¿Por qué cree que recibió usted la llamada?

—No lo sé, señora.

—¿Conocía a Gaitonde con anterioridad?

—No, señora.

—¿Nunca le había conocido?

—No, señora.

—¿Reconoció la voz por el teléfono?

—No, señora.

—Habló con él un buen rato antes de entrar en la casa.

—Estábamos esperando el bulldozer, señora.

—¿De qué hablaron?

—Habló él, señora. Contó una larga historia sobre cómo empezó su carrera.

—Sí, su carrera. He leído su informe. ¿Dijo por qué estaba en Mumbai?

—No, señora.

—¿Está seguro?

—Sí, señora.

—¿Dijo algo más sobre su propósito, sobre esa casa? ¿Cualquier otra cosa?

—No, señora. Estoy seguro.

La *DCP* Anjali Mathur estaba interesada en Gaitonde, y buscaba detalles, pero Sartaj no tenía ninguno que darle. La miró de manera insulsa y esperó.

Al final ella habló.

—¿Qué hay de la mujer muerta? ¿La conocía?

—No, señora. No sé quién es. Lo escribí en el informe. Mujer desconocida.

—¿Tiene alguna idea?

Estaba la teoría de Katekar sobre *randis filmi*, pero no se basaba en nada más sustancial que la ropa de la mujer muerta. Sartaj había visto las mismas prendas en algunos clubes muy caros de la ciudad. No había motivo para suponer que la mujer era una prostituta.

—No, señora.

—¿Está seguro?

—Sí, señora.

Era escéptica, firme en la evaluación que hacía de Sartaj, y él soportó su examen sin alterarse. Notó que estaba a punto de decidirse.

—Inspector, necesito que haga un trabajo para nosotros. Pero, primero, ha de saber que no somos del CBI. Estamos con el RAW. Pero esta información solo es para usted. Nadie más necesita saberlo. ¿Está claro?

No estaba nada claro por qué el RAW, el afamado Departamento de Investigación y Análisis —con su halo de misterio encubierto y su reputación exótica— se sentaba aquí, en el despacho de Parulkar. Ganesh Gaitonde era un gran criminal, de modo que, sí, la Oficina Central de Investigación debería investigarle, eso tenía sentido. Pero se suponía que el RAW luchaba contra enemigos extranjeros del Estado, fuera de las fronteras de la India. ¿Por qué estaban aquí, interesados en Kailashpada? Y esta Anjali Mathur no parecía una agente secreta internacional. Pero tal vez ese era el asunto. Tenía el rostro redondo, liso, la piel clara. No llevaba *sindur* en el pelo, pero las mujeres ya no marcaban su feliz estado de casadas, la exmujer de Sartaj nunca lo llevó. Sartaj tenía la molesta sensación de estar metiéndose en aguas de corrientes rápidas, de estar girando a merced de corrientes completamente desconocidas, de forma que practicó el principio de Parulkar de educado servilismo *sarkari*.

—Sí, señora —respondió—. Muy claro.

—Bien —replicó ella—. Averígüelo. Averigüe quién era esa mujer.

—Sí, señora.

—Debe de conocer lo que se cuece por aquí, así que averígüelo. Pero nuestra implicación en este asunto debe ser estrictamente confidencial. Queremos que trabaje en esto para nosotros, usted y el otro agente, Katekar. Solo ustedes dos. Y solo ustedes dos tienen conocimiento de esta misión. Nadie más en la comisaría sabrá nada. Se trata de asuntos de seguridad al más alto nivel. ¿Está claro?

—Sí, señora.

—Mantenga la investigación tan en secreto como pueda. Primera prioridad, han de averiguar quién era esa mujer, cuál era su relación con Gaitonde, qué estaba haciendo en esa casa. Segundo, necesitamos saber qué estaba haciendo Gaitonde en Mumbai... por qué estaba aquí, cuánto tiempo llevaba aquí, qué ha hecho mientras estaba aquí.

—Sí, señora.

—Encuentre a cualquiera que trabajase con él. Pero proceda con discreción. No podemos permitirnos hacer mucho ruido. Silencie todo lo que haga. Es natural que se interese por Gaitonde después de haberlo encontrado. Así que, si alguien pregunta, tan solo diga que está aclarando algunos cabos sueltos. ¿Está claro?

—Sí, señora.

La mujer deslizó un sobre grueso por encima de la mesa. Era blanco y liso, con un número de teléfono escrito con tinta negra en el centro.

—Me informa a mí, y solo a mí. Este sobre contiene copias de las fotografías del

álbum que encontramos en el escritorio de Gaitonde.

Y fotografías de la mujer muerta. También están las llaves que llevaba en el bolsillo la mujer muerta. Una parece la llave de una puerta, la otra es de un coche, Maruti. La tercera llave no sé para qué es.

Las llaves estaban en un aro de acero.

—Sí, señora.

—¿Alguna duda? ¿Alguna pregunta?

—No, señora.

—Llámeme al número que está en el sobre si tiene alguna pregunta, o información que dar. Parulkar saab me ha dicho que es uno de sus oficiales más dignos de confianza. Estoy segura de que obtendrá buenos resultados.

—Parulkar saab es amable. Lo haré lo mejor que pueda.

—*Shabash* —dijo Parulkar, con un aspecto bastante inexpresivo e indescifrable—. Puedes irte.

Sartaj se puso de pie, la saludó, cogió el sobre y salió a paso rápido. Fuera, bajo la luz brillante de la mañana, parpadeó y se quedó unos instantes cerca de la verja por un momento, calculando el peso del sobre que tenía en la mano. De modo que el incidente de Gaitonde aún no estaba cerrado. Tal vez todavía había golpes maestros que dar, y laureles que ganar. Tal vez el gran Ganesh Gaitonde aún tenía regalos que darle a Sartaj. Todo esto estaba muy bien, ser elegido para llevar a cabo esta investigación secreta por los intereses de la seguridad nacional, pero Sartaj estaba intranquilo. La urgencia de Anjali Mathur de alguna forma olía a miedo. Gaitonde estaba muerto, pero su terror seguía vivo.

Sartaj se estiró, balanceó los hombros de lado a lado y le pegó un manotazo a una mosca que le pasó zumbando cerca de la cara. Bajó deprisa la escalera y fue a trabajar.

El despacho de Majid Khan estaba abarrotado de representantes de una asociación local de comerciantes. Protestaban por la vergonzosa inactividad policial ante la avalancha de llamadas de extorsión que habían recibido sus miembros desde hacía pocos meses. Sartaj se hizo con una silla en la parte trasera de la habitación y oyó cómo Majid les tranquilizaba y calmaba y a cambio les pedía ayuda.

—No podemos hacer nada si no nos llaman, si ceden y les pagan —dijo—. Pero díganoslo de forma oportuna, y lo haremos lo mejor posible.

Quince minutos así y al final los comerciantes se levantaron todos juntos, movieron sus barrigas de posición y se marcharon, pero no antes de que su presidente, el tipo especialmente mantecoso que mascaba paan, mencionara que, junto a la carga del miedo constante, había tenido que asumir muchos gastos importantes por la boda de su hija al mes siguiente. Incluso en estos momentos duros, la boda iba a tener que ser respetablemente cara, en estos tiempos la gente esperaba



mucho, y después de todo, el diputado saab iba a acudir, Ranade saab iba a acudir. El comerciante-presidente hizo una amplia reverencia al estrechar la mano de Majid, pero obvió su proximidad con el diputado saab, y por tanto la posibilidad de que fuera capaz de causar traslados de policías a puestos lejanos y áridos.

—Bastardos —lanzó Majid sin apasionamiento cuando el despacho se vació de comerciantes.

—Bastardos —concedió Sartaj, levantándose para ir a sentarse en una silla frente al escritorio.

La madera todavía estaba tibia tras haberse sentado sobre ella un comerciante, y Sartaj cambió de postura con incomodidad.

—Pues he oído que has tenido una reunión muy importante con una gente muy importante del CBI.

—Sí, sí.

Que Majid supiera lo de la reunión no era sorprendente, pero a Sartaj a veces todavía le asombraba la rapidez con la que las noticias circulaban por comisaría.

—Sobre eso quería consultarte, jefe. Mira.

Sartaj colocó las fotografías del álbum de Gaitonde encima del escritorio de Majid.

—¿Conoces a alguna de estas mujeres?

Majid se acarició el bigote con ambas manos, comprobando que tuviera estilo y estuviera pulcro.

—¿Actrices? ¿Modelos?

—Sí. O algo parecido.

Majid hojeó las fotografías.

—¿Tiene que ver con Gaitonde?

—Sí. Solo es por curiosidad.

—Estás intentando ser discreto, amigo mío. Pero no me lo cuentes. No quiero saber.

Majid sacudió la cabeza.

—Me suenan una o dos, pero no podría decirte cómo se llaman. Bombay está repleto de chicas así. Cada una se parece a la siguiente. Vienen y van.

—¿Y esta?

Esa era la muerta, en un primer plano. Tenía el aspecto de estar muerta sin ninguna duda, con los labios azules y los hombros desnudos inertes y una completa indiferencia por la cámara que la observaba de cerca.

—¿Esta es la mujer que estaba dentro de la casa de Gaitonde? —preguntó Majid en voz baja—. ¿La que están ocultando de los periódicos?

—Sí.

Majid recogió las fotografías y las deslizó para devolvérselas a Sartaj. Se echó hacia atrás, y dobló los brazos por encima del pecho.

—No, *baba*, no lo sé. No sé nada. Y tú ten cuidado, Sardar-ji. No te hagas el

valiente. Parulkar saab intentará protegerte, pero él mismo tiene problemas. Pobre hombre, no es lo bastante buen hindú para los *rakshaks*.

—¿Dónde nos coloca eso a ti y a mí? —preguntó Sartaj—. No soy muy buen hindú.

Majid sonrió ampliamente, enseñando los dientes, lo que le hizo parecer un niño, a pesar de la grandiosidad espantosa de su bigote.

—Sartaj —dijo—, ni siquiera eres un buen sikh.

Sartaj se puso de pie.

—Debo de ser bueno en algo. Pero todavía no sé en qué.

Majid soltó a borbotones su risa larga, lenta.

—Arre, Sartaj, solías ser bueno con las mujeres. Así que si quieres saber cosas de estas mujeres, pregunta a otras mujeres.

Sartaj hizo un gesto desdeñoso de despedida con la mano y se marchó. Pero no podía negar que Majid —siendo como era un pathan de pies grandes que se movía pesadamente— acertaba con la idea de preguntar a mujeres por otras mujeres. Sin embargo, era temprano por la mañana, y las mujeres y la seguridad nacional tendrían que esperar hasta más tarde. Primero había que investigar un asesinato.

—Toda esta zona apesta —dijo Katekar mientras arrastraba el Gypsy a un espacio estrecho de aparcamiento entre dos camiones.

Era cierto que había un olor fuerte que él y Sartaj tuvieron que soportar mientras descendían por la calle, pero Sartaj pensó que era un poco injusto por parte de Katekar señalar esta zona como especialmente hedionda. Toda la ciudad apestaba en algún momento u otro. Y después de todo, los ciudadanos de Navnagar tenían que acumular su basura en alguna parte. No era culpa suya que la colección de camiones municipales viniera solo una vez cada quince días, para hacer una marca en esa protuberancia ondulante de basura que tenían a la izquierda.

—Paciencia, *maharaja* —apuntó Sartaj—. Saldremos pronto del hedor.

Katekar rehusó dejar pasar la amargura. Sartaj entendía que estaba siendo huraño no por el olor, sino por el hecho de estar allí, en Navnagar. Así que un muchacho de Bangladesh había sido asesinado por sus yaars, ¿y qué? Era un caso pequeño con pocas posibilidades, y sobre el papel se podría investigar con facilidad, de igual forma que sobre el papel los camiones municipales pasaban puntualmente cada mañana. A nadie le preocuparía mucho que este caso quedase sin resolver, de modo que era estúpido estar aquí fuera, soportando la peste y lo odioso de estos extranjeros. Pero Sartaj quería investigar. Se decía a sí mismo que era la ambición propia de un agente por resolver casos y progresar, aunque solo fuera un poco, pero sabía que también era simple tozudez. No le gustaba que matasen a gente en su turno, y odiaba pensar que los asesinos podían llegar a escapar. Sabía que Katekar lo sabía, que no era ni siquiera el idealismo lo que conducía a Sartaj en ciertos casos. Era tan solo una

*keeda* que tenía. Habían pasado por esto muchas veces, Sartaj siguiendo de forma obstinada una pista y Katekar desaprobándolo pero manteniéndose cerca por detrás. A veces Sartaj se preguntaba por qué Katekar sencillamente no pedía trabajar con otro, o incluso un traslado a un puesto más cómodo. Necesitaba el dinero, seguro. Y, sin embargo, Katekar siempre seguía el ritual de desagrado, e iba de todos modos. En ese momento, Sartaj se salió de la calle y comenzó a subir la cuesta, con la seguridad de que Katekar iba a su izquierda, flanqueándole ligeramente rezagado.

Navnagar por la mañana estaba un poco menos abarrotado, pero Sartaj todavía notaba la presión de las *kholis* sobre él mientras maniobraba para abrirse camino por los callejones. La gente permanecía de pie a un lado y se apretaba contra las paredes cuando veían su uniforme, y aun así tenía que girar el torso para evitar darse de bruces con ellos. En esta ciudad, los ricos tenían algo de espacio, y la gente de clase media tenía menos, y los pobres no tenían ninguno. Por este motivo *Papa-ji* se había retirado a Pune, decía que quería poder despertarse y mirar hacia fuera en amplitud, sentirse como si todavía quedase un espacio vacío en el mundo. *Papa-ji* había encontrado su pequeño trozo de césped, y un huerto tras la casa, pero Sartaj sospechaba que en ocasiones había echado de menos las calles como túneles de los barrios bajos de Mumbai, las casuchas que avanzaban cada año, cada cuarto añadido para ganar terreno que permanecía allí. Lo cierto era que nunca había dejado de acordarse de todo aquello.

*Papa-ji* nunca contó una historia específica sobre Navnagar, quizá porque aquí nunca había pasado nada espectacular o particularmente grotesco. Pero con bastante frecuencia le había contado a Sartaj que el camino hacia un *apradhi* pasaba por la familia. Encuentra a la madre y al padre, le decía, y encontrarás al ladrón, al asesino, al falsificador. Así que Sartaj y Katekar estaban en Navnagar, buscando a los familiares de Bazil Chaudhary y Faraj Ali, que habían matado a su amigo Shamsul Shah. Como era de esperar, los parientes directos de los asesinos habían volado. Cogieron todas las pertenencias que pudieron, y, tras echar el cerrojo a sus *kholis*, se habían esfumado el día del asesinato. Sartaj y Katekar rompieron los cerrojos, y en el interior de los *kholis* encontraron colchones viejos, sacos de yute vacíos y una vieja fotografía a color de la familia de Bazil Chaudhary. En la foto, Bazil Chaudhary era solo un niño de diez años con camiseta color rojo brillante, pero ahora Sartaj sabía qué aspecto tenían los padres. No dudaba que los encontraría, antes o después. Eran pobres, tendrían que vender la *kholi*, dependerían de sus contactos en Navnagar para sobrevivir. Desaparecer era mucho más difícil de lo que la gente normalmente pensaba. La tarea, para el policía, consistía en recoger los hilos de sus vidas, y seguirlos.

Los interrogatorios en Navnagar aquella mañana arrojaron algo de información, nada que diese un vuelco al caso pero todo bastante importante. Los vecinos bangladeshis de la víctima y de los *apradhis* eran hoscos y reservados, y declararon no saber nada. Después de que Katekar se cerniese sobre ellos, y Sartaj amenazase

con un viaje a la comisaría de policía y una deportación rápida, concedieron que tal vez sabían algo, algo muy insignificante. Tanto Shamsul —el muerto— como Bazil trabajaban de mensajeros, y Faraj tenía trabajos temporales aquí y allá. Sin embargo, de unos meses a esta parte los tres tenían mucho dinero, y nadie sabía por qué o cómo.

Sartaj y Katekar habían buscado en las kholis vacías, donde encontró escasa evidencia de dinero. Las familias de los apradhis se habían llevado sus lujos. Pero en la casa del chico muerto había un televisor en color totalmente nuevo, y un hornillo grande de gas en la zona de la cocina, y cacharros de acero brillante, y el padre entonces confesó que el hijo asesinado había comprado una kholi nueva pocos días antes.

—Era un buen chico —afirmó Nurul Shah.

La kholi era muy pequeña, solo una habitación dividida por una sábana roja descolorida. Tras la cortina, Sartaj podía oír a mujeres susurrando y murmurando. Necesitaban más espacio, y el buen chico lo había conseguido para ellos. La familia estaba a punto de mudarse a la nueva kholi cuando el hijo fue cruelmente apartado de ellos.

—Pero —apuntó Sartaj—, un lugar nuevo, grande, eso debió de costar mucho dinero.

Nurul Shah bajó la cabeza y miró el suelo. Tenía el pelo blanco y poco tupido y hombros tensos curtidos por toda una vida de trabajo duro.

—Los vecinos dicen que la familia se volvió rica de pronto —siguió Sartaj—. Dicen que su hijo trataba bien a sus hermanas. Dicen que le compró gafas nuevas a su madre.

Las manos de Nurul Shah estaban entrelazadas, y las puntas de los dedos en ese momento se volvieron blancas por la presión. Empezó a llorar, sin hacer ni un solo ruido.

—Creo que —siguió Sartaj—, si miro detrás de la cortina, encontraré otras cosas caras. ¿De dónde sacó su hijo todo este dinero?

—Eh —retumbó Katekar—, el inspector saab ha hecho una pregunta. Contéstele.

Sartaj puso una mano sobre el hombro de Nurul Shah, y aguantó hasta que al hombre se le pasó el pánico repentino del contacto.

—Escuche —dijo con mucha suavidad—. No les va a pasar nada a usted o a su familia. No estoy interesado en molestarles. Pero su hijo ha muerto. Si no me lo cuenta todo, no puedo ayudarle. No puedo encontrar a los bastardos que lo hicieron.

El hombre estaba asustado por los policías que estaban en su casa, por lo que había pasado y lo que podría pasar, pero estaba tratando de encontrar el valor para hablar.

—Su hijo estaba haciendo algún negocio, alguna *hera-pheri*. Si me lo cuenta todo, les encontraré. De lo contrario escapan.

Sartaj se encogió de hombros y se puso derecho.

—No lo sé, saab —contestó Nurul Shah—. No lo sé. —Estaba temblando y doblado hacia delante—. Le pregunté a Shamsul a qué se dedicaba, pero nunca me contó nada.

—¿Él y esos dos, Bazil y Faraj, estaban haciendo algo juntos?

—Sí, saab.

—¿Había alguien más?

—Estaba Reyaz bhai.

—¿Otro amigo?

—Era más mayor.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Solo sé eso: Reyaz bhai.

—¿Cómo es?

—No le he visto nunca.

—¿Dónde vive?

—Cuatro callejones más abajo, saab. En la parte de la calle principal.

—Vive aquí en Navnagar, en la *bura* bengalí, ¿y nunca le ha visto?

—No, saab. No sale mucho de su casa.

—¿Por qué?

—Es de Bihar, saab —contestó Nurul Shah, como si eso fuese una explicación.

Pero el tipo de Bihar también se había ido de su *kholi*, y ya había una nueva familia viviendo allí. Sartaj y Katekar encontraron al casero, un tamil corpulento que vivía en la otra parte de Navnagar. Había encontrado la habitación vacía el día del asesinato, y al día siguiente la limpió y la alquiló de nuevo. No, no sabía nada de este Reyaz excepto que había pagado por adelantado, y que no hubo problema. ¿Qué aspecto tenía Reyaz? Alto, delgado, rostro joven pero con todo el pelo blanco. Sí, el pelo completamente blanco. El hombre podía tener cuarenta, cincuenta, cualquier edad. Hablaba con soltura, era seguro que tenía estudios. No había dejado nada en la *kholi* a excepción de algunos libros que el casero vendió esa misma tarde a una tienda de papel y *raddi* que estaba en la calle principal. No, no sabía de qué eran los libros.

Así que Sartaj y Katekar se quedaron de pie al borde de Navnagar, bajo el pequeño mundo que contenía.

—Muy bien —dijo Sartaj observando la pendiente en bancales y desordenada de los rústicos tejados de hojalata—. Así que el tipo de Bihar es el jefe.

—Él lo planea todo. Estos tres, esos son sus chicos. —Katekar se secó la cara con un pañuelo azul enorme, y después la parte trasera de cuello y los antebrazos—. Ellos consiguen el dinero.

—¿Haciendo qué? ¿Fraude? ¿Robo? ¿O son los pistoleros de alguna banda?

—Tal vez. Pero nunca he oído algo así, gente de Bangladesh en una banda.

—Estos chicos crecieron aquí, probablemente serán más indios que cualquier otra cosa. Pero el tipo de Bihar es la clave. Es mayor, es profesional. Vive de forma discreta, no alardea de su dinero, se larga a toda prisa y el primero cuando hay

problemas. Dondequiera que esté, estarán esos chicos.

—Sí, saab —replicó Katekar. Apartó el pañuelo—. Así que encontremos al de Bihar.

—Encontremos al de Bihar.

Lo de perseguir al tipo de Bihar tendría que esperar hasta que Sartaj cumpliera con ciertas obligaciones. Ser policía a menudo era un asunto disperso que requería dejar de lado un trabajo para atender otro. Lo que Sartaj tenía que hacer en ese momento era estrictamente extraoficial y no tenía nada que ver con ningún caso, y tenía que hacerlo él solo. Dejó a Katekar en comisaría y condujo hacia el sur hasta Santa Cruz. Iba a encontrarse con Parulkar en un deslumbrante edificio nuevo que había justo al salir de Linking Road, cerca de la heladería Swaraj. Sartaj aparcó detrás del edificio y se quedó maravillado con el mármol verde del vestíbulo, y el ascensor de acero pulido. El apartamento en el que Parulkar le esperaba se suponía que era de una sobrina de este. Esta sobrina trabajaba en un banco, y su marido trabajaba en importación-exportación, pero apenas pasaban de los veinte, y el apartamento era muy grande y muy caro. Las letras doradas de la placa decían «Namjoshi», pero Sartaj estaba seguro de que el piso de tres habitaciones en realidad era de Parulkar. La soltura con que se sentaba con las piernas cruzadas en el enorme sofá del salón, como un voluminoso sabio vestido de caqui, mostraba bien a las claras que era un hombre con absoluto control de sus principales bienes y de su propio destino.

—Pasa, pasa, Sartaj —dijo Parulkar—. Tenemos que darnos prisa.

—Lo siento, señor. El tráfico está mal.

—El tráfico está mal siempre.

Pero Parulkar no estaba reprendiendo a Sartaj, era paternal y paciente, atento solo a su propio horario frenético. Señaló un vaso helado de agua que estaba sobre la mesa. Sartaj quitó la cubierta de papel de plata y bebió, y siguió a Parulkar por la amplitud en penumbra del salón, hasta un dormitorio.

Parulkar cerró la puerta tras ellos y rodeó la cama alta y blanda hasta la otra parte del cuarto. Abrió un armario, y sopesó una bolsa de marino.

—Hoy son cuarenta.

—Sí, señor —respondió Sartaj.

Parulkar quería decir cuarenta lakhs. Eran las recientes ganancias extraoficiales de Parulkar, que Sartaj trasladaría a Worli, y entregaría al asesor de Parulkar, Homi Mehta, que las canalizaría a una cuenta suiza y cobraría solo una comisión muy razonable. Sartaj transportaba el dinero de Parulkar cada pocas semanas, y hacía mucho que había dejado de sorprenderse por las cantidades. Parulkar era, después de todo, el comisario de una zona muy rica. Era un destino muy fértil, y Parulkar bebía a fondo de su fuente de dinero borboteante. Era un asalariado ávido, pero no avaricioso, y se mostraba muy cuidadoso con el despliegue de dinero. Su ayudante

personal, Sardesai, manejaba la recaudación del dinero, pero Sardesai desconocía lo que pasaba con el dinero una vez se lo daba a Parulkar. Parulkar se lo daba a Sartaj, quien se lo pasaba a Mehta, el asesor. Sartaj solo sabía que entonces, de alguna manera, el dinero desaparecía de la India y reaparecía en el extranjero, donde descansaba seguro y acumulando intereses en divisas.

Parulkar volcó el efectivo sobre la colcha y le dio la bolsa a Sartaj.

—Ochenta fajos de billetes de quinientas rupias —anunció.

Confiaban por completo el uno en el otro, pero este era su ritual cada vez que el dinero se enviaba al asesor. Sartaj recogió un pesado bloque de dinero y lo metió en la bolsa. Haría esto ochenta veces mientras Parulkar observaba, y después haría el recuento de la forma acordada.

—¿Qué vas a hacer con el asunto de Gaitonde? —preguntó Parulkar, mientras miraba las manos de Sartaj.

—Iba a preguntarle sobre eso, señor.

Parulkar estiró las piernas sobre la cama y volvió a adoptar su postura meditabunda.

—No sé tanto sobre la banda de Gaitonde. Había un tipo llamado Bunty que le llevaba los negocios en Mumbai. Un tío listo, los hombres de Suleiman Isa le dispararon, lo dejaron en silla de ruedas, pero era el hombre de confianza de Gaitonde, siguió al frente desde su silla de ruedas. Hubo un tiempo en el que simplemente podías ir a Gopalmath y ver a Bunty, pero después de que le disparasen se escondió. Pregúntale a Mehta el número de ese Bunty, lo tendrá.

Mehta, el administrador, era neutral en las guerras de bandas. Todas las partes usaban sus servicios de forma imparcial, y lo valoraban del mismo modo.

—Sí, señor.

—Pero, claro está, la mejor información sobre Gaitonde puede venir de sus enemigos. Deja que haga un par de llamadas y te pondré en contacto con alguien. Alguien que está muy, digamos, informado.

—Gracias, señor.

Lo que Parulkar quería decir es que utilizaría sus contactos dentro de la banda de Suleiman Isa para conseguir que alguien hablase con Sartaj. Teniendo en cuenta que las conexiones de Parulkar con esa banda se remontaban a años atrás, incluso décadas, la fuente que le proporcionaría a Sartaj sería sin duda una situada muy alto. Así que este era un gran favor, uno más en la larga sucesión de atenciones que Parulkar le había ofrecido a Sartaj.

—Cuarenta, señor —dijo Sartaj, metiendo el último montón en la bolsa—. Señor, ¿de qué va todo esto? Gaitonde está muerto, ¿por qué quieren saber de él ahora?

—No lo sé, Sartaj. Pero ten cuidado. Lo que entiendo por mis fuentes es que la IB también está implicada en el asunto Gaitonde.

—¿La IB, señor? ¿Por qué?

—¿Quién sabe? Pero parece que toda esta investigación es en realidad una

operación conjunta. La IB está dejando que el RAW se haga cargo de los detalles, así que el RAW habla contigo y conmigo. Cuando estas agencias grandes se implican en un caso, los simples policías han de vigilar sus espaldas. Haz tu trabajo, pero no intentes ser un héroe para ellos.

Sartaj cerró la cremallera de la bolsa. De modo que se interesaban por la desaparición de Gaitonde no solo agentes internacionales. La Agencia de Inteligencia, con su ámbito de contraespionaje doméstico, también tenía curiosidad. Todo eso hizo que Sartaj se sintiera bastante pequeño.

—Claro que no, señor. Nunca soy un protagonista. No tengo la altura necesaria.

Parulkar se meció hacia delante y hacia atrás, soltando una risa sofocada.

—Hoy día, incluso gente muy bajita se convierte en protagonista, Sartaj. El mundo ha cambiado, querido amigo.

Sartaj pensó por un momento que Parulkar recitaría un pareado, pero Parulkar tenía prisa, y lo dejó en «querido amigo» y mandó al dinero y a Sartaj a seguir su camino. Solo dijo, «Recuerdos de mi parte a bhabhi-ji», y levantó una mano, y eso fue todo.

Mientras conducía hacia Worli, Sartaj pensó en Papa-ji. La mayoría de la gente recordaba al padre de Sartaj como un hombre alto, pero solo medía poco más de un metro setenta. Su postura erguida, sus brazos musculados y su bigote glorioso y, sobre todo, su turbante siempre perfecto, todo eso le confería una estatura que le magnificaba en el recuerdo. Sartaj, su hijo, era casi tres centímetros más alto, pero sabía que ni con mucho era tan imponente, en cuanto a persona o reputación, como Papa-ji. Papa-ji era honesto. Siempre había insistido en el turbante más apretado, el traje de mejor calidad, pero había logrado mantener el estilo con su sueldo, y había llevado la misma chaqueta azul cruzada durante una década de bodas y actos oficiales. Tras su muerte, Sartaj encontró la chaqueta en un baúl, cuidadosamente rodeada de bolas de naftalina y envuelta en papel de seda. Y en ese momento, mucho después de la muerte de Papa-ji, los extraños todavía le decían a Sartaj: «Oh, ¿eres el hijo de Sardar Saab? Era un buen hombre». Un año atrás, en Crawford Market, un comerciante de diamantes le dio unos golpecitos en el hombro a Sartaj, y le dijo compungido:

—Beta, tu padre era el único policía honesto que he conocido nunca.

Sartaj asintió, y murmuró:

—Sí, era un buen hombre. —Y se marchó, con los hombros rígidos.

Sartaj torció a la derecha hacia el malecón, después hizo un giro rápido en forma de U frente a un autobús y regresó a la calzada. El supermercado que tenía a su derecha estaba abarrotado de niños vestidos de uniforme que compraban helados. Tenían aspecto de estar en tercero o cuarto, pero sus carteras eran enormes y muy pesadas. Eran demasiado jóvenes todavía para saber que las plazas en las facultades



de medicina se compraban y vendían, que los documentos para entrar en las facultades de Administración de Empresas se filtraban con cuentagotas a quienes se lo podían permitir. Sartaj tiró de la bolsa marinera de Parulkar desde el asiento delantero y caminó con lentitud entre los niños. Cuando tenía la edad de ellos, ya conocía a Parulkar desde hacía más de un año. Entonces Parulkar era un subinspector joven, delgado, el *chela* predilecto de Papa-ji. A Papa-ji le gustaba Parulkar, pensaba que era inteligente y trabajador y entregado. A menudo llevaba a Parulkar a cenar a casa, y decía:

—El chico está soltero y necesita alimentarse de buena comida casera de vez en cuando.

Pero *Ma* en realidad nunca había aguantado a Parulkar. Se mostraba amable, pero no confió en él desde el principio.

—Solo porque escucha tus historias sin cesar crees que es tu devoto *hhaht* —le decía a Papa-ji—. Pero toma nota de mis palabras, estos marathas son demasiado listos.

No servía de nada decirle que Parulkar no era un maratha, sino un brahman. Ella seguía:

—Sea lo que sea, va de listo.

Su antipatía por Parulkar se había intensificado con el continuado ascenso de categoría, y, cuando superó el rango de Papa-ji y siguió ascendiendo, dejó de hablar sobre Parulkar del todo. Solo le llamaba «ese hombre», y ni siquiera discutió cuando Papa-ji habló de los destinos de los hombres, y cómo cada uno de nosotros debería estar agradecido con lo que *Vaheguru* otorga.

Sartaj subió las escaleras estrechas que había junto al supermercado y que conducían hasta la oficina diminuta de Mehta. Mehta había trabajado toda la vida en estos pequeños cuatro cubículos, y vivía muy cerca, en un apartamento espacioso pero sencillo con vistas al mar. Era un caballero *parsi* arreglado, discreto, vestido en ese momento, como siempre, completamente de blanco.

—Arre, Sartaj, ven, ven —dijo, alargando la mano por encima de la mesa para un apretón rápido, flojo.

Era delgado pero elegante, y Sartaj siempre admiraba el corte de su fino pelo gris. Homi Mehta le recordaba de alguna forma las películas en blanco y negro que ponían en televisión los domingos por la tarde, era fácil imaginarlo recorriendo el malecón en un Victoria negro.

—Esto es de parte de saab —comenzó Sartaj, y puso sobre el escritorio la bolsa marinera.

—Sí, sí —respondió Mehta—. Pero ¿cuándo vas a traerme algo de tu propio dinero, joven? Necesitas ahorrar para el futuro.

—Soy un hombre pobre, tío —replicó Sartaj—. ¿Por qué ahorrar, cuando apenas hay bastante para sobrevivir?

Esta era la conversación que Sartaj y Mehta tenían cada vez que Sartaj le visitaba,

pero hoy Mehta no estaba dispuesto a dejarle ir tan pronto.

—Arre, ¿qué me estás contando? ¿El hombre que cogió a Ganesh Gaitonde no ha conseguido siquiera un poco de dinero?

—No había recompensa.

—Algunas personas cuentan que conseguiste una buena cantidad desde Dubai por meter una bala en la cabeza de Gaitonde.

—Tío, yo no maté a Gaitonde. Se disparó él mismo, Y nadie me pagó.

—Está bien, baba. No he dicho nada. La gente, ya sabes, la gente lo dice.

Mehta estaba contando el dinero de Parulkar: dejaba los fajos en montones ordenados en la parte derecha del escritorio. Era un hombre meticulado, y escrupuloso en su recuento. Mucho tiempo atrás, durante uno de sus primeros encuentros, le había dicho a Sartaj:

—En un mundo que carece de honradez, soy un hombre completamente honesto.

Lo había dicho sin orgullo, solo como la afirmación de un hecho. Le había explicado a Sartaj que al final todo movimiento de dinero dentro y fuera del país dependía de los asesores. También se les llamaba «gerentes»; en Delhi eran «directores», pero sea cual fuere el nombre que se les daba, todo dependía de su honestidad. El dinero procedía de tratos secretos y chanchullos, sobornos y desfalcos, extorsiones y asesinatos, y los gerentes se ocupaban de ello con discreción e integridad. Hacían que se desvaneciese y hacían que volviese a aparecer. Eran los magos secretos cruciales para todo negocio, y por tanto conocían a todo el mundo.

—Tío, necesito ayuda —dijo Sartaj.

—Cuéntame.

—Parulkar saab dijo que podías saber cómo puedo entrar en contacto con uno de los hombres de Gaitonde.

—¿Cuál?

—Bunty.

El viejo no soltó nada. Se limpió los dedos con un pañuelo, y comenzó otro montón.

—Tendré que preguntarle —contestó—. ¿Qué tengo que decirle?

—Solo quiero hablar con él. Quiero hacerle unas preguntas sobre Gaitonde.

—Quieres hacerle unas preguntas sobre Gaitonde. —Mehta asintió, y cuadró el último montón de dinero—. De acuerdo. Tienes un móvil nuevo, apúntame el número.

Sartaj se rió, y escribió en un bloc de notas. El viejo Mehta no se perdía una, incluso el bulto pequeño en el bolsillo del pecho. Al final Sartaj había sucumbido y se había comprado un teléfono móvil, tras años insistiendo en que eran muy caros y las tasas demasiado altas. Finalmente, había pagado demasiado por un Motorola diminuto, solo porque era plateado y muy elegante. El teléfono aún estaba brillante y sin usar, y todavía no le había dado el número a nadie, pero Homi Mehta era un anciano sabio y agudo.

—Aquí tienes, tío —respondió Sartaj—. Gracias.

—De acuerdo. Cuarenta en total —replicó Mehta, dando unas palmaditas al dinero.

Sartaj se puso de pie.

—Bien. Te veo la próxima vez.

—La próxima, tráeme algo que ahorrar para ti. Piensa en tu vejez.

Sartaj levantó una mano, y dejó a Mehta y al dinero. Hubo un tiempo, cuando Sartaj todavía estaba casado con Megha, en que Mehta siempre le decía que ahorrara para sus futuros hijos. Tras el divorcio Mehta dejó de decir eso y comenzó con recordatorios sobre la edad y el paso del tiempo. Debo de estar comenzando a parecer viejo de verdad, pensó Sartaj.

Ahora había un grupo diferente de niños en la tienda, más mayores, de poco más de diez años, más experimentados y tímidos que los anteriores. Bebían Pepsi y Coca-Cola y se susurraban unos a otros. Sartaj ando medio camino hacia el jeep, después regresó a la tienda y compró un Chocobar. Había otros helados disponibles ahora, más elaborados, pero a Sartaj le gustaba el viejo sabor de la marca Kwality a chocolate ligeramente aceitoso con vainilla por debajo, era el sabor de su infancia. Los adolescentes se codeaban unos a otros: no te pierdas al divertido policía sardar masticando un Chocobar. Sartaj sonrió y se puso a caminar, y para cuando llegó al jeep estaba lamiendo el palo de madera desnudo. Lo partió con los dientes, como siempre hacía cuando era niño, lo tiró y se puso a conducir.

El tráfico de hora punta se enroscaba por las calles hasta almidonarse en una masa espesa. Sartaj se acomodó para el largo trayecto en coche. Había un brillo violento en el aire por encima del metal de los techos de los coches, y después una quietud repentina cuando los conductores apagaban los motores para esperar. Sartaj despegó la espalda sudada del asiento, y con los antebrazos sobre las rodillas y la cabeza colgando observó fijamente el negro polvoriento de sus zapatos. El sol acumulaba su calor intenso sobre su hombro y su cuello, pero no había ningún lugar donde escapar de él. A través de la ventana un conductor de autobús le miraba sin interés, y cuando Sartaj se encontró con su mirada él la apartó, cambiando de postura en el asiento elevado. Más allá de él, un maniquí apretaba la cadera hacia delante por detrás de un cristal. Sartaj siguió los escaparates de las tiendas, y se fueron desvaneciendo en el resplandor del cielo, e imaginó la longitud inmensa de la isla, toda ella clavada y quieta en esta hora punta multitudinaria de la tarde, atascada y moviéndose a sacudidas y pequeños rebotes. Suspiró, se sacó el teléfono del bolsillo y marcó.

—¿Ma? —dijo.

—Sartaj.

—Peri pauna, Ma.

—*Jite raho*, beta. He leído sobre ti en el periódico.

—Sí, Ma.

El estruendo de los motores al encenderse barrió la calle, y Sartaj le dio al

contacto.

—Habiendo atrapado a un criminal tan grande, ¿por qué no había ninguna foto tuya?

—Ma, el trabajo es lo importante —contestó Sartaj, divertido con ella y con su propia pomposidad—. Nada de fotos en el periódico.

Esperó expectante su réplica aguda, pero ella ya había cambiado de tema.

—¿Desde dónde me llamas?

—¿Dónde? Mumbai, Ma.

—No, quiero decir, ¿dónde en Bumbai?

No se perdía una, esta mujer de policía. Sartaj contestó:

—Estoy en el coche volviendo de Worli.

—Ajá, ¿así que por fin tienes móvil?

—Sí, Ma.

A ella le resultaban indiferentes los avances tecnológicos, y decía que no quería un vídeo porque no sabría cómo manejarlo, pero hacía tiempo que quería que Sartaj tuviera móvil.

—¿Cuál es el número? —preguntó.

Sartaj se lo dio, y añadió:

—Recuerda, no hagas llamadas en horas de trabajo.

Ella se rió.

—Yo estaba trabajando antes de que tú nacieras. Y siempre eres tú quien me llama desde el trabajo. Como ahora.

—Sí, sí.

Estaría sentada en el sota del pequeño salón, con las piernas hechas un ovillo, sujetando el enorme auricular negro contra la oreja con una mano pequeña. Sartaj podía oír su sonrisa. Había perdido peso este año pasado, y a pesar de las arrugas finas y el pelo blanco, a veces parecía la muchacha delgada que Sartaj había visto en fotografías.

—Pero ahora no estoy trabajando. Tan solo estoy atrapado en el tráfico.

—Es imposible vivir en ese Bumbai ahora. Tan caro. Y demasiada gente.

Era cierto, pero ¿adónde más se podía ir? Tal vez, muchos años después, habría una casa pequeña para Sartaj en alguna otra parte. Pero en ese momento le resultaba difícil imaginarse estar lejos de forma permanente de esta ciudad desordenada, imposible. Unas vacaciones cortas, de vez en cuando, era todo lo que Sartaj necesitaba.

—Este sábado, Ma. Iré a Pune.

—Bien. No te he visto en meses.

Sartaj había ido a Pune exactamente hacía cuatro semanas, pero sabía evitar discusiones.

—¿Necesitas algo de aquí?

No quería nada para sí misma, pero tenía una lista de cosas para *mausis* y *taus* y

sobrinos y sobrinas. No servía de nada decirle a Ma que esas cosas seguramente estaban disponibles ahora a buen precio en una ciudad grande como Pune, porque ella sabía de tiendas específicas de Mumbai que había que patrocinar, e instrucciones que dar a ciertos tenderos que conocía desde hacía décadas. Sartaj siempre llegaba a Pune con una bolsa para su ropa y una maleta llena de ropa de niño y *militáis* y aperitivos salados y champús para que Ma los diera a sus numerosos allegados y personas queridas. Vivía cerca de la familia en Pune, y Sartaj confiaba en ella para que le mantuviese al día sobre la red de familiares que se alargaba hacia arriba, hasta el Panjab y más allá. Pensó en ella como inextricablemente arraigada a esa familia, mientras él mismo estaba distanciado, no separado pero de alguna forma evadido, como un planeta que se había alejado demasiado de su sol. Le gustaba escucharla contar historias de enemistades familiares y tragedias antiguas, mientras pudiera evitar ser arrastrado al interior de su gravedad fatal y convertirse en un participante. Al acordarse de un libro de canciones infantiles que quería que Sartaj le llevase, le vino a la cabeza el relato de su *chacha*, que solía insistir en que podía hablar inglés. Sartaj lo había oído muchas veces antes, pero le gustó volver a escucharlo y se rió en todos los momentos adecuados.

En Siddhi Vinayak le dijo adiós a Ma, y se recostó en el asiento, sonriendo. Era bueno tener ganas de hacer el viaje a Pune. Una multitud se arremolinó en la entrada de Siddhi Vinayak Street, anfitriona de fieles que traían sus ruegos y súplicas y gratitud. El templo se alzaba hasta su aguja dorada, llevando con facilidad simetrías enormes hasta el cielo. Sartaj se preguntó si Ganesh Gaitonde tendría algún otro lugar al que ir desde la ciudad, alguna ciudad o pueblo que llamase su lugar de origen. Le preguntaría a Katekar.

Al final, Ganesh Gaitonde había dicho algo sobre Dios y la creencia. Para entonces, Gaitonde ya sabría seguro si existía un Dios en quien creer, o no. A Sartaj no le preocupaba especialmente el alma de Gaitonde, pero sabía que era momento de ir y echar un vistazo a su cadáver, el suyo y el de la mujer muerta. Había estado evitándolo, pero tendría que ir. Sartaj maldijo a Ganesh Gaitonde, y siguió conduciendo.

A la mañana siguiente, Katekar protestó por la visita a Gaitonde, como Sartaj esperaba. El hombre estaba muerto, dijo Katekar, y él y la mujer seguirían muertos, así que no era necesario acercárseles ahora, para nada en absoluto.

—Te puedes quedar fuera —le contestó Sartaj—. Pero ya tendrías que estar acostumbrado a los cadáveres.

El depósito era un antiguo edificio de arenisca, picado y manchado pero todavía hermoso con sus arcos altos y manipostería florida. Se alzaba, tamizado de verde, bajo una enorme *banyan* en la parte trasera del Hospital KD. Sartaj dejó que Katekar bajase hasta la puerta del hospital, bordeó el edificio y aparcó cerca de una pared

teñida de paan. Junto a todo su racionalismo, Katekar sentía horror por el depósito de cadáveres, su doctor y ayudantes, la luz esmeralda bajo el árbol banyan.

Decía que todo el sitio olía, que podía olerlo desde la otra parte del complejo hospitalario, que había un miasma amarillo que se te deslizáis dentro de la ropa y se hundía en tus bolsillos y permanecía. Sartaj más bien disfrutaba con este inesperado recrudescimiento de la superstición profunda en el entorno sólido de Ganpatrao Popat Katekar, hombre de ciencia. Le daba a Sartaj algo a lo que echar mano cuando Katekar adoptaba un aire de superioridad despectivo ante los variados romanticismos de Sartaj.

Sartaj pasó por el lado de la ventanilla de información, con el pequeño grupo de hombres ansiosos que habían venido buscando a familiares y amigos desaparecidos. Recorrió un pasillo oscuro y atravesó unas puertas de cristal doble en las que se leía «No pasar». Un ayudante vestido con pantalones marrones y camisa estaba sentado tras una mesa de metal rayada, bajo la borrosa luz de los fluorescentes. Le dijo *salaam* a Sartaj, que respiró hondo, pestañeó una vez y cruzó otro par de puertas vaivén, en esta ocasión de madera pintada de verde. La habitación al otro lado era bastante grande, grande como un salón de banquetes grande, bien iluminada por dos claraboyas cuadradas y dos hileras de fluorescentes. El suelo era de piedra marrón lisa, que se inclinaba hacia el centro hasta desembocar en un sumidero cuadrado. Había dos cuerpos morenos, ambos de varón, desnudos sobre las mesas de piedra que estaban a la izquierda. Habían desprendido la parte superior del cráneo de uno de ellos con un corte redondo preciso que le hacía parecer un personaje de dibujos animados al que habían desenroscado la cabeza. El cerebro descansaba como un montículo gris y pulcro sobre una bandeja que había junto a su codo. Y ahí, a la derecha, estaba el doctor Chopra, analista en el abismo, trabajador eficiente. Extraía intestinos y los dejaba en una bandeja grande. Sartaj apartó la cara.

—¿Doctor Chopra?

—Ah, Sartaj. Espera, espera.

Sartaj observó la pared, siguió las grietas en el yeso gris arriba hasta el techo y después de vuelta hacia abajo. Y luego los barrotes oxidados de la ventana cerrada, los contó y examinó su grosor. Mientras tanto se producían ligeros sonidos de succión a su derecha, y un pequeño chirrido húmedo. La primera de las muchas veces que Sartaj había venido aquí, la casa de disección del doctor Chopra, se obligó a mirar, partiendo de la base de que un policía debía observarlo todo, cualquier cosa, todo aquello que conforma el mundo, hay que afrontarlo todo con estoicismo, sin repugnancia ni perversa fascinación. Y había visto lo que el doctor Chopra exponía, había sido capaz de observarlo, y no era tan horroroso después de todo, solo el complejo mecanismo de relojería interior del cuerpo, una maquinaria fluida que poseía una armonía intrincada, austera. Pero las superficies de los cuerpos le siguieron y se quedaron con él en su sueño, la suave curva de piel del tercer dedo de una mano cerrada en un puño, el tatuaje tribal en la barbilla de una mujer, la

salpicadura carmesí de un pintalabios sobre el labio inferior, apenas visible pero inequívoco. Acumuló fragmentos de los muertos, recuerdos diminutos de sus vidas que costaba algún esfuerzo acarrear, y al final decidió que ya no tenía el orgullo de un hombre joven, que reservaría la voluntad para el trabajo, para sus propios casos. Así que no volvió a mirar.

—Listo —dijo el doctor Chopra.

Sartaj oyó el chasquido de los guantes de goma, y se dio la vuelta, manteniendo la cabeza alzada. Vio el rostro del hombre muerto, y lo miró fijamente por un instante. Después vio la mata espesa del pelo del doctor Chopra. El doctor era el hombre más peludo que Sartaj había conocido nunca. Apenas eran las doce, y las mejillas y mandíbula del doctor Chopra ya estaban sombreadas, y una gruesa mata de pelo negro subía desde el pecho hacia el cuello. Se estaba lavando las manos en una pileta.

—Doctor saab —comenzó Sartaj—, necesito ver a Gaitonde y a su amiga.

—Bien —contestó el doctor Chopra—. Están en la cámara frigorífica.

—¿Ya se les ha hecho la autopsia?

—Arre, Gaitonde era un bhai importante, ¿verdad? Él y su amiga pasaron delante en la cola. —El doctor Chopra se rió con una risa genuina y llena de satisfacción—. ¿Quiere que haga que los chicos les traigan de la cámara? Será más rápido si vamos nosotros allí.

Había desafío en su postura, en la forma en que levantaba la ceja poblada y sobresaliente: si puedes aguantarlo, señor policía. La cámara frigorífica era lo que Katekar más detestaba. Había estado dentro solo una vez, cuando él y Sartaj estuvieron mirando el cuerpo de un khabari. Katekar entró en la cámara, se puso una mano sobre la boca y se dio la vuelta y se fue, se fue hasta el árbol banyan. Sartaj permaneció dentro y encontró el cuerpo que andaban buscando. Sartaj lo había hecho antes, podía hacerlo ahora. Se encogió de hombros.

—No hay problema con la cámara frigorífica.

Un pasillo en sombras conducía a la cámara, a través del resplandor desdibujado de la tarde. Sartaj entrecerró los ojos, y caminó, y entonces no hubo forma de evitar el olor. Cruzaron una puerta, y se adentraron en un largo pasillo oscuro, y el olor se apretó contra sus mejillas.

Las ventanas se mantenían cerradas contra el calor, contra el latido del sol, y el aire en el interior de la entrada estaba atracado por la exhalación fuerte, rotunda, de las dos hileras de cuerpos amontonados frente a las paredes y envueltos en sábanas a doble fila. Las sábanas estaban húmedas y el suelo por debajo de las pilas viscoso, resbaladizo.

Sartaj saludó con la cabeza a los ayudantes que se sentaban tras el escritorio al final del pasillo. Podía sentir un hipo que serpenteaba en la parte posterior de su garganta, y no quería abrir la boca.

—Inspector saab —dijo un ayudante, levantándose—. Cuánto tiempo.

Estaba leyendo una novela en hindi, y su amigo escribiendo una carta. Ambos se

pusieron de pie.

Sartaj habló despacio, vocalizando:

—Huele peor que la última vez —comentó mientras pasaba al lado del escritorio.

—Arre, saab —contestó el ayudante que tenía la novela—, espere a que el aire acondicionado vuelva a romperse. Entonces olerá algo de verdad.

—Espere a que llueva y las filtraciones comiencen a traspasar las paredes —añadió el otro con gran satisfacción—. Entonces sí que se divertirá.

Encontramos cierto placer al pensar en cómo empeoran las cosas, pensó Sartaj, y después al imaginar cómo se pondrá peor de forma inevitable. Y sin embargo sobrevivimos, la ciudad continúa a trompicones. Quizá un día simplemente se desmorone, y había también una cierta satisfacción en ese pensamiento. Deja que el maderchod golpee.

El doctor Chopra saludó con la cabeza a sus ayudantes. La puerta que daba a la habitación fría era de acero brillante, muy pulcra y nueva y prometía alta tecnología y esterilidad. El ayudante lector tocó el pesado pomo de la puerta, se tocó la garganta y pronunció un *mantra*. Agarró el pomo, tiró de él, y la puerta se abrió en un balanceo.

—Adelante —invitó el doctor Chopra.

En el interior estaban las hileras revueltas de cuerpos que Sartaj recordaba. Yacían desnudos sobre el suelo alicatado, apretados unos encima de otros, hombro contra hombro, hombro encima de hombro, de un lado al otro de la amplia habitación. Estaban cosidos por la parte frontal, con puntos curvos y anchos de hilo negro grueso allí donde se había hecho la incisión larga para la autopsia. Piel oscura, oxidada, convertida en algo tan densamente opaco como el fango, vello púbico puntiagudo, petrificado. Sartaj estaba pensando, en realidad aquí no hace frío. Lo llaman cámara frigorífica pero hay restaurantes más frescos, la habitación del piso superior del dance bar Delite es más fresca. Podía oír la ráfaga sorda, entrecortada, del aire acondicionado.

—Las señoras están allá —explicó el doctor Chopra.

En este osario, más allá de toda carnalidad, se preservaba la decencia. Las señoras estaban apiladas una encima de otra en una especie de cabina pequeña a la izquierda, con su propia puerta de metal. Los ayudantes llegaron allí y movieron los cuerpos, arrastraron y tiraron de ellos, y algo chocó contra la puerta produciendo un soniquete contento. Sartaj se preocupó por las manos de los ayudantes, lo tocaban todo sin guantes, esperaba que se lavasen las manos después.

—Saab —dijo el escritor de cartas.

La habían encontrado.

Sartaj dio un paso atrás. Tenía los zapatos pegados al suelo.

Se le veía la habitual incisión larga por la parte delantera. Los labios se habían vuelto del color azul pálido agrietado de las velas viejas, y se habían separado de los dientes. En la foto de la autopsia en el archivo sus pómulos estaban aplastados, y apenas visible la afilada nariz. Pero la nariz se había roto una vez, tenía una pequeña



marca. Muerta era sencilla, pero había músculo sobre sus hombros y a lo largo de sus costados, y Sartaj vio en ella la postura desenvuelta de una bailarina, elogiada y orgullosa de su figura.

—Mujer muerta desconocida —leyó en una hoja grande el doctor Chopra—. Metro sesenta y uno, cuarenta y nueve kilos, pelo negro a la altura de los hombros, ojos negros, cicatriz de diez centímetros en la rodilla derecha, comió por última vez unas ocho horas antes de la muerte, causa de la muerte: trauma por un único disparo en el esternón; la bala ascendió en ángulo y salió por la cuarta vértebra dorsal, causando un daño masivo en los pulmones y la médula espinal. La muerte fue instantánea.

Muerte instantánea. Sartaj se preguntó si ella la habría visto venir, el cañón levantado y el ojo enrojecido de Gaitonde detrás.

—¿No hay marcas distintivas aparte de la cicatriz?

—Ninguna.

—De acuerdo —contestó Sartaj.

A veces el cuerpo del fallecido te enseñaba cosas que no sabías antes, pero aquella había sido una historia corta. Ella no estaba muy marcada por la vida.

—¿Y Gaitonde? —preguntó al doctor Chopra, dándose la vuelta.

—Gaitonde. Sí.

Sartaj siguió al doctor Chopra por la habitación, por el pequeño pasillo entre los cuerpos. Había flujos de líquidos por el suelo, corrientes de albúmina ligera y secreciones espesas ennegrecidas. Sartaj colocó con cuidado un pie, después el otro. Gaitonde yacía en medio de una hilera, indistinguible del resto a no ser por la destrucción de su cabeza. La carne interior que había quedado expuesta se había vuelto negra.

—Metro sesenta y siete, sesenta y ocho kilos, ha sobrevivido a dos heridas de bala. —El doctor Chopra señaló con el dedo—. Resulta interesante: una en las nalgas. El gran Gaitonde debía de estar corriendo cuando le dispararon. La otra herida fue en el hombro izquierdo, aquí.

Sartaj se inclinó sobre Gaitonde, y comprobó que tenía un perfil fino y una frente noble. Nació para ser un rey, pensó Sartaj, o tal vez un sabio. Debía de haberse mirado en el espejo y preguntado en qué se convertiría.

El doctor Chopra se estaba acariciando el vello del dorso de la mano derecha. Un aire acondicionado se puso en marcha con un pequeño estruendo, y un olor fétido empezó a ascender desde Gaitonde y el resto de cuerpos.

—Gracias, doctor saab —terminó Sartaj, ya había tenido suficiente.

Se enderezó y se fue, caminando deprisa.

Se puso de lado para pasar junto a los ayudantes, que estaban levantando a la mujer muerta para volver a introducirla por la puerta de la cabina. Pasó a su lado. La luz se filtraba por los ángulos de la puerta principal, y en el resplandor Sartaj vio sobre el suelo un jirón destrozado de carne negra, un pequeño trozo de mandíbula

pegado a tres dientes. Pasó por encima de él y huyó para entrar en la luz del sol.

—¿Está bien? —preguntó el doctor Chopra.

Sartaj estaba de pie junto a la banyan, con una mano sobre su corteza veteada, respirando.

—¿Por qué no pueden mantener ese lugar gaandu frío? ¿Por qué?

—Los aparatos de aire acondicionado se rompen, el cableado es viejo y los fusibles saltan, y la población es demasiado grande. El depósito es demasiado pequeño.

Sí, era injusto culpar al buen doctor Chopra. De ninguna manera era culpa suya que no hubiera suficiente dinero o electricidad, que el lugar fuera demasiado pequeño y, desde luego, que hubiera demasiados muertos.

—Perdone, doctor —contestó Sartaj.

Hizo un gesto amplio en el aire, un movimiento torpe que lo abarcó todo.

El doctor Chopra asintió y sonrió.

—Gracias —añadió Sartaj.

—Espero que le haya sido útil.

—Sí, sí. Muy útil.

Mientras caminaba hacia el jeep, Sartaj ya no estaba seguro. Ahora el deseo de ver los cadáveres, que solo un poco antes le había parecido tan coherente, se le antojaba extraño. ¿Qué había averiguado? Sartaj no tenía ni idea. Había sido una pérdida de tiempo. Estaba deseando alejarse, estar de vuelta en comisaría, pero fue incapaz de entrar en el jeep. Subió a un bordillo hecho de medios ladrillos pintados dentro de lo que quedaba de un jardín, encontró una zona de hierba marrón muerta y se limpió la suela de los zapatos, los restregó hacia atrás y hacia delante hasta que los tallos se rompieron con pequeños chasquidos y su corazón machacado se asentó y se calmó.

Shalini estaba cocinando cuando Katekar llegó al hogar. Limpiaba en casa de un médico en Saat Bungla, pero solo en una casa, no como otras que tenían tres trabajos *jhadoo-katka*, o cuatro. Era bueno conseguir dinero del médico, pero habían decidido que ella necesitaba estar en casa cuando llegasen los niños, en casa a mediodía y a primera hora de la tarde para que pudieran sentir su presencia y ella pudiera tenerlos vigilados. Pero el dinero era muy bienvenido. Y era bueno conocer a un médico con una clínica, para momentos en que hubiera una necesidad especial. Katekar extendió su estera y almohada. Shalini estaba cocinando, y a él le gustaba el movimiento de sus gestos, lo arrullaban, el tintineo de las cucharas, la ráfaga del ataque del cuchillo adelante y atrás, el borboteo rápido de las llamas sobre el hornillo, el chisporroteo saltarín cuando lanzaba un puñado de *goda masala*. Estaba cómodo, con el movimiento tranquilo del aire del ventilador de mesa puesto en «Lento». Hacia la siesta con facilidad durante el día, almacenaba el sueño como un camello acumulaba

el agua. En la vida de un agente de policía, era necesario. Respiró hondo y profundo.

Cuando se despertó estaba oscuro dentro de la kholi, y se oía el bullicio de la tarde fuera en el callejón. Giró la muñeca, eran las seis y media.

—¿Dónde están los niños? —preguntó.

No necesitaba girar la cabeza para saber que Shalini estaba sentada en la puerta de entrada.

—Jugando —contestó ella.

Él se sentó, se frotó los ojos. El hornillo vibraba mientras ella lo agitaba, y entonces él le vio la cara, de pronto emergió como el bronce entre la sombra.

—Se están peleando —dijo él, y no le hizo falta añadir que no se refería a los niños.

—Sí.

Amritrao Pawar y su esposa Arpana vivían dos kholis más abajo, y habían estado peleándose de forma continua durante once años. Cuatro años después de casarse, Pawar se hizo con otra mujer. Arpana se marchó, regresó con sus padres, y le aseguraron que tan solo era algo provisional, que Pawar había dejado a la otra mujer y que todo había acabado. Regresó, pero después la otra mujer tuvo un niño, y ahora Pawar mantenía dos casas. Él y Arpana se negaban a romper, se negaban a acercarse más o a separarse, peleaban y peleaban. Para los vecinos de Arpana, la otra mujer era todavía la otra mujer, Arpana no la había llamado por su nombre en once años, y Pawar nunca hablaba de ella.

Katekar y Shalini bebieron té sentados uno frente al otro. Ella tenía el *kaande pohe* que a él le gustaba sobre un plato situado entre ellos.

—Hablé con Bharti ayer —dijo ella.

Bharti era su hermana pequeña, y estaba casada con un comerciante de restos de metal en Kurla. Aparentemente había mucho dinero en los restos de metal, porque Bharti siempre venía de visita con un sari nuevo. El año pasado, había ido el día anterior a *Gudi-Padwa* llevando brazaletes nuevos de oro de un grosor y resplandor llamativos, y sujetando no solo guirnaldas de *batasha* sino cajas grandes, fragantes, de *puranpoli* y *chirote* para los niños. Katekar observó a sus hijos lamerse los dedos brillantes, dulces, y observó el rostro de su mujer mientras apartaba las cajas y un sari nuevo para ella, y le maravilló cómo la generosidad puede ser la más sutil de todas las armas, en especial entre hermanas. Así que en ese momento tomó un sorbo largo de té.

—¿Sí? —contestó.

—También van a comprar la kholi de al lado —contó Shalini.

—¿En la *chawl*?

—¿Dónde si no?

La réplica surgió rápida y aguda, y ella no apartó su mirada socarrona. De modo que ahora su hermana y su cuñado echarían paredes abajo, combinarían habitaciones, tendrían un hogar que sería lo bastante caro como para contener la idea que tenían de

sí mismos.

—Tienen tres hijos —apuntó Katekar—. Necesitan el espacio.

Shalini resopló y recogió el plato de galletas.

—¿Qué, esos pequeños taporis necesitan un palacio donde vivir?

Se levantó y empezó a recoger cucharas, a retirar cuencos ruidosamente.

—Bharti ha sido una gandula desde que era así de alta. Esos dos nunca piensan en el futuro. Sus hijos se echarán a perder, espera y verás.

Adoraba a sus sobrinas y sobrino, los ahogaba con abrazos y se ablandaba más con ellos que con sus propios hijos, y Katekar lo sabía bien. Así que se puso la camisa, los pantalones. Ella ya había fregado y colgado la olla. Katekar le sonrió.

—Ayer oí un chiste —dijo.

—¿Qué?

—En una ocasión Laloo Prasad Yadav conoció a unos hombres de negocios japoneses que habían venido a Bihar. Los hombres japoneses de negocios le dijeron: «Jefe-ministro-ji, su estado tiene enormes recursos. Darnos carta blanca durante tres años y convertiremos Bihar en el próximo Japón». Laloo pareció muy sorprendido. Les contestó: «¡Y se supone que los japoneses sois muy eficientes! ¿Tres años? Denme carta blanca durante tres días y convertiré Japón en el próximo Biliar».

—No es muy gracioso. —Pero estaba sonriendo.

—Arre —animó Katekar—, lo que pasa es que tu familia nunca ha tenido sentido del humor.

Este era un tema que habían explorado durante años: la familia de él era derrochadora pero le gustaba la diversión, la de ella era ahorradora pero aburrida. Variaciones de esta teoría incorporaban a los niños, Rohit se parecía a Katekar. Mohit a su madre. En ese momento Shalini pensó en sus hijos.

—Cuando salgas, ¿puedes parar en la tienda de Patil?

Patil era un sastre que tenía una tienda a dos calles, metida en un edificio alto y estrecho que se alzaba sobre lo que en un tiempo había sido un muro derruido y una alcantarilla sin usar. Patil rellenó la alcantarilla, cerró la parte trasera, puso un techo, y ahora sentaba a dos sastres a tiempo completo ante máquinas de coser. Hacía buenos uniformes para los niños, lo bastante resistentes como para que Mohit pudiera llevar lo que se le quedaba pequeño a Rohit.

—Hoy no —contestó Katekar—. Lo recogeré mañana. Pantalón corto y camisa, ¿verdad?

—Sí —confirmó Shalini.

Su irritación se había desvanecido. Le gustaba que lo recordara, y él se daba cuenta.

Fuera, las nubes se aposentaban en lujosos escalones color naranja. Era demasiado pronto para la lluvia, pero Katekar podía sentir cómo se aproximaba. El cielo era un espectáculo histriónico, pero nadie se detenía a mirarlo. Katekar caminó con brío, eficiente al cruzar en diagonal una curva para llegar a la parada del bus.

Estaba pensando en el sexo. Había sido bastante infiel durante los años inmediatamente posteriores a su boda con Shalini, antes de que naciese Rohit. Ahora, cuando miraba atrás todo le parecía una locura febril, las visitas que hizo a dance bars y el dinero que gastó en chicas, en habitaciones mugrientas, en taxis tarde por la noche. Shalini apenas era una niña entonces, y él posaba su cabeza en el arco del cuello de ella todas las noches y encontraba, en la forma que las manos de ella tenían de agarrarle los hombros, un hambre que respondía, tranquila y de forma más cuidadosa que la suya pero igual de insistente, igual de intensa. Y sin embargo él acudía a otras mujeres, randis. No había motivo para ello sino una urgencia ante el ofrecimiento de vientres desconocidos, anónimos, bajo nylon barato, transparente. Era una especie de locura común, aceptada por los hombres del mundo, y al menos tuvo el sentido y el conocimiento —incluso en aquellos días lejanos cuando las propias chicas se sorprendían ante su cuidado— de ponerse siempre condón. Después de que naciese Rohit, después de haber sujetado el cuerpo diminuto de su hijo contra el pecho y haber sentido el peso enorme, ineludible, de su propio amor le resultó casi imposible gastar su dinero bien merecido en cualquier otra parte. Estaban estas nuevas urgencias, que se anteponían a todos los deseos: uniformes escolares, libros, zapatos, aceite para el pelo, bates de críquet, tardes en Chowpatty. No obstante, pasó incluso después de haber llegado a conocer la cantidad de felicidad infantil contenida en un billete de veinte rupias, en dos *kulfis* mientras el sol se ponía sobre un mar en calma, todavía acudía a mujeres, a pesar de sus dos hijos y los dos futuros que estaba construyendo. Pero había sucedido rara vez, mujeres que podían contarse con los dedos de una mano en diez años. Los hombres, decía Shalini a veces, hay locura en los hombres. Él siempre se quedaba callado, pero quería decir: la locura está en sus huesos, no en sus corazones, no en sus mentes. La lógica no talla, solo se agota a veces, está un poco cansada y quiere tumbarse. Pero yo lucho por ella.

En el *maidan* tenía lugar lo que parecía ser una docena de juegos de críquet, con canchas orientadas unas frente a otras y muy juntas. *Fielders* de varios partidos corrían a la vez y unos detrás de otros. Debía de haber un par de cientos de niños corriendo unos junto a otros, en esta franja estrecha de tierra amarilla atestada de gente remetida entre una *nullah* fangosa y la pared trasera de un *shamshan ghat* municipal. Katekar caminó junto a la pared, rozando el hombro derecho contra las intrincadas volutas de grafitis y posters arrancados. A veces le preocupaba que los niños jugasen separados por una pared de cuerpos quemándose, de nubes de humo que depositaban ceniza impura sobre las canchas. Pero se necesita un lugar donde quemar a los muertos, y la única alternativa era jugar en el extremo de la basti, en la calle abierta junto al tráfico que pasaba. En cualquier caso, hoy no había fuegos, ni humo. Ya no había más muertos por hoy. Mohit estaba sentado sobre un pequeño montículo, junto a un grupo de chappals. Miraba hacia el mar, soñador y feliz, y Katekar sintió que algo se apretaba en su pecho y cedía paso. Rohit era el hijo parecido a su padre, seguro de sí mismo y práctico, a menudo divertido, pero era

Mohit, con su introspección pensativa, el que preocupaba a Katekar. La ambición de Rohit y su enojo podrían meterlo en problemas, pero ¿qué sería del pequeño y sensible Mohit? ¿Qué pasaría con esa dulzura? Katekar se puso en cuclillas junto a él.

—¿No juegas? —preguntó Katekar.

—Papa.

Mohit se encogió de hombros, y empezó a morderse el labio inferior, lo que hacía cuando tenía vergüenza.

—Está bien —contestó Katekar, con un golpecito en el hombro de Mohit.

Les había dicho a menudo, a sus hijos, que los deportes desarrollaban el carácter.

—¿No te apetece?

Mohit negó con la cabeza, rápido. Katekar quería preguntar: ¿en qué estabas pensando justo ahora? ¿Qué veías en la tajada pequeña del horizonte acuoso entre los edificios? Pero sonrió y frotó la cabeza de Mohit.

—¿Dónde está tu hermano?

—Allí.

Rohit estaba lanzando, fue una bola tapida, un poco salvaje pero con buena velocidad. El bateador la perdió por completo, apenas la vio, y el *uricket-keeper* la cogió con suavidad y se la devolvió a Rohit con el mismo movimiento. Rohit trotó de regreso al *wicket*, despacio y pensando en el siguiente lanzamiento. Era un buen jugador, Katekar lo veía sencillamente por su aplomo natural, su confianza y precisión científica cuando hacía gestos a sus fielders, tú a la izquierda, un poco más, sí, ahí. Rohit vio a su padre en ese momento, se paró en seco. Y Katekar le vio estremecerse por un solo instante, apretar el ceño fruncido con resentimiento al ser interrumpido, invadido por el aplomo de su padre. Después sonrió y siguió adelante. Katekar le devolvió el gesto con un movimiento por encima de la cabeza: lanza. Rohit regresó a su línea, ocupó su puesto y, a pesar de que el lanzamiento estuvo bien, la pelota fue larga. La siguiente fue corta.

Katekar se levantó.

—Mohit —dijo—. No lleguéis tarde a casa. Estudiad bien. Os veré mañana.

—Sí, Papa —respondió Mohit.

Katekar apretó el hombro de Mohit y se marchó de allí deprisa. Estuvo tentado, pero no giró la cabeza para ver jugar a Rohit.

El PS1 Kamble acudió para la redada en el dance bar Delite.

—Seré vuestro hombre secreto —dijo, y rió con fuerza ante su propio ingenio, porque en el Delite le conocían mejor que a algunas de sus bailarinas. Siempre se sentaba en la cabina central de cara a la pista de baile, y siempre había gastos especiales en su cuenta. En la furgoneta, de camino al Delite, estaba de un humor glorioso, y les contó chistes.

—¿Cómo metes a treinta marwaris en un Maruti 800? Lanzas dentro un billete de

cien rupias.

Los agentes en la parte posterior de la furgoneta, incluyendo dos mujeres, se rieron.

Sartaj preguntó:

—¿Por qué estás tan contento, Kamble? ¿Cómo va el marcador hoy?

Kamble sacudió la cabeza, y se quedó callado con expresión engreída, y después volvió a estar jovial. Siguieron conduciendo, hacia el sonido de su risa. En el Delite, después de haber aparcado la furgoneta, y mientras esperaban la hora acordada, Kamble salió del edificio con un whisky y agua. Apartó a Sartaj a un lado, lejos de los agentes, y le hizo caminar un pequeño trecho por la calle. Desprendía un fuerte olor a alguna loción para después del afeitado con aroma a almizcle, y llevaba una camiseta blanca de Benetton con mangas a rayas verdes, metida por dentro de unos vaqueros azules. Se inclinó hacia atrás y levantó un pie cada vez, luciendo un par de zapatillas de deporte impresionantemente complicadas y coloridas.

—Unas zapatillas muy *musst*, ¿verdad? —preguntó—. Mucho. ¿Extranjeras?

—Sí, jefe. Nike.

—Muy caras.

—El gasto es todo relativo. Cuando tienes dinero en el bolsillo, los gastos se vuelven pequeños. Sin dinero, los gastos son grandes.

—¿Conseguiste tener dinero en el bolsillo?

Kamble contempló a Sartaj por un momento, con la cabeza inclinada sobre el vaso.

—Suponga... —dijo—. Suponga que un brillante y joven agente de policía tuviera un khabari, uno muy útil que apareciera con información solo de vez en cuando, pero siempre con información *ekdutt* sólida.

—¿Qué tipo de khabari es ese? ¿Quién?

—Da igual el khabari. No importa. Lo que importa es que el agente joven e inteligente ha conseguido un soplo esta mañana: un ladrón local de poca monta llamado Ajay Mota tiene un alijo de móviles robados en su kholi. Son móviles totalmente nuevos, ¿entiende?, conseguidos durante un robo hace tres días, en una tienda en Kurla.

—Muy bien. Así que el agente va y arresta a Ajay Mota.

—No, no, no. Eso es demasiado sencillo, jefe. No, el khabari sabe dónde vive ese Ajay Mota. Pero el agente no quiere pillar al bastardo todavía. No, invierte algo de tiempo, se viste de paisano, coge al khabari, espera fuera de la basti de Ajay Mota y hace que el khabari señale al bastardo cuando sale con una bolsa sobre el hombro. Es un riesgo, por supuesto... ¿qué habría pasado si Ajay Mota hubiera ido por otro camino? Pero no lo hace. El agente deja atrás al khabari, y sigue a Ajay Mota. Otro riesgo, seguirle en medio del tráfico ajetreado. No es fácil, pero el agente tiene una moto, y Ajay Mota va en coche. De forma que el coche del apradhi circula durante diez minutos, después el apradhi se baja, entra en una tienda. Sale al cabo de veinte

minutos, con la bolsa sobre el hombro. Así que ahora el agente le coge, *khatakhat*, lo agarra por el cuello, le enseña un revólver, dos bofetadas, estás arrestado, *bhenchod*, ¿quieres cooperar? Después, sin pausa, el agente le hace entrar en la tienda, lo empuja por la espalda, y ahí está el comerciante de mercancías robadas, con los teléfonos robados frente a él. Así pues, el oficial tiene dos arrestos, las mercancías robadas se recuperan y la bolsa de Ajay Mota hay cuarenta mil rupias.

—¿Solo cuarenta mil? ¿Cuántos teléfonos había?

Kamble se rio, vació el vaso, y alcanzó las últimas pocas gotas alargando la lengua. Estaba muy satisfecho.

—No importa cuántos teléfonos hubiera, Sartaj saab. Lo que importa es que se atrapó a los hombres malos —contestó, poniéndose de pie muy derecho, moviendo un dedo—. Necesito rellenar el vaso, jefe. Una y otra vez —y se fue, tarareando para sí mismo.

Sartaj pensó en el triunfo de Kamble mientras llevaban a cabo la redada. Kamble tenía razón, se había atrapado a los malos. El propio Kamble habría cogido una buena parte del dinero, probablemente alrededor de la mitad de lo que había en la bolsa, y tal vez uno o dos teléfonos. El dinero era una recompensa por su excelente mantenimiento del orden, por su vigilancia y asunción de riesgos. Lo había hecho bien hoy, y lo estaba celebrando. Se lo merecía.

La propia redada del Delite fue muy disciplinada. Shambhu tenía a las cinco chicas que esperaban para ser arrestadas formando una fila ordenada en su despacho. Estaban comiendo *paya* y hacían bromas sobre los policías y sus palos, mientras el resto de ellas salía afuera para coger sus habituales taxis ya acordados para que les llevaran a casa. Formaban un grupo reluciente, llamativo, la mayoría jóvenes, algunas de ellas bastante bonitas con su espeso maquillaje para la pantalla grande, orgullosas de las elegantes curvas de sus cinturas.

Shambhu se acercó caminando hacia Sartaj, seguido a pocos metros por Kamble. Eran amigos, de edad parecida, ambos culturistas, pero donde Shambhu estaba delgado y cincelado, Kamble tenía masas y bultos grandes, redondeados.

—Muy bien, saab —informó Shambhu—. Arresto listo.

Una de las agentes estaba de pie junto a la furgoneta, y la otra abrió la puerta del Delite y gritó. Las arrestadas salieron desfilando a la calle y se encaramaron en la parte trasera de la furgoneta, balanceándose al subir mientras sus elegantes tacones relucían bajo la luz roja del letrero de neón de Delite.

—¿Van a hacer ese... ese paseo? —le preguntó Katekar a Shambhu.

—Una expedición —respondió Shambhu—. Un paseo es lo que haces cuando vas a la tienda de paan de la esquina.

—Expedición, sí, ¿tú vas?

—Mañana.

—No te caigas de una montaña.

—Se está más seguro allí que aquí, jefe.



Sartaj observaba a Kamble, que estaba tarareando. Tenía los pies muy separados y los hombros echados hacia atrás y los codos hacia fuera. Sartaj caminó a su alrededor.

—Coméntale al agente joven que he dicho: buen trabajo.

Kamble sonrió burlón.

—Lo haré, jefe.

Volvió a tararear, y en esta ocasión Sartaj pudo distinguir la canción: *Kya se kya ho gaya, dekhte dekhte*. Kamble levantó los brazos, agachó la cabeza y bailó un par de pasos. *Tum pe dil aa gaya, dekhte dekhte*.

—Nos vamos —anunció Sartaj—. ¿Vienes?

—No —respondió Kamble. Incluyó la cabeza sobre un hombro, señalando hacia atrás hacia el Delite—. Tengo una cita.

No todas las chicas del Delite habían sido arrestadas o se habían ido a casa.

—Pásalo bien —apuntó Sartaj.

—Jefe —replicó Kamble—, siempre lo hago.

Sartaj golpeó a un lado de la furgoneta, y se pusieron en marcha.

—Sartaj saab —oyó que gritaba Shambhu tras él—, usted también podría pasarlo bien, señor. Debería pasarlo bien de vez en cuando. La diversión es buena.

Kamble se estaba riendo, Sartaj pudo oírle.

Solo cuando estuvieron de vuelta en comisaría descubrieron que habían arrestado a seis bailarinas, no a cinco. Las chicas se sentaban en fila sobre un banco en la sala de interrogatorios y Sartaj se dio cuenta de que eran seis, y que la sexta era Manika. Ella inclinó la cabeza y le miró con recato con el *chunni* sobre la cabeza, toda ella enormes ojos oscuros y timidez, y las otras chicas estallaron en risas. Sartaj respiró hondo y salió de la sala.

—Esta debe de ser la idea de diversión de Kamble y Shambhu —le dijo a Katekar.

—Yo no tuve nada que ver con ello, señor —contestó Katekar.

Katekar tenía una cara muy seria, y Sartaj le creyó. Pidió:

—Hazlas entrar una a una. Me sentaré aquí.

—Sí, señor, una a una.

Katekar se quedó de pie junto a la puerta, y las agentes, mujeres, trajeron a las chicas una a una, y también se retiraron a la puerta. Sartaj escribió los nombres: Sunita Singh, Anita Pawar, Rekha Kumar, Neena Sanu, Shilpa Chawla. Tenían todos los nombres listos para él, y estaban relajadas y para nada perturbadas por él, y solo vacilaron cuando arrastró las fotografías del álbum de Gaitonde y las pasó ante ellas una a una. Todas negaron con la cabeza, resueltas e inexpresivas.

—No, no, no —contestó Shilpa Chawla cuando le mostró las fotografías de la mujer joven, las poses sonrientes e insinuantes bajo las luces suaves.

—Mira la foto antes de decir que no —pidió Sartaj. Dio un golpecito con el

índice a la foto de una mujer joven que llevaba un sombrero azul—. Mírala.

—No la conozco —respondió Shilpa Chawla, con la mandíbula tensa.

Cuando le mostró la foto de la mujer muerta, que había guardado para el final, Shilpa Chawla se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué me pregunta? ¿Por qué me enseña todo esto? No sé quién es.

Shilpa Chawla, con su pseudónimo de estrella de cine por partida doble, estaba indignada y enfadada y asustada, y Sartaj no tenía evidencia de que estuviese mintiendo.

—De acuerdo —le dijo a Katekar—. Trae a Manika.

Era mayor que las otras, tal vez tuviera treinta y pocos, aunque tenías que fijarte con mucha atención para verlo, e incluso entonces la edad radicaba en su confianza ligeramente cansina, en la rectitud de su espalda y el interés sincero que le concedía a Sartaj. Junto a la puerta, Katekar y las agentes se sonreían de forma burlona unos a otros, y Sartaj se alegró de que estuviesen demasiado lejos para oír a Manika.

—¿Cómo está? —preguntó ella en inglés.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, señora —replicó Sartaj, y su hindi era cortante.

—Pregunte —concedió ella.

Era morena, delgada, muy alta, quizá metro setenta y tres, y no exactamente guapa, pero tenía hoyuelos y empujaba la barbilla hacia fuera y los ojos estaban vivos por completo, y ponía incómodo a Sartaj.

—¿Conoce a estas mujeres?

Manika hojeó las fotografías, prestando mucha atención a cada una.

—¡Oh —exclamó al mirar la tercera—, qué fea es esa blusa! Mire esos volantes en las mangas, parece una broma. Y la chica es guapa. Alguien tiene que enseñarle a vestirse.

—¿La conoce?

—No —respondió Manika, y cogió las fotografías restantes de la mano de él y se echó hacia atrás en la silla.

Llevaba un conjunto de *ghagra-choli* negro con detalles plateados por todos lados, y la parte delantera de la choli era gruesa a causa de eso, como una armadura sobre la tela fina. Era la única que había ido con sus ropas de baile.

—¿Quiénes son estas mujeres, inspector saab? —Ahora volvía a ser recatada—. ¿Chicas con las que quiere entablar amistad?

—¿Conoce a alguna de ellas?

Estaba en silencio, y había dejado de mover las manos. Sartaj sabía que miraba a la mujer muerta.

—¿La conoce?

Negó con la cabeza.

—Es muy importante que me lo diga si lo sabe.

—No, no lo sé. ¿Qué le ha pasado?

—La han asesinado.

—¿Asesinado?

—Disparado.

—¿Ha sido un hombre?

—Sí, ha sido un hombre.

Ella puso las fotografías boca abajo sobre la mesa.

—Claro que ha sido un hombre. A veces no sé por qué nos preocupamos por usted. De verdad que no lo sé.

Sartaj podía oír el zumbido de los fluorescentes en el pasillo de afuera, y los pasos a lo lejos en la parte delantera de la comisaría.

—Tiene razón —contestó—. La mayor parte del tiempo yo tampoco lo sé.

Había un escepticismo evaluador en la ceja levantada de ella, no hostilidad, solo una cierta incredulidad cansada.

—¿Me puedo ir ahora? —preguntó con suavidad.

—Sí. ¿Qué nombre apunto?

—El que quiera.

Sartaj empezó a escribir, pero se detuvo cuando ella se puso de pie. El chunni se deslizó desde su hombro cuando se dio la vuelta, y él vio que la choli estaba atada en la espalda por cintas negras, exponiendo las curvas finas del filo de sus hombros y la larga columna morena de su espalda. En la pista de baile debía de dar vueltas, pensó Sartaj, y hacer arder esos ojos mirando por encima del hombro a los hombres en las cabinas, a los hombres que miraban fijamente en la oscuridad.

—Se lo diré —pronunció desde la puerta.

En los cuatro pasos desde la silla había recobrado su sonrisa burlona, su ironía exultante.

—¿Decirme qué?

Regresó a la mesa, giró las fotos boca arriba y pasó la de la mujer muerta, apartó otras con una larga uña roja, mientras se sujetaba y apretaba el chunni con la otra mano.

—Esta —dijo.

—¿Qué pasa con ella?

—Tendrá que ser muy bueno conmigo —respondió—. Se llama Kavita, o al menos así es como se hacía llamar cuando bailaba en Pritam. Participó en algunos vídeos y dejó de bailar. Luego oí que estaba en alguna serie. Después de conseguir la serie vivía en Andheri East, en un *PG*. Siempre fue muy afortunada, esa Kavita. No muchas chicas como nosotras llegan tan lejos Ni una entre mil. Diez mil.

—Kavita. ¿Está segura de que es ella? ¿Es su verdadero nombre?

—Claro que estoy segura. Y tendrá que preguntarle a ella si es su verdadero nombre. ¿Va a ser bueno?

—Sí, por supuesto que lo soy.

—Está mintiendo, pero es un hombre, así que le perdona ¿Sabe por qué se lo he

contado?

—No.

—El hombre que hizo esto es un *rakshasa*. Y no se sienta demasiado bien, usted también es un *rakshasa*. Pero tal vez atrape a ese *rakshasa*.

le castigue.

—Tal vez —contestó Sartaj.

El hombre que lo había hecho había sido atrapado, y sin embargo había escapado, y Sartaj nunca había estado seguro acerca del castigo, porque siempre parecía demasiado grande o demasiado pequeño. Los atrapo porque eso es lo que hago, y ellos corren porque eso es lo que hacen, y el mundo sigue girando. Pero no dio esta explicación a Manika, así que dijo:

—Gracias.

Después de que ella se hubiese ido, después de que hubiesen subido al grupo en la furgoneta y las hubiesen mandado de vuelta a casa, Sartaj dejó a Katekar en la esquina de Sriram Road, a un paseo cómodo de distancia de su casa. Katekar levantó la mano a la altura del pecho y se giró, y entonces Sartaj preguntó:

—¿Qué aspecto tiene un *rakshasa*?

Katekar se inclinó y se apoyó en la ventanilla.

—No lo sé, señor. En televisión tienen pelo largo y negro, cuernos.

dientes puntiagudos a veces.

—¿Y van por ahí comiendo gente?

—Creo que ese es su principal trabajo, señor.

Ambos rieron. Habían pasado el día trabajando, y habían hecho algún pequeño progreso en sus investigaciones, así que estaban contentos.

—Sería agradable tener de eso durante algunos interrogatorios —apuntó Sartaj—. Cuernos, y dientes como los lobos.

Pero de camino a casa a Sartaj se le ocurrió que la mayoría de la gente que interrogaba estaba tan asustada que debía de tener los caninos más grandes de lo normal. Era el uniforme lo que los aterrorizaba, lo que traía de vuelta todos esos cuentos sobre brutalidad policial acumula dos por muchas generaciones. Incluso quienes buscaban ayuda hablaban con cautela de los policías, y quienes no necesitaban ayuda trataban de ser abiertamente amistosos por si alguna vez la necesitaban. Los policías eran monstruos, apartados del resto. Pero Parulkar le había dicho a Sartaj en una ocasión: «Somos hombres buenos que debemos ser malos para mantener a hombres peores bajo control. Sin nosotros, no quedaría nada, solo habría una jungla».

Una bruma baja, amarilla, revoloteaba por detrás de los edificios mientras Sartaj conducía. Las calles estaban tranquilas. Sartaj imaginó a los millones de ciudadanos durmiendo, seguros una noche más. La imagen le proporcionó algo de satisfacción, pero ni por asomo tanta como solía. No podía decir si era porque se había vuelto más *rakshasa* o menos. Aun así, tenía un trabajo que hacer, y lo hacía. Ahora necesitaba

dormir. Se fue a casa.

## GANESH GAITONDE COMPRA TIERRA

Me hice con el terreno entre N. C. Road y la colina que tiene vistas a ella. ¿Conoces la basti Gopalmath, todo el terreno desde N. C. Road hasta la colina y más de seis metros de ancho, desde Sindh Chowk hasta G. T. Junction? Todo eso era entonces un terreno vacío, nada sino una tierra yerma de malezas y matorrales... era terreno municipal. Era propiedad del gobierno, así que no era propiedad de nadie. Lo tomé.

Ya sabes cómo se hace, Sartaj. Es sencillo. Pagas a tres chutiyas en la municipalidad, los untas de forma adecuada y después te cargas al *dada* local que cree que merece un porcentaje por tu acción, como si fuera su derecho de nacimiento bhenchod. Eso es. Después la tierra es tuya. La tomé, y fue mía.

Había vendido el oro, y tenía dinero. Paritosh Shah, siendo como era un gujarati gordo, me había dicho que debería invertir todo el dinero en los negocios: compra esto, vende aquello.

—Puedo duplicártelo en un año —propuso—. Triplicarlo.

Sabía con exactitud cuánto tenía, puesto que me había comprado todo el oro.

Le escuché, y él se tumbó con elegancia en el gadda, un cojín bajo el hombro y otro debajo de las rodillas. Pensé en ello, pero yo sabía sin lugar a dudas que si no tienes tierra no eres nada. Puedes morir por amor, puedes morir por amistad, puedes morir por dinero, pero al final la única cosa real en el mundo es la tierra. Puedes contar con la tierra. Contesté:

—Paritosh bhai, confío en ti, pero deja que siga mi propio camino.

Pensó que era idiota, pero yo ya había visto la tierra, había caminado arriba y abajo por ella, y sabía que era el lugar adecuado, cerca de la carretera y no tan lejos de la estación de tren. Así que dimos dinero a la municipalidad, a un administrativo y dos agentes, y conseguí la tierra para construir.

Pero después sucedió el problema de Anil Kurup. Habíamos limpiado los matorrales, y mi contratista tenía a sus hombres cavando los cimientos para las kholis. Esperábamos un camión de cemento, pero los chicos de Anil Kurup lo detuvieron en la carretera principal, y lo llevaron a Gopalmath, que estaba a cierta distancia de la carretera. No vimos ni rastro del cemento, y en su lugar mandaron un trozo de papel con un número de teléfono escrito.

—Eres un bachcha de ninguna parte —me gritó Anil Kurup cuando llamé—. Y crees que vas a entrar en mi zona y me vas a escupir en la cara. Maderchod, aquí no se vende ni una gallina sin que yo me entere. Pondré un cargamento de cemento encima de tu gaand y te mandaré de vuelta a la alcantarilla de la que hayas salido.

Me mantuve sereno y le pedí un día para pensarlo. Me maldijo un poco más y finalmente me dijo que le llamase al día siguiente. Tenía razón, por supuesto. Él había crecido en Gopalmath, y esta zona era suya, no había duda sobre ello, la gobernaba

como un rey. No había mucho en su *raj*, tan solo unas tiendas pequeñas, uno o dos garajes, pero todo era suyo.

Cuatro días más tarde fui a verle a Gopalmath. Fui con Chotta Badriya. ¿Te acuerdas de ese tipo enorme, el musculoso Badriya que era el guardaespaldas de Paritosh Shah? Este Chotta Badriya era su hermano pequeño. En realidad era Badrul-Ahmed, y el nombre de su hermano mayor era Badruddin, algún *pir* sufí le había dicho a su padre que debería poner a sus hijos nombres que comenzasen por «Ba-» para que tuvieran éxito y bienestar. De modo que tenían esos extravagantes nombres tan largos, pero para nosotros eran solo Badriya y Chotta Badriya. Badriya y yo nos encontrábamos siempre que yo iba a ver a Paritosh Shah, y nos caíamos bien, y cuando comencé mi proyecto me pidió que me llevase a su hermano pequeño, para ayudarlo a abrirse camino en la vida. Este Chotta era más grande, en realidad, más grande que su hermano mayor, tan grande como una montaña. Era un buen chico, con buenos modales y obediente, de forma que estaba contento de tenerlo conmigo. Le dije a su hermano:

—Si tú pides, yo doy.

Pero aquella tarde con Anil Kurup, yo solo trataba de conservar lo que era mío. Chotta Badriya y yo fuimos caminando a Gopalmath, y que en esa época era un pequeño y triste vertedero de basura, una carretera kuchcha y agrupaciones de casuchas rodeadas por palmeras además de campos, además de unas pocas tiendas en la calle principal. Anil Kurup nos estaba esperando en la parte trasera de un *dhaba* justo al salir de la calle principal, que en aquellos tiempos era el único lugar de Gopalmath que tenía teléfono.

Sus hombres nos registraron y nos cogieron las ghodas, y se quedaron muy sorprendidos, no creo que esperasen que llevásemos pistolas. Eran cinco tipos. Nos hicieron cruzar una puerta para entrar en el cuarto trasero, y pasamos por una *karhai* enorme llena de *puris* y *bhajiyas* puestos a freír. Anil Kurup estaba sentado a una mesa, bebiendo cerveza. A las dos de la tarde, el feo bastardo tenía los ojos rojos y eructaba. Tenía los labios gruesos, el pelo le caía sobre la frente, chappals blancas. Puse veinte mil en efectivo envueltas en un periódico en la mesa que tenía frente a él.

—No es suficiente —dijo.

—Bhai —contesté—. Tendré el resto pronto, la semana que viene, lo prometo. Y habría traído esto antes, solo que no lo sabía.

—¿Qué clase de bhenchod descerebrado eres? —replicó—. No haces averiguaciones sobre una zona antes de entrar en ella y comenzar a cavar.

—Lo siento —respondí.

me encogí de hombros, pequeño e indefenso.

Entonces se rió, escupiendo cerveza sobre la mesa.

—Siéntate —propuso—. Los dos. Bebed cerveza.

Respondí:

—Solo un poco de chai. Anil bhai.

—Si te ofrezco cerveza, bebes cerveza.

—Sí, Anil bhai.

se volvió a reír, y los tres hombres de su banda que estaban en la habitación se rieron. Nos trajeron cerveza, una botella para cada uno y vasos, y bebimos.

—¿De dónde eres, bachcha? —preguntó.

—Nashik.

—Tienes que criarte en este Mumbai para saber cómo funciona —respondió—. No puedes limitarte a venir y actuar como un chutiya, acabarás con los sesos sobre la carretera.

—Sí, Anil bhai —respondí—. Tiene toda la razón, Badriya —comenté—. Tenemos que escuchar a Anil bhai.

Para ese momento, Anil Kurup ya estaba inflado como un sapo paternal.

—Arre, id y traednos algunas bhajiyas para comer —ordenó—. Y traed también algunos huevos.

Dos de los chicos se pusieron firmes de un salto y se dieron prisa. Eso dejó a uno de ellos apoyado contra la pared a mi derecha.

—Bhai, tengo que pedirte un consejo —continué.

—Pregunta, pregunta.

—Es sobre la municipalidad y el agua —comencé. Y me rasqué la nariz.

Y justo entonces Chotta Badriya dio un ligero codazo a su botella de cerveza para tirarla de la mesa.

—Maderchod —dijo, y se inclinó hacia el suelo.

Se incorporó rápido, se puso de pie y se inclinó hacia delante en un abrir y cerrar de ojos, y su brazo cruzó la mesa demasiado rápido para ser visto, y Anil Kurup se meció en su silla con un picaporte de madera sobresaliendo de su ojo derecho.

Yo sujetaba la botella en la mano, y la estrellé contra la cara del chico que tenía a mi derecha. Chilló y se agarró la cara con las manos, y yo pasé por su lado y cerré la puerta de un portazo, corrí el pestillo y apoyé el hombro contra la madera. Sabía que ninguno de los hombres de Anil Kurup llevaba pistola, y que nuestras propias ghodas estaban descargadas, así que no había peligro de que una bala atravesase la puerta, solo los idiotas de Anil Kurup gritando y aporreándola.

—Basta —grité—. ¡Basta! Prashant. Vinod. Amar. Está muerto. Anil Kurup está muerto. Y mis hombres están fuera, y podéis matarnos, pero ellos os matarán a todos y cada uno de vosotros. Sé vuestros nombres. Sé todos vuestros nombres y mis hombres saben quiénes sois. Podéis cogernos, pero ellos os matarán a todos y cada uno de vosotros. Amar, tan solo da un paso atrás y piénsalo. Está muerto.

Anil Kurup estaba muerto, la sangre le caía sobre la mejilla. Cuando encontraron nuestras pistolas dejaron de buscar, y lo que Chotta Badriya tenía bajo la pernera del pantalón era uno de esos picos rectos que se usan para romper hielo, con el mango puesto en diagonal. Lo llevaba en la parte interior de la pierna izquierda, sujeto por tres trozos de esparadrapo blanco. Chotta Badriya era tremendamente fuerte, y lo



había incrustado en el globo ocular de Anil Kurup, lo había hecho pedazos con todo su peso y musculatura. Fue muy rápido, y no habían podido impedirlo. Solo después, cuando ya estaba muerto, hubieran podido intentar matarnos. Pero hablé con ellos para calmarles. Les conté que les haría ricos, que Anil Kurup era un bastardo estúpido, que les había robado durante años y les estafaba, y que ahora que estaba muerto era una locura que muriesen por él. Porque si trataban de hacernos algo, morirían con toda seguridad, mis hombres habían jurado vengarme. Les dije que mirasen afuera, que verían a seis de mis hombres formando una línea al otro lado de la calle.

Salimos de allí vivos, Chotta Badriya y yo, y con las pistolas de nuevo debajo de nuestras camisas.

—Qué discurso has soltado, Ganesh bhai —dijo Chotta Badriya cuando estuvimos fuera y dejamos atrás Gopalmath.

Y después se rió, y tuvo que pararse en medio del camino y bajar la cabeza y poner las manos sobre las rodillas y reírse. Le di un golpe en la espalda, y sonreí. Lo habíamos hecho. Y de verdad que lo hicimos, Sardar-ji. Pregúntale a cualquiera la historia de Ganesh Gaitonde y comenzará ahí, en aquel dhaba en Gopalmath. Sé que la forma en que maté a Anil Kurup se ha contado tantas veces que ya no parece cierta. La incluyeron en cinco películas diferentes, y en la última me pusieron a mí haciéndolo —el personaje basado en mí, quiero decir— con una pequeña pistola que se había atado al tobillo. Pero así es como pasó de verdad. Y pasó, real y verdaderamente, así, a pesar de lo falso que se ha vuelto por todo lo que se ha contado y recontado.

Las noticias de mi victoria sobre Anil Kurup se extendieron por las zonas vecinas, y la gente comenzó a acudir a mí para solucionar asuntos, para conseguir trabajo y protección, ayudarles a tratar con la policía y el gobierno local. Mi guerra había sido corta y decisiva, y solo cuando hubo acabado me di cuenta de que había necesitado lucharla no solo por el territorio, sino por la legitimidad. Ahora era reconocido como Ganesh Gaitonde de Gopalmath, y nadie podía disputarme el derecho a quedarme en la ciudad. Había triunfado de más de una manera.

Pero ¿por qué había triunfado? Había ganado porque antes de ir caminando a la casa de Anil Kurup lo sabía todo sobre él. Conocía su historia, conocía su fuerza, conocía sus armas, conocía los nombres de sus seguidores y cuánto llevaban con él. Me tomé tiempo para investigarle, conocerle, mientras que él —el gaandu arrogante— no sabía nada sobre mí. Así que gané. Pero ¿por qué me había seguido Chotta Badriya hasta el interior de la boca de la muerte misma? Apenas me conocía, y sabía del riesgo insano de mi plan, y no obstante vino conmigo. Pues te diré que vino conmigo porque se lo ordené. La mayoría de los hombres quieren ser dirigidos, y solo hay unos pocos que pueden dirigir. Tenía un problema, tenía una opción y tomé una

decisión. Decidí, y de esa forma Chotta Badriya y los otros me siguieron. Quienes son incapaces de tomar decisiones son barro maleable en manos de quienes sí pueden. Cogí a mis hombres y los convertí en mi arma, dura como el diamante, y construí la basti en Gopalmath. No escatimé con los materiales de construcción, hicimos kholis robustas, espaciosas y muy pucca, situadas según lo previsto. Mirándolas percibías el ladrillo sólido y el yeso, y se podía decir que eran casas duraderas, que estas calles no se inundarían ni siquiera durante el más duro de los monzones. Se corrió la voz: Ganesh Gaitonde no diluye el cemento con arena, ofrece muy buena relación calidad-precio.

Gopalmath se llenó rápido, había ciudadanos haciendo cola por las kholis incluso antes de que las terminásemos, antes de que hubiésemos limpiado el terreno, antes de que hubiésemos siquiera imaginado las hileras de casas. La basti se extendía arriba y abajo por la carretera, y seguía ascendiendo la colina, parecía crecer cada día. Desde el comienzo mismo, tuvimos *dalits* y *OBC*, marathas y tamiles, brahmanes y musulmanes. Las comunidades tendían a agruparse, calle a calle. A la gente le gusta estar con aquellos a quienes conoce, uno busca a sus semejantes, e incluso en los gruesos crores de la ciudad, en esta jungla donde un hombre puede perder su nombre y convertirse en otra cosa, los más pobres de los pobres buscarán a los de su clase, y vivirán con ellos en una orgullosa miseria pública. Vi esto, y pensé que era extraño, que ni un hombre entre mil tiene el coraje de estar solo. Pero era bueno, se aglomeraban, y de entre ellos reuní a los hombres que formaron mi banda. Se llamó Ganesh Gaitonde, o banda-G, y nos hicimos famosos rápidamente. Todavía no en los periódicos, pero en el norte y el este de Mumbai la gente que vivía en las bastís nos conocía, y la policía, y las otras bandas.

Después vinieron a mí las madres. «Un trabajo en Correos para mi hijo, Ganesh bhai», pedía una. «Colócalo en alguna parte, Ganesh bhai», decía otra. «Tú sabes qué es lo más conveniente». Querían trabajos, y justicia, y bendiciones. Les proporcioné todo eso, y agua, y electricidad con cables que alargamos de las líneas que estaban junto a la calle principal. Yo vivía en una casa pucca a los pies de la colina Gopalmath, la habíamos construido con dos dormitorios y un salón central grande, y en los escalones de fuera cada mañana se agrupaba una multitud, gente que buscaba, que suplicaba, que solicitaba y, sí, devotos. Acudían para pedir cosas e inclinar la cabeza. «Solo queríamos tu *diushan*, Ganesh bhai», decían algunos, así que se lo daba, y ellos miraban fijamente y juntaban las manos y se retiraban, almacenando buena voluntad frente a los desastres seguros del futuro. Y me llegaban sus bendiciones, y dinero, efectivo de los tenderos y comerciantes y propietarios de garajes y dueños de dhabas de la zona, y nosotros los manteníamos seguros a ellos y sus establecimientos. Los hombres de negocios atrapados en disputas y altercados acudían a mí, y yo escuchaba a todas las partes del caso y tomaba una decisión, una resolución justa y rápida que mis hombres harían respetar, por la fuerza si era preciso, y por esta *mandvali* y por ser capaz de evitar los tribunales de justicia interminables e

inútiles, todos los que estaban en disputa me pagaban a modo de cuota un porcentaje del valor disputado. El dinero iba y venía. En ocho meses tenía una plantilla de treinta y siete personas, camorristas para romper cabezas, sí, pero no solo eso, también chicos para hacer recados y otros para hacerse cargo de los policía-valas y municipalidad-valas y electricidad-valas. En el fondo entendía algo que Paritosh Shall nunca tuvo que enseñarme: que tienes que gastar dinero para hacer dinero. Tenía buena relación con el inspector que estaba a cargo de nuestra zona en la comisaría G. T., su nombre era Samant, semana tras semana nos encontrábamos con sus subinspectores y les deslizábamos sobres. Les dimos muchos miles, pero solo era dinero. Lo gasté a espuestas y vino más.

Aquel año celebramos el *Diwali* con hileras de luces eléctricas a lo largo de todas las calles principales, un estrado grande en el *chowk* central con música *bhajan* y *mithai*, y, al final, después de anochecer, me puse de pie en la puerta de mi casa y entregué cestas llenas de petardos y cohetes y *phuljadis* a los niños de la basti. El cielo sobre Gopalmath regaba corrientes chisporroteantes de oro y plata, y las detonaciones en aumento eran el sonido del regreso de la bondad y la victoria de la virtud sobre la muerte. Mi casa estaba bordeada por puntos de luz parpadeante, en la oscuridad no podía ver las paredes pero las llamas de cientos de *diyas* me decían que tenía un lugar propio, mi tierra, y que estaba en casa. Paritosh Shah vino después, con Kanta Bai y Bada Badriya, y me encontró de pie en el exterior, y me hizo entrar en la casa.

—Démosle la bienvenida a Lakshmi —dijo.

Nos sentamos en dos *gaddas* que habíamos puesto juntos, y jugamos a las cartas. Comenté:

—No soy muy bueno en esto.

Kanta Bai se rió, y respondió:

—Ganesh Gaitonde, eres el jugador más salvaje que he conocido nunca. ¿Y no eres bueno en el *teenpatti*? ¿Cómo puede ser eso? Yo te enseñaré.

Estaba sentada con las piernas cruzadas con un cojín en el regazo y los codos apoyados en el cojín mientras barajaba las cartas, rápido, rápido. Hacían un ruido zumbante bajo sus dedos.

—Pero, Paritosh Shah, saca material del bueno —pidió.

Después tuvimos que mandar a alguien a por hielo, y a tres de los chicos a Vyas Bazaar, donde sacaron al propietario de Cosas del Hogar Parthiv de su cena y le hicieron bajar a abrir la tienda, porque Paritosh Shah no iba a beber Johnny Walker en vaso de acero, que era todo lo que yo tenía. Sostuvo los vasos nuevos y relucientes que trajeron mis hombres, y dijo que no estaban tan mal. Y cuando sujeté mi vaso con la mano, y deslicé el dedo sobre los bordes afilados moldeados hacia los lados, y noté su peso sólido, tuve que admitir que había razón en ello. Ahora sabía que beber material del bueno quería decir beberlo en vasos buenos. Paritosh Shah levantó su vaso y lo agitó con suavidad, junto a su rostro sonriente.

—Escucha esto, jefe —dijo—. Escucha, escucha.

Me acerqué el vaso al oído y lo agité, y escuché la música ligera, perfecta, que producía el hielo contra el vaso.

—Salud —brindó Paritosh Shah.

Dudé, era una palabra en inglés que había oído antes pero que nunca había dicho.

—Saaa-lud —repitió Paritosh Shah.

—Salud —dije.

Kanta Bai se rió y repartió una mano. Di un sorbo al Johnny Walker, y me gustó todo, el sabor, el hielo contra los dientes, el frío, la superficie lisa bajo el labio inferior.

—Salud —volví a decir, y entendí que para beber Johnny Walker necesitabas una casa distinta por completo, una ubicación completamente nueva.

Jugamos a las cartas. Perdí y perdí toda la noche. Los billetes pasaban de mi lado al de ellos, pero estaba feliz. Sabía que volvería, deja que Lakshmi se vaya feliz, no tengas miedo, y ella regresa con bendiciones generosas para ti, te toma en su regazo y te aprieta fuerte, como a un hijo. En este ir y venir radica la felicidad de Lakshmi. Así que lanzamos las cartas, y el dinero se fue, pero estaba contento, regresaría multiplicado y aumentado, por Paritosh Shah y sus negocios y su conocimiento de todos los hombres de negocios de la zona que hacían fortuna, que comían y bebían en mi reino y me ofrecían tributo, por Kanta Bai y su satrangi y los cientos que lo bebían y los miles más que lo beberían si yo la ayudaba, y aquella noche de Diwali fue dorada. Alguien había puesto un radiocasete y las canciones fluían... *Jab tak hai jaan jaan-e-jahaan...* y fuera se oía el golpe de los petardos y el traqueteo prolongado, histérico, de *ladhis* enteras de petardos, y jugamos, y el círculo de jugadores se hizo más amplio, y Paritosh Shah contó chistes, y el inspector Samant llegó y se unió al círculo y nos enseñó a jugar *paplu*, y el pallu de Kanta Bai se deslizó desde su hombro y ella rugió divertida al ver a Chotta Badriya, que con timidez apartó la cara ante el generoso desbordamiento que se precipitaba sobre la blusa de ella, y las cartas volaron, y yo perdí, y perdí.

Me desperté bajo una sábana estirada desde el gadda. Debí de habérmela echado por encima durante la noche, para protegerme del ventilador de mesa sibilante que marcaba «Máximo». La habitación estaba vacía, sucia de colillas, platos manchados y vasos vacíos. Me puse de pie y el dolor me presionó atravesando el cuello y metiéndose en la cabeza. Miré alrededor buscando mis chappals, hasta que desistí y caminé hacia fuera con los pies descalzos. Chotta Badriya estaba dormido justo al otro lado de la puerta. Tenía la camisa manchada de vómito, y el olor hizo que me asfixiase, y corrí hacia la puerta y me incliné y tuve arcadas interminables, y solo expulsé un poco. Y sin embargo salió caliente y amargo como el veneno. Todavía no había amanecido, y la calle estaba completamente vacía en ambas direcciones, cualquiera hubiese podido ir a Gopalmath, entrar caminando en mi casa y matarme mientras dormía. Hubiera sido fácil. Me di la vuelta y regresé adentro, subí las

escaleras hasta el tejado. Me senté encima del tanque de agua y esperé al día. Tenía sed pero no iba a beber. Quería recordar el dolor y la repugnancia.

El contorno de lo que había construido surgió despacio de la oscuridad, en una serie de saltos lentos. El cemento que habíamos usado estaba manchado y ya se había vuelto marrón, y la gente que se había trasladado a las kholis le había añadido color, el azul y verde de sus ropas colgando de las puertas de entrada, el nácar parpadeante del plástico sobre los tejados; había eslóganes en color rojo sobre las paredes, y mujeres de colores brillantes en posters, y todas las kholis estaban muy cerca unas de otras, un remiendo denso de rectángulos y cuadrados enhebrado con los cables de la luz, conexiones tomadas de aquí y de allá que lo tejía todo junto. Era mío.

La cabeza de Chotta Badriya apareció en medio del tejado.

—¿Bhai? —preguntó.

—Aquí.

Subió, y vi que llevaba el pelo hacia atrás, mojado. Se había lavado, y se había puesto una camisa limpia. Era un buen chico.

—Venderemos licor —dije—, pero jamás beberemos ni una gota más en esta casa.

—¿Bhai?

—Ni satrangi, ni *narangi*, ni Johnny Walker, nada.

—Sí, bhai.

—Ahora ve y prepara algo de té. Y mira a ver si encuentras algo que podamos comer.

El negocio crece. Tengo a los chicos recabando *hafta* de los tenderos y los hombres de negocios alrededor de Gopalmath, y toda la zona hasta Gaikwad Road, la frontera entre mi territorio y el área que pertenecía a la banda Cobra. No me lo estoy inventando, de veras se llamaban banda Cobra, como el equipo liderado por Pran y Ranjit en una película de treinta años antes. Controlaban toda la zona del este hasta las zonas pesqueras en Malad Creek, y por eso también hacían contrabando, y en definitiva eran fuertes, muy fuertes, más grandes que nosotros y con un flujo de efectivo muy importante. Nunca había visto a su hombre principal, un tal Rajesh Parab, un antiguo artista, había ascendido con Haji Mastan y en ese momento debía de tener cincuenta, sesenta. Pero había visto a sus hombres en las calles, y de vez en cuando en los bares. Yo no iba por la bebida, ¿sabes?, después de aquella primera noche de Johnny Walker jamás volví a beber, yo iba por las mujeres, las camareras y las bailarinas. Mis hombres me seguían en esto, ninguno de ellos probaba el licor, como mucho una cerveza. Nunca se lo pedí, nunca hice una regla, pero cuando yo paré, Chotta Badriya paró, y entonces se convirtió en una tradición en nuestras filas. Estaba contento por eso: abandonar algo todos juntos unió a los hombres, los convirtió en un equipo. No había pensado en eso cuando dejé de beber, pero vi

claramente cómo funcionaba, y lo alenté. Un hombre de la banda-G nunca pierde la cabeza, les decía, se mantiene frío. Se mantiene despierto incluso cuando duerme. Tened mujeres, les decía, ese es placer para un hombre, una diversión digna de un pistolero, tened cinco, tened diez. Pero verter veneno en tu propia garganta, volverte estúpido y lento, eso es un juego de idiota maderchod. Dejad que la banda Cobra haga eso.

Sabía que se aproximaba una guerra. Era inevitable. Se habían producido algunas colisiones menores entre mis hombres y los suyos, miradas duras al pasar por la calle, hombros que se tropezaban en el vestíbulo de un cine, empujones, un *gali* entre susurros. Pero estábamos en paz. Me sentaba sobre el tejado por la noche, dándole vueltas al futuro en la cabeza, evaluándolo. Cualquiera que fuera el camino que escogiese, y cualquiera que fuera el que siguiera a ese, los acontecimientos conducían al conflicto, y a la matanza. Eran grandes; nosotros, pequeños. La única paz que podíamos mantener era una en la que ellos permaneciesen grandes y nosotros pequeños, y nos quedásemos con sus sobras, y nos pusiéramos de lado y nos inclinásemos cuando pasasen, y comiésemos su mierda, hoy y mañana y el día después. Era posible, esta calma desigual, pero también estaba yo. No estaba hecho para ser pequeño. La banda-G era yo, y miré a mi interior, sin engaño y sin clemencia, y supe que nunca podría ser pequeño. Era más grande que cuando nací, más grande que cuando vine a esta ciudad, y me volvería más grande. De modo que la guerra llegaría. Así que, pensé: aceptemos que la lucha llegará, y preparémonos para ello. Y cuando llegue el día, lucharemos sin odio, sin enfado. Prevaleceremos.

—Averigúame nombres, rostros —le pedí a Chotta Badriya—. Quiero saber quiénes son.

De modo que gastamos dinero, y di pequeñas ayudas a gente pequeña, y antes de que pasase mucho tiempo tuvimos nuestra propia red de khabaris, algunos muy metidos en el territorio de la banda Cobra. Había un paan-vala que tenía su tienda en la entrada de Nabbargali, donde Rajesh Parab vivía en el apartamento más alto de una casa de tres plantas, y este paan-vala les veía ir y venir a lo largo de todo el día, y cuando se iba a casa por las tardes, uno de nuestros hombres se unía a él durante diez minutos, y de esa forma averiguábamos su lista de turnos diarios. Pagamos al paan-vala, pero no lo hacía solo por dinero. Seis años antes, una noche de invierno, muy tarde, Rajesh Parab conducía borracho un Toyota recién estrenado, pidió paan y después le dijo al paan-vala que su paan de *maghai* se quedaba como un ladrillo sobre la lengua, que debería regresar a Uttar Pradesh a aprender su oficio. La tarde siguiente Rajesh Parab se detuvo de nuevo, sobrio y sonriente, y compró su paan como era habitual, y aunque él había olvidado lo que dijo cuando iba subido en su nuevo caballo japonés, un insulto puede vivir dentro de un hombre mucho tiempo, escarbando como una diminuta lombriz de cabeza de alfiler y volviéndose más gruesa y larga hasta llegar a enroscarse en el intestino y apretarlo y apretarlo. De forma que el paan-vala se acordaba, y nos ayudó, y otros también lo hicieron.

Bajo Rajesh Parab había cuatro Números Dos, cada uno haciéndose cargo de diferentes aspectos del negocio, y yo sabía sus nombres y dónde vivían. En una agenda negra tenía páginas llenas con los nombres de sus controllers y hombres, quiénes eran, sus historias, y también listados de los socios de negocios de Rajesh Parab, sus financieros, los constructores aliados con él. Estudié tanto esta agenda negra que mis hombres empezaron a sonreír.

—Bhai está leyendo su *Gita* —susurraban entre ellos.

No me importaba. Estaba buscando una entrada, una grieta por la que poder lanzar un ataque y romper la banda Cobra en fragmentos para comerla poco a poco. Había un nombre en mi agenda que no entendía, un nombre que no podía ubicar en la formación que veía desplegada frente a mí. Un hombre llamado Vilas Ranade había estado mucho tiempo con Rajesh Parab, nadie podía decir cuánto, y sin embargo este Vilas Ranade no hacía nada para Rajesh Parab. No coordinaba nada, ni el contrabando, ni la hafta, ni los tratos con los constructores, y en ocasiones ni siquiera se le veía cerca de la casa de Rajesh Parab durante semanas, meses. Nadie sabía dónde vivía. Nadie podía decirme si estaba casado, si tenía hijos, si le gustaba jugar, nada. Y sin embargo cuando iba a la casa subía directamente al apartamento de Rajesh Parab, sin hacer cola, incluso si había un diputado en medio de una discusión de peso, Rajesh Parab salía para verse con Vilas Ranade. Vilas Ranade nunca había estado en prisión, y solo se le había mencionado en dos ocasiones en los periódicos. Al final le dije a Chotta Badriya:

—Quiero saber qué aspecto tiene este bastardo. Consígueme una foto.

Mientras tanto, estaba el asunto de las armas. No confiaría mi vida a armas hechas en el país, y en aquellos tiempos una pistola Chinese Star costaba mil, doce mil. No podía permitirme Clocks, por supuesto, pero escondíamos munición de nueve milímetros y Stars en mi casa, en una docena de kholis en Gopalmath, y en el templo de Gopalmath, que en aquella época tan solo era una pequeña ermita y una habitación para el *pujan*. Esta acumulación lenta tardó semanas, meses, y supuso pensar mucho, cuánto dinero gastar en armas, cuánto para pagar a los hombres, cuánto para hacer mejoras en la bastí para que la gente fuera feliz. Así que nos preparamos para la guerra.

Una tarde, Chotta Badriya vino a contarme que habíamos negociado con éxito y habíamos recibido un cargamento de municiones. Estaba sentado en un bar que se llamaba Mahal, bajando por Link Road en Jogeshwari, con cuatro de mis hombres, recuerdo con claridad que eran Mohan Surve, Pradeep Pednekar, Krishna Gaikwad y Qariz Shaikh. Chotta Badriya entró en el bar, vino directo hacia nosotros, estábamos sentados en nuestra mesa de costumbre. Cuando se metió en la parte posterior del reservado, sonreía.

—Buen trato, bhai —comenzó—. Trescientas *kanchas*. Todas buenas y garantizadas.

Ahora ese era nuestro propio lenguaje, *kanchas* y *gullels* para referirnos a balas y

pistolas. La banda Cobra y el resto de bandas dirían *daane* para hablar de balas, y *samaan* para hablar de pistolas, pero nosotros decíamos *kanche* y *gullels*. También alentaba esto, nos colocaba aparte del resto, nos hacía pertenecer más unos a otros porque hablábamos una lengua privada, y para convertirte en uno de nosotros tenías que aprenderla, y al aprender cambiabas. Lo vi en los chicos nuevos mientras trabajaban duro, intentando pasar de simples taporis de vecindario a bhais respetados. Aprendían el lenguaje, y después cuál era el camino, y aparentaban ser algo, y después se convertían en algo. Y de esa forma para referirnos a los dólares americanos, decíamos *choklete*, no *Dalda* como el resto de nuestro mundo; para libras esterlinas, *lalten*, no *peetal*; para heroína y *brown sugar*, *gula!*, no *atta*; para policía, *Iftekar*, no *nau-number*, un trabajo que había salido mal era *ghanta*, no *fachchad*; y una chica tan increíblemente turgente y redonda y prieta que dolía mirarla no era una *chabbis*, sino una *churí*.

Así que le dimos un *lassi* de mango a Chotta Badriya, y Qariz Shaikh siguió hablando. Estábamos debatiendo sobre la larga enemistad en el tiempo entre Haji Mastan y Yusuf Patel, cómo habían sido compañeros, pero cómo cuando la traición y la rivalidad en los negocios les llevaron a la guerra, Haji Mastan había decidido eliminar a su amigo. Qariz Shaikh había oído estas historias de su padre.

—Haji Mastan le encargó el supari para Yusuf Patel a Karim Lala —contó—. Pero Yusuf Patel sobrevivió al ataque.

—Yo vi a ese Karim Lala una vez —apuntó Mohan Surve—. Cerca de Grant Road Station. Hace dos años.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Qué aspecto tenía?

—Un gran pathan bastardo —contestó Mohan Surve—. Alto de verdad, y grande. Tenía las manos enormes. Ahora está retirado. Vive por allí. Pero incluso ahora a su edad camina como un *badshah*. En su época debió de ser el terror.

Traté de imaginar a Karim Lala y su fanfarronería de frontera, ese acento que recordaba del pathan que Pran había interpretado en *Zanjeer*. Había oído antes esas viejas historias de derramamiento de sangre, pero entonces las escuchaba con atención desesperada. Ahora buscaba lecciones, principios sobre pérdida y victoria, sobre las tácticas que habían empleado quienes todavía estaban vivos, quienes habían sobrevivido a aquellos tiempos en que Haji Mastan y Yusuf Patel se cazaban el uno al otro por Mohammed Ali Road y Dongri. Escuché a Qariz Shaikh, pero estaba inquieto. Estar sentado y hablar y pensar no era suficiente. Quería volver a Gopalmath, estar de vuelta en las calles. Me puse de pie.

—*Chalo* —dije.

—¿Ya, bhai? —preguntó Mohan Surve—. Son solo las once.

Chotta Badriya inclinó su vaso de *lassi* y bebió sin cesar mientras su garganta se movía arriba y abajo.

—Estoy harto de este sitio —respondí—. Vámonos.

Caminé deprisa hacia la puerta. Fuera, la calle descendía hacia las luces



puntiagudas de la carretera. A la izquierda, tres autorickshaws esperaban en una fila. Habíamos aparcado a la derecha, al otro lado de la farola. Era un taxi Ambassador decrepito, antiguo, que el padre de Qariz Shaikh conducía durante el día. Yo quería un coche mejor, pero solo teníamos dinero para armas. Pronto, algún día, pensaba. Comencé a cruzar la calle, a través del óvalo de luz. Podía oír a los otros detrás de mí. Giré la cabeza por encima del hombro y ahí estaba Chotta.

Badriya, metiéndose un pañuelo en el bolsillo, y por detrás cerca de él los otros. Se desplazaban, y sus hombros cambiaban de postura al caminar, y en medio de un hueco fortuito entre las figuras vi a Mohan Surve bajo el cartel de neón, todavía cerca de la puerta, con la espalda pegada a la pared y sin moverse. Estaba demasiado lejos para verle los ojos, pero no estaba caminando, no se estaba moviendo.

entonces, en ese instante, me tiré a un lado, arañando la oscuridad, saliendo de la luz en una embestida, y sentí un golpe en el hombro que me arrastró con él, casi hasta el suelo, pero encontré mis pies y corrí por el lateral del edificio, y supe que me habían disparado pero nunca oí los disparos. En la esquina me frené con una mano sobre la pared, giré y vi movimiento en el callejón, y doblé la esquina y corrí de nuevo, y saqué la pistola. Entonces oí los disparos. Me arriesgué a mirar atrás, y vi a Chotta Badriya disparando a algo que estaba en el otro extremo.

—Badriya —llamé—. Ven.

Escalamos una pared, pasamos por el patio central de un edificio y salimos por la puerta a una calle. Después de girar dos veces más tuve que parar. Me apoyé contra un camión, y después me incliné y escupí vómito sobre la acera. Me temblaba el brazo izquierdo, palpitando en espasmos regulares de dolor.

—¿Te han dado? —le pregunté a Chotta Badriya.

—Ni un rasguño —respondió—. Ni uno. Estoy bien.

Se rió, con un ligero sonido chisporroteante.

—Bien —contesté, girando la cabeza para mirarle—. Sé que no eres tú.

—¿Que no soy quién?

—El que nos ha vendido. Porque si fueras tú, no estarías aquí ahora. si lo fueras, me podrías matar en este momento.

El cañón de su pistola estaba a quince centímetros de mi cabeza, a un movimiento rápido de mi muerte.

—Bhai —pronunció—. De verdad, bhai.

Estaba indignado. Le quise en ese momento, le quise como a un hermano.

—Limpíate la cara —le dije—. Todavía tienes lassi de mango. Y llévame a un médico.

Hice llamadas telefónicas desde la mesa del doctor, mientras cosía y se preocupaba de mi hombro. Llamé a Paritosh Shah y a Kanta Bai y a algunos de mis hombres y les dije que estuviesen listos. Paritosh Shah me contó que la policía ya estaba en el bar, y

que tres de mis hombres estaban muertos. Pradeep Pednekar, Krishna Gaikwad y Qariz Shaikh habían muerto. A Pradeep Pednekar le habían disparado una vez atravesándole las caderas, y después de nuevo de cerca en la cabeza. No había noticias de Mohan Surve. Y yo había sobrevivido.

Que te disparen es una experiencia extraña, bastante distinta a cualquier otra. Cuando pasó por primera vez en realidad no me di cuenta, tenía tantas ganas de escapar que no se me ocurrió que lo que sentía en la piel y el músculo era una bala abriéndose paso. No sentí el dolor hasta más tarde, hasta que tuve en la boca la posibilidad de la vida, tan succulenta como el mango. En ese momento tenía el hombro y el pecho fríos, como si alguien me hubiese helado los huesos de dentro hacia afuera y me estuviese apuñalando con una esquila de hielo. Le pedí a Chotta Badriya:

—Llévame a Gopalmath.

Tres de nuestros hombres habían llevado un coche adonde estaba el médico. Ellos y Chotta Badriya me llevaron al coche, rodeándome y protegiéndome con sus propios cuerpos. Me seguían. Habíamos sido extraños, pero ahora estábamos amarrados. Nos habían atacado, habíamos sobrevivido, así que ahora me querían un poco. Me preguntaron: ¿estás bien, bhai?, ¿estás cómodo? Corrimos por la carretera vacía de noche hacia Gopalmath. Yo había creado esa velocidad, y ellos vinieron tras de mí en su estela. Era un hombre solitario que casi había muerto esa noche, y ellos se aferraron a mí.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Chotta Badriya.

—Encontradme a Mohan Surve —respondí.

En Gopalmath ya habían despejado mi casa, mis hombres la habían comprobado dos veces. Entré con seguridad, y regresé a mi propia habitación, me senté en el gadda. Coloqué hombres en la periferia de Gopalmath, para estar pendientes por si había un ataque, pero sabía que estaba a salvo, al menos por el momento. Las calles abarrotadas eran mi guardián, los niños que deambulaban por las calles, las mujeres que se sentaban en las puertas de entrada. Todos se conocían unos a otros, arriba y abajo de los callejones. El enemigo no podía pasar por su lado, no sin perder.

—Deberías dormir —me sugirió Chotta Badriya.

Ya era por la mañana.

—Sí —respondí. Sabía que necesitaba descansar, no tenía sentido agotarme—. Tú también. Pero comprueba que no haya ningún hueco en la vigilancia.

Me tumbé en la cama, temblando bajo la sábana. Vibraciones, pequeños temblores comenzaron en mi estómago y se extendieron hasta el pecho y después a la garganta. La parte izquierda del cuerpo me dolía de forma constante. Pero no era el dolor lo que me mantenía despierto. Era el enojo contra mí mismo, contra mi estupidez. Si miraba atrás, resultaba obvio: no puedes observar a la gente sin cambiar el mundo en que viven, si están alerta notarán esos cambios, percibirán el eco tenue de tus preguntas mientras ruedan por el suelo, y te devolverán la mirada. Ellos habían

observado, y habían llegado a las mismas conclusiones que yo, me habían leído, me habían previsto y después me agarraron por el gaand. Habían escogido el lugar, el momento y el método, y declararon la guerra. Si no hubiera sido por una mirada azarosa, una trampa del tiempo y mi cuerpo, una bala buscando su camino a través del espacio por un ángulo y no por otro, si no, si no, si no, estaría muerto sobre la calzada frente al Mahal, reducido a la nada de nuevo, un hombre pequeño que se había vuelto más pequeño. La guerra habría empezado y se habría acabado de inmediato. Esto era lo que no podía soportar, mi insensatez, mi ceguera.

Al final, dejé de lado el pasado, que no se puede cambiar sino abandonar. Lo extirpé de mi ser como con un bisturí. Para ti lo que existe es el futuro, dije. Eres un hombre del futuro. Planeé. Y me dormí.

Al día siguiente les llevé la guerra a ellos. Sabían que nosotros habíamos estado observando, pero no podían ocultárnoslo todo. Al menos sabíamos algo, qué negocios hacían, adónde iban. Ese día matamos a cinco de ellos. Fueron dos ataques separados, y yo dirigí uno de ellos. Me resultaba difícil moverme, no podía levantar el brazo sin hacer un esfuerzo, pero los hombres me estaban mirando, y era un momento crucial. De modo que me senté en el asiento delantero del coche, junto a Chotta Badriya, que conducía. Había otros tres hombres en el asiento trasero. Esperamos al enemigo fuera del Hotel de Kainath, donde sabíamos que tenían una reunión con un constructor para recolectar dinero. Eran las seis en punto, y la calle estaba llena de trabajadores que llegaban a casa, rastreando las sombras alargadas de la tarde. Cuando cerraba los ojos todavía podía notar la quemazón del sol, que ardía en el interior de mi cabeza.

—Son ellos —avisó Chotta Badriya.

Eran tres, todos jóvenes, llevaban camisas blancas y pantalones bien planchados, como buenos hombres de negocios ganándose la vida en el mundo. El que estaba en el medio llevaba una bolsa de plástico de la compra en la mano izquierda.

—Pasemos tras ellos —ordené.

Subimos por el aparcamiento, giramos a la derecha cuando ellos llegaron al final de las escaleras que estaban en la parte delantera del hotel, y seguimos zumbando lentamente, dejando que pasaran justo frente a nosotros. Les dejé dar dos pasos más, después abrí la puerta con la mano izquierda, la empujé del todo, cogí la pistola de mi regazo. Todos salimos a la vez. Chotta Badriya hizo el primer disparo, y después se produjo un rugido continuado. Ellos ni siquiera llegaron a girarse. Mi mano estaba temblorosa, y no creo que ninguno de mis disparos diera en el blanco. Pero recuerdo una gota de sangre que explotó como una flor pasajera en la otra parte de la cabeza de un hombre, que debió de haberla visto cayendo frente a sus ojos antes de desplomarse

muerto. Todo fue rápido y fácil. Chotta Badriya volvió al coche.

—Coge el dinero —pedí.

Dos minutos después estábamos seguros en S. V. Road. Dentro de la bolsa de la compra había tres lakhs, y una botella nueva de champú Halo anticaspa.

—Bhai, eso es para mí —pidió Chotta Badriya. Estaba lleno de júbilo.

—Toma —contesté, y lancé la botella a su regazo—. ¿Tienes caspa?

—No —contestó—. Y ya no la tendré. La evitaré. ¿Entiendes?

Tuve que reírme ante eso.

—Eres un chutiya loco —repliqué.

—Creo que debería dejarme crecer el pelo —siguió—. Creo que el pelo largo me sentaría bien.

—Sí, sí, parecerás un mismísimo Tarzán bhenchod —repliqué.

Conseguí echar una cabezada en el camino de vuelta a Gopalmath, y cuando llegamos a casa me dieron la noticia de que la otra misión —tender una emboscada a algunos de sus hombres que frecuentaban un club de *carrom* cerca de la estación de Andheri— nos había procurado dos wickets más. Así que por el momento íbamos por delante de ellos, pero el partido no había terminado, apenas había comenzado. En las series que siguieron, permanecemos por delante, pero solo un poco. Para finales de mes, habían perdido doce jugadores; y nosotros, once. Para ellos doce eran pérdidas menores, tenían muchos más bateadores esperando para sustituirles, pero nosotros casi nos habíamos desvanecido, desaparecido de Gopalmath. El inspector Samant se rió de mí por teléfono más de una vez.

—Gaitonde —me dijo—, están *bajaoando* tu *baja*, será mejor que escapes y te escondas, acabarán contigo.

Después de nuestra muerte número trece, al día siguiente tres de mis hombres simplemente no aparecieron para la reunión matutina. Sabía que no les habían matado, que tan solo se habían retirado de un juego que se estaba perdiendo. Entendí la lógica. Eramos hermanos de verdad, y las batallas que habíamos sufrido juntos nos habían hecho más hermanos, pero cuando la derrota es segura, cuando te ocultas, exhausto y despojado de esperanza, y el enemigo fuerte se aproxima para romperte las piernas, algunos hombres simplemente te abandonarán. Esto era solo otra derrota entre derrotas, y la engullí, y miré a quienes todavía estaban conmigo. Seguimos adelante, mantuvimos los negocios en marcha, la ronda diaria de vida, todo el tiempo moviéndonos de dos en dos o de tres en tres, reconfortados por el duro metal que llevábamos bajo la camisas, nuestras armas, que limpiábamos y engrasábamos y acariciábamos de forma obsesiva. Vi a Sunny, uno de mis hombres, levantar la pistola hasta su cabeza, ponérsela sobre la frente en un rezo susurrado antes de salir por la puerta, y me reí y le pregunté si encendía diyas y hacía *puja* delante de ella cada mañana, y él escondió la cabeza y sonrió, avergonzado. Pero necesitábamos bendiciones de forma desesperada, y si pensase que iba a ayudar, yo mismo me hubiera postrado frente a mi Tokarev engalanada sin pensarlo dos veces.

Fue una mujer quien finalmente me mostró el camino. Fui con Kanta Bai y los chicos a Siddhi Vinayak, y nos quedamos de pie en la larga cola que serpenteaba subiendo las escaleras del templo. Para mí eran solo tonterías, todos estos rezos y gemidos, pero los chicos creían y querían ir, y era bueno para la moral, así que fui con ellos. A pesar de su vulgaridad y cinismo monstruosos, Kanta Bai era también una gran devota. Sujetó una thali en las manos, y se cubrió con el pallu de forma muy respetable por encima de la cabeza. Delante de nosotros y detrás de nosotros, en línea, estaban mis hombres, hombro con hombro. Notaba en la cabeza ese olor pleno del templo, dulce, a agua de rosas y *agarbattis*, y me sentí seguro. Kanta Bai dijo:

—Sé lo que vas a pedir.

—Es evidente —contesté—. Incluso él lo sabe ya, si existe y sabe algo —añadí, sacudiendo la cabeza arriba de las escaleras, donde se sentaba Ganesha, supuestamente sabiéndolo todo.

Ella negó con la cabeza.

—El no puede darte lo que no vayas a coger con tus propias manos.

—¿Qué quieres decir?

Kanta Bai tenía la cabeza muy inclinada sobre la thali, muy baja, mientras ordenaba los pequeños montones de arroz y sindur y pétalos de flores. Tenía el cuello hinchado en pliegues redondos de carne.

—Van a matarte —dijo—. Vas a morir.

En ese momento avanzamos tres pasos dando botes, subiendo los escalones. Por la otra parte del pasillo discurría una corriente continua de fieles, apresurándose para bajar las escaleras, llenos de esperanza, renovados ahora que habían afrontado al dios, que le habían visto y se habían mostrado a sí mismos, que habían expuesto sin pudor su necesidad y su dolor.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque luchas como un idiota. Todo este héroe-*giri*, disparar aquí disparar allí, no puedes vencer así. Ganarán ellos. Ya han ganado. Crees que la guerra consiste en mostrarles que tienes una lauda grande.

Llevaba la pistola en la cinturilla, pesada contra el estómago, y mientras la miraba, diciéndome esto sin ni siquiera mirarme, quise sacarla y dispararle. Podía haberlo hecho con facilidad, lo vi claramente, me vi haciéndolo, y el enfado subió por mi garganta hasta la cabeza, como un tarareo ronco, hasta que me nubló los ojos. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, y le pregunté:

—¿Entonces cómo?

—Lucha la guerra para ganarla. No importa quién mata a más hombres. No importa si todo Mumbai cree que estás perdiendo. Lo único que importa es la victoria.

—¿Pero cómo ganar?

—Córtales la cabeza.

—¿Matar a Rajesh Parab?

—Sí. Pero en realidad él es un viejo tonto. Es el jefe, pero está muy acostumbrado a hacer las cosas de una determinada manera.

—Entonces es Vilas Ranade. Él es el hombre.

—Sí —replicó—. Si coges a Vilas Ranade, les dejarás sordos y ciegos.

Vilas Ranade era el hombre. Era el general de Rajesh Parab, nos había diezmado, engañado, había venido de frente hacia nosotros cuando le esperábamos por detrás, y nos había matado. Ahora sabía que él les había guiado en la guerra. Pero todavía no sabía nada sobre él, si tenía esposa, hijos, qué aspecto tenía, adónde iba. No tenía un patrón, una morada, unos deseos que yo pudiera ver. No sabía cómo seguirle la pista a un hombre que solo vivía para la guerra.

—Ni siquiera tengo una foto suya —apunté.

—Lo mantienen fuera de la ciudad —contestó ella—. Pune, Nashik, en algún lugar por allí. Solo lo traen cuando hay problemas.

—¿Duerme hasta que es hora de despertarle?

—No malgastas a un buen pistolero en viajes a la oficina municipal. Es demasiado arriesgado. Y él es el mejor pistolero. Está en activo desde hace mucho tiempo, diez, doce años.

—¿Le has visto?

—Nunca.

Estuve tranquilo el resto del tiempo que pasamos subiendo las escaleras y en el templo, y cuando finalmente llegamos hasta Ganesha, no le pedí nada. Solo le miré, examiné su sogá y su focino y *laddoos* y su colmillo roto, y me pregunté cómo conspiraría su ejército *de ganas* para no ser derrotado, cómo el que apartaba los obstáculos apartaría un obstáculo que no podía encontrar ni precisar. Entonces tuvimos que movernos, la presión de los fieles que venían era enorme e implacable, pero llevé conmigo su imagen durante todo el trayecto de vuelta a casa. Estábamos parados en un atasco monstruoso en Juhu, y Kanta Bai se quedó dormida a mi lado, agarrando su *prasad* del templo sobre el regazo, y la oí roncar, y pensé y pensé. Me ardía el hombro, pequeños remolinos de fuego punzante, pero las vueltas interminables que daba mi cabeza eran más dolorosas: podía ver a quienes jugaban el juego, las calles y los edificios de los que iban y venían, Gopalmath, Nabbargali, todo eso se extendía ante mí cuando cerraba los ojos, y giré y di vueltas de forma interminable, buscando una apertura, un modo de quebrarlo todo y volver a recomponerlo. Y el tráfico gruñía y asfixiaba fuera, y ahí estábamos, todavía vivos, todavía respirando.

—Déjame bajar —pedí.

Me incliné hacia delante y abrí la puerta, y salí del coche. Chotta Badriya se deslizó afuera desde detrás del volante.

—No, no, vuelve dentro —le dije.

—Pero, bhai...

—Escúchame, tan solo vuelve dentro. Quiero caminar un poco.

Tenía miedo de que se produjera una coincidencia, que alguien del otro bando hubiera salido a dar una vuelta entre quienes paseaban por la tarde y quienes comían *bhelpuri*. Era posible, pero de pronto quise estar solo. Le hice un gesto con la mano levantada, y creo que debí de asustarle con la expresión de mi mirada, porque volvió a entrar de inmediato.

Caminé por la carretera llena de curvas hacia la playa, pasé por los puestos de *chat* y seguí hasta la arena. Había familias caminando conmigo, niños riendo alborotados por los caballos que trotaban en la orilla del agua, por los juguete-valas y sus nubes plateadas de globos inmóviles en el aire, por los tentadores kulfi-valas y sus cajas frías todas empañadas con perlas diminutas de humedad. Aquí no había ninguna guerra. Aquí había paz. Caminé con pausa entre las parejas de ancianos que habían salido a dar su paseo por la tarde, y las filas de hombres jóvenes inquietos. El mar discurría a un ritmo constante subiendo hacia la tierra, y al final me senté en una plataforma de ladrillo a medio construir, de cara a las olas. Estaba cansado, tenía la mente en blanco, y era bueno que la respiración lenta del agua me revolviere el pelo. Noté un movimiento a mi izquierda. Miré, y bajo un montón de basura, hojas de palmera y paquetes de papel empapados y cáscaras de coco, se notaba un retorcimiento entrecortado, como pequeños embates y después quietud alerta. En las sombras había más sombras, moviéndose rápido, y vi una caja de cartón blanca desplazándose en zigzag, temblando con la urgencia del hambre. Me levanté y me acerqué caminando, y me quedé de pie junto a la caja, y entonces pude oler la densa putrefacción, todos los últimos restos de comida, todo lo que se había tirado. Pero en ese momento no hubo movimiento. Me reí.

—Ratas, sé que estáis aquí —dije—. Sé que estáis.

Pero eran demasiado listas para mí. Permanecían quietas, y si bien era probable que hubiera podido matar a algunas, al final sobrevivirían a mi ataque y me sobrevivirían a mí.

—¡Bhai!

El grito subió desde la playa. Levanté el brazo.

—Aquí —avisé.

Subieron corriendo, Chotta Badriya y otros dos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondí.

Lo estaba, de verdad. Algo se movía en mi interior, un correteo tenue que apenas podía ver. Sabía que tenía que esperar a que emergiese.

—Vamos a casa —decidí.

Organicé una reunión con el inspector Samant al día siguiente. Nos encontramos en un hotel en Sakinaka.

—Vilas Ranade —dije—. Quiero su wicket. Tengo diez *petis*.

Se rió en mi cara. Tenía un bigote grueso, no mucho pelo en la cabeza y enormes dientes blancos. Sudaba a través de la camisa, grandes manchas oscuras y húmedas.

—¡Diez lakhs! —exclamó—. Por Vilas Ranade. Eres demasiado optimista.

—Quince entonces.

—¿Sabes de quién hablas? Él estaba aquí cuando tú todavía bebías leche.

Respondí:

—Cierto. Pero ¿puede hacerlo?

—Se puede hacer.

—Sabe algo. ¿Qué sabe?

Tenía la mirada fija, opaca. Llevaba razón, había sido una pregunta muy estúpida. No tenía motivo para decirme lo que sabía. Yo estaba nervioso, más que impaciente. Entonces me preguntó:

—¿Por qué debería hacerlo?

—Yo seguiré aquí mucho después de que él se haya ido, Samant saab. Lo sabe. Ha visto mi progreso. Si podemos trabajar juntos, piense en lo que hay en el futuro. Esos chutiyas de la banda Cobra no tienen futuro, no tienen visión. Lo que hacen, lo hacen, pero no harán nada nuevo. El futuro vale más que dinero.

Samant escuchaba. Se limpió la *takli* reluciente con un pañuelo.

—Treinta —dijo.

—Puedo conseguir veinte, saab. Y cuando haya terminado todo esto, habrá mucho más.

—Veinticinco. Y lo quiero todo por adelantado.

Lo que no tenía precedentes, y era insensato. Pero:

—Sí, saab —contesté—, se lo traeré en tres días.

Asintió, y cogió algo de *saunf* del plato que había en medio de la mesa. Me dejó la cuenta a mí.

—También, entonces, en tres días —terminé—, será mejor que me haya arrestado.

No tenía veinticinco lakhs en efectivo. Tenía cinco lakhs, tal vez seis y medio si reclamaba pequeños préstamos que había concedido a ciudadanos de Gopalmath, para comprar medicamentos, saris de boda. No podía hacer eso, aunque sabía que era mejor que pedirle a Paritosh Shah un préstamo tan considerable. Era un hombre de negocios, y en esos momentos yo no era una buena apuesta, pero le resultaría muy difícil decirme que no, y podría separarnos. Así que no se lo pedí, pero sí le pedí un tanto grande.

—¿Un objetivo? —preguntó—. ¿Que valga veinticinco lakhs? ¿En tres días?

Sabía que estaba pidiendo demasiado, pero él entendía la urgencia.

—No importa el riesgo —le dije—. Piensa solo en el premio.

No tuvo que pensar en ello mucho tiempo. Joyeros Mahajan, en Advani Road. Me



gustó que estuviera justo en el medio del territorio de la banda Cobra, a dos metros de la casa de Rajesh Parab. Vigilamos Joyeros Mahajan un día y una noche, y después decidí que lo haríamos durante el día. La noche podía ser más segura, pero habría implicado tener que atravesar la dura reja resbaladiza de la parte de delante, librarse de tres cerrojos, después de la persiana que bajaban y también cerraban con llave, y finalmente las puertas de cristal. No, entramos a las cuatro de la tarde, directamente por la puerta abierta. Había un vigilante fuera de la entrada, con la habitual escopeta de un solo disparo, y cuando nos vio llegar con nuestras siete pistolas y machetes la soltó sin vacilar. Al salir nos sujetó la puerta abierta. Teníamos dos coches robados esperándonos fuera, y la salida no tuvo complicaciones. Sin problemas.

Así que ahora teníamos el dinero. Los bienes en sí no fueron bastante, Paritosh Shah nos dio quince lakhs por todo lo que habíamos cogido, y nos prestó el resto. Permití que me diese el dinero. Yo volvía a tener confianza, podía ver mi camino, y sabía que él lo notaba. No se trataba tanto de un favor que me estuviese haciendo como de una inversión para el futuro. Ahora me sentía pleno, y él contribuía a mi plenitud. Yo era bueno para su dinero, y para más. De forma que tenía el dinero, y acto seguido, un día antes del plazo, llamé a Samant y se lo di. Y él me arrestó.

Fuimos al calabozo, yo y tres de mis hombres. Se nos arrestó por sospechas de complicidad en el robo a Joyeros Mahajan y se decretó prisión preventiva, eso es lo que dijeron los periódicos. En el exterior, mis hombres desaparecieron de las calles, de Gopalmath, y la banda Cobra lo festejó. La banda-G estaba acabada, muerta y enterrada, todo con mucha rapidez y sin ningún problema, eso era lo que decían. Me senté en la celda y miré la pared. Tenía la espalda contra una pared y miraba la otra. Mis hombres estaban sentados rodeándome. Podía aguantar con facilidad el espacio estrecho, el calor, me obligué a tragar los rotis quebradizos y el *dal* aguado, pero la digestión, el no moverme y trabajar, el descanso y la quietud se arrastraron por debajo de mi piel e hicieron que quisiera arrancármela. Había insectos ocupados, zumbantes, en mis venas. Pero me inculqué paciencia. Observé la pared. Noté que ella me observaba, fuerte en su vacuidad. Quería durar más que yo. Sabía que podía. Aparté la mirada. Y esperé.

Duró nueve días. Cuando los agentes vinieron a por nosotros, mis hombres se pusieron de pie para protegerme y meé sobre la pared. Dibujé círculos en su indiferencia mientras ellos miraban, y después dejé que me sacasen. Un abogado que se había encargado del papeleo estaba esperando en el despacho del inspector jefe, y nos condujo fuera de la comisaría. Habían pagado nuestra fianza. Fuera estaba oscuro, una noche sin luna y nublada. Chotta Badriya esperaba con un coche. Parecía muy cansado, y se había recogido el pelo, sujetándolo con una de esas cintas que usan las chicas.

—¿Qué es eso que llevas en el pelo, chutiya? —pregunté.

—Solo eso, bhai —respondió, poniéndose rojo como una mujer y girando la cabeza hacia abajo y hacia un lado. Y sonrió. Cuando lo hizo supe que todo estaba

bien.

Nos condujo deprisa a la parte más densa de la ciudad, hacia la espina dorsal y siguiendo hacia la autopista, pasando Goregaon, y me sentí reanimado por las multitudes, por la trama de hileras de camiones y coches, y los niños corriendo detrás de la pelota a un lado de la carretera, y el incesante sonido que eso provocaba. Estaba quieto pero completamente despierto, alerta como una serpiente. Chotta Badriya no hablaba, y yo no quería hacerle preguntas, todavía no. La promesa se sofocaba de calor en el aire y era delicioso tenerla en la boca, la anticipación, el no saber. Giramos para salir de la autopista a la vía de acceso, y después salimos de ella, pasamos junto a un *jhoadpatti*, y nos adentramos en la oscuridad. Nuestras luces largas hacían aparecer una carretera polvorienta, árboles que se deslizaban para aparecer y desaparecer de nuevo, era como caer en un túnel. Me adentré con entusiasmo. Después dimos un giro repentino hacia la izquierda, y la carretera cambió, hacíamos crujir la suciedad. Había un coche aparcado al final del sendero, y el negro oscuro de un edificio a través de ramas que sobresalían, y nos bajamos y caminamos hacia él, doblando una esquina, y allí había una bombilla solitaria sobre una puerta. Y sentado sobre un cajón junto a la puerta, Samant, emitiendo una señal roja con su cigarrillo.

—Demasiado tiempo —comenzó—. Llegas tarde.

—Fue por los abogados y todo eso —replicó Chotta Badriya.

Samant tiró de la puerta, que se abrió con un largo chirrido metálico. Nada más entrar, había un hombre boca abajo sobre el suelo. Camisa azul y pantalones negros, y las caderas ladeadas y rígidas.

—Vilas Ranade —dijo Samant, con un ligero movimiento de la mano, con la palma hacia arriba como si estuviera presentando a alguien.

—¿Lo has hecho tú solo? —pregunté.

—Esnifaba brown sugar —explicó Samant—. El estúpido bhenchod. Pensaba que nadie lo sabía. Solía ir a conseguirlo él mismo. Conozco al traficante que se lo vende.

—¿El traficante te dijo cuándo iría a comprar Vilas Ranade?

—Tenía que hacerlo, si quería seguir traficando.

—¿Estás seguro de que es Vilas Ranade?

—Le vi dos veces en la comisaría de Mulund cuando estuve destinado allí. Él tenía amigos allí.

—Quiero verle la cara.

Chotta Badriya pasó por encima del cuerpo y le tiró del hombro. La camisa de Vilas Ranade estaba negra por la parte delantera, empapada. Parecía adormilado, los párpados medio cerrados. Le conozco, pensé. Se parecía a mí. Me acuclillé frente a él, me incliné más cerca.

Sí, era mi doble. Esperé a que alguno de los otros lo dijera, pero nadie habló.

—¿Qué pasa, bhai? —preguntó al fin Chotta Badriya—. ¿No te gusta su cara?

—No, creo que el bastardo tiene una cara tea.

Le di un golpecito en la mejilla y me puse de pie.

—Vaya juego has hecho, Samant saab —comenté.

Cogí a Samant de la mano y la agité con violencia. Le di un golpe en el hombro y me reí, y todos ellos, cada uno de ellos, se rieron conmigo. Pero yo solo estaba actuando. Hacía aspavientos y rugía y lo celebraba, pero por dentro, dentro estaba desconcertado: ¿qué quería decir que Vilas Ramade y yo fuésemos iguales, y por qué ninguno de los otros lo veía? ¿Qué quería decir que nos hubiésemos cazado el uno al otro, como fantasmas que se miran en espejos y después se matan? ¿Adónde apuntaba esta coincidencia, adónde me llevaba?

Seguía deslumbrado cuando entramos en los coches. De nuevo nos movimos a la deriva por la noche larga, sin luz, y para cuando estuvimos cerca de la carretera había resuelto el acertijo. Decidí que había sido un engaño de la luz. Si se me hubiera parecido tanto, Chotta Badriya lo habría visto. Samant habría dicho algo. Estaba cansado por los días en el calabozo. Necesitaba dormir, descansar, buena comida. No había nada de que preocuparse.

Pistolero Vilas Ranade Abatido en una Eliminación, informaron al día siguiente algunos periódicos de la tarde. Caudillo de la Banda de Parab Muere en Eliminación. Y a continuación destruimos a la banda Cobra. Tendimos una emboscada a sus hombres, cogimos su dinero, intimidamos a sus hombres de negocios, nos paseamos por sus calles. Perdimos a cuatro más de nuestros hombres, y uno de ellos fue mi Sunny, quien para entonces era tan ferviente en su adoración por las pistolas que llevaba dos. Una bala disparada por detrás quebró algo en su espalda y le dejó perdiendo la vida en la carretera. Pero hicimos pedazos a la banda Cobra, y tomamos sus territorios. Todavía éramos más pequeños, pero entonces eso parecía una ventaja. Golpeábamos y corríamos, y después les rodeábamos por detrás y volvíamos a golpear. Estaban confundidos y viejos, como su Rajesh Parab, quien al final trató de buscar ayuda de bandas más grandes, fue aquí y allá, incluso a Dubai, y todo el mundo le daba garantías, y promesas, y nada más. Eramos el equipo ganador, y teníamos encima un brillo reluciente y bruñido, y quienes observaban la batalla lo veían, y hacían sus apuestas. Conocían la lección práctica, ya la habían aprendido: una banda pequeña de luchadores, tejida con amor fraternal a causa de las dificultades, golpeará con facilidad a una organización grande, poco flexible, con un coraje que fallaba y una fe que se desvanecía.

Rajesh Parab murió de un ataque al corazón una noche seis semanas más tarde, en su cama, mientras dormía. Paritosh Shah comentó:

—Debió de soñar que entrabas por su puerta.

Pero yo estaba contento de no haber tenido que matarlo. Me habría sentido como un perrero reduciendo a un perro callejero cansado y que aullaba, y no había satisfacción ni siquiera al pensar en eso.

Cogí una fiebre ese invierno. Un silbido seco, nervioso, en la cabeza y una agitación entrecortada me arrojaron a la cama sudada. Las películas no me tranquilizaban, ni la música, ni la chica que trajo Chotta Badriya. Escupía y escupía, tratando de librarme de la corriente de saliva amarga. Tragaba las pastillas, bebía agua salada, comía arroz blanco. La fiebre se quedó conmigo.

De forma que estaba bien despierto a las dos de la madrugada cuando Chotta Badriya llamó a mi puerta.

—Hemos encontrado a Mohan Surve —dijo.

—¿Lo tenéis aquí?

—Fuera, en el coche.

—Tráelo.

Me levanté y me vestí. Desde que nos traicionó, Mohan Surve se había evaporado de Bombay. Después de aquella noche en la que vi su rostro fuera del Bar Mahal, iluminado de rojo por el neón, simplemente se había ido, desconectado, desaparecido. Una vez comenzaron a volar las balas, nadie le había visto, nunca, ni en Bombay ni en Wadgaon, donde estaba su hermana con su marido e hijos.

Chotta Badriya entró y me ayudó con los zapatos.

—Vigilamos a la hermana —me contó—. El cartero nos enseñaba sus cartas.

—Bien. ¿Y entonces?

—Y entonces no mucho. Surve pensaba que estaba siendo muy listo. Transferencias de dinero cada mes desde Manmohan Pansare en Pune. Encontrar de qué oficina de correo venían las transferencias de dinero fue bastante fácil. Entonces tan solo vigilamos la oficina de correos. Se había dejado barba.

La barba era suave y muy fina en el rostro de Mohan Surve y no le disfrazaba mucho. Todavía tenía mejillas gordas, ojos redondos de ardilla. Le habría reconocido a cuatro metros. Empezó a balbucear tan pronto como me vio.

—Bhai, solo me asusté por los disparos y corrí y me escondí —dijo—. No quería ser parte de todo esto nunca más, no puedo con ello, soy un cobarde, perdóname, bhai, pero así es como soy, perdóname. *Sorry, bhai, sorry.*

Seguía diciendo esa expresión en inglés, «sorry», para disculparse, y eso me irritaba, me enfadaba incluso con más intensidad que lo que ya había hecho.

—¿De cuánto eran sus transferencias de dinero? —le pregunté a Chotta Badriya.

—Cinco mil, seis mil, así. La primera fue de diez mil.

Y miré a Mohan Surve.

—No lo intentes, Mohan. Simplemente no lo intentes.

Mi voz era un susurro calmado, una sorpresa incluso para mí mismo.

Entonces se quebró, y se echó al suelo, y me agarró de los tobillos, y se desplomó. Olí la orina que derramaba. Chotta Badriya le había atado juntas las muñecas con alambre eléctrico verde, y en ese momento, mientras se retorció y daba la vuelta, le rozó la piel y la sangre se filtró por el alambre. Mohan Surve siguió hablando y hablando: la banda Cobra había acudido a él y primero, les había dicho

que no, pero amenazaron con matar a su hermana y a su marido e hijos, Vilas Ranade le había amenazado personalmente con un cuchillo. De manera que les había dicho que yo estaría en el Mahal aquella noche, y ellos prepararon la emboscada.

Hice que Chotta Badriya lo despegase de mis piernas, y después regresé a mi habitación. Me senté en la cama. Pensé en aquellos de mis hombres que habían muerto primero, Krishna Gaikwad, Pradeep Pednekar y Qariz Shaikh con sus historias, y recordé la sensación de correr por el lateral del edificio, correr para escapar de la muerte con las sombras agitándose hacia mí, y el bombeo de la sangre bajo el pecho. Mohan Surve estaba llorando en la habitación de al lado en ese momento, tenía toda la fuerza de un grito pero no el volumen, y aun así penetraba la pared, ese largo gemido quejumbroso. Hice entrar a Chotta Badriya.

—Hazle callar —dije—. No le quiero haciendo ruido. Haz que se calme. Dale algo, whisky, algo. Y reúne a los chicos. Cualquiera que esté por aquí o esté disponible, diles que se presenten aquí en media hora.

De modo que Chotta Badriya desató las manos de Mohan Surve y le dio *nimbu pani* con tres Calmpose machacados dentro. Para cuando los hombres se habían reunido, Mohan Surve estaba tumbado sobre el suelo hecho un ovillo, con un brazo sobre la cabeza. Los chicos le recogieron, le sujetaron por las muñecas y los tobillos y la cabeza cayó para atrás y entornó los ojos, vidriosos, oscuros y en movimiento. Salí caminando de la casa, y me siguieron. Llevaban a Mohan Surve por cuatro puntos, cuatro de ellos, y lo traían detrás de mí. Estaba tranquilo en ese momento. Le llevamos por los callejones vacíos y dejamos las casas atrás, y subimos la colina que hay sobre Gopalmath. Yo llevaba una linterna Eveready, e iluminaba el camino. Me giré solo cuando estuvimos en la cima, en la pequeña hondonada respingona. Mientras todos ellos llegaban, la estela de mi organización, yo miraba la neblina de las luces. Mi fiebre suavizaba los puntos brillantes hasta convertirlos en halos circulares, y el horizonte nadaba bajo este flujo que se apiñaba y brillaba, la respiración de esta ciudad ondulante.

—Estamos todos aquí —dijo Chotta Badriya.

Me giré hacia ellos.

—Estiradlo —ordené.

Y lo hicieron. Los cuatro que lo habían llevado se sentaron a ambos lados de él y lo estiraron formando una cruz amplia. Mohan Surve permanecía quieto, iluminado por los haces de luz redondos de las linternas eléctricas.

—Sabéis lo que hizo —le dije a la banda—. Murieron muchos de los nuestros.

Alargué una mano hacia Chotta Badriya, que acurrucó en ella el mango frío de un machete. Caminé alrededor de Mohan Surve hasta quedar de pie justo encima de su cabeza, de cara hacia el fuego flotante de la ciudad, y levanté la hoja en mi mano. Era extrañamente pesada para algo tan delgado, tan largo. Acero bueno, denso. Había una cicatriz encima de mi hombro, que sentía a veces como un tirón cerca del corazón, pero la fuerza había vuelto a mis brazos. Ensanché mi posición, levanté el machete

por encima de la cabeza, respiré hondo y lo bajé con brío, hasta el brazo derecho de Mohan Surve, justo debajo del hombro. Mohan alzó la cabeza y miró a su alrededor, girando los ojos de lado a lado. Volví a levantar el machete, y con el segundo golpe le separé el brazo del cuerpo. El chico que sujetaba su muñeca derecha cayó hacia atrás, y de inmediato surgió un chorro grueso de sangre negra bajo la luz inestable. Y un sonido como el de un gruñido surgió de la banda, y Mohan Surve empezó a hablar. Un revoltijo confuso de sílabas que no parecía tener sentido, eso es lo que era. Mohan Surve habló como un bebé incluso cuando Chotta Badriya le cercenó el brazo izquierdo de un único golpe de machete, y oí el repique del metal sobre la roca y vi un chaparrón saltarín de chispas blancas, y la voz de Mohan Surve se elevó más y todavía tenía la cabeza levantada cuando alguien avanzó de entre las tilas y cogió el machete y atacó su muslo izquierdo. Entonces gritó. Pero cuando le llegó el turno al muslo derecho permaneció quieto y con la cabeza inclinada hacia un lado. Creo que ya estaba muerto.

—Coged los pedazos —ordené—, y arrojadlos a alguna parte. No quiero volver a oír su nombre nunca más.

Después descendí mi colina, hacia mi bastí, hacia mi hogar. En el espejo que había en el hueco a la derecha de la puerta, vi que mi camisa estaba echada a perder, toda manchada de sangre. Me la quité, y también los pantalones, que estaban empapados por delante, y los zapatos húmedos. Me di un baño, con agua caliente. Comí un poco de *sabudane ki khichdi*, y bebí un vaso de leche con almendras. Después me dormí.

## INVESTIGANDO A LAS MUJERES

Al día siguiente, Sartaj se unió a Parulkar en su ejercicio matinal. Caminaron en círculos alrededor de Bradford Park, una órbita pequeña en la intersección de siete calles cerca de la casa de Parulkar. Eran las cinco y media, y la hierba bajo los pies estaba un poco húmeda. Parulkar llevaba deportivas de color rojo debajo de sus vaporosos pajamas blancos y avanzaba rápido alrededor de la circunferencia, adelantando primero a los demás que caminaban y doblándolos después. Sartaj se tenía que esforzar para seguirle.

—No entiendo la enseñanza de las escuelas nuevas —comentó Parulkar—. ¿Cómo es que Ajay tiene cinco y medio y no es capaz de leer? Presumen de ser la mejor escuela de Mumbai. Tuvimos que emplear docenas de contactos para que el niño entrase, ya sabes.

Ajay era el nieto de Parulkar, y cursaba el último año de jardín de infancia en la muy nueva y muy moderna escuela Dalmia.

—Es un nuevo sistema de enseñanza. No quieren presionar a los niños.

—Sí, sí, pero al menos que les enseñen a leer «gato» y «pato». Tú y yo tuvimos presión, y no hemos salido tan mal.

Pasaron junto a los guardaespaldas de Parulkar y comenzaron otra vuelta.

—A mí toda aquella presión no me fue muy bien, señor. Me aterraban aquellos exámenes.

—Arre, no eras tan malo. Era solo que siempre tenías otras cosas en mente, criquet y películas y después, Dios mío, chicas. —Parulkar sonrió burlón—. ¿Te acuerdas de aquella vez en la que tuve que hacer guardia mientras estudiabas?

Eso fue cuando Sartaj tenía quince años. Se había acostumbrado a salir por la ventana durante las horas de estudio intensivo, y al final Parulkar se presentó voluntario para echarle un ojo la noche antes de su examen de matemáticas. Se lo pasaban bien en realidad, con dosis regulares de batido de Nescafe, y naranjas y plátanos pequeños, y Parulkar había demostrado tener talento para condensar problemas complejos en preguntas simples. Sartaj aprobó el examen con una nota de cincuenta y ocho sobre cien, la más alta que nunca había conseguido en matemáticas.

—Sí, señor. Y vimos al *chowkidar* durmiendo.

Le habían arrojado cáscaras de naranja al *chowkidar*, que estaba profundamente dormido, y ahora se rieron como lo hicieron entonces.

—Vayamos a los negocios, Sartaj.

—Sí, señor.

Eso significaba que estaban llegando al final del paseo, que en su mayor parte procuraba mantener liberado de distracciones laborales.

—Tengo un contacto para ti de la banda-S. Se llama Iffat-*bibi* Es la tía materna de

Suleiman Isa. Durante mucho tiempo, ella ha sido su principal controller aquí en Mumbai. Es vieja, pero no te dejes engañar por eso. Es muy inteligente, muy despiadada, ha sido uno de sus activos principales.

—Sí, señor.

—Este es el número en el que puedes localizarla. —Parulkar le deslizó un papel doblado a Sartaj—. Siempre está ahí por las tardes. Espera tu llamada.

—Gracias, señor. Es un gran contacto, señor.

Parulkar se encogió de hombros, agitó la mano quitándole importancia.

—Y ten cuidado. Cualquier información que te dé no es gratuita. Antes o después te pedirá algo. Así que no le prometas nada que no puedas dar.

—De acuerdo, señor.

—Una mujer interesante. Hubo un tiempo, me dijeron, en que los hombres morían por ella. Pero cuando yo la conocí ya era vieja. Y lo que pensé fue que tenía que haber sido preciosa, pero nunca fue el trofeo de ningún hombre. Si un hombre moría por ella, ella lo provocaba. No había duda al respecto. Ninguna duda en absoluto.

—Tendré cuidado, señor.

El paseo de Parulkar había terminado, pero se dirigió a su coche la misma velocidad. Sartaj le vio marcharse, y pensó que en realidad nunca había correspondido a Parulkar por todo lo que le había dado.

«Nada en la vida es gratuito» había sido una de las primeras lecciones de Parulkar, pero Sartaj nunca sintió haber devuelto el mismo valor.

Tal vez algún día todo sería merecido.

Aquella mañana, Sartaj y Katekar siguieron la pista de Manika hasta la lustrosa Kavita, que tiempo atrás había bailado en un bar llamado Britain, para dar luego el salto extraño hasta los escalones más bajos del mundo del espectáculo. Se llamaba en realidad Naina Aggarwal, y era de Rae Bareli. El gerente del dance bar Pritam miró la fotografía y les dijo el nombre de la serie en la que estaba actuando: *47 breach Candy*. Veía la serie cada jueves, estaba muy orgulloso de ella, aunque no había vuelto a contactar con él una vez que empezó a aparecer en televisión. El propietario de Jazz Films, que producía *47 Breach Candy*, le dio a Sartaj el número de teléfono y la dirección de la chica y le dijo que mirase el programa, que estaba funcionando muy bien, *TRP* muy altas, críticas muy buenas, era muy entretenido, basado en un programa norteamericano pero completamente indianizado, completamente de nuestra cultura. Naina Aggarwal ya no vivía en Andheri East, sino en un apartamento en Lokhandwalla con otras tres chicas, todas trabajaban en televisión. Era menuda, más guapa que en la foto, y empezó a llorar incluso cuando Sartaj le preguntó de dónde era, qué hacía su padre, si tenía hermanos o hermanas. El rímel le había ennegrecido toda la cara hasta la barbilla para cuando él dijo:

—Sabemos que has estado implicada en una actividad muy mala. Pero no vamos a acosarte. Si nos ayudas.



Asintió a toda prisa, sujetando las manos apretadas frente a la boca. Se sentó en la cama, encogida, y el miedo empezó a apoderarse de ella en aquella habitación que había logrado ganarse por sí misma. Sobre la cama había un estante atornillado a la pared, y estaba repleto de fotografías de gente de Rae Bareilly con camisas brillantes, y Sartaj reconoció al padre de ella, director de colegio. Procedía de una familia muy respetable, y había bailado en el bar solo durante dos meses, cuando acababa de llegar a la ciudad y el dinero había empezado a escapársele de las manos más rápido de lo que ella creía posible. Asintió con ganas. Estaba desesperada por lograr que la policía se fuera de su habitación antes de que sus compañeras de piso y vecinos supieran que estaba implicada en asuntos policiales desagradables, que en una ocasión había bailado en un bar sórdido.

—Mira —pidió Sartaj. Puso la fotografía de la mujer muerta sobre la cama junto a Naina—. ¿Conoces a esta persona?

Estaba aterrorizada, pero no podía apartar la mirada de la foto.

—Está bien. Tan solo dínos su nombre.

Le costó tragar varias veces, tres intentos, hasta que lo pudo soltar.

—Jojo.

—¿Jojo? ¿J-o-j-o?

—Sí. ¿Qué le ha pasado?

—Está muerta.

Naina dobló las piernas sobre la cama y pareció muy joven. La serie en la que actuaba estaba llena de intriga y adulterios y asesinatos, pero Sartaj vio claro que sería incapaz de preguntar cómo había muerto Jojo.

—No te preocupes —siguió Sartaj—. No vamos a implicarte en nada de esto si eres sincera con nosotros. ¿Cuál era su apellido?

—Mascarenas.

—Jojo Mascarenas. ¿Y trabajabas para ella?

—Sí.

—¿Cómo?

Sin levantar la cabeza de las rodillas, Naina intentó un pequeño encogimiento de hombros.

—Es representante de modelos y productora. Me recomendaba a agencias, me conseguía participaciones en vídeos.

Sartaj fue muy suave y amable en ese momento.

—Pero eso no era todo, ¿verdad?

Katekar estaba apoyado contra la puerta, dejaba que Sartaj manejase el interrogatorio. Con los años, habían descubierto que en ciertas situaciones relacionadas con mujeres la preocupación y cuidado de Sartaj funcionaban mejor que las herramientas directas de intimidación y las voces elevadas. Empleaban la habilidad de cada uno de manera imparcial, en función del contexto y el caso. Así que ahora Katekar se mantenía apartado en la esquina y muy quieto.

—Naina-ji —dijo Sartaj—, esto es un asunto muy serio. Asesinato. Pero no puedo protegerte si no eres totalmente sincera conmigo. No te preocupes. Te prometo que no te implicaré en esto en absoluto, tu nombre nunca saldrá a relucir. Solo trato de investigar sobre la tal Jojo. No me interesas para nada, no corres peligro. Así que, por favor, cuéntame.

—Ella... ella me encontraba clientes.

—Clientes.

En ese momento lloró con fuerza, se dobló hacia delante, temblando. Se marcharon diez minutos más tarde, con el número de teléfono y la dirección de la oficina de Jojo Mascarenas, y algunos hechos: Jojo era representante de modelos, y también era propietaria de una productora de televisión, producía programas, y si no había alguna producción en marcha, papeles o campañas, podía conectar oferta y demanda, enviar a las jóvenes, bellas y necesitadas a los ricos y exigentes, todo era cuestión de un par de buenas fotos y unas pocas llamadas telefónicas, era sencillo, era eficiente y todo el mundo conseguía lo que quería.

Sartaj y Katekar esperaron el ascensor en un pasillo en sombras.

—De esa forma la llorosa Naina consiguió la serie —concluyó Katekar—. Después de todo ese baile.

—Sí —replicó Sartaj—. Pero ¿qué pasa si la serie fracasa estrepitosamente?

—De vuelta a Rae Bareilly.

El ascensor sin luz llegó y entraron, y después de que Katekar hubiera hecho sonar la puerta plegable de metal tres veces para cerrarla, fuerte, bajaron a través de bandas fugaces de luz.

—Nadie regresa nunca a Rae Bareilly —apuntó.

Y aunque ella lo hiciese, pensó Sartaj, ¿la acogería de vuelta Rae Bareilly? Había transitado todo el camino hasta Lokhandwalla, y hasta *47 Breach Candy*, y hasta Jojo, y Jojo la había enviado a otros lugares.

—¿Es hora de llamar a la *Dilli-vali*, señor? —preguntó Katekar.

Barras alargadas de color negro se deslizaban por su rostro.

—Todavía no —contestó Sartaj—. Quiero saber quién era la tal Jojo.

Jojo Mascarenas era pulcra. Llevaba muerta cinco días, pero su apartamento estaba limpio, seguía brillante y fregado y lustroso. Había una hilera de cucharones de metal relucientes en la pared de la cocina, colgados de ganchos de metal por orden gradual de tamaño. Los dos teléfonos y el contestador sobre la barra junto a la mesa de comedor estaban alineados de forma precisa, y las superficies alicatadas del baño del pasillo brillaban con un azul profundo.

—Esta mujer ganaba dinero —comentó Katekar.

Pero tenía cuidado con él. La dirección de la oficina que les habían dado terminó siendo su apartamento, en el tercer piso de Nazara, en Yari Road. Ganaba dinero pero

ahorraba: el primer dormitorio pequeño a la derecha del pasillo era su oficina de producción, abarrotada con archivadores y tres escritorios y un ordenador y dos teléfonos y una máquina de fax, todo en elegante orden, todo necesario para el trabajo que hacía. Ni siquiera su dormitorio era lujoso, solo un simple colchón doble sobre un soporte bajo, sin cabecera. Había un espejo alto en la pared, y una mesa frente a él, cubierta por filas de cosméticos, y un taburete negro. No había sofás de piel, ni lámparas de araña, ni estatuas de oro, ninguno de los derroches que Sartaj había llegado a esperar de la gente que comerciaba con imágenes y cuerpos. Cuando introdujo en la cerradura la llave que había llevado en el bolsillo, mientras la giraba con suavidad, esperaba ver un burdel filmi satinado en rojo, o un desorden abandonado, pero no este refugio sobrio, este hogar y oficina tan sosegado. Le dejó perplejo.

—Muy bien —dijo Sartaj—. Registrémoslo.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Katekar.

—Quién era esta mujer.

Katekar se puso a trabajar, pero era impaciente, rápido, desaprobaba. Sartaj sabía que prefería la narración escueta, mordaz, de un caso de asesinato ordinario, donde tenías un cuerpo, un desconocido asesino o asesinos, y buscabas un motivo. Aquí había dos muertos, evidentemente uno había matado al otro, ¿y qué importaba cuál fuese su relación? ¿Cómo lo ibas a saber? ¿Por qué debería importarte? ¿A quién le importaban un gángster y una proxeneta? Katekar permanecía callado, pero Sartaj sabía que estaba maldiciendo. Era un caso *aaiyehavnaya* según Katekar, Sartaj estaba seguro, y una mujer de Delhi *aaiyehavnayi*, todo esto era *jhav*.

—Jhav-jhav-jhav —murmuró Sartaj mientras trabajaba.

Primero registró el dormitorio, porque era lo más fácil. Cualquier cosa de utilidad estaría en la oficina, pero había que mirar en el dormitorio, así que fue a ello. Había un armario empotrado en la pared a todo lo largo de la habitación, y tenía dos apretadas hileras de saris, blusas, ghagras, pantalones, vaqueros, camisetas, camisas. Seguían un orden, una lógica femenina y muy personal que Sartaj no podía entender del todo, pero que le recordaban con intensidad las gradaciones por el color de las camisas en su armario, de rojo a azul. El armario de Jojo le hacía parecerse a ella. Le agradó su gusto por los zapatos, el cuidado que tenía con la piel, su entendimiento de las funciones diferentes del calzado, por qué era necesario tener tres pares de zapatillas de deporte, de las de repuesto a las supertecnológicas, y le gustó que las hubiese colocado en el extremo derecho de la más baja de las tres hileras escalonadas de sandalias y botas y chappals y zapatos de tacón. El apartamento era sencillo, estaba casi desnudo, pero la ropa era exuberante. Sartaj lo aprobó.

Tal como esperaba, no encontró nada de especial interés en el dormitorio. En el baño rosa había una multiplicidad de champús y jabones, y dos bragas y un sujetador que colgaban de la barra de la cortina. Había más ropa y algunos platos y lámparas viejas en los altillos encima del armario de la ropa, y maquillaje y varios tipos de hilo

y agujas de coser en los cajones del tocador, así como un montón de *Femina* y *Cosmopolitan* y *Stardust* y *Elle* junto a la cama, pero eso era todo. Katekar estaba acabando con el salón cuando Sartaj salió al pasillo.

—Su bolso estaba detrás de la barra de la cocina —dijo—. En el suelo. Simplemente lo había dejado allí.

—¿Había algo dentro?

—Pintalabios y chorradas, eso es todo. No hay carné de conducir, solo una tarjeta de votante y una tarjeta del *PAN*.

Sacó las tarjetas. Juliet Mascarenas, decían ambas. Pero esta fue la primera vez que Sartaj la vio sonreír. Estaba muy animada en ambas fotos, brillando perezosamente ante la cámara, segura de que sabía algo sobre ti.

—¿Algo más? —preguntó Sartaj.

—Nada. Pero no hay fotos.

—¿Fotos?

—Fotos. No hay ni una en toda la casa. Nunca he conocido a una mujer que no pegue fotos por todos lados.

Katekar tenía razón. Cuando Megha le dejó, se llevó muchas fotos y aun así Sartaj pasó una tarde de domingo metiendo fotos en una caja de zapatos, arrancándolas de las paredes. Y Ma tenía paredes repletas de ellas, historias de la familia y sus ramificaciones, todas expuestas, todas las conexiones y pérdidas.

—Tal vez las tenga archivadas.

Y entraron en la oficina. Haba un archivador negro, cuatro compartimentos de altura. Las carpetas estaban etiquetadas cuidadosamente: «Anuncio de Zapatos D'Souza»; «Campaña Restaurante Sharmila». El piso inferior estaba repleto, pesaba, salió con lentitud.

—¿Actores? —preguntó Katekar.

—Sí, y actrices.

Los hombres estaban a la derecha, las mujeres a la izquierda, en hileras alfabéticamente organizadas de fotos brillantes, con el currículum grapado por detrás. Anupama, Anuradha, Aparna. En realidad, todavía no eran actrices, sino jóvenes y optimistas. Llenas de esperanza. Y había gran cantidad de ellas, simplemente había demasiadas. La mayoría no tendría éxito, pero seguían viniendo y viniendo a esta ciudad de oro. De este excedente y esta hambre, de esta ecuación simple, surgía el negocio de Jojo. Siguieron registrando, abriendo cajones y levantando archivos de los estantes. Había un armario de metal de media altura, que se abrió con la tercera llave del aro de Jojo, y dentro encontraron sus libros de cuentas, sus talonarios, sus extractos bancarios, y joyas en una caja de metal: dos collares de oro, tres pares de brazaletes de oro con diferentes diseños, una sarta de perlas, pendientes de diamantes y un montón enmarañado de plata.

—¿Dónde está el dinero en efectivo? —preguntó Katekar—. ¿Dónde lo guarda?

El efectivo era con lo que los clientes pagaban sus deudas por cierto producto. El

negocio legal de televisión de Jojo producía algo de dinero negro, pero la mayoría provenía de cheques bancarios legítimos. El pequeño negocio paralelo a la prostitución generaba solo dinero en efectivo, por supuesto, grandes cantidades. Pero no estaba en el armario de metal. Y tampoco podía estar en el banco. ¿Dónde estaba, pues? Sartaj salió al pasillo, dio una vuelta por la cocina y el salón. Apartó de la pared un grabado enmarcado. Era una escena de bosque, pero bajo el claro verdeante solo había pared. Se quedó de pie al borde de la bañera y dio golpecitos a los azulejos del techo. Todo era sólido, no había huecos escondidos, no había compartimentos secretos detrás del tanque de agua suspendido encima de la puerta. De regreso al pasillo, Sartaj vio que Katekar había apartado de las paredes los armarios y las mesas de la oficina y estaba de rodillas comprobando los bordes del suelo. En el pasado, habían encontrado dinero en escondites sutiles, en huecos contruidos de forma precisa, había pericia en esta ciudad para esconder dinero, los constructores habían perfeccionado el arte de estanterías y cabeceras trabajadas que se deslizaban al tocar un botón secreto para descubrir dinero empaquetado. En una ocasión descubrieron lingotes de oro en bolsas cosidas en los bajos de cortinas de rico brocado rojo. Se llamaba dinero negro, pero Sartaj siempre pensaba en él como gris: era ilegal y una plaga, pero los impuestos eran legales y también eran una plaga, así que lo buscaba aunque nunca sintió desprecio por quienes lo acumulaban. De todos modos, Jojo conseguía su dinero en efectivo de la venta de jovencitas para los apetitos bochornosos de los hombres, y por eso su dinero era más negro que la mayoría, a pesar de la limpieza que practicaba en su vida. ¿Dónde estaba, ese dinero maloliente, ese montón de papel con olor a sábanas ásperas de hotel y sudor seco? ¿Dónde? No en el baño rosa, y no dentro del colchón. Sartaj sacó la ropa del armario y la lanzó sobre la cama, creando un lujoso montón de carmesí sedoso y blanco y verdes oscuros. Tanteó las paredes del armario, primero con golpecitos y después apretando con las manos, y se impregnó del olor de ella, del aliento de su cuerpo y de sus perfumes. Se quedó de pie por un momento con las palmas de las manos planas sobre el techo del armario, y después salió y se sentó en la cama. Descansando sobre una cascada de blusas y faldas, preguntó: ¿dónde lo has escondido? ¿Dónde? El lugar más probable era el baño, porque era fácil construir detrás de los azulejos, pero era un tópico demasiado antiguo: Hema Malini y Meena Kumari y otra docena de protagonistas habían sido pilladas con dinero en efectivo en sus váteres, y Jojo era más compleja que eso. Sartaj estaba seguro de ello.

Echándose hacia atrás, comenzó a ver el sentido de los zapatos. Había tres niveles de escalones contruidos en la parte inferior del armario, en la misma madera, extendiéndose a lo largo de casi todo el mueble. El escalón inferior, extremo derecho, era el más informal, zapatillas de deporte y chappals de goma brillante Bata y después chappals de Kolhapur, una gran variedad de ellas. El segundo escalón eran zapatos cómodos, prácticos, profesionales pero resistentes, y fáciles de llevar para toda una jornada de trabajo. Pero el extremo a la izquierda del segundo escalón daba

paso a las botas, resistentes, con cordones gruesos y largos y gran cantidad de la actitud requerida, y después el estante superior comenzaba a la derecha con un par de botas negras con tacones afilados de aguja y puntas suaves que debían de alcanzar hasta la mitad de los muslos de Jojo. A partir de ahí los tacones se iban volviendo más delicados y peligrosos, el empeine y las tiras más y más delgadas, y Sartaj vio cómo el par que estaba más a la izquierda, el último del estante superior, apenas sí eran zapatos, diáfanos, de un color ámbar ardiente, con tacón afilado como un cuchillo y una única tira diagonal. Aunque los llevase puestos, el pie de Jojo parecería descalzo.

—Bien hecho, Jojo —soltó—. Eso son zapatos, Jojo.

Se levantó, apartó los zapatos del estante del medio, y agarró la tabla y tiró de ella. Era firme. Incluyó la cabeza y escudriñó, y pudo ver el suelo y la parte trasera del armario bajo los estantes. La hilera superior iba de las botas a los zapatos de tacón, y Sartaj dijo:

—Vas de derecha a izquierda. Jojo.

Se inclinó más abajo, extendió los brazos, agarró los extremos del estante superior, y tiró. Seguía siendo firme, y al deslizar los dedos notó una ranura, dos ranuras, una a cada lado. Recorrían los laterales de los estantes, justo debajo del borde sobresaliente del estante superior, una altura como la del grosor de un dedo, unos pocos centímetros de largo: asas. Sartaj tenía la nariz a dos centímetros de uno de los zapatos negros de tacón de Jojo, y el pulso le zumbaba. Te tengo. Te tengo. Agarró las asas y tiró hacia atrás. Nada, no cedía. Firme. Pero notó un pequeño movimiento en la parte superior del asa derecha, una contracción bajo sus dedos. Apoyó la base de la mano en la parte superior del estante y apretó, como si estuviese presionando el freno muy duro de una moto, y sí, sí, un movimiento firme, un pestillo cedió. Lo hizo en ambas partes y tiró hacia atrás y todo el conjunto, los tres estantes con los zapatos encima, todo el montaje se desprendió de la parte trasera del armario. Sartaj se movió hacia atrás, sonriendo burlón, desperdigando chappals y botas y sandalias de tiras.

—Ay, Katekar —gritó—. Katekar.

Juntos, escudriñaron contentos el compartimento de medio metro de profundidad en el que Jojo había escondido sus secretos. Estaba, por supuesto, el dinero en efectivo: montones ordenados de paquetes de billetes de cien rupias y quinientas rupias, empujados hasta el fondo, a la izquierda. Katekar lo midió con profesionalidad extendiendo el pulgar y el dedo índice de la mano izquierda.

—No es mucho —dijo—. Cinco o seis lakhs. Parte de ello parece igual que el alijo de Gaitonde.

Los paquetes de quinientas rupias a los que se refería eran todos nuevos, con el envoltorio del Banco Central de la India, y estaban apilados del mismo modo en un envoltorio de plástico.

—Gaitonde debió de pagarle —comentó Sartaj.

—Por sus servicios de randi.

A la derecha, también contra la parte trasera del nicho, yacían tres álbumes negros de fotos, uno encima del otro. Pero Sartaj no sentía ninguna urgencia, ningún deseo de cogerlos, de abrirlos y escarbar en la vida oculta de Jojo. Estaba concentrado en el dinero, y sabía que Katekar también. Lo podía oír en el lento arrastre de la respiración de Katekar, comprimido por la posición incómoda en cuclillas y hacia delante. El dinero en efectivo era muy problemático: seis lakhs en dinero negro descubiertos en el apartamento de una mujer muerta era por lo general un obsequio para los policías buenos. No toda la cantidad... el regalo sorpresa podían ser cinco lakhs, y un lakh tendría que ir para el *panchnama* y por tanto a las fauces del gobierno, con eso era suficiente. Nadie haría preguntas incómodas sobre el dinero negro de una madame muerta. La cantidad era lo bastante pequeña para que nadie notase su ausencia, y de esa manera no se violarían las normas de Katekar en cuanto a la prudencia. Nadie se daría cuenta, a menos que Jojo llevara un registro, o le hubiera hablado a alguien sobre su alijo. Improbable, pero posible. En un caso tan apremiante, con Delhi pendiente y el RAW implicado, era demasiado riesgo. Una única mirada entre ellos bastó para tomar la decisión.

—Álbumes —dijo Sartaj con brío, y los sacó.

La primera foto del primer álbum mostraba a una Jojo más joven, menor en muchos años y de mucha menor experiencia. Llevaba un vestido rojo, un vestido de niña en realidad, con el cuello recto y la cintura alta, y parecía tener unos dieciséis años. Estaba sentada en un sofá negro, con la manos entrelazadas con las de una niña más mayor, una mujer joven con la misma sonrisa amplia. Las páginas siguientes mostraban a la misma pareja, riendo sobre una cama, a la orilla del mar, en un balcón frente a los elevados edificios de Mumbai perfilados contra el horizonte.

—Hermanas —comentó Katekar.

—Cierto —replicó Sartaj—. Pero ¿quién saca todas las fotos?

Siguió hojeando las páginas de felicidad y amor. Después había una página sin nada, toda blanca. Pero tiempo atrás ahí hubo una fotografía, todavía podía ver la huella que había dejado bajo el plástico transparente. La página siguiente volvía a mostrar a las dos hermanas, esta vez en Hanging Gardens. Pero faltaba una foto cada dos páginas o así, y más o menos por la mitad del álbum, las hermanas celebraban un cumpleaños. En realidad no era una fiesta, solo estaban ellas, regalos sobre la mesa del comedor y una tarta rosa con mucho glaseado blanco.

—Diecisiete —apuntó Katekar.

Con su rapidez mental para los números había calculado las llamas brillantes de las velas.

Al volver la página, Sartaj se encontró con otro hueco, esta vez sin huella de imagen. El resto del álbum estaba vacío. De repente, no había más fotografías. Sartaj puso el álbum aparte y pasó al siguiente. Este iba hacia atrás en la niñez. Las hermanas vestían camisas blancas y faldas negras de colegio. Y luego aparecían de

pie, descalzas, sus coletas idénticas emergiendo rectas como alas, felices frente a una casa con un pesado dintel de piedra y puertas gruesas de madera y en el interior un patio iluminado por el sol.

—Pueblo —observó Sartaj—. Pero ¿dónde?

—Sur —respondió Katekar—. En algún lugar del sur. Konkan.

Ahora estaban en un estudio, las hermanas, con el mismo vestido infantil azul de mangas abullonadas y enormes estallidos de puntilla en la garganta, y su madre estaba con ellas. Iba de negro sobrio, un vestido con mangas hasta las muñecas, y la cabeza brillaba con corrientes de color gris, y las luces hacían resaltar el crucifijo que llevaba en el cuello y lo hacían resplandecer. Estaba sonriendo, pero con prudencia.

—No hay padre —observó Sartaj.

—No hay padre en absoluto —completó Katekar—. ¿Qué es, una granja?

Las hermanas jugaban debajo de árboles, en arboledas rebosantes de luz verde, corrían entre largas hileras de plantas con las hojas anchas que se ondulaban por los bordes.

—No lo sé —contestó Sartaj.

No sabía nada sobre árboles, o plantas, o granjas. Eso era otro mundo.

El último álbum era del tipo anticuado que ya nadie hacía, con gruesas páginas negras, y la primera foto estaba sujeta a la página por pequeñas esquinas negras, elegantes lengüetas, Sartaj no podía recordar cómo se llamaban. Pero tanto él como Katekar dijeron al unísono:

—El padre.

El padre estaba sentado con esa rigidez especial que hombres y mujeres de generaciones pasadas adoptaban frente a las cámaras, la formalidad ante un acontecimiento extraño, y llevaba un uniforme blanco. Tenía los hombros echados hacia atrás, y apoyaba el puño ensortijado en la cadera.

—La marina —dedujo Katekar.

—Marina mercante.

El padre tenía los ojos de sus hijas, grandes y directos. De hecho, en el siguiente par de páginas solo tenía una hija, de pie entre él y su esposa, cogiendo las manos de ambos. Y de repente, en una página nueva, la recién llegada. Con las manos y los pies hacia la cámara, sonriendo sin dientes, con el pelo fino y la cara redonda. La niña se estiraba hacia el nombre que estaba encima de la foto, el nombre escrito a mano sobre la página negra con tinta blanca y en una letra bordeada de florituras y marcas decorativas: Juliet.

—¿Ju-li-et? —se extrañó Katekar.

—Sí —respondió Sartaj—. Como la de Romeo.

La risa de Katekar fue larga y contundente.

—¿Así que Juliet se convirtió en Jojo? ¿Y Gaitonde era su Romeo?

Lo pronunció «Rom-io», y Sartaj pensó que su satisfacción era injusta y fea, y sus risotadas rasparon la base de su cráneo. En ese momento pensó que Katekar era muy



grosero y ganwar y ordinario, y no se preocupó de corregirle. Sartaj se sentía protector con la-que-fue-Juliet, antes de que llegase a existir Jojo. Y la vio crecer en las páginas siguientes, bajo el cuidado de su hermana y su madre. Poco después de que Jojo empezase a andar, la madre comenzó a vestir a las dos hermanas igual, con vestidos idénticos y el mismo peinado y la misma cinta para el pelo. La primera foto de ellas dos con el mismo conjunto era un retrato de estudio, frente un telón de fondo de la Torre Eiffel. Estaban de pie cogidas de la mano bajo un arco elegante que se abría a un cielo rojo, y bajo la imagen podían leerse dos nombres escritos con tinta blanca, «Mary» y «Juliet», separados por una elaborada floritura.

—Mary Mascarenas —pronunció Sartaj.

Era la hermana.

Esta forma de vestir a la par terminó cuando Juliet tenía diez años, o tal vez once, en las últimas fotos del álbum. En la fotografía de ese cumpleaños, llevaba el pelo corto en una elegante melena, mucho más corta que la de Mary, y un collar de cuentas brillantes de color claro. El vestido era el mismo que el de su hermana, pero de alguna forma era distinto. Lo llevaba mejor. Juliet había empezado a hacerse valer, sabía quién era y se estaba resistiendo a su madre. A Sartaj le gustó la exhuberancia como de puntillas de su postura, su descaro. Y después estaba la seria Mary.

En la gruesa libreta de direcciones de Jojo, en la M, Sartaj encontró «Mary» y números de teléfono del trabajo y de casa, y una dirección en Colaba. Pero el número era viejo, anticuado, Sartaj sabía que la central telefónica de Colaba se había digitalizado al menos hacía siete, ocho años. ¿Jojo no había hablado con Mary en ocho años? Tras reflexionar un instante, pusieron el apartamento en orden, las cosas de vuelta a sus posiciones originales, todo menos el armario del dormitorio. Entonces Sartaj hizo la llamada a la *Delhi-vali*.

Se sentaron en la oficina de Jojo y esperaron. Sartaj giró lentamente en la silla de Jojo y pensó en las hermanas y sus peleas. Ma hablaba a menudo de su propia hermana mayor, Mani-mausi, y de su tozudez, su estúpido rechazo comunista a recibir ayuda de una empleada fija a pesar de la enfermedad prolongada y la debilidad, qué pasa si se vuelve a desmayar y se cae por las escaleras o algo así, cuántas veces le habré dicho que venga aquí y se quede conmigo, pero es tan tozuda... Sartaj jamás pudo soltarle que ella, Ma, la hermana pequeña, no era menos terca, no menos protectora de su propia independencia quisquillosa, no menos devota de la casa que había construido, de sus paredes altas, sus suelos tenuemente resplandeciente y las luces familiares, sus pasillos tranquilos.

Jojo también se había construido un hogar para ella misma, y lo había hecho con esfuerzo. Junto al fregadero de la cocina, en un armario pequeño a ras de suelo, habían encontrado una caja de herramientas, y dos filas de latas de pintura de distintos colores. Había pintado las habitaciones ella misma. En la nevera, había recipientes de plástico llenos de restos de comida. Jojo no tiraba nada. A pesar del lujo de sus zapatos, era frugal. También era enérgica, pensó Sartaj. Lo podías ver en

las fotos. Debió de ser buena en lo que hacía.

La Delhi-vali llegó rápidamente. Estuvo allí en veinte minutos, tal vez incluso menos, en un Ambassador negro. Desde la ventana del salón de Jojo, Sartaj y Katekar vieron llegar el coche al complejo del edificio, de prisa. Se oyó una rápida sucesión de portazos, y apenas dos minutos después llamaron a la puerta.

Anjali Mathur precedía a su gente, respirando fuerte. Hoy su *salvar-kamiz* era marrón oscuro. El hombre que iba justo detrás de ella era Makand, el que había echado a Sartaj del búnker de Gaitonde.

—¿El dormitorio? —preguntó Anjali Mathur.

Sartaj se lo indicó. Por teléfono, ya le había dicho el nombre de Jojo, su profesión, sus profesiones, y lo del nicho secreto en el armario, y lo de su hermana llamada Mary. El número que había marcado era de una línea fija, pero la llamada debía de haber sido reenviada al teléfono móvil que ella llevaba en la mano izquierda.

—¿Pueden esperar fuera? —Levantó el hombro mientras recorría la habitación.

Uno de sus lacayos de pelo corto ya estaba agarrando el pomo de la puerta, y Katekar apenas había llegado a la puerta cuando esta se cerró con firmeza. Él y Sartaj esperaron de pie en el pasillo, demasiado desconcertados como para estar enfadados.

No había nada que hacer, sino esperar, y eso hicieron.

—Esos chutiyas que van con ella son los mismos —comentó Katekar— del día de Gaitonde.

Sartaj asintió. Los tres hombres que iban con Anjali Mathur habían estado en el búnker de Gaitonde, y todos llevaban el mismo corte de pelo y los mismos zapatos. ¿Qué zapatos llevaba ella, con el *salvar-kamiz* marrón? No se había percatado, todo había sido demasiado rápido. Algo sumamente acertado, estaba seguro, plano y resistente. Ella era de ese tipo, con el pelo recogido con fuerza hacia atrás y el *dupatta* echado de forma eficaz y el bolso cuadrado de piel marrón con las correas fuertes, lo bastante grande como para llevar lo que fuera que una agente internacional llevaba en sus misiones. El aire frente al ascensor estaba viciado y muy caliente, y Sartaj sintió cómo se le acumulaba el sudor en los antebrazos. Comenzó a respirar profundamente, con un ritmo que había desarrollado en mil operaciones de vigilancia. Si podía hacerlo bien de verdad, el calor y el sudor se alejarían, y el tiempo se replegaría en sí mismo hasta arremolinarse en la tranquilidad, y se sentiría liberado del mundo mientras estuviera quieto en él. Pero tenía que conseguir hacerlo bien. Respiró, y pudo oír a Katekar en el otro extremo de la puerta, también tratando de hallar reposo en la calma apremiante. Sudaron juntos, y después de un rato respiraron juntos. Sartaj estaba flotando, viraba hacia otro lado y se desvanecía por las habitaciones de su niñez, donde con concentración ansiosa blanqueaba sus deportivas para la gimnasia de la mañana, y se lo enseñaba a Papa-ji, que insistía mucho en el blanco perfecto, mucho más que cualquier monitor de la escuela, porque había

inculcado en su hijo la lección urgente de que el mejor conjunto podía arruinar su efecto gracias a un par de zapatos descuidados, mientras que un conjunto normal podía volverse glorioso por unos suaves mocasines de borlas marrón oscuro brillantes como espejos. ¿Qué había hecho Ma con los zapatos de Papa-ji, esas columnas ordenadas de negro y marrón en el estrecho armarito especial en el lado izquierdo del ropero? ¿Y qué había sido de sus trajes, de esa lana teñida por bolas de naftalina que olía a laderas de montaña cargadas de lluvia? Todo regalado, empaquetado. Todo perdido, incluso una camiseta filipina que un amigo había traído de Manila, y que resaltaba el bigote blanco de Papa-ji y la curva de su barba, que había llevado con una elegancia fascinante el día de su sesenta y siete cumpleaños con pantalones de sarga color gris y un turbante negro azabache. Sartaj rompió a reír de admiración cuando le vio bajar por el camino de grava frente a la casa. Pero más avanzada la tarde, de regreso del restaurante, subieron tres tramos de escaleras en un nuevo centro comercial, y Papa-ji tuvo que parar en el segundo rellano para recobrar el aliento, y Sartaj apartó los ojos, para mirar fijamente por una ventana unos carteles de neón, y escuchó el leve sonido alterno, vibrante, la vida todavía encontrándose a sí misma, funcionando, y tuvo miedo.

—¿Inspector Singh? —Era Makand, asomando por el pasillo su cabeza gris en forma de bala—. Entre, por favor.

La invitación era solo para Sartaj.

Anjali Mathur estaba sentada tras la mesa del comedor. Señaló la botella de agua fría y los vasos sobre la mesa.

—Disculpe que le haya hecho esperar fuera. El caso es tal que tenemos que ser muy cuidadosos.

El resto de su pequeña armada estaba ausente del salón. Registrando el dormitorio, tal vez. Sartaj se sirvió un vaso, bebió, y esperó. El agua estaba deliciosamente fría. Estaba contento de beber y estar tranquilo porque no tenía ni idea de qué tipo de caso era. Anjali Mathur tenía unos ojos muy directos, muy brillantes, y en ese momento esperaba para decirle algo. Se sirvió otro vaso, y esta vez lo bebió con lentitud, a sorbos. Si el caso era tal, del tipo que fuera, no tenía nada que ganar si hablaba. Dio un sorbo, y miró justo detrás de ella, sin refutar su mirada, pero informal y bebiendo y todavía sin ceder.

Ella cambió ligeramente de postura, y se instaló en la más tenue de las sonrisas.

—¿Quiere saber cuál es el caso?

—Me contará lo que necesito saber —contestó Sartaj.

—No puedo contar mucho. Pero puedo decirle que es muy gordo.

—Sí.

—¿Qué le parece eso?

—Me asusta.

—¿No está entusiasmado por haber sido escogido para trabajar en un caso grande?

Sartaj echó atrás la cabeza y se rió.

—El entusiasmo es una cosa. Pero los casos grandes pueden engullir a inspectores pequeños.

Ahora fue ella la que sonrió de oreja a oreja.

—Pero ¿trabajaré en él?

—Hago lo que me dicen.

—Sí. Siento no poder decirle mucho más. Pero digamos que incumbe a la seguridad nacional, un gran peligro para la seguridad nacional.

De nuevo, ella esperaba que él dijera algo.

—¿Entiende lo que digo?

Sartaj se encogió de hombros.

—Ese tipo de cosas siempre me parecen filmi. Por lo general lo más excitante que hago es arrestar a taporis locales por extorsión. Un asesinato aquí y allí.

—Esto es real.

—Vale.

—Y muy grande.

—Entiendo.

Sartaj no entendía en absoluto, pero si era el tipo adecuado de caso grande, tal vez no fuera malo estar relacionado con él. Tal vez habría reconocimientos y menciones de honor por haber hecho cosas pequeñas para un caso grande.

—Necesitamos saber más sobre lo que Jojo y Gaitonde estaban haciendo juntos. Cuál era el negocio que tenían juntos.

—Sí.

—A Jojo la encontró muy rápido. Shabash. Pero necesitamos saber más. Presione la investigación por el lado de Gaitonde. Siga a sus socios, sus empleados, a cualquiera que encuentre. Mire a ver qué dicen.

—Eso haré.

—Haré que alguien de la comisaría de Colaba compruebe el número de teléfono de la hermana, y, cuando la hayamos localizado, vaya y hable con ella, mire qué puede sonsacarle sobre Jojo.

—¿Tendré que hablar con la hermana?

—Sí.

Era imposible investigar sin modificar lo que estabas investigando, sin que los sujetos se volvieran precavidos. Y Anjali Mathur, por razones que no iba a revelar, estaba deseando que sus sospechosos creyesen que esta era una investigación local. Sartaj pensó que tenía un buen rostro de investigadora, curiosa pero neutral, sin revelar nada.

—Muy bien, señora —contestó—. ¿Puedo decirle dónde murió su hermana?

—Sí. Averigüe si sabe algo de los tratos de su hermana con Gaitonde. Y como antes, infórmeme directamente a mí. Solo a mí. A ese número de teléfono.

Y eso fue todo, por lo que se refirió a las instrucciones y aclaraciones de Anjali

Mathur. Sartaj cogió la botella y un vaso de la mesa, y lo llevó al pasillo para Katekar, a quien para entonces el sudor empapaba hombros y espalda. Estaba mucho menos fastidiado que Sartaj por el calor del verano, le daba igual caminar unos tres kilómetros en una tarde de mayo, pero sudaba mucho más. Sartaj atribuía esta resistencia al calor a toda una vida de preparación: Katekar había crecido sin ni siquiera un ventilador, y de esa forma sobrevivía alegremente las olas de calor. Todo era cuestión de a qué estabas acostumbrado. Katekar bebió un vaso de agua.

—¿Hemos terminado? —preguntó con una pequeña inclinación de cabeza sobre el hombro izquierdo, que incluía al apartamento, a Jojo y a Anjali Mathur.

—Todavía no —respondió Sartaj.

Katekar no dijo nada.

—Bébetelo todo —dijo Sartaj, sonriendo burlón—. Tenemos mucho que hacer. La seguridad nacional depende de nosotros.

En comisaría había alguien más que quería hablar sobre seguridad nacional con Sartaj. Su nombre era Wasim Zafar Ali Ahmad, y estaba impreso en hindi, urdu e inglés en la tarjeta que le dio a Sartaj. Bajo el nombre había un título, «Trabajador Social», y dos números de teléfono.

—Me sorprendió oír, inspector saab —comenzó—, que había estado dos veces en Navnagar y no había contactado conmigo. Pensé que quizá era difícil encontrarme. Por lo general no estoy en casa. Me muevo mucho, por trabajo.

Sartaj giró la tarjeta con las yemas de los dedos y la dejó en la mesa.

—Fui a la bura bengalí.

Estaban sentados en el escritorio de Sartaj, uno frente al otro.

—Que está justo en Navnagar. Trabajo mucho allí.

Tenía unos treinta años, este Ahmad de nombre largo, un poco rellenito y un poco alto y muy seguro de sí mismo. Había estado esperando a Sartaj en la parte delantera de la comisaría y le había seguido al entrar, con la tarjeta preparada. Llevaba una camisa blanca con pequeños bordados blancos en los puños, impecables pantalones blancos y una expresión resuelta.

—¿Conoces al chico que mataron? —preguntó Sartaj.

—Sí, le había visto algunas veces.

Sartaj también había visto a Ahmad, estaba seguro. Le resultaba familiar, y sin duda iba y venía por comisaría, los trabajadores sociales lo hacían a menudo.

—¿Vives en Navnagar?

—Sí. En la parte de la carretera. Mi familia fue una de las primeras allí. En aquellos tiempos, la mayoría de la gente venía de Uttar Pradesh, de Tamil Nadu. Los de Bangladesh... ellos vinieron más tarde. Demasiados, pero ¿qué se puede hacer? Así que trabajo con ellos.

—¿Y conocías a los apradhis? ¿Y a ese tipo de Bihar que era su jefe?

—Solo de vista, inspector saab. No lo bastante como para saludarle. Pero conozco a gente que los conoce. Y ahora este asesinato que han cometido. Es muy malo. Vienen de fuera y hacen cosas malas en nuestro país. Y arruinan el nombre de gente buena que es de aquí.

Se refería a los indios musulmanes, que sufrían una difamación y un odio ampliamente extendidos y difundidos por los fundamentalistas hindúes. Sartaj se recostó, se frotó la barba. Wasim Zafar Ali Ahmad era sin duda interesante. Como la mayoría de los supuestos trabajadores sociales, quería prosperar, convertirse en un gran hombre en la zona, un hombre con contactos que atrajesen a la clientela, un hombre que pudiese llamar la atención de los partidos políticos como organizador local y voluntario y finalmente candidato potencial. Los trabajadores sociales se habían convertido en diputados o incluso congresistas, costaba mucho tiempo pero se había hecho muchas veces. Ahmad tenía el don del político para decir tópicos sin sonar ridículo. Parecía lo bastante inteligente, y quizá tenía el empuje y la crueldad.

—Así que —contestó Sartaj—, por el bien del país y de los buenos ciudadanos, ¿quieres ayudarme en este caso?

—Claro, inspector saab, claro.

La alegría de Ahmad al ser comprendido surgía de su estómago, de todo su cuerpo. Puso los codos encima de la mesa y se inclinó hacia delante, hacia Sartaj.

—Conozco a todo el inundo en Navnagar, e incluso en la bura bengalí tengo muchos contactos, trabajo con esa gente, les conozco. Así que puedo preguntar tranquilamente, ya sabe. Intentar averiguar qué dice la gente, qué sabe la gente.

—¿Y qué sabes tú ahora? ¿Sabes algo?

Ahmad se rió con satisfacción.

—Arre, no, no, inspector saab. Pero estoy seguro de que puedo descubrir algo aquí y allí, alguna cosita.

Y se recostó, regordete y satisfecho.

Sartaj cedió. Ahmad no era lo bastante estúpido como para derrochar buenas propinas por nada, o a sus fuentes.

—Bien —replicó Sartaj—. Te estaré agradecido si puedes ofrecer alguna ayuda. ¿Y hay algo que yo pueda hacer por ti?

Entonces se entendieron el uno al otro.

—Sí, saab, la verdad es que lo hay.

Ahmad dejó de lado su encanto y planteó sus condiciones con tranquilidad, sin rodeos.

—En Navnagar hay dos hermanos, chicos jóvenes, uno de diecinueve, el otro de veinte años. Todos los días molestan a las chicas cuando van a trabajar, les dicen esto y lo otro. Les pedí que parasen, pero entonces me amenazaron. Han dicho claramente que me romperán los brazos y las piernas. Podría actuar contra ellos yo mismo, pero me he refrenado. Pero cuando el agua comienza a cubrirle a uno, inspector saab...

—¿Nombres? ¿Edad? ¿Dónde los encuentro?

Ahmad ya había escrito los detalles con cuidado en su agenda, y arrancó la página para Sartaj con sumo esmero. Proporcionó descripciones y detalles de la familia, y después se disculpó.

—Ya le he quitado bastante tiempo, saab —dijo—. Pero por favor llámeme en cualquier momento, de día o de noche, si necesita algo.

—Llamaré después de haber visto a estos dos —contestó Sartaj.

—Los ciudadanos de Navnagar estarán muy contentos, saab, si puede salvar a sus hermanas e hijas de este problema diario.

Con eso, Wasim Zafar Ali Ahmad se puso una mano en el pecho y se retiró. Había invocado a la gente de Navnagar, pero tanto él como Sartaj sabían que los dos hermanos tenían que ser castigados porque Ahmad así lo quería. Esta era la primera ofrenda en su relación, esta prueba de confianza y buena voluntad. Sartaj agarraría a estos Romeos del borde de la carretera, cuya principal ofensa era sin duda no su acoso a las mujeres que pasaban sino su falta de respeto hacia Ahmad. Sartaj se ocuparía de ellos, y Ahmad le daría algo de información. Entonces a Ahmad le verían en la basti como un hombre con contactos en la policía, y su nombre sonaría y más gente acudiría a su puerta, en busca de su auspicio y ayuda, y a cambio inflaría su influencia. Si todo le iba bien, tal vez en unos pocos años sería Sartaj quien le llamase a él «saab». Pero todo eso quedaba muy lejos, y primero estaba esta pequeña tarea de escarmiento a los hermanos acosadores sexuales. Todas las granes carreras comenzaban con estos intercambios pequeños y se mantenían gracias a ellos. El interés mutuo era el aceite lubricante que hacía funcionar la pequeña y gran maquinaria del mundo, y Sartaj lo utilizaría para mandar a los criminales patinando hacia el cautiverio. Notó de qué modo la excitación le pellizcaba en el cuello y por los antebrazos, ese estremecimiento antiguo que llegaba a él cuando sentía que un caso se abría. Bueno, bueno, esto era bueno. Era absurdo esperar un éxito, pero Sartaj no podía evitar saborear la anticipación. Encontraría a los asesinos, los atraparía, ganaría: la idea de la victoria despertó en su pecho como un ardor diminuto, y tomó energía de ella todo el día.

Aquella tarde, frente a un vaso de whisky escocés, Sartaj le habló a Majid Khan de su nueva fuente de nombre tan largo. Majid no era bebedor, pero tenía una botella de Johnny Walker Etiqueta Negra para Sartaj. Sartaj bebía de ella cada vez que iba a cenar, y esa tarde estaba dependiendo demasiado de ella, tragando con glotonería. Le estaba hablando a Majid de Wasim Zafar Ali Ahmad mientras los hijos de Majid ponían los platos sobre la mesa y su madre hacía ruido con las cucharas en la cocina.

—Sí, conozco al tal Ahmad —dijo Majid—. En realidad, conozco a su padre.

—¿Cómo?

—Lo encontré durante los disturbios, justo al lado de la carretera en Bandra. Yo iba a Mahim con cuatro agentes. Desde lejos, vi a esos tres bastardos de pie encima

de algo. Las calles estaban vacías por completo, ¿sabes?, y solo la carretera vacía y esos tres. Así que le dije al conductor: vamos, vamos. Y aceleramos, y tan pronto como vieron el jeep, los tres chutiyas se fueron corriendo. Entonces vi a ese hombre tumbado en el suelo, ¿sabes?, barba gris, kurta blanca limpia, *topi* blanco, solo un viejo caballero musulmán. Había intentado correr, le habían alcanzado, derribado. Estaba muy asustado, pero no estaba herido.

—Lo hubiera estado. Si no le hubieses salvado. Muerto.

—Arre, no le salvé. Pasamos por allí por casualidad.

Majid no estaba siendo falsamente modesto, comentaba hechos sin más. Se rascó el pecho, y bebió de su vaso de nimbu pani.

—De cualquier forma, lo pusimos en la parte trasera del jeep, nos lo llevamos. No pudo hablar durante una hora. Pero desde entonces viene cada *Bakr'id* a mi oficina, me trae algo de *gosht*, pico algo y le mando de vuelta con ello. Pero viene sin falta. Un viejo agradable.

Estaban de pie en la terraza del apartamento de Majid en un octavo piso, apoyados en el parapeto. Había una luna llena perfecta colgada a baja altura por encima de los rectángulos escalonados de los tejados, sobre el borde oscuro de las tierras bajas acuosas y la hilera de kholis con techo de hojalata y el mar más allá. Sartaj no podía pensar en la última vez que había visto la luna llena. Quizá necesitas estar a esta altura para verla, pensó, alto por encima de las calles.

—¿Su hijo nunca ha ido con el padre? ¿Para darte las gracias y pedirte ayuda?

—No.

—Tío listo.

Ahmad demostraba su inteligencia al no presumir del hilo de gratitud que ataba a su padre y a Majid, tirando de él. Estaba actuando a su manera, a través de Sartaj, el inspector local. Si Ahmad pudiera hacer felices a Sartaj y los agentes, ellos le recomendarían a Majid, quien tal vez haría posible que Ahmad ganase influencia y llevase a cabo actividades de legalidad cuestionable, aportando prosperidad y mayor desarrollo.

—Sí —contestó Majid—. No es un inocente como su padre.

—Los inocentes tienen muy buena suerte a veces, ¿no?

—A veces. El padre dijo que tenían algún familiar que fue asesinado en los disturbios. Un primo hermano.

—¿Primo cercano?

—No, lejano, al parecer. El viejo armó mucho lío con eso la primera vez que vino a verme. Le dije que tenía suerte de que solo hubiera sido un primo lejano. En este país, si miras a cualquier familia el tiempo suficiente, encontrarás a algún primo lejano cuya suerte se ha torcido. Si no es en este disturbio, entonces en algún otro.

Era cierto. Sartaj había oído historias de su propia familia, sobre gente que abandonaba casas en medio de la noche.

—Vamos, vosotros dos —llamó Reshana desde dentro.



Tenía en la mano el bol de plástico familiar con su tapa ajustada y diseño de rosas rojas. Había estado preparando rotis en la cocina. Habría hecho la khima antes, por la tarde, con la ayuda de su sirvienta, y entre las dos conseguirían una delicia o un desastre. Siempre era una lotería, y Sartaj tiró de la silla contento por el whisky que había bebido. Imtiaz y Farah se daban codazos el uno a la otra al sentarse. Los conocía desde que eran niños, y ahora que habían crecido el pequeño apartamento parecía más pequeño.

Imtiaz le pasó un bol.

—Tío, ¿has visto la página web de la CIA? —preguntó.

—¿La CIA, de los americanos? —indagó Sartaj.

—Sí, tienen una web, y te dejan mirar en sus documentos secretos.

Farah estaba sirviendo *raita* en un cuenco para Sartaj.

—Si te dejan leerlo no es secreto, idiota. Tío, se pasa horas buscando artículos raros y hablando con chicas por Internet.

—Cállate —pidió Imtiaz—. Nadie está hablando contigo.

Majid sonreía.

—¿En esto gasto miles y miles de rupias, para que mi hijo pueda hablar con chicas en América?

—Europa —replicó Farah—. Tiene una novia en Bélgica, y otra en Francia.

—¿Tienes novias? —preguntó Sartaj—. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Catorce —corrigió Farah. Sonriendo—. Apuesto a que les ha dicho que tiene dieciocho.

—Al menos parece que tengo dieciocho. No como alguna gente que se comporta como si todavía tuviese once.

Farah alargó la mano por debajo de la mesa, e Imtiaz hizo un gesto de dolor. Levantó el brazo.

—Las uñas de las mujeres —dijo, con aspecto de estar muy satisfecho de sí mismo— son más mortales que las de los hombres.

—Parad, vosotros dos —terció su madre—. Dejad comer al tío.

Sartaj comió y se sintió aliviado al descubrir que aquella tarde algo se había salvado del caos culinario.

—¿Nuevo corte de pelo? —le preguntó a Farah.

—¡Sí! Eres el único hombre del mundo que se daría cuenta. Mi querido Papa tardó tres días en notar por qué tenía un aspecto diferente.

—Muy bonito —concedió Sartaj.

Se la veía decididamente guapa, y Sartaj se preguntó si tendría novios en Bélgica, o incluso en Bandra. Pero se guardó la pregunta para sí mismo, sabiendo que Majid era muy liberal, pero que su tolerancia para el romance desenfadado no se extendía a su hija. Gastaría dinero ganado con el sudor de su frente en un ordenador para sus hijos, para su hijo, pero ese bigote de caballería no era solo afectación. Los chicos

bajo el embrujo del nuevo aspecto de Farah tendrían que ser realmente temerarios para trepar el muro de su castillo de ocho pisos de altura. Ahora estaba radiante, y Sartaj estaba seguro de que había chicos cuyo miedo se desvanecería ante semejante brillo. Él mismo había trepado algunas paredes mucho tiempo atrás, y había hecho frente a padres feroces por un rostro precioso.

Después de cenar, Rehana le llevó a Sartaj una taza de té y se sentó a su lado en el sofá. Tenía los mismos pómulos anchos que sus hijos, y un peso llevadero. En la fotografía enmarcada en dorado que había en la pared era una novia delgada, con alheña, pero incluso entonces, incluso con la cabeza inclinada de manera formal, tenía los mismos ojos brillantes.

—Bueno, Sartaj. ¿Tienes novia?

—Sí —contestó Sartaj—. Sí.

—¿Quién? Cuéntame.

—Una chica.

—¿Y qué otra cosa podía ser una novia? ¿Una pina? Sartaj, para ser policía, eres un mentiroso muy muy malo.

—Es un tema aburrido, bhabhi.

—Mi hijo no piensa eso.

Su hijo había bajado a la tienda de la esquina con su marido y su hija a comprar helado.

—Sartaj, todavía no eres tan viejo. ¿Cómo vas a seguir viviendo así? Necesitas una familia.

—Hablas como mi madre.

—Porque las dos tenemos razón. Ambas queremos que seas feliz.

—Lo soy.

—¿Qué?

—Feliz.

—Sartaj, cualquiera que te mire se da perfecta cuenta de lo feliz que eres.

Y contemplándola en su remanso de satisfacción, Sartaj pensó que podría haber dicho lo mismo sobre ella. En ese momento tuvo plena conciencia de la fatiga empapada, sudada, de su propio cuerpo, su amargura de whisky. Se enfadó porque el momento profesional del día se viese arrastrado a aquella discusión inútil sobre la felicidad con la feliz Rehana. Un golpe en la puerta le salvó de nuevas investigaciones sobre la naturaleza de la felicidad.

—Helado —se oía—. Helado.

Tomó un bol de helado, y huyó.

Un zumbido violento despertó a Sartaj de un sueño en el que volaba atravesando océanos para encontrarse con mujeres extranjeras. Tenía un argumento complicado que incluía madres vigilantes y jeeps veloces, pero se esfumó tan pronto como abrió

los ojos. Se medio incorporó, desconcertado, y no pudo pensar de dónde venía el ruido. Por un momento cayó en que el timbre de la puerta se había estropeado, pero entonces se acordó del móvil. Lo buscó a tientas sobre la mesa al lado de la cama, lo tiró y tuvo que subirlo por el hilo del cargador. Al final no abrió.

—¿Sartaj saab?

—¿Quién es? —Ladró Sartaj.

—Bunty, saab. Alguien me dijo que quería hablar conmigo.

—Bunty, sí, sí. Me alegra que hayas llamado.

Sartaj balanceó los pies hasta el suelo y trató de serenarse, recordar una estrategia para hablar con un hombre de Gaitonde. Pero no podía recordar si ya había pensado una, y al final simplemente dijo:

—Quiero verte.

—El rumor es que disparó a bhai.

—Yo no disparé a Gaitonde. Olvida los rumores. ¿Qué te parece, Bunty?

—Mi información es que ya estaba muerto cuando usted entró.

—Tienes buena información, Bunty. Todo fue muy extraño. ¿Por qué se suicidaría un hombre como él?

—¿Es de eso de lo que quiere hablar?

—De eso y de otras cosas. Te lo diré cuando te vea.

—¿Qué sé yo de por qué se suicidó?

—Oye, Bunty. Solo quiero hablar contigo. Si me ayudas, podría ayudarte. Gaitonde está muerto, los chicos de Suleiman Isa te estarán buscando. He oído que parte de tu propia gente ya se ha separado.

—Es un juego que he jugado durante muchos años.

—Cierto, pero ¿ahora? ¿Solo? ¿Hasta dónde podrás correr?

—¿Quiere decir en mi silla de ruedas, saab? —La voz de Bunty era ronca, con un pequeño silbido de esfuerzo al final de cada respiración. Quizá era la forma en que tenía que sentarse, alguna opresión en los pulmones. Pero no estaba triste, solo le hizo gracia—. Puedo ir más rápido con este trasto que la mayoría de los hombres corriendo.

Sartaj se levantó, contento con la oportunidad de ser curioso y amable.

—¿De verdad? Nunca he visto una silla de ruedas así.

—Es extranjera, saab. También sube y baja escaleras. Puedo hacer todo tipo de cosas.

—Es asombroso. Debe de ser muy cara.

—Bhai me la dio. Le gustaban las cosas así, actualizadas.

—¿Así que era un hombre moderno?

—Sí, muy moderno. Pero es muy duro mantener en marcha esta silla, ¿sabe? Aquí nadie sabe cómo arreglarla, y las piezas de repuesto y todo tienes que traerlo de *vilayat*. Se estropea demasiado.

—No está hecha para las condiciones indias.

—Sí. Como uno de esos coches nuevos. Parecen buenos, pero al final solo un Ambassador te puede llevar a cualquier pueblo al que quieras ir.

—Queda conmigo, Bunty. Tal vez pueda llevarte a tu pueblo sin peligro.

—Nací aquí en Mumbai, en *GTB Nagar*, saab. Y tiene demasiadas ganas de verme. Quizá Suleiman Isa le ha pedido que me mande a casa.

—Bunty, pregúntale a cualquiera. No tengo contacto con Suleiman Isa ni ninguno de sus hombres.

—Está próximo a Parulkar saab.

—Puede ser. Pero no hago ese tipo de trabajo para él, Bunty. Lo sabes. Soy solo un hombre sencillo.

Sartaj se puso de pie, caminó hacia los pies de la cama. Estaba empujando demasiado fuerte a un hombre que solo trataba de mostrarse más hábil que la muerte en su veloz silla de ruedas.

—Escucha, si no quieres quedar, no hay problema. Solo piénsalo, ¿de acuerdo?

—Sí, saab. Tengo que ir con cuidado, especialmente ahora.

—Sí.

—Pero puedo ayudarle por teléfono, saab. ¿Qué quiere saber?

De modo que Bunty mantenía abiertas sus opciones con Sartaj, por si necesitaba ayuda más adelante. Tenía problemas propios, después de todo, y quería mantenerse vivo. Sartaj se relajó, agitó los hombros para aflojarlos y estiró el cuello. Ahora tenían la posibilidad de establecer una relación.

—Dime, ¿de veras no sabes nada de por qué Gaitonde eliminó su propio wicket?

—No, saab. No lo sé. De verdad que no lo sé.

—¿Sabías que había vuelto a Bombay?

—Lo sabía. Pero no le había visto en semanas. Solo hablábamos por teléfono. Se estaba escondiendo en ese sitio.

—¿Esa casa?

—Sí. No iba a salir.

—¿Por qué?

—No lo sé. Siempre era cuidadoso.

—¿Cómo sonaba por teléfono?

—¿Sonar? Como bhai.

—Sí, pero ¿estaba triste? ¿Feliz?

—Estaba un poco *khiskela*. Pero él siempre estaba así.

—¿Khiskela cómo?

—Como si tuviera el cerebro lleno de cosas. A veces hablaba conmigo durante una hora de algo que no tenía nada que ver con el negocio, solo hablaba y hablaba.

—¿De qué?

—No lo sé. Un día fue sobre ordenadores en los viejos tiempos. Dijo que había ordenadores y superarmas en el *Mahabharata*, y siguió hablando y hablando sobre Ashwathamma. No le escuché. Incluso antes, cuando vivía en su barco, le gustaba

hablar mucho rato por teléfono. Era un derroche de dinero enorme. Pero él era bhai, así que solo decías, haan, haan, y él seguía.

—¿Quién era la mujer que estaba con él?

—Jojo. Le mandaba piezas.

—¿Le mandaba?

—Sí. Piezas de primera clase para bhai. Solía hacer que volasen a Tailandia o donde quiera que estuviese. Vírgenes. Jojo era la proveedora.

—¿Vírgenes haciendo todo ese recorrido desde aquí?

—Sí, a él le gustaban las vírgenes indias.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Una vez al mes quizá.

—¿Y Jojo también era su mujer?

—Era una *bhadwi*. Él también debió de desvirgarla. Era una de sus aficiones.

—¿Por qué volvió a Mumbai, Bunty?

—No lo sé.

—Eras su hombre principal en Mumbai, Bunty. Claro que lo sabes.

—Yo solo era uno de sus Números Dos.

—Me dijeron que eras el más próximo a él.

—Me quedé con él.

—¿Y los otros le dejaron? ¿Por qué?

Hubo un chisporroteo leve en la línea, de celofán y cartón, y Sartaj esperó mientras Bunty se encendía un cigarrillo y daba una calada.

—Algunos se fueron. El negocio iba hacia abajo —explicó Bunty.

—¿Por qué?

—Ahora no importa.

Esta era la clave del asunto. Sartaj lo sabía por lo reacio que se mostraba Bunty a ceder, por su tranquilidad estudiada. Con cuidado, muy despacio, Sartaj dijo:

—Tienes razón. Bunty. Ahora no importa, así que cuéntame.

Bunty se sacó el cigarrillo. Dejó salir el humo, resolló un poco. Sartaj esperó.

—Saab, el negocio va hacia abajo para todo el mundo.

—Pero más para la banda de Gaitonde que para las otras. Bunty, no seas chutiya. Si eres honesto conmigo, seré claro contigo. Cuéntame.

—Bhai no se estaba concentrando en el negocio. Nos tenía a todos corriendo por aquí y por allá.

—¿Detrás de qué?

Bunty se rió de repente.

—Nos tenía persiguiendo a un *sadhu*. Decía que teníamos que encontrar a un hombre sabio.

—¿Qué *sadhu*? ¿Persiguiendo dónde?

—Tres *sadhus* en total, y uno era el líder. De verdad, saab, no puedo contarle más.

—¿Por qué no?

—No sé mucho más.

—Dime lo que sabes.

—No así, saab.

—Pues veámonos.

—Saab, hable con Parulkar saab.

—¿Sobre qué?

—Quiero entregarme. Pero ellos provocarán que me eliminen, saab.

Tenía sentido, pero Bunty quería venir. Estaría más seguro bajo custodia, y la cárcel le protegería de sus muchos enemigos. Pero tenía miedo de ser ejecutado antes de que su nombre siquiera apareciera en una lista de arrestos.

—Si tienes algo bueno que darnos —contestó Sartaj—, estoy seguro de que Parulkar saab cuidará de ti.

—Lo tengo todo, saab. Estuve con bhai mucho tiempo.

—De acuerdo. Hablaré con Parulkar saab. Después quiero saber quién era ese sadhu, el líder.

—Cuando esté a salvo, saab, contaré todo lo que sé. Le daré su nombre. Soy el único que lo sabe.

—Bien. Voy a hablar con Parulkar saab, y te diré lo que me diga. Dame un número de teléfono.

—Estoy llamando desde un teléfono público, saab. Y no estoy en Mumbai. Yo le llamaré.

—Bueno.

Bunty debía de estar muy asustado para tener tanto cuidado incluso al buscar una forma de refugio seguro.

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—El lunes, saab.

—Llámame el lunes por la tarde, y te contaré lo que diga Parulkar saab.

—Sí, saab. Ahora voy a cortar.

Bunty colgó, y Sartaj preparó chai y reflexionó sobre las rarezas de la vida de un gángster. Que la muerte pudiera llegar de pronto era un dato conocido, pero lo que a Sartaj le chocaba y le parecía penoso era que Bunty estuviese tratando de confiar en Parulkar, su depredador más temido. A lo largo de los años, Parulkar había sido responsable de la caza y captura de muchos de los hombres de la banda-G. Había utilizado sus muchas fuentes para conseguir información y localizar el paradero de los funcionarios de Gaitonde, y había mandado a sus equipos para atraparlos y matarlos. A menos que los muertos fueran pistoleros de primera o eminentes Números Dos, los periódicos informaban de sus muertes en historias de un párrafo al final de las últimas páginas. Bunty sería considerado como mención de página principal en las secciones de la ciudad, tal vez. Por su silla de ruedas especial, quizá, si no su muerte.

Sartaj se terminó el chai, y después llamó a la Delhi-vali, para hablarle de la

investigación sobre Gaitonde.

—¿Un sadhu era el líder del grupo? —preguntó Anjali Mathur.

—Sí, señora.

—¿Qué sadhu? ¿Había un nombre?

—No, señora. La fuente se negó a dar ninguna otra información en este momento. Podré saber más en pocos días.

—De acuerdo. Esto es muy raro. Sabíamos que Gaitonde era muy religioso, que llevaba a cabo pujas con bastante frecuencia. Pero no sabemos de sadhus relacionados con él. ¿Y por qué estaría buscando a ese hombre?

—No lo sé, señora.

—Ya.

Se quedó callada. Sartaj esperó. Se estaba acostumbrando a la deliberación lenta de Anjali Mathur.

—Tengo una dirección para usted —dijo—. Apúntela.

—¿La hermana?

—Sí, la hermana. Se ha mudado. Ahora está en Bandra.

Antes de ir a ver a la hermana a Bandra, Sartaj paró en la comisaría. Tenía que hacer una llamada telefónica. El pedazo de papel que le había dado Parulkar con el contacto de la banda-S solo tenía un número de teléfono, sin nombre. Sartaj tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse. Iffat-bibi. Sí, eso era. Iffat-bibi, que era la tía materna de Suleiman Isa y su cómplice criminal. Sartaj no pudo imaginar un rostro para ella mientras marcaba, pero cuando contestó al teléfono y le oyó la voz, de inmediato pensó en la Begum Akhtar. Era la misma dulzura curtida en la voz, ese desengaño del viejo mundo que emergía flotando de los álbumes de vinilo, lleno de dolor pero fuerte como el filo de una daga *avadhi* curva.

—¿Así que eres el hombre de Parulkar? —preguntó.

—Sí, señora.

—Arre, no me llames así, no seas tan formal conmigo. Después de todo, eres el hijo de Sardar Saab.

—¿Le conocía?

—¿Desde cuándo? —replicó Iffat-bibi—. Le conocía desde que era un *rangroot* joven, casi. Era tan guapo, *baap re*.

Papa-ji nunca le había hablado a Sartaj de Iffat-bibi, pero tal vez ella era del tipo de mujer sobre la que los padres nunca hablan a sus hijos.

—Sí, era muy cuidadoso con la ropa.

—A tu padre —dijo Iffat-bibi— le encantaba el *reshmi kebab* de un local de nuestra propiedad que se llamaba *Ashiana*. Pero ese restaurante ya no existe.

Sartaj se acordaba de los *kebabs*, pero no sabía que Iffat-bibi tuviese nada que ver con ellos. Iffat-bibi quería contar historias sobre Sardar Saab. Contó que en una

ocasión este encontró a un chico indigente de doce años merodeando por la Estación Victoria, y utilizó su propio dinero para comprarle comida y reservarle un billete de tren de vuelta al Panjab.

—Sardar Saab era un buen hombre —suspiró—. Muy recto y sencillo.

Sartaj miró su mano, miró el *kara* de acero en su muñeca y la marca que había dejado en el transcurso de la vida, y asintió.

—Sí.

Esperó.

—Deberías venir a visitarnos alguna vez. Te daré *reshmi kebabs* mejores que los del Ashiana.

—Sí. Iffat-bibi. Algún día iré.

Iffat-bibi había guardado las formas, y en ese momento estaba dispuesta a descender a los negocios.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito información sobre Gaitonde.

—¿Ese *maderchod*?

Fue un impacto oír la palabra en esa voz que prometía una canción, y entonces Sartaj entendió que pudiera ser consejera y ayudante de un *bhai*, y no solo una abuela indulgente que ofrecía comida.

—Nos molestó durante años. Me alegro de que al final te ocupases de él.

—No lo hice, bibi —respondió Sartaj—. Pero hábleme sobre él. ¿Qué tipo de hombre era?

Era un maquinador, un bellaco cobarde, contó ella. Huyó de una pelea y traicionó a sus propios hombres. Era un libidinoso pecador que utilizaba y destrozaba a chicas jóvenes.

—Pero dirigía una banda grande, bibi.

Ella reconoció que era un buen director, y que amasó algo de dinero en sus tiempos. No, no sabía qué estaba haciendo de vuelta en la ciudad. Lo último que había oído es que había ido a esconderse a Tailandia o Indonesia, el bastardo. Contó historias sobre Gaitonde, sobre sus perfidias. Había matado a gente inocente, diciendo que eran amigos de Suleiman Isa. Era un insecto.

—Bibi, ¿sabe de algún *sadhu* que tuviera contacto con él?

—¿*Sadhu*? No. Todo eso de rezar y la piedad, todo era una farsa. Nunca hizo ni una pizca de bondad para nadie en su vida, ojalá arda.

Sartaj le dio las gracias y terminó:

—Ahora me tengo que ir, bibi.

—¿Estás hablando con alguien del entorno de Gaitonde?

—Aquí y allá, bibi.

Ella se rió.

—Bien, no me lo digas si no quieres, beta. Pero si tienes algún problema, ven a mí. Después de todo, eres el hijo de Sardar Saab.



—Sí, bibi.

—Lámame alguna vez. Soy una mujer vieja, pero mantente en contacto. Puedo ser de utilidad. Te doy mi número personal, escribe.

Sartaj apuntó el número y el nombre en su agenda, y pensó que, aquella anciana parlanchína no le sería de mucha utilidad. No tenía nada útil que ofrecerle, o tal vez él no tenía nada que ella pensara que valía para intercambiar buena información. Colgó el teléfono y salió a la comisaría buscando a Katekar. Ahora tenían que visitar a otra mujer.

Mary Mascarenas se sentó sobre la cama y tembló. Se sostenía a sí misma por el estómago, envolviéndose firmemente con los brazos, e inclinó la cabeza y se agitó. Sartaj esperó. Tal vez se había peleado con Jojo, quizá incluso había deseado que su hermana muriese, pero ahora que había sucedido, una parte de su vida se había derrumbado, y temblaba por la amputación. No tenía sentido intentar hablar con ella hasta que pasase la agitación, así que Sartaj y Katekar esperaron, mirando a su alrededor por el pequeño apartamento, en realidad una habitación con una cocina adjunta, y un armario como baño. Tenía una colcha verde y negra sobre la cama individual, algunas plantas pequeñas en el alféizar de la ventana, un antiguo teléfono negro rotatorio, dos cuadros enmarcados en la pared, una *dari* estampada en gris en el suelo. Sentado en la solitaria silla de madera a los pies de la cama, Sartaj vio cómo se había construido un refugio para sí misma. Las paredes eran de color verde claro, y estaba seguro de que las había pintado ella misma, para complementar el verde más oscuro de las plantas y las junglas verde esmeralda de los cuadros, donde las casitas se asentaban en medio de follaje exuberante y los papagayos revoloteaban entre las copas de los árboles. En ese momento el sol brillante de Mumbai se deslizaba por las persianas blancas y prendía los matices que Mary Mascarenas había arreglado para ella misma, y la caída reluciente y sobresaltada de su pelo le ocultaba la cara.

Katekar puso los ojos en blanco. Entró en la cocina sin hacer ruido, y Sartaj pudo ver cómo estiraba y giraba la cabeza. Estaba haciendo inventario. Después iría al baño, y con cuidado tomaría nota de los cubos, cepillo de dientes, cremas faciales. Esto era algo que tenían en común, esta fe en los detalles, en los pormenores. Sartaj se había dado cuenta la primera vez que Katekar le informó, muchos años atrás, sobre un carterista que trabajaba la línea de Churchgate a Andheri Station. Katekar habló con monotonía de su nombre, edad, altura, y después añadió que el bastardo se había casado tres veces, y que sentía debilidad por la *papri-chaat* y la *faluda*, en la basti donde se había criado era bien sabido. Le cogieron tres semanas más tarde, en el Mathura Dairy Farm cerca de la estación de Santa Cruz, con la cabeza inclinada sobre un plato de bhelpuri tras una tarde provechosa en hora punta, sentado frente a una novia bizca que iba bien encaminada para convertirse en la esposa número cuatro. La observación atenta no siempre acarrearía arrestos y éxito, pero lo que Sartaj apreciaba

era la comprensión esencial de Katekar sobre el hecho de que existen muchas formas de describir a un hombre, que decir que es hindú, pobre, un criminal, todo esto no ofrece algo de donde agarrarse, sostenerse. Solo cuando sabes cuál es su champú favorito, qué canciones escucha, a quién y cómo le gusta *chodo*, qué paan come, solo entonces le atrapas, le tienes, incluso si nunca le arrestas. De forma que Katekar estaba en el baño de Mary en ese momento. Sartaj estaba seguro de que estaba oliendo su jabón.

—¿Por qué? —preguntó ella de repente.

Se apartó el pelo de la cara, lo echó hacia atrás con enfado.

—¿Por qué?

Tenía los pómulos de su hermana, una línea de la barbilla más rellena, redonda, todo desdibujado en este momento por la pérdida. No estaba llorando, pero todavía temblaba, tratando de calmarse hasta que Sartaj solo vio temblar las puntas de los dedos, y la barbilla.

—La señorita Mascarenas estaba implicada en actividades nefarias con el don de la mafia Ganesh Gaitonde —respondió él—. A consecuencia de ello...

—Ya le oí antes —replicó ella—. Pero ¿por qué?

¿Por qué todo? Quería saber. ¿Por qué un agujero de bala en el pecho, por qué un suelo de cemento, por qué Ganesh Gaitonde? Sartaj se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

¿Por qué matan los hombres a las mujeres? ¿Por qué se matan unos a otros? Eran preguntas que le mordían a veces, pero las ahogaba en whisky. De lo contrario, ¿por qué no preguntar por qué la vida? Ese camino llevaba a abismos veloces, a las tentaciones de grandes alturas. Mejor hacer el trabajo. Mejor meter a un apradhi en la cárcel, y después, cuando pudieras, a otro. Katekar estaba en la puerta del baño, los ojos animados por la luz del sol.

—No lo sé, señorita —repitió Sartaj.

—No lo sabe —repitió ella.

Asintió pesadamente, como si esto confirmase alguna gran sospecha.

—La quiero —dijo.

—¿Señorita?

—La quiero —repitió con lentitud, con paciencia muy forzada—, para el entierro.

—Sí, por supuesto. La entrega del cuerpo en ocasiones resulta difícil, cuando la investigación sigue en marcha, ¿entiende? No obstante lo arreglaremos para que le den el cuerpo. Pero necesito hacerle algunas preguntas.

—En estos momentos no quiero contestar ninguna pregunta.

—Pero son preguntas sobre su hermana. Acaba de decir que quiere saber lo que le pasó.

Se limpió la cara y se sentó un poco hacia delante y de repente fue él el objeto de estudio. Los ojos de ella eran de un marrón más claro de lo que le parecieron al principio, y en un instante él fue capaz de ver las motas dispersas en ellos. En ese

momento se sentía muy incómodo, el examen de ella era descarado, directo y largo, y al menos la posición de él debería protegerle de la intimidad inesperada de una mirada interminable. Pero no pudo apartar la vista. Al final ella preguntó:

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Inspector Sartaj Singh.

—Sartaj Singh, ¿alguna vez ha perdido a una hermana? —Su voz se elevó—. ¿Alguna vez han *asesinado* a su hermana?

Su completa falta de miedo era irritante. Los ciudadanos, y en especial las mujeres, siempre se contenían con los policías, cuidadosas, asustadas, formales. Mary Mascarenas era desdeñosamente informal. Pero acababa de perder a su hermana, y por eso él respiró hondo y contuvo su irritación.

—Señorita, siento preguntarle este tipo de cosas en un momento así...

—Entonces no lo haga.

—Es un asunto muy importante. Es un caso que afecta a la seguridad nacional —añadió Sartaj.

Y después no pudo pensar en nada que decir. Sentía que estaba equivocado de alguna forma, y por tanto enfadado. Mary Mascarenas no parecía asustada, pero tampoco era soberbia. Estaba triste, cansada, y verdaderamente no esperaba nada de él excepto más sufrimiento. Tan solo iba a ser muy terca, y gritarle no iba a ayudar. Sartaj respiró hondo.

—Seguridad nacional. ¿Entiende?

—¿Va a pegarme?

—¿Qué?

—¿Va a romperme los huesos? ¿No es eso lo que hacen?

—No, no lo hacemos —contestó Sartaj de forma brusca.

Se contuvo, se calmó y levantó una mano.

—Señorita, arreglaremos lo de la entrega del cuerpo. También había algunas pertenencias, que ahora están incautadas, para la investigación. Pero al final le serán entregadas. La llamaré por teléfono cuando todas las gestiones estén hechas. Aquí tiene el número de la comisaría donde puede ponerse en contacto conmigo.

Con cuidado puso su tarjeta a los pies de la cania, justo en el borde, y se dio la vuelta.

Por las escaleras Katekar giró la cabeza hacia Sartaj.

—Hablará, señor.

—¿Por qué estás susurrando?

Por lo general Katekar era la amenaza corpulenta, la promesa de que se avecinaban bofetadas, mamporros y patadas, y Sartaj hacía el papel de amigo comprensivo, el rostro inesperadamente benévolo y barbudo de la autoridad. Con las mujeres siempre era amable. Pero Mary Mascarenas se había mostrado hostil, y Sartaj estaba irritado. Desde el fondo del patio miró hacia arriba a su puerta, que se estaba cerrando mientras él miraba. Mary tenía un buen PG pequeño en la parte

trasera de una casa vieja en una calle residencial tranquila, protegida del sol por las ramas entrelazadas de dos árboles viejos. La casa era uno de esos tesoros inesperados que todavía sobrevivían en Bandra, una vieja casita gris con contraventanas de listones y herrajes en los balcones y molduras blancas en puertas y ventanas. El patio estaba cubierto de hojas que crujían bajo los pies. Todo muy bonito, e irritante.

Pero Katekar tenía razón, ella acabaría hablando. Sartaj recorrió la calle. Ella alimentaría su enfado, se diría a sí misma qué bestia era ese inspector sardar, qué bastardo, pero al final solo se quedaría con su culpa, y necesitaría contarle lo que había pasado, qué había sido de Mary y Juliet Mascarenas. Se confesaría a él porque tenía que hacerle entender. El perdón no era lo que necesitaban en realidad los supervivientes, siempre era demasiado tarde para eso. Lo que querían era solo que alguien con uniforme, con toga, alguien con tres leones en el hombro dijera: sí, veo cómo sucedió, primero pasó esto, y después aquello, de forma que usted hizo esto y luego lo otro. De ese modo ella hablaría. Pero ahora era momento de dejarla sola. Ahora era momento de salvar el cuerpo que estaba listo para ser incinerado, de manera que Mary Mascarenas pudiera enterrar a su hermana. La gente acumula grandes reservas de pequeñas dignidades, pequeñas ilusiones. Mary Mascarenas nunca vería la cámara frigorífica, él le evitaría ver lo que sucedía en realidad con las hermanas muertas. Dejad que entierre a Jojo. Después hablaría.

Sartaj se protegió los ojos del sol y miró detenidamente el mar a lo lejos, el marco cambiante de azogue visible entre los árboles y los dos edificios de abajo. Era tarde, hora de ir a casa, con su propia familia.

Prabhjot Kaur estaba sentada en un sillón de su dormitorio y escuchaba su hogar. La casa estaba a oscuras. Por la noche parecía más grande, los contornos familiares se replegaban con una oscuridad en movimiento, una ausencia de luz que de alguna manera estaba viva con esquirlas fantasmales de color. Prabhjot Kaur podía oír cómo dormía Sartaj. Estaba a bastante distancia, atravesando el pasillo y debajo de él, pero en este momento podía oír muchas cosas: el suave traqueteo de la vieja mesa de comedor, el constante tip-tap, tip-tap de las gotas del grifo detrás de la casa de su vecino, el movimiento escalofriante de los animales pequeños bajo el seto frente a la casa, el murmullo de la noche misma, esa vibración lenta y viva que hacía más grandes todos los otros sonidos. En medio de todo ello, oía fuerte la respiración de su hijo. Sabía cómo se tumbaba, recto sobre la espalda con la cabeza inclinada hacia un lado, y una almohada agarrada contra el pecho. Había llegado tarde, con dos bolsas sobrecargadas como de costumbre, cansado por el viaje en tren pero también por mucho más, ella podía verlo. Después de un baño rápido, Sartaj comió el *rajma-chawal* con el que ella lo esperaba, lo comió en silencio, con alivio. Ella se sentó en la mesa frente a él, reconfortada por la manera familiar en que él comía el arroz de izquierda a derecha, sistemáticamente, y a menudo dando golpecitos a la comida con

el tenedor, ordenándola. Lo hacía cuando era un niño pequeño, con el tenedor cogido en diagonal con el puño. Rajma-chawal era su comida favorita, su placer de los domingos, y le gustaba el arroz con mucha cebolla frita.

Le hacía preguntas de vez en cuando, si habían arreglado la gotera lenta en la pared del baño de Bombay, si le había escrito una carta a su chacha-ji de Delhi. Lo que quería no eran tanto las respuestas de Sartaj como el sonido de su voz. Cuando hubo terminado, él se recostó, en calma, con los dos brazos colgando flácidos a los lados de la silla, pestañeando con lentitud. Ella recogió el plato.

—Ve a dormir, beta —dijo.

El sillón en el que estaba sentada ahora era viejo, el mueble más viejo de la casa. Lo habían remendado, reenhebrado, retapizado, le habían puesto QuickFix, lo habían operado, lo habían salvado para ella. El padre de Sartaj lo había llevado a casa una tarde, tiró de él lentamente desde la parte trasera de un *tempo*, mostrando una gloriosa sonrisa de dientes relucientes ante su ¿Qué-es-esto? ¿Cuánto-dinero-has-gastado? Tardó una hora en convencerla de que se sentara en él, que admitiese que no era demasiado incómodo. Fue la primera cosa grande que compraron juntos, la primera pieza de su casa que no había venido con la dote. Ahora la noche era un vasto territorio desconocido que exploraba sola, una llanura empujada por el viento que hacía retroceder sus horizontes eternamente, y prefería sufrirla recostada en su sillón, porque daba pereza estar en la cama cuando estaba despierta. Pero no, no era cierto, no era sufrimiento sin diluir y puro, aunque a veces la soledad hacía sonar un zumbido metálico de langostas detrás de sus ojos, le llenaba el estómago con un vendaval de arena obstinado, afilado y cruel. Había algo más que le impedía vivir con su hijo, o mudarse a la expansión espaciosa de la casa de su hermano justo al bajar la calle y a la derecha, al calor alborotado de sobrinas y sobrinos y peleas a gritos y caras manchadas de kulfi. Era algo tan gigantesco que lo guardaba para sí misma. Pero lo sentía, tarde por la noche, oculto tras los contornos de su rostro, que tocaba y sentía como si fuera una máscara, mientras saboreaba, lentamente, el placer indescriptible de estar sola.

Entonces agitó la cabeza enfadado por ese deleite, lo apartó. Tardó todo un minuto en levantarse del sillón, cuatro movimientos separados de brazo y cadera y piernas. No hacía falta encender la luz para caminar hacia el pasillo y bajar. La cómoda estaba a la izquierda, los platos buenos en el primer cajón, y, en el segundo, los platos caros con estampado de azucenas que le gustaba por los círculos nítidos formando espirales de color azul brillante, y por su hombro derecho, el brillo de las fotografías que podría enumerar y recordar, una foto de boda laminada con plástico duro, el rojo de su sari oscurecido hasta volverse negro brillante, podía acordarse de los zapatos de dos colores del fotógrafo y su cabeza escondida detrás de una tela negra, y su joven *devar* con corbata roja y sonrisa picara. «Vamos, *Pabi-ji*, ¿dónde está esa risa encantadora?».

Después se produjo un resplandor de luz clamoroso, y ella logró una sonrisa que

ahora sobrevivía, más allá de todo deterioro. Y estaba Sartaj a los diez años, con un turbante azul demasiado grande para su cabeza y un blazer azul con botones nuevos de latón reluciente, lo que no se podía ver en la foto era su rodilla izquierda bajo los pantalones de franela, que se había herido aquella mañana con un ramal de alambre de espino, subiendo una valla para tomar un atajo por un terreno vacío de camino al autobús de la escuela, lo que ella le había dicho cien veces que no hiciera. Después vinieron las inyecciones del tétano, y el helado que su padre le había comprado, toda una barra de vainilla Kwality, el favorito de Sartaj. Tenían los mismos gustos, padre e hijo, la misma necesidad urgente de tener un brillo de espejo en la piel de los zapatos, una chaqueta nueva año sí y año no. Al final del pasillo, él, el padre, estaba de pie con el telón de fondo gris de estudio con su penúltima chaqueta, un tweed con trama verde y negra, que llevaba con una camisa blanca y un pañuelo verde sedoso, ahora la barba era de un blanco suave contra el que al final no luchó con tintes y colores.

Una barba blanca tiene un aspecto totalmente distinguido, le había dicho ella dos veces al día durante meses sin fin, hasta que la había creído, y ahora ella lo dejó atrás y se quedó de pie en una puerta, y Sartaj dormía, respirando con rapidez.

Él habló en ese momento, murmurando algo contra la sábana amontonada al lado de su cabeza. A los pies de la cama, ella se inclinó con lentitud y encontró, en el suelo, sus pantalones, camisa, ropa interior. Sartaj estaba diciendo algo, ella oyó con claridad la palabra «barco». Cerró la puerta con cuidado porque él querría dormir hasta tarde, y los sirvientes llegaban pronto. De camino al baño dio la vuelta a los bolsillos de Sartaj y encontró un pañuelo, y lo puso todo en el cubo de lavar para la bai.

En su sillón oyó el golpeteo del lathi del vigilante en la última vuelta de la carretera, era el momento. Hacía una ronda larga por el grupo de casas cada hora. Y escuchando, oyó el crujido más diminuto del resentimiento que se alzaba por sus huesos, un roce muy pequeño de resistencia, apenas audible en medio de la música más grande de la felicidad, de una vida no sin dolor pero bien vivida: hogar, marido, hijo, y ella la esposa. Era impropio, después de todos estos años y años, esta chispa invencible y sombría que surgía de las ropas en el suelo, este pequeño chorro de enfado por tener que hacer siempre cosas por los hombres, siempre. Sí, impropio, en especial con Sartaj tan cansado, buscando comodidad, que había acudido a ella. Ella lo sabía. Él le había dicho que dormía profundamente en esta casa, dormía mejor. Durmió magníficamente en su propia habitación aquella primera noche mucho tiempo atrás, debía de tener seis años, tal vez un poco más cuando por fin tuvieron un apartamento con un cuarto para él, con una pequeña terraza que daba al pequeño jardín donde ella cultivaba rosas y tendía saris y uniformes mojados sobre una cuerda. ¿Cuánta ropa había lavado en aquellos primeros tiempos, cuántos días azules de detergente Rin y pantalones cortos azules vueltos y calcetines a conjunto, mientras algunas mañanas había contenido ese crispante picor de enfado, enterrándolo con firmeza y profundidad bajo avalanchas alborotadas de amor? Prabhjot Kaur hizo

retroceder los pensamientos, puso las manos sobre la madera vieja de los apoyabrazos y las apretó con fuerza, y meció la cabeza hacia atrás y hacia delante, y trató de pensar en unas vacaciones en las colinas, ella y Karamjeet y su hijo paseando por una cresta empinada y curva, pero en lugar de eso veía una casa en una ciudad muy lejos, infinitamente más lejos ahora que estaba al otro lado de una frontera nueva, y una larga valla alambrada que relampagueaba con electricidad mortal, y esa casa tenía contraventanas pintadas de verde y un *baithak* enorme en la parte delantera con mobiliario todo nuevo, y, después de atravesar un pasillo oscuro que conducía del exterior al interior, había un patio tapiado rodeado de arcos y habitaciones. En ese patio estaban el padre y la madre de Prabhjot Kaur, sus dos hermanos mayores y sin dos hermanas. Y una de esas hermanas era Navneet, querida y la mejor de todos, y ahora perdida para siempre. Navneet-*bhenji* se había ido, ido. Con ambas manos, Prabhjot Kaur se limpió la frente, la cara. No tenía sentido recordar. Las historias ya se habían escrito, y lo que había pasado, había pasado. Estar viva, tener una familia, venía con esta inevitable ración de dolor. No había forma de escapar de la vida, y tratar de desear que se alejara el sufrimiento solo lo hacía más presente. Respiró hondo: soportarlo. Acarrearlo todo, las pequeñas insatisfacciones de cada día y las enormes tragedias insufribles de mucho tiempo atrás, acarrearlo todo con la ayuda y gracia de Vaheguru. Acarrearlo todo por aquellos a los que amas. Prabhjot Kaur respiró hondo e intentó pensar en las tareas del día siguiente.

Su respiración era regular, lenta. Desde el jardín de afuera llegaba ese golpeteo continuo, la pequeña salpicadura explosiva del agua sobre las piedras.

## INSERTO: UNA CASA EN UNA CIUDAD LEJANA

El patio se limpiaba cada mañana, y en él se sentaba Prabhjot Kaur, limpiando una *karhai* con ceniza bajo la bomba de mano. Era la mejor y más pequeña hija de las tres: Navneet, Maninder y Prabhjot. O en realidad Navneet-bhenji, Mani y después Prabhjot, o *Nikki*, por su pequeñez. A Prabhjot Kaur le gustaba ayudar a su *Mata-ji*, que siempre decía:

—Miradla, esta niña Nikki, esta Prabhjot Kaur, solo tiene diez años y ayuda más que todos vosotros juntos.

Lo que por lo general quería decir que Nikki tendría que tener cuidado con un pellizco de Mani, a quien le encantaba agarrar con los dedos la carne de la parte interior de arriba de su brazo de forma tan implacable y terrea como unas *chimta* y retorcerla y retorcerla, susurrando:

—Pequeña rata, yo te enseñaré, ratita.

Nikki llevaba los cardenales con paciencia, e incluso con compasión por Mani, que tenía las orejas grandes y parecía un espantapájaros debatí atemorizado, después de haber crecido de repente siete centímetros y medio a los catorce años. Mani deambulaba, gritona y poco elegante y airada, sin ir muy bien en los estudios, inextricablemente clavada en medio de tres hermanas, lo que significaba que no era especial ni siquiera en virtud de la posición o la edad, siempre sin estar ni aquí ni del todo allí. A Nikki, por el otro lado, la mimaban sus dos hermanos, Iqbal-*veerji* y Alok-*veerji*, quienes con dieciocho y diecisiete años eran más jóvenes que Navneet-bhenji pero más alejados de ella por su masculinidad descomunal y su pasión por el críquet. Al padre le gustaba mirar los cuadernos de Nikki, que ella cubría con papel marrón sencillo doblado en esquinas y bordes marcados y precisos, que adornaba con su nombre propio completo en tinta verde, con las iniciales de «Prabhjot» y «Kaur» especialmente elaboradas y onduladas. Sus profesores de panjabí y urdu admiraban su escritura en cualquier alfabeto y tenían esperanzas en ella para el concurso anual de redacción patrocinado por sir Syed Atallulah Khan. «Mi casa es nueva», escribió en letras verdes fluidas, sin ningún fallo ni borrón porque echaría a perder toda una página por un aleph descuidado. Tenía la reputación de ser una niña buena, seria y obediente, y en su nueva casa le gustaba ayudar en la cocina.

—¿Has acabado, Nikki? —Cantó Mata-ji desde la cocina.

—Ya voy, Mata-ji —gritó Prabhjot Kaur, y saltó para bombear agua, apoyándose en el mango con todo su peso.

El agua cayó a chorros felices, chisporroteando y saltando bajo la luz del sol. En la cocina, Mata-ji palmeaba a las *paraunthas* de un lado al otro con una agilidad que



producía una música rápida, antes de depositarlas sobre la *tava* caliente con un giro final de muñeca. Prabhjot Kaur dejó en el suelo la *karhai* con cuidado. Mata-ji se dio palmaditas con la esquina del *dupatta* sobre la humedad llena de gotas en sus mejillas, y Prabhjot Kaur observó con atención su rostro redondo enrojecido, con la nariz respingona de la que todos se burlaban.

—Lleva estas —dijo Mata-ji, poniendo una *parauntha* perfecta y brillante sobre una pila de cuatro—. Después siéntate tú también.

Prabhjot Kaur siempre comía la penúltima. Sus dos hermanos comían enormemente, apartando docenas enteras de *paraunthas*, latas de *ghi*. Mani estaba sentada junto a ellos, con la barbilla apoyada en una rodilla, escogiendo de una pila de *bhindi*, arreglándolo en forma de círculo. No le prestó atención a Prabhjot Kaur, ni siquiera una mirada con los ojos redondos y brillantes; estaba escuchando atentamente a Iqbal-veerji y Alok-veerji, que hablaba de críquet. Prabhjot Kaur se puso en cuclillas y se sirvió de los platos desperdigados sobre la *chatai*, y comió, silenciosa y concentrada en la comida. Era una mañana de fiesta, domingo, y su padre no estaba, se había ido a comprar un último cargamento de ladrillos. Llevaban casi un año viviendo en la casa nueva, pero la parte de atrás todavía no estaba terminada. Se iba a hacer una despensa y una pequeña casa individual de una habitación y patio, para los sirvientes. Era como si la casa se estuviese construyendo siempre. Desde que Prabhjot Kaur podía recordar, siempre había existido la casa de Adampur, por la cual su padre desaparecía por las tardes después del trabajo, en la cual sus hermanos habían pasado fines de semana supervisando la construcción, era un hogar que siempre había parecido eternamente lejano. Les había costado tres días mudarse, y cuando por fin pasaron su primera noche, todos juntos en el patio sobre *charpais* nuevas, ninguno de ellos durmió hasta que casi se hizo de día. A la mañana siguiente, entre una tibia sábana blanca y deliciosos sueños hinchados, Prabhjot Kaur oyó la risa de su madre desde el tejado. Había una libertad cómoda en el sonido, una falta de cuidado tan inusual que Prabhjot Kaur todavía la recordaba. Esa risa había persistido en la casa nueva, iluminaba los pasillos y se entremezclaba con el olor del yeso fresco. En ese momento, Mata-ji se sentó junto a Prabhjot Kaur, con el pequeño gruñido que siempre lanzaba cuando doblaba las rodillas, y estaba cansada del trabajo de la mañana, pero sin embargo había algo distinto en ella, una satisfacción rotunda que nunca existió en los años que vivieron en las dos habitaciones de la parte trasera de la casa de Narinder Dhanoa. Comió con concentración, inclinándose sobre la comida, haciendo un chasquido con los labios con cada mordisco, y Mani se puso de pie de repente hasta su completa altura imponente y se fue como ofendida a la cocina.

—Bueno, *sethani-ji* —dijo Alok-veerji, con una mano sobre el hombro de su madre—. ¿Cuándo empieza a trabajar tu sirvienta?

—Estaba pensando que me las puedo arreglar sola —contestó Mata-ji—. ¿Qué haré con mi tiempo?

Alok-veerji se desplomó sobre el hombro de Mata-ji, riendo.

—Simplemente le diremos que empiece a venir a partir de mañana —apuntó Iqbal-veerji—. De lo contrario seguirás haciendo esto otros diez años.

Como hijo mayor, había desplegado una autoridad indulgente con ella, una paciencia sonriente.

—Bien, bien —replicó Alok-veerji—. O nuestros *katijoos*-más-grandes-del-mundo no dejarán a la sirvienta cerca de casa.

—Cuando empieces a ganar dinero —contestó Mata-ji, apartando con un movimiento la barbilla de él sobre su hombro—, entonces sabrás el precio de tus *paraunthas*.

—Cuando empiece a ganar dinero —replicó Alok-veerji— te conseguiré un automóvil, con dos banderas en la parte delantera.

—Te convertirás directamente en un *laat-saab* —respondió Mata-ji—. Él tardó veinte años en construir esta casa.

Veintiún años y todavía están llegando algunos ladrillos, pensó Prabhjot Kaur, pero pudo ver que a pesar del movimiento brusco de cabeza, Mata-ji estaba satisfecha pensando en Alok-veerji como *laat-saab* en automóvil. Hizo que su sonrisa fuera un rápido temblor con la mirada baja. Aquella tarde, cuando Prabhjot Kaur estaba sentada en una esquina de la *chatai*, con el brazo debajo de su *gadda* favorito y la cabeza encima, cayendo densamente en el sueño, oyó cómo los dos *veejis* seguían hablando tumbados uno junto al otro, continuaban con la sirvienta misteriosa, a quien había que encontrar y hacer venir, quien debía trabajar, quien debía barrer la casa por dentro, todas sus muchas habitaciones, y también por fuera, quien debía empujar la *pocha* hasta que los suelos alicatados estuvieran brillando relucientes, quien debía sacudir la ropa lavada y tenderla húmeda y ondulante en las cuerdas de atrás, quien debía separar el trigo, encender las lámparas, limpiar los zapatos, recoger los libros, conseguir leche, comprar verduras, quien debía, quien debía, quien debía. Prabhjot Kaur pensó que quien pudiese hacer todo eso sería una mujer muy fuerte.

Pero tres días después, cuando la sirvienta llegó, resultó ser una mujer diminuta llamada Ram Pari que llevaba un extraño *salvar-kamiz* rojo con un *dupatta* andrajoso y hablaba un dialecto áspero, atronador, que Prabhjot Kaur entendía pero consideraba divertidísimo. Ram Pari llamó «Bibi-ji» a Mata-ji y se puso en cuclillas en el patio para regatear el sueldo. Cuando se puso de pie, después de haber llegado al acuerdo de cinco rupias por semana, Prabhjot Kaur fue y se estiró a su lado, y era cierto. Ram Pari era apenas una cabeza más alta que ella, pero estando de pie tan cerca, Prabhjot Kaur descubrió un olor. Se echó atrás con rapidez. No era exactamente un mal olor, sino fuerte, como de tierra húmeda, o de la parte trasera de la tienda de un *halwai*, donde te mareabas un poco por todos los viejos olores lechosos. Prabhjot Kaur se apartó tambaleante de la riqueza y se fue y se sentó al lado de Navneet-bhenji en el *baithak*, donde, como de costumbre, Navneet-bhenji tenía la nariz metida en un libro grande. Prabhjot Kaur inclinó la cabeza sobre el cómodo algodón del hombro de Navneet-bhenji, y deletreó el título de la parte superior de la página: «Wordsworth».

Bajo el brío descolorido del *salvar* suave estaba el matiz fino de jabón y piel tibia. Era un sabor que Prabhjot Kaur había conocido toda la vida, y ahora respiró en él, estrujando la nariz en la ropa y soltando pequeños resoplidos.

—¿Qué haces, *jhalli*? —preguntó Navneet-bhenji, y alargó su otra mano para pellizcar la nariz que escarbaba.

Prabhjot Kaur no sintió que estuviese chiflada, ni siquiera un poco, pero era demasiado difícil explicar por qué necesitaba hacerlo, justo entonces. Apoyó la cara en la parte interior del brazo de Navneet-bhenji y se quedó quieta. Ram Pari se había ido del patio, y Mata-ji se acercaba atravesándolo, con un plato lleno de guisantes. Se sentó cerca y empezó a romper las vainas con el pulgar y hacer sonar los guisantes dentro del plato, *chuk-chuk-chuk*, con tanta rapidez que el sonido era un único zumbido largo. Mata-ji estaba concentrada con los guisantes, y Navneet-bhenji mantenía el libro arriba de sus rodillas. En ese momento eran cordiales de forma tranquila la una con la otra, pero Prabhjot Kaur recordaba cómo un año antes se habían peleado con todas sus fuerzas, después de que Navneet-bhenji terminase su *FA* y quisiera ir a la facultad para estudiar una licenciatura. Mata-ji le dijo que pensara en sus hermanos y hermanas, que se mantendrían alejados del matrimonio y la felicidad por su egoísmo, y cuando Navneet-bhenji resaltó de forma razonable que sus hermanos y hermanas estaban a años y años de cualquier matrimonio, Mata-ji le gritó, algo completamente extraño acerca de deshonorar a la familia, y después se negó a comer durante dos días. Al final Papa-ji se impuso paternalmente. Si Navneet quiere estudiar una licenciatura, dijo, lo hará, y eso es todo. Pero Mata-ji tenía poderes que se movían de formas misteriosas. Se retiró a su habitación, y Papa-ji puso los ojos en blanco y la siguió, y cuando salió a la mañana siguiente, se había establecido que el matrimonio podía posponerse pero no aplazarse por completo. De forma que ahora Navneet-bhenji estaba comprometida con Pritam Singh Hansra, que era un joven ingeniero del Departamento de Obras Públicas destinado en Gujranwalla. Tras el compromiso, Papa-ji se mesó con suavidad la barba, que solo tenía algo de blanco, bajo el labio inferior, y dijo que la felicidad procede del pensamiento razonable. Mata-ji se quedó callada. Y Prabhjot Kaur, sobrecogida por la forma en la que Papa-ji organizaba las cosas de improviso —un chico para Navneet-bhenji, una casa para todos—, entendió sin embargo que eso nunca era exactamente así.

Ram Pari iba cada día a la casa, y Mata-ji entraba en discusiones épicas con ella. Enseñarle a fregar los platos de forma apropiada, a un nivel suficiente de limpieza, fue una lección que duró tres días, con muchas demostraciones prácticas y críticas punzantes. Ram Pari no replicaba, hacía caso omiso a los sermones de Mata-ji, lo hacía a alto nivel con dos cuencos y tal vez un plato, y después regresaba a su habitual dejadez alegre. Su técnica de barrido rápido, que era eficiente y veloz pero dejaba vestigios de polvo en las esquinas e ignoraba los espacios debajo de los *almirahs*, solían conducir a Mata-ji a crescendos de indignación. Mientras, los dos

hermanos de Prabhjot Kaur se morían de risa y se burlaban, no muy en silencio, sobre «*Badboo* Pari». Prabhjot Kaur se reía con ellos, para mostrar solidaridad, pero en privado pensaba que el olor no era badboo para nada, sino más bien fiero-boo. Ram Pari era bajita, con un enhebrado de músculos enjuto y nervudo a través del estómago, que Prabhjot Kaur veía cuando Ram Pari se levantaba el *kamiz* para limpiarse la boca, su cara arrugada de mujer vieja. Lo hacía a veces, a última hora de la tarde, en vez de usar el dupatta que llevaba en la cabeza, y Prabhjot Kaur pensaba que fundamentalmente era para refrescarse, para lograr un poco de brisa sobre la piel, pero liberaba una bocanada de olor enfurruñado, contundente allí en el aire, tan real e ineludible como una nube de chispas calientes del fuego de la *chaunka*. Prabhjot Kaur se resistió a él, pero también trató de mantenerse quieta, para experimentar su picadura contra la piel. Lo esperaba, y eso le daba vergüenza, y lo mantenía en secreto. Era su mayor secreto escondido, más oculto que la moneda de una rupia que había encontrado bajo un cojín del sofá en la habitación delantera, que sabía que era de Papa-ji, pero que fue al colegio al día siguiente en su estuche para lápices, que sirvió para una semana de *kesar* kulfis, no solo para ella sino también para sus dos mejores amigas, Manjeet y Asha. No le habló a nadie de sus ansias vacilantes por el olor de Ram Pari, su espeso olor penetrante y su sabor, ni siquiera al resto del Trío Fantástico, que llevaban sus trenzas dobles exactamente con el mismo estilo arreglado, que se sentaban juntas en la segunda fila desde la Clase I.

Aquel día de abril el Trío se estaba balanceando en la parte de atrás del *tanga* de Daraq Ali, con Manjeet en el medio como de costumbre. Era la líder incuestionable, a pesar de las mejores notas de las otras dos y de los padres con mejores empleos. El padre de Manjeet era solo un gerente de hotel, pero ella tenía un cuerpo alto, delgado, y una personalidad poderosa y una franqueza que Prabhjot Kaur y Asha admiraban pero ni soñaban con poder emular. Estaban contentas de resguardarse bajo su sombra un tanto arriesgada.

—Chacha, ve más rápido —le dijo entonces Manjeet a Daraq Ali, con el brazo sobre el respaldo del asiento—. Ve más rápido, por favor, o nos convertiremos en cenizas ennegrecidas aquí en la propia Larkin Road. Nos chamuscaremos y desapareceremos en un destello de humo apestoso. Ve más rápido, más rápido.

Eran las tres y media pasadas y hacía más calor de lo que Prabhjot Kaur pudiera recordar. El sol las atrapaba a todas directamente en la parte trasera del *tanga*, y la carretera se extendía por delante de forma interminable, y Daraq Ali era el conductor de *tanga* más viejo y lento de toda la ciudad. Las recogía una a una por la mañana y las llevaba trotando, no, paseando tranquilamente, hasta la escuela, y después las esperaba a las tres de la tarde para la caminata de regreso, interminable, a rastras, chirriante. Asomó su barba poblada y teñida con alheña por encima del hombro y dijo lo que siempre decía:

—Bibi, ha estado trabajando duro todo el día bajo este sol. Mira lo cansada que está. Le pediré que vaya más rápido y lo intentará, pero le romperá el corazón.

Y después, a la huesuda grupa marrón que subía y bajaba bajo las riendas:

—Oh, Shagufta, más rápido, más rápido. Más rápido, Shagufta, por las grandes *mems* que se marchitarán bajo el sol caliente.

—Esa jamelga tuya es más vieja que tú, chacha —replicó Manjeet—. Véndela a los matarifes y consigue una yegua joven y fuerte.

—Pero mira lo mucho que lo está intentando —replicó Daraq Ali—. Mira cómo va. ¿Cómo puedes decir esas cosas, bibi? Le romperás el corazón.

Manjeet resopló y sujetó su *basta* frente a la cara para resguardarse del sol.

—Oh, sí, ahora vamos a toda velocidad. Arriesgando nuestras vidas en una persecución fantástica. Estoy asustada de verdad.

Prabhjot Kaur se rió tontamente y después de inmediato quiso un vaso grande de agua del *surahi* que Mata-ji mantenía fresco todo el día. Pensó en él, la inclinación del *surahi*, el cuello de barro alrededor de su palma, y el agua en un chorro suave cayendo en el vaso con un borboteo circular profundo, y la carretera negra se alejó entre las puntas polvorientas de sus zapatos, y el lento compás monótono ploc-plac-ploc-plac de los cascos de Shagufta en sus sienes. Cerró los ojos, pero sabía que estaban dejando Kalra Shoe Emporium a la derecha, con su árbol de puntas muy marcadas de Lady's Pumps, después Manohar Lal Madan Lal Halwai, en cuya parte trasera estaba Family Booths y un espejo enorme grabado con un hombre con turbante y una mujer sentada junto a un riachuelo, y luego Kiani Fine Furniture, que tenía un sofá rojo grande en el escaparate delantero y había estado A Su Servicio Durante Cincuenta Años, no el sofá sino el viejo señor Kiani y sus tres hijos. Prabhjot Kaur apostó consigo misma y abrió los ojos y sí, en efecto, estaban justo al otro lado de Tarapore Bakery, que era un cielo de tartas y bebidas gaseosas, visitada por Prabhjot Kaur solo una vez en toda su vida, en su noveno cumpleaños, y recordaba el fuerte estallido del tapón de cristal entrando en la botella de gaseosa de fresa bajo el peso de la palma de la mano de Papa-ji. A Prabhjot Kaur le hacían daño las comisuras de la boca, en realidad le dolieron cuando el recuerdo regresó por completo, la avalancha de estallidos rosa dentro de la boca, el cosquilleo en la parte interior de los labios, y Shagufta tiró hacia delante, las llevó más allá de Tarapore Bakery, y justo entonces Prabhjot Kaur vio a Ram Pari. Estaba caminando por un lado de la carretera, con su dupatta ondeando tras ella y los brazos rectos a ambos lados. Prabhjot Kaur culebreó hacia atrás en su asiento, inexplicablemente avergonzada. Algo al ver a Ram Pari en esta carretera amplia, junto a las dos señoras blancas con sombreros como jardines de encaje y relucientes zapatos blancos de tiras y asombrosos vestidos de gasa de lo profundo de las regiones extranjeras misteriosas de Perreira's Ladies Wear, algo al ver su paso de piernas anchas hizo que Prabhjot Kaur no quisiera conocerla justo entonces. Y de esa forma giró la cabeza, como si estuviera mirando algo en el lado lejano de la calle, pero el lado de su cuello le quemaba, no por el sol sino por lo que ella pensó que era la mirada de Ram Pari, y fue incapaz de resistir una rápida mirada hacia atrás. Shagufta se estaba alejando lentamente de Ram Pari, cuyo rostro

era terso como una sábana hinchada por el viento caluroso del verano, cuyos ojos eran severos y con la mirada perdida, aunque estaba mirando de forma directa hacia Prabhjot Kaur. El encorvamiento enfadado de sus hombros se desvaneció con lentitud con el resplandor de Larkin Road, y al final Prabhjot Kaur la perdió de vista del todo, justo antes de que girasen a la izquierda para entrar en Fulbag Gali y Chaube Mohalla, donde Manjeet se bajó de un salto y corrió hacia delante, hacia su casa, las dos trenzas gruesas sacudiéndose y trotando tras ella.

Cuando Prabhjot Kaur llegó a casa, su padre estaba sentado en el baithak con su amigo Khudabaksh Shaft, que bebía té en una taza que guardaban especialmente para él. Prabhjot Kaur siempre pensó que era la taza de té musulmana, y siempre había problemas con Mata-ji cuando Papa-ji la llevaba dentro y la limpiaba él mismo bajo la bomba de mano. Mata-ji siempre ponía una cara rara, y Navneet-bhenji y Mani siempre ponían los ojos en blanco y decían que estaba siendo terriblemente idiota. A Prabhjot Kaur le gustaba Khudabaksh Shafi, que tenía un bigote grande y recto de lado a lado de la cara y que nunca llegaba sin regalos. Hoy había traído una canasta de lichis.

—Especialmente para ti, beta —le dijo, y se rió—. Cómetelos después de cenar. Y no dejes que esos dos *mustandas* de dentro te tomen el pelo.

Sus dos hermanos estaban tumbados sobre charpais en el patio, con sus pantalones blancos para jugar al críquet, bebiendo *khari* lassi en vasos de latón enormes. Iqbal-veerji se puso de pie de un salto y cogió su bate —que trataba día sí y día no con un aceite especial— y le mostró cómo había golpeado tres seises en un único *over*, echando a ese Shahidul Almansoor, que se creía el mejor lanzador de toda la provincia. Prabhjot Kaur se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre las puntas de los pies, intentando mostrarse interesada, pero tan pronto como pudo se movió hacia un lado y se alejó hacia la habitación de su madre, se apoyó contra la puerta hasta que se abrió un triángulo de luz sobre el suelo. Se deslizó dentro y se sentó al final de la cama, en el lado de Papa-ji. La cana era lo bastante alta como para que ella usase las dos manos para trepar, y luego la figura del lado de su madre en una protuberancia en la oscuridad cerrada. Un ventilador de men movía el aire de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Mata-ji, todavía de espaldas.

—¿Hay algún problema con Ram Pari?

Mata-ji respiró hondo y largo.

—Esa gente.

—¿Ha hecho algo, Mata-ji?

—No, no. Su marido.

—¿Tiene marido?

—Beta, tiene nueve hijos. Él no ha estado en casa durante año y medio. Ella estaba segura de que tenía otra esposa en algún lugar. Pero ayer regresó. Como un *laat-saab* se despezó y gritó pidiendo la cena. Es mi casa, dijo.

—¿Y es su casa?

—No ha ganado diez rupias en su vida.

Eso parecía un argumento decisivo. El hombro de Mata-ji cambió de postura y se asentó y su respiración cambió, y Prabhjot Kaur se dejó caer lentamente hasta el suelo, las mejillas le ardían. Ram Pari todavía estaba caminando con dificultad en alguna parte, en una línea tan recta como el destino, pero todo lo que Prabhjot Kaur podía pensar era que ella no había ganado una rupia en su vida, solo había robado una. Se quedó de pie a la sombra de los pilares acanalados en el borde del patio, mirando a sus hermanos y las manchas rojas que había dejado la pelota de criquet en sus pantalones, su agotamiento agradable, y se preguntó si esa casa era suya. Aquel sentimiento de hogar que tuvo desde el primer día que vio las vigas ascendentes y el agujero en el suelo medio alineado con ladrillos se desvaneció toda la tarde. Incluso mientras el sol subía por los pilares y ella rociaba el patio con agua y el olor a rosa de la tarde fresca lo inundaba todo, no fue capaz de ubicarse en el lugar. Durmió agitada y ligera, en sus sueños ráfagas, saltos y vendavales de viento por encima de los tejados blancos de la ciudad de Sabhwal, donde había nacido.

Se despertó por la discusión. Mani estaba argumentando que a Ram Pari se le debía permitir quedarse.

—No tiene adónde ir —dijo, y Prabhjot Kaur pudo oír el esfuerzo que le costó mantener la voz baja y razonable, cómo le espesaba la garganta.

—Todo es muy triste —contestó Mata-ji—. Pero ¿desde cuándo se ha convertido en mi mausi para que tenga que hacerme cargo de ella? Que se vaya con sus familiares.

—Mata-ji, ya te lo he *dicho*, no *tiene* a nadie aquí. Su marido la trajo desde su pueblo. ¿Quieres que duerma en la calle, con todos esos niños?

—¿Cuándo he dicho que quiero que haga algo?

Mata-ji estaba sentada con las piernas cruzadas cerca de la cocina, con una *thal* grande en el regazo y una pila alta de trigo a un lado. Los granos resbalaban sobre el metal hasta la otra parte bajo sus dedos rápidos, y sobre el suelo junto a ella había una pequeña pila de piedrecitas negras y cáscaras y rastrojos.

—No quiero que haga nada en absoluto.

Prabhjot Kaur atravesó el patio corriendo hasta llegar a la puerta delantera. Ram Pari estaba en cuclillas justo en la puerta, las muñecas descansando sobre un colchón azul enrollado. Estaba rodeada de niños, una increíble cantidad de ellos. Un niño pequeño desnudo a excepción de un hilo negro atado alrededor de la cintura trepaba sobre tobillos y espinillas, sus piernecitas regordetas pedaleaban con velocidad. Cuando casi había escapado del círculo de cuerpos, una niña de la edad de Prabhjot Kaur se inclinó y le cogió del brazo y le arrastró de vuelta.

—Ram Pari —dijo Prabhjot Kaur—. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué puedo decir, Nikki? —contestó Ram Pari—. ¿Qué puedo decir? Mi hombre, él volvió.

Extendió las manos, abarcando no solo a los niños y a Prabhjot Kaur sino al

mundo mismo.

—Pero no puede echarse. Eso no está bien.

En ese momento Ram Pari se quedó callada, y Prabhjot Kaur tuvo la sensación desagradable de que todos estaban mirándola, incluso el bebé, todos esos ojos negros ardientes, bastante inexpresivos pero no obstante haciendo que cambiase de postura y pensase en irse a otra parte. Retrocedió, y después se dio la vuelta y se metió corriendo en la casa. Había un pánico en su pecho, un terror penetrante teñido de negro y carmesí, con el sabor como el de una manzana podrida que mordió una vez, toda esponjosa y marrón bajo la piel fresca. Voló hasta el hombro de Mata-ji. Con el rostro metido en el pelo de Mata-ji, jadeó:

—Oh, Mata-ji, deja que se quede.

—¿Tú también? —Mata-ji puso los ojos en blanco—. Mis hijas se han vuelto santas y trabajadoras sociales.

Navneet-bhenji se rió. Estaba sentada a la mesa del pasillo, con una pequeña taza de aceite frente a ella, y lo usaba para peinarse con brazadas largas, lentas que elevaban las longitudes negras y las dejaban caer como olas ondulantes. Bajo la luz nueva la forma de corazón de su rostro relucía, y sus labios formaban ondas de color rojo, y Prabhjot Kaur nunca la había visto tan bonita.

—Navneet-bhenji —llamó Prabhjot Kaur, al borde de las lágrimas—. Dile a Mata-ji que la deje quedarse.

—Mezclarse en las peleas de esta gente solo conduce a problemas —replicó Mata-ji—. ¿Quieres que ese hombre merodee por la calle de afuera, y entre y salga de esta casa? Y esa prole sucia que tiene...

—Mata-ji —comenzó Navneet-bhenji—, puedes lavarlos a todos, tres veces.

—No empieces tú, Navneet —contestó Mata-ji—. Y vosotras dos, vestios para ir al colegio.

Cuando tenía ese aspecto hinchado en el rostro, Mata-ji era tan inamovible como una lata llena de ghi desi. Prabhjot Kaur se abotonó el uniforme con los dedos temblorosos, y estuvo todo el día distraída en el colegio con imágenes de Ram Pari caminando por una tierra yerma interminable y espinosa, sus hijos gimoteando de sed y cayendo uno a uno. Manjeet y Asha miraban de forma burlona a Prabhjot Kaur mientras ella trataba de tomar apuntes. En el recreo les contó la difícil situación de Ram Pari, pero no se conmovieron, o al menos se conmovieron la mitad, o un cuarto, de lo que ella lo hizo. Si acaso.

—Esa gente continúa luchando solo de esa forma —apuntó Asha.

Prabhjot Kaur oyó las palabras, y vio el pequeño giro mojigato en la boca de Asha, y reprimió una ola de lágrimas. Manjeet tan solo se encogió de hombros. Después ambas pasaron a asuntos más urgentes, a la cuestión de si sería posible convencer al padre de Manjeet para que patrocinase una excursión el fin de semana siguiente. Tenían las cabezas juntas, y Prabhjot Kaur observó sus trenzas brillantes y el blanco limpio de sus dupattas, y quiso hablar, pero su sentimiento por Ram Pari



pertenecía a algún remoto pliegue interior, en un recodo de una cueva, y era imposible sacarlo a rastras y asustado a la potente luz de verano. Así que Prabhjot Kaur respiró hondo, y se quedó callada. Se quedó callada todo el día, y callada en el tanga de Daraq Ali, todo el camino a casa.

Los niños todavía estaban fuera, todavía se movían a gatas por la zona en sombra, que se había desplazado por el patio y se había reducido. Ram Pari estaba dentro de la casa, fregando el último de los cacharros. Navneet-bhenji estaba dormitando con un libro abierto sobre el estómago, agitando un abanico de forma perezosa. Sin abrir los ojos le contó a Prabhjot Kaur el relato de la lucha del día: Ram Pari entró, sin preguntar, y empezó a barrer el patio, como de costumbre; hizo sus tareas, y Mata-ji la observó, y las dos mujeres pasaron la una junto a la otra en silencio. No se dijeron ni una palabra la una a la otra en todo el día. De hecho, en ese momento, mientras Prabhjot Kaur miraba, Mata-ji se acercó en diagonal sobre el ladrillo cocido, sujetando en la mano un nudo húmedo de ropa, y pasó a menos de treinta centímetros de Ram Pari al ir hacia la escalera que subía al tejado, pero ambas apartaron la vista, como si la ropa y los cacharros no permitieran prestar atención a nada más.

—No la ha mirado, ¿verdad? —dijo Navneet-bhenji, todavía con los ojos cerrados.

—¿Quién?

—Mata-ji. ¿Ni siquiera ha mirado a Ram Pari?

—No, no lo ha hecho.

—Eso es lo que ha estado haciendo todo el día. Uf, Nikki, me vuelve loca. Todos estos silencios llenos de significado, y se supone que todo el mundo los entiende y hace lo que ella quiere. Y es muy buena en eso. Todo el mundo hace lo que ella quiere.

La propia Prabhjot Kaur estaba callada en ese momento. Había sentido, ella misma, pequeñas punzadas de resentimiento hacia su madre, cuando no le dejó ir a un picnic de la escuela, cuando le sirvió la última del bol de *kheer* y menos que a sus hermanos, pero todos esos pequeños enfados se desvanecían a diario bajo la presencia inmensa de la influencia cálida de su madre, bajo el abrazo húmedo, envolvente por completo, de los brazos de su madre, que se podía notar tan pronto entrabas por la puerta principal, en los medios ladrillos pintados de blanco con los que había flanqueado el sendero, en los adornos de encaje de los manteles en las mesas del baithak. Pero oír este filo de desdén extraño, metálico, en la voz de Navneet-bhenji era descubrir de repente una separación entre madre e hija, entre Mata-ji y ella misma, que Prabhjot Kaur nunca antes había imaginado. Hizo que se sintiera intranquila y muy sola.

Navneet-bhenji abrió los ojos. Contempló el rostro de Prabhjot Kaur, sus ojos todavía brumosos y abstraídos. Parpadeó dos veces.

—Arre, ¿por qué miras así, bachcha? —animó—. No te preocupes. Mata-ji puede ser exasperante, pero tú también te irás de esta casa.

Prabhjot Kaur tuvo que tragar dos veces antes de poder hablar.

—¿Irme?

—Sí —contestó Navneet-bhenji, y la acercó a ella.

La acurrucó en la curva de un codo y le susurró al pelo:

—¿No lo has oído? Una niña nace en una casa, pero su hogar está en alguna otra parte. Esta casa no te pertenece. Tu hogar está en otro lugar.

Tras decir esto, Navneet-bhenji se estiró y suspiró lujosamente, y Prabhjot Kaur sintió en ella misma, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, el gusto por la vida de su hermana, su entusiasmo por el futuro, su felicidad por irse, por marcharse, y sin embargo Prabhjot Kaur solo sentía una pérdida inexplicable, y un mal presentimiento. Y el sonido áspero, a cenizas, de la olla que estaban fregando se mezcló con el pulso de su hermana, que palpitaba bajo su oído.

Se cubrió la cabeza con el dupatta de Navneet-bhenji e intentó dormir. Cuando Mani llegó una hora y media después, y tiró al suelo su cartera llena de libros, Prabhjot Kaur comprendió que había visto a Ram Pari y los niños, que todavía estaban acampados en la puerta, y que estaba indignada y preparada para la batalla. Pero Mata-ji le lanzó a Mani una mirada tal, con la frente torcida y los ojos que se le salían de las órbitas, que ella incluso tembló, y se acercó en silencio y se sentó junto a Prabhjot Kaur. Se tocó con furia una uña del pie. Después apuntó:

—Tendremos que esperar a Papa-ji.

Pero Papa-ji no estaba de humor para peleas. Estaba exhausto, y se recostó contra un *masnad* y se peinó la barba con los dedos, y Prabhjot Kaur pudo ver que aunque Mani había expuesto el caso directamente ante él, y lo había hecho bien, con unas pocas frases cortas, precisas, él estaba pensando en otra cosa.

—Es difícil —respondió.

Y después se cubrió los ojos con las manos. Mani estaba inclinada hacia delante, con los dedos enroscados y girando en una especie de red.

—Es difícil —repitió, y entonces se levantó.

Se fue hacia su habitación, y ya se había olvidado de Ram Pari y sus dificultades, estaba claro. Mani echó los hombros hacia atrás y levantó las manos con gesto de derrota. Prabhjot Kaur tamborileó con los talones en el suelo. ¿Qué hacer, qué hacer? El silencio continuaba, se ensanchaba. Ram Pari entró a la hora de la cena para preparar los *phulkas*, y lo único que Prabhjot Kaur pudo oír fueron los flap-flap de sus manos sobre el *atta*. Sus hermanos estaban en casa, pero incluso ellos comieron en silencio. Todo el mundo parecía preocupado, excepto Navneet-bhenji. Al final, con los platos ya recogidos, Mata-ji mordisqueó un pequeño dedal de gur, que sostenía con dos dedos encima de la mano izquierda ahuecada. Ram Pari vino y se quedó de pie junto a la pared, apoyándose contra ella. Tenía una mano sobre la cadera, y un tobillo cruzado por detrás del otro.

—Bibi-ji —dijo—. Me voy.

—Ve —contestó Mata-ji, y Prabhjot Kaur sintió que algo se retorció y cedía justo

en medio de su pecho.

Ram Pari estaba a medio camino del patio cuando Mata-ji habló de nuevo.

—¿Adónde irás?

Prabhjot Kaur pudo ver lo quieta que se quedó Ram Pari. Sus hombros eran rectángulos delgados, oscuros, inmovilizados frente al blanco de la pared iluminada por la luna que había atrás, frente al borde afilado del tejado. No dijo nada.

Mata-ji estaba mirando el trozo diminuto de gur que le quedaba en el dedo como si lo estuviese pesando, considerando sus posibilidades.

—De acuerdo —siguió—. Puedes quedarte una noche, detrás de la casa.

—Sí, Bibi-ji.

—Pero solo una noche. ¿Me oyes?

—Sí, Bibi-ji. Una noche.

Ram Pari se marchó deprisa. Prabhjot Kaur sabía que se alejaba para no tener que oír si se decía algo más, por si no podía contenerse. De repente se sintió sin fuerzas, cansada, como si hubiera caminado todo el trecho hasta la escuela y hubiese vuelto con una cartera grande colgándole de los hombros. Se recostó hacia delante, desplomándose por un momento sobre las rodillas de Mata-ji, después se puso de pie sin que se lo hubiesen dicho y se preparó para ir a la cama. Pero a pesar de las rodillas temblorosas y los ojos pesados, se encaramó sobre un taburete en la esquina de la habitación donde dormía con Mani, y se asomó por la ventana y estiró el cuello hacia un lado, para poder ver la multitud atareada de figuras oscuras haciendo bullicio en la parte trasera de la casa. Solo había intervalos de luz de dos ventanas, eso era todo, pero Prabhjot Kaur vio cómo Ram Pari y sus hijos estaban haciéndose la casa. Tenían fardos, ninguno que Prabhjot Kaur pudiera recordar haber visto durante la larga jornada, pero de esos fardos en ese momento sacaron sábanas y harapos, cintas y jirones, que, organizados en el suelo cerca de la casa en un círculo desigual e irregular, se convirtieron en una habitación. Prabhjot Kaur vio cómo la mera sombra de una pared podía servir de refugio. Se fue a dormir desbordada por este descubrimiento. Recordó todos los dibujos que había hecho de «Mi casa» en su larga vida, y entonces supo que esas casas simples y cuadradas que había dibujado eran de alguna forma una mentira, y sintió algo de satisfacción al mirar atrás y pensar qué niña tan tonta había sido.

La tarde siguiente, cuando Prabhjot Kaur regresó del colegio, fue directa a la parte de atrás de la casa, y encontró dos sábanas gruesas clavadas a la pared posterior por el extremo superior y pisadas con ladrillos rotos por el otro extremo, formando una especie de media tienda, debajo de la cual dormía el bebé. Los otros niños estaban desperdigados de forma desordenada por el jardín, que en realidad no era un jardín sino en su mayor parte tierra polvorienta, dos árboles tristes y un muro en el extremo más alejado. Prabhjot Kaur pasó cerca de la entrada de la tienda y se inclinó hacia dentro. Dos ladrillos que sobresalían se habían convertido en un pequeño estante, sobre el que reposaba una imagen brillante de Sheran-Walli-Ma

resplandeciente subida encima de su tigre. De un clavo colgaba una bolsa de tela que contenía ropa. Otros dos clavos sujetaban un saco de yute con cereales. En el hueco más alejado, en la parte más sombreada de la tienda, había una montaña pequeña de bolsitas, y el bebé dormía apoyado en ella. Prabhjot Kaur se estremeció con violencia, en el pequeño mundo verde tras la sábana, sintiendo cómo la novedad se encaramaba sobre sus brazos a saltos pequeños y frenéticos. Sentía mucha admiración. ¡De qué forma tan competente lo poco se había convertido en mucho! ¡Qué valeroso era todo ello! Bajó la vista para mirar al bebé. Llevaba un brazalete delgado en la muñeca derecha, y alrededor del brazo izquierdo un cordón del que colgaba un *taveez*, y su pene era exactamente como una Pequeña llave del agua girada. Prabhjot Kaur resistió las ganas de coger al niño y acunarlo, y en lugar de eso se dio la vuelta. A menos de medio metro, la mayor de las niñas la estaba mirando, con las manos a la espalda. Llevaba una trenza sucia y muy larga que le caía por encima del hombro y le colgaba por delante, ojos negros atentos, y un diente protuberante en la parte izquierda de la boca. Prabhjot Kaur pensó que debía de tener unos catorce años, pero se sintió —de forma inmediata y sin duda— mayor que ella.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó.

—Nimmo —contestó ella.

—¿Sabes leer, Nimmo?

Nimmo negó con la cabeza. En media hora Prabhjot Kaur se había aprendido todos sus nombres de memoria —Nimmo, Natwar, Yashpal, Balraj, Ramshri, Meeta, Bimla, Nirmala, Gurnaam, en ese orden— y que ninguno de ellos sabía leer, que ninguno de ellos, ni siquiera uno de los chicos, había visto jamás un aula. Prabhjot Kaur estaba horrorizada, porque ahí estaba el analfabetismo del país, literalmente detrás de su casa, pero también estaba secretamente encantada, porque ahí tenía una dirección clara, una tarea necesaria. Supo lo que tenía que hacer. Se organizaría para enseñarles. Pero estaba el asunto de cuánto tiempo les iban a permitir quedarse, si Mata-ji mantendría o no su política de una-noche y los obligaría a salir al ancho mundo sin contemplaciones. Dentro de casa. Ram Pari estaba cortando cebollas, y Mata-ji tenía las manos metidas en *besan*, y había *pakor*as chisporroteando como locas en la *karhai*. Estaban cotilleando sobre la vecina viuda cuatro parcelas más abajo, que tenía un hijo que se había dado a los malos hábitos y al alcohol. Parecían bastante contentas juntas. Prabhjot Kaur caminó de puntillas a su alrededor toda la tarde, aterrada, incapaz de sacar la cuestión de una-noche por miedo a recordárselo a Mata-ji, e incapaz de olvidarla. Pero cuando llegó la hora de ir a dormir, y asomó la cabeza por la ventana, la otra familia todavía estaba ahí, aquel grupo redondo de cabezas brillantes en la oscuridad. Era todo bastante desconcertante, pensó Prabhjot Kaur mientras esperaba dormirse, con la cabeza llena de planes. La gente adoptaba posturas, lanzaba opiniones, hacía ruidos feroces, pero las decisiones a menudo se tomaban en una oleada de silencios en competición, y lo que no se decía importaba más que lo dicho. El mundo se volvía más complicado cada día, pensó.

La tarde siguiente, que era viernes, Prabhjot Kaur alineó a los niños en tres columnas de tres, de los más pequeños a los más altos, y comenzó con el alfabeto panjabí.

—*Ooda, aida* —les hacía cantar.

Como pizarra utilizaba la parte inferior de un tablero de carrom viejo y roto. Dibujó las letras a lo largo de las líneas difuminadas del viejo juego, precisa como siempre, buscando no solo la corrección sino también la belleza. De inmediato descubrió que era más fácil enseñar a los más pequeños. Meeta y Bimía se adaptaron con ganas a las letras, y se inclinaban mucho sobre sus pedazos de papel, con las lenguas retorcidas entre los labios, y dibujaban formas toscas pero correctas. Nimmo, por la otra parte, pasaba el rato pensando en las musarañas, miraba fijamente a lo lejos, se tumbaba de lado y apoyaba la cabeza sobre el brazo, y dibujaba letras que parecían cometas aplastadas o marañas de hierba más que las construcciones elegantes, en picado, como un cisne, que Prabhjot Kaur quería. Tan pronto como Nimmo aprendió la tercera letra, olvidó la primera, y cuando Prabhjot Kaur la animaba a aprenderla de nuevo —«*ooda, aida, Nimmo, ooda, aida*» —mostraba el diente y torcía la cara con una sonrisa de estupidez tan feliz que Prabhjot Kaur notaba que la paciencia la abandonaba y deseaba tener autoridad para darle una cachetada fuerte, mordaz, en la oreja, como las estruendosas que la profesora de dibujo de la escuela lanzaba con brusquedad espeluznante. Pero Nimmo permaneció tan burra como siempre, tan obstinadamente pegajosa como la grasa de una vieja rueda. Y Natwar desapareció del todo. Aquel primer viernes, Prabhjot Kaur se dio la vuelta frente al tablero de carrom, y en la columna del medio le faltaba un estudiante justo de la parte de atrás. Dio una patada en el suelo, y corrió a la esquina del edificio, pero él ya había salido por la puerta, a rodo correr, y no giró la cabeza cuando ella lo llamó. Nunca volvió para las clases, pero aparecía con frecuencia justo cuando acababan.

—No te preocupes por Natwar. Es como su padre —dijo Ram Pari—. Les metes algo en la cabeza.

Ella aparecía cada día, al final de la tarde, después de haber terminado con los platos y cuando todavía había tiempo antes del chai, y se sentaba con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared para mirar cómo instruían a los niños. Prabhjot Kaur la observaba mirar, y después de una semana decidió que no estaba lo bastante agradecida, ni por asomo. Sí, Ram Pari ponía nerviosos a los niños —«¡Aprended algo, *gamvars!*!»— pero parecía que pensaba que era una especie de juego, y cuando necesitaba ayuda con alguna tarea que le había asignado Mata-ji, obligaba a desfilarse a todos menos al bebé, como si colgar un grupo de *daris* y golpearlas para quitarles el polvo fuera muchísimo más importante que la tabla del tres. Los dos hermanos de Prabhjot Kaur fingían sentir admiración seria, pero cuando empezaron a llamarla «*Adhyapika-ji*», entendió que les parecía gracioso y les ofreció un hombro coqueto. Navneet-bhenji estaba demasiado distraída como para hacerle caso, y Maní no tenía

tiempo de hablar del tema, los exámenes se acercaban. Solo Papa-ji entendió lo importante que era. Para cuando Prabhjot Kaur había llevado a su clase, o al menos a parte de ella, hasta la tabla del nueve, él se bebía con frecuencia el chai de la tarde sentado en una silla de respaldo alto puesta en un ángulo de la clase, de forma que daba directamente al jardín, donde pronto habría árboles.

—Estás haciendo algo bueno, beta —le dijo un día.

Ella estaba apoyaba contra su brazo, mirando cómo él vertía el chai con destreza de la taza al platillo. Como todas las cosas que hacía, el movimiento era parsimonioso, sin la menor posibilidad de desperdicio. Su bigote y el pelo en su mentón eran de un blanco plateado, pero las mejillas estaban cubiertas del negro más suave, y a Prabhjot Kaur le encantaba la forma en que el blanco se retorció en el negro. Bebió, inclinando el platillo y de alguna manera evitando la más mínima gota en el bigote. Trabajaba para una compañía británica, y Prabhjot Kaur sabía las palabras en inglés de lo que él hacía, «director regional adjunto» para una empresa de suministros sanitarios, y que había ascendido de «vendedor», pero no tenía ni idea de lo que de verdad quería decir «director». Sabía que también tenían terreno *dada-pardada* en el pueblo total y profundamente dormido de Khenchi, que a pesar de su delicioso nombre ridículo producía once quintales de buen trigo por acre cada año, y esta recompensa del abuelo era una gran ayuda para ellos.

Sabía qué aspecto tenía un quintal, porque había ido a Khenchi una vez cada invierno desde que podía recordar, a la casa amarilla y destartalada que permanecía solitaria en medio de campos verdes. Sabía que el paso de la casa amarilla a esta casa nueva significaba progreso, y que todo eso lo había logrado gracias a la educación, porque Papa-ji había sido el primer niño del pueblo que aprobó el *ínter* y fue a la universidad.

—En otros seis meses los tendré a todos al nivel de primer curso —dijo—. En un año, en el segundo curso.

En ese momento él la miró, desde debajo de sus cejas blancas.

—¿Un año?

—Sí.

Él volvió a poner la taza sobre el platillo, aunque todavía estaba llena hasta la tercera parte, y se la dio a ella. Lo observó mientras paseaba alrededor de los límites de su terreno, frotando la pared con la manga. Cuando Mata-ji llamó a Prabhjot Kaur para que entrase, él sigiló fuera, caminando con dificultad en círculos con la cabeza baja.

¿Por qué estaba triste la gente mayor? En general, Prabhjot Kaur no tenía ni idea. Mata-ji tenía contiendas abiertas con tías y primos y vecinos, y a veces murmuraba sobre ellos y continuaba todo el día con alguna traición o desaire antiguo, pero había otros días en los que, sin razón evidente, se veía acosada por suspiros y una tristeza como polvo que hacía que le palidiese la cara, y también Navneet-bhenji tenía días en que parecía silenciada por una melancolía sin forma, incluso después del

compromiso y las cartas que la habían vuelto lánguida y preciosa. Así que Prabhjot Kaur no pensó mucho en el humor de Papa-ji. A la mañana siguiente parecía haber vuelto a su vigoroso estado normal. Había trabajadores en la parte trasera de la casa, y, mientras se marchaba, Prabhjot Kaur dedujo que iban a poner enrejados sobre los postigos de las ventanas. Lo que encontró al volver a casa fueron más bien barrotes, gruesas longitudes rectangulares de hierro que iban directamente de un lado al otro de las ventanas, y de arriba abajo.

—Las pintaremos de verde cuando terminen de ponerlas —explicó Papa-ji—. Como los postigos.

Pero entonces la ventana de Prabhjot Kaur ni siquiera se abría en toda su extensión, de forma que la familia de Ram Pari estaba oculta para ella. Le indicó esto a Papa-ji, esta ineficiencia en la construcción, y de forma bastante increíble todo lo que dijo fue:

—No hay tiempo de arreglarlo ahora, beta. Y la ventana se abre toda, casi.

Era el mismo hombre que había devuelto al proveedor cuatro cargamentos de ladrillos porque no eran exactamente lo que había pagado. Prabhjot Kaur iba a hablar de todo esto a la mañana siguiente con Manjeet y Asha, pero, cuando subió al tanga, se quedó sorprendida al ver que la seguía Iqbal-veerji, que se balanceó para subir al asiento delantero y se sentó al lado de Daraq Ali, con su bate de criquet entre las rodillas y el mango sujeto entre las manos con los grandes puños cerrados. No dijo ni una palabra en todo el camino hacia el colegio. Y las tres niñas se sentaron con las cabezas medio giradas, y nadie habló en el tanga. Solo después de haber cruzado las puertas del colegio, Manjeet movió de forma rápida la cabeza para indicar un cónclave, y encontraron una esquina en la que quedarse de pie, con los hombros encorvados y las frentes casi apoyadas unas contra otras, y susurró:

—Hubo tres asesinatos en Minapur anoche. Mataron a tres hindúes.

Estaba temblando, Prabhjot Kaur podía sentir el codo de Manjeet moviéndose contra su brazo.

—Uno era una niña.

Prabhjot Kaur no pudo enterarse ni siquiera de parte de una clase en todo el día. No escribió ni una palabra en sus cuadernos, y durante el recreo las niñas de todo el colegio se quedaron de pie en corrillos, y no se empezó ni un solo juego de *kidi kada*. Cuando sonó el timbre final y todas fueron a la puerta, Prabhjot Kaur vio a Iqbal-veerji esperando de pie al lado del tanga y sintió un alivio tan gigantesco que corrió hacia él, y se quedó a un paso de él a punto de llorar hasta que le puso una mano en la cabeza y la acompañó al asiento. Entonces se produjo de nuevo ese silencio, espeso e incómodo como las mantas de lana en verano, y Daraq Ali no dijo ni una palabra a Shagufta, lo que asustó a Prabhjot Kaur más que cualquier otra cosa. Las calles parecían menos abarrotadas de lo normal, y Prabhjot Kaur pudo ver que la gente no se decía nada, nadie se entretenía hablando en las esquinas de las calles o frente a las tiendas. Cuando por fin el tanga dobló la esquina y vio el rectángulo alto y familiar de

la puerta, Prabhjot Kaur se regocijó con una efusión tibia de seguridad que sintió como un baño ascendente de miel, mullido y acariciándole la piel. Entró corriendo, y abrazó a Navneet-bhenji, y se sentó muy cerca de ella, y se bebió un vaso enorme de leche sin siquiera una palabra de su protesta ritual, engulléndolo en una larga sucesión de tragos. Solo cuando se había acabado la última gota se percató de que Iqbal-veerji había seguido en el tanga, para escoltar a Asha a casa. Aquella noche se alegró de los barrotes, del metal que al menos alejaba el terror, aunque no pudiera hacer que el miedo se desvaneciera. Se sintió afortunada por no tener que dormir en el exterior.

La luz le presionó el rostro y se despertó. Afuera, el patio estaba iluminado, y supo que era tarde por la mañana, muy tarde. Cuando vio la hora en el reloj encima de la chimenea, su corazón se sobresaltó. El timbre de la primera clase sonaría en menos de diez minutos. Salió de la cama de un salto y atravesó la puerta corriendo.

—¿Por qué no me has despertado? —le dijo jadeando a Mata-ji—. Es muy tarde.

Mata-ji alargó una mano.

—Está bien, beta —contestó, con voz suave—. Hoy no hay escuela. Ni universidad. Todo está cerrado.

—¿Por qué?

—Hay algún problema en la ciudad. Ve y lávate la cara y después come.

Alargó más la mano y tocó la de Prabhjot Kaur, sosteniéndola un poco por la muñeca.

—Ve.

Fue el día de fiesta más tranquilo que Prabhjot Kaur tuvo nunca. Se quedó en su habitación, arreglando sus libros y limpiando la cartera del colegio, pero a las once no lo pudo aguantar más y atravesó la casa de puntillas y salió deslizándose por la puerta delantera. De pie junto a la entrada pudo sentir una falta de movimiento absoluta en las calles, como si todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo y se hubiera ido de la ciudad de forma simultánea. Y sin embargo sabía que estaban todos allí. Cruzó la puerta y deambuló alrededor de la casa, y en la parte de atrás toda la prole de Ram Pari estaba apiñada, incluso Natwar, que por lo general daba tumbos por las calles con los pies desnudos y sucios, embelesado en alguna vida secreta misteriosa sobre la que Prabhjot Kaur no sabía nada en absoluto.

—Ve dentro, Nikki —le dijo Ram Pari—. No deberías estar aquí fuera. Quédate en casa.

—¿Por qué?

—Están pasando cosas malas, Nikki.

Ram Pari miraba justo al muro del jardín de atrás, y Prabhjot Kaur vio que lo que tan solo había sido una calle descuidada más allá, una franja insignificante de barro reseco cubierta de una bruma en movimiento perpetuo de pedacitos de papel, era ahora incluso bajo la brillante luz del día una oscuridad desde la que venía el peligro. Prabhjot Kaur analizó la parte superior del muro, y se preguntó si era lo bastante alto.



Quiso ir y ponerse de pie al lado, para medir su altura y por tanto su protección. Pero en ese momento el jardín parecía una jungla extranjera, y no fue capaz de dar un paso desde el ladrillo hasta la tierra. Asintió y volvió dentro, y se sentó en la cama, con las piernas cruzadas. Esperaba, y no sabía qué.

La comida también fue un asunto silencioso, con todo el mundo hablando en voz baja, y sin que Navneet-bhenji dijera ni una sola palabra. Papa-ji y los dos hermanos estaban sentados en un pequeño círculo estrecho y hablaban con las cabezas gachas. Después, para Prabhjot Kaur fue momento de volver a la cama, y estar sentada, y luego tumbada con los talones tamborileando encima de la colcha.

—¿Pararás? —estalló Mani—. Me estás volviendo loca.

Locura era lo que Prabhjot Kaur notaba que se estaba encharcando detrás de los extremos de sus omoplatos, aquella tarde que transcurrió como una lenta procesión de hormigas subiendo a rastras por su pierna. Así que cuando la cadena de la puerta delantera traqueteó, su sonido de metal hizo eco por la casa y se metió en la cabeza de Prabhjot Kaur y ella sintió un espasmo violento de miedo, pero también un alivio. Mani estaba enroscada por los codos, con la boca abierta de par en par y el cuello hecho un lío fruncido de cuerdas pequeñas justo bajo la piel. Prabhjot Kaur saltó de la cama y corrió. Llegó hasta la puerta y se asomó con una mano sobre la pared y vio a Iqbal-veerji y Alok-veerji cruzando la entrada y a Papa-ji saliendo afuera. Corrió hacia delante y vio a Papa-ji de pie al otro lado de la calle, estirando el cuello, y había pies corriendo y barullo de voces. En ese momento oyó un jadeo rápido junto a ella, y vio que era Natwar. Se apoyaron juntos contra la puerta. Él tenía los ojos tan brillantes como ágatas negras. Se deslizó por delante de ella y salió a la calle. Sin un momento de vacilación salió detrás de él, y de inmediato se encontró en el refugio de un grupo de hombres que corrían. No le quitó ojo a Natwar, y siguió sus movimientos para esquivar a la multitud, sus virajes bruscos y repentinos y sus recortes entre los cuerpos enfurruñados. Entonces la concurrencia se detuvo, en una muchedumbre densa. Natwar la alcanzó, sin mirar atrás, y tiró de ella, haciendo que se golpeará la cabeza contra caderas y traseros. Salió de los empujones, y hacia delante, chocando la nariz contra el hombro de Natwar, y el camino se despejó frente a ellos. Había un tanga, inclinado hacia delante en un ángulo que ella nunca había visto. Enredado en el arnés y los tiros yacía un caballo, el cuello estirado al frente en una curva tirante, como si estuviese tratando desesperadamente de avanzar por el suelo, tirar de sí mismo para seguir. Era Shagufta. Prabhjot Kaur se dio cuenta de inmediato. Los labios de Shagufta estaban replegados, exponiendo los dientes enormes en un rictus de esfuerzo. Las patas delanteras estaban hechas un ovillo. Las traseras, despatarradas, y entre ellas y por encima había espirales gordas y azules que se habían derramado de su estómago. Prabhjot Kaur pudo mirar directamente al interior de Shagufta, en la cavidad que era del color de un *jamun* de invierno muy maduro. La materia de dentro había salido como si no hubiera sido forzada, y aunque no se movía, Prabhjot Kaur sintió que seguía esforzándose por salir del cuerpo,

desbordándose en olas aceitosas. La calzada estaba negra y húmeda debajo del tanga. En la otra parte del tanga, tan lejos de él como estaba Prabhjot Kaur, había una multitud bulliciosa de hombres, todos ellos musulmanes, de alguna manera ella lo sabía, no solo por la ropa, y al frente pudo ver a Daraq Ali. Estaba gritando algo y Prabhjot Kaur le pudo ver los dientes. Todos tenían la boca abierta y pudo ver el brillo blanco de los dientes. Aquella multitud se adelantaba en pequeñas sacudidas y después se movía hacia atrás. Un empujón contra la espalda de Prabhjot Kaur la movió hacia delante, y vio que los ojos de Shagufta estaban abiertos por completo y húmedos. Entonces pensó que Shagufta todavía estaba viva, y caminaba hacia ella cuando la levantaron por el brazo, la retorcieron y la levantaron, y ella gritó de dolor. Era Papa-ji. La hizo volver corriendo a través de la multitud, sujetándola a su lado. Él corrió y corrió. A lo largo de toda la calle ella notó los dedos de él con fuerza sobre el brazo. En la entrada, en el patio, de nuevo en casa, la cogió por el hombro y la sacudió, su propia cabeza se movió hacia delante y hacia atrás, y tenía el rostro sudoroso, y estirado y proyectado hacia delante por el enfado, Prabhjot Kaur solo vio algo borroso.

—¿Por qué saliste? —preguntó, y le dio una cachetada—. ¿Por qué saliste? ¿Haan? ¿Por qué?

Volvió a darle un cachete.

—Déjala —dijo Navneet-bhenji, y llevó a Prabhjot Kaur a su cama.

La tumbó y después se subió a la cama y sostuvo la cabeza de Prabhjot Kaur en su regazo. Acariciaba el rostro y los hombros de Prabhjot Kaur, y esta podía sentir cómo el corazón le palpitaba con fuerza. Mani estaba sentada en el suelo, con las rodillas hacia arriba y la espalda contra la pared. Mata-ji entró y cerró la puerta rápidamente y pasó la cadena. Se sentó en la cama, la cabeza cubierta con el dupatta. A lo lejos podían oír un griterío confuso y continuo, como el chisporroteo firme de un fuego debilitado.

—Vaheguru, Vaheguru —pronunció Mata-ji.

Se sentaron juntas hasta que oscureció. Y luego se hizo el silencio.

Después de esa noche ninguna de las mujeres salió. Prabhjot Kaur apenas dejó la cama. Salía para comer y volvía corriendo a ella, salía cuando la llamaba Mata-ji, pero después se iba de forma sigilosa tan pronto como le era posible. Papa-ji fue y se sentó con las piernas cruzadas con una almohada encima del regazo y se burló y la hizo reír y le hizo cosquillas en las plantas de los pies, y ella entendió que le estaba pidiendo perdón por su momento de pánico, y fue capaz de salir al patio con la mano cogida a la de él, pero a pesar de sí misma se puso más y más inquieta en el espacio abierto, tenía una sensación en medio del pecho, como si una burbuja fuerte se estuviese expandiendo hasta el tamaño de una cebolla, haciendo que le resultara difícil respirar. Volvió deprisa a su habitación. Las paredes blancas lucían que se sintiera mejor, y los barrotes. A veces miraba por la ventana, para encontrar a Ram Pari y a Natwar y a todo el resto apiñados debajo, pero evitaba levantar la vista hacia

el jardín, y lo que yacía más allá. Cuando se daba la vuelta, y se sentía segura en la habitación, sobre su cama, estaba bien.

Fuera, hombres y mujeres eran asesinados cada noche, y cada día. Prabhjot Kaur sabía cómo se llamaba esto: *khoon*. Prabhjot Kaur sostuvo la palabra sobre la lengua, y la sintió como un aparato cuadrado de metal con un agujero abierto en el centro. Goteando fluidos viscosos y con bordes afilados que brillaban. Manjeet se lo había mostrado una vez en un libro de la clase de historia de los mayores, esta máquina de muerte, y en ese momento regresó a Prabhjot Kaur. *Khoon*. Papa-ji y los hermanos llegaban a casa cargados con los nombres de quienes ya se habían ido. Un sardar llamado Jasjit Singh Ahluwalia en la esquina donde Pakmara Street se encontraba con Campbell Road, cerca de Tarapore Bakery, rajado por hombres con cuchillos hasta quedar hecho jirones. Ramesh Kripalani, de dieciséis años, fue encontrado con la garganta cortada de lado a lado con mano experta, la cabeza colgando sobre la alcantarilla de forma que ni una gota de sangre manchó Ali Jafar Road.

—Dicen que lo hizo un carnicero de Karsanganj —contó Alok-veerji—. Lo cogió cuando volvía a casa desde la de su chacha.

*Khoon*. Hubo más, muchos más. Mata-ji y sus hijas escuchaban cómo la lista se alargaba. El día en que debían haber empezado los exámenes finales, mataron al marido de Ram Pari. Fue uno de los tres saqueadores a los que la policía disparó en Larkin Road a las seis de la mañana; Prabhjot Kaur lo oyó al día siguiente, primero como un rumor, después como una confirmación. Un llanto se elevó detrás de la casa, un coro indistinto que ascendía y caía, y no había ningún lugar donde escapar de él, y Prabhjot Kaur supo su nombre por primera vez, *Kuldish*. Lloraron la muerte de *Kuldish* a lo largo de todo el día, el hombre malo que nunca vino a amenazar a Ram Pari, y los lamentos se deslizaron bajo la piel de Prabhjot Kaur y la hicieron temblar.

Aquella tarde, Mata-ji les pidió a los hermanos que se quedaran en casa, que no salieran a la calle, e Iqbal-veerji se rió, y el sonido cayó en la habitación resonando como si fuera hierro. Los hermanos se fueron de todos modos, y Alok-veerji echó la vista atrás cuando cerró la puerta, y Prabhjot Kaur vio que la miró a ella, a todas ellas, a sus hermanas y madre, con enfado y algo muy parecido al desprecio. Mata-ji empezó a maldecir a los musulmanes.

—Nadie puede vivir jamás con esta gente —dijo—. Son incapaces de vivir en paz con nadie.

Tenía el rostro inyectado en sangre, colorado e hinchado.

—Sucia gente mentirosa —soltó.

Prabhjot Kaur hizo listas en su cabeza de los musulmanes que conocía. Daraq Ali, por supuesto; el amigo de Papa-ji, Khudabaksh Shafi, que siempre venía de visita con cestos de fresas o manzanas o mangos, y todos sus hijos e hijas y nietos; Parveena y Shaukat Shah, propietarios de Excellent Store, donde Prabhjot Kaur y todos sus hermanos y hermanas se habían comprado uniformes del colegio y zapatos toda la vida; todas las chicas musulmanas del colegio, en especial Nikhat Azmi, que era una

niña con la cara redonda con quien el Trío jugaba siempre que iban a casa de Manjeet. La lista siguió y siguió, y una vez Prabhjot Kaur hubo empezado, le pareció que siempre había una persona más, una cara más que recordaba por la noche tarde, antes de ser arrastrada por el sueño. Pero Mata-ji maldecía. Y Pritam Singh Hansra le escribía cartas a Papa-ji. Había dejado de escribirle a Navneet-bhenji, y en lugar de eso le escribió cartas a Papa-ji rogándole que fuera a Amritsar, que llevase a la familia, toda ella, pero en especial a Navneet-bhenji. Él ya llevaba mes y medio en Amritsar.

«Usted mismo sabe lo que está pasando» —escribió—. «Y las cosas solo pueden empeorar».

Pero Papa-ji estaba paralizado. Negaba con la cabeza por la mañana ante las noticias de los periódicos sobre llamas y asesinato y trenes llenos de refugiados a los que se les había tendido una emboscada, y por la tarde se quedaba completamente en silencio. Se sentaba con las piernas cruzadas en un sillón del patio, sin ni siquiera cambiar de postura, como si estuviera atado con cadenas apretadas que ralentizaban su respiración. Después dejó de cambiarse la ropa, y se sentaba todo el día con banian y pijamas, el pelo suelto bajo un *patka* y los pies descalzos descansando sobre el ladrillo. Prabhjot Kaur sabía que estaba esperando algo, y vio que se había vaciado de vigor, de repente se le había escurrido la voluntad propia como un cubo puesto boca abajo. Recordó cómo había dado saltos de un lado al otro cuando cavaron los cimientos, cómo no le había importado que sus brazos se cubrieran de barro por coger la tierra, cómo había levantado puñados de barro desde el fondo del hoyo para que ella comprobase su humedad, cómo se había quitado el polvo de las manos a grandes manotazos, con barridos amplios por los lados y estruendos fuertes ante los que ella había saltado. No había más movimiento en él, e incluso los parpadeos de sus ojos eran lentos, movimientos de profunda tristeza que Prabhjot Kaur podía seguir arriba y abajo. Un día, pensó, saldré y hasta esto habrá parao, terminado del todo. Intentó no pensar en ello, pero regresaba tan tímidamente como una mosca persistente, este pensamiento, y después su zumbido se hizo más y más fuerte hasta que ella se golpeó la frente con la base de las manos. Me volveré loca, pensó. Lo haré.

Al final Mata-ji se hizo cargo. Había pasado el verano y toda la gente que conocían se había ido, también Manjeet y Asha y sus familias. Una tarde un policía pathan golpeó en la entrada. Cuando Iqbal-veerji abrió la puerta un par de centímetros, con la cadena todavía firmemente en su sitio, el policía metió de una sacudida un sobre que aterrizó a los pies de Alok-veerji.

—Volveré en media hora para que me den una respuesta —susurró el policía, y se fue calle abajo.

En el sobre había una carta sin firmar.

Sardar Saab, no pondré mi nombre, porque pueden leer esta carta.

Pero sabes quién soy. Soy tu amigo que te lleva frutas de las montañas. Ahora

escúchame como amigo tuyo. Debes irte. Se está hablando de ti, y hoy o mañana atacarán tu casa. Entiende lo que te digo. Específicamente tu casa. Conocen a tus hijos y se habla de lo que han hecho y están en peligro, mucho peligro. Debes irte. Me encargaré de los preparativos. Nos conocemos desde hace treinta años y me he sentado en tu casa y tú has venido a la mía. Debes irte, amigo mío.

Cuidaré de tu casa.

Papa-ji escuchó cómo Iqbal-veerji leía esto en voz alta, y su rostro se quedó quieto como un pedazo de arcilla flácida, desdibujada y blanda. Mata-ji cogió la carta de la mano de su hijo, y se puso el dupatta sobre la cabeza y se envolvió la cara con él. Esperó junto a la entrada, y cuando el pequeño golpe hueco sonó puso la boca sobre la madera.

—Dígale que nos iremos —respondió.

—Estén listos mañana por la noche a las nueve —replicó el policía—. Vendrá un tempo. Serán mil rupias por persona. No más, pero no menos. ¿Entendido?

—Sí —contestó Mata-ji—. Entiendo.

Empacaron toda la noche y todo el día. Prabhjot Kaur estaba sorprendida por cuántas cosas había en una casa. Papeles, ropas, libros, tarros de plata, fotografías, sillas, más ropa, colchones, peines caros, zapatos, cada persona tenía un despliegue de cosas que estaban pegadas a ella con nudos apretados de un tiempo de muchas hebras, cada persona tenía una pesada carga de cosas que no podía dejar atrás. Prabhjot Kaur miró las muchas filas de muñecas con las que ya no jugaba, cabezas raídas que no había acariciado hacía años, pero cuando tiró y estiró un saco de papel intentando meterlas todas dentro, lo llenó de estas antiguas compañeras hasta que el papel cedió y se rompió con un único desgarrón brusco. Al final de la tarde el patio y el baithak estaban llenos de fardos tambaleantes atados con sábanas, y maletas pesadas que vacilaban, y baúles de hierro que necesitaban a cuatro personas para levantarlos. Prabhjot Kaur estaba intentando decidir qué libros llevarse cuando Mata-ji entró corriendo.

—Toma, ponte esto.

Era un salvar-kamiz azul con un estampado geométrico de cuadrados sobre algodón un poco grueso que Prabhjot Kaur había decidido tres meses antes que solo servía como ropa de andar por casa. Pero ahí estaba Mata-ji bastante impaciente.

—Toma, toma.

Prabhjot Kaur lo cogió y se preguntó por el tirón sólido de su peso. Mata-ji ya se había ido, había salido por la puerta. Lo que era el salvar resultaba pesado. Prabhjot Kaur le dio la vuelta y vio que había pequeños paquetes de tela cosidos en el talle, por la parte de dentro, justo debajo del *nada*. Había metal en esos pequeños bolsillos secretos, oro, pudo sentir la densidad suave, resbaladiza, de collares y brazaletes. Cuando salió al patio después de haberse cambiado, vio que Mata-ji y todas las hermanas llevaban la misma ropa suelta, basta, preparada para un tipo de viaje

extraño, y que todas se movían con una torpeza de andar con cuidado con la carga, como si ya no supieran cuáles eran los bordes de sus cuerpos. Mani tintineó al pasar junto a Prabhjot Kaur, y sin embargo Prabhjot Kaur fue incapaz de verle la gracia a sus intentos por no hacer ruido, su paso deslizándose— punta. En ese momento nadie decía ni una palabra. El sol se había ido, se había puesto, y Prabhjot Kaur se sentó sobre un baúl y vio cómo las superficies de su casa se perdían de vista en la penumbra. Iqbal-veerji entró, con los brazos cubiertos de fango, y se lavó las manos bajo la bomba de mano. Cuando el agua cayó sobre el ladrillo sonó alto, la salpicadura como una explosión, y Prabhjot Kaur se estremeció. Después, de nuevo, silencio.

—Bibi-ji —era Ram Bari—. Bibi-ji.

Estaba susurrando. Mata-ji no dijo nada. Ram Pari entró y se puso en cuclillas en el suelo junto a ella, junto a la charpai.

—¿Qué haremos nosotros? —preguntó—. ¿Qué haremos nosotros?

—Toma —contestó Mata-ji—. Te daré algo de dinero.

Brabhjot Kaur se alegró de la oscuridad, porque le ocultaba la cara, tenía ambas manos sobre la boca. Hacía días, o tal vez habían sido semanas, que no había pensado en ellos. No había pensado en Ram Bari, o Natwar, o Nimmo, o alguno de los otros, la familia que estaba justo fuera de su ventana. Habían sido sus alumnos, y los había olvidado por completo. Se había retirado a su cama y los había abandonado.

—Bibi-ji, ¿adónde iremos? ¿Cómo?

—No lo sé, Ram Bari. Solo coge esto.

Brabhjot Kaur pudo ver la forma alargada del brazo de Mata-ji, estirado. Ram Pari era el bulto oscuro al final de la charpai.

—Toma —insistió Mata-ji.

Las formas se quedaron igual, inclinadas y alejadas la una de la otra, la misma distancia con el mismo margen de alcance entre ellas, y una bocanada de aire forzó el pecho de Brabhjot Kaur hacia abajo, atravesándolo, y en aquel dolor áspero y repentino supo con seguridad que el mundo nunca volvería a ser el mismo. Quiso decir algo pero no había nada que decir.

—Nos dejarás, Bibi-ji —dijo Ram Bari—. Moriremos.

—Vaheguru cuidará de todos nosotros.

Mata-ji alargó más la mano, y la sacudió con firmeza. Ram Bari se hundió más en la forma acurrucada tirante que había hecho de sí misma. Brabhjot Kaur pensó que era posible que ellos se sentasen allí para siempre, bajo el cielo enorme, quieto. Entonces Alok-veerji salió de su habitación, se levantó imponente y alto encima de todas ellas.

—Cógelo —dijo, y cogió el dinero de la mano de Mata-ji y levantó a Ram Bari por el hombro y la condujo pasando por el lado de Brabhjot Kaur—. Hay una *kafila* que sale dentro de dos días. Habrá miles de personas caminando. Podéis ir con ellas.

Prabhjot Kaur se deslizó para bajar del baúl y caminó muy cerca y por detrás de

Alok-veerji, y aunque no pudo verle haciéndolo, sabía que había metido el dinero en la mano de Ram Bari.

—No podemos hacer nada ahora. Vete.

La empujó por la puerta y se giró y regresó a sus preparativos. Ram Pari se quedó de pie en el pasillo entre el patio y el exterior, de pie pegada a la pared. Prabhjot Kaur dio un paso adelante y puso ambas manos sobre los costados de Ram Pari, se agarró a ella, se apoyó sobre ella.

pudo sentir la ropa contra su cara, contra sus ojos, y la exhalación viva de otra persona, sudorosa y fuerte, amarga; Prabhjot Kaur respiró en ella. Después Ram Pari la forzó a abrir las manos. Se fue por el pasillo, una sombra pegada a la pared, y Prabhjot Kaur la vio marcharse.

El tempo, cuando llegó, una hora después, no era el camión que estaban esperando sino un coche negro que chirriaba. El conductor era un hombre diminuto y calvo, y le acompañaba el policía de la tarde.

—Deprisa —dijo el policía—. Deprisa.

Iqbal-veerji y Alok-veerji cargaron el maletero del coche y lo ataron con cuerdas. Dos baúles y varios fardos fueron sobre el techo, y dentro del coche, por el suelo alrededor de los asientos, pusieron más fardos. Pero entonces el coche estuvo lleno.

—Vamos —pidió Iqbal-veerji.

Mientras se deslizaban dejando atrás el baithak, Prabhjot Kaur vio las figuras apiñadas en la esquina de la izquierda, no pudo distinguir ningún rostro pero sabía que eran Ram Pari y Nimmo y Natwar y el resto. En todo el camino hasta la puerta fue tropezando con paquetes que iban a dejar atrás. El motor del coche ya estaba haciendo ruido. Papa-ji se sentó a la derecha en el asiento de atrás, después Mata-ji, después Navneet-bhenji y Mani y después Iqbal-veerji. Prabhjot Kaur se sentó delante entre Alok-veerji y el conductor calvo. El policía dio unas palmaditas sobre el capó.

—Idos —dijo—. Idos rápido.

Cuando se iban, Prabhjot Kaur se giró en el asiento, se puso de rodillas para mirar atrás. Pero todo lo que vio fue al policía, de pie bastante erguido frente a la puerta, y a Mata-ji y Navneet-bhenji y Mani acurrucadas en el asiento trasero, con las cabezas bajas, como niñas pequeñas preparadas para dormir durante un largo viaje.

—Agáchate —dijo Alok-veerji, y cogió a Prabhjot Kaur del cuello y tiró de ella hacia abajo. La voz de él se agitó y Prabhjot Kaur se asustó mucho. Tenía la cara apoyada contra el costado de él y contra el asiento, pero tenía los ojos cansados y abiertos y pudo ver el codo del conductor, y a través del volante y a través del cristal, y pudo ver la forma de las casas y las tiendas, el blanco de los letreros y el súbito negro más profundo cuando una calle se abría; giraron y volvieron a girar y el motor gruñía y se ahogaba y Prabhjot Kaur era completamente incapaz de decir dónde estaban. Entonces Prabhjot Kaur pudo ver a través del cristal sucio el cielo donde una serie de estallidos sonaron, estallidos como tap, tap-tap-tap, como si un niño hubiese

reventando un balón, y después otra serie muy rápida. Era un sonido feliz. Pero el coche trotó y se retorció y se detuvo, deslizando a Prabhjot Kaur hacia delante. Y en ese momento fue marcha atrás. Atrás y atrás tan rápido que Prabhjot Kaur retorció las manos en la camisa de Alok-veerji y se puso a llorar. Pudo oír voces de hombres, gritando y resonando. E Iqbal-veerji:

—Gire aquí a la izquierda y después vaya por Ravi Road.

El coche se movió hacia delante entonces, girando a la izquierda y lanzando a Prabhjot Kaur de nuevo. Ahora se estaban moviendo deprisa, lo sentía por las vibraciones que traqueteaban en su cuerpo. Una luz naranja llenó el interior del coche, entrando en espiral a través del cristal e iluminando cada rincón, y ella pudo ver la rupia redonda de plata que colgaba de la cadena de las llaves, cada detalle del rostro del rey-emperador. Con un sonido como el de un enorme molino de trilla las llamas se elevaban, llenando por un momento el parabrisas y la ventana, y ella cerró los ojos. Otro giro, esta vez a la izquierda, y en alguna parte se rompió cristal y después se oyó un sonido tan alto y tan cerca y tan inquietante que Prabhjot Kaur supo de inmediato que era un disparo. El coche dio bandazos de forma violenta de lado a lado, un chirrido llenó la cabeza de Prabhjot Kaur, voló hacia delante y sintió el impacto del metal contra su frente, y un eco floreciente, metálico, que la envolvió. Después estaba tumbada de lado oyendo un murmullo de voces, un grito continuo no muy lejos, y no pudo decir dónde estaba hasta que la barra oscura de encima se retorció y se retiró y se convirtió en uno de los radios del volante, y de nuevo esa explosión como un ladrido, justo encima de su cabeza, esta vez vio un destello, y se enroscó y se empujó a sí misma más hacia delante por el espacio en sombras bajo el volante, y después un disparo de nuevo y cerró los ojos.

Pudo oír a Mata-ji llorando. Aparte de ese ruido ronco como gárgaras, había mucho silencio. Prabhjot Kaur trató de apaciguar el movimiento de sus rodillas, un temblor que surgía de la convulsión de su estómago. Estaba convencida de que esto la delataría. Sujetó la mano derecha contra el muslo derecho y apretó fuerte hacia abajo. Le raspaba el metal, y sabía que era la puerta del coche, y que no había ningún lugar al que ir, y quiso gritar pero se contuvo, luchó contra ello con sus músculos.

—Nikki, Nikki.

Era Iqbal-veerji. Tiró de ella con suavidad y salió de su espiral y se agarró a los brazos de él y lloró. La sacó del coche y ella se envolvió en él.

—Está bien —la calmó él.

Pero Mata-ji estaba sentada en la calle, y Maní trataba de consolarla. Y Papa-ji apoyado contra la parte trasera del coche, la cabeza baja y las manos en las rodillas, y la baba cayéndole de la boca. Alok-veerji un poco más abajo en la calle, el cuerpo retorcido hacia un lado mientras trataba de mirar por una esquina. Justo delante de él había una figura en el suelo, como un fardo de ropa que se hubiese abierto y hubiese desperdigado su contenido al azar. Era el cuerpo de un hombre. Estaba la cabeza, y una mano. Era el conductor.



Alok-veerji se giró.

—Tenemos que salir de aquí.

—No sé conducir —contestó Iqbal-veerji con tono suave.

Ambos parecían aturridos, como si esta habilidad que habían olvidado añadir a su repertorio deportivo hubiese revelado de repente su importancia oculta, su significado secreto.

Y entonces Mata-ji dejó de llorar y dijo:

—Matadlas.

Su llanto había sido tan constante y fuerte que cuando paró Prabhjot Kaur notó de forma muy consciente lo silencioso que todo se había vuelto de nuevo, después de toda la locura. Era bastante agradable. Pero ¿a quiénes se refería? Mata-ji miraba a su marido, y a uno de sus hijos y luego al otro.

—Matadlas —pidió—. Antes de que también las cojan.

Prabhjot Kaur giró la cabeza hacia el coche, y después hacia la calle. Navneet-bhenji no estaba. Prabhjot Kaur no se había dado cuenta hasta ahora, pero entonces era imposible escapar de ese hecho. Habían cogido a Navneet-bhenji.

Alok-veerji se acercó a Mata-ji, y Prabhjot Kaur vio que llevaba un revólver en la mano derecha, y en la izquierda algo largo y curvo. La parte delantera de su camisa colgaba hacia abajo por la parte izquierda como una solapa, revelando el arco invertido de su pecho. Tenía sangre en el cuello, negra y fluida, ella pudo verlo. Y colgando de la mano de Iqbal-veerji, no muy lejos de la cara de Prabhjot Kaur, había una *kirpan*, no, un cuchillo.

—Matadlas —repitió Mata-ji.

El rostro de Mani estaba oculto para Prabhjot Kaur, ensombrecido. Prabhjot Kaur solo podía ver sus inconfundibles hombros delgados, sus antebrazos mientras sujetaba a Mata-ji. Prabhjot Kaur se apartó de Iqbal-veerji, y levantó la cabeza, y vio que no llevaba el *pagdi*, el pelo le colgaba en un moño suelto encima de la frente. Le temblaba la boca. La estaba mirando y ella vio que luchaba por controlarse, mordiéndose el labio inferior para que dejara de temblar. Entonces ella sintió el miedo de forma diferente, como una caída larga, continuada, desde una gran altura, pero a pesar de este descenso a toda velocidad sintió vergüenza por su hermano. Agachó la cabeza y esperó. Esperaba la muerte, un *khoon* ordenado por su madre.

—Yo conduciré —oyó que decía Papa-ji—. Puedo conducir.

Por supuesto, pensó Prabhjot Kaur. Había sido vendedor. El coche arrancó al primer intento, pero después tuvieron que empujarlo hacia atrás y hacia arriba desde la alcantarilla en la que se había metido la rueda delantera izquierda. Prabhjot Kaur se dio la vuelta una y otra vez hacia la calle oscura, incapaz de quedarse quieta, tratando de mirar a todas partes y asustada por lo que había a su espalda. Después entraron todos, y esta vez Prabhjot Kaur se agachó tanto como pudo en el asiento delantero. Empujó con las piernas el fardo que había frente a ella, y cuando lo apartó un poco metió a la fuerza las piernas y las caderas en el espacio pequeño que había hecho.

Deseó poder meterse debajo del paquete. Deseó que hubiera un pequeño espacio secreto bajo el asiento para poder meterse dentro. Deseó un pequeño agujero de metal oscuro donde nada pudiera ser capaz de entrar jamás, donde poder escapar de los horribles sollozos roncós de Mata-ji, su Vaheguru, Vaheguru y su *Japji Sahib* que perforaban todo el traqueteo del coche y la respiración ruidosa de la propia Prabhjot Kaur, y se tapó los oídos con las manos de manera fuerte y desesperada.

No vio nada. Mantuvo los ojos cerrados. Pero hubo un cambio en el sonido de la calzada, una diferencia en la textura del negro bajo sus párpados, y supo que habían dejado atrás la ciudad. Cerca del amanecer se encontraron con dos camiones de soldados, parados junto a un pozo. Alok-veerji tenía miedo, pero Papa-ji dijo que no había otra opción. Se acercaron a ellos lentamente, y, justo antes de que el coche parase, Prabhjot Kaur abrió los ojos. El cielo era de un gris neutro, el color a medio camino entre el negro y el blanco. Nunca antes se había quedado despierta toda la noche.

—Son musulmanes —oyó que decía Mata-ji.

Lo eran, y su líder era un comandante que se llamaba Sajid Farooq. Prabhjot Kaur lo leyó en su bolsillo del pecho cuando se sentó sobre la charpai de un aldeano, tiritando. Sajid Farooq puso su coche entre los camiones de los soldados aquella mañana, y por la tarde tenían una caravana de treinta y un vehículos de largo. A la mañana siguiente, Prabhjot Kaur vio una línea, una corriente, un río de gente caminando a pie que se extendía hasta el horizonte. Los hombres y las mujeres y los niños andaban unos detrás de otros en silencio, caminando con dificultad en la misma dirección que los camiones de Sajid Farooq, y todos los coches. Se movían muy lentamente, y los camiones y coches los adelantaban con facilidad, pero se tardó tres horas en dejar atrás a todo ese lote. Aquella tarde los encontraron otros soldados, con los mismos uniformes y los mismos camiones, pero aquellos eran hindúes escoltando un convoy de musulmanes. Alok-veerji dijo que los soldados eran de Madras. Eso fue lo primero que Prabhjot Kaur le oyó decir en dos días. El muchacho tenía los ojos rojos y a veces las lágrimas le recorrían la cara y él parecía no darse cuenta. Sajid Farooq se hizo cargo del convoy de coches y camiones que había llegado con los de Madrás, colocó a sus soldados delante de ellos y detrás de ellos y se marcharon. Prabhjot Kaur observó cómo los musulmanes pasaban por delante de ellos, hacia Pakistán. Después los soldados de Madrás llevaron a los sikhs y los hindúes a la India. Fue un viaje sin incidentes. En dos días estuvieron en Amritsar.

Aquí vivieron en una ciudad de tres mil tiendas de campaña. Llegaba gente de la ciudad con ropa y comida, para dárselas a los refugiados, y llegó un político para caminar por los callejones mugrientos que habían sido arados por cientos de pies entre las paredes de lona. Prabhjot Kaur se escondió en la tienda cuando vio a los fotógrafos que iban con el hombre del Partido del Congreso. Sentía vergüenza, un ardor como polvo que le chisporroteaba por los brazos y los hombros. La vio en el rostro de Papa-ji cuando cogió medio saco de trigo de un *bania* que había traído un

cargamento de comestibles de la ciudad. La vio en la forma de agacharse de Mata-ji, cómo se sentaba con el dupatta cubriéndole media cara, y la vio en las largas horas de sueño de Mani, en la manera decidida en que se tumbaba y se giraba a un lado, incluso cuando el sol ardía sobre la lona y se notaba como si la tierra fuera calentada desde abajo. Todos estaban avergonzados. Prabhjot Kaur lo notaba más cuando miraba el rostro de Mata-ji, su nariz, su boca, su frente alineada, y por eso nunca la miraba. Miraba hacia arriba, o hacia un lado, o revisaba sus propias manos, o a veces, cuando pasaba por su lado, cerraba un ojo o el otro de manera que no hubiera forma de ver. En Mata-ji era insoportable, esta vergüenza, pero estaba en todos ellos, flotaba a su alrededor como un olor malo, sucio. Era la vergüenza lo que estrechaba la garganta de Alok-veerji, haciendo que cada palabra supusiera un esfuerzo de los músculos y emergiese compacta y lenta.

—Fue una emboscada —estaba diciendo Alok-veerji—. Fue ese Khudabaksh Shaft. Lo había planeado todo.

Prabhjot Kaur estaba de pie fuera de la tienda, sujetando una pila de ropa húmeda más alta que su cabeza.

—¿Quieres decir por la casa? ¿Quería la casa así que nos asustó para que nos fuésemos?

—Este era Iqbal-veerji.

—Sí —contestó Alok-veerji—. La casa. Y todo lo demás.

La cabeza de Prabhjot Kaur zumbó con una avalancha de sangre. Este «todo lo demás» era algo de lo que nunca hablaban. Nunca se decía nada, ni una palabra. Un nombre había desaparecido del mundo, llevándose con él una vida entera.

—No puedo creer eso —replicó Iqbal-veerji—. No puedo.

—Créelo —dijo Alok-veerji—. Cogieron la casa, cogieron nuestra tierra, pero no estaban satisfechos con eso. Todo estaba planeado. El conductor nos llevó directos a una emboscada, estaban esperando. Eran bastantes para... para llevarse lo que querían. Pero no esperaban que estuviésemos bien armados. Así que cogieron lo que querían, pero no pudieron matarnos a todos. Por eso corrieron. Esa es la verdad sobre esa gente. Solo desearía haber podido hacer más. En vez de quemar tres casas desearía que hubiésemos quemado mil. Y matado a un lakh de ellos.

—Alok. Cállate.

—¿Por qué? ¿Por qué callar? Lo gritaré fuerte. Los musulmanes son bhenchods y maderchods. Si todas sus mujeres estuviesen delante de mí, las colgaría y las rajaría como a cabras. Les sacaría los intestinos con mis propias manos. Lo haría con gusto. Bhenchods. Maderchods.

Prabhjot Kaur corrió. Dejó caer la ropa y salió corriendo. Las palabras de su madre la siguieron: «Matadlas». Tropezó y cayó por las cuerdas de las tiendas y se despellejó las palmas de las manos con la grava negra, y corrió delante de niños que daban golpes a un trozo de madera de un lado al otro del camino, delante de mujeres que estaban agachadas en las entradas de las tiendas remendando camisetas

desgarradas, delante de ollas burbujeantes sobre *choolas* improvisados con seis ladrillos, delante de todo hasta que llegó por fin al borde, más allá de cualquier asentamiento. Más allá había un camino marrón, y al otro lado un maidan desnudo con rocas esparcidas, y después campos interminables, verdes y espesos. Se detuvo y se sujetó por ambos costados, se dobló hacía delante hasta que el sudor cayó directo desde su frente hasta el suelo, haciendo círculos oscuros sobre la tierra. Se enderezó. Quería marcharse. Quería un lugar al que ir, algún lugar muy lejos, a cientos de kilómetros de su familia, a cientos de kilómetros de todo el mundo. «¿No lo has oído? Una niña nace en una casa, pero su hogar está en alguna otra parte. Esta casa no te pertenece. Tu hogar está en otro lugar». Si pudiera seguir caminando, pensó. Pero conocía su geografía demasiado bien, aquellas lecciones que había aprendido con el Trío, las que había escrito con letra excelente en libros cubiertos con papel marrón. Y ahora, ahora sabía más. Había mares a un lado, montañas al otro, ningún lugar al que ir, y miedo en todas partes. Tendrías que cruzar el miedo para llegar a ninguna parte. El maidan estaba tranquilo, y los campos esperaban, en silencio. Prabhjot Kaur estaba de pie sola, en el borde de la ciudad de refugiados. Después dio la vuelta y regresó con su padre y madre y hermanos y hermana.

Finalmente lograron llegar a Delhi. Mata-ji sacó de debajo de su algo de las joyas que había llevado, y esta vez fueron en tren. Los dos hermanos depositaron al resto de la familia en casa de Gunjan Singh Parvana, que en realidad no era un familiar, sino el hijo de un hombre del pueblo de Khenchi. Había una antigua historia acerca de cómo el padre de Papa-ji había salvado al padre policía de Gunjan Singh Parvana de un despido sumario y desempleo, y de esta forma ahora él los acogió. Tenían dos habitaciones diminutas y una terraza en la parte trasera de la casa. Entonces los dos hermanos fueron a lo que ahora era la frontera, y más allá, a un país extranjero. No habían querido ir, pero Mata-ji pidió entonces, por primera vez:

—Id y encontrad a mi hija.

Prabhjot Kaur lo oyó mientras fingía estar dormida. En aquellos días había muchas discusiones entre los mayores de la familia de las que ella y Mani eran apartadas. Mani estaba dormida de verdad, e incluso gimoteando un poco, pero Prabhjot Kaur se mantenía despierta cada noche. Quería saber, tenía que saber. Quedarse despierta se convirtió en algo cada vez más fácil. Había ciertas prácticas que te apartaban de un resbalón involuntario a tu interior, de una caída muy ligera al vacío del descanso: prestabas atención a los detalles, mantenías la mente trabajando y dando vueltas y corriendo, escuchabas. Y Prabhjot Kaur oía la voz de Mata-ji, baja y llena de flema y feroz:

—Id y encontrad a mi hija.

Los otros murmullos eran veloces y como polvo y difíciles de captar, pero Prabhjot Kaur oyó la orden:

—Id y encontrad a mi hija.

No admitía resistencia. Así que fueron. Lo que Prabhjot Kaur no podía entender

era por qué se mostraban reacios a ir. Claro que deberían ir, pensó, ¿por qué no quieren hacerlo?, y de inmediato sintió un dolor en el estómago, un puño que crecía hacia arriba y le retorció el corazón de forma que creyó que gritaría en voz alta. Pero se quedó callada, callada y despierta, noche tras noche, y esperó.

Volvieron mes y medio después, cuarenta días y cuarenta y una noches después, para ser exacto. Prabhjot Kaur, que ahora mantenía una cuenta estricta del tiempo, se despertó sobresaltada de un sueño que estaba segura solo había tenido una duración de unos pocos minutos, y supo que habían regresado. La puerta de la habitación de Mata-ji estaba cerrada, y los tonos eran muy suaves, pero sin embargo los oyó, y estaba segura. Se levantó y se quedó de pie junto a la puerta un minuto, y descansó la cabeza sobre la áspera madera gris, y las voces entraron por su frente. No tenía esperanza. Noche tras noche lo había imaginado, el momento feliz, el sonido deslizante de la parte baja de un salvar sobre el suelo, aquel sonido que conocía tan bien, se aferraría a Navneet-bhenji, enterrando la cabeza en la comodidad suave del hogar, y el canto de la sangre querida en los brazos que la sujetaban. Ahora supo que eso no sucedería. Se dio la vuelta, caminó hacia la terraza. Había una alambrada, y más allá de eso una línea de árboles *gulmohar*, y en la distancia una protuberancia ascendente. Esto era toda la Delhi que conocía. Junto a la valla había una mujer en cuclillas, y Prabhjot Kaur supo sin dudar quién era: Ram Pari. Conocía aquella forma de agacharse, aquella relajación cómoda tan cerca del suelo, aquella posición que podía mantener durante horas.

—¿Es Ram Pari?

Mani salió a la terraza y bajó corriendo hasta la valla. Se inclinó hacia Ram Pari, y entonces Prabhjot Kaur vio cómo se alzaba el rostro de Ram Pari. Era una mujer vieja. La piel le colgaba de los pómulos en líneas mustias. Llevaba un dupatta que le envolvía los hombros, uno rojo, y Prabhjot Kaur lo recordaba bien de antes. Ahora estaba hecho jirones y desteñido en un marrón oxidado.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Mani a Ram Pari.

—Iqbal-veerji, le vi en la estación de autobús —contestó Ram Pari, y fue una conmoción escuchar su voz ronca, con los ritmos familiares del pueblo—. Vinimos cruzando la frontera. Caminando.

—Y... ¿y dónde está todo el mundo?

Prabhjot Kaur quiso gritarle algo a Mani. Parecía una pregunta insoportable, y no sentía ningún deseo de oírla, o de esperar una respuesta. Pero se quedó completamente callada, incapaz de moverse.

Ram Pari negó con la cabeza. Con lentitud, negó con la cabeza. Hacia un lado y después hacia el otro.

Se oyó el chirrido de la puerta, y Papa-ji pasó por delante de Prabhjot Kaur, y después los hermanos. Los tres hombres se quedaron de pie en la terraza, sin estar seguros, parecía, de qué hacer o adónde ir a continuación. Mani tenía una mano sobre el hombro de Ram Pari. Prabhjot Kaur se obligó a sí misma a moverse, se dio la

vuelta y entró en la casa. En la pequeña habitación mal ventilada de la derecha, su madre estaba llorando. Estaba sentada en el suelo, junto a una charpai, con los brazos echados sobre las sábanas, la cabeza agachada, y estaba sollozando. El sonido era pequeño y como de niña. No enfadado, o indignado, solo sorprendido. Prabhjot Kaur entró y se quedó de pie junto a Mata-ji, notando en las rodillas el traqueteo ligero de la cama, y sintió en sí misma un enojo enorme, se sintió hinchada por él, se volvió duro como una roca, y también un río de pena, afilado, cortante, un desbordamiento impotente. La cabeza de su madre tenía pelo gris, muy seco y roto y feo, y un parche que se estaba quedando sin pelo en la parte de atrás, y debajo, cuero cabelludo tan joven y liso como el de un bebé. Prabhjot Kaur cerró los ojos por un momento, y después alargó la mano y la puso sobre la cabeza de su madre. El cuerpo de Mata-ji se arqueó, y se acercó a Prabhjot Kaur como un animal ciego, que se acurruca, y se agarró a ella por la cintura cogiéndola con ambos brazos, y se apoyó en ella, y Prabhjot Kaur se tranquilizó, y le dio palmaditas con dulzura en los hombros y el cuello, y trató de consolar a la mujer en su dolor.

## ENTERRANDO A LOS MUERTOS

Sartaj se despertó a las siete. Ma ya estaba sentada a la mesa del comedor, leyendo un periódico con sus gruesas bifocales. Se había bañado, vestía un salvar-kamiz blanco recién planchado y llevaba el cabello pulcramente peinado. Jamás en su vida había logrado despertarse antes que ella, y en ocasiones se preguntaba si dormía alguna vez.

—Siéntate —dijo ella.

Sacó un plato, una taza. Él leyó el periódico: la paz en la zona fronteriza tomaba impulso. Pero veintidós hombres habían sido asesinados en Rajouri por militantes cachemiros, tal vez mercenarios extranjeros. Los militantes habían detenido un autobús de transporte estatal en una carretera principal, habían alineado a los hombres hindúes a un lado, y les habían disparado con rifles AK-47. Un viajero había sobrevivido, bajo los cuerpos, con una bala en la ingle. Había una foto de los cuerpos, alineados en una fila desigual. Sartaj olió cómo se cocinaban unos huevos. Pensó: ¿Por qué los alineamos siempre? ¿Por qué no ponerlos en círculo? ¿O formando una V? ¿O solo de cualquier manera, así y asá? Era una de las cosas que hacías cuando tenías muchas víctimas, alinearlas, como si eso controlase y contuviera el caos del hecho: metal explotando a través de carne viva. El propio Sartaj había arrastrado cuerpos flácidos hasta hileras ordenadas, y se había sentido mejor al hacerlo.

—Estos musulmanes nunca nos dejarán vivir en paz —comentó Ma mientras ponía una tortilla frente a él. Era como le gustaba, muy suave y esponjosa, con montones de chiles pero sin cebolla.

—Ma —contestó Sartaj—, esto es una guerra. No es que todos los musulmanes sean monstruos o algo así.

—No he dicho eso. Pero tú no lo sabes.

Se había quitado las gafas, y ahora las estaba limpiando con el dupatta. Cuando le miró, su rostro estaba completamente inexpresivo, cerrado como una ventana con postigos de acero.

—No conoces a esa gente. Son diferentes a nosotros. Nosotros tampoco les dejaremos vivir en paz.

Sartaj regresó a su tortilla. No se podía discutir con ella, tenía costumbres muy arraigadas, y al final haría afirmaciones pensadas, simples, que trataría como incuestionables, y se aferraría a ellas como si fuesen anclas. Cualquier intento por mantener la discusión era irritante e inútil y solo haría que a ella le subiera la tensión. Sartaj dio la vuelta a la página, y leyó un reportaje largo de interés humano sobre un paan-vala y su bigote exuberante.

En la calma abarrotada del *gurudwara*, más tarde, observó a su madre. Estaba sentada con las rodillas levantadas, sujetándolas con los brazos alrededor de una forma que él siempre había considerado como de niña. Mientras las voces colectivas

se alzaban y planeaban por el *kirtan*, ella estaba perdida en el recuerdo. Él conocía esa mirada, suave, con los ojos medio cerrados fijos a media distancia, aquella introspección. Era muy pequeña, muy frágil, y mirando sus muñecas delgadas sintió mucho miedo y volvió a pensar que debería llevarla a vivir con él. ¿Cuánto tiempo tenemos a nuestros padres?, pensó. ¿Cuánto tiempo? Pero era muy terca, y se aferraba a su casa como un soldado luchando en una guerra. La última vez que discutieron sobre eso, ella dijo: este es mi hogar. Solo lo dejaré de un modo, cuando llegue el momento. Y de repente él vio lo solo que se podía estar en este mundo gigantesco, cuando el tiempo se lleva de tu lado a tu padre y a tu madre, y mascullando le dijo: no hables así.

«Tarai gun maya mohi aayi kahan baydan kaahii», entonaron los cantantes. Somos caminantes en este viaje, pensó Sartaj, y caemos uno a uno. Al otro lado de Ma estaba su hermano mayor, Iqbal-mama, que se balanceaba desde los hombros hasta la cadera. Era un hombre muy religioso, miembro del consejo del gurudwara, siempre ocupado en buenas obras y caridad. A Sartaj le gustaba, pero encontraba agobiante su constante piedad. Hubo otro mama, Alok-mama, que a todos los niños les gustaba mucho más. Sartaj todavía recordaba sobrecogido lo mucho que aquel sardar mastodóntico solía comer, pollos asados para desayunar, *rogan josh* para comer con *jalebis* frescos después; la cena era una lucha épica, con el añadido del whisky escocés y la cara de Alok-mama brillando colorada. Los niños, todos los primos, solían bromear con que había una trampilla dentro de Alok-mama que conducía a una cueva enorme donde desaparecía toda la comida, era increíble que un hombre comiera tanto. Solía respirar con dificultad yendo de una habitación a otra. Su esposa lo encontró muerto una mañana en el baño, con el agua del grifo cayéndole en la cara. Eso sucedió cuando Sartaj tenía catorce años.

Iqbal-mama era muy religioso, y Mani-mausi no. Hubo peleas, riñas a gritos, cuando ella se mostraba sarcástica con la adoración eterna de Iqbal-mama. Ma siempre le ofrecía consejo de hermana a Mani-mausi, intentaba evitar que se cebara con su hermano. Pero nadie podía frenar a Mani-mausi cuando estaba de mal humor. Era de alguna forma el escándalo de la familia, con su divorcio y sus intensas creencias políticas comunistas y su ateísmo declarado. Sartaj no sabía cuánto seguía creyendo él mismo. Por supuesto mantenía la barba, el pelo, el kara, pero no había rezado de forma voluntaria desde hacía años. Había cuadros de los gurús en su casa, pero ya no les pedía consejo, ni esperaba milagros de ellos, ni siquiera un día más fácil. Los colores de los cuadros le parecían demasiado brillantes ahora, los blancos absolutamente prístinos del turbante de Guru Nanak demasiado alejados de la sucia vida. No obstante, pensó Sartaj, era bueno ir con su madre a este lugar. Había una buena luz, y compañía en los hombros alineados de los fieles, y comodidad.

Ma se ajustó el salvar encima de los pies, y Sartaj pensó entonces en la mujer en el búnker de Gaitonde, la longitud de sus piernas con sus pantalones elegantes. No habían encontrado ninguna evidencia de religión en su apartamento, ninguna cruz o



Biblia o rosario. Así que tal vez no era religiosa, quizá solo indiferente. Pero había confraternizado con Gaitonde, cuyos rezos largos y donativos a causas religiosas eran legendarios. Por un tiempo, a finales de los noventa, se había proyectado a sí mismo en los medios de comunicación como el don hindú, valiente defensor contra las actividades antinacionales de Suleiman Isa. Sartaj se acordó de una entrevista en *Mid-Day* en la que Gaitonde había pronosticado la muerte temprana de Suleiman Isa.

«Tenemos células activas en Pakistán buscándole», había dicho Gaitonde.

Había una vieja foto de archivo en la parte superior del reportaje, un Ganesh Gaitonde muy joven con sudadera roja y gafas oscuras. A Sartaj le había impresionado el aspecto. Tenía su propio estilo, Ganesh Gaitonde tenía estilo, pero al final había sido él quien murió, sin ninguna intervención —parecía ser— de su antiguo enemigo. ¿Por qué? Era un misterio interesante, un tema en el que le apetecía demorarse, y Sartaj se dedicó a teorizar sobre ello el resto de la mañana.

Seguía especulando cuando él y Ma llegaron finalmente a casa, a última hora de la tarde. Después de dejar el gurudwara, habían pasado dos horas en casa de Iqbal-mama, entre un galimatías arremolinado de sobrinos y sobrinas. Sartaj había crecido como hijo único, y le gustaba bastante —en dosis pequeñas— el caos comfortable de las familias grandes. Ahora Sartaj estaba agradablemente cansado, pero su mente seguía en marcha de forma perezosa, construyendo historias sobre Ganesh Gaitonde. Estaba tumbado en la cama, en una oscuridad facilitada por las cortinas, preguntándose si hubo una relación amorosa fracasada entre Gaitonde y Jojo Mascarenas, alguna historia enmarañada de deseo carnal y traición que hubiese conducido a un asesinato-suicidio. Era probable, decidió. Los hombres y las mujeres se hacían ese tipo de cosas.

—Sartaj, quiero ir a Amritsar.

Sartaj se incorporó de una sacudida. Ma estaba de pie en la entrada.

—¿Qué?

—Quiero ir a Amritsar.

—¿Ahora?

Sartaj se frotó los ojos, balanceó los pies hasta el suelo.

—Arre, no, beta. Pero pronto.

Sartaj retiró una cortina, dejando que se derramase la luz.

—¿Por qué de repente?

Ma estiró la sábana.

—No es de repente. Lo he estado pensando un tiempo.

—¿Quieres ver a chacha y toda esa gente?

—Quiero ir a *Harmandir Sahib* una vez más antes de morir.

Sartaj se quedó quieto, la mano sobre la pared.

—Ma, no hables así. Irás muchas veces.

—Tan solo llévame una.

Un peso se había asentado en el pecho de Sartaj, asfixiándole la voz. Rodeó a Ma,

recogió su maleta vacía y tocó a su madre torpemente por el hombro.

—Veré cuándo puedo pedir un permiso.

Tosió.

—Entonces podremos ir.

Mientras Sartaj hacía el equipaje, Ma le llevó una pila de ropa recién planchada. Se sentó en la cama y le observó. Nunca lo había hecho, en las cientos de veces que él se había preparado para irse de casa, y sintió cómo su mirada le hacía ir más lento. Siempre había hecho las maletas con esmero, pero en ese momento metió los calcetines en la ranura rectangular entre las camisas y los pantalones con cuidado fanático. Ma contaba historias sobre los familiares de Amritsar, y para cuando Sartaj cerró la maleta, sabía que salía tarde para ir a la estación. No obstante, se entretuvo en la puerta principal, y repitió sus peri paunas, e intentó no pensar en la última vez que le dijo adiós a Papa-ji, en esta misma puerta.

Sartaj logró llegar al tren, pero justo, y, a diferencia de otras veces, no fue capaz de dormir hasta la estación Dadar. A través del cristal sucio, observó cómo se deslizaban junto a los cerros ensombrecidos y familiares, trazados contra la forma de su propio rostro. Había hecho este viaje muchas veces, y le encantaba, el largo túnel desde Monkey Hill hasta Nagnatli que tanto le fascinaba de niño, las pendientes bruscas y los giros repentinos que descorrían las laderas como cortinas de un escenario para revelar el asombro de los valles verdes que caían en picado, y sentías exhalación y sorpresa en el pecho, y te sentías feliz por estar yendo a alguna parte. Todavía le pasaba, aquella pequeña ráfaga de excitación, pero ahora llevaba en el interior una punzada pequeña de pérdida y nostalgia. Quizá por eso la gente tenía niños, para que cuando ya no pudieras viajar con tus padres, tus hijos hicieran que todos los viajes en tren fueran nuevos otra vez. Entonces podías ver aparecer las luces de Mumbai, y sentirte totalmente feliz de estar en casa.

—Sí, trae a Bunty —dijo Parulkar—. Naturalmente, tráele, claro.

—¿Debo hacerlo yo, señor? ¿No uno de sus hombres?

Sartaj se refería a uno de los hombres de Parulkar seleccionados para tratar con las bandas.

—No, Bunty probablemente confiará más en ti. Si mando a uno de mis inspectores, se asustará.

—Bien, señor.

Estaban sentados en el coche de Parulkar en Haji Ali. Parulkar iba a la jefatura y le había pedido a Sartaj verle de camino. Sartaj pensó que estaba triste, que parecía muy agotado.

—¿Tiene otra reunión, señor?

—Sí. No tengo más que reuniones en la actualidad.

—¿Con el subdirector general saab?

—No solo con él. Con toda la gente que pueda. El gobierno está decidido a echarme, Sartaj. Así que tengo que ver quién me puede ayudar a quedarme. De manera que corro de acá para allá.

—Señor, se hará cargo de ello. Siempre lo ha hecho.

—No estoy tan seguro. Esta vez, ni el dinero que estoy preparado para gastar influirá en el resultado. Es una historia demasiado vieja. Me odian personalmente, creen que soy demasiado promusulmán.

—¿Por Suleiman Isa?

Parulkar se encogió de hombros.

—Eso, y otras cosas. Pero sobre todo sospechan que ayudo a Suleiman Isa. Son idiotas. No parecen entender que para operar con éxito contra una banda tienes que intercambiar información con otra. Solo saben a quién odian. Son políticos y gangsters ellos mismos, pero ven el mundo así. Es estúpido.

—Por eso les burlará, señor.

—No estés tan seguro, Sartaj —respondió Parulkar, señalando con la mano el arco creciente de los edificios—, hoy día, la estupidez es lo que gana aquí.

Tras él, el mar yacía plano y tranquilo. Su conductor y los guardaespaldas estaban de pie cerca, protegiéndose los ojos de la luz deslumbradora.

—Los tiempos han cambiado.

No había discusión posible ante esta verdad simple, en efecto los tiempos habían cambiado.

—Si hay algo que yo pueda hacer, señor —dijo Sartaj—, por favor dígamelo.

Ese era todo el consuelo que Sartaj podía ofrecerle al viejo. Sartaj observó el convoy de tres coches de Parulkar alejarse poco a poco por el malecón, y pensó que era la primera vez que había pensado en Parulkar como viejo. Siempre parecía que por el no pasaban los años, por sus ganas de trabajar, su alegría inagotable y su constante y sorprendente progreso. Quizá había subido demasiado alto, quizá era inevitable que en aquellas altitudes profesionales tan elevadas su aguda ambición le traicionase; sí, le había hecho retorcido y le había detenido y le había despojado de su confianza y su alegría. Tal vez era mejor quedarse en un nivel medio respetable, como había hecho Papa-ji, hacer bien el trabajo e ir a casa y dormir profundamente.

Pero no, era imposible creer tal cosa en estos tiempos mudados, cuando la falta de voluntad apasionada por hacer carrera se consideraba un defecto fatal de carácter. Sartaj puso una pierna sobre la moto y le dio una patada para darle vida chirriante. Dio la vuelta por el paso elevado, bordeó la costa y pasó por delante de la entrada a Shiv Sagar Estates, donde Harshad Mehta había tenido una vez siete —¿o fueron ocho?— apartamentos. Sartaj fue allí mucho tiempo atrás, para apoyar a un gran equipo del CBI que registraba los apartamentos de Mehta buscando pruebas de su perfidia multi-crore. La aportación de Sartaj en la detención del agente de bolsa fue controlar a la multitud, mantuvo atrás a la muchedumbre de espectadores y seguidores de Mehta, que crecía con mucha rapidez, y mantuvo despejada la entrada

del edificio. Aquella noche y el día siguiente, toda la gente a la que vio —policías, amigos, Megha— le preguntó con avidez:

—¿Viste la casa de Harshad Mehta por dentro? ¿Cómo era? Debe de ser fenomenal, ¿no?

A Sartaj no le importó, al principio, contarles que no había visto nada aparte del exterior del edificio, pero cada uno que preguntaba se quedaba tan decepcionado que al final Sartaj se sintió obligado a inventarse una historia sobre la extravagante vivienda de Harshad Mehta. De hecho hubo algunos fragmentos de realidad en el mosaico que construyó, pequeñas pepitas brillantes que cosechó de los agentes que habían estado dentro del edificio, pero principalmente Sartaj juntó imágenes sacadas de la tele y de películas, habló de salas dúplex con escaleras que subían hasta las habitaciones de la familia, puertas que se deslizaban en las paredes, dormitorios tan grandes como apartamentos corrientes enteros, todos los suelos recubiertos con exquisitos mármoles italianos, y con un interfono que lo comunicaba todo.

—Tres mil metros —dijo Sartaj—. ¿Puedes imaginártelo, que viva en tres mil metros?

Y a todos aquellos que apenas podían permitirse ciento cincuenta, o trescientos, se les humedecieron un poco los ojos y soñaron con una vida perfecta. Sartaj sabía la admiración que sentían, porque la había sentido él mismo: Harshad Mehta era un ladrón, pero había soñado a lo grande y vivió con holgura. Le habían arrestado, y vuelto a arrestar, y murió de un ataque al corazón, pero en su propia época fue un héroe.

Sartaj aceleró, y le gustó el aullido que hizo el motor. La ambición se extendió como un virus ineludible en la época de Harshad Mehta, y desde entonces hubo caídas del mercado de valores y reventones, pero el contagio se había asentado con firmeza. Ahora esas aspiraciones gigantescas eran una especie de condición universal. Quizá era una forma de salud; después de todo, te daba empuje, brío, velocidad. Había leído un editorial en los periódicos no hacía mucho, que había notado con agradecimiento cómo el equipo de críquet indio por fin había adquirido algo de instinto asesino. Sí. habían adquirido dinero en efectivo e instinto asesino. Muy cierto. Sartaj aceleró más. Era la hora de ir a por los acosadores sexuales.

Wasim Zafar Ali Ahmad, de nombre largo y grandes aspiraciones políticas, le había dado a Sartaj los nombres y la dirección de los hermanos tapori que quería disciplinar, así que Sartaj y Katekar fueron de visita. No confiaban con encontrarlos a los dos en casa, pero su intención era producir terror y desasosiego en la familia, y de ese modo hacer que los hermanos abandonasen. Así que entraron en la kholi con cantidades extravagantes de empujones y gritos. Sartaj abrió la puerta de una patada y rugió:

—¿Dónde están esos dos gaandus? ¿Dónde están?

Katekar reunió a la familia de las tres habitaciones apretadas. Había un hombre mayor tambaleante, una mujer y una niña de unos once o doce años. La niña empezó a maldecir a Sartaj con voz monótona y constante, y la mujer le puso una mano en la boca.

—¿Qué han hecho? —preguntó el abuelo temblando—. ¿Qué?

Sartaj le habló a la mujer.

—¿Eres la madre de Kushal y Sanjeev?

—Sí.

—¿Dónde están?

—No lo sé.

—¿Eres su madre pero no sabes dónde están?

—No, no lo sé.

Era una mujer robusta, bajita pero enorme por los hombros y más enorme por las caderas. Llevaba un sari rojo brillante, con cuyo pallu en ese momento se envolvía con firmeza los hombros con una mano mientras sujetaba a su hija con la otra.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sartaj.

—Kaushalya.

—¿Este es tu padre?

—No, el de él.

Se refería al de su marido.

—¿Y él dónde está?

—En la fabrica.

—¿Qué fabrica?

—Hacen mithai.

—¿Está cerca?

Sacudió la barbilla hacia el hombro izquierdo.

—Junto a la estación de autobús.

Sartaj señaló a la niña, que había dejado de murmurar bajo la mano de su madre. Estaba mirando a Sartaj con concentración impasible.

—¿Cómo se llama? —preguntó él.

—Sushma.

—Sushma, ve y trae a tu padre.

Kaushalya apartó la mano, pero su hija no se movió. Sartaj estaba acostumbrado a desagradar al público, pero el odio de la niña le escoció.

—Ve —gruñó.

—Haz caso a saab —dijo Kaushalya, y la niña salió corriendo por la puerta.

Sartaj se instaló en la silla que había junto a la puerta. Separó las rodillas con amplitud y apoyó los pies con firmeza. Katekar se giró hacia la pequeña área de la cocina a la izquierda, y comenzó a registrar, haciendo sonar cacharros y platos. Cogió una botella de la estantería y la olió haciendo mucho ruido. Kaushalya y su suegro se retiraron a la otra habitación. Sartaj pudo oír sus susurros insistentes.

Cazar apradhis debería significar persecuciones en coche, carreras por calles abarrotadas, agitación y movimiento y música martilleante de fondo. Eso es lo que Sartaj quería, pero lo que la caza significaba en realidad era intimidar a una mujer y un viejo en su propia casa. Era una técnica policial contrastada por la práctica, perturbar la vida familiar y los negocios hasta que el informante cantase, el criminal se derrumbase, el inocente confesase. Katekar se espanzurró en un sota cubierto por una sábana azul brillante, y Sartaj llamó a Kaushalya y le pidió chai y galletas. Parloteó enfadada tras la pared, pero salió y le pidió a un vecino que fuera al dhaba de la esquina. Volvió a entrar, la cabeza muy gacha, moviendo la mandíbula, y pasó por delante de ellos muy ofendida para volver a su refugio en el cuarto de atrás.

Las paredes eran de simple color blanco, pero sobre un único estante había una hilera de fotografías, el recuerdo del matrimonio de Kaushalya y tres hijos. Sushma se reía feliz desde un marco rosa conforma de corazón. Sartaj inclinó la cabeza sobre la pared y cerró los ojos. Pero estaba inquieto, demasiado tenso para una cabezada. Se incorporó, y Katekar estaba analizando, atentamente, un ejemplar viejo de *Filmi Kaliyan*. En el margen izquierdo de la cubierta, Bipasha Basu tenía los brazos doblados bajo la amplitud rolliza de sus pechos. Sartaj de inmediato se sintió molesto con ella por el filo de deseo entusiasta que se alzó en su entrepierna. Se enderezó, se recompuso de forma discreta y después tuvo que inclinarse hacia delante para ocultarse. Vete al infierno, Bipasha. Había tenido relaciones sexuales por última vez ocho meses antes, con una periodista free-lance de uno de los periódicos marathis de la tarde. Primero ella había acudido a él con preguntas difíciles sobre los dance bars y las chicas de los bares, para un artículo grande de primera página, y a él le habían impresionado sus amplios hombros, los vaqueros anchos color verde, su cinismo y su estilizada habilidad. Se vieron tres veces, en tres restaurantes distintos, y ella había mencionado con cuidado a su marido cada vez, que también era periodista, para otro diario marathi. Pero a la tercera tarde, a la tercera taza de té, se le habían acabado las preguntas sobre *bar-balas*, y era obvio que tenía que pasar algo más. Se dijeron adiós de forma torpe, y esa vez ella no ofreció la mano para un apretón caluroso desde el hombro. Ella llamó diez días después, y en esa ocasión pasaron por la playa de Chowpatty, rozándose los nudillos. No la consideraba guapa, exactamente, pero no podía detenerse, parar el impulso de apoyar la mano sobre el final de su espalda, bajo su camisa blanca suelta, de manga larga. Se acostaron juntos cada semana durante cuatro meses, siempre en la habitación del PSI Kamble en Andheri East, siempre por las tardes. *Ghochi karo*, jefe, solía decir Kamble. Tuvieron relaciones sexuales, hicieron el amor, «ghochi», lo que quiera que fuera aquello, hizo que Sartaj se sintiera peligrosamente solo, le hizo un nudo sin solución en la garganta. Era bueno sentir la piel de ella contra la suya, sus crisis viajaban con facilidad a través de su cuerpo largo, y resultaba cómodo lo poco exigente que era, relajada y relajante en su falta de confianza en el dramatismo. Y sin embargo Sartaj no sentía ningún anhelo por ella, no sufría para nada la necesidad que en otro tiempo había sentido por

Megha, y esta ausencia hacía insoportables los momentos en los que yacía jadeando sobre las sábanas floreadas de Kamble. Se sentía pequeño y perdido dentro de su propio cuerpo, sumergido muy por debajo de la piel y ahogándose. Al final tuvo que parar, tuvo que terminarlo. Entonces ella se sintió herida, pero lo ocultó bajo un encogimiento de hombros al estilo periodista: *marad saala aisaich hota hai*.

Sí, los hombres eran así. Antes de ella, hubo otras mujeres. Una prostituta que da citas por teléfono, regalo de Kamble en el primer aniversario de Sartaj tras el divorcio: «Artículo fino de primera clase, jefe, material de actriz total». Sartaj fue incapaz de cumplir, y el artículo-actriz le dio unos golpecitos en el hombro a modo de consuelo. Y hubo una amiga casada de Megha, que para llamarle esperó hasta que la sentencia de divorcio fue definitiva, de manera que todo fuera limpio e incontestablemente moral. Después del sexo, a ella le encantaba escuchar historias de asesinatos, de tiroteos en calles oscuras, de hombres desesperados y violentos, se tumbaba junto a Sartaj, regordeta y dorada, con un brillo en los ojos como de ganchos metálicos, emanando pequeñas ráfagas perfumadas de Obsesión. E incluso hubo una *firangi*, una austriaca a quien habían robado la cartera en un tren local y que había acudido a la comisaría a rellenar una reclamación. Le gustaba su acento categórico, todo sonidos fuertes y parones repentinos, y el azul ilegible de sus ojos, pero le resultaba tan totalmente incomprensible que no tenía ni idea de qué hacer, incluso cuando ella fue a verle dos días después. Le confesó que no habían hecho ningún progreso, que el progreso era poco probable, y entonces se sintió avergonzado de la ineficacia india. En Austria el ladrón ya habría sido condenado y sentenciado. En aquella pausa ella le preguntó si le gustaría tomar un café. Después de tres días de cafés él le preguntó a ella si le gustaría ver su casa. En el apartamento, ella le hizo quitarse el turbante. «Quiero verte el pelo suelto», le dijo:

—Usted, Amitabh Bachchan —se rió el ESI Kamble cuando oyó esto, apretando la mano de Sartaj—, usted, puñetero Rajesh Khanna, es el rey de los sementales sardar.

Sartaj reconoció mucho de su éxito embriagador en la emoción exuberante de Kamble, aquel apuro feliz que él mismo sintió al ver la palidez pornográfica de los pechos de la austríaca, al descubrir el pelo rubio claro bajo el blanco de sus medias. Mientras se movía dentro de ella, estaba dentro de mil películas porno, y en su interior los fantasmas de papel satinado de su adolescencia, perfectos de forma imposible, haciéndole señas y muy lejos. Cuando terminaron ella se quedó callada, y él no tenía ni idea de qué significaba su silencio. Y el rey de todos los sementales se quedó tumbado con la boca abierta, aterrado por el vacío blanco de la decepción que estaba descubriendo en sus propias carnes.

Sartaj sacudió la cabeza y se puso de pie. Al marido de Kaushalya le gustaba que le fotografiasen. Se sentaba como es debido en el centro de cada fotografía, rodeado por su mujer e hijos. Sartaj se puso de pie junto a la pared, dando la espalda a Katekar, e investigó las fotos. Ahí estaba el padre de los dos acosadores. ¿Tenía

amantes aparte de su esposa? Mirando el empuje beligerante de su barriga contra la kurta blanca brillante, en la foto más grande, Sartaj estaba seguro de que sí. Era un hombre, así que tenía mujeres. Sartaj tenía una reputación enorme como policía entre las señoras, y no le había contado a nadie que había renunciado al sexo. Kamble y Katekar y los otros en la comisaría alardeaban del sexo, historias largas que subían y bajaban y les divertían sobre *chut y khadda y tope y daana y hathiyar y mausambis*, sí, ella tenía unas mausambis tan redondas y dulces que llorabas al verlas. Mausambis, granadas, *dudh-ki-tanki*, cocos. Y sí, *maal*, *chabbis*, *cbaavi*. Quizá soy el único, pensó Sartaj, con historias sobre sexo callado, sexo lejano, sexo doliente, sexo apagado, sexo catastrófico, sexo detenido, sexo superfino, doloroso sexo solitario lleno de penumbra amarga. Sexo. Qué palabra. Qué cosa.

El chai y el padre llegaron juntos. El marido de Kaushalya entró siguiéndole los talones al niño pequeño y descalzo que se balanceaba con las tazas de té, que llevaba en una cesta especial de alambre. El chito levantó una ceja al ver a Sartaj, y cuando este le hizo la señal, sirvió el chai, con mucho juego de muñecas y muy profesional.

—¿Galleto? —preguntó, y sacó un paquete de Parle Glucose.

Sartaj le pagó, y buscó a tientas para darle una moneda de cinco rupias. El chico la recogió del suelo con los dedos del pie, con el pie derecho, y después llevó la moneda hasta la mano izquierda con un movimiento de danza suave con el que levantó la espinilla en paralelo al suelo. Por aquello Sartaj le dio una propina de cinco rupias, y el niño sonrió nervioso y se fue.

Kaushalya había salido, seguida por el anciano. Sartaj se movió entre ella y su esposo, dio un sorbo de chai y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Birendra Prasad.

—¿Haces mithai?

—Sí, saab. *Cham-cham*, *barfi* y pedas. Proveemos a restaurantes y tiendas.

—¿Eres el dueño de la fabrica?

—Sí, saab.

—¿Y tus hijos trabajan contigo?

—A veces, saab. Todavía están estudiando.

—Eso es bueno.

—Sí, saab. Quiero que salgan adelante. En el mundo de hoy, no puedes llegar a ninguna parte sin estudios.

Birendra Prasad había visto el mundo, no cabía duda. Hoy no llevaba una kurta plateada, sino camisa verde y pantalones negros, y su robustez hacía que formara buena pareja con su esposa. Era fuerte y decidido y no le gustaba tener policías en su casa, pero estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma y ser cortés. Su hija le agarraba por la parte de atrás de la camisa y fulminaba con la mirada a Sartaj. En ese momento había mucha gente en una habitación pequeña, y Sartaj pudo ver cómo caía el sudor por el cuello de Birendra Prasad. Sartaj sonrió, mostrando los dientes, y dio



un sorbo de chai.

—Saab —dijo Birendra Prasad.

Katekar se movía alrededor de Prasad, a su izquierda y por detrás de él. Sartaj vio que eso hacía que el hombre de los mithai se sintiera incómodo, moviendo los ojos a la izquierda y atrás y de nuevo a la izquierda.

—¿Has estado en la cárcel, Birendra Prasad? —preguntó.

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Cuál fue la acusación?

—Nada, saab. Fue un malentendido...

—¿Fuiste a la cárcel por nada?

Katekar se movió más cerca.

—Saab te ha preguntado algo —dijo, con mucha suavidad.

Ahora la niña estaba llorando.

—Fue por un año —respondió el padre—. Por robo.

Sartaj dejó el vaso en la silla, y se acercó a Birendra Prasad.

—Tus hijos también van a ir a la cárcel.

—No, saab. ¿Por qué?

—¿Sabes lo que están haciendo por aquí? ¿Sabes cómo se comportan con las mujeres?

—Saab, eso no es verdad.

Katekar empujó levemente al hombre, solo una mano sobre el hombro y un empujón corto.

—¿Estás diciendo que saab no dice la verdad?

—La gente difunde todos esos rumores, y ellos solo son críos. Pero...

—Manda a tus hijos a verme mañana en comisaría —dijo Sartaj—. A las cuatro en punto. O vendré y visitaré a tu familia aquí de nuevo, y a ti en tu fábrica. Y meteré a tus hijos en la cárcel.

—Saab, sé quién está haciendo esto.

Sartaj se inclinó para acercársele y le susurró al oído:

—No discutas conmigo, gaandu. ¿Quieres que te quite el *izzat* delante de tu familia? ¿Delante de tu hija?

Ante esto Birendra Prasad no tenía respuesta.

Katekar le empujó suavemente por el hombro, y se movió hacia un lado. Sartaj pasó por el lado de Sushma y cruzó el umbral. Él y Katekar atravesaron el callejón soleado, dispersando a un grupo de niños que venía en la otra dirección.

—Ese Wasim Zafar es un enigma, saab —comentó Katekar—. El movimiento es tanto contra el padre como contra los chicos.

—Sí —contestó Sartaj—. Este Birendra Prasad debe de ser un problema para él. Nos lo debería haber contado, el bastardo.

Porque era bastante posible que Birendra Prasad tuviera sus propios contactos. Pero Sartaj no estaba demasiado preocupado. Todo hombre y mujer que arrestabas o

siquiera tocabas era parte de alguna red, y no podías pasarte toda tu vida profesional preocupándote por quién conocía a quién. Tenías un poco de cuidado, y, si surgía algún problema, lo manejabas. No obstante, Wasim Zafar Ali Ahmad debería habérselo dicho.

—Toma —pidió, y le dio las galletas a Katekar.

Marcó en su móvil, y Wasim Zafar descolgó al segundo tono.

—Hola, ¿quién es? —preguntó, muy rápido.

—Tu baap —contestó Sartaj.

—¿Saab? ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Cerca de la comisaría, saab. Vine por una cuestión de trabajo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puedes decirnos la verdad. ¿Por qué no nos contaste que te movías contra este Birendra Prasad?

—¿El padre? Saab, de verdad, él no es tanto problema. Pero malcría a sus hijos, y se hincha si alguien les dice algo. Son ellos quienes lo instigan a él. Es un hombre sencillo, un dehati en realidad, ellos son los *haramzadas* que se creen demasiado listos. Cuando aprieten un poco a los chicos y se calmen, él también lo hará.

—Lo has calculado todo, ¿verdad?

—Saab, no estaba tratando de ocultar nada.

—Pero no nos diste toda la información.

—Un error, saab. Saab, ¿dónde está?

—En tu raj.

—Saab, ¿en qué parte de Navnagar? Estaré allí en cinco minutos.

—Hazlo en diez minutos. Te veré en la bura bengalí, en casa de Shamsul Shah.

—Sí, saab. ¿En su nueva kholi?

—Sí, en su nueva kholi.

—Está bien, saab. Cuelgo, saab.

Katekar se estaba comiendo una galleta.

—¿Está corriendo para vernos?

—Sí. Está muy entregado a la justicia.

Katekar resopló. Sartaj cogió una galleta, y caminaron por la basti, hacia la bura bengalí. Wasim Zafar Ali Ahmad tenía muchas ganas de que le vieran con la policía. Le daría la oportunidad de demostrar su afinidad con el poder, su capacidad para conseguir que se hicieran las cosas. Probablemente permitiría que se supiera que él mismo los había amado, les había pedido que no olvidasen la investigación de la muerte de Shamsul Shah, les habría pedido con insistencia que siguieran trabajando duro. En este relato, sería el líder que se preocupaba de la comunidad y que estaba consiguiendo acción por parte de la policía. Sartaj no le envidiaba su locuacidad. El tipo se estaba revelando como un político hábil, a pesar de su error al no contárselo todo sobre Birendra Prasad, el padre inconveniente.

Sartaj se detuvo en una intersección. El callejón estrecho justo delante de ellos llevaba a la bura bengalí, y el más ancho que estaba a la derecha conducía a la calle principal. Se sacudió las migas de las puntas de los dedos, y le dijo a Katekar:

—Vamos y veamos primero a Deva.

Sartaj tenía un antiguo contacto en Navnagar, un tamil llamado Deva. Sartaj lo conoció nueve años antes, cuando arrestó a una banda de cuatro ladrones de neumáticos en Antop Hill. Deva vivía con los ladrones, en el pequeño porche cerrado en la entrada de su kholi. Declaró su inocencia, dijo que solo era un inquilino, que no tenía nada que ver con los robos, acababa de llegar de su pueblo y era nuevo en la ciudad, pensó que tener neumáticos amontonados en casa era una práctica urbana normal. A Sartaj le gustó la alegría de Deva, su tarareo de canciones tamiles con sonidos extraños, su intento decidido a los diecinueve años por armarse de valor, a pesar del movimiento en sus piernas flacuchas, como postes. Así que Sartaj decidió creerle, y le cuidó, no puso su nombre en el *FIR* y habló con un par de personas sobre un trabajo para él, y ahora Deva era muy respetable, estaba asentado, casado, tenía un hijo y otro venía de camino, y le había crecido un bigote pequeño y una barriga. Llevaba una fundición en Navnagar, donde un sudoroso grupo de tamiles hacían ruedas enormes de hierro para utilizar en fabricas textiles de telares manuales, y vallas y accesorios, y todo tipo de artículos hechos por encargo.

De forma que Sartaj giró a la derecha, y llamó a Wasim Zafar Ali Ahmad mientras caminaban, para decirle que se retrasarían. Habían alquitranado y hecho mantenimiento hacía poco en la calle, y había un tráfico constante de bicicletas y escúters. Las casas en esta parte de Navnagar eran viejas y muy sólidas, todas tenían buenas conexiones de agua y electricidad. Muchas de ellas tenían alturas de dos y tres pisos, con tiendas y talleres en el piso de abajo que daba a la calle. Un rostro flotaba por encima de los tejados escalonados, ojos marrones enormes, luminosos, que iban y venían por detrás de los parapetos, más grandes que cualquiera de las ventanas, y había una ceja brillante con un toque de azul claro, labios medio abiertos y pelo arremolinado, todo ello de alguna manera completamente ingrátido y paradisiaco. Sartaj sabía que solo era una modelo iluminada con astucia en una valla publicitaria enorme que recorría la calle principal, pero le distraía ser observado con tanta atención por ella. Miró hacia abajo y siguió caminando.

Deva mandó traer un refrigerio tan pronto como los vio, y no aceptaría una negativa. Un chico vino tras doblar la esquina con dos Limcas, que Sartaj y Katekar bebieron de pie junto a la puerta del taller, justo fuera de él. No había luces en el interior, solo dos chorros furibundos de luz solar que se colaban desde el tejado, calentando el resplandor del hierro fundido mientras se derretía dentro de los moldes y los rostros de los hombres casi desnudos que trabajaban los fuelles bajo sus pies, pisando arriba y abajo en un ascenso lento e interminable.

—No se ha acordado de mí en mucho tiempo, saab —comentó Deva.

—Los tamiles se han estado portando bien, Deva.

Deva rugió. Se inclinó hacia dentro por la puerta y gritó una traducción a sus trabajadores. Hubo un guiño rápido de sonrisas relucientes entre las chispas. Era posible vivir en Navnagar y nunca hablar otra cosa que no fuera tamil. Una respuesta en forma de grito volvió por encima de la ráfaga de estruendo y golpeteo del trabajo.

—Dice —tradujo Deva— que nos portamos tan bien ahora que hasta los rakshaks nos quieren.

Hubo un tiempo en que los rakshaks demostraron patriotismo hijo-de-la-tierra por Mumbai acosando a los inmigrantes tameses. Sartaj dejó en el suelo la botella de Limca vacía, junto a la puerta.

—Claro. Ahora persiguen a otra gente.

El chovinismo musculoso todavía ganaba votos, pero tenías que ser astuto al elegir a tus enemigos. Así que en estos momentos los rakshaks protestaban por la amenaza de Bangladesh, y les decían a los indios musulmanes «antipatrióticos» que abandonaran el país. El mismo juego, objetivos diferentes. Sartaj apartó a Deva de la puerta y las exhalaciones de calor, y caminaron un poco por el callejón, pasando por encima de una alcantarilla. Katekar les seguía de cerca.

—Estás investigando ese asesinato —apuntó Deva—. El chico asesinado por sus amigos.

—Sí. ¿Sabes algo de eso?

—No. No conocía a ninguno de ellos.

—¿Has oído hablar alguna vez de un trabajador social llamado Wasim Zafar Ali Ahmad?

—Sí, sí. Ese bastardo. Es muy avisado.

—¿Cómo de avisado? ¿Cuáles son sus dhandas?

—Su padre es un carnicero local. El hijo hace sobre todo trabajo social, creo. Pero tiene muchos primos, esos primos tienen garajes. Dos por aquí, uno en alguna parte por Bhandup. Son una familia bien establecida.

—Y esos garajes, ¿son deshonestos o están limpios?

—A medias, saab. He oído que hacen negocios con piezas de segunda mano.

Deva tenía una sonrisa extraordinaria, empujaba la mandíbula hacia delante y se le estrechaban los ojos y una hilera de dientes brillantes le partía el rostro por la mitad. Las piezas de segunda mano podían llegar desde cualquier parte, de fuentes legales o del coche de algún pobre imbécil.

—Uno o dos de estos primos ha tenido problemas. Nunca arrestados, saab, pero pequeñas cosas por aquí y por allá.

—¿Sabes los nombres de esos primos?

—No. Pero vamos a ver.

Deva condujo a Sartaj y Katekar hasta doblar la esquina, a una panadería, un pasillo largo con techo de hojalata con hornos altísimos en un extremo e hileras de hombres amasando. En el extremo más alejado, había un pequeño cubículo, casi lleno por el propietario corpulento. Se recogió el lungi y el estómago sobresaliente y

caminó entre sus trabajadores mientras Deva usaba su teléfono. Sartaj escuchaba los ritmos nasales del sur, que siempre le recordaban a Mehmood y su risa infantil, e intentó no respirar de forma demasiado profunda. El olor de barras de pan recién hechas era bueno pero embriagador, demasiado fuerte, demasiado denso en ese calor sofocante. Deva hizo dos llamadas de teléfono, y Sartaj sabía que estaba tirando de sus contactos tameses por Navnagar, rasgueándoles de forma distraída y escuchando lo que respondían. Los tameses habían sido una vez los temidos recién llegados a la ciudad, los que eran denunciados y odiados por los rakshaks como los intrusos amenazadores que supuestamente robaban trabajos y tierra. Ahora eran antiguos *mumbaikars*.

Deva se recostó y se puso cómodo en la silla. Levantó los dedos formando con ellos un pequeño cono y dijo:

—¿Listo, saab? Anote.

Le dio cinco nombres a Sartaj, y sus genealogías exactas, cómo se relacionaban con Wasim Zafar Ali Ahmad, y valoraciones sobre la implicación de este en el trabajo de ellos, tanto el legal como el que no lo era. Era información sólida.

—Buen trabajo, Deva —agradeció Sartaj.

Katekar asintió con benevolencia. Sartaj puso dos billetes de quinientas rupias en el escritorio junto a Deva. Eran viejos amigos, pero a largo plazo era mejor mantener los negocios de forma profesional. Hacerse favores el uno al otro durante tanto tiempo solo podía acabar en un resentimiento asentado por ambas partes. El dinero en efectivo por la información aseguraba un futuro huido.

Sartaj y Katekar dejaron a Deva y caminaron hacia la bura bengalí. Sartaj miró por encima de su hombro mientras subían la pendiente, y el marrón fangoso interminable y los tejados blancos de Navnagar formaban una enorme creciente apretada, horizonte tras horizonte, bajo el sol que descendía. El retablo impresionó a Sartaj como siempre con su gigantismo y melodrama rojo ensangrentado, con la energía insistente de su propia existencia, era incomprendible que tal cosa pudiera existir, este Navnagar. Y sin embargo aquí estaba, con Sartaj a horcajadas sobre él y altísimo, con la boca carmesí y real. Sartaj se dio la vuelta. Entonces se dio cuenta de que Katekar llevaba una enorme bolsa de papel llena de *pavs* frescos, para comérselos con su familia en los próximos días. Mucho de lo que comía Katekar y cualquier otra persona llegaba de o a través de Navnagar, y otros *nagars* como este. Navnagar hacía ropa y plástico y papel y zapatos, era el motor que bombeaba la ciudad para darle vida.

Wasim Zafar Ali Ahmad estaba esperando cerca de la kholi de Shamsul Shah, rodeado de un grupo amplio de suplicantes. El móvil brilló en su mano cuando saludó a Sartaj y Katekar. Una mujer le tiró del codo, y él le habló en un bengalí veloz, y consiguió salir de allí con muchos gestos de convicción.

—Saab —dijo—. Lo siento, esta gente, cuando me cogen no me dejan ir.

—¿Hablas bengalí?

—Un poco, un poco. Su bengalí tiene mucho urdu, ¿sabe?

—¿Y qué otras lenguas hablas?

—Gujarati, saab. Marathi, algo de sindhi. Creces en este Mumbai, aprendes un poco de todo. Estoy intentando mejorar mi inglés. —Levantó un ejemplar de *Filmfare* —. Intento leer una revista en inglés al día.

—Muy impresionante, Ahmad saab.

—Arre, señor, soy más joven que usted. Por favor, llámeme Wasim. Por favor.

—Está bien, Wasim. ¿Ya has hablado con la familia de Shamsul Shah?

—No, no, señor. Pensé que querría hacerlo usted mismo. Pero una de esas personas me ha dicho que el padre no está en casa, está trabajando. La madre está aquí.

—¿Dentro?

—Sí.

—Mantén a esa gente alejada mientras hablo con ella.

El chico muerto había comprado una casa mejor para su familia, se podía ver solo por la fachada sólida de la propiedad en el callejón. Sartaj llamó a la puerta. Desde allí podía ver cuatro habitaciones, una cocina separada y armarios acabados con formica. La madre del chico muerto mandó a las hermanas de este a las habitaciones de atrás, y se quedó de pie muy recta y esperó.

—¿Es Moina Khatun? —preguntó Sartaj—. ¿La madre de Shamsul Shah?

—Sí.

Las hijas de Moina Khatun se mantenían en una *pardah* estricta, pero su propio régimen se había flexibilizado un poco con la vejez, al menos mientras estaba de pie en la entrada de su propia casa. Sartaj pensó que parecía tener unos sesenta años, aunque su edad real podía ser como mínimo una década menos. Llevaba un *salvar-kamiz* azul y un *dupatta* blanco sobre la cabeza.

—Su hijo les consiguió una buena *kholi*.

Sartaj no podía decir si la inescrutabilidad de Moina Khatun era una táctica o un rasgo. No podía leerla en absoluto.

—Era un buen chico. ¿Cómo se mezcló con esos otros dos?

Ella inclinó la cabeza a un lado. No lo sabía.

—¿Conocía a ese amigo de Biliar que tenían, ese Reyaz bhai?

Moina Khatun volvió a mover la cabeza lentamente.

Se hizo un silencio en el callejón, y bajo aquel silencio un abismo enorme de pérdida. Sartaj sintió como si hubiera tropezado con un borde, y no sabía muy bien qué hacer después, dónde apretar, o si apretar era una buena idea. En esta quietud, Katekar habló:

—Va contra la naturaleza que un hijo muera antes que sus padres. Es imposible aceptarlo. Pero Él —y en ese momento Katekar señaló hacia arriba— da y quita por sus propios motivos, escribe nuestros destinos.

Moina Khatun empezó a llorar. Se frotó los ojos, y sus hombros se doblaron.

—Debemos aceptar —dijo con voz quebrada—. Debemos aceptar.

Katekar tenía las manos apretadas al frente, y se inclinó hacia delante lentamente desde la cintura, solícito por completo y para nada amenazante.

—Sí. ¿Cuántos años tenía Shamsul?

—Solo dieciocho. El mes que viene hubiera cumplido diecinueve.

—Era un chico guapo. ¿Quería casarse pronto?

—Ya había proposiciones de matrimonio para él. —Ahora Moina Khatun estaba animada, iluminada bajo las lágrimas por el recuerdo de discusiones pasadas—. Pero dijo que primero quería conseguir que todas sus hermanas se casasen. Le dije: la más pequeña tiene nueve años, serás un hombre viejo para cuando ella tenga su *mala badol*. Pero Shammu, dijo él, casarse demasiado joven es una estupidez. Dejad que me establezca primero, que tenga una casa bonita. ¿De qué sirve casarse y quedarse en casa de tus padres, con peleas entre la esposa y la suegra? No quería escucharnos. Primero ellas, después yo, decía siempre.

—Era un buen chico. Consiguió una buena kholi para ustedes.

—Sí. Trabajaba muy duro.

—¿Sabía qué trabajo estaba haciendo su hijo?

—Trabajaba para esa compañía, llevando paquetes.

—Sí. Pero también hacía algún trabajo con Bazil y Faraj, ¿verdad?

—No sé nada de eso.

Sartaj pudo ver que Moina Khatun no estaba intentando ocultarle nada, era verdad que no sabía nada sobre las relaciones de su hijo con los asesinos. Tenía sentido, no había motivo para que el chico le hablase a su madre de sus actividades delictivas. Pero Katekar aún no quería abandonar.

—Eran buenos amigos, esos tres. ¿Crecieron juntos, en esta basti?

—Sí.

—¿Por qué se pelearon?

—Ese Faraj siempre estaba celoso de mi hijo. No tenía empleo, no trabajaba. Incluso cuando eran pequeños él siempre se peleaba con Shainmu.

El rostro de ella se encendió, y agitó el puño, y habló en bengalí. Los gestos enfadados que hacía como si apuñalase hicieron que se le deslizase el dupatta desde la cabeza, la voz se le quebró y se alzó, y en ese momento estaba gritando. Su dolor atravesó la garganta de Sartaj, y él retrocedió y buscó a Wasim.

—Está maldiciendo a Faraj y su familia, saab —explicó Wasim—. Está diciendo que son demonios. Solo eso.

El rostro de Moina Khatun había pasado de la rigidez angular a algo que a Sartaj le resultaba difícil mirar directamente. Se aclaró la garganta.

—¿Nada útil?

—Nada —contestó Wasim.

—Está bien. Vámonos.

Se alejó. Katekar hizo un gesto con la mano levantada a la mujer, le siguió, así

habían doblado la esquina cuando ella les gritó en hindi:

—No dejen que se escapen —dijo—. Cójalos. No les dejen.

Sartaj se giró para mirarla, y continuó. El callejón se ensanchaba a medida que se acercaban a la calle principal, y podía notar a Katekar detrás de él. Sartaj aminoró el paso, dejó que Katekar le alcanzase y le hizo una señal con la cabeza. Bajaron a la calle principal, hacia el Gypsy.

—Wasim —llamó Sartaj.

—Sí, saab. —Wasim se deslizaba detrás de ellos, sereno y hábil y rebosante de sinceridad.

—Está bien, escúchame, bastardo —dijo Sartaj—. Sobre este Birendra Prasad...

—Saab, de verdad que no es un problema. Como le dije, los dos hijos lo convierten en problema.

A su izquierda había una pared cubierta por publicidad pintada anunciando cemento y polvos faciales. Sartaj se dirigió hacia allí y se desabrochó los pantalones.

—Escucha, dijiste que era mayor que tú. Así que deja que te dé un pequeño consejo. No te creas más listo que la gente con la que quieres trabajar. No ocultes cosas que necesiten saber.

El chorro de Sartaj chisporroteó haciendo ruido contra la parte baja de la pared, y solo en ese momento se dio cuenta de lo mucho que había aguantado.

—No me sorprendas. No me gustan las sorpresas. Me gusta la información. Si sabes algo, dímelo. Dímelo incluso aunque creas que no es importante. Más información es mejor que menos información. ¿Entendido?

—Saab, de verdad, no intentaba engañarle.

—Si crees que soy idiota, entonces tal vez era el tipo de idiota que tendrá que echar un vistazo a ciertos negocios en esta zona, investigar a cierta gente. Vamos a ver, ¿cómo se llaman tus primos? Salim Ahmad, Shakil Ahmad, Naseer Ali, Amir...

—Saab, lo entiendo. No volverá a pasar.

—Bien. Entonces tal vez podamos tener una relación duradera.

—Saab, eso es exactamente lo que quiero. Una asociación duradera.

Sartaj escurrió y agitó, sacudió las caderas hacia atrás, metió y se abrochó.

—Puedes jugar al político en otra parte. No con nosotros.

—Por supuesto, saab.

Sartaj se llevó la mano al bolsillo para buscar el pañuelo, y al darse la vuelta vio que Wasim estaba sujetando su ejemplar de *Filmfare*.

—Por favor, tome, saab.

—¿Qué?

—Hay buena información en esta revista, saab.

La sonrisa de Wasim era muy maliciosa y tenue. Sartaj cogió el *Filmfare* y, al abrirlo para hojearlo, las páginas se abrieron de forma natural por una fotografía en blanco y negro de Dev Anand, oculta en parte por un delgado montón, sujeto con clips, de billetes de mil rupias, cuidadosamente escalonados de derecha a izquierda.



—Solo es un pequeño *nazrana*, saab. Confiando en nuestra futura amistad.

—Eso ya lo veremos —contestó Sartaj. Enrolló la revista y se la colocó debajo del brazo—. Le he dicho a Birendra Prasad que lleve a sus hijos a la comisaría mañana. En caso de que no lo haga, sígueles la pista a los chicos, para que podamos cogerlos si es necesario.

—Sin problema, saab. Y saab, si pudiera también mencionarle mi nombre a Majid Khan saab, y darle mi salaam...

—Lo haré —contestó Sartaj—. Pero por cuatro mil rupias, no esperes convertirte en el invitado de honor de la comisaría. Esto solo es *chillar*.

—No, no, saab. Como le dije, solo es un nazrana.

Dejaron a Wasim allí, y Sartaj se sentía satisfecho ahora que el hombre había entendido la naturaleza de su dependencia mutua. En el Gypsy, desenrolló el *Filmfare* y despegó un billete y se lo dio a Katekar, quien se lo metió en el bolsillo del pecho. Sartaj también le daría algo a Majid. No tenía ninguna obligación de pasar dinero hacia arriba, cantidades pequeñas como esta —menos de un lakh— eran requisito esencial para un oficial superior, y los inspectores superiores y comisarios adjuntos solo compartían si había una tarta considerable que cortar. Aun así, le daría a Majid los saludos de Wasim Zafar Ali Ahmad y un billete de mil, ante lo que Majid se reiría. Se conocían desde hacía mucho tiempo, y mil —o incluso cuatro mil— era en realidad solo una propina.

—Saab —dijo Katekar—. Sobre esta tarde...

—No me he olvidado. —Katekar había pedido una tarde libre, para salir con su familia de excursión—. Ahora conduce hasta Juhu, te dejaré y me iré.

—Señor, no es necesario...

—Está bien. Conduce.

Sartaj sintió una cálida ráfaga de afecto por el impasible y digno de confianza Katekar. Megha solía decir que Katekar y él eran como una vieja pareja casada, y tal vez lo eran, pero Katekar todavía era capaz de dar sorpresas. Sartaj comentó:

—Pensaba que no te gustaba la gente de Bangladesh.

—Me gusta la gente de Bangladesh en Bangladesh.

—Pero ¿esa mujer? ¿Moina Khatun?

—Ha perdido un hijo. Es muy duro perder a un hijo. Incluso si era un ladrón. ¿Cuál era ese diálogo de *Sholay*? ¿La frase de Hangal? «La carga más pesada que puede llevar un hombre sobre los hombros es la *arhi* de su hijo».

—Muy cierto.

Y cierto con respecto a la lógica filmi, este hijo bengalí en particular había cometido robos para casar a sus hermanas pobres. Atravesaron un paso elevado, sobre un tren que traqueteaba con las multitudes de última hora de la tarde ya amontonadas en las puertas. El chico muerto había querido más que un matrimonio para sus hermanas, había querido un equipo de televisión y conexión de gas y olla a presión y una casa más grande. Sin duda habría soñado con un flamante coche nuevo,

uno exactamente igual al Toyota Camry plata metalizado que les estaba adelantando en ese momento. Lo que había soñado no era imposible, había hombres, como Ganesh Gaitonde y Suleiman Isa, que habían comenzado con robos insignificantes y habían llegado a tener sus propias flotas de Opel Vectra y Honda Accord. Y había chicos y chicas que llegaban desde pueblos polvorientos y ahora te miraban desde las vallas publicitarias, hermosos e irreales. Podía suceder. Pasaba, y por eso la gente lo seguía intentando. Pasaba. Ese era el sueño, el enorme sueño de Bombay.

—¿Cuál era esa canción? —preguntó Sartaj—. Ya sabes, la que canta Shah Rukh, no me acuerdo de la película. *Bas khwab itna sa hai...*

Katekar asintió, y Sartaj sabía que Katekar había entendido por qué lo preguntaba, habían pasado tanto tiempo juntos, en estos trayectos en coche atravesando la ciudad, que seguían los saltos y opiniones del otro.

—Sí, sí —contestó Katekar.

Tarareó la melodía, marcando el compás con el índice a través del volante.

—Bas itna sa khwab hai... shaan se rahoon sada... Mmm... ¿y luego?

—Sí, sí. Bas itna sa khwab hai... Haseenayein bhi dil hon khotin, dil ka ye kamal khile...

Y cantaron juntos:

—Sone ka tnahal mile, barasne lagein heere nwti... Bas itna sa khwab hai.

Sartaj se estiró, y dijo:

—Este Shamsul Shah, sí, tenía un gran *khwab*.

Katekar resopló y contestó:

—Correcto, saab, pero el gran *khwab* al final le dio por el gaand.

Los dos rompieron a reír. En el autorickshaw a la derecha de Sartaj, dos mujeres apartaron sus asustadas caras y se echaron hacia atrás bajo la cubierta del baldaquín. Eso hizo que Sartaj se riera incluso más fuerte. Sabía que era aterrador para otra gente, este regocijo furioso y áspero que surgía de los policías en un Gypsy, pero eso lo hacía todo incluso más divertido. Megha solía decir: «Cuentas esas horribles historias de policía y después te ríes socarronamente como un *bhoot*, da mucho miedo». Había intentado parar por ella, pero nunca fue capaz de hacerlo por completo. Estaba bien, de todas formas, recorrer la ciudad con Katekar, riendo de forma salvaje, y no era necesario contenerse, así que se rió un poco más.

Estaban callados cuando entraron en la curva de Juhu Chowpatty, a través del atasco compacto del tráfico de la hora punta. Sartaj rodeó el Gypsy por la parte de delante y sintió el roce tenue del aire del océano. Las casetas de *chaat* ya estaban iluminadas con luces de neón, y los clientes entraban a raudales desde la calle.

—Dile a los niños que dije salaam —pidió Sartaj.

Katekar sonrió.

—Sí, saab.

Se puso la mano sobre el pecho por un momento, y después caminó hacia la playa.

Sartaj le observó marcharse, aquel paso que se deslizaba seguro de sí mismo, el balanceo de los hombros fuertes, el pelo corto. Un ojo experimentado captaría enseguida que era policía, pero tenía talento para quedarse en la sombra, y habían hecho algunos buenos arrestos juntos. Mientras circulaba por Ville Parle, Sartaj tarareó «Man ja ay khuda, itni si hai dua», pero no pudo recordar el final de la canción. Sabía que la melodía le daría vueltas en la cabeza todo el día, la última antra le llegaría muy tarde, en algún lugar entre la noche y el sueño. «Man ja ay khuda», cantó.

Katekar encontró a los chicos y a Shalini esperando, como habían acordado, cerca del puesto que se llamaba Great International Chaat House. Frotó la cabeza de Mohit, le dio un golpecito suave en el estómago. Mohit soltó una risa ahogada que hizo que Rohit y Shalini sonrieran.

—¿Llegan tarde otra vez? —preguntó Katekar.

Shalini torció la boca hacia un lado. Katekar conocía esa mirada: lo que no se puede cambiar tiene que soportarse. Y Bharti y su marido siempre llegaban tarde.

—Vámonos y sentémonos —propuso Rohit—. Saben dónde nos sentamos.

Katekar miró a un lado y al otro de la hilera de puestos, y en la otra parte de la calle. Había dos autobuses que se tambaleaban uno detrás del otro, y era difícil ver.

—Rohit, ve a ver, tal vez están intentando cruzar.

A Rohit no le gustó, pero fue, dando golpes con las chappals sobre el cemento para mostrar su enfado. Al dar el estirón había adelgazado, pero Katekar estaba seguro de que engordaría al cumplir los veinte, cuando estuviera casado y establecido. Todos los hombres de la familia habían logrado un grosor impresionante, hombros y brazos capaces de intimidar, un estómago respetable. Rohit se giró, y sacudió la cabeza.

—Papa, quiero *sev-puri*—pidió Mohit, tirando de la camisa de Katekar.

—Vamos a sentarnos —apuntó Shalini—. Pueden encontrarnos.

En realidad, Rohit no había ido lo bastante lejos, pero Katekar no necesitaba que Shalini insistiera más. Bharti era hermana de ella, y si Shalini pensaba que podían irse y sentarse, Katekar se sentaría.

Encontraron dos esteras, tan lejos a la derecha como fue posible, y se acomodaron. Katekar se quitó los zapatos, se sentó con las piernas cruzadas, suspiró. El sol todavía estaba lo bastante alto como para calentarle las rodillas, pero notaba una brisa incipiente contra el pecho. Se abrió la camisa, y se limpió la nuca con el pañuelo, y escuchó a Shalini y Rohit y Mohit hacer sus pedidos al chico que les había indicado el sitio. Katekar aún no quería comer. Paladeaba el sentimiento de estar descansando, de no tener que mover un pie detrás de otro como el camarero, que ahora corría a su puesto.

El chico volvió de manera apresurada, manteniendo en equilibrio la comida de

forma experta mientras maniobraba alrededor de los paseantes y entre ellos.

—Eh, *tambi* —llamó Katekar—, tráeme *narial-pani*.

—Sí, *seth* —contestó el chico, y se fue.

—¿Narial-pani? —preguntó Shalini, con mirada picara.

El mes anterior él le había hablado de un artículo que había leído en un periódico de la tarde que aseguraba que los cocos estaban repletos de grasa perjudicial. Ella le había hecho un gesto con la mano y le había dicho que no creía todas esas novedades que leía en los periódicos, ¿quién se había puesto enfermo alguna vez por comer cocos o beber narial-pani? Pero ella nunca olvidaba nada, y no iba a dejar que se saliera con la suya en su alejamiento de la ciencia. Él inclinó la cabeza hacia un lado, y sonrió:

—Solo hoy.

Ella le devolvió la sonrisa, y lo dejó estar. Así que Katekar se sentó y bebió su narial-pani, y observó cómo Mohit centraba su atención en el sev-puri, y Rohit observaba a las niñas que pasaban. Un barco se balanceaba en el horizonte brillante. Katekar lo miró, y supo que se estaba moviendo aunque no pudiera verlo moverse.

—¡Dada!

Katekar se dio la vuelta, y ahí estaba Vishnu Ghodke, agitando la mano desesperadamente. Avanzó, seguido de Bharti y los niños. Se produjo la habitual ráfaga de saludos, y muchos cambios de posición, hasta que la familia por fin se colocó en dos esteras. Shalini tenía a Bharti cerca de ella, y Vishnu estaba cerca de Katekar. Los niños estaban encerrados entre Bharti y Vishnu. Las dos niñas llevaban cintas de adorno y faldas elegantes como de costumbre, pero el niño, que había nacido el último después de mucho rezo y ritual, iba vestido como si fuera a una boda. Llevaba una pajarita azul pequeña, y un enorme reloj de pulsera de plástico rojo que daba cuerda una y otra vez. Mohit y Rohit se inclinaron por encima para toquetearlo, y Katekar sintió que le invadía un sentimiento de afecto por los dos, por querer desordenar la cuidada cofia del pequeño y remilgado niño mimado. Estrujó las mejillas de sus dos sobrinas mientras Shalini y Bharti inauguraban de forma instantánea una animada conversación sobre alguna intriga familiar en marcha que implicaba a familiares de familiares. A Katekar le gustaba más su sobrina mayor, la niña que había observado con tranquilidad cómo el niño se convertía en el centro del mundo de sus padres con comprensión creciente y resignación.

—Estás más alta, Sudha —le dijo—. Ya, tan pronto.

—Come como un caballo —replicó el padre, con una risotada y una mano sobre la cabeza de la niña.

Katekar vio el apretón enfadado en la mandíbula de Sudha mientras se agachaba para susurrarle algo a su hermana en el oído. Vishnu tenía una voz que no necesitaba altavoces. Katekar replicó:

—Quiere crecer para ser alta, como yo. Sudha, ven aquí y siéntate a mi lado. Yo también tengo mucha hambre. Arre, tambi.

Así que Sudha se sentó junto a Katekar, y miraron juntos el menú, y de ese papel tan manchado, eligieron un festín de bhelpuri, papri-chaat y el favorito de Sudha, *pav-bhaji*. Comieron juntos, y entonces Katekar disfrutó el quiebro de amargo a dulce en la lengua. La comida era el más grande y fiable de los placeres, y sentarse en Chowpatty y comerla con la mujer y la familia, con el mar palpitando suavemente, era lo más próximo a la satisfacción que Katekar conocía. Así que se sentó y escuchó hablar a Bharti. Llevaba un sari verde reluciente. Uno nuevo, pensó Katekar. Era una niña pequeña bajita y fornida la primera vez que la vio, demasiado tímida para hablar con él. Focos años después, Vishnu le dio el mangalsutra más pesado que Katekar pudiera recordar de cualquier boda en la familia, y desde entonces ella no había dejado de hablar. Llevaba el mangalsutra en ese momento, junto con una cadena de oro que le daba dos vueltas al cuello.

—Ese Bipin Bhonsle es tan *haraamkhor*... —decía—. Antes de las elecciones nos dijo que conseguiría una tubería extra para el agua en la colonia. Ahora no hay tubería de agua nueva, pero incluso la vieja pierde agua cada dos semanas. Tres hijos y sin agua, es imposible.

—Vota para que se vaya en las próximas elecciones —comentó Katekar.

—Eso es imposible, dada —contestó Vishnu—. Tiene demasiados recursos, demasiados contactos. Y los otros partidos tienen todos candidatos *gadhav* en ese distrito electoral. Ninguno de ellos puede ganar. Dar un voto a cualquier otra persona es malgastar el voto.

—Entonces encontrad un buen candidato.

—Arre, dada, ¿quién se opondría a Bhonsle? ¿Y dónde se encuentran buenos candidatos hoy en día? Se necesita a alguien resistente, que pueda dar un discurso *jhakaas*, que sea atractivo para la gente. Ya no existen de esa clase. Se necesita un gigante, y hoy en día consigues multitudes de hombres pequeños.

Shalini se inclinó hacia un lado y se limpió las manos, después se arregló el sari encima de las rodillas.

—Estás buscando en todas partes menos en el lugar correcto —observó.

Vishnu estaba muy sorprendido.

—¿Conoces a alguien?

Shalini señaló con ambas manos a Bharti.

—Aquí, aquí.

—¿Qué? —preguntó Vishnu.

Katekar cabeceó hacia delante y hacia atrás, agitado por la risa. Era más por la consternación en el rostro de Vishnu, por su terror abyecto ante el hecho de que su mujer se convirtiera en una especie de gigante, que por la broma de Shalini, pero los niños le siguieron y de inmediato estuvieron todos soltando carcajadas.

—Mira —continuó Shalini—, mi hermana Bharti es valiente, puede impresionar a cualquiera con su estilo, y nadie da un discurso como ella. Deberías hacerla *mantrí*.

Para entonces Vishnu había comprendido que todo esto era broma, y estaba

sonriendo de forma apretada, estirando el labio por encima de sus dientes inferiores.

—Sí, sí, *tai*, en realidad podría ser una buena primera ministra. Mantendría a todo el mundo bajo control.

Bharti tenía ambas manos sobre la boca.

—Arre, *devaa*, no quiero tal cosa. *Tai*, ¿qué estás diciendo? Tengo las manos llenas con estos niños, no quiero estar sentada encima de cincuenta mil personas.

Katekar quiso decir algo acerca de su peso aplastando a cincuenta mil, pero después lo pensó mejor y se contuvo con un resoplido al imaginar la cara de Vishnu comprimida por las amplias ancas de Bharti. Vishnu parecía no estar seguro, y después se rió con él.

Cuando Katekar terminó de comer, él y Vishnu pasearon al lado del agua. Katekar se había arremangado los pantalones, y había dejado los zapatos atrás con Shalini. Le gustaba caminar sobre la arena mojada donde había sido alisada por el mar, sentirla bajo sus plantas. Vishnu estaba caminando a un buen metro y medio de distancia, protegiéndose las sandalias. En ese momento se alejó de un salto para salvarse de una ola que se acercaba.

—Dada —dijo—, una de estas veces tienes que dejarme pagar. De lo contrario nos dará vergüenza volver.

—Vishnu, no empieces con ese argumento otra vez. Soy mayor, así que pago yo.

Un chapoteo amargo de irritación salió a borbotones del estómago de Katekar. Era estúpido, este orgullo suyo que le hacía rechazar comidas pagadas por Vishnu, pero no podía soportar la petulancia de Vishnu, la satisfacción ante su propio éxito.

—Sí, sí, dada —contestó Vishnu, levantando ambas manos—. Lo siento. ¿Te va bien actualmente?

—Voy tirando —replicó Katekar.

Por supuesto, Vishnu se había percatado del billete de mil rupias que Katekar había utilizado para pagar al camarero. Nunca se perdía nada, el atento Vishnu.

Vishnu pisó con cuidado la rama recortada de una palmera.

—Dada, a esta edad te debería ir mucho mejor.

—¿A qué edad?

—Tus hijos están creciendo. Necesitarán estudios, ropa buena, todo.

—¿Y crees que no puedo darles todo eso?

—Dada, te estás enfadando otra vez. Dejaré de hablar.

—No, di qué quieres decir.

—Solo digo una cosa pequeña, dada... ese inspector sardar chutiya tuyo nunca supondrá unos ingresos decentes.

—Tengo lo que necesito, Vishnu.

Vishnu agachó la cabeza y se volvió muy dócil.

—Está bien, dada. Pero no entiendo por qué sigues con él. Podrías tener otros destinos con mucha facilidad.

Katekar no respondió. Se giró y regresó con las familias. Pero esa noche más

tarde, tumbado en la cama con Shalini a su lado, pensó en Sartaj Singh. Trabajaban juntos desde hacía muchos años. No eran exactamente amigos, no se hacían visitas o se iban juntos de vacaciones. Pero conocían a sus respectivas familias y se conocían el uno al otro. Katekar podía decir lo que Sartaj Singh sentía en cada momento, podía leer su melancolía y su placer. Confiaba en los instintos del sardar. Habían hecho buenas investigaciones, y cuando habían fallado, Katekar siempre tuvo la seguridad de que lo habían intentado con fuerza. Sí, no había tanto dinero como podría lograr en cualquier otra parte, pero había satisfacción por el trabajo. Eso era algo que Vishnu nunca podría entender. La gente como él nunca creería que un hombre pudiera querer ser policía por razones distintas al dinero. El dinero era bien recibido, por supuesto, pero también estaba el deseo de servir al público. Sí, de verdad, *Sadrakshanaya Khalanighranaya*. Katekar sabía que nunca podría confesarle este impulso a nadie, mucho menos a Vishnu, porque una conversación elaborada sobre proteger lo bueno y destruir lo malvado y el *seva* y el servicio solo provocaría risa. Incluso entre colegas, nunca se hablaba de esto. Pero estaba ahí, por muy enterrado que pudiera permanecer bajo capas mugrientas de cinismo. Katekar lo había visto de vez en cuando en Sartaj Singh, este idealismo sin sentido, embarazoso. Por supuesto ninguno de los dos jamás haría sino insinuar el romanticismo del otro, pero tal vez por ese motivo su asociación era tan duradera. Solo en una ocasión, cuando rescataron a una temblorosa niña de diez años de un cobertizo en Vikhroli, de sus secuestradores, Sartaj Singh se rascó la barba y murmuró:

—Hoy hemos hecho un buen trabajo.

Eso bastó.

Todavía bastaba. Katekar suspiró, giró la cabeza y estiró el cuello, y se durmió.

Sartaj vio primero a la multitud, un grueso puñado de gente presionaba la parte delantera de una ventana de cristal de doble altura. El edificio era un nuevo complejo comercial, muy bonito con sus extensiones de piedra gris y acentos de acero pulido. Sartaj había ido a la nueva oficina de su banco para depositar algunos cheques de dividendos en la cuenta de su madre, y quedó deslumbrado por la extensión de las ventanillas y la alegría sin precedentes de los empleados del banco. En ese momento miró detenidamente la colección de cabezas oscuras y vio un destello de rojo intenso.

—Saab, entre y vea.

Un guardia de seguridad vestido con traje azul le hacía señas a Sartaj por la izquierda.

—Ganga —saludó Sartaj, y pasó por la puerta que Ganga estaba protegiendo.

Sartaj conocía a Ganga del antiguo edificio del banco, donde este vigilaba un depósito de joyas con una escopeta de cañón corto y una mirada siniestra.

—¿Tu seth también se ha trasladado aquí?

—No, saab, ahora trabajo para una nueva empresa —contestó Ganga, señalando

los galones de su hombro, donde un parche azul y blanco anunciaba su nueva lealtad: Sistemas de Seguridad Eagle.

—¿Mejor empresa?

—Mejor sueldo, saab.

Había muchas empresas de seguridad nuevas, y la demanda de exsoldados como Ganga era elevada. Cerró la puerta tras Sartaj y se giró hacia la ventana.

—Sadhus tibetanos, saab —explicó, con orgullo de propietario.

Eran cinco, cinco hombres reservados, serenos, con el pelo muy corto y togas largas y sueltas de color escarlata. Estaban trabajando alrededor de una plataforma grande de madera, sobre la cual se veía el esbozo colorido de un círculo con un cuadrado dentro de otro círculo.

—¿Qué están haciendo?

—Están haciendo un mandala, saab. Dieron la noticia ayer en la tele, ¿no lo vio?

Sartaj no lo había visto, pero en ese momento observó las rendijas que se dejaban a cada lado del cuadrado, y el verde oscuro que uno de los sadhus utilizaba para rellenar la zona justo dentro del círculo más al interior. Otro sadhu estaba rellenando la pequeña figura de lo que parecía una diosa sobre el contorno verde.

—¿Qué están usando, polvo?

—No, saab, arena, arena coloreada.

Era relajante observar cómo caía la arena desde las manos de los sadhus, sus movimientos seguros y elegantes. Después de un rato, la estructura general del mandala apareció para Sartaj con un contorno blanco tenue. Dentro del círculo final iba a haber muchas regiones independientes, ovals, cada una con su propia escena de figuras, humanas y animales y divinas. Entre esos óvalos, justo en el centro de toda la rueda, había una forma; Sartaj no pudo distinguir qué era. Fuera de los óvalos estaba la pared interior del cuadrado, y fuera del cuadrado había otra rueda, y más figuras, y después un borde con sus propios diseños, todo ello hipnóticamente complejo y agradable de alguna forma. Sartaj se sintió contento de perderse en él.

—Cuando hayan terminado, saab, lo limpiarán todo.

—¿Después de todo este trabajo? —preguntó Sartaj—. ¿Por qué?

Ganga se encogió de hombros.

—Supongo que es como el *rangoli* de nuestras mujeres. Si se hace de arena no durará mucho de todas formas.

Aun así, pensó Sartaj, era cruel crear todo ese mundo que giraba, y después destruirlo de manera brusca. Pero los sadhus parecían bastante felices. Uno de ellos, un hombre mayor con el pelo tirando a gris, captó la mirada de Sartaj y sonrió. Sartaj no supo muy bien qué hacer, así que hizo una reverencia con la cabeza, se tocó el pecho con la mano y devolvió la sonrisa. Les observó trabajar unos pocos minutos más, y después se marchó.

—Vuelva mañana por la tarde —gritó Ganga—. El mandala estará terminado para entonces.



Sartaj se pasó el día en los tribunales, esperando para declarar en un viejo caso de asesinato. Había dejado pasar las dos últimas citas, y el abogado de la defensa había hecho un ruido tremendo, pero hoy el propio juez llegaba tarde, así que las varias partes del caso esperaron con tranquilidad. Sartaj leyó sobre los tibetanos en *Afternoon*, que los describía como «monjes» y decía que estaban haciendo su mandala por la paz en el mundo. Finalmente el juez llegó después de comer, y Sartaj declaró, y volvió a la comisaría. Birendra Prasad y sus dos hijos estaban esperando bajo el pórtico.

—Espere aquí —le dijo Sartaj a Birendra Prasad—. Vosotros dos venid conmigo.

—Saab... —respondió Birendra Prasad.

—Tranquilo. Vamos.

Los chicos le siguieron para entrar. Sartaj los hizo pasar ante las salas delanteras hasta su escritorio. Estaba cansado, y tenía muchas ganas de una taza de chai, pero aquí estaban estos dos bastardos. Eran guapos, jóvenes fornidos, ambos con camisetas brillantes.

—¿Quién es Kushal, quién es Sanjeev?

Kushal era el mayor. Se mordía el labio. Solo estaba tenso, sin embargo, no asustado. Aún conservaba alguna confianza en su padre y en sí mismo.

—¿Así que has comido mucho mithai en esta vida, Kushal?

—No, saab.

—¿Así es como te has convertido en un personaje de grandes músculos?

—Saab...

Sartaj le cruzó la cara de una bofetada.

—Bastardo, calla y escúchame.

Los ojos de Kushal estaban muy abiertos.

—Sé que habéis estado molestando a las chicas en vuestra zona. Sé que dais vueltas por los galis y creéis que sois rajas de todo lo que veis. Pero no sois bhais, ni siquiera taporis, sois pequeños insectos. ¿Qué estás mirando, bhenchod? Ven aquí.

Sanjeev se encogió, y se arrastró hacia delante. Sartaj le dio un puñetazo en el estómago, no demasiado fuerte, pero Sanjeev se dobló y se dio la vuelta. Sartaj le dio un golpe en la espalda.

Era una vieja rutina de violencia e intimidación, y Sartaj la siguió de forma automática. Si Katekar hubiera estado allí, hubiesen llevado a cabo el ritual con una coordinación experta próxima a una suerte de belleza. Pero Sartaj tenía calor, y estaba cansado, así que apresuró la secuencia. Quería terminarla. Los chicos eran aficionados, y no requerían grandes sutilezas o habilidad. En diez minutos estaban jadeando y tartamudeando y aterrados. Una mancha recorría la parte delantera de los pantalones de Sanjeev.

—Si me entero de que causáis algún problema otra vez, iré y os cogeré y os daré algo de dum de verdad. ¿Entendido? Quizá también traiga a vuestro padre. Quizá le

cuelgue también.

Kushal y Sanjeev se estremecieron, y no tuvieron nada que decir.

—Fuera de aquí —gritó Sartaj—. ¡Largo!

Se fueron, y Sartaj se sentó y se reclinó y sacó el pañuelo y lo encontró ya húmedo. Era asqueroso, pero se limpió el cuello y cerró los ojos.

Le sonó el móvil.

—¿Sartaj saab?

—¿Quién es? —preguntó Sartaj, aunque conocía el ruido de la voz ronca.

Era la anciana de Parulkar saab, el contacto mandamás de la banda-S con quien había hablado pocos días antes.

—Soy quien te desea lo mejor, Iffat-bibi. Salaam.

—Salaam, bibi. Dígame.

—He oído que te interesa un chutiya que se llama Bunty.

—Puede ser.

—Si todavía no te has decidido, beta, es demasiado tarde. Bunty está muerto, *lurkao*, acabado.

—¿Lo arregló su gente?

—Mi gente no ha tenido nada que ver con eso. —Sonó completamente convincente—. El tipo no servía para nada de todas formas, *langda-lulla* saala.

—¿Dónde?

—Se dirá por la radio de la policía en unos pocos minutos. Goregaon. Hay un complejo de edificios llamado Evergreen Valley, allí en la zona residencial.

—Conozco el lugar. Está bien, Iffat-bibi, ahora voy.

—Sí. Y mira, la próxima vez que quieras algo, a alguien, a cualquiera, habla primero conmigo.

—Sí, sí, acudiré a usted corriendo.

Ella soltó una carcajada ante su sarcasmo, dijo: «Ahora voy a colgar», y lo hizo. Sartaj condujo deprisa, acelerando por los cruces y zigzagueando entre los carriles del tráfico. Ya había una furgoneta de policía enfrente de Evergreen Valley, y una multitud de agentes de paisano en el aparcamiento de la parte de atrás. Sartaj vio a muchos hombres que sabía que estaban en la brigada móvil. Mientras caminaba para acercarse al cuerpo, vio al jefe de esa brigada, el inspector jefe Samant, y entonces estuvo seguro de que habían acabado con Bunty.

—Arre, Sartaj —saludó Samant—, ¿hay novedades?

—Bas, señor, solo trabajo.

Sartaj señaló el cuerpo, que yacía boca abajo y torcido hacia la izquierda. La silla de ruedas estaba a su lado, a casi un metro de distancia.

—¿Conocías a este maderchod? —preguntó Samant arqueando una ceja—. ¿Qué, Parulkar saab está interesado en él?

—¿Es Bunty?

—Sí.

—Yo estaba interesado en él.

Sartaj se puso en cuclillas. Bunty tenía un perfil interesante, facciones muy marcadas y definidas, con una nariz elegantemente moldeada. La parte de atrás de su cabeza había desaparecido, y materia cerebral y sangre se esparcían en forma de abanico desde él. La camisa de cuadros también estaba empapada, por la espalda.

—¿Uno en la cabeza, dos en la espalda?

—Sí. Creo que primero fue la espalda, luego la cabeza. No sabía que estabas trabajando en el crimen organizado.

—No, por lo general, no. Pero tenía contacto con Bunty.

Sartaj se puso de pie.

—Después de coger a Ganesh Gaitonde pensé que estarías en algún destacamento especial para Parulkar saab.

Samant era calvo, rechoncho y próspero, y miraba de forma muy dura a Sartaj. Se decía que había matado al menos a cien hombres él mismo en eliminaciones, y Sartaj no tenía problema en creerlo.

—No, nada de eso —contestó Sartaj—. Este asunto de Bunty solo era parte de otro caso.

—El asunto de Bunty ha terminado. —Samant rió a carcajadas—. El maderchod hizo todo lo que pudo para intentar escapar. Esa silla de ruedas debía de moverse más rápido que un coche.

Señaló huellas negras de patinazo que recorrían el aparcamiento, casi hasta el cuerpo de Bunty.

—¿Ha sido usted quien le ha *thokoado*?

—No, no. Eso habría estado bien, he ido detrás de este bastardo mucho tiempo. Pero sus propios chicos acabaron con él. Esa es nuestra teoría en estos momentos. Nadie vio cómo pasaba, por supuesto.

—¿Por qué lo harían sus propios hombres?

—Arre, yaar, Gaitonde está muerto, así que el alcance del pobre lisiado Bunty también está lisiado. Por su cuenta, no era mucha cosa. Tal vez sus hombres se pasaron a la otra parte, tal vez la otra parte les pagó.

—¿Suleiman Isa?

—Sí. O algún otro.

De forma que Bunty no había conseguido ponerse a salvo, después de todo. Sartaj se acercó a la silla de ruedas. Era impresionante de verdad, con ruedas gruesas que parecían las de un coche de carreras. El chasis era sólido, elaborado todo con algún tipo de acero muy moderno, robusto y fraguado con precisión. Un paquete con el motor y la batería se hallaba bajo el asiento, que estaba densamente acolchado de negro. Una palanca de mando y algunos controles en el apoyabrazos de la mano derecha debían de permitir conducir, y para levantar el chasis de la suspensión hidráulica y subir y bajar escaleras y cualquier otra cosa que hiciera esta cuadriga brillante. Todos esos trucos extranjeros no habían logrado que Bunty escapase de sus

amigos asesinos, y así tal vez la investigación de la señorita Anjali Mathur había llegado a un callejón sin salida. Sartaj se puso de pie. De todos modos, no era realmente su caso.

—La silla de ruedas parece intacta —comentó.

—Sí. Las ruedas todavía estaban rodando cuando llegamos. Hay un botón ahí para apagarla. Nos la quedaremos. Pronto dispararán a uno de esos gaandus y se convertirá en un langda-lulla —en ese punto Samant puso cara de tonto y dejó caer los brazos como si estuvieran muertos— y la usaremos para llevarle a los tribunales.

—Muy inteligente —replicó Sartaj, tocándose la frente—. ¿Qué estaba haciendo Bunty aquí?

Evergreen Valley tenía tres edificios enormes. Lo único verde que Sartaj podía ver eran unos pocos setos irregulares desperdigados por ángulos extraños entre los edificios.

—Todavía no lo sabemos. Quizá ellos estaban de visita. Quizá tenían un apartamento aquí.

—Por favor, si descubre algo hágamelo saber, señor.

—Sí, sí.

Samant caminó con Sartaj hacia la puerta.

—Si ahora estás interesado en todos estos asuntos de bandas, Sartaj, podemos trabajar juntos. Es muy bueno, ya sabes, profesionalmente y a otros niveles. Podemos intercambiar información.

Samant le pasó una tarjeta a Sartaj.

—Por supuesto.

Lo que Samant quería es que la próxima vez que Sartaj tuviera un chivatazo para una adquisición grande como Ganesh Gaitonde, llamase a Samant, el especialista en eliminaciones. Aparte de elogios profesionales e historias en los periódicos, meter una bala al bhai de una banda grande podía hacerte ganar mucho dinero. Otras bandas pagarían por un trabajo bien hecho. Se decía que Samant había construido sin ayuda de nadie un hospital enorme y muy moderno en su pueblo en Ratnagiri.

—Le llamaré si averiguo algo.

—El número de mi móvil personal está ahí. Llama a cualquier hora, de día o de noche.

Sartaj dejó Evergreen Valley y a Samant y Bunty y la silla de ruedas, y regresó a la comisaría. Sentado en su escritorio, examinó la tarjeta de Samant. Samant era en realidad «Dr. Prakash V. Samant», según los caracteres elaborados en dorado. También era un «Homeópata Acreditado», además de sus logros en el cuerpo, que incluían la Medalla al Mérito Policial en el Servicio. Sartaj suspiró ante lo mediocre que había sido su propia carrera, y después llamó a Anjali Mathur y le contó el desafortunado fallecimiento de su fuente.

—¿Así que todo lo que sabemos es que Gaitonde estaba buscando a un sadhu?

—Sí, señora.

—Eso es interesante, pero no suficiente.

—Sí, señora.

—Estas cosas pasan. Continúe investigando a la hermana. Conseguirá antecedentes, al menos.

—Sí, señora.

—Shabash —contestó, y colgó.

A Sartaj le alegraba que entendiera que esas cosas pasaban. Nunca podías depender de una fuente, e incluso cuando hablaban, la información siempre era incompleta. Solo podías recomponer una suposición de lo que había ocurrido. Y si tu fuente era un bhai que constantemente esquivaba los peligros de su trabajo, era inevitable que un día terminase con una bala en la cabeza. No había nada que pudieras hacer, o que él pudiera hacer. Un policía dispararía la bala, o un enemigo, o un amigo. Si no había soltado la información que necesitabas para cuando su cráneo se comprimiese bajo el impacto del metal volando y explotase, ese era tu pésimo *kismet*. Bas. Bunty estaba acabado y su caso estaba acabado.

Pero Sartaj sabía que solo estaba tratando de consolarse a sí mismo con este argumento de las-cosas-pasan. La verdad era que nunca se había acostumbrado a la muerte violenta. No conocía a Bunty en absoluto, solo había hablado con él unos pocos minutos, pero, ahora que le habían disparado, Bunty se quedaría con Sartaj unos cuantos días. Durante unas noches aparecería, moviendo su nariz aguileña ante Sartaj y despertándole a horas extrañas. Sartaj había luchado contra esta debilidad toda la vida, y le había impedido hacer las elecciones profesionales que hombres como Samant aprovechaban con gusto. Sartaj solo había matado a dos hombres a lo largo de su carrera, y sabía que no podría matar a cien, ni siquiera a cincuenta. Simplemente no tenía la fortaleza para hacerlo, o el coraje. Sabía eso de sí mismo.

Sartaj se recostó en la silla, puso los pies sobre la mesa y marcó el número de Iffat-bibi.

—Así que has tenido darshan de Bunty —dijo ella.

Sartaj sonrió. Estaba empezando a disfrutar bastante con sus declaraciones bruscas.

—Sí, le vi. No parecía muy contento.

—Que se pudra, y todo su linaje también. Fue un bastardo cobarde toda la vida, y así es como ha terminado: huyendo.

—¿Así que incluso sabe eso, bibi? ¿Está segura de que no lo hizo su gente?

—Arre, eso es lo que dije, ¿verdad?

—Circula la teoría de que lo hicieron los propios hombres de Bunty.

—¿Eso te dijo el idiota de Samant?

—Samant tiene mucho éxito, bibi.

—Samant es un perro que se alimenta de las sobras de otra gente. Observa, reivindicará esta eliminación como propia. Y el chutiya ni siquiera sabe que los hombres de Bunty le dejaron hace dos días. No estaba consiguiendo suficientes

ingresos, así que se fueron a otros trabajos.

—¿Lo sabe todo, bibi?

—He vivido mucho. No te preocupes, pronto sabremos quién eliminó el wicket de Bunty.

—Me gustaría saberlo.

—Muy bien, beta... cuando quieras saber, pregunta.

Sartaj se echó a reír.

—De acuerdo, bibi. Lo recordaré.

Sartaj colgó, y pensó en Bunty yendo a toda velocidad por la ciudad en su silla de ruedas, de guarida en guarida. Debió de estar muy solo y aterrorizado sin sus guardaespaldas, y con bastante seguridad alguien lo encontró y le tomó la delantera. Un pequeño escalofrío de lástima se extendió hasta la parte baja de la espalda de Sartaj, y él se retorció con enojo y se levantó, bajando los pies con fuerza. Bunty había causado mucho sufrimiento en su época, y el gaandu merecía lo que había conseguido. Quienquiera que hubiese acabado con él merecía algo de dinero, o al menos una medalla. Confiaba en que hubiesen cuidado bien de ellos.

De camino a casa aquella tarde, Sartaj dio un rodeo para ver hasta dónde habían llegado los sadhus con su mandala. Las multitudes de la mañana habían disminuido, pero los sadhus todavía trabajaban al anochecer, bajo un foco de luz brillante de lámpara. Sartaj se quedó de pie junto a la ventana, y el sadhu más anciano de aquella mañana le vio, inclinó la cabeza y sonrió ante el *namaste* de Sartaj. Estaba haciendo un trabajo de primera calidad en uno de los paneles insertados, coloreando el costado claro de un ciervo. El ciervo tenía unos impenetrables ojos oscuros, y estaba sentado frente a los verdes oscuros del claro de un bosque. Sartaj miró con atención cómo caía la arena dorada. La esfera estaba casi medio hecha. Ahora estaba habitada por una gran cantidad de criaturas, grandes y pequeñas, y un remolino de seres divinos envolvía la totalidad de ese nuevo mundo. Sartaj no entendía nada de ello, pero era hermoso ver cómo cobraba vida, así que observó mucho tiempo.

## GANESH GAITONDE GANA UNAS ELECCIONES

Kanta Bai murió un viernes de febrero. Justo cuatro días antes, el martes por la mañana, se había despertado con fiebre. Se enorgullecía de su capacidad de recuperación, y cultivaba un fino desdén por los médicos. Me había dicho que moría más gente por ir a los hospitales que por las enfermedades. Así que bebió vaso tras vaso de zumo de mausambi, y fue a su destilería de licor como de costumbre. Se reunió con sus empleados e hizo sus envíos. A última hora de la tarde estaba muy cansada, y regresó a casa y durmió. Se despertó a las once de la noche, temblando, con dolor en los brazos y piernas, y evacuaciones sueltas. Pero aun así ella —la tonta que creía que sobreviviría a cualquier cosa, bacterial o humana— no llamó al médico. Comió un plato de arroz con cuajada, se tomó dos tabletas de loperamida e hizo que su gente se marchase. A las ocho de la mañana su hermana la encontró, con los ojos en blanco, el torso retorcido en sábanas sucias. Me enteré a las nueve, después de que ya la hubieran llevado a un hospital privado en Andheri. Tenía malaria, dijeron los médicos. Hice que la trasladasen a Jaslok, y les dije a los médicos que le dieran cualquier medicina extranjera, cualquier tratamiento que necesitase. Pero murió el viernes por la tarde.

La llevamos al crematorio eléctrico en Marine Lines. Tumbada sobre la cinta que iba a parar al fuego, tenía las mejillas caídas, y su cuerpo bajo la sábana parecía aplastado, como si la rápida enfermedad la hubiese encogido. Su piel ya no tenía esa floración oscura, rojiza, era de color barro pálido. Me obligué a mirar mientras las puertas de metal se cerraban y la apartaban de nosotros para siempre. Y después me quedé hasta que le dieron las cenizas a su hermana. No pude hacer otra cosa sino estar sentado en silencio junto a la hermana mientras esperábamos, y después llevarla a casa.

No había hecho nada para salvar a Kanta Bai: este pensamiento me atormentó aquel día, y las noches que siguieron. Les pedí a los chicos que prestasen atención a su salud, y que buscasen consejo médico tan pronto como notasen que se acercaba una enfermedad. Ofrecí cheques gratuitos para todos mis controllers, y comencé una campaña antimalaria en la basti. Hice que limpiasen las alcantarillas, y tomé medidas para eliminar las charcas de agua estancada. Pero solo estaba dando un espectáculo. Sabía que me habían derrotado.

Fue en ese momento cuando acudieron a mí. Quiero que sepas eso, Sartaj Singh. Yo nunca acudí a los políticos, acudieron ellos a mí. Tenía Gopalmath, tenía toda la zona que pertenecía a la banda Cobra, tenía intereses en muchos negocios, el dinero llegaba, y aparte del asunto de Kanta Bai era feliz. A menudo tenía tratos con empresarios, en especial cuando organizábamos el suministro regular de agua a Gopalmath, pero no les tenía simpatía a esta raza de gente, nacían mintiendo. No me

gustaban los políticos, así que nunca traté de cultivar la amistad de diputados y miembros del Parlamento. Pero Paritosh Shah me trajo a uno de ellos. Dijo:

—Bhai, este es Bipin Bhonsle. Se presenta a las elecciones al Parlamento el mes que viene y necesita tu ayuda.

En ese momento el tal Bipin Bhonsle iba vestido de forma elegante, buenos pantalones azules, camisa estampada, gafas oscuras, no parecía para nada uno de esos bastardos con *khadi kurta* y topis a lo Nehru que veías en televisión todo el tiempo. Bipin Bhonsle era joven, de mi edad y respetuoso.

—Namaskar, Ganesh bhai —saludó—. He oído hablar mucho de ti.

—¿Este gordo te ha estado contando? —pregunté, señalándole una silla a Bhonsle.

Cogí a Paritosh Shah de la mano y le hice sentarse a mi lado en el diván. No había parado de aumentar en los muchos años que le conocía, de forma que el Paritosh Shah del principio estaba desapareciendo lentamente en el interior de esa masa acolchada.

—Mira cómo respira con dificultad. Me preocupa su corazón.

Respiraba con fuerza por haber subido dos tramos de escaleras.

Paritosh Shah me dio palmaditas en el brazo.

—Estoy tomando medicina ayurvédica, bhai. No hay que preocuparse.

Me había hablado de su nuevo médico ayurvédico, que tenía cinco ordenadores en su clínica con aire acondicionado.

—Sería mejor si corrieses unos pocos kilómetros cada día —le contesté.

Movió los brazos como si estuviese corriendo, moviéndolos con fuerza arriba y abajo, y tenía un aspecto tan divertido, con el pecho sacudiéndose y la barriga balanceándose de lado a lado, que me eché a reír, y después lo hizo él. Pero Bipin Bhonsle solo sonrió, y no demasiado. Eso me gustó. Tenía buenos modales. Mientras tanto un chico nos trajo té y galletas. Bebimos y hablamos. El trabajo era bastante sencillo, pensé. Bipin Bhonsle era el candidato rakshak para el distrito de Morwada, que limitaba con Gopalmath por el norte. Menos de la mitad de la población votante de esa zona eran marathas de oficina, gente que vivía allí desde mucho antes del boom de la construcción, antes de que los promotores inmobiliarios hubiesen comenzado a construir las colonias pijas en los suburbios. Bipin Bhonsle estaba seguro de estos marathas, de los oficinistas y administrativos y funcionarios de  $\pi$  del gobierno, tanto como lo estaba de las bolsas de tenderos y comerciantes gujaratis y marwaris desperdigados aquí y allá. El problema era la otra mitad, los votantes del Partido del Congreso y los intransigentes del Partido Republicano de la India que vivían en Narayan Housing Colony y alrededor de Satyasagara Estates y en las bastis de Gandhinagar y Lalghar. Los rakshaks nunca habían sido capaces de ganar unas elecciones en Morwada, sobre todo por estos bastardos, que eran de todas las clases, seths y profesionales y trabajadores de líneas aéreas y jubilados, pero Bipin Bhonsle sentía más resentimiento por los pobres chutiyas que vivían en las casuchas de



Lalghar.

—*Landyas bhenchod* —dijo—. Por supuesto que ninguno votará a los que somos de aquí. Les tiendes una mano amistosa y ellos se dan la vuelta.

Lalghar era una basti musulmana, así que claro que no había votos para los rakshaks de aquí. Era estúpido esperar votos de gente contra la que creabas una política de odio, y típico de los rakshaks, pero le sonreí educadamente a Bipin Bhonsle.

—Bien, Bhonsle saab —dije—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Dejó la taza de té y se sentó hacia delante en la silla, muy ansioso.

—Bhai, primero necesitamos ayuda con la campaña. Intimidan a nuestros trabajadores cuando salen a pegar carteles, justo ayer rodearon a empujones a algunos de los nuestros y les arrebataron los carteles. Se llevaron doscientos cincuenta carteles. Más tarde oímos que hicieron una hoguera con ellos.

—¿Y vosotros los rakshaks estáis indefensos? No había oído nunca que tu gente tuviera que contratar a nadie. Tenéis vuestros propios hombres y vuestras propias armas.

Mi comentario despectivo no le gustó. Pero todavía era indulgente y educado.

—Bhai, no nos asusta nadie. Pero soy muy joven en la organización, estas son mis primeras elecciones, y de todos modos este distrito electoral no se considera tan importante. Todos los recursos irán a otra parte. Y sé que esos bastardos del Partido del Congreso y el Partido Republicano de la India han traído mucho poder efectivo. Según he oído, hasta los *samajwadi*, he oído, están planeando reforzarse.

—De acuerdo. ¿Y bien?

—Cuando termine la campana, el día de las elecciones, esas son las horas cruciales. Queremos asegurarnos de que cierta gente no vote.

Me reí.

—Bien. Quieres que te den las elecciones.

No estaba avergonzado. Sonrió y contestó:

—Sí, bhai.

—Pensaba que vosotros los rakshaks queríais erradicar la corrupción del país.

—Cuando el mundo entero está sucio, bhai, tienes que ensuciarte para hacer cualquier limpieza. No podemos luchar contra su dinero sin trucos. Cuando estemos en el poder, todo será diferente. Lo cambiaremos todo.

—No me olvides entonces. No te olvides y límpiame en la limpieza general.

Levantó ambas manos hacia mí.

—¿A ti, bhai? No, no, eres nuestro amigo, uno de los nuestros.

Quería decir que yo era hindú, y de Maharashtra. No me importaba nada de eso, no en lo que se refería a los negocios, pero a él le tranquilizaba que yo fuera Ganesh Gaitonde. Le estreché la mano, y dije:

—Nos veremos en uno o dos días. Entonces hablaremos de cuánto dinero será necesario.

—Bhai, el dinero puede conseguirse. Por favor, tómate tu tiempo para pensarlo, y tan solo dínos cuáles son tus requisitos. Creo que necesitaremos cincuenta, sesenta hombres. —Se puso de pie y cruzó las manos—. Ya me dirás cuándo tengo que venir.

Cuando se marchó, le dije a Paritosh Shah:

—Un chutiya sensato.

—Está un poco loco, como todos esos rakshaks.

Paritosh Shah creía firmemente en los beneficios, y las ganancias eran su dios, de forma que cualquiera que dejase que la religión interfiriese en cómo hacer dinero era obvio que para él estaba bastante loco. Los rakshaks creían en un pasado dorado, en sangre y tierra, y todas esas cosas que no tenían sentido para Paritosh Shah. Le dije:

—No tan loco. Nos contrata tanto porque no quiere que trabajemos para ninguno de sus oponentes mientras le estamos ayudando.

—Es cierto. No he dicho que sea estúpido. Esos marathas son locos pero astutos. Ya lo sabes.

—¿De dónde eres? —pregunté—. ¿De Bombay?

—Nací aquí. Mi bisabuelo vino de Ahmedabad, todavía tenemos familiares allí.

Estaba desconcertado. Nos conocíamos desde hacía muchos años pero nunca le había hecho estas preguntas. Pero como yo había preguntado, él también lo hizo.

—¿Y tú? —dijo—. ¿De dónde eres?

Agité el brazo por encima del hombro.

—De alguna parte.

Me puse de pie.

—¿Cuánto les cobramos por unas elecciones?

Así que hablamos de dinero. Me parecía que darle unas elecciones a alguien era convertirlo en un raja, o al menos un *nawab* menor, y por ello nuestra ayuda valía mucho. Pero parecía que este negocio de dar y quitar elecciones tenía una trayectoria reconocida, y ya había tarifas establecidas, que además no eran espléndidas. Veinticinco mil por cada hombre, tal vez cincuenta por los controllers. O sea que solo por veinticinco lakhs, treinta por tratarse de nosotros, Bipin Bhonsle se convertiría en miembro del Parlamento.

—¿Puedes comprar democracia a ese precio? —le pregunté a Paritosh Shah.

—Ahora eres tú quien quiere convertirse en político.

—Ni aunque regalaran escaños.

—¿Por qué? —Sonreía con indulgencia.

Me encogí de hombros. Notaba una congestión en la garganta, una hinchazón de recuerdos y enfado, y no confié en mí mismo para hablar. Así que escupí por la ventana, dejé salir toda la suciedad del asunto, los carteles mentirosos y los discursos prostituidos y la humildad fingida, y él me conocía lo bastante bien como para no preguntarme más. De todos modos, estaba contento de hablar de negocios.

Cuando se marchó volví a mis libros en inglés. Me estaba dando clases a mí mismo, con libros para niños y periódicos y un diccionario. Solo lo sabía Chotta

Badriya, porque él me había comprado los libros y el diccionario. Cerraba la puerta, cuando estudiaba inglés porque no quería que nadie me viese agachado en el suelo, con un dedo inseguro y lento encima de las letras, que unía que juntar laboriosamente moviendo los labios hasta que se adherían a una palabra: «p-a-r-1-a-m-e-n-t-o... parlamento». Era humillante, pero necesario. Sabía que gran parte de los negocios reales del país se hacían en inglés. Gente como yo, mis hombres, utilizábamos el inglés, había ciertas palabras que empleábamos con fluidez en nuestras frases, sin dudar. «*¡Bole to voh edkum danger aadmi hai!*» y «*Yaar, abhi ek asunto ko solucionar karna hai*», y «*Us parte se conectar de, chutiya*». Pero a menos que pudieses decir de un tirón frases completas sin tener que parar y luchar y volver atrás y construirlas pedazo a pedazo amargo, a menos que pudieras hacer bromas, había partes enteras de tu propia vida que resultaban invisibles para ti mismo, que se habían apartado de ti. Podías vivir en un mundo marathi, o en una colonia hindi, o en una calle tamil, pero ¿qué decían esas vallas de anuncios, esos mensajes destacados que lanzaban sus sombras afiladas sobre tu casa? Cuando comprabas un champú nuevo y caro «Hecho como en América», ¿qué decía en rojo en la etiqueta? ¿De qué se reían, quiénes se deslizaban suavemente en sus cómodos Pajeros? Había muchos como yo, nacidos lejos del inglés, que estaban contentos de vivir en la ignorancia. La mayoría eran demasiado perezosos, demasiado temerosos de preguntar cómo, por qué, qué. Pero yo tenía que saber. Así que agarré el inglés, luché con él e hice que se me entregara, pieza a pieza. Fue difícil, pero yo era persistente.

A las cuatro de la tarde cerraba los libros y me tumbaba sobre el suelo y echaba una cabezada. Tenía una buena cama, almohadas suaves, pero últimamente dormía mal por las noches. Un temblor incontrolable en las extremidades me despertaba tan pronto como me quedaba dormido. A veces conseguía dormir una hora por la tarde, pero aquel día me revolví, lleno de planes, perspectivas para el futuro, ideas de crecimiento, sospechas sobre un tipo y perspicacias repentinas sobre otro. Gobernaba mi rincón de la isla pero no podía tranquilizar mi mente. La presión fría del suelo parecía ayudar, su incomodidad rígida me arrastraba a la superficie de la piel y me mantenía allí, en un sueño brumoso. Cuando uno de los chicos llamó a la puerta a las cinco, me levanté de una sacudida con el corazón encogido. Me lavé la cara, respiré hondo varias veces y después salí. Una vez al día, a horas diferentes pero siempre una vez al día, cogía a mis hombres y paseábamos por la zona. Seguíamos diferentes rutas, no era estúpido, pero quería mostrarme, ser visto. No te diré que no tenía miedo, pero había aprendido a enterrarlo, a ocultarlo con gruesas capas de indiferencia. Desde que la bala se abalanzó sobre mí, sabía lo real que era la muerte. No tenía ilusiones. Había visto que una mujer puede estar viva un día, comer cordero y hacer comentarios burlescos y bromas y sacar pecho, rezumando risa y hambre con los ojos, y al día siguiente puedes encontrarla inconsciente en la cama de un hospital, con la boca abierta y respirando entrecortadamente. Sabía que iba a morir, me iban a matar. No había escapatoria para mí. No tenía futuro, ni vida, ni jubilación, ni una

vejez sencilla. Imaginar algo de eso era cobardía. Una bala me encontraría primero. Pero viviría como un rey. Pelearía esta vida, esta arpía que nos condena a la muerte, y la engulliría, la consumiría a cada minuto de cada día. Así que paseaba por mis calles como un señor de la humanidad, flanqueado por mis hombres.

Y de esa forma mantenía mi asidero, mi reinado. El miedo era parte de él, el miedo que los tenderos sentían al mirarme, el miedo en los ojos de las mujeres que retrocedían para meterse en los portales y dejarnos pasar. Pero eso no era todo, en absoluto. Por supuesto que hay excitación en el ejercicio del poder, pero también hay seguridad al cederlo. Te digo que esto es cierto, Lo sentí cuando me dieron *tikkas* de pollo y *bhakri*, y me preguntaron si quería un refresco o té, lo supe en el ensanchamiento de sus pupilas cuando sacaron a rastras su mejor silla para mí y le quitaron el polvo con sus pallas. La verdad es que a los seres humanos les gusta que les gobiernen. Hablarán sin cesar sobre la libertad, pero le tienen miedo. Dominados por mí, estaban seguros, y felices. Tenerme miedo les enseñó dónde podían vivir, les construyó una cerca, dentro de la cual estaba su hogar. Y yo era bueno para ellos. Era justo, y no pedía tanto dinero como para hacerles daño, y enseñaba a mis hombres comedimiento, y sobre todo era generoso. El trabajador de una fábrica se había roto la pierna bajo un cargador de basuras, y mantuve a su familia durante seis meses; una abuela necesitaba una operación para que le ensanchasen las venas y salvar su corazón, y le di vida, una oportunidad para jugar con los hijos de sus hijos.

—Ganesh bhai —me dijo una tarde un impresor—, deje que le haga una tarjeta de primera clase.

Pero no necesitaba ninguna tarjeta. Mi nombre era conocido en mi raj, y mucha gente lo bendecía.

Aquella tarde, tras la conversación con Bipin Bhonsle y el paseo, fui a casa de Paritosh Shah. Su hija mayor, la primera de cuatro, iba a casarse en siete días. La casa ya estaba brillante, tres pisos de luces en cascada, rojas y verdes y azules, parpadeando felizmente. Era una casa grande, terminada apenas un año antes por él y sus dos hermanos, y allí vivían todos juntos, esposas y primos e innumerables mamas y *kakas* que iban de visita, un *chakkar* gujarati que daba vueltas. *Dandia raas* antes de las bodas estaba definitivamente pasado de moda, pero, a pesar de toda su innovación en los negocios, Paritosh Shah era una persona muy tradicional. Así que había torbellinos entusiasmados de chicas jóvenes en el patio, remolinos de seda embriagadora. Me estaban esperando para iniciar el baile, y una vez estuve sentado en el sillón, todos los hombres y mujeres se colocaron en cuatro círculos, los niños en los dos interiores, y el cantante levantó una mano declamatoria y comenzó «*Radha game ke game Mira?*», y los círculos giraron lentamente, y después más rápido, y el aplauso constante de las manos se hacía eco del ritmo feliz. Cuando sacaron los palos para bailar *dandia* me puse de pie y pedí un par. Rieron al verme tropezar con torpeza, incapaz de seguir el compás dentro de los círculos que se movían unos contra otros, incapaz de encontrar el chasquido del ritmo. Al principio pensé que ese era

también el fallo de otros bailarines, especialmente los hombres, que tenían miedo de bailar conmigo, despojados de su garbo por mi presencia. Vacilaban al chocar sus *dandias* contra los míos, tenían miedo de hacerlo con demasiada fuerza, se encogían con mis golpes. Pero cuando vieron cómo me reía, y cuando mis hombres, que estaban apoyados en las columnas, sacudieron la cabeza y sonrieron, todo el mundo se relajó, y la canción disco dandia alborotó con regocijo, y noté cómo mis caderas se aflojaban, y los hombros se relajaban, y estaba flotando, siguiendo el paso sin esfuerzo, y el dandia subió y cayó, una floritura aquí y clic, otro vaivén y clic, un rostro redondo girando hacia mí y clic, y estaba bailando.

En casa, Chotta Badriya tenía para mí a una mujer esperando. Estaba contento por el baile, tarareaba y daba un paso aquí, otro allí. Pero ella me hundió. No hay nada más deprimente que una randi deprimida. Estaba bien rellenita y tenía una pequeña nariz redonda, y diecinueve años, pero yacía con una cara hinchada de *batata-wada*, y traté de animarla con unos pocos mordiscos y pellizcos y apretones, pero ella hizo una mueca de dolor y encajó la mandíbula, así que la cogí del pelo y la eché fuera. Después bebí un poco de leche, me tumbé de costado envuelto con una almohada e intenté dormir, pero el sueño hizo el tonto y yo tenía la cabeza llena de dandia y Paritosh Shah y las luces resbalando por el lado de su casa y subiendo de nuevo, y giré hacia el otro lado, y entonces pensé en los hombres que había matado. Los puse de pie en fila y los comparé en carácter y fuerza y decidí que yo era mejor que cualquiera de ellos, y después hice planes para tener los accesos a mi casa controlados y revisados, y colocar más hombres en las entradas a los callejones, por si acaso. Era tarde entonces, muy tarde, y por primera vez en muchos meses, me lo hice con la mano, y todas las mujeres que había conocido aparecieron y se deslizaron sobre mí y también Rati Agnihotri con su piel malai. Cuando terminé volví a girarme, de vuelta hacia el otro lado, me acomodé y respiré de forma regular, profunda. Pero al final aparté la colcha y maldije y alcancé el reloj. Tres cuarenta y cinco. En ese momento habría bebido, cualquier cosa, una botella de whisky o ron, pero no había nada en casa, y habría mandado a los chicos a por algo, pero la idea de lo que pensarían y no dirían me avergonzó, y me quedé tumbado de lado y decidí sobrellevarlo. Me levantaría de la cama a las seis y comenzaría el día temprano. Observé el reflejo del ventilador en su vuelo y entonces de repente me estaba despertando y era un día brillante, y podía oír la calle completamente viva ahí fuera. Mediodía. Había dormido seis horas, tal vez siete, pero estaba cansado.

Mi agotamiento se agudizó a medida que pasaban los días, mientras luchábamos por las elecciones. Mis hombres salieron con los rakshaks, y llevamos la campaña hasta el último rincón, sus carteles arengaban a los votantes desde cada superficie en varios

kilómetros a la redonda. Dos de mis hombres, armados con pistolas, bastaban con un grupo de *rakshaks* para mantener la paz y dejarles hacer su trabajo en calma, sin *bhangads*. Una reputación cruel puede hacer maravillas por la paz. Para nosotros, era dinero fácil. Mientras tanto, casi había llegado el momento de la boda. Incluso antes de la ceremonia fui a casa de Paritosh Shah para la fiesta mahendi, y pude ver que él agradecía que yo fuese parte en tanta medida de sus alegrías y tristezas. Incluso en medio de las mil cosas que tenía que hacer, comida y regalos y alojamientos de hotel para los familiares del novio, se dio cuenta de mi flojera, del esfuerzo que me costaba mantenerme en estado de vigilia.

—Tienes los *doshas* desequilibrados —dijo—. Te arreglaré una cita con mi hombre ayurvédico.

—No me pondré en las garras de ese bastardo —contesté—. Solo es insomnio. Ya pasará.

—Nada es *simplemente* algo. El cuerpo te está hablando. Pero no escuchas.

Después tuvo que irse y sentarse con las mujeres, y los joyeros. Se preguntaban cuántas *tolas* de oro tenían que emplearse en collares amplios y brazaletes y pendientes para la dote, cuánto había que pagar por la elaboración. Le observé bajar con delicadeza los escalones que daban al patio y me pregunté lo que estaba diciendo su cuerpo. ¿Cómo se leían esas capas de grasa que se levantaban y se hinchaban en su cuerpo? Me froté los ojos. Había sido bueno conmigo. Nunca me había mentido sobre el dinero, nunca había pretendido poner aparte su propio interés, me había respaldado tanto como era posible, arriesgando su vida y después un poco más, y me había mostrado cómo en este mundo una cosa se relaciona con la siguiente, dónde los negocios se juntan con la política y el *bhaigiri*, cómo se debía vivir. De esta forma habíamos sido amigos. Era tan buen hombre como podía ser, había engordado con mucho trabajo, y de esa forma su mole era su virtud. Por eso la grasa le resultaba ligera.

Toda la casa tenía el aroma de la cocina. Estaba hambriento, pero muy cansado, y comer me cansaría más, lo sabía. Pero irme sin comer sería un insulto, así que cogí una thali y toqué algo de comida, y después arrastré los pies y llamé con la mano a los chicos, y le dije a Paritosh Shah que atendiera a sus invitados mientras él trataba de ocuparse de que llegase a la puerta, y después de un poco de discusión, al final nos fuimos. Estaba buscando mis zapatos en el lugar para el calzado junto a la puerta principal cuando Dipika se acercó a mí. Dipika era la segunda hija mayor de Paritosh Shah, una chica tranquila, de cara seria y ojos enormes. Sostenía una thali con un montón de puris, y un vaso, y dijo:

—Pero no has tomado nada de *ras*, Ganesh bhai.

Lo había hecho, pero estaba dispuesto a comer otra puri suya, era tan educada... Cuando alargué la mano ella susurró, con la cabeza todavía agachada:

—Por favor ¿puedo hablar contigo, Ganesh bhai?

En el borde de la thali sus pulgares estaban blancos.

Así que me la llevé afuera a ella, la thali y el vaso y todo, hasta el coche, y hablamos.

—Ya están hablando de mi boda —me contó con amargura—. Y mi hermana todavía no se ha casado.

—Son tus padres —contesté—. Claro que lo hacen. Y serás feliz, es algo bueno.

Sabía que iba a la universidad, y pensé que debía de tener alguna objeción de chica moderna contra el matrimonio, alguna idea acerca de trabajar y tener una carrera, todo sacado de alguna revista estúpida, así que comencé a darle un sermón sobre su obligación, lo que era la vida real. Cambió de posición de forma nerviosa, haciendo que crujieran su ghagra roja y verde y el chunni dorado.

—Pero Ganesh bhai... —replicó.

—No digas pero-esto-y-lo-otro —le dije—. Tus padres tienen razón.

—Pero, Ganesh bhai... —contestó, con un pequeño lamento en la voz—, yo quiero casarme.

Y justo entonces, por las arrugas pequeñas, dolorosas, en su frente lisa, supe que esto iba ser algo mucho más problemático que las simples fantasías de una niña por tener carrera.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Tienes a alguien en mente?

—Sí.

—¿Dónde le has conocido? ¿En la facultad?

Negó con la cabeza.

—La facultad NN es solo para chicas. Su hermana es amiga mía. Ella va a NN.

—¿Cómo se llama?

Al menos todavía tenía la elegancia de ser tímida. Dos intentos, y mucho rubor, y lo soltó:

—Prashant.

—¿Cuál es el problema? ¿No es gujarati?

—No, Ganesh bhai.

—¿Qué entonces? ¿Maratha?

Una rápida negación con la cabeza, y en ese momento agarraba de nuevo la thali de forma desesperada.

—¿Entonces qué?

Ahora tenía la cabeza casi en la thali.

—Dalit —contestó—. Y es pobre.

El problema de la chica era gigantesco, tan mastodóntico como su padre. Siempre había pensado que los gujaratis eran más avanzados, más tolerantes que otras comunidades, pero esto vetaría la comprensión de su padre. Haría negocios con cualquiera, pero el matrimonio era otra cosa. La había enviado a la facultad, pero no para esto, no para que se casara con algún gaandu que no solo era dalit sino un dalit pobre. Tal vez un dalit muy rico podría aceptarse, pero ya podía oír a Paritosh Shah decir: «¿Esta es la familia con la que quieres casarnos?». La madre y las tías serían

más severas, más violentas en su desaprobación. La joven Dipika se veía conducida a una dura batalla.

—¿Por qué quieres hacerle esto a tu familia? —le dije—. Esto no es una película. Tu padre hará pedazos a ese Prashant tuyo.

Entonces me miró directamente, enderezó la espalda, y el cuello adoptó una postura muy digna por el enfado.

—Sé que no es una película —contestó—. Me moriré, Ganesh bhai. Si algo le pasa a él, me mataré.

Qué poco valoran la vida los jóvenes, que están tan repletos de ella. Qué poco han visto de la muerte. Creen que es una simple pausa en un drama, e imaginan a los padres opresores golpeándose el pecho y lamentándose, y perdidos en ese placer nunca ven la caída, la irrevocabilidad del propio desvanecimiento. Le dije todo eso a Dipika, y se rió.

—No soy una niña —me contestó, y vi lo lejos que había llegado con ese Prashant, su orgullo espléndido de mujer joven por los placeres que había tomado y otorgado.

—¿Qué quieres que haga, Dipika? —le dije.

—Habla con Papa. Te escuchará.

Me cogió la mano y la puso sobre su cabeza.

—Desde que era pequeña has sido amable conmigo. Y sé que no piensas de forma anticuada.

Lo que quería decir es que en mi banda había brahmanes y marathas y musulmanes y dalits y OBC, todos trabajando juntos, sin diferencia o desconfianza. Teníamos OBC que eran controllers, y brahmanes que eran soldados de a pie, y nadie se paraba a pensarlo. Musulmanes e hindúes eran yaars que ponían sus vidas unos en manos de otros cada día, cada noche. Pero eso no era algo especial de mi banda, ocurría en muchas otras. Quienes éramos bhais éramos verdaderos hermanos, vivíamos fuera de la ley y unidos unos a otros. Eramos hombres desesperados, y por tanto libres. Pero una banda era una banda, y el matrimonio —en especial en una familia extendida como la de ella— era otra cosa. Pero ¿cómo decírselo a esta niña, que ahora me cogía la mano entre las suyas, cómo?

—Ve dentro —le dije—. No hagas nada. No le digas nada a nadie, ni a una sola persona. Déjame pensar sobre esto.

Las lágrimas le caían por la barbilla. Le limpié la cara con su pallu, y la mandé de vuelta con su thali temblorosa. Y le dije a Chotta Badriya que saliáramos en coche hasta Film City.

—¿Ahora, bhai? —preguntó.

—No, la semana que viene, chutiya —repliqué—. Entra en el coche.

Era un tipo gracioso, grande como un camión, sin miedo a los cuchillos, dispuesto a jugar con balas volando, pero al que le daba miedo Film City en la oscuridad porque alguien le había contado que los leopardos bajaban de las colinas boscosas por



la noche. Se sentó junto al conductor con un brazo en el respaldo del asiento y los dedos tamborileando nerviosamente. Cuando dejó de hacerlo, le dije:

—Vale, vale, deja de sacudirte tanto. Puedes quedarte en el coche.

Movió la cabeza encantado.

—Sí, bhai. Vigilaré el coche.

Todos los hombres que iban en el coche se echaron a reír. Le di una palmada en el cogote.

—*Bhadwe*, protégelo con uñas y dientes, ¿vale? Asegúrate de que no lo roban los mosquitos, ¿de acuerdo? Y si viene una cucaracha enorme, hazla pedazos con tu gullel, ¿eh?

Nos reímos todo el camino hasta Film City. Aminoramos un poco por los vigilantes en la puerta, y después recorrimos la carretera ascendente, a través de la oscuridad repentina y tranquila de las pendientes tupidas. Anochecía, así que la carretera estaba despejada. Había grupos de sombras bajo las hojas, los destellos del vaivén de las ramas, y entonces de repente en el claro se alzó un castillo, con torres altas y banderas ondulantes bajo la luz de luna que se avecinaba. Estaba hecho de madera y lona, por supuesto, pero con esa luz era absolutamente real. Pasamos junto a una plaza de Goa, coronada por una iglesia alta con su cruz, y también un muelle de pesca con botes dormidos unos contra otros en una hilera inclinada. Aquí, en Film City, construían sueños de amor perfecto, coreografiaban las canciones que Dipika y su novio sin duda se cantaban mutuamente. La carretera describió una curva repentina, y el motor se quejó, y seguimos subiendo y subiendo, hasta la pista de aterrizaje para helicópteros. La luna estaba baja y próxima, suspendida justo encima del pico de las altas colinas, y los valles quedaban recortados bruscamente al adentrarse en el color plateado y negro, una brisa se deslizaba hacia arriba por mi cuello. Este era el silencio profundo que ansiaba, lejos de la ciudad, por el que venía una y otra vez. Caminé hasta el borde de la pista de aterrizaje y mis hombres me dejaron ir, se quedaron de pie en un arco alejado y me dejaron solo. Me senté al borde del altiplano, y busqué con la mirada un leopardo en el dibujo moteado de abajo. Vamos, leopardo, dije. Sálvame de este problema. Le he prometido a la chica que la ayudaría, pero ¿cómo? Ha sido lista al preguntarme y llevarme a su terreno primero. De lo contrario, si su padre lo hubiese descubierto antes, y me hubiera preguntado, sin pensar habría hecho que cogieran al harapiento novio dalit y lo arrojasen por un precipicio. Así de simple. Pero ¿ahora qué? La hija había pedido clemencia, y yo era Ganesh Gaitonde. Pero el padre era mi amigo.

Me quedé sentado hasta que la luna se fue desvaneciendo en las alturas del cielo, y el leopardo no vino, y no surgieron respuestas sencillas. Ese problema no se solucionaba matando a nadie y ninguna cantidad de dinero compraría la paz. Había amor entre padre e hija y por eso se odiarían aún más, y se harían daño mutuamente, cortando nervios que un asesino nunca podría alcanzar. Me puse de pie y regresé con los chicos, que estaban sentados formando una línea amodorrada. Se levantaron

tambaleándose y me siguieron hasta el coche. Chotta Badriya estaba profundamente dormido, la cara contra el cristal de la ventanilla, los labios ahuecados y las mejillas aplastadas. Di un golpe al cristal donde estaba su nariz, y se despertó, buscando a tientas por debajo de la camisa hasta que me vio. En aquel primer intento de agarrar el mundo al despertarse, se había asustado. Reconocí el pánico. Todos teníamos miedo. Salir de la casa, entrar en una calle de la ciudad, en el aire que zumbaba con las balas del momento siguiente, para hacerlo apartábamos el miedo a un lado, lo dejábamos caer y lo lanzábamos al más profundo de los valles, donde la luna jamás brillaba. Pero sin embargo el miedo se movía, vivía y se alimentaba, como un animal por la noche. A Chotta Badriya le gustaban las chicas muy jóvenes. Y también le gustaban las mujeres de más edad pero más bien pequeñas y sin mausambis, que eran planas por delante y por detrás y se hacían coletas para él y se sentaban en su regazo y hablaban de muñecas e inclinaban la cabeza hacia un lado y se reían de forma tonta. Las chodoaba a veces, pero creo que solo porque de lo contrario los otros hombres se habrían reído de él. Por él, habría sido feliz solo con abrazarlas, jugar en un sueño de juego, y de esa forma vivir una niñez que estaba libre de futuro. En ese momento se estaba aclarando la garganta con fuerza y bajando la ventanilla para escupir.

—Bastardo —le dije—. Qué buen vigilante estás hecho.

—Lo siento, bhai —contestó—. Veía leopardos por todas partes. Así que pensé que jamás dormiría. Pero entonces de repente debí de quedarme dormido.

—Lo estabas, chutiya. Como un bebé.

Pero estaba frotándole la parte de arriba de la cabeza. Era un buen chico. Valiente y atento, pendiente de mí, e inteligente. Se daba cuenta de las cosas, miraba las caras de la gente, los coches aparcados donde no deberían estarlo, y percibía rumores en sus terminaciones nerviosas. Pero no podía ayudarme ahora, con mi dilema, mi rompecabezas delicado que podía romper tanto corazones como cabezas. Ninguno de ellos podía. Me enfadaba, este repentino deslizamiento hacia abajo y hacia atrás en el desorden de la pendiente de la familia. Me había alejado, lo había dejado todo atrás. Había estado solo. Pero no había escapatoria. Las ruedas golpearon contra la carretera y regresamos a la ciudad.

Al día siguiente libramos las últimas batallas de las elecciones. Bipin Bhonsle llamaba una y otra vez, igual de educado que durante nuestro primer encuentro, pero con los nervios a flor de piel y necesitando que le confirmáramos que obtendría su precioso escaño. El titular del Partido del Congreso había ido por los bastís repartiendo billetes de cien rupias y ron y ovejas enteras a los ciudadanos. Buena carne de cordero es la base de muchas carreras políticas, llegué a saber. Tenía sentido. Un hombre pobre llena el estómago, disfruta de la cena, se lubrica con dos traguitos, quizá tres, no demasiados porque tiene otros planes, monta a su esposa, por la mañana los dos van felices a la cabina de votación, en esa neblina exaltada sus

cuerpos se sienten ligeros, y olvida que ese político bhenchod que lleva khadi no ha hecho nada por ellos durante años, que ha robado y atracado y tal vez asesinado. Todo eso se ha ido, se ha desvanecido, y la feliz pareja emite sus votos, y el servidor del pueblo vuelve a hacer acto de presencia, listo para servirles roti, *kapda* y *makaan*. Hambrientos, desnudos y sin refugio, no tienen memoria después de la carne. Así que alimentas a una oveja con otra para arrearles en la dirección adecuada, hacia la puerta del matadero. Bastante simple.

Pero yo tenía mis propios planes. Durante dos días había hecho circular rumores. Mis hombres fueron a los mercados y bazares y restaurantes de las zonas del Partido del Congreso y a las del Partido Republicano de la India, y susurraron:

—Los *goondas* vendrán el día de las elecciones, han contratado matones.

Un rumor es siempre el arma más rentable, lo inicias por nada, en cualquier lugar, y después crece, muta, procrea. Por la mañana plantas un pequeño gusano rojo que se retuerce en los oídos de algún tendero y por la noche hay cientos de sangrientos *Ghatokachas* grandes como rascacielos acechando la tierra. Así que preparé con esmero a los votantes del enemigo, los cubrí con un adobo pegajoso de miedo. Entonces llegó el momento de avivar el fuego. Tenía listas treinta motocicletas, a las que habían quitado las placas de la matrícula. Pusimos a dos hombres en cada una, los rostros cubiertos con pañuelos de *daku*, con bolsas llenas de botellas de refrescos para los que iban en el asiento de atrás, un cajón por cada moto. Salieron rugiendo a las calles. Atravesaron la zona del enemigo, rugiendo y pitando. Limpiaron las calles con las botellas, dieron a cada botella unas cuantas sacudidas y las lanzaban rodando a los pocos ciudadanos lo bastante valientes como para estar todavía paseando. El cristal vuela como metralla, pero en realidad con botellas de refrescos el truco está en el reventón tremendo, que hace que los civiles temblorosos se escabullan rápidamente a sus casas con los pantalones pesados por la meada. Los chicos se lo pasaron bien, dieron una vuelta con el frescor de la mañana, ejercitando los lanzamientos. Chotta Badriya volvió a casa colorado y cantando.

—¿Algo más, bhai? —me gritó desde la calle.

Yo estaba sentado sobre el depósito de agua del tejado.

—¿Hay que hacer algo más?

—Has, Badriya, bas —le contesté—. Cálmate. Es suficiente. Ahora vendrá la policía.

—Fak, chak, las botellas reventaban, bhai.

—Lo sé.

—Muy divertido, bhai.

—Lo sé. Ahora siéntate tranquilamente, y tal vez lo hagamos otra vez el año que viene.

Claro que la policía vino, llegaron corriendo a las áreas afectadas. Vinieron con sus rifles y lathis preparados. El inspector Samant se deslizó por una esquina y encontró un teléfono y me llamó.

—El DCP saab y el ACP saab están aquí, bhai —dijo—. Tienes a todo el mundo en movimiento. Estamos patrullando las calles. Impidiendo cualquier disturbio, ya entiendes.

—Bien, bien —contesté.

Bipin Bhonsle había pagado también a los policías, hasta arriba. Organizarían la clase de paz adecuada.

—No se deben producir más disturbios. Pero ¿ve a alguien en las calles?

—Ni un hombre, ni una mujer. Solo veo tres perros.

—Bien —repliqué—. Típicos votantes del Congreso. Les dejaremos marcharse.

Así que me reí y colgué el teléfono. Solo esto bastaba para mantener al enemigo en casa, para hacer nuestro el campo de batalla. No habría que tomar mesas electorales, no habría que falsificar votos, solo esto. Mientras tanto, los chicos se habían abierto en abanico en nuestras zonas, y estaban llevando a los votantes a las cabinas.

—Somos del Comité Para una Votación Justa —decían, y llevaban a nuestros votantes, en grupos de diez y veinte, a los centros de votaciones.

—Todo está en calma —aseguraban—. Vamos, vamos.

Y los votantes iban, seguros y escoltados, y los hombres de Bipin Bhonsle, que llevaban insignias del partido de un bonito color amarillo, les sonreían fuera de las cabinas. Y los votantes entraban, y les dejaban solos, y hacían sus pequeñas marcas negras en la hoja de votación, y las hojas dobladas de papel caían por la ranura de las cajas de madera, con un ligero susurro, y las filas circulaban de manera eficiente, y el día pasó, y de esa forma la maquinaria de la democracia se movió y giró, con una pequeña ayuda de nuestra parte.

En Gopalmath, me senté en el tejado e hice mis negocios diarios. En el patio de abajo, y fuera en la calle, se congregaban los grupos habituales de suplicantes. Se traía dinero, y se entregaba. Me traían sus vidas, y yo las arreglaba. Impartía justicia. Gobernaba. El sol se embarraba, se sostenía en el aire y moría su muerte diaria. Comí y me retiré a mi habitación. Fue otro día tranquilo, normal.

Bipin Bhonsle ganó por seis mil trescientos cuarenta y tres votos.

Me aterraba a la boda. Por supuesto tenía que ir, pero no sabía cómo enfrentarme a Dipika, dar la cara sin una solución mágica que garantizase su felicidad eterna. Estaba enfadado por este sentimiento de impotencia, esta parálisis de la voluntad. El problema permanecía conmigo, royéndome con mil dientes diminutos los bordes de la mente, como una avalancha de hormigas despiadadas. Estaba furioso con Dipika. ¿Quién era ella? ¿Qué significaba para mí, para que yo le debiese esto? Una pequeñez de niña iba a interponerse entre mi amigo y yo, a atormentarme y a molestarme con sus enormes ojos mirando fijamente, ni siquiera era guapa, ¿por qué no podía simplemente decirle que cogiera a su sucio *mashooq* y se fuera al infierno? ¿Por qué?

Pero no podía. Me había suplicado, y yo había hecho una promesa. No tenía lógica, pero era la verdad, había sucedido. De forma que tenía que actuar. Pero todavía no sabía qué es lo que iba a hacer.

Cogí mis regalos —brazales de oro, pendientes de oro y un collar de oro— y me fui a casa de Paritosh Shah el día de la boda. Apenas me había quitado los zapatos cuando Dipika vino corriendo a la puerta, evitó caerse agarrándose a la jamba. Allí se balanceó, con su sari de oro, y pude notar cómo mis hombres apartaban los ojos. Sabía que estaban pensando: ¿qué está haciendo bhai ahora? Solo esto bastaba para comenzar una historia que se haría más grande y más densa al circular por la ciudad.

—*Beti* —dije.

Le di una palmada en la cabeza de forma paternal. Después la cogí por el hombro y la conduje dentro. En un pasillo, mientras sus tías y primos pasaban rozándonos por el lado, todos brillantes y espléndidos en su mejor momento, me incliné para acercarme a ella y fingí darle algo de mi cartera.

—Estate tranquila, tonta —le dije—. Si te comportas como una loca no podré hacer nada por ti. Ahora compórtate. Cuando quiera decirte algo, te lo diré.

—Pero —respondió—. Pero...

—Cállate —repliqué—. Si quieres hacer esta gran cosa, sé valiente. Contrólate. Aprende lo que es el control. Deja atrás el miedo. Mírame. Aprende de mí. Me dijiste que no eras una niña, pero te comportas como si lo fueses. ¿Puedes ser una mujer?

Parpadeó tratando de contener las lágrimas, y se limpió la nariz con la punta del pallu. Después asintió.

—Bien —dije—. Ve y forma parte de la felicidad de tu hermana. Estate contenta, o la gente se dará cuenta.

Todavía estaba temblorosa, encendida con diminutos relámpagos de emoción que le subían por el cuello y le recorrían las mejillas.

—Escucha —continué—. Soy Ganesh Gaitonde, y te estoy diciendo que todo irá bien. Ganesh Gaitonde te dice esto. ¿Le crees?

—Sí —respondió, y al decirlo comenzó a creerlo—. Sí.

—Vete.

Se largó, y en el borde del patio cogió de la mano a dos niñas pequeñas y dio vueltas con ellas, y en las carcajadas de las tres se percibía la felicidad de ella, tan palpable como el aliento de los cientos de flores que colgaban de las entradas, sobre las paredes. Era feliz. Yo le había proporcionado eso, y no tenía qué dar. No tenía ni idea de dónde encontrarlo, cómo. Y así, en el *mandap*, sentado junto a Paritosh Shah, mientras los sacerdotes cantaban y el espeso humo propiciatorio soplaba desde el fuego y la felicidad de la hermana mayor cobraba vida en la salmodia, yo estaba indefenso ante la vida de la hermana pequeña. Sí, Dipika era feliz ahora, sentada tras su hermana, apoyada en el hombro de su madre, el rostro sonrojado y sudando un poco por el calor del fuego, los ojos brillando húmedos por el escozor del humo. Mirándola, pensé: ¿Qué es lo que hace que la mujer sea tan prisionera, por qué? ¿Por

qué un hombre es dalit y pobre, y otro no? ¿Por qué pasa esto, y no aquello? ¿Por qué muere esta mujer, y no esa otra? ¿Por qué no somos libres? Y los coros en sánscrito se deslizaron bajo mi piel y sentí cómo me estremecían el alma, y me surgió la pregunta: ¿Qué es Ganesh Gaitonde?

Cuando todas las ceremonias hubieron acabado, después de comer y beber y los rituales de despedida, les dije adiós a Paritosh Shah y a su esposa y sus padres y a todos sus batallones de gujaratis, y él paseó conmigo hacia el coche, e incluso en medio de todo esto, notó mi distracción, y preguntó:

—¿Qué pasa, bhai? Pareces cansado. ¿Todavía no duermes?

—Sí, estoy muy cansado —contesté.

—Entonces, escúchame. No puedes seguir así. Tómate un Calmpose esta noche, y mañana nos ocuparemos de tu salud.

—Mañana necesito pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿Qué? Dímelo ahora.

Se inclinó hacia mí, con el brazo sobre mi hombro. Llevaba la mancha roja grande de tikka en la frente, y pude ver en ella los diminutos granos blancos de arroz.

—Dime.

—No, mañana, Paritosh Shah. Hoy no.

—De acuerdo, mañana entonces. —Se acercó más a mí, me arrastró dentro de su abrazo suave, mullido, y me palmeó la espalda—. Iré a tu casa por la mañana.

—No, vendré yo. —Le apreté el hombro y lo aparté—. Déjame.

—Bueno, lo que digas, jefe. Cuando estés listo. Mañana estaré aquí todo el día.

Pero estaba perplejo. No estaba acostumbrado a este Ganesh Gaitonde. En realidad, era un Ganesh Gaitonde que yo tampoco conocía bien. Últimamente había estado luchando por conseguir dormir algo, pero ahora estaba a la deriva, arrojado a unas aguas desconocidas, agitadas, por un simple resbalón, la astilla de una niña a la que apenas conocía, a quien no le debía nada.

—Mañana —dije, levanté una mano y me fui a casa.

Aquella noche no me importó parecer débil, y sentí mi propia vergüenza como una irritación distante. Tomé un Calmpose, y dormí, pero soñé con un mar negro, que empujaba su interminable oleaje hacia mí, y no había nada más vivo, nada vivía bajo aquel cielo blanco y llano, y estaba solo.

Bipin Bhonsle vino a verme a la mañana siguiente, con regalos. Me trajo el efectivo que me debía, en cuatro bolsas de plástico, pero también trajo un reproductor de vídeo Sony completamente nuevo, y cuatro cintas, todas de películas norteamericanas, y cuatro cajas grandes de mithai. Explicó:

—Mi padre me dijo «Llévale algo de buen whisky escocés», pero yo le contesté, «Ganesh bhai no toca la bebida, y entiendo por qué. Por eso es tan eficiente».

Estaba sentado al borde de la silla, muy serio y entusiasmado.

—¿Sabes qué, Ganesh bhai? Me he decidido. Desde hoy, no más licor tampoco para mí. Aprenderé de ti. Ahora que hemos ganado, hay mucho que hacer. Ahora no hay tiempo para beber y hacer el imbécil. Tenemos que seguir ganando.

—Sí —contesté.

Me había despertado más cansado que antes, con las piernas pesadas, rígidas, como si la sangre se hubiera congelado y vuelto densa. Pero desperté con el entusiasmo de Bipin Bhonsle.

—Bien, Bipin, bien. Un hombre sobrio se centra, está despierto, está atento. No necesita todo este whisky y ron. La vida es suficiente.

Era un discurso que había pronunciado antes muchas veces. Para el otro era una novedad.

—Cierto, Ganesh bhai, por supuesto: la vida es suficiente. Pero por favor, disfruta.

Alzó las cintas.

—Cada una de ellas es un éxito internacional, Ganesh bhai. Repletas de acción. Te divertirás.

Estaba tan agradecido que costó una hora hacer que se hiera, y solo se fue cuando le dije que ya llegaba tarde a una reunión en casa de Paritosh Shah. Se marchó, pero declarando en voz alta lealtad eterna, y que para cualquier cosa que necesitara me acordase de él, y que por supuesto era solo un hombre insignificante, pero si quería cualquier cosa solo tenía que llamarle, y que era un experto en placeres internacionales.

—Películas porno, aparatos electrónicos, cigarrillos, cualquier cosa, Ganesh bhai, cualquier cosa —decía incluso mientras bajaba las escaleras.

Llevaba una camisa naranja con estampado de flores, y pantalones gabardina marrones, y zapatos de un tono marrón rojizo fuerte, con hebillas doradas y relucientes. Cuando se giró para saludar desde la puerta, la cadena que llevaba en el cuello brilló ferozmente bajo el sol. Todo en él brillaba.

Fuimos a toda velocidad a casa de Paritosh Shah. Hubiera preferido ir más despacio, todavía no tenía ningún plan, ni había preparado tácticas de persuasión. Pero no podía decirle a Chotta Badriya: ve despacio, no vayas, no vayamos nunca, porque soy incapaz. Era, después de todo, Ganesh Gaitonde. Había asumido el papel, ahora tenía que interpretarlo. Así que salí del coche con estilo de protagonista, caminé hacia la puerta de Paritosh Shah, que todavía era auspiciosa con flores y parras, y entré en la casa. Para cuando estaba descalzo en el patio había perdido toda la fanfarronería y el estilo. Entré en el despacho de Paritosh Shah de forma bastante humilde.

Él estaba hablando por teléfono, en una de sus interminables transacciones, negociando para que el dinero circulara de aquí para allá, haciendo que los billetes se reprodujesen unos con otros mientras se arrastraban por su lado, y manteniendo una mano sutil, cuidadosa, en la corriente. El dinero brincaba sobre él, que se deleitaba

con sus travesuras. Comenzó a poner una mano sobre el micrófono del teléfono, y le hice un gesto para que siguiese. Habla, habla, le indiqué, con las manos en la boca, me senté y le observé. Tras él había un cuadro de Krishna con su flauta enmarcado en dorado. La parte superior del escritorio de Paritosh Shah era dorada, y tenía cinco teléfonos ahí encima. Las paredes eran de un color dorado más oscuro. Miré a Krishna, en su calina, con la postura girada y la sonrisa inclinada, y le odié. Eres arrogante, dios. Cambié de asiento, pero los ojos de Krishna me seguían. No podía alejarme de él.

Paritosh Shah colgó el teléfono, resplandeciente por la emoción del dinero.

—Namaskar, amigo mío —saludó.

Se frotó las manos y se meció hacia atrás en la silla y parecía feliz con el mundo. Y Krishna me sonreía por encima de su hombro.

Paritosh Shah ya se acordaba en ese momento de nuestra conversación del día anterior.

—Y bien, bhai —comenzó—, ¿qué pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?

Entonces me di cuenta de que Krishna estaba sonriendo. Me di cuenta de los límites de mi poder. Y le conté a Paritosh Shah todo lo que sabía y había descubierto sobre Dipika y su amante, que su nombre era Prashant Haralkar, que su padre solía trabajar para los servicios sanitarios, que su madre había cogido a los niños y había dejado a ese padre alcohólico hacía veinte años. Y también que Prashant Haralkar había sido un estudiante dedicado, que había estudiado bajo la luz de las farolas y había ido a la facultad en horario nocturno, que ahora tenía trabajo fijo en la BMC, vivía en una casa pequeña pero bastante buena en Chembur y mantenía a su madre y hermanas pequeñas.

Paritosh Shah se cubrió la cara con ambas manos.

Bordeé la esquina del escritorio, y me senté en el sofá que estaba cerca de él. Le puse una mano en la rodilla, y la palmeé torpemente. Se estremeció apartándose de mi contacto.

—¿Quién se casará con mis hijos? —Sollozó entre los dedos.

Yo no tenía respuesta. Le había prometido felicidad a Dipika, pero ¿qué pasaba con las otras dos hijas y dos hijos de Paritosh Shah, qué iban a hacer? Podía ganar elecciones, podía hacer ascender a los hombres las empinadas escaleras del éxito y matarlos en el momento siguiente, podía convertir casas en cenizas, tomar tierras, paralizar a media ciudad con la proclamación arbitraria de una *bandh*, si me apetecía. Pero ¿quién lucharía con las filas de matronas sumisas que se habían sentado remilgadamente, con las cabezas cubiertas, en la boda de la hija de Paritosh Shah? ¿Quién impulsaría a sus corpulentos maridos hasta el progreso? Los *natevaik* de Paritosh Shah dirían que estaban ocupados como respuesta a sus invitaciones, se olvidarían de invitarle a sus funciones, y sus hijos e hijas se comprometerían y casarían en otra parte, sin importar cuánto dinero tuviese él o lo cercano que estuviese a mí. Y él se sentiría avergonzado cada vez que viese a un conocido, cada vez que



caminase por la calle. Sentado junto a Paritosh Shah, humillado por sus lágrimas e incapaz de mirarle, supe lo impotente que era. Habría golpeado a todos sus familiares, azotado a cada uno de ellos con mis zapatos, habría destrozado toda su petulancia, les habría abierto la cabeza al aire moderno, si eso hubiera servido de algo. Pero la tradición flota entre hombres y mujeres, se oculta en los estómagos de los niños y se escapa y se extiende y se desvanece en cada aliento, no puedes matarla, no puedes atraparla, solo puedes sufrirla.

—¿Has conocido a ese maderchod bastardo? —preguntó Paritosh Shah.

Ahora estaba enfadado.

—No, no lo he hecho. Escucha, no he venido a verte por él. Me importa menos que una hormiga. Pero Dipika me lo pidió.

—Mátale —pidió—. Tan solo mátale.

—Eso es fácil —contesté—. Daré la orden ahora. En una hora habrá desaparecido, jamás se encontrará ni una parte de su cuerpo, ni una uña. Pero después, ¿qué? Él habrá desaparecido y de esa forma ella lo querrá el resto de su vida. Y también te odiará el resto de su vida.

—Es joven. Eso es una estupidez. Llorará una semana y después le olvidará.

—¿Es eso todo lo que conoces a tu hija?

Tenía las mejillas bruñidas y húmedas, y abría y cerraba la mandíbula apretada, lanzando pequeñas descargas de sufrimiento hasta los ojos y la frente.

—Me dijo que se mataría, y la creí. ¿Entiendes? La creí. La encontrarás muerta.

—Entonces, ¿qué?

En ese momento paseaba en pequeños círculos.

—Deja que se case con él —le respondí—. Cásalos discretamente y envíalos fuera. Establécelos en Madrás, en Calcuta. Amsterdam, si quieres.

—Eso no cambiará nada —respondió—. Aun así, todo el mundo lo sabrá. Si se va de repente, desaparece, preguntarán, inventarán historias. Todo el mundo se entera siempre. No puedes mantener algo así en secreto para siempre. Soy un hombre muy conocido.

De hecho lo era.

—Bhai —siguió—, ¿qué hacemos, bhai?

—¿No la casarás con este tipo?

—No, no puedo. Lo sabes.

Así que ahí estábamos. Él estaba atrapado, y yo no podía hacer nada.

—Cásala hoy con otra persona —solté—. Cásala en este momento. Encuentra un chico y consigue un *pandit* y cájala ya. Después mándalos fuera. A alguna parte. Tal vez no se mate. Tal vez lo haga, pero tal vez no.

Estaba jadeando.

—Sí —replicó, y descolgó el teléfono.

Me fui por la puerta trasera de la casa. Había traicionado a Dipika, y no podía enfrentarme a ella. La casaron aquella tarde, con un chico que trajeron en avión desde

Ahmedabad. Dipika y su marido se fueron de vuelta a Ahmedabad en el vuelo de la mañana siguiente. La familia política le dijo a Paritosh Shah que, tras unos días de melancolía, parecía haberse adaptado, comenzó a sonreír y a reír. Paritosh Shah estaba satisfecho de que la realidad del matrimonio ya hubiese borrado la ilusión estúpida del romance. Los padres del chico le contaron, por teléfono, que Dipika hablaba mucho con las niñas más pequeñas de la familia, y que había ido al cine dos veces con su marido y sus devars y esposas. De esa forma, dos meses después, mandaron a Dipika y a su marido de luna de miel a Suiza. La quinta noche de la luna de miel, en Berna dejó la suite del hotel mientras el marido dormía. Salió del vestíbulo, y atravesó las puertas y salió a la carretera. La golpeó un coche que iba rápido por una curva. El conductor dijo después que ella iba caminando justo por el medio de la carretera, sobre las líneas divisorias pintadas, y que no tuvo opción de dar un giro, ni siquiera sabía qué había golpeado hasta que se detuvo y dio la vuelta. Dipika murió en el acto. El marido dijo que parecía contenta, que su relación era feliz, como entre cualquier marido y mujer recién casados. En los informes suizos lo recogieron como un accidente.

Tres meses después de la muerte de Dipika, estaba viendo una de las películas americanas de Bipin Bhonsle cuando Paritosh Shah fue a verme. Yo había estado toda la noche despierto, tan terriblemente despierto que pude oír el crujido de las vigas al asentarse, el chasquido de las pezuñas de un perro sobre el suelo al pasar afuera. Observé cómo el segundero rojo del reloj que tenía en la cabecera de la cama sesgaba suavemente su eterno círculo, y sentí como si rasgase algo dentro de mi cabeza. Así que me crucé con una de las cintas de Bipin Bhonsle, encendí el televisor y apreté los botones del control, y donde había confusión en negro apareció un león, estirando la boca en un bostezo de dientes amarillos. La vi, y la primera vez entendí muy poco. Pero usé el botón de rebobinado, y cuando llegó la mañana entendía la historia, quién quería qué, quién estaba en el camino, y a quién había que matar. Era una buena historia, pero para mí el placer estaba en las palabras. Recorrí una escena adelante y atrás, y el protagonista corrió hacia atrás bajo delgadas líneas blancas, dando saltitos y como un payaso, y la boca se le torció, y los sonidos salieron brillando con su enfado, y rebobiné, y avancé, y rebobiné, y las sílabas caían en mis oídos como gotas regulares, y de repente se juntaron y me vino el sentido, estaba preguntando: «¿Adónde ha ido?». Tenía la pistola lista y estaba preguntando: «¿Adónde ha ido?». Y en aquel momento se produjo un zumbido feliz en cada parte de mí.

—Por allí —le grité en inglés al protagonista—. Se fue por allí.

Cuando terminó la película, puse otra, y aprendí. Paritosh Shah llegó a las nueve en punto, se sentó en la cama y la miró conmigo, observó a otro protagonista y a sus hombres descender un río en la jungla con agua hasta el pecho, los rostros ennegrecidos.

—Son comandos —le expliqué—. Un bastardo ha robado el misil secreto de su país. Así que van a recuperarlo a su guarida en la jungla.

Paritosh Shah sonrió.

—¿Una guarida en la jungla? Sería cara de abastecer y mantener. Eso es lo que siempre me pregunto. ¿Cómo consiguen el aceite y el atta y las cebollas para tantos esbirros?

Apagué la cinta.

—Simplemente eres demasiado bania —le respondí— para apreciar una buena historia.

—Es solo que no entiendo esas películas extranjeras.

—Ya lo veo. ¿Todo bien en casa?

Tras la muerte de Dipika, su esposa tuvo que meterse en cama con palpitaciones de corazón. Todavía estaba débil, y dada a ataques de llanto.

—Vamos tirando —contestó—. ¿Y tú? ¿Has dormido?

Sabía que me quedaba despierto por las noches, que veía la televisión en las horas grises de la mañana, que me quedaba dormido de manera irregular en el coche durante los viajes. Negué con la cabeza.

—Esta noche me tomaré una pastilla.

Hizo un movimiento amplio en el aire entre nosotros, como un hombre limpiando una ventana.

—De eso quería hablarte.

—¿De pastillas para dormir? ¿Tu *ved-maharaj* tiene nuevas recetas?

Había probado sus pastillas *Dhanwantri*, había cogido una indigestión y gases y no dormí, y había vuelto al médico alópata por sus medicinas más fuertes.

—No. Eso no —contestó, muy serio—. Escucha, bhai, creo que deberías casarte.

—¿Yo?

—Mírate. No eres feliz. No puedes dormir. Estás distraído, haces esto y aquello, nada funciona. Estás inquieto. Un hombre necesita apaciguarse. Ahora lo tienes todo, necesitas convertirte en un *grahastha*, forma una familia, todo tiene su espacio y tiempo.

—El matrimonio no nos trae la felicidad a todos.

—Quieres decir a Dipika. Bhai, era mi hija. No fue el matrimonio lo que estuvo mal, fue otra cosa. Cuando se había alejado de todos los límites, ¿dónde estaba la ocasión para la felicidad? Pero tú necesitas casarte. Todas las escrituras dicen que una vida tiene sus etapas. Primero eres estudiante, después dueño de una casa. Pero tú, tú vives como si ya hubieras abandonado el mundo. Mira esto.

Se refería a la habitación, las paredes desnudas, las sábanas blancas, el poso de la cena en la thali sobre el suelo.

—Chotta Badriya y los chicos están muy bien, pero ellos no pueden ser tu vida. Necesitas una mujer, ella construirá un hogar para ti.

—¿Quién se casará conmigo, Paritosh Shah? ¿Qué chica respetable?

—Te preocupas demasiado, bhai —respondió—. Tenemos dinero. Todo es posible.

Todo es posible. Sí, él y yo habíamos creado posibilidades, habíamos arrancado sueños del aire y los habíamos lanzado a la solidez. Todo era posible. Y sin embargo Kanta Bai y Dipika habían muerto. Mirando a Paritosh Shah, me acordé de la sonrisa del dios por encima de su hombro, el prestidigitador azul que me había contemplado con los ojos somnolientos. Él también había tenido una familia, muchas familias. Ahora estaba tratando de atraparme en una. Sí, entonces sabía que ciertas cosas eran imposibles, incluso para mí, y era cierto que el dinero hace posibles los matrimonios. La mayoría de nuestros hombres tenían chaavis, y algunas de esas chaavis se convertían en esposas. En ocasiones los padres objetaban, montaban un alboroto por la profesión del chico, pero al final siempre consentían. Después de todo, el chico ganaba dinero, y ganaba un buen dinero.

—Sí —dije con amargura—. El dinero puede traer una novia. Al menos puede conseguir eso.

—¿Tienes a alguien con quien casarte por amor? —preguntó Paritosh Shah con la satisfacción de un jugador moviendo con rapidez hacia el jaque mate.

—No.

Tenía mujeres en abundancia, chicas de bar, putas, aspirantes a actriz. Ciertamente ninguna con quien casarme.

—Entonces no me rechaces, bhai —contestó—. Viniste a verme aquel día y me pediste algo. Y no pude darte lo que querías. Pero hoy no me digas que no. Te estoy pidiendo algo. Di que sí, bhai.

En aquel momento supe que estábamos atrapados para siempre en las conexiones que nos envolvían de la cabeza a los pies y nos ataban el uno al otro, tan invisibles como la gravedad, pero igual de poderosas. No hay escapatoria de esta red. Había venido solo a esta ciudad, para estar solo, pero mi soledad era una ilusión, una historia que me había contado a mí mismo para convencerme de mi fuerza. Había encontrado una familia, una familia me había encontrado a mí. Este Paritosh Shah era mi amigo, y él era mi familia. Todo el resto, Chotta Badriya y Kanta Bai y los chicos, eran mi familia. Yo era parte de esta familia, y ellos querían que me casase. No podía luchar contra ellos. Estaba derrotado. Asentí. Dije:

—De acuerdo. Haré lo que quieras.

Mientras buscábamos a una chica entramos en guerra. Paritosh Shah quería mi *janampatri*, quería saber sobre mis padres y mi *gotra* y mi pueblo.

—Solo conociendo el pasado de un hombre —dijo— puedes establecer su futuro.

Y yo respondí:

—Olvídalo todo. No tengo nada de eso, tengo dinero. El pasado está pasado. El futuro es futuro, así que construyelo para mí.

Entonces creía que un hombre podía convertirse en cualquier cosa que quisiera. Quería que fuese cierto: sin pasado, algún futuro. Pero Paritosh Shah, ese bastardo gordo, ese escurridizo intrigante gujarati, ese amigo fiel, me miró como si yo estuviese loco, y después soñó un pasado para mí. Encargó una janampatri, un rollo largo que desplegó por la habitación, salpicado de estrellas y sombreados secretos y sánscrito bermellón y todo cosas buenas.

—Pero no demasiado perfecto —apuntó—. De lo contrario, ningún Papa lo creerá.

De esa forma, según Paritosh Shah, hubo malos tiempos en mi niñez, pobreza y peligro y casi la muerte por un *Shani* en ascendente, pero superé aquellas cosas malignas inevitables, y me enfrenté al destino mismo con la fuerza de mi voluntad y mi devoción única a Krishna-maharaja, le di la vuelta al destino con las energías de mis innumerables rezos. También se inventó esto, todo esto, mis pujas diarias temerosas de dios, la construcción de un templo, el amor por Krishna.

—Es buena publicidad, bhai —explicó—. Así que abandona tus maneras impías, a nadie le gusta eso. La gente creerá que eres comunista, y de todas formas tus hijos necesitarán un buen hogar, temeroso de dios.

Esta janampatri solicitada de forma especial me pronosticaba muchos hijos, y una o dos hijas, y una vida larga de poder creciente y estabilidad y prestigio. Solo se preveían uno o dos períodos de enfermedad, como marcas de belleza en un rostro perfecto, e incluso estos se superarían con facilidad llevando las piedras adecuadas. Paritosh Shah enrolló el pergamino con pequeños, rápidos y practicados giros de los índices y el pulgar, mientras se agitaban sus sobacos, y me sonreía.

—Eres muy buen partido. Tendrás una cola de candidatas, espera.

Tenía mis dudas. Podríamos haber movido los planetas para que iluminasen con luz dorada mi futuro, pero quedaba el hecho de que habían muerto hombres en mis manos. Los periódicos me llamaban «Gaitonde, Señor de las Bandas». Era odiado y temido. Lo sabía. Y sin embargo, llegaron fotografías. Los padres mandaban fotos de sus hijas, a través de intermediarios y agentes matrimoniales. Paritosh Shah desperdigó un fajo encima de su escritorio dorado, como una baraja de naipes.

—Elige —dijo.

Cogí la primera. Estaba sentada frente a un telón de fondo rojo, con un sari verde sedoso y un dupatta dorado, el pelo brillante tensado hacia atrás desde una frente grande.

—Esta parece una maestra de escuela —comenté.

—Pues no elijas a esa. Haz una preselección. Después consideraremos el contexto familiar, los estudios, la naturaleza de la chica, el horóscopo, y seguiremos desde ahí.

—¿Seguiremos?

—Ver a las chicas, por supuesto.

—¿Iremos a su casa? ¿Y ella traerá té mientras sus padres observan?

—Sí, claro. ¿Qué si no?

Lancé la foto de vuelta sobre la mesa, donde se deslizó suavemente entre el resto.

—Esto es una completa locura —afirmé.

—¿Qué, el matrimonio es una locura? Bhai, el mundo lo hace. Los primeros ministros lo hacen. Los dioses lo hacen. Quiero decir, ¿qué otra cosa vas a hacer con tu vida? ¿Para qué otra cosa nace un hombre?

¿Para qué nace un hombre? No tenía respuesta a eso, así que me llevé las fotos a casa y las extendí en el suelo de mi habitación en filas de diez. Se estremecieron bajo la corriente del aire acondicionado, aquellos rostros que habían alisado a golpecitos con polvos de maquillaje, reluciendo suavemente con esperanza. Era abril, y sin la ráfaga de aire helado, incluso con el ventilador en «máximo», sudaba sobre el colchón, dejaba manchas húmedas en las sillas. Tenía la sangre caliente, y necesitaba aire invernal, más frío de lo que esta ciudad exhalaría jamás. Fuera, bajo el sol, los pantalones se me pegaban a los muslos y me llevaban a ataques de inquietud, los zapatos me dejaban círculos rojos alrededor de los tobillos. Con este mal humor era capaz de tener arrebatos de enfado y falta de atención, así que mis hombres pusieron cables de la luz especiales, y construyeron a golpes una nueva ventana para la máquina en la pared de mi habitación, y de esa forma me refresqué. Entonces estaba cómodo y tranquilo, y sin embargo aquellas caras en el suelo me parecían todas iguales, cada una era tan buena o tan mala como la siguiente. Eran bastante guapas, no bonitas *phatakdi* —¿quién querría eso en una esposa?— sino agradables y acogedoras y tímidas. Tenían suficientes estudios, bastante cultura, sin duda todas sabían cocinar y bordar, todas estaban cualificadas, de modo que ¿por qué coger a esta y no a aquella? Esperaba una señal de una de ellas, un guiño mientras se agitaban bajo la ráfaga helada. Y ahí estaba yo, Ganesh Gaitonde, líder de mi propia banda, dueño de miles de vidas, dador de muerte y benefactor generoso, completa y totalmente incapaz de tomar una decisión.

—Bhai, hay un problema. —Chotta Badriya estaba llamando con urgencia a la puerta.

Le grité que entrase y volvió a decirlo:

—Un problema muy grande.

—¿Qué?

—El envío de esta noche, bhai. Lo tiene la policía. Estaban esperando en Golghat. Estaban encima de la playa, tras esa línea de árboles. Esperaron hasta que se cargó la maal en los camiones, entonces salieron y arrestaron a todo el mundo y se lo llevaron todo.

Todo eran cuarenta lakhs en chips de ordenador, pastillas de complejos de vitamina B y cámaras de vídeo. La maal se había llevado a la costa desde el pueblo pesquero de Golghat en un *dhow* de treinta metros, después se había colocado con cuidado en pequeños botes de pesca para el viaje hasta la playa, donde tres camiones esperaban con cortinas de plástico sobre la plataforma, listos para mi preciosa carga. Pero ahora la tenía la policía.

—Lo sabían —dije—. Tenían la información.

—Sí —contestó Chotta Badriya.

—¿Solo fue la policía? ¿No los de la aduana?

—Sí, solo la policía.

—¿Quién fue?

—Los agentes de la Zona Trece. Kamath, Bhatia, Majid Khan, esos tipos. Los hombres de Parulkar.

Ambos sabíamos qué quería decir eso. Era posible que a la policía le hubiesen pasado el chivatazo sus propias fuentes, o podía ser que alguno de nuestros rivales les hubiera dado mi maal. En aquel momento, había otras cuatro grandes bandas en Bombay: la banda pathan abajo en Grant Road, el equipo de Suleiman Isa en Dongri y Jogeshwari y Dubai, los hermanos Prakash y su banda en los suburbios del noreste y la banda Ahir en Byculla. Cualquiera de esas cuatro —no, cinco, si contabas a los rakshaks— podía haber pensado que éramos una pesca diminuta, con la que era fácil darse un festín. No serían los *pathans*, estaban debilitados por su larga guerra con Suleiman Isa, a la que apenas habían sobrevivido. Cualquiera de las otras bandas podría haber pensado que éramos un sabroso aperitivo pasajero, éramos los más jóvenes con diferencia, los más inexpertos, los menos relacionados, los que tenían menos dinero y armas. ¿Cuál era?

Parulkar acababa de llegar como inspector adjunto a la Zona 13, y se decía que estaba cerca de Suleiman Isa. Y Suleiman Isa y sus hermanos lideraban la banda más conectada políticamente, la mejor armada, la más grande que Bombay había visto jamás. Tal vez nos vieron como una amenaza creciente, y tal vez estaban intentando engullirnos.

—¿Eso es todo lo que sabemos? —pregunté.

—Eso es todo, bhai.

Estaba tan enfadado que lo sentí como un dolor en las articulaciones, un latido que cambiaba de lugar en el estómago. Quería matar a alguien. Pero lentamente, lentamente. Suleiman Isa era grande. Tenía que estar seguro.

—Llama a Samant. Encuéntrale dondequiera que esté. Necesito hablar con él.

¿Quién nos estaba persiguiendo? Samant investigó, dentro del departamento, interceptando y sorteando rumores, soltando algo de calderilla por aquí, una botella de Black Label por allá. Tenía amigos en todas partes, agentes de policía y administrativos y peones, y a través de esas manos finalmente se deslizaría el secreto. Pero estaba tardando demasiado. Había un espía en mi banda, en algún lugar cerca de mí, algún chutiya que había vendido el secreto de mi envío, y a cada minuto que pasaba el peligro para mí se aproximaba y crecía, como una colina inclinada. Tenía que levantar la montaña, o se caería y me aplastaría. Podía levantar su peso, lo sabía. Pero primero tenía que encontrar a la serpiente en mi casa, tenía que aplastarle la

cabeza. ¿Dónde se escondía? ¿Cómo hacerle salir para cogerle? En mi habitación con aire acondicionado deslizaba las cabezas de las chicas haciendo dibujos, formaciones, y pensaba. El último día de mayo, fui a ver a Paritosh bhai.

—Quiero hacer algo —le grité—. Estoy aquí sentado como un chutiya mientras un montón de bhenchods se ríen de mí. Mis propios hombres se ríen de mí.

—Nadie se ríe de ti —contestó—. Ten paciencia. Es un asunto grande, y no se hace nada grande en un día.

Estaba a punto de soltarle algo de nuevo, pero hubo un golpe en la puerta. Bada Badriya escudriñó alrededor de la puerta, después dejó pasar a la habitación a un tímido sastrecillo. Paritosh Shah se estaba tomando medidas para que le hicieran trajes saharianos nuevos. El sastre extendió sus cintas alrededor de él mientras Paritosh Shah mantenía na rápida serie de llamadas por el teléfono inalámbrico. Me senté y observé. Últimamente había estado muy ocupado lanzando su propia compañía aérea. Mi hombre gordo quería volar. Tenía docenas de negocios, se vanagloriaba de sus constructoras, sus restaurantes, propiedades de alquiler, fabricas de plásticos, su fabrica de ropa cerca de Ahmedabad, pero soñaba con elevarse alto por encima de la tierra, así que recientemente había estado apareciendo en todos los periódicos, hermoso y elegante desde el pelo reluciente hasta la cadena de oro con el relicario de Krishna y el Rolex de oro que resaltaba en sus dedos todas las piedras preciosas de su signo zodiacal. Yo hallaba algo de consuelo al pensar en él volando alto por encima de los acantilados escalonados de los edificios de Bombay, por encima de las tierras bajas y marrones de los bastís, él suspendido en el aire como un balón tranquilo y rotundo encima de todo, dando sombra a la silueta de dientes grandes de la ciudad en la penumbra benevolente de su traje sahariano azul, más maravillosamente azul que el cielo aclarado por el sol. Tal vez algún día su sombra caería sobre el oeste y el norte, hasta Delhi y más allá. Tenía la inteligencia, la ambición, y un ojo frío y claro. Pero por el momento la compañía aérea extendería sus servicios desde Bombay a Ahmedabad y Baroda. Estaba organizando los festejos y los formulismos para el vuelo inaugural.

—Escucha —estaba diciendo—. Solo escucha. Conocía a esa randi cuando chupaba una lauda durante una noche entera por cinco mil rupias. ¿Ahora se ha convertido en una estrella tan grande que quiere tres lakhs por sentarse en un avión durante una hora? ¿Por cortar una cinta? Sé serio.

Estaba hablando con el secretario de Sonam Bhandari, negociando una intervención en persona. Escuchó, después afirmó en su voz de negociar sin tonterías:

—Puedo dar un lakh. Estoy fundando una compañía aérea, no un fondo para estrellas acabadas. Un lakh.

El sastre estaba midiendo de la cintura al suelo en ese momento.

—¿Cuánto? De acuerdo. Uno cincuenta. Hecho. Mandaré cincuenta mil hoy. De acuerdo.

Colgó.



—Hecho —me dijo—. Una estrella de cine vendrá para el vuelo. Saldremos en televisión.

—Tú saldrás en televisión —contesté—. Yo no pienso acercarme a tu vuelo.

—¿Ni siquiera con Sonam Bhandari en él? —preguntó—. Si la vieses mover esos cocos, olvidarías todo lo de tu envío.

—Ninguna mujer tiene los cocos lo bastante buenos como para hacerme olvidar eso.

Me quedé callado hasta que el sastre recogió sus garabatos y muestras y se marchó.

—Has hecho todo lo que se podía hacer —me contestó—. Ahora solo tenemos que esperar.

Y esperar y esperar y esperar. Esperar era agotadoramente duro para mí.

—Oye —repliqué—. No quiero esperar. Tenemos que hacer algo.

—En momentos así, necesitamos ayuda —respondió, con aspecto astuto—. Hagamos una puja.

—Bien.

—¿Qué, de verdad? ¿Quieres decir?

Era natural que estuviese asombrado: en todos nuestros años juntos yo jamás había pronunciado una oración, nunca había rogado favores divinos, solo había comido *prasad* como aperitivo rápido. Pero en ese momento no le interesaban mis motivos, sino moverse rápido a través de esta apertura inesperada. Ya estaba descolgando uno de sus teléfonos.

—Haremos una *Satyanarayan Katha*. Precisamente conozco al pandit. Ya verás, todas sus *kathas* producen frutos sin fallar. No hay que preocuparse. Antes de que pestañees dominaremos la situación.

Me sonreía de la forma más benevolente. Podía ver la historia que tenía en mente, oír la *katha* que iba a pronunciar con voz retumbante como si fuera un altavoz en mi oído: Bhai ha venido a casa, iba a decirle a los chicos, ha venido a la casa del Señor, se ha despertado por la gracia del Señor, la devoción se ha avivado en su corazón como una llama. Lo cierto es que no me sentía muy despierto, tan solo inerte. Tenía la sensación de estar ahogándome lentamente, y cuando el agua me llegó a las mejillas alcé un brazo y traté de agarrarme a cualquier cosa que flotase por mi lado. Esta puja era una ramita, y la agarré.

Podía ver el pesado bote inmóvil sobre las superficies planteadas de las enormes aguas en movimiento. Paritosh Shah había escogido a un pandit *bhaiyya* para esta puja, de manera que pude entender la *katha* en hindi sin esfuerzo. Este pandit era un narrador muy teatral, y hacía la *Satyanarayan Katha* con expresión intensa, con voces diferentes para los personajes y expresiones con todo el estilo de Dilip Kumar, y entonces íbamos por el momento en que el comerciante y su yerno van de camino a

casa con un bote cargado de oro y perlas y perfumes y marfil, todas las ganancias provechosas de un viaje largo, ventoso, lejos de casa. Entonces apareció un *dandi-swarni* en la orilla, él mismo un viejo y astuto Satyanarayan disfrazado, para hacer una sencilla pregunta:

—Bachcha, ¿qué hay en el bote?

el comerciante, temeroso de tener que dar limosnas, bastardo avaricioso y miope, contestó:

—Oh, nada, *swami-ji*, solo algo de *lata-pata*, el *dandi-swami* asintió y dijo:

—Tathastu.

de hecho el bote emergió de repente como un corcho, entonces solo lleno de hierba suave y heno seco. Luego el *dandi-swami* entró en un profundo trance meditativo, y exactamente en aquel momento, antes de que llegásemos al momento en que el comerciante recibe su merecido y se arrepiente, Chotta Badriya me dio un toque en el hombro, y susurró:

—Ven, *bhai*.

Fuera de la habitación, me pasó un teléfono. Atendí la llamada mientras Paritosh Shah y Chotta Badriya y su hermano Bada Badriya miraban. Era nuestro tanto decisivo. La noche anterior, uno de nuestros agentes de descarga de Golghat había pasado la noche con una chica llamada Simky en Colaba. Este agente de descarga, un *konkani* llamado Ashok Khot, llevaba cuatro años en nuestra plantilla. La tarde anterior, había venido a Bombay para meter a su mujer en un tren a Delhi, donde iba para la boda de la hija de su hermano. Se había marchado en el tren Rajdhani, bien instalada con sus dos hijos en el vagón litera con aire acondicionado, y después Khot decidió participar de las delicias de la ciudad. Llamó a la tal Simky desde la misma estación y la recogió una hora más tarde frente al bar Lido, cerca del cine Regal. Khot andaba bien de dinero. Lo había organizado para tener un taxi privado con aire acondicionado y cristales oscuros, y la llevó a cenar a Khyber, y después a dar un paseo en coche por Marine Drive. Durante toda la cena bebió Johnny Walker Black y le contó historias de los hombres que había engañado y el dinero que había conseguido y a los altos oficiales a los que había arruinado, y en el coche, mientras le masajeaba las mausambis a la chica y se reía de chistes que nunca terminaba, daba sorbos a un vaso plateado que iba atado a un frasco por una cadena plateada. Ella se recostó en el asiento y escuchó, tarareando las canciones que sonaban desde el casete. Comieron *kulfi* en Chowpatty, y él se tambaleó hacia el agua y trató de cantar una canción, y después vomitó en el mar, luego bebió otro traguito solo para demostrar lo hombre que era. En el camino de vuelta, hizo que el conductor subiera el volumen de *makhmali andhera* y abrió por completo la choli de Simky y se acurrucó contra ella con pequeños sonidos babeantes y susurrando suavemente, y por debajo de la música ella oyó:

—*Saali*, será mejor que seas buena conmigo, ¿sabes quién soy? Nadie puede mirarme mal en esta ciudad. El propio Masood Meetha viene a mi casa.

En la habitación de hotel en Colaba, Khot la miró débilmente mientras le manoseaba la falda, y después se deslizó con lentitud hacia un lado y se quedó dormido con rapidez. Simky le quitó los zapatos, y los calcetines, después tiró de los pantalones y la ropa interior Jockey. Encontró veinticuatro mil rupias en billetes de quinientas en varios bolsillos, de los que apartó cinco mil, que escondió en lo más hondo de su monedero rojo. De ese monedero sacó con cuidado un pequeño *pudi* de papel, y de él pellizcó un poquito sensato de brown sugar y lo inhaló por la nariz, lanzando un escalofrío voluptuoso por los pechos. Después se tumbó y se durmió. Por la mañana, Khot se dio la vuelta y se desperezó, y ella se mantuvo quieta a pesar de la peste a alcantarilla de su aliento. Cuando intentó subirse encima de ella, ella giró la cabeza, hizo una mueca de dolor y dijo con voz de pequeña Simky:

—Raja, me dejaste tan dolorida anoche, no puedo más, de verdad que no puedo.

Él se rió con orgullo, y la dejó en paz con magnanimidad. Al día siguiente ella comió con uno de nuestros hombres, Bunty Arora, del barrio GTB Nagar. Cuando Simky acababa de llegar de Chandigarh, Bunty cuidó de ella, fue su chaavi. Ahora no la tocaría, no soportaba su asqueroso vicio de la brown sugar, pero todavía quedaba el sentimiento por una antigua mashooq, y, de vez en cuando, cuando estaba en esa parte de la ciudad, iba a verla. Ella le contó su noche con Khot. Así que había sido nuestro Bunty quien había presentado a Khot y a Simky. Así que dijo:

—Ese bastardo *bevda*, es insoportable cuando empieza a beber.

Y ella respondió:

—Sí, habla y habla, ¡no para! Soy esto, soy lo otro, nadie me mira con mejores ojos, Masood Meetha viene a mi casa. Quería golpearle la cabeza con un bate de criquet.

Se sacudió el pelo, y por un momento tuvo aquel fuego de la antigua Simky. Después volvió a su falda dorada y tarareo confuso. Nuestro Bunty mantuvo el rostro tranquilo, y prosiguió con la conversación, habló de películas y estrellas y esto y aquello, y cuando terminaron de comer, vio cómo ella se marchaba y después caminó hasta la tienda más cercana e hizo una llamada telefónica. Justo cuando el dandi-swami estaba diciendo «Tathastu».

De modo que ahí estaba. Masood Meetha era el número uno de Suleiman Isa en la ciudad, lo había sido desde que el propio Suleiman se fue a Dubai. El enemigo que había robado nuestra mercancía era Suleiman Isa, él y sus hermanos bastardos. Colgué el teléfono y les conté esto a Paritosh Shah y Bada Badriya y Chotta Badriya.

—Es Suleiman —dije.

—¿Estás seguro? —preguntó Chotta Badriya.

—Claro que estoy seguro. Estaba seguro antes, ahora tenemos pruebas. Ese bhenchod de Parulkar y Suleiman han estado próximos durante años y años.

Eso era *vox populi*, y el rostro de Chotta Badriya lo demostraba, bajó la vista y se quedó callado. Parulkar y Suleiman habían ascendido juntos, o al menos en paralelo. Muchos de los arrestos y eliminaciones más famosas de Parulkar se habían basado en

información que le había pasado Suleiman, y aquellos que habían ido a la cárcel o se habían desangrado hasta morir en algún callejón habían sido los enemigos de Suleiman, sus rivales, o tan solo quienes habían crecido lo bastante como para que él los viera como competidores. Él y su clan habían engullido a muchos en esta ciudad, habían engordado con esta dieta diaria, y recorrían las calles con aire arrogante. Suleiman Isa y sus muchos hermanos, los nawabs de Bombay.

—Voy a matarlos a todos —dije.

El ventilador brincaba encima de nosotros, dibujando de soslayo un círculo rápido y soltando un chirrido periódico. Ese era el único sonido. Esto en muy serio. Los pathans habían entablado una guerra contra Suleiman, habían matado a uno de sus hermanos y a muchos de sus hombres, pero él contraatacó y los desangró hasta debilitarlos. Finalmente se pactó una tregua, y los disparos cesaron, no más chasquidos de pistola en restaurantes y AK-47 en surtidores de gasolina, pero los pathans habían quedado lisiados. Era una locura dudar de la voluntad de Suleiman, o de su cerebro, o su riqueza, o sus contactos con la policía y con los ministerios. Así que mis amigos se quedaron callados. Al final Paritosh Shah dijo:

—No hay otra opción.

La guerra se cierne sobre nosotros. Nos conduce por curvas inclinadas hacia el campo de batalla. Puedes intentar evitarlo, pero te encontrarás con que aquella última curva flanqueada de flores no era en realidad más que la entrada a un escenario sangriento. Así que allí estábamos.

—Bien —decidí—. Empecemos.

Al principio vencimos. Teníamos la ventaja de la sorpresa. Justo aquel primer día, hice que cogieran a Khot. Su esposa todavía estaba en Delhi, de forma que algunos de los chicos se limitaron a su casa aquella noche y lo sacaron de la cama, lo levantaron y me lo trajeron. No lo quería en mi casa, así que tratamos con él fuera, detrás de la casa. Al principio trató de contarme que no sabía nada sobre ningún Suleiman Isa, por qué iba a pensar que él pudiera siquiera intentar algo tan bajo y loco como eso, todo el mundo sabía que había sido fiel a Ganesh bhai durante años y años, lo juró sobre las cabezas de sus hijos. Al final, el bhenchod sinvergüenza probó con un ángulo religioso.

—¿Por qué me iría con ese bastardo *kattu*? —preguntó—. Ganesh bhai, piénsalo. Como tú soy un hombre temeroso de Dos. Todas las semanas dono al templo. Esto solo es algún complot musulmán para romper nuestra amistad.

Le pegué tan fuerte que me despellejé un nudillo.

—Escucha, bastardo —respondí, y entonces me sentí demasiado enfadado, sentía cómo la sangre me hinchaba los ojos.

—Pégale —fue todo lo que pude decir—. Pégale —repetí, y me alejé.

Tosió, jadeó, y llamó a su padre.

—Papa, Papa —lloró.

Eso era interesante. El dolor convierte en bebés a la mayoría de los hombres, y por lo general lloran llamando a sus madres. Tal vez Khot no tenía madre. Regresé y observé, frotándome la mano. Cuando apreté el segundo nudillo de mi mano derecha un soplo caliente de dolor se abrió en la mano. Lo apreté más fuerte. Entonces hubo un movimiento frío, rápido y afilado y cortante en mi muñeca. Era un diente resbaladizo bajo la piel, mordiendo. Bajo una lluvia rápida de golpes, Khot se convulsionaba en el suelo. Apreté más fuerte. Él se rompió primero.

Nos lo contó todo. No había tanto que contar. Él y Masood Meetha se conocían desde que eran muchachos. Las familias eran originarias de pueblos colindantes, en algún lugar cerca de la costa. Masood se había acercado a él hacía año y medio, en Bombay, le había llamado y le había invitado a tomar té y galletas en su oficina de Dongri. Khot se negó a verse en Dongri, así que tomaron chai en un restaurante barato en Ghatkopar. Todo lo que hicieron aquella primera vez fue hablar de los pueblos konkani y la comida y lo que le había pasado al viejo tal y cual cuyo padre era cartero. Luego, un mes después, tarde por la noche, Masood paró por casualidad en casa de Khot cerca de Golghat, de improviso, tan solo resultaba que estaba cerca, y pidió cenar, todos los platos konkani tradicionales que la esposa de Khot pudiera hacer, y de esa forma probé la cocina de bhabhi que era justo como la de su madre. Tras esa cena, hubo llamadas telefónicas y regalos de relojes y botellas de whisky, pero nunca un contacto cara a cara. Khot no era un inocente, sabía desde el primer sorbo al té de Meetha en aquel primer encuentro de qué iba todo ese juego, por qué después de todos esos años Masood Meetha se había acordado de él. Y cuando llegó el momento de hacer los preparativos para mi envío, mi envío de cuarenta lakhs, fue Khot quien descolgó el teléfono y llamó a Masood:

—Bhai, ¿cenamos?

Lloró y nos contó todo esto.

—Matadlo —ordené.

Me di la vuelta y me fui, y antes de que hubiese llegado a los escalones que conducían a la puerta trasera, todo había acabado. Dos tiros firmes y Khot estaba acabado. Chotta Badriya me siguió al entrar, y oí el clic del seguro antes de que se volviera a colocar la pistola bajo la camisa.

—No te deshagas del cuerpo todavía —dije—. Se lo mandaremos de vuelta a Suleiman mañana. Después.

—Después —repitió, y sonrió.

Así que nos pusimos manos a la obra. Nos habíamos estado preparando. Teníamos nuestras listas, nuestros mapas hechos a mano, nuestra información. De esa forma dispusimos nuestra vigilancia. Al día siguiente, entre las ocho de la mañana y las cuatro de la tarde, matamos a Vinay Shukla, Salim Sheikh, Syed Munir, Munna, Zahed Mechanic y Praful Bidaye. Aquella misma noche, Samant eliminó a Azam Lamboo y Pankaj Kamath, por cuya acción consiguió grandes reportajes en los

periódicos, «El Rey de las Eliminaciones mata a tiros a los principales pistoleros de Suleiman», y tres lakhs de mi parte. Y aquella misma noche, en realidad a las cuatro y media de la mañana, un coche se paró en la esquina cerca del Hotel Imperial en Dongri y Khot resbaló para caer sobre el pavimento, la cabeza envuelta en una toalla hecha una costra. De esa forma, les dijimos quiénes éramos. Escribimos nuestras respuestas con sangre.

Lo que quería era la cabeza de Suleiman, para golpearla como si fuese una pelota de fútbol. Pero él estaba a salvo en Dubai, donde vivía después de que los pathans matasen a su hermano, después de que él hubiese matado a muchos de ellos. Bombay se había vuelto muy peligroso para él, así que había huido, el bhadwa, pero todavía operaba en la ciudad, a través de Masood Meetha y otros. Nos preparamos para su asalto, y esperamos durante un día, hasta que llegó. Tendieron una emboscada a tres de nuestros hombres cuando salían de la casa de un familiar en Malad. Nuestros tres chicos murieron, los tres antes de poder sacar las pistolas. Ajay Kumble, Noble Lobo, Amir Kenkda. Al día siguiente los inspectores de Parulkar esperaron emboscados a que pasara nuestro convoy de cobro semanal por Darya Mahal Bazaar, donde los comerciantes tenían sus contribuciones preparadas. El destacamento de policías, dirigido por Majid Khan el muchachad, iba vestido como si fueran trabajadores. No dieron ningún aviso, y dispararon treinta y cuatro balas. Vinay Karmarkar, Shailendra Pawar, Ziauddin Qazalbash.

De modo que luchamos contra Suleiman Isa durante el verano, y en las inundaciones del monzón. Cuando recogíamos nuestros cadáveres del depósito, los llevábamos a través de las cascadas blancas de agua, parecía que siempre hubiésemos estado luchando contra ellos, que la guerra siempre hubiera existido. Nos hirieron, pero no pudieron matarnos. Y nosotros les desgastamos, los sangramos un poco cada día. Mientras tanto, la compañía aérea Rajhans de Paritosh Shah volaba, y él se puso implantes capilares porque decidió que parecía demasiado viejo por televisión, y me daba sermones cada día sobre el poder de su dandi-swami.

—Viste cómo respondió a tu necesidad. Pediste y te fue dada. Ahora, ¿cómo puedes no creer?

Estaba tentado a hacerlo. Pero, pronto en mi vida, había visto cómo la fe era una podredumbre interior que vaciaba a un hombre y lo convertía en un eunuco. Sabía que la fe era una muleta conveniente para cobardes y peleles. No, no quería una enfermedad así en mi interior.

De forma que me resistía, argumentaba conmigo mismo que era coincidencia, que el hecho de que la información nos hubiese llegado durante la puja era claramente un truco de movimientos incontrolados que pasaban junto a nosotros de una forma que solo tenía sentido para mí, partículas al azar que chocaban unas contra otras en una ilusión que parecía una forma. ¿Y qué había de los miles de momentos a cada minuto en los que no había conexiones, en los que no había hilos brillantes de significado de un acontecimiento a) siguiente? Paritosh Shah veía al dandi-swami tras el rostro

resplandeciente de cada segundo, le suplicaba con regalos y bhajans, y le presionaba con piedras y amuletos y mantras secretos, y peleaba con él de vez en cuando. Y después siempre era él quien se disculpaba con dandi-swami y volaba con las alas de sus bendiciones. Estaba convencido de que si pudiese dejar de lado mi resistencia y me casase, automáticamente me deslizaría hacia la fe.

—Una vez estés bien establecido —dijo— toda esta tontería también se establecerá. Uno-dos, será así.

Y chasqueaba los dedos, uno-dos. Todos los días me preguntaba por mi preselección de chicas.

De ese modo transcurrió el año. Septiembre, octubre. A principios de noviembre, Samant llamó. Habíamos hecho negocios durante toda esta batalla y nos habíamos beneficiado mutuamente, él en efectivo, yo con cadáveres. Pero se había vuelto más difícil para nosotros vernos cara a cara desde que habían escrito sobre ambos en los periódicos. Estábamos atrapados por la fama. Hasta el momento, solo fama en Bombay, no en toda la India, pero bastaba para hacer que fuésemos muy cuidadosos. Así que hablábamos por teléfono, en números que cambiábamos cada semana.

Lo que Samant tenía que decir era bastante sencillo. Un mes después de la confiscación de mi envío, el gobierno distribuyó pagos casi por cuatro veces su valor a varios oficiales y a cierto informante anónimo. Sabíamos que ese bastardo sin nombre no era Khot o sus supervivientes, les mantuvimos bajo una atenta vigilancia. ¿De forma que quién era el gaandu que había cogido lo que era mío? Ahora Samant tenía un nombre:

—Kishorilal Ganpat.

Conocía el nombre. Todo Bombay lo conocía. Era un constructor, para entonces llevaba diez años extendiendo sus construcciones por todo el este de la ciudad. Desde la carretera podían verse sus edificios levantando la cabeza sobre los campos verdes, por encima de los pueblos y las colonias antiguas. Era un tipo grande. Se había hablado de sus negocios con Suleiman, pero la interacción entre ellos tan solo había sido la normal, la necesaria, la que cualquier constructor habría tenido con Suleiman Isa en el transcurso habitual de los acontecimientos. Nada cercano, nada especial. Nosotros mismos habíamos hablado con Kishorilal Ganpat cuando este necesitó algo de ayuda para limpiar los barrios bajos de cuatro parcelas residenciales en Andheri. Pero si se había llevado mi dinero, si me había robado, estaba más cerca de Suleiman de lo que nadie sabía. Eso quería decir que era un banquero de Suleiman, que comía del mismo plato que ese maderchod.

Le di las gracias a Samant y colgué. Su recompensa llegaría después, y no teníamos nada más de qué hablar. Tenía la opción de tragarme estas noticias en silencio, olvidar que lo había oído, y también tenía la opción de actuar. Me guardé la información, la encerré en el estómago. Quería pensarlo con cuidado.

Justo antes del amanecer el teléfono volvió a sonar. Otro de los nuestros había muerto. Era un chico del mismo Gopalmath, un chico que había visto crecer en las

calles que construí. Se llamaba Ravi Rathore, y volvía en autobús desde Aurangabad, donde tenía parientes. Los perros de Suleiman Isa lo cogieron en la estación de autobuses en Dadar. Un vala que vendía helados vio algunos empujones y empellones. Había una furgoneta negra aparcada cerca. A la una de la mañana alguien descubrió un cuerpo en una pila de basura maloliente cerca de la carretera de Goregaon East e hizo una llamada anónima a la policía. Había un agujero de bala en cada uno de los muslos de Ravi Rathore, y uno en la frente. Trajimos el cuerpo de vuelta, a su kholi, a última hora de la tarde. No tenía familiares en Bombay, así que yo encendí el fuego de su pira. En su mortaja blanca el cuerpo era diminuto bajo la madera, bajo el rocío de la llama. Había sido muy flaco, Ravi Rathore, con el pecho hundido, y su cinturón favorito con pesadas hebillas plateadas daba dos vueltas a su alrededor. Cuando los chicos jugaban al críquet los domingos en el campo inclinado cerca de la colina, correr entre los wickets hacía que Ravi Rathore respirase agudamente y jadease. Ahora estaba muerto. Lo incineramos y fuimos a casa. Me senté en la silla, en la terraza, y observé cómo volvía la noche. Este valle en el que vivimos y morimos es un valle de luces y sombras. Oscilamos dentro y fuera. Con qué facilidad había cedido Ravi Rathore su pequeño espacio en él. Aparté el té, y la cena, y recordé un monzón mucho tiempo atrás, y las piernas flacuchas de Ravi Rathore en pantalones cortos, chapoteando en una esquina inundada entre dos callejones que se enroscaban. Eso era lo que sabía de él, eso y su cinturón y su entusiasmo jadeante por el críquet.

—¿En qué piensas, bhai? —preguntó Chotta Badriya.

Estaba sentado en el suelo, al final de la terraza.

—Bachcha, ¿qué hay en el bote?

—¿Qué?

—Estoy pensando en dandi-swami.

Chotta Badriya inclinó la cabeza muy abajo, se masajeó los tobillos. Estaba tratando de determinar dónde estaba mi humor, si podía arriesgarse a hacer otra pregunta. Levantó la mano hasta el techo, cogió una astilla con la uña.

—Dejad mi casa sola —dije—. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a hundir un bote.

Kishorilal Ganpat era un gran bhakt de Shiva. Daba las gracias a Bholenath cada mañana por todos los crores que había estafado, por todos los sobornos que había hecho, por el cemento mezclado con arena, por el cableado de mala calidad que colgaba de paredes que terminaban de forma desigual, por los edificios ilegales y sin licencia, por las invasiones, por los pisos extra que se elevaban mucho más allá de los límites de la normativa para la edificación, por el dinero de las clases medias desesperadas por tener un hogar, por el trabajo hambriento, por los barrios bajos, por los hombres duros que esgrimían espadas, por Suleiman Isa. Kishorilal Ganpat era



debidamente cuidadoso en estos malos tiempos, así que tenía dos guardaespaldas vigorosos con los músculos tan apretados que caminaban con las piernas abiertas, como si alguien hubiese atado cada uno de sus *golis* con una tira de goma. A Kishorilal Ganpat también le gustaba que las apariencias fuesen así, de manera que vestía al conductor de su Mercedes con un traje blanco y un gorro, y a los dos guardaespaldas con trajes de corte sahariano en color gris. Además, Kishorilal Ganpat era un guardián del tiempo. Coleccionaba atajos que ahorraban dos o tres minutos en este ruidoso atasco maderchod de la ciudad, daba discursos a sus empleados sobre la puntualidad japonesa, iba al templo de Shiva en Satyagrahi Jamunanath Lane cada martes por la mañana exactamente a las ocho y media, «a las ocho y media en punto», como le gustaba señalar a cualquiera que le escuchase. Todo ello hacía que el juego fuese sencillo de una forma infantil para nosotros. Establecimos nuestro *fielding*. Seis hombres, seis pistolas Star. Sabíamos dónde se sentaba Shiva, sobre su pedestal, conocíamos los escalones que bajaban a la calle alineada con casas y vendedores ambulantes, sabíamos dónde esperaría el Mercedes a su dueño, sabíamos dónde estarían los guardaespaldas. Fue sin complicaciones, como una lauda lubricada dentro de un chut húmedo. Kishorilal Ganpat bajó los escalones, sosteniendo su *prasad* en lo alto sobre una *thali* especial de plata. Había colocado los zapatos apuntando hacia fuera al final de los escalones, y caminó hasta meterse en ellos con eficiencia, ahorrando tres buenos segundos. Los guardaespaldas estaban todavía inclinados, dando la espalda a su jefe mientras se colocaban las sandalias, y Kishorilal Ganpat daba pasos elevados, saltando sobre un charco de agua, cuando mi hombre Bunty se movió hacia un lado y entró en su camino, y Kishorilal Ganpat giró la cabeza para mirar, y Bunty levantó la mano derecha y le voló el ojo izquierdo. Uno de los guardaespaldas se rebuscó bajo la camisa y lo mataron. El otro se sentó en los escalones del templo y nunca levantó las manos de la piedra, que agarraba con uñas que se habían vuelto blancas. Mientras tanto, Kishorilal Ganpat se tambaleaba y tropezaba por las esquinas de la calle, de puerta en puerta, buscando una salida, cualquier salida. Bunty caminó tras él, haciendo agujeros con ternura en su espalda y nalgas. Finalmente Kishorilal Ganpat se arrodilló frente a una puerta bermellón, bajo un *Om* pintado en blanco con elegancia, la cabeza gacha y el *gaand* en alto, la ropa empapada de sangre por todas partes, muerto.

Bunty y los chicos se alejaron, ni demasiado rápido, no demasiado despacio. La salida fue tan poco complicada como el trabajo, se metieron en dos coches y se fueron. Después dejaron los dos coches en una esquina en Malad y se subieron a una furgoneta. En tres horas estaban todos fuera de la ciudad. Y aquellos de nosotros que quedamos atrás nos volvimos más cuidadosos. Sabíamos que éramos muchos más que antes, así que estábamos preparados. Ahora vivía en tres casas diferentes, y me movía entre ellas a intervalos irregulares. Paritosh Shah soñaba con volar en un Mercedes pesado equipado con blindaje y ventanas reforzadas. Chotta Badriya tenía hombres dando paseos por calles lejanas, vigilando nuestros intereses. La muerte de

Kishorilal Ganpat pasó de las primeras planas a pequeños recuadros en las últimas páginas de los periódicos, hasta que desapareció del todo. Aparte de dos eliminaciones llevadas a cabo por la gente de Parulkar, que nos hicieron perder a tres hombres, la vida siguió como antes. No os confiéis, les decía a mis chicos cada día. No os vayáis a dormir. Seguro que ellos no están durmiendo, están preparando algo. Llegará: el hacha, la bala, la caída. Debe hacerlo. Estamos en guerra con Suleiman Isa. Suleiman Isa.

Ganesh Gaitonde: el nombre tenía un peso, cierta solidez. Se mantenía erguido, no se echaba para atrás, era un nombre fuerte. Impreso, tenía cierto volumen simétrico, y sonaba en el oído como el repique doble de un *nagada*. La gente confiaba en él, y la gente tenía miedo de él. Y sin embargo: Suleiman Isa. Todos esos sonidos sibilantes, hablaban de astucia. Mezquina, retorcida, ratera astucia. Que se puso al día con nosotros una mañana a finales de noviembre. Me llamaron por teléfono minutos después de que pasara. Paritosh Shah dejó las oficinas de Aerolíneas Rajhans en su Mercedes impenetrable. Los guardias de seguridad mantenían cerradas las puertas dobles tras el coche mientras aceleraba como un tanque por la calle. En el asiento delantero iban el conductor, un antiguo empleado de confianza, y un guardaespaldas, no Bada Badriya, que pasaba unas vacaciones de una semana en su pueblo en Uttar Pradesh, sino un suplente llamado Patkar. Paritosh Shah iba sentado atrás, introduciendo nombres en una agenda electrónica que había recibido aquella mañana tras un pedido especial a Singapur. Quería hacer negocios desde el coche, hacer incluso más dinero. La calle desde Rajhans torcía a la izquierda para, entrar en Ambedkar Road. Justo cuando el Mercedes se acercaba a la intersección, una furgoneta salió tras él, y se pegó cerca. Y un camión cerró la calle, bloqueando el giro, atrapando al Mercedes entre su costado y la furgoneta: no se podía ir hacia delante, no se podía ir hacia atrás. La furgoneta chocó contra el parachoques trasero, empujó al Mercedes hacia el interior del camión. Las balas hicieron explotar las ruedas traseras. Después dos hombres balancearon mazos contra la ventana trasera del Mercedes, que, por su refuerzo a prueba de balas, quedó marcada y se curvó por golpes. El guardaespaldas había sacado la pistola, pero un hombre le apuntaba con un AK-47 a través de la ventana. Para proteger a Paritosh Shah, Patkar tenía que bajar la ventanilla, lo que dejaría entrar al AK-47. El guardaespaldas apuntó con su pistola, pero la ventana delantera seguía levantada. Mientras tanto los mazos aplastaban la ventana trasera. Paritosh Shah se echó sobre el asiento trasero y marcó en el teléfono que había instalado en el coche como si lo apuñalase, escarbando con los dedos. Entonces, en la parte superior de un enorme bulto hacia dentro en la ventana trasera, se abrió un pequeño agujero bajo los mazos, un agujero del tamaño de una moneda de una rupia. Suficiente para que pasase la boca de un arma, un segundo AK-47. Vacieron todo un cargador dentro del coche. El guardaespaldas trató de disparar, darle al fuego estruendoso que salpicaba dentro del Mercedes, pero sus balas no detuvieron nada, también empezaron a rebotar en el interior del coche.

Mis amigos intentaron impedirme que fuera allí, que fuese donde se encontraba mi amigo. Los empujé a un lado y conduje yo mismo. Estaba allí minutos después de que hubiese llegado la policía, y ellos al menos no intentaron pararme. La ventana trasera y la lateral del Mercedes eran una red cristalina, y estaban manchadas por dentro con una gelatina oscura. La puerta delantera izquierda estaba abierta. El conductor había sobrevivido, y se había arrastrado por encima del guardaespaldas muerto para salir cuando paró el fuego retumbante. Me incliné dentro del coche, apoyé una mano sobre la piel satinada del reposacabezas delantero, y miré al hueco para las piernas en la parte trasera. No quedaba nada de Paritosh Shah allí, Solo una masa de carne desinflada, reventada y agujereada y rasgada. Ahí no había rostro. Bajo una frente amplia, una bola troceada de carne cruda, fragmentos de afilado hueso blanco. No Paritosh Shah. Jamás hubiese cabido en aquel espacio pequeño tras el asiento, no Paritosh Shah, no mi hombre gordo. Pero se veía una mano con anillos, con relucientes piedras protectoras. Ahí había un pie, todavía en su nuevo mocasín burdeos adornado con borlas. Él me había dicho esa palabra, con mucha paciencia indulgente:

—No es rojo, bhai, es burdeos. Bur-de-os.

Ahí había una mata de pelo peinado. Pero ¿dónde estaba Paritosh Shah? Aquí no.

Fui a su casa, donde las mujeres no me dijeron nada. Sin embargo sentí su odio. Había muerto por mi causa. Había muerto por mí. Yo le había matado. Nadie se atrevió a decirlo, pero no hacía falta hacerlo. Cuando su cuerpo yacía en el patio, envuelto en sábanas blancas, cubierto por todas partes, mientras sus hijas lloraban, nadie lo dijo. Cerca del calor de la pira nadie lo dijo. Volví a Gopalmath sin haberlo oído decir, y sin embargo resonaba en cada silbido de mi respiración, cada apretón de mi pulso. Tomé whisky. Les dije a los chicos que me trajesen algo, lo que fuera, con tal de que estuviera aquí, ahora mismo. Ahora. La garganta me quemaba por el whisky y me vi a mí mismo muriendo. Acuchillado, sableado, disparado, colgado. Mi cuerpo caía. Y después volvía a caer. Las balas me separaban los codos, cortaban mi torso por la mitad. Di la bienvenida a cada caída. ¿Dónde estaba la muerte? Esta vida me apretaba la cabeza con su aro de hierro. La carne rolliza de Paritosh Shah vaciada de sangre, de aire. Cómo sale la vida. Cómo se va. ¿Hace algún sonido ese derrame? ¿O solo se oía el crujido por la rotura de las balas? Levanté la mano, me la acerqué a los ojos, hundí la cara en el suave vello del antebrazo, sentí la vida en él. Cada folículo estaba vivo. Un movimiento de mi otra muñeca rompió el vaso de whisky contra un pilar de la cama. Con una esquirra en forma de media luna corté en la cresta del músculo bajo mi puño apretado. Recorrí los tallos apretados del pelo, y la sangre se derramó sin hacer ruido. Giré el brazo, y ahí estaba el latido del pulso en la muñeca. Fácil de cortar, de detener. Qué fácil.

Y entonces me sentí asqueado conmigo mismo. Paritosh Shah había vivido. Había

vivido plenamente, había alimentado a sus mujeres, a sus hijos, a sus cientos de empleados. Había alimentado al mundo, e incluso al morir luchó por marcar en su teléfono, por decir algo. Había intentado llamarme. Lo sabía. No a su esposa, no a sus hijos, fue a mí. ¿Qué habría dicho, a través de aquel milagroso salto de electricidad, en la distancia? La muerte ya estaba sobre él, y yo no podría haberle salvado. Él debía de saberlo. ¿Qué habría dicho, al final? ¿A mí. su amigo? Miré la curva rota de cristal, moteada con mi sangre, y lo supe. Me arrastré hasta el otro extremo de la cama, encontré la pila de fotografías. Del medio del montón, sin mirar, solo por la sensación, saqué una. Y llamé a los chicos.

—Esa es la que quiero —le dije a Chotta Badriya, que estaba sentado con media docena de hombres, limpiando su pistola.

Todos estaban desconcertados. Esperaban una reunión de guerra. Cuando perdíamos a alguien en esta lucha, tras el funeral siempre nos reuníamos para escoger a nuestros blancos para el día siguiente, la semana siguiente. A quién matar, y cómo, de eso hablábamos. Pero ahora yo quería a una mujer.

Chotta Badriya cogió la foto de la mesa, donde yo la había dejado caer.

—¿Ahora, bhai?

—No, no, no así.

Pude ver que pensaba que quería un polvo de medianoche, un alivio rápido de mis tensiones, pero esta era una chica de aspecto respetable, y él estaba perplejo. Le golpeé suavemente en el hombro.

—Eso no, *dhakkan*. Paritosh Shah quería esto. Y dandi-swami. Quiero casarme con ella.

Se llamaba Subhadra Devalekar, y me casé con ella cuatro días después. Al principio, su padre pensó que casarme tan pronto tras la muerte de mi amigo era una muestra de insensibilidad. Sé que la mayoría de mis hombres también lo pensaban. Pero expliqué que ese era el último deseo de mi amigo, y entonces se acordaron de todas sus charlas, su preselección, su insistencia. Apareció un rumor de la nada, y se fortaleció hasta volverse una certeza: que en realidad me había llamado desde el Mercedes, mientras los golpes de martillo llamaban por su vida, y había logrado decirme:

—Debes casarte.

Así que para cuando Subhadra y yo caminamos alrededor del fuego, nuestra boda se había convertido en un acto de adhesión a la última voluntad de un amigo muerto. Los chicos salieron, a docenas, desde todas partes de la ciudad, y observaron nuestra ceremonia austera en el templo de Gopalmath con los ojos humedecidos, con las pistolas preparadas, con lealtad feroz.

Tras la ceremonia nos sentamos frente a la casa y la gente de Gopalmath vino a presentar sus respetos. El padre de Subhadra recogió sobres. Era un conductor de autobús que se había jubilado de la ruta 523, y tenía cuatro hijas. Había dudado al

principio cuando Chotta Badriya fue a preguntar, pues todos los tabloides de la tarde todavía estaban publicando fotos de la «Muerte en Mercedes», pero un montón de fajos de billetes de quinientas rupias sobre la bandeja de té lo persuadió. Las hijas son una preocupación. Ahora el conductor de autobús permanecía de pie a mi derecha y cogía los sobres de regalo de la fila de gente que nos deseaba lo mejor. Bada Badriya se acercó con un sobre rojo gordo. Había vuelto de prisa de su pueblo tan pronto como contactamos con él, y todavía estaba avergonzado por haber dejado a su jefe sin su cuidado, me di cuenta de eso. Pero no había regresado a su pueblo en cinco años, y lo que había ocurrido no era culpa suya. Se lo dije y le abracé.

Y después estaba sentado sobre la cama, una cama en la que habían esparcidos pétalos de rosa. Una canción sonaba en alguna parte, enhebrada por una flauta. En una esquina de la cama había una tienda de campaña formada por un sari amontonado, que en su interior albergaba un cuerpo tembloroso, delgado. Mi esposa. Estaba casado. Me flotaba la cabeza, justo como si acabase de despertarme de un largo sueño. Pregunté: ¿cómo ha pasado esto? No hubo respuesta.

## ANTIGUO DOLOR

Mary Mascarenas estaba preparada para hablar. Sartaj la esperó, solo, en la otra parte de la calle del salón de belleza en Pali Hill donde ella trabajaba. La calle que bajaba la pendiente estaba viva, con adolescentes vestidos con ropa cara, chicos pasando a toda velocidad en coches e líneas elegantes comprados por sus padres ricos, chicas en grupos arremolinados de tres y cuatro. Sartaj esperaba junto a un puesto de cigarrillos, cerca de una tila de sirvientes y conductores que fumaban su pitillo de la tarde y cotilleaban. Había llamado a Mary esa mañana, le había dicho con tacto que le gustaría hablar con ella. Después del trabajo, contestó, y ya no había enfado en su voz, solo resignación. Así que Sartaj estaba seguro de que obtendría buena información: ahora necesitaría explicarse, a sí misma, lo que había pasado, y por qué. Él llegó un poco pronto, y en ese momento los conductores hablaban de precios de las acciones y de las fortunas de las sociedades comerciales. Los conductores sabían más que cualquier otra persona, escuchaban las conversaciones de saab y memsaab en el coche, conocían sus movimientos, transportaban documentos y dinero en efectivo. Sartaj observó los coqueteos entre chicos y chicas, y trató de mantenerse atento a la conversación sobre las acciones, por el bien de Katekar. Katekar no jugaba, pero insistía en que el mercado era lógico, solo tenías que conocer las reglas. Si podías percibir los ritmos, podías ser el rey. Todo lo que necesitabas era información y formación. Así que Sartaj escuchó, pero los conductores sabían más que él, y no podía seguir el sentido de sus discusiones animadas. Sus muy brillantes memsaabs salían del salón de belleza, y el pequeño rebaño de conductores se contraía y expandía, pero sus bromas nunca desfallecían. Fumaban cigarrillos y comían de pequeños paquetes de *channa*. Les pagaban bien, a estos conductores, e iban vestidos con elegancia, a tono con el estatus de sus patrones.

Eran más de las siete cuando Mary salió por la puerta de cristal azul del salón. Llevaba una camiseta negra, una falda negra estrecha hasta la rodilla y zapatos planos negros. El pelo estaba atado atrás en una coleta, y de repente Sartaj se topó con su elegancia. Era todo discreción, y si la ponías en fila junto a aquellas reinas adolescentes pavoneándose por su lado, no repararías en ella. No a menos que estuvieses buscando aquella espalda recta, aquella simetría de los hombros con ambas manos sobre un bolso negro. Ella le vio, y él levantó una mano.

Sartaj caminó hacia el lado de la calle donde estaba ella, hacia el brillo de las tiendas caras, Gurlz, Expressions, Emotions.

—Llego tarde, lo siento —comenzó Mary—. Hay alguna fiesta grande esta noche en el Taj. He tenido tres citas extra.

—Una fiesta en el Taj necesita definitivamente peinados superelegantes.

—Nunca he estado, así que no lo sé. Pero puedo hacer el peinado.

Su hindi, de acentuada pronunciación, era funcional y fluido aunque improvisado, y tropezaba, sin duda, en los posesivos femeninos y los tiempos verbales. Sartaj estaba seguro de que su inglés era mejor, pero su propio inglés se había oxidado y se había vuelto torpe. Se las arreglarían con alguna mezcla entrelazada, alguna combinación de Bombay. Nos va bien con estas lenguas *khichdi*, pensó.

—Mi coche está allí —dijo.

Por teléfono ella no había querido que él fuese a su lugar de trabajo, y él le había asegurado que no llevaría uniforme, que no conduciría un jeep de la policía, que iría solo. Dio marcha atrás para entrar en la calle mientras los conductores observaban, y después esperó a que Mary se subiera.

—Bajaremos hasta Carter Road —comentó, y ella asintió.

Tampoco quería que sus vecinos se preguntasen sobre visitas de la policía o extraños sikhs.

Sartaj encontró una curva lejos abajo en el malecón, un arcén de grava un poco menos ocupado por vendedores ambulantes y amantes paseando y mendigos.

—Aquel barco ha desaparecido por completo —comentó él—. No queda nada. ¿Cómo se llamaba?

Un carguero extranjero había encallado con un motor roto en una tormenta del monzón. Se convirtió en una especie de atracción turística durante algún tiempo, con el casco emergiendo del agua. Una noche muy tarde, Sartaj se sentó en un banco mirando al barco y besó a Megha. Se separaron no mucho tiempo después.

—Era el *Zhen Don* —contestó Mary—. Lo desguazaron como chatarra. No está desde hace años.

—Pensé que iban a convertirlo en hotel flotante.

—Valía más como chatarra.

El cielo era del mismo color gris indeterminado que tenía desde hacía dos días, y bajo él se veían las formas vagas de barcos extranjeros, rozando el horizonte. Mary giró la cabeza hacia Sartaj:

—Leí en los periódicos que se supone que tiene que haber una mujer policía presente cuando interrogan a una mujer.

—No estoy interrogando —respondió Sartaj—. No es una sospechosa. Nadie es sospechoso. Solo estoy tratando de entender qué paso, por qué estaba allí su hermana. Y no pensé que quisiera hablar delante de más gente. Esto es solo una especie de conversación privada. Lo que me cuente se queda conmigo.

—No tengo nada que contarle.

—¿No tiene nada que decir sobre su hermana?

—No la vi en mucho tiempo. No hablaba con ella desde hacía... desde hacía años.

—¿Por qué? ¿Tuvieron una pelea?

—Tuvimos una pelea.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué necesita saberlo?

—Podría mostrarme qué tipo de mujer era.

—¿Lo que le mostraría cómo llegó a ese lugar?

—Tal vez.

—No era una mala mujer.

Estaba inquieta, tan lejos de él como le era posible en el mugriento asiento azul. Mirando su pequeño bolso negro, que había colocado entre los dos, Sartaj se dio cuenta de que tenía miedo de él, del aparcamiento en el malecón, de lo que pensaba que él podría requerirle. Por eso había preguntado sobre la mujer policía. Estaba acostumbrado a que la gente se asustase por su uniforme, pero la idea de que esta mujer pensase que podría agredirla le asqueaba. Buscó a tientas el contacto, y cambió de marchas con raspaduras metálicas. Condujo deprisa para descender la calle y paró cerca del grueso de paseantes de la tarde, justo al lado de un grupo bullicioso de adolescentes que comían helado. Mary lo miraba con los ojos como platos.

—Necesito algo de narial-pani —comentó él—. Y entienda que no voy a hacerle daño. Solo quiero hablar con usted. ¿Está claro?

Ella asintió, y lo observó atentamente mientras hacía señas a un vendedor ambulante y pagaba dos cocos. Ella sujetó el suyo con ambas manos y bebió a tragos grandes y sedientos hasta que se lo terminó. Sartaj levantó el suyo.

—¿Quiere más?

—No —contestó ella, y se sintió aliviada, todavía no del todo tranquila pero ya no se encogía para apartarse de él.

Sartaj dio sorbos a su narial, y la observó, y esperó.

—Mi hermana tenía quince años cuando llegó a Bombay por primera vez —contó Mary.

Estaba mirando por la ventana, hacia el lento ruido sordo del mar.

—Yo vivía en Colaba con mi marido. Vino a quedarse con nosotros. Crecimos en la granja de nuestra madre en las afueras de Mangalore. Nuestro padre murió cuando yo tenía once años. Me casé, me trasladé a Bombay. Así que Jojo vino para quedarse con John y conmigo. Era pequeña, pero decía que quería ser enfermera, y la escuela de nuestro pueblo era solo una escuela rural. Había aprobado sus exámenes de décimo curso, con la nota más alta. Quería aprender inglés y ser enfermera. Teníamos solo una casa diminuta, pero ella dormía en el sota, y, después de todo, era mi hermana pequeña. Era tan menuda y delgada, en aquellos tiempos... Solía llevar tres coletas pequeñas. Pensé que veía demasiada televisión, se lo dije a John. Ella solía sentarse frente a la tele, con las piernas cruzadas, todo el día y la noche. Pero él decía que era bueno para ella, necesitaba aprender inglés e hindi. Solía tomarle el pelo y hacerla reír, diciéndole que solo sabía los anuncios publicitarios. ¡Vico, Vajradanti! Decía que ella solo podía hablar de dientes y pelo. Pero ella era muy inteligente, ¿sabe? Día a día lo aprendió todo. Pasado un tiempo, no tenía miedo de hacer toda la compra. Yo tenía un trabajo como vendedora a tiempo completo en una tienda de



productos de piel, de forma que tenerla en casa ayudaba mucho. De repente estuvo muy segura de sí misma. Y dejó de llevar aquellas faldas estampadas, cambió de peinado, su andar se volvió diferente. En seis meses se convirtió en otra persona. Una chica de Bombay. Entonces un día comenzó a hablar sobre ser actriz. Solía imitar a las protagonistas de las películas y las series, y a las VJ. Puedo hacer eso, decía. Al principio solo me reí y lo olvidé. Después lo dijo una y otra vez. John prestó atención. Dijo: Tiene razón, ¿sabes? Mírala. Es tan buena como cualquiera de ellas, mejor. ¿Por qué no iba a ser capaz de hacerlo? Él estaba en lo cierto. Ella brillaba. No lo había visto, era mi hermana pequeña, pero sin las coletas era una estrella. Se ponía de pie frente al espejo del armario, y se observaba en las ventanas del apartamento. Entonces vi cómo la miraban los vecinos, cuando bajaba corriendo las escaleras para ir a por el pan por las mañanas. Los chicos de calle abajo la esperaban por las tardes, solo para que pasase por su lado. Comencé a creerlo también, aquel verano. Toda protagonista viene de alguna parte, después de todo. Nadie nace con los focos sobre la cara. Esta viene de Bengala, aquella de Lucknow. Algunas de ellas procedían de familias muy normales. Ahora tenían dinero, tenían fama. Así que, ¿por qué no Jojo? ¿Por qué no mi hermana? Todos estábamos atrapados en eso, en aquella fantasía. Lo habíamos visto convertirse en realidad en otras chicas. Así que, ¿por qué no Jojo? John tenía un amigo que trabajaba para la MTV, solo como contable. Pero este contable conocía a gente en la cadena. De modo que John pidió una tarde libre en el trabajo y llevó a Jojo a Andheri East, a conocer a algunas personas en la MTV. Cogieron el tren, y después un autorickshaw. Volvieron muy entusiasmados. El ejecutivo de la MTV, un inglés, dijo que era encantadora y preciosa. Imagine. No sacó un trabajo de aquello, pero era emocionante solo el hecho de conseguir una reunión con alguien tan importante. Una distancia tan enorme, desde nuestro pequeño piso hasta la MTV, y la habían cruzado en una sola tarde. Lo imposible era posible. Así que entonces terminó el verano, y Jojo se matriculó en la escuela, pero la escuela no parecía tan importante. Iba a clases de baile, y clases de interpretación. Hablaba con productores, directores. John la llevaba a veces, a menudo, a aquellas reuniones en Bandra, en Juhu, en Film City. En su trabajo estaban preocupados, y después disgustados. Me preocupé. Pero él decía: las grandes recompensas requieren grandes riesgos. Necesitamos mirar al frente y lejos, y no tener miedo. No tengas miedo. Y yo traté de no tenerlo. Pero lo tenía. Tenía miedo por Jojo. Vi lo mucho que ella creía en su futuro. Todo el mundo lucha, decía. Tienes que luchar. Aishwarya luchó, incluso Madhubala luchó. Así que tengo que luchar, decía Jojo. Pero al final ganaré, decía. Lo haré.

Una brisa lujosa vino del mar, haciendo ondear en una oleada púrpura el sari de una mujer que paseaba, removiendo el pelo de Mary sobre sus ojos. Pero ella estaba lejos, no hablándole a Sartaj sino a si misma.

—Todos estábamos absortos en la lucha. Ahorré dinero para las clases de Jojo. John siempre estaba telefoneando a sus nuevos amigos del estilo MTV,

manteniéndose en contacto. Él también era un nuevo John. No había visto tanto entusiasmo en él en mucho tiempo. Fui con ellos, John y Jojo, a una o dos de esas fiestas filmi y de televisión. Fiestas con los rostros famosos de la tele. Archana Puran Singh por aquí, Vijayendra Ghatge por allí. Vi cómo John estrechaba manos y reía, cómo abrazaba y daba palmaditas en la espalda. Aquella noche en la cama me abrazó y me lo explicó. Así es como se funciona en este negocio. Así es como consigues trabajos. Todo se trata de contactos, todo se trata de buena voluntad. Así es como va. Así fue como pasamos aquel año, al borde de algo grande. Eso es lo que parecía. Jojo consiguió un trabajo, y después otro. El primero fue un pequeño anuncio de zapatos Dabur para la televisión, bailaba con otras dos chicas sobre la isleta en medio de una carretera. Teníamos la tele puesta, esperando a verlo un martes por la noche. Cómo gritamos cuando de repente ella apareció allí. Jojo en la tele, bailando. Bailamos, y John abrió una pequeña botella de champán de una compañía aérea, que había conseguido a través de su amigo contable, y todos bebimos directamente de la botella. Después del baile en la carretera, estábamos muy seguros. Nada podría detenernos ahora. Solo era cuestión de tiempo. John decía eso todo el rato, solo cuestión de tiempo. Pero no llegaba nada. Jojo estaba martirizada por innumerables reuniones, «Vuelva a vernos otra vez, todavía estamos pensando», pero entonces de alguna forma siempre era la otra chica. Jojo solía pensar y hablar sobre ello sin cesar, ¿por qué no yo? Ella y John hablaban de ropa, maquillaje, actitud. La próxima vez haremos esto. La próxima vez será así. Planeaban y planeaban. La próxima vez. Y entonces los pillé.

Paró en seco, y se apartó el pelo de la cara. No estaba mirando a Sartaj, pero ahora estaba con él, ya no en el recuerdo.

—¿Pilló? —preguntó Sartaj con mucha suavidad.

Ella se aclaró la garganta.

—Estaba en el trabajo. Comencé a sentirme muy enferma, débil. Había una fiebre vírica circulando en aquel momento. Todo el mundo la tenía. Se podía notar la calentura en mi piel. El dueño de la tienda me dijo: vete a casa. Así que fui a casa. Estaban en mi cama.

Siempre había peligro en este momento, cuando el sujeto revelaba su humillación por primera vez. Un toque demasiado pesado, incluso de simpatía, y podías perderlo mientras él o ella se acurrucaba en su dolor recién expuesto, se cerraba y ocultaba todo detalle esencial.

—Entiendo —dijo Sartaj—. Él debió de intentar decir que todo estaba bien, que no había cambiado nada.

Ante esto ella se sintió ligeramente asustada, sorprendida por él, y entonces Sartaj pudo ver el brillo de sus pupilas.

—Sí —respondió ella—. Creo que tenía la idea de que podríamos vivir felizmente todos juntos. Que yo seguiría trabajando para ellos, ganando dinero para vestirles a ambos y mandarlos a sus reuniones.

—¿Y ella?

—Ella... ella estaba enfadada conmigo. Como si yo hubiese hecho algo malo. «Le quiero», dijo. No dejó de decir eso. Le quiero. Como si yo no lo hiciese. Al final lo dije. Es mi marido, añadí. Y ella me respondió, no, tú no le quieres. No puedes. Estaba gritando. Y yo estaba tan enfadada... Oír a mi hermana decir eso. Saber lo que mi hermana y mi marido habían hecho. Fuera, le dije. Vete.

—¿Entonces?

—Él se marchó con ella. Volvió dos días después para coger su ropa.

—Sí.

—Después nos divorciamos. Fue muy difícil. No podía pagar el alquiler. Intenté entrar en el albergue de mujeres, pero no tenían sitio. Durante un tiempo me quedé en la Asociación de Jóvenes Cristianas. Después tuve que vivir en un jhopadpatti, en Bandra East. He visto toda clase de lugares.

—¿No quiso volver a casa?

—¿Con mi madre? ¿A la casa donde crecí con Jojo? No, no podía vivir allí. No podía volver.

Así que incluso una chabola sería mejor, mejor que aquel hogar que había quedado muy atrás.

—Ahora tiene un buen sitio —dijo Sartaj.

—Costó un tiempo. Empecé en este salón de belleza barriendo el pelo del suelo, lavando las tijeras y los peines.

—¿Volvió a verla?

—Dos, tres veces. El juez te hace ir a terapia matrimonial antes de concederte el divorcio. Ella estaba allí para encontrarse con él después. No le hablé. Después la vi cuando el juez concedió el divorcio.

—¿Y después de eso?

—Supe de ellos una o dos veces, por familiares y amigos. Vivían en Goregaon. Todavía intentaban meterla en películas, cualquier cosa. Una vez la vi en televisión, algún anuncio de saris. Bas, eso fue todo.

—¿Nunca volvió a hablar con ella?

—No. Mi madre también estaba muy enfadada con ella. Ma estaba enferma, y Jojo intentó ponerse en contacto, pero Ma dijo que no, no quería hablar con ella, con aquella niña pecadora, sinvergüenza. Murió sin haber hablado con Jojo. Y yo de verdad no quería saber nada de ella.

—Así que, ¿ni siquiera una pequeña noticia de alguna parte?

Ella asintió con la cabeza.

—Una vez. Tal vez dos, tres años más tarde. Tengo una tía en Bengala. La hermana de mi madre. Dijo que había visto a Jojo en el aeropuerto.

—¿Su tía habló con ella?

—No. Sabía lo que había hecho.

—¿Jojo iba a coger un avión?

—Sí. Debió de haber ganado dinero. No sé cómo. No sé nada de ella. Sobre lo que le pasó.

Lo que le pasó. Cómo una adolescente ambiciosa, perdidamente enamorada, se convierte en una comerciante de cuerpos, cómo termina muerta, asesinada por un bhai suicida. Sartaj no sabía cómo, pero podía imaginarlo, el descenso desde fiestas filmi hasta muchos tipos de submundos.

—Nosotros también tenemos muy poca información sobre ella —dijo—. Trabajaba en televisión, producía algunos espectáculos. Había algunas otras actividades.

—¿Actividades?

—Estamos investigando. Cuando sepamos más, se lo diré. Si oye algo, cualquier cosa, por favor llámeme.

Lo haría, pensó Sartaj. Ahora tenía cierta esperanza en él. A partir de estos pequeños pedazos, estos fragmentos, tal vez pudiera reconstruir a su hermana, y perdonarla, a ella y a sí misma.

—Me alegra que haya hablado conmigo —añadió él.

—Era una chica dulce —contestó Mary—. Cuando éramos pequeñas, le daban miedo los truenos. Solía gatear hasta mi lado de la cama tarde por la noche y empujaba la cabeza contra mi estómago y se dormía.

Sartaj asintió. Sí. Jojo también era aquella pequeña asustada, agarrándose a su hermana. Era bueno saberlo. Llevó a Mary a casa. Desde el coche, la observó subir las escaleras hasta su cuarto. Se encendió la luz en el interior, y él dio marcha atrás para entrar en la calle principal. De camino a casa, mientras giraba a la izquierda en la curva de Juhu Chowpatty, empezó a llover.

Iffat-bibi llamó a Sartaj justo cuando él estaba terminando su cena de pollo afgano y *tanduri roti* del Sardar's Grill abajo en la calle.

—Saab, tengo una respuesta.

—¿A mi pregunta?

—Sí. A Bunty lo thokoaron dos pistoleros por cuenta propia.

—¿Trabajando para quién?

—Para nadie. Fue personal. Bunty le quitó una chica a uno de ellos hace unos tres, cuatro años.

—¿Le quitó?

—A ella le gustó más el dinero de Bunty que el del pistolero freelance. Ese idiota estaba enamorado de ella.

De modo que Bunty había muerto por una mujer, no por la tierra o por el oro. O por algo que ver con Ganesh Gaitonde.

—De acuerdo —respondió Sartaj.

Bunty había herido a un amante, y el amante había esperado y había cultivado su

enfado y había sido paciente hasta que la fortuna de Bunty cayó en un profundo declive.

—De acuerdo.

—¿Los quieres?

—¿A quiénes?

—A los pistoleros free-lance. Sabemos dónde están justo ahora, dónde van a pasar la noche. Dónde estarán mañana.

—¿Quiere dármelos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Piensa en ello solo como un regalo entre nuevos amigos.

Su urdu era impecable, y su voz podía volverse mullida y suave.

Sartaj se puso de pie, se estiró y caminó hacia el balcón. Se inclinó sobre la reja, y observó las copas de los árboles balanceándose bajo la brisa húmeda. Las lámparas lanzaron las sombras de las hojas por las superficies lisas de los coches.

—¿Saab?

—Iffat-bibi, no merezco tal regalo. Tiene una vieja relación con Parulkar saab. ¿Por qué no se los da a él? Yo no manejo estos bhais y bandas y asuntos de pistoleros.

—¿Es esto cierto? ¿O crees que no soy digna de darte algo?

—Arre, no, bibi. Solo temo que, cuando llegue el momento, no tenga nada igual que darle a cambio. Soy un hombre insignificante.

Ella hizo un sonido chasqueante lleno de exasperación.

—El hijo es justo como el padre. Está bien, está bien.

—Bibi, no pretendía ofender.

—Lo sé. pero, de verdad, solía decirle esto también a Sardar saab, ¿cómo progresarás si no haces negocios grandes? Y él siempre me contestaba: «Iffat-bibi he Volado todo lo alto que puedo. Deja que mi hijo vaya más lejos».

—¿Decía eso?

—Sí, hablaba de ti a menudo. Me acuerdo cuando aprobaste el doceavo curso, repartió dulces. Pedas y barfis.

Sartaj se acordaba de los pedas, su sabor a azafrán que contenía todo el futuro.

—Tal vez soy también como él, sí. Parulkar saab ascendió.

—Sí, todo el tiempo con ayuda de Sardar saab. Mira, Parulkar era un tipo perspicaz desde el principio. Siempre pensando, pensando. Hubo ese caso, una banda de ladrones en los muelles.

Le habló sobre esa banda, que tenía gente dentro y fuera de los muelles. Robaban mercancías, por supuesto, pero también se llevaban equipamiento y combustible, cualquier cosa que valiera algo de dinero. Parulkar descifró el caso, con muchísima ayuda de Sardar Saab, sus contactos y fuentes, Sardar saab estaba contento de darle todo eso. Pero cuando llegó el momento de los arrestos, Parulkar dejó que un inspector superior cogiera a los apradhís y se llevara todo el mérito.

—Habría sido un gran caso para Parulkar, pero él miró más allá, ¿entiendes? Perder algunos arrestos fuertes ahora, pero beneficiarse más tarde.

—Él es así de rápido.

—Más rápido de lo que te imaginas. Pero no has aprendido mucho de él.

Sartaj sabía que ella estaba sonriendo, y no pudo evitar sonreír también.

—¿Qué se va a hacer, bibi? Somos quienes somos.

—Sí, somos como nos hace Alá.

Se despidieron, y Sartaj volvió a picotear su pollo. Se moría por un peda, pero era tarde y estaba cansado. Se reconfortó con otro trago de whisky, y se prometió a sí mismo dos pedas para la comida. Estaba seguro de que iba a ser un buen día.

A la mañana siguiente la lluvia se había convertido en uno de esos monzones torrenciales interminables como si el cielo se hubiese colapsado bajo el peso del agua. Sartaj corrió desde el coche a la comisaría, y para cuando estaba bajo cubierto tenía los hombros empapados. Podía notar el agua dentro de los zapatos.

—Su novia le está esperando, Sartaj saab —dijo Kamble desde su posición privilegiada en la balaustrada de arriba en el primer piso. Estaba inclinado hacia fuera, con la cabeza cerca de la fluida caída del agua desde el techo, cigarrillo en mano.

—Kamble, amigo mío —contestó Sartaj—, estás lleno de malos hábitos y malas creencias.

Tuvo que elevar la voz para que le oyesen por encima del golpeteo del agua sobre los ladrillos. Kamble le devolvió una sonrisa burlona, muy cómodo con su maldad. Para cuando Sartaj subía las escaleras, se estaba encendiendo otro cigarrillo y ya tenía lista su respuesta:

—A veces se necesita a un malo como yo, Sartaj saab —dijo—, para todo el trabajo malo que hay que hacer en este mundo.

—¿Desde cuándo te has vuelto filósofo, chutiya? Antes nunca necesitabas ninguna excusa, así que ahora no empieces a culpar al mundo. ¿Quién está esperando?

—Arre, su novia del CBI, jefe. ¿Tiene tantas que no sabe cuál viene a verle?

Anjali Mathur estaba en comisaría.

—¿Dónde? —preguntó Sartaj.

—En el despacho de Parulkar saab.

—¿Y Parulkar saab está ahí?

—No, ha tenido una llamada, ha tenido que correr para ir a una reunión con el CM en el Juhu Centaur.

—Con el CM. Muy impresionante.

—Nuestro Parulkar saab es un hombre muy impresionante. Pero no creo que le guste demasiado su chaavi, Sartaj saab. Solo es que veo algo en su mirada. Quizá él

también la quiere.

Sartaj le dio un golpe a Kamble en el hombro.

—Tienes una mente muy sucia. Déjame ver de qué va esto.

Recorrió el pasillo. De hecho, Kamble era sucio, pero tal vez solo era que él sentía más diversión en la misma suciedad en la que todos nadaban. Por supuesto que entendía la política de la comisaría, y sabía todo lo que sucedía en ella. Sartaj saludó con la cabeza a Sardesai, el asistente personal de Parulkar, que le hizo un gesto con la mano hacia la puerta de Parulkar. Sartaj llamó a la puerta y entró. Anjali Mathur estaba sentada sola en el sofá al fondo de la habitación, en el extremo más alejado del escritorio de Parulkar.

—Namaste, señora —saludó Sartaj.

—Namaste —respondió ella—. Por favor, siéntese.

Sartaj se sentó y le contó lo que había averiguado a través de Mary, que era muy poco. Como de costumbre, asimiló la información, tal cual, y después se quedó absolutamente callada. Estaba deliberando. Hoy llevaba un salvar-kamiz rojo oscuro. Color vino, pensó Sartaj. Un tono interesante sobre su piel marrón oscuro, pero era holgado, y le cubría de forma bastante impersonal. Ahí no había ningún corte, ninguna personalidad. Su rostro tenía la misma forma, cerrado.

—Shabash —dijo ella—. Cualquier cosa pequeña es importante. Ya lo sabe usted. Es imprevisible qué resolverá un caso. Ahora tenemos dos cosas que decirle. Una, que Delhi ha decidido detener esta investigación. Estábamos interesados en el regreso de Ganesh Gaitonde a Mumbai, sus razones para ello, qué quería aquí. Pero, por lo que hemos averiguado, Delhi no cree que haya bastante para justificar mayores indagaciones. Francamente, a nadie le importa. Dicen: Gaitonde está muerto, acabado.

—Pero usted no cree que esté acabado.

—No entiendo por qué estaba aquí, por qué se mató, qué buscaba. A quién estaba buscando. Pero me han pedido que vuelva a Delhi. Parece que hay cosas más importantes en las que trabajar.

—A nivel nacional.

—Sí. A nivel nacional. Pero le agradecería mucho si continuase indagando el asunto un poco. Le agradezco mucho su trabajo. Si pudiera continuar, tal vez obtendríamos algunas respuestas a nuestras preguntas.

—¿Por qué está tan interesada en Ganesh Gaitonde? Era un gángster corriente. Está muerto.

Ella pensó un momento, consideró sus opciones.

—No hay mucho que se me permita contarle. Pero estoy interesada en él porque estaba relacionado con cierta gente muy importante, con hechos a nivel nacional. Fuera lo que fuera lo que le trajo de vuelta, podría tener un efecto en acontecimientos futuros.

Y quiere que arriesgue la cabeza bajo esos enormes gigantes, pensó Sartaj. Quiere

que ponga los golis en el camino de esas ruedas que se acercan, chirriando. Quiere implicarme en los asuntos del RAW. Intriga internacional, proezas en tierras extranjeras. James Bond desi. Sabía que la agencia existía en alguna parte, le habían dicho que existía, pero todo era muy fantástico y muy alejado de su vida normal. En realidad, nunca había sentido que fuese real, todas esas cosas siniestras de espías. Y sin embargo allí estaba realmente, la pequeña Anjali Mathur, con su salvar-kamiz rojo oscuro, sentada en el sofa a pocos centímetros de él. Y estaba interesada en la muerte y la vida de Ganesh Gaitonde.

La siguiente pregunta era obvia, pero Sartaj se abstuvo de hacerla: ¿por qué está interesado el RAW en nuestro amigo Ganesh Gaitonde? Quizá algunas de las personas importantes con las que Gaitonde tenía contactos estaban en el RAW, quizá habían existido algunos negocios mutuos entre la agencia y Gaitonde, pero Sartaj no lo quería saber. No quería seguir en esta habitación, con la silenciosa Anjali Mathur. Quería regresar a su propia vida.

—Sí —contestó—. Muy cierto.

Se quedó callado. Esas cosas del RAW sucedían muy lejos de él, como debía ser. No tenía ninguna pregunta, no quería respuestas. Estaba listo.

—Tengo que regresar —dijo al final Anjali Mathur—. A Delhi. Pero le estaría agradecida si continuase investigando este asunto. Para usted hacerlo sería totalmente lógico, esperado. Si averigua cualquier cosa, aquí tiene mi número en Delhi. Por favor, llámeme.

Sartaj cogió la tarjeta y se puso de pie.

—Lo haré —respondió.

Ella asintió, pero él sabía que ella veía sus nervios, su deseo de salir de la habitación, irse. Fuera, Kamble estaba sentado en el banco de las visitas, con una pierna cruzada cómodamente sobre la otra.

—¿Qué ha pasado, jefe? —preguntó con su mirada lasciva de costumbre.

—Nada —respondió Sartaj—. Absolutamente nada. No ha pasado nada. Nada pasará.

La vida corriente tiene sus propios placeres sabrosos. Sartaj estaba comiendo pollo muy picante al estilo de Hyderabad con Kamble cuando el móvil sonó y comenzó a deslizarse lentamente por la mesa. Sartaj lo empujó con suavidad de vuelta con un nudillo, y vio que quien llamaba era Wasim Zafar Ali Ahmad.

—¡Arre, servilleta, servilleta! —gritó al camarero y descolgó con el pulgar—. Espere —logró decir antes de que la tos le atrapase la garganta.

—Saab, tome un sorbo de agua —dijo Wasim Zafar Ali Ahmad de forma paternal cuando Sartaj pudo por fin ponerse el teléfono sobre la oreja.

—¿Qué quieres?

—Está comiendo, saab. Tengo su postre.



—¿El tipo de Bihar y los chicos?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Vienen hoy después de medianoche para recabar dinero de un comerciante de mercancías robadas.

—Después de medianoche. ¿Cuándo?

—Solo sé que el encuentro es después de medianoche, saab. Tal vez están siendo cuidadosos. Pero tengo una dirección exacta.

Sartaj anotó el nombre de la calle y los puntos de referencia y el nombre del comerciante. De hecho, Wasim era muy exacto.

—Saab, hay muchas kholis en el camino de esa parte de la carretera, y siempre hay gente moviéndose por allí, incluso por la noche tarde. Así que debe entrar con cuidado, de lo contrario habrá problemas.

—Chutiya, hemos hecho miles de arrestos así. Este no será nada especial.

—Sí, sí, saab. Claro que usted es el entendido en estos asuntos. No quería decir...

—Todo lo que importa es que la información sea buena. ¿Es buena la información?

—Saab, es sólida. Ni siquiera sabe por lo que he pasado para conseguirla.

—No me lo cuentes. Manten tu móvil encendido esta noche.

—Sí, saab.

Sartaj dejó el teléfono. Cogió su tanduri roti y dio un bocado grande de pollo. Estaba delicioso.

—¿Qué haces esta noche? —le preguntó a Kamble.

Sartaj y Katekar estaban esperando. Iban disfrazados, con banians harapientas y pantalones sucios y deportivas usadas con suela de goma. Sartaj llevaba un patka viejo colocado con holgura sobre su pelo y remetido por detrás de las orejas, y pensaba que parecía un thela-vala bastante gallardo, elegante. Estaban sentados, reclinados, bajo un thela instalado sobre el pavimento, en una calle vallada con barrotes de hierro que bordeaba las vías del tren. Katekar se quejaba de las multitudes en los trenes.

—Este país está perdido —comentó—. La gente tiene bebés sin pensar más que los perros callejeros al tener cachorros. Por eso nada funciona, todo el progreso queda engullido por bocas nuevas. ¿Cómo puede haber desarrollo?

Este era uno de sus temas favoritos. Ahora en cualquier momento comenzaría a defender una dictadura científica, el registro universal y las tarjetas de identidad, y una política estricta de control de natalidad. Pero entonces ambos se quedaron en silencio mientras un tren casi vacío pasaba traqueteante a su lado. Durante el día manadas de hombres colgaban de las puertas, hinchándose hacia fuera por encima de las vías veloces, suspendidos de las yemas de los dedos y de los pies.

—Casi una hora desde el último tren —dijo Katekar.

Eran casi las dos y media.

—Observe. Una lluvia fuerte y los trenes pararán. Esta línea central chutiya, si diez colegiales se pusieran en fila y measen sobre las vías, el servicio bhenchod se vería afectado.

Sartaj asintió. Todo esto era cierto, y era un relajante placer estar echado bajo un thela y quejarse. Ya se habían quejado de la municipalidad, los empresarios, los traslados de funcionarios y policías honestos, los mangos caros, el tráfico, demasiadas construcciones, los edificios que se desplomaban, las alcantarillas atascadas, el Parlamento indisciplinado e incivilizado, la extorsión de los rakshaks, las películas malas, el que no valiese la pena ver nada de la televisión, la interferencia norteamericana en los asuntos del subcontinente, la desaparición de Rimzim de los puestos de refrescos, las peleas interestatales sobre las aguas del río, la falta de buenas escuelas de lengua inglesa para niños cuyos padres no tuviesen cargamentos de dinero, la representación de la policía en las películas, las largas horas de trabajo no remuneradas, el trabajo, y el trabajo. Cuando te has quejado bastante sobre cualquier otra cosa, siempre queda el trabajo, con sus horas atroces, su monotonía, sus complicaciones políticas, su ingratitud, su agotamiento.

Sartaj bostezó. Cerca de la valla de hierro había una hilera de kholis con techos de hojalata. Algunas de kholis tenían dos pisos, y tenían escaleras de mano inclinadas, postes con estacas, en realidad, para permitir el acceso a los niveles superiores. A unos dos tercios del camino, Siguiendo la hilera había una casa pucca de apariencia robusta, nueva y aún sin acabar. Había una luz encendida tras una ventana cubierta de papel de periódico en uno de esos pisos superiores, y en aquella habitación era donde se esperaba esa noche a los apradhis. No lejos de la ventana iluminada, al final de la hilera de kholis, el PSI Kamble y cuatro agentes estaban envueltos en sábanas sobre el pavimento, tratando de parecer trabajadores cansados sumidos en un sueño rápido y profundo. Sartaj estaba bastante seguro de que se estaban quejando. En aquella zona de kholis, había una pila inclinada de basura, con una cresta más alta que la cabeza de un tipo alto, amontonada contra una pared de ladrillo. Sartaj había pasado por su lado muchas veces en los últimos años, esta montaña maloliente, que había crecido y se había hundido muchas veces pero nunca desaparecido, y ahora, a esa distancia, pudo ver el brillo de neón azul, verde y amarillo de las bolsas de plástico parpadeando desde sus capas arqueológicas. Como agente superior en la operación, tenía el privilegio de evitar el hedor gigantesco, de forma que Kamble y los otros yacían justo bajo su influencia, y Sartaj sabía que le estaban maldiciendo. Pensar en Kamble sujetando un pañuelo perfumado sobre la nariz hizo que Sartaj sonriera.

Entonces Katekar se paró en medio de una queja. Dos hombres subían la calle, apoyándose uno contra el hombro del otro.

—Borrachos —dijo Katekar, y estaba en lo cierto.

Eran solo dos, y era improbable que los apradhis de verdad se tambaleasen

borrachos acudiendo a una reunión con un comerciante de mercancía robada para recoger dinero. No obstante, Sartaj se puso tenso, observó. Los borrachos pasaron por su lado, riendo tontamente. Bajo la calle y tres callejones a la izquierda había un barucho y un garito de juego. Los hombres iban del uno al otro y después se marchaban a casa. Estos dos estaban contentos, lo que solo podía significar que se despertarían por la mañana para descubrir lo que habían perdido. Sartaj les miró alejarse, sintiendo cómo el hormigueo tibio de la satisfacción anticipada le movía los hombros. Cogería a los apradhis esa noche. Pillaría a los bastardos, y dormiría bien después. Lo había hecho bien para Wasim Zafar Ali Ahmad, y ahora era su turno de ganar.

Katekar, por el momento, se había quedado sin cosas de las que quejarse, así que ahora estaba contando una historia de polis. En los viejos tiempos, dijo, en la etapa muy temprana de su servicio, conoció a un viejo inspector llamado Talpade. Este Talpade estaba arrugado y retorcido, manchado no solo por el paan que mascaba sin cesar, sino también por los cuatro casos de corrupción contra los que había luchado y había sobrevivido. Se decía —y en general se creía— que había matado a más de una docena de hombres inocentes durante su carrera, que les había matado a tiros durante disturbios y eliminaciones. En una ocasión había pegado a un apradhi hasta matarlo en el calabozo, y había sido suspendido durante once meses antes de conseguir escaparse de aquel asunto salpicado de sangre, principalmente repartiendo dinero arriba y abajo de la cadena de mando hasta que incluso sus más ardientes admiradores y enemigos se maravillaron.

Dos años antes de su jubilación, Talpade se enamoró de una bailarina. Había algo admirable en un hombre de esa edad preso de una gran pasión. Por supuesto era ridículo: encargó ropa nueva a medida, su pelo *mahendi*, de repente, se volvió negro azabache, los dientes le brillaban con un blanco sobrenatural. Pero había que reconocer y respetar lo total de su devoción. Iba todas las noches a rendir culto al altar de su amada, la llevaba a casa desde el bar donde trabajaba, le daba mensajes de sus amantes. Sí, ella tenía otros hombres, más jóvenes y más guapos, pero Talpade aceptaba este dolor como el precio por su proximidad a ella, y lo sufría con gratitud humilde. Estaba transformado. Había algo nuevo moviéndose bajo las arrugas de la edad en su rostro, bajo los valles amargos... solo tenías que pasar un minuto con él para saber que era alegría.

La fuerza le sonreía. No era su paso de gallo viejo o las nuevas gafas oscuras que lucía. El problema es que amaba a Kukoo («justo como esa actriz de tiempo atrás»), y como Talpade le contaba a cualquiera que se parase y escuchase, Kukoo era tan hermosa como una manzana de Cachemira, y nadie podía negar el encanto delicado y fatal de las *nakhras* de Kukoo. Pero ella era un hombre. Decía tener diecinueve años, pero había bailado en varios bares durante los últimos cinco años, así que era más posible que tuviera veinticinco, como poco veintidós o así. Tenía un lujoso pelo liso hasta la parte inferior de la espalda, aclarado hasta un color casi dorado impactante,

un trasero coqueto de sorprendente redondez, y labios opulentos que merecían un poema propio. Pero jamás hubo duda de que Kukoo fuese un hombre. Ella nunca trató de ocultarlo. Tenía el torso delgado, largo, y la voz ronca. Pero aun así acumulaba admiradores mientras se movía de bar en bar, aumentando sus ingresos cada vez.

De modo que, ¿por qué se había convertido Talpade en tal *majnún* por Kukoo? ¿Era, después de todo —a pesar de su matrimonio largo y tres hijos—, un gaandu, literalmente? La mayoría de los hombres y mujeres del cuerpo lo creían. Pero sus amigos, y quienes estaban cerca de Kukoo, sabían que Talpade jamás la había tocado. No es que ella se hubiese negado, no, Kukoo tenía un sentido desarrollado de forma elegante acerca de hasta dónde se puede provocar a un hombre, y sobre todo era práctica. Sabía cuándo ser tímida y cuándo ser muy directa. Pero Talpade no quería cogerla y apretarla y poseerla, se sentía contento con sentarse a su mesa habitual, justo a la izquierda de la pista de baile, y mirarla. Sobre el plateado brillante de la pista de baile, era de veras algo que mirar, flotando sobre el loto de su ghagra que daba vueltas, su cintura girando como una fina corriente de agua. Bajo aquellas maliciosas luces negras y rojas era más bonita que cualquier otra chica en el bar, más elegante que cualquier mujer fuera en la calle. Talpade se sentaba y bebía Old Monk y miraba a Kukoo. Le daba dinero justo antes de marcharse, nunca la llamaba como los otros hombres para que fuera a su mesa a coger el dinero, nunca esperaba nada aparte de una mirada esporádica y una sonrisa. Era feliz hablando con amigos que iban al club, bromeaba con los camareros, su concentración en Kukoo no era lo bastante única u obsesiva como para ser alarmante, pero era obvio que solo le importaba ella.

Su mejor amigo, David, se emborrachó y se puso muy pesado una noche, agarró la mano de Talpade y dijo:

—Bastardo, ven, tócale esa cosa que tiene entre las piernas. Entonces sabrás qué es.

Talpade respondió:

—Sé que no es una mujer.

—¿Y entonces?

—Me gusta mirarla.

—Dime por qué.

—Tan solo me hace sentir bien.

eso es todo lo que dijo. David insultó a Talpade por someterse al ridículo público, por gastar dinero y no conseguir nada, por la estupidez sin más. Talpade sonrió y volvió a observar a Kukoo.

Dos meses después, Kukoo llamó a David. Le contó que Talpade ahora lloraba al mirarla. Lo había hecho durante las últimas tres noches, la miraba durante horas como de costumbre, y después, muy tarde, lloraba sin hacer ningún ruido y sin ninguna señal de que fuese infeliz.

—Finalmente se ha vuelto loco —dijo Kukoo.

Quería que el amigo alejase a Talpade de ella. La deprimía con sus enormes ojos llorosos, y ofendía a los demás clientes, que iban a divertirse, no a llorar.

En esa ocasión, David preguntó con delicadeza:

—¿Por qué?

Talpade contestó:

—Ella me recuerda mi infancia.

Lo sacaron del bar, lo llevaron a casa, lo acostaron. La familia llamó a los médicos, se mantuvieron pendientes de Talpade, lo consolaron y le hicieron tomarse el descanso prescrito. Regresó al trabajo dos lunes después, y aquella misma noche fue al Golden Palace, donde Kukoo bailaba entonces. Esta vez, cuando él empezó con su tamasha habitual, ella hizo que los gorilas lo sacasen, les siguió hasta la calle y le gritó a Talpade:

—No me sigas.

Una vez tuvo miedo de él, pero ahora no podía controlarse a sí misma.

—Bastardo, haciendo un drama por nada. No quiero volver a ver tu cara.

Talpade la obedeció. Nunca intentó volver a verla. Siguió con su vida, pero era un hombre apático, vacío de toda fuerza feroz y energía. Murió cuatro meses después, se fue sin sufrir mientras dormía.

Sartaj suspiró. Aquel era el final de la historia. Como todas las otras historias de polis que a Katekar le gustaba contar, esta se terminaba de repente y permanecía como un enigma, negándose a revelar una moral o siquiera un propósito. Sartaj la había oído antes, de otra gente, y por los detalles creía que era cierta. Sin duda al ser contada y circular, había embellecido y había cambiado.

—Son ellos —dijo Sartaj.

En ese momento había tres figuras haciendo sombra sobre el pavimento, arriba a lo lejos, en realidad demasiado lejos para divisarlas, pero Sartaj sabía que eran masculinas, y que eran asesinos. Lo notó en los orificios de la nariz, en los dientes. Forzó hacia atrás la mitad superior de su cuerpo, que había levantado por anticipación, y volvió a aparentar que estaba dormido. Esperó.

—¿Cómo se llaman? —susurró Sartaj.

—Bazil Chaudhary, Faraj Ali y Reyaz bhai.

En la distancia, se oía el silbido particular de un Fiat que daba la vuelta a una esquina y, apenas perceptible, un rotundo zumbido electrónico procedente de una luz, y un tintineo metálico bajo las vías, todo el silencio de la ciudad. Los tres hombres pasaron por el lado de la posición de Kamble, y después por el lado de la ventana iluminada. Katekar soltó la respiración. Y entonces los tres se pararon, dieron la vuelta y regresaron. Uno subió, sacudiendo la parte inferior de la puerta del segundo piso.

—Bien —dijo Sartaj.

Katekar se deslizó por debajo del carro, se fue hacia la derecha. Sartaj fue hacia la

izquierda.

—Policía —gritó Sartaj—. Levantad las manos. No os mováis.

La gente de Kamble se movía en los límites de la visión de Sartaj, en algún lugar a su izquierda. Los tres apradhis estaban retorcidos juntos, como congelados en un apretado embrollo de caricatura, y después se rompieron, a la derecha y a la izquierda. Uno corrió subiendo la calle, y Sartaj dejó que saliera de su campo de visión, fuera de su vista. Estaba concentrado en el del medio, que había corrido hacia delante, después hacia atrás. Corría resbalando hacia atrás y hacia delante, sujetando algo brillante y afilado que se movía.

—Suéltalo, maderchod. Suéltalo. Manos arriba o te arranco la cabeza.

Algo repiqueteó sobre la calzada, las manos se levantaron y Sartaj arriesgó una mirada a la derecha. Katekar estaba apuntando hacia abajo hacia un hueco estrecho entre las casuchas, una abertura que conducía a la valla.

—Sal. bhenchod —llamó Katekar—. Tíralo.

Una hoja cuadrada salió hacia la luz. Un machete, pensó Sartaj. Estos bastardos estúpidos todavía llevan machetes. Aún tenía el pulso alto en la garganta por la victoria cuando una figura oscura explotó desde el hueco en sombras y colisionó contra Katekar. Sartaj oyó un silbido constante y después Katekar cayó sentado y el apradhi salió corriendo. Sartaj dio dos pasos atrás, estabilizó el brazo, logró la agilidad pulcra al mirar hacia delante y hacia atrás, y después vio la enérgica y relampagueante figura del apradhi y disparó, dos tres cuatro veces. El apradhi resbaló y cayó al suelo. El relampagueo amainó lentamente en los ojos de Sartaj. Y Katekar todavía estaba sentado.

Sartaj se arrodilló a su lado. Un fluido oscuro goteaba por la nuca de Katekar a sacudidas constantes.

—La arteria —dijo Kamble desde alguna parte sobre la cabeza de Sartaj.

—El Gypsy —gritó Sartaj—. Traed el Gypsy.

Se buscó a tientas en el bolsillo, puso su pañuelo sobre Katekar y la sangre brotó con facilidad por los dedos de Sartaj, subió y creció sobre su muñeca.

—Aquí —indicó Katekar con calma—. Aquí.

Tres de ellos levantaron a Katekar para meterlo en el coche. Sartaj se peleó con sus piernas, y Kamble le susurraba al oído, tan cerca que Sartaj notaba sus labios sobre la barba:

—Los tres apradhis murieron en la operación. ¿Sí?

Sartaj oyó los sonidos leves a través del rugido de su propio pánico. Negó con la cabeza y corrió alrededor del coche y se tiró al asiento.

Kamble cerró de un golpe la puerta de atrás. La luz cayó sobre su rostro desde arriba, dividiéndolo en triángulos de negro y dorado.

—Los tres —dijo—. Los tres acabados.

No había tiempo para hablar. Después iban a toda velocidad al lado de la valla desdibujada, y Sartaj trataba de mantener a Katekar recto y tenía una mano sobre la

herida. Entonces Sartaj captó el sentido de lo que había dicho Kamble. El jeep dio un bandazo a la izquierda, y oyó los tiros, simples estallidos, una serie rápida.

Al llegar a la Clínica Jivnani, a las dos cuarenta y seis de la madrugada. Ganpatrao Popat Katekar fue declarado muerto.

Sartaj se sentía viejo. Por el papeleo supo, volvió a recordar, que Katekar era cinco años mayor que él. Pero siempre había pensado en Katekar como más joven, como un joven. Katekar tenía una queja para cada hora del día, tenía antiguas canciones marathi, oscuros hechos científicos, tenía historias interminables sobre vidas cortas de hombres duros. Sentía un placer barrigón al engullir la maldad vetusta y curada de la ciudad, sus escándalos bien sazonados, sus crisis amargas, su injusticia ferozmente enmohecida, se hacía una comida de su carne resplandeciente y putrefacta. En ese momento, Sartaj tuvo que escribir «Causa de la muerte» en un recuadro de un formulario. Dio forma a las letras con cuidado, de alguna manera convencido de que la buena letra en un formulario departamental era una especie de muestra de respeto hacia el difunto. Repasó con tinta, lentamente, todo el escrito hasta un punto, y sus manos empezaron a agitarse. Fue una vibración que comenzó en los codos, un dolor que salía desde el hueso y llegaba directo a las palmas. Sartaj puso las manos bajo la mesa, sobre los muslos, y esperó a que pasase la agitación. Apretó los puños, los relajó. La agitación paró, después volvió. Sartaj miró alrededor. Dos agentes estaban sentados justo al otro lado de la puerta, podía verles los zapatos. El inspector de servicio, Apte, estaba en la oficina al otro lado del pasillo a la izquierda. Había dejado solo a Sartaj por preocupación, por compasión, para que tuviera privacidad. Sartaj inhaló, movió la silla hacia atrás. Las manos yacían sobre el algodón blanco sucio, temblando. Esa era la palabra: temblar. Ni movimiento, ni sacudida, sino un pequeño temblor que surgía desde dentro hasta la piel. Qué melodramático, pensó Sartaj. Pensó la palabra en inglés. «Melodramático». La recordaba. Hizo un esfuerzo y contuvo el temblor. Sujetándolo con delizadeza y con firmeza, dio la vuelta al formulario. Volvió a coger la pluma y se preparó, pero tuvo que dejarlo. Qué cosas más extrañas son las manos. Una panza recubierta por almohadillas bulbosas y carnosas, pelo suave recorriendo el dorso. Sartaj dobló un dedo hacia atrás contra la madera del escritorio. Si se apoyaba con el peso del hombro, sabía que el dedo se rompería. El dolor se mantuvo agudo ante la zumbante neblina de la confusión de Sartaj, como una luz azul en la niebla. Sartaj conocía el ruido que hace un dedo al romperse. Una vez le pidió a Katekar que lo hiciese, que le rompiera el dedo a un apradhi, un secuestrador, el hombre había acudido a recoger el dinero por una niña, la hija de un hombre de negocios raptada del parvulario. Fue el dedo meñique del secuestrador, en la mano derecha. Habían recuperado a la niña, de un hotel en Bhandup. El sonido de un dedo al romperse no es muy fuerte, pero es seco, más agudo de lo que esperas. Es un crujido rápido, como un petardo pequeño al estallar.

Katekar lo hizo. Sartaj le pidió que lo hiciera, lo hizo por la niña. Katekar tenía manos pesadas. Sartaj las recordó y liberó la presión de su propio dedo y se puso de pie. Esto era autocompasión, todo esto, las manos, los recuerdos, el formulario. Estaba evitando lo que sabía que tenía que hacer a continuación, lo que había postergado hasta la mañana: la visita a la familia de Katekar. Le había dicho a Apte: dejémosles dormir. ¿Por qué despertarles ahora, en medio de la noche?

Pero la luz era inevitable. Era momento de volver a ponerse el uniforme.

La mujer de Katekar lo supo tan pronto como abrió la puerta. Sartaj lo vio en su rostro. Había hecho sonar con suavidad el picaporte en el parte superior de la puerta, que ella abrió todavía con los ojos pegados y tropezando, y la frase que Sartaj había preparado —«Bhabhi, perdóname, por favor»— se desvaneció en el escalofriante conocimiento de su propia responsabilidad. Ella cerró la puerta tras de sí, y dobló los brazos sobre los adornos blancos, festoneados y elegantes del camisón suelto que llevaba. El camisón tenía un estampado de rosas, que se completaba con espinas en los tallos verdes. Sartaj solo la había visto con sus saris ligeramente brillantes, en ocasiones muy formales. Tal vez tres, cuatro veces en tantos años. Ella cerró los ojos por un momento largo, después los abrió. De repente había cambiado. Colocó su rostro huesudo hacia delante, como una proa, y alargó la mano y le tocó el antebrazo a Sartaj. Entonces él se dio cuenta de que había vuelto a temblar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Llevaron el cuerpo a casa al día siguiente a las dos. Tumbaron a Katekar sobre su cama, y quitaron la sábana en la que lo habían envuelto tras la autopsia. Después lo sentaron en una silla, y lo lavaron. Le habían cosido la herida en la parte baja de su cuello, a la izquierda. Parecía demasiado pequeña para matar a un hombre de barriga respetable, hombros pesados. Habían cerrado el corte largo de la autopsia con hilo negro grueso. Ahora la piel de Katekar tenía el color y la textura del cartón cuando se seca rápido tras empaparse con la lluvia del monzón, y Sartaj trató de no mirarle. Sartaj se apretó en una esquina y apartó los ojos de los hombres y mujeres que empujaban para entrar por la puerta, e intentó leer las etiquetas de los casetes amontonados junto al reproductor, al otro lado de la habitación. Oyó a la mujer de Katekar hablar con un familiar sobre cuántas botellas de queroseno se necesitaban, cuántas croquetas de estiércol de vaca, cuánta madera. Ahora estaban poniéndole ropa nueva a Katekar, su reloj pesado de acero en la muñeca. Su esposa se arrodilló y le deslizó las chappals en los pies. Tuvo que luchar para ponérselas, sujetó el talón de Katekar y empujó y después con suavidad apartó los dedos gordos del pie para que pudiesen entrar por el aro de piel. Pintó gulal sobre su frente, poniéndole una gota de tikka roja. Inclino la cabeza hacia atrás, estaba concentrada, seria. Otra mujer le llevó



una thali de acero, una cerilla chisporroteó y dibujó un arco llameante en el aire y Sartaj olió el incienso, aceite que se quemaba. Ella movió la thali en círculos lentos alrededor de los hombros de Katekar, la cabeza. Estaba llorando.

Fueron a pie hasta el shamshan ghat. Un hombre, otro agente de policía, llevaba un matka lleno de agua. Sartaj podía oír el sonido rítmico del agua mientras caminaba. La thali llena de flores y gulal la llevaba otro agente, cerca por detrás. Desde la thali, el agente arrojaba grano y gulal mientras caminaban. Entraron en el shamshan por una puerta alta de metal negro. De pie bajo la nave elevada abierta por los lados, con su tejado de hojalata arrugada, Sartaj podía oír el tráfico por encima de las paredes altas. Podía oír voces, colegiales gritando, los chillidos de un verduravala. En la parte de arriba de la pared, a través de ramas mustias, pudo ver carteles en la otra parte de la calle, un edificio comercial alto. Katekar yacía sobre la madera. Un hombre caminó al frente, Sartaj lo reconoció, Potdukhe, un agente superior que se había jubilado el año antes. Potdukhe tenía una cuchilla en la mano, una cuchilla de afeitar. Sujetó la manga blanca de Katekar con una mano, y con un movimiento rápido cortó la ropa desde el hombro hasta la muñeca. Sartaj encorvó los hombros: el paso sibilante de la cuchilla le llegó por encima de todos los sonidos de la calle. Tragó y se mantuvo quieto. Potdukhe rajó la otra manga, después desabrochó los botones de los pantalones de Katekar: no deben haber restricciones sobre el alma.

Se oyó el distante gruñido mecánico de vehículos que se detenían, y un momento después Parulkar entraba en el shamshan ghat. Caminó directo hacia Katekar, se quedó de pie sobre él un momento, y después retrocedió. Se colocó junto a Sartaj, y le puso una mano en la muñeca y la apretó. Después esperaron.

Las mujeres estaban de pie en la distancia, al otro extremo del lugar, cerca de la pared. Una hilera de policías uniformados giró, dio una pataca en el suelo, levantó los rifles sobre los hombros y los mantuvo en lo alto, hacia algo por encima, muy, muy lejos. Los hijos de Katekar, que estaban todavía con las mujeres, se estremecieron bajo el redoble de chasquidos como latigazos. Entonces los llevaron hacia delante, a través del grupo de hombres alrededor del féretro. Potdukhe puso una mano sobre el hombro del mayor, y lo condujo alrededor de su padre, en un círculo. El hijo... ¿Cómo se llamaba? ¿Su nombre...? Llevaba el matka lleno de agua, y el agua caía por un agujero, salpicando el suelo y danzando hacia arriba en chapoteos rápidos, entrecortados. Un sacerdote vestido con *dhoti* tenía ahora un trozo de madera en la mano, que parpadeaba por un extremo. De pronto Sartaj quiso ver el rostro de Katekar. Caminó hacia la izquierda, pero la madera estaba amontonada alta, y lo que pudo ver solo fue una espiral de ropa blanca, una barbilla, el puente de una nariz. Desde ese ángulo, cerca de la coronilla de Katekar, no había Katekar, solo algunos fragmentos. Sartaj se arrastró hacia la derecha, era importante ver a Katekar completo, pero era de demasiado tarde, el sacerdote estaba sujetando la mano del hijo, mostrándole cómo dar un golpecito con un palo en la cabeza de su padre. Fue un golpe pequeño, simbólico, pero a continuación el golpe real, del sacerdote,

resquebrajaría el cráneo. Sartaj tragó. Este siempre era el momento de los funerales en que se empezaba a sentir enfermo. Era necesario, volvió a decirse a sí mismo, o el cráneo explotaría bajo el fuego. Pero sintió cómo comenzaba a formarse un nudo en su estómago. Alguien, fue Parulkar, cogió a Sartaj del brazo, y con los otros hombres se movió hacia atrás, tres, cuatro, cinco pasos. Aun así, Sartaj oyó el crujido rotundo del cráneo al abrirse, y ahora Katekar estaba abierto hacia el cielo, completa y totalmente abierto. Su hijo se inclinó hacia delante, sujetando la madera ardiente. Hubo un leve desplazamiento en el interior de la pira, una serie de convulsiones minúsculas, rápidas, aceleradas. Se produjo este movimiento y el suave olor a ghi, ese olor de la infancia a bodas y Fiestas. Después, con una bocanada urgente el fuego prendió la pira, el cuerpo, Katekar. Entonces todo fue movimiento, saltando hacia arriba, muy arriba, y el calor se deslizó por el rostro de Sartaj. Miró cómo ardía el fuego, y no apartó la vista.

Después de que amigos y familiares se hubiesen marchado, después de que las cenizas se hubiesen enfriado, después de que hubiesen recogido las cenizas y las hubiesen llevado a casa y colgasen de un matka cerca de la puerta, después de todo, Sartaj se fue a casa. Había whisky, casi una botella entera, y Sartaj la sacó y la puso encima de la mesa de centro, con una botella de agua, pero después de servirse un trago el olor le hizo sentir náuseas. Así que cerró los ojos, se recostó en el sofá. Katekar estaba muerto, el asesino estaba muerto, los amigos del asesino estaban muertos, todo había acabado. Nada que hacer, nadie a quien perseguir. La muerte de Katekar fue un asesinato, un accidente, un acto del destino. Era una historia sencilla, de la forma en que Kamble y otros la contarían: tres apradhís acorralados, deberíamos haber disparado primero, atrapar a los bastardos, pero era la operación de Singh, Katekar se acercó demasiado y no disparó, así que murió. Caso cerrado. Estas cosas pasan. Es el trabajo. Pero después de todo eso, después de todo, Sartaj era incapaz de descansar con esta historia, de sentirse consolado por su pulcritud, por su nítida velocidad hacia el frente y su descanso final. Le acosaban las preguntas: ¿Dónde estaba Bangladesh?, ¿Qué era? ¿Dónde estaba Bihar? ¿Cómo viajan tres hombres miles de kilómetros, a una ciudad, a un tramo concreto de calle, a un agente que espera bajo un thela? Somos escombros, pensó Sartaj, lanzados al azar y chocando codo contra codo, rompiéndonos las vidas los unos a los otros. Sartaj abrió los ojos, y la habitación todavía era la de siempre, las sombras afuera le resultaban completamente conocidas, conocidas desde hacía mil noches. Este era su rincón en el mundo, seguro y familiar. Y sin embargo ahí estaba la pregunta, retenida en su pecho: ¿Por qué ha muerto Katekar? ¿Cómo ha pasado esto?

## INSERTO: EL GRAN JUEGO

—El propósito, el significado, la intención y la metodología del servicio de inteligencia es el discernimiento de pautas.

Los estudiantes están esperando, ansiosos por la revelación que les otorgará el entendimiento, afilará sus límites para la preparación, les permitirá sobrevivir y triunfar.

—La capacidad de percibir el método, el orden, el plan, es el mayor talento que un agente del servicio de inteligencia puede poseer —proclama K.D. Yadav, proyectando la voz hacia la parte de atrás de la sala—. El viejo refrán dice: una vez es casualidad, dos es coincidencia, tres veces es acción enemiga. Recordad eso. Si podéis ver las conexiones entre los puntos de información, ver la forma que dibujan, leer la historia que os cuenta el dato, ganaréis. Una patrulla detecta huellas de botas en una colina en Karakoram, un oficial de rango elevado destinado en Bruselas escribe un informe mencionando la venta de metros de cables de comunicación endurecidos. El que ve un significado en eso, gana.

K.D. dice «él», pero hay una mujer en la primera fila, una chica. La conoce desde hace años, la ha visto crecer de niña a joven de rostro serio, y una de las mayores satisfacciones de su vida ha sido observar aquella personalidad tan definida que le miraba atentamente desde el cochecito de bebé hasta crecer y convertirse en la mujer serena e independiente que se sienta delante de él ahora. Le gusta pensar que ha tenido algo que ver en ese crecimiento, en la alimentación de aquel coraje. Pero ¿cómo se llama? ¿Cómo puede no saber su nombre? ¿Cómo puede haberlo olvidado, cuando ha pronunciado ese nombre durante años, décadas?

Y entonces lo sabe. Entiende cómo lo ha olvidado. No ha olvidado su nombre en aquella sala de la casa en Safdarjung, en la clase que han escondido en un bungalow sin ninguna característica distintiva. Lo ha olvidado ahora, en esta habitación de hospital en la que yace. Estoy aquí, soy Karpuri Dwarkanath Yadav, siempre conocido como «K.D.». Estoy en una pequeña habitación blanca con las cortinas corridas. Estoy tumbado en una cama de metal blanca. No estoy dando clase, no estoy dando una conferencia. Estoy enfermo, por eso he olvidado su nombre. En la clase de verdad, hace años, lo sabía. Ahora no.

Ahora ella está sentada frente a él, en la habitación de hospital. Está leyendo un libro. Él la recuerda de pequeña, siempre leyendo. Llevaba un libro de una habitación a otra, llevaba un libro a la mesa de comer y su madre siempre le decía que lo apartase. K.D. le daba libros, veía en ella su propia infancia desesperada, hambrienta de libros para leer, y le atraía su precocidad. Le dio los tebeos de Clásicos Ilustrados,

Enid Blyton y después P G. Wodehouse. Todavía lee con esa concentración centrada en un punto, doblada sobre el libro que sujeta con ambas manos. Él se acuerda de ese arco tenso, esa necesidad, como si quisiera comerse las palabras.

—¿Qué estás leyendo ahora? —pregunta.

Ella levanta la vista, contenta por la pregunta, contenta de que él esté hablando.

—Se titula La India secreta.

—Paul Brunton.

—¿Hay algo que no hayas leído?

—Lo leí hace años.

Se acordaba exactamente de cuándo lo había leído, en junio de 1970 en un comedor militar en Siliguri. El libro era un ejemplar antiguo encuadernado en cuero, con caracteres dorados descoloridos y tres protuberancias en el lomo. Ahora puede sentirlo en las manos. Lo encontró en un estante acristalado, encima de los vasos Ming de una expedición punitiva contra Pekín de tiempo atrás. Fuera del comedor, hay una galería que está barriendo un *lance-naik*. Una alambrada. Una carretera agrietada y campos. Pero todavía no puede recordar el nombre de esta mujer, en esta habitación de hospital amarilla.

—Deben de haberlo reeditado. ¿Qué te parece?

—Una estupidez orientalista. Hombre blanco buscando sadhus e iluminación en una misteriosa tierra oscura. La vieja fantasía de siempre.

K.D. se ríe.

—Sólo porque sea la fantasía de alguien no significa que no sea cierta.

Esta es una vieja discusión entre ellos. Él siempre le dice que tiene que olvidas las fantasías engendradas en la Universidad Jawaharlal Nehru sobre ciudadanía mundial y antiimperialismo y paz eterna. Ella siempre le contesta que su realismo también es una fantasía. Pero con el paso de los años la discusión se ha convertido en un ejercicio formal, un ritual que se asemeja a una pelea pero que en realidad es una demostración de afecto. Y él es consciente de que tiene ventaja. Después de todo, la ha reclutado para la organización. Ahora ella es uno de los nuestros, uno de los soldados en la sombra. No tiene más opción que ser realista. La formé, le enseñé el arte del intercambio, el análisis, el reconocimiento, la acción. La llevé al mundo secreto, a nuestros problemas, a la red de causas secretas. Le sonrío.

—¿Así que quieres decir que los sadhus no existen? ¿O la iluminación?

Ella deja el libro, acerca la silla a la cama.

—Estoy segura de que los sadhus existen.

—De hecho es así. Los reales y los falsos. Ambos son útiles.

Ella asiente, y él está seguro de que le entiende, que no ha olvidado sus lecciones. Él hizo hincapié en el conocimiento de la historia de la organización, sus antecedentes, y les había dado clases sobre los pandits, Nain y Mani Singh Rawat, y Sarat Chandra Das, y otros, hombres pequeños y no debidamente reconocidos que un siglo antes se sumergieron en las tierras olvidadas al norte disfrazados de peregrinos,

que caminaron al norte y al oeste del Himalaya, que midieron rutas de miles de kilómetros contando sus zancadas al caminar, Las ruedas de oración escondían brújulas, los termómetros se acurrucaban entre los materiales para caminar, y las distancias que los caminantes habían medido tuvieron como resultado los primeros mapas oficiales de aquellos territorios salvajes. Y un mapa es una especie de conquista, el precursor de todas las demás conquistas. K.D. les dijo a sus estudiantes: recordad esas ruedas de oración, una forma de conocimiento puede ocultar otra. La información anida dentro de la información. Observadlo todo, escuchadlo todo. Lo útil se esconde dentro de lo inútil, la verdad en las mentiras. Y de ese modo esta niña, su alumna, está leyendo ahora la búsqueda de la paz por parte de un británico, que considera disparatada. Bien. Es una buena alumna. Es una buena lectora. Ella le coge la mano en este momento. K.D. pregunta:

—¿Por qué estás leyendo a Brunton?

—Tío —responde con calma—. Necesito ayuda. Necesito saber sobre Gaitonde. Necesito más. Necesito saber por qué estaría interesado en los sadhus.

Ganesh Gaitonde es un hombre malo, pero una vez fue aliado de los hombres buenos. K.D. también lo reclutó a él. La organización necesitaba hombres malos a veces, para ciertas tareas, para misiones específicas. Solo los hombres malos tienen acceso a información auténtica en ciertas áreas. Así que K.D. encontró a Gaitonde, en una cárcel, y lo reclutó. Y Gaitonde fue una buena fuente, sus informaciones fueron contrastadas y corroboradas y verificadas, y demostraron ser sólidas, y útiles. También llevó a cabo encargos, realizó trabajos de forma eficiente y con discreción. Al final se volvió un renegado, traicionó al servicio e inventó información y usó sus recursos para extender su imperio, pero al principio Ganesh Gaitonde fue un tipo malo en el lado correcto, y K.D. había sido su entrenador. Para jugar bien este juego, tienes que adiestrar a hombres malos, tienes que hacer que hagan cosas malas que al final son buenas. Era necesario. Solo quienes jamás han estado en un campo de batalla real apelan a la virtud impoluta y a los hechos intachables. En el terreno, todas las acciones solo eran morales de forma provisional, y el juego era eterno. ¿De modo que Ganesh Gaitonde era un hombre malo? ¿Era Nehru un hombre malo?

Espera, aférrate con fuerza a la lucidez. No pienses en Nehru, es una distracción. Tu mente zigzaguea, resbala. Estás enfermo. K.D. aprieta los puños, levanta la cabeza. La chica está concentrada, frunciendo un poco el ceño. Justo como su padre. El nombre de su padre era Jagdeep Mathur, y se conocieron a primera hora de un día de invierno, en una sala de conferencias en Lucknow, en el campus de la Universidad de Lucknow. La mesa de conferencias tiene una superficie de fieltro verde y la observan, desde las cuatro paredes, cuadros de europeos solemnes con togas académicas. Hay diecisiete hombres sentados alrededor de la mesa, todos de veintipocos años, todos con mirada penetrante, inteligentes, cultos. K.D. no ha visto antes a ninguno de ellos, a todos se les ha dicho que se presenten en esta sala a las nueve en punto de la mañana. No hablan unos con otros, están esperando, practican la

discreción porque todos saben que están siendo reclutados para trabajar en el servicio secreto, en una agencia de la que todavía no les han dicho el nombre, sobre la que muchos de ellos jamás han oído hablar. A K.D. ya le han entrevistado dos veces, tras una propuesta muy callada por parte del rector de su universidad en Patna. Cree que sabe por qué: se ha licenciado con matrícula de honor en Historia y en Derecho, tiene un certificado C del Cuerpo Nacional de Cadetes, y fama estatal como deportista. Es estricto, firme y ha estudiado manteniendo metas altas. Principalmente pensó en hacer una carrera como abogado, pero ahora su interés se centra en este mundo recluso, estas entrevistas secretas y la promesa de trabajo urgente e importante. Así que espera en esta mesa, con estos otros hombres a quienes reconoce como reflejos de sí mismo, por sus antebrazos fuertes y miradas alerta sabe que son deportistas-estudiantes. Las enormes puertas dobles al final de la sala se abren, y entran dos hombres con cortes de pelo militares. Pisándoles los talones va un hombre mayor que ellos con chaqueta gris, tal vez un profesor, a juzgar por sus gafas gruesas, de montura metálica. El profesor camina hacia la mesa, después se gira hacia la puerta, el cuello expectante proyectado hacia delante. Y entra Nehru. K.D. nota que se sonroja. Es increíble pero de verdad es Jawaharlal Nehru.

—Caballeros —dice Nehru, y su voz es ronca, casi resquebrajada.

Todos los jóvenes saltan sobre sus pies con un tremendo chirrido de madera y zapatos, y con la mano él les indica, impaciente, que se sienten. Se sienta sin ceremonia, se inclina hacia delante y pone los codos en la mesa. Sus manos son blancas, y K.D. puede ver lo limpias que lleva las uñas. Pero parece cansado, este Nehru. Tiene los ojos amarillentos, las mejillas hinchadas. Es el 18 de febrero de 1963.

—Caballeros, todos habéis experimentado la crisis con la que la India ha batallado recientemente. Vivimos tiempos peligrosos, estamos luchando contra un momento de crisis. Han invadido nuestras fronteras, han hecho pedazos nuestra confianza. Y han sido los chinos, a quienes considerábamos nuestros amigos. Debemos asegurarnos de que una cosa así jamás vuelve a suceder. Y de este modo la nación debe apelar a sus jóvenes, los mejores y más brillantes. Mientras os miro veo la luz bendita de un pasado antiguo en vuestros rostros, y vuelvo a tener confianza. Os pediré mucho. En vuestro trabajo, vuestro país querrá lo imposible de vosotros. Pero debéis aguantar. Nuestro futuro está sobre vuestros hombros. Confío en vuestra fortaleza, en vuestra dedicación constante al deber. *Jai Hind*.

Se levanta de repente, y da un apretón de manos al hombre que está a su izquierda. Y después al siguiente entrevistado. K.D. tiene tiempo de observar a Nehru mientras espera su turno para el apretón de manos. Se da cuenta de que está respirando fuerte, como si hubiera corrido un kilómetro. Cuando le toca el turno, Nehru alarga la mano y dice algo.

K.D. está asustado:

—¿Señor?

Nehru está ya a punto de estrechar la mano del siguiente hombre, pero dice, sin mirar a K.D.:

—Hazlo lo mejor que puedas, hijo.

Hay un rastro de impaciencia en su voz por tener que repetirse, pero K.D. atesora sus palabras, y observa con atención, pero Nehru no le dice ni una palabra a nadie más, ni siquiera al profesor. Nehru se marcha, las puertas se cierran tras él. Nehru solo le ha hablado a K.D., solo a él.

El profesor hace señas para que regresen a sus sillas.

—Caballeros —comienza—, como ha dicho el primer ministro, han sido escogidos porque son los mejores. Bienvenidos a la organización.

Resulta que el profesor no es un profesor después de todo, sino un inspector adjunto de la Agencia de Inteligencia, que —les dice— es la más antigua del mundo. Y ellos, si eligen firmar los documentos de reclutamiento, serán miembros, trabajadores, soldados de esta venerable organización. Todos firman con entusiasmo, están deslumbrados por Nehru.

Más tarde aquella mañana cinco de ellos lo celebran en Yusuf en el Chowk Bazaar, adónde les la llevado Jagdeep Mathur, un compañero recluta que ha crecido en Lucknow. Comen lo que él les dice que son los mejores *kakori kebabs* de Lucknow, y hablan de la aparición mágica de Nehru entre ellos. Mathur culpa a Nehru por el reciente debacle en el Himalaya, por todas las derrotas y todos los muertos, y K.D. no puede evitar estar de acuerdo, pero se descubre a sí mismo defendiendo el idealismo del viejo hombre, su creencia en un futuro de paz y racionalidad.

—K.D., yaar —dice Mathur—, eres igual que mi madre, siempre diciendo lo tremendamente guapo que es Pandit-ji, cuánta razón tiene, cuánto le quería Gandhi-ji, como si fuese su maldito hijo, qué hombre tan bueno es Nehru-ji. Yo digo que un hombre bueno no debería ser nuestro maldito primer ministro. Los hombres buenos por lo general son estúpidos. Los hombres buenos consiguen que maten a la gente. Cuando vivimos en un mundo con los malditos chinos y los malditos norteamericanos y los malditos pakistaníes no necesitamos hombres buenos, necesitamos hombres que coman *kakori kebabs* y lleven palos grandes.

K.D. asiente y apunta:

—Lathis enormes, en realidad.

Mathur se ríe, tiene la cara como un cubo perfecto, con la mandíbula amplia y protuberante, pero es bastante asombroso con su pelo rubio y ojos castaños. K.D. piensa que parece más bien el *kayastha* de Lucknow, y es consciente de que Mathur se ha dado cuenta de su propio nombre tan pronto fue pronunciado, que tal vez lo ha ubicado en algún puesto reservado para *yadavs* y otras castas bajas, como sin duda todos sus nuevos colegas ya han hecho. K.D. se ha dado cuenta de ello, que la organización es antigua, y como otras organizaciones antiguas es indiscutiblemente brahmánica, con unas gotas de *kayasthas* y *rajputs*. Y sin embargo la sonrisa de

Mathur es auténtica, y no hay ni un momento de vacilación cuando alarga la mano sobre la mesa y le da un golpe a K.D. en el hombro y dice a carcajadas:

—Malditos lathis enormes —dice—. Eso es. Malditos lathis enormes. ¿Eres un *lathait*, K.D.?

—Lo soy —responde K.D.—. Pasé muchos años en *shakhas*.

Es cierto, ha pasado muchas tardes en un foso de arena totalmente iluminado, dando vueltas al lathi sobre los hombros, aprendiendo defensas y ataques de los instructores vestidos de caqui. Mathur aprueba esto, K.D. puede verlo. Ha pasado algún tipo de prueba. Le gusta a Mathur.

Y después de aquella mañana kakori Mathur es conocido afectuosamente por sus colegas como Maldito Mathur, todo el tiempo hasta su desaparición dos décadas después. Deja atrás, en una carretera mil kilómetros al norte de Amritsar, un Ambassador blanco con dos neumáticos reventados, un conductor muerto y un guardaespaldas muerto y un informante muerto llamado Harbhajan Singh, todos asesinados por el fuego AK-47 a quemarropa de al menos tres rifles. Aquel día, aquel año, K.D. estaba muy lejos, en la otra parte del mundo revuelto, en Londres. Se entera de la desaparición de Mathur, le informan de ello desde la sección europea en Delhi, cuelga el teléfono y mira por la ventana el ritmo ordenado de modo regular en las escaleras de una plaza de Londres, las fachadas blancas y grises de las casas bajo un cielo ensombrecido de otoño. Hay un hospital de seiscientos años de antigüedad en un lado de la plaza, y un museo en el otro. K.D. tiene una reunión dentro de quince minutos, en un pub tres calles abajo, con un militante sikh al que ha estado cortejando durante seis meses. Tiene que mantenerse alerta y cuidadoso, porque sabe que este militante también es seguido por un oficial pakistaní, un hombre del *ISI* llamado Shahid Khan, pero todo lo que puede hacer es pensar en Anjali, la pequeña Anjali.

Anjali. Se llama Anjali. Es la hija de Maldito Mathur. Está sentada frente a mí, ahora, en este hospital del Sector V de Kohini, en Nueva Delhi. No estoy en Lucknow, no estoy en Londres. Estoy aquí. Anjali. Atérrate a eso. No mezcles tiempos, fechas, lugares. Atérrate a la secuencia. Estaba Lucknow, donde conociste a Mathur, y estaba su desaparición en el Panjab, pero había décadas en medio. Estaban la *NEFA*, Naxalbari, Kerala, Bangladesh, Londres, Delhi, Bombay. Recuerda las disposiciones, las distancias, en las conexiones entre los puntos hay una forma. La forma es el significado. En la forma de mi vida debe haber un significado. ¿Cuál es la forma? Aplica el análisis a los acontecimientos, busca la proximidad, la conjunción, la repetición, la similitud, encuentra el impulso tras el momento, la intención en la otra parte de la acción. Este es el negocio del servicio de inteligencia. K.D. Yadav recuerda impartir esto, en una sala de una casa en Safdarjung. Con esta chica sentada en primera fila. Anjali.

—Anjali —dice K.D.—. Anjali.

Su voz surge libre de herrumbre con un chirrido doloroso, y se pregunta cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que habló.



—¿Dónde has estado? —indaga.

—Tío, necesito que me ayudes con Gaitonde.

—Gaitonde está muerto.

Gaitonde estaba muerto. K.D. lo sabe, pero no sabe cómo lo sabe. No tengo bien la mente, piensa. Su secreto más grande, el mayor, y su orgullo imperecedero había sido su memoria, su ojo preciso para el detalle, su lógica afilada, su capacidad para el análisis, su enorme, zumbante e incandescente engranaje a modo de intelecto. Había paseado con orgullo por los pasillos de los brahmanes, por los jardines reales de Nehru, por esta mente famosa. Pero ¿dónde estaba su buena mente? ¿La NEFA estaba a la derecha, estaba Londres? En las ruinas de sus facultades, en el período a la deriva y esfumado que siguió a su colapso, hay una enorme vacuidad merodeando. Es un vacío absoluto, una ausencia total, y K.D. se resiste a ello. Y sin embargo ahí está, esta pérdida, esta sospecha de que toda su vida equivale a nada. Le dice a su pequeña, a su Anjali, le dice:

—La araña teje las cortinas del palacio de los Césares; el búho llama a los guardias en las torres de Afrasiab.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué tiene que ver el sultán Mehmet con Gaitonde?

Está encantado, tiene que reírse. ¡Qué mente tiene Anjali! Tiene un doctorado en Historia. Entiende sus alusiones más oscuras, ha leído los textos más esotéricos e inútiles, los necesita tanto como él, es su heredera, es su hija tanto como la del Maldito Mathur. Solo ella se acordaría, sin un momento de vacilación, que el sultán Mehmet, después de conducir a sus ejércitos sobre los muros de Bizancio, después de que él y sus hombres llevasen a un final feroz a un imperio que había durado 1.123 años y 18 días (¡Aprende los detalles! ¡Recuerda lo específico!), después de un día de muerte y captura y violación y saqueo, después de todo, después de Bizancio, el sultán entró en el palacio de los emperadores, donde los gobernantes bizantinos habían llevado vidas de lujo e intriga. Había ganado. Y en el momento de la victoria —nos dicen los cronistas—, mirando el cielo al ponerse el sol, el sultán Mehmet musitó algo para sí mismo: «La araña teje las cortinas del palacio de los Césares; el búho llama a los guardias en las torres de Afrasiab».

Pero, K.D., contrólate, ten disciplina. Anjali te necesita. ¿Qué tiene que ver Gaitonde con Mehmet? ¿Qué, de hecho?

—Lo siento —dice K.D.—. Lo siento. Gaitonde.

—Sí —contesta ella—. Gaitonde.

—¿Cuál era la pregunta?

—Mi última información es que Gaitonde, antes de su muerte, estaba buscando a tres sadhus en Bombay. ¿Por qué? ¿Por qué sadhus? ¿Cuál es la conexión?

—Gaitonde estaba aprendiendo yoga en la cárcel cuando lo recluté. Los profesores eran de alguna escuela de yoga.

—Abhidhyana Yoga. Eran muy antiguos, de reconocido prestigio, muy

respetados. Lo comprobé. Hasta donde sabemos, Gaitonde no tuvo contacto con ellos tras dejar la cárcel.

Los profesores de yoga se vestían de blanco, enseñaban yoga en el patio principal de la cárcel, con discursos del *Mahabharata* y el *Rama-yana*. Se suponía que el yoga tranquilizaba a los criminales, para hacerles mejores ciudadanos. Pero K.D. siempre se preguntaba por qué creían esto, los profesores. ¿Por qué el yoga no iba a producir justo mejores criminales, más centrados, matones más tranquilos que serían más eficientes en su criminalidad? Aquel maestro de villanos, Duryodhana, era seguramente un yogui. Todos lo eran, aquellos guerreros del mal. Gaitonde parecía bastante tranquilo, bronceado con su ropa blanca de la prisión, en el despacho del director. Era un hombre malo. ¿Era Duryodhana un hombre malo? Fue asesinado con artimañas y ascendió al cielo de los guerreros. ¿Hay un paraíso para los soldados esperando a K.D. Yadav? Lo hice lo mejor que pude, Nehru-ji, Pandit-ji, señor. No, no, piensa, piensa. Gaitonde. ¿Por qué estaba persiguiendo sadhus? Ayuda a Anjali, ayúdala.

—Gaitonde era religioso —dijo K.D.—. Siempre estaba haciendo pujas, donando dinero para templos. Daba dinero a todos los *ninths*, tenemos fotografías tuyas con los representantes sagrados. Conocía a algunos sadhus, seguramente, a muchos de ellos. ¿Qué hay de especial en esos tres?

—No lo sabemos. Solo sabemos que eran tres sadhus. Eran lo bastante importantes para él como para que dejase de estar a cubierto y volviera a la India. Sabía que estábamos disgustados con él, debía de temer nuestra represalia. Temería que le matasen. Aun así, regresó. ¿Por qué? ¿Sabes algo? ¿Puedes acordarte de algo, tío?

Sí, podía acordarse. Ella busca detalle, textura, uno o dos pormenores que se uniesen para solucionar el acertijo, dar sentido a Gaitonde y a su vida y muerte. Eso es lo que K.D. Yadav le había enseñado. K.D. Yadav ahora tenía memoria, pero no secuencia. Tenía elementos, pero no la distancia entre ellos. Para él el pasado ya no está separado del presente por un límite definido y cómodo, todo es igual de presente, todas las cosas están conectadas y están aquí. ¿Por qué? ¿Qué me ha pasado? K.D. no puede acordarse. Pero puede recordar. Está en un helicóptero sobrevolando un valle. K.D. está sonriendo, de oreja a oreja, porque no lo puede evitar, nunca antes ha estado sobre el suelo, y ahora siguen la tajada larga de mercurio de un río, tuercen y se zarandean sobre el verde espeso, las sombras caen en negro oscuro al fondo de las protuberancias. Hay una luz brillante, un tono dorado de amanecer cubriendo el vibrante plexiglás, y el cielo allá abajo es de un color que K.D. jamás ha visto, un matiz vivido, saturado, que se mueve por su rostro, puede sentir este azul en la piel. Está sonriendo, y uno de los pilotos se da la vuelta y le sonrío. Son pilotos del ejército, de la base de Pasighat. El piloto señala hacia abajo, a un parche marrón cerca del borde del agua, cerca de los aspersores que K.D. puede ver ahora aporreando al lado de las rocas. Después el río sube en espiral, y están en el suelo. El helicóptero

despega tan pronto como K.D. se baja, y se marcha un momento, invisible, llevándose su estruendo con él. Ahora hay otro sonido que K.D. puede oír, un gorjeo pequeño pero resonante. No es un pájaro que haya oído nunca, está seguro de eso. Ahora hay otro, que suena como el traqueteo de una lata llena de piedras. Y uno más, pero K.D. no está seguro de que este último sea un pájaro, es un silbido con un chasquido al final, un ruido seco. Los troncos de árbol en la otra parte del claro tienen entre ellos una luz azul-verde que es infinitamente profunda, un brumoso mundo entero sobre el que K.D. no sabe nada en absoluto: NEFA. Está solo en la Agencia de la Frontera Nororiental, con una bolsa verde del ejército a su lado, llevando una camiseta amarilla y zapatos Bata baratos de piel. De repente está asustado, completamente asustado. Dos malditos meses de entrenamiento, piensa, solo dos meses, y no me han entrenado para esto, no para esta jungla y este cielo desconocido ahí arriba.

Una sección de hombres de los *Assam Rifles* llega dos horas después y le explican que se han retrasado por un derrumbamiento de tierras tres kilómetros abajo en la carretera, que tuvieron que dar un rodeo. K.D. escucha atentamente el hindi extraño del *subedar*, y pregunta: ¿a qué distancia vamos? El *subedar* sonrío burlón, y no dice nada. Tiene un par de botas para K.D. Las botas son demasiado grandes, pero eso es mejor que demasiado pequeñas. K.D. se pone tres pares de calcetines y camina. Camina durante veintiún días. La tercera mañana tenía las piernas tan fuertemente acalambradas que no podía ponerse en cuclillas para aliviarse, y se apoya contra un árbol y llora. Es un roble, lo sabe, y al reconocerlo se siente mejor. Cuando supo que venía a estas montañas, compró un libro sobre la flora y la fauna, y lo estudió en los ratos libres. Así que sabe que eso son magnolias, y álamos dispersos, y un castaño. Han estado siguiendo la línea del río, marchando a ritmo constante hacia arriba por un camino que se tuerce y dobla hacia atrás a través del bosque, pero siempre va hacia arriba. En aquellos primeros días de caminata, aquella primera semana, pasaron por el lado de pares y grupos de casas construidas sobre pilotes y cercadas por parcelas de cultivo, arroz y mijo, rodeadas por las cenizas carbonizadas del bosque quemado. Las mujeres se sientan frente a esas casas, tejiendo, y los chicos soldados hacen comentarios socarrones sobre los tapones que llevan en la nariz. Los hombres de la zona llevan todos machetes en la cintura, y el *subedar* les dice que usaban esos *daos* para cortar cabezas hasta no hace muchos años. Estos hombres parecen lo bastante atléticos como para balancear *daos* y arrancar miembros, pero no son ellos los que le asustan, no son sus ojos extranjeros rasgados bajo conos de bambú. No. Es el aliento del bosque lo que le aterra, ese suspiro chirriante del bambú que se enreda bajo los enebros. Hay un bramido y un estruendo que se extiende por la enorme luz azul bajo la cubierta. La jungla se habla a sí misma, llamadas largas y respuestas que sorprenden a K.D. haciendo que dé saltos, que esté nervioso. Los soldados se ríen de él cuando un chillido directamente por encima de sus cabezas le hace sobresaltarse, a pesar de sí mismo.

—Solo es un mono —explica el más joven de todos ellos, colgándose el rifle del hombro.

Su desprecio es evidente, y K.D. siente su justicia. Sabe que solo es un mono, y sin embargo cada noche se acurruca bajo las mantas, estirándolas por encima de la cabeza. Se despierta cada mañana más exhausto que el día anterior. Por las mañanas, las montañas son una mole arriba a lo lejos, negras y envueltas por una cubierta espesa, hombro con hombro en el cielo rosado.

Cruzan una colina y descienden, bajan hacia otro río como un hilo que engorda al meterse en un torrente revuelto. Lo vadean, usando todas sus fuerzas, y comen, en la orilla más alejada, la ijada de un ciervo que el subedar mató a tiros dos días antes. Las montañas a ambos lados son escarpadas, como muros, y el cielo es un reflejo distante del río, un jirón estrecho que gira arriba, lejos. Después empiezan a caminar de nuevo. Escalan, y K.D. sabe que ahora van mucho más alto. Pasan por un bosque de pinos azules, con las cabezas agachadas por el peso de las mochilas, y K.D. está demasiado cansado para sentir asombro por las orquídeas sobrenaturales de reluciente blancura sobre la hierba, tiene sudor en los ojos. En un campo grande, susurrante, de bambú verde, los pájaros revolotean sobre su cabeza. A continuación bordean una última alameda, y una pradera desciende en picado en una creciente estrecha sobre ellos. La cruzan, subiendo y subiendo, y mirando tras ellos, hacia el sur, K.D. puede ver la colina que ya han cruzado, y deambulando tras ella, otras a docenas, bajo el enorme cielo rojo. Esa noche acampan en la pradera, y K.D. duerme en una inclinación, se queda dormido tan pronto como estira la manta sobre la cabeza. A la mañana siguiente toman un desayuno frío y siguen caminando, y llegan a un collado que hace una muesca en forma de V grande en la colina. Ha durado dos días, la caminata hacia arriba por esta enorme cuesta. Atraviesan el desfiladero en fila india, con K.D. exactamente en el medio. Camina alrededor de la fortaleza maciza de una roca, observando sus tobillos contra las grietas que recorren la roca, y después levanta la mirada y respira entrecortadamente. Hay más praderas por el valle, pero por encima de esas pendientes, más allá de ellas, el blanco recortado sube hasta los cielos, cubierto por nubes blancas. Los grandes picos plateados están muy lejos, y sin embargo K.D. puede sentir su inmensa humanidad, su indiferencia. Trata de estabilizar su respiración, y siente las exhalaciones gélidas de las crestas blancas como una zarpa en la garganta. El siguiente hombre de la fila le empuja suavemente, sin demasiado tacto.

—¿Qué está mirando, raja saab? Eso de allá arriba es el Tibet.

—China —grita el subedar desde abajo, sin darse la vuelta—. China.

El subedar tiene treinta y nueve años, veterano de batallas recientes con los chinos no lejos de aquí. Tiene la piel del color y la dureza del papel aceitado viejo. Se llama Lalbiaka Marak, que es un nombre que K.D. jamás había oído antes. Entre los *jawans*, hay un Das y un Gíauri Bahadur Raí, pero el resto tiene nombres como Vaiphei, Ao, Lushai y el exóticamente extranjero Thangrikhuma. K.D. no tiene duda

de que ellos lo consideran extranjero. Se han habituado a llamarle raja saab, no sabe bien por qué. No se siente muy regio, con la barba, los labios agrietados, los pies con ampollas y supurando. De pie en el umbral de este paisaje enorme, mortal, haciéndole frente con estos hombres que se supone que son sus compatriotas, K.D. Yadav se siente completamente solo. Ginzanang Dowara está muy cerca detrás de él, y K.D. puede oler su sudor lechoso. K.D. se encoge de hombros para colocar la mochila más arriba, inclina la cabeza y sigue caminando. Y tras veintiún días de caminata, llegan a su base.

Ciento sesenta hombres viven en este pequeño asentamiento de cabinas bastas de madera y tiendas, todos ellos pertenecen a los Assam Rifles. Hay dos tenientes y un capitán destinados por el ejército.

—Andamos un poco escasos de mandos —le dice el capitán a K.D.—. pero son tiempos difíciles.

El nombre del capitán es Khandari, y pese a haber crecido entre otras montañas, en Garwahl, odia estas colinas.

—En Garwahl las montañas tienen alma —dice—. Aquí incluso las montañas son *junglees*.

K.D. se ríe de él, señala que estas son las mismas montañas, parte de la misma cadena ondulada que se retuerce sobre el subcontinente de este a oeste. Pero, aunque no lo admite, K.D. sabe exactamente lo que quiere decir el capitán: estos valles que caen a sus pies son extranjeros de alguna forma profunda, están muy alejados de cualquier cosa que conoce. El capitán Khandari ha visto el combate en la guerra reciente, allá lejos, en los tramos al norte de Ladakh, y odia con virulencia a Nehru, por todos los hombres que dice que murieron sin munición, sin apoyo, sin esperanza. El capitán Khandari bebe con todas sus fuerzas cada tarde cantidades enormes de ron del ejército, y cada tarde él y los dos tenientes —Rastogi y DaCunha— juegan al *flush* en la cabaña del capitán. K.D. se une a ellos, declina unirse a ellos en sus apuestas, en su lanzamiento violento de las cartas, pero comparte sus copas. El ron se lleva, el sentimiento atroz de soledad, esa desolación de estar aislado por las montañas y la oscuridad impenetrable. Es acogedor estar dentro de esta cabaña iluminada por el fuego, caliente y atontado, contando historias. Al cabo de cuatro noches consigo K.D. conoce a sus nuevos amigos, sus compinches, sabe del amor desesperado de DaCunha por Sadhana, por su magnífico trasero tecnicolor, sabe del gusto de Rastogi por problemas matemáticos crípticos y adivinanzas y trucos, y ha escuchado —por la noche muy tarde— las explicaciones de Khandari, arrastrando las palabras y apenas comprensible, sobre retiradas —presas del miedo— por altas mesetas áridas. Cuando K.D. se marcha para buscar y tropezar de regreso a su propia cabaña del tamaño de un armario, puede ver los rescoldos de las fogatas por el terreno del campamento, las formas imprecisas de las tiendas en filas ordenadas. Y más allá de ellas, el negro absoluto de las inmensas paredes de roca bajo un cielo frío, atravesado por estrellas.

La quinta tarde, K.D. se sentía lo bastante recuperado del agotamiento de la larga caminata como para recorrer el camino hacia la tienda de mando, para afrontar la imposibilidad de su trabajo. Fundamentalmente le habían asignado la tarea de investigar la presencia china en la zona, para establecer una red de informantes y un fondo de información, para asegurarse de que los chinos se hayan replegado de verdad y no se están dedicando a organizar más incursiones, para determinar las futuras intenciones chinas y las intenciones de todos y cada uno en esta delicada zona fronteriza. K.D. no tiene conocimiento sobre los chinos, sobre su lengua o historia o política, no tiene ninguna experiencia ni conocimiento sobre esta zona ni sus gentes ni su geografía. Está bastante desconcertado, pero se dirige hacia el capitán Khandari. Seguro que el capitán sabrá por dónde debe empezar. Pero el capitán está muy resacoso y hosco, y al final K.D. es capaz de averiguar que solo se envía una patrulla cada semana, recorren cuatro kilómetros por la misma ruta hacia el noreste, hacia un búnker deshabitado sobre un montículo. En eso consiste todo el esfuerzo de esta unidad para establecer una presencia en el área y recabar información. La impresión es bastante clara en el rostro de K.D., pero el capitán Khandari se encoge de hombros y dice:

—No hay nadie ahí fuera, ¿sabe? Nadie en absoluto, Los chinos se han ido. Todo está bhenchod vacío.

K.D. está callado. Está tratando de rehacer su coraje para decir algo. Finalmente Khandari ladea la cabeza y rompe el silencio.

—Bueno —suelta—. ¿Qué quiere hacer?

Tres días más tarde dos patrullas dejan la base, con rutas que K.D. ha escogido en mapas geológicos detallados. Ahora K.D. percibe la hostilidad de los hombres que han visto alterada su comodidad, y vive en silencio. Incluso Marak —su amigo el subedar— no le habla excepto con gruñidos monosílabos. K.D. encuentra una rata muerta bajo su cama. Rastogi y DaCunha traen las patrullas de regreso antes de lo esperado, Rastogi tres días antes de los siete que estaban planeados. Por supuesto informan no haber visto nada, absolutamente nada, y K.D. está seguro de que han dado la vuelta a la siguiente colina y han acampado para tomarse unos pocos días de descanso y relajarse. La semana siguiente, organiza otra patrulla para DaCunha y Marak y una sección, y va él mismo. Los pies le dan punzadas los primeros dos kilómetros, pero ahora tiene un buen par de botas, y después de que sus músculos se aflojen, disfruta el esfuerzo. Ha perdido peso, y se siente fuerte. Le gusta emplear sus nuevas habilidades para la interpretación de mapas, y examina las montañas lejanas con los prismáticos cada vez que se detienen. Los hombres observan divertidos sus prismáticos, y DaCunha es apenas educado. K.D. lo soporta en silencio, está haciendo su trabajo, y tiene la intención de hacerlo bien. Al cuarto día acampan al abrigo de una pared de roca que reluce con vetas de plateado metálico, y K.D. abre su mochila y saca un libro, dándose prisa porque son los últimos momentos de luz del sol. Ha estado sediento de libros, por algo que leer. Terminó hace mucho *El enigma de las*

arenas, que llevó consigo a la NEFA, y se ha visto limitado a leer las etiquetas de las botellas de medicamentos, la letra pequeña al final de los formularios de solicitud del ejército, y como incluso eso se ha terminado ha comenzado a experimentar una especie de pánico, como si se estuviese ahogando lentamente. Entonces, justo antes de marcharse con la patrulla, en la esquina de la tienda de mando, detrás de un montón de comida y suministros, ha encontrado dos libros, abandonados hace tiempo por algún oficial, que es bastante posible que ahora esté muerto. Así que ahora está leyendo, cerca del Tíbet, *El libro de quiromancia Benham: Un tratado práctico sobre las leyes de la lectura científica de las manos*. Está leyendo muy despacio, saboreando cada frase, porque tiene que durarle. Así que se entretiene con los absurdos de cada página, que hallan la forma del futuro en las líneas del pasado, que ubican el significado en estos jeroglíficos carnosos de las palmas de las manos. Debe durar, porque en la mochila tiene el otro libro, *Quiromancia: El lenguaje de la mano*, de Cheiro, que tiene un grosor de menos de tres centímetros, y enfrenarse a estas montañas sin nada que leer sería insoportable.

De repente, Marak se inclina sobre él, cortándole la luz. Marak está mirando hacia abajo a las páginas abiertas del libro, en las que Benham describe las proporciones que obtiene entre las diversas protuberancias y los dedos. Marak está paralizado. Se pone en cuclillas, descansando los brazos sobre las rodillas, y mira a K.D. directamente a la cara:

—¿Lee el futuro?

—Sí —responde K.D. con rapidez—. Sí.

Marak empuja la mano hacia la cara de K.D.

—Lea —pide.

K.D. sujeta con sus dos manos la mano curtida de Marak y se inventa una historia futura. En realidad no es tan difícil. Emplea algunas de las extrañas prescripciones de Benham, pero sobre todo deja que Marak hable de su ansiedad por la salud de su mujer, de las peleas con sus hermanos por cuestiones de tierras, y a partir de ahí extrapola y adivina.

—Tu padre era un hombre muy trabajador, hasta el final de su vida trabajó todos los días desde la mañana hasta la noche —le cuenta K.D. a Marak, quien le mira con un nuevo sobrecogimiento.

Eso no viene al caso, pues no hay ninguna lectura benhaminiana implicada en esta afirmación, tan solo simple deducción a partir de las pistas que Marak ha desperdigado en sus propias preguntas, en su entusiasmo por conocer la forma en la que le llegará la felicidad, por tener un talismán contra los estragos que seguro que no tardarán en llegar. K.D. lo conduce con suavidad, después percibe que ofrecer demasiado no funcionará, que debes dejar al sujeto con ganas de más, satisfecho y tranquilo pero no saciado.

—Basta por hoy —dice de manera autoritaria—. Estoy cansado.

—Sí, señor —responde Marak—. Le traeré algo de té.

lo hace. Mientras tanto, K.D. ha estado estudiando la espectacular caída de la luz sobre la montaña de enfrente, las franjas profundas de rojo y negro.

Coge la taza de té y apunta, despreocupadamente:

—Veremos chinos.

No está del todo seguro de por qué lo dice, pero ha estado prediciendo el futuro, y confía bastante en que verán chinos. No es que tenga ganas de confrontación, o pelea. Está seguro de su coraje físico, y sabe por sus tres breves sesiones de entrenamiento con pistola que es muy mal tirador. Pero ver chinos haría que su entrenamiento tuviese sentido, daría fundamento a sus inducciones, haría real al enemigo. Y puesto que no ha hablado con nadie durante días, deja que esto se deslice:

—Veremos chinos.

lo hacen.

Al día siguiente, justo a las tres en punto, Thangrikhuma —que está de centinela— advierte:

—Dushman.

Suben bordeando la línea de la cresta y miran detenidamente al enemigo. Thangrikhuma tiene muy buena vista, K.D. apenas puede ver al dushman, pero en sus prismáticos se vuelven hombres reconocibles, el equivalente a un pelotón de soldados chinos moviéndose con lentitud hacia el oeste. Los hombres ascienden con K.D. y se tumban unos cerca de otros, observando. DaCunha está haciendo crujir un mapa, y ahora declara:

—Están en su parte. Creo.

Su parte es indistinguible de nuestra parte: en esta inmensidad, aquí no hay indicadores, no hay vallas. Pero ahí están ellos, y aquí estamos nosotros.

Durante los dos días siguientes, K.D. y sus hombres recorren la colina, en paralelo a los chinos. Van con cuidado para permanecer fuera de su vista, y los chinos les conducen a lo que claramente es una nueva avanzada: tres búnkers construidos sobre un espolón que domina un paso, y un refugio subterráneo para un mortero pesado. Esta información es muy buena, pero los hombres están más impresionados por la predicción de K.D., que ahora no atribuyen a la sagacidad, o al entrenamiento, o el conocimiento táctico, sino a la perspicacia mística. Cada uno de ellos se le acerca durante la ruta de la marcha, uno a uno, y de ese modo pronto tiene intimidad con sus vidas, y no solo con sus identidades públicas, sino con sus miedos e inquietudes, que él inhala mientras se apiñan a su lado. Incluso DaCunha sucumbe, de manera que cuando se dirigen de vuelta a la base, K.D. sabe sobre su hermana retrasada, y sobre Violeta, que le espera en Panjim. Cuando levantan su último campamento antes de la base, Marak ayuda a K.D. a enrollar su saco de dormir, y sonrío de forma confiada.

—Saab —dice—, el primer día que salimos hubo un gran debate. La opinión general era que sería muy fácil empujarle suavemente por un precipicio. Oficial nuevo cayó, no tenía experiencia, ¿qué pudimos hacer?

Marak se ríe mientras tira con fuerza de las correas. K.D. le devuelve la sonrisa,



pero está aterrado, y se pasa el día entero apartándose del borde, rozando el hombro izquierdo contra la roca y la pizarra. La posibilidad de su propia muerte nunca se le ha ocurrido con fuerza, con alguna respuesta en su carne, que jamás ha sido capaz de imaginar su propia desintegración. En las historias de éxito que se cuenta a sí mismo, siempre sale ganador, a veces herido pero vivo. Y sin embargo ahí están esos extranjeros de verdad, que han contemplado su muerte de verdad. Algunos de ellos han matado antes, y lo volverán a hacer, su fallecimiento apenas les habrá afectado. Un rápido empujón y estaría acabado. Se tumba en la cama esa noche, en su cabaña, y se estremece. Tiene miedo de cerrar los ojos.

Se despierta en la oscuridad. Alza la mano, pero no hay reloj, no hay números luminosos. Ha de levantarse, afeitarse, lavarse, escribir su informe, despertar al capitán Khandari de su sopor etílico, conseguir que transmita por radio el informe y lo eleve en la cadena de mando. ¿Qué hora es? Hay mucho que hacer. K.D. pone la sábana a un lado y se levanta, y su cabeza se zambulle en la náusea, y tiene arcadas. ¿Por qué está tan débil? No se ha cansado tanto la noche anterior para esta palpitación de músculos en el pecho, este temblor que hace que vuelva a dejarse caer sobre la almohada. El techo blanco lo aplasta de nuevo contra el presente, y con un quejido de terror sabe que no está en su juventud, en aquel primer éxtasis de un trabajo bien hecho en las cumbres áridas del norte, está en una cama de hospital en Delhi, a punto de perder la cabeza.

Piensa la frase: perder la cabeza. ¿Qué queda, si pierdes la cabeza? Si no hay cabeza, ¿todavía queda un yo? Recuerda la parábola, que para conocer el yo debe haber otro yo, un ojo que observa los pájaros del ser dándose un festín con el néctar del mundo. Pero ¿todavía hay un observador si apartas estas estructuras de la mente, estas fachadas del lenguaje, estos fundamentos de lógica, estas narraciones de causa y efecto? ¿Qué queda cuando todo se derrumba? ¿Gozo o aturdimiento? ¿Una presencia o una ausencia? «La araña teje las cortinas del palacio de los Césares; el búho llama a los guardias en las torres de Afrasiab». De repente vibra de enfado, con enfado por la violencia que se está cometiendo contra él. Lo *hice* lo mejor que pude. *Hice* lo que se me pidió. La tensión indignada de sus tendones se convierte en un espasmo, y se sacude por un momento, con un ritmo que le causa un estruendo en el oído como un tambor *mishmi*. Ascende a tientas por la oscuridad que le ahoga. Estoy lúcido. Puedo acordarme de mi vida, puedo seguir el rastro de sus historias. Aprendí mi oficio en la NEFA, creando una red de información donde no había ninguna, creando fuentes y células y rutas. Lo hice mejor que ninguno de mis colegas en cualquier otra parte, trabajé más duro y con más riesgo y más *sinceramente* que cualquiera de ellos porque era un yadav y esperaban que lo hiciese de otra forma, sabía que algunos de ellos lo esperaban. Eran brahmanes, y tenían opiniones muy asentadas acerca de los OBC. Nunca hablé de esto con nadie, ni siquiera con Maldito Mathur. Solo trabajaba. Después de la NEFA. siguieron los campos de arroz de Naxalbari, donde viajé como un comerciante y conseguí información sobre los

asesinos de policías y jueces y los recaudadores de impuestos del distrito, donde perseguí a los chicos que arrastrados por la ilusión dejaban atrás sus hogares cómodos de clase media en Calcuta e iban al norte del país a hacer la revolución. Maté a uno de ellos, también, un aspirante a maoísta que trataba de matarme a mí. Todavía recuerdo su nombre, Chunder Ghosh, y la sangre que salió de sus orejas cuando le disparé en la frente. Puedo recordar, con exactitud, las operaciones en Kerala contra los partidos comunistas, contra sus campañas electorales y su expansión y sus maquinaciones, contra su infraestructura misma. Hicimos esto por la hija de Nehru, de forma bastante ilegal pero con mucho gusto, porque sabíamos de dónde sacaban estos partidos su ideología y dirección, y estábamos en las murallas, empujando hacia atrás estas hordas dirigidas desde Pekín y Moscú. Y después estuve en el este de Pakistán, dando parte a los soldados bengalíes que habían escapado de sus amos panjabíes. La información que recabé logró que desaparecieran aeródromos enteros despedazados y convertidos en escombros bajo la caída precisa de las bombas. Tras Bangladesh, de regreso a Delhi, a las estratagemas con diplomáticos extranjeros, comidas con empleados de las embajadas, el lento desarrollo de relaciones que al final da paso a chisporroteos de información. Después Londres, el Panjab, Bombay. Mi vida, vivida en esta lucha. Esta continua guerra prolongada, con sus victorias ocultas y no reconocidas. Hice el trabajo. Puedo recordar cada pago, cada fuente, cada ataque del dushman. Defendí. Y por eso esta India todavía permanece.

K.D. respira entrecortadamente en la oscuridad. Nunca se casó. «K.D. está casado con el trabajo», decían sus colegas. La mayoría de ellos se había casado y tenía familias, hijos, nietos. Él estaba solo, está solo. Ha tenido mujeres, conoció a mujeres respetables y mujeres de dudosa reputación. Se ha enamorado, y ha pagado por tener sexo, le han presentado a familiares de amigos con la clara intención del matrimonio. Entiende que el matrimonio es algo bueno, y no puede discutir contra sus virtudes.

—¿Para qué otra cosa trabajamos? —preguntó Maldito Mathur una vez, exasperado, preocupado—. ¿Si no es por nuestros hijos, por su futuro, para qué sino es todo esto?

No había nada que K.D. pudiera decir ante esto, ningún desacuerdo que pudiese ofrecer a la satisfacción panzuda de su amigo, y mientras su esposa hablaba en suaves susurros con la cocinera, su hija Anjali de cinco años se inclinaba sobre un libro de cuentos de hadas sentada en la alfombra. Sin embargo es incapaz de ofrecer un «sí» a las propuestas que su amigo le lleva, u ofrecer una explicación satisfactoria, o una descripción esclarecedora de lo que de verdad quiere.

—¿Qué quieres? —Sigue Mathur—. ¿Qué, qué, qué? ¿Quién es esa heroína a la que esperas?

Y K.D. es incapaz de nombrar a esa mujer, de reducirla a una lista de diez cualidades, de conjurar con palabras esta negativa incipiente que surge de sus huesos.

K.D. yace en su cama de hospital, y se pregunta a qué ha estado esperando. Ahora es demasiado tarde, morirá solo. Su padre también hablaba sobre las comodidades de

la compañía, pero ¿realmente había sido Ma una compañera para él? La sencilla Ma con su timidez, su *ghoonghat* eterna, su tranquilidad, sus interminables tareas domésticas. Apoyó a su marido en la dolorosa escalada desde la pobreza, y les hablaba a sus familiares con orgullo de su trabajo como entrenador de educación física, y le llevaba la comida caliente cada día ella misma, todo el trayecto hasta la diminuta oficina que él tenía junto al campo de fútbol de la escuela, sus platos favoritos guardados en un *tiffin* de cinco pisos. Pero fue incapaz de seguirle al interior de las tierras extranjeras de la lengua inglesa, y hasta el final de su vida permaneció confundida por los teléfonos y los controles remotos y las verdaderas distancias entre países extranjeros, por el tamaño del mundo. Se casaron jóvenes, el futuro entrenador de atletas Rajinder Prem Yadav y la sencilla Snehlata, en los contornos apenas moldeados de la adolescencia, y habían crecido hasta convertirse en las mitades vividamente definidas de la vida del joven K.D.: los hombros como el chocolate de Papa frente al blanco de su *banian*, sus órdenes con voz atronadora a las hileras de chicos sudorosos, su inglés torpe y vacilante, su severidad, su fascinación envidiosa por el entrenamiento atlético de Rusia, y Ma, con sus manos empapadas de besan, sus innumerables festividades y ayunos y ceremonias que se seguían unas a otras en ciclos inacabables, su risa imponente que ocultaba tras el pallu, su orgullo de mujer analfabeta ante los logros académicos de su hijo. Estuvieron juntos durante décadas, Papa y Ma. ¿Qué se dijeron el uno al otro, en su compañía, en su dormitorio tarde por la noche? ¿Se salvaron el uno al otro de esta temprana hora de la mañana, de esta ruinoso ausencia de luz? K.D. se estremece, y se recuerda corriendo hacia casa tras una refriega al borde de la carretera con dos chicos de una escuela rival, con la mandíbula dolorida y su camiseta de la escuela St. Xavier rota por el bolsillo. Ma lo agarró con fuerza, y lo toqueteó con un cataplasma de *haldi* hasta que K.D. logró apartarla, que parase físicamente. Papa se quedó tan recto como una columna de acero, con los ojos entrecerrados, y le dijo a K.D. que buscase a los chicos y les diese una paliza.

—A partir del próximo trimestre empezaremos a dar boxeo como deporte en el colegio —dijo—. Debes aprender a defenderte.

Aquella noche, Ma le llevó a K.D. su vaso de Ovaltine y le dijo que ignorase a aquellos gamberros, aquellos bárbaros de escuela estatal.

—Tan solo están celosos de que estés en una escuela tan buena. Olvídalos. Beta, trabaja duro y avanzarás. No te involucres en toda esta tontería, piensa en tu futuro.

Ma esperaba que K.D. fuera siempre el primero o el segundo de la clase, a pesar de su ascendencia campesina, y estaba repleta de esperanzas, confiaba en su futuro.

Y aquí está K.D. en ese futuro, confiando en nada, inseguro incluso del dolor que siente en el cuello y la cabeza, agujereado por él pero incapaz de saber de forma rotunda, sin duda, si es un dolor del presente o es simplemente un recuerdo revivido. Y ahora, en el colapso de su cuerpo, K.D. entiende que todo lo que ha visto siempre no han sido más que fantasmas, que una roca sujetada por una mano sana solo es un

fantasma metido en el cráneo, que las ilusiones son la única realidad. El futuro es una ilusión, pero el presente es la ilusión más resbaladiza de todas.

K.D. observa cómo el sol asciende arrastrándose por la pared. Piensa en el color, que es un naranja salpicado de rojo, difuminándose en un amarillo más pálido a medida que asciende. No hay nada como el color. Hay fotones rebotando alrededor del mundo, y en el interior y a través de una delgada membrana en la superficie de sus ojos. Hay hechos eléctricos y químicos estallando como novas. Pero no hay nada como el color. Una enfermera se mueve por la habitación, le da un pinchazo y le habla, pero él no presta atención. Es fácil ignorarla, y al mordisco diminuto de la aguja que ella desliza en su brazo, son tan solo datos diferenciados que fluyen por las redes de su conciencia, tan irreal como el color sobre el yeso, que ahora tiene el matiz exacto de la piel de una papaya de Kerala alrededor de la aureola del tallo. K.D. está viendo una papaya específica, una que comió en junio de 1977, en una *dak bungalow* en Idukki. La papaya le resulta presente, con su olor a podrido ligeramente nauseabundo, la carne deslizándose, saltando entre sus dedos. Es tan real como esta pared, que se está volviendo de color blanco sucio. Y entonces ve que la mitad inferior de la pared todavía está oscura.

No es la oscuridad de la noche, es una ausencia de visión. La mitad inferior de la pared está ausente, como si alguien hubiese puesto anteojeras a los ojos de K.D. Si inclina la cabeza hacia atrás, y después hacia delante, puede mover el borde entre la visión y la no visión hacia arriba de la pared, y después hacia abajo. Esta pérdida de la mitad de su campo de visión persiste si se gira hacia la ventana, o hacia la otra parte, hacia la puerta que da al pasillo: media ventana, media puerta. Es una pérdida latitudinal, ecuatorial. La mitad inferior de su mundo ha desaparecido.

Cuando le cuenta a la enfermera este nuevo síntoma, el personal salta a la acción. Lo sacan de la habitación en silla de ruedas, le examinan, le pinchan, le escanean con máquinas. Ese día, más tarde, la doctora Kharas es del todo objetiva:

—Su TAC muestra otra lesión, una pequeña, aquí. Creemos que hay daño en la corteza visual.

Está señalando un diagrama transversal del cerebro humano, con los segmentos hacia fuera y etiquetados. Los colores son brillantes, un azul primario para la corteza cerebral, un rojo oscuro para el tálamo.

—El daño del tumor está produciendo un escotoma, un espacio en blanco en parte de su campo de visión. Eso es todo lo que puedo decirle. ¿Sintió algo la noche pasada? ¿Náuseas? ¿Dolor?

K.D. quiere contestarle: sentí cómo el aire helado me cortaba la garganta mientras luchaba por subir una cuesta, doctora. Sentí ampollas reventándose en mis pies, dentro de las botas.

—No —contestó K.D.—. Nada.

Ella asiente, y escribe en su bloc. La doctora Anaita Kharas tiene treinta y ocho años, casada, dos hijos. Tanto la doctora Kharas como su marido nacieron en Delhi,

se han criado aquí. Anjali la ha investigado algo. No se fían la una de la otra, Anaita y Anjali, se muestran un tanto irritables, pero K.D. ve lo similares que son, qué parecidas en su eficiencia, sus ropas cómodas y prácticas, la seguridad en sí mismas por el espacio en que se mueven, el trabajo diario que han de hacer contra el escepticismo y la agresión de los hombres para mantener su dignidad e independencia como mujeres.

—Me temo que no hay mucho que podamos hacer con esta pérdida de función —continúa la doctora Kharas—. No hay cirugía que pueda darle marcha atrás, no hay tratamiento. Buena parte de la mecánica se nos escapa.

Lo entiendo —responde K.D.—. Pero ¿empeorará?

—También eso es difícil de predecir. Un glioma es el menos predecible de todos los tumores. Se han dado casos de episodios de remisión espontánea. Haremos todo lo posible. Así que intente no preocuparse.

Pero él no busca compasión, o consuelo. Sabe adónde va. Lo que le gustaría saber son los porcentajes, los números. ¿Cuánto durará su mente, con qué rapidez tallará? Ella no tiene respuestas. Le sermonea un poco, de repente, sobre la relajación, sobre no deprimirse, no abandonar. Él sonríe por ella. Le gusta. Solo tenían un parsi en la organización cuando él se enroló, y ningún musulmán, ninguno, ni uno solo. Solía protestar contra eso, señalando la burda ironía de proteger a un estado secular con una organización no secular, la flagrante injusticia de ello. Pero los viejos de las altas esferas pensaron que era un riesgo demasiado grande, no justificable a la luz de lo que estaba en juego. Piensa, le decían siempre a K.D., contra quién estamos luchando. Sí. El dushman. Ellos estaban allí, y nosotros aquí. Ellos y nosotros.

Se marcha, la buena doctora Anaita, seguida por un grupo de internos y enfermeras. K.D. se sienta en la cama, observa cómo gotean las perlas de líquido claro en el interior de un tubo y su antebrazo. Ahora se acuerda de la pregunta de Anjali: ¿por qué tres sadhus, por qué estaba Gaitonde tratando de encontrarlos? K.D. sigue el rastro de su relación con Gaitonde, la primera aproximación en la cárcel, las conversaciones, el acuerdo alcanzado, y después los trabajos hechos, los favores negociados. Fue la necesidad. El mundo está atravesado a balazos por el crimen, acribillado por él, podrido por él. Los pakistaníes y los afganos dirigen un negocio de veinte billones de dólares en heroína, que parcialmente se transporta a través de la India, a través de Delhi y Bombay, hacia Turquía y Europa y Estados Unidos. El ISI y los generales engordan con el negocio y compran armas y muyahidines. Los criminales proporcionan apoyo logístico, moviendo hombres y armas por las fronteras. Los políticos proporcionan protección a los criminales, los criminales proporcionan poder efectivo y dinero a los políticos. Así es como funciona. La agencia dushman recluta a un criminal indio desafecto, Suleiman Isa, para plantar bombas en la ciudad en la que nació, le convierte en un jugador principal en la guerra inacabable. Para luchar contra su criminal, necesitamos a nuestro propio criminal. El acero corta el acero. Los criminales tienen buena información sobre sus rivales. Es

necesario tratar con Gaitonde, para un bien mayor. Así que ahí está Gaitonde, con su camiseta blanca y pijamas blanco y chanclas de baño azules, en el despacho del director de la cárcel. K.D. trata de imaginarse a si mismo en el pasado, revivir el hecho. Tal vez en los detalles pueda encontrar una explicación para los tres sadhus. Cierra los ojos y trata de deslizarse al interior de aquella tarde, de vuelta a la habitación con sus estantes de archivadores negros, su foto de Nehru enmarcada en negro. La respiración le llega a tragos cortos, no sabe por qué. Cálmate. Calma, o te causarás más daño. Piensa. ¿Por qué tres sadhus? K.D. no está interesado en la religión, y siempre ha pensado en la religiosidad de Gaitonde como la muleta de un hombre aterrado, asustado sin cesar por asesinos. Incluso los hombres tueres, los hombres duros, hombres que son jefes de bandas, no pueden hacer frente al desconcierto de la muerte, el irreversible corte de tijeras al hilo frágil de la conciencia. Un tijeretazo, después nada más. Se acabó. Es insoportable, y de ese modo incluso Gaitonde, ese monstruo manchado de sangre, tenía fantasías acerca de una vida después de la muerte. No podemos soportar esa oscuridad. K.D. intenta exminar su escotoma, prestarle atención, pero simplemente no es nada, nada en blanco. Qué oscuro está, esta pérdida bajo mis párpados, justo bajo el latido rojo de mi pulso.

—Sí, esa es la letra de papá —le dice Anjali a su madre.

Anjali ha encontrado un texto viejo de la universidad que una vez perteneció a su padre, un antiguo libro de texto de historia india, y está señalando con excitación las notas apuntadas con bolígrafo azul en el margen, los subrayados. Ahora Maldito Mathur lleva desaparecido casi un año, pero para su hija es una presencia diaria, una figura que ocupa un lugar más grande porque no está, es el padre románticamente misterioso que no está aquí. Le han dicho que se ha «ido por un tiempo», que está «de viaje». En la organización, la creencia generalizada es que se lo llevaron los mismos militantes sikhs a los que estaba intentando reclutar, que le burlaron y le tendieron una emboscada, que probablemente le torturaron y después le mataron. Una pequeña minoría cree que le dieron la vuelta, que la emboscada fue una puesta en escena que él mismo organizó, que cruzó la frontera, a la otra parte. Pero nadie esperaba que regresase, excepto Anjali, a quien le habían dicho que estaba «en viaje de trabajo». K.D. desprecia esta mentira porque ve la expectación en los ojos de Anjali cada vez que suena el teléfono, el ansia en su carrera patizamba hacia la puerta cuando llama el cartero. Pero tiene once años, y su madre piensa que un padre que se ha ido es lo que puede entender, o soportar. K.D. sabe que los niños se enfrentan a terrores cada día, caminan a través de los horrores que sus mayores niegan y a los que se resisten. ¿Y qué sería más difícil de soportar que esta expectación, esta querencia? Pero él no tiene autoridad aquí. Ha de tener mucho cuidado. Rekha está sirviéndole té. Es formalmente hospitalaria con el amigo de su marido muerto que acaba de volver de Londres, pero K.D. sabe que aquí no hay calidez, no hay afecto. Siempre ha sido educada, pero distante, es más que probable que haya una coraza dura de sentimiento

de casta bajo las buenas maneras. Si dice lo incorrecto, conseguirá que le exilien, que le aparten para siempre de Anjali. Y sabe que ese destierro sería algo que no podría soportar. Eso no sería soportable. K.D. no tiene lazos en el mundo. Papa y Ma han muerto, y no tiene comunicación frecuente con sus familiares en Bihar. No tiene a nadie. Pero Maldito Mathur siempre le ha dado la bienvenida en su hogar, y K.D. ha visto a Anjali crecer de bebé a niña. Ella siempre le ha conocido, él ha estado presente durante toda su vida. K.D. entiende que esta personita nació de Maldito Mathur y Kekha, pero de alguna manera también se ha convertido en su hija. De alguna forma se ha convertido en padre. No tiene autoridad, pero tiene amor. Entiende que esta niña pequeña, con su falda azul del colegio, es su ancla en el mundo. Ella lo amarra, con esa mirada larga. Él no sabe cómo pasó, o cuándo, pero sabe que es cierto. Ahora ella se apoya en la rodilla de K.D., levantando la muñeca inglesa que este le ha traído de Londres.

—No habla, tío.

La muñeca tiene los ojos azules, el pelo rubísimo, una arruga color fresa a modo de sonrisa y una voz metálica. K.D. se da cuenta ahora de que no le ha oído decir «Mama» en unos cuantos minutos. Le da la vuelta a la muñeca, y bajo el vestido rosa, la pieza en la parte baja de su espalda está suelta. Saca la pieza con la uña, y los cables de dentro están retorcidos alrededor de la batería, un chip verde cuelga suelto.

—¿Qué has hecho? —pregunta.

—Quería ver cómo funcionaba —responde Anjali.

K.D. se ríe, encendido de satisfacción y cariño. El sentimiento en su interior es completo, incontrolado, sin ninguno de los repliegues que ha sentido en todas las otras interacciones de su vida. Ella se ríe tontamente.

—Tío, de todas formas, soy demasiado mayor para las muñecas —afirma, sin mala intención—. Dejé de jugar con ellas hace mucho tiempo. No sabes demasiado sobre niñas. Ahora me gusta leer. Deberías traerme libros.

Se ríen juntos, haciéndose reír el uno al otro con carcajadas en espiral. La madre de Anjali observa, ligeramente desconfiada. Al menos por el momento, a K.D. no le preocupa, y se lleva el calor de Anjali hasta el día siguiente, hasta la oficina donde se sienta en la sección de Fundamentalismo Islámico. En este despacho cerrado, sin ventanas, recopila informes de todo el mundo, reúne, conecta, criba, analiza. Las creencias y odios de hombres y mujeres le llegan en fragmentos, y él une las piezas. Y después redacta sus propios informes, los pasa a máquina en folios nuevos de papel blanco de arroz, y a través de ellos la información asciende, hasta el comisionado adjunto y después el comisionado y después tal vez todo el trayecto hasta el primer ministro. La información asciende, y las órdenes descienden. Se toma una medida, y eso produce resultados y nuevas cascadas de información. K.D. siempre tiene la sensación de estar sentado en un nudo de una red, en la intersección de líneas de energía que se extienden por el globo y que zumban y giran y cambian de forma. Puede rasgar una cuerda aquí, y a dieciséis mil kilómetros de distancia un hombre

se desploma ante una puerta. Puede escribir un párrafo, y dos semanas más tarde oírlo parafraseado en un discurso del ministro del interior. En esta habitación cubierta de polvo pone en movimiento cadenas de acontecimientos, cambia las vidas de millones de personas.

Pero no puede encontrar a los hombres que cogieron a Maldito Mathur. Tiene un archivo, uno grueso lleno de informes policiales y evaluaciones sobre el terreno hechas por equipos de investigadores de la organización, que evalúan el incidente y también la investigación realizada por las autoridades panjabíes. Los hechos son pocos y claros: Maldito Mathur había estado cultivando la relación con un tal Harbhajan Singh, que había estudiado dos años en la universidad y no tenía trabajo, que era el hijo de un pequeño agricultor, que había sido arrestado dos veces por robos menores. Este Harbhajan Singh tenía contactos con cierto grupo militante llamado Ejército para la Liberación del Panjab, y durante meses Maldito Mathur había estado proporcionándole dinero a Harbhajan Singh, quien a su vez se lo pasaba a un amigo cercano que se había unido a los militantes. Llegó de vuelta información buena, material verificable pero nada demasiado útil. La fuente dentro del ELP pidió un encuentro cara a cara, dijo que llevaría a otro amigo desafecto. Maldito Mathur tenía un presentimiento, acudió él, y desapareció. Dejando un Ambassador volcado, hecho pedazos, y tres hombres muertos. Y ahí se acaba el rastro, se interrumpe. Maldito Mathur ha desaparecido, y eso es todo.

Pero K. D, no permitirá que eso sea todo, se niega a permitir que las cosas se detengan. Sigue a la familia de Harbhajan Singh, sigue a sus amigos, hace tratos. Maldito Mathur solía decir:

—Si no es dinero, es lujuria. Si no es eso, es la seguridad, el miedo por su familia. Puede comprarse a todos y cada uno. Tan solo tienes que averiguar cuál es el precio.

Así que Maldito Mathur comía pollo tanduri en dhabas al borde de la carretera con Harbhajan Singh, porque el dushman había extendido sus operaciones por el Panjab, era su escala, su refugio, su entrada fácil a la India. Y de ese modo se desvaneció. Ahora K.D. presiona a sus oficiales de campo de rango superior, hace que sigan y observen al hermano de Harbhajan Singh, y les pregunta a los que investigan el terreno por socios conocidos, listados de cuentas bancarias. Hace maniobras con hombres y recursos y dinero, porque están en una batalla, una guerra. K.D. contraataca. No olvidará. De esta forma el gran juego se juega en las calles y las tierras de labranza del Panjab.

El juego perdura, el juego es eterno, el juego no puede detenerse, el juego se da a luz a sí mismo. K.D. lo juega, y lo hace bien. Tiene una memoria vasta, y un sentido sensual para los detalles: un par de gafas de leer con los cristales oscuros que vio en una fotografía borrosa de preconizadores en Frankfurt se quedan con él durante seis años, de modo que es capaz de descubrir al mismo hombre en otra foto tomada en la otra parte del mundo, en Peshawar, cuando los comandantes talibanes salían de un encuentro con un comandante del ISI. Estas prodigiosas hazañas al conectar y dar



nombre, esta creación de significado, le dieron a K.D. su reputación, su fama, su lugar en la organización. Asciende. Ahora es inspector adjunto, sin antigüedad pero sin embargo un hombre con futuro. Se traslada. Cuatro años, y se sigue trasladando, esta vez a Berlín. En esta ciudad dividida, otorga visados de estudio a estudiantes iraníes, organiza becas para ellos, da abrazos comprensivos a médicos afganos y los invita a cenar. Envía paquetes a Anjali, que está yendo muy rápido en el colegio, dejando atrás a filas enteras de estudiantes con promociones dobles e imposibles notas altas en los exámenes finales. Ella lee sobre Berlín, y pide biografías de Hitler que no puede encontrar en Delhi, y libros sobre generales con nombres tan redondos y rotundos como salchichas.

—Hay lesiones estructurales en el lóbulo frontal del paciente. —La doctora Kharas está de pie sobre K.D., rodeada por una hilera atenta de internos—. Los efectos del glioma son interesantes. El paciente presenta paramnesia reduplicativa, y durante los accesos es como si estuviera en alguna otra parte, Por lo general, pacientes con este tipo de amnesia se imaginan que están en casa, o en algún lugar que les gusta. Este paciente parece deambular en su imaginación por lugares en los que ha estado en su vida, todo tipo de lugares por todo el mundo.

Eso es porque nunca tuve un hogar, hermosa doctora Anaita. Mi hogar era un lugar en mi imaginación, una tierra bella, próspera, que todavía no existe. En todos mis viajes, es ahí adónde voy, a ese pacífico país del futuro.

—Los pacientes con este tipo de memoria dañada también suelen ser dados a las tabulaciones. Es decir, dan respuestas incorrectas a preguntas acerca de experiencias recordadas. Incluso preguntas sobre asuntos triviales, como detalles acerca del trabajo pasado, fechas, lugares, obtienen respuestas que parecen coherentes pero que son descabelladas. Los pacientes describen experiencias imposibles, aventureras y truculentas. ¿Señor Yadav? ¿Señor Yadav?

La doctora Anaita quiere mostrarles síntomas a sus estudiantes. K.D. asiente. Le dará eso, le dará lo que quiera. Se lo debe, se lo debe por su curiosidad ferviente, su competencia, su pasión por el trabajo, pero confía en haber vivido una buena vida, que todas las cosas feas que ha hecho finalmente lleguen a algo bueno. Ella es su esperanza.

—Señor Yadav, ¿puede decirme su fecha de nacimiento?

No puede acordarse. No importa, no debe defraudarla. Escoge un número al vuelo.

—Nueve de julio de mil novecientos sesenta y ocho —dice.

Se produce una rápida efervescencia de entusiasmo entre los internos, un cosquilleo en sus ojos. Les gustan los síntomas, los síntomas demuestran el funcionamiento interno de la máquina defectuosa. Una anomalía en el organismo, por lógica inversa pero impecable, demuestra alguna certeza acerca del funcionamiento normal. K.D. se da cuenta de que la fecha de 1968 es muchos años tardía, él es mucho mayor que eso. Pero ¿qué pasó el 9 de julio? La fecha es rugosa,

se clava y le raspa por la mente como un erizo. Entonces se acuerda. Lo ve. En la mitad inferior de su mundo, en la nueva oscuridad a medias de su visión, K.D. ve un pueblo en llamas. No es borroso y poco definido como un pueblo recordado, no es una alucinación. Es un pueblo real, y puede verlo. Puede ver las llamas moviéndose bajo los suelos de madera de las cabañas, una cerda con los ojos rojos gruñendo de pánico a través de las filas verdes ordenadas de un huerto de nabos, puede oír el reventón súbito del bambú al explotar. Los colores son profundos, incandescentes, justo como en la realidad pero más, puede ver el brillo de saliva en los dientes de un perro negro al que han disparado en la cabeza, el pelo en sus patas traseras despatarradas. Es más real que lo real, este pueblo moribundo. Nunca ha estado en este pueblo, pero sabe exactamente cuál es. Es el pueblo de Chezumi Song, en el distrito Mon de Nagaland, que una unidad de Assam Rifles visitó el 9 de julio de 1968 bajo el mando de un tal capitán Rastogi, un Dakshesh Rastogi que era el mismo amigo de K.D. con inclinaciones matemáticas de su primer destino de campo. Rastogi ha crecido, de teniente a capitán, y ha engordado, ha crecido hasta convertirse en un hombre magnífico. No lo sabe, pero está actuando con la información que K.

D. ha recabado y cribado y transmitido a la cadena de mando, y anda tras dos líderes *naga* insurgentes, L. K. Luithui y M. Essau. Se sabe que están por la zona, y tienen familiares en este pueblo. La unidad de Rastogi ha perdido a seis hombres por disparos y minas el último mes, y estos dos nagas son los estrategas tras los ataques. El pueblo es objeto de un registro, y se interroga a los aldeanos. El capitán Rastogi aplica presión. Golpean al jefe y a los notables del pueblo con culatas de rifle. Todos dicen que no saben nada de los dos insurgentes. Se aplica más presión. Las hijas del jefe, tres de ellas, son arrastradas hasta la plaza por el pelo. Se llaman Rose, Grace y Lily. Las violan. Veintidós mujeres son violadas, y se quema el pueblo. Disparan a tres de los aldeanos, y el informe del capitán Rastogi afirma que estos tres terroristas fueron acorralados y muertos en la escaramuza que derivó en la destrucción del pueblo de Chezumi Song. L. K. Luithui y M. Essau, los dos insurgentes, son acorralados tres días más tarde en una guarida en el bosque nueve kilómetros al norte, y son asesinados. El capitán Rastogi recibe una mención de honor, y a partir de entonces es un hombre en ascenso. K.D. sabe lo que decían los informes oficiales, y sabe lo que pasó de verdad. Es, después de todo, un hombre del servicio de inteligencia. Sabe que el chivatazo de la guarida lo dio una chica llamada Luingamla, que tartamudeó el lugar porque el capitán Rastogi tenía una pistola apuntando a la cabeza de su padre. K.D. sabe esto. Saberlo es su trabajo. No estaba allí, pero lo sabe. Ahora puede ver el pueblo de Chezumi Song, con bastante claridad. Puede verlo en llamas. Pero ¿dónde está la gente? No puede ver a ninguno de los nagas, ni a ninguno de los soldados. Oye gritos. Los pájaros hacen ruidos estridentes por su cabeza. Ahora, un tiro, y sabe que es una Webley-Scott.<sup>38</sup> que es la que el capitán Rastogi llevaba aquel día. Pero no hay gente en este pueblo real.

—El pueblo está en llamas —susurra K.D.

Los internos se inclinan para acercarse. La doctora Kharas escucha atentamente.

—¿Qué pueblo? —pregunta—. ¿Qué pueblo?

K.D. no dice nada. ¿Qué puede decir? ¿Que era un pueblo del que nunca supisteis nada, que dejó de existir antes de que la mayoría de vosotros hubieseis nacido? Desapareció, pero sigue ardiendo.

—El pueblo está en llamas —repite.

La doctora Kharas habla en susurros con los internos, y finalmente se van. El pueblo sigue ardiendo, pero no obstante sin sus habitantes, o sus invasores. K.D. escucha el crujido de la conflagración, los gritos, los disparos. Por la tarde es capaz de quedarse dormido, o soñar que duerme. Se despierta sintiéndose exhausto, le duelen las articulaciones. Va a trompicones hasta el baño, con una mano por delante para mantener las yemas sobre la pared, todo el camino. Chezumi Song ya no está en su punto ciego, en su media franja de oscuridad, pero mientras mea, ve un juego de ajedrez. Inclina la cabeza hacia delante para ser capaz de ver lo que hace en la taza, pero donde no es capaz de ver, donde se corta el suelo del baño con azulejos cuadrados, hay ahora un juego de ajedrez. Lo reconoce, en realidad es la parte superior de una mesa de piedra, en un parque de Berlín. Aquí se reúne, en tardes de viernes dispersas, con un estudiante afgano de ingeniería que se llama Abdul Khattak. Este Khattak es muy pobre, tiene cuatro hermanos y tres hermanas, y todos viven en un apartamento diminuto en Neukoelln, de forma que las comidas que K.D. le proporciona son especialmente bienvenidas, como lo son las pequeñas cantidades de dinero que le da cuando actúa. Por los nombres de los predicadores fundamenta— listas e información acerca de sus movimientos y planes, K.D. le pasa sobres delgados, y más sobres por los nombres de los antifundamentalistas afganos en Europa y en casa, y tal vez presentaciones. K.D. y Khattak han hablado de visados indios para los hermanos pequeños de Khattak, y la posibilidad de becas en universidades indias e institutos tecnológicos. Todo esto, naturalmente, a cambio de más información para K.D. Pero ¿dónde está Abdul Khattak? No está en el banco del parque, bajo el baldaquín verde de los robles. K.D. puede ver los cuadros en el tablero de ajedrez, que son azulejos verdes y blancos empotrados en cemento. A Khattak le gusta este punto de encuentro porque le encanta el ajedrez. Seguir las competiciones internacionales es un lujo que se permite, este Khattak que anda corriendo entre las clases y el trabajo en la lavandería y sus hermanos. A Khattak no le gustan los buzones estáticos, aunque dejar notas debajo de un banco del parque en una bolsa de la compra, o pegadas con cinta adhesiva en la parte trasera de una farola, sería mucho más seguro. A Khattak le gusta hablar, después de dos o tres buzones insiste en un encuentro. ¿Dónde está este Khattak, por qué no está bajo este cielo despejado de marzo que insinúa la primavera? K.D. se arrastra de regreso a la cama, alargando los brazos, y sabe exactamente por qué: Khattak está muerto, yace en un callejón entre cajones vacíos, detrás de un almacén de muebles. Tiene las muñecas atadas a la espalda, las mejillas y el pecho magullados por los golpes, y le han

cortado la garganta. Nunca encontraron a sus asesinos, la policía jamás obtuvo pistas y K.D. no va a darles ninguna. Khattak está muerto, pero mucha de su información es buena, está viva. K.D. la utiliza, consigue acceder a redes estudiantiles que conducen de vuelta a Kabul, y consigue una fuente en Jallalabad, el secretario de un mulá que está adquiriendo importancia política. Y ahora, en esta habitación de hospital en Delhi, en su propia ceguera a medias puede ver el juego de ajedrez, iluminado por el sol y esperando las piezas, el juego. K.D. se mete en la cama, y se pregunta qué pasó con los hermanos y hermanas de Khattak. Sobrevivieron, por supuesto. Los supervivientes sobreviven, eso es lo que hacen. Y aquí está ese juego de ajedrez, verde y blanco y brillando en su oscuridad.

—¿Quién es el primer ministro?

Es la doctora Kharas, inclinándose para acercarse a él, sujetando una luz brillante cerca de sus ojos.

—Señor Yadav, ¿quién es el actual primer ministro?

Fuera es de noche, y K.D. no sabe cómo ha pasado de la mañana a la noche. Anjali está de pie a los pies de la cama, las manos apretadas alrededor de la baranda blanca de metal.

K.D. le sonrío.

—Mi memoria a corto plazo me falla —responde.

Está tratando de consolar a Anjali: dejar que el aparato sepa que estás fallando es tener algo, después de todo. Pero ella no se siente reconfortada, puede verlo. Ella sabe que él no tiene ni idea de quién es el primer ministro. Puede acordarse del reloj que llevaba Nehru, un *HMT* conmemorativo con pequeños números de color negro, y el vello claro en la muñeca de Nehru, pero no sabe quién es el actual primer ministro. Se ha ido, simplemente se ha ido. No está aquí.

—¿Ahora ve alguna alucinación? —Quiere saber la doctora Kharas.

Debe de habérselo contado, durante ese día perdido. No quería contárselo, y menos a Anjali. Ahora se siente avergonzado. Es algo vergonzoso, ver cosas que no están ahí, perder el control sobre lo que es, lo que no es. No puede soportar que Anjali sienta lástima por él, que piense que no sigue siendo eficiente. Él jamás ha soportado la incompetencia ni lo más mínimo. Pero no, ella está afligida pero no siente conmiseración, no le tratará con condescendencia, puede verlo. Anjali todavía ve que él está presente, dentro de estas ruinas. Él, K.D. Yadav, todavía está aquí, pensando, calculando, *comprendiendo*. Mira a Anjali pero se dirige a la doctora Kharas:

—Ahora no hay alucinaciones. ¿Por qué las veo?

—Es el cerebro humano —contesta la doctora Kharas, reclinándose en su asiento.

Junta las manos en su regazo, casi como un sacerdote impartiendo una lección de moral.

—Al cerebro humano no le gustan los espacios en blanco. No tolera los espacios vacíos. A causa de su daño estructural en los canales visuales, hay un vacío en su

campo de visión. Así que el cerebro rellena este escotoma, esta brecha. El material que encuentra procede de sus recuerdos, de sus sensaciones y conceptos almacenados. Lanza ese material al espacio en blanco. Esto ocurre todo el tiempo, en realidad, incluso en el funcionamiento normal. Los datos que llegan se unen a los que ya están, todo se mezcla y cambia y se transforma y se convierte en una percepción. Así es como lo experimentamos todo.

Se detiene para ver si él la sigue, si está absorbiendo toda esta información. Quiere ser consciente, la culta doctora Kharas. Él asiente, y ella prosigue.

—Con los datos del exterior, y con el material de la memoria, el cerebro inventa una historia, y esa historia es lo que creemos que es la realidad. Lo que lo vuelve perceptible ahora es que usted está perdiendo por completo la mitad de sus datos externos por la corriente visual, y el cerebro está compensando esa pérdida. Por lo demás, lo que hace su cerebro es completamente normal. Tan solo significa que estamos hechos así.

—Tan solo significa que estamos hechos así —repite K.D., y se echa a reír.

Es divertido, aunque su Anjali y la buena doctora no se ríen, no, ni siquiera esbozan una sonrisa, un movimiento de diversión. Tan solo significa que estamos hechos así, ver apariciones, construir una visión del mundo dentro de este solitario palacio de huesos, vivir en este sueño y sentirnos aterrados de morir y salir de él, sufrir esta pesadilla hecha de impresiones como si fuese real. La visión de la realidad que tiene una rata es tan real como la mía, como la tuya, como la nuestra. Pero vivimos y morimos y matamos en esta fantasmagoría de narraciones reflejadas. Todo esto es terriblemente patético, o perfectamente divertido. K.D. no puede decir qué, y no puede parar de reír. Respira con dificultad. Al final le hace señales a Anjali para que se acerque, y hace que se siente sobre la cama, cerca de él para poder cogerle la mano.

—No seas pesimista —le dice—. Por lo menos es un estado interesante. Es muy educativo.

—Hay un nombre para ese síndrome —apunta la doctora Kharas, contenta de proporcionar una estructura.

Es una gran convencida de las bondades de otorgar poder al paciente a través del conocimiento.

—Se llama síndrome de Charles Bonnet, por el hombre que lo observó primero. Es frecuente entre la gente a la que le falla la vista. A menudo la gente mayor que sufre de cataratas, por ejemplo, dice ver cosas: gente, objetos, fantasmas.

Gente, objetos, fantasmas. K.D. puede ver gente y objetos, pero él mismo está empezando a sentirse como un fantasma, una red parpadeante de impulsos eléctricos recubierta de una maquinaria de carne agujereada, chirriante. Se siente morir y revivir, su ser se apaga y se enciende con cada aliento. ¿Ve esto la doctora Kharas, que este ser también es una ilusión lanzada por la búsqueda de patrón del cerebro para rellenar el vacío? Se siente lleno de lástima, por sí mismo, por la doctora Kharas,

por su Anjali. Qué agonía de búsqueda y sufrimiento es el destino inevitable de esta aparición a la deriva. Qué circunvoluciones de dolor ha de conocer y sobrevivir, desde el nacimiento hasta la muerte, esta pieza de nada. Anjali está triste incluso ahora, y él le da palmaditas en la muñeca.

—No te preocupes —le dice—. No es nada.

Pero está desconcertada, y él sabe que no puede hacerle entender que es inútil llorar por él, sufrir por algo que siempre fue la nada. Ella es joven, está en su plenitud, ocupada con sus batallas y ávidamente viva. Él no puede hacer que ella vea, no debe. Tal vez solo quienes están al borde de la desintegración pueden entender esto. «La araña teje las cortinas del palacio de los Césares; el búho llama a los guardias en las torres de Afrasiab». Pero ella está esperando para contarle algo. Anjali espera a que la doctora Kharas termine con sus instrucciones y despedidas, y se levanta para cerrar la puerta. Vuelve a la cama, y se sienta cerca de K.D.

—¿Recordaste algo sobre Gaitonde, tío?

—No. Nada nuevo. Solo las cosas que ya sabes.

Gaitonde fue su recluta, su cliente. Después de que K.D. se jubilase, Anjali quiso ser su adiestradora. Hubo objeciones dentro de la organización: ella era demasiado joven, demasiado inexperta, y por último y más importante, era una mujer. ¿Qué clase de gángster se dejaría adiestrar por una agente, qué mujer podría adiestrar al tremendo Gaitonde, ese monstruo despiadado, ese mujeriego sin respeto por las mujeres? Era un razonamiento antiguo y aceptado en la organización, que a las mujeres no se les podía dar destinos de campo porque no podrían manejar el tipo de elementos criminales que eran los proveedores y productores cotidianos de información, que las mujeres no podrían hacer tratos y dar órdenes a contrabandistas sudorosos, criminales insignificantes que cruzan fronteras, mulas que transportan droga, a los analfabetos y los vulgares y los desesperados. Así que las mujeres eran buenas en la oficina, seguía el razonamiento, eran analistas excelentes. Mantengámoslas allí. Pero Anjali se había irritado en sus varias oficinas, y había luchado contra ese razonamiento anticuado, y se había demostrado a sí misma su valía como agente de campo en sus destinos en el extranjero, en Londres y Frankfurt. Era una analista magnífica y también una buena adiestradora de mujeres y hombres; cierto contrabandista pakistaní inmigrante en Marsella, un pathan con bigote y especialmente cruel, la llamaba bhenji y le proporcionaba contactos vitales con transportistas afganos de heroína, con implicaciones en Peshawar e Islamabad. Así que había formas en particular en las que las mujeres de hecho podían manejar a los hombres, pero la organización rechazó la petición de Anjali. Asignaron a Gaitonde a un tal Anand Kulkarni, que era muy masculino y muy duro. Finalmente Gaitonde demostró ser poco fiable, y Kulkarni fue criticado en la organización por cómo lo manejó, pero él —K.D.— fue quien había reclutado al bastardo. Era culpa suya que Gaitonde hubiera salido mal, si era culpa de alguien. K.D. pregunta:

—¿Por qué es tan importante? Gaitonde está muerto.

—Sí, está muerto.

—¿Y entonces? Habrá una lucha para ocupar sus territorios. Tal vez su banda se desmorone. Tal vez se maten unos a otros. ¿Y qué?

Ella lo evalúa. Está tratando de decidir si decirle algo o no. Él entiende que ahora es un riesgo, porque no es de fiar con la información. No es él mismo, y puede contárselo a la doctora Kharas, a la enfermera, a la gente del pasillo. Y no obstante quiere saber.

—Cuéntame —pide—. Si me lo cuentas, tal vez pueda ayudar. Quizá si me lo cuentas, me ayudará a recordar.

No está seguro de que sea cierto, de que los jirones de su una vez cacareada memoria se unan lo bastante como para producir resultados a partir de claves pequeñas, partiendo de una dirección cuidadosa y punzante. Pero ella tiene que apostar. Los riesgos calculados son el trabajo diario del juego, y K.D. ha adiestrado a Anjali para dar estos pequeños pasos por el peligro: en el preciso último momento en que estás caminando hacia un punto de entrega, inseguro de si estás bajo vigilancia, ¿sigues caminando o coges la bolsa? Tienes que aprender a saber que uno de tus oficiales ha estado vendiendo información a la otra parte, a otras muchas partes, de forma que algunas de tus fuentes pueden haberse visto comprometidas, y tienes un hombre en un centro de investigación de defensa cerca de Islamabad, un físico, ¿le llamas o no? Calcula los beneficios, y las posibles repercusiones del fallo, y decide.

Ella se ha decidido. Habla rápido y en voz baja.

—Encontramos a Gaitonde en una casa en Bombay. La casa estaba construida como un verdadero y profundo búnker, con paredes reforzadas. Encontramos al contratista y al arquitecto que lo construyeron para Gaitonde. Nos contaron que se hizo en diez días, partiendo de planos que Gaitonde envió por fax. Les dijo que no se preocupasen por el dinero, simplemente que lo acabasen. Lo hicieron. Tenemos una copia de los planos. Han quitado o borrado la portada y algunas etiquetas identificativas, pero había bastante texto como para permitirnos rastrear los planos hasta la fuente. Los descargaron de Internet, de una página web norteamericana de supervivencia titulada «Cómo sobrevivir al día del Juicio Final». Examinamos la estructura en Bombay. Gaitonde construyó un refugio atómico.

Tiene los ojos negros plateados y brillantes y asustados. Fuera, la noche se acomoda con el suspiro de un batir de miles de alas. La prisa quejumbrosa del tráfico de la ciudad todavía está viva, a lo lejos allá abajo. Hay cierta vacuidad informe ante esta amenaza nuclear, piensa K.D., un esencial desconcierto blanco que detiene todo pensamiento, todo movimiento. Anjali no puede pensar más allá de eso, él se da cuenta. Él le apunta:

—¿Así que Gaitonde salió al descubierto, huyó?

—Sí. regresó a Bombay. Estaba buscando a tres sadhus. Le encontraron muerto por una herida autoinfligida. En ese refugio.

—¿Qué había en el refugio? ¿Encontrasteis algo?

—Había otro cuerpo, de una mujer. Una mujer llamada Jojo Mascarenas, una madame que le proporcionaba mujeres. Gaitonde la mató con la misma pistola con la que se disparó a sí mismo.

K.D. sabía lo de las mujeres, las chicas que Gaitonde consumía en un flujo constante. Nunca se había preocupado por preguntar de dónde venía el suministro. Ahora lo sabía.

—¿Y qué más?

—Había un álbum de fotos, de esas chicas. Y dinero. Un crore y veintiún lakhs, en billetes nuevos del Banco Central.

—¿Has investigado a esa mujer?

—Sí. Encontramos su apartamento, lo registramos. No descubrimos nada interesante. Había algo de dinero en efectivo. Parte de él debía de proceder de Gaitonde, era la misma serie de billetes nuevos, en envoltorios de plástico. Ella operaba en las periferias de la industria de la televisión y el cine, hay mucho dinero negro en ese negocio. Había cintas, fotos de actores. Nada más.

Anjali espera. Se permite a sí misma un poquito de esperanza, pero K.D. no tiene nada que decirle. No han surgido explicaciones del torbellino de su confusión, no han salido a flote claves a partir de las masas a la deriva de su pasado.

—Deja que piense sobre ello —dice él—. Tendré que pensar sobre esto.

Ella cena con él, de una bandeja de acero con compartimentos. Él levanta la cuchara con khichdi e intenta pensar. La amenaza nuclear ha estado presente en el subcontinente hace décadas, y han tratado con ella. La organización ha realizado diversas operaciones para obtener información sobre tecnologías, doctrinas, tácticas, ubicaciones, algunas de ellas con mucho éxito. Tienen datos, y saben las capacidades e intenciones de los pakistaníes y los chinos y los norteamericanos. K.D. ha visto algunos de estos informes y artículos de análisis, y las fotografías marrón rojizo del satélite que muestran complejos de misiles y bases aéreas, y sabe que hay armas reales preparadas, dirigidas a sus ciudades, a él. Y sin embargo la realidad de una explosión nuclear siempre le ha parecido irreal, muy alejada del sucio negocio nocturno de esperar en una cabaña helada a un informante pakistaní, sentado en un cajón con los pies en alto para evitar serpientes y escorpiones. Poner a un hombre bajo una alambrada doble, en movimiento a través de campos de trigo, bajo las armas de visión nocturna de las tropas de asalto paquistaníes y pasando por al lado del ganado dormido, aquello era oficio y trabajo y vocación, bien conocido y bien realizado. Pero la destrucción nuclear, eso pertenecía a las novelas de suspense que K.D. leía en viajes largos y al irse a la cama, que todavía leía. En la pila de libros que había en la cabecera de su cama, entre las historias romanas y las autobiografías de la CIA, están estas ficciones que lee por placer, a menudo para reírse de los extremos salvajes de los escenarios que crean, los millones de muertos y las tramas ruines y los héroes valientes, desinteresados. En estos libros, y solo en estos libros, a veces explotan las bombas, arrastrando ciudades enteras. Solo en estos libros se produce el



humo de después, ese silencio sin pájaros. Pero siempre cierras el libro, lo devuelves a la mesita de noche, bebes tu traguito de agua, te das la vuelta y te duermes. No hay necesidad de construir blinkers deprimentes y pequeños en medio de Bombay, no hay necesidad de que los gangsters huyan de sus refugios seguros en el extranjero y vayan al peligro, no hay necesidad de buscar a tres sadhus. Ninguna necesidad en absoluto. Pero Gaitonde está muerto. ¿Por qué?

K.D. no lo sabe. Pero está pensando. Anjali está limpiando las bandejas y los vasos y cucharas. Parece exhausta.

—Vete a casa —le dice—. El encargado hará eso.

—No me importa. De hecho les he preguntado si puedo quedarme aquí. Han dicho que podrían traer un catre.

—Anjali, no tienes que hacerlo. De verdad. Necesitas un descanso.

—Puedo descansar aquí. Solo necesito dormir, y estaré muy cómoda en el catre.

Entiende que está preocupada por él, pero también preocupada por su operación, su mundo que piensa que está de algún modo amenazado. Quiere quedarse cerca de él, de su memoria y mente que se apagan, por si suelta un nombre, un lugar, una palabra que la conduzca a la vida pasada de Gaitonde. Quiere a su tío, sí, pero está haciendo su trabajo. Está siguiendo su formación y su instinto, es una buena alumna. K.D. se está muriendo, él lo sabe, ella lo sabe. Lo más probable: es que la agonía la lleve solo al país de los muertos, pero está siendo cuidadosa —tal vez K.D. le dé algo útil antes de sumirse en el silencio. Él le sonrío.

—De acuerdo, beta. Siempre que estés cómoda.

—Incluso me he traído el cepillo de dientes —dice, levantándolo.

Vuelve a ser la niña pequeña que conoció una vez, y se sonrío el uno al otro. Es acogedor tener a alguien en la habitación, chapoteando en el cuarto de baño. Anjali se instala en el catre. Se dicen «Buenas noches», y K.D. apaga la lámpara de encima de su cama. Ella se duerme, cae en una respiración larga, regular, casi de inmediato. La observa, la forma de su hombro. No tiene a nadie a quien llamar para decirle que no irá a casa esta noche. Una vez tuvo un marido, un chico *kannadiga* con quien se casó contra los deseos de los preocupados padres, en el trance idealista de un romance en la metrópolis de Delhi. El marido había estudiado Economía en la Facultad Zakir Hussain, había pasado a una carrera profesional en el IAS y la dejó cuatro años después de la boda, quejándose de sus viajes incesantes y su obsesión por el trabajo. K.D. no sabe si ha encontrado a alguien más, lo cierto es que ella nunca habla de eso, ni siquiera del deseo, de la añoranza. ¿Ha llegado a preferir la soledad, como el propio K.D.? A veces se ha preguntado a sí mismo si la soledad es preferible al aburrimiento o la traición, que parece ser el fin inevitable de todos los romances felices, de todos los matrimonios felices. La gente se aferra la una a la otra por miedo. K.D. ha preferido la integridad de estar solo. Era realista, lo es. Tiene la fuerza para enfrentarse solo a la muerte.

En la mitad superior de su campo de visión, su vista es consciente y muy buena,

puede ver la sombra espléndida del pelo de Anjali sobre la pared a lo lejos, las puntas finas, levantadas y esparcidas sobre el gris. En la mitad inferior, un hombre llamado Palash camina sobre un *bund* entre campos de arroz. Lleva una banian rota y un dhoti, y la piel de su cuello es arrugada y oscura. K.D. ha visto cómo el sudor se deslizaba por él durante dieciséis kilómetros. El cuello del hombre es más real en este presente, en este hospital, en esta oscuridad, de lo que lo fue aquella tarde hace tiempo. Es de color chocolate brillante, y el pelo gris que crece de forma desordenada sobre él está enroscado de forma indistinta, brillante bajo el sol que se desvanece, filamentos relucientes, el camino se bambolea hacia abajo del bund, y hacia la distancia, directo como una flecha. Los campos están inundados, y los brotes verdes tiernos se reflejan en la superficie inmóvil del agua. Una elegante ave de presa hace sus círculos lentos, tirantes, por encima de sus cabezas, modulando solo las últimas plumas extendidas en el extremo del ala. K.D. puede ver su suntuosa barriga de color marrón dorado, el pecho blanco y la cabeza, y sabe que es un milano brahmán. Conoce este pájaro, conoce este día. Más adelante, habrá tiros. Al anochecer, Palash le llevará a una cabaña a las afueras del pueblo de Ramtola, donde pasa la noche un hombre joven llamado Chunder Ghosh. Chunder Ghosh dirá que se llama Swapan, pero K.D. lo reconocerá por la fotografía de la Universidad de Jadavpur, por las fotos de cumpleaños en Kadell Road. Aquel chico de mejillas regordetas ha desaparecido, pero este revolucionario delgado y adusto sentado con las piernas cruzadas es Chunder Ghosh también. Ghosh le hará a K.D. muchas preguntas, investigará la tapadera de K.D. que es elástica y completa: K.D. es Sanjeevjha, comerciante de yute de poca monta y partidario naxalita y posible proveedor de información sobre comerciantes de yute mayores y capitalistas que necesitan ser eliminados en la guerra de clases. K.D. responderá preguntas sobre Patna, sobre las diversas calidades del yute, y una linterna oscilará y parpadeará por el movimiento de Palash. K.D. se masajeará el talón derecho, donde le ha mordido algún insecto desconocido, algún atacante que se desliza. Está en carne viva, en forma de bulto. Chunder Ghosh es veterano en muchas mordeduras, muchas fiebres, pero incluso él no escatimará en mirar esta herida repentina. Las preguntas continuarán, seguirán. Las preguntas seguirán mucho rato. K.D. se levantará para orinar. Se llevará consigo su bolsa azul con la parte baja reforzada, que han registrado y donde han encontrado un termo, una camiseta, un paquete de cacahuets, dos periódicos y mil seiscientas rupias. Fuera, K.D. de hecho orinará. Será capaz de hacerlo, a pesar de la opresión que le llega en oleadas regulares por la barriga. Respirará, y buscará en su bolsa, y justo al fondo encontrará un pliegue de tela que levantará con cuidado haciendo un pequeño ruido a desgarrar. Encontrará un compartimento oculto, y en su interior una Polish.32 automática, cargada y con una bala en la recámara. Regresará a la cabaña, la mano a un lado, la bolsa sujeta por delante de él. Disparará a Chunder Ghosh en el ojo derecho, y a Palash en el pecho y la parte posterior de la cabeza. En su registro rápido de la cabaña, lo único que encuentra es un viejo revólver Colt.38 que Chunder Ghosh

sujetaba amartillado en la mano derecha, bajo el muslo. Lo cogerá y huirá. Pero todo eso será más adelante. Lo que K.D. puede ver ahora es a Palash caminando ante él, el verde incandescente del arroz, el milano acechando y volando bajo por encima de sus cabezas.

¿Más adelante, en aquel primer resplandor púrpura del anochecer, en el límite alejado del mundo? Desde diferentes direcciones, K.D. Yadav y Chunder Ghosh caminan hacia la misma cabaña sombría, con el techo que se cae y las paredes de barro agrietadas. Uno todavía está haciéndolo lo mejor que puede por Nehru, el otro ha dejado atrás su vida cómoda de club y colegio religioso y grupo de teatro por otra visión igualmente grande e igualmente loca. Ambos creen que en algún lugar al otro lado de la cabaña, al otro lado del horizonte, está la felicidad. Solo eso, simplemente eso: felicidad. Pero K.D. lo ve claro ahora, desde la claridad enorme de su enfermedad ve que ambos fueron traicionados, que fueron traicionados incluso antes de haber iniciado el viaje. Un nudo grande de desprecio se desenrosca en el pecho de K.D. por aquellos jóvenes, tan seguros de su propia salud, de la efusividad brusca de sus sueños. Qué idiotas. Qué ególatras. ¿Qué podría haber construido cualquiera de ellos que no terminase en más muerte, más pérdida, más enfermedad? «La araña teje las cortinas del palacio de los Césares; el búho llama a los guardias en las torres de Afrasiab». Y sin embargo intrigamos, y nos hacemos pedazos unos a otros, y nos matamos unos a otros. Y continuamos haciéndolo, y no pararemos nunca. Nos tambalaremos desde la matanza al pogromo, todo en nombre de algún cielo futuro. K.D. siente una irritación inmensa, una exasperación por toda la especie, por todo lo que siempre se ha hecho. Esta vida es una enfermedad, piensa. Que termine. Que termine todo. Gaitonde había tenido miedo de que cayese la luz blanca, una explosión y un viento detonador que arrasaría todo lo que se había construido sobre la superficie de la marisma acuosa. K.D. Yadav gira sobre su espalda y se lo imagina, la gigantesca explosión ascendente, la muerte súbita, el silencio de después. Al final habría calma. Un desvanecimiento, como cuando se apaga una vela. Piensa en ello y siente su paz, siente la necesidad de un final así. Sonríe, satisfecho, y se duerme.

Anjali está sentada junto a la cama, vestida, cuando se despierta. Ella sonríe.

—¿Te acordaste de algo?

—No —contesta—. Nada. Nada en absoluto.

Ella asiente. Tras ella hay un hombre joven, un tipo joven anguloso con cara astuta, bigote recortado.

—Este es Amit Sarkar —presenta ella—. Acaba de unirse a la organización, es mi pupilo. Se quedará contigo hoy.

—Buenos días, señor —saluda Amit Sarkar, vibrando con el entusiasmo propio de un recluta reciente en presencia de una leyenda.

Anjali mantiene la vigilancia, siguiendo su intuición en este tiro largo. A K.D. no le importa. Ha terminado con todo.

—De acuerdo —responde, se vuelve a acomodar en su almohada.

Quiere descansar, alejarse dotando, pero algo le da vueltas. El dinero de Gaitonde. Hay algo sobre el dinero de Gaitonde que le molesta, su imagen se le pega y le araña por la cabeza, un crore y veinte lakhs en fajos del Banco Central. K.D. aparta el recuerdo del dinero, no quiere nada de ello. Se fija en la pared, en la ligera vibración de la luz a través de ella por el ventilador del techo. Pasa a un sopor cómodo, una conciencia ligeramente percibida que salta por su memoria e imagen y pensamiento sin conexión. Su mente se siente sin peso, liberada de la gravedad. La mitad inferior de la visión de K.D. todavía es visitada por fantasmas del pasado, soldados muertos hace mucho tiempo, informantes, agentes, víctimas. Lo observa todo con una indiferencia sublime. Y en la parte superior, las visitas vienen y van, antiguos colegas con sus nietos. La doctora Kharas y sus internos. Enfermeras y encargados. Al final, por la tarde, Anjali regresa para relevar a Sarkar. Se susurran el uno al otro, y después ella viene a sentarse con K.D. al anochecer. K.D. come porque ella insiste y él no quiere alboroto. O se da la vuelta al ver la comida, también sin alboroto. Ahora todo le parece lo mismo. Pasa una noche, y después un día. Lo observa todo, la vida y la vida dentro de sus ojos, y son todas igual de insustanciales, todo fantasmas, la doctora Kharas y sus agujas que escuecen y sus diagnósticos, Anjali, los aviones mikoyan dando bandazos y aullando hacia abajo, hacia un campo de aviación pakistání, dos hombres caminando por campos de arroz. Todo son ilusiones, estos hombres irreales y mujeres irreales, y viven de ilusiones y sufren por ellas y mueren por ellas. Que termine mañana, esta cabalgata sin sentido de fantasmas, en un ineludible destello blanco de luz. Mañana se acaba. K.D. está satisfecho con este pensamiento, y está cómodo.

Sueña. Sabe que está durmiendo, y sabe que está soñando. Es consciente de sí mismo como el observador dormido, y sin embargo siente el impacto aplastante de sus pies a través de los bajos gruesos de sus deportivas mientras corre. Están jugando al fútbol en la meseta alta que han nivelado a un costado de la montaña. Todo el mundo está allí: Khandari con su suéter garhwali y sus bolitas de lana áspera, Kastogi lejos a la izquierda, DaCunha y sus incesantes llamadas de «¡Pásala, pásala, hombre!», y Ginzanang Dowara, que no deja de intentar pasarla pero siempre pierde la pelota. Es domingo, y han dividido a todos los hombres fuera de servicio en dos equipos, cuarenta hombres a un lado, y juegan un fútbol frenético, salvaje, en lo que creen que es el campo de fútbol más alto de la tierra. Lo han hecho dando hachazos en la montaña en dos meses de trabajo a gran altitud, ensanchando una ladera natural, casi plana. Esta pelota ha recorrido todo el camino hasta aquí desde Calcuta, a través de una cadena de peticiones personales y favores solicitados. Así que ahora juegan. Thangrikhuma tiene la pelota, es bajito y compacto y muy veloz, se desliza por entre una cadena de media docena de defensas con un paso inclinado y de lado que es tan rápido que parece una especie de parpadeo cinematográfico. K.D. suelta un gran grito de admiración y le persigue. Thangrikhuma es rápido, muy rápido. Sabe que K.D. se acerca y no le importa, está sonriendo. K.D. corre fuerte. El valle más allá es verde y

gris, y las nubes blancas están hinchadas en lo alto. Thangrikhuma está corriendo. Entonces Marak, el subedar, está en su posición, cerca del portero y las dos estacas bastas de madera que hacen de portería. Marak es viejo y lento, y siempre se acerca a la meta, y después se manifiesta en coyunturas decisivas. Tiene experiencia. Espera, espera. Thangrikhuma se desvía y bailotea, tentándole. Ahora Marak ataca, se desliza, nuestro astuto Marak. Pasa rozando a Thangrikhuma pero alarga hacia atrás una mano infalible mientras cae y agarra un jersey, y ahí cae Thangrikhuma. Falta, falta, pero este es un juego de hombres, y es demasiado tarde para gritar falta, K.D. tiene la pelota y corre hacia territorio enemigo. Sus hombres están con él, apartan a los defensas a empujones, y K D. tiene velocidad, tanta velocidad que sonrío por el hermoso rebote de la pelota que se asienta perfectamente en su empeine y regresa a él, tiene un control perfecto sobre ella, la hace pasar por el lado de Rastogi con facilidad, por el lado del jadeo de la respiración y el rocío del sudor, y ahora corre libre, campo hacia abajo, y puede oír a DaCunha a su izquierda, y Ginzanang Dowara se mantiene con precisión a la derecha, y la pelota brilla negra y blanca al botar, a K.D. le duele el pecho y es feliz y el aire llega frío a su garganta, y la meta está delante.

K.D. se despierta, llorando. Algo le abrasa el talón. Mucho tiempo atrás, se sentó en el suelo inacabado de barro de una cabaña con Chunder Ghosh, con las piernas cruzadas y se quitó los zapatos, y un insecto le picó en el talón izquierdo. Ahora se acuerda, se acuerda de cómo frotó la inflamada mancha roja con el dedo gordo, y cómo Chunder Ghosh paró por un momento sus preguntas y echó un vistazo a la picadura con curiosidad. K.D. se acuerda y siente cómo se aproxima un sollozo incontrolable. Anjali se revuelve, en su cama, y K.D. trata de contener sus convulsiones, hacerlas parar. La mayoría de hombres y mujeres por los que llora ahora están muertos, pero llora por sus vidas, por la brevedad de sus luchas, por sus breves agonías y alegrías. Solloza por la quemazón de sus agujijones, el ardor momentáneo de sus deseos.

—Tío, ¿qué pasa? ¿Llamo a una enfermera? ¿Te duele?

En el destello de una bombilla eléctrica, Anjali se inclina sobre él. Él sacude la cabeza, y busca la mano de ella. Es incapaz de hablar, pero trata de sonreírle, todo el rato sacudiendo la cabeza. Ella lo abraza. Se sienta en la cama y lo abraza en su regazo.

—¿Qué es? —pregunta—. No tengas miedo —dice.

K.D. no tiene miedo. No siente ningún miedo en absoluto, al menos no por sí mismo. Pero no puede encontrar palabras para la compasión inmensa que calienta su cuerpo, esta carcasa ilusoria de carne dañada. En su mente derrumbada hay miedo por Anjali, por la vida que se levanta a través de esta mujer joven y fuerte que lo abraza. Ella valora su vida, se aterra a ella, como hacen sus colegas, sus amigos, su familia. Debo ayudarla, piensa K.D. Debo. Rememora su vida, y todo lo que sabe y recuerda, y ahora que está pensando y tiene un propósito, el temblor se detiene. Yace quieto en

los brazos de Anjali y piensa. Ahora siente esa vieja alegría de la cavilación, y la información fluye en un entrelazamiento de corrientes, brillantes en cuanto a color e imagen y olor. Aquello se mueve y él nada en ello y cambia de ángulo y lo empuja con suavidad en muchas y variadas disposiciones: se sentía como si estuviese paseando tranquilamente por un caleidoscopio. Era aquel viejo placer. Cuando el cielo comienza a volverse gris afuera, se revuelve.

—El dinero en el búnker de Gaitonde —dice.

Anjali está recostada contra la cabecera, y sale de su sueño.

—¿Qué? —pregunta.

—Había dinero en el búnker de Gaitonde. Dijiste algo sobre el envoltorio.

—Los fajos estaban envueltos en plástico claro, fino. Como el que envuelve juguetes a veces. O chocolate.

—¿Cinco fajos juntos? ¿Un paquete así?

Ella mira la forma que él hace con las manos, el vacío que sujeta en el aire. Sus ojos están cubiertos de puntitos por la luz de primera hora de la mañana.

—Sí —responde.

—Quiero ver el dinero —replica él.

Ella cruza la habitación hasta su móvil, y él se incorpora al oír los pitidos rápidos mientras ella marca. Anjali lanza órdenes, y regresa con él.

—Está de camino —explica.

Pero ambos saben que puede tardar un poco abrirse camino por la burocracia de la organización, despertar a gente y que se concedan permisos y se abran cajas fuertes. Puede que K.D. no tenga tiempo, puede que se olvide. Así que la tiene a ella sentada a su lado y le cuenta, mientras todavía retiene los hechos. Le cuenta lo que sabe, lo que recuerda.

—La mayor parte de nuestra moneda india solía imprimirse en la Unión Soviética. Los pakis llevaron a cabo una operación después de que la Unión se desmembrase, cuando todo estaba en venta. Intentaron comprar las planchas originales de los rusos. Si hubiesen conseguido las planchas, habrían sido capaces de desarrollar una operación de falsificación que habría producido billetes auténticos, dinero perfecto. Pero nos enteramos de ello y conseguimos las planchas de la fábrica. Matamos su operación. Pero los pakis lograron hacerse con cantidades considerables de papel moneda original. Llegamos demasiado tarde para impedir eso. Con el papel, han producido enormes sumas de moneda india, muchas series de billetes grandes. Tienen algunos técnicos de talento. Las falsificaciones son brillantes. He visto algunos de los billetes, de confiscaciones en Jammu y Amritsar. Son muy buenos. Estaban envueltos en plástico, en montones así.

Anjali asiente, rápido.

—Muy bueno para el transporte, en todo tipo de condiciones.

—Sí, en cualquier clima. La operación en Rusia la dirigió un hombre del ISI llamado Shahid Khan, que era comandante en aquel momento. Era bueno. Le había

conocido antes, cuando estaba en la embijada de Londres.

—Shahid Khan —pronuncia Anjali.

—Shahid Khan —repite K.D.—. Un tipo muy religioso. Muy trabajador. Uno de sus mejores hombres. Shahid Khan consiguió el papel.

Ella escribe rápidamente, en un bloc de notas blanco. Él escucha el sonido del bolígrafo al rayar, y cuando termina ella le espera, espera más. Pero esto es todo lo que tiene.

Esperan, juntos, el dinero. Justo pasada la una, llega Amit Sarkar, agarrando un maletín. Anjali levanta un tardo para que K.D. lo mire.

—Sí —afirma—. Sí.

El mismo puede sentir cómo sonrío. El juego, piensa. Sigue en marcha. Le coge el bolígrafo a Anjali y hace una muesca con la punta en el plástico y tira. Por esta rajadura saca un billete, y lo sujeta hacia la ventana, hacia el resplandor del día.

—Sí —repite—. Sí. Creo que es su dinero.

No tiene ni idea de lo que esto significa para Anjali, o si significa algo en absoluto. Pero todos están contentos: es algo.

Anjali coge el dinero, coge su bloc de notas, abraza a K.D. y se va con prisa. Debe irse, pero deja a Amit Sarkar con K.D., para escuchar, para vigilarle. La organización todavía quiere que juegue, pero es demasiado tarde. K.D. se recuesta en su cama, con los brazos extendidos. Las almohadas son muy cómodas, es bueno notarlas contra las mejillas. Está cansado. Es hora de descansar. Cierra los ojos. Respira, y se duerme.

## DINERO

En total, los beneficios y el fondo de pensión y los pequeños ahorros de Katekar sumaba sesenta y siete mil rupias con siete y setenta y cuatro *países*. El gobierno estatal anunció de inmediato una cantidad de dos lakhs para ayudar a la familia del difunto, pero pasaron nueve meses y medio hasta que el cheque concluyó su viaje a través de las circunvoluciones de la *mantralaya* y las atenciones rigurosas de los administrativos de muchos departamentos. Para cuando a Shalini se le pagó el cheque y tuvo el dinero depositado, había pasado casi un año desde el día posterior a la muerte de su marido. Ahora se pasaba los días corriendo entre seis casas en las que lavaba ropa y platos, hacía jhadoo-katka, y por limpiar casas le pagaban mil rupias en cada una. Con dos hijos que crecían, esto no era ni remotamente suficiente, y era un descenso muy abrupto desde los días en que su marido llevaba a casa fajos en efectivo. Ahora, por fin, estos dos lakhs estaban asentados en su cuenta, y dos lakhs de golpe parecían bastante, pero Shalini sabía bien que esas cantidades repentinas y abultadas solo producían una ilusión de bienestar. Esto era lo que intentaba explicarle a su hermana en ese momento.

—Bharti —decía—. Dos lakhs parecen mucho. Pero ¿cuántos días tiene una vida? ¿Cuánto durarán estos dos lakhs, a lo largo de tres vidas? Tengo hijos pequeños. Tengo que pagarles la escuela, todos los libros. Y puede pasar cualquier cosa. Podríamos necesitar el dinero en cualquier momento.

Bharti estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una almohada que había cogido del estante, con el ventilador de mesa dirigido hacia ella de pleno. Se limpiaba la cara con el pallu, y agachaba la cabeza de la forma en que lo hacía cuando estaba enojada.

—Tai, si no vas a gastarlo, ¿qué tiene de bueno que esté en ese banco? Lo necesitamos ahora, y él dice que el interés que te dará será mayor que el del banco.

El marido de Bharti, Vishnu Ghodke, tenía dos amigos que iban a montar una agencia de viajes. Él iba a ser el socio más pequeño, pero incluso para eso necesitaba cinco lakhs, y tenía menos de tres. De repente, Shalini tenía más de dos. Y por eso Bharti estaba aquí, una tarde de jueves, con aspecto acalorado y enfadado.

—Dice que es un negocio seguro. La gente cada vez viaja más. Y sus dos socios tienen contactos en Bahrain y Arabia Saudí, y hay miles que quieren ir allí. Miles y miles.

Shalini negó con la cabeza.

—Bharti, aunque quisieran ir crores y crores a Arabia Saudi, no podría dar este dinero. Estoy sola. Estoy sola y tengo que cuidar de mis hijos.

El empuje de la mandíbula de Bharti era muy amargo ahora.

—¿Qué hay de nosotros? Nos tienes a nosotros. ¿No confías en nosotros?



—No se trata de confiar o no confiar.

—¿Entonces?

—Bharti, puede pasar cualquier cosa. Cualquiera.

Es en la vida en lo que no puedes depositar ninguna confianza. Era esta vida que se caía bajo tus pies, que te dejaba cayendo y perdida.

—Pero tú estás segura, tai. Te pagará en mensualidades, así que entrará dinero. Además de lo que ya estás ganando. Y no tienes que pagar ningún alquiler. Nunca estarás mal de dinero.

Shalini y él habían pagado seis lakhs por esta seguridad sobre sus cabezas, siete años antes. La habían pagado en cuatro plazos dolorosos, todo en efectivo, todo a base de miles de platos y enaguas lavadas, de innumerables sobornos de billetes de cincuenta o cien rupias. De modo que ahora ella y sus hijos tenían un techo, dos habitaciones, una cocina, eso era suyo. Eso es lo que él había querido, poseer, tener una parcela de tierra que no fuese propiedad del gobierno o de un arrendatario estatal, quiso la seguridad de un hogar. Les había dado eso. Y después murió. El conocimiento de su ausencia le llegó a Shalini en una punzada muscular a través de la espalda y dentro del estómago, como pasaba ahora y volvía a pasar. Respiró hondo una vez, y luego otra.

—No puedo hacerlo —dijo—. Bharti, no puedo arriesgar el dinero. Tan solo piensa.

—Tú eres quien está siempre pensando, tai. Pensando y pensando. Pero nosotros, la gente, escuchamos a nuestros corazones. Y por eso pensamos en preguntarte. Pensamos que lo entenderías.

Bharti se estaba levantando, recogiendo su bolso y los pliegues del sari que llevaba.

—Bharti...

—No, no, siempre has sido la lista. Siempre eres quien piensa tres pasos más allá. Siempre consigues lo que quieres porque piensas. Pero nosotros no somos así.

Shalini sabía que protestar de forma inmediata reabriría y desencadenaría una discusión larga y amarga sobre un collar de oro que su madre le había dejado a ella y no a Bharti, y un incidente en una boda familiar cuando se discutió sobre la distribución de los saris de regalo, y después de cuánto dinero exactamente se había gastado en la boda de Shalini, y cuánto en la de Bharti. Ambas conocían todos los contornos de esas discusiones, y que al final Bharti lloraría y ardería con un dolor justificado, su rostro redondo se disolvería en la infancia suave.

De modo que Shalini observó en silencio mientras Bharti se inclinaba para estirar por encima de los tobillos las tiras de sus sandalias elegantes.

Después dijo, con mucho tacto:

—Al menos espera hasta que regresen los niños.

—Dejé a mis hijos en casa de mausi. Ha pasado demasiado rato.

Mausi era la mausi de Vishnu Ghodke, que vivía a tres edificios de donde lo

hacían ellos. Se podía contar con ella pero tenía mal genio, y no se podía dejar demasiado tiempo a los niños bajo su disciplina de mano dura. Shalini pensaba que al niño no le vendrían mal unas cuantas cachetadas y pellizcos más, pero este no era momento de criticar al hijo de Bharti. Cuando Bharti salía por la puerta, Shalini la tocó sobre el codo, solo una palmadita, el habitual saludo y despedida de hermana. Pero Bharti desfiló bajando la calle, la cabeza alta y rígida, y entonces Shalini se agachó, se sentó en la entrada. Se concedió cinco minutos de abandono, de un lapso exhausto en completa relajación. Observó a los transeúntes. Eran casi las siete y media de la tarde, y el apuro de volver a casa estaba en su momento álgido. Las sombras ya eran grandes, los días se estaban volviendo más cortos. Pronto las noches necesitarían una sábana extra, una manta. La estación estaba cambiando. Los caminantes pasaban en un flujo continuo, hipnótico en su ritmo acompasado, el constante movimiento de tijeras de piernas y tobillos, el balanceo de las bolsas cargadas de cebollas y patatas y atta y jabón y aceite de coco. Algunos de los jóvenes llevaban portafolios elegantes y daban zancadas con más rapidez, eran todo propósito y dirección. Todos pasaban.

Cinco minutos. Shalini supo que habían pasado. Desde que pudiera recordar, había tenido un instinto infalible para el tiempo, podía decir el minuto preciso sin necesitar nunca un reloj. Siempre se despertaba sin despertador, y todos los días llegaba a la puerta de la estación exactamente seis minutos antes de que apareciese el tren. Sabía que su descanso había terminado, así que se levantó. Hubo solo un momento, uno o dos latidos, en que su cuerpo se mostró reacio a dejar el reposo, el descanso lujoso sobre el ladrillo y la madera. Después Shalini se preparó, y se levantó.

—Ambabai —pronunció con suavidad, con una mirada a la deidad sobre el estante—, levántate, despierta. Tenemos trabajo que hacer.

Tenía la cena preparada cuando llegaron los niños. Rohit cogió medio cubo de agua y llevó a su hermano afuera. Shalini podía oírles murmurar bajo el chapoteo del agua. Esto era algo en lo que su padre insistía, que cuando llegaban de jugar tenían que lavarse las manos y los pies antes de sentarse en casa. En su presencia ellos siempre murmuraban en contra, tratándolo como una insoportable carga paterna, en especial Rohit, que se negaba a hacerlo si su padre no estaba en casa. Ahora que su padre se había ido de verdad, Rohit realizaba la ablución de la tarde con una seriedad ritual, y conducía a su hermano a través de ella con una disciplina implacable, de estilo policial. Se había vuelto muy serio, Rohit. Hablaba con Shalini todas las mañanas sobre lo que se necesitaba en casa, e iba al bazar por la tarde, después del colegio. Traía las vueltas exactas, y le mostraba la lista de cuentas que guardaba en un cuaderno especial. Ahora tenía una llave de la casa, y la llevaba alrededor del cuello con un cordón rojo, y se la quitaba solo para dormir. En este momento, mientras comía, la había lanzado sobre el hombro derecho, cayendo hacia abajo sobre la espalda doblada.

—¿Todos los deberes están hechos, Mohit? —preguntó Shalini.

Mohit tenía los dedos veloces y regordetes. Estaba comiendo con rapidez, con la thali sujeta sobre el regazo y la cabeza agachada.

—Mmm... —contestó—. Mmm...

—*Aai*, tiene un examen de matemáticas el viernes —apuntó Rohit—, para el que ni siquiera ha empezado a estudiar.

—Viernes —logró soltar Mohit entre bocados.

Tenía una mancha de dal sobre el labio superior. Quería decir que faltaban tres días para el viernes, eso entendió Shalini. Le había ido bastante mal en sus últimos exámenes, pero eso era lo que se esperaba de un niño pequeño que había asistido al funeral de su padre. Shalini había asumido, como había hecho toda la gente que le conocía, que se adaptaría, lo sobrellevaría, lo olvidaría un poco, y regresaría a sus maneras tranquilas, constantes. Pero Mohit todavía se equivocaba, dejaba el trabajo sin hacer mientras corría por la vida en alguna misión secreta. Se escondía detrás de la cama, en un rincón lleno de cómics de tapas chillonas que mostraban aventureros bigotudos agarrando una pistola. Dibujaba rifles en los márgenes de sus cuadernos, y a héroes musculosos disparando armas enormes, relucientes. Ahora tenía una vida privada, un mundo interior que Shalini ya no podía alcanzar. Eso pasaba con los niños, con los hijos, pero no tan pronto. Ella se quitó a palmadas el ata de las manos y alargó la mano y le dio un golpecito en la parte superior de la cabeza con el antebrazo.

—Empieza a estudiar mañana —dijo—. ¿Sí?

—Sí —contestó.

—¿Quieres arroz?

—Sí —respondió.

Shalini les dio de comer, fregó los platos, los deslizó en el estante de la pared, colgó la olla y los cacharros y las cucharas en sus ganchos designados y se sentó en la puerta. Por el callejón solo pasaban unas cuantas personas desperdigadas, que atravesaban el lance de la luz que salía de cada puerta. En otro callejón, tiempo atrás, él dijo una vez que esta repetición de luz parecía una cascada. Eso fue al comienzo de su matrimonio. Sí, contestó ella, como las cascadas de Karla. Eran muy pobres entonces, y el viaje a Karla y sus cuevas había sido un lujo especial un año después de la boda. Él paseó dentro de las cuevas, maravillándose de sus techos tallados para parecer vigas de madera, y se quedó de pie sobre las estupas y se puso serio, a pesar de su escepticismo, que incluso entonces era agudo e implacable. Ahora, en este callejón, todo el mundo estaba viendo *Sabse Bada Paisa*, y los colores parpadeaban al unísono sobre el barro, arriba y abajo de la calle. Podía oír la voz del presentador saltando de televisión a televisión, ofreciendo la posibilidad de una gran suma de dinero. En su casa había una televisión, y por lo general entre semana no se veía a estas horas tan tardía. Era la norma de él. Estudiad duro, les decía a sus hijos, y cuando tengáis vuestra propia casa podréis ver la televisión cuando queráis. No

obstante, hacía una excepción con *Kaun Banega Crorepati?*, porque era un programa basado en el conocimiento. Responde a las preguntas adecuadas y puedes ganar, puedes ganar un crore, así tal cual. Si sabías bastante, podías ser rico. Aprended, aprended, les decía a sus hijos, y lo miraban juntos, sentados con las piernas cruzadas formando una fila. Solían gritar las respuestas. Ella solía llamarles los tres monos, y ellos le ponían caras de mono. Ahora Rohit estaba viendo *Sabse Bada Paisa* atentamente, y los azules y verdes se movían por su cara. Mohit había vuelto a su rincón, hablando entre dientes historias secretas para sí mismo. Había perdido interés por el programa después del funeral. Y Shalini se sentaba en su entrada. En la tele, el presentador preguntaba: ¿cuál es el nombre del proyecto de riego más grande jamás construido en la India?

—Arre, Shalu.

Era su vecina, Arpana, con su marido, Amritrao Pawar, volviendo a casa vestidos con elegancia. Esta noche parecían bastante simpáticos, así que deben de estar atravesando uno de los ciclos pacíficos de su guerra de toda la vida. Shalini dejó sitio a Arpana en el escalón.

—¿Fuera tan tarde? —preguntó.

—La *kelvan* de mi sobrina. En Malad.

—¿La hija de Sudhir?

—Sí. Van a hacer la boda cerca de su misma *kholi*.

Arpana tenía dos hermanos pequeños, y estaba muy apegada al más joven. Con el del medio había una contienda de origen oscuro. Shalini oyó toda la historia cuando se mudó a la casa y conoció a Arpana, la vecina batalladora, pero no podía acordarse de los detalles. Conocía a Arpana desde hacía muchos años, y había observado su pelea con Amritrao Pawar, que tenía a otra mujer y otra familia no demasiado lejos. Al principio, Shalini le recomendó dejarle, echarle de casa. Después vio cómo iban de las peleas a las promesas para toda la vida y los regalos opulentos, y una noche de monzón, cuando ella misma estaba embarazada, fue tarde a pedirle dos cebollas a Arpana. Y de pie fuera de la puerta oyó cómo lo hacían, con éxtasis extravagantes y gemidos se perdonaban el uno al otro. Entonces entendió por qué las mujeres de la calle se reían cuando Arpana se quejaba de la indiferencia y crueldad de su hombre. Ahora estaba de pie mirándolas, este Amritrao Pawar, con las manos en los bolsillos y una sonrisa arrogante de satisfacción en la boca. A Shalini no le gustaba que la mirase así. Que se diese un festín con su Arpana. Giró el hombro hacia él.

—¿Cómo era el chico? —le preguntó a Arpana.

—Demasiado delgado —contestó esta—. Parecía un tubo de desagüe, solo que no tan negro. Pero la familia es buena. Él trabaja en el aeropuerto.

Levantó la vista tras masajearse los pies, hacia Amritrao Pawar.

—¿Por qué estás ahí de pie como una farola?

Shalini temió que empezasen a pelearse en su puerta. A veces solo hacía falta una simole mirada. Pero esta noche Amritrao Pawar estaba contento, y solo borbotaba

risas.

—Te estoy esperando, *rani*. Pero esperaré en casa.

Ellas le miraron marcharse, y Arpana resopló.

—Estuvieron bebiendo detrás de la casa. Cree que no me entero.

Ambas asintieron por la estupidez de los hombres, y después Arpana se inclinó hacia dentro:

—¿Bharti ha venido hoy?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Esa Chitra iba en nuestro autobús.

Chitra era otra vecina, dos puertas más abajo a la derecha.

—Dijo que había visto a Bharti en la parada del bus.

Y otros vecinos la habrían visto en la bocacalle de la calle, y recorriendo el callejón, y en la casa, y se habrían fijado en su expresión, y habrían hecho sus deducciones.

—Sí —contestó Shalini—. Ha estado aquí.

—¿En medio de la semana? ¿Ha pasado algo?

—Nada, nada. Solo algunos problemas de dinero.

Arpana no parecía muy convencida, o satisfecha solo con eso. Pero Shalini no estaba dispuesta a ceder, y desvió la conversación hacia Amritrao Pawar. Arpana nunca podía resistirse a eso. Comenzó a recitar sus pecados recientes, que había ido a Mahabaleshwar con esa randi y toda su prole —incluyendo al *kaku* de la randi— y por tanto gastó más dinero del que ganaba en dos meses, y se había peleado con Arpana cuando ella se quejó, cuando le dijo que no tenía ambición y que no estaba dispuesto a asumir riesgos, que se aferraba a su trabajo de peón como un idiota asustado del mundo.

—Hoy hay trabajos sobre la acera —replicó Shalini—. Al menos deja que mantenga su puesto.

—No hay ingresos en absoluto —contestó Arpana.

Quería decir aparte del salario.

—Y nunca le ascenderán y jamás le subirán el sueldo. Después de todo son musulmanes.

—Pensaba que su encargado era brahman. Un tal Bajpai, ¿no?

—Sí, sí —respondió Arpana—. Pero la empresa pertenece a musulmanes. Y ya sabes cómo son.

Shalini asintió. No tenía argumentos ante esto, pero dudaba de que Amritrao tuviese algo que mereciera la pena promocionar. Arpana se recostó en su letanía. Tenía los hombros fuertes, como bloques, y el cuello ancho, y no era guapa ni por asomo, y durante la última década sus mejillas habían empezado a ponerse mustias. Pero aun así ella y Amritrao Pawar regresaban el uno al otro vez tras vez, y se hacían pedazos con furia y pasión. La tragedia, por supuesto, era que, después de todo eso, Arpana no tenía hijos. Por eso finalmente no podía demostrar que Amritrao Pawar

estaba equivocado, y por eso él tenía otra mujer. Toda esta dolorosa necesidad mutua, toda esta ira, y sin hijos. Ambabai tenía sus formas, sus formas incognoscibles.

—Es hora de que acueste a los niños —dijo Shalini.

—Sí. ¿Están bien?

Las mujeres del callejón no perdían de vista a los niños, y Arpana tenía un interés especial por ellos, y se sentaba con Mohit por las tardes después del colegio.

—Sí —respondió Shalini—. Están bien.

Se levantaron, se saludaron con la cabeza y se fueron a hacer las últimas tareas del día. Shalini limpió un poco, apuró a los niños para que se metieran en la cama, extendió la ropa de cama y se tumbó. Este era el momento más duro del día, cuando echaba de menos descansar el hombro sobre el estómago de él, cuando sus huesos podían recordar la curva de su cuerpo contra el de él. En esta espera para dormir su pensamiento se movía de lado, abriendo y cerrando los ojos de forma rápida e impredecible, las bromas y la risa de él y las pequeñas humillaciones y alegrías de la infancia de ella misma se juntaban y se mezclaban, brillantes, brillantes y dolorosas. Y estaba aquel poema picante que él decía sobre Dev Anand y Mumtaz, y Shalini sonreía, él se lo había recitado mil veces, todas con el mismo regocijo. Ella se puso a respirar profundamente, y entonces llegó el dolor. Se limpió la cara. Al menos tenía a los hijos de él. Sus hijos dormían cerca de ella. Ahora se movía a la deriva. Los musulmanes eran así. Ellos mataron a mi marido. Uno de ellos le mató, y ahora el asesino estaba muerto. A veces deseaba que el asesino estuviese todavía vivo, así ella podría volver a matarlo. Pero Sartaj Singh había disparado al de Bihar. Sartaj Singh también era un asesino. Todos eran asesinos, y todos habían matado a su marido. Sentía la furia como hierro que le presionaba la garganta, y con la ultimísima pizca de voluntad, la expulsó fuera, dando un alarido en voz baja que chocó contra las paredes y asustó a Shalini. Esperó, pero los niños ya estaban sumidos en un sueño denso, y fuera de la puerta abierta solo se oía el murmullo de una conversación lejana.

Shalini se incorporó. Cogió un vaso de agua y se enjuagó las manos, la cara y los pies de la forma más silenciosa que pudo. Después se sentó con las piernas cruzadas frente a Ambabai y Bhavani. ¿Estás despierta, Ambabai? Bhavani, basta de furia —no hay nadie a quien castigar—, pero ten piedad de mí. Dame paz. Le fallaste, Bhavani, te rogué todos los días para que volviese a casa sano y salvo y sin embargo le fallaste. Ya no te insultaré más, no te preguntaré por qué. No me das motivos, y aceptaré tu silencio. Pero dame una pequeña porción de paz, dame alivio ante este tumulto de dolor absoluto. Necesito estar tranquila, por mis hijos. ¿Ambabai, estás escuchando? Hazme este favor. Lloro su pérdida, pero dame fuerza. Bhavani deslumbra luz azul, incluso su misericordia llega como la luz de luna fría, pero tú, Ambabai, eres campos fructíferos y agua desbordante, barro rico y aliento de bebé y loto abierto, eres mi madre, tráeme de vuelta de este exilio, déjame vivir de nuevo bajo tu sombra. Era un buen hombre. Fue a Pandharpur cuando se lo pedí, aunque no creía que aquella devoción le curaría la espalda. Vivía dolorido, veía cómo se

mantenía erguido con una mano en la cadera al final del día, pero cuidaba de nosotros y hacía su trabajo. Era estricto pero nunca severo, y Rohit y Mohit jamás le tuvieron miedo. Me puso una cadena de oro en el cuello el día de su primer ascenso y la mantuvo ahí en nuestros malos tiempos. Nunca me preguntó por el dinero. Cuando peleábamos jamás me pegó, solo una vez me cogió del codo por el enfado y me dejó un moretón. Eramos jóvenes, Ambabai, masajéó y me quitó el dolor con *phatkari* y haldi caliente, me cuidó con su pena. Entonces olía a aceite de coco para el pelo y a bidis Shiva-jim, pero más adelante por nosotros dejó de fumar tabaco de cualquier tipo. Más tarde tuvo mujeres, lo sabía, me peleé con él, y dijo que lo dejó, pero supe cuándo lo dejó de verdad, cuando supo verdaderamente lo que significaba ser padre. Me hizo daño, Ambabai, y yo a él. Sé que le maltraté a veces con mi tranquilidad fría, pero cumplí mi deber como esposa, le di los abrazos que quieren los hombres. Le alimenté. Él me mantenía. Eramos compañeros, amigos, no del todo sin peleas pero sin rencor. Aai, gano dinero, paso día a día, pero por la noche una sogá áspera me tira del estómago, me giro hacia su lado de la cama, veo cosas. Le veo tosiendo en la cama, tiene fiebre y le llevo un periódico y él lo coge, y tiene la mano caliente y siento una puñalada de preocupación. Luego está entrando en la kholi, y Mohit está gateando, con el trasero húmedo. Él sentado con las piernas cruzadas, contando el dinero. Yo estoy cortando cebollas, y al día siguiente es *Shayani Ekadashi*. Ambabai, ¿dónde estás? Bhavani, ¿estás aquí? Puedo sentirte cerca, Ambabai, pero estoy sola. Préstame auxilio, Ambabai. Estoy sola.

—¿Aai?

Rohit estaba de pie tras ella. Dejó que la llevase a la cama, escuchó sus intentos por consolarla, dejó que él volviera a su cama para consolarse. Se estaba acordando, de nuevo, de la noche en la que fue a casa de Arpana, a pedirle dos cebollas, cómo se había quedado de pie fuera frente a la puerta de Arpana, cerca de la madera para apartarse de la lluvia que caía, y oyó los sonidos que hacía Arpana, algo entre amargo y dulce. Con esfuerzo decidido Shalini apartó la mente, logró no pensar en eso, en nada de eso. Pero todavía notaba ese dolor pequeño, apagado, que se movía cada vez que respiraba. Lo soportó, y susurró el nombre de Ambabai una y otra vez.

Anjali Mathur seguía el dinero. Lo hacía en su tiempo libre, por poco que fuera al final de día o muy temprano por la mañana. Había conseguido ir a trabajar pronto ese martes, así que estaba leyendo archivos viejos. Llevaba a cabo una comprobación de datos sobre el dinero falsificado, sobre las grandes cantidades de moneda falsa que se sabía que los paquistaníes habían producido. Incluso con un corte arbitrario a techa de 1 de febrero de 1987, la base de datos le había proporcionado una lista de incidentes, de menciones en informes, que ocupaba setenta y cuatro páginas a espacio simple. Así que, durante los últimos cuatro meses, ella había estado revisando los informes originales, uno a uno. Era tedioso, y probablemente una pérdida de tiempo, así que no le había hablado a nadie acerca de su búsqueda. No tenía ni idea de qué buscaba, aparte del detalle, algún modelo en el detalle. Una conexión se revelaría a

través de la amplitud de la geografía y el tiempo, una cadena de causas se desenrollaría hacia atrás y revelaría un comienzo, no, no un comienzo sino un nudo donde muchas historias se unían, y de alguna manera la muerte de Ganesh Gaitonde encajaría en la corriente de acontecimientos. Anjali no quería una explicación, desconfiaba de las explicaciones. Cualquier explicación, cualquier solución, siempre dejaba fuera demasiado. Pero se fiaba de las asociaciones y correlaciones y ritmos, y los giros y las contracciones del tiempo. Eso era lo que K.D. Yadav había intentado enseñarles, sentir el compás y el vaivén de la intención del enemigo, era eso lo que te permitía predecir. Y por eso, después de todo el análisis, las referencias cruzadas y los ordenadores y las matemáticas, era cuestión de esto, leer informes viejos uno a uno. Finalmente todo dependía del instinto. En su instinto, en sus huesos, Anjali percibía una pregunta sobre el regreso de Gaitonde al país, su muerte, sobre su búnker en medio de Kailashpada, sobre la mujer muerta. Nada de ello encajaba junto, nada hablaba una lengua que ella pudiese entender.

Hacía mucho tiempo que había aprendido a descifrar la jerga específica de los informes, a imaginar el acontecimiento a través del estilo telegráfico entrecortado. Ahora estaba leyendo uno, sobre papel liso sin adornos.

#### RESERVADO

Número de código de fuente... 910-02-75P de... Unidad Alpha Jammunúm, serie informe... 2/97 fechado... 27.1.97

Detalles de la fuente: Fuente Rehmat Sani es agricultor, contrabandista, c/familia a ambos lados de la frontera. Info recopilada por primo Vasin Hafeez en ejército pak.

Modo de comunicación: Encuentro personal.

Fiabilidad: II

Fuente mantuvo encuentro con primo en pueblo Bhanni 13.1.97 Primo es *havaladar* en 13.º Batallón, regimiento Panjab, en Mandi Chappar, su sección se destacó para escoltar camión privado tres toneladas desde imprenta conocida de falsificación en 142 Shah Karnam Road (véase informe 47/96) hasta base Lashkar-i-Azadi en Hafizganj. Entrega fue cuatro cajas, 4' x 4' x 4', recibida por comandante adjunto de Lashkar. Rashid Khan. Fuente no tiene más info sobre contenidos. Alta probabilidad contenidos sean grandes cantidades de moneda de valor medio para ser usadas en ofensiva de primavera en Valle y otras partes. Se ordena a Fuente mantenga observación.

Anjali conocía al hombre que escribió este informe. Fue su compañero de promoción durante el entrenamiento. Se llamaba Gaurav Sharma, completamente calvo a los



veintiséis. En 1997 estaba destinado en Jammu, y había una pequeña pista sobre él en esa «alta probabilidad». En la época del entrenamiento desbordaba teoría del caos y había intentado transmitirles a sus compañeros en prácticas, con chai y *samosas* durante los descansos, el embeleso de los fractales y las atracciones extrañas. En este informe, como les habían adiestrado, él se había sacado a sí mismo del lenguaje, había intentado hacerlo impersonal y objetivo. Así es como funcionaba, el modo en que la información se movía hacia arriba. La fuente era sin duda un granuja sudoroso, un criminal de la frontera, un contrabandista y asesino engendrado en el fatalismo de los proyectiles de artillería que los ejércitos habían disparado sobre su cabeza durante los últimos cincuenta años, que cayeron en su pueblo y sus campos, matando a tíos y tías. Era el tipo de hombre que sabía cómo cruzar la frontera en una noche sin luna, que pensaría que atravesar los peligros de afilada metralla de tierra de nadie no tiene importancia. Sabía cómo yacer sin moverse durante horas en un trigal bajo el fuego sagaz, azaroso, de ametralladoras pesadas, cuándo moverse sigilosamente y cuándo parar. Sin duda había atraído a su primo del ejército pakistaní para que informase, primero le había tentado con préstamos fáciles para bodas y tractores, y después le pagaba en el acto. Conseguía dinero de ambos lados, de su primo y del agente con el que trataba. Y sin duda el agente le había dado cajas de ron barato, de las que llevó tres a la vez más allá de la frontera hasta las regiones ritualmente puras de Pakistán. El agente con el que trataba le conoció a finales de enero del 97, tal vez en alguna casucha, algún dhaba que apestaba a licor del país, le pagaba, y después informaba a la oficina de su supervisor en Jammu. Donde Gaurav Sharma había preparado un informe para el servicio de atención al consumidor en Delhi. La información formaría la base de los informes que ascenderían en la cadena, y quizá al final se logró que un primer ministro fuese consciente de que todos los datos indicaban que el enemigo estaba planeando una ofensiva pronto en primavera. Tal vez el primer ministro concedió fondos, pidió cambios presupuestarios. A cada paso hacia arriba en la escalera, se resumía la información. Los detalles se filtraban. Aquí, en Delhi en el servicio de atención al consumidor, había nombres y lugares y camiones y cajones y Rehmat y Yasin. Arriba, en lo alto, nadie quería saber cómo se hacía. Tu trabajo, decía K.D. Yadav, también es proteger a la gente de arriba de saber demasiado. No deberían saberlo. Necesitan ser capaces de actuar, y no quedarse empantanados en los detalles. Necesitan preservar la capacidad de negar. Así que mantenlos limpios. Cuéntales lo que necesitan saber. Bas.

Anjali puso el informe a un lado, y volvió a su trabajo diario. En la organización, dentro de su círculo profesional en Delhi, su viaje a Bombay fue considerado finalmente como bastante frívolo. Aquel tipo, Gaitonde, se había liquidado a sí mismo, tras una larga carrera liquidando a otra gente, ¿y qué? Los matones como ese eran inestables por definición, y Gaitonde había tenido una historia de subidas y bajadas de alcohol y mujeres y mucho más. Eso se sabía. Así que había construido una casa segura en Bombay. ¿Y qué? El hombre estaba muerto por su propia mano, y

ese era el único hecho de importancia. Así que, ¿qué necesidad había de investigar, y qué hechos adicionales se habían encontrado? Ninguno. Te lo dijimos, comentaban los ancianos sabios de la organización, por eso no te puedes fiar de las mujeres en el campo. Por eso, después de todo, se asignó a Kulkarni para continuar con Gaitonde en primer lugar. Había aprendido su oficio en el Panjab, había llevado a cabo operaciones en Cachemira. Le habían declarado lo bastante duro y lo bastante procedente de Maharashtra para tratar con el gángster malhablado, y él —con un fino poso de condescendencia— le había hecho a Anjali el favor de autorizarla a leer sus informes.

—Sé que estás interesada en el tipo —dijo, sonriéndole mostrando los dientes—, y una buena analista siempre puede ayudar.

Así que ella había seguido la historia posterior de Gaitonde, su utilización por parte de la organización, su huida de los intentos de asesinato y su paranoia creciente, las mentiras a su instructor, su inestabilidad y su desaparición repentina. Cuando apareció como cadáver en su antiguo vecindario, el sonriente Kulkarni fue lo bastante amable como para permitirle bajar e investigar.

No había descubierto nada útil, así que ahora había vuelto al análisis. Su sección era Fundamentalismo Islámico, y su coto era el mundo. Hoy estaba siguiendo a un escocés. Nació como Malcolm Mourad Bruce en 1964, en Edimburgo, hijo de un carpintero escocés y una argelina que trabajaba como muchacha de servicio en un hotel. El padre los dejó cuando Malcolm tenía siete años, se largó sin mirar atrás, y la madre se mudó a Birmingham para vivir con su hermano y su familia. A los diecisiete, Malcolm Mourad Bruce se había convertido en Mourad Chaker, defensor apasionado de la vida sencilla, y disfrutaba de celebridad local en las mezquitas como el joven predicador de pelo rojo. A los veintidós apareció en Afganistán, y luchó contra los soviéticos, le hirieron siete veces. Cuatro años más tarde había informes del pelirrojo Mourad luchando con el GIA de Argelia, asesinando a periodistas y burócratas y oficiales del ejército y civiles. Adquirió renombre como el más intransigente de los líderes salafis, que incluso se negaban a hablar con los djaristas moderados en su propio grupo. Para el fiero Mourad, cuya fe le ardía en los ojos y en la llama de su pelo, nada por debajo de una revolución islámica global era aceptable. En 1999, el servicio de inteligencia militar indio informó sobre una nueva banda de militantes que operaban en el valle de Cachemira, dirigidos por el pelirrojo Mourad. Por supuesto era el mismo hombre. Pero ¿su aparición en el valle significaba que el GIA estaba ahora institucionalmente implicado en la lucha, que iban a mandar dinero y armas y hombres? ¿O Mourad estaba por su cuenta, buscando otra guerra, otra misión? Esa era la cuestión. Y así Anjali leyó toda la mañana, toda la tarde, buscando conexiones, historias de hombres y mujeres y sus ideas y las relaciones que forman, los viajes que hacen a través de las fronteras. Leyó informes internos de la organización desde el Valle, papeles del comité asesor de Washington, información compartida de la CIA, canalizada a través de un grupo de trabajo, tres capítulos de un

libro sobre los problemas argelinos escrito por un profesor universitario alemán, fotocopias de artículos de periódicos y revistas, con fotos de los muertos que la cámara había convertido en diseños planos en blanco y negro, y dos años de informes de campo de agentes de la organización en Marruecos, Egipto y Argelia. La concentración la sumergió como una campana de buzo, y era insensible al pasajero parloteo de la oficina en el pasillo de afuera, el resplandor creciente de la luz del sol en la ventana cubierta de polvo, la paloma que daba pasos con las garras curvas por las rejillas y la miraba. De vez en cuando inclinaba una botella de plástico a un lado de la boca y bebía agua sin pausa en la velocidad de su lectura. En la facultad adquirió una habilidad para tomar notas manteniendo las líneas continuas y legibles sin necesitar apenas una mirada al bloc de notas, y ahora llenaba páginas. Pasó el día. A la una y media hubo un golpe ligero en la puerta, y Amit Sarkar asomó la cabeza.

—Entra —dijo Anjali—. Puedes entrar, Amit.

—Señora, ¿comida?

Amit Sarkar estaba recién casado, y cada semana parecía un poco más próspero por la comida de su esposa. Ya no tenía la delgadez de licenciado hambriento de los primeros días de su formación, y se había acostumbrado a traer un tiffin de tres pisos para compartir. Era educado a toda prueba, pero ella notaba cómo desaprobaba sus malos hábitos alimenticios, y notaba su preocupación por su vida de divorciada solitaria. A veces le hablaba con brusquedad, irritada a pesar de sí misma por los atrevimientos de él. Pero hoy se alegraba de la interrupción. Vivir siempre entre la amenaza y la contra-amenaza, de agresión en respuesta a la agresión, era asfixiante. Con su *dal* y *bhat*, Amit Sarkar le traía una ráfaga de vida normal, de hogar y cocina.

—¿Qué hay hoy?

—*Chingri macher* al curry, señora. Es la especialidad de Maithli.

Maithli era bajita y redonda, con una sonrisa que empujaba la barbilla y hacía que sus ojos se desvanecieran. Anjali la había visto dos veces y la encontraba bastante convencional y carente de conversación. Pero sus gambas eran buenas de verdad. Anjali comió, y Amit le habló de su proyecto en curso. Ella lo tenía siguiendo el flujo del dinero extranjero, principalmente de Arabia Saudí y Sudán, a organizaciones islámicas en la India. Él había sacado a la luz, dos días antes, un vínculo entre un grupo estudiantil con base en Trivandrum y un seminario en Nagpur, una hebra de conexiones entre un líder estudiantil y un comerciante intermediario y un mulá fiero. Era un buen trabajo, y ahora Amit estaba desarrollando la narrativa. El líder estudiantil tenía un hermano que trabajaba en Dubai, y este hermano era tal vez un conducto para dinero e información e ideología. Anjali comía, y escuchaba. Quizá Amit tenía el potencial de un buen analista: le entusiasmaba el detalle, le encantaban las conjunciones. Tenía la costumbre de suponer demasiado, de querer que sus historias funcionasen tanto que dejaba que su imaginación produjese textura y profundidad. Pero podía salir de eso, ese era el trabajo de ella, quitarle la costumbre de la fantasía. Pero él tenía el fervor necesario. Dejó que terminase, y después le hizo

ir a los cimientos, a la base del hecho: el hermano, Dubai, llamadas telefónicas diarias. Eso era todo.

—Interesante, pero no lo bastante para suponer tanto —le dijo—. Necesitamos más.

—¿Podemos solicitar una operación?

Anjali tuvo que sonreír. Tenía todo el entusiasmo de un cachorro jadeando tras su primera rata. Contestó:

—Podemos pedirla, pero nunca la conseguiremos. Hay muchas prioridades mayores.

Él asintió con prudencia, pero, a pesar de su intento de indiferencia madura, Anjali vio el pequeño trago de la desilusión. Todos los aprendices tenían esta fantasía, hacer que un caso pasase del análisis a las operaciones, encontrar pistas que pudiesen conducir a una conspiración tan peligrosa que solo se pudiese abordar con medidas desesperadas y hombres heroicos y tiroteos en la oscuridad. Eso es lo que los aprendices pensaban al venir, así es como se les reclutaba para el trabajo. Pero el trabajo era esto, leer y leer, y encontrar historias fragmentadas, y entender que algunos peligros pueden ser mortales y sin embargo no merecen la asignación de recursos. Observabas algunas cosas, y las dejabas pasar. Así que intentó consolar a Amit.

—Pero nunca se sabe. Los mantendremos en una lista de vigilancia. Pueden volverse ambiciosos e intentar algo.

Amit no estaba muy aplacado, pero puso buena cara y recogió su tiffin. Anjali le dio las gracias y volvió a recogerse con sus papeles. Ahora las páginas olían a *haldi*, y *adrak*, y se preguntaba si al cabo de los años algún otro analista captaría el aroma, apenas palpable, y se sentiría golpeado por una añoranza repentina de su hogar. Siguió leyendo. El ceño fruncido de Amit se quedó con ella. Se irritaba en la reclusión en una sección de Delhi, quería mancharse las manos. Bien, tendría acción bastante pronto. Alguien, algún *dushman*, siempre se volvía ambicioso y alguien siempre intentaba algo. Sentarse en una pequeña habitación en las entrañas del *MEA* y leer informes todo el día iba a ser zarandeado por la agitación eterna de la humanidad, por el movimiento incesante del deseo y la envidia y el odio. Nadie, parecía ser, ni un solo hombre o mujer se sentaba inmóvil en la arboleda de la satisfacción. Siempre había algún lugar al que ir, alguien a quien derrotar, algo que tener. Bueno, le daba a ella un trabajo, y un camino en la vida. Leyó.

A las seis recogió su maletín y su bolso, cerró con llave la caja fuerte y los archivadores, puso las llaves del coche en el bolsillo exterior del bolso y bajó con brío al garaje. Los dos agentes de policía de Delhi con bigotes grandiosos que estaban de servicio en la puerta del garaje le lanzaron una mirada constante cuando pasó conduciendo por su lado.

esa mirada impenetrable y de vacuidad beligerante que era la carga rutinaria de una mujer soltera en Delhi. No les gustaba el hecho de que fuese una mujer, que

estuviese sola, que tuviese su propio coche, su propio sueldo. Hubo un tiempo, cuando era más joven, en que ella miraba atrás, preguntaba: ¿qué estás mirando? Había hecho frente a hombres de negocios, y conductores de autobús, y estudiantes, y trabajadores, y policías. Los policías eran los peores, protegidos por su autoridad y emborrachados con su dieta diaria de agresividad y violencia. Pero también se había enfrentado a ellos, incitada por la memoria de su padre, que se reía con admiración por su poca feminidad inicial, su coraje, su negativa a echarse para atrás jamás. Ella todavía empujaba con fuerza, pero, de alguna manera, un día, se sintió demasiado cansada para enfrentamientos. No era solo el ritmo de trabajo. Se sentía agotada hasta la médula, como si algún muelle de metal acerado hubiese perdido su rebote inicial. Que las jóvenes ocupasen sus puestos en las barricadas, estas chicas que recorrían los campus de las facultades con los estómagos desnudos y teléfonos móviles. Las marcadas y erosionadas tenían otras batallas que luchar.

Anjali cogió una curva amplia para bajar al bulevar, entrecerrando los ojos contra la puesta de sol, y se sonrió a sí misma. Qué moderada y tranquila la había vuelto la edad, todo el ardor revolucionario inicial se había alejado corroído por... ¿por qué?... largas horas, facturas, este tráfico que crispa los nervios, la contaminación venenosa que deja una película negra en la cara y los brazos. Y por las derrotas profesionales, un divorcio y la amputación brusca del amor, una comprensión profunda hasta los huesos acerca de que el futuro no era una pradera ilimitada, sino solo un valle estrecho delimitado por la noche. Mirando el paso de su madre, con las piernas dobladas, artrítico, sus manos de piel de papel, Anjali sintió la presión de la mortalidad. Su madre moriría. K.D. Yadav moriría, pronto. Solo su padre era inmortal, suspendido en alguna parte en aquella interminable juventud de quienes habían desaparecido. Estaba legalmente muerto, pero todavía estaba vivo. Anjali sentía su presencia por las mañanas muy temprano cuando se bañaba con delicadeza en los pantanos del sueño. Acudía a ella en ese momento, con aquel olor salobre a sudor y Brylcreem, con el hombro tan sólido contra la mejilla de ella como la luz del sol que calentaba desde la ventana del rincón. Después volvía a marcharse, marcharse del todo.

Un Lexus plateado se acercó a la ventana de Anjali, y después todos esperaron a que el tráfico se moviese. Tras el cristal tintado del Lexus, una adolescente mascaba chicle de forma constante. Estaba hojeando una revista satinada, ventilando las páginas con rapidez de derecha a izquierda. Parecía bastante aburrída, y era guapa. Su padre era un ministro, un magnate, un médico famoso, uno de esos tipos que arreglan cosas y que posibilita tratos en las intersecciones de los muchos mundos de Delhi. Vivía en un clima Lexus, bastante alejada de Anjali, en una geografía de Vasant Vihar y el restaurante Senso y fiestas en complejos residenciales y vestidos minúsculos. Notó la mirada fija de Anjali y parpadeó una mirada y después volvió a su revista, bastante indiferente. Anjali pudo verse a sí misma en el cristal del Lexus, sudorosa y acalorada y muy de clase media regular con su kamiz marrón rojizo y chunni rojo,

incapaz de permitirse un repuesto para el sistema muerto de aire acondicionado de su coche. El tráfico se separó y el Lexus se fue deslizándose. Anjali se secó la barbilla. Qué fácil era ser rencorosa, qué fácil era desear que una pareja de policías enfadados parase al Lexus y pidiese el número de matrícula, e hiciese objeciones legalistas por el cristal tintado, y acusase a la máquina deslizante de emisiones inaceptables. Anjali apartó la idea encogiéndose de hombros, se sentó erguida y se obligó a regresar a los hechos, a lo que se necesitaba hacer, al trabajo. El rencor era inútil, del todo sin sentido porque cualquier policía liante, huraño, al final aceptaría un soborno de dos o trescientas rupias.

En la clínica, Anjali se lanzó agua sobre la cara, los brazos. Cuando salió del baño, la cabeza del tío K.D. estaba orientada exactamente en la misma postura inclinada con la que lo había dejado, hacia la ventana. Su perfil se alzaba oscuro frente al resplandor, aquel arco bien conocido de la frente alta y enjuta, la cabeza calva, la nariz como una proa. Habían pasado cinco semanas desde que pronunció alguna palabra. Estaba flexible y tranquilo, caminaba contigo si le cogías la mano, se sentaba si le empujabas lentamente a la silla. Comía despacio, pero solo si le alimentabas con la mano, y no mostraba gusto alguno por sus platos favoritos. Era indiferente. Se había marchado. Anjali lo sabía bien, lo reconocía cuando se sentaba directamente frente a él y le hablaba. Tras aquellos pestañeos lentos no había ni felicidad ni tristeza. Tan solo estaba ausente. Había ido mucho más allá del odio y el deseo, y de ese modo ya no podía amar. Aun así, Anjali acudía con tanta frecuencia como le era posible y se sentaba con él. Las enfermeras lo giraban durante el día, lo llevaban paseando al baño y al jardín, pero a Anjali le gustaba darle la vuelta hacia la ventana y la puesta de sol. Se había dado cuenta, mucho tiempo atrás, cuando era pequeña, de cómo le gustaban los giros de los colores. Le gustaban las montañas, y la nieve. Le había hablado de las cumbres del Himalaya, de cómo al amanecer y en el crepúsculo se volvían de un color dorado brillante frente al azul.

Los doctores le daban dos meses de vida, tal vez tres. Anjali había visto lo duro que había luchado para volver con ella, cuando le habló del dinero falsificado. Y después de aquel regreso momentáneo, Anjali aceptó, de forma total y sin esperanza, el hecho de su partida. Lo que había aquí no era K.D. Yadav. Sin embargo, venía y se sentaba con él por las tardes. No iba, en ningún caso, a abandonarle.

Se acomodaba en la silla junto a la cama y abría su fajo de papeles por la hoja marcada. Estaba leyendo un artículo de revista fotocopiado titulado «Los guerreros ascetas en la historia india». La información de que Gaitonde buscaba a unos sadhus no la llevaba a ninguna parte, e incluso Anjali pensaba ahora que era una tergiversación, una broma o una alusión a otra cosa, o una rotunda mentira. Pero su lectura inicial sobre sadhus la llevó de cabeza a una de sus obsesiones. Las llamaba sus «proyectos», pero su ex marido Arun decía que eran sus manías: se fascinaba por alguna cosa críptica, algún proceso turbio por el que se preocupaban veinte personas en todo el mundo, y entonces tenía que saberlo todo sobre ello. Sus proyectos habían

incluido el ciclo vital y la organización social de la hormiga roja, la historia de las esculturas de terracota en el subcontinente, la economía y organización de los gulags soviéticos, la historia inicial de la locomotora de vapor y los ferrocarriles. Una vez pasó cuatro meses gloriosos leyendo, en cualquier momento libre, sobre las campañas de Julio César. Nada de esto tenía ninguna utilidad práctica para ella. Había intentado explicarle a Arun que el placer radicaba en los pequeños detalles, en descubrir cómo funcionaba algo, cómo encajaban sus componentes. Cuando eran novios, a él estos proyectos le parecían divertidos, encantadores en su excentricidad. Admiraba la curiosidad de ella y su memoria. Pero más tarde, después de casarse, Arun se fue cansando de su lectura inacabable y sus preguntas. Durante una de sus peleas, le dijo que la consideraba aburrida. Por supuesto, siempre habían sabido que eran diferentes, pero durante un tiempo parecía que la sociabilidad de él y la calma tranquila de ella se compensarían la una a la otra. A él le gustaba intercambiar visitas con su siempre creciente círculo de amigos, beber whisky escocés y ver las carreras de Fórmula Uno, que nunca se perdía, incluso cuando estuvo destinado en período de pruebas en un lugar atrasado de Madhya Pradesh. Puso un elevador en un camión de carbón para llegar a tener un televisor lo bastante grande, y algunos años después decidió, también en una noche de carreras, que Anjali era aburrida. Ella todavía pensaba que él no la habría considerado tan aburrida si hubiese estado dispuesta a dejar su carrera para irse con él a cualquier destino nuevo, como hacían las otras esposas del IAS. De todos modos, aquello pasó mucho tiempo atrás, y todo había acabado. Anjali volvió a su artículo y leyó sobre la rebelión Sanvasi.

No obstante, estaba distraída. Era difícil leer sin poder discutir el material con tío K.D., sin el debate y la interpretación y el cuestionamiento. Incluso cuando él estaba viajando a algún lugar en la otra parte del mundo, ella siempre le hablaba de sus lecturas, y ahora tenía esta ausencia que respondía con indiferencia majestuosa. Su silencio hacía un agujero dentro de ella, un hueco que amenazaba con exponer aquel otro, el abismo más inmenso que su padre dejó tras él, y un estremecimiento de pánico comenzó en su estómago. Era duro estar tan sola, era imposible. Se puso de pie, caminó para alejarse de la ansiedad, dando zancadas hacia la puerta y después volviendo a la ventana. No estaba sola. Tenía que cuidar a Ma, y muchos amigos, y buenos colegas y trabajo esencial, crucial. Se la necesitaba. Y había un hombre, quizá un hombre, un profesor de sociología, un poco más joven que ella pero muy tierno. Todavía podía tener esperanza en el amor, o al menos en la compañía y la compasión, no como el pobre tío K.D., que de verdad había vivido como una especie de asceta. Se detuvo en seco, tensó los hombros y se dijo a sí misma que dejara de ser ridícula. Era desgarrador perder a tío K.D., pero alguna parte de él estaba aquí, ella le debía al menos la serenidad y la disciplina que le había inculcado. Se sentó junto a él, le apretó la muñeca, siguió sujetándola y empezó a leer.

Trabajar con el pelo le había enseñado a Mary Mascarenas la naturaleza efímera de la felicidad. A veces, de vez en cuando, con una clienta, lograba un momento brillante de perfección en el que el estilo reinante y la ambición y la fisiología se unían para producir belleza, pura e increíblemente obvia. En aquellos momentos, cuando el pelo surgía de los envoltorios y los rulos y el calor, cuando la clienta se daba la vuelta hacia el despliegue de espejos, se producía una alegría, un éxtasis tan real como el amor, o la maternidad, o el patriotismo. Pero el tiempo pasó. Los estilos cambiaron, las clientas se hicieron mayores y envejecieron, y el pelo creció, cómo creció. Se volvía largo, y cambiaba, transformaba su textura y rizo, caía, se ponía gris y se volvía más fino. La felicidad siempre pasaba. Más pronto o más tarde la clienta feliz se miraba en el espejo y se inquietaba y quería un nuevo corte. Los cortes iban y venían, y los flequillos estaban bajos un año y hacia arriba el año siguiente y cuatro años después volvían a descender. Lo que estaba de temporada seguro que quedaba fuera de la siguiente. Los rubios iban y venían, y a la eficiencia del corto le seguía la feminidad del largo. Mary estaba segura de que a la mañana siguiente de que se inventase la profesión más antigua, la profesional fue a buscar una estilista. Era popular entre las clientas del Salón de Belleza Pali Hill, así que tenía una buena seguridad laboral, y unos ingresos muy decentes por comisiones, y mucha información. A las clientas les gustaba hablar.

Comilla Marwah estaba hablando ahora, mientras Mary le trabajaba el pelo con unas tijeras de cortar Yasaka y un peine.

—No sabes, Mary —susurró— cómo fue esa mujer detrás de Rajeev. Tanto drama sobre lo deprimida que estaba por su matrimonio con ese marido horrible, y todo eso se lo transmitía a Rajeev en Índigo con vestiditos negros. Así que por supuesto comenzó algo. Ella solía ir al Oberoi, le decía a su chófer que iba de compras: «Chófer-ji, ve y come, tardaré dos o tres horas». Después entraba, atravesaba el hotel e iba a la otra entrada, cogía un taxi desde allí directo al edificio de Rajeev, entraba por la puerta lateral y subía a su apartamento. Así que un agradable polvo por la tarde, luego volvía en otro taxi al Oberoi, diez minutos de compras para tener algunas bolsas, y a casa con el aspecto de alguna *Sati-Savitri*. Y diciéndole a Rajeev que había cometido un terrible error, que jamás debería haberle dejado en Londres, toda esa mierda. Mientras tanto conoce a Kamal, que es rico, rico como un industrial rico...

Comilla tuvo que parar en ese momento, para que una estilista se apretase a su lado con su clienta. El espacio era tan caro en Bombay que incluso los mejores salones de belleza siempre tenían demasiadas sillas apretujadas, demasiada clientela. Y los salones de belleza estaban llenos todos los días. Había mucho dinero en la ciudad, y Comilla tenía una buena parte de él, y sabía exactamente quién tenía cuánto. Continuó:



—Pero entonces conoce a Ramal. Y eso al mismo tiempo en que está con Rajeev, quiero decir aparte del marido terrible. Ramal está forrado, y socialmente del todo relacionado, está justo en el centro. Y, reconozcámoslo, ella es una mujer atractiva. Así que empieza a orientarse hacia Ramal. Justo delante de las narices de su marido, ¿entiendes? Se mueven en los mismos círculos, todos ellos. Pero de nuevo la misma historia, infelicidad, ay ay, estoy tan triste, todo eso. Los hombres no lo pueden resistir. Son tan estúpidos. Así que entonces está con Ramal y Rajeev al mismo tiempo. ¿Te lo puedes creer?

Mary se lo podía creer con facilidad. Había creído informaciones sobre los romances de la propia Comilla Marwah, romances que eran —había que admitirlo— no simultáneos sino en serie. Mary puso una cara apropiada de asombro, y susurró con el toque justo de estímulo:

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué? Ese Ramal estaba completamente enamorado de ella. Tiene esa cara inocente dulce-dulce, ya sabes. Y, según Rajeev, hace unas mamadas fantásticas. Así que Ramal deja a su mujer y tres hijos y termina comprometido con la zorra. Por supuesto su pobre marido se queda totalmente atónito, pero imagina por lo que pasa el pobre Rajeev. De pronto es el héroe y amante que va a librarla de su horrible matrimonio, y al poco rato se deshace de él.

—¿Cuándo es la boda?

—La semana que viene.

—Parece que Rajeev va a necesitar algo de consuelo.

—Sí —respondió Comilla. Se estaba mirando a sí misma con aire taciturno, en el espejo nublado por el vaho—. Cierto.

Mary le dio una palmadita en el hombro.

—Has adelgazado. ¿Vas al gimnasio?

—Cinco mañanas todas las semanas —respondió Comilla, pero ni siquiera el cumplido la sacó de su autoexamen—. ¿Y todo para qué? Hombres. Y los hombres son estúpidos. ¿Quieres saber cuál es la moraleja de toda esta historia, de ella y Rajeev y Ramal y todo?

—Cuéntame.

—Si haces mamadas de puta con cara de santa, los hombres dejarán a sus esposas por ti.

Y se echó a reír con una risa tan tremendamente escandalosa que Mary se rió con ella. Comilla se recostó en la silla y tronó, y Mary tuvo que dejar las tijeras y apoyarse en la mesa. Al poco rato todo el salón de belleza se reía con ellas, se reían de las carcajadas de Comilla. El humor de Comilla había mejorado mucho, y le dejó a Mary una propina de ciento cincuenta rupias. Mary le había hecho un buen corte, ajustado a los huesos delicados de su cabeza, revelando el tallo largo de su cuello. Tenía un aspecto fantástico, pero no parecería una santa ni en cien años y tras mil cortes de pelo. Tenía el aspecto de una mujer elegante cerca de los cuarenta, divertida

y experimentada y curiosa de un modo bridante y bien vestida, con el barniz pulido que solo el dinero puede comprar. Mary sabía demasiado sobre ella, como sabía demasiado de muchas de sus clientas. Mary sabía, por ejemplo, que hacía mucho, cuando Comida tenía veintipocos, ella misma se convirtió en la otra mujer, cuando su adinerado novio marwari la dejó para casarse con una agradable chica marwari elegida por sus padres. Que ese novio siguió viéndose con Comilla en Goa durante fines de semana después de dos niños y muchas confesiones de amor eterno y declaraciones de que no le importaba nada su mujer gorda, aburrída. Siempre le prometía que dejaría a su mujer al verano siguiente, y después al siguiente. Y por supuesto nunca lo hizo. Finalmente Comilla logró arrancarse a sí misma de aquel amor desastroso, pero se encontró sola a los treinta, una profesional atractiva con buen sueldo, pero soltera de manera bastante catastrófica. Había muchas como ella en Bombay, demasiadas. Revoloteó durante un par de años, y tuvo suerte de aterrizar en su marido, un viudo diecinueve años mayor que ella. Era bastante acomodado, tenía las manos metidas en bienes inmuebles y viajes y le había cautivado el estilo de ella. Se casó con ella, y tuvieron dos hijos, y Comilla encontró su hogar estable, seguro, y también, de forma inevitable, ciertos descontentos. Después de que nacieran los niños, había tenido dos amantes. Mary sabía todo esto.

El crepúsculo era el momento favorito de Mary, y como hacía a menudo después del trabajo, bajó paseando por Carter Road hacia el espigón. Paseó lentamente por el sendero, entre gente haciendo footing, multitudes de adolescentes y abuelos briosos, calzados con deportivas, que daban su paseo de la tarde. Ese día había un matiz verdoso en el cielo, donde un turquesa nebuloso se fundía con un extraordinario jade submarino en el horizonte. Eso era lo que a Mary le encantaba del momento en que el día oscurecía, esta mezcla de colores y personas. En esta combinación amable, estar sola en la ciudad era encontrar compañía con mil extraños. Claro que tenía amigos, y a veces paseaban juntos por el espigón. Pero a menudo, estar sola, y libre, era el regalo que ella quería de Bombay. Había aprendido a estar sola, a través de pesadas noches de terror y nostalgia, y ahora valoraba su libertad. Había cierta calma templada en depender solo de sí misma.

Y sin embargo había mujeres como Comilla, que, a pesar de todas sus ventajas, hacían tratos para lograr otro tipo de seguridad, llena de mentiras y dramatismo y compromisos medio entendidos y medio dichos. ¿Sabía el marido de Comilla lo de sus amantes? Desde luego lo sabía medio mundo, o al menos el mundo que entraba y salía del salón de belleza. Desde luego había bastantes mujeres hablando las unas con las otras sobre las aventuras de Comilla, y con Mary. Quizá él lo sabía. Quizá él lo sabía y miraba para otro lado, quizá entendía. Mary pensaba que ella misma lo entendía un poco, pero nunca confundió esta comprensión con la amistad. Comilla le contaba todo tipo de cosas, pero Mary sabía que hablaba solo porque recostarse en una silla y ofrecerle la cabeza a las tijeras de Mary las conducía a ambas a una intimidad momentánea, una cercanía limitada que no necesitaba la oscuridad del

confesionario. Pero las treinta y cinco o cuarenta mil rupias que Mary llevaba a casa cada mes no la convertían en miembro del círculo social de Conidia, en absoluto, incluso si era más dinero del que conseguían algunas administrativas de maletín-valor. Conidia llamaría a su chófer para que se sentara en su mesa antes que invitar a Mary a una de sus cenas. Mary era una peluquera muy buena, eso era todo. Mary no tenía ilusiones, no tenía sueños fantásticos acerca de quién era y en lo que se podría convertir. Había encontrado su lugar, y se sentía en paz con él.

Un trío de niñas harapientas pasó por el lado de Mary, golpeando el pavimento con los pies descalzos, y rodearon a un extranjero alto, rubio, que paseaba unos tres metros por delante. Mary pasó por su lado, sonriendo ante el tamborileo de las niñas mientras levantaban las palmas abiertas hacia la cara del hombre.

—¿Cómo estás? Tío, tío. Por favor, tío. ¿Cómo estás? Por favor. Tío, hambre, hambre. Tío, comida.

Saltaban, hacia su nariz picuda. Parecía acongojado. Todo el camino que había recorrido para venir a la India, y ahora se estaba enfrentando a su legendaria pobreza, ahora que había aprendido inglés. El extranjero sacudía la cabeza, no, no, pero se había parado, y Mary estaba segura de que se llevaría la mano al bolsillo en un momento. Una pandilla de pequeños mendigos corrió por el lado de Mary, derechos hacia el extranjero. Ahora los tendría a todos pisándole los talones, hasta que se metiese en un taxi y huyese. El privilegio de su piel blanca y su dinero le costaron esta prueba menor, este remolino de la cola del cometa de los necesitados. Los niños del espigón eran enérgicos y persistentes, pero hacía mucho tiempo que habían aprendido a ignorar a Mary. Ella hablaba con ellos, pero no les daba dinero, y ellos eran profesionales. Era trabajo, y no tenían tiempo para estar de cháchara en la hora punta de la tarde.

Veinte minutos de paseo la habían llevado al otro extremo del espigón, casi a la parada de bus de Otters Club. Bajo el negro cada vez más profundo, la marea baja había empujado las olas lejos de la orilla, dejando un rastro confuso de roca y basura. Sobre él, mirando el agua, se sentaba Sartaj Singh. Mary apartó la cara y la orientó hacia la izquierda, lejos. Arriesgó una única mirada, rápida, y él no la había visto. Estaba atento a la mancha de la última luz sobre el horizonte. Ella continuó, hacia la parada del bus, donde un autobús estaba llegando justo entonces. Corrió los últimos metros, y volvió a mirar solo cuando estuvo segura en el bus, miró por la ventana trasera. Todavía pudo divisarlo, solo al borde de la pasarela, con los pies colgando encima de las rocas. Encontró un asiento, y sujetó su pequeño bolso gris con fuerza sobre el egazo. El pulso se le había acelerado, y sabía que no era solo por la carrera. ¿Por qué se había empeñado tanto en evitar una conversación con él? Ella no había hecho nada malo. No era culpable de ningún crimen. Pero él era policía, y los policías acarreaban problemas, como una infección. Era mejor mantenerse lejos de ellos.

Se aferró a este alivio durante todo el trayecto a casa, esta sensación de haberse escapado de un encuentro con algo turbulento y oscuro. Incluso en la breve visión

que tuvo de él, notó una tristeza que daba vueltas. Estaba observando el mar y el cielo con una tensión inquisitiva, apenada, en los hombros y el cuello, como si aguardase una respuesta. Era mejor alejarse de un hombre así.

Mary cerró la puerta de su cuarto tras ella, cerró con llave y pasó el pestillo. Encendió solo una lámpara, cerca y a poca altura junto a la pared, de forma que las sombras la envolvieron con una intimidad como alumbrada con velas. Había algo de pescado al curry que sobró de la cena de la noche anterior, y preparó un cuenco pequeño de arroz con velocidad eficiente. Comió sentada en la cama, dando sorbos de un vaso grande de acero con agua que tenía en la mesita de noche. Le gustaban los programas de animales en el Discovery Channel, el círculo eterno del nacimiento y la migración y la reproducción. Frente a la cúpula del cielo de Africa, incluso las matanzas sangrientas de ciervos y cebras por parte de los leones parecían tan solo apropiadas, un eslabón necesario en un enorme ciclo de armonía. Su amiga Jana, que era adicta a las series nocturnas sobre familias de tres generaciones y maridos descarriados, la llamaba morbosa y extraña y le hacía cambiar de canal cuando venía a casa. Pero las nostalgias y traiciones incesantes de las series le resultaban ofensivas a Mary, la dejaban inquieta y disgustada y enfadada. Al menos los tiburones eran honestos con sus apetitos, además de hermosos.

Fregó los platos, y los cacharros, y después alargó la mano hasta el fondo de la nevera para coger el chocolate. Tenía media caja de bolas e ron del Rustams de Colaba, maravillosas con sus envoltorios individuales de papel de aluminio dorado. Se permitía una después de cenar, y solo ella sabía qué acto supremo de autocontrol suponía no comerse la caja entera de una vez. Volvió a la cama con la bola que estaba más hacia la izquierda, y subió el volumen del sonido de un leopardo que se deslizaba por la maleza. El papel de aluminio salió lentamente bajo las puntas de sus dedos, arrugándose de forma deliciosa, tan delicada. Después surgió la bocanada dorada del cacao, y la inhaló profundamente, y luego apartó la cabeza para poder volver a ella otra vez. El primer mordisco siempre era pequeño, solo un mordisquito para que el paladar sonase por la claridad del sabor cálido, y un dolor comenzara a producirse en la parte posterior de su mandíbula. Solo se permitía un pedazo considerable después de haber perdido aquella primera excitación. Y estaba en el cielo. El sabor oscuro del ron se arremolinó por su lengua, y ella dejó escapar un pequeño siseo de satisfacción delante del leopardo.

Después estaba lista para dormir. No llevaba maquillaje, jamás, así que su ritual nocturno era corto: se lavaba rápido con jabón de nim, y se cepillaba bien los dientes con pasta Meswak. Se ponía un caftán rosa descolorido, suavizado por años de lavados, y se tumbaba sobre su espalda, con las manos a ambos lados. Cuando eran pequeñas, Jojo solía burlarse de ella por esta postura de muerta, esta pausa de cadáver inmóvil, pero entonces Jojo era viento en espiral incluso cuando dormía, y a menudo se despertaba con los pies en la almohada. Daba patadas y se revolvía pero quería dormir cerca, y Mary solía quejarse por su sueño perdido durante el desayuno.

Mary se incorporó, fue al baño, regresó y volvió a tumbarse. Trató de respirar de forma regular, profunda. Pero su mente todavía daba vueltas y se movía. Duerme, susurró. Mañana es un día largo. Y... y... Y a Jojo le encantaban las bolas de ron de Rustam's, pero no podían permitirselas más de una vez al mes. Y hoy estaba ese Sartaj Singh, plantificado como un sapo en cuclillas en el espigón de ella. La última vez que habló con él fue en su coche, cuando le contó lo de John y Jojo. Había dormido muy mal después de que él viniera con la noticias de la muerte de Jojo, durante un mes había deambulado con el corazón dando tumbos, sintiéndose mareada durante el día. Después por fin el saberlo se asentó, se volvió parte de la estructura del nuevo mundo: tu hermana está muerta. Así es como era, cuando hacías frente a algo imposible —tu marido se acuesta con tu hermana— al principio sentías náuseas, una pérdida de todos los puntos de referencia. Tu propio hogar se convertía en una zona fronteriza hostil. Y después, un día, sabías que aquella salvaje tierra baldía, esa estridente luz extraña, era tu hogar. Solo tenías que tener paciencia y suficiente voluntad para sobrevivir a los primeros terrores.

Mary se incorporó, apoyó una almohada contra la pared y encendió el televisor. Encontró un documental sobre estaciones espaciales, y bajó el volumen, y observó cómo los aparatos blancos con forma de araña giraban alrededor de las estrellas. Eran artificiales, pero relajantes. Jojo siempre fue la religiosa, quien a las once se dormía con una cruz bajo la almohada, quien levantaba la vista hacia el altar de la iglesia con los ojos brillantes, soleados. Más tarde, sintió ese mismo amor elevado por la fama, persiguió su santo grial con la misma fe maravillosa. Lo más cerca que Mary había estado jamás de este sentimiento grande-grande que Jojo le había contado fue cuando observó a un ñu retumbando por un valle, o cuando vio fotos que una nave espacial sin tripulación hizo de los anillos de Júpiter. Había estado ahorrando, desde hacía tres años y cinco meses, para unas vacaciones de safari en Africa.

—Chutiya, podrías ir a Africa mañana si reclamas lo que es tuyo —le había dicho Jana, ardiendo de codicia por bienes inmuebles pensando en el piso de Jojo, que no había visto nunca—. Hablamos de un piso en Yari Road, no de una apestosa kholi.

—No es mío.

—¿Qué, me pertenece a mí, entonces? *Thank you* —dijo en inglés, con una reverencia—, *thank you*.

—Te lo puedes quedar.

—Como si me lo fuesen a dar. Oye, gaandu, estos son los hechos: era tu hermana. Ha muerto. No hay más familiares vivos, directos. Así que te toca a ti. Todo ello, piso y cuentas bancarias y lo que sea.

Jana tenía un *gaali* para cada ocasión y cada frase, y era una manicurista muy buena, una experta en uñas elaboradas. Sentía un desconcierto despectivo por los escrúpulos de Mary.

—Escucha, así que tu hermana era una randi. Bien, y de ahí es de donde venía parte del dinero. También hacía programas de televisión, ¿na? Pues coge el dinero

pensando que es de la tele. ¿Qué tiene eso de malo? Después de todo, ella se llevó a tu marido ¿na?

Esto, para la mentalidad de Jana, era justicia: un buen dinero por un marido. Era justo. No había forma de hacerle entender que esto era exactamente lo que Mary no quería, que le pagasen. No quería coger el sucio dinero de Jojo, conseguido con la mugre hecha sobre sábanas mugrientas de hotel con hombres mugrientos, no quería dinero a cambio de un marido, de la felicidad, de la niñez. Tal vez Mary nunca había sido capaz de creer lo bastante incondicionalmente en el cielo, pero una vez creyó de forma bastante natural y sencilla que la vida en la tierra era buena, que su futuro sería una historia larga, dulce, de marido e hijos y nietos, solo estropeada un poco por rodillas peladas y fiebres pero siempre fuerte por el amor. A pesar de la temprana muerte de su padre, creyó esto, que ella encontraría la satisfacción que se le había escapado a su madre. Jojo la había expulsado de este jardín de inocencia para siempre y sin posibilidad de regresar. Jojo había cambiado su mundo. Para eso, no podía haber perdón, ni compra de indulgencias. Mary estaba segura de eso.

Mary apagó las naves espaciales y se volvió a tumbar. Cogió aire, lo dejó salir lentamente, intentando encontrar un ritmo sencillo, regular. Pero Jojo regresó esa noche y la molestó, la mantuvo despierta como nunca lo había estado durante aquellas noches en las que se revolvía y le daba patadas rápidas mientras dormía. Incluso después de la muerte de Jojo, en aquella primera semana de impacto, nunca había estado acostada y despierta de esta manera. Últimamente, cuando pasaban días en los que no pensaba ni una vez en Jojo, Mary había comenzado a pensar que se había librado de ella por fin. Pero el piso y el dinero eran un asunto inacabado. A Mary no le gustaban los finales descuidados, siempre había sido la hermana responsable. Por eso habría sido tan buena madre. De nuevo, aquella puñalada ascendente de enfado en el pecho. Olvídalo. Respira, respira. Déjalo pasar. Déjalo estar.

A la mañana siguiente, Mary se despertó por la alarma y con la cabeza cansada, sintió el agotamiento incluso cuando los pies golpearon el suelo. Cuatro o cinco horas de sueño no eran bastante ni por asomo, ni de lejos se aproximaban a sus nueve horas habituales, y todavía quedaba el día por delante, trabajo que hacer. Así que se fue. Jana lo notó enseguida. En un descanso entre clientas, se deslizó por el lado de Mary y susurró:

—¿Así que por fin tienes novio, *jaan*-durmiente?

Mary negó con la cabeza, pero Jana sonrió e hizo movimientos hacia atrás y hacia delante con las caderas, como si lo estuviera haciendo. Mary apartó la mirada con rapidez, y se movió hacia el otro lado de su clienta, temiendo provocar a Jana y que hiciera más escándalo. Que todavía no la hubiesen despedido era un pequeño milagro. En la comida, que tomaban de sus tiffins fuera del salón de belleza, Mary intentó convencer a Jana de que tan solo había pasado una noche desvelada. Jana no se creía nada.

—Duermes como un oso aunque derriben un edificio en la puerta de al lado, ¿de acuerdo? Así que intenta tomar a otra por *mamoo*. Algo está pasando.

Algo estaba pasando, pero Mary no iba a contarle a Jana el irritante regreso nocturno de Jojo. Conocía bien las opiniones de Jana sobre el asunto, y no quería volver a oírlas.

—Solo fue una mala noche, Jana —replicó—. Nada importante. ¿Y cómo están Naresh y Suresh?

Naresh era el hijo de dos años de Jana, y Suresh era su marido, con quien se había casado contra las objeciones en voz alta de los padres de ambos. Llamaba al hijo y al padre «mis bachchas», y le encantaba contar historias largas que demostraban su paciencia cariñosa y sabiduría femenina y firmeza maternal. De hecho, Suresh era cinco años más joven que ella, pero Mary siempre había pensado que la tolerancia tranquila de él ante el temperamento de Jana era sencillamente heroica. Funcionaban bien juntos, uno plácido y la otra enérgica.

—No seas tan lista —contestó Jana, sacudiendo sin querer encurtido de mango sobre la falda de Mary al darle con el dedo—. Cuéntame.

—No hay nada que contar, idiota —respondió Mary, rechazando los intentos de Jana por limpiar el aceite—. Nada en absoluto. Te lo prometo por Dios.

Pero la nada mantuvo a Mary despierta hasta el final de la semana. Se levantaba más cansada cada mañana. El viernes declinó una noche de chicas con cine y cena, se fue a casa y se tomó un Calmpose. Al principio notó una agradable sensación amodorrada en los brazos, y movió la cabeza hacia atrás sobre la almohada, anticipando el sueño con tanto entusiasmo como un bocado de chocolate. Pero después el sudor se le acumuló de forma pegajosa bajo los hombros, y tuvo que arrodillarse para poner el ventilador a la máxima velocidad. Se quedó tumbada bajo el remolino de viento, y el tiempo pasó. Intentó pensar en cosas agradables, en Matheran bajo la lluvia, en *Kaho Na Pyaar Hai* y la canción sobre el yate, en clientes felices. Giró la cabeza para buscar el reloj. Había pasado una hora. Buscó a tientas sobre la mesita el cartón endeble del Calmpose, y se puso otro en la boca. Aquello la noquearía, nunca tomaba pastillas, se cuidaba. De nuevo, esperó. Un autorickshaw traqueteó subiendo la calle principal y giró en la esquina para entrar en el callejón, pudo oír cómo chirriaban sus marchas. Fuerte, sonaba tan fuerte... Se paró, muy cerca, y pudo oír el tamborileo del contador cuando el conductor lo levantó, y después el motor gruñó y se volvió a poner en marcha. En el pozo de silencio que dejó atrás, un aire acondicionado zumbaba y traqueteaba. Mary nunca antes se había percatado de estos sonidos nocturnos. Se puso de lado y colocó una almohada sobre la cabeza. Podía sentir cómo la furia se le acumulaba en el estómago como un peso muerto. Para, no hagas que te suba la tensión. Relájate, relájate. Pero ahí estaba, esta gravedad del enojo acumulado.

Mary soportó la noche. Por la mañana, con el primer gris, salió de la cama cubierta por un sudor frío. Se lo quitó con una ducha, pero un zumbido permaneció

en su cabeza, un ruido pequeño, diminuto, que persistió mientras tomaba su chai y tostada. Esperó hasta las nueve y media, y entonces llamó al número que Sartaj Singh le había dado meses atrás.

—No es aquí —le dijo con brío un agente.

—¿Ha empezado su turno?

—El turno empieza a las ocho. *Bola na* que no está aquí.

A las diez Singh todavía no estaba en comisaría, y a las once tampoco.

—Arre, está fuera en algún trabajo —le dijo otro agente, exactamente con el mismo tono agresivo y aburrido.

Mary tuvo que deletrearle su nombre muy despacio, y estaba convencida de que él arrojaría de inmediato el papel a algún montón de basura.

Por supuesto no le devolvieron la llamada, ni a mediodía ni a la una. ¿Cómo soluciona algo alguna vez la policía de este país? A las dos, Mary se volvió ferozmente amarga. Se sintió reanimada, reavivada. Llamó a Jana, y se encontró con ella en la estación de Santa Cruz para comprar. Jana compró pantalones cortos con anclas azules bordadas para su hijo, y también tres camisetas diminutas, y un par de zapatillas para ella. Mary estaba trastornada y de pronto muy cansada. Jana regateaba con ferocidad con los thela-valas, los aplastaba rupia a rupia. Mary deslizó un brazo en el de Jana y se arrastró con ella entre las multitudes que se movían. Jana le lanzó de lado aquella vieja mirada de saberlo todo.

—¿Sabes lo que necesitas? —le preguntó.

—Jana, no empieces otra vez con ese asunto del novio.

—¿Qué, yaar, crees que no tengo nada más que chicos en la cabeza? Iba a decir que necesitas salir de la ciudad por un tiempo. Cuando solías visitar a tu mami, siempre volvías con aspecto descansado y fresco. Este lugar, demasiado tiempo aquí y te sientes *ragdoada*.

Mary se agarró fuerte al brazo de Jana y asintió. La *ragda* a la que estabas sometida procedía de estas calles, estas tiendas, este ruido, este aire. Ir de compras con una amiga se convertía en esta caminata agotadora, este zigzagueo entre multitudes apresuradas, este ir esquivando coches que se lanzaban hacia ti desde cualquier lado. A cada minuto inhalabas tu dosis de veneno. Pero ya no había ninguna mami, ni ninguna granja que visitar. Sabía, a pesar de todo, que para ella no había ninguna posibilidad de escapar de este laberinto de casuchas y casas, este enredo de calles. No podía volver atrás, no para vivir. Así que después de que mami muriese vendió la casa y la granja, todas las máquinas e instrumentos y muebles, y con aquel dinero se pagó una habitación en la ciudad, puso algo en el banco. El testamento se lo había dejado todo a ella, Mary, y por nombre y mención específica había borrado a la otra hija de la familia y la herencia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mary—. ¿Quieres ir a Matheran? ¿Ooty?

—Ooty estaría bien, ¿no? —contestó Jana, llena de nostalgia—. Montañas azules.

—Chalo —dijo Mary—. Vamos.



Pero un segundo fue todo lo que tardó Jana en reconocer la inevitable derrota.

—No, yaar. ¿Cómo vamos?

Jana tenía muchas necesidades por las que ahorrar. Ambas lo sabían, no hacía falta discutirlo más. Pero las montañas azules eran algo bueno en lo que pensar.

Las montañas del sur permanecieron con Mary en el viaje a casa en autorickshaw. También había montañas en la granja de mami, no tan altas como las montañas azules, pero montañas de todas maneras. Detrás de su propiedad, hacia el oeste, Alwyn Rodríguez tenía una cascada en su granja. No era una cascada de verdad, solo una corriente de agua que caía poco más de un metro sobre roca negra. Pero describía una curva a la luz del sol, y hubo un tiempo en que ella y Jojo eran capaces de bailar debajo. Incluso después, como novatas del colegio de monjas, sentadas en la orilla con los pies en el agua, tenían la caída fresca del agua sobre la piedra, y colocaban con comodidad los empeines en la curva suave, desgastada. Entonces, pensaban que el pueblo era un lugar horrible, pequeño y agobiante, con Alwyn Rodríguez y sus interminables contiendas, y la duración insufrible de las tardes cuando la radio dejaba de captar la Radio All-India y no había nada, absolutamente nada que hacer. Mary estiró del chunni para apretarlo más sobre su pelo, contra el viento agitado y los gases y la velocidad del autorickshaw, y se acurrucó curvada en una esquina del asiento.

El autorickshaw tomó la última curva hacia la casa de Mary. Sartaj Singh estaba sentado en sus escalones, en la misma posición encucillada e inclinada hacia delante que tenía en el malecón. Mary salió del autorickshaw, pagó al conductor. Le temblaban los dedos, y dejó caer un billete de diez rupias y tuvo que agacharse a recogerlo. Estaba muy enfadada. Todo lo que había hecho era llamarle por teléfono, ¿cómo se atrevía a aparecer por su casa así? Solo porque son policías se creen que pueden hacer cualquier cosa. Cogió el cambio, y se dio la vuelta decidida a ser dura con él, a hacerle entender que ella le pagaba el sueldo y comprendía muy bien sus derechos. Ahora él estaba de pie. Estaba más mayor. Bajo el sesgo de la luz de la bombilla que tenía encima, Mary pudo ver las motas de blanco en su barba. Había sido un hombre guapo, pero ahora parecía como si se hubiese desmoronado un poco por todos sus bordes. Una vez había sido todo mordacidad y confianza, pero ahora toda aquella perspicacia se había transformado en agotamiento templado. Sus pantalones de paisano azules no tenían ni una arruga en absoluto. Había engordado.

—Hola, señorita Mary —saludó.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Mary, señalando con la barbilla hacia su escalón.

—Una hora —dijo.

Su voz también era diferente. Estaba borroso en general.

—Los vecinos —replicó Mary, bastante cortante—. Podría tan solo haberme llamado.

—Lo hice. No estaba aquí.

—Aun así.

—Sí. Lo siento. Pero pensé que podría ser urgente. Sobre su hermana. Lo siento. Estaba demasiado vacilante como para pelear con él. Mary negó con la cabeza.

—Venga.

En la habitación, se quedó de pie junto a la puerta hasta que Mary le señaló la silla. Ella ya no le tenía miedo, a su autoridad o intenciones, pero dejó la puerta entreabierta. Él se sentó, y ella vio que todavía tenía esa curiosidad de poli llana, desvergonzada; examinó la habitación metódicamente, de izquierda a derecha, y después volvió a mirarla a ella.

—¿Agua? —preguntó Mary.

—Sí.

—¿Fría?

—Sí.

Abrió la nevera, sirvió el agua y cruzó la habitación para darle el vaso. Él observó el andar de ella con aquella misma franqueza, y ella fue consciente de que aunque estaba distinto, tal vez cansado o golpeado de algún modo, todavía era con mucho un policía. Cuando se inclinó hacia delante para darle el vaso, notó una ráfaga rápida, ácida, de su sudor de todo el día, de los trenes y las multitudes y el sol constante.

—*Thank you* —dijo él en inglés, y bebió. Apuró el vaso, y después lo miró fijamente de forma abstraída—. Tenía mucha sed.

—Necesito su ayuda —comenzó Mary.

Salió más alto de lo que ella pretendía, agudo. No estaba acostumbrada a pedir ayuda.

—Sí —contestó él—. Dígame.

—La propiedad de mi hermana, dijo que me ayudaría.

—¿Quiere tomar posesión?

—Sí.

—¿No hay otros familiares directos vivos?

—No.

—No debería ser muy complicado. Tiene que demostrarle al tribunal que de verdad es la hermana. Eso no será difícil, incluso aunque no hayan tenido contacto reciente. Haremos una declaración de no objeción desde la policía, diciendo que no hay repercusiones para nuestro caso. Le pediré a Parulkar saab, mi gran jefe, que la acelere, Bas, eso es todo. Puede que tarde un poco, es un proceso legal después de todo. Necesitará un abogado para los papeles.

—Conozco a una abogada.

—¿De su divorcio?

—Sí.

—Ya sabe que dicen que en Bombay debes tener entre tus amigos a un político, un abogado y un policía.

—Se ha convertido en mi amiga, mi abogada. Pero no conozco a ningún político, o un policía.

—Ahora me conoce a mí.

Estaba sonriendo. Mary sabía que se suponía que tenía que protestar con dulzura, decir que él no era amigo suyo, y a cambio él diría que sí, claro que lo era.

—Le pediré a mi abogada que me prepare los papeles —contestó—. ¿Cuándo puedo ir a recoger esa declaración suya?

Él perdió la sonrisa.

—No tiene que ir —respondió—. Yo la traeré. No hay problema.

—No me importa ir.

—Todo el camino a la comisaría. No es necesario.

Que una comisaría de policía no era lugar para una mujer era también lo que estaba diciendo.

—Oiga —replicó Mary—. Subo y bajo esta ciudad. Puedo ir a su comisaría. Solo dígame cuándo.

—De acuerdo. —Se quedó callado por un momento, bastante serio—. Y... ¿alguna información más sobre su hermana?

—Se lo conté todo.

—Sí. Aun así. En todos estos meses puede haber surgido algo más. Algo que recordar.

—No, nada.

—Algo incluso muy pequeño. Puede no parecer importante, pero podría abrir el caso para nosotros. Por favor, piense.

Había estado pensando todas estas largas semanas, estos meses. ¿Cómo de pequeño podía ser? ¿Cómo le ayudaría a él a abrir el caso el hecho de contarle el amor inexplicable de Jojo por Rishi Kapoor y su baile regordete con los pies ligeros? Había que contar todo, y nada.

—Si tuviese algo, se lo diría. Ni siquiera sé qué quiere saber.

Él asintió, y pareció tomar una decisión.

—El problema es que no sabemos exactamente qué estamos buscando. Todavía estamos investigando la muerte de Ganesh Gaitonde. Es un asunto de seguridad nacional, y no sabemos mucho acerca de por qué regresó a la India, por qué se mató. Así que buscamos cualquier información relacionada con Gaitonde. Sabemos que su hermana estaba próxima a él. Sabemos que le mandaba chicas. Muchas chicas, durante un largo período, a Bangkok, Singapur, lugares así. De modo que si supiéramos algo sobre su hermana, cuáles eran sus movimientos, con quién estaba relacionada, tal vez eso conduciría a información sobre Gaitonde. Por eso sigo preguntando.

—Sí —contestó Mary—. De acuerdo.

Él se obligó a ponerse de pie. Ella pudo ver el esfuerzo que supuso.

—Está bien —dijo Sartaj—. La llamaré —asintió.

De repente Mary se dio cuenta de lo cortante que había sido.

—Gracias —soltó—. Gracias.

—No hay de qué.

Sartaj cerró la puerta con mucha suavidad tras él, y Mary oyó cómo bajaba las escaleras.

No hay de qué. Cuando Mary empezó a aprender inglés, decía «De qué no hay». Dijo «de qué no hay» durante años, hasta que Jojo la corrigió. Jojo aprendió inglés muy rápido, y su inglés era más veloz y más natural y más correcto, e incorrecto de la forma adecuada. Era buena con el idioma. El inglés de Sartaj Singh era ambicioso pero solo exitoso a medias, tropezaba de vez en cuando. Probablemente pensaba que era mejor de lo que en verdad era. Todavía le quedaba toda esa arrogancia.

Mary lo apartó todo encogiendo los hombros. Se dio una ducha larga, se quedó de pie bajo la corriente y dejó que le golpease la espalda. Le gustaba el agua fría, el estremecimiento que producía, incluso en invierno. Creció en un pueblo, le dijo a John cuando él se maravillaba. No teníamos agua corriente caliente como vosotros los chicos de ciudad, y si la querías tenías que llevarla.

Los recuerdos vinieron, pero no la preocuparon, no esa noche. Se tumbó en la cama y los dejó volar. Ahora que había hablado con Sartaj Singh, se sintió aliviada. Había tomado una decisión. Fuera lo que fuera lo que todavía le debiese a Jojo, lo haría. Sí. En ese momento se acordó de un programa que vio una vez sobre elefantes africanos, y se quedó dormida pensando en los bebés elefantes tropezando y cayendo detrás de sus madres.

## GANESH GAITONDE ES RECLUTADO

Permanecí impotente todos los días y todas las noches de mi luna de miel. Mientras el suelo se inclinaba bajo nosotros, me encorvaba sobre mi mujer, masturbándome, maldiciéndola, maldiciendo al mar por una puta asquerosa, pero a pesar de todos mis esfuerzos estaba flácido de forma inevitable y asombrosa. Estábamos en una embarcación, un barco llamado *Peshwa*, de camino hacia Goa. Mis hombres me habían obligado a ir de luna de miel. Tras la muerte de Paritosh Shah, habíamos matado a siete hombres de Suleiman Isa como represalia inmediata, incluyendo a Phul Singh, uno de sus pistoleros principales importado directamente de Uttar Pradesh. Después acabaron con dos de nuestros hombres, pero su respuesta pareció menos contundente, y yo estaba seguro de que se acercaba más. Mientras tanto, a medida que pasaban los días después de mi boda, Chotta Badriya estaba cada vez más horrorizado por mi falta de interés en la luna de miel.

—¿Cómo puedes quedarte aquí en este sucio agujero en tu *raat* y la mañana más preciosa? Tienes que ir a algún sitio bonito. Todo tiene que empezar siendo hermoso. ¡Suiza!

Continuó con su cantinela sobre Suiza hasta que le amenacé con mandar sus golis a Suiza por delante de mí. Sería una locura por mi parte irme en medio de una guerra. Y sin embargo la campaña diaria de Chotta Badriya a favor de noches con rosas por todos lados y días hermosos tuvo su efecto gradual. Estamos en la era moderna, dijo, estarás en contacto constante por teléfono. Después de todo, incluso Suleiman Isa dirigía sus operaciones por control remoto desde Dubai, dijo, y solo estarás fuera unos pocos días. Además, Paritosh Shah era un hombre de rituales y costumbres, que creía que todo debía hacerse de la forma en que se hizo ayer y el día anterior, conocía todos los rituales que marcaban el progreso de un hombre desde la concepción hasta los festejos tras su muerte. Después de la muerte de Paritosh Shah, habíamos seguido las prescripciones establecidas hasta los detalles más minúsculos, alimentamos a cien brahmanes aunque hubiese bastado con una docena, y ahora Chotta Badriya señalaba que si me casaba por Paritosh Shah, era mejor que tuviese una luna de miel por Paritosh Shah. Intentó enviarme a Singapur en avión, y acepté Goa en barco. Muy romántico, comentó, en barco y todo en lugar de algún hotel aburrido. Sí, sí, contesté. Este plan era el que menos me disgustaba porque el viaje era corto, y siempre podría desembarcar y regresar deprisa, si se me necesitaba. Tres días para ir, dos días en Fort Aguada, tres días para volver, luna de miel hecha. Excepto que no lo estaba haciendo.

No podía hablar con los chicos, que estaban en el camarote de al lado, por supuesto que no podía hablar con ellos. La segunda noche volvió a quedar claro que no pasaba nada, que todos los tirones y caricias que me hacía a mí mismo, ese invocar en el camarote que se balanceaba a toda mujer, toda chica, toda puta que

había *bajaoado* alguna vez, e imaginar desesperadamente a toda estrella filmi a quien había desabrochado en sueños, nada de esto iba a lograr ni la más mínima chispa en mi lauda muerta. Estaba hecha un ovillo avergonzado contra el muslo, en carne viva por mi frotamiento. Me acurruqué contra la pared del camarote. Al final logré soltar:

—Esto nunca me había pasado antes. Debe de ser el barco, todo este subir y bajar y dar vueltas como una carrera de *mela*, me pone enfermo.

Ella estaba callada. Estaba tumbada dándome la espalda, el hombro encorvado hacia la ventana redonda iluminada por la luz de las estrellas. Se llamaba Subhadra. Eso era lo que sabía de ella. Le miré el brazo, la estrechez huesuda de su hombro, y en su postura girada y alejada estaba seguro que había desprecio, diversión. Me incorporé, y me dolieron las costillas al respirar profundamente, de tal bocanada furiosa de rabia que tragué. Cuando giré la cabeza de forma más directa hacia ella, tuve que forzar los músculos, estaban muy tensos por el enfado. Quería decir: eres tú, tu chut estrecho, con tus famélicas costillas delgadas de *kutti*. Quería agarrarla por el cuello y zarandearla hasta que la cabeza se le moviese hacia atrás y hacia delante y gritarle: ¿a quién se la podrías levantar? La habría matado, la habría arrojado al agua lejos de cualquier parte, y me habría olvidado del matrimonio para siempre, sin importar lo que los amigos hubiesen dicho o querido, Mi cuerpo quería asesinar, y había una presión en la parte inferior de mi columna que se doblaba y palpitaba y quería partirla en dos. La habría matado. Pero entonces habló:

—¿Has estado alguna vez en un barco antes?

Sí, había estado en un barco. Me había zambullido en valles de pizarra y agua en un barco que traqueteaba, había matado a un hombre, un amigo, me había llevado su oro. De repente me entraron ganas de contarle mi viaje por los mares.

—Sí —contesté—. Hace mucho tiempo, cuando era un muchacho, cuando vine por primera vez a Bombay. Hice un viaje.

Ahora se giró hacia mí. Estaba sorprendida, creo, por el entusiasmo con el que hablé, yo que no le había dicho más que una docena de frases en tres días.

—Aquella fue mi primera vez en un barco, y la primera vez que salí del país —continué.

Le hablé de Salim Kaka, Mathu, pero ahora que estaba escuchando, con la mejilla apoyada en las dos manos dobladas, me di cuenta de que no podía contarle el final de la historia, no podía contarle lo de los disparos en la oscuridad, los pies de Salim Kaka trillando el agua, aquel final verdadero que fue el comienzo de todo para mí. Nunca se lo había contado a nadie, y no podía contárselo precisamente a ella, la pequeña Subhadra que estaba atemorizada por mi audacia. Le conté el final alternativo, el final público: partimos hacia casa, añorando la seguridad y el olor de nuestra propia tierra, y en el camino la policía de aquel país extranjero nos tendió una emboscada, por el chivatazo que les había dado Suleiman Isa, por supuesto, y Salim Kaka cayó en el curso de la batalla, cayó con el pecho abierto por las balas de ametralladora, pero dejamos a quienes nos habían tendido la emboscada muy atrás, y

conseguimos llegar a casa. Con el oro. Ella suspiró cuando terminé, dejó salir el primer sonidito de satisfacción que oí por su parte. Le toqué el hombro, y la noté tensa. Pensó que estaba a punto de empezar otra vez con mis tirones y presiones contra ella, pero no tenía corazón para hacerlo. No tenía coraje para hacer otro intento. Mantuve la mano sobre su hombro, y nos levantamos y nos dejamos caer juntos, y el movimiento prolongado del agua llegó hasta nosotros, y lentamente ella se encontró a salvo bajo la palma de mi mano, y se relajó.

—¿Qué hay de ti? —pregunté—. ¿Has estado en el mar antes?

Me contó un viaje que hizo de niña a Elephanta, cómo se puso enferma en el bote y trató de alcanzar la orilla pero arruinó su vestido amarillo nuevo, lo despiadadamente caliente que estaba el agua, que yacía inmóvil como un espejo brillante y le hacía daño en los ojos, cómo a su padre le robaron del bolsillo en el viaje de vuelta. Pero le saqué provecho al mar. El mar podía ser tanto una suerte como un desastre, quizá. Le dije eso y oí en su susurro un tenue «sí», y después nos dormimos.

Una vez que empezó a hablar, siguió y siguió. Se despertaba hablando y no paraba nunca. Era difícil saber de lo que hablaba, porque hablaba de todo, los dolores de estómago de su hermana, Indira Gandhi, ir al aeropuerto a ver cómo los aviones despegaban y aterrizaban, *Kati Patang*, un ventilador de mesa chirriante del que su padre se negaba a librarse, el peligro de la malaria en la estación de lluvias, el mejor vendedor de bhelpuri en Juhu Chowpatty, naufragios en ríos crecidos. Iba de un tema a otro de una manera que tenía perfecto sentido cuando lo escuchabas, pero que se volvía locamente incoherente e imposible de contar cinco minutos después. Pasarían horas así, con el revoloteo saltarín de su charla. Me parecía relajante. Nos sentábamos en cubierta, bajo un toldo a rayas azules y blancas, ambos con gafas de sol y ella todavía resplandeciente con sus joyas brillantes de novia, y escuchaba el canto del mar contra el barco, y hablaba. Era un zumbido agradable que me vaciaba la mente, que mantenía mi humillación nocturna a una distancia segura. Mis hombres se mantenían a una distancia respetuosa cerca por si les llamaba pero no a la vista. Me dije a mí mismo que estaba pensando, planeando, analizando, que las horas que pasaban se dedicaban a considerar el problema de Suleiman Isa, el problema de cómo extender más la banda, el problema de qué dirección tomar en el futuro, pero en realidad me estaba arrullando en un sueño despierto. Estaba en completo reposo. Estaba quieto.

A medio día de Goa, mi meditación entumecida se vio interrumpida por Chotta Badriya. Subió haciendo ruido por las escaleras metálicas, y en su traqueteo veloz había miedo, pude notarlo. Me lo encontré en las escaleras, a un tercio del recorrido hacia abajo.

—¿Qué? —pregunté.

—El capitán dice que acaba de oír las noticias. Es malo, bhai.

—¿Qué es?

—Ayer por la tarde derribaron la *masjid*.

No necesitaba decir qué *masjid*, durante meses se había hablado solo de una *masjid*, un antiguo y lejano edificio en ruinas que ahora era el pivote alrededor del cual saltaban los partidos políticos, el objetivo de procesiones de miles de personas, el indicio permanente de antiguas injusticias. Pensaba que todo era bastante ridículo, que todo el asunto y la pelea no eran nada sino ardides de los políticos. Pero si se había destruido, su caída nos sacudiría a todos. Eso estaba muy claro.

—¿Y? —pregunté.

—En Bombay, bhai, las cosas están mal —contestó Chotta Badriya—. Hay disturbios.

En Goa, fuimos en coche desde el muelle hasta el aeropuerto, y volamos de regreso a Bombay. Desde el aeropuerto de Goa, intenté contactar con nuestros controllers en Bombay, pero la docena de números que marqué estaban apagados.

—La policía debe de haber desconectado los teléfonos —comentó Chotta Badriya.

Era probable, lo hacían a veces cuando empezaban los problemas. Los rumores en el aeropuerto hablaban de autobuses en llamas, francotiradores disparando desde los tejados a las multitudes de abajo, hombres y mujeres a quienes se daba caza en los callejones y se asesinaba. Quería volver a Bombay antes de que Suleiman Isa se aprovechara, antes de que aquellos bastardos vinieran contra nosotros con todo lo que tenían bajo la cobertura del caos. Durante un disturbio, una guerra puede salir al descubierto, y cuando un cuerpo cae o se incendia una casa, nadie es responsable. Un disturbio es tiempo libre para un asesinato libre. No era momento para dejar a mi banda sin timón, sin cabeza, así que volamos de vuelta. Cuando subimos al avión noté que tenía los golis sudados. Las hileras de asientos estaban todas vacías, todos los pasajeros habían cancelado, solo nosotros queríamos volar hacia los disturbios de Bombay. Me senté temblando en el asiento, y tenía la entrepierna húmeda; ¿volaría este aparato chirriante, este autobús maderchod con alas? Pero volé. Volé a toda velocidad, hacia Bombay y mis responsabilidades. Recorrimos a toda velocidad el asfalto negro, traqueteando y dando tumbos, y le dije a Subhadra:

—Habla, habla.

Comenzó con una mueca de pánico, y su terror no era por el repentino arco ascendente del avión, sino por verme empapado de sudor de miedo, su marido-*Ravana* convertido en un *hijra* que soltaba vómito y al que se le caían los mocos. Hice arcadas en una bolsa de papel, y ella se sentó erguida en el asiento y me puso una mano sobre el hombro. Sabía que le resultaba desagradable, la humedad pegajosa, fría, del miedo de su marido. Y vaya marido, no el rakshasa imponente que ella se había imaginado entrando en su lecho de casada, por cuya reputación su mente había dado vueltas, abrumada, no aquel rey sino un payaso impotente. Pero era



consciente de sus deberes. Habló.

Cuando el avión se ladeó sobre Bombay, se detuvo. Me incliné sobre ella y ambos apretamos las caras contra el plástico, y de la costa cubierta de barro surgió una dispersión de islas, y después pude ver carreteras con claridad, edificios, la forma de las colonias y las extensiones de territorios marrones de los bastís. Por detrás de nosotros pude oír a los chicos discutir:

—Aquello de allí es Andheri.

—*Maderpat*, ¿dónde está Andheri? Aquello es la isla de Madh, ¿no lo ves?

Después todos se quedaron callados. Una espesa serpiente negra de humo crecía desde un asentamiento de la costa y se retorció hacia el centro, hacia otra humareda oscura, curvada... la ciudad estaba en llamas.

En todo el trayecto hacia abajo no se dijo ni una palabra. Los edificios caían hacia nosotros a gran velocidad, pero no tenía miedo, estaba tratando de ver qué era lo que se había destruido, qué estaba ardiendo. Todos estábamos callados. Los edificios del aeropuerto estaban abarrotados de pasajeros amontonados sobre el suelo, durmiendo con la cabeza reposando en bolsas y maletas. No se movían taxis, ni autorickshaws. Los teléfonos todavía estaban sin línea, así que no había forma de llamar a nadie en Gopalmath. Por un momento pareció que no había salida hacia Gopalmath, pero Chotta Badriya salió a la carretera y deambuló entre las hileras de taxis hasta que encontró a los conductores apiñados cerca de la *chowki* de la policía. Tras media hora de persuasión y mucho blandir miles de rupias, uno de ellos pareció tentado, y de ese modo Chotta Badriya lo llevó aparte y le dijo que no tuviera miedo, que iba a transportar a Ganesh Gaitonde. Por supuesto eso tranquilizó al conductor, y de ese modo nos metimos en el taxi, nosotros seis, y en coche nos adentramos en el silencio enorme. El esfuerzo del motor parecía demasiado ruidoso, y cuando le dije al conductor que fuese más deprisa, más deprisa, me di cuenta de que estaba susurrando. Aquel día no había nadie en ninguna carretera, ni una persona, los bastís cerca de la autopista del aeropuerto estaban callados, los hoteles en la carretera estaban en silencio, las ventanas de los edificios de apartamentos tenían los postigos cerrados. Tenía miedo, lo teníamos todos menos el conductor del taxi, que ganaba confianza cada vez que giraba bajo mi protección. Pero yo sabía que no teníamos armas, y si una muchedumbre de cientos de personas hubiese venido aullando sobre nosotros, nos hubiese envuelto con cuchillos y estacas y barras y espadas, todos habríamos muerto. En aquel silencio que temblaba por el asesinato, podría haber gritado mi nombre y la turba no obstante me habría cortado la garganta. Contra el odio alimentado de sangre ningún nombre era una protección. Cerca de Gopalmath vimos cuerpos, dos cuerpos. Yacían en forma de cangrejo al borde de la carretera, cerca de una zapatería. La sangre había salpicado el hierro ondulado del postigo, sobre el dintel levantado.

—Disparos al cerebro —comentó Chotta Badriya.

Tenía razón. Ambos eran disparos en la cabeza. Me preguntaba si ambos eran

musulmanes. El letrero sobre el dintel decía que la tienda era el Emporio de Zapatos Zuleikha. Transitamos haciendo crujir la calle, sobre esquirlas de cristal, zapatos, astillas, vi cómo ondeaban las páginas del cuaderno de rayas de un niño. Subhadra tenía los ojos cerrados. Entonces giramos la esquina habitual a la izquierda, bajando hacia la bastí. Esa calle había sido allanada, la habían reconstruido y repavimentado solo dos meses antes. Ahora estaba cubierta de piedras sueltas, rocas, ladrillos. Alguien había librado una batalla allí. Una caja quemada que era un coche apoyaba su metal carbonizado contra una farola. Hubo un grito a nuestra izquierda, y de la primera fila de casas de Gopalmath apareció un hombre, señalándonos con un dedo acusador. En la otra mano sujetaba una espada, una curva danzante de plata.

—Eh, Bunty —llamó Chotta Badriya, y Bunty agachó la cabeza asombrada, y corrió hacia el taxi, seguido por los chicos de Gopalmath.

Bhai, bhai, gritaban. Todos iban armados, engalanados con espadas y lathis y pinchos y barras y cuchillos y pistolas. Pregunté: ¿qué ha pasado aquí? Vinieron los landyas, bhai, allí de la basti de Janpura, dijeron que uno de los nuestros había apuñalado a uno de los suyos, así que les enseñamos, bhai, les hicimos volver corriendo a su humedad apestosa. Y esos dos en la esquina con Naik Road, bhai, son cosa de los *policiyas*, dos bam-bam directos a la cabeza, incluso la policía sabe lo que está bien y lo que está mal en este momento. Y se daban golpes unos a otros en el hombro, todos ellos, empujándose y cayendo y riendo como si hubiesen ganado un partido, todas sus caras vivas de sudor y juventud y victoria. Y pregunté: ¿qué hay de los musulmanes de Gopalmath, qué ha pasado con ellos, están bien? En la zona este de la basti teníamos tal vez sesenta familias musulmanas, la mayoría de sastres y trabajadores de fabricas, algunos de sus hijos trabajaban para mí. Pero cuando pregunté por ellos mis hombres se encogieron de hombros. ¿Qué?, volví a preguntar, ¿están bien? Se han ido, bhai, contestaron.

—¿Adónde? —pregunté—. ¿Adónde se han ido?

Nadie lo sabe, bhai. Se han ido. Huyeron. Escaparon.

—¿Alguien les hizo algo? ¿Qué pasó?

Tan solo se fueron, bhai.

—¿Y sus casas?

Tomadas, bhai. Ahora otra gente vive en ellas.

—¿Quién? ¿Algunos de vosotros?

Sí, algunos de nosotros, bhai.

El rostro de Chotta Badriya estaba rígido. Era inmensamente respetado en nuestra banda, y hasta ahora su religión nunca había importado. Le cogí del brazo, lo aparté.

—No escuches a estos idiotas —le pedí—. No te lo tomes a pecho. Son jóvenes y se han vuelto locos con todo esto. No saben lo que dicen.

Pero tenía los ojos llenos.

—Habría dado la vida por cualquiera de ellos —contestó—. Pero ¿ahora soy solo un landya para ellos? Bastardos. ¿También querrán mi casa?

—Badriya —dije—, es un mal momento. No te enfades. Usa la cabeza, mantente frío. Escúchame. Tan solo escúchame a mí, solo a mí.

Tenía las manos sobre su hombro, y al final me dejó abrazarle. Le mandé a su casa con su familia con cuatro de mis mejores hombres, todos armados, y les dije que si le pasaba algo a Chotta Badriya o a cualquiera de su familia, les dispararía yo mismo.

Después miré alrededor, a las casas de Gopalmath. Durante una tregua en mi propia guerra dejé mi casa, y volví para encontrarla como campo de batalla de un conflicto más grande. Ellos, alguien, habían trazado fronteras en mi *vatan*. Mis vecinos ahora eran refugiados, habían huido de espadas desenvainadas, de cuerpos disparados en el cerebro. Aquí estaba mi Gopalmath, la morada de mi corazón, la ciudad que había hecho construir, ladrillo a ladrillo, donde había paseado con mis amigos, con los brazos sobre los hombros, con el olor a *gajras* y agua que caía del cielo, donde había encontrado mi madurez, mi vida. Aquí estaba el edredón brillante de sus tejados, estirándose desde la hondonada del valle hacia arriba de la montaña, esta extensión vibrante de marrón y azul y rojo entretejidos por los callejones arqueados, como hebras, aquí estaban los numerosos y angulosos alcances de las antenas de televisión, captando sus reflejos fieros del sol que se cernía sobre ellas. Todo yacía desolado. Y en el preciso borde del horizonte, hacia el sur, una mancha de humo. Bajo aquel cielo insoportablemente brillante llevé a la novia a casa.

Los disturbios terminaron tres días después. Mi impotencia continuaba. Limpiamos las calles, reunimos a los heridos, di dinero a las familias de quienes estaban en el hospital, y mientras tanto Subhadra se instaló en mi casa y pasó a ser «Mami» para mis hombres. En días se convirtió en su confidente y simpatizante y con quien cuchicheaba y quien me contaba los problemas de ellos, y la mediadora si yo me enfadaba. De repente la casa estaba limpia, y aparecieron dioses y diosa en todas las habitaciones, y de pronto mi estómago se sentía más ligero y más contento con la comida que tomaba, y todas mis camisas estaban en una hilera limpia y planchada en el armario, y no obstante tenía miedo todo el tiempo. Cuando oía su voz en la habitación de al lado, amable y Huida y con un ritmo como el de las campanas, temía que le estuviese contando a alguien lo inútil que era yo, cómo ni siquiera me acercaba a ella, cómo me quedaba tumbado en mi lado de la cama con los brazos sobre la cabeza, cómo le decía que siguiese hablando hasta que me quedase dormido. No, no lo contaría. Pero quizá se escaparía, alguna mujer de la basti haría un comentario, una broma guasona sobre la felicidad de Subhadra, un juegucito de palabras con una pequeña travesura, sobre los lechos conyugales y las noches y hombres crueles y extremidades doloridas, y Subhadra se reiría, con total inocencia, y parlotearía, pero, oh, nosotros no hacemos eso. No lo hará, no puede. No puede, no puede, no puede. Huía de su voz, del no puede, del peligro, y pasaba el día yendo en coche de reunión

en reunión. Comía en restaurantes caros y baratos, me sentaba en los dance bars y observaba aburrido cómo las chicas daban vueltas. Pero ninguna de ellas me ponía en marcha.

Chotta Badriya se dio cuenta. Había estado callado, había estado preocupado por lo que había pasado, por la masjid y los días que siguieron, pude verlo. Así que me mantuve cerca de él, lo llevé a todas partes. Y pude ver que estaba intentándolo, que por mi bien estaba luchando consigo mismo. Intentaba cuidarme.

—Bhai, en el fondo esas bailarinas son poca cosa. Tengo algo mucho mejor para ti.

—¿Mucho mejor? ¿Dónde?

—Actrices, bhai. Estrellas.

—Todas estas quieren ser estrellas, chutiya.

—No, no, bhai. Actrices de verdad. Te lo prometo.

En aquellos tiempos, todo el mundo se estaba convirtiendo en productor de televisión. De repente los comerciantes de aceite y los propietarios de taxis hacían series de televisión. Uno de ellos era primo de Chotta Badriya, y le había hablado a Chotta Badriya sobre una mujer que era modelo y agente de actrices, y que también intentaba ser productora de televisión. Naturalmente, esta mujer tenía contacto con muchas chicas jóvenes, todas preciosas y frescas y jóvenes y nuevas en la ciudad, batallando por hacer fortuna.

—¿De forma que ella les ayuda a luchar un poco con los hombres, y a conseguirles y conseguir para ella misma algo de dinero? —pregunté.

—Exacto, bhai. De lo contrario, ya sabes lo difícil que es en esta ciudad. ¿Cómo puede sobrevivir una actriz joven, sola en esta ciudad? Ella las ayuda, bhai, las ayuda.

—Bueno, debemos ayudarlas también. ¿Y cómo se llama esta santa?

Jojo. Un nombre extraño, pero las chicas que mandaba eran de hecho de más categoría que la randi común. Eran educadas, y algunas de ellas hablaban inglés. Con ellas tenía éxito. Con ellas se me ponía dura con facilidad, y era profundamente capaz. Con ellas hacía acrobacias y maniobras fuertes y guerreaba hasta que se desplomaban en el campo de batalla. Pero en casa no era nada. Inspeccioné a fondo a mi mujer, no perdí detalle de su sonrisa un tanto torcida, el corte recto de sus cejas, su ligero olor a polvos de maquillaje y pasta de dientes, y descubrí que era de mi agrado. La deseaba. Pero no la tenía. Mi fuerza se desvanecía cuando estaba en la seguridad de mi propia cama, y no tenía recursos. Leía los anuncios de clínicas en las vallas publicitarias y en la parte de atrás de las revistas, las promesas del vigor que proporcionaban tabletas y pociones, pero era incapaz de decírselo a nadie, ni siquiera a Chotta Badriya. Me daba vergüenza. Descolgué el teléfono y llamé a una de las clínicas, pedí hablar con el vaid, pero querían dinero y querían saber mi nombre, y la

mujer al otro lado del teléfono era rápida y brusca, y la llamé gaandu y colgué de golpe. Entonces Subhadra entró con un vaso de leche, y me la bebí, y pensé con amargura: sí, me podría tirar a esa randi del teléfono, pero todo lo que puedo hacer es beber la leche de mi mujer. Así que cumplí con las chicas de Jojo, una detrás de otra.

Pero me di cuenta de que cuando estaba lejos de Subhadra, sin poder oírla hablar, tenía incluso más miedo. Tal vez estar en casa era lo mejor, tal vez mi presencia cerca la constreñiría un poco, impediría que le hablase a nadie de mis fracasos. Así que regresaba. Y la encontraba feliz en su casa. Esa era la verdad, parecía feliz, era feliz. Su matrimonio era una broma, en el centro tenía un vacío flácido, pero iba de aquí para allá con las llaves en el pallu y hacía ruido con los cacharros en la cocina y daba órdenes a los sirvientes y me regañaba por la comida, y parecía contenta. Florecía mientras nosotros nos preocupábamos por las ruinas de la mezquita, mientras los periódicos desplegaban antiguas historias de resentimiento y los discursos retorcidos de los políticos. Las revistas publicaban mapas del país adornados con brotes puntiagudos de pequeñas explosiones de caricatura, cada detonación diminuta representaba un disturbio, cuerpos, ladrillos, espadas, y mientras tanto yo era infeliz, y ella feliz. Una noche, fue de un lado a otro de nuestro dormitorio y se sentó a mi lado.

—Me enterado de lo de tu amigo —dijo Subhadra.

—¿Quién?

—Tu amigo Paritosh Shah.

Estaba sentada a mi lado, agarrando la manga de mi kurta.

—Todos los chicos me cuentan sin parar cómo hizo que te casases, la buena influencia que fue para ti. Háblame de él.

Así que le hablé de cómo le llevé oro, de su panza enorme, su sentimiento por el dinero, su amor por el juego de ganar, nuestras aventuras juntos, su gusto por las fiestas y los rituales y las celebraciones, su necesidad de volar alto. Me escuchó, con la mano sobre mi manga, la cabeza agachada pero los ojos mirándome brillantes y parpadeando, con mechones de su pelo sueltos e iluminados por la lámpara que había atrás, cada filamento resplandeciente, formando una pequeña rueda de luz sobre su cabeza.

—Y aquel amigo mío *motu* —dije—, no hacía nada sin rezar, rezaba si tenía que ir de Colaba a Worli, rezaba si tenía que robar un crore. Y después le mataron.

—¿Tú les mataste a ellos?

—¿Matar a quién?

—¡A quienes le mataron!

Hablaba de matar a hombres, esta virgencita, como si estuviese hablando de cortar pollos.

—Matamos a algunos de ellos.

—No, pero ¿a quienes de verdad lo hicieron?

¿Cómo explicarle que no era precisamente fácil descubrir con exactitud quiénes apretaron los gatillos y golpearon con martillos? ¿Qué iba a entender de recopilar información, casas seguras, montar faroles dobles y triples, preparar el campo y lurkao a los hombres? Había hecho la pregunta sencilla: ¿castigaste a los que realmente lo hicieron? No había una respuesta sencilla. Y entonces pensé, mirando el sindur en su pelo y la confianza plena en sus ojos, que había hecho la única pregunta que valía la pena contestar. Le había fallado a Paritosh Shah. Había matado a algunos de los hombres de Suleiman Isa, y lo entendí como una venganza. Pero coger a hombres al azar y destruirles no era una venganza. Paritosh Shah se había preocupado por mí, me había querido, me había casado y establecido, y yo había abandonado su recuerdo, había dado excusas a su alma sobre los castigos que había ejercido sobre sus enemigos, mientras sus asesinos de verdad andaban sueltos. Por eso estaba maldito en el matrimonio que él me había arreglado. No podría consumir mientras su alma no se consumase, mientras buscase descanso. Mi falta de totalidad era un reflejo directo de la suya. Me reí. Había sido Subhadra quien me había mostrado esto, Subhadra también era el nombre de la hermana del dios que Paritosh Shah adoraba. Tenía cierto sentido, de verdad lo tenía. Salté. Me incliné hacia delante y besé a mi mujer. Me sentí rejuvenecido, renacido. Salí corriendo a las salas de reuniones, y llamé a mis hombres, desperté a Chotta Badriya.

—¿Qué hemos hecho últimamente para descubrir qué pistoleros siguieron a Paritosh Shah? ¿Hemos ofrecido dinero? ¿Cuánto? ¿A quién hemos preguntado? ¿A quién hemos capturado?

En una hora hice planes nuevos, puse en marcha esquemas nuevos, dupliqué y tripliqué el flujo de dinero que haría que las lenguas se soltasen, hablé con policías y miembros de bandas y pistoleros y khabaris, recopilé nombres y medios nombres y sombras de nombres, direcciones, rumores de insatisfacciones e intrigas. La casa zumbaba y cantaba y sentí cómo mi fuerza se extendía por Bombay como la electricidad, por mí hablaban mujeres y hombres, corrían, se movían con pautas que yo había puesto en marcha, había lanzado con amplitud la red de mi ser, y recogería en ella a los asesinos, los colocaría dentro. No podían escapar. Mírame, Paritosh Shah, bhai, gordo. Tendrás que restablecerme a mí mismo. Te daré a tus asesinos, y tú me darás a Subhadra, mi matrimonio, me devolverás, a mí mismo.

Y entonces los disturbios volvieron sobre nosotros. Nos llegaban noticias de nuevos asesinatos desde callejones angustiados, desde carreteras que todavía lloraban antiguas heridas: musulmán acuchillado aquí, hindú asesinado allá, y después los trabajadores *mathadi* acuchillados y asesinados, una familia quemada hasta morir, y el torbellino nos arrastró de nuevo. De nuevo las calles vacías y el largo silencio de la tarde y el golpeteo apresurado de muchos pies corriendo sobre la tierra y el sol balanceándose en lo alto, y gritos, gritos que subían hasta nuestras ventanas con

traqueteos minúsculos, y noticias sobre hombres y mujeres y niños rociados con gasolina y quemados vivos, y Subhadra acurrucada en una esquina, y el brusco repiqueteo de los disparos a lo largo de la noche. Coloqué a mis hombres en las periferias de Gopalmath, por turnos, y les dije que se quedasen quietos, vigilasen, custodiasen. Después de tres días Bunty vino a verme con quejas.

—No puedo controlar a los chicos, bhai —empezó—. Quieren hacer algo.

—¿Hacer qué? —contesté bruscamente—. ¿Salir ahí y matar ancianas? ¿Para qué? ¿Por un viejo edificio vacío?

Agachó la cabeza.

—Nos están matando.

—¿Y?

—¿Bhai?

—Parece que tienes algo más que decir.

—Los chicos dicen... algunos de ellos preguntan si bhai está con nosotros, o con los musulmanes.

Así que, inevitablemente, aquí estaba: nosotros o ellos. ¿Era yo nosotros o ellos?

—Estoy con el dinero —respondí—. Y en esto no hay ganancias. Diles eso.

Y sin embargo la pregunta se quedó conmigo, en aquellas noches de matanza. ¿Nosotros o ellos? ¿Quién era yo, que siempre había considerado a los aspirantes a agresores de la mezquita y a sus defensores igual de idiotas? Ahora la mezquita se había venido abajo, y todo el mundo se había convertido en un agresor de aquello y defensor de esto, tenías que escoger si eras nosotros o ellos. Pero ¿qué era yo? Pensé en ello, esperé que Paritosh Shah me dijera algo, y frené la sangría. Mientras tanto algunos de mis hombres me abandonaron. Estaban frustrados por mi posición estática, el hecho de que no hiciese nada. Envueltos en la bruma espumosa de la furia que ascendió de las tiendas en llamas, de los cuerpos en las alcantarillas, salieron armados con espadas, y pistolas. Sacaron a hombres de los coches y les acuchillaron hasta matarlos, violaron a mujeres que encontraron acurrucadas en casuchas y después les cortaron la garganta, utilizaron queroseno y cerillas de la cocina y quemaron vivos a los rezagados, dispararon a niños. De modo que en aquellos días de invierno perdí a mis leales soldados por esta masacre de nosotros y ellos, esta matanza que no era una batalla. Me dejaron y sintieron desprecio por mí, porque me mantuve aparte. No necesitaba que Bunty me lo contase. Estaba perdiendo izzat, estaba perdiendo poder, estaba perdiendo la banda que había construido y defendido de tantos depredadores.

Bipin Bhonsle me ofreció una salida. Vino un domingo por la mañana en un jeep adornado con banderas color azafrán. Iba seguido por dos Ambassadors, también repletos de sus rakshaks, cada uno armado de forma diversa. El propio Bipin Bhonsle llevaba abiertamente una espada, que apoyó a un lado de la silla en mi baithak.

—Un diputado armado en plena calle —dije—. Cómo ha cambiado el mundo.

—Hoy vamos a volver a cambiarlo, bhai —contestó, frotándose la cara.

Estaba hinchado, exhausto, y apestaba. Su camisa púrpura estaba manchada y arrugada, colgando por la parte delantera, y pude ver los pliegues sudados de su barriga.

—Ya basta. Vamos a enseñarles a esos bastardos landya.

Esperé. Pero parecía haberse quedado dormido en un sueño con los ojos abiertos, con la barbilla sobre el pecho. Tenía la frente cubierta de mechones de pelo lacio, su habitual peinado con tupé estaba destruido por completo. Lo que quería enseñarles a los musulmanes seguía sin decirse. Al final pregunté:

—¿Bipin saab?

Habló sin parpadear, sin modificar su desgarbada postura como de estatua.

—La palabra vino de arriba: enseñad a los maderchods. Así que les enseñamos.

—¿La orden vino de arriba?

—De muy muy arriba —bostezó—. Corté una cabeza. Quiero decir que la corté limpiamente, ¡zas!, así. Tuve que coger la espada con las dos manos. Rebotó dos veces, la cabeza. Lo gracioso es la sangre. Llega lejos. Como desde un *pichkari*, por todas partes. Todos los chicos estaban corriendo, escapando de la sangre. La cabeza no parecía sorprendida o algo. La cabeza no tenía expresión.

—Le enseñaste.

—Sí. Pero tú estás aquí sentado, seguro en tu casa, Ganesh bhai.

—Para mí la palabra no vino de arriba, Bipin saab.

—Los landyas mataron a Paritosh Shah. Y aun así no quieres hacer nada.

Podría haber señalado que aunque Suleiman Isa era bastante musulmán tenía muchos hindúes trabajando para él. Y también que Suleiman Isa no tenía nada que ver con las familias musulmanas que vivían abajo en la carretera, y que cortarles la cabeza a ellas no le haría sangrar a él. Pero tan solo dije:

—No gano nada haciendo esto.

Me miró, giró sus ojos enrojecidos hacia mí.

—Yo te traeré beneficios. Tengo mucho que hacer, así que te propondré un trato rápido. Hay una basti musulmana en Abarva. ¿La conoces?

—Detrás del edificio blanco de seguros de vida. Sí.

—El terreno pertenece a un socio mío. Lo compró hace tres años, buen precio, buena zona para desarrollar, pero no puede sacar esas barriadas maderchods del terreno. Conexiones de agua, electricidad, lo tienen todo. Dicen que llevan años ahí, y toda esa habitual tontería bhenchod. Así que, sácalos Redúcelos a cenizas. Pagaremos veinte lakhs.

—Bipin saab, Bipin saab. Esa tierra vale cuatro crores, fácil.

—Veinticinco, entonces.

—Necesitaré muchos hombres.

—Tus chicos pueden quedarse lo que encuentren.

—¿Lo que encuentren en alguna casucha miserable, mientras el fuego ruge sobre sus cabezas?



—Treinta.

—Un crore.

Bhonsle rió.

—Te daré sesenta lakhs.

—Hecho.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—De acuerdo. Hazlo rápido. Mantendremos esta temporada abierta tanto tiempo como podamos, pero en algún momento le dirán al ejército que empiece a disparar, que no haga solo marchas con la bandera, y entonces las cosas se podrán difíciles.

Se puso las manos sobre las rodillas y tomó impulso para levantarse, pero se quedó inclinado por un momento, retorciendo la espalda.

—¿No vas a ofrecerme algo de beber?

—Bipin saab, debería haberte preguntado. —Grité hacia el pasillo—. Arre, traed agua, té, algo frío.

Bipin Bhonsle sonrió.

—Estaba pensando en whisky. O ron. Pero eres el mismo, bhai. Agua-agua todo el tiempo.

—Me mantiene alerta.

—El whisky me mantiene fuerte —contestó Bipin Bhonsle, y recogió su espada—. El agua es mala para mi corazón.

Levantó la espada, me señaló con ella.

—Es bueno que estés con nosotros —dijo.

Y con eso se fue haciendo aspavientos al bajar las escaleras, taconeando de forma brusca con los talones en cada escalón. El jeep giró haciendo gruñidos tensos, y después se marcharon. Y ahora yo estaba con nosotros, estaba contra ellos.

Esta es la manera elegante de quemar una bastí: lo haces de noche, desplazas una docena de coches llenos de hombres hacia el este, hacia el extremo de la bastí en el edificio de seguros de vida, y allí lanzas un ruidoso asalto frontal. Tus hombres disparan pistolas y blanden espadas ante los hombres de la bastí, que salen de sus casuchas a aguantar una lucha desesperada, sus rostros son caricaturas enloquecidas bajo las hileras de faros. Mientras tanto, a lo lejos, en el extremo suroeste de la bastí otro grupo de nuestros hombres está cerca de las casuchas y casas agrupadas. Nuestros hombres son hábiles y sigilosos, se acercan y pueden escuchar los gritos y maldiciones del extremo de los seguros de vida, y sueltan botellas llenas de gasolina, botellas cebadas con trapos empapados de gasolina. Se oye el leve tintineo de cristal y los pequeños destellos de chispas florecen en nos crecidos que corren de forma fluida por los tejados, bajando paredes, entrando por las ventanas. Ahora habla el fuego, se queja feliz y ronco mientras come, no hay forma de pararlo. No hay

teléfonos, no va a venir el cuerpo de bomberos, ni la policía. Los defensores ya no están defendiendo, corren, se esconden en las esquinas, ahora iluminadas por el resplandor brillante sobre los tejados. Tus hombres les persiguen, matan a algunos de ellos, los otros huyen hacia sus mujeres, sus hijos que gritan, y salen corriendo para huir del fuego, se tambalean y se caen y se ponen en pie y se van, desaparecen. Se han ido. Las llamas se columpian con facilidad de casa en casa, y nuestro trabajo ha terminado.

Por la mañana, la fachada oeste del edificio de seguros de vida estaba tiznada de gris, y donde hubo una basti había un campo de rescoldos vacío, pinchado aquí y allá por jambas ennegrecidas, una cañería retorcida.

Dos días más tarde me entregaron el pago completo. Vino en montones de billetes nuevos envueltos en plástico, que yo rompí para repartirlos a los chicos. Para entonces casi todos habían vuelto conmigo. Durante los cuatro días siguientes despejamos dos terrenos más. Y todos estábamos satisfechos, yo, los chicos, Bipin Bhonsle. Los disturbios son útiles de todo tipo de maneras, y para todo tipo de gente.

Finalmente, la tercera semana de enero, pararon los incendios y los asesinatos, bajo las balas de la policía y el ejército, y bajo las órdenes de los jefes de Bipin Bhonsle, y el jefe de estos. Al final había demasiados cadáveres incluso para el superior más supremo, y el rugido tambaleante del caos que se aproximaba era demasiado ensordecedor, de modo que paró. La ciudad se arrastró y se sacudió y comenzó a limpiar los escombros, los bulldozers barrían los terrenos vaciados y los cimientos excavados, se levantaron los cuerpos de las alcantarillas, de los montones de basura, y el tráfico volvió a arremolinarse por las calles. Aquí estábamos, volviendo lentamente a la normalidad. Y yo estaba restablecido. Sí, fui capaz. Llegué una noche tarde a casa después de una reunión con Bipin Bhonsle, de cobrar más dinero que nos debía del trabajo de la época de disturbios, de hablar de proyectos nuevos, y me quité los zapatos y me recosté en la cama, con la cabeza descansando en las almohadas recién bordadas de Subhadra, que eran rojo oscuro. Había cambiado los muebles de la habitación, para que pudiésemos dar a una ventana doble mientras estábamos acostados. Podía ver mi basti oscurecida y las estrellas en lo alto. Subhadra me trajo la leche, después se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama para mirar cómo me la bebía. Tomé unos sorbos, y ella apoyó la barbilla sobre la mano y tarareó suavemente.

—¿Cuál es esa canción? —susurré.

La noche estaba tan silenciosa, tan frágil y fría, tan ensombrecida, que solo podía susurrar.

Subhadra levantó los ojos para mirarme, y siguió tarareando.

—¿Qué, saali? ¿Qué canción es?

Sonrió, pequeña y traviesa, y me sacó la lengua. Y continuó tarareando.

Le cogí el brazo de forma juguetona, pero soltó un gritito teatrero y se retorció para apartarse.

—Déjame —dijo—. Duele.

—No actúes demasiado —respondí, soltándola—. Apenas te he tocado.

—No —replicó—. Eres fuerte. —Se frotó el brazo con energía—. Mira, me has dejado marca.

—No veo nada.

—Incluso los chicos lo dicen.

—¿Qué dicen?

—Que no sabías lo fuerte que eras. Ayer decían: por fin demuestra su verdadera fuerza. Ahora sabemos que es un verdadero líder hindú.

—¿Hindú?

—Sí. —Ella miraba hacia abajo, hacia su brazo pálido, donde la piel mostraba una floración suave por mis dedos—. Dicen: ahora les está mostrando a esos bastardos lo que un bhai hindú puede hacer.

Había un río inclinado en el cielo, una curva de luz sinuosa. Estaba el cielo arriba, y nosotros debajo. Había hindúes, y había musulmanes. Todo se presenta en pares, en opuestos, tan brutales y tan hermosos.

—Cierra la puerta —le dije.

Entonces preguntó:

—¿Qué?

—Me has oído.

¿Qué me pasó entonces? Hasta ese momento, toda mi vida, me había sentido como un fantasma, mil fantasmas deambulaban dentro de mi cuerpo, cada uno de ellos igual de posible y cada uno de ellos más perdido que el otro. Venía de ninguna parte y me había hecho un nombre, pero siempre había sentido que estaba haciendo un papel, muchos papeles, y que podría cambiar de este nombre a otro con facilidad, que si era Ganesh Gaitonde hoy, bien pojaría convertirme en Suleiman Isa mañana, y después en cualquiera de los hombres a los que había matado. Había sentido ira, y dolor, y deseo, pero siempre me había resistido a permitir que los fragmentos en mi interior se asentasen y adoptasen una configuración, una forma. Había llevado a hombres a creer en mí, en Ganesh Gaitonde, y secretamente siempre les despreciaba por creer en mí, porque yo no era nada. No creía en nada. No me comprometía con nada. Y por eso era un hombre fantasma, capaz de copular de forma desenfrenada con putas, trataba de convertirme en algo real en aquellos chuts empapados, pero no era apto para el matrimonio. El matrimonio es confianza. El matrimonio es fe. El matrimonio es totalidad. Ahora podía verlo, había sido incapaz para el matrimonio, incompleto, imperfecto y por tanto impotente. Pero todas las carreteras que había recorrido, creyendo que estaba solo, todos aquellos caminos irregulares me llevaban de forma inevitable a pertenecer, a la certeza de convertirme en algo, una cosa. Había quemado bastís, y de ese modo había elegido, me había visto obligado a elegir una

parte del campo de batalla, el viejo y astuto Paritosh Shah se salió con la suya después de todo. Ahora estaba preparado. Sabía quién era. Era un bhai hindú. Así que me cerní con suavidad sobre mi mujer, mi mujer, notando el latido de mi pulso seguro de sí mismo en cada parte de mi cuerpo. Entré en ella. Su grito se estremeció sobre mis hombros. Después había sangre, en las sábanas, en mis muslos. Estaba contento. Le dije a Paritosh Shah: no me he olvidado de ti. Encontraré a tus asesinos. Dormí profundamente, tumbado sobre la evidencia de mi victoria, hasta última hora de la tarde.

Me había despertado, y me sentía recompensado por haber despertado a mí mismo. Esta recompensa trajo consigo una maldición. Era una cinta de vídeo, y en ella se alcanzaba a ver de forma momentánea al hombre que había traicionado a Paritosh Shah, que lo había entregado a nuestros enemigos. La cinta me llegó de una de nuestras fuentes en Dubai, un hombre llamado Shanker que trabajaba en una tienda de productos electrónicos llamada Televisión y Electrodomésticos Mina. El jefe de Shanker, el dueño de esa Televisión Mina, tenía un negocio aparte grabando en vídeo compromisos y bodas y fiestas, y en noviembre le llamaron para acudir a una fiesta en el restaurante giratorio encima del Hotel Embassy, para grabar una fiesta *shandaar*, registrar para la posteridad una fiesta de cumpleaños pequeña pero increíblemente cara, completa con Govinda, llegado desde Bombay en avión para bailar. El dueño de Televisión Mina grabó afanosamente, captó los brindis borrachos de champán; a los hombres de pie en pequeños semicírculos con sus trajes brillantes, agarrando vasos retacones llenos de whisky escocés; las mujeres aparte, en un amplio grupo desperdigado por los sotas, el resplandor de sus diamantes, que acuchillaban el objetivo con sus destellos rápidos; y Govinda bailando, girando y bajando, sus zapatos blancos reflejados en el suelo de mármol negro; y el chico del cumpleaños, Anwar, tercer hermano de Suleiman Isa. Y Suleiman Isa, sí, el bastardo en persona, balanceándose con el ritmo de Govinda pero sin expresión en el rostro, sin vida. El hombre de Televisión Mina llevó el vídeo de vuelta a la tienda, le habían pedido que hiciera tres copias. Se lo pasó a Shanker, le dijo que sacase las copias. Shanker hizo cuatro. Se quedó una, y la trajo a Bombay cuando vino de visita a comienzos de febrero. Se la dio a Bunty, y Bunty le dio dinero. Y aquí estaba, la cinta, ahora en mi televisor, en mi despacho.

Suleiman Isa tenía un rostro ancho, desinflado, con una barba rala a lo largo del filo de la mandíbula, y un bigote perfilado. En el vídeo llevaba una camisa blanca con cuello redondo, y un traje gris oscuro con bordados elaborados en las solapas. No podía decir qué estaba bebiendo, pero comía kebabs de un plato y dejaba los palillos en una hilera organizada en el borde de la mesa. Pulcro, metódico. Miré la cinta hasta tarde por la noche, volviendo a los fragmentos de Suleiman Isa una y otra vez. Chotta Badriya lo miraba conmigo, y contamos en la fiesta a cuatro de los hermanos,

conocíamos sus caras por las fotografías de archivo de la policía. Al final, Chotta Badriya empezó a bostezar a cada minuto, y le mandé a casa a dormir. Observé de nuevo a Suleiman Isa, cómo se lavaba las yemas de los dedos en un cuenco pequeño de latón, y les daba golpecitos sobre una servilleta para secarlos. Ahora era tarde, y era tarde en la fiesta del vídeo. Hacía rato que Govinda se había ido, e incluso Suleiman Isa se había ido. De todos modos, la cámara deambulaba, captando a hombres despanzurrados en los sofás, sin zapatos, las corbatas aflojadas. Uno de ellos vio la cámara, tomó impulso para levantarse, le costó tres intentos, levantó los brazos y trató de girar como Govinda y se cayó, las piernas levantadas golpeando contra una mesa. Un vaso se hizo añicos contra el suelo. Mucha risa. Eran secuencias que no había visto antes, siempre habíamos vuelto a las de Suleiman Isa y los hermanos. Pero ahora lo vi completo, quería echar un vistazo a todo antes de dormir. Al borracho lo levantaron del suelo dos de sus amigos, y entonces los tres caminaron hacia delante, saltaron izquierda-derecha-izquierda, con los brazos de unos sobre los hombros de los otros. La cámara rodó una panorámica a la izquierda de ellos, de pasada, y un hombre sentado en una silla la esquivó, deslizó la silla para apartarla y salir del encuadre, alzó su hombro izquierdo y apartó la cara bruscamente del objetivo, de mí. Y después la cámara volvió a la derecha, y encontró a los tres tipos bailando.

Pero retrocedí. Busqué a tientas el mando, apreté botones. Había algo en el hombro grande del hombre, algo en su cuerpo que fluyó sin esfuerzo incluso cuando se apartó de la vista con una sacudida, algo muy seguro de sí mismo. No estaba asustado, era un gesto natural, solo quería asegurarse, simplemente no quería que la cámara le viese. Ahí estaba, apenas un instante borroso, era bueno, pero no tan bueno, no lo bastante bueno; detrás de él había una placa de vidrio ennegrecido, una ventana alta y afuera la oscuridad, en un borde inferior pude ver farolas lejos abajo, pero en su brillo fluido también vi un rostro, una nariz afilada, un mentón largo, un cuello fuerte, la rápida oscilación ondulante de una cadena de oro con un relicario brillante al final: era Bada Badriya. El hermano mayor de nuestro Chotta Badriya, el fiel guardaespaldas de Paritosh Shah. Era él. Era él. Fue tan rápido, apenas alcancé a verlo, pero estaba seguro. Y después no lo estuve. Cuando pasé la cinta a cámara lenta, haciéndola avanzar de forma entrecortada fotograma a fotograma, el rostro se quebró en bloques de luz y partes de oscuridad, y se volvió informe ante mis ojos forzados. Me pegué a la pantalla. ¿Era una nube pálida de luz cambiante, o era él? En los fotogramas inmóviles, solo se veía esta nubosidad vaga, esta nada. Pero cuando lo hacía pasar a velocidad normal, ahí estaba, era Bada Badriya, estaba seguro.

Me quedé hasta la mañana, ignoré las llamadas somnolientas de Subhadra y fui hacia atrás y hacia delante de aquel momento, de la silla a cualquier cosa que estuviera más allá del borde de la cámara, hasta que sentí el movimiento de él en mis hombros y caderas, sabía lo que era apartar suavemente una silla, tener reflejos que veían con claridad cómo se acercaba una amenaza, el objetivo de una cámara o el

cañón de una pistola, y músculos que se estiraban y se daban prisa con esa elegancia, era él, sabía por qué lo hizo. Por el dinero, por el ascenso, por la ira de ser para siempre un guardaespaldas, por el desprecio hacia el hombre al que protegía, por saber que sus propios músculos eran grandes, por la sensación de que él mismo merecía algo mejor. Y Suleiman Isa le dio dinero, lo sabía, y le prometió mucho más. Suleiman Isa le ofreció a Bada Badriya una nueva versión de Bada Badriya, más grande, mejor. Y de esa forma murió Paritosh Shah. Viendo la cinta lo supe.

Saqué la cinta, apagué la luz y recorrí el pasillo hacia mi dormitorio. A medio camino me paré, me quedé aturdido, agarrando la cinta contra el pecho. Sabía lo que tenía que hacer con Bada Badriya, eso era sencillo. Era tan bueno como si ya se hubiera hecho. Pero ¿qué había del joven, el hermano menor, Chotta Badriya, mi Chotta Badriya? ¿Qué pasaba con él, el que me llamaba «bhai» cada día? ¿El que en ese preciso momento estaba dormido en su casa ni a cinco metros de la mía, de esta casa que habíamos construido juntos? Confiaba en él, no dudaba de él ni un segundo. ¿Qué hacer con él, que me era fiel? Cuando su hermano muriese, cuando yo matara a su hermano, lo sabría. Incluso si Bada Badriya apareciera decapitado en una cuneta lejana, en Thane, en la maderchod Delhi, incluso si le dijera a Chotta Badriya que lo había hecho Suleiman Isa, al final se preguntaría, me miraría a la cara y dudaría de mí... Suleiman Isa le informaría, le mandaría vídeos y fotos de Bada Badriya fraternal con él en Dubai, y Chotta Badriya se acordaría de Paritosh Shah y de mí, me miraría y sabría que no tuve elección, que tuve que hacerlo, y me detestaría. Tal vez aceptase que su hermano se había equivocado, pero después siempre se quedaría junto a mí, detrás de mí, y me despreciaría. No podría ser de otro modo. Así son los hermanos, esto es lo que crece en el útero, este vínculo ineludible, este odio. ¿Sería fiel si dejase ir a su hermano? ¿Se quedaría conmigo si perdonaba, olvidaba?

Cerré la puerta de mi cuarto. Subhadra preguntó adormilada:

—¿Eres tú?

—¿Quién más iba a ser, idiota? —respondí con brusquedad—. ¿Suleiman Isa?

Me tumbé rígido a su lado, incapaz de contener la furia de mi respiración. Ella se recogió, tímida, asustada. Y yo tenía la cinta de vídeo bajo las yemas de los dedos, los pies de Govinda bailando, y en el zumbido apretado de mi sangre supe que todos los regalos son traiciones, que nacer es ser engañado, que no nos dan nada sin quitarnos algo más grande, que convertirse en Ganesh Gaitonde, el bhai hindú, era en sí mismo un asesinato, era el asesinato de otras mil y una identidades, y tenía agua en los oídos, el bramido del agua revuelta iluminada por la luna, y algo surgió de mi garganta, un quejido en voz baja.

—¿Qué pasa? —susurró mi mujer.

Me giré hacia ella, me subí encima, le estiré el camisón hacia arriba y oí cómo saltaban botones y se rasgaba la ropa, entré en ella a la fuerza. Sus jadeos, sus gritos se perdieron en el júbilo frenético de mi ira, en los gruñidos que bramaba desde mi amargura.

Hice que me trajeran a Bada Badriya al día siguiente. Mis hombres lo recogieron en su nueva gasolinera de Thane. Tenía una reputación, era conocido por sus hombros, por el truco que hacía de levantar sobre su cabeza a un hombre sentado en una silla. Así que fueron seis de los chicos. Si causa problemas, les dije, disparadle en la pierna, pero traédmelo vivo. Le esperaron en un dhaba pequeño próximo a la gasolinera, y la verdad es que él pasó por su lado de camino al coche, con un guardaespaldas. Se había convertido en un hombre de negocios, el guardaespaldas ahora con guardaespaldas. Bada Badriya se estaba agachando para mirar detrás de la rueda cuando mis hombres derribaron a su pistolero, lo dejaron sin sentido con una tubería de casi un metro. Y después todos apuntaron las pistolas hacia Bada Badriya, hacia sus piernas, y si él hubiera desenfundado habría muerto en ese momento, con los muslos picados por una docena de balas. Todos temblaban nerviosos. Pero él estaba inmóvil. Los chicos se mostraron chulos y despectivos cuando lo trajeron, muy engreídos, enérgicos por el alivio de no haber empleado balas en el camino. Bunty, que les había dirigido, dejó una pistola sobre la mesa con un golpetazo y me dijo con su acento panjabí:

—Bhai, tenía una Glock pero no se acercó a ella. Y el chodu se considera un guardaespaldas. Vino en silencio.

Todavía estaba callado, Bada Badriya, sentado en una silla en el trastero donde los chicos lo habían colocado. Se puso de pie cuando entré, y tuve que mirarle.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—¿Hacer qué? —replicó, levantando una mano hacia mí, con la palma hacia arriba.

Hasta ese momento no tenía un plan preciso. Solo quería mirar a Bada Badriya a los ojos, y ahora, mirando, viendo la inocencia furtiva que estaba tratando de pegar sobre su miedo, el patético amago de actuación, mi furia se volvió inmensa. Creció en mi estómago y me dolieron las costillas por ella, y grité, rugí:

—Te vi. Te vi, maderchod. Te vi bailar.

—¿Bailar? ¿Qué, dónde?

No podía aguantarle más, su pecho amplio, su vida fornida, su cara de niño pequeño.

—Mátale, Bunty. Mátale.

Y Bunty lo hizo.

Chotta Badriya me estaba esperando en Alibag. Le había mandado allí la noche anterior, a recoger cuatro lakhs en efectivo que uno de nuestros controllers tenía para nosotros. Ve y coge el dinero, le había dicho, y comprueba a ese controller, hay algo en él que no es de fiar, no confío en él. Tengo una sensación con ese bastardo, le había dicho. Y le dije que se quedase en Alibag, yo tenía una propiedad allí, un

bungaló en la playa, iría a reunirme allí con él. Quería que Chotta Badriya no estuviese en el camino, no tuviera contacto y no se le pudiera tocar, no quería que alguien descolgase un teléfono y le llamase para contarle que habían cogido a su hermano. Quédate allí en el bungaló, relájate, pásalo bien, le dije. Iré y me reuniré contigo. Y él contestó, sí, bhai, ven, necesitas relajarte.

Así que fui al bungaló con Bunty, con tres hombres. Condujimos durante tres horas, una tarde espesa de tráfico y polvo. Apreté los ojos para cerrarlos poco después de dejar Kailashpada. Cuando los abrí, los campos se habían ampliado, llenos de construcciones nuevas. Observé cómo se deslizaba una montaña a través de la neblina polvorienta a mi derecha. Giramos hacia el este, por la carretera, y después de nuevo hacia el sur. Dormí. Y después el mar relució delante de nosotros, una inmensa llanura abierta brillante con puntos nítidos, metálicos, de luz del sol.

Chotta Badriya nos llamó desde el balcón del bungaló. Salí del coche, me despecé y le sonreí. Llevaba un bañador rojo, brillante frente a la pared blanca inclinada del bungaló, y el estómago le bamboleaba ligeramente sobre el elástico rojo. ¿Cuándo se había vuelto gordo? ¿Cuándo, en la última década? Nos habíamos visto tan a menudo y tan de cerca que había dejado de reparar en él. ¿De verdad ves la piel de tu mano derecha? Pero entonces vi su pelo corto, su barriga, su matrimonio, sus hijos, su amor por las películas, su pasión por la ropa buena, su lealtad conmigo.

En la planta de arriba, volcó el dinero sobre la cama.

—Sin problemas, bhai —dijo—. Está todo aquí. No creo que tengamos problemas con el tipo.

—Eso es bueno —contesté—. Necesito mear.

—Por allí —indicó. Y mientras iba hacia el baño—: ¿Quieres un poco de chai?

—Sí —respondí, y cerré la puerta.

Le oí gritar por el pasillo: dos chais, algo de comer, rápido, rápido. El espejo encima del lavabo estaba roto, faltaba una mitad entera, dejando solo la madera en bruto por debajo. Intenté orinar, me sacudí, pero incluso después de tres horas no había nada, estaba seco. Aun así, vertí jarras de agua en la taza. Mantén la normalidad, me dije a mí mismo. No le asustes. Le debes eso. Comprobé mi pistola, después me la coloqué de nuevo bajo la camisa, al final de la espalda. Habían pasado años, literalmente muchos años, desde que había usado un arma. Y mi experiencia había sido con revólveres, revólveres baratos, no las buenas automáticas austríacas que tenía ahora. Bunty había tenido que instruirme: así es como se desliza hacia dentro el pasador, bhai, y después tiras hacia atrás, el seguro está aquí. Dijo, con una mirada de compasión, no tienes que hacerlo, bhai, sabes que puedo hacerlo yo, bhai. Y yo respondí, no. No.

Abrí la puerta. Chotta Badriya estaba sentado en la cama, apartando el dinero, apilándolo con cuidado dentro de una bolsa de viaje azul.

—¿Va todo bien, bhai?

—¿Bien?



—Pareces un poco... cansado. ¿Problemas de estómago?

—Sí. Ando descompuesto.

—En nuestro clima, se ha de tener mucho cuidado. Hay demasiados gérmenes por todas partes, la comida se echa a perder rápido. Y comemos fuera demasiado, ¿sabes?, toda esa comida grasienta. Si tomas comida casera, mantienes una dieta ligera, es mucho mejor para el estómago.

—Toda tu dieta coqueta y sin embargo tienes eso —dije, señalando a su barriga.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió, y cogió con ambas manos los pliegues regordetes de su panza y los levantó.

—Sí, bhai —contestó, sonriendo—. Tengo esto. ¿Qué se le va a hacer? Nos hemos vuelto ricos.

—Nos hemos vuelto viejos.

—Todavía somos jóvenes, bhai —replicó, y estaba a punto de continuar, pero entonces sonó un traqueteo en la puerta, y Bunty entró de espaldas, llevando una bandeja. La dejó encima de la cama, y al darme una taza de té vi que tenía las pupilas pequeñas e inquisitivas. No dije nada, y cerró la puerta con mucha suavidad al marcharse, y en ese momento se produjo un leve zumbido de tensión en la habitación, que Bunty había suscitado con su andar cauto. O tal vez estaba en el latido de mi sangre. Chotta Badriya aún miraba hacia la puerta.

—¿Qué decías? —pregunté, y mi voz sonó demasiado fuerte.

Volvió a mirarme, y tenía la boca pequeña y concentrada mientras buscaba la idea, y después se relajó con una amplia sonrisa.

—Lo he olvidado del todo, bhai.

—Idiota —le dije—. Bébetelo el chai.

—Ahora estos engordan de veras, bhai —me contó, sorbiendo la taza.

Levantó una bhajiya marrón reluciente del montón que había en la bandeja.

—Hay más aceite en una de estas cosas del que tu cuerpo necesita durante un año.

Volvió a ponerla con cuidado en el plato y dio un trago grande de chai.

—Cómetela.

—¿Qué?

—Cómetela —repetí.

Sentía una especie de odio por el montón de bhajiyas, una atracción asesina por ellas, que sabían exactamente cuánto poder tenían sobre él. Apartó el plato, malhumorado.

—Son malas para mí, bhai. Me he vuelto gordo.

—Cómetelas, cómetelas —insistí—. Te estoy dando permiso.

—¿Sí?

—Sí.

Cogió una, la levantó hacia la luz del sol, examinó las espirales marrones de la bhajiya y las bifurcaciones complicadas. Dio un mordisco lento, y cerró los ojos por un instante.

—Mmmm —dijo—. Coge una, bhai.

—No, come tú. ¿Puedes comerte todo el plato?

—¿Todas estas?

—Todas.

—Fácil. No son tantas.

—Entonces, acábatelas.

—No, ¿todas?

De verdad parecía *chotta* en ese momento, con los labios relucientes y las mejillas sorprendidas y la cara de niño, todo brillante.

—Es una orden.

Empezó a comer, sentado con las piernas cruzadas encima de la cama. Lanzó por encima de las bhajiyas salsa carmesí reluciente de una botella, y después sujetó el plato cerca del pecho y agachó la cabeza hacia ellas. Ahora, pensé. Pero la pistola estaba enredada en algún lugar detrás de mí, podía notarla punzándome en la columna. Tendría que ponerme de pie, sacarla. No, no. Que termine. Cuando termine. No ahora.

En ese momento ya había desaparecido medio montón. Me levanté, caminé hacia la ventana. La parte superior blanca de mi coche me lanzaba de refilón a los ojos una llamarada de luz, y me giré y los entrecerré. El sol se estaba poniendo, y la orilla negra se extendía de derecha a izquierda, todo eran rocas y bordes que empujaban hacia arriba. Los árboles estaban completamente quietos, no se movía ni una hoja. En algún lugar más allá había otros países, millones de personas durmiendo. Los vi acurrucados unos contra otros, desnudos, con los rostros relajados. Detrás de mí Chotta Badriya estaba comiendo. Necesité darme la vuelta. Quizá todavía no había acabado. Pero si lo había hecho levantaría la vista, me estaría mirando. Me controlé, respiré, otra vez, y el tenue remolino del mar estaba cerca, y me giré. Todavía estaba comiendo. Le quedaban dos bhajiyas. Tenía los carrillos llenos, hinchados y moviéndose. Ahora le quedaba una bhajiya. La pistola llegó a mi mano con facilidad. La balanceé hacia arriba. La balanceé hacia arriba, y fui cuidadoso, ceremonial y correcto. Consigue un equilibrio adecuado. Apunta bien. No escuches nada. Solo mira el objetivo, nada más. Ese espacio estrecho de piel morena justo encima y delante de la oreja, justo antes de que empiece el pelo.

Su sangre chisporroteó. El tiro debió de retumbar, pero por el túnel largo y sofocante de mi propósito no oí nada, y al momento siguiente supe que la sangre de un cráneo recién partido echa espuma, que suena a un silbido ligero. Es un siseo pequeño, rápido, que tartamudea. Solo dura un momento.

Bunty empujó la puerta para abrirla lentamente, guiado por su pistola. La bajó. No había necesidad de hacer un segundo disparo.

Era feliz. Ahora podía entender lo que quería decir Paritosh Shah cuando me decía

que necesitaba asentarme, por qué siempre me ensalzaba las virtudes del matrimonio. Me había asentado, me sentía en mi lugar, arraigado, sujeto a mi tierra de un modo que jamás había experimentado antes. Sabía quién era, ya no sentía que estaba tratando en todo momento de convertirme en Ganesh Gaitonde, que buscaba a tientas los contornos de Ganesh Gaitonde. Con Subhadra a mi lado, y el haber aceptado que era un bhai hindú, que era algún tipo de hindú, me sentí real. Ya no era un marido con la espalda doblada, agobiado —todavía estaba con las mujeres de Jojo— y no era un adorador de dioses y diosas, pero ahora los chicos me entendían, y venían conmigo y se sentían cómodos. Era un líder con quien podían identificarse. Nuestros efectivos volvían a su fuerza normal. Por primera vez en mi vida, experimenté satisfacción. Al principio me desconcertó, este charco de calor dentro del pecho. Sí, Subhadra se deleitaba con los actos diarios necesarios para ser una esposa, ordenaba y reordenaba los utensilios de cocina en hileras escalonadas, relucientes, daba saltos de un lado a otro para elegirme la ropa por la mañana y la recogía alegremente del suelo por la tarde. Se paseaba con eficiencia por la casa, con las llaves tintineando en su cintura. Era esbelta, no exactamente guapa pero con un aspecto agradable, y cuando la miraba no me sentía acosado por el deseo cargado de furia que algunas randis me provocaban. Quería sentarme con Subhadra, observar la tarde desde nuestro balcón, comer algo de *ghavan* y beber chai. Fuera, nuestras luchas y guerras continuaban como antes, pero no me sentía consumido por estas batallas como antes. Ganamos, a veces perdimos, pero todavía éramos fuertes, y estábamos creciendo, de forma que era feliz.

Pero estaba rodeado de problemas corporales. Mi estómago seguía mal, sentía un dolor creciente que me venía a menudo, a última hora de la tarde, un sentimiento de congestión en el bajo vientre, y después de expansión, como si algo estuviese intentando salir. Gases, diagnosticaron los médicos, y prescribieron tabletas y comida ligera. Pero solo lo aliviaba el whisky escocés, hacía que mis tejidos se calmasen, alejaba las presiones repentinas que amenazaban con romperse. No podía permitir que los chicos me vieran beber, así que Bunty dispuso otro bungalow para mí, muy cerca en Juhu, justo bajando la calle desde el Holiday Inn. Iba un día sí y otro no a este refugio junto al mar, donde Bunty guardaba una botella de Johnny Walker en un armario con llave, y soda en la nevera. Me sentaba solo en la terraza al atardecer, y bebía. Dos pequeños tragos era lo que me permitía a mí mismo. La bebida era tranquilizante, pero conllevaba ataques de nostalgia. Había tardes en las que lloraba por los primeros tiempos con Paritosh Shah, cuando éramos pobres y jóvenes, cuando nos enfrentamos a probabilidades insalvables y derrotamos a villanos monstruosamente fuertes. ¿Adónde habían ido a parar aquellas mañanas, en las que reuníamos nuestras armas para una buena pelea? ¿Dónde estaban nuestros amigos de aquellas tardes brillantes? ¿Dónde estaban las canciones de nuestra primavera efímera? Bebí y escuché números antiguos y recordé. *Chala jaata hooti kisi ki lihuti me, dhadakte dil ke tarane liye...*

Mientras tanto, Bunty trataba de aprender todo lo que necesitaba para dirigir nuestros complicados asuntos. Empezó con nosotros como pistolero, se hizo notar pronto en nuestra guerra con Suleiman Isa, y ahora era mi controller principal y de confianza. Estaba repleto de seguridad en sí mismo y de energía.

—Todo el mundo sabe lo que hiciste, bhai. Desde Matunga hasta Dubai, lo han oído. Saben que encontraste a los bastardos de Suleiman Isa y que los echaste abajo. Tu compañero ahora está resarcido por completo. También ganaste esta.

Lo dije para animarme cuando estaba callado durante largas horas en el coche. Yo sabía que había ganado. Y también sabía que en este mundo no había victoria sin otra pérdida, más grande, oculta en su interior, que en nuestro triunfo ya estábamos acorralados por algún desastre. Sabía que se acercaba algo. Se acercaba Suleiman Isa. Les dije a los chicos que tuvieran cuidado, aumenté la seguridad en Gopalmath, le prohibí a Subhadra que saliera de casa. Ni siquiera al templo, le dije. Tienes que quedarte en casa. Pareció apesadumbrada pero obedeció.

Veintiún días después del día de la muerte de Chotta Badriya, un viernes, a primera hora de la tarde, explotaron las bombas. Me enteré de la primera minutos después de que hubiese ocurrido, llegó una llamada telefónica de uno de los chicos, llamaba desde la ciudad sollozando, bhai, había un pie sobre la calzada, hubo un sonido, un estruendo enorme, y no sabía qué era y la gente estaba corriendo y nadie sabía qué estaba pasando y giré corriendo una esquina con ellos y estaba este pie sobre la calzada, bhai, tan solo yacía allí, cortado por la espinilla, no había sangre, y entonces alguien señaló la esquina, miré, la Bolsa no está, la Bolsa, ha explotado, ha estallado. Hubo una explosión, bhai, una bomba, una bomba.

Le calmé, le dije que se fuera a casa. Después llegaron más detonaciones, en el mercado de cereales Masjid Bunder, en Nariman Point, y tenía al teléfono a Bunty de camino a la comisaría de Goregaon, hacia la jefatura, y estaba marcando y una y otra vez salía el tono de ocupado, y después los teléfonos se quedaron sin línea, y sin embargo llegaron noticias, una explosión cerca del cuartel general de los rakshaks, ahora frente al silencio súbito, entumecido de la calle, se oyeron ráfagas rápidas de gritos. En ese momento había chicos corriendo arriba y abajo de la calle, y madres recogiendo a sus hijos, un coche se detuvo, y se oyeron pies corriendo y Bunty entró corriendo con más noticias, habían muerto pescadores en Mahim por un ataque, habían caído bombas del cielo, había hombres desembarcando con ametralladoras. Le dije a todo el mundo que entrase en casa, cerrase con llave, y puse a mis hombres en guardia, los armé y los destaqué en las periferias de Gopalmath. Por la tarde supimos la forma en que había sucedido: no eran maleantes armados del mar, sino que habían sido granadas lanzadas sobre la Colonia Fisherman, y doce bombas habían levantado nubes de cemento a lo largo de toda la ciudad, un zumbido catastrófico y rotundo doce veces en dos horas había rasgado las cabezas de hombres y mujeres y niños, había matado a cientos de ellos, mutilado a miles. En televisión los edificios destrozados se mantenían eviscerados, en el interior todo el metal hundido y

retorcido, y los ministros y policías decían que se estaba realizando una investigación, lo decían una y otra vez. Pero en Gopalmath, mi mujer se acurrucaba contra mí, contenida y agradecida, y yo sabía lo que susurraban fuera en las calles: Bhai lo sabía, sabía que iba a pasar algo. Sí, lo supe. Sí. Llevaba lo bastante en este campo de batalla como para aprender sus ritmos, los sonos del tambor de sus narrativas. Nos veíamos arrastrados por las oleadas del relato, y muchos murieron, y yo viví. Había cavado agujeros profundos para muchos, pero sobreviví porque había llegado a sentir el orden subterráneo de causa y consecuencias, sabía en mis carnes dónde caería el próximo rayo blanco como el hueso. Estaba despierto. Estaba jugando el juego.

Cuando los investigadores de la policía anunciaron que Suleiman Isa y su gente habían planeado y ejecutado las explosiones de bombas, tenía perfecto sentido, encajaba limpiamente como una rueda en un surco enlodado. Por supuesto, por supuesto. Lo sabía todo por nuestro policía *paltu* antes de que se anunciase por televisión que en el fermento y la hinchazón de la ira después de que se destruyese la mezquita, después de los disturbios, musulmanes jóvenes de Bombay habían volado a Dubai y después a Pakistán, que habían sido entrenados por los pakistaníes, que los contrabandistas veteranos de Suleiman Isa habían traído por mar paquetes grasientos de RDX, que los aprendices habían hecho bombas completas de RDX con temporizadores y las colocaron en coches y escúters, que distribuyeron estos vehículos por las zonas más concurridas y más conocidas de la ciudad, y después siguió la masacre. Esta era su venganza por los disturbios, por los muchos musulmanes que fueron asesinados.

Hubo una pequeña guerra, mi guerra inevitable con Suleiman Isa, la guerra entre nuestras bandas. Este combate había sido largo, era eterno. Ahora sus conexiones con una guerra mayor se estaban volviendo evidentes. El juego era multidireccional, entretejido y seductor e infinitamente peligroso. Oí lo del envío de bombas por parte de Suleiman Isa y me reí, y dije, por supuesto. Y me pregunté a mí mismo: ¿adónde voy ahora? ¿Cuál es el siguiente movimiento? ¿Qué viene hacia mí?

Tardó un tiempo, muchos meses, pero vino, con bastante seguridad. Vino un día después de que naciera mi hijo. Gopalmath estaba brillante y bullicioso por la celebración, y mi casa estaba llena de visitas, Yo mismo no me sentía del todo bien por las desconocidas ráfagas de alegría que se daban en mi estómago, por la hinchazón sin precedentes de emoción cálida, imposible de contener, que sentía al mirar la carita arrugada de mi hijo.

En medio de todo este alboroto, llamó Bipin Bhonsle y pidió una reunión. Ahora no solo era diputado sino líder del partido, así que teníamos que tomar precauciones y doblar las precauciones, y nos encontramos en un lugar de veraneo en Madh Island. Habían alquilado un bungalow privado, alejado de todas las otras cabañas, y nos

estaban esperando cuando llegamos en coche al anochecer. Nos sentamos bajo las palmeras, bajo el cielo que aquí fuera parecía invadido de estrellas. Bipin Bhonsle bebía cerveza, que yo rechacé. Con él había un hombre al que presentó como señor Sharma. Este Sharma era uno de esos brahmanes de piel clara de Uttar Pradesh, con la voz muy suave en el hindi pretencioso de All-India Radio. Llevaba una kurta marrón larga y estaba sentado con las piernas cruzadas en su silla, con mucho aplomo, como si estuviese practicando yoga.

—Sharma-ji es un socio nuestro de Delhi —presentó Bipin Bhonsle.

Movió los dedos del pie y se lanzó *kajus* a la boca y bebió. Durante unos pocos minutos habló sobre recientes batallas políticas, rivales a los que había humillado, beneficios que había logrado. Después les hizo gestos a sus hombres para que volviesen a las sombras, y sacudió su silla chirriante de aluminio hacia mí, y se inclinó para acercarse de forma confidencial. Tenía el pecho gordo y abultado bajo la camisa brillante.

—Sharma-ji necesita tu ayuda, bhai —dijo—. Es muy buen amigo mío. No en nuestro partido, claro, pero nos entendemos el uno al otro.

—¿Qué clase de ayuda?

—Estos musulmanes, ya sabes.

—Sí —contesté—. ¿Qué pasa con ellos?

—Esta guerra no ha terminado, bhai —apuntó—. Están aquí. Están creciendo. Volverán a venir contra nosotros.

—O vosotros iréis contra ellos.

—Después de lo que ha hecho ese bastardo de Suleiman Isa, tendremos que machacarles. Viven aquí pero son pakistaníes maderchod de corazón, bhai. Es la pura verdad.

—¿Qué queréis de mí?

Esta vez habló Sharma-ji.

—Necesitamos armas.

—Los pathans mueven armas a través de Kutch y Ahmedabad. Os venderán lo que queráis.

—Son pathans, bhai saab —replicó Sharma-ji, y bajo la entonación suave había hierro—. No podemos confiar en ellos. Queremos nuestro propio conducto. Queremos un suministro estable.

—Deben de haber bandas en el norte.

—Nadie tiene una organización como la tuya. Queremos traer el material por mar. Necesitamos a alguien que entre las armas. Ellos tienen a Suleiman Isa.

—¿Y vosotros me queréis a mí?

—Exacto.

Me recosté en la silla, me estiré. Suleiman Isa era el don musulmán, así que yo era el bhai hindú. Era necesario. Encima de nosotros la luna estaba baja, llena y suave. Respiré, e inhalé la fragancia del jazmín. Qué hermoso, pensé. Es un mundo

terrible, pensé, y es un mundo perfecto.

—Hay mucho dinero en esto, bhai —continuó Bipin Bhonsle—. Y sabes que deberías estar con nosotros. Tenemos que proteger el *dharma* hindú. Tenemos que hacerlo.

—Relájate —contesté—. Lo haré. Soy vuestro.

## UNA MUJER EN PELIGRO

El martes por la mañana había cinco llamadas esperando a Sartaj de parte de una tal señora Kamala Pandey. Sartaj cerró los ojos, y a través del plano blanco y liso de su dolor de cabeza trató de recordar quién era Kamala Pandey. Era un dolor de cabeza de whisky, uniforme y escaso y persistente. Los sonidos de la mañana en la comisaría daban golpecitos al cráneo de Sartaj, los agentes que discutían en el pasillo de afuera, el agua que caía sobre el cemento y el raspado constante de una *jhadoo*, el bramido insistente de los cuervos, los quejidos angustiados de un detenido mientras lo devolvían renqueando a las celdas tras un interrogatorio. Sartaj quería irse a casa y dormir. Pero el día tan solo estaba empezando.

—¿Ha dicho esta Kamala Pandey para qué llamaba? —le preguntó Sartaj a Kamble.

Kamble estaba hurgando con impaciencia los cajones del escritorio. Había hablado esa mañana con su contacto en la brigada móvil, acerca de una vacante en la brigada, y ya estaba actuando como si los asuntos rutinarios y el caos ocasional de una simple comisaría de las afueras estuviesen por debajo de él.

—No, no lo dijo. Le pregunté. Dijo que era personal. Y solo dejó un número de móvil.

En ese momento levantó la vista para sonreír. Kamble siempre tenía tiempo para lanzar una mirada lasciva.

—Sonaba como algo muy caliente, jefe. Acento de colegio de monjas de primera. ¿Su novia o qué?

—No. Pero recuerdo el nombre de alguna parte.

Kamble cerró los cajones de un golpe.

—Definitivamente hay algún problema, jefe —apuntó, y se dio la vuelta para comprobar los estantes detrás del escritorio—. Una mujer llama cinco veces en un día, o está enamorada de usted o está metida en algún *ghotala*. Le pregunté si podía ayudarle, pero insistió, no, solo el inspector Sartaj Singh.

Se volvió a girar, había encontrado el archivo que andaba buscando.

—Esta comisaría maderchod parece un basurero bhenchod —soltó.

Tenía una sonrisa amplia y feliz.

—Pero ¿nos dejas pronto? —indagó Sartaj.

—Lo hago, por supuesto —respondió Kamble—. Pronto, pronto.

—¿A qué estás esperando?

—El precio ha subido. Ando escaso. No por mucho, pero por bastante.

—Estoy seguro de que estás trabajando duro para lograrlo.

Kamble zarandéó el archivo delante de Sartaj.

—Un poco por aquí, un poco por allá. Me voy al juzgado —contestó Kamble,



metiendo el archivo en un maletín marrón de piel sintética—. Salga conmigo esta noche, jefe. Le presentaré a un par de buenas chicas.

—Tengo una cita. Ve tú.

Kamble pasaba las tardes con un elenco cambiante de chicas de bar. Siempre había una que se estaba haciendo demasiado mayor, una que estaba en la flor de la vida y una joven a la que estaba ayudando a entrar en el negocio.

—Diviértete. Ten cuidado —acabó Sartaj.

Pero sabía que Kamble no iba a tener cuidado ni lo más mínimo. Era temerario y rebosaba seguridad en sí mismo, estaba contento con el modo en que estaba logrando el dinero para entrar en la brigada móvil y ansiaba con avidez momentos de acción y montones de efectivo. Era joven, se sentía fuerte, tenía una pistola en el cinturón y sabía que podía agarrar la vida y doblarla a su voluntad.

—Hoy se cuida solo, Sardar-ji —dijo Kamble, y tenía un aspecto optimista saludable con su camisa de tela cruzada y sus vaqueros negros nuevos—. Llámame al móvil si cambia de idea sobre algo. O si necesita ayuda con cualquier cosa.

Y se marchó dándose aires, con el maletín metido bajo el brazo.

Sartaj se hundió en la silla. No le importaba mucho la condescendencia. Él mismo se estaba acostumbrando a la idea de que estaba acabado, que había alcanzado la cima de su carrera y que no ascendería mucho más lejos del rango de su padre. Ahora sabía que no iba a ser el protagonista de ninguna película, ni siquiera la película de su propia vida. Una vez había sido el prometedor joven con mucho futuro, señalado para el ascenso. Incluso el hecho de que fuese un sikh en un departamento lleno de marathas había sido una ventaja tanto como una carga, un indicador de su diferencia. Había destacado, y era conocido a lo largo y ancho, y a los periodistas les había encantado escribir sobre el guapo inspector. Pero los años habían desgastado el brillo, y se había convertido tan solo en uno de los miles de oportunistas funcionarios serviles del departamento. Tenía sus consuelos, y seguía batallando durante el día. Quizá incluso le estaba fallando la memoria, muy poco a poco. Era verdad. Esa era la verdad que Kamble veía sin duda, mientras se balanceaba en su camino ascendente. La brigada móvil había tenido mucho éxito últimamente, también. Habían matado a hombres de Suleiman Isa con mucha rapidez durante los últimos tres meses, y además no solo a taporis de poca monta. Los periódicos habían estado publicando las historias de las vidas de pistoleros y controllers importantes, altamente valorados, mientras caían uno a uno bajo las balas de la brigada móvil. Suleiman Isa, había anunciado con orgullo el primer ministro justo la semana anterior, estaba en retirada. La brigada móvil iba a ser un lugar emocionante para Kamble, y estaba seguro de entrar.

Pero esta era la vida de Sartaj, extendiéndose hacia delante e inexorable. No había ningún lugar al que ir sino este, esta prueba diaria, esta comisaría en desorden descuidado. No obstante, había trabajo. En su lista de investigaciones actuales tenía tres robos, dos adolescentes desaparecidas, un caso de desfalco y fraude y un

asesinato doméstico. Todas las desolaciones habituales. Y ahora estaban esas llamadas de la señora Kamala Pandey. ¿Quién era?

Marcó el número. Ella descolgó al primer tono, y sonaba aterrorizada.

—¿Diga? —preguntó—. ¿Diga?

—¿Señora Pandey?

—Sí. ¿Quién es?

—Inspector Sartaj...

—Sí, sí. Necesito verle.

—¿Algo va mal?

—Escuche, por favor... —se detuvo—. Tan solo necesito verle.

Estaba acostumbrada a salirse con la suya. En ese momento Sartaj la recordó. Su marido había arrojado un cachorro por la ventana. Sartaj se acordaba del perro, la pobre cosita blanca con el cráneo abierto sobre el asfalto. El señor Pandey sospechaba de la infidelidad de la señora Pandey, así que asesinó a su perro. La señora Pandey se negó a presentar cargos contra su marido, y el marido se negó a quejarse por las agresiones de ella con un palo y un cuchillo. A Sartaj no le gustó ninguno de los dos, y a Katekar le gustaron menos. Él quería meterles en el calabozo a ambos por una o dos noches, con cargos de alteración del orden. O al menos darles unos empujones, enseñar a los pequeños mocosos ricos malcriados a estarse quietos, asustarlos un poco. O uno de los dos terminará muerto, dijo Katekar. Tal vez por eso llamaba ahora la señora Pandey, tal vez el marido ya estaba muerto, y había sido remetido y doblado hasta caber en un armario del dormitorio. Había ocurrido antes.

—¿Para qué, señora Pandey? —Quiso saber Sartaj—. ¿Cuál es el problema?

—Por teléfono no.

—¿Hay problemas?

Ella vaciló.

—Sí —contestó—. No puedo ir a comisaría.

—De acuerdo —concedió Sartaj—. ¿Conoce el restaurante Sindoor?

De camino desde la comisaría hasta el paso inferior, a Sartaj le paró Parulkar, que iba en caravana en la otra dirección en un flamante coche oficial. Sartaj hizo un giro en forma de U y siguió a Parulkar, que aminoró en el siguiente trecho de arcén vacío y se detuvo. Los hombres de la seguridad de Parulkar saltaron en guardia de los jeeps y formaron un perímetro y sostuvieron sus feroces rifles automáticos, listos. Habían aumentado en número en los últimos dos meses, o tres, desde que Parulkar había logrado otra de sus asombrosas hazañas de supervivencia. Cualquiera que hubiera sido la discusión con el gobierno rakshak, se había arreglado. De repente Parulkar era su madurito preferido, el primer ministro y el ministro del Interior le consultaban cada dos días. Los enemigos se habían vuelto aliados, y ambas partes sacaban provecho. El crimen organizado se estaba replegando, mataban a bhais y controllers y

pistoleros a tal ritmo que pronto no quedarían demasiados a quienes disparar, al menos hasta que apareciera la siguiente generación. Todo estaba bien con el mundo de Parulkar. Él lo había hecho, y había vuelto a demostrar que era asombroso. El rumor era que había pagado veinte crores solo al primer ministro, y mucho más a diversos funcionarios. En cualquier caso Parulkar había vuelto, de nuevo glorioso y jovial.

—Ven, ven —llamó—. Rápido.

Sartaj se deslizó a su lado. Había una nueva fragancia dentro del coche, algo bastante delicado.

—¿Te gusta? —preguntó Parulkar—. Se llama Néctar Refrescante. Mira, de ahí.

Había un tubo de aluminio de líneas elegantes con alerones en la rejilla de ventilación del salpicadero, parpadeando una luz roja que Sartaj asumió que marcaba el punto de escape del Néctar Refrescante.

—¿Es de Estados Unidos, señor?

—Sí, sí. ¿Estás bien, Sartaj?

Parulkar acababa de regresar de una visita de dos semanas a Búfalo, donde una de sus hijas era investigadora en una universidad. Parecía descansado y satisfecho y animado, muy como el Parulkar de los viejos tiempos.

—Tiene un aspecto muy saludable, señor.

—Es el aire limpio de allí. Un paseo matutino, allí, te reanima de verdad. No te lo puedes imaginar.

—Sí, señor, no puedo.

—También traje algo para ti, un reproductor de DVD portátil. Es tan pequeño... —sostuvo los pulgares formando un cuadrado a diez centímetros de distancia el uno del otro— y la imagen es nítida, absolutamente nítida. Te lo puedes llevar a cualquier parte y ver películas, ¿sabes? Es muy bueno para un policía.

—Es fantástico, señor. No era necesario...

—Arre, no me hables de necesidades. Sé lo que necesitas. Ven a casa, pasado mañana, y hablaremos. El reproductor también está en casa.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Parulkar le dio una palmada en el hombro a Sartaj y lo envió a seguir su camino. Sartaj pensó en el nuevo reproductor de DVD, y se preocupó. Ahora tendría que comprar o al menos alquilar DVD y después verlos. Seguro que Parulkar le pedía informes sobre lo que veía. Pero quizá estaba bien. Quizá Parulkar de verdad entendía mejor que él qué era lo que necesitaba. Algo de entretenimiento era exactamente lo que le arreglaría, y le reanimaría como un buen paseo matutino en Búfalo. ¿Dónde estaba Búfalo en Estados Unidos? ¿Y por qué se llamaba Búfalo? Sartaj no tenía ni idea. Más misterios de la vida.

Sartaj se sentó en su reservado habitual en el restaurante Sindoor y sostuvo una Coca-

Cola en la mano. Durante una renovación reciente, el Sindoor había adquirido mesas rojas nuevas y alegres y un menú nuevo que incluía comida bengalí y de Andhra. Sartaj estaba leyendo los postres bengalíes cuando Shambhu Shetty entró.

—Hola, saab —saludó y se sentó.

Se habían visto una semana antes, cuando Sartaj había ido como de costumbre a recoger la contribución mensual del dance bar Delite para la comisaría. Shambhu se había quejado como de costumbre de la necesidad de redadas y el aumento de precios, y le había hablado a Sartaj de su caminata de ensueño, por los bosques de Arunachal Pradesh. Ahora Shambhu tenía noticias auspiciosas. Estaba comprometido. Había degustado de la bandeja giratoria de delicias femeninas que su bar le proporcionaba cada noche, pero ahora dijo que quería asentarse.

—Eso solo eran trailers —le dijo a Sartaj—. Esto es la película principal.

La protagonista de la película de la vida de Shambhu era una chica agradable que le habían encontrado sus padres, por supuesto dentro de la comunidad Shetty. Las dos familias tenían amigos comunes en Pune, y se conocían vagamente desde hacía décadas. La chica tenía una licenciatura en Pedagogía, pero estaba contenta de no trabajar tras el matrimonio. Era virgen, eso no hacía falta decirlo, ni preguntarlo.

—Bien hecho, Shambhu —felicitó Sartaj—. ¿Cuál es la fecha?

—Mayo. Las tarjetas se imprimirán a finales de este mes. Le mandaré una.

Eran las cuatro y media de la tarde, y el restaurante estaba casi vacío. Un par de amantes universitarios estaban sentados juntos, en la misma parte del reservado, toqueteando sus Coca-Colas y apretando los muslos unos contra otros. Shambhu estaba relajado pero rebosando energía. Tenía planes de boda, y también planes para otro bar, este en Borivili East. Ese nuevo bar iba a tener una temática filmi, fotos de estrellas de cine por todas partes. Habría diferentes pasillos para las bailarinas, cada uno con un decorado distinto. Habría una sala sobre la película *Mughal-e-Azam*, y otra sobre *Dilwale Dulhaniya Le Jayenge*.

—Debería invertir —animó Shambhu—. Garantizo buenas devoluciones. Invierta en su futuro.

—Soy un hombre pobre, Shambhu —contestó Sartaj—. Estoy seguro de que no te interesan inversores que van con quinientas rupias.

—¿Pobre, usted? ¿Incluso después del golpe de Gaitonde?

—Eso no fue un golpe, Shambhu. El tipo se disparó a sí mismo.

—Sí, sí. —Shambhu estaba sonriendo, muy prudente con las formas de la policía—. ¿Y cómo es que le encontró?

—Una llamada anónima por teléfono. Un soplo.

—Si consigue un soplo sobre dinero fácil, saab, venga directo a mí. Es buen momento para invertir.

Shambhu se desenroscó para salir del reservado. Tenía la cara inclinada hacia delante por la barbilla, y los ojos demasiado juntos, pero tenía buen porte. Se sentía cómodo en el mundo.

—Estoy esperando una entrega de cerveza —dijo.

Shambhu le dio un apretón de manos a Sartaj y caminó con brío hacia la puerta. Entonces se hizo a un lado para dejar pasar a la señora Pandey. Ella se detuvo para quitarse las gafas de sol de líneas elegantes, y después desfiló directa hacia Sartaj.

—Hola —saludó él.

Sartaj se puso de pie, y le indicó una mampara, una mesa pequeña cerca de la puerta de la cocina. Ahí estaban bastante en privado, solos el uno con el otro.

Ella se limpiaba la nariz con un pañuelo, y Sartaj vio que estaba tensa, exhausta, pero bien arreglada. Tenía el pelo lustroso, a la altura de los hombros, y llevaba unos vaqueros blancos y un top blanco con mangas muy cortas y un corte que mostraba un poco de su estómago tonificado. Era más bajita de lo que recordaba, pero tenía un pecho espectacular que llenaba el top blanco de forma muy agradable. No era exactamente el conjunto que Sartaj habría recomendado para un encuentro privado con un policía de mala muerte en un restaurante muy de clase media en los suburbios, pero las mujeres tenían sus propios motivos. Tal vez todo el *jhatak-maiak* hacía que se sintiese segura de sí misma. Tal vez le gustaba el hecho de que los hombres siempre mirasen.

Al final habló.

—Gracias por reunirse conmigo —comenzó.

Su hindi tenía justo la ligera torpeza derivada de vivir la vida sobre todo en inglés.

—*Pani* —le dijo de pronto al camarero que se había acercado—. *Bisleri pani*.

Sartaj esperó hasta que el camarero sirvió el agua y se marchó. Los dedos de la señora Pandey tenían un brillo claro que Megha llevaba a veces. Megha la habría descrito como «cosita caliente» y hubiese apartado a Sartaj de ella. Pero ahora Sartaj no sentía deseo, solo curiosidad.

—Es mi deber —contestó—. ¿Cuál es el problema?

Ella asintió.

—Problema —repitió.

Los ojos eran su mejor rasgo, grandes y almendrados y del color de un vaso de buen whisky escocés con uno o dos cubitos derretidos. Megha habría dicho que no era guapa en sentido clásico, pero que se había trabajado y pulido hasta llegar a estar buena. Ahora estaba metida en algún problema grande, y era difícil hablar de ello.

—Es azafata de vuelo —comentó Sartaj.

—Sí.

—¿Para?

—Para Lufthansa.

—Es una buena compañía.

—Sí.

—Pagan bien.

—Sí.

—¿Le ha pasado algo a su marido?

—No, no. —La pregunta repentina hizo que se encogiese, que cruzase los brazos sobre el estómago—. Nada de eso.

Pero tenía algo que ver con el marido. Sartaj estaba seguro.

—¿Entonces qué es? —preguntó, con mucho tacto.

Estaba tranquilo, y bebía agua a sorbos lentos. Estaba dispuesto a esperar.

Ella se preparó, y después lo soltó:

—Alguien me está haciendo chantaje.

—Alguien. ¿No sabe quién?

—No.

—¿Cómo hablan con usted?

—Me llaman al móvil.

—¿Siempre es una persona?

—Sí. Pero a veces le oigo hablar con alguien más.

—¿Otro hombre?

—Sí.

—¿Con qué la están chantajeando?

Levantó la barbilla. Había tomado una decisión, y no iba a sentirse intimidada, o avergonzada.

—Con un hombre —confesó.

—¿Que no es su marido?

—Sí.

—Cuénteme —pidió Sartaj.

Ella odiaba tener que explicarse, justificar algo.

—Señora —apuntó Sartaj—, si voy a ayudarla, necesito saber los detalles. Todo. —Le sirvió algo de agua—. Hace mucho tiempo que trabajo como policía. No hay nada que no haya visto. Nada que me cuente me escandalizará. En nuestro país lo hacemos todo y no decimos nada. Pero tiene que contármelo.

Así que finalmente ella se lo contó. Hubo un hombre, el marido no iba tan desencaminado en sus sospechas. En realidad, estaba bastante en lo cierto. El hombre era piloto, sí. Solo que no volaba para Lufthansa, de modo que no había diversión en las escalas en Londres. El piloto de Kamala Pandey volaba para Sahara, se llamaba Umesh Bindal, era soltero, lo había conocido tres años antes en Versova, la aventura había comenzado un año después de su primer encuentro, y ella había roto hacía seis meses. Todas sus citas habían tenido lugar en Bombay y Pune y Khandala. Los chantajistas la llamaron por primera vez hacía mes y medio.

—¿Qué tienen? —preguntó Sartaj.

—Saben muchos detalles, de un hotel. Y cuándo he ido a su casa.

—Eso no es bastante. Deben de tener algo más.

En ese momento ella se estremeció, por lo que tenía que decir.

—Vídeos.

—¿De qué?

—Nuestros. Fuera de nuestra habitación.

Parecía que habían rodado los vídeos con cámara oculta en una pensión de Khandala. Los amantes habían usado a menudo esa pensión, con regularidad, y el personal pensaba que eran un matrimonio al que le gustaban las vacaciones breves en una estación de montaña. Los vídeos los mostraban entrando en la habitación, y saliendo. Y también cogiéndose de las manos y besándose y abrazándose mientras paseaban de un lado a otro, por el patio del hotel. Los chantajistas habían dejado la cinta de vídeo en el asiento del coche de Kamala Pandey, en un sobre marrón. Después la llamaron.

—¿Cuánto les pagó? —preguntó Sartaj.

Un leve resplandor de perplejidad rondó por sus mejillas tirantes. Sartaj se rió.

—No es tan inusual, señora. Todo el mundo les paga primero. Los chantajistas mandan el vídeo o las fotografías o lo que sea. Entonces un mes después vuelven con material nuevo. Así que, ¿cuál fue la cantidad?

—Un lakh y cincuenta mil. Querían dos lakhs, pero Umesh me dijo cómo negociar con ellos. Ahora han mandado una nueva cinta.

—¿Cuánto quieren ahora?

—Dos lakhs.

—¿Y dónde está la cinta?

—La quemé.

—¿Los dos vídeos? ¿Todo lo que han mandado?

—Sí.

—Señora, eso no está bien. Podríamos haber averiguado algo por las cintas. Incluso por el sobre.

Ella asintió. Los vídeos debían de ser demasiado espantosos como para guardarlos. Mencionarlos la puso un poco llorosa, un poco trémula bajo el brillo. Pero entonces mostró algo de acero. Buscó en su bolso plateado y sacó un pedazo de papel doblado. Lo desplegó sobre la mesa, lo aplanó.

—Guardé una lista de sus números —anunció—. Cada vez que llamaban, lo anotaba. Con las horas.

—Eso está bien —contestó Sartaj—. Eso está muy bien. Y ahora si le mandan algo, guárdelo. Intente no tocarlo demasiado.

—Huellas dactilares.

—Sí, huellas dactilares. Tiene que ayudarnos a ayudarla. ¿Dónde está Umesh hoy?

—Está volando. Habría venido conmigo, pero usted no me devolvió las llamadas hasta hoy.

—Quiero hablar con él.

—Le daré sus números. —Escribió en un papel—. Él quería ir a la policía la primera vez que llamaron. Solo que yo no quería.

—Usted quería que parase.

—Sí.

—Ellos nunca pararán. Hasta que les paremos.

—Eso es lo que dijo Umesh. Pero yo no se lo quería decir a nadie entonces.

—¿Por qué rompió con Umesh?

—Porque me di cuenta de que no estaba interesado en mí en realidad. Es un hombre agradable, pero tiene demasiadas novias. Solo quería diversión, y yo se la estaba dando. Pero entonces ya no era divertido para mí.

—Así que es muy guapo, ¿como un protagonista?

—Mucho. —La belleza de él aún suscitaba el ardor de ella, teñido por un regusto de tristeza—. Mucho.

—¿Cuándo la llamaron por última vez los chantajistas?

—Ayer.

—Llamarán hoy. Empiece a escucharles con atención. Quiero saber exactamente qué dicen. Tome apuntes. Escuche los sonidos cercanos. Cualquier cosa. Tiene que empezar a pensar como un policía-vals. Una policía-vals.

Eso la divirtió solo un poco, el que alguna vez pudiera ser una humilde mujer policía.

—Policía-vals —repitió—. Lo intentaré.

—Díales que necesita tiempo para conseguir el dinero, que lo está reuniendo. ¿Cómo lo entregó la última vez?

—Tuve que meterlo en una bolsa, una bolsa de la compra y conducir hasta el cine Apsara en Goregaon por la tarde, a las seis en punto. El pase de la tarde estaba saliendo, y había multitudes. Me habían dicho que esperase en la calle al otro lado de la entrada. Entonces me llamaron. Me dijeron que un *chokra* con camiseta roja se me iba a acercar, y un segundo después estaba llamando a mi ventana. Bajé el cristal, preguntó por un paquete, y cogió el dinero y se metió corriendo entre la muchedumbre. Eso fue.

Una zona abarrotada de gente, un chico de la calle enviado para recoger el dinero... tan solo el procedimiento operativo habitual de un chantajista medio.

—¿Umesh no fue con usted para la entrega?

—No, ellos no saben que él lo sabe. Me dijeron que no se lo contase a nadie, ni a un alma. Me dijeron que me harían daño.

Eso era inusual, que los chantajistas amenazasen con la violencia. No había necesidad de hacer daño si tenías fotos.

—¿Y el *chokra*, qué aspecto tenía?

Kamala Pandey estaba confusa.

—¿El chico? No lo sé. Solo era un golfillo.

Un niño descalzo era exactamente igual a cualquier otro salvaje de la calle, a pesar de su camiseta roja. Podías encontrar a una docena en cualquier esquina de una calle de Mumbai.



—Inténtelo, señora. ¿Puede recordar alguna cosa de él? Es muy importante.

—Sí. Sí... —hizo una pausa—. Su camiseta. Era una camiseta DKNY de cuello redondo. Tenía el logo.

—¿Deka NY jeans? —Escribió Sartaj en su cuaderno.

—No —contestó con la paciencia divertida de quien trata con las clases inferiores—. Las letras D.K.N.Y. y después «jeans». Todo en mayúsculas, una sola palabra. Así.

Le cogió el bolígrafo, y escribió con letra grande: DKNY JEANS.

—Las letras estaban muy descoloridas.

Había que alabar a los testigos por el logro más ligero, y engatusarles para que hicieran más descubrimientos.

—Eso está muy bien, señora —animó Sartaj—. Nos ayudará mucho. ¿Algo más? Por favor, trate de recordar. El detalle más pequeño puede resolver el caso.

Hizo un pequeño mohín indignado, y se tocó un diente, dos detrás de su canino derecho perfecto.

—Su diente, este. Tenía un aspecto todo sucio. Negro, gris, en lugar de blanco.

—Excelente. ¿En esa parte?

—Sí.

—De acuerdo —contestó Sartaj—. Está bien que anotase los mineros de los hombres que llamaron. Probablemente son teléfonos públicos. Cuando haya presentado una denuncia pondremos bajo vigilancia a algunos de ellos.

—No puedo.

—¿No puede qué?

—No puedo presentar una denuncia.

—Señora, sin denuncia, sin un FIR, ¿cómo voy a proceder?

—Entienda, por favor. Si algo de esto se escribe, la gente lo descubrirá. La gente lo sabrá.

—Señora, entiendo que tiene miedo de que su marido llegue a saberlo. Pero por favor entienda usted que sin una denuncia la policía no tiene competencia. No tenemos razón para interferir, no tenemos base sobre la que actuar.

—Por favor.

Se estaba inclinando sobre la mesa, sujetándose las mejillas con ambas manos. Una actriz consumada, esta mujer.

—Señora, no puedo hacer nada —contestó Sartaj.

Estiró el cuello, aflojó los hombros en tensión. Estaba enfadado con ella, ya llevaba un rato enfadado. Le ardía el pecho. No sabía por qué.

—Por favor —dijo—. Piense en ello. Lo perderé todo.

—Debería haber pensado en eso hace tiempo, ¿verdad?

—Sí. —Aquello la detuvo, la cortó a medio camino—. Sí.

Se cubrió los ojos, y cuando apartó las manos estaba llorosa. Pasó un minuto, luego dos. Se secó las lágrimas. Sartaj estaba seguro de que la aplicación experta de

una ligera presión en los párpados le habría ayudado a romper a llorar, pero ahora parecía sinceramente triste. Había un cansancio que él reconocía, un agotamiento por perder algo construido a lo largo de los años. Tenías algo que valorabas muy poco, que tal vez habías despreciado o de lo que habías abusado por la confianza. Sin embargo entonces descubrías que esta pequeña cosa, esta conexión, esta construcción tan endeble había extendido sus raíces de forma profunda bajo tu piel, y hasta el hueso.

Kamala Pandey volvió a componerse. Preparando un ataque directo, niveló los hombros y se estiró un poco. Sartaj se acordó del bastón que rompió en el cuello de su marido, y se preguntó si el señor Pandey había aprendido a reconocer los impulsos de ella y se protegía.

—Mire —propuso—. Le pagaré.

Sartaj no dijo nada. Ella rebuscó en su bolso, buscó en el fondo, y sacó un sobre blanco grande. Se detuvo, y espero a que él reaccionase. Sartaj no dijo nada. Ella deslizó el sobre por encima de la mesa, lo dejó al lado del agua de él, cerca de su mano.

Sartaj alargó el dedo índice, empujó con suavidad para abrir la solapa. Billetes de cien rupias. Dos montones. Veinte mil rupias.

Ahora estaba muy enfadado. Presionó el sobre para cerrarlo. Presionó hasta que la uña se le puso blanca y roja.

—Escuche —bramó—. Esto no es bastante.

—Sí, sí, lo sé. Solo es un detalle. Preferiría pagarle a usted antes que a ellos. Solo ayúdeme. Solo haga que esto deje de suceder.

—¿Tiene tanto dinero por su cuenta?

—Trabajo. Mis padres me ayudan de vez en cuando.

Mantenía cuentas separadas, y tenía padres que la adoraban.

—¿Sus padres viven en Bombay?

—En Juhu.

—¿Hermanos y hermanas?

—No.

Era la hija única, malcriada, de padres acomodados, de repente metida en muchos problemas. Creía, de forma bastante absoluta, que se había ganado sus privilegios. Sería un placer cogerle el dinero. Pero Sartaj estaba muy enfadado.

—Señora, no puedo ayudarla sin una denuncia.

—¿Cuánto quiere?

Él empujó el sobre por encima de la mesa.

—Puedo arrestarla ahora mismo, por tratar de sobornar a un agente de policía.

Eso la hizo callar. Se puso una mano sobre la boca y comenzó a llorar. Sartaj pudo ver que esta vez era de verdad. Se levantó y se fue.

¿Por qué se había enfadado con ella? No fue solo por el dinero. Estaba bastante acostumbrado a aceptar dinero, a que le comprasen. Las cosas y la gente se compraban y vendían cada día en esta ciudad. Sartaj bajó a trompicones por el callejón lleno de hoyos que llevaba a la casa de Katekar, manteniendo la moto tan cerca como podía del centro de la calle. Las alcantarillas estaban obstruidas, y de vez en cuando las mareas de basura ocultaban agujeros importantes en el asfalto. En esta oscuridad poco uniforme, los *khuds* en la calle aparecían con rapidez, y podían derribar a un hombre. Todavía había un regusto persistente a indignación en la boca de Sartaj, un rencor ácido que no tenía nada que ver con el hecho de que ella fuera una niña malcriada, irritante. ¿Era tan solo que había sido infiel, que había hecho algo que se suponía que una mujer no hacía? Los hombres lo hacían todo el tiempo, Sartaj lo sabía. Lo hacían los empresarios, y lo hacían los trabajadores. Y a veces también lo hacían las mujeres. Lo sabía. A menudo veía, como había hecho hoy, las repercusiones. Había visto matrimonios rotos y cuerpos rotos, había oído sollozos y gritos angustiados. No era nada nuevo, en su trabajo lo había visto todo. Así que, ¿por qué se había enfadado?

Sartaj bajó los últimos metros hasta la esquina de Katekar. La casa estaba en la parte interior de un callejón que se estrechaba y torcía hacia la izquierda. Sartaj aparcó en la esquina, y levantó el asiento trasero para coger los paquetes. También había una bolsa de plástico apretujada en el portabultos de atrás. Se sacudió el enfado, la pregunta, y desfiló bajando el callejón, girando los hombros para deslizarse entre los grupos de peatones. Algunos de ellos le saludaron con la cabeza. Era una visita habitual desde hacía algunos meses, y ya le conocían. Sabía que algunos de ellos todavía debían de creer que había hecho que matasen a Katekar, pero ahora la mayoría era amigable.

Los hijos de Katekar estaban sentados cerca de la puerta de su *kholi*, estudiando. La luz de tubo de dentro arrojaba sombras hacia la calle, y Sartaj reconoció bien sus siluetas familiares antes de verles. Kohit siempre se sentaba hacia la izquierda de la entrada, con la espalda plana contra la pared y sujetando un libro a cierta distancia frente a él. Mohit siempre se estaba moviendo, sacudiendo la cabeza arriba y abajo incluso mientras escribía. Mientras Sartaj se acercaba, Mohit pasó de estar agachado con las piernas cruzadas a arrodillarse formando un arco por encima del cuaderno. Estaba haciendo de la página un revoltijo azul.

—Hola, Rohit-Mohit —saludó Sartaj.

—Hola —contestó Rohit, sonriendo.

Mohit mantuvo la cabeza agachada. Estaba escribiendo frenéticamente a través de dibujos que cruzaban las dos páginas del cuaderno abierto.

Sartaj se inclinó en la entrada y se sentó con la espalda apoyada con fuerza contra la jamba.

—¿Dónde está vuestra Ma?

—Aai está en su reunión.

—¿Qué reunión?

—Hay un Grupo de Bienestar Familiar. Es voluntaria, así que tiene que ir una vez por semana.

Desde luego eso era nuevo. Habían pasado poco más de dos semanas desde que Sartaj había ido de visita por última vez, y Shalini tenía una nueva rutina. La vida transcurría.

—¿Voluntaria para qué?

—Dan información. Aai va y habla con las mujeres de por aquí.

—¿Sobre salud?

—Sí. Y creo que sobre ahorrar dinero. Y la limpieza. Están planeando limpiar las calles. Hay algunos folletos aquí por alguna parte si los quieres ver.

—No, no.

Sartaj conocía los grupos, y las ONG que trabajaban con ellos, generalmente con el gobierno o con financiación del Banco Mundial. Los grupos eran tinglados para unos u otros, para las ONG o el gobierno o el Banco, pero a veces hacían un buen trabajo. Y Katekar había sido un gran defensor de la limpieza, así que el trabajo de Shalini era un homenaje digno.

—Tomad —dijo, y les dio los paquetes que había llevado.

—*Thank you* —contestó Rohit, en inglés.

Últimamente había trabajado muy duro con el inglés, y planeaba matricularse en un curso de informática para principiantes en un mes o así, nada más terminar los exámenes. Sartaj se había asegurado de que se reservase un puesto en las Clases de Informática Prabhat, que tenían fama de ser las mejores en la zona. «Aprenda Informática e Internet Por Solo 999 Rupias», publicitaban en anuncios multicolor pegados en una pared sí y otra no. Rohit estaba revisando las bolsas, apartando las bolsitas de plástico con dal, y atta, y arroz.

—Eh, tapori —le dijo a Mohit, y le lanzó dos cómics—. El último de Spiderman —soltó Rohit—. Da las gracias.

Mohit no podía apartar las manos de los cómics, pero no diría *thank you*. Sartaj se preguntaba qué le habrían dicho los vecinos sobre la muerte de su padre, a quién habría aprendido a maldecir. Era un chico extraño, se había convertido en un pequeño pillo con el ceño fruncido, muy opaco y muy entrecortado, que saltaba con fuerza desde el interior.

—A nuestro Mohit le gusta Spiderman —apuntó Sartaj—, pero es un indio patriótico. No le gusta decir *thank-you-thank-you* todo el tiempo, como esos americanos.

Rohit se rió.

—Sí, la grosería es nuestro derecho de nacimiento.

Pellizcó la nariz de Mohit, y Mohit hizo un ruido de fastidio y corrió más allá de

la separación para entrar en el otro cuarto.

—De verdad quiere ser como Spiderman. Ahora durante dos días dormiré con los libros. *Kartiya sala*. —Rohit se dio un golpecito en la frente.

Sartaj desabotonó el bolsillo del pecho, sacó un sobre.

—Diez mil —dijo.

Lo entregó, y se rascó la barba. El tiempo se estaba volviendo muy caluroso, asentándose en la deprimente quietud absoluta y el abatimiento de los meses previos al monzón. Tenía el cuello de la camisa empapado en sudor.

Esta vez Rohit no dijo *thank you*. Se levantó, sujetando el sobre contra el pecho, y después Sartaj oyó el chirrido metálico de un armario que se abría y se cerraba. Rohit volvió con un vaso de agua. Sartaj bebió. Era un buen chico, Rohit, y era demasiado joven para poner dinero en armarios y pensar en cómo enderezar a su hermano pequeño. Pero había niños de seis años ganándose la vida en cualquier esquina allá bajo en Colaba.

Se sentaron un rato, hablando de ordenadores, Oriente Medio, y de si Kajol habría más películas. Rohit pensaba que Kajol era la mejor actriz desde Madhubala. Sartaj llevaba mucho tiempo sin ver películas, pero le alegró estar de acuerdo. Cuando hablaba de Kajol, Rohit se volvía apasionado y feliz, y gesticulaba de forma enfática con las manos hacia el pecho de Sartaj mientras describía las virtudes de Kajol. Kajol no solo era una gran actriz, también era una buena esposa y madre. Sartaj se descubrió sonriendo, y estaba contento de escuchar, y estaba de acuerdo, y dejó que llegase la noche.

A la mañana siguiente, Sartaj se reunió con Mary en el apartamento de su hermana. Como esperaba, pasaron varias semanas para que le concedieran a Mary el apartamento de Jojo, su única pariente viva. Pero en ese momento se alegró de informarle por teléfono de que tenía la llave, todo estaba listo. El martes era el día libre de Mary, y él estuvo de acuerdo en reunirse con ella como primer asunto de la mañana, antes de ir a la comisaría. Se levantó pronto, se arrastró a la ducha, y estuvo en el edificio puntual a las seis y media. Ella le estaba esperando al lado del ascensor, como habían acordado. Con ella había una mujer muy alta, muy delgada, que miraba a Sartaj de forma ligeramente divertida.

—Esta es mi amiga, Jana —presentó Mary.

Sartaj no esperaba a la amiga Jana, pero lo cierto es que tenía sentido que Mary llevase a una amiga.

—Namaskar, Jana-ji —saludó.

Jana captó el sarcasmo apagado, y le hizo más gracia.

—Namaskar, Sartaj-ji —replicó.

Sartaj sonrió y, de forma bastante imprevista, Mary sonrió. Su barbilla se adelantó un poco, y los ojos se le estrecharon, y su rostro se transformó bastante. La carga de

seriedad se alejó de ella, se desvaneció. Sartaj no estaba del todo seguro de qué era exactamente lo que le parecía divertido, pero fue un alivio y una revelación ver que podía divertirse.

—¿Vamos? —preguntó, señalando hacia el ascensor.

—Sí, sí —contestó Mary—. Jana ha venido para cuidarme.

De pie en el ascensor cerca de las dos, Sartaj pudo ver que de hecho Jana era muy competente. Llevaba una mancha de sindur en el cabello peinado con una cuidadosa raya al medio, una kurta roja apagada sobre salvars negros. Los zapatos eran cómodos y prácticos, y llevaba una cartera grande y cuadrada con correas anchas para el hombro. Dentro llevaba una botella de plástico, sin duda llena de agua hervida. Era la bolsa de una madre, bonita pero con mucha capacidad y resistencia. Podría llevar el almuerzo, chocolatinas, verduras y libros del colegio. Era una bolsa digna de confianza.

La cerradura del apartamento de Jojo estaba vendada con fuerza con lonas gruesas que también entraban en el listón, y las capas estaban aseguradas con el precinto soso de cera roja marcada por la Policía de Mumbai. Sartaj le dio la llave a Mary, y buscó un par de tijeras grandes y negras en su bolsa del gimnasio. Había venido preparado. El precinto saltó con un desgarrón, y después Sartaj observó mientras Mary luchaba con la llave contra la cerradura.

—Déjeme —dijo él, y Mary negó con brío con la cabeza y recolocó los hombros para seguir con la tarea.

Jana le lanzó una mirada compungida a Sartaj por encima de la cabeza de Mary: así es ella, déjala. Esperaron. Después la cerradura cedió con un chirrido, y entraron.

Jana se apresuró a abrir las ventanas, revelando el salón por partes. Mary todavía estaba cerca de la puerta. Sartaj alargó la mano detrás de ella y la deslizó arriba y abajo de la hilera de interruptores. No había luces, no había electricidad.

—Yaar, esto es bonito —llamó Jana desde la cocina, mezclando sorpresa y una buena dosis de indignación.

Las mujeres siempre se indignaban cuando mujeres oficialmente malas conseguían dinero, tenían gusto, disfrutaban de una pequeña felicidad, pensó Sartaj. Pero Mary resultaba ilegible. Paseaba por el apartamento, se detenía en cada habitación y las miraba en detalle, y estaba muy callada. Los comentarios de Jana seguían: en el dormitorio, la espléndida colección de calzado de Jojo produjo un momento de silencio atónito, seguido de dos minutos de referencias ofendidas a Jayalalitha e Imelda Marcos, y después un inventario largo y concienzudo. Mary estaba de pie en la entrada, con las manos a ambos lados.

Sartaj empujó una ventana para abrirla.

—Aquí había algunos álbumes de fotos —comentó—. Deben de estar aquí por alguna parte.

La habitación era un revoltijo, y los zapatos y ropas y revistas desperdigados yacían bajo una gruesa costra de polvo.

—Ah, aquí —comentó Sartaj, y rodeó la cama para ir hacia el tocador.

Cogió el primer álbum, y le dio unos golpes. Un polvo fino salió volando de la cubierta, y de repente Sartaj se dio cuenta de lo fuerte que había sonado su voz, lo triunfal. La luz directa de la ventana no llegaba a alcanzar a Mary, y no podía verle la cara.

—Debería ir a la oficina del *BSES*, y que volvieran a conectar la electricidad.

Volvió a colocar el álbum sobre el tocador.

—Deben de haber algunas facturas pendientes. Muy bien, pues, he de irme.

Saludó con la cabeza, dio un paso y se detuvo.

Mary retrocedió al pasillo para dejarle pasar. Sartaj levantó una mano para saludar a Jana, y ella le respondió con la cabeza, pero estaba mirando a Mary. Sartaj ya había recorrido todo el pasillo cuando Mary habló.

—Gracias —dijo.

—Sí, sí —contestó Sartaj—. No hay de qué.

—No me he olvidado.

—¿Qué?

—De su investigación sobre Ganesh Gaitonde. Intenté pensar en Jojo, por si podía recordar algo.

—Gracias.

Ella volvió a sonreír, y de nuevo esta vez fue de repente, sin previo aviso. Levantó la mano izquierda, alargando la mano hacia él y girándola solo desde la muñeca. Sartaj asintió, y cerró la puerta.

Hora y media de dar vueltas y enroscarse había dejado exhausto a Sartaj, pero más despierto que cuando se metió en la cama. Se había acostado justo después de la medianoche, sintiéndose virtuoso por lo temprano de la hora, y limpio por una ducha prolongada. Pero ahora una agitación pequeña e incesante trabajaba bajo su piel. Había bebido tres whiskies-con-agua. Y sin embargo no llegaba el sueño. Se incorporó. En el cristal de la ventana se balanceaban sombras de alambres. No podía acordarse del nombre del perro. Era aquel perro blanco pequeño que el marido de Kamala Pandey había arrojado por la ventana. Sartaj se acordaba de como quedo extendido con las patas tiasas en el aparcamiento, pero no podía acordarse del nombre de aquella cosa gaandu. Todavía tenía el número de ella. Podía llamar a Kamala Pandey y preguntarle: ¿cuál era el nombre del perro que mató tu marido, que matasteis los dos juntos, mientras jugabais a vuestros juegos sucios?

Sartaj columpió los pies hasta el suelo, se frotó los ojos. No podía hacer eso, sería acoso policial, persecución, algo. Pero sabía quién estaría despierta a las dos de la madrugada. Marcó, apretando las teclas encendidas con un dedo tembloroso. Escuchó el tono y esperó, sujetándose la mano. Estaba muy nervioso. Necesito tomarme la tensión, pensó. Había un historial en la familia: el padre de Sartaj había luchado

contra la hipertensión y el colesterol alto toda la vida. Había sobrevivido a un ataque al corazón, y nueve años después murió tranquilamente mientras dormía, por causas que los médicos dijeron que eran naturales.

—Peri pauna, Ma —saludó Sartaj.

—Jite raho, beta —contestó ella—. ¿Acabas de llegar a casa?

—Sí. Trabajo de asistencia social.

El trabajo era un motivo aceptable para llamar tan tarde. Admitir insomnio ocasionaría una investigación sobre sus hábitos alimenticios, su consumo de alcohol y su salud. Se convertiría en preventivo.

—Ma, sueñas ronca. ¿Te estás resfriando?

—¿Un resfriado, yo? Nunca me resfrío. Quien siempre se resfriaba era tu padre. Tenía esa sangre débil de Bombay. Nosotros crecimos en un buen clima limpio, estábamos acostumbrados a inviernos buenos y fríos.

Era un tema antiguo, que el sardar del noroeste era más fuerte que el sardar de Bombay. Las hermanas eran las más fuertes de todos, y Navneet-bhenji era la mayor y la más resistente de las hermanas. Ahí estaba, la historia de la tía inquebrantable y perdida hacía mucho tiempo.

—Navneet-bhenji solía bañarse con agua fría incluso las mañanas de enero. A las seis y media de la mañana porque tenía que llegar temprano a las clases de la facultad. Incluso Papa-ji le decía que se pusiera un poco de agua caliente, pero ella nunca escuchaba. Y si la mirabas, pensarías: ¡qué cosa tan delicada y preciosa! Era estudiante de literatura, parecía que fuese a contar perlas en un palacio, pero era fuerte como un campesino. También solía pintar bien de verdad, ¿sabes? Esas escenas rurales de pueblos, y casas, y vacas. Había una que hizo de nuestra nueva casa que era maravillosa, era tan exacta...

Entonces se produjo una pausa. Esa interrupción también era familiar, mientras Ma lloraba la pérdida de la querida hermana. Navneet-mausi fue asesinada durante la Partición, pero Ma había estado hablando de ella tanto tiempo como Sartaj pudiera recordar. Estaba muerta, pero siempre había estado en la vida de Sartaj. Todos los hijos y nietos de la familia la conocían bien, a esta mausi ausente. Habían vivido con ella, con las historias y la rigidez que se producía en los rostros de los mayores cuando hablaban de ella. Sartaj había intentado de vez en cuando insistir más allá de aquella limitación del músculo y el nervio, aquella congelación de la emoción, hasta lo que realmente había pasado durante aquellos días manchados de sangre. Pero todo lo que siempre decía Ma era:

—Aquellos fueron días muy malos, días muy malos. Y eso era todo.

Y eso era lo que decían todos ellos, todos los tíos y tías y abuelos. Eso, y una maldición esporádica contra los musulmanes: beta, no lo sabes, son mala gente, muy mala gente.

Pero esta noche Ma no estaba enfadada por viejas heridas, o amargada, solo estaba callada. Así que al final Sartaj dijo:



—No sé cómo te acuerdas de esas cosas antiguas. Cuadros exactos y cosas así. Yo ni siquiera puedo acordarme del nombre de un perro.

—¿Qué perro?

De modo que Sartaj le contó la historia: el marido, la esposa, el perro arrojado por la ventana.

—¡Qué hombre tan horrible! —exclamó Ma. Le gustaban los perros, y a ellos les gustaba ella—. ¿Le arrestaste?

—No.

—¿Por qué?

—La esposa no presentó cargos.

—Arre, se abusó de un animal inocente.

—Ella ni siquiera diría que él lo había arrojado por la ventana.

—Quizá le tenía miedo.

—Ella tampoco es tan inocente.

—¿Por qué? ¿La volviste a ver? —Ma se había pasado décadas peleando con un policía, dos policías, de forma que había desarrollado su propia habilidad para captar matices y verdades no dichas—. ¿Qué pasa con ella?

Era una historia fea para contársela a su madre tan tarde por la noche, pero Sartaj se la contó. Quizá un pequeño y rápido informe de la esposa, el piloto, la cámara, el chantaje. Mantuvo al margen el soborno que había ofrecido la esposa, y su top blanco pequeño y apretado. Ma tenía opiniones severas sobre el descaró en cualquier forma, y no quería predisponerla abiertamente contra Kamala Pandey. La esposa descarriada estaba condenada con seguridad en cualquier circunstancia.

—Por supuesto le dije que no podía trabajar en su caso, sin una denuncia. Es una idiota —apuntó—. Una idiota que cree que puede conseguir lo que quiera, hacer lo que quiera.

—Sí —replicó Ma—. Su padre debe de haber hecho cualquier cosa que quisiera su hijita, y no le ha dado ninguna disciplina. La gente malcría a sus hijos hoy en día.

Sartaj se rió fuerte. Por eso llamaba a su madre en medio de la noche, por estos repentinos saltos de perspicacia, estas confirmaciones de sus propios palpitos. A veces ella era bastante asombrosa.

—Sí, es una niña mimada. Muy irritante.

Se sentó en la cama, y bebió un trago largo de agua. Ya se sentía mejor, oyendo la voz de su madre, escuchándola respirar.

—¿Tú y Papa-ji hablabais mucho de sus casos?

—No, no. No le gustaba hablar conmigo del trabajo. Decía que la vida de un policía significaba que no podías escaparte del trabajo hasta la medianoche. Entonces, llegar a casa por fin y seguir pensando y hablando del trabajo, te volvería loco. Así que hablábamos de otras cosas, y decía que eso le relajaba. Eso es lo que decía de todas formas.

Sonaba divertida de forma seca. Sartaj pudo imaginar cómo ella inclinaba la

barbilla, aquella mirada hacia abajo.

—La verdad es que era anticuado. Pensaba que yo me asustaría por todos los asesinatos y cosas sucias que tenían que investigar. Pensaba que las mujeres no deberían ser expuestas a ese tipo de cosas.

—¿Y tú estuviste de acuerdo con eso?

A ella le encantaban las películas de acción, y en los últimos años había desarrollado un gusto inexplicable por todas las series de televisión realmente malas, sangrientas, de miedo, con luz de luna y gritos. Leía con entusiasmo las columnas de sucesos en los periódicos cada mañana y ofrecía comentarios, y la observación repetida acerca de que el mundo era un mal lugar, y se estaba volviendo peor.

—Beta, te adaptas. Te adaptas. Él no quería hablar del trabajo, así que yo no lo hacía. Así es como te pones de acuerdo. Eso es lo que esta generación nueva no comprende.

Se refería a la generación de Sartaj, y Megha. Sabía que Megha se había casado, que estaba final y completamente fuera del alcance de Sartaj, pero de vez en cuando revisaba lo que había pasado, lo que debería haber pasado, lo que debería haber hecho Sartaj. Hacía tiempo que Sartaj había dejado de discutir, o incluso de responder con otra cosa que no fuera el esporádico «Sí». Se recostaba y escuchaba. Era su madre, y él se adaptaba.

—*Achcha*, ahora vete a dormir —le dijo—, o estarás cansado para tu turno.

—Sí, Ma —contestó Sartaj.

Se despidieron, y él se dio la vuelta hacia la ventana para poder sentir el aire en la cara. Se durmió con facilidad, y soñó. Soñó con una llanura enorme, un cielo sin nubes, una hilera interminable de figuras caminando. Se despertó de repente. El teléfono estaba sonando.

Aún no eran las siete, lo sabía sin abrir los ojos. Se notaba esa tranquilidad, en la que un solo pájaro estaba piando. Esperó, pero el teléfono no iba a parar. Alargó la mano para cogerlo.

—Sartaj —dijo su madre—, debes ayudar a esa chica.

—¿Qué?

—Esa mujer de la otra noche, sobre la que me hablaste. Deberías ayudarla.

—Ma, ¿has dormido?

—¿Adónde va a ir? ¿Qué va a hacer? Está sola.

—Ma, Ma, escúchame. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. ¿Qué me iba a pasar?

—De acuerdo. Pero ¿a qué viene todo esto sobre esa estúpida mujer?

—Solo estaba pensando esta mañana. Deberías ayudarla.

Sartaj se masajeó los ojos, y oyó al pájaro. Las mujeres eran misteriosas, y las madres eran más misteriosas. Ahora Ma estaba callada, pero era su silencio absoluto. Era una tranquilidad que no toleraba ningún murmullo de fondo, ninguna resistencia. Él tenía muchas ganas de volver a dormir.

—Sí, está bien. De acuerdo.

—Sartaj, lo digo en serio.

—Yo también. De verdad, lo haré.

—Está sola del todo.

Como toda la gente del mundo, quiso decir Sartaj. Pero él se armó de obediencia.

—Lo entiendo, Ma. Prometo que la ayudaré.

—Ahora me voy al gurudwara.

No tenía ni idea de qué tenía que ver con llamarle y sacarle de un sueño perfectamente bueno, pero susurró:

—Sí, Ma —y colgó el teléfono.

La cama de Sartaj estaba moldeada para su cuerpo, el pájaro no sonaba muy fuerte, la mañana era fresca bajo su ventilador silencioso, pero ya no tenía sueño. Maldijo a Kamala Pandey. Saali Kamala Pandey, es una *kutiya*, le dijo al pájaro, maldita *raand*, y se levantó.

Sartaj pasó la mañana escribiendo informes redundantes sobre robos menores que serían investigados de pasada y nunca resueltos. Se le fue la tarde en los tribunales, entre dos magistrados y tres casos. A las cinco se tomó una taza de té en el restaurante que había al cruzar la calle, y se comió una tortilla grasienta. El restaurante se llamaba Shiraz, y estaba lleno de abogados chismorreando. Sartaj se ocultó en la parte de atrás del anexo con aire acondicionado que estaba en la primera planta, e intentó evitar encontrarse con los ojos de los abogados mientras estos iban al lavabo. Se inclinó resoplando sobre un vaso grande de *chaas*, se limpió el bigote y empezó a sentirse mejor. Logró atravesar el anexo sin tener que hablar con nadie, y bajar todas las escaleras. Pero a medio camino hacia la entrada un larguirucho con la cara picada de viruela se levantó para interceptarle.

—¿Eres Sartaj Singh?

Este no era abogado. Tenía la camisa gris manchada de sudor, y mostraba la deferencia mezquina, astuta, de quien estaba acostumbrado a que la gente danzase a su alrededor. Pero tenía una voz que compensaba su complejión, estridente y profunda.

—¿Quién eres tú? —replicó Sartaj.

—No te acuerdas. Te conocí en el funeral. Y dos o tres veces antes de eso.

Claro, esta voz.

—Eres de Katekar... el marido de la hermana de Shalini.

—Vishnu Ghodke, saab.

—Vishnu Ghodke, sí. Sí.

Sartaj le recordaba del funeral, pero no de antes de eso. En el funeral estuvo ocupado llevando cosas, organizando a los asistentes, dirigiendo a los sacerdotes.

—¿Va todo bien, Vishnu?

Vishnu Ghodke se tocó el esternón.

—Con tus bendiciones, saab. Aunque...

Sartaj asintió.

—Sí. Katekar era un buen hombre.

Esperó a que Ghodke diera un paso adelante.

—Nos volveremos a ver en algún momento.

Sin embargo, Ghodke no estaba del todo dispuesto a dejar a Sartaj. Se giró de lado para dejar pasar a Sartaj, y después le siguió fuera hasta la acera.

—¿Has visto a los chicos de dada? —preguntó al hombro de Sartaj.

De pronto Sartaj fue consciente de que no le gustaba demasiado Vishnu Ghodke. No estaba del todo seguro de por qué, pero quería ponerle una mano sobre la cara y lanzarlo hacia atrás rápido contra la pared.

—Sí, les vi ayer. Ayer por la tarde. ¿Están bien?

—Claro, claro, saab. No, no es nada de eso.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Estaba su aai allí?

—No, había salido.

Vishnu Ghodke giró la cabeza hacia un lado, para mirar la oleada vespertina de coches que iban hacia el juzgado. Sobre su cabeza estaba el cartel rojo de «Shiraz», con los caracteres dispuestos con delicadeza en cuatro lenguas.

—Es por eso, saab —dijo, volviendo a Sartaj—. ¿Qué es eso? Una mujer debería estar en casa. Una mujer debería estar con su familia.

—Tiene que trabajar, Vishnu.

—Pero eso no es trabajo, deambular por la tarde, dejando a sus hijos con hambre.

Estaba haciendo gestos amplios hacia la calle y los tribunales más allá, como si Shalini estuviese corriendo de forma salvaje entre las togas negras y los arcos manchados.

Sartaj subió los hombros, sintió el latido denso de la violencia por los antebrazos. Maderchod. Este bastardo tiene que salir ahora, hoy.

—Esos niños están alimentados y felices —contestó—. Su hogar está bien cuidado. ¿Es que eso hace que te pique el gaand? —Vishnu Ghodke se apartó avergonzado, encontró la pared detrás—. ¿Haan? Dime.

—Saab, yo solo estaba diciendo...

—¿Diciendo qué?

—Ha empezado a ir a esas reuniones. —Ahora Vishnu estaba intentando encontrar una voz tranquila, íntima. Quería ser un hombre hablando de forma razonable con otro hombre.

—Hablan sobre salud. ¿Y qué?

—Saab, la salud es una cosa. Pero les cuentan todas esas... esas cosas poco civilizadas. Todas esas cosas que no son adecuadas para mujeres decentes. Y les dicen que vayan por ahí y hablen con chicas jóvenes y lo expandan por la comunidad.

¿Por qué necesita saber sobre el embarazo y los *Nirodh* y todo una chica soltera? Tengo hijas pequeñas, soy padre, y le digo que se está volviendo muy difícil. Tal y como está, uno nunca sabe lo que puede salir por televisión, justo en pleno el día. Es imposible que una familia se siente junta y la mire. Y después tenemos gente como esta, gente educada que capta a mujeres como Shalini y les trastornan la cabeza.

Sartaj consideró darle un tortazo a este defensor de la cultura, uno en cada mejilla escuálida. Pero eso no le metería ningún sentido en la cabeza, solo le haría más militante en la defensa de sus hijas.

—No te preocupes por la cabeza de Shalini —respondió—. Y no está hablando con tus hijas. Si les dice algo que no te guste, pídele que pare.

—Esa mujer no escuchará a nadie, saab. Su marido se ha ido, así que piensa que puede hacer lo que quiera.

—Así que no te escuchará. ¿Por eso estás tan enfadado?

Vishnu se frotó el hombro, donde el yeso de la pared había dejado una marca. Se había vuelto más seguro de sí mismo a medida que hablaba, se había olvidado de parte de su miedo.

—Saab, no estoy preocupado por mí. Solo estoy pensando en los chicos, y ese hogar. Ese hogar sufrirá. Tenemos un dicho: *gharala paya rashtrala baya*.

Sartaj alargó una mano y la colocó sobre el hombro de Vishnu. Sonrió. Para los peatones que pasaban, tan solo eran dos amigos pasando el rato con bromas amistosas. Pero Vishnu se estaba retorciendo por la presión del pulgar de Sartaj justo debajo de la clavícula.

—¿Así que ahora también te preocupas por el país? —preguntó Sartaj—. Escúchame, Vishnu, no me gusta que vayas hablando por ahí, causándole problemas a ella. ¿Crees que eres algún santo bhenchod? Deambulas como un altavoz bastardo, soltando mentiras.

—Pero todo es verdad, saab.

Sartaj lo apretó, y en ese momento Vishnu se asustó realmente.

—Es cierto que está tratando de cuidar de sus hijos. Y hacer algo de bien. Tú eres un hombre pequeño, Vishnu. Tienes un cerebro pequeño, bastardo mezquino, Vishnu. No me gustas. Así que cállate. Mantén la boca cerrada. ¿Entendido?

Los ojos de Vishnu brillaban con lágrimas. Con una mano tenía agarrada la muñeca de Sartaj, pero no pudo alejar el dolor.

—¿Entendido?

—Sí —contestó Vishnu. Pero tenía la perseverancia de una rata acorralada, este Vishnu. Susurró, apartando la vista—: Pero no soy el único que lo dice. Otra gente lo está diciendo también.

Sartaj le soltó, y se inclinó para acercarse más a él.

—Sí, otros maderchods como tú siempre están dispuestos a decir esto y aquello sobre una mujer que está sola. Especialmente cuando eres un cuñado tan decente que tú mismo inicias los rumores.

Vishnu asintió, mirando hacia abajo. Claro que no iba a parar. Claro que seguiría con ello, añadiría y adornaría. Pero ahora sabía que habría consecuencias.

—Si oigo que causas problemas, iré y te buscaré, Vishnu. Ahora ella necesita tu ayuda. Vive con ella como debería hacerlo una familia, Vishnu. Ayúdala a fortalecer ese hogar, no lo destruyas con tu boca.

Vishnu movía la mandíbula, pero mantenía la cabeza agachada y la boca cerrada, como le habían ordenado. Sartaj no tenía duda de que la abriría tan pronto como se sintiera a salvo. Sartaj le dio unos golpes suaves en la mejilla:

—Te estaré vigilando —dijo, y se marchó.

*Gharala paya rashtrala baya.* De modo que si la estabilidad y la prosperidad de una casa dependían de sus cimientos, y la de un país de sus mujeres, ¿qué iba a hacer Sartaj con la brillante y muy poco fidedigna Kamala Pandey? Tenía las instrucciones inequívocas de Ma, y a pesar de la distancia, y su edad, por lo general hacía lo que ella quería. La mayoría de las veces. Pero era una sentimental, que quería rescatar de sus problemas a las mujeres perdidas. Pertenecía a otra generación, y no tenía ni idea de qué tipo de problema era Kamala Pandey. No podía tener idea de cuánto irritaba Kamala Pandey a Sartaj. Era fácil de decir, debes ayudar a esa chica. Era mucho más difícil soportar a la zorra.

Sartaj dejó que se asentara en su estómago durante tres días. Siguió adelante con sus asuntos, investigó, arrestó, escribió informes, bebió, durmió. Kamala Pandey permaneció con él, y era agradable imaginársela con problemas, estremeciéndose y encogiéndose de miedo bajo la ducha de lenguaje grosero que le llegaba por el móvil, y que se llevasen dinero suyo. Sí, debería aprender que el mundo no se hizo para su deleite. Sí, debería saber que no podía tener cualquier cosa que quisiera. Al cuarto día el placer decayó, y por la tarde había sido sustituido por un sentimiento pesado de responsabilidad.

—¿Qué pasa, Sartaj? —preguntó Majid Khan.

Estaban de pie en el balcón de Majid, esperando para cenar. Sartaj tenía en la mano su segundo vaso de Black Label. Majid llevaba pantalones cortos de color rojo, y estaba bebiendo zumo fresco de mausambi, y hablaba con la autoridad tranquila de un viejo amigo que sabía exactamente cuándo Sartaj estaba más taciturno de lo habitual. Presionaría hasta que Sartaj hablase. Así que Sartaj le habló de Kamala Pandey, toda la historia.

—Es un elemento de primera calidad —dijo—. Presume de su dinero. Así que algunos chicos le están quitando parte de él.

Majid se acarició el bigote hacia arriba. Tenía un movimiento que extendía con el pulgar y el índice y que empleaba cuando se estaba concentrando.

—Muy interesante. No creo que haya un problema de verdad con el caso.

Quería decir que mantenerlo fuera de los libros de la comisaría no sería muy

difícil, o inusual. Existía la posibilidad de conseguir un buen dinero, lo que siempre haría posible la discreción. Majid levantó su vaso.

—Y, Sartaj, si es tan *namkeen*, investigarla puede ser divertido.

—Arre, Majid, no estoy interesado en ella.

Eso hizo que Majid se enderezase, y se girase hacia Sartaj.

—Yaar, dijiste que era sexy. Lo está soltando por todas partes. Tiene el *chaska* para ello. Así que, ¿qué tiene que ver el interés o el no interés? Toma algo.

La lógica era impecable: si una mujer fue infiel una vez, estaba libre y dispuesta de forma definitiva. A veces los chantajistas empleaban el conocimiento sobre un romance para llevarse algo ellos mismos, para agarrar lo que se estaba distribuyendo. Los chantajistas de Kamala Pandey todavía no habían intentado eso, pero tal vez lo hiciesen, cuando ella se quedase sin dinero. Así era como funcionaba la economía, había muchas formas de pagar. Sartaj escupió por encima de la reja.

—Ma dijo que debería ayudarla —comentó.

—Claro que lo diría.

—Pero...

—No te interesa el dinero, no te interesa la mujer. —Majid se encogió de hombros—. Así que no la ayudes.

—Sí. Pero ¿qué pasa con esos chantajistas bastardos?

Asintieron mutuamente, sonriendo. Se conocían demasiado bien. Fuera lo que fuera lo que pensase de Kamala Pandey, Sartaj estaba seguro de que odiaba de forma completa, sin ambages, a los chantajistas. No le gustaba que operasen en esta zona, en su localidad, en su área, en su mohalla. Maderchods, bhenchods, quería apretujarles los golis y ver si lloraban. Majid, que se estaba rascando el muslo bajo los pantalones, pensaba de la misma manera. Sartaj podía verlo. Majid tenía la teoría de que todos los polis buenos de verdad salían de madres fuertes. Había conocido a la madre de Sartaj, y su propia *Atntni* era una vieja bruja diminuta y arrugada que atemorizaba a sus nueras y todavía concertaba matrimonios para sus nietos sin consultar a nadie. Majid pensaba que una madre que mantuviese una casa en orden, que la tuviese limpia y tuviese reglas claras sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, en realidad, terminaba entrenando a sus hijos para ser buenos policías. Podría enumerar a los hombres del departamento a quienes admiraba, y hablarte de sus madres. Sartaj pensaba que había algo en la teoría de Majid. La madre de Katekar, por ejemplo, había sido una matriarca fuerte, de enormes caderas. Años después de su muerte, Katekar hablaba de sus enfados con respeto.

—Creo —dijo Masjid, inclinándose hacia delante para entrechocar los vasos—, inspector Sartaj, que si tu Ma te dice que lo hagas, tienes que poner a esos chantajistas fuera de circulación.

Sartaj tuvo que estar de acuerdo.

—Llamaré a la señora Pandey —concedió—. Después de cenar.

Durante la cena, Sartaj observó cómo Majid y Rehana bromeaban entre ellos.

Discutían sobre sus respectivos padres, sobre qué pareja era más excéntrica. Sus propios hijos se reían. Majid contó historias sobre la madre de Rehana que Sartaj había oído antes, pero volvió a reírse. Rehana era cariñosa con sus propios hijos, con Farah e Imtiaz, y Sartaj pensó que ninguno de esos niños lograría ser un buen policía. No dudaba de que Rehana fuese una madre eficiente, y amable, pero no ocupaba las vidas de sus hijos de la forma antigua sobre la que había estado hablando Majid. Era amiga suya. Y, de todos modos, ambos niños eran demasiado ambiciosos como para plantearse una carrera en el cuerpo, que producía tipos desequilibrados como el amigo sardar de su padre.

Sartaj condujo hacia casa, eructando con fuerza todo el camino. Iba muy despacio, bastante consciente de que estaba borracho. Una luna perfectamente llena se escondía tras los edificios y salía como una flecha entre las vallas publicitarias del estreno de Shah Rukh Khan de la semana siguiente, una gran historia de amor. Sartaj se inclinó con suavidad por una rotonda, y pensó que los carteles se habían convenido en algo mucho más satinado que los pintados a mano que recordaba de la niñez, que hacían que Dharmendra pareciese un alienígena con la cabeza inflada. Ahora el amor era más brillante en general, o al menos tenía ese aspecto. Kamala Pandey estaba descubriendo lo sucio que podía ser, lo escuetas e inhóspitas que parecían las habitaciones de hotel a través del objetivo de una cámara. Parado en un semáforo, bajo otro cartel de Shah Rukh, Sartaj consideró la posibilidad de sacarle provecho a ella: ¿quería acostarse con Kamala Pandey? ¿Lo haría? Sartaj pensó que no. Era irritante, egocéntrica, malcriada. Y de todos modos chodoarla sería espectacular, requeriría un esfuerzo de voluntad y fuerza que sería agotador, que sería cualquier cosa menos placentero. No, si la ayudaba, sería por el dinero, y solo por eso.

Sartaj llegó a casa, se quitó los zapatos y los calcetines y marcó el número de Kamala Pandey. Ella descolgó al primer tono, y Sartaj pudo oír el pánico en su «¿Hola?».

—Soy el inspector Sartaj Singh —contestó.

Oyó la respiración que ella dejó salir en ese momento, como si alguien la hubiese golpeado con fuerza bajo el esternón.

—Sí —contestó ella—. Sí.

Bajo su voz, se oía conversación, música. Un hombre estaba hablando, cerca de ella. Estaban en un restaurante, la joven pareja de éxito.

—Quiero volver a verla. En el mismo lugar, a las cuatro en punto. —Ella no dijo nada—. ¿Me oye?

—Sí.

—No se preocupe. Voy a ayudarla.

—De acuerdo. Gracias.

Estaba esforzándose por sonar despreocupada, como si estuviese hablando con una amiga sobre la cita en la peluquería.

—¿Han vuelto a llamarla? Tan solo diga sí o no.



—Sí.

—Hablaemos mañana. Relájese. Traiga esa lista con sus números. A las cuatro en punto, en el mismo sitio.

—De acuerdo, sí.

Sartaj colgó. Puso los pies sobre la mesita, se aflojó el cinturón. Cuando le pagasen el trabajo, tal vez podría llevar a Ma a Amritsar. La llevaría a Harmandir Sahib, y la observaría rezar. Era reconfortante sentir la intensidad de su devoción, le traspasaba como una especie de calidez familiar. No estaba seguro de que fuera porque había crecido con el murmullo de sus oraciones siempre sonando cerca por alguna parte, o si en su interior quedaba alguna hebra olvidada, subterránea, de creencia que recobraba vida parcialmente cuando ella tarareaba y cantaba. De todos modos, la llevaría a Amritsar, e ignoraría sus comentarios imprudentes acerca de que ese viaje era el último que ella hacía. Si Ma quería que ayudase a la odiosa Kamala Pandey, que también sacase un beneficio del trabajo. Tan solo era justo, tan solo encajaba.

Kamala Pandey llevaba un conjunto negro el día siguiente en Sindoor. Estaba sentada en la mesa cerca de la cocina cuando Sartaj entró en el restaurante unos minutos después de la hora. Tenía una botella de agua mineral delante de ella, y un teléfono móvil tan diminuto que parecía imposible. Llevaba el pelo peinado hacia atrás en una coleta alta, y Sartaj sabía que la blusa negra era definitivamente de sport, pero aun así tenía un aspecto lo bastante acicalado como para salir en televisión, en algún canal de música.

—Hola —saludó ella—. Gracias.

Solía inclinar la cabeza hacia abajo cuando sonreía, de forma que te miraba hacia arriba con sus ojos enormes.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó Sartaj.

Quería conversaciones cortas con ella, limitadas a necesidades y asuntos profesionales. Ella escarbó en su bolso, que no era el plateado que había llevado la otra vez. Este era un triángulo negro, hecho de algún material irisado.

—¿Y los números?

—Hoy el dinero es más que ayer —respondió ella.

Había treinta mil en el sobre. Sartaj asintió.

—¿Llamaron ayer por la tarde?

—Sí. A la una y veinticinco. Les dije lo que usted me dijo que les dijera, que necesitaba tiempo para reunir el dinero. No son gente agradable.

—¿La insultaron?

—Me dijeron cosas muy muy malas.

Su letra estaba llena de curvas y guiones y florituras, pero había sido meticulosa en cuanto a tomar nota de las fechas y horas de las llamadas en columnas ordenadas

con encabezados.

—¿Cuándo hizo el primer pago? —preguntó Sartaj, e hizo una anotación en la página—. Y cuando llamaron, ¿oyó algo interesante? ¿Cualquier cosa?

—No. Lo intenté. Un coche o un escúter pasando por el lado, de vez en cuando. Pero nada más.

—Siga intentándolo. Serán muy groseros, la amenazarán. Tan solo retráselo. Necesito algo de tiempo para indagar esto. La llamaré pronto.

Sartaj recogió el sobre y empujó su silla hacia atrás.

—¡Espere! —Lanzó una mano imperiosa, y después la dejó caer bajo la mirada de Sartaj—. Por favor. Dijo que quería conocer a Umesh. Está viniendo.

—¿Aquí?

—Sí. Se suponía que tenía que estar aquí a las cuatro. Lo siento.

Ahora estaba siendo deferente, contenida.

—De acuerdo —concedió Sartaj.

Se miró el reloj, y después se sentaron. Sartaj no tenía nada que decirle. Ella jugó con su móvil, apretó las teclas, leyó un mensaje de texto. Después lo dejó, y miró por el bolso. Miró a hurtadillas a Sartaj, que se mantenía muy neutro, y después volvió a sus investigaciones. Se estaba poniendo nerviosa e inquieta. No era una mujer acostumbrada a que los hombres estuviesen callados a su alrededor. Sartaj estaba empezando a divertirse. Era cruel, pero se mantuvo absolutamente callado, y los minutos pasaban.

Cuando Kamala Pandey empezó a tener los hombros caídos y a parecer desesperada, le dio pena. Era demasiado observar cómo desfallecía.

—¿Umesh siempre llega tarde?

Eso la revivió como un mordisco a una tarta de limón.

—Es puntual para sus vuelos, pero para cualquier otra cosa llega tarde. Tarda más en arreglarse que yo. Debería ver su baño, parece una farmacia. Tiene más champús y acondicionadores y perfumes que yo y su mujer y otras cinco mujeres juntas.

Sartaj lo dejó pasar, el pequeño cebo sobre su mujer. Indagó:

—¿Y siempre llama y dice que está de camino, que está en el coche, corriendo, que llegará en quince minutos?

—Sí, sí. Y entonces aparece dos horas más tarde, con alguna historia. Solía volverme loca.

Ella no pudo evitar ponerse algo nostálgica. Sartaj fue comprensivo: el dramatismo y la locura eran dolorosos, pero podías echar de menos esa demencia como echabas de menos la comida o el agua. Hasta que te asentaras en la calma muerta de la falta de esperanza, sin desilusiones. Pero Kamala Pandey todavía disfrutaba hablando sobre los pecados de su ex, eso hacía que reviviese.

—¿Quizá tenía que hacer otras paradas por el camino? —indagó Sartaj.

Ella se rió con fuerza.

—Umesh siempre tiene a dos o tres idiotas en sus redes. Ni siquiera lo oculta

demasiado. Tan solo te hace sentir que todavía no ha encontrado a la adecuada, que tal vez tú eres aquella con la que finalice toda la búsqueda. Es lo bastante sincero como para que le creas.

—Usted vio la luz después de todo.

—Después de mucho tiempo.

Y después de todo ese conocimiento todavía era incapaz de cortar su anhelo por él. Sartaj lo vio en cuanto Umesh entró. Umesh le dio un firme apretón de manos a Sartaj, y tocó a Kamala Pandey en el brazo a modo de saludo, sobre la piel desnuda. Ella se mantuvo quieta como una piedra, rígida. De repente Sartaj recordó cómo luchó con la vibración que resonaba por su brazo cuando estando separado de Megha ella le tocó ligeramente la muñeca, cuando se inclinó sobre él. Puso en tensión toda la espalda y los hombros para luego contenerse y no inclinarse hacia ella, y ahora no podía mantener la garganta cerrada ante una punzada cálida de compasión por esta esposa errante.

—Hola —saludó Umesh—. Debería justificarme por haber estado atascado en el tráfico, pero en realidad me he atrasado muchísimo esta mañana. Lo siento.

Ciertamente era guapo. Llevaba unos vaqueros rojo oscuro, y una camiseta blanca ajustada sobre sus hombros bien formados. Los vaqueros eran ridículos, pero sobre Umesh resultaban perfectos. Resplandecía en tono dorado, desde los brazos largos hasta los ojos marrón claro, que eran bastante parecidos a los de Kamala. Ella debía de haber mirado dentro de ellos y haberse visto a sí misma.

—Siéntese —dijo Sartaj.

El hombre tenía un encanto abierto, feliz, y Sartaj no iba a ceder ante él.

—Tan solo voy al baño y vuelvo —contestó Umesh—. Ha sido un trayecto largo.

Dejó su teléfono y juego de llaves sobre la mesa y se marchó deprisa. El teléfono era exactamente el mismo modelo que el de Kamala, satinado y pequeño. Las llaves iban amarradas a un coche en miniatura, algo bajo y veloz.

—Es un Porsche —apuntó Kamala—. A Umesh le gustan los coches.

—Sí —respondió Sartaj—. Y conduce demasiado rápido, ¿verdad?

Ella asintió. Así es como debían ir a la pensión, pensó Sartaj, demasiado rápido y zigzagueando por el tráfico, excitados por los estallidos de velocidad.

—¿Qué conduce?

—Un Cielo.

—¿Uno rojo?

—No, no. Eso son solo sus pantalones. Le dije que el rojo no es su color, pero a él le gusta hacerse notar. El coche es negro.

Umesh regresó al restaurante y deslizó la silla frente a Sartaj. Era alto, tres o cuatro centímetros por encima del metro ochenta, y tenía la cintura más pequeña que Sartaj había visto en un hombre en mucho tiempo. Se estrechaba como un triángulo invertido desde los hombros hasta las caderas, y el viaje rápido desde los hombros ensanchados por el gimnasio hasta la ausencia de barriga le daba el aspecto de una

figura de dibujos animados. A Kamala le gustaba este superhéroe, no obstante. Se había vuelto a poner tensa.

—Ah, inspector saab —dijo Umesh—. Ahora estoy a su servicio por completo.

—Conozco la historia principal —replicó Sartaj—. Pero quiero que me hable sobre la pensión. ¿Cómo se llama?

—Pensión Rincón Acogedor. En Frichley Hill, cerca del gran Centro Turístico Fariyas. Acogedor es un sitio pequeño, no demasiado concurrido, con una vista agradable. En realidad solo es una casita, que los propietarios alquilan. A-c-o-g-e-d-o-r.

Estaba mirando el bloc de notas de Sartaj, donde Sartaj había escrito en inglés «Pensión Rincón Acojedor». Sonreía de forma afectuosa, y el chiste se centraba en la impenetrable lengua inglesa, así que era imposible enfadarse con él. En general era demasiado guapo, pero era un buen tipo. Sartaj podía ver cómo cautivaría a las damas, les contaría todos sus defectos, y les prestaría toda su atención con esos ojos soleados, y sonreiría. Tenías que sentirte embelesada.

—Sí —contestó Sartaj—. ¿Cómo lo encontró?

—Un amigo solía tener una casa cerca, solíamos pasar cerca en coche. Es un lugar antiguo.

—¿Notó que hubiese algunos camareros nuevos? ¿Algún cambio en el personal?

—No, no en realidad. No prestaba tanta atención, ¿sabe? Pero si estoy en lo cierto son todos los mismos.

—¿Alguna idea acerca de quién podría haber grabado esos vídeos?

—No, señor. Está el personal. Pero después también están los otros huéspedes. No recuerdo a nadie en particular, sin embargo.

—¿Nunca reconoció a ninguno de los otros huéspedes?

—No, no. Jamás. Si hubiera pasado, me acordaría.

—¿Sabe en qué fechas grabaron esos vídeos?

—No, no se podría decir en realidad. Y no anoté las fechas en las que subimos allí.

—¿Cuántas veces fueron a este Rincón Acogedor?

—¿En todos aquellos meses? No lo sé, ¿tal vez seis, siete veces?

—Más bien once veces, tal vez doce —apuntó Kamala—. La última vez fue a primeros de mayo.

—Pensaba que habían roto hace seis meses —replicó Sartaj.

—Lo hicimos.

Así que habían recorrido todo el camino hasta el Rincón Acogedor para practicar sexo cuando ya habían roto. Probablemente habrían discutido en todo el trayecto hasta allí, y se mantendrían callados al regresar. A juzgar por la postura resentida de los labios de Kamala, ahora se acercaban a una discusión. Quizá más sexo quebrado, aunque, por el bien de Kamala, Sartaj confió en que no fuera así. Había poco consuelo que ganar en esas transacciones, en especial cuando implicaban a un

hombre como Umesh. Un tipo agradable, pero no resistente. Nada parecido al decididamente poco atractivo pero fiable señor Pandey.

En ese momento, Sartaj le preguntó a la señora Pandey:

—¿Quién la odia?

—¿Qué?

Kamala inclinó los hombros, y se curvó sobre sí misma y un poco hacia Umesh.

—¿Quiénes son sus enemigos? —preguntó Sartaj con calma.

—Kamala es una persona muy agradable —contestó Umesh. Ahora tenía el brazo detrás de Kamala, con las yemas de los dedos descansando sobre su hombro—. No creo que tenga enemigos.

—Sí —replicó Kamala—. Quiero decir, he tenido peleas con gente, pero ¿enemigos?

—Todo el mundo tiene enemigos —continuó Sartaj—. Es mejor saber quiénes son.

Aquello los dejó en silencio por un momento, mientras intentaban calcular qué amigo o conocido podría albergar bastante odio secreto como para ser calificado de enemigo verdadero.

—¿Así que piensa que esto es personal? —preguntó Umesh.

—El chantaje por lo general es por el dinero en efectivo. Pero vale la pena pensar en amigos y adversarios. Cualquiera que está en disposición de tener información, y que pueda estar enfadado por algo, o que necesite dinero de forma urgente.

Umesh estaba horrorizado.

—¿Incluso alguien relacionado conmigo? ¿No se habrían acercado a mí también?

—Usted no está casado. Y es un hombre.

—Y mantengo a mis padres y hermanas. No tengo tanta fluidez de efectivo. De modo que han ido a por el objetivo fácil.

—Así que, ¿quién puede ser?

Ambos miraron a Kamala. Tenía las mejillas congestionadas, rojas, y Sartaj se preguntó si iba a llorar. En esta ocasión lo creería, tal vez. Pero ella se recompuso y nombró a su enemiga.

—Tengo una amiga que se llama Rachel.

—¿De modo que discutieron? —preguntó Sartaj.

—Sí.

—¿Sobre qué?

Kamala se rió ante su tosquedad. Fue un sonido feo.

—¿Qué cree?

Claro. Discutieron por Umesh. Una vez hubo amor propio de hermanas, tal vez durante años, y después el bello Umesh se interpuso entre ellas.

—¿Rachel era su mejor amiga?

—Sí.

—¿Entonces?

—Conocimos juntas a Umesh. En una fiesta.

—¿Y a Rachel le gustó él?

—Arre, jefe —terció Umesh, alargando una mano al otro lado de la mesa—. Nunca hice nada con esa mujer. La vi algunas veces con Kamala, y Dios sabe qué supuso esa Rachel.

Lo que pensara Umesh no tenía ninguna importancia, dadas las circunstancias.

—¿Qué sentía Rachel? —le preguntó Sartaj a Kamala.

—Le gustaba él.

—¿Desde el principio?

—Sí. Hablamos de él después de la primera vez en aquella fiesta. No dejaba de decir que era un hombre perfecto. Masculino, pero sensible.

Eso último lo dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Y después?

—Lo que tenía que pasar, pasó.

—¿C'uándo se lo contó a Rachel?

Se acordaba del momento exacto.

—Un domingo dos meses después. Volví de un vuelo y fui directa a su casa. Simplemente no podía aguantarlo más.

—¿Y?

—Me dijo que me fuera. Nunca volvió a hablarme.

—¿Tan enfadada estaba?

—Se había divorciado dos años antes de aquello. Y nunca le había gustado nadie.

—Hasta Umesh.

—Hasta Umesh.

En su honor, Umesh no se sentía pagado de sí mismo por esto, por el hecho de que su encanto fatal hubiese motivado que las mujeres se odiasen. Permanecía inquieto, e incrédulo.

—No obstante —dijo— es difícil creer que alguien como Rachel caería tan bajo en el mundo. Quiero decir, chantajear así...

—Es la única que sabe lo nuestro —replicó Kamala débilmente.

Sí, Kamala sabía más sobre la ira, sobre los restos podridos de la amistad almacenada en el fondo del armario, fotografías viejas y camisas ofrecidas como regalo y recuerdos traídos de unas vacaciones de invierno en el precioso Singapur, todo ello cuajándose en una amargura negra que ardía por el día, la mañana y la noche, de forma que al final el único alivio sería el chantaje. No porque proporcionase dinero, sino porque causaría humillación y dolor. El dinero era bueno, pero la curación y la paz vendrían de otra parte. Sí, Kamala lo entendía. Había motivo, y oportunidad. No lo bastante como para realizar una acusación, pero ciertamente lo suficiente como para investigar.

—Deme información sobre Rachel, por favor.

Kamala escribió con rapidez, todo de memoria, con su bonita letra curvada.

—De acuerdo —dijo Sartaj—. Investigaré. ¿Su número de teléfono, por favor, señor Umesh?

—¿Eso es todo?

—Es suficiente por el momento.

—Pensaba que querría saber muchas cosas.

—Si tengo alguna pregunta, le llamaré. ¿Número? —Sartaj anotó el número de Umesh, cerró de golpe su bloc de notas—. Recuerde lo que le dije —se dirigió a Kamala—. Escuche, solo escuche. Y no les tenga miedo. Pueden actuar de forma ruda, pero la necesitan. Estaré en contacto.

—¿Así que ahora investigará esas llamadas? —preguntó Umesh—. ¿Las rastreará hasta los números que llamaron?

Estaba encantado con el proceso de investigación, con los placeres potenciales de la historia, aunque le implicase directamente.

—Algo así —replicó Sartaj—. ¿Le gustan las películas policíacas?

—Solo las películas de Hollywood. Las nuestras indias están muy mal hechas. Eso no podía negarse.

—Es cierto —replicó Sartaj—. Pero a veces las indias también lo hacen bien.

Estaba claro que Umesh no lo creía, pero lo dejó pasar.

—¿Por qué simplemente no hace que Kamala les diga que va a pagar, y después les arresta cuando vayan a recogerlo?

—Porque es lo que esperan, y ya están trabajando contra ello. Por eso mandaron al chokra para coger el dinero la primera vez. Estos chicos están siendo cuidadosos. Es demasiado arriesgado. No sirve de nada avisarles.

—¿Son tan buenos?

—Buenos, pero no tanto —respondió Sartaj—. Los cogemos. Trabajemos en

ello.

Umesh parecía escéptico. Sartaj levantó una mano a modo de despedida, y les dejó sentados juntos, incómodos pero haciendo buena pareja. Fuera, se puso las gafas oscuras para protegerse del sol, bajo el atardecer. Las gafas estaban bastante pasadas de moda, se dio cuenta de pronto, al menos dos años, tal vez más. Tal vez era hora de comprarse unas nuevas. Pero le tenía cariño a ese par de gafas viejas y abolladas. Habían pasado por mucho juntos, y había algo que decir a favor de lo viejo y familiar y cómodo. Sartaj sonrió para sí mismo —en qué *budhdha* aburrido y viejo te has convertido— y siguió adelante.

Kamala Pandey tenía una mente buena para el detalle, pero los chantajistas habían tenido mucho cuidado. Las llamadas telefónicas se expandían por todos los suburbios del norte, tanto al este como al oeste, y solo había una llamada desde cada número. El único patrón que Sartaj pudo extraer era que las llamadas se hacían o pronto por la mañana, entre las ocho y las diez, o después de las seis de la tarde. Lo que quería decir que los chantajistas trabajaban. Se ocupaban de ese asunto aparte del trabajo para ganarse la vida.

—Todos estos son teléfonos públicos —comentó Kamble—. Estoy seguro.

—Lo sé —contestó Sartaj.

Había reclutado a Kamble para la investigación aquella tarde, cuando calculó exactamente cuánto trabajo preliminar de campo iba a necesitarse. Kamble estaba bastante dispuesto a que le reclutasen, por un precio: cuarenta por ciento de lo que sacasen. Pero trabajar con Kamble también significaba beber con él en el dance bar Delite, y servirle de coartada con sus novias, Sartaj ya les había mentido, con las instrucciones que tenía, a dos bailarinas acerca de dónde había estado Kamble antes aquella tarde. En ese momento, Sartaj le dijo a Kamble:

—Solo hay una llamada desde cada lugar, así que no es probable que los operadores se acuerden de quién hizo la llamada. Pero cubriremos los teléfonos públicos, empezando por las llamadas más recientes. ¿Quieres oeste o este?

—Oeste, jefe.

Kamble miraba de forma fija y ávida a las tres bailarinas que estaban en la pista, girando lánguidamente con *Aaja gufaon mein aa*. Era magnífico observar el azul, rosa y verde cubiertos de lentejuelas de sus ghagras, Sartaj tuvo que admitirlo. Eran jóvenes. Pero era temprano por la noche, y el Delite estaba casi vacío, y ellas no estaban siendo demasiado enérgicas con sus seducciones. Kamble parecía que quisiera animarlas, por cualquier medio necesario. Sin duda lo haría.

—De acuerdo —contestó Sartaj—. Yo cogeré el este. Hasta mañana.

—Arre —replicó Kamble—. Quédese.

—Mañana el día empezará temprano. Hay que hacer trabajo extra.

—Todos los días son días de trabajo extra. Tan solo tómese otra bebida conmigo.



—He llegado a mi límite. —Sartaj se levantó.

—Necesita algo de sexo en su vida.

—¿Con quién?

—Cualquiera de estas.

—No hay posibilidad.

—¿Qué, cree que no les gusta? Jefe, no se preocupe. Se lo comerán.

—Exactamente por eso.

—¿Demasiado fácil? Entonces vaya a por la que no le quiere. Pero necesita volver a entrar en el juego, señor Singh.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¿Qué más hay?

De hecho, ¿qué más había? ¿Jubilarse, o batirse en retirada? Ma tenía su religión, pero eso fue solo después de toda una vida con Papa-ji. ¿Podías alejarte del juego a una edad temprana, como un *sanyasi* que lo dejaba todo y se instalaba en las montañas? No, Sartaj sabía que no podía hacer eso. Pero por ahora iba a salir del Delite. Estaba muy cansado, y solo quería ir a casa. Levantó el vaso, lo vació.

—Gracias —dijo—. Mañana, entonces.

Kamble no estaba satisfecho, pero cedió gentilmente. Sacó a relucir su sonrisa amplia, mostrando los dientes.

—Mañana —contestó—. Mañana veremos.

Sartaj llamó a Iffat-bibi aquella noche, justo antes de dormir. Ella le había llamado poco después de la muerte de Katekar, para expresar sus condolencias. Sabía que habían trabajado juntos mucho tiempo, pero también sabía de alguna manera que Katekar tenía hijos pequeños, y había ofrecido una agradable cantidad media de dinero para ayudar a la familia. Sartaj volvió a rechazarla, pero después de aquello habían hablado a menudo por teléfono. Era astuta, divertida, y tenía historias interminables que contarle sobre apradhis y policías del pasado. Le ofrecía pequeños fragmentos de información, rumores y lugares y nombres, y no le pedía nada a cambio excepto que Sartaj facilitase, si podía, que cualquiera de los chicos de su banda saliera del calabozo para reunirse con su familia. La información que proporcionaba era exacta y útil, pero nunca se refería a casos grandes o apradhis bien conocidos. Todo era de una poca importancia cómoda, y Sartaj sentía que su acuerdo era justo, sin obligaciones para la otra parte. Y de alguna manera era relajante escucharla hablar de Papa-ji. Papa-ji había hablado con ella de casi todos sus casos, al parecer, y Sartaj estaba consiguiendo un retrato del viejo que surgía de forma lenta y que no podría haber encontrado en ningún otro lugar. Papa-ji, por lo visto, no fue tan simplemente presumido como podría parecer, con su pasión por los abrigos cruzados y los zapatos hechos a medida. Era vanidoso, pero sin ego en lo que se refería a su trabajo. Conocía su ritmo, y tenía instinto acerca de lo que tanto los apradhis como

las víctimas harían a continuación. Sus arrestos no eran espectaculares, pero eran frecuentes, y eran constantes y reales, no pifias invocadas para abultar un informe anual. Era respetado, a pesar de sus extravagancias famosas. Pero su vanidad lo mantenía honesto en general, al menos en las grandes formas que marcaban la diferencia en su carrera, no podía soportar la idea de que él, Sardar Tejpal Singh, pudiera ser comprado como una hogaza de pan colocada en un estante, como un paquete de cigarrillos. El orgullo le impedía ser servil con sus superiores: estaba dispuesto a pedir un favor, pero se detenía ahí. Le resultaba imposible persuadir, engatusar, suplicar o sobornar.

—Qué hombre más testarudo —dijo entonces Iffat-bibi—, pero mantenía la cabeza alta como quería. No es que le hiciese demasiado bien.

—Venga ya, bibi —contestó Sartaj—. No todo el mundo quiere ganar una facturación como la de su bhai. ¿Cuánto es?

—Algún periódico lo dijo ayer, ocho mil crores.

—Eso dice el periódico. ¿Usted qué piensa?

Ella resopló.

—Bachcha, soy una anciana, no hago cuentas. Pero es suficiente.

—¿Suficiente para qué? ¿Qué hace alguien con ocho mil crores?

—Todo el mundo necesita un pequeño extra. No solo para las cosas que necesitas. Para las cosas que quieres. Incluso tu Sardar saab.

—¿Qué quiere decir?

—Arre, nada, solo hablaba.

Un escalofrío de desasosiego recorrió los hombros de Sartaj. Se incorporó.

—No, no lo hacía. Dígame qué quería decir.

—Nada en absoluto.

—No, dígame. Iffat-bibi, no intente engañarme. ¿Qué es?

—Beta, haces mucho ruido por algo muy pequeño. Le prometí que no se lo contaría a nadie.

—¿Qué es? ¿Era una mujer? ¿Mujeres?

—Arre, bastardo de mente sucia, ¡no!

—Entonces, ¿qué? Dígame.

—Estás armando mucho lío por algo muy pequeño.

—¿Qué?

—Le gustaba jugar.

—¿Jugar?

—Sí, sí. Le encantaban los caballos. Le gustaba hacer apuestas en las carreras de caballos.

—¿Iba al hipódromo?

—No, nunca, alguien podría haberle visto y decírselo a tu madre. Yo hacía que uno de mis hombres apostara por él.

Sí, Ma-ji, con su frugalidad de refugiada, jamás habría aguantado que se jugase

en su casa. Se negaba a comprar lotería porque, decía, era tirar el dinero por completo, y cualquiera que pensase que conseguiría un crore poniendo una rupia era un completo *jhalla*. Y ahí estaba Papa-ji, un habitual gastador de dinero, atontado por el juego. Pero, entonces, le encantaban los caballos. Uno de sus grandes pesares fue que nunca aprendió a montar. En la mesa del desayuno, alisaba el periódico con gran cuidado y señalaba la foto de un caballo en la página de deportes y decía: «Mirad, qué hermoso».

Y Sartaj y Ma nunca comentaron o respondieron o siquiera se dieron cuenta, porque siempre lo decía. Así que en vez de eso, fuera de casa tuvo una vida secreta, o al menos una parte secreta. Sartaj tosió, para aclarar la congestión en la garganta, y preguntó:

—¿Perdió mucho?

—¿Perder? No; para empezar, nunca apostó tanto. Tenía un límite de cincuenta rupias, y después más tarde lo subió a cien. Pero era experto en las carreras de caballos. Ganó más de lo que perdió. De hecho, mucho más.

Papa-ji ganó. Tenía este otro universo, con sus propias reglas y sistemas, sus historias y tragedias y triunfos particulares, y ahí era un ganador. Había agotado las posibilidades, había vencido al juego. Una inundación agridulce de cariño y nostalgia y pesar se adentró en la boca, la nariz y los ojos de Sartaj, y tuvo que apartar un poco el teléfono, para mantener alejados de Iffat-bibi los sonidos de su sentimentalismo.

—¿Sartaj?

—Sí, bibi. Solo estaba pensando, el viejo era todo un personaje.

—Un completo *namoona*. Pero, escucha, no se lo digas a tu madre, ¿de acuerdo?

—No lo haré.

Aquella noche, más tarde, Sartaj se preguntó si Ma ya lo sabría. Ella y Papa-ji habían teñido sus dificultades, silencios que Sartaj jamás pudo descifrar. Había oído voces alzadas tras puertas cerradas, y una de sus peleas duró tres días, pero Sartaj nunca supo por qué empezó y cómo terminó. Todo eso era bastante normal para cualquier marido y mujer, y ellos dos habían estado dedicados el uno al otro durante más de cuarenta años. Tal vez Papa-ji tenía sus caballos, y se mantenía en silencio sobre ellos, y Ma lo sabía pero se negaba a saberlo. Tal vez así es como habían sido felices juntos. Pero ¿se asombró aquel día, en un cumpleaños de Sartaj, cuando Papa-ji llevó el mecano más grande y más caro que nadie había visto jamás? Papa-ji se colocó a Sartaj sobre los hombros, y Sartaj le hizo de eco a Papa-ji mientras este andaba diciendo sus Hola-jis, y todo el mundo se reía y era feliz. Quizá uno de los caballos de Papa-ji había ganado aquel día. Él y Sartaj se quedaron levantados hasta tarde aquella noche, construyendo una casa roja y verde con una pared grande alrededor, y Ma se agachó junto a ellos, mostrándoles dónde debería ir un patio, y la ubicación adecuada para la entrada principal. Papa-ji quería poner un mástil en el techo, pero Ma dijo que eso haría que pareciese un edificio del gobierno, no un hogar. Papa-ji y Sartaj trabajaron duro, dando los últimos toques, una puerta de vaivén real,

una cabaña pequeña para el chowkidar, y Ma dejó a Sartaj terminarlo todo antes de llevarlo a dormir.

A la mañana siguiente, había un mensaje esperando a Sartaj en comisaría. Era de Mary: «Venga al apartamento de Yari Road mañana por la tarde». Y eso era todo. Sartaj le dio la vuelta a la nota, perplejo, después la dobló con cuidado por la mitad y se la metió en el bolsillo. Se alegraba de que Kamble no la hubiese visto, o habría tenido que aguantar al menos medio día de sonrisitas de broma sobre ghochi y la alegre Mary y las citas privadas.

Sartaj se pasó la tarde conduciendo de un teléfono público a otro, recogiendo la esperada cosecha de miradas en blanco y desconcierto. La propietaria sesentona de pelo naranja de una tienda cerca de Film City se puso un paan en la boca y le soltó de forma directa:

—Baba, sé que la llamada se hizo solo antes de ayer. Pero ya ves cuánta gente tengo haciendo llamadas en un día. No me siento aquí a mirarles las caras. Entran, hacen sus llamadas, me dan el dinero. Bas. Ni siquiera me acuerdo de quiénes han venido hoy.

Se inclinó sobre el contador electrónico que tenía sobre el escritorio, lo miró entrecerrando los ojos.

—Hoy ya han habido ciento treinta llamadas. Y el momento más concurrido es la tarde.

Tenía el pelo terriblemente teñido de alheña, pero estaba diciendo la verdad.

—Tiene una buena facturación —le dijo Sartaj.

—Todo el mundo necesita llamar a casa —contestó ella.

Había una pequeña cola de carpinteros esperando para usar uno de los dos teléfonos, haciendo como que no estaban escuchando el interrogatorio del policía. Eran panjabés, no se habían afeitado en varios días y eran musculosos. Habían llegado desde la tienda tres puertas más abajo, donde estaban construyendo estantes. Les interesaba el hecho de que hubiese un policía sikli en Bombay, pero les daban demasiado miedo los inspectores de policía como para hablar con él. Probablemente sus familias estaban en Gurdaspur, o Amritsar, y habían aprendido a ser cautos.

Sartaj fue al siguiente teléfono público. Fue a un total de diecinueve, y en todos ellos estaban los mismos hombres y mujeres, haciendo llamadas por la ciudad y por el país. Ninguno de los propietarios o cajeros podía acordarse de dos hombres entre esos miles. A las siete Sartaj puso fin y se desvió hacia Yari Road. El tráfico era denso, y, para cuando Sartaj cruzó el paso subterráneo, el crepúsculo estaba perdiendo su gama fantástica de tonos naranja. La bombilla del ascensor se había fundido, y Sartaj tuvo que buscar a tientas los botones. Pero Mary tenía luz. Abrió la puerta y a un salón bien iluminado y le sonrió a Sartaj. Tenía en la mano un trapo para el polvo, y un chunni atado alrededor del pelo, dándole un cierto aire a la Rani de Jhansi.

—Hola, hola —saludó—. Y *sat-sri-akal*. Pase.

—Hola —contestó Sartaj.

El salón estaba abarrotado de cajas de cartón, pero lo habían fregado. Con seguridad, Mary habría empleado un día de trabajo, pero parecía relajada, optimista.

—Tiene luz.

—Jana tiene un amigo en el BSES. Pagué las facturas atrasadas, y su amigo consiguió ponerlo todo en marcha.

Jana era el tipo de mujer práctica que sin duda tendría un amigo que podría conseguirle luz del BSES en pocos días, en lugar de en un mes o dos. Una música filmi a bastante volumen se deslizaba por el pasillo, desde el dormitorio.

—¿Jana se está ocupando de los zapatos?

Mary asintió, con los ojos brillantes.

—Y de la ropa. Se disgusta cada dos minutos porque Jojo era demasiado menuda para que algo le vaya bien. Vamos. —Pasó por el lado de Sartaj, llamando—. ¡Jana! ¡Jana!

Jana también llevaba un chunni remetido por detrás de las orejas, y el aspecto embelesado de una mujer absorta en el trabajo. Saludó a Sartaj con un movimiento rápido de cabeza y un «Hola», y dirigió el camino hacia el estudio.

—Empezamos a limpiar aquí primero —explicó—. Porque principalmente íbamos a tirar todos esos papeles y archivos.

—Estábamos tirando —siguió Mary—. Y entonces Jana se dio cuenta de una cosa.

Estaban satisfechas consigo mismas, por ser capaces de decirle a Sartaj que se habían dado cuenta. Pero estaban contentas también por el conocimiento en sí, por el placer del descubrimiento. Sartaj preguntó, exactamente con el mismo grado de entusiasmo:

—¿Qué notó?

De encima del archivador, Jana agarró un sobre. De él sacó una foto, y la levantó haciendo una floritura.

—Esto. —Y otra foto—. Y esto.

Sartaj alargó una mano para estabilizar la foto que ella sujetaba. Una chica. Una chica en pose de modelo, mirando por encima del hombro. No era una chica especialmente atractiva.

—La foto estaba en el cajón del fondo en el escritorio de Jojo —añadió Mary—. Debajo de algunas facturas.

—Sí.

Sartaj estaba tratando de acordarse de si él mismo examinó esas fotografías cuando él y Katekar registraron el estudio. No había nada distintivo en ellas, nada que recordar.

—¿Y bien?

Jana estaba asombrada.

—¿No la reconoce?

Levantó otra foto.

Sartaj la cogió. Esta era un retrato, con el pelo cayendo hacia delante y una mirada nostálgica. Le dio la vuelta. El nombre estaba escrito con letra clara, «Jamila Mirza». Lo que no significaba nada para Sartaj.

—¿Quién es?

Tanto Jana como Mary le miraban con esa paciencia tolerante, maternal, que practican las mujeres cuando se enfrentan a la estupidez masculina. Jana levantó otro trozo de papel.

—Esto es una lista de dinero en metálico. Creo que son pagos, y se suceden durante meses y años. Copias de páginas del pasaporte, mire, la misma chica. Y copias de billetes de avión, a Singapur. Fue muchas veces, mire, a veces cada mes. No era algo ocasional. Esta era una novia habitual.

—Pero sabemos que Jojo le mandaba chicas a Gaitonde. Esta es solo una de ellas.

—Pero ¿sabe quién es esta chica? —preguntó Jana.

—¿Jamila Mirza?

—Eso era. Luego se convirtió en Zoya Mirza.

—¿Miss India? ¿La actriz?

—Sí. Esa.

Sartaj pudo ver un parecido, pero dudaba. Señaló la cintura de Jamila Mirza.

—Esta es demasiado gorda.

—Liposucción —afirmó Jana—. Quizá le quitaron las últimas costillas.

Mary deslizó el dedo sobre el retrato.

—Definitivamente se hizo la nariz. Y le han subido el nacimiento del pelo.

—También hay trabajo en la barbilla —continuó Jana—. Mire como es más larga. Y le han estrechado las mandíbulas. Así que ahora que hemos encontrado a esta Zoya inicial, se la damos. Tiene que contarnos lo que pase con ella, ¿de acuerdo? Cualquier cosa que descubra, nos la tiene que contar. ¿Prometido?

Seguro que era una lectora antigua y muy habitual de *Stardust*, esta Jana, ansiosa de chismorreos sobre las estrellas.

—Pero ¿están seguras de que es ella?

—Sí —respondieron ambas al unísono.

Hablaban con la certeza de unas expertas, y estaban muy seguras. Era su trabajo. Sartaj tuvo que creerlas.

—Sorprendente —contestó—. Nunca lo habría podido ver.

Mary se rió, y le tocó la mano, cerca de la muñeca. Dijo:

—Está bien. Los hombres nunca lo hacen.

## GANESH GAITONDE ES RECLUTADO DE NUEVO

Me arrestaron un jueves por la tarde. Vinieron a por mí a Gopalmath, a mi casa. Los policías eran una visión bastante habitual en mi *darbar*, conocían muy bien mi dirección exacta, dónde vivía. Nunca me había ocultado. A veces venían a buscar a alguno de nuestros hombres, a veces a hacerme preguntas, a veces incluso a pedirme un favor a escondidas. Yo siempre les daba la bienvenida, les daba chai y galletas y respuestas y después los mandaba seguir su camino. Esta vez eran el muchachad Majid Khan y tres subinspectores que no conocía, y diez agentes, todos de paisano.

—Sentaos, sentaos —dije—. Arre, traedles bebidas frescas —grité.

Pero Majid Khan no se sentó. Sus hombres se desperdigaron por la habitación, y Majid Khan soltó:

—Parulkar saab ha conseguido una orden de arresto esta mañana. Tengo que arrestarte.

—Tu Parulkar saab está loco, el maderpat —contesté—. No tiene ni una sola prueba contra mí. Ni un solo testigo.

—Ahora lo tiene —replicó él—. Pillamos a ese chutiya de Nilesh Dhale, de Malad, la semana pasada. Llevaba una pistola encima, y otra en la maleta. Así que Parulkar saab te tiene por esconder a criminales y por complicidad en actos criminales, y también por posesión de armas ilegales. Y que estuviera en la maleta significa que estaba siendo transportada, así que también por traslado y venta de armamento. Sumaré actividades antinacionales. ¿Qué más necesita? Después de darle dos bofetadas en la cara, Dhale canta como un pájaro. Para mañana, Parulkar te habrá implicado en la conspiración para matar a Mahatma Gandhi.

—No le pasé ninguna pistola a ese bastardo de Dhale, ¿verdad? ¿Por esta tontería vais a arrestarme? Parulkar no puede probar nada de eso.

—No es necesario probarlo, ya lo sabes. Todo lo que necesita es tenerte dentro por un tiempo, eso lo sabes.

Lo sabía muy bien: vivía bajo la *TADA*, y bajo la *TADA* un tiempo podía durar una década. Con esta ley podían mantenerme dentro mientras durase cualquier juicio, sin fianza, nada, ni siquiera si duraba seis años, o diez. Al final de todo podías ser absuelto por completo, pero aun así habrías pasado años tras los barrotes. Por eso Suleiman Isa y sus lugartenientes principales se habían marchado al extranjero, por miedo a la *TADA* y a las eliminaciones falsificadas. Este Majid Khan era bastante respetuoso, pero era un inspector menor, y conocía mis conexiones con los rakshaks, que podían estar en el poder tan pronto como tuvieran lugar las próximas elecciones, al año siguiente. Pero en ese mismo momento había un gobierno del Partido del Congreso en el estado, y su Parulkar saab estaba cercano a ellos, de modo que yo tenía que entrar en la cárcel.

—Ven tranquilamente —dijo Majid Khan con mucha deferencia—. Tengo diez hombres más de paisano ahí fuera, todos armados. Y dos camionetas más al girar la esquina, a dos minutos de aquí. Cualquier problema y tendremos una guerra que ninguno de nosotros quiere.

Estaba diciendo esto porque Bunty y dos de los chicos estaban de pie en la puerta, haciendo frente a los policías. Por mi expresión podían ver que algo iba mal. Pude oír gritos de preocupación desde fuera, y pies que corrían. Bunty y los chicos podían oponer resistencia, pero yo estaría muerto. Mirando a Majid Khan lo supe. Estaba siendo cuidadoso, mostrando interés por su futuro, pero si se daba el caso era el hombre de su jefe, y desenfundaría la pistola. Había muchos que se alegrarían enormemente si me matase a tiros: Suleiman Isa. Parulkar y sus amigos en la policía, una administración del Congreso repleta de aliados de Isa, una docena de industriales que nos pagaban mes tras mes. No, la resistencia era estúpida, y, en esta vida, con quienquiera que estuviese casado, la cárcel era mi *sasural*. Lo aguantaría, y con facilidad, porque era Ganesh Gaitonde. Así que calmé a Bunty, y le dije que se ocuparan de todo, y que tuvieran cuidado. Me despedí rápidamente de mi esposa y mi hijo, y me fui.

La policía tenía una orden de prisión preventiva para catorce días, y la ampliaron y reampliaron seis veces. Durante ochenta y cuatro días me tuvieron en el calabozo de Savara, cerca de Kailashpada. Había una habitación, de tres por tres, un colchón sucio, un matka de agua del grifo sin filtrar, un cubo, un agujero apestoso en el suelo a modo de letrina, y yo. Parulkar me mantuvo solo, alejado de cualquiera de mis hombres que pudiera pasar por el calabozo de camino a la cárcel, alejado de amigos así como de enemigos. Me llevaron a los tribunales con una capucha en la cabeza, esposas en pies y muñecas, solo yo en un jeep con cinco fusileros.

—Eres un invitado especial —me dijo Parulkar—. Nuestro invitado VIP.

Los trayectos en coche al juzgado eran el único momento en que sentía el sol, e incluso entonces tenía miedo porque si iban a eliminarme sucedería durante esos viajes. La historia sería: los hombres de Gaitonde intentaron rescatarle, Gaitonde trató de escapar, así que tuvieron que dispararle. Había pasado años rodeado de mis hombres, de la comodidad de sus armas, y ahora estaba aprendiendo de nuevo lo que significa estar solo de verdad. Todos los días me despertaba con el silbido de la luz de tubo del pasillo fuera de mi celda, y esperaba morir. La muerte había estado cerca de mí durante mucho tiempo, pero ahora sentía que caminaba, a cada momento que pasaba, al borde de un abismo enorme, y que la diferencia entre la luz del sol y el abismo era tan solo un ligero empujón por parte de uno de los hombres de Parulkar. Todas las noches me daba miedo dormirme, porque no sabía si me despertaría.

Y, todos los días, me interrogaban. Los días que lo hacía Majid Khan o uno de los otros inspectores, el interrogatorio transcurría con rapidez, con rondas de té y yo inventándome historias sobre pistoleros muertos. Me empujaban, hacían preguntas rápidas, intentaban cazarme en contradicciones y errores.



—Pero dijiste ayer que Sandeep Aggarwal le llevó el dinero a Bada Badriya en junio, ¿cómo pudo saldar sus deudas en abril?

Eran listos, pero no tan listos como yo, me encantaba contarles historias. Tenía muy buena memoria, me acordaba de todas las conexiones entre los relatos que inventaba, y de esa forma me mantenía coherente, y les frustraba e intrigaba. Era mejor estar en la sala de interrogatorios con sus ventanas y los árboles altos de fuera y el aire fresco a estar en la tumba sofocante de una celda. Y por toda su curiosidad de policías y deseo urgente de saber todo lo que yo sabía, nunca me pusieron la mano encima. Tenían vidas por construir, carreras por las que trabajar. Si mis amigos rakshak iban a convertirse en ministros del mañana, y mañana yo recordara a estos pequeños policías con mala intención, mañana mismo serían destinados a Aurangabad. Así que nos comportamos como hombres juntos, y me llevaron buena comida del hotel del otro lado de la calle, y paan, y ropa limpia. Para mis dolores de estómago, que empezaron el primer día que pasé en el calabozo, me llevaron tabletas de *podhina* y *jaljira*.

Pero cuando Parulkar dirigía los interrogatorios era un juego totalmente distinto. Siempre era de noche. Se sentaba en un sillón, se quitaba los zapatos, bastante relajado. Me tenía de pie en medio de la habitación, directamente debajo de la luz que colgaba, y siempre ponía a dos de sus inspectores de pie detrás de mí. Hacía sus preguntas como si estuviese hablando con un amigo sobre el viaje que iban a hacer a Lonavla el sábado siguiente, sin prisas y tranquilo. Pero después seguían los golpes, ráfagas de palizas repentinas contra mis pantorrillas que hacían que me tambalease hacia delante, golpes intensos en la espalda, que me vaciaban de aire. Hacían que cayese de rodillas una y otra vez, y, jadeando en el suelo, le odiaba. Me levantaban cada vez, y él volvía a empezar. Preguntas, preguntas. Su rostro oculto más allá del círculo de luz, su barriga levantada hacia mí. Resistí. Lo que no podía soportar era el insulto de los golpes secos en la parte trasera de la cabeza, las palmadas que escocían y me hacían saltar las lágrimas de los ojos, los destellos entumecedores que me encendían los ojos desde dentro. Cuando Majid Khan estaba presente durante una de las sesiones de Parulkar, sentía su odio en los puñetazos que me daba en la parte baja de la espalda, toda esa ira que ocultaba por el bien de su supervivencia. Cuando se sentía liberado por las órdenes directas de Parulkar, me golpeaba fuerte. Durante el quinto interrogatorio, ese gordo bastardo de Parulkar empezó a reírse de mí.

—Mirad al gran Ganesh Gaitonde llorando como una nena —soltó—. Mirad cómo berrea.

No lo hacía. No estaba llorando. Me limpiaba lágrimas de jillas, pero eran por los estallidos agudos en los oídos, que hacían que las lágrimas comenzasen de inmediato. Era automático, mi cuerpo reaccionaba como lo haría al tener polvo de carbón en los ojos, y no tenía nada que ver con estar llorando. Pero ese maderchod de Parulkar estaba seguro. Se inclinó hacia delante en la silla para reírse de mí, y mirando su nariz de cerdo gordo, sus dientes pequeños, supe que me mataría. Era el hombre de

Suleiman Isa, y estaba ligado a sus amos políticos, y, a diferencia de sus subordinados, estaba bastante dispuesto a hacerme daño, me partiría los huesos, no pararía con las palmadas de la patta, me golpearía los pies con lathis y me ataría electrodos a los golis. Había recorrido mucho trecho de la calle con sus aliados como para tenerme miedo. Entre él y yo no habría acuerdo, y me haría sufrir.

Así que decidí llorar para él. Tenía que jugar bien de forma precisa, era un viejo, viejo *khiladi*, y había interrogado a miles de hombres, había hecho que se rompiese cada uno de ellos. Había ascendido porque era astuto como un cuervo viejo, había caminado de puntillas por toda una vida de trampas, había observado con esos ojos suyos un tanto bizcos. Si lloraba demasiado fuerte, o con demasiada facilidad, se daría cuenta, sabría que era un fraude. Así que actué al contrario, como si estuviese avergonzado, como si tratase de ocultarlo, como si estuviese tratando de buscar coraje. Como si me estuviese estremeciendo por los golpes a pesar de mí mismo, y me estuviese astillando bajo ellos. Le di su victoria, una fácil pero para la cual sin embargo trabajó. Cuando al final supliqué, rebosaba de orgullo y satisfacción, de forma grasienta.

—Entonces dame algo —pidió—. Dame algo y te mandaré de vuelta a tu celda. Mañana incluso puedes ir a ver al médico y conseguir medicinas para tu estómago. Muéstrale todos tus achaques.

Lo hice. Le di a dos pistoleros, pequeños freelance que podías contratar por tres mil rupias. Trabajaban para todos, para Suleiman Isa, para nosotros, para cualquier otro, se les podía comprar. Así que se los vendí a Parulkar a cambio de un poco de paz, una radio en mi celda, y visitas al médico. Se mostró muy satisfecho cuando le conté los tres sitios en los que dormían, y más satisfecho cuando los cogieron aquella misma noche y los eliminaron antes de que saliese el sol. Debían de haber avisado ya a los periodistas aquella tarde, porque la historia salió en los periódicos de la tarde del día siguiente, completa con fotos de los tipos muertos.

Así que después confió en el poder que tenía sobre mí. Justo la tarde siguiente me enviaron a ver al médico, un médico que fue a verme a la comisaría y se reunió conmigo en la habitación junto al despacho de Parulkar. Me palpó el estómago, extendió recetas en papelitos, me dijo que tenía demasiada tensión y se fue. Le pasé el papel al agente que me había llevado a la habitación y me había vigilado durante el reconocimiento. Era un tipo llamado Salve. Hablé con Salve. Le dije que consiguiera el medicamento, y que mi abogado le daría el dinero. Y que mi abogado le ayudaría en cualquier cosa que necesitase, que Salve podía contar conmigo. Que podíamos ser amigos. Que tener amigos era una buena cosa en este mundo, en esta *kaliyuga* en la que vivimos. Salve estaba asustado, pero escuchó. Mi abogado le pagó por las medicinas, y añadió diez veces más que eso a modo de propina. Toma, le dijo a Salve, un regalo de bhai. Un hombre como Salve, con sus tres hijos y esposa y familia amplia y extensa de madre y padre jubilado y hermana viuda y sus hijos, un hombre así necesita dinero. Debe tenerlo. De modo que Salve cogió mi dinero, y

entonces tuve un enlace con mis hombres, que estaban fuera. Mi abogado había llevado mensajes antes de esto, y había traído noticias, pero era bueno tener a Salve. Estaba en el calabozo todos los días, me escoltaba de un lado a otro, me llevaba comida y agua y pilas para la radio, y también informes de la banda, y preguntas, y peticiones. Al principio no nos fiábamos de utilizarlo, pero, a medida que obtuvo más de nosotros, se volvió nuestro. Para el final de mis días en preventiva, entre él y mi abogado sentía que volvía a dirigir mi banda. Estaba conectado, reconectado.

Pero todo ese pase de mensajes no me salvaba de las cuatro paredes de la celda, del silencio por la noche cuando los pasos en las escaleras lejanas me recorrían la parte trasera del cráneo y hacían que me retorciere inquieto e incapaz de dormir. Por las tardes me quedaba tumbado sudando sobre el suelo, intentando refrescarme los hombros, las caderas. Había olvidado cómo estar solo. Había vivido tanto tiempo con mis hombres y mi esposa e hijo, tan cerca de ellos, que en esa celda sentía que me estaba cayendo por un vacío, constantemente a la deriva en una nube de sombras. Me habían puesto al final de una curva sin salida en el pasillo, detrás de una puerta exterior que me aislaba de los otros prisioneros. Estaba solo. La radio chisporroteaba y sintonizaba, y yo le colocaba la antena con mil ajustes delicados, la sujetaba contra un lado de la pared que amplificaba el volumen. Y entonces, cuando podía sonsacarle una canción, me consumía la nostalgia. Con los trinos delgados, crepitantes, de canciones de los sesenta, revivía mis propios días de hacía una década, de hacía un mes. Y cuando paraban las canciones, sentía que las preguntas cobraban vida en mi cabeza, como un nido de parásitos: ¿qué hay en el futuro? ¿Qué ha ido mal en el pasado, para llevarme a esto? ¿Por qué no era más poderoso que Suleiman Isa, más famoso? ¿Por qué mi banda solo tenía una tercera o una cuarta parte de poder e importancia? ¿Mi contrabando de armas me daría más poder, más conexiones? ¿Me volvería más grande? Desde que empecé a trabajar con Bipin Bhonsle y su Sharma-ji, tenía la sensación de estar participando en un juego muy amplio, un juego tan grande que a pesar de mi crecimiento reciente en él me sentía como un enano. Había vuelto a empequeñecer, y esto era espantoso y emocionante al mismo tiempo. En esta batalla enorme, que daba vueltas, Bhonsle y Sharma-ji eran mis aliados, y había creado mis vínculos con ellos, les había escogido como ellos me habían escogido a mí. Estaban de mi lado, eran mi equipo. Pero ¿cuál era el propósito? ¿Dónde estaba el final de la guerra? ¿Por qué? ¿Por qué? Este «por qué» me rondaba en la cabeza, dando vueltas y vueltas, como una rata atrapada en una caja de hierro. ¿Por qué? Y en su estela este «por qué» dejaba detrás un agujero esculpido por sus zarpas hundidas, una desolación aguda e hiriente. Lo único que llenaba esta cavidad, que la curaba hasta la mañana siguiente, era el amor.

Cada semana, Subhadra visitaba la comisaría con mi hijo. Debería haber venido cada día, pero Parulkar utilizaba sus visitas como palanca. Solo me concedió estas visitas semanales después de que empezase a alimentarle con información, y dijo que me dejaría ver a mi mujer e hijo más a menudo si cooperaba de forma más completa.

Pero no iba a darle demasiado, él se consideraba astuto, pero yo era su baap. Así que jugábamos nuestro juego, Parulkar y yo, y esperé de lunes a lunes a mi familia.

Amaba a mi hijo. Se llamaba Abhijaya, y me dejaba indefenso. Creí haber amado a otras personas antes, pero entonces descubrí que o las había deseado, o había dependido de ellas, eso era todo. Nunca había sabido lo que era el amor de verdad. Cuando hablaban del amor en las películas, seguían con lo de que el amor verdadero significaba no querer nada para ti mismo, y que solo deseabas la felicidad del otro; lo descarté todo como parloteo poético lanzado por hombres y mujeres débiles que no tenían la fortaleza de coger lo que querían. Pero ahora, sujetando en los brazos este pequeño cascabel escurridizo, supe que todo era cierto. Tenía un año, estaba muy seguro de sí mismo, y alargaba la mano hacia mi cara y restregaba las manos por mi barba de varios días y se reía. Sentía una irresistible fuerza efusiva y suave, un sentimiento que me subía y bajaba por la columna: un hombre tiene un vínculo con su propia sangre que desciende hasta el latido central, el nervio y el hueso. Me había convertido en padre de forma distraída, de pasada, pero nada que hubiese conocido antes era como esta corriente de conexión parecida a una tormenta que pasaba desde ese mocoso diminuto hasta mí. Le dejaría hacerme cualquier cosa, y yo haría cualquier cosa por él. Con él no tenía que proteger ninguna grandeza propia de un estadista, no tenía que ampliar ningún poder.

Pero le dije a Subhadra que debía tener cuidado con su dignidad en esos agujeros llenos de policía, que tenía que aprender a ser fuerte, a ser una madre para los chicos, que aparte de nuestro propio Abhijaya tenía estos otros cien hijos, cientos de hijos, toda la fuerza de la banda. Le dije que tenía que proteger mi izzat tanto dentro del calabozo como fuera de él, que tenía que ser fuerte. Ahora parecía más madura, no mayor pero con capas de experiencia bajo aquel rostro todavía aniñado. Ahora simplemente había más de ella, como si las partículas dotantes de la niña inconstante que había sido se hubiesen asentado unas con otras, se hubiesen vuelto más densas y fuertes, y estaba esta Subhadra que escuchaba en silencio y daba buenos consejos y saldría fuera y les diría a mis hombres qué hacer. Bunty era mi principal apoyo, pero Subhadra no lo era menos, y todo el mundo lo sabía. Los chicos lo tomaban como algo natural, pero ella me había sorprendido, yo, que me enorgullecía de no sorprenderme nunca, estaba pasmado por ella y su hijo, y no me importaba que de alguna manera esas dos criaturas frágiles hubiesen vencido por completo mi wicket.

Ahora estaban jugando. Subhadra se ocultaba la cara con las manos y se dejaba ver, y Abhi se reía cada vez. Estaba contento de verles.

—¿Cómo tienes hoy el estómago? —preguntó Subhadra, desde detrás de sus manos.

Era una buena chica. Había intentado que comiese cestas de ciruelas, que insistía en que harían desaparecer todas mis dolencias. Bromeaba con ella, y mecía a mi niño, y era feliz.

Y cuando mi mujer y mi hijo se habían marchado, cuando Parulkar había

terminado con sus atenciones hacia mí, cuando Majid Khan había alejado su cortesía venenosa, cuando Salve se había marchado con su obediencia arrastrada, cuando estaba solo y daba vueltas por mis tres metros de espacio, me perseguía ese bastardo de Salim Kaka, que una vez me había llevado en un barco a buscar oro. Le maté mucho tiempo atrás, y nunca me había preocupado por ello, pero ahora no podía escapar de él. Estaba ahí en mi celda, caminando a mi lado, dando una de sus zancadas enormes por cada dos de las mías, guapo con su lungi rojo. Le disparé, sí, y me llevé su oro para empezar mi vida, pero ¿qué importaba? Fue estúpido por llevarme detrás si no sabía lo bastante como para confiar en mí completamente. No me había inculcado el miedo y la lealtad de forma cuidadosa, como yo hice con mis hombres. Fue descuidado, y por eso murió. ¿Por qué me acordaba de él en este momento? No lo sabía, pero no dejaba de acordarme de cómo me enseñó a disparar, y sus chistes verdes, y sus repentinos regalos de dinero. «Aquí tienes cien, bachcha, vete a ver una película, consigue una mujer», decía. Y lo hice. Ahora no necesitaba ningún dinero de Salim Kaka, pero aquí estaba.

Después la policía me dejó salir por fin, y me llevaron a la cárcel. Me importaba poco la larga lista de cargos que estaban reuniendo —asesinato, dar alojamiento a criminales, extorsión, proferir amenazas, y sobre todo estaba contento de volver a ver a mis hombres. Lo que había aturullado mi mente fue el confinamiento solitario, pensé, y había acarreado ese ataque de recuerdo inútil. Como me habían alejado de mi hogar, de toda mi red de conocidos, había desembocado en la compañía de Salim Kaka. En ese momento tenían que mantenerme en custodia judicial, y del propio juzgado me llevaron a la cárcel. No me tuvieron esperando en el aparcamiento del sótano, como hicieron con cientos de otros prisioneros de camino a la cárcel. Tenían una escolta especial para mí, y un vehículo para mí solo. A través de todo esto, soñé con Salim Kaka. En la furgoneta, de camino a la cárcel, sonreí y sonreí ante mi propia tontería. Majid Khan y los otros inspectores de la escolta estaban perplejos.

—No estés demasiado feliz —dijo el muchhad, apartando su prudencia por una vez—. No vas a salir de prisa.

Lo que no sabía es que estaba saliendo fuera, saliendo fuera de mí mismo. En solitario había conocido mi propia prisión demasiado bien. Estaba listo para ahogarme con la proximidad de mis hombres de nuevo, con su amor. Los carceleros y Majid Khan me hicieron pasar por las grandes puertas rojas dobles de la cárcel, por el pequeño portón de entrada. Me inscribieron en el registro de la cárcel, y después hubo una larga espera en el despacho del director hasta que este apareció. Era una *bandicoot* vieja y enjuta que se llamaba Advani, que me dio una charla sobre la vida cooperativa. Mis hombres estaban en el barracón cuatro, me dijo, y la muchedumbre de Suleiman Isa estaba en el barracón dos. Contaba conmigo para mantener la paz, dijo. Había habido demasiados problemas últimamente, demasiadas luchas, aunque trató de mantener a los viejos enemigos aparte tanto como era posible. Puesto que todos teníamos que hacer lo mejor en nuestra situación, continuó, era mejor vivir en

paz. Y por eso contaba conmigo.

Escuché con calma. Estuve de acuerdo en todo lo que dijo. A pesar de todas las historias que había oído sobre la cárcel, era un nuevo mundo para mí, y hasta que conociese mi terreno estaba bastante dispuesto a ser un ratón silencioso. Advani estaba muy satisfecho de sí mismo, el bastardo medio calvo pensaba que había impresionado a Ganesh Gaitonde con la fuerza de su personalidad y la solidez de su lógica.

—Si tienes un problema —dijo—, no temas venir a mí.

—Sí, director saab —respondí—. Por supuesto.

Por supuesto debía de haber oído que el famoso Gaitonde se había roto con Parulkar, que el aterrador don era en realidad un pequeño perro asustado al borde de la carretera. Soporté su condescendencia, y bajé la vista, y los celadores me condujeron fuera, hacia la cárcel. Pasamos por tres puertas de metal enormes y con ranuras, y después entramos en el patio interior enorme, donde los barracones se alzaban blancos y brillantes dentro de sus respectivas paredes. Director saab las había hecho pintar recientemente, me contó uno de los celadores, al director saab le gustaba mucho la limpieza. Había un ribete blanco a lo largo de los caminos, y maceteros en las esquinas. A esa última hora de la tarde los prisioneros estaban recluidos en los barracones, así que no había nadie en los caminos, ni en los patios que había entre los barracones, o bajo los ocho árboles que desfilaban por la extensión. Pero cuando caminábamos por el lado del barracón dos, se produjo un gran estallido de silbidos y gritos y bromas.

—Por favor, por favor, Parulkar saab —gritaban—. No hagas que me ensucie los pantalones, Parulkar saab —chillaron.

Lo habían oído, los bastardos de Suleiman Isa. Daba igual. Seguí caminando.

En el barracón cuatro me estaban esperando, mis hombres. Habían improvisado una guirnalda con flores secas de gulmohar y hojas de nim. Les dejé que me pusieran encima la guirnalda, les abracé a todos y después les puse a trabajar. Limpiad este lugar, les dije, sois una vergüenza. Sonrieron y se rieron y se pusieron manos a la obra. Bhai no soporta un desorden, decían. Estaban contentos de que se les ordenase, que se les dirigiese. Eran cincuenta y ocho, miembros conocidos y acreditados de la banda, de un total de trescientos nueve que había en ese barracón, que era uno de los más pequeños, construido originalmente para albergar a cien. Mis hombres gobernaban el barracón, eran dueños de la mayor parte del espacio y todas las mejores camas, dirigían los juegos, y controlaban lo que entraba y lo que salía. Una pequeña banda de hombres comprometidos y leales unos con otros siempre dominará a una mayoría grande, desorganizada, y, conmigo allí, su fuerza aumentó diez veces. A los cobardes se les intimida en la mente, y la masa de hombres siempre está llena de miedo. Mis hombres decidieron cómo limpiar y enderezar, y todo el barracón les seguía, sin que hiciera falta decírselo. Pronto la sala grande, con sus filas dobles de delgadas daris azules alineadas a cada pared, se barrió y ordenó y limpió. No había

mucho que pudiésemos hacer con las camisas en los alambres colgantes, y la ropa interior que se secaba colgando de la pared, y los pequeños montones de papeles y fotografías y revistas. Pero, aun así, allí había un lugar en el que podía vivir, que tenía mi impronta. Los chicos tenían una cama para mí en el extremo más alejado del barracón, el más alejado de la puerta principal y por tanto el más seguro. Se desplegaron a mi alrededor en todas partes, en una sucesión protectora de círculos, y en el centro colocaron tres daris nuevas apiladas unas encima de otras para formar un colchón, y una almohada, y un pequeño estante hecho de contrachapado que habían cogido del taller de la cárcel. Eran buenos chicos.

Los líderes eran Rajendra Date y Kataruka, a quienes conocía por operaciones fuera. Ambos habían sido pistoleros experimentados, y aunque me había distanciado de sus actividades por sus controllers, hablaba con ambos por teléfono, y les recompensaba. Ambos estaban cumpliendo penas por asesinato, así que ambos eran veteranos en la cárcel: Date llevaba cinco años, y Kataruka siete. Pero ninguno se había roto, ni entregado a sus controllers u otra persona, y estaban cumpliendo con su deber con honor. Así que habíamos estado manteniendo a sus familias fuera con salarios mensuales considerables, y bonos, y nos habíamos hecho cargo de bodas y facturas de hospital y deudas inmobiliarias. Ahora estaban sentados conmigo, rodilla contra rodilla, y me contaban toda la rutina diaria en esta cárcel.

Habló Date, sobre todo, mientras Kataruka asentía y gruñía de forma ocasional.

—Dentro del campus, bhai, en la pared grande, hay ocho barracones, bhai, cada uno con su propia pared *chotti*. El primer barracón es para los reclusos nuevos, que tú te has saltado. Ese es el más concurrido, tal vez hay sete... ochocientos hombres en él. Desde ahí mueven a los reclusos a otros barracones. El número dos es el de la banda de Suleiman, bhai. Número tres es la sala para babas, todo chicos jóvenes, niños. El cuatro somos nosotros. En el cinco están los viejos, todos con el pelo blanco. Hay un chutiya ahí que tiene ochenta y cuatro, mató a su mujer de repente, al final no pudo aguantar sus ronquidos. Los barracones seis y siete son para el montón en general, ahí meten al recluso medio. Detrás de la alambrada, por allí, está el ocho, para mujeres y niñas. Muy cerca, pero no hay tráfico de aquí allá —sonrió—. Solo explotan los carceleros e inspectores maderpat, no el ciudadano común. Pero aquí, en nuestro barracón, tenemos arreglos para todas las otras cosas. Podemos conseguir aceite, té, masala, todo tipo de comida a través de los celadores. Ya hemos hecho el arreglo para que consigas riffin de casa, bhai, para que no tengas que comer esta sucia comida de la cárcel. Eso debería empezar en uno o dos días. Pero si alguna vez el hambre, podemos hacer un *handi* con latas, quemar aceite de coco y cocinar con eso. Pero si los agentes ven el fuego gritan, bastardos, y a veces encadenan a los infractores. Pero no nos causan problema a nosotros, bhai, podemos hacerte chai en cualquier momento. Cualquier otra cosa que quieras, háznosla saber. Los celadores son todos nuestros en este barracón, todos en cadena perpetua. Y a través de los abogados, tenemos un arreglo con muchos de los jueces de las sesiones en los

tribunales, por lo general podemos cambiar las fechas del juicio. A veces, si se paga bastante a un juez, podemos conseguir decretos de emergencia de libertad bajo fianza. Pero no para ti, bhai.

Mi caso era demasiado fuerte, estaba demasiado en las noticias como para conseguir una fianza rápida. Eso lo sabíamos todos.

—Hace calor aquí, bhai, en verano, y frío en invierno. En el otro extremo, cerca del barracón uno, hay un hospital, donde hay camas de verdad con colchones de verdad, y ventiladores. Tenemos un acuerdo con los médicos, por una pequeña suma te pueden admitir unos pocos días. La comida es mejor allí, también. Si quieres, puedes ir al hospital de vacaciones. Es fácil.

No quería unas vacaciones. Quería a Suleiman Isa, o a unos cuantos de sus hombres.

—Quiero golpear a esos bastardos del barracón dos —contesté—. Se alegran de que esté aquí. Enseñémosles qué significa.

—Eso no es tan fácil, bhai. Solo nos dejan salir al patio en diferentes momentos a ellos y a nosotros. Cuando nosotros estamos encerrados, ellos están fuera. Empezaron a hacerlo después de un disturbio que hubo el año pasado. Es una norma de la cárcel, los celadores no pueden ir contra ella, ni el personal. O ya lo habríamos hecho.

Ambos estaban contentos de verme feroz, Date y Kataruka. Por supuesto, ellos también habían oído los rumores, que me había roto bajo la presión de Parulkar. Eran mis hombres, baluartes de mi banda, pero estaba seguro de que una duda pequeña se había filtrado a través de sus muros de fe protectores. Era momento de volver a poner las cosas en orden, de arreglar el mundo. Les interrogué un poco más, sobre el procedimiento y las costumbres de la cárcel, y después les dije que me dejasen dormir. Eran todavía las primeras horas de la tarde, quedaba todavía mucho rato hasta que apagasen la luz a las ocho. Pero Date y Kataruka hicieron callar al barracón, y me tumbé sobre las daris, y di la vuelta sobre el lado derecho, y me coloqué un brazo encima de la cabeza, y de forma instantánea caí en un sueño oscuro. Tras semanas de enroscarme intentando descansar, y revolverme despierto en medio del amodorramiento, dormí mucho y profundamente.

Me desperté por el silbato de la mañana, a las cinco en punto, sintiéndome en forma y bien, y preparado para mi guerra. Los chicos conocían mi necesidad de limpieza, así que se habían ocupado de las letrinas quedasen a salvo de su mugre habitual, y había cubos llenos de agua esperando en los baños, y una toalla limpia. Fui rápido, y después Kataruka y Date vinieron a buscarme.

—Los mamus están aquí —dijo Date.

Los agentes estaban esperando junto a la puerta, y nos llevaron afuera en filas de dos para el recuento. Bajo el cielo grisáceo caminaron arriba y abajo, contando, y mientras tenía lugar este *ginti*, discutí mi plan con mis dos controllers. Ya tenía un plan, los inicios de un plan. Durante el *ginti* y en el desayuno hablamos de ello, y lo llenamos, y lo extendimos, y comencé a ver que podía hacerse realidad. Tras el



desayuno, los havaldars vieron cómo volvíamos a los barracones, donde ahora la masa de reclusos hacía cola y se peleaba por bañarse y lavar la ropa. Se armó un gran alboroto bajo las vigas del techo, un ruido de hombres contando historias y debatiendo y jugando a cartas y rezando. En el extremo norte de los barracones había un templo improvisado, con imágenes brillantes de Rama y Sita y Hanuman pegadas en la pared, y ahí los hombres se sentaban en filas y cantaban bhajans. En el extremo sur, los musulmanes se arrodillaban en namaaz, hacia una pared blanca y limpia. Y por la sala grande los hombres se sentaban en grupos, manteniéndose a flote unos a otros a lo largo de las largas horas hasta la comida. El celador y cuatro de sus ayudantes estaban sentados en el lugar de honor, cerca de una radio grande puesta a todo volumen, y las canciones llegaban goteando y flotaban hasta los extremos más alejados de los barracones: «*Mere sapnon ki rani kab aaye gi tu, aayi rui mastaani kab aaye gi tu...*».

En tres semanas fui capaz de ejecutar mi plan. Y en esas tres semanas, aprendí los ritmos de esta nueva vida: el silbato a las cinco de la mañana; las filas amodorradas fuera para el ginti; el traqueteo de los platos de aluminio y los boles y el chisporroteo del *tari* sobre el dal, del tari que pagabas de más; las horas largas de la mañana, y después el olor de la cocina *bissi* cuando amasaban el atta con los pies y lanzaban verduras medio podridas en cuencos enormes; tras la comida de las diez, el murmullo de conversaciones y los ronquidos y el olor de cientos de hombres sudando; los fumadores con sus pequeñas y preciosas bolas de charas y sus largos rituales de quemar y desmenuzar y enrollar; los juegos dinámicos de ajedrez, y teenpatti, y ludo, y las palabrotas y las risas por encima del traqueteo de los dados; mis hombres se alineaban alrededor de los dos únicos tableros de carrom que había en los barracones, alimentando su apasionado seguimiento de la liga de campeones que habían puesto en marcha, que se completaba con tableros para escaleras sencillas y dobles; las peleas y enemistades repentinas que estallaban entre hombres encerrados juntos, que se extendían como el fuego azuzado por el viento por las hileras de camas; los gritos y amenazas mientras dos hombres se daban la cara ante los ojos de otros cien, cada uno de ellos demasiado asustado ante la vergüenza de retirarse; los *kalias* musculosos de Nigeria vendiendo paquetitos de brown sugar a cincuenta rupias en el patio; y sus clientes, encorvados rodilla con rodilla en pequeños círculos apretados sobre los *chaser-pannis*, respirando el humo con la expresión devota de hombres que han visto otro mundo, mejor. Y la larga espera hasta las cinco en punto y la cena del mismo dal aguado, y el arroz lleno de grumos, grueso, y los *chappatis* gomosos, y después dormir a las ocho.

Vivíamos esta vida, y soñábamos con el exterior. Pero esta es la vida que teníamos que vivir, la única. Así que les conté a Date y Kataruka algo de mi plan, y les dije que necesitaba a dos hombres nuevos, dos hombres sin conexión con nuestra banda. Pero tenían que ser dos chicos duros, capaces de acción, no del tipo que sacaría el pecho y se pavonearía pero después se quedaría paralizado al ver sangre.

Date y Kataruka se quejaron, negaron con la cabeza y dijeron que era imposible fiarse de hombres que no habían sido puestos a prueba, que no habían probado. Por eso precisamente es por lo que hacemos que sea difícil entrar en la banda, dijeron, para ver si el aspirante tiene estómago para el trabajo. Por eso les mandamos primero a hacer recados, una paliza menor o dos, para que puedan probarse a sí mismos, ascender de la forma adecuada. Pero no, insistí. Quería caras nuevas, dos que no tuviesen conexiones previas con nosotros.

De modo que me encontraron a dos, Dipu y Meetu. Eran hermanos y originarios del norte, habían venido a Bombay con licenciaturas de alguna facultad gaandu en Gorakhpur. Tenían veintidós y veintiún años, bhaiyyas de verdad, hijos de un agricultor. Se habían alojado con algún paisano de Gorakhpur que conducía un taxi, y daban vueltas de trabajo en trabajo. Dipu había vendido detergente de puerta en puerta, Meetu había trabajado como vendedor en una tienda de accesorios de baño. Eran muchachos entusiastas, llenos de energía, y habían recorrido la ciudad de arriba abajo, colgados de los trenes, viendo todas las vistas. Justo cuando se habían roto un poco, cuando habían empezado a entender que no todos los sueños se convierten en realidad en Mumbai, que no cualquier idiota de Uttar Pradesh se convierte en Shah Rukh Khan, recibieron una llamada de un primo segundo que tenían en Lucknow. Tenía un plan, un proyecto. Dijo que iba a empezar un negocio en Lucknow, con algo de compra y venta en Bombay. Para eso necesitaba abrir una cuenta bancaria en la ciudad, tener algunos fondos disponibles y preparados allí. Así que Dipu y Meetu iban a abrir una cuenta conjunta. Él les enviaría el dinero para depositarlo en la cuenta, y más instrucciones acerca de a quién pagar y todo eso. Una semana más tarde recibieron, por mensajero, un cheque por un lakh y medio. El cheque se depositó, y como les habían ordenado, se quedaron cuarenta mil para gastos. Entonces tuvieron un buen momento, y una semana después, llegó otro cheque, esta vez de dos lakhs. El director del banco les dijo que las formalidades tardarían un día, que los fondos se dispensarían a la mañana siguiente. Así que nuestros dos hermanos regresaron al banco. Fueron al mostrador, sonriendo, y al segundo siguiente estaban sobre el suelo, con las pistolas de los policías presionándoles el cuello.

—Jeeps camuflados, bhai —soltó Dipu. Era el que contaba la historia—. Y así nos tendieron una trampa. Los cheques eran robados, nos dijeron mientras nos golpeaban en comisaría. Habíamos sido traicionados por nuestro propio primo.

—Escucha, bhenchod —contesté—. Declárate inocente delante del juez. Si me cuentas mentiras, te arrancaré los golis. ¿Quieres decir que me estás contando que abristeis una cuenta y depositasteis cheques con inocencia? ¿Qué tipo de negocio se suponía que iba a ser?

Tragó saliva.

—No lo sé, bhai.

—¿No lo sabías, y obedecisteis a vuestro primo a ciegas? ¿Y pensabais que ibais a conseguir cuarenta mil por ir a un banco con camisa y pantalones limpios?

Maderchod, no me mientas. Sabías bastante bien que eran cheques robados.

Él y su hermano tenían la misma cara ancha, tan acogedora como una pala. Parpadeó, pensó y después cedió.

—Sí, bhai. Solo que pensamos que un cheque más no nos haría daño.

No eran más que campesinos que pensaban que sabían más de lo que sabían, y así habían caído con facilidad en manos de la policía. Dipu me contó el resto de la historia. La policía les había sacado a golpes el nombre y la dirección y el número de teléfono del primo, pero por supuesto el primo había volado de su gallinero en Lucknow. Entonces los policiyas les golpearon un poco más, en las plantas de los pies con pattas, en las manos con cañas, en los hígados con los puños. Les amenazaron con eliminarles, les dijeron que iban a llevarles en coche hasta la costa y meterles balazos en la cabeza. Les dijeron que iban a enviar a la policía de Uttar Pradesh a la granja de su padre, a la cocina de su madre.

—*Bataa re* —soltaron los inspectores—. *Kaad rela*.

Pero estos hermanos no tenían nada más que contar, y el primo se había largado, así que al final se cerró la investigación, y Dipu y Meetu estaban en la cárcel, esperando el juicio. El inspector de su caso les había dicho que si le pagaban un lakh no pondría objeciones en el juicio para que les dieran la libertad bajo fianza, y, por cincuenta mil, el fiscal también se mantendría tranquilo, y de esa forma el informe de su abogado dominaría al tribunal, y estarían fuera bajo fianza. Y aunque habían entrado por cargos serios, no solo el 420 por estafa, sino también el 467 y el 408 por falsificación, el inspector podría conseguirles la fianza. Por un precio más alto, incluso, podría arreglarse todo el caso. Pero Dipu y Meetu ya se habían gastado en su abogado todo lo que les quedaba de los cuarenta mil, y habían gastado lo poco que hubiera podido conseguir su padre. De modo que ahí estaban, bajo custodia judicial, esperando juicio, esperando fechas. Ya llevaban dentro seis meses. Había hombres que habían estado esperando un año. Algunos bastardos harapientos habían esperado durante tres años, y cuatro, y —eso oí— incluso unos pocos esperaron siete. De esa forma, Dipu y Meetu, que habían actuado como idiotas pero eran capaces de aprender, se habían acercado a mis hombres. Y ahora estaban hablando conmigo, en los baños del barracón cuatro, mucho después del anochecer.

Les metí. Me dijeron que eran capaces de hacer trabajo sangriento, que crecer en Gorakhpur les había endurecido, que la política de la asociación estudiantil de allí significaba hacer campaña con cuchillo y lathi, que su distrito había producido muchos dakus famosos, que lo llevaban en la sangre. No tenía ocasión de probarlos, porque tenían que permanecer quietos, pasar desapercibidos, mantenerse separados de mi banda. Pero eran míos.

Cada semana, iba al tribunal especial para las vistas sobre mi fianza. Los carceleros siempre ponían a otros reclusos en la furgoneta, a cualquiera que tuviese una vista en el tribunal ese día.

Así que Dipu y Meetu fueron al tribunal en la misma furgoneta en que lo hice yo,

lo dispusimos de ese modo con los abogados y los jueces. Íbamos yo, estos dos hermanos, y Date o Kataruka. Alternábamos a estos dos últimos, y de esa manera siempre había uno de los dos sentado a mi izquierda, en el banco que recorría el costado del furgón. A mis pies, en el suelo, entre el montón general de reclusos, Dipu y Meetu. Y frente a mí, dándonos la cara, en el otro banco, hombres de otras bandas. Siempre era así en el furgón: los bhais se sentaban en los bancos, y los presos ordinarios en el suelo. Date y Kataruka hubieran preferido que yo no estuviera allí en absoluto cuando ejecutamos el plan, no querían exponerme al peligro. Intentaron persuadirme para que se lo dejase todo a ellos, pero les dije que era crucial que estuviese allí, que sin mí ese plan no era necesario. Después les dije que se callaran. Y día tras día, esperé en el furgón.

Las primeras dos semanas, en el banco de enfrente había hombres de otras bandas, no de la de Suleiman Isa. La tercera semana, Kataruka y yo ya estábamos despatarrados en nuestro banco cuando los hombres de Suleiman Isa entraron en el furgón. Eran cuatro, ninguno que reconociese, pero Kataruka se incorporó a mi izquierda, doblando la cuerda de sus muñecas. Íbamos a los tribunales atados como animales, amarrados unos a otros. Pero había suficiente cuerda para lo que teníamos que hacer. Los hombres de Suleiman Isa se colocaron, se pusieron cómodos, y me sonrieron. Les hacía gracia, y no tenían miedo.

—¿De qué te ríes, maderchod? —preguntó Kataruka.

Era muy guapo, ¡mi Kataruka, pero estaba muy picado de viruelas! Estaba callado la mayor parte del tiempo, pero en ese momento habló.

—La tensión es innecesaria —le dije.

Yo mismo estaba muy relajado. Podía sentir cómo me cantaba la sangre, pero me sentía tranquilo. Los hombres de Suleiman Isa también estaban bastante relajados, porque eran cuatro y nosotros dos, porque habían oído que en realidad yo era un cobarde.

—¿Todavía te duele el gaand? —me preguntó uno de ellos—. Hemos oído que Parulkar lo agarró todas las noches durante meses. Decía que eras un buen gaandi para montar, que gemías como una niña.

Le sonreí a modo de respuesta.

—Parulkar es un policía honesto —repliqué—. Lo que dice debe de ser cierto.

Me moví hacia atrás en el banco y levanté la rodilla, puse los pies encima del banco, y me rasqué el tobillo.

Se estaban riendo, todos ellos. Las puertas delanteras del furgón hicieron ruido al cerrarse, y el motor chirrió hasta producir una vibración larga que ahogó risitas, y el furgón dio una sacudida hacia delante, y yo dije muy discretamente:

—Dipu.

Fue del todo rápido, este Dipu. Apenas vi su mano moverse, pasó, y el hombre de Suleiman Isa que estaba a la derecha por un momento ni siquiera supo que le habían cortado. Tan solo estaba sentado, y entonces la sangre roció el furgón. Y entonces nos

lanzamos sobre ellos, cortando. Usamos cuchillas, no de las de afeitarse sino del tipo industrial más fuerte que se usaba para cortar cartón o cinta, que habíamos sacado a escondidas del taller de la cárcel. Habíamos partido cada cuchilla por la mitad, fundimos goma en la parte rota para construir una especie de mango, y después nos deslizamos las cuchillas en los costados de nuestras chappals Kitto de goma, en los talones. Se tardaba un segundo en dar golpecitos con la yema del dedo para encontrar la cuchilla en la chappal y estirla hacia fuera con suavidad. Y después estábamos sobre ellos, cortando.

Estuvieron todos rebanados antes de que ninguno de ellos pudiera levantar una mano para defenderse. Esperaban a dos, y éramos cuatro. Haz sangrar a un hombre y quebrarás su coraje. Y les había dicho a mis hombres que fuesen a por sus ojos. Una cuchilla no matará, pero harán entrar sangre en los ojos y cegaré. De modo que solo dos de ellos contraatacaron en realidad, los otros dos gritaron y se dejaron llevar por el pánico y trataron de zafarse en el tumulto huracanado de reclusos. Estaba tranquilo. Esquivé y esperé y corté, y corté. Hay una presión enorme de sangre en la cabeza de un hombre, una cantidad que no puedes imaginar. Sale a chorros como un pichkari, rápidos con el latido del corazón. Nuestro ataque debió de durar apenas un minuto, pero, con el placer de acuchillar y rajar, el tiempo se expandió en un gran emporio de oportunidades. Te cuento que podía ver en medio de la confusión y detectar la apertura antes de que existiese, pude esperar y serpentear y después avanzar de forma precisa y *cortar*. En mi calma supe que el furgón se había parado y que los havaldars e inspectores estaban luchando con las puertas. Me tambaleé hacia detrás apartándome de la pelea, atrás hacia el banco, me dejé sentar.

—Dame el *lambí* — le dije bruscamente a Meetu.

Me lo colocó en la mano izquierda poniendo los ojos en blanco, el lambi que había llevado dentro de su archivo azul legal, metido detrás del fajo grueso de papeles y avisos e informes. El lambi era en realidad una bisagra de una puerta de un baño del barracón, cuidadosamente desatornillada y después moldeada y afilada con piedra, y a la que se había puesto un mango con un envoltorio de alambre eléctrico. Con eso en la mano fui de rodillas, sobre la masa de hombres. Había visto al que quería, había visto su rostro oscuramente enmascarado con sangre. Levantó las manos mientras me acercaba a él. Solo podía dar una estocada y hacerla girar, poniendo el hombro por detrás, lo supe por completo antes de haberlo hecho nunca. Le puse el lambi en el cuello. Después los policías estaban sobre nosotros.

Nos arrastraron afuera con muchos gritos y alboroto, había docenas de ellos. Nosotros nos sonreíamos unos a otros. Había un corte en el dorso de la mano izquierda de Dipu.

—Me he cortado, bhai —dijo—. Pero a ellos les he cortado más.

—Chutiya —contesté, sonriendo.

Después nos llevaron a rastras a las celdas *anda*. Entramos en el edificio alto y con forma de *tank i*, y en las celdas sin sol. A los otros los empujaron de dos en dos

por las puertas inferiores de las celdas, pero a mí me hicieron bajar un nivel y me hicieron doblarme y me empujaron hacia delante y entonces me quedé solo. Estaba oscuro, muy oscuro. Al final pude distinguir dos losas de cemento a cada lado de la habitación circular, y un agujero en el suelo entre ellas. Dos camas y una letrina. Estaba sudando. Palpé el camino por las paredes, tan alto como pude. No había ventanas, ni un estante ni un interruptor o un enchufe, nada sino el cemento liso como un huevo. Me quedé sentado en una de las camas mucho rato. Luego me quité la camisa y la doblé y me hice una almohada. Me tumbé. Después empecé a reírme.

Me mantuvieron en la celda anda durante dos semanas. Lanzaban comida y agua por la puerta, y viví solo en aquel agujero apestoso. La oscuridad, es la oscuridad lo que te hiere el corazón, lo que te rebana el cerebro. Intenté seguir la pista de las horas, intenté pasear por la celda en círculos rápidos, para mantenerme saludable. Intenté dormir, y mantenerme despierto durante lo que debía de ser el día. Pero pronto no pude distinguirlo. Traté de calcular el tiempo por las comidas, pero debían de darme comida cuando les venía en gana, me llegó fría y espesa, y puede jurar que pasaron muchos días y noches antes de volver a oír el chirrido de la puerta al abrirse. Y estaba el ruido áspero de mi propia respiración, dentro y fuera, dentro y fuera, durante siglos. Abría los ojos y sabía que solo había pasado un minuto, o dos. Sin embargo había estado paseando durante una eternidad por una pantanosa orilla del mar. Me esperaba otro minuto, alargando su abismo ante mí. Y después otro. Traté de imaginarme un reloj, martilleé con una uña en la pared y colgué un reloj de oro, como uno de esos pesos que se balancean, pensé que podría hacer que conservase el tiempo por mí. Pero mi reloj bostezó y se derritió y se desvaneció, y sus manillas se enroscaron y serpentearon. Había oído que las celdas anda podían llevar a los hombres a la locura, y ahora esta habitación negra me estaba probando.

En esta oscuridad, las mujeres acudían a mí. Paseaban a través de mí con un tintineo frío de ajorcas. Me quedaba tumbado sobre la espalda y flotaban sobre mí, con los pies delgados, con dibujos en rojo y los hoyuelos en los tobillos. Los bordes de sus ghagras me rozaban suavemente las mejillas, y sentía sus pasos sobre el pecho, ligeros como una bendición. En este sueño poco definido, en el tacto etéreo de sus gasas, me libraba de la prisión. Hablaban entre ellas en un murmullo justo por debajo de mi entendimiento, en su susurro que se convirtió en música apenas perceptible. Floté. Me fui.

Cuando me sacaron de la celda anda no sabía cuánto tiempo había estado, dos semanas o dos mil años. Me protegí los ojos y no le pregunté nada al personal de la cárcel, ni a los policías. Parulkar estaba allí, grosero e hinchado en esa forma suya de gallo que se pavonea, y bajo su mando nos arrastraron a todos por el complejo y hasta el despacho del director. Después allí por supuesto se produjeron más insultos y amenazas, y advertencias sobre añadir cargos y sentencias largas. Pero todo era un espectáculo vacío, porque ellos sabían y nosotros sabíamos que había sido nuestro triunfo. Fue una pequeña escaramuza, pero habíamos ganado. Y por pequeña que

hubiera sido nuestra conquista, tuvo una importancia inmensa para mis hombres, y para mí. En ocasiones, es así. De ese modo, erguido de pie bajo el alboroto que los carceleros y Parulkar estaban haciendo, me recompuse. Encima del escritorio había un calendario que me decía la fecha, 28 de diciembre. Había estado en la celda anda trece días y una noche. El tiempo volvió a su lugar a mi alrededor, con el sonido del metal cayendo sobre el metal. Me mantuve de pie erguido. Me quedé callado, mantuve la cara seria y la mirada hacia abajo, pero me volví fuerte de nuevo. Por la conmoción que estaban creando, estaba claro que trataban de luchar contra mi victoria moral. Sabía que todos mis hombres, en el barracón y fuera, se habían enterado de la pelea, y que estaban fuertes otra vez. Me quedé callado. Estaba satisfecho.

Solo al volver al barracón supe los detalles de nuestro triunfo. El bastardo a quien le pinché el cuello era uno de los controllers principales de Suleiman Isa, que daba parte directamente a los hombres en Dubai. De forma milagrosa, el maderchod vivía, pero todavía estaba en el hospital, cubierto por arcos largos de puntos. Los médicos esperaban que sufriese daños en el nervio de por vida. Los otros habían regresado a su barracón con las cabezas afeitadas y envueltos en vendas, y hubo mucha comedia cuando mis hombres estaban a una distancia de sus ventanas que les permitía gritar:

—¿Alguien tiene dolor de cabeza? ¿Alguien necesita un *champí*?

Nuestras heridas eran insignificantes: estaba la pequeña herida de Dipu, y Kataruka tenía un corte en la pantorrilla derecha, probablemente por el balanceo salvaje de Dipu o Meetu en el furgón. Pero todos parecían aturridos por la celda anda. Meetu tenía temblores, trataba de aplacarlos pero se estremecía de todos modos, a pesar del calor de la tarde. Tuve que ponerme al frente.

—Muy bien —les dije a los hombres agrupados a mi alrededor—. Lo celebraremos más tarde. Dadnos algo de té. Después un baño para cada uno, y descanso. Conseguid agua.

Se hizo. Al final nos tumbamos juntos formando un círculo, con los pies apuntando hacia dentro, nuestros cuerpos eran los rayos de una rueda, y el resto de los hombres se turnó para abanicarnos. Era un placer hablar, levantar la mirada hacia las vigas del techo y ver luz, saber cómo transcurría un día. Dipu y Meetu hablaban de mujeres, sobre los prodigios que iban a lograr al chodo cuando salieran. Kataruka se reía de ellos.

—Vosotros, ganwars —dijo—. ¿Creéis que esas putas de Lamington Road son mujeres? Son bhenchod peores que animales. También podríais chodo a la próxima perra que veáis olisqueando por un basurero. Nunca conoceréis el verdadero placer de una mujer a menos que la cortejéis, hasta que ella se enamore de vosotros y ofrezca toda su voluntad. Una chica educada en un colegio de monjas, que han criado bien, que es tímida, que es reservada... esa es la verdadera prueba para un hombre. Pero para qué hablaros a vosotros dos de esto, nunca en vuestra vida os acercaréis a suficiente distancia de una chica así.

De forma que después, por supuesto, ambos suplicaron y pidieron de forma quejumbrosa que les enseñase, mis excelentes y peligrosos hermanos daku. Escuché cómo seguía Kataruka, y a lo largo de la tarde impartió los secretos de la seducción.

—Cuando la estéis cortejando —les explicaba—, debéis ser Kishore Kumar. Y no quiero decir solo que le cantéis canciones de Kishore, no. Tenéis que dejar que la voz de Kishore Kumar se mueva por vosotros, y volveros así de seguros de vosotros mismos sin esfuerzo, felices, divertidos, despreocupados. Si podéis hacerlo, ella acudirá a vosotros con felicidad, jefes. Entonces, cuando eso pase, cuando la tengáis, entonces tenéis que cantar Mohammed Rafi, y solo Rafi.

—¿Por qué? —preguntó nuestro Meetu, bostezando—. Si ya has peloado, ¿por qué cantar nada?

Kataruka se incorporó, alargó la mano y le dio a Meetu un golpe en la cabeza con los nudillos.

—Escucha, gaandu. Escucha atentamente. Cantas a Rafi porque de lo contrario nunca conseguirás peloarla otra vez. Rafi es tu auténtica carretera de vuelta a su chut.

Se giró hacia mí. Me estaba riendo.

—¿Qué vamos a hacer con estos granjeros, bhai?

Negué con la cabeza.

—Y después de Rafi, ¿qué cantamos a continuación?

—Ah, aquí hay un hombre que sabe de la vida —respondió Kataruka. Volvió a tumbarse, se estiró—. Cuando haya terminado, después de que os deje, o después de que la dejéis a ella... ¿me estáis escuchando, chutiyas?... cuando sintáis que os estiran el corazón por la garganta con un gancho, entonces cantáis Mukesh. Entonces Mukesh es vuestra única forma de salir, la única manera en la que viviréis para ver otro monzón. Mukesh os curará, para que podáis volver a cantar Kishore. Para que tengáis otra oportunidad. ¿Entendido, bastardos? Kishore, Rafi, Mukesh.

Meetu y Dipu asintieron, pero yo sabía que apenas habían entendido nada. Eran demasiado jóvenes para saber que necesitaban a Rafi, mucho menos a Mukesh. No obstante estaban sonriendo, con sus grandes dientes de conejo.

—Escuchemos algo de Kishore —propuse.

Era ese tipo de tarde. Todos estábamos contentos.

Resultó que Date era el único que tenía voz.

—Khwab ho tum ya koi haqiqat, kaun ho tum batalao —cantó.

Y después:

—Khilte hain gul yahaan, khilake bikharane ko, milte hain dil yahaan, milke bichhadne ko.

Todo el barracón se quedó callado, y le escuchamos. Cada vez que terminaba una canción, había gritos pidiendo más, y peticiones de canciones favoritas, y risas. Consiguió un equipo de cantantes para el acompañamiento y dos músicos de *tabla*, que usaron latas de aceite Dalda vacías. Cuando Date cantaba, se ponía la mano en el oído como un profesional, y en algún momento entre las canciones me enteré de que



había estudiado música de pequeño, que procedía de una familia de músicos, que su padre tocó la trompeta en una banda de bodas hasta que la edad se llevó la fuerza de sus pulmones, que el sueño de Date había sido ser cantante de playback. Cantó «*Pag ghungru baandh Mira naachi thi*» y «*Ye dil na hota bechaara*», y entonces se hizo la hora de cenar.

Más tarde aquella noche Date se me acercó, me tocó ligeramente el hombro.

—Bhai —dijo—. ¿No puedes dormir?

Había estado dando vueltas y serpenteando, tratando de encontrar acomodo en mi cuerpo, un reposo que me permitiese dejarme llevar. Estaba intentando respirar de forma larga, uniforme.

—¿Qué, Kishore Kumar? —respondí.

—El problema es que necesitamos mujeres, bhai.

—Claro que necesitamos mujeres, saala. ¿Me conseguirás una, maderpat? ¿De su barracón?

—No, no, bhai. Imposible. Los carceleros no se arriesgan a eso, es demasiado riesgo. Los celadores no tienen acceso. En ninguna cárcel. Solo ha pasado una vez... ¿te acuerdas de aquella mujer, Kamardum Khan?

—La traficante de drogas, ¿verdad?

—Sí, iba de por libre, manejaba brown sugar. Estaba en la cárcel Arthur Road, y su novio, Karan Pradhan, en el barracón de los hombres.

—¿De la banda Navlekar?

—Sí, ese Karan. Bhai, esta Kamardun Khan estaba enamorada de Karan Pradhan. Así que solía trepar el muro de casi tres metros del barracón, saltaba al complejo principal. Sobornaba a los centinelas y carceleros, y entraba en el barracón de los hombres y pasaba muchas noches a la semana con su *chhava*.

—Eso es una mujer.

—Algunos dicen que también les daba algo de gusto a los centinelas, solo por tener a Karan Pradhan.

—Eso es amor.

—Cuando salieron, ella le dio un coche. Un Contessa totalmente nuevo.

—¿Está muerto ahora?

—Los hombres de Dubai lo cogieron, en su garaje. Le mataron en el Contessa.

—¿Y ella?

—Se volvió loca. Comenzó a tratar de luchar contra Suleiman Isa. Aprendió a disparar un revólver, se lió con un inspector de policía. Pensó que el inspector la ayudaría a conseguir su venganza.

—¿Pero?

—Los hombres de Dubai la mandaron apuñalar hasta matarla. Algunos dicen que el inspector la vendió a la banda-S, que les dijo dónde encontrarla.

—Es una tragedia.

Suspiró. Por un momento pensé que iba a cantar una canción de Mukesh.

Después se recompuso, y dijo:

—En esta historia hay drama, hay emoción, hay tragedia.

Y rompimos a reír de forma socarrona y prolongada. Reímos a carcajadas hasta que los chicos empezaron a reírse de nuestra risa, de nuestro frenesí.

—Así que —continué— la banda Navlekar tiene hombres tan guapos y tan audaces que las mujeres saltan muros por ellos. ¿Qué van a hacer por mí mis hombres?

—No puedo conseguirte una mujer —contestó Date—. Pero está el otro barracón. Por supuesto, sabía a cuál se refería.

—¿La sala baba?

—Hay un chico allí, bhai —dijo—, que tiene un culo que no te imaginas, lo ves y jurarías que es el gaand de Mumtaz.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Trescientos para el celador, cinco para el centinela. Cien o así para el *gaadi*.

—Bien. Consigue cinco *gaadis*.

—Cinco, bhai. ¿Uno para ti y Kataruka y yo?

—Y uno para cada uno de los hermanos heroicos.

—Pero Mumtaz es para ti, bhai. Espera y verás.

Una vez conté el dinero, en menos de media hora los trajeron. Entonces hubo muchos jadeos y polvos en la oscuridad. Bajo mis dedos, el *gaadi* parecía Mumtaz. En mis primeros tiempos en la ciudad, cuando vivía en la calle y dormía sobre el cemento, estuve con chicos. Pero ahora sabía mucho más de mujeres, así que cerré los ojos y vi a Mumtaz. Ella gimió debajo de mí. Después me sentí relajado, y dormí bien.

A la mañana siguiente, en mi tiffin, envuelto en plástico y escondido en el arroz, había un teléfono. Era como un ladrillo pequeño, pero denso y pesado, y venía con su propio enchufe. Date y Kataruka se sentaron cerca de mí mientras apartaba el plástico. Había un pequeño pedazo de papel atado con una goma elástica al teléfono. «El botón PWR lo pone en marcha. Marca 022, después mi número, después aprieta OK», era lo que decía, con la letra de Bunty. Lo hicimos, y descolgó al primer tono.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tu baap.

—¡Bhai!

—¿De dónde has sacado esto?

—Acaba de salir, bhai. Y es muy caro. Pero está bien, ¿verdad?

—Muy bien.

—Eres el primero en la ciudad que tiene uno.

—¿Lo soy?

—Vale, quizá el segundo o el tercero.

Estaba exagerando, claro. Probablemente había unas pocas docenas de bastardos ricos que entonces ya tenían teléfonos móviles, en aquellos momentos hace tiempo,

pero entre las bandas la nuestra fue la primera en usarlos de forma extendida. Y ese, en la cárcel, fue el primero que tuvimos. Estaba muy satisfecho de Bunty, y se lo dije. Era el tipo de hombre que me gustaba, siempre mirando hacia delante, moviéndose con los tiempos. Hablamos de negocios. Había mucho de que hablar. Estaban los negocios habituales de los que ocuparse —nuestras recaudaciones de diversas industrias y negocios, nuestros intereses en bienes raíces, nuestra importación de aparatos electrónicos y piezas de ordenador, nuestras inversiones de efectivo en la industria del espectáculo. Y después estaba el proyecto poco frecuente de tráfico de armas, que requería mucho cuidado, teníamos que preparar los planes infalibles, prestar mucha atención al detalle. Solo movíamos un envío cada seis meses o así, pero cada cargamento ascendía a crores, y el producto en sí mismo era pesado y difícil de ocultar y transportar. Sin embargo, habíamos tenido un éxito absoluto hasta el momento, y nuestro cliente estaba satisfecho. Utilizamos a mis viejos amigos Gaston y Pascal, solo su barco, y una tripulación mínima. Y como resultado mi banda estaba mejor equipada. Estábamos seguros de nuestra fuerza. Bunty y yo hablábamos de esto y de aquello, y teníamos el cuidado de codificar: los AK-47 eran jhadooos, y las balas eran caramelos, y una barca pesquera era un autobús. En todas nuestras transacciones con estas armas, nuestro único cliente era Sharma-ji, que siempre llegaba a tiempo, siempre era puntual con sus pagos considerables, siempre perfectamente vestido con su dhoti blanco perfecto. Bunty estaba satisfecho con Sharma-ji, así que yo también. Y luego también estaba el asunto de nuestro apoyo a un par de pequeñas bandas escindidas en su movimiento de drogas a través de Bombay, hacia Europa y más allá. En el pasado, Bunty abogó por el hecho de que entrásemos de forma directa en el campo del tráfico de drogas, por el mucho dinero que implicaba y para oponerse a la dominación del comercio por parte de los pathans. Pero yo siempre me resistí: puesto que aquí no había producción local, el dinero no era tanto como para justificar el renunciar al valor de la publicidad al decir: «No tratamos con drogas». Y oponerse solo por oponerse era una estupidez de jóvenes. Yo era lo bastante mayor como para saber que expandirse demasiado deprisa y demasiado rápido podía hacer que una banda enfermase. Consolidar, consolidar, le decía a menudo a Bunty. Así que en aquel momento le dije que siguiera adelante y proporcionase logística y poder efectivo a los traficantes de drogas. Pero ten cuidado, le dije, mantén nuestra distancia.

—Sí, bhai. Probablemente tu batería se va a agotar pronto, bhai —añadió—. ¿Algo más?

—Quiero una televisión aquí —dije—. Y un templo adecuado.

—Sin problema. Para esta tarde puedo tenerlos allí. Pero los permisos pueden llevar tiempo.

—No te preocupes por eso —le dije—. Tan solo lleva el material a la puerta principal.

Apagué el pequeño teléfono letal, bastante contento con sus lados de líneas

elegantes, su pequeña línea palpitante que mostraba la fuerza de la señal. Le hice señas a Date.

—Carga esto —le pedí—. Y dile al centinela que quiero ver al director. Esta tarde, a más tardar.

Después de la comida, me tumbé para descansar y pensé en Bunty. Era un hombre modesto, no mucho a simple vista pero inteligente y tremendamente frío en una crisis. Para entonces llevaba mucho tiempo conmigo, y había ascendido hasta ser el que estaba más cerca de mí en toda la banda. Había subido rápido, y sin embargo no me sentía amenazado por él. Sabía que era ambicioso, pero también entendía que sus aspiraciones solo se extendían a vivir bien y ser respetado, no a dirigir su propia banda. No temía que quisiese suplantarme, o escindir se para iniciar su propia operación. ¿Por qué era así? ¿Por qué estaba satisfecho de ser siempre el segundo al mando, mientras que yo siempre quise ser el primero? Yo no tenía el cuerpo más fuerte, ni era más guapo, o más astuto. Su apetito por las mujeres era tan entusiasta como el mío, ni más ni menos. Había crecido con una madre viuda y dos hermanos y una hermana, y la familia siempre había mantenido el equilibrio al borde del precipicio de la indigencia. Pero yo también había sobrevivido sin dinero en los bolsillos. En muchas cosas éramos parecidos, y sin embargo él era mi lugarteniente de confianza, y yo era su jefe. Cada mañana esperaba mis instrucciones, y estaba contento de recibirlas. ¿Por qué? Evoqué el rostro de Bunty, con su nariz panjabí y reverencia oscilante, su voz ronca y su postura inclinada hacia delante, y no podía encontrar respuesta aparte de la sencilla: algunos hombres estaban destinados a la grandeza, y otros a allanarles el camino. No era vergonzoso ser Bunty. Era un buen hombre que entendía cuál era su lugar. Esta conclusión era satisfactoria, y me relajé echando una cabezada. Pero entonces me calmé y me hundí más profundamente, en el recuerdo, en la oscuridad bajo la cual yacía una mole imponente que hablaba en muchas voces, y yo era un niño arrastrado por la fiebre en una cama caliente, una mujer me sonreía y estiraba una manta hasta mi barbilla, me tocaba la frente, y yo levantaba las rodillas y me giraba hacia un lado, hacia ella.

Me obligué a despertarme. Me incorporé. Era un hombre ocupado, no tenía tiempo que perder en ensoñaciones. Llamé a mis hombres, y revisé los planes para las semanas siguientes, y pedí sugerencias para mejorar las condiciones en el barracón, y escuché quejas sobre abogados y jueces.

Me reuní con Advani, el director, a las tres aquella tarde, en su despacho. Se sentó bajo su fotografía de Nehru y me dio un sermón en su hindi elaborado.

—Aquello fue un incidente muy desafortunado —soltó—. Necesitamos trabajar juntos para evitar esas incidencias en el futuro. Las consecuencias son dolorosas para ambos.

Tan solo le miré. Le dejé hablar y encontré su mirada y se la devolví. Después de un rato se puso incómodo y apartó la vista y siguió hablando. Pero yo mantuve la mirada fija en el lado de su pequeño cráneo arrugado, y después habló más despacio

y se aclaró la garganta y paró. El ventilador encima de nuestras cabezas mantenía su tictac, y él trató de mantenerme la mirada, pero después abandonó y perdió. Estaba sudando.

—¿Puedo hacer algo por usted, Advani saab? —pregunté, con mucho tacto—. ¿Puedo hacer algo por su familia?

Negó lentamente con la cabeza, y tosió. Después al final pudo hablar.

—¿Qué puedo hacer por ti, bhai?

Me alegra que estemos... ¿cómo era?... sí, cooperando. Esto es lo que necesito. Los hombres están aburridos en el barracón, necesitan formación y entretenimiento. Así que va a llegar una televisión, esta tarde. Necesitamos una nueva toma eléctrica para ella, y conexión por cable. Y un templo.

—Per0 eso está muy bien. Espiritualidad e información, ambas hacen mejores ciudadanos. Se puede dar permiso, por supuesto. Es una buena idea.

Estaba intentando convencerse a sí mismo más de lo que estaba intentando halagarme. Mirando sus manos largas, nerviosas, sobre el escritorio, su media sonrisa deslavazada, me sentía asqueado. Los seres humanos son débiles, patéticos. ¿Cómo había llegado a ser director ese hombre? Sin duda tendría un tío que ya estaba en el cuerpo, y un primo que era amigo de un diputado. Hombres así llenaban los servicios públicos. Eran todo el material que nos daban para trabajar en este mundo.

—Es su buena idea —respondí—. Usted me lo sugirió hace tres semanas. Quería mejorar las condiciones de los reclusos. Yo solo soy el proveedor.

Tardó medio minuto en entender eso, con lo burro maderpat que era.

—Ah, sí, sí —replicó—. Gracias, bhai.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted Advani? —pregunté, bastante cortante—. Dígame.

—No, bhai. De verdad.

—¿Dinero?

Eso lo puso muy nervioso. Miró por el despacho como si alguien tal vez se estuviera escondiendo detrás del armario. Pero esta era una táctica demasiado obvia y demasiado directa por mi parte. Todo el mundo quería dinero. Lo cogería, pero yo era un gran nombre y una conexión evidente conmigo podría arruinar su carrera. Tendría que pensarlo, y llevarlo con cuidado.

—¿Qué más? ¿Una recomendación a su jefe? ¿La admisión de su hija en una buena facultad? ¿Una conexión extra de teléfono en casa?

—Nada —respondió—. Por el buen funcionamiento de la prisión, me alegra cooperar. Nada más.

En ese momento tenía las manos sobre el regazo, y se mantenía muy recto mientras decía que no quería nada, pero en sus ojos había un brillo de dolor que surgía al ver que se le había ofrecido de repente el deseo secreto de su corazón, pero que no tenía el coraje de cogerlo. Lo había visto antes, esa punzada de anhelo, la vacilación ante el deseo, tenía el poder de darles a hombres y mujeres lo que querían,

de alargar la mano y meterla en sus barrigas y sacar cualquier pequeño sueño sucio que hubieran escondido allí durante toda la vida, y hacerlo real. Eso les asustaba. Había ayudado a que los hombres me dijeran que querían matar a sus padres, a que las mujeres confesasen que querían que les diesen una paliza a los hermanos que les robaban las propiedades. De modo que sabía qué hacer.

—Hábleme de usted, Advani saab —propuse—. ¿Dónde nació?

Todo su autocontrol se desmoronó en una gran sonrisa de alivio.

—Yo, yo nací en Bombay, en Khar. Pero mi padre era de Karachi. Lo perdieron todo en la Partición, ¿sabe?

Y después siguió hablándome de su madre, también de Karachi, y cómo la separaron de su padre en un tren en llamas, y su reunión en un andén en Delhi.

—Fue igual que en una película —comentó—. Estaban en andenes distintos, número tres y número cuatro, y el Amritsar Mail arrancó y se vieron. Papa-ji fue corriendo por las vías.

Y continuó, toda la historia de cómo se asentaron en Bombay, y el nacimiento de los dos hijos y tres hijas, y sus propios años en el National College. Sus luchas hasta que al final se estableció. Mientras tanto, yo daba vueltas por el despacho, mirando en sus armarios, removiendo sus archivos. No había fotografías de su familia, sino una de él mismo con Raj Kapoor. Había hablado de sus hijos, de la boda de su hija con un chico establecido en Estados Unidos, pero en aquel momento de alguna manera regresó serpenteando hasta su padre, que conocía a las estrellas de cine.

—Papa-ji conoció a Pran saab en Karachi —estaba diciendo—. Jugaban juntos al criquet.

De modo que Pran había sido un *langotiya* yaar de Papa-ji, y toda la familia había ido muchas veces a sus actuaciones. Habían conocido a muchas estrellas de cine.

—¿Alguna vez vio a Mumtaz? —pregunté.

—Sí, lo hice —contestó—. Dos veces. Arre, era preciosa. Con algunas de esos tipos filmi, ya sabe, todo es iluminación y maquillaje. Parecen guapas y adorables en pantalla, pero, cuando las ves en público, te das cuenta de que todo es una farsa, ni te fijarías en ellas en un tren local si no tuviesen tanto nombre. Pero Mumtaz, déjame decirte, era algo, guapa como un *rasgulla* qué color, y jugosa como una manzana. — Hacía pequeños movimientos en forma de círculo con las manos.

Le tenía. Le hice señas por encima del escritorio, y susurré:

—Advani saab, ¿alguna vez ha comido una manzana así?

Se rió, negó con la cabeza, levantó las manos, descartó la idea.

—No, de verdad, lo digo en serio, hay muchas de esas estrellas con quienes se puede hacer un arreglo.

—No —replicó—. No, no lo creo. Todo el mundo dice esas cosas.

—¿Está diciendo que miento?

—No, no. Pero...

—No se preocupe, Advani saab. Espere y verá. Le traeré una manzana.

Vaciló y protestó, como un invitado haciendo un ritual de negativas, pero yo estaba seguro. Le dejé, volví al barracón. Llamé a Bunty, y le dije que necesitábamos a una estrella de cine para el carcelero.

—Pero, bhai —replicó—. ¿De dónde voy a sacar una estrella de cine?

—Bastardo —contesté—, eres el rey de Bombay, ¿y no puedes conseguir una estrella de cine? Chutiya. Llama a esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Chotta Badriya solía conseguir chicas a través de ella. Mira en su agenda, encontrarás su número. Si no está ahí, debió de anotarlo por alguna parte. Búscala. Una tal Jojo o Juju o algo así.

—Sí, bhai. ¿Algo más, bhai?

Me quedé callado. Había algo más, algo que era peliagudo, que estaba molestando como una piedrecita entre los engranajes de mi cerebro. Había aprendido a prestar atención a estos pálpitos medio sentidos. Y Bunty había aprendido a esperar. Le dejé nadar hasta la superficie.

—Está bien, Bunty. Hay algo más. Ese Sharma-ji, cuando hace sus pagos, cuando recibe la entrega, ¿va con alguien más?

—Conductores de las furgonetas o camiones, cargadores, un par de guardias. Las placas de los vehículos son de Uttar Pradesh.

—¿Sabemos algo más de él, sus partidarios?

—No, bhai.

—Necesitamos saber más. No me gusta esto, hacer esos negocios con gente de la que no sabemos nada. Averigúalo.

—Lo haré, bhai.

—Ten cuidado. No les des el chivatazo. Tómate tu tiempo, no me importa. Ve muy despacio pero averígalo.

—Entendido, bhai.

Eché mi siesta de la tarde. Poco después de que me despertase, los chicos entraron mi templo, y el aparato de televisión. Se necesitaron ocho de ellos para transportar el templo. Estaba hecho de mármol, y tenía una base especial de granito, para soportar el peso. Había una estatua elegante de Krishna, tocando su flauta, su dhoti dorado brillaba detrás de él. Estaba colocado sobre la parte anterior de la planta de los pies, un pie hacia atrás y cruzado sobre el otro. Estaba bailando. Los chicos levantaron su templo, y le instalaron en él mientras los reclusos zumbaban de felicidad. Después todos nos sentamos para nuestra primera puja. Meetu y Dipu cantaron un bhajan. Date me pasó un tikka grande en la frente, y Kataruka una guirnalda preparada para mí. Cogí la guirnalda y la coloqué a los pies de Krishna.

Después encendimos el televisor. Yo tenía el sitio de honor, directamente enfrente de su posición privilegiada, en el centro exacto de la habitación. Todo el barracón se organizó en una enorme media luna detrás de mí, con los chicos en la primera fila. La encendimos, y con una sincronización perfecta, *Deewar* estaba justo empezando en

Zee. No hubo discusiones, la vimos. Todos los hombres del barracón la habían visto antes, pero no hubo ni un susurro mientras transcurría la película, excepto cuando las frases se decían en voz alta antes de que los personajes las pronunciasen, y cuando sonaban enormes estallidos de aplausos. Todos estábamos con Amitabh, estábamos con él en su ascenso hasta la cima, pero cuando el hermano inspector dijo «Tengo a Ma conmigo», todo el barracón lo dijo con él. La película transcurrió durante la hora de la cena, pero una consulta rápida con mi nuevo amigo Advani solucionó el problema, y la cena se atrasó, solo por ese día. El día que estuvimos todos unidos, todos como uno.

Así es como pasaban mis días, mejorando las condiciones de los internos, dirigiendo los asuntos de la banda. El tribunal especial gaandu seguía rechazando mis solicitudes de fianza, y mis abogados seguían haciéndolas. Y de esa forma me consumía en el raj de la TADA, y mi sufrimiento continuaba. Todos los días hablaba con Bunty. No puedes imaginar cuánto trabajo supone dirigir una banda, todas las cosas en las que se tiene que pensar: finanzas, cuentas, casos en los tribunales, pensiones, distribución, publicidad, beneficios, equipamiento y transporte, entradas, salidas, problemas de disciplina. Pero tenía trabajo, y las manos de nuevo sobre la banda, así que dormía bien por las noches. Por las mañanas, el televisor funcionaba desde el minuto en que volvíamos al barracón después del recuento. Los chicos siempre ponían un programa bhajan, y yo me sentaba y lo escuchaba un rato. Después poníamos las noticias. Una mañana, Date se me acercó, con aspecto agrio.

—Estos landyas bastardos —dijo.

—¿Qué?

—He oído que se están quejando del templo y el televisor.

—¿Quejándose? ¿Quejándose cómo?

—Dicen que eres un don hindú después de todo. Instalando templos muy, muy grandes, y poniendo televisores para cantar bhajans.

—No les oí quejarse cuando estaban viendo *Deewar* de nuevo la otra noche.

La cadena la había vuelto a poner.

—En realidad, algunos de ellos lo hicieron. Les gusta la película y Amitabh. Aunque también dicen que la verdad es que la historia es sobre Haji Mastan, pero que tuvo que convertirse en Vijay porque una película sobre un don musulmán no se puede hacer en esta industria.

—¿Así que es culpa del productor que tenga que preocuparse por todo el dinero que invierte en las estrellas? ¿Estos bastardos pagarán de sus bolsillos cuando la película no se recupere?

—Su *jaat* es así, bhai. Bastardos desagradecidos. Y si haces algo por los hindúes, siempre piensan que es contra ellos.

Estaba enfadado, pero estaba pensando. No puedes cambiar la forma en que piensa la gente dándole una paliza, y esto era un problema de fe. E incluso después de las explosiones de bombas y los disturbios, tenía hombres musulmanes trabajando



para mí. Era en público, después de todo, un don laico. Date estaba murmurando palabrotas.

—Averigua lo que necesitan —le dije—. Mira si necesitan copias del Corán o algo. Hagamos algo por ellos.

—Te digo que no cambiarán, bhai. Siempre quejándose, quejándose.

—Tan solo hazlo.

Se marchó, con los hombros tensos y la cabeza agachada, como un toro. La irritación se quedó conmigo, bajo mi piel. A las nueve y media, Bunty llamó con más irritación. Estaba alterado por Jojo.

—Bhai —dijo—, esta zorra de Jojo necesita que le den una lección.

—¿Qué ha hecho?

—Lleva semanas dándome problemas. No mandará a ninguna chica a la cárcel para Advani, dice. Y no negociará por el precio. Pero es toda su actitud, bhai. Como si fuera una especie de gran jefe, sin miedo a nadie. «Si no quieres hacer negocios, entonces no los hagamos», me dijo. Le pregunté si sabía con quién estaba hablando, y contestó: «Sí, eres el pequeño Bunty de Gaitonde». Fue la forma en que lo dijo, bhai. La maldije y empezó a reírse. Está loca. Quise salir y ponerle dos golis encima del gaand, bhai.

—Pero en vez de eso me has llamado. Eso está bien, Bunty. Autocontrol siempre.

—Solo porque dijiste que necesitamos tratar con ella, bhai. No sé cómo la aguantaba Badriya. Le dije que tratase tu nombre con respeto, y contesté: «¿O qué? ¿Me matará?».

—¿Dijo eso? ¿Qué contestaste entonces?

—Le dije que era una randi a la que le falta algún tornillo. Y después te llamé. Déjame que le enseñe. Déjame que le pegue una paliza, bhai.

—¿Cuál es su número?

—¿Vas a hablar con ella tú mismo?

—No, voy a hacer que el barracón le cante. Dame el número.

Así que llamé a Jojo. Descolgó al segundo tono.

—¿Haan? Diga —dijo, medio en hindi y medio en inglés.

Yo respondí en hindi:

—¿Así es como dices hola?

—¿Quién es?

—Tu baap.

—Murió hace años, ese bastardo débil.

—¿No tienes respeto por nada?

—Los hombres son peores que los perros. Especialmente los hombres que malgastan mi tiempo. Como tú.

—Será mejor que me escuches.

—¿Por qué?

—La gente que me hace enfadar sufre mucho.

Se puso a reír, y no estaba fingiendo: su risa era salvaje y total, y oyéndola empecé a sonreír un poco.

—No me lo creo —replicó—. Diálogos tan grandes. Sé quién eres. El gran Gaitonde en persona, llamándome.

—Escucha, saali —dije—. ¿Quieres terminar en una cuneta? Te haré cavar el agujero a ti misma, antes de meterte en él.

—Esa es una frase dhansu —soltó, y volvió a bramar. Y después se calmó, y preguntó—: ¿Quieres matarme, Gaitonde?

—Sería fácil.

—Bueno. Entonces, ven.

Y colgó.

Levanté la mano para arrojar el teléfono, después muy lentamente la bajé. Marqué la rellamada, y esperé.

—¿Sí? Dime —contestó. Estaba muy tranquila.

—¿Estás completamente loca?

—Mucha gente lo cree.

—Tienes suerte de estar viva todavía.

—Eso pienso cada mañana.

Me gustaba. Desde aquella primera conversación, desde la primera vez que oí aquella voz, ronca como la de un hombre, me gustó. Se reía de mí, y me gustaba. Pero puse una voz severa, y solté:

—¿Siempre has estado mal? ¿Naciste loca?

—No, no, Gaitonde. Tuve que trabajar muy duro para volverme majareta. ¿Qué hay de ti, Gaitonde? ¿Qué hizo que se te aflojasen los tornillos?

—Saali, contrólate la boca. —Era extraño, estaba furioso con ella, pero contento de alguna manera—. Mis tornillos están bien.

—Sí, sí. Por eso estás sentado en una cárcel y matando a gente por todas partes y comportándote como Hitler.

—Tienes suerte de no estar aquí, delante de mí.

—Estoy segura de que podrías hacer que me matasen de todos modos, gran hombre.

- volvió a echarse a reír, con aquella hilaridad desconcertante y sonora.

—No malgastes mi tiempo y mi batería —contesté—. Bunty dice que estás causando problemas.

—Bunty es un chutiya. No enviaré a ninguna chica a esa cárcel. Y, para empezar, una mujer como la que queréis no va a ir a ninguna cárcel.

—Bunty es un chico inteligente, y te habría escuchado si hubieses sonado como...

—¿Como qué?

—¿Puedes conseguir una mujer como la que queremos? ¿Una estrella de cine?

—Tal vez alguna actriz de televisión. Y no en la cárcel.

—Olvídate de la cárcel maderchod.

—Costará dinero.

—Todo cuesta dinero. Tan solo sé razonable, y no trates de aprovecharte de nosotros.

—Hago un negocio honesto.

—Haz un buen negocio conmigo y tendrás muchos más.

—Bien.

—Y no vuelvas a llamarme Hitler. No sabes cuánto trabajo para...

—Si, sí, eres un gran benefactor de los pobres. Das como un rey. Oye, tengo que irme, tengo trabajo que hacer. Me pondré en contacto con tu Bunty para los planes.

colgó. Loca y enloquecedora. Pero era una buena mujer de negocios... nos consiguió una actriz de televisión, o al menos una actriz que salía en televisión de vez en cuando, llamada Apsara. Esta Apsara era en realidad una actriz de cine también, una vampiresa que había salido en un par de películas con Rajesh Khanna durante el descenso de su carrera, cuando empezó a parecer un *gutkha* gordo. Apsara había estado circulando desde entonces, una de esas caras que recordabas pero a las que no podías poner un nombre.

—¿Por esto me haces pagar cincuenta mil? —le pregunté a Jojo.

Ella había dispuesto la transacción con Bunty, pero la llamé para discutir el precio. Era una excusa, lo admito. Quería hablar con ella. Le dije:

—Al menos consíguenos una auténtica estrella del momento. Ya sabes, como Zeenat Aman o alguien.

—Gaitonde, ese es el problema con vosotros, los hombres. En vuestros sueños creéis que cualquier mujer famosa está secretamente en venta. ¿Quieres alguien del momento? ¿Por qué no te consigo a Indira Gandhi?

—¿Qué? ¿Me dices esto a mí? ¿Haces un trato conmigo por esta mujer y me dices que me imagino cosas?

—El trato sucede porque los hombres se imaginan cosas. Pobre Apsara. Necesita el dinero.

La pobre Apsara resultó ser una especie de borracha, pero era una borracha feliz. Lo organizamos: Advani apareció en el Juhu Centaur el sábado siguiente por la tarde, para reunirse con uno de nuestros hombres que tenía una suite a nombre de Mehboob Khan. Advani tomó una copa en la suite, mi hombre le dio un paquete envuelto en papel marrón que contenía cinco lakhs, y después lo dejó solo. Se abrió una puerta, y Apsara entró flotando, vestida con un *garara* blanco, muy a lo Meena Kumari. Había engordado, pero su piel todavía era luminosa y clara, y Advani debió de creer que estaba en el cielo. Ella le pidió una copa, y después le cantó canciones. Él le dijo que era su mayor fan. Ella representó escenas para él, y él hizo el papel de Rajesh Khanna en la escena de *Phoolon ki Rani* donde la vampiresa se lleva la bala que iba para el

playboy millonario porque está muy enamorada de él. Advani recordaba cada frase del diálogo.

Me enteré de todo esto por Jojo al día siguiente. No pude parar de reír.

—¿Así que actuaron el uno para el otro? —pregunté—. ¿Y después? ¿Él hizo algo en realidad?

—El viejo tenía mucha *dum* para alguien tan flaco y tan mayor, eso es lo que dijo Apsara. Creo que a ella le gustó.

—Pensó que él era Rajesh Khanna, *saali* vieja búfala borracha. Las mujeres están locas.

—Tan locas como los hombres.

Y nos reímos juntos. Para entonces hablábamos todos los días. De alguna forma se había convertido en rutina: al principio era yo quien la llamaba, generalmente por las mañanas, después de terminar la llamada a primera hora con Bunty. Después, un día en que tuve que ir a los tribunales, no la llamé, y cuando volví al barracón me dormí y me despertó el teléfono.

—¿Dónde estabas, Gaitonde? —Era ella.

Así que hablamos. Después del asunto de Apsara, hicimos algunos negocios más... Advani necesitaba más manzanas, como les sucedía a algunos abogados, y policías, y jueces. Pero Jojo y yo hablábamos, y el negocio solo era una pequeña parte de eso. Hablábamos de todo.

Pasaron trece meses.

Trece meses pueden pasar como si nada. Los días transcurren uno tras otro. Iba a los tribunales, me ocupaba de mi banda. Las cosas cambiaban, las cosas permanecían igual. Conseguimos que se desestimaran los cargos contra Dipu y Meetu. Enviaron a Date a la prisión de Nashik para cumplir el resto de su condena, Kataruka salió libre. Arrestaron a Bunty, vino al barracón. El registro baba en el barracón de los niños cambió, y había una nueva Mumtaz para mí. Liberaron a Bunty. Nuestra guerra con Suleiman Isa continuó. Cambió el gobierno en Maharashtra, cambió el gobierno en Delhi. Yo gobernaba y mediaba en las disputas en la cárcel. En el barracón, tuve que establecer un comité para tomar decisiones sobre lo que se veía en televisión, puesto que los domingos por la mañana repletos de *Mahabharata* y *Ramayana* hacían que los musulmanes y los católicos se sintieran rebajados y quisieran programas propios, y los tamiles y los malayalis de Kerala querían ver su programa de Canciones Picantes a medianoche, y entonces los muchachos marathi pidieron que se vieran películas con regularidad. Proporcionamos cabras enteras a los reclusos musulmanes en sus días de fiesta y les dijimos que haríamos todas las disposiciones necesarias para sus días de ayuno, y nos asegurábamos de que el personal de la cárcel no interfiriese. Así que todo el mundo estaba contento. Fuera de la cárcel, alimentamos a Advani con sus manzanas, y dentro nos acomodamos, nos adaptamos a nosotros mismos. Mi hijo crecía, andaba, y en sus visitas semanales jugaba con él en el despacho de Advani, y lo sujetaba entre mis brazos, inhalando aquel olor húmedo de

la parte superior de su cabeza mientras peleaba y se reía y me hablaba en lenguas que no podía entender. Yo también cambié, dentro de esta cárcel. Quizá por el tiempo que tenía, me volví tranquilamente más reflexivo, más interesado por el mundo. Leía los periódicos con regularidad, miraba todos los programas de noticias de la televisión, y los debates políticos los domingos, y las películas americanas en inglés. De la televisión, aprendí historia. En la cárcel me eduqué a mí mismo, me convertí en un hombre consciente de su pasado, de la larga historia de mi país. Pero a pesar de pensar tanto, o quizá por ello, desarrollé una dolencia embarazosa: sufría de almorranas. Una indisposición menor, no una enfermedad en realidad, pero cómo sufría. Me levantaba de la letrina temblando, mareado de dolor, asqueado por la sangre roja brillante. Consulté a los médicos, cambié mi dieta, tomé hierbas prescritas por afamados sabios ayurvédicos, pero no, aun así me retorció y apretaba y sufría, sufría.

—Tienes demasiada tensión —apuntó Jojo—. Tu vida es únicamente tensión. Y tu problema es que llevas toda esa tensión en el gaand. Necesitas relajarte.

—Escucha, mi buena gurú —respondí—, soy un don, estoy en la cárcel, la gente está intentando mantenerme aquí, otra gente está intentando matarme. ¿Quieres que me relaje? ¿Cómo se supone que me tengo que relajar?

—Piensas que has tenido una vida muy dura.

—No empieces con ese razonamiento otra vez. Supon que estoy de acuerdo contigo, vale, necesito relajarme. ¿Cómo se supone que he de hacerlo?

Así que me puso a hacer ejercicio de forma regular, y dos semanas más tarde llevamos el yoga a la cárcel. Advani estaba bastante contento con la idea. Consiguí un artículo en el *Bombay Times*, con una foto a todo color y una nota publicitaria que lo describía como el «carcelero más progresista de nuestros tiempos». Bunty y mis hombres estaban contentos porque dos de las personas que impartían yoga eran mujeres, y podían verlas retorcerse y estirarse y girar durante una hora entera. Pero yo hacía callar sus risitas, y les decía que se concentrasen e hicieran lo que se les decía. Tenía que confiar y tener esperanza en el yoga porque mi gaand estaba ardiendo. Y te lo digo, funcionó. Se calmó, y relajó. No solo me relajé en los músculos, sino en algún lugar profundo de mi alma. Toda esa inhalación, expiración, aflojó algún nudo dentro de mí. Mis almorranas mejoraron. No te mentiré y te diré que me curé por completo, pero estaba al menos un setenta por ciento mejor.

—¿Ves?, escúchame siempre —comentó Jojo cuando se lo conté—. Un setenta por ciento es mucho.

—Sí. De forma que solo siento que me atraviesa cuchillas grandes alguna vez.

—Gaitonde, para ser un tipo duro, te quejas mucho. ¿Tienes idea de lo que se siente al dar a luz?

Y después se calló. Era uno de sus temas: que el mundo sufría, y en él las mujeres sufrían las que más, y el sufrimiento de las mujeres pasaba desapercibido.

—Los hombres bastardos hacen que el sufrimiento sea el deber de las mujeres —

siguió—. Todas esas madres sufriendo en las películas. Y las mujeres también son chutiyas por creerlo.

Al comienzo de nuestra amistad, intenté discutir con ella. Le pregunté: ¿Crees que los hombres no sufren? Deja que te cuente algunas historias de hombres que se rompen y mueren y trabajan toda la vida por un sueldo pequeño y comida que no comería ni un perro. Pero ella siempre tenía cuatro historias por cada una de las mías, y llegó a gustarme escucharla, en algún lugar de todos esos relatos angustiados había pequeños chismes sabrosos sobre ella. Sabía que creció en un pueblo, criada por su madre... había una hermana por alguna parte, con la que nunca hablaba. El padre murió pronto. Cuando llegó a Bombay siendo una muchachita, solo hablaba konkani y algo de tulu y kannada, ni hindi ni inglés o alguna otra cosa. El marido de la hermana de Jojo se escapó con la joven Jojo, le dijo que la convertiría en estrella de cine, pero después de meses y meses de dar vueltas por despachos de productores, la prostituyó con uno de ellos. Le dijo que todas las chicas tenían que hacerlo, el acuerdo era el precio de la fama y parte del negocio, todo el mundo transigía. Para entonces lo había entendido, y lo hizo, pero la película nunca se materializó. Después hubo otro productor, y luego otro. Empezó a pegarle, este novio. Para entonces ella hablaba hindi con fluidez, y algo de inglés. Así que escapó. El novio la encontró, le pegó. Ella le rompió la mandíbula con una mano de mortero, así que después de eso la dejó sola. Pero estaba el asunto de ganarse la vida. Así que luchó, pasó hambre, después volvió a ver a uno de los productores y transigió, y después otro. Entonces guardaba su dinero para ella misma, y ahorraba. Entró en la asociación de bailarinas, y trabajó en unas pocas películas, como bailarina en los números de grandes producciones. Por un tiempo se aferró al sueño, que algún día sería actriz, una Mumtaz que labró su camino hacia arriba desde la fila del coro hasta los primeros planos gigantescos de una estrella. Pero no era tan estúpida como para creerlo mucho tiempo. Y era lo bastante inteligente como para entender tanto la demanda como la oferta: conocía a hombres ricos, y conocía a chicas jóvenes que necesitaban una forma de sobrevivir en la ciudad. Así que comenzó su negocio. Pero su negocio no solo era sexo. Consiguió trabajos de interpretación para algunas de las chicas. Y ella misma, al final, se convirtió en productora. Con algo de su dinero, y algo del mío, aquel año comenzó a planificar la producción de una serie de televisión, sobre dos chicas jóvenes que se hacen amigas en la escuela, una de ellas era la rica niña mimada por los profesores, y la otra una pobre huérfana, y ambas van juntas a la ciudad y sufren y sufren. Jojo tenía muy clara nuestra asociación.

—Escucha, Gaitonde —me dijo—. Esto es un acuerdo de negocios, nada más, nada menos. Quiero todo el dinero en limpio, mediante cheque. Y no es un negocio divertido. Todo lo que te debo es dinero, nada más. Tú lo ofreciste primero, no lo pedí.

—Achcha, baba —contesté—. No me debes nada más. Negocios, eso es todo.

Me envió el guión del episodio piloto, y lo leí. Y después nunca más quise leer

uno de sus guiones. Buntý tenía razón. Tal como dijo: ¿qué hombre puede ver una escena tras otra de mujeres llorando por estupideces y después abrazándose la una a la otra? Le dije a Jojo que me gustaba. Si quería hacer series con tantos llantos, si eso era lo que las mujeres querían ver, que lo hiciesen. Sabía que a pesar de la alegría de Jojo, sus palabrotas desenfadadas, había días en los que no salía de la cama, en los que no podía hablar con nadie, cuando el mundo entero le parecía una jungla de ceniza, un terreno de incineración lleno de cadáveres que caminaban. Esos estados de ánimo negros la invadían a veces, y solo los soportaba prometiéndose morir. Eso es lo que me contó una mañana.

—Me digo a mí misma que si se vuelve muy malo, me mataré. Y tengo las pastillas preparadas. Y después cuento las cosas de la vida que son buenas. La herida todavía duele, pero sé que no es interminable, porque tengo las pastillas. Entonces puedo seguir otro día. Y luego otro.

Me asustó. Intenté hacer que viese a un sacerdote, o a un mago, o a un médico. Había visto programas sobre la depresión en la tele. Me dijo que me ocupase de mis propios asuntos.

—Lee los guiones de mi serie —replicó—. Tal vez aprendas algo sobre las mujeres, Gaitonde.

No leí nada más, pero seguí hablando con ella. Desde el principio, se negó a venir a verme a la cárcel.

—La única razón por la que podemos hablar así es porque no nos hemos visto, Gaitonde. ¿No lo entiendes?

Sabía que no era tímida con los hombres o con el sexo. De hecho, era más bien al contrario, estaba con hombres, los elegía y se acostaba con ellos.

—¿Por qué tienen que ser siempre los hombres los que elijan y persigan y lo hagan? Gano mi propio dinero, cuido de mí misma, quiero mi propia diversión. No me avergüenzo de lo que quiero.

Así que a veces escogía hombres, y se los llevaba a la cama. Me lo contó después de que nos hubiésemos vuelto amigos sinceros, y me lo contó sin miedo, sin vergüenza. Cuando me lo dijo, un revoltijo de excitación alarmada me subió por la garganta, como si corriese por el borde de un tejado en la oscuridad.

—Eso es, eso es asqueroso, Jojo —susurré con urgencia por el teléfono.

—¿Por qué? —contestó bruscamente—. ¿Tú puedes chodo a esos chicos tuyos en la cárcel porque eres un hombre y necesitas alivio? ¿Y eso no es asqueroso? ¿Pero yo lo soy? Me haces reír.

Por supuesto le dije que era distinto, que ella era una mujer. Y replicó:

—Sí, soy una mujer, y una mujer puede sentir diez veces más placer que un hombre. ¿No sabías eso?

Era bastante cierto. Todo el mundo lo sabía. Contesté:

—Por eso las mujeres saali tienen que estar encerradas, por lo randis que son.

Y ella se puso a reír, y soltó:

—Pero, mi bhai, tú estás encerrado y yo no. Soy libre.

Era libre. Estaba con hombres, los llamaba sus *thokus*. Me hacía reír con historias sobre ellos, sobre cómo lloraban cuando los dejaba, y el tamaño de sus miembros, y sus vanidades. Y se negaba a verme.

—Ni ahora —dijo—, ni más adelante. No voy a ser una de tus *thokus*, y tú no quieres ser uno de los míos. Somos *bhidus*, *bhidu*.

Cierto. Eramos amigos.

En mayo, la TADA se canceló, pero permanecí en la cárcel. La ley había desaparecido para el resto de ciudadanos, pero, como había sido acusado con ella, todavía me retorció bajo su talón. Mi caso aún se tenía que juzgar bajo sus normas, que no eran leyes sino mandatos arbitrarios. Maldije a mis abogados, y amenacé con conseguir unos nuevos. ¿Vivimos en una dictadura?, pregunté. ¿No tengo derechos como ciudadano? ¿Qué sois, abogados de primera o *bhangis*? ¿Por qué os estoy pagando esos cargamentos de dinero?

Al final, al final, llevaron mi caso ante el Tribunal Superior de Justicia de Bombay y libraron una buena batalla, hasta la victoria. El juez dijo que me dejaría libre, con la condición de que no amenazaría y ni siquiera intentaría establecer contacto con los testigos del gobierno en otros casos pendientes contra mí, y que no abandonaría los límites de la ciudad, y esto, y aquello. De acuerdo, contesté, de acuerdo con cualquier cosa y con todo, señoría. Y de repente estuve fuera. Estaba en el tribunal una mañana, y después se terminó, y estaba en un coche por la carretera, camino a casa. Fue así de simple. De pronto estaba sentado en mi dormitorio, con Subhadra a mis pies y mi hijo corriendo alrededor de la cama. Todo estaba increíblemente silencioso, y las habitaciones parecían inmensas, mucho más grandes de lo que las recordaba. Hubo visitas, pero Kataruka las contuvo. Fue una ayuda al entrar en la cárcel, y al salir. Insistió en que una fiesta y visitas y ruido eran erróneos aunque sonasen adecuados. Y una tarde tranquila es lo que quería, cierto. Tomé la cena que me sirvió Subhadra, y metí a Abhi en la cama. Cuando la puerta se cerró para Kataruka y los demás, fui hacia Subhadra. Ella vino a mí maleable, y verdaderamente fui a casa.

Cuando se quedó dormida, me levanté, me puse una *kurta* y deslicé la puerta para abrirla. Subí al tejado, a mi vieja posición privilegiada junto al depósito de agua. La noche era brumosa, sin estrellas, solo un resplandor bajo por las luces desperdigadas. Tenía veintisiete años y estaba en casa otra vez. Noté ese olor antiguo, a aceite y llamas y residuos, escociendo ligeramente en los orificios de la nariz pero vivo, lleno de vida. Lo respiré, y llamé a Jojo.

Descolgó al primer tono.

—Gaitonde.

—Estoy fuera.

—Lo sé.

—¿Te encontrarás conmigo?



—No. ¿Cómo está Subhadra?

—Está bien. No hables de ella.

—De acuerdo. No hablaremos de ella.

—¿Así que te niegas a verte conmigo?

—Me niego por completo.

—Podría haber hecho que te fuesen a buscar y te trajesen hasta mí.

—Podrías. ¿Lo harás?

—De acuerdo, no.

—Bien. Mira qué te digo, Gaitonde... te mandaré una chica.

—¿Harás qué?

—No te hagas el tímido conmigo, Gaitonde. Sé lo que necesitas. Te gustará esta.

Cara, pero buena para ti.

—¿Sabes lo que necesito?

—Compruébalo.

Lo hice. A la mañana siguiente, me mandó a la chica. Se llamaba Suzie, y dijo que tenía dieciocho años, de Calcuta. Era medio china de Calcuta y medio brahman bengalí, y tenía el pelo negro largo y liso, brazos largos y delicados que cruzaba y doblaba cuando se reía, y la piel como el fino mármol blanco. La puse boca abajo y besé la parte de atrás de su cuello mientras estaba dentro de ella. Gimió y se movió hacia atrás contra mí.

Después, desde el coche, llamé a Jojo.

—¿Qué te dije, Gaitonde? —preguntó—. ¿A que esa chica tiene algo?

—Sí, sí, tenías razón.

—En dos años tendrá un programa en la MTV, ya lo verás.

—Puede ser. Pero pensaba en ti mientras estaba encima de ella.

—¿Estás encima de una de dieciocho años y piensas en una mujer vieja como yo?

Gaitonde, eres un idiota, como todos los demás hombres del mundo.

Tuve que reírme con ella. Había esperado a Suzie en un hotel pequeño cerca de Sahar, y ahora estábamos en la carretera, yendo a casa. El tráfico se movía rápido, y el sol lanzaba destellos desde los techos de los coches. Era libre.

—Me siento bien —le dije a Jojo.

—Disfruta —contestó—. Disfruta, disfruta.

Llegamos a casa a las once. En la cárcel me acostumbré a levantarme pronto, así que ya había hecho yoga, había comido, había estado con Suzie. Me sentía ligero. Pero algunos de los chicos estaban bostezando. Los puse a trabajar. Jugué un rato con Abhi, que ahora balbuceaba palabras y sonidos sin sentido, me sujetaba la cara e intentaba decirme cosas. Tenía poca gramática, y no entendía el pasado y el futuro, y sin embargo podía escucharle completamente fascinado, con el corazón rendido al amor. A mediodía, Katakura entró en el salón donde estaba sentado con algunos peticionarios. Se inclinó cerca para susurrar:

—Los nau-numbers están aquí. Dicen que tienen que llevarte a comisaría.

Interrogatorio por otro caso.

—¿Quién es? ¿Majid Khan otra vez?

—No, no conozco a estos chutiyas. Dicen que están con Parulkar.

—Bastardos. Diles que envíen a los abogados cualquier pregunta que tengan.

—Lo he hecho. Tienen una orden de un juez.

—Sí, y el juez chodoa a sus madres por el gaand cada noche. Diles que esperen. Diles que iré cuando pueda. Y haz que uno de los abogados baje aquí.

—Sí, bhai. —Kataruka estaba sonriendo—. Estos maderchods no tienen maneras. No me apetece ni siquiera darles chai.

—¿No tienen maneras?

—Han aparcado su furgoneta justo delante de la casa y se han negado a moverla. Muy prepotentes, bhai. Traedlo aquí, hablan así. Son de algún tipo de comando especial, dos de ellos llevan carabinas, y uno tiene una jhadoo. Se creen que son héroes.

Salí, tarareando una canción. Volví con mis peticionarios, padres que querían un trabajo para sus hijos. Pero estaba distraído, pensando en este nuevo incordio. Comandos con armas Sten y AK-47 significaba que tal vez había un nuevo equipo operativo, alguna iniciativa del gobierno puesta en marcha para que pudiesen parecer serios con el crimen organizado. Algo que no llegaría a nada a largo plazo, pero podría ser una molestia. Hice mis promesas con los peticionarios, les dije que volviesen en una semana. Cuando uno de los chicos les abrió la puerta, todos oímos con claridad las voces enfadadas, un grito y después la respuesta de Kataruka. Hablaba ronco y muy alto. Policía bhenchod, están gritando en mi casa. Maderchods. Me levanté, y recorrí el pasillo largo, casi rozando a la familia de los peticionarios, madre y padre y tíos y el hijo. Incluso con ese enfado, noté el olor del hogar, ese olor a cebollas y haldi y aceite de la comida que estaban preparando en la cocina. Lo respiré.

—Traed aquí a Gaitonde *ahora* —rugió el policía.

Entre él y yo estaban unos cuantos de mis hombres, y otras visitas, todos agrupados alrededor de la discusión, pero a través de ellos pude verle los hombros y el rostro del policía, y detrás de él a otro, y el destello prolongado de un AK-47.

—Cuando esté preparado, vendrá y les verá —contestó Kataruka, tan fuerte y con los ojos tan enrojecidos como el policía.

Me metí a través de la aglomeración. Quería gritar yo mismo. Podía ver a dos policías, pero no más. Frente a mí estaba Dipu, que se había convertido en un urbanita elegante y refinado tras su servicio con nosotros, con un nuevo corte de pelo.

Le pregunté a Dipu, pasando por su lado.

—¿Cuántos son?

Me dijo, al oído:

—Cuatro, bhai.

Entonces pude ver a un tercer policía, de pie a la izquierda. Llevaba la carabina

colgando del hombro y preparada, con un dedo en el gatillo. Me vino mientras iba caminando: cuatro policías, solo cuatro, armados con automáticas y en una furgoneta, enviados para ir a buscar a Ganesh Gaitonde. No tenía sentido. El policía que gritaba se inclinó aún más hacia Kataruka, y en ese movimiento me vio. Nuestros ojos se encontraron. Me giré y corrí.

Fui por lo bajo a través de la ráfaga de las armas, a través y por encima de los cuerpos que se sacudían en el pasillo, a través de los gritos. Después estaba en mi dormitorio, escarbando y manoseando tras la cabecera buscando una pistola, y había cerrado la puerta de golpe de tras de mí pero las balas entraban a chorro por las paredes, esparciendo yeso, y tuve menos de un momento, y crucé la ventana que estaba a la derecha de la cama. Caí entre el lateral de la casa y el muro del recinto, y supe que me había roto algo en el brazo pero tenía que seguir corriendo. Salí corriendo por la puerta trasera, y entonces dos de mis hombres iban conmigo, y me llevaron por los callejones cercanos. Giramos dos veces y entramos en una casa y la puerta se cerró tras nosotros y los tres caímos al suelo, completamente exhaustos, como si hubiésemos corrido dieciséis kilómetros.

El fuego retumbaba cerca, pero ahora ante el golpeteo de AK y carabinas sonaban disparos sueltos como respuesta. Luego, de repente, se acabó. No más tiros, solo chillidos, una oleada de gritos desesperados por la basti. Estaba vivo.

Salí a la calle sujetándome el brazo. Solo entonces, cuando empecé a caminar, sentí una línea acalorada de dolor en la parte baja de la espalda, como si alguien hubiese pasado un alambre fundido por mis nalgas.

—Estás sangrando, bhai —me avisó alguien.

Le empujé a un lado, entré en la casa.

—Hemos cogido a uno de ellos —me dijo otro.

Habíamos cogido a uno, estaba tendido cerca de la puerta principal, con la pierna enredada bajo el cuerpo. Dentro de la casa, en el pasillo delantero, había sangre en el techo, manchas de tejido por las paredes. Dipu estaba muerto, y también Kataruka.

Diecisiete hombres murieron en mi casa aquel día, y cuatro mujeres, y un niño. Pero en aquel momento no teníamos el número, solo una maraña de cuerpos. Solo cuando empezamos a recogerlos, y a sacarlos afuera, encontramos a Subhadra y Abhi al final del pasillo, en la cocina, acurrucados bajo el sari azul de ella. Los dos habían muerto por la misma bala de AK-47, que entró por la jamba, y los atravesó. Estaban muertos. Mi mujer estaba muerta. Mi hijo estaba muerto.

Volví a la cárcel. Después de que me escayolaran la muñeca rota y me cosieran el rasguño del trasero, después de que incinerásemos a nuestros muertos, consideramos las opciones. Sabíamos entonces que los policías que habían disparado no eran policías, sino hombres de Suleiman Isa, que habían comprado los uniformes en Maganlal Dresswallah, que habían robado la furgoneta —o eso dijo la policía de

verdad— en la jefatura de la Zona 13. Sabíamos, de buena fuente, que el supari que se pagó por esta misión suicida fueron dos crores, de modo que los cuatro maderchods que vinieron a mi casa se fueron con cincuenta lakhs cada uno. Pero dos de ellos no se fueron, uno murió justo allí en mi patio, el otro cubrió el interior de la furgoneta con la sangre que esputó. Murió ese mismo día. Pero, con todo, mis enemigos casi consiguieron lo que querían. No podían decir que habían matado a Ganesh Gaitonde en su propia bastí, en su propia casa, pero dijeron que me habían golpeado en mi guarida, que huí de ellos, que fui un cobarde con una herida en el gaand. Se sentían avergonzados por haber roto la regla tácita de las bandas acerca de no herir a miembros de la familia, pero podrían decir que fue un accidente, y podrían decir que me habían dado en el gaand.

Pero estaba vivo. Eso era lo que importaba. Dijera lo que dijese el mundo, estaba vivo. Y eso es lo que importa al final. El honor y el orgullo son los sueños de los que se alimentan los hombres, y por los que mueren, pero mis hombres entendían que, incluso para ellos, era mejor que siguiera vivo. Todavía estaba aquí, para recuperar, planear, vengarme. Y tenía que seguir vivo. Así que regresé a la cárcel. Fue fácil arreglarlo. Me subí a un coche con algunos de mis hombres y subimos a Mulund. Paramos el coche en el puesto de control de Mulund, y los chicos buscaron pelea con los agentes que estaban allí. Salí y también grité, y los chicos se dirigieron a mí de forma muy evidente como «Ganesh bhai», solo para asegurarse de que los mamus estúpidos entendían quién era yo. Después todos volvimos al coche y seguimos conduciendo, más allá de los límites de la ciudad.

De ese modo rompí las condiciones de mi fianza, y tuvieron que devolverme a un refugio seguro para mí. Entendí que esta vez había sido policía falsa, pero la próxima vez podría ser la de verdad, que viniese a por mí para darme una vuelta en una furgoneta negra, una vuelta que terminaría con una bala en mi cabeza. Cada puerta de la ciudad escondía un asesino, cada día era una batalla. Me había vuelto demasiado grande para que me dejaran vivir. Así que la cárcel era mi castillo inexpugnable, donde los muros y las normas y las reglas construían un hogar para mí, donde los carceleros eran responsables de que no se me hiciera daño, y donde podía continuar haciendo negocios sin estorbos.

Volví a instalarme en la vieja rutina. Había caras nuevas en el barracón, pero el mismo grupo de daris estaba alrededor de la mía, por orden de antigüedad. La vida continuó como antes. Pero estaba solo, muy solo. Mis hombres eran mi familia, y eran amables como siempre, conscientes de mis pérdidas y mis heridas. Me cuidaban, y yo hacía negocios. Pero estaba solo de corazón. Habían muerto tantos, no solo en este último ataque, sino a lo largo de mi viaje, en todas las batallas. Y yo todavía estaba vivo. ¿Por qué? ¿Para qué? Esperaba una respuesta. Practicaba yoga por las mañanas, por las tardes practicaba *pranayama*. Pero toda la calma duramente conseguida me fue arrebatada por la risa de Abhi, que oía flotando bajo la luz del sol por la tarde. Por la noche, me iba con ganas a la almohada porque sabía que él

vendría a mí en sueños, pero mi propia espera ahuyentaba el sueño. Estaba aturdido. Caminaba por el mundo como un hombre que se desliza ingrávido por un sueño.

—Es una sensación tan rara... —le conté a Jojo, muy tarde por la noche, por teléfono—. Me siento como, como un fantasma perdido. Como si fuese la historia de otra persona. Como si hubiese un proyector haciendo chat-chat-chat en alguna parte y estuviera moviéndome por una pantalla.

—Pasaré, Gaitonde —contestó—. El dolor pasa. Siempre lo hace.

Sonaba tan cercana... como si estuviese en la cama de al lado. Hice que se comprara un móvil nuevo, y yo mismo tenía uno nuevo, y hablábamos solo entre nosotros con esas conexiones nuevas. Tenía otros dos teléfonos para los negocios. Mis enemigos no habían tratado de matar a mi familia, eso lo sabía, pero aun así tenía miedo por Jojo. Le dije que nuestro vínculo tenía que volverse incluso más invisible para el mundo, y que sería malo para su imagen en la industria de los medios de comunicación si se supiera de forma generalizada que ella y yo éramos amigos. Entendió eso, y se volvió incluso más discreta de lo que ya había sido. Hablábamos tarde por la noche, solo con los teléfonos especiales.

—¿Gaitonde? —preguntó—. ¿Hola?

—Aquí —contesté—. Estoy aquí.

Pero no estaba seguro de seguir allí. Un hijo arraiga a un hombre en el mundo. Arranca esa conexión y le estás cortando y dejando suelto.

—¿Sabes lo que echo de menos? Echo de menos el olor de su pelo después del baño.

—Lo sé. ¿Qué echas de menos de Subhadra?

Me resultaba difícil evocar su rostro, recordar qué aspecto tenía. Pero por supuesto no se lo dije a Jojo.

—Solía traerme leche por la noche —contesté, pero sabía que Jojo había notado mi vacilación.

Se quedó callada, sin embargo, y no me dio una de sus charlas sobre hombres y mujeres.

—Gaitonde. Nunca hablas de tu padre y tu madre.

—No lo hago.

—Tu madre, ¿quién era?

—Una mujer, ¿qué más?

—¿Qué más? ¿Cómo era?

—Era mi madre. Olvídalo. Toda esta charla maderchod.

Por supuesto percibió el gruñido de mi voz, y se quedó callada. No tenía la intención de cortarla, y no quería el silencio, no podía soportarlo.

—Háblame de tu padre y tu madre —propuse. Podía oírla respirar—. ¿Jojo?

—Estoy intentando no maldecirte. Porque tú ya tienes mucha tensión.

—Si no tuviera tensión, ¿me soltarías gaalis?

—Cualquiera que me habla así consigue gaalis.

Estaba tumbado en el suelo, en una esquina del barracón. Me gustaba el cemento frío en la parte trasera del cuello. Por una ventana podía ver el ascenso oscuro de un muro, los fragmentos brillantes de cristal en el borde, afilados a la luz de la luna. Tuve que sonreír un poco. De alguna forma la temeridad de Jojo, su enfado, me hacía sonreír. En la vida la habría odiado, creo. Pero por teléfono, yo aquí, ella allí, me hacía sonreír.

—Oiga, señora —repliqué—. Estoy tenso. Así que discúlpeme. Háblame de tu madre.

Jojo me habló de su padre, que era capitán de barco. Pilotaba barcos pequeños para una compañía grande, y de vez en cuando pasaba meses fuera. Cuando llegaba a casa la quería en calma. Los loros que estaban en los huertos detrás de la casa hacían que temblase de furia, lanzaba petardos a las copas de los árboles y al final compró una escopeta. Sus matanzas de *koels* y golondrinas no desterraron a los pájaros, que se sentaban en las cabezas de sus espantapájaros, y anidaban en sus estómagos. Al final se retiró a la butaca de su dormitorio, se puso tapones para el oído de color rojo y un pañuelo negro sobre los ojos. Sus hijas caminaban de puntillas a su alrededor, e intentaban quedarse despiertas para captar los retazos de conversación entre él y su madre. Nunca oyeron nada de él que tuviera sentido, ni siquiera en las comidas, cuando todo lo que decía era que había demasiada sal en el pescado al curry y que no había dinero para los vestidos de Pascua. Y así era hasta que se marchaba, de nuevo por algunos meses. Cuando Jojo tenía once años, este padre de barba grande murió de un ataque al corazón en el puente de mando de su último barco, un día lluvioso en el golfo Pérsico. Murió sentado en su silla de capitán, con el pañuelo negro sobre los ojos, de forma que sus hombres pensaron que estaba durmiendo. Al final tuvo calma, pensó Jojo. Pero no hubo calma para ellas, porque cuando llegó la pensión resultó no ser mucha. Eran pobres. Pero la madre de Jojo se negó a sentirse alicaída, o asustada. Tengo mi tierra, dijo, me niego a vivir de forma sumisa y llena de lágrima porque Dios se haya llevado a mi marido. Dios es misericordioso y cuidará de nosotras. Y así las crió, con trabajo duro y penurias y disciplina férrea. Tenéis que compraros vuestra propia comida en este mundo, decía, recordadlo.

—Una vez le pregunté por ellos, ella la esposa y él el marido, los dos juntos —continuó Jojo—. Sobre cómo pudo soportar estar con él todos esos años, a través de todo ese silencio. Por qué.

—¿Y ella qué dijo?

—No dijo nada. Solía hacer esa cosa con la boca, ponerla pequeña como si estuviese irritada, y te hacía un gesto con la mano. Como si fueses una tonta por preguntar. Después se iba y seguía con su trabajo. Siempre estaba trabajando.

—¿Cuándo murió?

—Después de que yo tuviese el problema con mi hermana. No me enteré hasta un año después de que ocurriera.

El problema en realidad había sido con el marido de la hermana, pero lo dejé

pasar. Cuando las mujeres hablaban de sus problemas, era mejor pasar por alto algunas cosas. Había aprendido mucho de mis largas conversaciones con Jojo, la campeona de las mujeres. Si discutías, conseguías una pelea a gritos, y después silencio. Y quería que Jojo hablase, necesitaba que siguiese hablando. Por la noche tarde, me salvaba con su charla.

Por las mañanas leía la prensa. Comenzaba con los periódicos en marathi, después leía los escritos en hindi, y al final los escritos en inglés. Mi lectura en inglés todavía era muy lenta y vacilante, y a menudo tenía que parar y preguntarles a los chicos significados y construcciones. Tenía mi diccionario inglés-marathi, pero aún así era un asunto pesado, y siempre me enfadaba al final. «El equipo de Gaitonde lucha por recuperarse de las pérdidas», decía el *Times of India*, y al final del artículo quería matar al «corresponsal especial» anónimo. No eran solo los errores en una frase sí y otra no, la falta de cuidado de la cobertura informativa, sino el tono, esa insinuación ligeramente socarrona de que quien escribía lo sabía todo, incluso lo que había en la cabeza de Gaitonde: «Mientras Gaitonde llora a su esposa y se lame las heridas en su celda, Suleiman Isa consolida su poder». Estos ingleses-valas siempre eran superiores, como si el mundo en que vivían fuese algún otro, lejos de mi barracón, mis calles, mi hogar. Cuando me enfadaba, los chicos sonreían y preguntaban: Si te saca de quicio, bhai, ¿por qué lees esas tonterías?

No se lo conté, pero leía las tonterías porque me hacían sentir vivo. En esa imagen de Gaitonde, atrapada entre las columnas del papel de prensa, había una vitalidad que no sentía en mi vientre. Era caradura, seguro de sí mismo, herido pero implacable, y maquinaba un regreso. Mirándole, yo mismo me sentí orgulloso de él. Ahí tenías un hombre. De modo que no maté a ningún periodista, pero en vez de eso concedí entrevistas. Les mandé botellas de whisky escocés, y los adulé con confidencias. Todos querían saber la historia de mi vida, así que les conté historias. Las publicaron todas. Nuestros ingresos crecieron, y más chicos que nunca quisieron unirse a nosotros.

Fue en aquellos tiempos de mi fama creciente por toda India cuando uno de los celadores vino a verme.

—Bhai —dijo—, hay un chutiya en el barracón cinco que no para de decir que te conocía antes de que fueras Ganesh Gaitonde.

—¿Cuándo tenía otro nombre? Nunca he tenido otro nombre. Siempre he sido Ganesh Gaitonde.

—No sé qué quiere decir, bhai. Está loco. Pero no deja de decirlo.

—Olvídalo, entonces. ¿Por qué me molestas con eso?

—Lo siento, bhai.

Se giró, agachando la cabeza, y se rió tontamente.

—Lo siento. Es un auténtico *vediya*, se cree el mismísimo Dev Anand. Pero siempre tiene el dedo en la nariz así, bastardo loco.

—Espera —solté—. Espera. Ese tipo. ¿Está con los *budhaus*? ¿Es viejo?

—Sí, bhai. No es tan viejo, pero tiene todo el pelo blanco. Se lo peina en un tupé hacia arriba, como Dev Anand.

Abrí la boca, después la cerré. Dije con tranquilidad:

—Tráemelo.

—Le diré que quieres darle papel, bhai. Vendrá corriendo.

—¿Papel?

—Dibuja, bhai.

—¿Dibuja? No importa, solo ve y tráelo. Vete, vete. Ahora.

Tardó unos diez minutos, mientras se les decía a varios guardias qué tenían que hacer. Pero después ahí estaba. Le reconocí tan pronto como cruzó la puerta al final del barracón, entre los cientos de hombres. Estaba encorvado hacia delante, e incluso más delgado que antes, pero ahí estaba, Mathu. Sí, el mismo Mathu que había sido mi compañero pistolero en aquella barca pesquera mucho tiempo atrás, que había cruzado conmigo los mares para traer el oro de vuelta, que había sido un compañero equitativo en la destrucción de Salim Kaka. Se acercó a mí con lentitud, flanqueado por dos de mis hombres, mirándome detenidamente desde debajo de sus cejas escuálidas. Tenía barba de tres días, y su acicalamiento cuidadoso había desaparecido por completo. Ahora no llevaba polvos de talco sobre esa nariz de roedor, pero todavía llevaba el pelo a lo Dev Anand, peinado hacia arriba en un bucle con estilo. El pelo era todo blanco, completamente blanco. Había costras de suciedad en sus rodillas y tobillos desnudos, y cuando estuvo cerca tuve que armarme de valor contra su hedor a vejez y sudor y tristeza.

—Mathu —dije, y les hice un gesto a los chicos para que se apartasen.

Arrugó un montón de papel entre las manos, asintió con la cabeza de lado a lado y dijo:

—Sí, es Ganesh.

Después se quedó callado, y muy quieto. Todavía me estaba mirando, como si estuviese intentando medirme. No era hostil, ni estaba asustado, solo estaba evaluando. Después pareció satisfecho, y perdió interés por mí, y se preocupó de su nariz. Se sacudió una mota verde, y después echó un vistazo por el barracón, y luego empezó a remover el montón de papel que llevaba.

—Mathu, bastardo —llamé—. ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado?

Estuve enfadado con él, hacía tiempo, pero ahora estaba conmovido por el afecto y la sorpresa y la preocupación, me levanté y le di un golpecito en la espalda, y paré porque sus omoplatos me cortaban las manos. Estaba muerto de hambre y temblaba.

—Mathu, ¿quieres comer algo?

Eso llamó su atención.

—Sí, Ganesh.

De modo que le dimos algo de comida. Se encorvó sobre su bhakri y *chatni* de ajo y comió. Tenía los papeles metidos con cuidado bajo el muslo derecho. Llamé al celador y le pregunté por Mathu.



—Lleva aquí tanto tiempo como yo, bhai —explicó el celador—. Que son casi cinco años. Y sé que llevaba aquí un tiempo antes de eso, y fue trasladado desde Arthur Road, donde estuvo al menos un año.

—¿Por qué?

—Por lo que sé, bhai, los cargos son que mató a su hermano.

—Entonces, ¿por qué no se le ha juzgado todavía?

—Su familia dice que es mentalmente incapaz de soportar un juicio, bhai. Han conseguido que algún médico sumiso escriba eso. De modo que lo mantienen yendo de prisión en prisión.

Podrían seguir evitando el juicio, y mantener a Mathu en la cárcel por más tiempo del que duraría la posible sentencia si se le condenaba por asesinato. Bastardos.

—¿Quiénes lo metieron aquí?

—Tiene otro hermano, y una hermana. Todo es por la propiedad.

Resultó que Mathu cogió su oro y se fue a casa, a Vasai. Les contó a su hermana y hermanos que había estado en Dubai, que había tenido una ganancia imprevista, y que ahora había vuelto para cuidar de rodo el mundo. De forma que por supuesto lo convirtieron en el gran hombre de la casa, aunque era el más pequeño. El gaandu se gastó el dinero en ellos: les compró casas a todos, todas en el mismo complejo, y comenzaron juntos un negocio. Le casaron. Después, por supuesto, los hermanos y la hermana y las cuñadas y el cuñado empezaron a pelear. Peleaban por la tierra, y el dinero, y quién iba a conseguir más beneficios del negocio, y quién era responsable de las pérdidas. Así que al final se tomó la decisión de dividir el negocio, y dividir la propiedad. Mathu o quería, veía cómo salía volando todo su oro, pero había puesto las escrituras a nombre de los hermanos, y el negocio tenía muchos socios. Los otros hicieron alianzas y conspiraron unos contra otros, y Mathu fue de un lado al otro pidiéndoles que fuesen buenos entre sí, que dejasen de lado el enfado, y se acordasen de su padre y su madre. Pero la lucha empeoró, y al final el hermano mayor fue asesinado. Lo encontraron una mañana en su oficina con el cable de una lámpara alrededor del cuello, apretado hasta que le cortó la carne, y tenía treinta y dos puñaladas. No habían robado nada, no habían tocado nada. La única puerta de la habitación estaba cerrada. Los policías que investigaron decidieron que el asesino debía de ser alguien conocido para la víctima. Se encontró un cuchillo ensangrentado detrás de la casa de Mathu. No tenía testigos que pudiesen ubicarlo en alguna parte la noche anterior. La esposa estaba visitando a sus padres. Todos sus familiares dijeron que había actuado como un loco últimamente, y que había maldecido y despotricado contra el hermano muerto, y había amenazado con matarle. Así que metieron a Mathu en prisión preventiva, y después en la cárcel a la espera de juicio. Y todavía estaba esperando. No le quedaba dinero, y en cualquier caso no hubiera podido contratar a un abogado. Estaba loco.

—¿Qué hay en el papel, Mathu? —le pregunté.

Se encogió, y se dobló hacia delante, y comenzó a gemir en voz baja.

—Tiene miedo de que se lo quites. En los barracones generales, los reclusos solían burlarse de él, y le robaban el papel y los lápices y bolígrafos. Por eso lo pusimos con los viejos. Se sienta y dibuja todo el día.

—¿Qué, Mathu, qué dibujas? —Le froté el hombro—. Vamos. Te acuerdas de mí. Fuimos juntos en el barco. Mira, dijiste que me conocías. Me conoces. Soy Ganesh Gaitonde.

Entonces se giró hacia mí, y me dejó que lo enderezase y que le cogiera los papeles de debajo de la pierna. Había pedacitos de papel, periódicos viejos, sobres aplanados y extendidos, fragmentos de recibos y documentos de la cárcel. Cada espacio libre de esos pedazos estaba cubierto de dibujos diminutos de hombres y mujeres y edificios y animales. Era un buen artista, nuestro Mathu. Podías decir qué sentía cada hombre, o si un animal estaba asustado. Los árboles se doblaban por la fuerza de un gran viento, y había farolas en un callejón oscuro. La gente hablaba entre sí en globos pequeños, pero los dibujos estaban tan apretujados y eran tan diminutos que apenas podías distinguir qué decían, incluso si mirabas a tres centímetros del papel. Era una especie de cómic loco gaandu, te mareaba solo mirarlo, todas esas figuras moviéndose arriba y abajo por el papel y extendiéndose de una hoja a la otra, cada centímetro lleno con alguna discusión o pelea o amor, pero aun así podías decir que todo estaba conectado, que de alguna forma tenía algún sentido.

—Esto es muy bueno, Mathu. ¿Qué es esto que has estado dibujando?

Estaba contentísimo de que hubiese preguntado. Por un momento vi al Mathu que conocí una vez, el Mathu que era fiel a su Dev Ananá incluso en los tiempos de Amitabh Bachchan, al que le gustaba hacer volar cometas desde la mañana a la noche todo el trecho hasta Sakranti, al que le gustaba ir vestido de azul marino porque una amiga de su hermana le dijo una vez que estaba guapo con él. Sonrió ampliamente, mostrando huecos en sus dientes amarillentos, y contestó:

—Mi vida, Ganesh.

Lo entendí. Ahora que lo había dicho, podías ver que había un niño pequeño, de cinco años o así, con pantalones cortos y chappals, que caminaba por el borde doblado de un sobre, llevando una cartera de colegio.

—¿Este eres tú?

—Sí.

—¿Y vas a dibujar toda tu vida?

—Sí, sí.

—¿Por qué?

Eso lo dejó bloqueado. No tenía respuesta para algo así. Incluyó la cabeza, la dejó colgando y al poco rato empezó a llorar. Le abracé y lo acerqué a mí, e hice que uno de los hombres me trajera un bloc de notas que habíamos estado usando.

—Mira, Mathu. Aquí hay mucho papel. ¿Quieres más papel?

—Sí.

Le goteaba la nariz, sobre el bloc. Toqueteó el papel a rayas.

—Y rotuladores. De colores diferentes.

—Te conseguiré todo eso. No te preocupes.

Asintió alegremente, y en aquel gesto vi al joven Mathu diciendo «sí» a la idea de una película, diciendo «sí» a una faluda y una excursión. Hice que lo lavasen, y lo mandé de vuelta al barracón cargado con papel, escoltado por dos de mis hombres. Después me estremecí, y estiré las rodillas hacia arriba y pensé. Podría haberlo mandado fuera al mundo, por supuesto, pero el celador me había dicho que apenas ponía arreglárselas sin ayuda incluso en la cárcel. Le daba su comida a cualquiera que le diera un bolígrafo, y se olvidaba de comer cuando tenía comida. Todo lo que quería hacer era dibujar su vida. Al paso al que iba en ese momento —después de siete, ocho años dibujando haría llegado a su primer día en la clase de segundo— llegaría a nuestro viaje con Salim Kaka en veinte o treinta años. No era un peligro para mí. Así que a la mañana siguiente di órdenes, y le encomendé al celador que me había llevado a Mathu que cuidase de él a perpetuidad. Le di a Mathu una pensión mensual, considerable teniendo en cuenta que su alojamiento era gratis y todo lo que de verdad necesitaba era papel y material de escritorio. Tenía que alimentarlo y vestirlo y llevarlo al hospital una vez al mes. Y cualquiera que le molestase al dibujar tendría que responder ante mí.

Así que Mathu estaba dibujando su vida. Tenía tiempo en la cárcel para pensar en la mía. A pesar de todas mis tragedias, mi vida había sido buena, podía darme cuenta. Tenía fama, tenía poder, todavía estaba creciendo. Había sufrido derrotas, pero sabía cómo recuperarme y responder. Aprendía de mis errores. Seguía adelante. Pero ¿hacia qué? ¿Adónde iba? Si tuviese que trazar mi vida, ¿adónde la haría llegar tras ese encuentro con Mathu?

Entonces, durante mi confusión, Bunty vino con un informe. No me lo quiso dar por teléfono, y no quería mandar nada por escrito. Nuestra costumbre era que ninguno de nuestros controllers iba a la cárcel. Había muchos casos pendientes contra Bunty, pero aun así fue al despacho del director. Cerró las puertas, y arrastró una silla para ponerla cerca de mí.

—Bhai —empezó—. Es sobre Sharma-ji.

—¿Así que al final has descubierto para quién trabaja?

—Primero le encontramos a él, bhai. Un poco de dinero por aquí, unas cuantas preguntas por allá... El verdadero nombre de Sharma-ji es Trivedi. Posee surtidores de petróleo en Meerut, y tiene antiguas relaciones con todos los políticos de allí. Fue un *Jana Sanghi*, pero dejó el partido a principios de los ochenta. Él y un primo suyo y otros pocos fundaron un partido nuevo, Akhand Bharat. El partido todavía circula, pero solo han logrado unos pocos escaños municipales, nunca nada en las elecciones del estado o para el Parlamento.

—¿Y?

—Vive bien, bhai. Tiene una casa que se llama Janki Kutir, tres pisos, grande

como una casa de cine. Todo de mármol blanco. Este partido Akhand Bharat todavía está activo, gastan demasiado dinero para lo pequeños que son. No todo viene de los surtidores de petróleo. Y no hay bastante para pagar nuestros envíos. Así que busqué un poco más. Le seguimos durante un par de meses. Nada. Tiene una vida muy rutinaria, templo por la mañana, surtidores de petróleo, despacho del partido por la tarde. Nueve hijos, muchos nietos, una gran familia extendida. Tiene un despacho en la casa, pasa las tardes allí.

—¿Entonces?

—Conseguimos una fuente en el departamento telefónico, no tuvimos que gastar mucho. Logramos listas de todas las llamadas al exterior desde el número de su despacho. Rastreamos la mayoría de los números repetidos, pero había un móvil al que llama todos los domingos. En la época de nuestro último envío llamaba todos los días. Así que tuvimos que conseguir una fuente en la compañía de teléfonos móviles. Eso supuso más tiempo, algo más de dinero.

—¿Y al final?

—Al final el móvil pertenece a un tal Bhatia, Jaipal Bhatia, que vive en Delhi, en South Extension. También es un bungalow bonito, el que tiene este Bhatia. Trabaja únicamente como secretario personal de Madan Bhandari.

—¿Quién es Bhandari?

—Bhandari no es nadie. Solo un hombre de negocios, tiene intereses en los plásticos, los textiles. Una facturación de veinte, treinta crores. Solo es interesante porque, aparte de sus fábricas, tiene un amor en la vida, incluso más grande que su esposa e hijos. Es el principal seguidor y bhakt de Shridhar Shukla.

—¿Shridhar Shukla el swami?

—Ese. Es su jefe. Es el superior. Estoy seguro de eso.

Aquello ciertamente cambiaba todo el juego. Swami Shridhar Shukla era un swami internacional, comía con presidentes y primeros ministros, y les leía la buenaventura a los ministros, y tenía estrellas de cine a docenas en sus darshans. Le había visto a menudo en televisión, sentado en una silla de ruedas y sonriendo. Hablaba un hindi brahman perfecto del norte, y un inglés rápido. Un hombre muy imponente. Muy conectado.

—Maderchod —respondí—. Maderchod.

Bunty asintió. Veía nuestro problema, que era que no teníamos ni la más ligera idea maderchod de cuál era nuestro problema. No conocíamos el mar en el que nadábamos. Me levanté, di una vuelta por la habitación. Nehru me miraba desde arriba. Le devolví la mirada: me he informado sobre ti, bastardo, no fuiste tan grande para el país.

—Actuemos directamente —le dije—. Llama por teléfono a ese, ese bastardo, ¿cómo se llama?

—Trivedi.

—Sí, Trivedi. Le dices que quieres hablar con ese Shukla. A más tardar mañana

por la tarde. Sin discusiones, ni esto ni aquello. Yo hablo con Shukla, directamente. De lo contrario tendremos problemas.

Le abracé. Había hecho un buen trabajo. Volví al barracón, y aquella noche estuve intranquilo, agitado. Jojo lo notó.

—Suenas distinto —me dijo—. Ha sido difícil hablar contigo. Has estado muy lejos. Hoy estás distinto.

—No estoy tumbado.

Estaba caminando por toda la amplitud del barracón, de un extremo al otro, alejado del montón repugnante de reclusos que dormían más allá de las fronteras de nuestra banda.

—No es eso. Es otra cosa. Estás enfadado o algo.

No era del todo enfado, pero algo. Estaba excitado, como si fuera a cruzar una puerta. Hablé con Jojo, después me dormí de forma muy ligera. Al día siguiente a las seis de la mañana me sonó el otro teléfono, lo cogí al primer tono.

—Ganesh —dijo una voz.

Me quedé callado. Reconocía la voz, pero no podía ubicarla.

—Ganesh —volvió a decir él.

Era una voz sonora, profunda. Una voz cara, comunicativa, y muy amable.

—Swami-ji —contesté.

No tenía la intención de añadir el «ji», pero salió.

—No digas mi nombre por teléfono, beta.

—¿Mi amigo te ha dado este número?

—Sí, me lo ha pasado.

—Necesitamos hablar.

—Estoy de acuerdo. Pero no así. Cara a cara.

—Eso no puede ser pronto.

—No te preocupes. He mirado tu carta astral. Tienes libertad en el futuro, beta.

—¿Cómo?

—No sé los detalles, beta. Siempre soy honesto con eso. Pero puedo verlo. Estarás fuera de la cárcel muy pronto. Entonces, nos veremos.

—¿Tienes mi carta astral?

—Te he estado observando. Te estaba esperando. Y ahora tú me has encontrado.

—¿Estabas esperando?

—Sí. Ahora estás listo. La vida tenía que darte lecciones, tu yoga tenía que intensificarte la conciencia. Entonces estarías preparado. Así has venido a mí.

Era imposible discutir con él. En el fluir suave de su voz había un poder irresistible. Sentía una opresión en la garganta, y parpadeé apartando la borrosidad de mis ojos.

—Sí —contesté—. Sí.

—No te preocupes, Ganesh —continuó—. Estate calmado, estate tranquilo. Practica tu yoga. Espera. El tiempo gira y describe sus curvas. El tiempo girará y

girará. Ten paciencia.

Y con eso, se fue. Le observé aquella tarde por televisión. Estaba sentado sobre un estrado con las piernas cruzadas, recostado sobre almohadas blancas redondas, y hablándole a un micrófono plateado reluciente. Fuera del foco, en la parte trasera, por detrás de su cabeza, pude ver el brillo metálico de los rayos de una rueda de su silla. Nunca antes me había percatado de lo atractivo que era, con su espeso pelo blanco peinado hacia atrás sobre la cabeza pero no demasiado largo, realzando la agilidad saludable de su mentón afeitado. Pero no podía decir en absoluto qué edad tendría. Sus discípulos se sentaban en hileras ordenadas, los hombres a un lado y las mujeres en otro. Ese día el discurso era sobre el éxito. ¿Por qué, preguntaba, el fracaso nos atormenta de forma tan cáustica? Y después, ¿por qué a veces el éxito nos deja de nuevo un sentimiento de insatisfacción? ¿Por qué su llegada nos decepciona, incluso después de haber soñado con ella tanto tiempo, haber luchado tan duro por ella a lo largo de un camino cruel? ¿Por qué? La respuesta en ambos casos, dijo Shukla-ji, es porque vivimos en la ilusión del yo. Soy el hacedor, creemos. Le gritamos eso al mundo, estoy haciendo esto, estoy haciendo aquello, yo, yo, yo. Creyendo en la más resbaladiza de todas las ilusiones, pensamos que nuestros fracasos son culpa nuestra, que fluyen por la forma de este yo. Creemos que poseemos nuestras victorias. Y sin embargo, cuando hallamos el éxito, descubrimos que esta ilusión misma, esta ilusión del yo, solo puede vivir en el futuro, o en el pasado. Está eternamente separada del presente, y mientras creamos en ella solo conocemos la pérdida. Solo cuando trascendemos esta ilusión y nos reímos de ella podemos conocer el placer de este momento, reír porque entonces estás vivo de verdad. Swami-ji dijo: hijos míos, descubrid vuestras acciones y descubrid vuestra verdadera naturaleza. Conócete a ti mismo.

Tuve que apartarme de la televisión. Era como si me estuviera hablando a mí, solo a mí. Y sin embargo tuve que controlarme, actuar como si escuchase de forma despreocupada, hacer bromas sobre los gurús y los swamis, y no pude quedarme mucho rato con él. Teníamos una conexión secreta, él y yo, y por eso no podía mostrar una conexión pública con él. Era demasiado arriesgado, demasiado peligroso. No solo para mí, sino también para él. Así que me puse de pie y me marché. Los chicos cambiaron canales hasta llegar a un ranking de canciones filmi.

Les dejé escuchar sus canciones, pero seguí el consejo de Swami-ji. Fortalecí mi meditación, la hice más tiempo y con una concentración más profunda. Los chicos estaban impresionados por mi calma más profunda, el aumento de mi memoria, mi amor más grande. Les preguntaba por sus familias, recordaba los nombres de sus esposas y chaavis, me interesaba por sus hijos. Lo habíamos arreglado para que trajeran a Date de vuelta de la prisión de Nashik para que pudiera estar conmigo en el barracón. Me abrazó cuando me vio por primera vez, me abrazó mucho rato. Después, la primera cosa que dijo fue:

—Bhai, incluso pareces más joven. Pareces muy fresco, como un niño.

Me sentía desgastado, como un campo viejo que han arado. Pero lo que él veía eran los comienzos de los brotes nuevos de una siembra reciente. Fuera, los monzones acababan de empezar, y nos sentábamos cerca de las ventanas y observábamos cómo el agua se estrellaba contra el techo. El negocio iba bien. Entraba dinero, salía dinero. Nuestra guerra con Suleiman Isa continuaba haciendo un ruido sordo. Sabía que los hombres esperaban un golpe decisivo, que un castigo terrible visitase a nuestros enemigos. Les dije que tuvieran paciencia. Cuando la cosecha está madura, entonces la recoges. Esperad, esperad. Y de ese modo esperé. Estaba tranquilo.

A finales de julio recibí una citación del despacho de Advani.

—Saab necesita verte en su despacho —dijo el celador—. Es muy urgente.

Era por la mañana, todavía mi hora de rezar, y sentí un terror repentino. Advani nunca me molestaría a esta hora, así que algo muy malo debía de haberle pasado para mandarme llamar. Me puse las chappals, y salté de piedra en piedra por el patio, que ahora era un lago de agua de lluvia. Las nubes estaban negras y bajas sobre nosotros, y todo estaba bastante silencioso, la caída del agua llenaba el mundo entero. Junto a la oficina de Advani, había tres hombres con camisa blanca de pie en fila. Pasé junto a ellos, y Advani estaba en su mesa, manteniendo la espalda recta y con aspecto muy oficial. No se levantó.

—Saab —saludé, con bastante humildad.

Era buen actor cuando mis subordinados necesitaban que lo fuese.

Desde el lado derecho de Advani, un hombre me miraba atentamente. Lo primero que vi de él fue su cabeza en forma de cúpula, bastante calva y morena bajo la luz oscura del monzón. Y después sus ojos, observándome.

—Este es el señor Kumar —presentó Advani—. Quiere hablar contigo.

Advani se levantó y se fue, sin dirigirme otra palabra o una mirada. De forma que este señor Kumar era un tipo poderoso. Un oficial de más rango, quizá.

—Siéntate —dijo.

Lo hice.

—Trabajo para cierta sección del gobierno, el gobierno central —comenzó—. He estado siguiendo tu lucha con Suleiman Isa.

Por mi parte, me quedé quieto, ni siquiera asentí. Que se explicase. Era muy delgado, con una nariz afilada, y tenía un aspecto parecido a la estatua de un Buda famélico que había visto en televisión. Pero había poder en él, una especie de certeza. Ahí había un hombre que sabía quién era.

—Soy consciente de tus dificultades actuales. Pero aprecio el esfuerzo que has hecho contra ese Suleiman Isa, y contra sus amigos pakistaníes.

Esperaba que yo dijera algo. Le di una respuesta:

—Sí, saab. Ese bastardo es un traidor. Es un perro que vive del desperdicio de los pakistaníes.

Él asintió.

—Es antinacional —terminé.

—¿Y tú, Ganesh Gaitonde? ¿Eres un patriota?

—Lo soy —contesté.

Lo soy. Era tan simple como eso. En aquel momento, me di cuenta de que un patriota es lo que era. Había sido un chico ignorante, interesado solo por el dinero, por mi sueño de fama y lujo. Pero había aprendido mucho desde entonces, había entendido mucho. En este mundo no hay hombre que pueda permanecer solo, y decir soy libre de todo menos de mí mismo. Era un patriota. Mirando a este señor Kumar, reconocí en él a un patriota, y supe que yo mismo lo era.

—Puedo ayudarte —continuó él—. Si tú nos ayudas.

—¿Cómo les puedo ayudar?

—Si te quedas en la India, no dejarás de sufrir ataques violentos. Además, todos estos problemas legales continuarán. Ahora ya no existe la TADA, pero para ti la TADA permanecerá viva siempre. Un día lo arreglarás para salir, y después volverás a entrar. Quizá aprueben una ley nueva, más feroz, y también te golpeen con ella.

—Sí, sin duda.

—Así que, vete al extranjero.

—He pensado en ello. Pero mi sede está aquí. Tengo algunas conexiones y facilidades fuera, pero no suficientes, saab. Costaría mucho dinero y esfuerzos y tiempo establecer operaciones en cualquier otra parte.

—Ahí es donde podemos ayudarte. Te podemos proporcionar información, ayuda. Disposiciones iniciales, por supuesto, y logística. Tal vez dinero.

El hombre estaba ofreciendo mucho. Y ofrecía como si tuviera la capacidad de proporcionar lo que prometía. Pero necesitaba que concretase.

—Saab, ¿qué quieren de mí?

—Tu cooperación. Nos darás información sobre actividades antinacionales. Qué hacen, qué planean. A veces puede que tengamos ciertas tareas que queramos que tú completes. Necesitamos un socio que pueda hacer trabajo de todo tipo.

Sí, trabajo de todo tipo. Sin duda necesitaban a alguien que hiciera las cosas verdaderamente sucias que ellos no podían hacer de forma legal por sí mismos. Necesitaban un brazo fuerte, pero uno del que pudiesen renegar en público. Era hora de hacerle saber que no le estaba ofreciendo ayuda a un idiota. Me incliné hacia delante.

—Pero, Kumar saab —contesté—, ya tienen a Chotta Madhav trabajando para ustedes.

Chotta Madhav había sido uno de los hombres de Suleiman Isa, pero se había separado y había formado su propia banda después de las explosiones de las bombas. Ahora operaba desde Indonesia, y luchaba contra Suleiman Isa, y, puesto que era enemigo de mi enemigo, habíamos mantenido relaciones cordiales, ni odio ni tampoco amistad. Y sabíamos que tenía algún tipo de relación con la organización llamada RAW. Eso es lo que quería que supiera ese señor Kumar, que no tardé



demasiado tiempo en averiguar quién era.

Al señor Kumar le hizo gracia. Su sonrisa era como una onda delgada queje cruzaba rápidamente hasta el cráneo.

—¿Está trabajando para nosotros?

—Eso es. Igual que Suleiman Isa está trabajando para el ISI.

—Tal vez Madhav esté trabajando para nosotros. Pero esta es una época de peligro extremo. Necesitamos más patriotas.

Asentí.

—¿Qué quiere que haga, saab?

Me lo contó. La lluvia caía afuera. Hicimos nuestros planes. Y de esa forma me convertí en un guerrero para mi país y mi gente.

## CONOCIENDO LA BELLEZA

Zoya Mirza era una mujer difícil. Fue difícil encontrarla, difícil hablar con ella por teléfono, difícil reunirse con ella. Sartaj intentó explicarle esto a Anjali Mathur, que parecía creer que un inspector de policía armado con la majestuosidad espantosa de la ley y fotografías incriminatorias debería ser capaz de interrumpir la vida de glamour y viajes de una estrella de cine y someterla a un interrogatorio.

—Tal vez podría hacerlo —replicó Sartaj—, si algo de esto fuese oficial. ¿Aún no somos oficiales?

—No, todavía no tengo nada que pueda llevarle a mi jefe —contestó Anjali—. Solo la vaga posibilidad de una conexión entre un gángster y una estrella de cine. Nada especial.

Sartaj no podía discutir eso. Que la gente filmi a menudo estaba conectada con bhais era algo que sabían los niños de los pueblos remotos. No era noticia. Si salía a la luz, la información perjudicaría la imagen impecable de atractivo sexual casto de Zoya Mirza, sí, y tal vez haría que el continuado arco ascendente de su carrera se retorciese, pero todavía no había explicación de por qué Ganesh Gaitonde había regresado a Bombay. Ni los comienzos ligeramente humeantes de una historia que explicase por qué había construido un cubo de cemento en Kailashpada, por qué había disparado a Jojo y después se había volado la cabeza por la mitad.

—¿Todavía quiere que investigue en silencio? De modo que no puedo pedirle a mi jefe que la haga ir a comisaría. Quiere que vaya y hable con ella en privado. Solo ir y hostigarla. Estas estrellas de cine tienen conexiones en las altas esferas —comentó Sartaj—. Si llama a algún ministro y me suspenden, tampoco podrá llevarle eso a su jefe.

—No lo hará. Tiene las fotos.

—Es un riesgo.

—Uno pequeño.

Sin embargo el riesgo es más grande que los beneficios que obtengo por desarrollar esta investigación, quiso decir Sartaj. Había llamado a Anjali Mathur al número de Delhi que le había dejado, y ella descolgó al primer tono. Sus formas al teléfono eran enérgicas, y escuchó su informe y con tranquilidad le sugirió que hablase con Zoya Mirza. Muy sencillo, muy eficiente. Sartaj respiró hondo, dejó salir el aire.

—Tal vez todo parece pequeño desde Delhi, señorita Anjali. Pero verdaderamente soy un hombre pequeño. E incluso los riesgos pequeños son grandes para mí.

Se quedó callada por un momento. En general, era una mujer callada, comedida en su persona y su forma de vestir. Pero en ese momento Sartaj pudo notar cómo tomaba una decisión, y cuando habló había un apremio decidido en su voz.

—Lo entiendo, pero hay algunas circunstancias que necesita saber.

—Necesito todas las circunstancias. No se me ha contado absolutamente nada.

—Se lo estoy contando ahora. Escuche. Esa casa en la que encontró a Gaitonde, eso era un refugio nuclear.

—¿Un qué?

—Un refugio para protegerse de una bomba. Un arma atómica. El edificio se construyó según un modelo arquitectónico muy conocido. Está en libros, y se puede encontrar por Internet.

—¿Por qué necesitaría eso? ¿Aquí?

—Eso es lo que quiero saber.

El auricular estaba tibio contra el oído de Sartaj. Estaba sentado en la parte trasera de una cafetería pequeña en la calle principal del mercado en Kailashpada, y el tráfico de la mañana discurría. Un autobús escolar se tambaleó hacia la derecha y se acercó a la acera en la que una fila de niñas con uniforme azul recogían sus pesadas bolsas de libros. Un autorickshaw se apretó contra el autobús. La vida normal, en una mañana normal. Sartaj pensó en el cubo de Gaitonde, en aquel terreno a dos calles y tres giros de distancia, y sintió cómo el terror se instalaba en su pecho, como un goteo de agua fría. Tosió para aclararse la garganta.

—¿Hay una amenaza? ¿Lo sabe?

—Ha habido una percepción de amenaza generalizada, acerca de que algún grupo militante podría emplear un arma portátil en una zona urbana. Uno de los grupos de Cachemira. O del noroeste. Pero no, no hay información específica. No hay una amenaza en particular.

Había una película. Sartaj no la había visto, pero sí los anuncios en televisión. Un grupo militante colocaba una bomba nuclear en Delhi. El protagonista lograba prevenir el desastre por segundos, parando el temporizador de cuenta atrás verde fosforito justo cuando marcaba el cero. Eso era una película, pero el cubo de Gaitonde era real. Sartaj había apoyado las manos en él. Se incorporó, relajó los hombros. Intentó pensar.

—Señora —continuó—. Señora, si Gaitonde sabía algo acerca de una amenaza, ¿por qué no se lo dijo a su departamento? Según tenemos entendido, había una relación.

—No había relación.

Fue cortante, y rápida. Sartaj comprendió que había traspasado los límites de la corrección departamental, que ella no podía y no admitiría dirigir a Gaitonde, principalmente no por una línea abierta de teléfono.

—Seguíamos el rastro de sus movimientos —contestó—. Descubrimos que estaba entrando armas de contrabando en el país. Y entonces le perdimos la pista. Luego apareció en Bombay.

—¿En esa casa?

—Sí. Hablando con usted. Tal vez intentaba hablarle de la amenaza, antes de que

entrarse.

Así que quizá él sería el responsable si hubiese una bomba de verdad en su ciudad. Una bomba de verdad en esta ciudad de verdad. ¿Qué era lo que estuvo tratando de contarle Gaitonde al final, cuando Sartaj se apartó para que pasase el bulldozer? Sartaj cortó a Gaitonde en medio de una frase, cortó su historia y después lo encontró muerto. Pero hacía mucho calor, y Gaitonde fue muy arrogante, detrás de su puerta de acero.

—Pero han pasado muchos meses —apuntó Sartaj—. No ha sucedido nada. Ha dicho que no había una amenaza en particular.

—Sí. Pero todavía me gustaría saber qué estaba haciendo allí. ¿Por qué construyó esa casa?

Sartaj había empezado a sentir frío de una manera extraña.

—Hablaré con Zoya Mirza —dijo—. Lo intentaré.

—Bien. Estoy segura de que puede hacerlo. Hay otro punto interesante.

—¿Sí?

—El efectivo que encontró en el apartamento de Jojo es falso.

—¿Aquellos billetes? ¿Todos?

—Sí. Son falsificaciones de muy buena calidad. Las hacen al otro lado de la frontera, en Pakistán. Las han introducido en el país en cantidades considerables en los últimos ocho, diez años. A menudo se emplean para financiar operaciones que la gente pone en marcha aquí. Tienen un uso extendido.

—Jojo tenía muchos de ellos. En paquetes intactos.

—Cierto. Interesante en sí mismo. Pero también nos hemos dado cuenta de que las tintas y el papel son mucho mejores en billetes recientes. Todos los billetes de Jojo pertenecían a uno de estos lotes nuevos, que todavía no son tan comunes. Una de las únicas ocasiones en que se ha incautado un lote grande de estos billetes nuevos fue durante una redada de la IB y la policía de Meerut con gente implicada en el tráfico de armas. Pasó lo siguiente: un autobús de transporte estatal golpeó a una furgoneta Matador en las afueras de Meerut, el conductor de la furgoneta murió. La policía local encontró a otro pasajero todavía vivo, y veintitrés rifles de asalto en la parte de atrás, bajo el suelo. Interrogaron al pasajero al día siguiente, y les contó que no sabía para quién estaba trabajando, se suponía que solo tenía que recoger la furgoneta en Delhi y llevarla a Meerut. No sabía nada más. Pero pudo darles el paradero de los hombres que le habían contratado para el trabajo en Delhi. De esa forma, la policía hizo una redada en una casa de Delhi. Consiguieron a tres hombres más, ciento treinta y nueve rifles AK-56, cuarenta pistolas, casi dieciocho mil balas de munición y diez lakhs en efectivo.

»El interrogatorio de todos los apradhís reveló otros nombres, otras conexiones. Cuando se siguieron estas pistas, y después de penetrar en muchas capas, finalmente se puso de manifiesto que el proveedor original de las armas en Bombay era Gaitonde. Ese fue el alcance de aquel caso, nos condujo hasta el tráfico de armas de

Gaitonde. Tras su muerte, en mis investigaciones, leí el archivo de aquel caso. Pensé en echar un nuevo vistazo al efectivo incautado. Y sí, los diez lakhs estaban todos en esos billetes pakistaníes nuevos.

—¿Y quiénes eran esos hombres que arrestaron en Delhi?

—Pertenecen a una organización clandestina hindú llamada Kalki Sena, de la que nunca habíamos oído hablar antes. Se están preparando para una guerra, dijeron en sus declaraciones. Leí algo de la información que se encontró en la redada. Van a establecer una *rashtra* hindú, parece ser. Después de la guerra, que será el final espantoso de la kaliyuga, habrá una nación perfecta, dirigida según los antiguos principios hindúes.

—Ram-rajya.

—Ram-rajya, sí.

—Y esta guerra, ¿contra quién va a ser?

—Musulmanes, comunistas, cristianos, sikhs. Cualquiera a quien no le guste esta nación perfecta. También los dalits militantes. Los rifles iban de camino a Bihar, a algún ejército privado de derechas dirigido por terratenientes.

—¿Cree que Gaitonde también era parte de esta organización? Siempre se presentó como un don laico.

—Sí. De modo que tal vez solo hacía negocios con estos Kalki Senavalas, nada más, no tenía relación con su política. Los apradhis de Delhi no pudieron contarnos más, solo eran una célula con un trabajo específico. Quienquiera que esté dirigiendo esto lo hace bien, colocando muchos enlaces. Así que Gaitonde quizá estaba implicado a nivel ideológico, o quizá no. Quiero saberlo. Y quiero saber, ese refugio nuclear, ¿por qué?

—Sí. Hablaré con la actriz.

Ahora Sartaj también quería saber, quería algunas respuestas a todas estas preguntas, algún motivo para ese cubo. Si alguien iba a hacer una guerra contra él y su familia y su gente, quería saber quiénes eran los bastardos, y cómo estaban relacionados con Ganesh Gaitonde.

—Bien.

Sartaj respondió con un rápido «De acuerdo, adiós», y salió a la luz del sol. Era bueno sentir el calor de la mañana. Tenía la espalda dolorida de dormir replegado sobre un hombro, pero incluso el malestar era bienvenido. Era bueno estar vivo. Sintió benevolencia por los tenderos con sus calculadoras a mano y sus santuarios al barrudo de Ganesha, las vallas publicitarias con sus listas de bienes y servicios, las robustas mujeres maratha vestidas de verdes y azules brillantes dando grandes zancadas con energía para ir a trabajar, los tres golfillos jugando al críquet con una pelota roja de goma y un palo. Sartaj entornó los ojos, y trató de ver las secuelas de una explosión nuclear, qué quedaría de este bazar. No pudo. Recordó las imágenes del thriller de bombas, la nube marrón que mostraron en una película dentro de la película, el viento mortal. Pero era difícil hacerlo real, aquí en esta calle. Imposible

de imaginar, imposible de creer. Y sin embargo, estaba aquí. Aquí en Kailashpada.

Las tiendas en el mercado de Rajgir Road estaban abarrotadas de legiones de mujeres jóvenes comprando ropa para las nueve noches del *Navratri*. Sartaj aminoró e inclinó la moto hacia la izquierda, donde condujo por el borde de la calle, disfrutando la emoción y alegría de las chicas que le esquivaban entrando y saliendo de las boutiques. Seguramente Devi estaría encantada con toda esta energía juvenil, esta felicidad femenina. De cualquier forma, reanimó a Sartaj, le libró de la bomba. Alguien se rió, y el sonido fue como una canción repentina que flotó sobre el gruñido y el tirón del tráfico. Sartaj se giró para buscar la risa, y pudo distinguir unos enormes ojos oscuros reflejados en la ventana de un coche, un destello en movimiento, solo eso, y después la moto estaba a centímetros de distancia de la parte trasera de un autorickshaw y él viraba bruscamente y de forma salvaje hacia el pavimento. El motor murió, y Sartaj paró de forma segura, y no pudo ver nada al borde de la calle aparte del lateral grande y rojo de un bus, y a la izquierda una valla publicitaria se alzaba unos dieciocho metros sobre él, transportando el rostro escorzado de una modelo iluminada de azul hasta el cielo. Se quedó quieto por un momento, sonriendo por su propia idiotez, el corazón un poco acelerado por el aviso cercano. Un montante que sujetaba la valla publicitaria formaba con otro poste de metal un triángulo que apuntaba hacia abajo, y a través del triángulo Sartaj pudo ver la parte superior de su propia cabeza en la ventana de una tienda. Ay, Sardar-ji, se dijo a sí mismo, contrólate, yaar. ¿Qué pasa contigo?

Siguió conduciendo, decidido a pensar solo profesionalmente ahora, y con calma, y con lógica. Iba a reunirse con Rachel Mathias, la Rachel examiga de Kamala y una enemiga en potencia armada con demasiada información. Todavía no había decidido cómo iba a jugar el encuentro. No había caso oficial, y no tenía pruebas con las que acusar a la amargada Rachel, de modo que el propósito de la visita era solo reunir información, y tal vez agitar un poco las aguas turbias y ver qué salía burbujeando. Podía ser un policía agresivo, aterrador, o podía ser un nuevo amigo discreto que trataba de atender los intereses de Rachel, no los de la loca de Kamala. La investigación a menudo suponía desempeñar varios papeles, a veces de forma simultánea. Si puedes introducirte en los prejuicios de la sospechosa, presentarte como una solución a sus problemas, hablará. Sartaj lo había hecho bastante a menudo, así que ahora no necesitaba prepararse demasiado, pensarlo todo por adelantado. Bastaba un repaso rápido de los hechos esenciales mientras conducía: dos amigas, una casada, la otra muy sola; un hombre; una pelea. Muy sencillo. Pero Sartaj sabía bastante de peleas de mujeres como para saber que nunca eran tan sencillas como podían parecer en un resumen. Tal vez el guapo Umesh tan solo había sido la gota que colmó el vaso y desencadenó esta guerra particular, tal vez las tensiones se habían estado tramando durante años. Tal vez las hostilidades en realidad

se debían a algo más. No asumás nada, se advirtió a sí mismo mientras aparcaba. Permanece alerta. Deja de pensar en Navratri y Durga y Lakshmi y Saraswati.

Pero las diosas estaban bien representadas en el salón de Rachel Mathias, que estaba abarrotado de lo que claramente era arte caro, algunas antigüedades. Había esculturas y cuadros y, en la pared más alejada de la ventana, una gigantesca puerta doble de madera que debía de haber pertenecido a un *haveli* grande. Estaba apoyada contra la pared formando un ángulo afilado, arrancado de su contexto pero aun así increíblemente hermoso con sus azules y rojos y amarillos brillantes y oscuras franjas cruzadas de hierro con remaches incrustados. Sartaj sabía que todos los cuadros de la pared, incluso los modernos, costarían más que sus ingresos anuales. Megha habría sabido quiénes eran los artistas, todos ellos, pero el único arte que Sartaj reconoció era un grabado de Raja Ravi Varma de una enojada Lakshmi, elegante y voluptuosa. Mucho tiempo antes, en una de sus primeras citas, Megha le llevó a una exposición de arte y le habló de Raja y sus trabajos, y a Sartaj le encantaba aquella Lakshmi desde entonces.

Ahora quedaba claro que Lakshmi había bendecido esa casa, ese apartamento dúplex en Juhu. Le dio a Sartaj una idea para su ángulo de ataque. Cuando Rachel Mathias apareció, él se presentó y dijo sin alterarse:

—Estamos buscando a gente que parece tener activos desproporcionados a los ingresos.

—¿Dinero negro, quiere decir? ¿Asuntos de impuestos?

Esta Rachel era de constitución generosa, pero no daba la impresión de ser perezosa o indisciplinada. Su corpulencia había sido adquirida de forma honesta, por herencia y por la edad. Era bastante atractiva, con su pelo corto, eficiente, y manos bien arregladas. Miraba a Sartaj sin apartar la vista, sin delatar nada. Sí, esta era una mujer que podía tener autocontrol pero también sentir emociones muy profundas, era una persona que sentiría un insulto hasta lo más profundo del hueso, y después tendría el coraje de vengarse.

—Sí, señora —contestó Sartaj—, estos son solo pasos preliminares, ¿entiende? Le damos a la gente una oportunidad para explicarse.

—¿Está diciendo que tengo demasiados activos? ¿Que gasto demasiado dinero?

Sartaj hizo un movimiento amplio con el brazo alrededor y hacia arriba.

—Este apartamento, señora. Todos estos cuadros y objetos. Su estilo de vida.

—¿Mi *estilo* de vida? Mi exmarido les ha metido en esto, ¿verdad? Todavía está intentando hacerme sufrir porque tuvo que darnos este apartamento. Después de dejarnos a mí y a sus dos hijos por alguna puta de veinte años, ¿piensa que debería quedarme sentada en casa cada noche?

—Señora...

—No, escúcheme. No nos da lo bastante para cubrir una cuarta parte de lo que sus hijos necesitan. Cualquier otra paise que gasto, me la gano. Todos estos muebles y objetos de arte que ve se deben a mi negocio. Trabajo duro.

—¿Interiorismo?

—Sí. Y ahora voy a abrir una galería de arte con otros dos socios.

—Muy bien. Pero todavía queda el asunto de demasiado dinero, tal vez. Han surgido preguntas.

—¿Dónde? Oiga, hacemos todos nuestros negocios de forma legal. Mi contable tiene cada recibo, una copia de cada cheque de cada cliente. Podemos enseñarle todo lo que quiera.

Rachel llevaba una camisa suelta de lino de color blanco, con pantalones grises de la misma textura. El conjunto resaltaba el marrón rico de su magnífica piel, y el ámbar más suave de sus ojos. Tenía las manos colocadas con elegancia sobre una rodilla, pero ahora estaba preocupada. Sartaj siguió presionando.

—Señora, no hay ningún negocio que se haga por completo de forma legal. En especial, el interiorismo. Es un asunto de proporción. Si no notamos que ha habido suficiente cooperación, por supuesto tendremos que investigar como es debido.

—¿Qué quiere?

Sartaj se estiró, y con mucha tranquilidad preguntó:

—¿Posee una cámara de vídeo?

—¿Qué?

—Una cámara de vídeo, señora. Para sacar vídeos, ya sabe, de bodas, entregas de premios, fiestas... —Imitó la acción de grabar—. Hoy en día es muy común.

—Sí. Tenemos dos. Una es vieja, la otra nueva. Pero, qué...

En ese momento estaba muy confundida, y —pensó Sartaj— un tanto asustada. Había llegado el momento para un poco del viejo lathi de la policía. Se inclinó hacia delante, y la miró fijamente hasta que empezó a cambiar de postura en su precioso diván de estilo mogol. La hostilidad en sus ojos aparecía con facilidad cuando la convocaba, surgía de un depósito inagotable de desprecio por los malhechores y los que quebrantaban las normas, y sabía que también se le estaban tensando los hombros y enrojando las mejillas.

—¿Por qué dos cámaras de vídeo, señora? ¿Para qué necesita tantas?

—Pagué la nueva con tarjeta de crédito, puede ver...

—Eso no es lo que he preguntado. ¿Para qué usa las cámaras?

—Como usted dijo, en celebraciones. Cuando vamos de vacaciones. Cosas así.

—¿Le ha dado la cámara a alguien más? ¿La ha prestado?

—No. Pero ¿por qué pregunta?

—Hay un caso de chantaje que estoy investigando. Se ha utilizado una cámara de vídeo.

La observó con cuidado, y en ese momento estuvo seguro de que había golpeado en alguna veta de miedo potencialmente rica. Ella estaba al borde del diván, había olvidado el porte.

—Hay algún indicio de que puede estar conectada con el caso.

—¿Yo? ¿Cómo? ¿De qué está hablando?



Sartaj negó con la cabeza.

—Señora, será mejor que hable ahora.

Rachel quería, él pudo darse cuenta, pero se agarró una mano sobre la otra y tragó y al final farfulló:

—No tengo nada que decir.

Estaba seguro de que había oído la frase en alguna serie de televisión. Se levantó. No iba a conseguir una confesión completa solo por presentarse en casa de una sospechosa. Había sucedido, pero no iba a pasar con esta. Necesitaría aplicar más presión, tal vez con indicios firmes tomados de cualquier parte. Mientras tanto, Rachel Mathias se sumiría en una preocupación que desquicia los nervios, lista para romperse.

—Como quiera —terminó Sartaj—. Aquí tiene mi tarjeta. Por favor, llámeme si cambia de opinión.

De camino a la puerta, Sartaj vio, sobre una mesa con la parte superior de mármol, una foto de dos niños riendo frente a un fondo de montañas verdes.

—Sus hijos —comentó—. Son unos niños muy guapos.

Pero esto solo pareció asustar más a Rachel. Se estremeció. Ahora Sartaj se estaba divirtiendo.

—Y el marco tampoco está mal —continuó—. Plata, y bastante pesada. Una antigüedad, a menos que esté equivocado. Y aunque lo esté, aun así es bastante caro.

Deslizó un dedo por la parra de hojas anchas que recorría los bordes del marco y después la dejó con un:

—Estaremos vigilando su casa.

En el ascensor se sintió bastante victorioso. Era una sospechosa interesante, esta mujer que se había rehecho tras ser abandonada por su esposo, que había construido una nueva vida. ¿Quiénes eran los coconspiradores que le estaban haciendo las llamadas a Kamala? ¿Cómo los había encontrado, contratado? Sería interesante averiguarlo. Sartaj y Kamble caminaban en direcciones opuestas por la calle frente al cine Apsara, en hora punta. Estaban buscando al golfillo de Kamala Pandey, un chico de edad y apariencia indeterminada que llevaba una camiseta roja de DKNY JEANS, que iba vestido de rojo cuando le cogió a ella el dinero del chantaje mes y medio antes, que tenía un diente negro en la boca. Kamble se había mostrado escéptico acerca de sus posibilidades de éxito, y malhumorado, pero estaban aquí fuera buscando. Eran casi las seis, y la muchedumbre se movía y se aglomeraba sobre la acera. Las bocinas de los coches hacían una fanfarria que animaba el corazón de Sartaj. *Pyaar ka Diya* era la película que ponían en el Apsara, y era un éxito. Sartaj lo notaba en la tranquilidad relajada, postclímax, de los espectadores que salían del cine, y en el entusiasmo feliz de quienes entraban. En ese Apsara, al menos esta tarde, la llama del amor todavía estaba encendida. Sartaj se hizo a un lado al cruzarse con una pandilla de estudiantes ocupados en marcar con sus teléfonos móviles.

—Peli jhakaas, yaar —dijo uno de ellos por teléfono.

Había niños y niñas mendigando y trabajándose a la multitud, levantando las manos y probando con su discurso.

—Hola, títa, dame algo, solo una rupia, títa. Una rupia, títa, tengo mucha hambre. Por favor, títa.

Los chokras llevaban una variedad de camisetas harapientas y banians, pero ninguna camiseta roja. Sartaj siguió su camino por la calle, todo el trecho hasta la esquina donde la multitud se aligeraba, y después volvió. Ya conocía las caras de los estraperlistas, que se paseaban por la acera haciendo su propio lanzamiento:

—*Bolo*, gallinero dos cincuenta, patio de butacas uno cincuenta.

Kamble vino cruzando la calle, esquivando a los coches. Hoy iba todo vestido de negro, incluyendo unos zapatos negros nuevos con una especie de forro plateado sobre altos y complicados tacones. Levantó la barbilla hacia Sartaj, y Sartaj se encogió de hombros.

—¿No? —preguntó Kamble—. He visto tres camisetas rojas, pero no en un chokra. Una era una prenda bonita pequeña y circular, el pelo le caía a la chica sobre el gaand, y estas... —Ahuecó las manos y las levantó frente al pecho—. Bonitas. ¿Ha visto a los estraperlistas?

—Sí.

—También hay un *tolí* de *maars* de carteras en aquella parte. ¿Ve a aquel chutiya con pantalones azules? Es el que habla. ¿Y allí, a la izquierda, el viejo con el periódico? No, no, allí. Es el que las levanta.

Había un tipo con aspecto de abuelito bien afeitado y camisa blanca muy respetable y recién planchada que se movía sin llamar la atención.

—Luego, por allí, está el que las recoge.

Ese era más joven, delgado y elegante con gafas de sol y camisa gris holgada.

—Ah, ahí van.

El de los pantalones azules se acercó a una familia, madre y padre ejecutivo y dos hijos, y habló con el padre. Dio la impresión de que le preguntaba alguna dirección. El padre señalaba hacia la calle, haciendo movimientos con la mano, ve a la derecha, ve a la izquierda. Pantalones azules le tocó en el hombro, gracias. Y en ese preciso momento el abuelo hizo su jugada, pasó junto al padre por detrás.

—La tiene —sido Kamble—. ¿Lo ha visto? Tiene la cartera. —Tenía la voz ahogada de admiración.

Sartaj había visto un movimiento de la mano del abuelo entre los cuerpos, eso era todo.

—Budhau es muy bueno —contestó—. Papi no lo sabe todavía.

—No lo sabrá hasta que intente pagar el helado. Espero que no tenga las entradas del cine en la cartera. Ah, ahí está el pase.

El abuelo y el de las gafas de sol pasaron uno junto al otro, se rozaron los hombros.

Gafas de sol se apartó paseando, con la cartera ya bajo su camisa.

—¿Vamos? —preguntó Kamble—. Cojamos a esos bastardos.

—No, déjalo. Tenemos otras cosas de que preocuparnos.

Un arresto o dos siempre eran bienvenidos, pero Sartaj no quería causar un alboroto frente a los chokras. Cualquiera de ellos podría ser el chico de la camiseta roja. Sartaj no quería que supieran que era policía hasta tenerle.

—Así no vamos a conseguir al chico de la camiseta roja —soltó Kamble—. Pillemos a un par de amigos suyos. Hay muchos de esos pequeños bastardos circulando. Les preguntaremos a ellos. Dos minutos y dos bofetadas y hablarán.

—O quizá no lo hagan. En cualquier caso, harás que se vaya corriendo hasta Nashik. Ten paciencia, amigo. Es un pobre chico que vive en las calles. Llevará su camiseta roja mañana, si no lo hace hoy.

—Quizá. O quizá se compró una azul nueva con el dinero que le dieron los apradhis. Pero ¿cuánto tiempo nos vamos a quedar?

—Hasta que termine la hora punta. Otra media hora. Cuando el público se vaya, nos iremos.

—Bien.

—Espera un momento.

Sartaj se metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono, que ahora parecía un poco gastado. Dio un golpecito a las diminutas teclas negras.

—Hola, ¿saab?

—Sartaj. ¿Cómo estás? —saludó Parulkar.

—Estoy bien —contestó Sartaj—. Estoy haciendo una investigación, señor, y necesito algo de ayuda.

—Sí.

—Estoy en Goregaon, señor. En un cine. Hay un equipo de maars de carteras trabajándose a la multitud, un tipo mayor con dos chicos. El que las levanta es el mayor, unos sesenta y cinco, setenta años. Es muy bueno.

Parulkar se quedó callado un momento. Uno de sus muchos talentos policiales era que tenía la memoria como uno de los ayudantes de Yama, nunca olvidaba un delito, ni siquiera el más pequeño. Recordaba a apradhis de hacía cuarenta años, te podía contar sus historias familiares. Un chico que robó una bicicleta para dar una vuelta encontraba su fechoría anotada de forma permanente en los registros ineludibles del recuerdo de Parulkar, para volver a salir a la luz cuando era un anciano.

—Ese maar de carteras —dijo entonces Parulkar—, ¿está calvo? ¿Es un tipo grueso?

—No, señor. Pelo blanco, buen corte. Aspecto muy respetable.

—Ah, sí. ¿Metro sesenta y cinco, metro setenta? ¿Se encorva un poco hacia delante, como si estuviese a punto de desplomarse?

—Sí, señor. Parece muy inofensivo.

—Es Jayanth. K. R. Jayanth. Tiene unas manos fantásticas. Solo le hemos arrestado dos veces, en el setenta y nueve y en el ochenta y dos. Entonces vivía en

Dharavi, solía trabajar trenes de la línea del oeste, con un abono de primera clase. Llevaba unas gafas que le daban aspecto serio, llevaba un maletín y todo. Llevó a su hijo a Estados Unidos, por México creo. El hijo trabajaba de taxista, consiguió un permiso de residencia y trabajo. Jayanth decía que ganaba ochenta mil dólares al año, como conductor. Me dijo él mismo que se había retirado. Eso fue en el ochenta y ocho, ochenta y nueve. No le he visto desde entonces.

—Está trabajando otra vez, señor.

Parulkar soltó una carcajada.

—Es difícil quedarse sentado en casa, ¿sabes?, después de retirarte. Y este Jayanth tiene mucha habilidad. No quedan muchos como él hoy día. Ahora todos quieren dar un golpe y coger el dinero. Nadie tiene ya esa dedicación.

—Eso es cierto, señor.

Sartaj le dio las gracias a Parulkar y se guardó el teléfono. Kamble se había imaginado parte de la información de Parulkar por lo que había oído a medias, y Sartaj le completó el resto.

—Maderchod —soltó Kamble—, ese Parulkar es bueno.

—Sí. Es el mejor.

—Y de nuevo en ascenso. Es como una especie de *jhamoora* de circo, lo derribas, lo tumbas, y vuelve a asomar la cabeza de pronto.

—Está muy cualificado, Kamble. Tiene mucha experiencia y es muy astuto.

—Claro que es muy astuto, amigo, es brahman. Es brahman y tiene astucia y recursos y una familia en buenos puestos.

Sartaj se rió.

—¿Y tú solo eres un sencillo chico dehati?

Kamble era dalit, y nunca lo mencionaba, pero a veces tenía cosas que decir sobre OBC y marathas y brahmanes.

—Estoy aprendiendo, Sardar-ji, solo estoy aprendiendo de gente como Parulkar. —Ahora Kamble sonreía—. Las noticias son que se ha distanciado de la banda de Suleiman Isa, y se ha alineado con los rakshaks. Después de tantos años cerca de la banda-S, se ha pasado por completo al otro bando. Y por eso de repente los rakshaks lo quieren tanto. ¿Es verdad?

Sartaj también había oído ese rumor. Se encogió de hombros.

—Tendrás que preguntarle a él.

—Jefe, no hace falta preguntar. Ya me ha enseñado mucho. Ya he aprendido que consigues dinero, haces contactos, asciendes, consigues más dinero, más contactos, entonces logras poder real, después haces más dinero, luego...

—Lo pillo —replicó Sartaj—. Lo pillo, gurú.

—No, no, no soy gurú de nadie, todavía no. Pero Parulkar saab es mi gurú, aunque no lo sepa. Soy como Eklavya, solo que voy a mantener mi pulgar y mi lauda y cualquier otra cosa maderchod. —En ese momento la sonrisa de Kamble era lo más amplia y feroz posible.

Sartaj no pudo evitar devolverle la sonrisa. Kamble era capaz de ser terriblemente serio y risueño al mismo tiempo. Era un autoproclamado *badmash*, pero uno encantador.

—Volvamos al trabajo.

Pero Kamble enganchó los pulgares en las presillas del cinturón y se balanceó hacia atrás y hacia delante sobre los talones. Miraba hacia abajo a sus zapatos científicos.

—Jefe —dijo al final—, ¿de verdad cree que hay una bomba en la ciudad?

Sartaj le había contado a Kamble lo del refugio nuclear de Gaitonde de camino al Apsara. Se sintió muy preocupado, bajo el sol inclinado de la tarde, y quiso contárselo a alguien, y Katekar estaba muerto.

—No lo sé —contestó—. Tal vez Gaitonde pensó que había algún peligro de bomba.

—Pero eso fue hace meses. Si quisieran hacernos volar, lo habrían hecho hace meses y meses. Un día, phataak, tal cual. Todavía estamos aquí, así que eso quiere decir que no hay bomba.

—Sí, suena lógico.

Era una buena lógica. Tal vez Gaitonde tuvo una percepción de amenaza inmediata. Pero el tiempo había pasado, y Gaitonde estaba muerto, y la amenaza no se había materializado. De modo que tal vez le habían engañado, tal vez se había vuelto loco.

—No hay bomba, yaar.

—Una idea loca.

Kamble asintió, y Sartaj asintió también. Después Kamble regresó a su lado de la calle. Sartaj hizo otro barrido por la acera, avanzando en diagonal hacia la pared y después de vuelta hacia la calle mientras caminaba. Sabía que habían estado tratando de tranquilizarse el uno al otro con todo ese cabeceo, y sabía que los dos estaban asustados. Ambos eran policías, y sabían que la catástrofe no se anunciaría o actuaría de forma previsible, como en las películas. Estaba esa mujer que fue a Bandra Reclamation con su familia para una feria divertida. Los niños querían ir a la Noria Gigante, así que los padres, que los adoraban, estuvieron de acuerdo. La madre era joven, bonita y muy orgullosa de su pelo perfecto, largo, de un negro oscuro radiante. Ese domingo lo llevaba suelto hasta la cintura, cayendo como un manantial fragante. La noria los subió, aceleró, la noria hizo que el pelo de la madre volase, la noria enredó el pelo de la madre alrededor de un rayo de la rueda que giraba, y la noria arrancó de un tirón todo el cuero cabelludo de la madre. O eras un padre próximo a la jubilación, estabas haciendo tus cosas un día, comprando verduras y chocolate tranquilamente y la llave inglesa de un electricista se caía del decimoséptimo piso de un edificio Daihatsu nuevo, rebotaba en dos capas de andamiaje, caía en picado y se enterraba en tu cráneo. Eso pasó en Worli, cuando Sartaj llevaba dos meses como subinspector. Las bombas caían así de repente. No podías notar su presencia antes de

que explotasen, no te hacían sentir un cosquilleo en la piel, no tenían olor. También sucedió aquel día, aquel viernes lejano en 1993, cuando los teléfonos empezaron a sonar en la comisaría en Worli. Y Sartaj aceleró en su moto, seguido por una furgoneta, y condujo por encima de las aceras, al lado del tráfico estancado, hacia la Oficina de Turismo. Había hombres y mujeres caminando, corriendo y después caminando de nuevo. Y un espeso humo gris más allá, un silencio sin pájaros. Sartaj bajó de una patada el caballete, y corrió por la calle, por el lado de un Fiat verde que dejaba al descubierto sus tripas herrumbradas como un cangrejo boca arriba. Después empezaron a resbalarle los pies, y miró abajo, y estaba caminando sobre sangre, chapoteando en ella.

Basta. Tan solo basta. Sartaj hizo chasquear los nudillos, y los pequeños estallidos le devolvieron a la acera por la que estaba caminando en ese momento, hacia el *Apsara* y *Pyaar ka Diya* y los carteles, donde a pareja protagonista rendía homenaje a la pose de Raj-Nargis con la espalda arqueada, en *Awaara*. Concéntrate en el problema que tienes entre manos, se dijo Sartaj a sí mismo. Haz el trabajo. Observa a la multitud, mira atentamente las caras. Sartaj lo hizo, pero fue incapaz de librarse por completo de los recuerdos, de los trozos de cuerpos que había desparramados entre los escombros. La parte de arriba de un brazo, un pie. Sí, las bombas simplemente caían. Explotaban. Sartaj llegó al final de su ronda, y dio la vuelta y volvió a hacerla.

Kamble volvió a cruzar la calle un poco antes de que hubiese pasado la media hora. La mayoría del público se había metido en el *Apsara*, o se había ido a casa, pero algunos de los chokras todavía estaban rondando. Sartaj observó a Kamble cruzando la isleta, y le preocupó su falta de paciencia. Era bueno tener fuerza, y a veces el coraje era necesario, pero el requisito principal del trabajo era ser capaz de pasar innumerables horas terminando tareas pequeñas, aburridas, tal vez sin sentido. Katekar nunca habría querido dejar el *Apsara* tan pronto. Pero Katekar estaba muerto.

—¿Crees que los kattus lo hicieron? —preguntó Kamble.

—¿Qué?

—La bomba. Si hay una bomba en la ciudad, tienen que haberla traído los musulmanes.

—Sí. Cierto. Deben de haber sido los musulmanes.

—Pues vayamos a hablar con esta Zoya kutiya. Tal vez sepa algo. Si vamos directos a su casa, no puede impedirnos entrar. Después de todo, somos policías.

Después de todo. Era verdad.

—Cálmate. No sirve de nada ir deprisa. Tenemos tiempo. Tú mismo lo has dicho, han pasado meses. Incluso si hay una bomba, todavía no ha estallado. No va a estallar esta noche. O mañana por la mañana.

Kamble escupió en la alcantarilla. Estiró los hombros hacia atrás.

—Claro. No estoy diciendo eso. Pero tan solo podríamos ir y hablar con la randi. ¿Y qué si actúa como una gran estrella de cine? Eso es todo lo que es, una randi. De todos modos, avíseme cuando necesitemos acción.

—Lo haré. No podemos citarla en comisaría, tenemos limitaciones. Tenemos que pensar cómo aproximarnos a ella. No queremos asustarla.

—Bien, bien. ¿Hemos acabado aquí? Me voy a buscar una mujer. Demasiada tensión con la bomba, bhai saab.

—Solo un momento más. Tengo una idea.

Sartaj estaba observando, al otro lado de la calle, a K. R. Jayanth, el distinguido maar de carteras, paseando con tranquilidad hacia la parada del bus, lamiendo un cucurucho. Todo el mundo, por lo visto, se quería dar un gusto después del trabajo.

—Vamos.

Sartaj fue delante al cruzar la isleta, y se le acercó a Jayanth por la derecha. Igualó el paso de Jayanth, y caminó muy cerca de él, como un amigo tomando el aire de la tarde. Jayanth seguía tranquilo, a Sartaj le gustó darse cuenta. Era un veterano, y era probable que fuese razonable. Jayanth tan solo se alejó ligeramente hacia la izquierda, y siguió con su cucurucho. Pero entonces Kamble estaba en el otro lado, empujándole hacia dentro.

—Namaste, tío —saludó Sartaj.

Jayanth saludó con la cabeza.

—Eres policía —dijo.

Sartaj se tuvo que reír, por el puro placer de conocer a un profesional consumado.

—Sí —respondió—. ¿Has conseguido bastante dinero hoy?

Jayanth le dio un mordisco al cucurucho.

—No sé de qué me hablas.

Sartaj le puso una mano en el hombro.

—Arre, tío. Te hemos estado viendo trabajar toda la tarde. Con los dos chicos. Sois muy buenos.

—¿Qué chicos?

—Uno con camisa azul, otro con gafas oscuras. Vamos, tío Jayanth, no me fastidies ahora. Has salido del retiro, estás trabajando duro. No hay nada de malo en eso.

—No me llamo Jayanth.

Sartaj le dio un cachete a Jayanth en la cara. Fue un golpe breve, con el dorso de la mano que había estado apoyando sobre el hombro de Jayanth, pero hubo algo de nudillos y movió a Jayanth hacia atrás. Kamble miraba fijamente, indignado, su pie derecho, que ahora tenía una salpicadura grande de helado por la parte delantera.

—Llevemos al bastardo de vuelta a comisaría —comentó—. Allí se acordará de quién es.

En esta calle concurrida, solo una mujer había visto el golpe. Ahora se alejaba de ellos deprisa, lanzando miradas de horror a Sartaj. Llevaba una bolsa de malla llena de verduras y sindur rojo brillante en el pelo. Sartaj ignoró el impulso de explicarle: «Este es tan solo el lenguaje que hablamos, no le pasará nada malo de verdad al anciano agradable». Se giró hacia Jayanth.

—Bueno, tío. ¿Quieres volver a comisaría con nosotros?

—Está bien. —Jayanth arrojó el cucurucho vacío—. Soy Jayanth. No te conozco.

—Sartaj Singh.

—No trabajas en esta zona. ¿Cuánto quieres?

—¿Tienes un arreglo con los agentes locales?

Jayanth se encogió de hombros. Claro que tenía un acuerdo con los chicos locales, pero no iba a revelar información.

—No queremos molestarte de esa forma —contestó Sartaj—. Ni arrestarte. Nada de eso. Pero necesitamos que hagas un trabajo para nosotros.

—Soy un hombre viejo.

—Sí, tío. Pero en realidad no tienes que trabajar. Tan solo mantener los ojos abiertos.

Sartaj le contó que tenía que buscar a un chokra con camiseta roja con tal y cual logo, que tenía que descubrir el nombre del chokra, y a ser posible dónde vivía. Que no tenía que alarmar a Camiseta Roja, ni darle a entender de ninguna forma que le estaban buscando policías grandes, horribles y violentos. Que llamara a Sartaj o a Kamble a este y este número tan pronto como tuviese una pista sobre el chico.

—No puedo ir por ahí mirándoles la boca a los chicos —dijo Jayanth—. Creerán que soy algún pervertido, son muy listos.

—Lo sé, tío. Tan solo busca la camiseta roja. Después habla con él. Ten paciencia. No apresures nada. Solo haz tu trabajo habitual, y mantén los ojos abiertos.

—De acuerdo —contestó Jayanth.

—Estará aquí —añadió Kamble.

—Por supuesto —soltó Jayanth de mala manera.

Los chokras callejeros eran muy territoriales, todos tenían señaladas sus esquinas y zonas, hasta fronteras trazadas en medio de las calles. Y defendían sus regiones con tanta fiereza como generales batallando en tierras sagradas, todo el mundo lo sabía.

—Pero ¿crees que llevará la misma camiseta? —Y después, a Kamble—: ¿Qué estás haciendo?

Kamble estaba abriendo el bolsillo del pantalón de Jayanth y tanteándolo.

—No te preocupes —replicó—. No te estoy robando la cartera. No te preocupes. Y no te preocupes por el chokra. Tan solo mantente alerta, no dejes de mirar. Aparecerá. —Sujetó una cartera de piel marrón, gastada hasta que se le había pasado el lustre y solo quedaba la piel desnuda—. No llevas mucho dinero, tío.

A Jayanth no se le escapaba ni una.

—Hoy en día hay demasiada delincuencia en las calles —contestó.

Kamble rió con admiración.

—Seiscientas rupias, y una foto de... ¿Qué dios es este?

—Murugan.

—Ni carné de identidad, nada en absoluto.

En la otra parte, en el otro bolsillo de Jayanth, algo se arrugó bajo los golpecitos



suaves de Sartaj. Sartaj rebuscó con el índice, y sacó una carta del interior, doblada dos veces.

—Malad —observó Sartaj.

La carta en sí estaba escrita en algún alfabeto incomprensible del sur, pero la dirección estaba en inglés.

—Estás trabajando muy cerca de casa, tío.

—Soy un hombre viejo. No puedo viajar muy lejos.

Kamble le devolvió la cartera.

—De todos modos te fuiste de Dharavi. Apuesto que tienes un apartamento bonito en Malad. Para ser un anciano ganas una buena cantidad de dinero. Incluso si no continúas haciéndolo tú mismo.

Jayanth se estremeció un poco ante la hostilidad de Kamble con ojos redondos y brillantes, y bajó la vista.

Sartaj anotó la dirección.

—En cualquier caso, ¿por qué estás aquí fuera, tío, a esta edad? ¿Tu hijo América-va ya no te ayuda?

Jayanth movió la cabeza de un lado a otro, y pareció tan triste como cualquier padre filmi que ha soportado toda una vida de disputas familiares e ingratitud y tragedias.

—Ahora él mismo tiene hijos —respondió—. Sus propias responsabilidades.

—¿Se casó con una americana?

—Sí.

Sartaj golpeó con suavidad a Jayanth en el hombro, volvió a hablarle de la misión, y le mandó seguir su camino. Kamble parecía decididamente insatisfecho, y Sartaj sabía que estaba pensando en las seiscientas rupias de la cartera de Jayanth.

—¿Una mujer? —preguntó Sartaj.

—¿Qué?

—Creía que ibas a buscar una. Para aliviar la tensión de la bomba.

—Sí, sí. Hay mucha tensión hoy en día. Incluso los apradhis te cuentan historias de su tensión.

—Así que deberías conseguir dos mujeres. Por la tensión doble.

Kamble lanzó los hombros hacia atrás y descansó las manos apretadas sobre las caderas, igual que Netaji sobre un pedestal.

—Tiene razón, amigo —replicó—. Tendré no dos, sino tres mujeres esta noche. Por la triple tensión.

Sartaj observó cómo se marchaba pavoneándose, obligando a los compradores vespertinos a apartarse y dejarle un rastro de emperador. Tal vez cuando fuese un poco más viejo y estuviese un poco más derrotado sería un buen policía. En esos momentos era un gallito y estaba muy asustado por ese nuevo peligro del que se había enterado hoy. Sartaj también estaba asustado, pero había pasado mucho tiempo con miedo, y no esperaba sentir ningún alivio. Una acción rápida, contundente, tal

vez podría producir la ilusión de sentirse cómodo, pero solo sería temporal. Tenías que aprender a vivir con miedo, con su lengua roja y su guirnalda de cráneos. Sartaj giró a la izquierda y subió paseándose por la acera. Estaba en el trabajo, se quedaría en él otra media hora. La bomba podía esperar.

La ciencia y arte del acercamiento era algo que Sartaj había aprendido a una edad muy temprana, en su propia casa. La gente intentaba acercarse a su padre el inspector, por lo general, gente en apuros, gente que necesitaba ayuda. De forma que se aproximaban a través de amigos y familiares y colegas, a través de amigos de amigos y contactos políticos. En una ocasión, una mujer amenazada por el marido del que se había separado se acercó a través del director del instituto de Sartaj. Encuentras una conexión con el objeto al que quieres acercarte, y después pones en movimiento favores y obligaciones a través de ese contacto, de forma que la persona a la que te acercas siente que tiene que ayudar, o al menos escuchar. El acercamiento era el modo en que funcionaba la vida, pasar por la vida significaba rasguear las cuerdas de esta red y transitar por sus numerosos caminos.

Así que el acercamiento era una habilidad que Sartaj tenía, pero el problema era que nunca antes había intentado acercarse a una estrella de cine. Como cualquiera en Bombay, conocía a algún proveedor que de vez en cuando suministraba comida para rodajes de películas, dos extras de Grado A y un primo lejano cuyo mejor amigo tenía un tío que era productor de cine. Ninguno de estos contactos le llevaría a una habitación con Zoya Mirza sin alterarla. Esto es lo que les había contado a Mary y a Jana aquella noche tarde, en un maidan lleno de gente bailando y luces brillantes. No pudo salir de comisaría hasta muy tarde, pero ellas habían insistido en obtener un informe en persona sobre la situación de Zoya Mirza. Así que se reunió con ellas en Juhu, en las Fiestas de Guru-ji Patta Mandal's Grand Navratri. Fuera, los carteles de gala prometían «El más grande dandia raas jamás visto», y aunque Sartaj no creyese que fuera literalmente cierto, pensó que al menos había tres mil bailarines en ese terreno. Cuando llegó a la sede, llamó al móvil del marido de Jana, y todavía le costó quince minutos encontrarles, junto al puesto de Coca Cola. Sartaj había deambulado, bastante embelesado, en medio del resplandor y la neblina de ghagras rojas y azules y verdes. Los bailarines giraban haciendo oscilar ampliamente los palos dandia, y Sartaj estaba aturdido por el perfume y la risa tintineante, por la cantante y su *Pankhida tu uddi jaaje*. Entonces vio a la alta Jana haciéndole gestos con la mano por encima del río ondulante de cabezas enjoyadas. No vio a Mary hasta que estuvo justo a su lado, e incluso cuando la vio no la reconoció, ni siquiera con una mirada completa y prolongada. Solo cuando ella sonrió y dijo «Hola» supo que era ella.

Jana sonreía.

—Parece una *gujju behn* auténtica, ¿verdad?

—Sí —contestó Sartaj.

Mary llevaba una ghagra azul, y un chunni azul oscuro que relucía con plata, y llevaba el pelo recogido hacia arriba con una especie de prendedores nacarados. Tenía los labios pintados de rojo brillante.

—Ni siquiera te había reconocido.

—Sé que no lo habías hecho. Pero en realidad no es un disfraz tan complicado.

Sartaj pensó que era bastante profundo, pero asintió y le dio un apretón de manos al marido de Jana, Suresh, que estaba resplandeciente con una kurta carmesí y una media chaqueta *jari*. Suresh levantó al pequeño Naresh, que iba vestido exactamente como él. Sartaj acarició la cabeza del niño, consciente todo el tiempo de que Mary le estaba mirando.

—Toma —dijo Jana.

Le dio una Coca Cola a Sartaj, y después fue por delante para llevarles hasta un grupo de sillas a la izquierda. Envió a Suresh con Naresh, se sentó cómodamente, hizo que Mary lo hiciera a su lado y se giró hacia Sartaj:

—Ahora cuenta.

Las dos se quedaron bastante descontentas cuando quedó claro que Sartaj no tenía nada que contar sobre Zoya Mirza.

—¿En la policía sois siempre tan *lentos*? —preguntó Mary.

Tenía la espalda recta y las manos en las rodillas, como una maestra.

—Claro que lo son, baba —replicó Jana—. ¿Alguna vez has intentado dar parte de algo en una comisaría?

Ambas estaban tomándole un poco el pelo, y Sartaj aceptó la crítica con una sonrisa. Levantó las manos abiertas y contestó:

—Sería diferente si esto fuera oficial. Tengo que andar con mucho cuidado.

—Obviamente, tendremos que arreglarte esto también —comentó Mary—. Jana, ¿esa chica Stephanie que solía trabajar en Nalini y Yasmins no tiene una hermana que maquillaba para Kajol?

—Sí, sí. Pero ¿dónde trabaja ahora?

Sartaj se recostó y observó con admiración cómo Jana ahuecaba una mano sobre un oído y se colocaba el móvil en el otro. Ahora sonaba una versión *garbaizada* de «Chainya Chainya» palpitando por los altavoces, y por debajo de eso Jana siguió el rastro de aquella chica Stephanie. Le pasó el teléfono a Mary, que siguió un par de pistas. Sartaj se sentía contento al observarlas, admirarlas mientras desarrollaban su investigación. Era una peculiar avanzada hacia un lado, un interrogatorio que no se acercaba necesariamente a Stephanie, sino que se movía a su alrededor. Jana y Mary mantuvieron una conversación atenta sobre la exmejor amiga de Stephanie, que había trabajado en Nalini y Yasmin's. Hablaron del novio de esta amiga, y un viaje de compras que ella había hecho hasta ese nuevo centro comercial en Goregaon, y su plan de hacer un viaje a Goa en invierno. Hasta donde sabía Sartaj, esto no tenía absolutamente nada que ver con Stephanie, o con Zoya Mirza. Pero Jana y Mary se apoyaron una cerca de la otra y hablaron de la exmejor amiga con gran intensidad y

completo placer. En el transcurso de las varias llamadas de teléfono, se enteraron de cosas de otras mujeres y sus vidas, otros trabajos y matrimonios y nacimientos. En ese momento, Mary hablaba con alguna mujer sobre la angioplastia de su abuela. Colgó y le dijo a Sartaj:

—Es demasiado tarde, todo el mundo se ha ido a dormir. Pero tendremos un contacto con esa Zoya Mirza para mañana.

—Un contacto de maquillaje —replicó Sartaj.

—¿Te ríes de nosotras? —preguntó Mary—. Aquí estamos, tratando de ayudarte, ¿y te estás riendo de nosotras?

—No, no, no me río. Os admiro a las dos, en realidad. Sois muy impresionantes, cómo descubriste las cosas.

—Suresh siempre dice que hablo demasiado —apuntó Jana—. Dice que hablo y hablo de cosas que son totalmente irrelevantes. Dice que si quiero ir de A a C. no tengo por qué hablar de L, M y Z.

Mary se hizo hacia atrás y adoptó la pose de Suresh, llena de un desagrado de superioridad.

—Vosotras las mujeres, para ir de Churchgate a Bandra pasáis por Thane.

Sartaj y Jana se echaron a reír. Era una imitación muy buena de Suresh, captaba con exactitud su pose y su forma de hablar rápida, a golpes. Incluso después de hablar con Suresh solo dos minutos, Sartaj se pudo dar cuenta. Suresh salió justo entonces de entre la multitud, y dijo:

—He dejado a Naresh con Ma. —Y se quedó bastante perplejo mientras su mujer y Mary y Sartaj se morían de risa.

Jana se levantó y puso una mano sobre el hombro de Suresh.

—Vamos a bailar —propuso—. ¿Venís?

Sartaj se sintió aliviado de que Mary negase con la cabeza. Había pasado mucho tiempo desde que había bailado dandia, y estaba seguro de que no quería meterse en este mar en espiral de expertos.

—Id vosotros —contestó Mary—. Estoy un poco cansada.

Jana y Suresh se desvanecieron en las ruedas de bailarines que daban vueltas; ahora eran cuatro, una dentro de la otra.

—Muy bonito —comentó Sartaj.

Lo era, bajo la aureola de los focos color bronce, este conjunto de círculos brillantes.

—Se conocieron aquí —contó Mary—. Jana y Suresh. El padre de él es uno de los organizadores.

Sartaj recordó haber conocido a Megha en noches garba, en una época tan lejana que era antigua. La música no era tan disco, entonces.

—¿Hace mucho tiempo que vienes?

—Desde que conocí a Jana, hace cuatro años. Es divertido. Me gusta arreglarme y salir.

Sartaj tuvo que devolver la sonrisa de ella, muy satisfecha.

—Mezclándote con los gujaratis.

—Son gente agradable.

—Excepto cuando asesinan a musulmanes.

—Eso es cierto con todo el mundo, ¿no? Incluso los musulmanes asesinan a gente a veces. Los cristianos lo hacen.

—Sí. No quería decir que... Lo siento. Suresh parece un buen hombre.

—Está bien. —Se giró en la silla para mirar a Sartaj directamente—. Crees que todo el mundo es un asesino.

—Cualquiera puede convertirse en uno. Disculpa, disculpa. Esta no es conversación para una garba. Es solo la forma en que los policías vemos las cosas.

Mary no parecía afectada, ni lo más mínimo.

—¿Y qué más ves en una garba? Cuéntame.

—Las noches del Navratri son buenas para los carteristas, la verdad. Robos de collares y todo eso. Y se maneja mucho dinero, ya sabes, a quinientas rupias por ticket en algunos lugares, es una gran suma. La gente se ve tentada, la gente que está manejando el dinero.

—La vida es así, llena de tentaciones.

—Cierto. Esa es la otra parte. Chicos y chicas en estas fiestas. Incluso las familias más ortodoxas traen a sus hijas solteras a estas garbas. No las ves una vez se meten en ese... ese revoltijo. Así que los chicos las encuentran. ¿Sabes?, cada año, uno dos o tres meses después del Navratri, todas las clínicas de la ciudad dan parte de un aumento en los abortos.

—¿De verdad?

—De verdad. De verdad, nosotros, la policía, deberíamos ocuparnos de todo eso.

—¿Quieres tener policías vigilando a los chicos y las chicas en las garbas?

—Si hubiese bastantes policías, tal vez no sería tan mala idea. Está empeorando.

—A lo mejor los chicos y las chicas creen que está mejorando.

Mary estaba exageradamente seria, y de repente Sartaj se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. De forma asombrosa, descubrió que se había sonrojado.

—No, tienes razón —replicó, bajando la vista y frotándose la nuca—. Es muy fácil volverse anticuado estos días. Sueno como mi padre. También era policía.

—¿Aquí en Bombay?

—Sí. Aquí. De hecho, ¿sabes?, a Suresh no le habrían gustado sus historias. También era una de esas personas que no pueden llegar a Bandra sin visitar Thane.

—Pensaba que los policías eran escuetos.

—Oh, él podía ser escueto. Pero siempre decía que lo que quedaba fuera del informe final del caso era el caso en realidad. Así que podía estar hablándote de un robo en Chembur, y de repente estabas en Amritsar. Mi madre solía reírse de él.

—¿Dónde está tu madre ahora?

De modo que Sartaj le habló de la casa en Pune, y las ventajas de tener a Ma

cerca de la familia y el gurudwara, y después le contó uno de los interesantes casos de asesinato de Papa-ji que en efecto se extendió desde Colaba hasta Hyderabad. Tal vez no estaba tan lejos como Amritsar, pero pensó que ella captaría la idea. Mary no dijo mucho, pero las dos preguntas que hizo fueron directas al corazón del maldito asunto. Solo cuando Jana y Suresh volvieron —con su hijo dormido sobre el hombro de Suresh— Sartaj se dio cuenta de que había pasado más de una hora. Hacía rato que pasaba de la medianoche. Sartaj salió con ellos, el pequeño grupo, y los vio entrar en un autorickshaw y les dijo adiós con la mano. Se quedó de pie con la espalda apoyada contra la puerta de la garba, ornamentada, cargada de flores, las manos sobre las caderas, y pensó en Mary Mascarenas. Era silenciosa y complicada, y resultaba sorprendentemente fácil hablar con ella. Era inteligente, y no le gustaba ponerlo de manifiesto. Tenía opiniones, y era perseverante. Con una ghagra gujarati estaba brillante y de alguna manera modesta y pequeña y exuberante. Era un problema, de algún modo. O al menos era perturbadora. Era peligrosa. Daba miedo mirarla.

Tomándose el chai a la mañana siguiente, Sartaj decidió que toda la amenaza de bomba era ridícula. Le avergonzó haber tenido miedo, creer algo que de forma tan obvia había imaginado una mujer crédula que casualmente era agente secreto. Y de todas formas estos espías eran de una tribu paranoica, eran una casta de guerreros secretos que siempre veían una mano extraña en cada crimen, y a un terrorista en cada esquina. Sartaj se tomó el chai, y no tuvo miedo. Era una mañana de frío anormal para esa época, justo a finales de septiembre, y se sintió alegre y lleno de energía. Se sentó cerca de la ventana con su segunda taza y el *Dainik Jagran*, y observó a los pájaros elevándose en círculos desde la ciénaga hasta el cielo abierto. Las noticias eran malas, o tan malas como de costumbre, había más tensión en la frontera, se había producido un ataque con granadas en Jammu, la coalición que gobernaba en el centro se tambaleaba de nuevo y amenazaba con desintegrarse. Las cosas se desmoronaban, pero Sartaj se puso de pie en la ducha y se enjabonó el pecho y cantó *bhumro bhumro* con la radio del apartamento de abajo. Podía oír niños en el apartamento de arriba, riendo y cantando también. Era una buena mañana.

Le sonó el móvil justo cuando estaba cerrando la puerta delantera. Hoy estaba seguro de sí mismo. Estaba seguro de que era Mary, no alguien de comisaría. Apretó un botón y contestó:

—¿Hola, hola?

—Hola —dijo Mary, y Sartaj se rió en voz alta—. ¿Estás muy contento hoy?

—Hola, Mary-ji —contestó Sartaj—. Disculpa, disculpa. Acabo de oír una canción por la radio, y a unos niños que también la cantaban.

—¿Eso te ha hecho reír?

Notaba que ella estaba sonriendo.

—Sí. Es un poco loco, lo sé. Ya sabes lo que dicen de los sardars.

Ella se rió, después paró de golpe.

—Pero todavía no son las doce en punto.

—Deberías verme entonces.

—Te he visto en pleno día, y no estabas contento en absoluto. Estabas aterrador.

—Estaba investigando, tengo que poner esa cara.

—Pon otra cara para Zoya Mirza, ¿de acuerdo? O de lo contrario huirá de ti corriendo.

—¿Zoya? ¿Has encontrado un acceso?

—Por supuesto. Y dónde está rodando hoy y mañana. Apunta lo siguiente.

Sartaj anotó, en su agenda, el nombre del maquillador de Zoya Mirza y su número de busca, y el nombre del productor al frente y su número de móvil.

—Este maquillador, Vivek, es tu principal contacto. Sabe que vas a ir, y ha hablado con producción. Todo lo que saben es que eres policía y gran fan de Zoya Mirza, que de verdad quieres conocerla.

—Eso es cierto.

—¿Eres fan?

—Sí.

—Tú y el resto de los indios. Solo recuerda quién ha hecho posible que te encuentres con tu Zoya. Así que llámanos tan pronto como vuelvas de tu encuentro con ella. Hoy, no mañana. No lo olvides.

—No lo haré. Gracias. Parece que tú también eres fan.

—Solo queremos saber. Todo.

—No te preocupes. Te llamaré.

—Estaré esperando.

Media hora más tarde, parado en un semáforo en Andheri, acalorado por el chorro de contaminación del tubo de escape de un autobús *BEST*, Sartaj todavía pensaba en Mary. Estaba ansiosa por conocer la vida de las estrellas de cine. Todo el mundo quería saber sobre las estrellas, sobre lo que hacían y no hacían. Incluso quienes manifestaban odiar las películas y a la gente filmi, esos antifilmis criticaban a las estrellas con una intensidad venenosa que revelaba mucha información, tanto actual como del pasado. Y Mary tenía una curiosidad personal, había perdido a una hermana, y tal vez Zoya Mirza revelaría algo esencial y esclarecedor sobre Jojo. De modo que Mary tenía muchos motivos para esperar su llamada. Pero él tenía un día de trabajo que desempeñar, ladrones y *bandobasts* que investigar antes de llegar a las estrellas de cine, incluso cuando realmente quería hacerle algunas preguntas a Zoya Mirza. Quería la información. Pero las estrellas de cine y Mary tendrían que esperar. Ahora Sartaj estaba sudando, y ahora creía un poco en la bomba, había vuelto y se cernía en el aire a cierta altura sobre él, como una rata con dientes de aguja acechando sin ser vista en la hierba espesa. Podía sentir que estaba cerca, podía sentirla sobre los antebrazos y la espalda justo debajo del cuello. La maldijo con sinceridad, por fin, y fue al trabajo.

Tal y como fue todo, Sartaj y Kamble pudieron ir a Film City aquella tarde, bastante antes del turno de tarde de Zoya Mirza. Condujeron pasando AdLabs, y subieron la colina hasta un palacio enorme. Zoya era la actriz principal en una película de época con muchos artistas, uno de los primeros grandes espectáculos de peleas de espadas y balanceos desde lámparas de araña que se rodaba en décadas. Vivek, el maquillador, los sentó en sillas plegables detrás del palacio y les dio *cutting-chais* y les habló del proyecto.

—Es muy distinta, esta película. Es como *Dharamveer*, solo que totalmente actualizada y moderna. Enormes efectos especiales. Todo este palacio va a elevarse por el aire y luego vuela y se ve en medio de un lago. Han planeado grandes escenas de lucha, las van a generar todas por ordenador. El protagonista tiene una pelea enorme con una cobra gigante de cien cabezas.

—¿Y qué papel hace Zoya? —preguntó Sartaj.

—La señora es una princesa —contestó Vivek—. Pero sus padres, el maharaja y la *maharani*, son asesinados cuando ella es pequeña, y crece en la jungla con una familia de caciques. Nadie sabe quién es ella.

Kamble dio un ruidoso sorbo al té.

—¿Una princesa janglee? —preguntó—. Muy bueno. ¿Cómo va vestida?

Vivek llevaba gafas y era delgado y muy serio, y en ese momento la sincera mirada lasciva de Kamble le estaba poniendo claramente incómodo. Por supuesto no le diría a un policía que era un gaandu lujurioso, así que se encogió un poco y contestó:

—El vestuario es muy bueno, lo hace Manish Malhotra.

Sartaj le dio una palmada a Vivek en el antebrazo.

—Manish Malhotra es el mejor. Estoy seguro de que la señora tiene un aspecto maravilloso. ¿Cómo es trabajar para ella?

—Es muy buena persona.

—¿Lo es? Lo parece —contestó Sartaj.

Vivek observó a Sartaj a través de sus gafas muy estilogas con montura azul, y Sartaj le devolvió una sonrisa de forma inocente.

—Por supuesto es preciosa. Pero siempre he pensado que por sus papeles puedes decir que es una buena mujer.

La cautela de Vivek retrocedió, y se incorporó.

—Sí. Es muy generosa, ya sabe.

—¿Te ayudó?

—Me dio una oportunidad. Nos conocimos cuando ella estaba haciendo un anuncio. Cuando se convirtió en estrella no me olvidó.

—Entonces, llevas mucho tiempo con ella.

—Sí.

—Tienes un buen trabajo, viajando por todo el mundo con una estrella de cine.



Yo nunca he salido del país.

—Treinta y dos países hasta el momento —contó Vivek, vivaracho y dispuesto—. La semana que viene nos vamos a Sudáfrica.

Kamble preguntó con suavidad:

—¿Habéis pasado mucho tiempo en Singapur?

—Sí, sí, la señora ha rodado mucho allí. —La pregunta no suscitó ningún miedo, ni ansiedad por estropear la devoción de Vivek hacia su señora—. Es un lugar muy bonito. Hemos hecho muchos rodajes de moda allí. A la señora le gusta mucho, está muy limpio y cuidado. También nos hemos quedado de vacaciones, a veces.

Sartaj se terminó el té, y se estiró.

—Entonces debe de tener amigos allí.

Vivek se quedó desconcertado.

—No lo sé. Ella y yo no nos quedamos en el mismo hotel. ¿Qué quiere decir?

Sartaj le dio un golpe en la rodilla.

—Nada, yaar. Yo voy a veces a Pune, así que tengo amigos allí. ¿Crees que ella podría vernos ahora?

—Creo que todavía la están entrevistando. Pero el rodaje está casi listo. Iré a ver.

Sartaj mantuvo su expresión de gratitud entusiasta hasta que Vivek desapareció tras girar una esquina de la pared del palacio. Tres trabajadores estaban pintando de modo uniforme una parte de esa pared de color oro. Una docena de hombres estaban desparramados sobre la hierba cerca de ellos, y unas cuantas mujeres se sentaban en círculo a la sombra de una caravana grande. Sartaj no diría que se estaba preparando un rodaje, mucho menos que estaba casi listo.

—Ese bastardo *chashmu* no sabe nada —comentó Kamble—. Ha hablado con demasiada facilidad de Singapur.

—Sí. Debían de tener mucho cuidado, Gaitonde y ella.

Kamble se rascó el pecho. En la muñeca llevaba un brazalete de cobre.

—Gaitonde, el gran don hindú —dijo—. Claro que tenía que ir con cuidado con su novia musulmana. Maderchod mentiroso.

—Tener una chica musulmana no te arruina la reputación. Y Suleiman Isa, él ha tenido chicas de todas las religiones. No se casan con ellas, ¿verdad? Así que tal vez Gaitonde trataba de proteger a Zoya. No puedes convertirte en Miss India si tu novio es un bhai.

—Son todos unos mentirosos chutiya, ocultando por aquí y ocultando por allí —comentó Kamble—. Yo tuve una chaavi musulmana, ya sabe, hace dos años. No ocultamos nada a nadie. Yaar, era preciosa. Me habría casado con ella.

—¿Qué pasó?

—No tenía dinero para casarme. Una chica así necesita un apartamento, ropa buena, una buena vida. Su familia encontró a algún chutiya que trabajaba para una empresa en Bahrain. Ahora ella está ahí. Con una hija.

—¿Es feliz?

—Sí.

Kamble se inclinó hacia delante y colocó los codos sobre las rodillas, y miró desde el valle pequeño hasta las colinas ascendentes. De pronto estaba melancólico, perdido en el recuerdo de su chica perdida.

—Eh, *Devdas* —dijo Sartaj—. De todas formas no te habrías casado con ella. Tenías casi otras cien chaavis por probar.

Pero Kamble se negó a animarse, y Sartaj pensó que se pondría a cantar una canción triste en cualquier momento. Si eliminabas a los carpinteros que daban golpes, y los montones de tablillas de madera junto al palacio, y a las mujeres chismorreando, era un paisaje adecuado para una canción, coloreado de color azafrán suave por la puesta de sol. Había hierba, y árboles, y colinas que habían filmado varias veces para hacerlas pasar por las cumbres del Himalaya. Sartaj trató de pensar en una canción triste adecuada para Kamble, pero solo pudo recordar los números de un Dev Anand cantarín: *Main zindagi ka saath nibhaata chala gaya*. Volvía a sentir el miedo alrededor, el susto por la bomba acechaba por alguna parte bajo el muro del palacio. Tal vez solo era la ansiedad subterránea provocada por estar en Film City, no muy lejos de donde varios niños y adultos habían sido asesinados y engullidos por la diligente dotación de leopardos salvajes que había en el parque. Eran leopardos reales, sí, no filmi. Tal vez por eso estaba asustado. Pero también estaba incomprensiblemente alegre. Todo era bastante curioso.

—Vamos, vamos, por favor. —Vivek les hacía gestos desde la puerta—. La señora estará en el plato en un minuto. ¿Quiéren ver el rodaje?

Dentro del palacio, había un revuelo zumbante de actividad. Bajo las bóvedas y las ventanas de arcos altos, los hombres laminaban y martillaban y serraban. Sartaj pasó sobre nidos de cables, y alrededor de matorrales de metal. Tuvo que agacharse para pasar bajo una sábana de lona, y desde los altavoces una voz dijo «Luces», y Sartaj entró en una sala de audiencias con columnas que resplandecían de oro y verde. Había estatuas de guerreros y doncellas a tamaño natural bajo las columnas, y el medio techo estaba cubierto por una celosía densa de cristal centelleante. Había dos lámparas de araña gigantes, una multitud de cortesanos vestidos de satén y un trono. Sartaj todavía siguió serpenteando entre un montón de miembros del equipo hasta llegar a una fila de sillas plegables, y entonces Vivek se movió: esperad.

—Ese es Johnny Singh —comentó Kamble.

—¿Quién?

—El director.

Se refería a un hombre corpulento que en ese momento se sentaba en una de las sillas y miraba de forma fija y atenta un monitor.

—Y ese es el director de fotografía, Ashim Dasgupta.

—Eres un experto en cine —comentó Sartaj.

—Las chicas quieren meterse en las películas, muchas de ellas.

Sí, las barbalas de Kamble habrían querido, muchas de ellas, convertirse en Zoya

Mirza. Habrían hecho cualquier cosa, lo habrían arriesgado todo para estar aquí. Ahora que el resplandor de las luces había abandonado un poco sus ojos, Sartaj pudo ver que las estatuas eran de yeso pintado, no de piedra. La pintura de oro sobre las columnas estaba espesa, solidificada. El cristal del techo era probablemente alguna especie de cristal barato, o plástico. Sobre él, entre las filas de luces que colgaban de puentes de trabajo desvencijados, había piernas que colgaban, y caras mirando fijamente. Y, sin embargo, en la pantalla todo esto se cristalizaría en un resplandor de otro mundo, un palacio perfecto. Sartaj pensó: a Katekar le habría encantado esto, le habría gustado el suelo sucio, y los diamantes de aspecto barato en los turbantes de los nobles.

—¡Silencio! ¡Silencio! —bramó el altavoz, y en el silencio repentino Zoya Mirza bajó al plato.

Entró, en realidad, por la izquierda, pero también podría haber bajado flotando de los cielos Tecnicolor en una lluvia de flores fragantes. Era muy alta, delgada y fuerte, pero iba oculta por un chal oro brillante, tenía el pelo suelto y muy largo, y la curva alargada de su cuello dejó a Sartaj sin aliento.

—Baap re —susurró Kamble—. *Mai re*.

Sí, Sartaj volvió a creer en el encanto del cine. Se quedaron mirando mientras Zoya hablaba con el director y dos asistentes, mientras Vivek le mimaba el pelo y el rostro. Una mujer se arrodilló y le hizo algo al borde inferior de la falda de Zoya, que llegaba solo a medio camino hasta la rodilla. Apareció otro par de actores, una pareja más mayor con trajes reales, y el director habló con ellos y con Zoya, haciendo gestos desmañados con las manos. Kamble susurró sus nombres, los nombres de los actores y sus pedigrís, sus actuaciones y sus éxitos. Después Zoya se retiró el chal, y Kamble se calló del todo. Era el tipo de vestimenta de princesa junglee que Sartaj recordaba haber visto en calendarios en su infancia, con la parte de arriba de un bikini en alguna piel beige suave sujeta con tiras a la espalda, y una falda a juego que bajaba mucho más abajo de su ombligo por la parte de delante y le recorría las caderas, ceñida de verdad. El maharaja y la maharani tomaron posiciones junto al trono, y Zoya se giró hacia ellos y caminó, y la curvatura interminable de su cadera oprimió la garganta de Sartaj. Sí. El plato era falso, pero Zoya Mirza no lo era. Claro que Mary y Jana tenían razón en cuanto a los procedimientos múltiples, los milagros de la tecnología que habían logrado su belleza maravillosa de talla mundial, pero a Sartaj no le importaba. Zoya Mirza era artificial, y su mentira era más cierta que la naturaleza en sí misma. Era real.

La escena era la siguiente: la princesa, que ignoraba su propia ascendencia real, llegaba a la gran capital y la elevada corte, en busca de un guerrero misterioso que la había cortejado en las agrestes laderas de las montañas para ella familiares, y después había desaparecido. Y ahí estaba ella en las grandes cortes del maharaja, que era —aunque ella todavía no lo sabía— un usurpador y el asesino de sus propios y confiados padres. Había dos líneas de diálogo. «¿Quién eres, *kanya*?», y «Soy la hija

del Sardar Matho, que gobierna el bosque al oeste de sus fronteras». La segunda línea, que se rodó primero, costó ocho tomas y cuarenta y cinco minutos. Zoya la dijo caminando hacia delante, subiendo la hilera de escaleras con poca pendiente que conducía al trono. Estaba bastante heroica. Después hubo una pausa de veinte minutos mientras movían la cámara de sitio. Vivek ofreció más té y galletas. La señora no quería que la molestasen, todavía. Estaba trabajando.

—Esta historia es como ese programa de televisión —comentó Kamble—. ¿Cómo se llamaba? ¿Con todos los rajas y ranis y traiciones y espías?

—*Chandrakanta* —contestó Sartaj—. Buen programa.

—Esto es mucho más grande que *Chandrakanta* —contestó Vivek, con orgullo considerable—. Los efectos especiales en *Chandrakanta* tenían un aspecto muy barato. Tenemos a dos expertos de Hollywood que volarán hacia abajo para el momento culminante. Y de todas formas, los escritores me explicaron que tomaron mucho más de Bankim Chandra.

—¿Quién? —preguntó Sartaj.

—Un escritor bengalí antiguo —contestó Vivek—. Escribió una novela titulada *Ananda Math*.

—Creía que de eso ya se había hecho una película bengalí —apuntó Kamble.

Estaba masticando las galletas de coco.

—Nunca lo había oído —replicó Sartaj.

Era agradable estar en un plato de rodaje y discutir sobre tomas y efectos especiales y diálogos y novelas bengalíes antiguas. Incluso Kamble ya no estaba impaciente. Mirar a Zoya Mirza era más que pasar el tiempo, era tranquilizador de forma profunda.

La grabación del contraplano, del maharaja, solo costó dos tomas. Después se produjo un gran movimiento y gritos de nuevo, y se movieron luces y reflectores. Vivek siguió a Zoya fuera del plato, y volvió corriendo diez minutos más tarde.

—Vengan —anunció—. La señora les verá ahora.

En primer plano, también era extraordinaria. El maquillaje era un poco exagerado, pero Sartaj entendía que era por las luces y la cámara. Entre los pómulos terriblemente afilados y la plenitud llena de los labios, había una tensión perfecta que no tenía nada que ver con el maquillaje. Sartaj y Kamble se sentaron uno junto al otro en la *roulotte* de Zoya, en un hondo sofá de piel que había empotrado en la pared. Ella salió de un vestidor privado, envuelta en una bata blanca inmaculada, y se sentó en una silla. Vivek se quedó de pie junto al hueco de la escalera, bastante sonrosado por su admiración hacia la señora.

—Esa falda jungle se veía maravillosa —le dijo a ella, sin perder de vista a Sartaj.

—Sí, mucho —respondió Sartaj.

—*Didi*, son grandes fans —siguió Vivek—. Han llegado a mí a través de Stephanie, ¿te acuerdas de ella? Todo porque querían conocerte.

Zoya lucía el tipo de sonrisa que la gente empleaba fingiendo atención y poder para indicar humildad. Sartaj la había visto mucho en políticos.

—Voy a hacer de agente de policía el próximo año —contó ella—, en la nueva película de Ghai-sahib. También yo soy una fan de la policía. Aparecí en un estreno benéfico para la Asociación de la Policía cuando fui Miss India.

—Me acuerdo. Necesitamos su ayuda otra vez.

—Por supuesto trataré de ayudar de todas las formas posibles. Pero estoy muy ocupada durante los próximos seis meses...

—No hemos venido para pedirle una aparición en persona —contestó Kamble, muy tranquilo. No se movió en absoluto, pero parecía que los hombros se le hinchaban un poco, y de pronto era peligroso. Todo era por sus ojos apagados y sosos, la rigidez de la mandíbula—. O una donación.

Zoya captó el cambio de humor de inmediato, pero Vivek respondió con una risa.

—Solo quieren autógrafos, didi —comentó.

Sartaj apoyó una mano en el antebrazo de Vivek, para levantarse.

—Solo queremos hacerle una o dos preguntas —le dijo a Zoya, dando un paso hacia ella.

A ella no le gustó que se le acercase, pero se negó a estremecerse. Él le susurró al oído:

—Sobre Ganesh Gaitonde.

—Vivek —respondió resueltamente—, espera fuera.

—¿Didi?

—Espera fuera. Y no quiero que me molesten.

Sartaj empujó con suavidad a Vivek hacia la puerta, la cerró ante su rostro con los ojos como platos y corrió la cortina roja con firmeza en el recuadro de la ventana. En ese momento, Zoya entendió que debería indignarse, y se puso de pie. Echó los hombros hacia atrás, y pareció muy elegante, pero tuvo que agachar la cabeza, bajo la pendiente del techo bajo. Sartaj pensó que eso echaba un poco a perder el efecto.

—¿Por qué iba a preguntarme nada de un hombre así? —replicó—. ¿Qué quiere decir con esto?

—No se moleste —apuntó Kamble. Tenía las manos sobre los muslos, y los pies plantados y bien separados—. Lo sabemos todo. Sabemos lo de esa Jojo. Sabemos que Gaitonde la hizo volar a varios lugares.

—Señora —retomó Sartaj—, solo necesitamos un poco de cooperación por su parte.

—Oigan, fui modelo, y conocí a mucha gente...

La expresión desdeñosa de Kamble fue magnífica, miró a Sartaj como un tipo odioso y cínico. Soltó un gruñido a modo de risa que crispó los antebrazos de Sartaj, y elevó el índice de Zoya.

—Escuche —soltó Kamble—. Puede que crea que es una gran estrella de cine, que puede escaparse de todo. No queríamos hacerle pasar vergüenza al hacerle ir a

comisaría, por eso hemos venido. Pero no se imagine que puede escapar de nosotros. No crea que somos idiotas. Enviamos a Sanjay Dutt a la cárcel, usted también puede acabar allí. Seis meses en una celda pequeña sin todo este aire acondicionado, y toda su *charbi* caerá.

—Bas, bas, suficiente —le dijo Sartaj a Kamble. Para Zoya, ponía su cara amable, comprensiva—. Señora, sé que está asustada. Y quiere mantener su vida en privado. Está en su derecho. Pero él tiene razón, sabemos demasiado de su conexión con Gaitonde como para que nos oculte nada. Tenemos documentos que prueban que pagaba sus viajes. Tenemos copias de su antiguo pasaporte, bajo el nombre de Jamila Mirza. Tenemos copias de billetes de avión.

Kamble sacó un fajo de fotocopias de un sobre marrón y las agitó enseñándoselas.

—Sabemos lo de Singapur —apuntó—. Aquí está.

Ella cogió los papeles. Era muy fuerte, tenía —bajo ese exterior sinuoso— una voluntad inflexible. Sartaj podía notarlo, sabía que el andar imperioso de la princesa junglee era también el de Zoya. Pero todo su control de sí misma, toda su habilidad para interpretar, no podía evitar el destello de enfado y miedo que brotaba de sus ojos. De hecho, algo pasó en Singapur. Kamble había marcado un gol. Había llegado el momento de la compasión.

—Señora, créame, no necesitamos nada de usted sino algo de información. No hay caso contra usted, no hay acusaciones. Por favor, siéntese.

Permaneció de pie, bastante quieta.

—Nadie en nuestro departamento aparte de este agente y yo sabe nada sobre su relación con Gaitonde. No le revelaremos nada a nadie. Solo necesitamos que nos hable de él, cualquier cosa que sepa sobre los amigos y las conexiones y el negocio de Gaitonde. No necesitamos saber nada de usted.

—A menos que nos cause problemas —añadió Kamble.

—Estamos bajo presión para encontrar información sobre las actividades de Gaitonde —continuó Sartaj—. Si no podemos conseguir nada, nos veremos obligados a contarles a nuestros superiores sus lazos con él. Eso puede volverse algo embarazoso para usted. —Respiró profundamente—. Hay una cinta de vídeo, señora.

—¿Una cinta de vídeo? —preguntó ella. Habló con la voz muy bajita.

—Gaitonde grababa sus actividades. —Sartaj podía notar la mirada de Kamble fija sobre su cuello, y mantuvo la atención centrada en Zoya con firmeza—. Hay una cinta de vídeo de usted. Con él. Haciendo cosas.

Ella se sentó, se hundió en la silla, sin control y sin elegancia. De repente las rodillas se doblaron como si fueran de goma debajo de ella, y se sentó. Se había derrumbado, la tenían. Sartaj tragó un sabor como a pegamento viejo en la boca, y se sentó, justo al borde del sofá, junto a Kamble. Zoya miraba hacia abajo, tenía los tobillos torcidos. Sartaj se inclinó hacia delante.

—Es un vídeo muy explícito. Parece que usted no era consciente de que la estaban grabando, que se hizo con cámara oculta. Lo muestra todo, todo.

En ese momento ella no ocultó su furia.

—¿Dónde está la cinta? —Soltó—. Les pagaré por ella. ¿Cuánto quieren?

Sentía desprecio no solo por Ganesh Gaitonde, el novio traidor, sino también por esos dos policías que amenazaban la vida que había ganado por sí misma.

—Ya sabe que no queremos dinero —contestó Sartaj—. Solo información.

—¿Entonces me darán la cinta? ¿Y todo lo demás?

—Sí. Todo, señora. No tenemos *panga* con usted. Le deseamos paz y muchas películas. Somos fans.

Zoya no se sintió muy consolada por su fervor. Les miró, y recompuso sus miembros desorganizados, y volvió a convertirse en estrella de cine.

—Aquí no —contestó—. Mi diseñador de vestuario estará aquí en un minuto.

—Sí, señora. Hay demasiada gente aquí. —Sartaj se puso de pie—. Díganos dónde reunirnos.

—Mi turno acaba a las once y media. Vengan a las doce.

Les dio una dirección, un número de móvil, y después se despidió de ellos.

—De acuerdo —terminó—, ahora váyanse, por favor.

Cerró la puerta tras ellos con firmeza.

—Randi —soltó Kamble—. Zorra. Deberíamos sacarle algo de dinero.

Sartaj se estiró. Su perspectiva del palacio revelaba las tornapuntas y el andamiaje bajo las paredes. La estructura puntiaguda era hermosa de manera extraña a media luz, como una especie de planta artificial gigante tipo cactus que hubiera echado raíces en esa ladera.

—No seas avaro. Hacer esto ya es peligroso. Deberíamos salir de aquí.

No se veía a Vivek por ninguna parte, así que siguieron su camino por el plato, por el lado de las multitudes inexplicables de trabajadores que estaban de cháchara. Kamble esperó hasta que estuvieron fuera junto a las motos.

—¿Va a volverse más peligroso —preguntó— cuando descubra que no hay ningún vídeo?

—No —respondió Sartaj—. Ya se ha puesto en una situación comprometida al admitir que puede existir un vídeo.

—Cierto. Eso ha sido una buena idea. —Kamble se ató el casco verde—. De forma que cuando todo esto haya acabado, cuando no haya más peligro... ¿podremos sacarle algo de dinero?

Sartaj golpeó el estérter, aceleró el motor y dejó que se asentase.

—Esta sobrevivió a Ganesh Gaitonde, amigo. Conoces a muchas mujeres, pero soy mayor que tú. Escúchame. Si se siente atacada de forma demasiado terrible, devolverá el ataque. Consigue tu dinero de alguna otra parte.

—De acuerdo, de acuerdo, hágase amigo de ella. Sea bueno con ella. —La sonrisa de Kamble era muy maliciosa—. No conseguiré el dinero. Tal vez usted pueda conseguir algo más de ella. Le veré en comisaría.

Se marchó haciendo ruido, pero no sin girar la cabeza para soltarle a Sartaj una

risotada de despedida. Sartaj salió inclinado hacia la calle y le siguió. No servía de nada protestar por la acusación, Zoya era hermosa y despampanante. Y Sartaj había sentido su belleza, pero de una forma claramente impersonal. No había ninguna esperanza en su placer, y ningún dolor, ninguna de esas puñaladas cortantes de deseo. Pero se había sentido golpeado por su capacidad de recuperación, su fuerza, cómo había tratado con el problema de dos policías hostiles, con este desastre inesperado que amenazaba su carrera, sus posesiones, su vida. Se las había arreglado, desde luego. Zoya Mirza era alguien que resolvía los problemas, veía una dificultad, cedía ante ella por un momento y después buscaba soluciones. Era mejor tener mucho cuidado con esa serenidad, en especial cuando tú mismo eras el problema.

Sartaj condujo hacia la calle. Kamble ya se había desvanecido de su vista, entre los camiones y los enjambres de autorickshaws de la tarde. Quizá había una chica esperándole, dos chicas. Era un gran devoto de la belleza, como Sartaj había sido una vez. Si Zoya Mirza ya no te embriaga de deseo, pensó Sartaj, es que de verdad te estás haciendo viejo. Viejo. Viejo, cansado. Pero no se sentía triste, solo aliviado de forma extraña. El tiempo le había visitado con sus estragos, y lo había agotado, pero le gustaba la sensación de estar destartado. Era apacible. Siguió con tranquilidad por la carretera, y condujo hacia el crepúsculo, tarareando *Vahan kaun hai tera, musafir, jayega kahan?*

En comisaría, Sartaj trabajó sin parar en papeleos para el juzgado y llamadas e informes. Justo después de las once llamó Kamala Pandey. No había tenido nuevas llamadas de los chantajistas, pero quería saber acerca del progreso de Sartaj.

—Estamos trabajando en ello, señora —le dijo Sartaj—. No se preocupe.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó ella.

—Estamos siguiendo pistas. Estamos siguiendo algunas líneas de investigación. Estamos hablando con nuestros informantes.

Sartaj lo dijo con mucha labia, mientras rellenaba el formulario de un caso de robo. Era la frase habitual, y él la había recitado mil y una veces antes. Pero Kamala Pandey no estaba bastante satisfecha con eso. Se oyó un murmullo de fondo, y después volvió con Sartaj, ahora irascible.

—Pero ¿quién? ¿Ha tenido algún avance?

Avances. Sartaj se reclinó.

—¿Con quién está hablando?

—¿Dónde?

—Está hablando con alguien, señora. ¿Quién es? No debería hablarle del caso a la gente.

—No le estoy hablando a nadie del caso. Estoy en un restaurante con amigas, y una de ellas ha venido y me ha preguntado algo. Ahora se ha ido. Así que puede contarme los detalles.



—Señora, no puedo revelar los detalles de una investigación en curso —contestó Sartaj, con severidad—. Por favor tenga la seguridad de que estamos trabajando muy duro. De hecho estoy trabajando en su caso ahora mismo.

Eso no era exactamente cierto, pero le había dedicado bastantes horas al asunto, y estaba cansado, y a punto de enfadarse mucho.

Entonces se oyó de nuevo el murmullo sobre el auricular, pero Kamala no quería presionar más.

—Lo siento —contestó—. Solo estoy nerviosa.

—No hay motivo para estar nerviosa —respondió Sartaj—. Contactaré con usted tan pronto como sepa algo. Y, señora, necesito una foto suya, para enseñársela a los testigos que puedan haber visto el intercambio de dinero. No se preocupe, seré del todo discreto. No le diré a nadie quién es. Tan solo envíemela por mensajero a mi casa. Hoy si es posible, mañana como tarde.

Se mostró reacia, pero Sartaj fue muy firme. Le dio su dirección, colgó y volvió a su formulario.

Kamble se volvió claramente hostil cuando Sartaj le contó la llamada de Kamala Pandey. Se encontraron a las doce y media, como habían planeado, enfrente de la calle del edificio de Zoya Mirza en Lokhandwalla. Kamble se estaba bebiendo una cerveza rápida antes de subir al apartamento de Zoya. Había estado trabajando en dos casos desde que se habían separado y estaba bastante cansado y de mal humor. Insistió en que necesitaba una botella de cerveza antes de volver al trabajo. Así que estaban sentados en una pared divisoria de poca altura al otro lado de la calle de la puerta de Zoya, solo dos amigos relajándose en la oscuridad.

—Así que la kutiya creída está dando vueltas por toda la ciudad, yendo a restaurantes y bares —dijo Kamble sobre Kamala—. Sin duda encontrará pronto otro mashooq. Todas son así, estas ricas rápidas, lo dan por ahí gratis. Cuando empiezan a dar, ya sabe, no pueden parar.

—Creo que sentía amor por ese Umesh.

—Entonces, ¿por qué quedarse con ese marido gaandu? ¿Solo por el piso y el dinero?

—Estaba intentando romper con Umesh.

Kamble dio un trago largo, gorgoteando.

—Si le ama, entonces, ¿por qué?

—No siempre te gusta la persona de la que te enamoras.

—Eso es cierto, sí.

Los pómulos anchos de Kamble estaban salpicados de luz de luna y la sombra de las palmeras bajo las cuales estaban sentados.

—Estuvo aquella chica, una o dos veces pensé que moriría en mis manos.

—¿Una de las bailarinas?

—Sí. Era bailarina, aquella originaria de Rae Bareli. Casi me destruyó, aquella. Estaba como loco. Y le digo algo, parecía tan inocente como una diosa. Mejillas

como malai fresca.

—¿Así que no la mataste?

—No, tan solo la dejé marchar. Y eso después de que hubiese gastado cada rupia que gané, durante siete meses. Ella y su familia bhenchod. Fueron buenos llevándose mi dinero. Algunas de esas chicas lo llevan en la sangre desde que nacen, el talento para hacer dinero. Como esta Zoya. Lo he comprobado, los pisos en su planta cuestan un crore y ochenta lakhs.

—Algo de eso debe de ser el dinero de Gaitonde.

—Claro. Pero aun así. Uno ochenta. ¿Y lleva en el cine cuánto, tres, cuatro años? Esta gente es asombrosa.

—¿Qué gente? ¿Los actores?

—Arre, no, jefe. Los musulmanes. El imperio mogol terminó, Pakistán se hizo para ellos, pero viven aquí como reyes.

—Kamble, saala, ¿has estado en la bura bengalí últimamente? ¿O en Behrampada? Esos pobres gaandus no viven en palacios.

—Viven aquí, ¿na? Y ocupan cada día más terreno, y su población sigue creciendo. Y en las películas, piense cuántos Khans hay, todos los protagonistas principales.

—¿Porque esos Khans tienen buen aspecto? ¿Y son buenos actores?

—Sí, baba, son guapos. Esta Zoya es una chabbis de verdad.

—¿Y tu novia musulmana?

—Era una phatakdi, sí. No estoy diciendo que no sean atractivos como personas, o que no puedan ser buena gente. Sé que Majid Khan es amigo suyo. Es un buen hombre. Pero, entienda, como pueblo...

—¿Qué?

—No viven en paz con nadie. Son demasiado agresivos, demasiado peligrosos. Para ser un sardar, es demasiado indulgente con ellos.

Sartaj estaba cansado. Era tarde, y llevaba en pie desde las seis, y había oído estos argumentos toda la vida.

—Creo que estás loco, y que tú mismo eres bastante agresivo —contestó, poniéndose de pie—. Y soy indulgente con todo el mundo.

Kamble se alegró de estar de acuerdo.

—Demasiado indulgente para ser policía. —Inclinó la botella bien hacia atrás sobre la boca, después la tiró entre los arbustos—. Ahora estoy listo para Zoya.

Cruzaron la calle y las puertas inmensas negras y doradas de Havenhill. Los vigilantes les estaban esperando, y les hicieron gestos para que pasasen directamente. El edificio era un bloque enorme rosa pastel, treinta y tantas plantas sobre los bungalós de los alrededores. Havenhill era una construcción reciente, incluso más nueva que los bungalós, que se habían abierto paso en la ciénaga solo diez años antes. Era una morada adecuada para una estrella de cine sobresaliente, esta Havenhill con su vestíbulo grande y tenebroso, de mármol italiano, y los ascensores de acero pulido.

Sartaj y Kamble se elevaron en un susurro milagroso de la tecnología moderna, hasta arriba del todo, y mientras salían una voz femenina con acento les decía que era la planta treinta y seis. La puerta de Zoya era sencilla, tan solo madera negra y lisa tras una estructura metálica negra, pero dentro, el salón era inmenso. Dos arañas enormes colgaban sobre dos zonas separadas donde sentarse, y una mesa de comedor larga, lustrosa, estaba repleta de flores blancas. El anciano que les había dejado pasar — Sartaj no podía decir si era el padre o el tío de Zoya o un sirviente mayor— les hizo sentarse en un sofá blanco y se desvaneció. Las cortinas de gasa eran blancas. El color favorito de Zoya era, al parecer, el blanco.

Entró majestuosa y descalza, pero en ese momento en absoluto como una princesa junglee. Llevaba una blusa holgada totalmente blanca y pantalones blancos largos y sueltos. Llevaba el pelo hacia atrás de forma austera desde un rostro completamente carente de maquillaje. Y aun así estaba espléndida, no había otra palabra para decirlo. Sartaj notó a Kamble en tensión detrás de él. Fuesen cuales fueran tus ideas sobre algún concepto colectivo sobre un pueblo, no había forma de escapar de los encantos embriagadores de esta persona, en especial si eras joven y gallito y demasiado musculoso.

—Vengan —indicó.

Les llevó a otra habitación blanca, esta con dos paredes de ventanas de cristal que iban desde el techo hasta el suelo. Sartaj se sentó en una silla de acero inexplicablemente cómoda y se sintió como si estuviera flotando lejos de las luces brillantes y el mar lejano. Kamble estaba muy callado, muy contenido. Sartaj pensó, sí, saala, así es como viven los ricos. Una sirvienta, esta vez una mujer joven, trajo una bandeja con vasos de agua, y después cerró la puerta. Zoya se sentó, perfectamente preparada y perfectamente iluminada, dando la espalda a la noche.

—Creo —comenzó— que no hay cinta de vídeo.

Sartaj se mantuvo callado. Siguió mirándola, pero notó que Kamble se movía.

—Oiga —contestó, y fue áspero—. ¿Cree que le estamos tomando el pelo?

Zoya no estaba intimidada. Niveló la caída de sus pantalones.

—No, creo que hablan muy en serio. Pero lo he pensado. Si tuvieran una cinta, me habrían mostrado un poco, como me enseñaron las fotografías. *Él* nunca tuvo mucho interés en grabar vídeos nuestros, y sé lo que le gustaba. Nunca fue tímido conmigo, me habría contado que quería hacer uno. No lo habría hecho con una cámara oculta. Así que no hay vídeo. A menos que estén haciendo uno ahora. ¿Es así?

—No.

Sartaj se permitió una mirada a la derecha: Kamble estaba atónito, al fin impresionado por Zoya Mirza.

—¿No hay cámaras de vídeo ocultas? —insistió Zoya—. ¿Estilo *tehelka*? Es necesario que me lo digan, ya saben.

—No, no estamos grabando nada —respondió Sartaj—. ¿Y usted?

Ella se rió, y fue de verdad, una diversión que le llenó la garganta.

—No soy tan idiota. Me sorprendieron antes, y cometí el error de admitir una conexión con ese hombre, pero no quiero que nada de esto salga a la luz, y no quiero enemistarme con ustedes. ¿Qué quieren? ¿Dinero? ¿Cuánto?

Al final Kamble habló.

—No, señora —replicó, muy sosegado—. No queremos dinero. Solo información. Para una investigación sobre las bandas. No tiene nada que ver con usted.

Chico listo, pensó Sartaj. La paz es mucho mejor que la guerra, en especial cuando tu contrincante revela recursos inesperados.

—Señora, no queremos ponerla en ninguna situación incómoda. Pero necesitamos ayuda con nuestro problema.

Ella permitió que un atisbo fino de desprecio se asomase a sus ojos.

—No sea tan educado. Todavía son policías, y en realidad no tienen elección. Si hablo con ustedes, ¿me darán el material que tienen?

—Sí.

—¿Y no hay más?

—No.

No le creyó, y quiso que él lo supiera. Pero ahora estaba preparada para hablar. Cruzó los brazos por el estómago, y se reclinó.

—¿Qué quieren?

—¿Cuándo conoció a Gaitonde? ¿Cómo?

—Hace mucho tiempo. Hace ocho, nueve años. A través de una amiga.

—¿Qué amiga?

—¿No lo sabe?

—Puede. Quiero saberlo por usted.

Le sacudió manteniéndole la mirada antes de transigir.

—Jojo —contestó.

—De acuerdo —replicó Sartaj—. De modo que ¿cuál era la naturaleza de su relación con Gaitonde?

Estaba claro que ella pensó que era una pregunta estúpida, pero había entendido que se suponía que tenía que proporcionar incluso las respuestas obvias.

—Me mantenía. Estaba sola en Bombay.

—¿Jojo sacaba tajada?

—Ellos tenían su acuerdo. Lo que fuera que me diese era entre él y yo.

—¿Cómo se encontraba con él? ¿Dónde? ¿Con qué frecuencia?

Zoya tenía una memoria precisa, y entonces les dio un buen informe: al principio le veía quizá una vez al mes, siempre en Singapur. Siempre se quedó en el mismo hotel. Una llamada de teléfono tarde por la noche era la señal para coger un ascensor de carga hasta el garaje del hotel, donde una limusina estaría esperando. Pasaba el tiempo con Gaitonde en un piso que pertenecía a uno de sus socios, Arvind. En ese

piso solo estaba Suhasini, la esposa de Arvind, nadie más, ni siquiera sirvientes. Nunca se encontró con Gaitonde en Bombay, ni en ninguna otra parte en la India. El piso era enorme, y Gaitonde y ella se quedaban en la mitad de arriba, en el ático. De los socios de Gaitonde, solo conocía a Jojo y a Arvind. Después de convertirse en Miss India, estuvo bastante ocupada y la frecuencia de sus encuentros disminuyó. Cuando trabajaba en su primera película hablaban con frecuencia por teléfono, tras la película incluso ese contacto disminuyó, pero sí, le vio unas cuantas veces después de eso. Nunca rompieron la relación, no hubo peleas o desacuerdos, pero se produjo una relajación lenta. Gaitonde parecía preocupado hacia el final, y después desapareció del todo. Hasta que apareció muerto en Bombay, con Jojo muerta. Y eso era todo.

Sartaj la llevó de vuelta a la gente que había conocido a través de Gaitonde, y estuvo segura... eran Jojo, Arvind, Suhasini. Nunca vio al conductor de la limusina. Sartaj comprobó que la logística funcionaba de forma eficaz, con soltura, exactamente lo mismo cada vez.

—Teníamos que mantenerlo en privado —dijo Zoya—. Y era muy bueno con la seguridad.

—¿Sobre quién hablaba? Debió de mencionar algunos nombres, alguna gente.

—No hablaba conmigo.

—¿Cómo puede ser? Pasaron mucho tiempo juntos. Era su novia secreta. Le gustaba. ¿Qué le decía?

—Ya se lo he dicho, no mucho. Yo no hablaba, en general. Al principio no decía mucho porque le tenía miedo. Después me di cuenta de que le gustaba callada, eso era lo que prefería. Así que me quedé callada.

—De modo que debe de haber escuchado mucho. ¿De qué hablaba él?

—¿A mí? No mucho. Maquillaje, mi carrera. Películas y la industria del cine. Lo que yo debería hacer después. —En ese momento miraba hacia abajo, a sus manos, y bajo la luz que brillaba en lo alto su rostro era una máscara de oro—. Él pensaba que lo sabía todo. Yo decía mucho que sí y asentía con la cabeza.

—¿Cómo era Gaitonde?

—¿Qué espera? Era Ganesh Gaitonde. Era tan solo como él mismo.

—Señora, pero usted le conocía. De verdad. Debe de saber cosas sobre él que el resto de nosotros no sabemos. Algunos detalles.

—Hacía el papel de Ganesh Gaitonde incluso cuando estaba solo consigo mismo. Creo que era igual cuando estaba solo conmigo que cuando estaba en la *darbar* con sus hombres. Aquella voz, y sentado de aquel modo...

Se repantigó hacia atrás en la silla, subió los hombros, una mano agresiva y ahuecada gesticuló hacia Sartaj, como si quisiera apretarle los testículos.

—Ay, Sardar-ji. ¿Qué, crees que puedes subirte a mi barco y mangonearme, *shanne*? ¿Sabes quién soy? Soy Ganesh Gaitonde.

Ante el redoble solemne del nombre tanto Sartaj como Kamble se echaron a reír. Imitaba aquella voz de forma precisa, la que Sartaj oyó aquella tarde hacía mucho

tiempo, llena de engrimiento retumbante, incluso a través de un interfono con sonido metálico.

—Señora —contestó Sartaj—, es demasiado buena.

Zoya aceptó el tributo como lo que merecía, con una ligera inclinación de cabeza. Todavía era Gaitonde, sin embargo. Cogió un teléfono imaginario, marcó con su dedo pequeño.

—¡Arre, Bunty! ¡Maderchod! Estás sentado en Bombay comiéndote toda la malai y poniéndote gordo, y tardas meses en hacer trabajos que deberían hacerse en una semana. ¿Qué ha pasado con ese *khoka* que esperábamos de Kilachand esta semana?

Sartaj le concedió otra risa de admiración.

—Señora —dijo—, ¿así que hablaba con un tal Bunty en Bombay?

—Con frecuencia.

—¿Recuerda detalles?

—¿Detalles de...?

—De lo que hablaban.

—No, intentaba no escuchar. Todo era acerca de *khokas* y *petis* y encontrarse allí con tal y llamar a tal otro. Principalmente hacían sus negocios en el apartamento de Arvind, en el piso de abajo. Pero por la noche, cuando se suponía que yo estaba dormida, a veces Gaitonde se sentaba en el balcón y hablaba por teléfono. Oía retazos, pero en general era aburrido. No puedo recordar detalles. Solía fingir que dormía mucho, tan solo me tumbaba allí y cerraba los ojos y pensaba en mi carrera. Entonces solía hablar por teléfono.

Gaitonde debía de planear asesinatos, delitos y extorsiones, pero para una joven hermosa que soñaba con el estrellato, quizá eso resultaba aburrido. Sartaj sonrió de modo alentador.

—Así que estaba Bunty, con quien hablaba. ¿Quién más? Por favor, piense, cualquier cosa puede ayudarnos. Incluso cualquier nombre.

Zoya se enderezó, salió de su despatarramiento a lo Gaitonde. Se puso una mano en la barbilla y proyectó concentración.

—Realmente no puedo acordarme. Siempre había tres o cuatro teléfonos. Había un teléfono para Bunty. Sí, sí, me acuerdo. Había un Kumar en otro teléfono aparte, un Kumar Saab o señor Kumar.

—Muy bien, señora —contestó Sartaj. Kamble estaba escribiendo en un cuadernito—. Eso está muy bien. Señor Kumar.

—Creo que había otra gente en Bombay, en Nashik. Por supuesto hablaba con Jojo a menudo. A veces me hacía saludarla. Luego había alguien en Londres, un tal Trivedi-ji o algo así. Había unos pocos más. No me acuerdo. Después había un teléfono solo para su gurú.

—¿Gaitonde tenía un gurú?

—Sí, hablaba con él tanto como con Jojo, creo.

—¿Quién era este gurú?

—No lo sé. Le llamaba «Gurú-ji».

—¿Desde dónde llamaba el gurú?

—No lo sé. Desde todas partes, creo. Recuerdo que Gaitonde una vez le dijo que fuera a Disneylandia.

—¿Disneylandia?

—Disneylandia, Disneyworld. Uno de esos. Y en otra ocasión este Gurú-ji estaba en Alemania.

—¿De qué hablaban?

—Cosas espirituales. Del pasado y el futuro. Dios, creo. Gaitonde consultaba al gurú sobre *shaguns* y *mahurats* y cuándo iniciar proyectos y todo eso.

De modo que Gaitonde tenía un gurú. Era famoso por su devoción, sus pujas de cuatro horas, sus donaciones para fiestas religiosas y centros de peregrinación, así que tenía sentido que tuviese un gurú. Claro que tenía un gurú.

Sartaj llevó a Zoya al inicio, a su primer encuentro con Jojo, y después hacia Gaitonde y después de nuevo a los días con él, y a las noches en las que fingía dormir y él telefoneaba. Los detalles eran sistemáticos, y salían a la luz los mismos nombres: Arvind, Suhasini, Bunty. De verdad parecía que Zoya Mirza construyó una relación con Ganesh Gaitonde únicamente a través de aquellos encuentros en un apartamento de Singapur, y mediante llamadas de teléfono. Él financió su ascenso como modelo, y después su primera película. La manera exacta en la que Zoya se benefició de sus viajes al extranjero solo se reveló con lentitud, mientras Sartaj investigaba más allá de la renuencia de ella. Se mostraba reticente respecto a sus colegas en la industria del cine, pero Sartaj podía ser implacable incluso siendo cortés. Era una digna contrincante, y él tenía una mano débil, y estaban en casa de ella, así que fueron atrás y adelante. Pero al final él obtuvo lo que pensó que era una aproximación a toda la historia. Se miraron mutuamente, Zoya y él, bastante agotados.

—¿Nada más, señora? —preguntó—. ¿Cualquier cosa sobre Gaitonde?

—¿Qué más queda por decir?

—¿Nada más sobre el gran Ganesh Gaitonde? ¿Cómo era?

—¿Grande? —Se encogió de hombros—. Era un hombre pequeño tratando de actuar como un gran protagonista —contestó.

Como todos nosotros, pensó Sartaj, y que Vaheguru nos libre de los juicios de nuestras novias.

—De acuerdo —apuntó—. Gracias, señora.

—¿Tiene los papeles?

Kamble se puso de pie y alargó un sobre, y después observó a Zoya con admiración mientras ella ojeaba los folios y las fotografías.

—De verdad es muy alta —comentó.

—¿Estos son los originales? —preguntó ella a Sartaj.

—Es lo que encontramos en el apartamento de Jojo, todo.

Era mentira, y ella lo sabía. Pero en ese momento Sartaj se estaba poniendo de

pie, ya no de forma natural y flexible, y no había nada que ganar con pelearse con él justo ahora. Zoya dejó el sobre encima de una mesita de cristal, y se llevó los brazos a la espalda, y de repente pareció cansada y de alguna forma aniñada.

—Le contaré una cosa —dijo—. En realidad no mido metro ochenta.

—Arre, ¿de veras? —preguntó Kamble—. Sí lo mide, estoy seguro.

—No.

Caminó detrás de ellos hacia la puerta, y por el pasillo.

—En realidad solo mido uno setenta y nueve. Pero Jojo le dijo a todo el mundo que medía metro ochenta, y todo el mundo lo creyó. Todos los medios hicieron mucho alboroto sobre eso. Ahora no puedo librarme de ello, este asunto del metro ochenta.

Sartaj pudo ver que Kamble se estaba midiendo contra el hombro de ella. Kamble preguntó:

—¿Por qué querría hacerlo?

—Algunos de los protagonistas, ya sabe, no quieren actuar con una chica alta. Les hace parecer pequeños.

—No —contestó Kamble con indignación.

Sartaj pudo ver al final del pasillo, junto a la puerta de la cocina, al anciano que les había abierto la puerta. Estaba sacándole brillo a un plato de plata y les observaba.

—Es cierto —insistió Zoya—. Sé que he perdido papeles muy buenos solo por esto. Esos tipos simplemente tienen miedo, y sin embargo dominan la industria. —Levantó los hombros y los dejó caer.

—Vivimos tiempos tristes —comentó Sartaj.

—Una auténtica kaliyuga —añadió Kamble, con cierta introspección taciturna.

A Zoya le hizo gracia.

—Él solía decir eso todo el tiempo.

—¿Quién, Gaitonde? —preguntó Kamble.

—Sí. Él y su Gurú-ji solían hablar de la kaliyuga todo el tiempo. De eso y el fin del mundo.

Sartaj tuvo cuidado de dejar pasar el momento, para no parecer demasiado ansioso.

—¿Qué más decían sobre esto? —indagó, con mucha delicadeza.

—No lo sé. Usaba esa palabra hindi para decirlo, ¿cómo es? ¿Para *qayamat*?

—¿*Pralay*? —apuntó Kamble.

—Sí. *Pralay*. Hablaban sobre eso.

—¿Diciendo qué? —Kamble también habló sin darle importancia, pero para entonces Zoya ya se había dado bastante cuenta de la atención que le dedicaban.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—Por favor, señora —comentó Sartaj—, solo estamos interesados en todo lo que Gaitonde dijera o hiciera. Díganos.

—No me acuerdo, exactamente. Se suponía que estaba dormida. Y era todo tan



aburrido... No escuchaba demasiado.

—Aun así —insistió Sartaj—, debió de oír algo. Sobre pralay.

—No sé. Creo que solían hablar de cómo estaba llegando. Gaitonde solía preguntar si lo era, y creo que Gurú-ji decía que sí. Algo acerca de las señales que había por todas partes.

—Hablaban de cómo estaba llegando el pralay... ¿Cuáles eran esas señales?

Sartaj esperó. Zoya negó con la cabeza.

—De acuerdo, señora. Gracias por su tiempo —dijo Sartaj—. Y si se acuerda de cualquier cosa más sobre esto, o cualquier otra cosa relativa a Gaitonde, por favor llámeme. Es muy importante. Y si podemos ayudarla en algo, por favor llame también. Cualquier problema, cualquier cosa, por favor llámenos.

Zoya cogió la tarjeta que él le dio, pero estaba inquieta.

—¿Por qué, qué les preocupa de todo eso? ¿Por qué quieren saber sobre Gaitonde? Está muerto.

—Tan solo estamos realizando una investigación sobre actividades de bandas, señora —respondió Sartaj—. No hay nada de qué preocuparse. Está muerto, sí.

La dejaron preocupándose por su Gaitonde muerto. En el ascensor se quedaron los dos callados, sudando de pronto tras el frescor uniforme del apartamento blanco de Zoya Mirza. Su imagen en los medios era impecable de verdad: no había romances ni escándalos, y nunca respondía cuando otras heroínas hablaban pestes sobre ella en las revistas. Y todo esto lo había construido sobre unos cimientos proporcionados por Ganesh Gaitonde. Zoya es bastante brillante, pensó Sartaj. Los guardias estaban dormitando en la puerta, y la luna se había desvanecido, dejando atrás solo los círculos naranjas de las farolas. Cerca de las motos, al final Kamble habló:

—No tenemos ningún hecho, en realidad.

—Solo que Gaitonde tenía un gurú, es lo único nuevo. Nada con lo que molestar a Delhi, en serio. Llamaré por la mañana.

—Nada por lo que preocuparse.

—No sabía que eras religioso, Kamble.

—¿Qué?

—Todo eso que has dicho sobre la kaliyuga.

—¿Cree que este mundo en que vivimos es otra cosa que kaliyuga? Todo está patas arriba, jefe. Esa mujer de allá arriba, viviendo en ese apartamento enorme, sola. Dos policías van a su casa, y se encuentra sola con ellos en medio de la noche. No tiene allí a un padre o un hermano, nadie.

—Creo que puede cuidar de sí misma.

—Eso es lo que quiero decir, bhai. Y sí, lo soy.

—¿Qué?

—Religioso.

—¿Budista?

—¿Por qué supone eso? No, soy terco. No voy a abandonar nada, voy a obtener

respeto y cualquier otra cosa que quiera de esos bastardos *tnanuvadis*. ¿Quiénes son ellos para decir lo que es un hombre, qué nivel hindú tiene? Bhenchods. Mi padre también era así. Por ese motivo, algunas personas de nuestra comunidad se pelearon con él.

Se despidieron el uno del otro levantando la mano. Acelerando por una calle vacía en Goregaon, Sartaj trató de imaginarse el pralay. Intentó ver una tormenta de fuego levantando los cuerpos que duermen en los escalones y las aceras, un viento terrible aplastando los edificios, derrumbándolos. Las imágenes no permanecieron, el miedo se alejó con un parpadeo. La vida estaba alrededor por todas partes, demasiada.

Y sin embargo, Sartaj no se pudo dormir durante una buena hora y media. Se quedó tumbado y enroscado en la cama, inquieto. Gaitonde tenía un gurú. Había algo que se burlaba en la mente de Sartaj, algo que se escondía más allá de su alcance pero que de todas maneras le tocaba. Bebió un poco de agua y se estiró y se giró sobre el costado izquierdo, lejos de la ventana. El pralay se alejó del todo, pero dejó atrás un vacío en el que fragmentos al azar del pasado de Sartaj se perseguían unos a otros, una vacuidad en la que su mente se aceleraba. De esta ráfaga crepuscular surgió un rostro que se quedó con él, y Sartaj se aferró con facilidad a Mary Mascarenas y entró flotando en el sueño.

A la mañana siguiente, Sartaj hizo dos llamadas telefónicas muy temprano, la primera a Anjali Mathur en Delhi. Anjali Mathur escuchó su informe sobre Zoya y el gurú de Gaitonde y el pralay, y dijo algunas palabras alentadoras y un tranquilo gracias. Le pidió que siguiera investigando, y colgó. Bajo la luz brillante del sol por la mañana temprano, el pralay parecía bastante absurdo, y Sartaj sintió desprecio por el iluso de Gaitonde y su gurú iluso.

Sartaj se recostó en la silla, chasqueó los nudillos y se preparó para la siguiente llamada. No estaba exactamente nervioso, no. Quería llamar a Mary, y se sentía como un oso saliendo de una hibernación excesiva a la luz del sol resplandeciente, desorientadora. En su día había sido bastante meloso, capaz de flirtear con mujeres de un momento a otro, y preguntarles con maña. Ahora estaba sentado ante la mesita, intentando hacer un guión. Resistió el impulso de escribir algunas líneas y pensó: Sartaj, en qué *lallu* te has convertido. Tan solo descuelga el teléfono y hazlo. Pero no lo hizo. Se levantó, bebió un vaso de agua y volvió a sentarse. En ese momento tuvo que admitir que aunque no estaba nervioso, no de la forma en que solía estarlo a los trece años, estaba asustado. ¿De qué estaba asustado? No solo de los posibles desastres, del rechazo o lo desagradable o la traición, sino también de las cosas buenas. Temía la sonrisa repentina de Mary, el tacto de su mano. Era mejor vivir en una cueva, tapiado y cómodo.

Cobarde gaandu, deberías avergonzarte de ti mismo. Agitó los brazos desde el

hombro hasta la muñeca, descolgó el teléfono y marcó. Mary respondió, y él le dijo a toda prisa que al día siguiente tenía que ir en coche hasta Khandala por una investigación, y que quería contarle lo de su encuentro con Zoya Mirza, y que pensaba que tal vez ella podría acompañarle a Khandala, puesto que mañana era lunes y sabía que era su día libre, y que podrían salir de la ciudad, para una especie de picnic con sabor a Zoya Mirza. Incluso mientras lo estaba diciendo, se dio cuenta de que todo era muy rebuscado, que lo que tenía que contarle sobre Zoya Mirza no requería un viaje largo en coche y una comida en algún café de montaña. Se detuvo. Esperaba que no aceptase, o que quisiera que la persuadiera más, pero ella estuvo de acuerdo con bastante sencillez y le preguntó a qué hora pasaría a recogerla.

Sartaj llevaba un par de meses sin conducir el coche, de modo que aquella tarde le hizo una revisión rápida, y lo animó con elogios, y el coche retumbó al ponerse en movimiento. Condujo por la zona durante media hora, hasta que se sintió satisfecho de que la vieja khatara todavía fuese capaz de traquetear sin parar. Limpió el coche a fondo, comprobó el aceite y la batería y a la mañana siguiente se sintió bastante preparado. Salieron a las siete y media. Mary llevaba vaqueros negros y camiseta blanca. Sartaj era muy consciente de la mano de ella sobre el asiento a su lado, no muy lejos, y el olor de su champú. Condujeron por Sion, relativamente poco abarrotado tan temprano. En Deonar, el agolpamiento denso de edificios al final se abrió, y el cielo apareció de pronto, vasto y gris, y a lo largo del panorama que se extendía más allá Sartaj pudo ver las montañas. Sintió que la infancia le causaba un cosquilleo en el estómago, y quiso cantar, vamos de vacaciones, vamos de vacaciones. Pero no, Mary pensaría que estaba loco. De todos modos, estaba sonriendo, y Mary le vio y sonrió también. Corrieron sobre el agua turbia del mar, formando un arco en lo alto, en el puente, y atravesando grupos de edificios de apartamentos, y luego Sartaj vio los edificios color pastel, brillantes por delante, altos y muy nuevos, y supo que casi estaban en la autopista.

—Parecen tartas —comentó Mary—. Un edificio debería aparentar que alguien vive en él, no parecer una tarta.

—Es el estilo moderno —contestó Sartaj—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres coger algo en el McDonald's?

—No, no. Estoy bien. Vamos.

Hizo un gesto como si volase, arriba y abajo en los Ghats, y Sartaj supo que quería estar en las montañas tanto como él. Pagó el peaje, y después se marcharon.

El tráfico en la autopista era ligero, y era bueno estar en la carretera amplia, sintiendo el roce del viento. A la khatara también parecía gustarle, esta extensión inesperada, que parecía extranjera, de carretera lisa, amplia, que habían dejado caer sobre el áspero paisaje *ghati*. El coche tomaba la delantera, vibrando violentamente mientras Sartaj le dejaba alcanzar la velocidad máxima.

—¿Cuántos años tiene esta cosa? —preguntó Mary.

—Años y años. Pero sigue funcionando.

Redujo, y cambió de carril. Incluso cambiar de carril aquí era un placer, los conductores parecían volverse un poco más civilizados cuando llegaban a la autopista. Y había tantos carriles, todos cómodamente amplios y organizados de forma perfecta.

Pero más adelante, cuando llegaron a las pendientes más bajas, los coches hacían cola tras un behemot de camión tumbado de lado, de parte a parte de los carriles. El tráfico todavía se movía, y cuando pasaron junto a la obstrucción vieron que la parte trasera del camión estaba combada y ondulada, y un mar de naranjas se había derramado sobre el alquitrán. Las ruedas del coche pasaron por una zona fangosa por un momento, y después la dejaron atrás.

—La última vez que vine por la autopista —comentó Mary— vi cinco accidentes.

—Estos idiotas no han visto una autopista en su vida, solo han conducido en condiciones indias. De forma que ven una carretera grande y perfecta, se entusiasman, van demasiado rápido, no saben cómo manejar sus vehículos. Bas, se acabó.

—Al menos este no ha cerrado toda la carretera.

Ahí estaba. Mary Mascarenas era una optimista, o al menos no era pesimista. Sartaj sintió cómo se ruborizaba por el bienestar, sentado a su lado. Sí, la carretera todavía estaba abierta. En ese momento no hablaron mucho, él se contentó con señalarle una inexplicable fila de camellos caminando lenta y pesadamente por una carretera lateral, una chica gorda caminando sobre un bund entre los campos. Atravesaron túneles y salieron al sol, y se oía el tamborileo fluido del motor, el silbido de los coches que pasaban.

Llegaron al Rincón Acogedor a las nueve y media. El Rincón estaba compuesto de cuatro casitas apiñadas al borde de una urbanización, con una oficina en la parte delantera de cemento totalmente nuevo pintado de un color rosa inquietante. Había casas nuevas en la cuesta a ambos lados del Rincón Acogedor, de forma que ya no era tan acogedor. Sin duda ofrecían la vista brumosa de delante, diseccionada por cables eléctricos, así como una agradable vista del río. Khandala se había llenado de construcciones nuevas, y ya no era el refugio arbolado al que Sartaj hacía viajes con novias de la facultad. Pero al menos el recepcionista de orejas peludas que se estaba quedando calvo resultaba familiar de un modo tranquilizador, con su aburrimiento hastiado y su tosquedad.

—Escriba el nombre —ladró, haciendo girar el libro de registro sobre el mostrador.

Sartaj le sonrió a Mary, y explicó que era policía, que no quería una habitación, que quería hacer algunas preguntas. El calvito de orejas peludas se sintió contuso por Mary.

—Es mi ayudante —dijo Sartaj—. Ahora saque sus registros.

La investigación duró media hora. Sartaj encontró el nombre de Umesh Bindal con bastante facilidad, firmaba con una floritura y dos puntos bajo una curva grande.

Los otros nombres en aquellas fechas eran a menudo ilegibles y, Sartaj estaba seguro, la mayoría inventados. «S. Khan» daba su dirección como «Bandra, Mumbai», y no dejaba más información. Si hubiera sido el hombre de la cámara, observando a Umesh y Kamala en su paseo de amantes saciados por el sendero, no habría forma de seguirle la pista. Sartaj hizo que Calvito apartase los registros y les llevase a dar una vuelta por las casitas. Mary les siguió en silencio.

Habló cuando estuvieron fuera, de vuelta en el coche y dirigiéndose hacia la colina.

—¿Encontraste lo que querías? —preguntó, mientras su brazo golpeó contra el de él cuando hizo un giro repentino.

Él negó con la cabeza, y esperó hasta que estuvieron sentados en la mesa de un restaurante, al borde de un precipicio. Había una brisa que ascendía del suelo escalonado del valle, y Sartaj se sintió maravillosamente relajado y hambriento.

—No esperaba encontrar nada —contestó.

Y después le habló de las investigaciones, de percibir el camino que tienes por delante, buscar a tontas por el camino que tienes por delante y obtener pistas entendidas a medias, pruebas que no servirían de prueba pero que sabías que eran la verdad.

No es como en las películas —explicó—. En realidad, la mitad de las pesquisas son casualidad. Como nosotros saltándonos las fotos de Zoya, y vosotras sabiendo exactamente lo que eran.

—¿Así que dependéis de mujeres al azar para ayudaros a encontrar a gánsters por casualidad? Eso no es muy reconfortante para el pobre público.

Le picaban los ojos por la diversión.

—Aaaaaah, pero tengo que estar abierto a las mujeres al azar, ya lo ves. Tienes que ser capaz de escuchar, de ver en realidad.

—Me doy cuenta de que pasas mucho tiempo escuchando a mujeres.

Sabía que le estaba tomando el pelo, pero no pudo evitar protestar.

—No, no, no de esa forma en absoluto.

Ella empezó a reírse, y él se rió con ella. Comieron *neer dosas* descomunales con *sambhar* muy picante. Sartaj dejó limpio su plato y se recostó. Se sentía bastante contento y en paz con el mundo. Gaitonde estaba muerto y lejos, y si había una bomba era débil, era solo una estratagema de historia de terror. Sartaj levantó la vista, hacia las laderas verdes cubiertas de maleza y hacia la distancia más allá de las cimas de las montañas, y comentó:

—Es tan relajante salir de esa ciudad... Sería agradable vivir en un pueblo, ¿sabes? Estar cerca de la tierra, el aire puro. El estrés sería mucho menor.

Mary estaba inclinada hacia un lado, con la barbilla apoyada sobre una mano.

—Tú en un pueblo. Eso habría que verlo.

—¿Por qué, por qué? Sería un buen granjero.

Ella negó con la cabeza, con delicadeza.

—No digo que sea solo por ti. Crecí en un pueblo, y no podría volver. ¿Sabes cómo es de verdad?

Entonces le habló de levantarse en una casa de ladrillos rojos con techo alicatado, por el parloteo de los loros al amanecer, y andar a trompicones mientras se te caían los ojos hasta el establo detrás de la casa. El baño era un recinto sin puerta adjunto al establo, con agua en una *baan* grande de cobre incrustada en la pared, sobre un fuego. No había váter, solo los campos de *usal*. Detrás de la parte trasera del establo también había un pozo, y más allá, una hilera de cocoteros y los arrozales. Un río bordeando y descendiendo hasta el mar, brillando, y el olor de las flores de jazmín. Cafe y *appams* a las ocho, *paes* a las diez. El día en el colegio, el parloteo en konkani y kannada y tulu por la carretera curva y sucia. Comida, y la eternidad de la tarde, saltando con Jojo sobre el suelo rojo de la plataforma frente a la casa. El rosario resbalando entre los dedos de su madre, el rezo de la tarde durante una hora entera, las bendiciones de los mayores. Cena sentada sobre el suelo lustrado, Madre sobre su *monai* inclinándose mucho sobre el plato. La oscuridad completa, apabullante, cuando se apagaban los faroles. En la cama a las nueve. Y a dormir.

—Sin electricidad, sin televisión, ni siquiera creo que tuviésemos radio hasta que tuve catorce o quince años.

—Tienes razón —replicó Sartaj—. Suena muy tranquilo, pero no creo que pudiera vivir allí.

—No podrías —contestó Mary—. Ese pueblo ya no está allí, para volver a él. Ha cambiado todo por completo.

Sartaj estiró los brazos sobre la cabeza, hizo ejercicio con la columna, suspiró.

—Es tarde. Tengo algo de trabajo que hacer en comisaría. Deberíamos irnos —dijo—. De vuelta a Bombay.

—No me has hablado de Zoya Mirza. Jana se enfadará si vuelvo sin noticias.

De modo que le contó el encuentro con Zoya Mirza mientras bajaban en coche, sin ir rápido, sin prisa. La ciudad se acercaba, no de forma dramática, solo inevitable. Las casuchas y casas y edificios desperdigados se reunieron en una masa densa. Sartaj tenía la sensación de estar llegando a una gravedad más grande, y se alegró de ello. Era el hogar. Mary estaba sentada cómodamente, con las rodillas levantadas, no tan lejos en el asiento como antes.

En casa de ella, se quedaron de pie uno frente al otro, torpes de repente. Sartaj tenía una mano sobre el coche, y la otra a un lado de forma incómoda.

—Zoya, ¿es guapa? —preguntó Mary.

Sartaj se encogió de hombros.

—Está bien. No es mucha cosa.

Mary alargó la mano para codearle ligeramente en el antebrazo.

—Eres más elegante con las mujeres de lo que aparentas. Pero en realidad es guapa, ¿verdad?

—Arre, no estoy diciendo eso. Está bien, bas. Alta y todo eso, pero solo está bien.

¿Sabes que en realidad no mide uno ochenta? Jojo se lo inventó. Mide metro setenta y nueve.

—Oooooooh —replicó Mary, bastante encantada con el detalle—. A Jojo le gustaba hacer cosas así.

Se miraron de pasada, y el silencio se hizo más largo.

—Debería irme —comentó Sartaj.

—Bien —contestó Mary—. Me... me ha gustado el paseo en coche.

—Sí, a mí también.

—Bien, adiós.

—Adiós.

Ella dio un paso hacia él. Se quedó bastante parado por un momento, y entonces alargó la mano. Ella sonrió, y se la estrechó. Debería besarla en la mejilla, pensó Sartaj, pero para entonces ella se había girado y se había alejado de él. La observó subir las escaleras, la saludó con la mano y se fue conduciendo hacia la comisaría riéndose de sí mismo. ¿Dónde se había ido toda aquella desenvoltura, aquellos antiguos movimientos de Sartaj-el-infalible-Singh? Habían desaparecido por completo, dejándole hecho un *bhundu* total. No estoy envejeciendo bien, pensó. Pero estaba muy alegre, y tarareó *mehbooba mehbooba* todo el camino hasta el trabajo.

Anjali Mathur le llamó a las once aquella noche, mientras todavía estaba trabajando en comisaría.

—No hay ninguna mención a un gurú en todos nuestros archivos sobre Gaitonde —le dijo—. ¿Esa mujer estaba segura de ello?

—Sí. Mencionó muchas conversaciones.

—Extraño. Debió de haberlo mantenido oculto.

—Muy oculto. Mantuvo oculta a Zoya. Debió de haber mantenido muchas cosas ocultas. Era bueno en eso.

—Sí. He hecho una búsqueda en nuestras bases de datos con la palabra «pralay». No salió nada. Así que entonces busqué «qayamat». Lo encontré tres veces, todas en la literatura sobre una organización. Hay una organización militante llamada Hizbuddeen. Son muy misteriosos, nunca han capturado o matado a ninguna de su gente. Ni quisiera sabemos dónde están radicados, dónde operan. Pero hemos encontrado información suya en redadas a otros grupos islámicos en el valle de Cachemira, en el Panjab, al noroeste por la frontera de Bangladesh. Esa Hizbuddeen ha suministrado dinero y armas a estos grupos, aparte de eso no sabemos nada de ellos. Parece que emergen por primera vez justo por la época de la guerra de Kargil. Ahora, su información promete «qayamat» de forma específica, y habla de las señales de los últimos días. Citan versículos del Corán: «Más y más cerca de la humanidad llega su juicio: sin embargo no le prestan atención y se dan la vuelta». Ahora, esto es interesante. Mencionan Mumbai de forma específica, en cada uno de los panfletos.

Sartaj podía oírla pasando hojas. Por la puerta abierta, podía ver el extremo de un banco, un vestíbulo vacío y un jardín cubierto de maleza bordeado por un muro.

—Aquí —siguió Anjali Mathur—. Dice: «Un gran fuego se llevará a los infieles, y comenzará en Mumbai». Esta línea se repite en los demás panfletos con cambios menores. «Un fuego comenzará en Mumbai y arrasará el país». Pero siempre se menciona Mumbai.

Sartaj estaba indignado.

—¿Qué tienen estos bastardos contra Bombay? ¿No mencionan ninguna otra ciudad?

—No. Solo hablan de la nación de la India como *dar-ul-harb*, y sobre la destrucción que se le avecina. Insisten en la destrucción. El nombre de la organización viene de «hizbul», que es «ejército de», y «deen», que creo que aquí se usa en el sentido del Juicio Final. La palabra también puede significar «religión» o «conducta», pero en este caso se En este asunto de Gaitonde, no había justicia, ni redención. Solo tenía la esperanza de obtener alguna explicación de lo que había ocurrido, y este miedo creciente. Ahora Sartaj tenía miedo, lo tenía de verdad. Ahora que estaba descansando, el miedo regresó, amplificado por las imágenes de desastres de las películas en inglés, de ciudades enteras arrasadas por un fuego de efectos especiales. Trabaja, se dijo a sí mismo, trabaja en ello. Haz tu trabajo. Así que Sartaj cerró los ojos y descansó la cabeza en la parte de atrás del sofá y sujetó el vaso, y dejó que los pedazos y fragmentos de información recorriesen su cabeza y su cuerpo. No podía forzar nada, no podía imponer una respuesta. Si estuviese lo bastante tranquilo, si no tuviese miedo, si abriese la mente y el corazón y las tripas, se configuraría una forma. Solo debía tener paciencia.



## GANESH GAITONDE EXPLORA SU PROPIO YO

En el yate veíamos muchas películas. Era un barco de treinta y nueve metros (tuvieron que enseñarme a llamarlo yate) con tres cubiertas, y suficiente espacio para un salón aparte de dimensiones considerables. En aquella habitación coloqué el televisor más grande que pudimos encajar, y un montón de reproductores multimedia y un receptor. Y en aquella sala veíamos películas, cientos de vídeos y laserdiscs y DVD. No es que no trabajásemos: me levantaba todas las mañanas a las seis y hacía ejercicio y yoga y mi puja y estaba con los teléfonos a las siete y media, tomándome el desayuno mientras recibía llamadas. Dirigir la banda a distancia supuso una educación difícil al principio... tenía que dejarlo correr, dejar de preocuparme por los detalles, dar responsabilidades a otros y no decirles cómo se debían hacer los trabajos. Me sentía como un dios, distante del mundo pero dirigiéndolo desde arriba. A las diez y media o las once por lo general ya había hecho el trabajo urgente del día, y un poco más tarde Bunty llamaba desde Bombay con las noticias sobre los cobros y los números ya cuadrados del día anterior. A mediodía tomaba una comida ligera con los chicos, después hacía una siesta de media hora. Dependiendo de dónde estuviésemos, a qué distancia de una orilla conveniente, a veces hacía que una chica me despertase de la siesta, indonesia o china o tailandesa. Pero en cualquier caso estaba en pie a las dos, con el día extendiéndose frente a mí.

Así que veíamos películas: *Hum Apke Hain Kaun* y *Dilwale Dulhaniya Le Jayenge* y *Sholay* otra vez más, y *Dil To Pagal Hai* y *Hero No. 1* y *Auzaar*. Y también *Mother India* y *Anarkali* y *Sujata*. Y otras miles de las que nunca había oído hablar, *Bahu Begum* y *Anjaam* y *Halaku*. También me gustaba ver películas en inglés, no solo las películas de tiros que les gustaban a los chicos, sino también con más diálogo para mejorar mi inglés. Pero con esas los chicos se impacientaban y se aburrían, los bastardos ganwars, y suplicaban volver a alguna película *hundal maderchod* donde pudieran ver a Raveena Tandon empujar y mover a un lado las caderas como una especie de máquina enloquecida. De forma que veíamos muchas películas indias, incluso panjabíes y tamiles. Mukund, uno de mis hombres, era tamil, y nos tradujo *Nayakan*, y era cierto, la versión tamil con Kamalahasan era mucho mejor. Era extraño ver Bombay en tamil, a través del tamil, pero la película tenía dum. Era cierto, como la vida minina. Vimos la vida de Vardarajan en completo silencio, sus comienzos en las barriadas y su ascenso hasta el poder y la tama. Cuando mataron a su hijo, cuando aquel grito ahogado salió de la garganta de Kamalahasan, sentimos ese dolor, era nuestro. Nosotros también habíamos perdido a nuestros seres queridos. Tenía lágrimas en las mejillas. Todos las teníamos.

Al día siguiente le pedí a Bunty que hiciera mandar flores a Kamalahasan y Mani Ratnam, sin nombre en los ramos, solo una tarjeta, «De un fan de *Nayakan*». Y

aquella noche cuando Jojo llamó le conté cuánto nos había gustado a todos esa película.

Se echó a reír.

—¿Así que había un montón de bhais duros como vosotros sentados llorando?

—Kutti, era una gran interpretación. Y una gran historia.

—Esa última escena del funeral del nayakan, apuesto a que llorasteis todo el rato.

—Había miles y miles de personas en su funeral. Claro que lloré. Era muy conmovedor.

Empezó de nuevo. Al final se controló.

—Uf, los hombres sois tan sentimentales... No te preocupes, habrá miles en tu funeral.

—Randi, no te preocupes por mi funeral. Cuando quiera y como quiera que suceda, Parmatma ya lo ha escrito. Ya ha pasado, pero estamos engañados por la ilusión del tiempo. Él tiene su plan. Solo somos actores en su obra de teatro.

—*Vah*. Actores en su obra de teatro.

—Sí. Bailamos a lo largo de las líneas de su lila. Nacimiento, vida, muerte, todo tiene una forma, aunque no podamos verla.

—Qué filósofo estás hecho hoy, Ganesh Gaitonde. Has cambiado, hablas y hablas del destino y el *harina* y un *gandugiri bhenchod* como ese. ¿Qué te ha pasado?

—Nada, excepto que he empezado a entender un poco de la verdad del universo.

Nadie más que Bunty sabía de mis conversaciones con Gurú-ji. Tenía que mantener separados todos esos segmentos de mi vida, a Jojo de Gurú-ji, a Gurú-ji del señor Kumar, y algo de mí mismo de todo.

—Chutiya, te has convertido en uno de esos hindúes sagrados. —E hizo un sonido a escupitajo, como si estuviese expulsando algo hediondo.

—Jojo, tú también deberías pensar en estas cosas. Ir a tu iglesia, tal vez encontrarás allí algo de paz.

—Gaitonde, ahora te estás convirtiendo en mi madre. En qué tiempos confusos vivimos.

—Exacto. Por eso la búsqueda espiritual...

—Arre, *maderchod*, ¿quieres que vaya a la iglesia para que algún curaapestoso pueda husmearme la cabeza y decirme que soy una mujer mala e imponerme castigos? ¿Y qué me dará su dios, o tu dios? ¿Paz? No quiero paz. Quiero dinero, quiero un piso, quiero que mi negocio crezca. ¡Paz! ¿Por qué no les das algo de paz a esas chicas a las que *thokoas* cada tarde, mi maestro espiritual?

Y se revolcó sobre su cama, riendo. Yo también sonreía un poco. Después paró de repente.

—¿Les das también sermones espirituales?

—Arre, no.

—Dime la verdad, Gaitonde.

—Saali, ¿cómo voy a darles charlas si ellas no hablan hindi?

—Y no entienden tu inglés *toota-phoota*.

—Mi inglés mejora cada día.

—No cambies de tema, Gaitonde. ¿Has intentado hablar con ellas sobre el camino hacia, cómo la llamabas, mokha?

—*Moksha*.

—¿Lo haces?

—No.

—Vamos, Gaitonde. Di la verdad. Siempre lo haces conmigo, aunque mientas a todos los demás.

Me quedé callado. Eso era bastante cierto, que me encontraba contándole cosas de mí mismo, mis miedos y mis preocupaciones, que no le revelaba a nadie más.

—Gaitonde.

—Está bien. Solo una vez.

—El titular de mañana del *Mid-Day*: «¡Don internacional Ganesh Gaitonde se Convierte en el Gran Maestro de Putas!».

Se volvió incapaz de emitir un discurso coherente durante unos buenos cinco minutos. Al final volvió al orden.

—¿Ves?, te lo dije, te ha pasado algo.

—Solo fue porque... Escucha, estuvo esa chica tailandesa, lleva una estatua pequeña de Buda en el bolso. Así que intenté hablar con ella del nirvana. Entendió la palabra «nirvana», pero nada más.

Ya casi se había reído todo lo que podía, de forma que esta vez solo se carcajeó un momento. Después soltó:

—Te conozco mejor que nadie en el mundo. Admítelo.

—Admitido, *yaar*.

In ese momento yo sonreía. Cuando estaba de buen humor, me hacía sentir ligero y feliz como nadie.

—Pues si me conoces tan bien, ven y conóceme un poco mejor. Ven y pasa unas vacaciones en el yate.

—Gaitonde, no empieces con eso otra vez. La única razón por la que me permites conocerte es porque no dejas que te me acerques.

—Jojo, no te tocaré. Te doy mi palabra. *Kasam*.

—Tocar no es el asunto, Gaitonde. Sabes que si nos encontramos, la idea de tocarnos estará entre nosotros. De acuerdo, no solo por tu parte sino también por la mía. Y eso echaría a perder toda la *yaari*. Te lo digo.

—¿Hombres y mujeres no pueden pensar en tocarse y aún así ser amigos?

—Quizá algunos hombres y mujeres, en algún otro continente. Pero no tú y yo.

—*Haramzadi*, no es verdad.

—Lo es y lo sabes. —Ahora ella sonreía, podía asegurarlo—. Está escrito por tu Parmatma. Es parte de su plan.

—Eres mi dolor de cabeza diario. No sé cómo te aguanto. —Pero ahora yo

sonreía abiertamente; y ella también, podía asegurarlo.

—Y te proporciono el thoko más bueno que ninguna novia podría darte jamás.

—Cierto.

Cada uno o dos meses, me mandaba chicas desde Bombay. Las chicas volaban hasta Singapur o Jakarta con un visado de artista de espectáculo, como parte de alguna compañía de canto y baile. La mayoría de ellas eran bailarinas de verdad, de algún tipo. Cuando los espectáculos terminaban, las transportaban a dondequiera que estuviese el yate. Había algunas para mis hombres, y las mejores estaban reservadas para mí. Para entonces Jojo conocía mis gustos.

—Es verdad. Eres como una novia que manda una nueva versión cada mes — contesté—. Eres la chaavi más absolutamente generosa.

—Soy la chaavi más perfecta en la historia del hombre, Gaitonde. Y después del placer que te voy a proporcionar a continuación, te acordarás de mí en tus oraciones a Parmatma cada mañana.

—¿Qué placer?

—Primero di gracias.

—¿Por qué?

—Deberías decirme gracias cada día por todo lo que he hecho por ti. Pero hoy dilo de forma especial, por lo que estoy a punto de hacer por ti.

—¿Una chica?

—No es solo una chica. Esta es... Esta es algo asombroso, Gaitonde.

—Pues dime.

—Lo primero, es virgen.

—Sí, sí, como cualquier randi en Bombay.

—En serio. Puedes hacer que un médico la examine si quieres. Es de una familia muy ortodoxa en Lucknow.

—Si es tan ortodoxa, ¿qué hace con alguien como tú?

—Arre, baba, quiere ser actriz.

—Claro.

—Claro. Mide uno ochenta, Gaitonde.

—Quieres mandarme a la Qutub Minar, saali.

—Eres un gran bhai, necesitas una mujer alta. ¿Y has visto a todas esas modelos extranjeras? Metro ochenta no es nada.

—¿Es guapa como una modelo?

—Lo será.

—Maderchod, ¿es fea ahora? ¿Y por eso quieres que te diga «Gracias, gracias»?

—Gaitonde, la mayoría de los hombres son estúpidos. Pero tú no tienes que serlo. Escúchame. Piensa en ello. Aquí está esta chica de una familia totalmente normal en Lucknow. El padre posee un pequeño restaurante familiar, hay una madre que es madre. Una abuela que vive con ellos. Hay hermanos, tanto mayores como menores. Los padres lograron enviar a todos los hijos a escuelas en inglés.

—Haan, ¿y qué?

—Imagina a esta chica, cómo es su mundo en Lucknow. Va a un colegio de chicas, vuelve con su madre y abuela. No habla con ningún chico, ni siquiera con los que se burlan de ella en la calle por medir uno setenta en sexto. Pero esta es una chica muy inteligente. Lee, observa. De alguna forma decide que todo esto no es suficiente para ella. Lucknow y el matrimonio a los dieciocho no es lo que quiere.

—Toda la India está llena de idiotas como ella. La mala influencia de las películas y la televisión.

Eso hizo que Jojo se riera, y por unos segundos se alejó de su *bhashan* y se rió conmigo.

—Cállate, Gaitonde. Bueno, pues lo decide. Se decide. A los dieciocho. De alguna manera se va. De alguna manera sigue su camino en el mundo y aparece en mi puerta. ¿Sabes lo que cuesta eso?

—Sí, es una heroína. Debería ponerla a cargo de mis hombres en Bombay.

—Gaitonde, eres un hombre al fin y al cabo. Un hombre no puede entender qué valor se necesita para ir contra todo, ser una mujer y ponerte de pie y pedir solo eso, que puedas vivir lo que sueñas. Ni todos tus hombres juntos tienen una milésima de ese valor.

—De acuerdo, de forma que es la Rani de Jhansi. ¿Entonces?

—Entonces entiende esto. La chica lo quiere todo. Y tiene la fuerza y el coraje para lograrlo. Ahora mismo no tiene mal aspecto, pero será hermosa porque lo quiere. Quiere ser modelo y actriz, y lo será. Te lo digo. Yo fracasé, no pude hacerlo, pero ella lo hará.

—¿Cómo estás tan segura?

—Estoy segura porque me recuerda a ti.

—Haramzadi, ¿una mujer te recuerda a mí?

—Gaitonde, es un cumplido. Verás lo que quiero decir. Me recuerda a ti porque es un poco aterradora.

—Pensaba que no le tenías miedo a nada, incluyéndome a mí.

—Arre, no te tengo miedo. Ya lo sabes, chutiya. Lo que quiero decir es que es tan grande y seria y centrada que parece una de esas mujeres rakshasa de las series del *Ramayana*. Eres el único que puede manejarla. Te estoy haciendo un cumplido.

—Quieres decir que soy el único que puede permitirse pagar por esta virgen gigante. ¿Cuánto?

—Mucho.

—Claro que mucho. Dime el precio.

—Pero no quiere tanto efectivo, en realidad.

—¿Entonces?

—Me costó un poco entenderlo, cuando habló conmigo por primera vez. No quiere solo un hombre. Quiere un inversor.

—¿Un inversor en qué?

—En ella. En su futuro.

En aquel momento sentí los primeros indicios cálidos de interés sincero por esta criatura de Jojo. Tal vez de verdad esta era tan perspicaz como decía Jojo.

—¿Dijo eso?

—Sí, lo hizo. Ella entiende esto, Gaitonde, que en el juego de modelo-actriz una carrera no puede salir de la nada. Si tienes padres ricos, quizá puedan pagarte ropa y clases de interpretación y clases de baile y un gimnasio y un teléfono móvil y un piso en Andheri y un coche. Si solo eres una chica de Lucknow, sin efectivo disponible, solo serás una más entre miles que van de productor en productor en autorickshaw, y cada fotógrafo que acepte sacarte una foto para tu *book* querrá meterte en su cama arriba en el desván. Y lo que sacarás de todo esto al final será mucho *bambooning* y tal vez uno o dos bailes en vídeos. Bas. Si quieres ser una estrella, primero tienes que tener la capacidad de decir «No», después necesitas dinero para mantenerte y presentarte de manera que te ganes el respeto de esos tipos bhenchod de la industria. Por eso todas esas hijas de estrellas dominan la industria, porque no solo tienen contactos sino también recursos.

—De forma que ella necesita recursos para producir beneficios. Es bueno que lo entienda.

—Sí. Pero también más recursos que esas, Gaitonde. Quiere hacer mucho trabajo consigo misma. Es caro.

—¿Trabajo?

—Cirugía estética. Me enseñó su plan. Lo ha investigado. Tiene un pequeño gráfico del cuerpo y lo ha marcado todo ahí. Con los precios al lado de cada parte. Y sabe con exactitud qué médico, cuáles son los trámites. Tiene fotos de actrices y modelos y mujeres ricas, Gaitonde, y sabe lo que se ha hecho cada una. No creerías los tipos de operaciones que toda esa gente famosa se ha hecho, Gaitonde, y cuánto sabe esta chica. Esta nariz es buena, dice, pero aquella es mejor. Es una experta. Lo tiene todo en una carpeta donde ha apuntado «Cuerpo».

Muy interesante, pensé. Una mujer con la mente sistemática.

—Bien —respondí—. Déjame ver esa maravilla. ¿Cuánto?

—Gaitonde, no intentes nada gracioso con esta. Si cree que intentas colarle un *hool*, se matará antes de dejarte hacer nada.

—Sí, sí. ¿Cuánto?

—Nada por un encuentro. Te reúnes con ella y la ves. Yo pagaré el billete de avión.

Esto era asombroso de verdad.

—Jojo, parece que tú misma estés enamorada. En la vejez te has convertido en una *chut-chattoing* del sesenta y seis. Bhidu, pagaré por ti. Tíratela, tíratela.

—Gaitonde, deja de hablar como un idiota. Si me gustasen las chicas, te lo habría dicho. Lo que hago es invertir también en ella. No solo convencerte. Creo a esta chica. Puede venderse a sí misma.

Para hablar de vender Jojo usaba la palabra inglesa *sell*. Sonaba con una «ssss» sexy, sobre su lengua. Como esa otra palabra en inglés, *sexy*.

—¿Le has comprado acciones? ¿Incluso antes de la oferta pública de venta?

—Gaitonde, compra tú también. Si eres listo también lo harás. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—¿Eres tan laico como no dejas de decirme?

—Te aguanto, ¿no? Eso me hace laico y tolerante.

—Esta chica es musulmana. Se llama Jamila Mirza.

—Jojo, todavía tengo algunos hombres musulmanes trabajando para mí en la India. ¿Y cuándo he tenido algún problema para tirarme a chicas musulmanas?

Me tiraba a chicas de todas las formas y tamaños y credos. Era imparcial.

—Esto es diferente, Gaitonde. Incluso tu amigo Suleiman Isa es laico de ese modo, no tiene problemas para tirarse a chicas hindúes, o jainistas o católicas. Todos los hombres son laicos ahí abajo. Esto es distinto. Te lo digo, invertir en ella significa que tienes que ayudarla de verdad. Estar relacionado con ella. No por un día o dos o una semana en el barco, sino a largo plazo.

—Cierto. Lo entiendo. Déjame pensarlo. ¿Cuándo nació?

—¿Vas a volver a hacer astrología?

—Sí.

—Estás loco.

—Dime día, hora y lugar.

Me dio los datos de nacimiento, los anoté. Era la escéptica empedernida que yo había sido una vez, pero Gurú-ji había hecho añicos mis defensas. Ahora me estaba recomponiendo.

Jojo preguntó:

—¿Qué hay para los chicos?

Discutimos eso durante uno o dos minutos, chicas para mis hombres. Después Jojo tuvo que irse a una reunión de producción, y subí a cubierta. Los chicos estaban jugando a las cartas bajo un dosel azul. Llevaba a seis de ellos a bordo, junto con un contable y un informático, y un cocinero de Maharashtra y cinco tripulantes de Goa (incluyendo a tres exmarines). Los chicos se dividían los turnos, y siempre había tres de ellos despiertos y de guardia, lo que significaba jugar rondas interminables de teenpatti con apuestas pequeñas, como ahora. Arvind se estaba tomando sus diez minutos habituales para elegir sus descartes, y Ramesh y Munna le estaban soltando gaalis. Todo como de costumbre. Estábamos fondeados a la vista de las sombrillas brillantes en la playa de Patong.

Los chicos se pusieron de pie mientras me acercaba a ellos.

—Bhai —dijeron todos, y me tocaron los pies.

—¿Quién gana?

—Este gaandu lento. Por su culpa, una partida dura años.

Esto también era habitual, que Arvind ganase. Era lento y seguro. Pero esa

mañana se le había agriado el carácter, me di cuenta. Cuando regresaban a casa, en Bombay, todos los hombres suplicaban prestar servicio en el extranjero. Querían los vaqueros extranjeros, y las chicas extranjeras, y los sueldos en moneda extranjera. Habían competido unos contra otros para venir a Tailandia, a mi yate y mis operaciones en el extranjero, y demostraban sus ansias y trabajo duro y responsabilidad a cada hora. Pero después de uno o dos o cinco meses en estas aguas extrañas, siempre se agriaban. Se volvían huraños. Sus cuerpos extrañaban Bombay. Lo sé, tras un año fuera de Mumbai todavía tenía ataques de anhelo, ansiaba aquellas calles llenas de babas de esa ciudad que era como una gran puta, mientras me despertaba sentía el picor acre de los tubos de escape y la basura ardiendo en la parte trasera de los orificios de la nariz, oía ese estruendo creciente del tráfico que se oía desde el tejado de un hotel alto, ese sonido lejano que te hace sentir como un rey. Cuando estabas lejos del revoltijo de coches en un atasco, y los matorrales de las barriadas, y los rieles largos del tren, y los enjambres de gente, y la música de la radio en los bazares, podías suspirar por la ciudad. Había tardes en las que sentía que me estaba muriendo un poco. Bajo el cielo extranjero podía sentir cómo mi alma se desmoronaba, pedazo a pedazo. Y sentí una soledad que jamás imaginé, que nunca antes hubiese creído que pudiera existir. Solo al salir de la India me di cuenta de verdad de que en casa nunca había estado verdaderamente solo, que había estado seguro inmerso en la red de mi familia, la banda y los chicos. Incluso cuando estuve solo, seguía estando conectado, seguía completo. Incluso cuando me metieron en la celda anda completamente a solas, fui parte de esa red enorme, invisible, unida de forma íntima. En tierra india no podías estar solo de verdad, incluso cuando te encerraban en una tumba hedionda. Solo después de alejarme navegando por esas aguas oscuras conocí el significado de esa palabra: «solo».

De modo que trajimos a estos hombres, y trajimos chicas indias para ellos, y películas indias, y música india, y les permitimos llamadas telefónicas a la India dos veces por semana. Por lo general, en el primer mes, los chicos nuevos se mostrarían ansiosos por montar a cualquier chica *chinki* a la que pudieran echar mano. Se gastaban todo el dinero en maal tailandés e indonesio y chino, y se volvían locos por las alemanas rubias que enseñaban los mangos en las playas. Pero cuando calmaban el frenesí inicial, anhelaban a las chicas indias como gente de Bihar muerta de hambre, golpeada por una inundación y esperando la entrega de comida por parte del gobierno. Era cómodo chodo a una *ghaatan* rellenita, era cómodo tararearle una canción de Kishore Kumar a una panjabí que se reía y que te entendía, que tan solo te entendía sin ningún esfuerzo. Era sentirse como en casa.

Así que les hablé a mis tres jugadores de cartas sobre las chicas que llegarían en dos semanas, y se alegraron considerablemente. Ahora había algo que esperar.

—No os volváis locos con ellas —comenté—. No os volváis idiotas, estas chicas saben cómo sacarle el dinero a un hombre. Unas *chappan-churi*, dirán: cómprame solo unos cuantos saris, ¿no me sentaría bien ese collar de oro?, y tratarás de actuar



como un gran bhai, y para cuando se vayan a casa no tendrás nada en los bolsillos. Divertios, pero mantened la cabeza fría.

—Sí, bhai —contestaron como unos colegiales a su maestro.

—Chutiyas, da igual cuántas veces lo diga, no es bastante. Veremos lo listos que sois dentro de cuatro semanas.

Y cuatro semanas después, el lento y seguro Arvind estaba casado. En aquel lote de chicas había una llamada Suhasini, que se parecía un poco a Sonali Bendre, de forma que utilizaba el nombre artístico de Sonali y tener aires afectados de estrella. Recogimos a las chicas en el aeropuerto de Phuket, y cuando la furgoneta llegó al Hotel Orchid Seaside, nuestro Arvind enseguida se pegó a esta Sonali-Suhasini. Era bastante normal que los chicos y chicas se emparejasen, estas relaciones cortas, como una especie de vacaciones, desde luego ocurrían a veces. Esta era la chica de Mukund, aquella la de Munna. Ramesh siempre quería hacerlo con todas, pero incluso retrocedía si veía que uno de los chicos estaba *fida* por una sola chica. Así que al menos por unos pocos días Munna o Mukund podían fingir que tenían una chaavi de verdad, y sentirse seguros. De forma que habíamos visto eso, pero jamás habíamos visto nada como lo de Arvind con esa chica. Cierto, tenía una piel bonita, y una nariz grande que desde cierto ángulo, bajo cierta luz, podía sugerir la de Sonali Bendre, pero al final era una cosa desgarrada de Ghatkopar. Y era una randi. Había que reconocerlo. Arvind lo sabía bien. Después de todo, conseguía que le *lasooneara* la lauda cada noche.

Cuando él y la chica vinieron a pedirme mis bendiciones para la boda, esta fue la teoría principal que sostenía el resto de hombres, que ella tenía una boca talentosa y Arvind era un idiota total, *poora*, *akha*. Ella bañaba a su chotta bhai cada mañana y cada noche, y como resultado se producía un cortocircuito en el cerebro de él. Les calmé, les dije que se callasen y no causasen peleas. A Arvind se le subía la sangre a la cabeza, y cuando se ponía así era peligroso. Por eso le contratamos. Le senté a él solo y le dije:

—Piénsalo. Hay dos tipos de chicas, un tipo para *mauj-maja* y el otro para casarse. Una cosa es pasarlo bien, incluso volverte loco por una chica durante una o dos semanas. Ese tipo de cosas le pasan a un hombre; la verdad es que, cuando mojas mañana y tarde, tu cerebro queda secuestrado por tu lauda. Pero el matrimonio es algo grande. Tienes que pensar en ello con sensatez. Piensa en tus padres, en la sociedad. Tú y tu familia tenéis que vivir con vuestros parientes después de todo. No puedes mantener este tipo de asunto en secreto para siempre, quién es ella. No te dejes llevar solo porque se parece a Sonali Bendre. Tan solo consigue tu *aish* y déjala ir.

—Bhai, no me importa Sonali Bendre. Para mí solo se parece a Suhasini. Y he pensado en ello. Sé que esto es hacer lo correcto.

—¿Cómo?

—Solo lo sé, bhai. Lo siento aquí.

Se llevó la mano hasta el pecho, un hombre muy joven enamorado, y enamorado de los grandes gestos dramáticos. No tenía ni idea de que podría parecer una comedia. Incluso si lo hubiera sabido, creo que no le hubiera importado.

—¿Después de solo, qué, diez días, lo sabes?

—Cuando lo sabes, lo sabes.

Se sentía orgulloso. Era uno de ese grupo selecto que sabía. Ahora se sumaba a la fraternidad de Majnu y Farhad y Romeo. Estaba tranquilo.

—De acuerdo —contesté—. Déjame que lo piense. ¿Cuáles son sus datos?

Esbozó una sonrisa amplia, y sacó de un tirón un trozo de papel del bolsillo de su camisa.

—Lo sabía, bhai. Toma. Ahí están todos los detalles, tanto los de ella como los míos.

Cogí el papel y le dije que se marchara. Siendo un seguidor de Gurú-ji, yo mismo había adquirido cierta pericia en la ciencia de la astrología. Por supuesto no era ni la milésima parte de Gurú-ji, pero había captado algunas técnicas aquí y allá. El propio Gurú-ji me había dicho: «Aprendes rápido. Tienes instinto para la ciencia, un conocimiento que está en tu interior. A través de mí solo lo estás redescubriendo».

Me dijo que por eso había sobrevivido tanto tiempo, mientras muchos otros habían muerto. Tenía una sensación del futuro, podía ver a través de las espirales del tiempo y de ese modo sabía cuándo se acercaba el peligro. Así había vivido. Ahora estaba aprendiendo a controlar este conocimiento, y añadirle cualquier cosa que Gurú-ji considerase adecuado darme. Practicaba con los chicos, y ellos confiaban en mí. Mirando las fechas y horas y lugares de nacimiento de Arvind y Suhasini, me pareció que los dos hacían buena pareja, que las influencias de sus respectivas estrellas corrían en paralelo y se ajustaban donde era necesario. Habían rebotado por el mundo, empujados por sus destinos, y se habían encontrado el uno al otro en mi yate. ¿Quién podía decir que una pareja perfecta no se uniría o no podría unirse en mi barco, que después de todo se llamaba *Casualidad afortunada*? Me sentí bien por lo de Arvind y Suhasini, y sería auspicioso celebrar una boda. Pero no daría mi consentimiento, por supuesto, sin consultar con Gurú-ji. Ninguno de los chicos excepto Bunty sabía nada sobre Gurú-ji, pero él lo sabía todo de ellos. Eran mi círculo íntimo, y puesto que estaban cerca de mí era importante que fuesen observados y examinados por una mente superior. Este pequeño cuidado tal vez podría salvarme la vida algún día.

Por lo general esperaba la llamada de Gurú-ji en mi despacho a las cinco de la tarde, y él llamaba cuando podía. Tenía un teléfono especial, por satélite, y exclusivo para él, con codificador incorporado. Él viajaba con un codificador, y de esa manera hablábamos con total seguridad. Había aprendido toda esta nueva tecnología de seguridad de mi amigo calvo el señor Kumar del RAW, y su meticulosidad. Él me dio un teléfono por satélite seguro, y a través de mi propia gente conseguí otros dos, uno para Gurú-ji y uno para Jojo. De manera que estaba triplemente seguro: en mi

patriotismo, en mi espiritualidad, en mis relaciones sexuales. El *Casualidad afortunada* también estaba diseñado para ser seguro. Mis viejos amigos Gaston y Pascal me encontraron esta khatara vieja, que se caía a pedazos, que pertenecía a un jeque del Golfo, y como era un viejo degenerado a quien abastecimos de whisky escocés y chicos jóvenes, y como le aburría discutir por esas insignificantes sumas de dinero, nos dejó quedárnosla por el ridículo precio de siete crores de rupias. Gaston y Pascal lo transportaron hasta un astillero en Cochin, y lo reacondicionaron con armarios para las armas y puertas de seguridad y un radar especial de corto alcance, todo con los consejos técnicos del señor Kumar de aspecto afable. En Bombay todo el mundo decía que Gaitonde quería un yate porque Chotta Madhav tuvo uno durante años, pero eso era del todo falso. Quería vivir en un barco porque me hacía sentir seguro. En un barco sabía quién venía, y cuándo. Unos pocos hombres podían hacer que un barco fuera seguro. Y Gurú-ji me había dicho que estaba seguro en el agua, que mi destino crecía y avanzaba sobre las olas.

Además, Chotta Madhav solo tuvo uno corriente de veintisiete metros con el que remaba por las aguas de Malasia. Yo llevaba al ferozmente armado *Casualidad afortunada* a donde quería, por los estrechos indonesios si era por ahí por donde necesitábamos ir, y en dos ocasiones hicimos explotar lanchas motoras pirata y las sacamos del agua con fuego pesado de ametralladora. Los bastardos estúpidos pensaron que no les veríamos llegar en la oscuridad. Mientras tuviera tecnología y a Gurú-ji, nada podría tocarme en el agua. De ese modo esperé la llamada de Gurú-ji.

Como siempre, mientras esperaba pasé el tiempo con mi contable. Era un contable auditor total, mi Partha Mukherjee, un buen chico bengalí que había crecido en Bandra East. Había prosperado conmigo, había trasladado a sus padres y hermana a un piso en Lokhandwalla, y ya había encontrado un chico para su hermana. La boda iba a celebrarse en noviembre, con una recepción de cinco estrellas. Pagaba bien a Partha Mukherjee, con primas dobles, pero eso era exactamente lo que valía para mí. La facturación anual de mi banda en aquel momento eran trescientos crores, y seguir la pista de ese dinero y canalizarlo de aquí a allá, e invertirlo y ampliarlo, en sí mismo era un trabajo y medio. Por supuesto todavía ganábamos dinero al estilo tradicional, con nuestros impuestos a hombres de negocios y productores de cine, con comisiones procedentes de buenos propietarios de clase media que necesitaban que sus pisos para la jubilación se vaciaran de inquilinos pegajosos, con transportes de sustancias y materiales por las fronteras, con corredores de apuestas y revendedores. Pero proyectábamos inversiones legales a través de Bombay y en la India, teníamos fondos y acciones y bienes raíces y sociedades de reciente constitución. Partha Mukherjee administraba todo esto con sus ordenadores y varios ayudantes en diversas ciudades por Asia. Le concedía media hora cada tarde para que me resumiera cómo se deslizaba mi dinero a través de los países. Me enseñaba gráficos, y dibujaba flechas en mapas hechos a mano para explicarme dónde iba todo, desde Kuala Lumpur a Bangkok y a Bombay. Lo entendía, y dirigía su circulación. El gordo y viejo Paritosh

Shah habría estado orgulloso de mí.

Cuando Gurú-ji me llamaba siempre mandaba salir a Partha Mukherjee. Pero aquel día no fue su teléfono el que sonó, sino el otro teléfono de seguridad de al lado. Mukherjee se puso de pie sin que se lo dijera y recogió sus papeles. Todos los chicos sabían que cuando los teléfonos especiales de color gris sonaban tenían que dejarme solo. Cuando se hubo cerrado la puerta, con un sonido pequeño, tranquilizador, de cerrado al vacío con un clic metálico al final, pulsé mi código en el teléfono para conectar el codificador. Los teléfonos eran seguros en los dos extremos.

—Ganesh.

Era el señor Kumar, tan sigiloso y moderado como siempre.

—Kumar saab.

—La información de Bhavnagar era buena. Cogimos a cuatro de ellos.

—¿Incluyendo al contacto local? ¿Todos muertos?

—Sí. Shabash, Ganesh.

—Esto solo es mi *dharam*, señor.

Y no habría publicidad para mí o para el señor Kumar. Tal vez la policía local de Bhavnagar anunciaría que había acabado con una célula de agentes del ISI, y había apresado un alijo de armas. Pero para nosotros, que habíamos sido los artífices de toda la operación, solo quedaba este shabash silencioso entre colegas, por un teléfono privado. Así es como trabajan las agencias secretas. El señor Kumar me lo había explicado: cuando hacemos bien nuestro trabajo, nadie lo sabe. Cuando fallamos, todo el mundo se entera. Esta operación había tenido éxito, ahora tenía planes para una nueva.

Dijo:

—Vamos a dar un golpe a Maulana Mehmood Ghouse.

—Saab, ese es un wicket muy grande.

Mehmood Ghouse era un mulá pakistaní, un predicador que había sido muy activo en el valle de Cachemira. Alardeaba abiertamente acerca de cuántos *kafirs* había matado con sus propias manos, y por un tiempo todas las cadenas de televisión habían mostrado un vídeo granulado suyo en un encuentro de oración *jehadi* en Multan, sujetando en alto por el pelo la cabeza en putrefacción, decapitada, de un soldado indio.

—Sí, es grande —contestó el señor Kumar—. Y se está volviendo más grande. Se presenta a las elecciones. De repente es un político, y dice que el hombre del vídeo de Multan no es él en absoluto.

—¿Quién creará eso?

—El gobierno británico. Están muy impresionados por el hecho de que sea ingeniero eléctrico, que use ordenadores y sea un mulá moderno. Le han dado un visado.

—Maderchod.

—Va a estar allí una semana. Acudirá a actos públicos, intentará reunirse con

políticos ingleses.

—Nadie se reunirá con él, saab.

—Tal vez, tal vez no. Pero está saliendo a la luz. Cree que va a regresar con bolsas llenas de libras y nuevos lotes de chelas y un perfil internacional. De modo que le convertiremos en noticia internacional. Consigue un par de equipos y colócalos en Londres.

—¿Cuál es la agenda?

—Creemos que llega a Londres dentro de cuatro semanas.

—Cuatro semanas. Fácil.

Teníamos una sede en Cannes, y movíamos negocios por Europa de forma rutinaria. Recientemente nos habíamos interesado por Eslovenia y el Báltico. Estábamos aprendiendo y expandiéndonos.

—Te pasaremos información cuando la recibamos.

—Estaremos preparados, saab. Pero ¿por qué ahora, saab?

—Es un mensaje. Esta gente cree que puede pavonearse en televisión. Bas.

—¿Y de quién va a ser el mensaje?

—Va a ser anónimo en este momento. Pero veamos cómo sale la operación. Quizá podamos enviarlo desde tu dirección.

—Por supuesto, saab.

—Adiós, Ganesh.

—Salaam, saab.

Siempre abreviaba e iba al grano, mi señor Kumar. Tanta conversación como fuera necesaria, no más. No era mi amigo, a pesar de nuestros meses de conversaciones. Pero esta orden de hoy era una señal de confianza. Todo lo que había hecho hasta entonces era menor comparado con esto, y estaba contento. No solo por el hecho de que me dieran trabajos más delicados significaba que podría pedir más a cambio, sino porque me sentía realmente implicado en esta guerra. Ahora luchaba a un nivel más alto. Algunos años atrás los hombres de Chotta Madhav acabaron con un político nepalí, un partidario fundamental de los pakistaníes en Nepal, pero eso sucedió en Katmandú. Yo iba a hacer este trabajo en el centro de Europa, en la elegante vilayat de Londres. No fallaría. Lo haría a pesar de los batallones de escoltas y todo Scotland Yard. Me dispuse a organizar la logística.

Llamé a Arjun Reddy, mi ordenador-vala, y mandó mis órdenes a través de un correo electrónico seguro. Me aseguró, como hacía todas las semanas, que estábamos usando la tecnología de encriptado más avanzada, que cambiábamos nuestra clave cada semana, que aunque la CIA y todo el gobierno norteamericano se gastasen un billón de dólares y toda su fuerza informática en uno de nuestros correos electrónicos, tardarían doscientos años en descifrar el código. Pero el correo electrónico todavía me ponía nervioso. No importaba cuánto me asegurase Reddy que la protección estaba revestida de acero, no podía quitarme de encima la imagen de mis palabras nadando por los estómagos de los ordenadores del planeta, solas y vulnerables. Pero

de todos modos, escribí a mi gente en Cannes: «*London mein fielding lagao. Do team bhejo, Sachin aur Saurav dono. Ready rehna, instructions haad mein*». La operación estaba a cuatro semanas vista, pero había aprendido por experiencia a tener los elementos en su sitio con anticipación. A veces los acontecimientos se aceleraban, y en cualquier caso era bueno que tus hombres aprendieran los paisajes del terreno de caza, que se acostumbrasen al lenguaje y a los autobuses y los vecinos, y que los vecinos se acostumbrasen a ellos.

Cuando el trabajo serio estuvo hecho, Reddy continuó con mi propia instrucción en informática. Ahora podía manejar Windows, y en principio sabía cómo abrir un documento y crear uno nuevo, cómo deslizarme por una hoja de cálculo y sus estratos, pero todavía me perdía a menudo. A veces no podía encontrar el documento que quería, y a veces me quedaba atascado en alguna casilla de la pantalla y nada que hiciera podía sacarme de ahí. No era solo el inglés lo que me confundía, sino todo el universo dentro de esa pantalla, no podía entender dónde estaba la tierra, y cuál era el cielo. Reddy dibujaba esquemas sobre papel, pero no podía captar la geografía, y me volvía loco, en especial cuando tecleaba con sus dedos de veintitrés años y se aceleraba por Internet, y lograba que la máquina y todo el sistema mundial hicieran cosas, hicieran todo lo que él quería que hiciera. Yo le había arrojado cosas al ordenador en un par de ocasiones, tazas de café y platos. Pero, aun así, siempre me calmaba y volvía delante de la pantalla. Esta pequeña caja lo manejaba todo ahora, me daba cuenta. Tenía que entenderla. Y tuve que contratar a Reddy, y si era necesario a otros cien como él.

Aquella tarde hice que Reddy se callase y observara en silencio mientras yo encendía la máquina, tecleaba mi contraseña, me conectaba a la red y encontraba el camino para llegar a un par de páginas web. Se quedó totalmente callado pero bullía de impaciencia por mi forma de teclear lenta y mi caza laboriosa con un dedo por el teclado. Sin apartar la vista de [www.myindianbeauties.com](http://www.myindianbeauties.com), que publicaba la foto de una actriz o modelo nueva cada día, le dije:

—Está bien, chutiya. Me estás poniendo nervioso. Fuera.

—Lo siento, bhai.

—No te vayas lejos. Si te necesito te llamaré.

—Claro, bhai.

Se fue arrastrando los pies. Tenía grandes ambiciones, y había tratado de hablarme de invertir en una página web con él y su hermano. Todavía tenía que enseñarme cómo ganaría dinero, puesto que yo nunca había pagado por una belleza india en la red. Pero seguía hablando, y venía con ideas nuevas cada dos días. Cuando la puerta volvió a chasquear al cerrarse, me incliné hacia atrás y cerré con llave. Entonces fui a la página web de Gurú-ji: [www.eternalsacredwisdom.com](http://www.eternalsacredwisdom.com).

Gurú-ji viajaba por todo el mundo, viajaba todo el tiempo. Tenía centros en ciento cuarenta y dos países, con otros que estaban desarrollándose en doce países más. Pero en cualquier parte del mundo donde estuviera, sea lo que fuere lo que estuviese

haciendo, había un *pravachan* nuevo en su web cada tres días. Podías leerlo en más de cien idiomas, incluyendo, por supuesto, el marathi y el hindi. Pero últimamente había estado leyendo las palabras de Gurú-ji en inglés, en «Discourse». Me costaba un rato, y algo de esfuerzo y sufrimiento, pero siempre lo entendía al final. Mantenía abierta en otra ventana la versión en marathi para consultarla, pero me quedaba sobre todo con la inglesa, y de esa forma absorbía no solo conocimiento sino también lenguaje. Gurú-ji me había elogiado por mi diligencia, y me había mencionado en uno de sus discursos de verano sobre la gestión del tiempo, por supuesto sin mencionar mi nombre. «Un hombre de éxito que nunca deja de aprender —dijo—. Tengo un bhakt que tiene mucho éxito, que obtiene dinero y respeto surcando los mares. Pero a pesar de todos sus logros terrenales, no es arrogante. Se da cuenta de lo que no sabe. Un sabio dijo hace mucho tiempo: darse cuenta de que uno es ignorante es el comienzo de la sabiduría». Y después continuó y contó la historia de mi lectura del discurso en una lengua que no dominaba.

Hoy el discurso era sobre sexo. Gurú-ji nunca tenía miedo de los temas polémicos, y nunca se echaba atrás a la hora de hablar sobre algo por miedo a ofender. Era intrépido. Leí: «El celibato es considerado como el ideal por todas las tradiciones espirituales». Tuve que buscar *celibacy* en el diccionario inglés-marathi. «Pero tratar de alcanzar el celibato cuando no se está preparado es un error. El celibato vendrá a ti cuando estés preparado para ello. Un celibato que impones sobre ti es en sí mismo una forma de sensualidad. La lucha con tu cuerpo se convertirá en pasión. Y el deseo se expresará, no puedes reprimirlo, no puedes bloquearlo, no puedes matarlo. Incluso las imágenes que construyas del celibato serán hermosas como las caderas de una mujer, los himnos que cantes al celibato serán como el beso de una amante».

Me costó quince minutos entender estas seis frases, y no solo por el inglés. Me paré para reflexionar, para asimilar, para admirar. Decía las cosas de forma tan sencilla, en un lenguaje tan directo, convincente, y sin embargo qué profundas llegaban las palabras. Las sentía en el corazón, bajo el estómago. Qué tira y afloja interminable mantenemos contra el deseo, pensé. Cuánto estirábamos, cuánto empujábamos. Qué tormentos, y qué éxtasis en nuestros tormentos.

Y sí, era extraño incluso para mí que yo, Ganesh Gaitonde, que una vez desdeñé toda mención a los dioses, y consideré cualquier discurso sobre el consuelo religioso como una debilidad, ahora fuera ferviente seguidor de un gurú. ¿Cómo había sucedido? Pasó porque Gurú-ji y yo empezamos a hablar. Después de nuestra primera conversación, cuando le obligué a llamarme a la cárcel, no esperé volver a saber nada de él. Tenía, después de todo, que proteger su imagen pública, su inmensa misión por el mundo. Pero diez días después de salir de la cárcel y del país, me llamó. Le había pedido a su gente que consiguiera el número a través de Bunty, y de repente ahí estaba en mi auricular, Shridhar Shukla en persona, con su sólida voz de bronce y su puntuación exquisita. Era un hombre buscado con entusiasmo por millones de

personas, y sin embargo se tomó el tiempo de llamarme, para preguntar por mi bienestar. Fui cínico, esperaba que me pidiese algo, como hacía todo el que llamaba. Pero no tenía ningún asunto que solucionar, ninguna necesidad de dinero o venganza, solo quería hablar conmigo.

—Entiendo, quiere hablar conmigo —contesté—. ¿De qué me quiere hablar?

Sin duda notó el desdén en mi voz, pero respondió con calma:

—De cualquier cosa que esté en tu pensamiento.

—De acuerdo. Tengo una pregunta que hacerle.

—Pregunta.

—No creo que sea un verdadero gurú.

Se rió.

—Eso no es una pregunta. Pero está bien. No tienes que creer nada sobre mí.

Después se quedó callado. Era exasperante que no se sintiera provocado en absoluto. Esperé, y pensé en colgar el teléfono de un golpe, y luego al final hablé, porque de hecho tenía curiosidad.

—No puede ser un verdadero gurú por lo que hace que haga por usted.

Me refería, por supuesto, a las muchas armas que estaba haciendo entrar en el país para él.

—La gente que de verdad está avanzada espiritualmente es pacífica. Está contra la violencia.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿De modo que crees que tú mismo no estás muy avanzado espiritualmente?

Me encendí, y me incorporé.

—Estamos hablando de usted.

—De acuerdo, Ganesh, de acuerdo. Pero tenía curiosidad acerca de dónde sacaste esta idea del logro espiritual y lo que todo el mundo llama ser pacífico. Está por todas partes hoy en día, todo el mundo lo repite, nadie puede decir por qué lo cree.

—Es obvio, ¿no?

—No.

Después se quedó callado de nuevo. Bastardo.

—Escuche —dije bruscamente—. No juegue, solo hábleme. Yo preguntaré, ¿de acuerdo? Así que cuénteme, ¿cómo puede ser un gurú verdadero y hacer lo que hace?

—¿Sabes lo que hago?

—Sé un poco. Sé mi parte, y no es pacífica.

—Sí, sabes tu parte. Sabes lo poco que puedes ver. Y te han contado que para ser un *mahatma* tienes que ser pacífico, sea lo que sea lo que signifique. Pero, Ganesh, ¿puedes imaginar el panorama completo?

—Por supuesto no sé cuál es su plan.

—Pero piensa en el panorama que es incluso más grande que eso. Piensa en la vida misma. ¿Crees que no hay violencia en ella? La vida se alimenta de vida,



Ganesh. Y el comienzo de la vida es violencia. ¿Sabes de dónde procede nuestra energía? Del sol, dirás. Todo depende del sol. Vivimos por el sol. Pero el sol no es un lugar pacífico. Es un lugar de violencia increíble. Es una explosión enorme, una cadena de explosiones. Cuando la violencia cesa, el sol muere, y nosotros morimos.

—Eso es diferente. No es lo mismo que matar a un hombre. O a muchos de ellos.

—Todos los hombres mueren.

—Pero no tienen que morir porque les vuela la cabeza con sus balas.

—¿De modo que al no matar logras la paz?

Sabía que eso no era cierto. Quería contradecirle, pero sabía que la no violencia nunca logró la paz. Si algo era obvio, era eso. Era un bastardo frustrante, este gurú.

—Eso es distinto —contesté—. Vivimos en kaliyuga, de modo que estamos condenados a luchar. Pero se supone que usted es un hombre santo, así que debería decirnos que no luchemos.

—¿Por qué, Ganesh? ¿Por qué? Eres un hombre muy inteligente, pero incluso tú has caído en esta trampa. Incluso tú. Pero no es culpa tuya, esta propaganda es muy popular en nuestra época, en todo el mundo. Pero recuerda tu propia historia, Ganesh. ¿No han luchado antes los hombres santos? ¿No han instado a los guerreros a la batalla? ¿El avance espiritual significa que no debes tomar las armas cuando te enfrentas al demonio?

Después me recordó a Parshurama, aquel gran sabio que tomó su hacha para limpiar la tierra. Y al mismo Rama, el más perfecto de los hombres, que tomó su arco y luchó aunque pareciera increíble.

—¿Y qué hay del consejo que Krishna le dio a Arjuna en el campo de batalla? —Me contó este extraño gurú—. Arjuna quería ser pacífico. Quería retirarse del mundo. ¿Debería haberse ido? ¿Debería Krishna haberle dejado?

Tuve que estar de acuerdo con él, no, estaba claro que Krishna hizo lo correcto. Lo dije, y después Gurú-ji me habló del gran Shankara-charya, que derrotó al ejército *kapalika* de Krakaca. Y también de la rebelión sanyasi, durante la cual sadhus y faquires lucharon contra la Compañía de las Indias Orientales.

—Debemos resistir esta supuesta paz que mutila la espiritualidad y la debilita, Ganesh —afirmó—. Debemos ver el panorama general. Debemos saber cuándo hemos de luchar para traer la paz. Debemos ser fuertes en nuestra fe. Toda nuestra historia, sus miles de años, nos da ejemplos de ello. Y si soy un hombre santo, Ganesh, también lo eres tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Estaba demasiado aturdido y exhausto —de alguna manera esta conversación me había agotado— como para decirle que no creía en ninguna fe, ninguna espiritualidad. Colgué, e intenté trabajar, y este interrogante me acechó todo el día, yo como hombre santo, yo mismo como mahatma. Aquella noche soñé con los *akharas* grandes de sadhus naga que iban a Nashik durante la *Kumbh Meta*, con sus cuerpos

desnudos cubiertos de ceniza, sus *jatas* castañas enmarañadas y apelmazadas ensortijadas hasta los hombros y hacia abajo, sus tridentes y espadas. Soñé con el bramido enorme que se producía cuando los regimientos de sadhus naga se extendían hacia las aguas sagradas para su baño, y el brillo feroz en los ojos de los sadhus mientras corrían. Vi a un hombre pequeño, un hombre pacífico, entre estos sadhus grandes y buenos, y sentí un desprecio amargo por él, y me desperté con el corazón acelerado. Aparté la mente de Nashik, pero toda la noche me persiguió esa pregunta: ¿qué significa ser santo? ¿Quién es virtuoso?

La siguiente vez que Gurú-ji llamó hablamos de Dios. Le dije que no creía en tal cosa, y no necesitaba creer en ello. Dije que la religión era un instrumento con el que los políticos azotaban a sus electores y les conducían en tropel hacia el matadero. Dije que la fe era para los hombres que no tenían fe en sí mismos. No discutí conmigo. Escuchó en silencio, y contestó:

—Son argumentos razonables. Eres correcto en tu lógica.

Me paró en seco con eso. Esperaba que discutiera y pelease e intimidase, tal vez que me maldijera como un hombre perdido. Pero no hizo nada de eso. Me escuchó en silencio y me ofreció respeto. Después comentó:

—Pero, Ganesh, ¿qué hay de todas las simetrías del mundo?

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero luego lo explicó. Me mostró cómo por cada fuego hay agua, por cada depredador hay una presa, por cada amor hay un odio. Habló de electrones y sus cargas, y de extrañas atracciones y repulsiones. Hubo partes de lo que decía que me llegaron solo como un cántico sonoro, pero entendí al instante, de forma profunda, de qué estaba hablando. Sí, por cada Ganesh Gaitonde hay un Suleiman Isa. Por cada victoria hay una pérdida.

—Sí —contesté—. Lo entiendo. Todo viene de dos en dos, o repeticiones de dos y más. Todo choca, y se balancea, y serpentea y vuelve a venir.

—Claro, claro, Ganesh —replicó, mientras la satisfacción retumbaba en su voz—, mira, ya lo tienes. Ni siquiera he tenido que explicártelo. Ya lo sabes. Ya estás en el camino.

—¿En el camino de ese Dios suyo? No, no lo creo.

—No debes pensar que estoy abogando por Vishnu, o cualquier otro creador, Ganesh. Sabes que no soy tan simple. Escúchame: a través de estas simetrías, sube incluso más arriba. ¿Puedes ver los modelos del mundo, del universo? Las olas debajo de ti, debajo del barco, pueden parecer caóticas, pero ¿lo son? No, solo en sentido secundario. Hay un orden que a veces alcanzamos a ver, a veces perdemos. Pero el orden está ahí. Más allá de lo local e inmediato, existe este orden global. Ganesh, desembarca y mira un campo de hierba. Observa cómo el sol alimenta la hierba, y la tierra la mantiene. Observa cómo la hierba protege a otras criaturas, y las alimenta a su vez. ¿Ves cómo todo encaja? Al final, después de todo, Ganesh, ¿ves la belleza?

Te lo digo, me iba a explotar la cabeza en aquel momento. Tenía los dedos sobre

los límites saltarines de lo que quería decir, pero aquello se desvanecía de mí cada vez que respiraba. Él lo sabía. Me dijo que no me preocupase, que solo lo observase todo para la semana siguiente.

—Trata con todo como de costumbre. Pero también, a la vez, intenta ver más allá de eso. Y la semana que viene dime lo que has visto, solo el azar, o una forma. Caos, u orden.

Cinco minutos después de colgar el teléfono me reía de mí mismo. Pensé: qué pelele, escuchando el parloteo de un viejo. Pero había sembrado algo en mí. No quería, pero me encontré buscando conexiones y reflejos. Y los encontré. Pensé en las formas en que hombres y mujeres se necesitaban mutuamente, y cómo la raza humana continuaba adelante, a pesar de todas las peleas y desengaños. Era bastante evidente, banal si te alejabas de ello un momento. Pero eso me llevó a la concepción y el nacimiento, el gusano diminuto con cabeza de alfiler retorciéndose en su camino hacia la enormidad del huevo, y el contrabando clandestino de sus órdenes, todo para formar una criatura nueva que un día estaría completa y produciría emisarios ella misma. Común y corriente, y sin embargo muy complicado y asombroso. Me sentía idiota por el asombro que me inundaba la cabeza, por ser capaz de ver estas superficies triviales que ocultaban universos enteros de complicación. Pero me mantuve en silencio y seguí mirando, como me había dicho que hiciera. Hacia el final de la semana, mi pensamiento pasó de las cosas a las secuencias. Había visto programas en televisión sobre los dinosaurios y su extinción, el ascenso de los mamíferos (mientras mis hombres se quejaban y suplicaban otro equipo de televisión, para poder volver con sus protagonistas haciendo cabriolas), había observado a simios peludos de tiempo atrás conseguir sus primeras presas en las llanuras de Africa. Ese era el arco de la vida en el planeta, todo el camino hasta los humanos, y hasta mí. Esta curva tenía dirección y velocidad, se arrastraba hacia arriba y todavía se movía, hacia la luna y después hacia las estrellas. Pero ahí estaba mi vida. ¿Tenía forma? ¿Había belleza en su progreso, tan solo si te distanciabas lo bastante para ver? Pensé en ello, y me preocupé por ello. ¿Sería que en realidad era zarandeado al azar por la fuerza de las olas de los acontecimientos? Que un día llegaba después de otro solo porque tenía que hacerlo, por nada. No lo podía aceptar. Esta borrosidad zumbante del caos me causaba dolor, quiero decir un estómago que se retorcía y se doblaba, un dolor de cabeza, y de nuevo me atraparon las almorranas y me dejaron mareado y tembloroso en el baño. Mi cuerpo protestaba contra la afirmación de que mi vida no significaba nada. No, mi vida tenía forma. Comencé pobre y solo, luché, gané, ascendí, encontré un hogar y a mucha gente que me quería. E incluso ahora estaba aprendiendo, estaba progresando, tenía una misión para mi país, tenía un maestro, iba a alguna parte. Tenía una historia.

Eso es lo que le dije a Gurú-ji la siguiente vez que hablamos, y me alabó.

—Tu instinto es infalible, Ganesh. El *atman* conoce la naturaleza del universo, entiende sus conexiones intrincadas, de la más pequeña a la más grande. El atman lo

sabe porque es el universo. Pero la mente interfiere. Esta estructura incompleta que llamamos lógica científica bloquea nuestra visión y, paradójicamente, nos mantiene ignorantes. De lo contrario, ¿cómo podrías ver esta enorme red de conexiones, y no creer que existe un autor?

—¿Quiere decir Dios, Gurú-ji?

—Quiero decir la conciencia.

Ahí fue donde comenzamos, y él me ayudó en mi viaje hacia el conocimiento. No, me levantó y me subió a la montaña de la sabiduría. Soportaba mi peso con facilidad, y mientras ascendíamos me mostraba estas verdades por venir, estos hechos eternos. Me señaló los ciclos de la historia, y más allá de ellos, los ritmos de la evolución, de estrellas que nacen y se deslizan hacia su disolución inevitable, del universo expandiéndose y después corriendo hasta un punto para explotar de nuevo.

Y luego, meses después de que comenzásemos a hablar, reveló el poder que estos acercamientos le habían proporcionado. Me dijo mi futuro. Había leído testimonios de cientos de personas en su página web, acerca de que podía hacerlo, y que lo había hecho para ellos. Haía leído algunas de esas páginas, maravillándome por la necesidad desesperada de tranquilidad y consuelo que tienen los seres humanos. Los testimonios eran bastante detallados, dando nombres y circunstancias: ahí había un médico de Siliguri cuya hija sufría leucodermia y permanecía soltera, y Gurú-ji le dijo que no se preocupase, que en los últimos tres meses de ese año se encontraría una solución a su problema, y fue cierto, ese mismo invierno un ingeniero alemán llegó para trabajar en un proyecto agrícola, y quedó impactado por la elegancia y belleza blanca de la muchacha, y se la llevó a la felicidad en Dusseldorf. Había pantallas tras pantallas llenas de esto, y se había predicho no solo la felicidad, Gurú-ji era sincero acerca de los malos tiempos, acerca de accidentes que tenían que ver con el agua y divorcios y reveses en los negocios. Decidí que todo esto no eran sino las obsesiones de gente insignificante que no tenía recursos, internos o materiales, para luchar con la vida y ganar. Pero entonces Gurú-ji me dijo una tarde:

—Ten cuidado con los tailandeses.

—¿Qué?

—Veo que intentarás cerrar algún trato con unos tipos tailandeses en los próximos días. Ten cuidado. No confíes en ellos. Quieren hacerte daño.

Lo cierto es que era verdad que estábamos a punto de cerrar una venta con unos tipos de la provincia de Krabi, habíamos traído cuatro millones de pastillas de metanfetamina para los tailandeses, pero Gurú-ji podía acertar solo por casualidad: en algún momento haríamos algún que otro trato con algún grupo de tailandeses, no había nada especialmente perspicaz en ello. De modo que no me lo tomé demasiado en serio, le di las gracias con amabilidad de todos modos y me olvidé de ello hasta la mañana del intercambio. Entonces, sentí un cosquilleo incómodo al recordar la predicción de Gurú-ji, me desperté y llamé a mis hombres —que ya se habían ido— y les dije que tuvieran cuidado, y que mantuvieran a un pistolero en reserva. Y los

tailandeses, idiotas, intentaron el robo con huida más trillado, más aburrido que cualquiera de nosotros había visto en quince años. Habían llevado algo de personal extra y lo habían ocultado en una casa arriba de la playa, y pensaron que eso bastaba para dominar a nuestra unidad. Por supuesto los redujimos, nuestro pistolero de reserva cogió a sus refuerzos mientras salían dando tumbos de la casa en el momento justo, y eso fue todo.

De modo que sucedió, dejando el asunto de la predicción de Gurú-ji completamente en el aire, cerniéndose sobre mi cabeza como una bomba suspendida a media caída. Tenía miedo a admitir, a dejar que cayese, no fuera a explotar mi mente. Los grandes ciclos de creación y destrucción estaban todos muy bien, pero... ¡maderchod!... ¿cómo era capaz un hombre de ver el futuro? Era imposible. El tiempo transcurría en una dirección, de antes a después, y físicamente no podías empujarte hasta el interior de lo que estaba por venir.

Gurú-ji me escuchó con paciencia. Después dijo:

—¿De modo que crees que sabes qué es el tiempo?

—Gurú-ji, ¿qué hay que saber? El tiempo es el tiempo. Va de aquí allá, y vivimos en su interior. El camino está marcado, y no puedes hacer un giro en forma de U.

—Pero ¿sabes, Ganesh, que los científicos han descubierto partículas que viajan hacia atrás en el tiempo? ¿Y sabes que el tiempo no es constante, que se dobla y se estira y se comprime? ¿Si hay un reactor volando sobre tu cabeza, yendo deprisa, su piloto está envejeciendo un poco más lentamente que tú? Para él, el tiempo pasa de forma más lenta comparado con tu tiempo.

—No. Eso no puede ser.

—Pero lo es. Incluso los científicos lo saben desde hace más de cien años. Han admitido que una partícula de luz en movimiento, que nació hace billones de años durante el Big Bang, no ha envejecido ni un segundo desde entonces. Así que, Ganesh, si pudieras viajar a la velocidad de la luz, serías joven para siempre.

No entendía nada de esto. No entendía los artículos que me mandaba por correo electrónico, o los vídeos que me hacía ver, todo su Einstein y la relatividad y los agujeros negros y el universo doblándose sobre sí mismo, todo me dejaba tan deslumbrado como un niño pequeño mirando al sol. Pero me convenció de que el mundo que pensaba que conocía era solo una ilusión superficial, que el aspecto de las cosas y la forma de sentir las era un sueño, no intrascendente pero tampoco sustancial. Y me convenció de que algunas personas, algunos hombres y mujeres, incluso algunos niños, podían mirar a través de la espiral del tiempo.

—Es una capacidad innata —me contó—. Los horóscopos, las lecturas de la mano, todo eso son accesorios que permiten esta capacidad, la hacen moverse y activarse. Si tienes esa capacidad, y te entrenas y la disciplinas y la ejercitas, la vuelves ágil y fuerte, puedes leer la narración del universo, y a veces ver adónde va la historia, alcanzar a ver el argumento futuro, porque ese futuro ya existe. Si eres un verdadero maestro, entonces nada se oculta para ti. Yo, yo tengo un don modesto. Y

si te hace sentir incómodo prestar atención a un *jyotishi*, si sientes que estás en manos de un fraude malvado, entonces solo piensa en mí como un amigo que ofrece consejo de vez en cuando, con la mejor de las intenciones. No me tomes demasiado en serio. Puedo equivocarme de vez en cuando, puedo malinterpretar las imágenes e intuiciones dispersas que tengo. Así que tómallo en lo que vale, Ganesh. Tal vez la información te sea útil. No confíes en ella sin corroborarla, trátala como cualquier otra que consigas.

Eso fue lo que dijo. Y después cogió pedazos de lo que iba a pasar y los dejó caer sobre mi regazo. No lo hacía todos los días, y no siempre tenía para mí información crucial, de la que salva vidas. Me dijo que un envío con retraso desde Rotterdam llegaría tal y cual día, y lo hizo. O dijo que uno de mis hombres tendría problemas de salud a finales de julio, y desde luego un idiota sucio crió una infección monstruosa de hongos entre los dedos del pie que al final le impidió caminar. Gurú-ji también cometió errores, en dos ocasiones lo que dijo no sucedió. Pero las otras cincuenta y dos veces sí lo hizo. Sí, lo conté, tomaba notas en una agenda. Los números me decían que lo que hacía era cierto, que no había mentido. Tenía talento. Puedes creerlo o no, como quieras, pero me resistí tanto como pude. Entonces creí.

En ese momento el teléfono de Gurú-ji zumbó. Me limpié las manos en los pantalones, y lo cogí. Marqué mi código cifrado de dieciocho dígitos, y me habló.

—Pensaba en ti cuando escribía el pravachan de hoy, Ganesh.

—*Pranaam*, Gurú-ji. Justo lo estaba leyendo.

—Lo sé.

Eso lo hacía a veces. Sabía lo que habías estado haciendo, lo que estabas pensando, lo que querías, pero te daba miedo incluso admitirlo ante ti mismo. Una vez, mucho tiempo atrás, estuve sujeto a ataques de escepticismo, pero toda mi incredulidad en forma de roca se hizo pedazos y quedo vencida por el estruendo de su perspicacia. Te conocía mejor que tú mismo, veía en el interior de tu vida, conocía tu futuro y tu pasado, y nunca enjuiciaba. Eso era lo más sorprendente de Gurú-ji, que él mismo era el hombre más *sattvic*, el que deseaba las cosas innobles de la vida menos que el propio Buda, pero nunca miraba por encima del hombro a aquellos de nosotros que todavía nos retorcíamos en las redes del deseo. Una vez le pregunté si mis *dhandas* le disgustaban, todos los negocios que hacía para ganarme la vida. Le pregunté por qué no intentaba hacerme abandonar aquellas actividades que el mundo llamaba criminales. Un tigre es maravilloso como tigre, me contestó, un tigre que intenta convertirse en una oveja vegetariana es una abominación lamentable. En *kaliyuga*, no hay actos simples, continuó, y nunca ha habido un camino claro hacia la salvación.

—Bueno, Gurú-ji —le dije ahora, sonriendo—. Estabas pensando en mí. ¿Qué piensas? ¿Estoy listo para el celibato?

Borboteó su risa gloriosa habitual, tan libre como un bebé en los brazos de su madre.

—Beta, eres un guerrero. Eres mi Arjuna. No solo necesitas a tu Draupadi, sino todos los demás regalos de la Tierra mientras caminas. Cerrarle el paso a tu propia naturaleza sería un crimen, y te volvería incapaz para el trabajo que has de hacer.

Le había oído decir todo esto antes, pero me gustaba escucharle. Había algo dorado en los timbres de su voz, algo denso, y se asentaba en mi pecho y me reconfortaba. Me tranquilizaba escuchándole, así que a veces le hacía preguntas solo para oírle hablar. Pero hoy tenía una pregunta de verdad.

—¿Has mirado los papeles, Gurú-ji?

Me refería a la carta astral y los datos de nacimiento de Jamila, la de metro ochenta, que le había mandado por fax a Dinamarca. Por supuesto él no tenía ningún problema con el hecho de que fuera musulmana, pero quería tener en consideración sus estrellas y su futuro.

Pude notar cómo sonreía.

—Eres impaciente, Ganesh.

—No, no, Gurú-ji. Sé lo ocupado que estás. No hay prisa.

—Ganesh, lo entiendo. Ha pasado un tiempo. Demasiado.

Había pasado tiempo desde que estuve con una mujer. Por supuesto, no compartía a las chicas comunes que llevaba para mis hombres. Para mí, Jojo solo enviaba casos especiales, y todos eran aprobados por Gurú-ji. Pero no era tan débil como para impacientarme con él.

—Gurú-ji, nada de eso. Esta es más interesante de lo normal, eso es todo.

—Estoy de acuerdo contigo, Ganesh. Sus estrellas y señales y líneas son de hecho muy interesantes. Esta mujer llegará lejos. Tiene inteligencia, pero más que eso tiene suerte. Cada vez que necesite algo, alguien que pueda proporcionárselo llegará a su vida. El camino se alisará y se construirá para ella.

—Pero ¿es afortunada para mí?

—Todavía no estoy del todo seguro. He estado mirando las cartas astrales, y en general encajan. Pero todavía no soy capaz de lograr una imagen de ellas. Algo aguarda antes de suceder.

—No hay prisa, Gurú-ji —contesté—. No hay problema.

Había primeros ministros y altos cargos haciendo cola para consultarle, pero él tenía tiempo para mí. Pensaba en mí, se preocupaba. A veces darme cuenta de ello me hacía un nudo en la garganta, como ahora. Oyó la emoción espesa en mi voz, y preguntó con amabilidad:

—¿Y cuáles son las noticias?

Por noticias se refería al drama cotidiano de los chicos y sus vidas. Se divertía oyendo hablar sobre ellos, sobre sus distracciones y sus pasiones, e incluso sobre los problemas de sus madres y hermanas, y el pleito que un tío había mantenido contra un hermano. Era un maestro reconocido, pero se interesaba por todo, por la corriente normalidad de sus problemas. Siempre le contaba sus historias, y él escuchaba con entusiasmo, y ofrecía comentarios y sugerencias.

—Gurú-ji, hoy tengo una entrega sólida. Arvind, mi *gadha* tortuga, ha decidido que está enamorado de una de las randis. Quiere casarse.

—¿De verdad? ¿Y qué piensas?

—He comprobado las cartas astrales. No hay grandes problemas.

—Cuéntame.

Leí en voz alta las fechas y horas y lugares, y cuando terminé él ya había visto en profundidad el caso.

—Esta chica es muy dinámica —comentó—. Este Arvind tiene fuerza e inteligencia, pero es bastante pasivo. Una personalidad muy *tamasaic*. La chica le mueve, le pone en movimiento. Tienes razón, no hay grandes complicaciones. Pero solo tendrán hijas. Y a él el hígado le dará problemas. Por lo demás las cartas se ajustan. Deja que lo hagan, Ganesh. Puede que los demás chicos se burlen, pero como líderes debemos tener amplias miras. Esta chica ha pagado las deudas de sus vidas anteriores, y ya es hora de que salga de esta vida de venderse a sí misma. Toda existencia es un movimiento hacia delante, de abajo arriba, y es nuestro deber ayudar en esta evolución. El matrimonio es una ocasión auspiciosa, y este será un buen matrimonio.

Una vez lo dijo, resultaba cierto de forma evidente y luminosa. Y fue la línea precisa que adopté con los chicos. Aquella misma tarde, después de despedirme de Gurú-ji, mandé llamar a Arvind y Suhasini y les di permiso, y una charla. Les dije que estaban iniciando un gran viaje, y que tenían que ser doblemente fuertes y discretos por los chismorreos que les perseguirían. En particular traté de recalcarle a ella la importancia de la obligación que tenía hacia su esposo, qué bueno y grande era lo que estaba haciendo él. Esa Suhasini tenía la altura delgada de Sonali Bendre, aquellas piernas largas, pero sus rasgos eran más duros, más oscuros. Escuchó con la mirada baja, pero pude ver en ella lo que decía Gurú-ji, esa energía grande. Desde luego, ahí había movimiento.

De modo que se organizó todo. En menos de una semana estaban casados. Por supuesto, llamé a Jojo antes de la boda y le conté lo que había decidido, y ella respondió:

—Gaitonde, por una vez en tu vida, estás haciendo algo completamente bueno.

También dio su bendición, y mandó un regalo para la pareja, pendientes de diamantes para ambos, con piedras de tamaño decente incrustadas en oro blanco. Dispusimos una sala, y se trajo un pandit desde Bangkok. Les di a los hombres un buen sermón, y les hablé de respetar la solemnidad de la ocasión, pero pude darme cuenta de que ellos mismos se tranquilizaron por la salmodia de los *shlokas*. La seriedad decidida de Arvind y Suhasini mientras se ataban el uno al otro calmaron incluso al borracho de Ramesh. Se sentaron con las piernas cruzadas, en un círculo pequeño, y observaron. Por mi parte, me volví melancólico. Las llamas zumbaban y me zambullí en ellas, en los recuerdos. Me dolió el pecho por mi Abhi, y volví a recordar cómo solía golpearme las mejillas con sus puñitos, y cómo me besaba



cuando se lo suplicaba.

Este estado de ánimo continuó incluso después de que hubiésemos mandado a la pareja feliz a su luna de miel, una semana en una casita en Koh Samui. Medité aquella tarde, moví mi respiración en círculos por el vientre, y sin embargo no fui capaz de sacudirme el mordisco de dientes de tiburón de la pesadumbre que flotaba por detrás de mí, apuñalándome en los talones. Encendí el televisor y encontré un canal indio. Una VJ rubia hablaba en hindi con acento y presentaba canciones rápidas. La apagué. Me tumbé en la cama despierto, pensando que aunque mis hombres vivieran cerca de mí, estaba solo. Estaban a metros de distancia, separados de mí solo por pasillos de metal y madera, y estaba solo. Con mis hombres siempre tenía que ser fuerte, ser su padre, distante y poderoso y a veces enfurecido. Aquellos a quienes podía contarles las historias de mis descontentos y añoranzas, todos esos estaban lejos. Solo estaba cerca de ellos en palabras, a través de la emisión y la electricidad. Estaba lejos de Gurú-ji, y de Jojo.

En ese momento él llamó. Mi Gurú-ji llamó.

Salté de la cama, descolgué el teléfono al segundo zumbido.

—¿Gurú-ji?

—Reúnete conmigo —dijo.

—¿Qué?

—Has sido un buen alumno, beta. He reflexionado sobre ello, y ahora creo que estás preparado para más conocimiento. Pero para llevarte más lejos en este camino, hacia los secretos de Paramatma, necesito iniciarte. Iré a Bombay la semana que viene, para *Ganesha Chaturthi*. Estaré allí dos semanas. Estoy haciendo una *yagna* muy grande, muy importante. La *yagna* más importante de mi vida, en realidad. Pero después de eso estaré una semana en Singapur. Ven y encuéntrate conmigo en Singapur.

Desde nuestra primera conversación, y en los meses siguientes, nunca me había encontrado con él. Había hablado con él, quizá más que cualquier otro de sus seguidores, y le había visto en televisión, pero nunca me había sentado con él, cara a cara. Ahora me estaba invitando, y yo estaba enfadado. No con él, sino con mi vida, conmigo mismo. Si estaba haciendo la *yagna* más importante de su vida en Bombay, durante la fiesta de Ganapati, ¿por qué no podía verle allí? ¿Por qué en Singapur, aquel infierno de limpieza que me aburría más que cualquier otro lugar en la Tierra? Bombay era la tierra que añoraba, y que era peligrosa para mí, pero también era mi Kurukshetra. Y él era mi Gurú-ji.

—Ganesh —dijo Gurú-ji con suavidad—, ¿puedes venir?

Y en ese momento lo entendí, me dio como una bala en el vientre. Sentí cómo la verdad me golpeaba y se alzaba en mi boca en forma de risa. Me estaba probando. Esta era mi última prueba.

—Gurú-ji, por supuesto. Le veré, lo arreglaré. En Singapur.

—En Singapur —repitió—. Te estaré esperando.

—Pranaam, Gurú-ji.

Colgué, desperté a Arvind del lecho de su luna de miel y comencé a hacer planes. Solo Arvind, y Bunty en Bombay, sabían adónde iba. El resto de los chicos pensaban que me marchaba en viaje de emergencia a Jakarta. Y Gurú-ji pensaba que iba a encontrarme con él en Singapur. Pero me había decidido. Iba a Bombay, a tomar parte en su yagna. Todo estaba planeado con meticulosidad. Estaba seguro de que el señor Kumar, mi astuto señor Kumar, tenía a su gente vigilándome. Me estaba prohibido entrar en la India. Me había vuelto muy valioso para la organización del señor Kumar, y había un riesgo grande para mí dentro del país, por Suleiman Isa y otros. También había riesgo para el señor Kumar y su gente: si me arrestaban en la India, quizá hablase bajo la presión policial, les contase a todos las hazañas que había hecho para el señor Kumar. Conocía estos peligros armados de mil formas, y por ello lo planeé con cuidado. Pero, incluso mientras lo hacía, me embargaba la admiración por Gurú-ji, por el hecho de que quisiera verme. Todo lo que tenía que perder era mi vida. Él arriesgaba su gran trabajo, su posición en el mundo, sus contactos con lo pequeño y lo enorme. Si me atrapaban, si se supiera de su relación conmigo, perdería su buen nombre, su honor inmaculado. Yo era un gángster, y él un santo. Y no obstante lo estaba arriesgando todo por mí, por mi vida de gusano miserable, que se arrastra. ¿Por qué? Me pregunté, y solo había una respuesta: me quería. Y de esa forma, incluso mientras Arvind y Bunty refunfuñaban por el riesgo, por la policía y mis enemigos y los agentes de inmigración y las balas, estaba alegre. Estaba seguro de mí mismo, no tenía miedo en la cuna suave del amor de mi Gurú-ji. Tres días después volé a Bombay en un vuelo de Lufthansa desde Frankfurt, con la cabeza recién afeitada, barba de tres días, gafas de montura de acero, pasaporte nuevo y una maleta llena de ropa de bebé para una sobrina inexistente. Tenía documentos de negocios y facturas, y mi tapadera era completa, y en inmigración me pusieron el sello para pasar sin pararme ni preguntarme, y estuve fuera en la acera sofocante, antes de que pudiese crearme que estaba de vuelta en Bombay. Le levanté una mano a Bunty por encima de las multitudes que esperaban a sus familiares, y entonces me reconoció con un sobresalto. No nos dijimos ni una palabra el uno al otro hasta que el coche hubo salido del aparcamiento y estábamos pasando a toda velocidad junto a los hoteles del aeropuerto.

—Esto es una locura —dijo Bunty—. Bhai, hay una *nakabandi* esta noche. Me han mirado bastante de cerca dos veces de camino aquí.

Alargué la mano y se la coloqué sobre el hombro.

—Al menos primero di hola —comenté.

Hizo un sonido que era algo así como una risa, lleno de nervios y tensión, y me agarró la mano.

—Lo siento, bhai. No puedo creer que hayas vuelto, y de esta forma.

—¿De qué otra forma iba a volver, chutiya? ¿En una alfombra mágica?

Negó con la cabeza.

—Esto era demasiado sencillo.

Estaba asustado de ir por su cuenta, sin sus guardaespaldas. Le había dicho que viniera desarmado y solo.

—Lo sencillo es lo mejor. ¿Por qué es la nakabandi?

—Hubo dos robos grandes en tiendas en los últimos dos días. Me han dicho que tienen alguna información sobre los ladrones, exempleados. De poca monta, bhai.

Así que nada que ver con nosotros. Aun así, había policías congregados cerca de las rejas de metal en algunos de los cruces. Tuvimos que pasar por dos de los registros cuando salimos a la carretera. Escudriñaban los coches que aminoraban la marcha, y en el segundo bloqueo uno de los policías alumbró con una linterna directamente mi cara. Nos hizo gestos para que siguiéramos. Bunty soltó la respiración como un resuello débil.

—Tranquilízate. Bunty. No me conocerán porque todos saben que estoy lejos.

—Has perdido peso, bhai, pero aun así...

En el barco seguía una buena dieta y hacía ejercicio con regularidad, me imponía a mí mismo un régimen para purificar el cuerpo, y de esa forma me había deshecho de los kilos de la cárcel y el matrimonio.

—Y tú has engordado —contesté.

Lo había hecho. Pasamos junto a un grupo pequeño de devotos que llevaban a rastras un Ganesha de metro y medio sobre un carro. Estaban bailando frente a Ganesha, hombres y mujeres y niños, al ritmo de dos tambores. Eran felices. Pude sentir en el cuello, en los hombros, ese antiguo jaleo del son del tambor.

—Ahora hay más jhopadpattis —comenté—. Mira esto.

Los enjambres de chabolas se habían acercado hasta la carretera, donde recordaba con claridad arceños vacíos y matorrales.

—¿De veras, bhai? A mí me parece igual.

Llevaba fuera más de dos años. Nada me parecía igual. Bajo la luz naranja de las farolas, las barriadas dormían un sueño intrincado, más oscuro y más numeroso de lo que recordaba. Pasamos por el lado de una hilera de camiones descomunales pintados de rojo y verde brillantes, y después atravesamos un mercado donde a cada extremo rezumaba una montaña de basura vegetal. La basura debía de haber estado siempre ahí, pero me percaté en ese momento. Había muchas más construcciones nuevas, edificios más altos, uno blanco con pilotes gigantescos de hormigón contruidos a su alrededor para sostener tres plantas nuevas sobre las cuatro ya existentes.

—Ese es uno de los trabajos nuevos extra-*FSI*, bhai —comentó Bunty.

Algunos constructores habían untado a algunos burócratas, que encontraron una rendija en las reglamentaciones para toquetear el Índice de *FSI*, así que de repente surgían esos extraños artefactos con patas de grúa por toda la ciudad.

—Tres pisos nuevos enormes —repliqué—. Eso es mucho dinero.

—Conocemos al propietario —contestó Bunty, sonriendo—. Se ha vuelto amigo nuestro.

Había contribuido a mi facturación, este comprador del FSI, sin embargo me sentí un poco inquieto por esta nueva moda.

—No querría vivir en la planta baja de esa cosa —le dije a Bunty—. Estas patas parecen palillos.

Resopló una risa prolongada.

—Si se viene abajo, bhai —respondió—, mucho mejor. Entonces puedes volver a construir, sin tener debajo ese edificio viejo. Quizá deberíamos arreglarlo. Lo construiría para ganar el doble del precio de venta, mejor para nosotros.

—Chutiya —le solté, pero sonriendo.

Todas las vallas publicitarias anunciaban empresas de Internet y páginas web en caracteres llamativos, inclinados hacia delante, que prometían rapidez. Grupos de autorickshaws se asentaban con los morros pegados como insectos bulbosos. Noté que se me ocurría eso, insectos, y pensé: he estado fuera demasiado tiempo.

—Aquí —indicó Bunty.

Había organizado una habitación para nosotros en la parte trasera de una casa en Santa Cruz. La calle era muy tranquila, y el casero era un comerciante de muebles con dos hijas en edad escolar, muy ortodoxo y respetable. Teníamos dos camas individuales, una mesita y un baño limpio. Bunty arrugó la nariz.

—¿Todo bien, bhai? —preguntó, aparentando estar preocupado por mí.

Pero era él quien había adquirido gustos elevados, con sus nuevos ingresos y su nueva estatura.

—Por mí está bien —contesté—. Vamos a dormir.

Le desperté a la mañana siguiente a las seis. Gruñó cuando vio la hora, pero fui despiadado. Le levanté, y salimos, y recorrimos la calle hasta un restaurante. Bebimos chai de la primera olla del día, y comimos *idlis*. Una fila de gente que iba a la oficina esperaba en la parada del bus en la calima de polvo que levantaban los autobuses y los coches. Los colegiales pasaron por nuestro lado, balanceando sus carteras. Estaba contento de ver la escena, era como una fiesta para mí. Pero a las ocho y media envié a Bunty a traerme un escúter. Protestó.

—Arre, ¿por qué, bhai? —contestó—. Yo te llevaré en coche.

—No vas a llevarme —le dije—. Y quiero un escúter.

Quería discutir conmigo, pero le lancé una mirada que lo dejó callado. Se fue. Por supuesto estaba preocupado por su sustento y su futuro, que se reduciría considerablemente si me metían en una celda otra vez, o me mataban. Pero también me quería. Para entonces habíamos transitado juntos muchas batallas, y yo había hecho de él un hombre establecido, con esposa y dos hijos y responsabilidades e inversiones y dinero. De modo que me odió un poco en ese momento, por hacerle arriesgarlo solo en una habitación en Goregaon sin armas ni guardaespaldas. Pero a las nueve y media tenía un escúter para mí en nuestra habitación, una Vespa verde con extravagantes retrovisores plateados.

—Tuve que tomarla prestada de alguien —dijo disculpándose.

—Los mamus me pararán solo por esos espejos —contesté—. ¿Tu amigo cree que tiene una moto de carreras?

Pero incluso conducir una Vespa me resultó difícil, habían pasado muchos años desde que lo había hecho. Patiné incluso al arrancar, y Bunty corrió detrás de mí hasta que le hice gestos para que se fuera. Los primeros diez minutos fueron espantosos, pero sonreí por la velocidad, y aspiré el viento entre los dientes. Pasé junto a tres mandaps con Ganeshas altísimos, todos ellos de color naranja brillante, radiante. Para cuando llegué a Juhu ya iba bien, me deslizaba entre los coches con total confianza, y cambiaba las marchas sin complicaciones. Era pulcro. Me veía a mí mismo en los retrovisores, y era un hombre resuelto pasando un buen rato por la mañana. Estaba en Bombay, y no tenía miedo. Iba hacia mi Gurú-ji.

Pero cuando llegué a la *yagna-sthal* en Andheri West me quedé clavado. Habían colocado bandobast de la policía a sesenta metros de distancia, y no dejaban pasar a ni un solo taklu en escúter. Tuve que aparcar, y caminar con otros cientos de devotos hacia la mansión. La casa pertenecía a un productor de cine seguidor de Gurú-ji, un hombre con buenos contactos políticos y muchas propiedades en Bombay. El terreno abierto frente a la casa había sido vallado y cubierto con una serie de shamianas abiertas por los lados. La disposición era impecable, con avenidas amplias, rectas, entre las shamianas y sadhus guiando a los devotos a los asientos adecuados. Había aparatos de televisión dispersos por las shamianas, y buenos altavoces, de forma que podías estar sentado lejos del estrado principal —como estaba yo— y aun así ver a Gurú-ji y lo que hacía con bastante claridad. Pero él todavía no estaba allí, solo un grupo de sus sadhus organizando los materiales de la yagna en el estrado. Apareció exactamente a las once, haciendo rodar su silla de ruedas con tuerza por el pasillo central, seguido por un grupo de sadhus. Habían construido una rampa que subía al estrado, y fue por allí. Me descubrí a mí mismo de pie, bailando, codo con codo con mis compañeros devotos, gritando «Jai Gurudev». Él nos dejó sumergirnos en el cántico, y después levantó las manos. Nos callamos.

—Sentaos —dijo, y por sí mismo fue de la silla de ruedas a su asiento frente a los micrófonos. Tenía brazos fuertes, pude verlo.

Nos habló del sacrificio, del altar. Las dimensiones del altar tenían que basarse en la medida de quien sacrificaba: la longitud de la articulación media del dedo medio de quien sacrificaba era una *angula*, y ciento veinte angulas conformaban una *purusha*. Los sadhus tuvieron que extender un cuadrado de igual longitud que dos purushas, o doscientas cuarenta angulas.

—¿Quién era quien sacrificaba? —preguntó Gurú-ji—. ¿Quién será el que sacrificará? Nosotros solo somos los sacerdotes, pero ¿quién será el *yajman*? —Se detuvo, y después contestó su propia pregunta—: En los tiempos antiguos, los emperadores *chakravartin* eran los mecenas de este sacrificio al que nos dedicamos. Pero la época de los emperadores ha pasado. ¿Quién es el emperador hoy? ¿Quién tiene poder, quién dirige? Sois vosotros. Vosotros, el público. El poder fluye de

vosotros, de vuestros votos. Así que, hoy en día, vosotros sois quienes sacrificáis, el yajman. El público es quien sacrifica. Todos y cada uno de vosotros sois quienes sacrificáis. De forma que hemos calculado una media científica. De una muestra de dos mil hombres indios de todo el país, de cada estado, nuestros doctores han tomado medidas precisas, y utilizaremos la media como nuestra angula. Vosotros, amigos míos, sois nuestra purusha.

De ese modo, empleando cuerdas y varillas, y orientándose hacia el sol, los sacerdotes extendieron el cuadrado, y sus periferias, y sus círculos entrelazados. Mientras tanto, Gurú-ji nos hablaba sobre el sacrificio. Nos contó cómo el universo se creó mediante un sacrificio, cómo los dioses sacrificaron a Purusha y de sus extremidades y su carne nació toda la creación. Todo lo que existe, todo lo que ha sido y será se crea por ese primer sacrificio. En cualquier sacrificio, quien sacrifica emula aquella primera gran ofrenda del yo, aquella primera inmolación. Quien sacrifica ensaya aquel sacrificio, y al hacerlo así mantiene el universo.

—En el sacrificio, quien sacrifica se convierte en Purusha, se convierte en el ser original que se dividió a sí mismo para crear todas las cosas. Puesto que eso es así, propiamente dicho, al final del sacrificio el yajinan debería inmolarse a sí mismo. Si él es Purusha, debería morir para dar vida. Pero no os pediremos eso, y no es así como se ha realizado el sacrificio desde hace muchos años. En lugar del ser, ponemos en el fuego sagrado ciertos objetos que son dignos del sacrificio. En lugar de humanos, durante un tiempo se sacrificaron vacas, y caballos, y cabras y carneros. Utilizaremos algunos cereales, algunas flores, algunas hierbas. Pero recordad: mientras las arrojemos al fuego, lo que estamos sacrificando es el yo. Si vosotros sois el yajman, todos vosotros, entonces lo que estáis sacrificando son vuestros propios seres, vuestros cuerpos, a vosotros. Lo que colocamos en el fuego son meros sustitutos, que los dioses aceptan. Lo que se sacrifica sois vosotros. Sois Purusha. Debéis morir, para que el universo pueda vivir.

Mientras tanto, los sacerdotes construían el altar. Los observábamos por los televisores. En un lugar sobre el terreno medido y orientado de forma precisa, pusieron un loto. Encima de eso colocaron un disco de oro. Representaban las primeras aguas y el sol. Sobre ello equilibraron con cuidado una pequeña figura dorada, que era Purusha, que era el yajman, que éramos nosotros. Sobre Purusha construyeron el altar, en cinco hileras de ladrillos, con la forma de un águila grande.

—Un águila trajo primero la *soma* sagrada del cielo a la tierra —nos contó Gurú-ji—. Y de esa forma, a través del sacrificio, volveremos a empaparnos de esa felicidad divina. A través del vuelo del sacrificio, saborearemos el conocimiento. Conoceremos el yo, y el universo.

bajo la lona de color de las carpas había una luz blanca, lúcida. Era un día nublado, bastante frío para tratarse de un día mucho después del monzón. Había tranquilidad en la multitud. La gente venía y se sentaba, pasaban unos por el lado de otros con una mano amigable sobre el hombro, se marchaban cuando tenían que

hacerlo. Sosteniéndonos a todos estaba la voz tranquila de Gurú-ji, tan profunda como el mar, y las oleadas lentas de los shlokas, eternos y constantes e incontenibles. Gurú-ji traducía y nos explicaba algunos de los shlokas:

*El sacrificio es un telar.*

*Sus muchas hebras son estos rituales.*

*Los Padres se sientan junto al telar y tejen el tapiz.*

*Gritan: «¡A lo largo! ¡En diagonal!».*

*Este Hombre desenrolla la hebra y la coloca sobre el telar,*

*hace una marca en la barra del cielo.*

*Y se sujetan las estacas a este altar.*

*En este telar que abarca el cielo,*

*los himnos sama son los puentes aéreos,*

*resplandeciendo hacia atrás y hacia delante.*

—Cada dios se cubría con una métrica poética —explicaba Gurú-ji—, y esta métrica se convertía en la fuente de su poder como sacrificador. A Agni lo envolvió la métrica de Gayatri, y a Savitar la de Usnih. La energía de Indra procedía de la Trishtubh. La métrica *jagati* emocionaba a todos los dioses. De modo que a partir de la métrica, a través del sacrificio, desde esta urdimbre y trama, este tejido, esta geometría, esta forma, esta poesía, nacía el universo.

Sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo, anónimo y solo, pude ver —en la pantalla de cine de mi mente— aquel momento de creación, cómo los cánticos se deslizaban unos contra otros como ghi y sándalo, las chispas acaloradas de las métricas, las llamas del universo que nacía.

—Cuando sacrificamos —prosiguió Gurú-ji—, cuando cantamos, cuando permitimos que las métricas nos emocionen, tejemos el mundo. Somos creadores. Preservamos todo lo que es, lo sujetamos, lo hacemos. Somos el universo.

De vuelta en nuestra habitación, Bunty tenía una buena cena esperándome, traída de la cocina de su esposa. Mientras comía hablamos de negocios, y di instrucciones e hice preguntas. Para entonces los chicos en el yate probablemente habían entendido que no estaba en Jakarta, que no estaba disponible en el teléfono de allí, pero nadie podía imaginar que estaba aquí, sentado en una yagna en Andheri o comiendo *parathas* en Santa Cruz. Me enviaron informes, y Bunty anotó mis órdenes para transmitirlos. En cuanto a nuestro trabajo para el señor Kumar, nuestros hombres ya estaban en Londres, en casas seguras, esperando al mulá. Le dije a Bunty que

protegiese nuestras comunicaciones con ellos, que se ocupara de las armas y la logística. Por mi parte, dormí un sueño profundo, largo, un sueño tan confiado y feliz como el de un niño querido y bien alimentado que sabe que se despertará en medio del cuidado y el amor y la risa. Sonreía incluso cuando desperté.

Regresé con Gurú-ji. Aquel segundo día fui temprano, una de las primeras personas en el maidan, aparte de los policías y los voluntarios. Logré llegar a la primerísima shamiana, y encontré un asiento detrás de la sección VIP, muy cerca del altar. Los sadhus estaban sentados junto al fuego, que no se había apagado, que no se apagaría durante doce días. La yagna había continuado durante la noche, provista de equipos de sacerdotes. Pero ahora, por la mañana, solo estaban comenzando a encender los altavoces. A las once, a las once en punto, llegó Gurú-ji. Entonces pude verle de cerca. A veces, cuando aparecía en programas de televisión, llevaba trajes estilo Nehru, chaquetas confeccionadas con gusto exquisito pero sencillas de lino y seda. Yo mismo había mandado hacerme algunos, similares en línea y corte. Pero hoy llevaba un dhoti blanco, y una tela totalmente blanca colocada sobre un hombro fuerte, dejando el otro desnudo. Llevaba el pelo recogido hacia atrás. Era apuesto. Tenía sesenta y cuatro años, pero su piel era tersa y clara, sus ojos estaban alerta y vivos.

—Este es un sacrificio que incluye a todo tipo de persona —nos explicó ese día—. No solo es un sacrificio para rishis o *munis* o emperadores. Tanto si eres de los sectores más elevados de la sociedad o de los más bajos, puedes participar en nuestro sacrificio Sarvamedha. Os invitamos a todos. Sois el jayman. Pero debéis dar. Ese es el significado del sacrificio Sarvamedha. Debéis darlo todo. Sarvamedha es el sacrificio universal, es el sacrificio total. En los viejos tiempos, todo tipo de animal era sacrificado a los dioses durante este sacrificio, y humanos de toda condición, de toda profesión, se ofrecían a sí mismos al fuego sagrado, morían durante el Sarvamedha y eran bendecidos. En los viejos tiempos, brahmanes y sastres, *dhobis* y guerreros, todos eran inmolados en el fuego del Sarvamedha. En los viejos tiempos, el yajman del sacrificio Sarvamedha daba todas sus posesiones como pago, todo lo que poseía. Cuando el padre de Nachiketas vaciló acerca de todo, el propio Nachiketas le recordó al padre que el hijo era su última posesión. Nachiketas se ofreció a sí mismo a la muerte, y de ese modo logró el cielo para su padre, y a través de su confrontación con la muerte nos reveló los secretos de la muerte, y de la vida. La sabiduría pertenece a aquellos que pueden quemarse a sí mismos, y de ese modo descubrir el verdadero ser.

Se produjo un silencio absoluto en las shamianas, una pausa en la que se aguantó la respiración mientras escuchábamos. Y Gurú-ji se rió.

—No os preocupéis —continuó—. No os pediré que ofrezcáis a vuestros hijos, y no os pediré que os lancéis a este fuego.

El fuego brincaba sobre las cabezas de los sacerdotes.

—Los tiempos han cambiado. Completaremos el Sarvamedha, y sacrificaremos



animales y humanos, todas esas vidas. Pero lo haremos simbólicamente. Sustituiremos. Arderéis, pero solo en efígie, solo mediante un modelo vuestro. Como este.

Levantó la mano, con la palma hacia arriba, dejando ver una pequeña figura humana. Con el movimiento de su mano reparé, a través de las llamas y el trayecto, en un policía. Debía de haberle visto antes, en la bandobast de afuera y bajo las carpas, pero en ese momento me fijé en él. Era un sardar, llevaba un turbante alto de color caqui con una patka verde por debajo. Acababa de escoltar a alguien hasta el recinto VIP, y estaba retrocediendo, pero en aquel momento se giró para escuchar a Gurú-ji. Por un momento fugaz, de la duración del chasquido de una llama, el policía y yo cruzamos nuestras miradas. Y después volvimos a mirar a Gurú-ji.

Mientras los sacerdotes salmodiaban, Gurú-ji lanzó la pequeña figura al fuego. Así, de esa manera, durante toda la tarde y el día siguiente, moldes pequeños de vacas y toros y hombres y mujeres —hechos de azúcar cristalizado o cal— fueron arrojados al fuego sagrado. La conflagración era aromática y enorme. Estaba bastante cerca para oírla. Tenía un ritmo constante, esta música.

Aquella tarde, esperé mucho en una cola larga para ver a Gurú-ji. A las once, dejó el altar y se retiró a la casa del productor de cine para pasar la noche. De las once hasta la medianoche, recibió a miembros del público en audiencia privada. Había una cola que se extendía desde la puerta de la casa y daba la vuelta al maidan dos veces. Yo estaba en algún lugar por el medio. A medianoche la policía apareció por el maidan para decirnos que Gurú-ji tenía que dormir, para decirnos que nos fuéramos a casa. Se produjo un gran quejido, pero la gente se dispersó con facilidad, sin protestar. Podíamos imaginar lo cansado que estaba Gurú-ji, cómo incluso su fuerza enorme debía de sentirse cansada por un día entero hablándonos, llevándonos por su viaje. La policía pareció aliviada. Ellos mismos estaban cansados, y estaban acostumbrados a la energía de empujones y caídas de las procesiones de Ganapati, donde miles de hombres jóvenes vestidos con calzoncillos y banians bailaban para Ganesha, borrachos de sudor y fraternidad y tragos furtivos de cerveza y bhang. Pero nos fuimos a casa en orden, todos nosotros, los seguidores de Gurú-ji.

Bunty estaba esperando en nuestra habitación, con comida y sus teléfonos móviles. Nos ocupamos del negocio.

—Bhai, mi esposa cree que tengo otra mujer —me dijo Bunty cuando terminamos con las llamadas—. No dejo de decirle que solo es que ahora mismo estoy muy ocupado, que tengo que hacer trabajos nocturnos especiales, pero me vio coger para ti algo de su encurtido de adrak, y ahora está convencida de que alimento a mi mujer con comida de su cocina.

Sonreía, pero yo conocía a su Priya, que era una panjabí regordeta con educación de colegio de monjas y el aspecto de un tanque de Patton. Bunty había tenido otras mujeres, por supuesto, pero de forma muy discreta. Tratar con una Priya enfurecida por tener que cuidarme era una prueba de su dedicación total.

—Tendré que darte una prima doble en Diwali, beta —contesté—. Cómprale brazaletes.

—Una prima triple —replicó—. Ha estado impresionante esta tarde. En medio de Red Fort, bhai. Y no se ha contenido. He tenido que darle en la oreja, para que se callara.

Aquel año, para la fiesta, habíamos gastado un crore y medio para construir una réplica de Red Fort, completa con el fastuoso Trono del Pavo Real, sobre el cual se sentaba Ganesha. Habíamos utilizado mármol de verdad para los suelos, e incluso el tallado era el mismo, tomado de fotografías. La gente acudía de todo Bombay hasta Gopalmath, para ver nuestro Red Fort, fue un éxito enorme, más grande y mejor que cualquier otro *pandal* de la ciudad. Imaginar a Bunty y a Priya discutiendo en medio de la sala darbar era divertidísimo.

—Tu Priya debe de tener a los mogoles revolviéndose en sus tumbas. Deberíamos mandarla a Pakistán, acabaría con todos esos bastardos de la banda-S.

Bunty tuvo que agarrarse el estomago ante la idea de que Priya cruzase la frontera. Cuando pudo hablar, dijo:

—Todo el mundo en Gopalmath se acuerda de ti, bhai. Los chicos creen que estás en algún lugar de Europa, pero todos quieren darte las gracias, al menos por teléfono.

Negué con la cabeza.

—Diles que pienso en ellos. Pero ningún contacto externo, Bunty. Este es mi momento con Gurú-ji.

Era cierto: ni siquiera había llamado a Jojo una vez, y sabía que debía de estar preocupada. Sabía que me había ido de viaje, pero en todos mis viajes la llamaba. Esta vez no lo había hecho. No podía evitarlo. Necesitaba concentrarme, purificarme. Y de esa forma los días pasaron entre oraciones y meditación. Cada día iba temprano al maidan, para conseguir un buen sitio. Cada noche me quedaba hasta tarde, haciendo cola para conseguir una darshan personal de Gurú-ji, como cualquier otro seguidor. Pero éramos demasiados, simplemente demasiados, y nunca había suficiente tiempo antes de medianoche para que pasásemos todos. Pero tenía paciencia, y regresaba al día siguiente. Gurú-ji nos guiaba a través del sacrificio, y pasé los días escuchándole, sus explicaciones de los Vedas y los Brahmanas. Sabía que aprendía cosas nuevas cada día, y cada día me sentía más ligero dentro de mi cuerpo, como si me estuviese quitando algún sedimento espeso. O, como Gurú-ji decía en sus discursos, alguna parte de mi karma ardía en el fuego del sacrificio.

—Incluso hueles mejor —me dijo Bunty la onceava mañana.

—¿Quieres decir que antes olía mal, bastardo?

Pero sonreía. Podía oler la mejora yo mismo. Tal vez solo era que el humo del

*samagri* que ardía por el sacrificio había penetrado en mis poros, o quizá así era como se suponía que olía un alma aliviada. Le abracé, y me fui en el escúter. Tararéé la canción de una película, una canción *koli*: «*Vallavh re nakhva ho, vallavh re Rama*». En el terreno, me aposenté en lo que se había convertido en mi asiento habitual. A esa hora de la mañana, cuando las carpas estaban vacías, con los altavoces y los televisores apagados, de verdad me sentía como el yajman, como si fuera todo para mí.

—Hoy has llegado incluso más temprano.

Era el inspector sardar. Estaba de pie justo detrás de mí, con los pulgares dentro del cinturón, haciendo que la camisa quedara más arreglada. Y sí, claro que eras tú. Sartaj. Eras tú con un uniforme caqui recién planchado y un pagdi alto, y estabas sonriendo. Pero entonces solo conocía al inspector sardar. Me hacía gracia, era simpático, ese inspector.

—Tengo que venir temprano —contesté—. O de lo contrario tendría que sentarme atrás del todo.

Mantuve la voz en tono afable.

—Puedes ver esos televisores incluso si estás muy atrás —comentó—. En los primeros planos puedes verles cada pelo de la nariz.

Inclinó la barbilla hacia los sacerdotes. Era un sardar atractivo, este tipo, y muy elegante con su patka azul y calcetines a juego.

—No es lo mismo en absoluto —repliqué, e incluso mientras lo decía me di cuenta de que estaba siendo demasiado cortante, demasiado brusco.

Tenía que ser deferente, como un miembro normal del público cuando se encontraba con un policía. Había pasado mucho tiempo desde que le tuve miedo a un inspector, pero ahora tenía que actuar.

—Lo que quiero decir, Sardar saab, es que hoy en día la gente cree que puede obtener darshan por televisión o por teléfono. Pero solo se consiguen todos los beneficios de la darshan si la logras cara a cara, mirando a los ojos. La mirada de Gurú-ji tiene que entrar en ti, su voz tiene que llegarte. No le había visto antes, y puedo decirle que he cambiado en estos últimos días. Todo lo que he visto en televisión desde lejos no suma un momento de darshan auténtica. Ver el Templo Dorado en fotografía es una cosa. Ir a Amritsar es otra cosa completamente bendita.

—¿No eres de Bombay?

Utilizaba el truco de policía de hacer preguntas repentinas, y aquella mirada calculadora. Y bajo toda aquella belleza de estrella de cine *chikna*, la brutalidad implacable nacida de miles de interrogatorios. Conocía a los de su clase.

—Originariamente, no. Pero me trasladé aquí hace algunos años.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en una empresa de importación y exportación.

Después de todo, lo había convertido en una sesión de pregunta-respuesta, el bastardo desconfiado. Típico, típico. Con mucha suavidad me giré hacia la yagna.

Pero aún no iba a dejarlo estar.

—Te he visto antes en alguna parte —comentó—. Me resultas familiar.

Me quedé muy quieto, ni siquiera me permití ponerme tenso. Le miré por encima del hombro y sonreí:

—Tengo una cara muy familiar, saab —contesté.

Había seguido afeitándome la cabeza y dejando que me creciera la barba. Yo mismo parecía uno de esos mulás afganos. En mi espejo resultaba de lo más desconocido para mí mismo. Pero este maderchod tenía buen ojo.

—La gente siempre me dice que me parezco a alguien que conocen. Mi mujer solía reírse de eso.

—¿Solía? ¿Ya no lo hace?

Estaba atento, este inspector chikna, y no era el sardar de cerebro espeso de todos los chistes. Tenías que andarte con mucho ojo con él.

—Está muerta —respondí, muy calmado—. Murió en un accidente.

Él asintió, apartó la mirada. Cuando volvió a mirarme era el inspector maderchod de nuevo, pero yo había notado aquel pequeño pestañeo de compasión. También podía ser agudo. También había aprendido a interpretar a los hombres.

—Usted también ha perdido a alguien —apunté—. ¿A quién, su esposa?

Me devolvió una mirada dura, fulminante. Era un hombre orgulloso, por supuesto, y de uniforme. No iba a contarme nada.

—Todo el mundo pierde a alguien —respondió—. Eso es lo que pasa en la vida.

—Si entra bajo la protección de Gurú-ji, todo este dolor pasará.

—Quédate con tu Gurú-ji —contestó, pero volvía a ser amable, con una sonrisa muy pequeña.

Levantó la mano, y caminó hacia la parte de atrás de las carpas, a sus obligaciones. Gurú-ji llegó puntual a su hora de costumbre, y ese día nos condujo hacia el final del sacrificio, su cumplimiento.

—Hemos realizado juntos un gran viaje —comenzó—. Durante todos estos días habéis caminado conmigo. Participando en esta gran yagna, habéis quemado la inercia de cientos de vidas pasadas. Como yajmans de este sacrificio, acumularéis sus beneficios, sus poderes. Pero recordad lo que os conté sobre el Sarvamedha: el yajman lo da todo. Para sacrificaros vosotros mismos, debéis sacrificar vuestros apegos. Así que, hoy o nunca, dad. Dad algo de vosotros mismos.

Era un día caluroso, el último día del Sarvamedha. Después de muchos días encapotados, hoy el sol consumía la neblina y se deslizaba por las carpas, y hacía que franjas relucientes y encendidas se movieran por nuestras piernas, nuestras cabezas. El humo fragante se acumulaba y espesaba, y los shlokas nos atravesaban, y la voz de Gurú-ji se reunía en mi pecho, y la multitud estaba apretada ese día, y el sudor me goteaba por los hombros, y había mucha gente llorando. Sí, yo también lloraba. No estaba triste, no sufría. Era feliz, y sollozaba. Di lo que llevaba en la cartera, y mi reloj. Durante los días del sacrificio, los devotos habían hecho donaciones, habían

dejado dinero y objetos de valor en las casetas esparcidas entre las carpas. Pero hoy lo dimos todo. Vi mujeres dando sus joyas, sus mangalsutras, y hombres luchando contra anillos de oro y diamantes en dedos hinchados. Aquella tarde nos convertimos en verdaderos yajmans, y sentimos el poder del Sarvamedha.

Después terminó. A las diez en punto, Gurú-ji juntó las manos en un pranaam para todos nosotros, e inclinó la cabeza. Y después regresó a la casa. Aquella noche estaba cerca del comienzo de la cola para la darshan. Lo había planeado y me había asegurado, y sin embargo tras esperar una hora me quedó claro que no lo lograría. Aquel día acudió toda la gente VIP, había un ministro del Interior y dos actores y tres actrices, y magnates de los negocios y presentadores de noticias de televisión y productores de cine y un general. Sus coches llegaban uno detrás de otro y formaban un grupo reluciente frente a la casa, y nuestra cola apenas se movía. Para la gente corriente, la darshan llegaba muy lentamente, y aquella noche yo estaba entre la gente corriente. Esperé. Faltaba muy poco para la medianoche.

—¿Aún no has visto a tu Gurú-ji?

Era el inspector sardar. Era alto, me pasaba una cabeza. La placa negra que llevaba en el pecho me dijo su nombre en letras blancas: «Sartaj Singh».

—No —respondí—. Hoy, hay demasiada gente importante allá arriba.

Me encogí de hombros. Estaba tranquilo, pero bastante agotado, notaba las piernas como fallidas, y estaba un poco mareado. —El inspector también parecía exhausto. Tenía manchas oscuras en la camisa del sudor del día, y bajo las luces blancas de tubo no era tan chikna, solo demacrado y grande y cansado. Me examinaba con recelo impersonal de policiya. Después dijo:

—Vamos.

Me llevó más allá de la parte delantera de la cola, a través de los Toyotas y BMW aparcados e hileras de policías y seguridad privada. Saludó con la cabeza a un inspector que estaba de pie junto a las puertas dobles enormes de la casa del productor, y después atravesamos la sala abarrotada, y un pasillo revestido de mármol. Sartaj Singh habló con un agente, y después recorrimos otro pasillo atestado de sadhus y devotos, y salimos a un jardín. Fuimos a la parte delantera de la cola. Había tres sadhus alineados cerca de la entrada, dejando pasar a los devotos uno a uno. Y más allá de ellos, en el centro del jardín, el perfil inconfundible de Gurú-ji, sentado en su silla de ruedas, hablando con una mujer.

—De acuerdo —me dijo Sartaj Singh cerca del oído—, te he traído hasta aquí. Ahora ocúpate de ti mismo —espetó a los sadhus—: Es el siguiente.

Noté su palmada en mi espalda, pero antes de que pudiera siquiera girarme a darle las gracias, se había ido. Me ocuparía de mí mismo, sí. Miré con calma al séquito de Gurú-ji, y di un paso a la derecha y me coloqué directamente delante de ellos. Iba a ser el siguiente. Había un sadhu firangi alto, rubio, que parecía ser el jefe, y le sonreí con simpatía y le miré fijamente hasta que me devolvió una sonrisa dubitativa. Podía hacer cola por Gurú-ji, pero sabía cómo hacer que lacayos pequeños supieran que iba

muy en serio.

Tras todos los días de espera, ahora había una pausa de solo dos minutos. La mujer que estaba con Gurú-ji se levantó, se dio la vuelta, y me deslicé por el lado del sadhu firangi. Estuve con Gurú-ji en un momento, al fin solo con él. Me arrodillé frente a él, le toqué los pies, le toqué los pies con la cabeza.

—Jite raho, beta —saludó, y me puso una mano sobre la cabeza—. Ven, ven.

Me hizo levantar, moverme hacia la silla. Me senté. Sabía que estaba sonriendo como un niño feliz, como un loco contento, de buen humor. Me senté, con las manos apretadas sobre el regazo, sonriéndole.

—Dime qué quieres —pidió—, qué necesitas.

Me eché a reír.

—Ahora no necesito nada, Gurú-ji. Solo quería estar contigo.

Me reconoció al instante. Habíamos pasado horas juntos por teléfono, y conocía mi voz tan bien como yo la suya. Se mantuvo sumamente controlado, y no hubo ni un estremecimiento, ni un parpadeo de sorpresa, ni un pestañeo. Solo un momento muy largo cuando me miró, me dirigió una mirada severa que me atravesó, y yo le devolví la mirada. Se inclinó hacia un lado, cambió de postura en la silla de ruedas para verme bajo la luz, y levanté la cara para que pudiera verla completa.

—Ganesh —dijo—. Ganesh.

—Vine, Gurú-ji.

Lo dije, pero en ese momento me sentí nervioso. Era muy impenetrable, completamente quieto, duro como el trueno. No podía decir que estuviese satisfecho, y temí que se hubiera enfadado. Me había arriesgado, por supuesto, pero también le había puesto en peligro a él. Lo había puesto todo a prueba.

—Vine porque quería ser parte de tu yagna.

—¿Y has estado todo el tiempo aquí?

—Cada día. De principio a fin.

Entonces cambió. Fue cálido, como un sol repentino. No se había movido, y sin embargo noté cómo me envolvía.

—Eres un idiota, Ganesh —susurró—, pero un buen idiota.

—Dijiste que era la yagua más importante de tu vida —continuó—. Así que tenía que venir, Gurú-ji.

Alargó la mano y me dio una palmada, con suavidad, en la mejilla.

—Bachcha, viniste porque te llamé.

—Sí.

—Este Sarvamedha era una especie de iniciación para ti.

—Sí.

—Me alegra que hayas venido, Ganesh. Pero ahora debes salir de aquí, del país. Hay demasiado riesgo.

—Sí.

—Pero antes de que te vayas, tengo una pregunta que hacerte.

—Pregunta, Gurú-ji. Contestaré.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Sus palabras fueron un infierno que comenzó en un lugar duro y muy profundo en mi interior, y el ardor rojo creció y explotó y me salió por los ojos, y ardí hasta vaciarme. Ni siquiera quedaron cenizas, ninguna ceniza que llevarme del altar, simplemente se produjo una combustión en mí y donde yo estaba quedó un vacío. No más Ganesh Gaitonde. Había ocultado algo de manera tan profunda, tan segura y detrás de barreras inexpugnables que incluso yo casi había olvidado que estaba allí. ¿Cómo podía excavar en mi carne este hombre que tenía enfrente y encontrar aquella esfera diminuta y con caparazón, que contenía en su interior la energía enorme de una bomba al explotar? En aquel momento, no tenía cabeza para preguntar, o responder, pero sabía que Ganesh Gaitonde había sido simplemente destruido. Ya no existía. Había ocultado a mi padre para siempre, incluso ante mí mismo, y había olvidado a mi madre. Pero ahora Gurú-ji preguntaba, sabía que algo sucedió. Y mi respuesta habitual —«Mi padre falleció, mi madre falleció»— ya no resultaba posible. Él la había resquebrajado, y no era posible cerrar la grieta. Así que me quedé callado.

El me acercó a su lado. Yo estaba flácido, no tenía fuerza para resistir. Me senté en el suelo, con el hombro contra su rodilla. Colocó una mano sobre mi calva, y sentí cómo la amplitud de su palma me acunaba.

—Veo un muro amarillo —dijo—. Veo sangre, una corriente delgada de sangre que desciende por el muro y gotea hasta el suelo.

Lloré. Lo sabía, de alguna manera Gurú-ji lo sabía, y no podía ocultárselo.

—Pero eso es todo lo que veo, Ganesh. Cuéntame. ¿Qué pasó?

Le hablé de mi padre, Raghavendra Gaitonde, hijo de un pobre sacerdote de un templo en Karwar, él mismo un brahman pobre, casado con Sumangala. No quise alargarme con el hombre desafortunado o la mujer embustera, de modo que le conté toda la terrible historia deprisa. Raghavendra se estaba muriendo de hambre en Karwar, intentando officiar bodas y pujas, sin encontrar muchas oportunidades porque era muy joven y afable e inútil. Así que se marchó cuando su primo Suryakant le llamó para que fuese a Nashik. Este Suryakant Shenoy era el dueño de algunas tierras de labranza, hacía alguna obra pública y también tenía escarceos con la política local. Había servido como secretario del distrito en la oficina local del Partido del Congreso durante un tiempo. Poco antes había terminado un edificio escolar para el gobierno en un pueblo llamado Digadh, y después de que el proyecto hubiese terminado donó una cantidad considerable de dinero para un nuevo templo de Lakshmi-Narayan allí. De modo que Raghavendra se instaló como sacerdote en aquel templo, y tenía una casa pucca pequeña pero bien cuidada, también cortesía de su primo, y la vida no era rica pero era suficiente, y por fin Sumangala era feliz. Las condiciones de los aldeanos mejoraron poco a poco, gracias a un proyecto de riego que aprobó Suryakant Shenoy, y así Raghavendra y Sumangala también experimentaron algo de comodidad, pues las donaciones al templo aumentaron. Además, Suryakant Shenoy iba a menudo de

visita, y siempre llevaba una bolsa llena de verduras, ghi, mantequilla, junto con una buena medida *potli* de arroz. Tenía mucho trabajo en los pueblos de la zona, y estaba contento de ver a sus primos, y no era por cumplir con las formalidades, era su deber ayudar. La vida transcurría bajo esta protección benéfica, y, un año y medio después, un hijo nació en la casa. Por supuesto hubo celebraciones y rituales, y Suryakant tomó parte en todo ello. El niño se llamó Kiran, a sugerencia de Suryakant. Kiran creció fuerte y con mucha energía. Caminó cuando tenía ocho meses y una semana, habló cuando tenía dos años, y leía a los cuatro, no solo seguía el rastro de las letras sobre los hombros de su padre, sino que lograba entender palabras completas. Pero también fue ese año cuando el niño perdió algo de su alegría habitual, se volvió introspectivo y atento. En aquel momento era lo bastante mayor para ver cómo veía a su padre el mundo exterior. En los niños que eran amigos suyos, y en sus padres, reconocía una broma de desprecio por el pandit, un rechazo hacia él como alguien con una fuerza insignificante, no del todo idiota sino desafortunado, un sujeto que provocaba lástima, no compasión. Kiran no tenía palabras para nada de esto, pero lo sabía con tanta certeza como sabía que consideraban guapa a su madre. Fue aquel año cuando la Kumbh Mela regresó a Nashik, tras una ausencia de doce años. Kiran fue, por supuesto, con su madre y Suryakant Kaka y los vecinos, para darse un chapuzón en las aguas del río sagrado, para aturdirse y asombrarse con la cantidad inimaginable de peregrinos, para maravillarse con los granos de almizcle que venderían las gitanas. Suryakant Kaka compró helado para Kiran, y este trato sin precedentes hinchó a Kiran de alegría, y se colgó de la amplia muñeca de Suryakant Kaka. Al final llegaron a Ramkund, donde se decía que shri Rama tomaba su baño diario, y allí, a través de un matorral de codos y caderas en movimiento, Kiran vio a su padre. Raghavendra estaba de pie sobre la piedra mojada y resbalosa que conducía al agua, sujetando con una mano una thali donde se apilaba *kumkum* blanco, y un pequeño sello de metal en la otra. Ofrecía hacer *tilaks* a los peregrinos, como el que él mismo llevaba en la frente. Un peregrino se detuvo, y Raghavendra le hizo la *naamam*, y mientras su padre alargaba la mano, Kiran vio lo delgado que era, cómo le colgaba la piel del brazo, cómo su postura encorvada mostraba una deferencia, una humildad que enfadó a Kiran. El peregrino dejó caer unas monedas en la mano de Raghavendra, y, por primera vez en la vida, la garganta de Kiran se llenó de la amargura del desprecio, de desdén hacia su padre. Ese hombre era débil, era un hombre inútil. Entonces Kiran supo por qué los vecinos se reían de su padre, por qué gritaban «Ay pandita» como lo hacían, y el conocimiento le repugnó. Se negó a descender más hacia el río, a pesar de cualquier cosa que le dijese, y después de aquello en la familia se dijo que Kiran tenía miedo al agua. Esta historia permaneció, y el desprecio de Kiran permaneció, hasta una tarde en que Kiran llegó a casa tras el primer día en la clase de segundo, y encontró una multitud alrededor de su casa. Había pasado algo. Varias manos le agarraron, pero él estiró hasta soltarse y dio patadas y mordiscos hasta cruzar la puerta. En el interior, estaban los ancianos del



lugar, asustados y todavía excitados. Uno de ellos señalaba hacia arriba. Entonces Kiran vio hacia dónde: un chorro de sangre bajaba por la pared, había un charco al final. Gritó, subió las escaleras corriendo, dio un puñetazo en las rodillas de un hombre que le bloqueaba la puerta y salió al tejado. Quien yacía muerto sobre el tejado no era el padre de Kiran, sino Suryakant Kaka. Reconoció la amplitud de la espalda, la mole de los hombros. Pero la parte de atrás de la cabeza de Suryakant Kaka era una mezcla carnosa negra y roja y de algún otro color, con fragmentos blancos que le daban aspecto cremoso. Otro paso tembloroso y Kiran vio que Suryakant Kaka estaba del todo intacto por la parte de delante, miraba fijamente hacia abajo, al suelo, con asombro concentrado, como si el ladrillo picado contuviese universos completos de significado. Suryakant Kaka le había hablado a Kiran de los nombres de las estrellas, y la forma de las constelaciones. Ahora estaba medio destruido.

Un vecino cogió a Kiran por los hombros, intentó apartarle. ¿Quién era ese hombre? Kiran conocía su olor, su camisa amarillenta, aquellas manos grandes, pero no podía recordar su nombre. «¿Quién ha sido?», preguntó Kiran, aunque, de alguna forma, ya lo sabía. El hombre negó con la cabeza, trató de apartarle. Kiran gritó, se liberó de una sacudida y volvió a preguntar: «¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?». Una voz dijo con gravedad: «Díselo». Y aun así hubo un momento de silencio. Después el hombre que sujetaba a Kiran soltó: «Tu padre. Se ha marchado». Y luego, como si lo pensase a última hora: «Tu aai está bajo. Con las mujeres».

Llegó la policía, y las mujeres se fueron, y los hombres se fueron, y se llevaron el cuerpo, y Kiran se quedó solo con su madre, que estaba sentada acurrucada contra el costado del armario de madera del dormitorio, con el pelo enmarañado sobre el rostro.

—Así que —le contó Gaitonde a Gurú-ji—, mi padre mató a aquel Suryakant, y se marchó. Nadie volvió a verle jamás. No sé dónde está.

—¿Y tu madre?

—Me quedé hasta los doce años. Entonces me escapé. Vine a Bombay.

—¿No sabes dónde está?

—No.

Fueron rechazados por el pueblo. Rechazados excepto por los hombres, que acudían a casa y le aseguraban a Sumangala que no tuviese miedo, que tendría una vida cómoda. Esos hombres llevaban —como aquel otro hombre había hecho— verduras y saris y dinero. Ella no podía regresar a casa, a su *maike*, porque sus padres no la aceptarían. Así que se quedó en aquella misma casa, con la nueva capa de cal que donó uno de sus nuevos clientes. Eso es lo que eran, clientes. Y entonces Kiran sintió toda la fuerza del desprecio del pueblo. Le llamaban harami a la cara, y los chicos mayores hacían bromas lascivas sobre su madre, sobre su cuerpo, sobre lo que hacía y sus tendencias. No había día en que Kiran no tuviese moretones en el cuerpo, unos antiguos, otros recientes. Siempre le pegaban en todas las peleas, pero después

de que cogiera una roca grande y la lanzase haciendo que casi rozara la cabeza de uno de los torturadores, la banda vio que era capaz de matar a alguno de ellos, y después de aquello le gritaron insultos a mayor distancia. Empezó a llevar un cuchillo, y le llamaron loco. Esperó, y un día en que pudo superar su miedo a los espacios enormes desconocidos, caminó hasta la estación de ferrocarril a ocho *kos* de distancia, y esperó un tren. Ya sabía el nombre del tren, y adónde iba, y los horarios. El tren llegó, y Kiran se apretó en un vagón abarrotado. Nadie reparó en él. No había dónde sentarse, y se apoyó contra el costado de un montón de baúles grandes de metal en el pasillo, y esperó. Los bordes de los baúles le mordieron las costillas y las piernas, pero era un dolor bueno. Se iba. En cada estación, preguntaba: «¿Esto es Mumbai?». Cuando un hombre le dijo «Sí» bajó de un salto. Pero el hombre le tomó el pelo. Kiran quiso acuchillarle, pero el tren ya se había ido. Esperó otro tren. Por fin llegó a la ciudad, esperó hasta que los edificios se volvieron grandes y muy pegados unos a otros, y las calles se llenaron de coches. No volvió a preguntar a nadie. Cuando estuvo seguro, se bajó.

—Y llegaste a casa —comentó Gurú-ji con suavidad—. ¿Cuándo te convertiste en Ganesh?

—La primera vez que alguien me preguntó mi nombre. No sé por qué. Solo lo dije.

—Ganesh es el superviviente. Siempre vive, no importa qué pase. Lo supera.

Después me quedé sentado mucho rato, en silencio, con la mano de Gurú-ji sobre la cabeza. Estaba exhausto, como si hubiese subido una montaña y hubiese bajado por la otra ladera, pero me sentía tranquilo. Y con cada pulso que latía a través mío, me volví más fuerte.

—Ganesh, beta —dijo Gurú-ji—, ahora deberías irte. De lo contrario, mis encargados se harán preguntas.

—Sí, Gurú-ji.

—Has corrido un riesgo, pero estoy contento de que hayas venido. Reúnete conmigo en Singapur, como habíamos planeado.

—Sí, Gurú-ji.

Me abrazó fuerte, apretó mi calva contra su mejilla. Después me dijo que me fuera. Le volví a tocar los pies, y me marché. Pero solo dejé su cuerpo, su carne lisiada. Me había mirado en el interior. Me había dado darshan, y él había logrado darshan de mí. Ahora él estaba en mí. Latía en mi corazón. Me llevé su fuerza enorme, y la noté vibrando en mis brazos, tan real como mi propia sangre. Crucé rápidamente la ciudad, corrí fluidamente por las familiares avenidas y entre el tráfico de última hora. Podía predecir cómo se acercarían los coches y los autorickshaws, dónde se separarían, podía ver la geometría de su viaje. Sabía adónde iban, el futuro de sus faros brillantes. Y me introduje en la corriente reluciente, no tenía miedo, mi cuerpo conocía el fluir de este río. Las aguas pasaban a través de mí.

Llegué a casa, cené con Bunty y le dije que me reservara el primer vuelo a Singapur. Y después tuve que hacer otro pequeño viaje. Volví a subirme al escúter, le hice señales a Bunty para que se apartara mientras refunfuñaba como un ama de casa y me fui a toda velocidad. De nuevo, encontré calles fluidas y luces verdes, y llegué a Yari Road en veinte minutos. Tuve que preguntar direcciones a dos taxistas una vez allí, pero cuando doblé la última esquina, donde estaba la tienda de cigarrillos, supe el camino. Había hecho que Jojo me lo describiese una docena de veces, de forma que pudiera imaginarme sus calles, su casa. Tomé la curva a la izquierda, y aparqué en su puerta. Su Honda azul estaba estacionado en el segundo aparcamiento a la derecha, el número 36A. Conté los pisos hacia arriba, uno dos tres, y localicé el apartamento de la esquina. Las luces estaban encendidas. Marqué.

—¿Ganesh? —preguntó—. ¿Ganesh?

—¿Quién más iba a ser por este teléfono?

—No te hagas el listo. ¿Dónde has estado?

—He tenido que viajar.

—¿Viajar quiere decir que no puedes llamar? ¿Qué te pasa?

—Todo va bien, Jojo. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque eres un idiota despreocupado.

Tuve que reírme. Nadie más en el mundo me hablaba así.

—Creo que te gusto, Jojo.

—Muy poco. Y si fuera así, no entiendo por qué. Debo de estar loca.

Una sombra cruzó la segunda ventana. Me la pude imaginar, dando patadas y golpeando con la mano libre al imbécil que estaba lejos.

—Si te gusto un poco, Jojo, tengo una sugerencia.

—¿Qué?

—Veámonos.

—Gaitonde, creía que ya habíamos pasado por eso.

—Esto es distinto.

—¿Por qué?

—Porque ahora soy distinto.

—¿Cómo?

—Solo tienes que reunirte conmigo y verlo. De lo contrario nunca lo sabrás.

Se lo pensó. La sombra volvió a cruzar la ventana. Dijo:

—Gaitonde, sigo siendo la misma.

—¿Así que no quieres que nos veamos?

—No quiero que nos veamos.

—Última oportunidad.

—No discutas conmigo, Gaitonde. Estoy demasiado cansada.

No discutí con ella. Hablé con ella otros diez minutos, sobre su trabajo, su nuevo thoku, sus chicas. Fue bueno hablar con ella, volver a refugiarme en nuestras bromas y nuestra amistad.

—Pareces feliz —comentó.

—Lo soy —contesté—. Lo soy.

Levanté la mano hacia los vigilantes de su edificio, dos de ellos, que al final, tras todo ese tiempo, se habían dado cuenta de que estaba allí, y se habían despertado para venir a la puerta desde sus cómodas sillas.

—Tengo que irme, Jojo —le dije.

Y colgué.

—¿Qué hay, héroe? —preguntó uno de los vigilantes a través de la puerta—. Estás bloqueando nuestra puerta.

No estaba bloqueando nada, y se estaban poniendo pesados, pero me sentía comprensivo.

—Me voy —contesté con tranquilidad.

Giré la llave del contacto, y encendí las luces. Entonces ella se acercó a la ventana, Jojo. Debía de ver el único rayo tenue color amarillo en la oscuridad. La vi, con un haz de luz sobre su cabeza y hombros. Pero estoy seguro de que ella no me vio a mí. Estaba en Singapur cuando liquidamos al mula en Londres. «Maulana Mehmood Ghouse asesinado en Londres», anunciaba el *Straits Times* al pie de la primera página. El Informe Mundial de la BBC dedicó toda una sección al asesinato, y después organizó una mesa redonda con dos periodistas y un profesor. Debatieron sobre las implicaciones del asesinato, e hicieron una lista de los posibles asesinos: organizaciones militantes rivales en Pakistán, grupos afganos revolucionarios, varias agencias de inteligencia, los israelíes, los indios, los norteamericanos. El consenso fue que probablemente habían sido los israelíes.

La fecha de la visita del mulá a Londres se había cambiado, y el señor Kumar cambió la fecha de la operación, al primer día del mulá en Londres.

—Si podéis, cogedlo antes de que abra la boca delante de los medios —pidió.

Y lo hicimos. A pesar de la premura, lo hicimos limpiamente. Fue difícil. Tenía dos capas de seguridad, sus propios hombres y la policía británica. Nos habían dicho que no usásemos una bomba grande, no podía haber una masacre de civiles en una capital amiga. De modo que lo hicimos con una bomba pequeña. Peinamos su habitación de hotel, y también el coche que utilizó. Todo muy riguroso. El señor Kumar supo con bastante antelación el nombre del hotel pequeño y exclusivo en el que iba a quedarse, y también que en aquel hotel solo había dos suites en el piso más alto. El informe detallado que el señor Kumar nos mandó enfatizaba el hecho de que el mulá había sido ingeniero eléctrico, que viajaba con un portátil que utilizaba para leer los periódicos por el mundo y —probablemente— para intercambiar con su gente correos electrónicos codificados. El archivo del señor Kumar nos contó que le gustaba hacer eso en la cama, por la noche, mientras masticaba pistachos. De modo que amañamos las tomas de luz a ambos lados de la cama, en ambas suites. Los equipos de seguridad rastrearon en búsqueda de micrófonos ocultos y bombas, pero las tomas de corriente pasaron. La primera noche en el hotel, el mulá enchufó su

portátil, y electrocutó su fuente de alimentación y el aparato en sí. Maldijo, echó pestes e hizo que su gente llamase a recepción. La mujer de recepción pidió disculpas, y ofreció abrir la sala de reuniones del piso de abajo para que pudiese utilizar la conexión de banda ancha que había allí. El mulá maldijo un poco más, cogió su cuenco de pistachos y se dirigió a la sala de reuniones. Su gente de seguridad revisó la sala, pero él echaba chispas y estaba enfadado y les hablaba desde afuera, desde la puerta. El ordenador que había dentro ya estaba encendido y funcionando, y el mulá se moría de ganas por tener banda ancha. Estaba impaciente. Entró, y se sentó delante de la máquina. Durante diez minutos fue leyendo por encima de periódico en periódico, y ensució el suelo con cáscaras de pistacho. Luego un hombre, un europeo blanco que estaba sentado en el vestíbulo, hizo una llamada desde su móvil. Y entonces otro hombre, un indio sentado en un coche aparcado fuera del hotel, apretó algo que llevaba en el bolsillo. Y el teclado que había bajo las manos del mulá explotó, e hizo saltar por los aires ambos brazos hasta la altura del codo. Y lanzó pequeñas teclas de plástico marcadas con letras inglesas que se incrustaron en el cerebro del mulá.

Fue pulcra y brillante, nuestra operación. Incluso el señor Kumar lo dijo.

—Nadie creará jamás que ha sido una operación india —comentó.

—¿Qué, creen que mis hombres no son lo bastante listos como para lograr algo así? ¿Que somos demasiado dehati para hacer nada que tenga que ver con ordenadores?

—No es por ti, Ganesh —contestó el señor Kumar—. El mundo entero, incluyendo nuestra propia y muy libre prensa india, se negaría a creer que es cosa nuestra.

—Saab, puedo aportar pruebas firmes...

—Déjalo correr, Ganesh. Dejemos que piensen que han sido los poderosos israelíes. Dejemos que nos subestimen. Un enemigo confundido siempre es mejor que un enemigo impresionado pero cuidadoso. Dejémoslo estar. Te lo dije, somos los soldados invisibles, no ganamos medallas.

De modo que lo dejamos estar, lo dejamos correr. Era frustrante que no se nos reconocieran los méritos de una gran victoria, pero entendí el argumento del señor Kumar. Se había pasado la vida sin obtener reconocimiento, pero puedo decirte que para nosotros resultó duro. Concedí una prima triple a cada una de las personas implicadas en la operación, y les mandé de vacaciones a Bali. Y por supuesto me contuve las ganas de hablar de la operación con Gurú-ji, que estaba fascinado con los detalles del hecho.

—Estos israelíes de verdad observan la psicología del objetivo —comentó.

A veces me alegraba de que su clarividencia no fuera total. Pero Gurú-ji sí vio imágenes de un grupo de hombres violentos que le buscaban, persiguiéndole, así que reforzó su propia seguridad. Le aconsejé sobre lo que necesitaba. Después de todo, en Bombay, había sido capaz de acercarme a él físicamente sin que me registrasen ni una

vez.

Ni siquiera comenzaba a entender la psicología de Gurú-ji, pero esto es lo que sabía de él: nació cerca de Sialkot, el 14 de febrero de 1934, a las nueve cuarenta y dos de la noche. Creció por todo el oeste del Panjab, trasladándose de una base del ejército del aire a otra con su padre, que era técnico aeronáutico. Les enviaron hacia el este con la Partición, pero hicieron el viaje con seguridad, bajo la protección de los servicios, y se instalaron primero en Jodhpur, y después en Pathankot. Pronto Gurú-ji se convirtió en un deportista afamado, el capitán de todos los equipos de críquet con los que jugó desde octavo curso en adelante. Había esperanzas, expectativas, acerca de que jugaría con el equipo nacional. En Pathankot, el día antes de su decimoctavo cumpleaños, le había pedido prestada la moto a su padre para ir al cine, para encontrarse con sus amigos. Dio vueltas por la carretera cerca de la entrada principal del acantonamiento del ejército, cerca de un tanque pakistaní capturado que tenía el cañón encorvado. Era un día soleado reluciente, no había ni agua ni aceite sobre la carretera. Nadie supo nunca por qué ocurrió. La policía militar le recogió y lo llevó al hospital militar cercano, y le atendieron inmediatamente. Pero había una herida en la vértebra lumbar, y perdió las funciones de la parte inferior del cuerpo.

—Me desperté mi primer día como hombre adulto —me contó en Singapur—, para descubrir que solo era medio hombre. Pero entonces, Ganesh, sucedió lo otro.

Lo otro eran sus visiones. Antes del accidente era un chico panjabí normal, interesado en el críquet, las motos rápidas, la buena comida, sus yaars, los exámenes. Sentía una especie de fe general por el intrépido Hanuman, e iba al templo con su madre, y cotilleaba en las bodas mientras los sacerdotes salmodiaban. Aquel era el alcance de su espiritualidad. Pero después del accidente, las visiones le visitaron. Veía el pasado y el futuro. No eran imágenes irreales, confusas y borrosas. Veía detalles, podía ver el dolor de la lengua de un hombre, el bordado del pañuelo de una mujer. Podía oler el aceite de cocina, oír el chapoteo del agua sobre el ladrillo. Dos días después de recuperar la conciencia, le dijo a una enfermera: «Aquel hombre... ¿Fred, Phillip?... que le dio el collar de oro todavía piensa en usted». El personal sanitario está acostumbrado a tratar con pacientes que están como una cabra. Pero esta enfermera había estado enamorada de un primo político mucho mayor que ella, y nunca se lo habían dicho a nadie, y desde luego no se lo había contado a ese chico herido. Desde aquel momento, su reputación creció y se extendió por la ciudad y más allá. Y desde aquel momento comenzó su gran viaje interior, su intento por entender la naturaleza del ser, del tiempo y del universo.

—Tenía que intentar entender qué me estaba pasando, Ganesh —dijo.

En aquella cama de hospital comenzó sus meditaciones y su lectura, sus encuentros con filósofos y sadhus y tántricos y pandits. Había sido una búsqueda larga, incesante.

—En mi herida me encontré a mí mismo —continuó—. Del exterior fui llevado al interior.

Lo que no quería decir que no le interesase lo exterior. Sentía pasión por la ciencia, por el nuevo conocimiento. Leía todas las revistas científicas que pudiera encontrar, y libros gruesos sobre lo que transitaba la Tierra antes de que los humanos siquiera existiesen, y lo que volaría por los espacios del futuro. Seguía con entusiasmo las últimas invenciones e innovaciones en ordenadores, y me hablaba de medicina, y lasers, y la clonación. Tenía una silla de ruedas que podía subir escaleras ella sola, y doblar esquinas sobre dos ruedas, y balancearse sobre una. Le ardían los ojos cuando hablaba de giroscopios y software y una generación de electricidad no contaminante. Estaba en el comité de tres universidades. Era un hombre laico. No sentía ese odio irracional por los musulmanes que encontraba tan a menudo en la India y en el extranjero, esa indignación por los burkas y comer vacuno y los sucios hábitos personales. Gurú-ji les daba la bienvenida en sus sermones, estaba contento de tenerles entre sus seguidores. Lo que no le gustaba era cierta tendencia musulmana a la expansión, a agarrar las cosas, a querer dominar siempre. Señaló que eran la causa de problemas sociales en cualquier país en que viviesen, y decía que chirriaban contra el discurrir de los tiempos. Me contaba esto solo en privado, claro. En sus discursos públicos, era cauto. Pero, cuando estuvimos solos, me contó:

—Después de la caída de la masjid, y tras los disturbios, Ganesh, han estado importando armas.

Era cierto. Lo había confirmado con mis propias fuentes. Habían entrado envíos enormes de rifles automáticos, y granadas. Incluso circulaban historias sobre armas antitanque, y misiles Stinger. Si solo vivían como miembros cooperativos en nuestra cultura, comentó Gurú-ji, con que supiesen cuál era su lugar y trataran de no desentonar, entonces no habría ningún problema. Pero hay una tendencia en su religión que los vuelve peligrosos.

—Así que —dijo Gurú-ji— nosotros también debemos estar preparados. También debemos armarnos, a pesar de la cobardía de nuestros políticos.

De modo que nos preparamos. Nos armamos, y él continuó financiando ese trabajo secreto, y también su esfuerzo por informar y preparar al mundo para el cataclismo que se avecinaba, el final de la kaliyuga.

Estábamos sentados en un tejado en Singapur cuando me habló de su trabajo con las universidades, de sus esperanzas educativas para el futuro. Aquello era Singapur, así que tuve que seguir aguantándome las ganas de escupir por encima de la reja, sobre la calle y los ordenados ciudadanos de Singapur de allá abajo. Pero a Gurú-ji le encantaba el sitio. Le gustaba la higiene y las normas y la rigurosidad y los habitantes de Singapur, y empleaba la ciudad como lugar al que regresar entre viaje y viaje. Aquí tenía otro devoto rico, un magnate inmobiliario, y Gurú-ji podía utilizar un ático enorme en Tanglin Road. El ático tenía una terraza de proporciones considerables, con árboles de tamaño natural y una espesa alfombra de césped. Desde aquella terraza contemplábamos la línea centelleante del horizonte. Gurú-ji disfrutaba con este jardín elevado.

—Tan solo si nuestro país se gestionase bien, Ganesh —me dijo—, podríamos tener todo esto. ¿Qué es lo que no tenemos? Tenemos recursos. Y tenemos talento más que suficiente. Pero no tenemos voluntad política, y no tenemos la estructura adecuada. No tenemos disciplina, externa o interna.

—Tú nos llevarás hasta Ram-rajya, Gurú-ji.

—¿Me estás adulando, Ganesh?

Estaba mascando palitos de zanahoria y me miraba arrugando los ojos.

—Claro que no, Gurú-ji.

Estaba echado en un sillón al lado del suyo, con los pies descalzos en alto. Había utilizado un pasaporte y un nombre distintos para salir de la India, desde Delhi, y me había afeitado la barba. Iba a ver a Gurú-ji todas las tardes, como asesor de negocios, y cenábamos en el jardín. Hablábamos de todo... el mundo, mi vida. Le había contado mis primeros tiempos en Gopalmath, la muerte de mi hijo. Me conocía tan bien como cualquiera lo hubiera hecho jamás, mejor que nadie.

—¿Te estás volviendo impaciente? —preguntó.

—¿Impaciente, yo?

—Han pasado cinco días. Quieres terminar la iniciación, irte a casa a trabajar.

—No, Gurú-ji, no es así. Mi trabajo siempre está en marcha, y en cualquier caso es todo por teléfono. Y el tiempo que paso contigo tengo una paz que nunca he tenido. Pero estoy preocupado.

—¿Por qué?

—La seguridad. Cuanto más tiempo me quede, más arriesgado será. Para mí, para ti. Si alguien me reconoce...

—Sí.

—Y la gente siempre me está buscando.

—Tus enemigos.

—No quiero exponerte al peligro, Gurú-ji.

—Lo entiendo. Y estoy de acuerdo. Pero esto es necesario.

Comió otro palito de zanahoria.

—¿Tienes alguna idea acerca de qué es la iniciación, Ganesh? ¿Qué haremos?

—Alguna especie de puja. Algún mantra secreto. Algún rito.

Me sonrió de nuevo.

—¿Algún ritual que implique un sacrificio humano? ¿Un bebé asesinado en el altar de alguna diosa incalificable?

—Si es necesario...

Levantó las manos.

—Arre, *chup*, Ganesh. No, no es nada de eso. El ritual es muy poderoso, pero ya has vivido un ritual conmigo. Estuviste conmigo en el sacrificio. No, un ritual no es lo que necesitas ahora mismo. No. ¿Quieres saber cuál es tu iniciación? Es esto: estos últimos cinco días han sido tu iniciación.

—¿Gurú-ji?



—Te has sentado aquí y me has hablado de ti mismo. Me has dado cada parte de ti. Me has contado cosas que nunca habías confesado antes.

Era cierto. Le había hablado de mi miedo a las balas, mi deseo hacia las mujeres, el oro con el que comenzó mi carrera y cómo lo conseguí. Se lo había contado todo, excepto que trabajaba para el señor Kumar. Aquel era otro yo, y no podía darle ese ser a Gurú-ji.

Me fui de Singapur al día siguiente. De camino al aeropuerto, me reuní con Gurú-ji una última vez, solo durante cinco minutos. Él también se preparaba para viajar, a Sudáfrica en esta ocasión. Nos vimos en la cocina de un palacio de congresos donde estaba dando una conferencia a un grupo de estudios históricos hindúes. Le toqué los pies.

—Me siento ligero, Gurú-ji —le dije—. Siento como si una cortina se hubiese descorrido. Como si se hubiera abierto una ventana.

Estaba orgulloso de mí, se le notaba esa alegría. Estaba lleno de dicha, solo con mirarme.

—Lo sé —respondió—. Eres un *vira* de verdad. El viaje interior es lo que requiere mayor coraje. Y tú no has tenido miedo. Ahora estás preparado para avanzar.

Tenía un plan, pude notarlo. Ahora le conocía mejor, también. Eso es lo que resulta de la darshan. Habíamos mirado uno dentro del otro.

—¿Avanzar hacia qué, Gurú-ji? ¿Adónde voy ahora?

—Esa chica.

—¿Qué chica?

—¿Ya te has olvidado? Esa chica de la que me hablaste; me enviaste sus datos.

—Ah, la chica alta.

—La musulmana virgen, sí. Mándala llamar, Ganesh.

—¿Nuestras estrellas coinciden, Gurú-ji?

—Has inclinado las estrellas, Ganesh. Eres un hombre valiente. Consigue a esa chica. Ahora vamos a mover este mundo. Consigue a esa chica. Y a partir de ahora, solo debes estar con vírgenes.

—¿Vírgenes?

—Eres un *vira*, y las vírgenes te darán el poder más grande. Sabrás que han sido puras, y eso alimentará tu fuerza. Y necesitarás poder en los tiempos que vienen.

Después tuvo que volver con los historiadores. Así que nos despedimos, nos abrazamos con fuerza bajo aquel olor a comida preparándose y a flores. Fui a casa, a mi castillo flotante sobre el agua. Y mandé llamar a la virgen alta.

## INVESTIGANDO EL AMOR

K.R. Jayanth, el maar de carteras, llamó a Sartaj tarde un sábado por la noche.

—Tengo al chokra de la camiseta roja —anunció.

En realidad no tenía al chico con él, sino su nombre completo, los nombres de los chicos con los que trabajaba y la ubicación de la escalera de entrada en la que dormían. Jayanth explicó en detalle cómo habían mantenido una vigilancia atenta en torno a una camiseta roja, cómo había estado en guardia de forma incesante, cómo se había quedado más allá de sus horas de trabajo habituales en el cine. Entonces, esa noche de sábado, después de la ráfaga del último pase, había avistado a Camiseta Roja dando saltitos cerca del aparcamiento, mendigando entre quienes llegaban tarde. Jayanth había sido astuto, había mantenido la distancia. Cuando la calle y el aparcamiento se tranquilizaron en general, le hizo un gesto a Camiseta Roja. El chico desconfió, pero fue, flanqueado por sus dos yaars. Jayanth se las arregló para quedarse en la posición correcta, en el ángulo correcto, y tan pronto como Camiseta Roja habló, Jayanth vio el diente negro. Tenía al chokra correcto. Eran una banda pequeña de chicos duros, descalzos y curtidos y cautelosos. Pero los cautivó, sobre todo dándoles dinero. Les contó que tenía un amigo que buscaba chicos con posibilidades para hacer un trabajo para él.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó Camiseta Roja, acuchillando con su dedo corazón un círculo que formaba con la otra mano.

Jayanth les aseguró que no tenía nada que ver con chodo, que el amigo en cuestión en realidad era un traficante de varias mercancías interesantes, y que necesitaba algunos chicos perspicaces para ir a buscar y llevar y hacer de mensajeros. Y les dio cien rupias, y les dijo que habría más dinero próximamente, grandes cantidades.

—¿Les dijiste que yo era un bhai? —preguntó Sartaj.

—No, no —contestó Jayanth—. Solo un tipo dedicado a la importación y exportación, ya sabe. De lo contrario no podría haber sacado nada de ellos jamás. Como ves, funcionó muy bien. Tenemos a los pequeños bastardos. Te los llevaré mañana.

A los informantes les gustaban los elogios más que a los testigos, así que Sartaj elogió a Jayanth. Algunos de ellos se imaginaban que su traspaso de información les hacía formar parte de un equipo de lucha contra el crimen, que eran ellos y Sartaj contra los otros criminales bastardos. Sartaj lo había oído mil y una veces, y nunca había dejado de provocarle un pequeño estremecimiento de asombro cómo incluso el ladrón de más poca monta se imaginaba a sí mismo como detective, lo fácil que resultaba dorar las fechorías propias con el oro barato de la moralidad. Todos apestamos, pensó, pero a ninguno de nosotros nos gusta oler nuestra propia fetidez. Y

respondió:

—Sí, tenemos a los pequeños bastados. Bien hecho.

Sartaj anotó los nombres de los chokras, y organizó un encuentro con Jayanth para la tarde siguiente. Colgó, notando la pequeña agitación de entusiasmo ante un caso que se mueve, al hallar algo muy precario a lo que agarrarse en el precipicio abrupto de lo incognoscible. Pero después, instantáneamente, la preocupación por las bombas y los gurús y la aniquilación descendió sobre él como una fiebre de monzón. Se sintió idiota por sentirse satisfecho con Jayanth, por trabajar en sus otros casos. ¿De qué servía estar preocupado con los asuntos cotidianos de chantaje, robo, asesinato, cuando este miedo enorme se hinchaba sobre su cabeza? Era un peligro abstracto, esta noción macabra de un fuego arrasador, era irreal. Pero con su goteo frío de imágenes, desplazaba lo mundano. Sartaj parpadeó. Estaba en su escritorio, en su pequeño despacho sombrío con bancos desgastados y estanterías desordenadas. Kamble estaba encorvado sobre un informe. Dos agentes se reían fuera en el pasillo. Había un pequeño pozo de luz del sol que entraba por una ventana, y un par de gorriones pequeños dando saltos sobre el alféizar. Y todo era irreal, tan neblinoso como el aire de las primeras horas de la mañana. Si te permitías creer en aquella otra cosa monstruosa, aunque fuera ligeramente, entonces este mundo corriente de sobornos y divorcios y facturas de la luz se desvanecía un poco. Quedaba engullido.

Céntrate en los detalles. Sartaj se frotó los ojos, sacudió la cabeza. Céntrate en los detalles. Los detalles son reales. Era importante, de alguna manera, ocuparse de la señora Kamala Pandey y su adulterio sórdido y el chokra de la camiseta roja. Sartaj sintió lealtad por lo ordinario, un afecto repentino por la señora Pandey y su brillo y su rostro maquillado y su avaricia por el glamour. Pero la pregunta regresaba de nuevo: ¿quién era el gurú de Gaitonde? Sartaj no tenía ni idea. Había gurús en cada esquina, en cada zona. Había gurús musulmanes y gurús védicos, y gurús que habían nacido en Hawai de padres japoneses, y gurús que negaban la existencia de Dios. Había gurús que vendían polvos de hierbas, y otros que curaban el cáncer haciendo que los pacientes tragasen peces mágicos de colores. Gaitonde podría haber sentido devoción por cualquiera de ellos. Quizá tenía un gurú que no era un gurú para quizá era el chela de un gurú privado. Sartaj había conocido a un ejecutivo de productos farmacéuticos en Chembur que solo se alimentaba con fruta, que no aceptaba discípulos que no fueran sus hijos e hijas y amigos cercanos, que no aceptaba regalos, del que se decía que brillaba con resplandor dorado en *Guru Purnima*. El gurú secreto de Gaitonde podría ser un gurú desconocido. La gente encontraba conexiones espirituales en lugares extraños e inesperados, hallaba socorro y consuelo en agricultores y empleados de correos. Había agentes de policía que predecían el futuro y practicaban tantra con la mano izquierda. ¿Dónde buscar al gurú de Gaitonde? Sartaj no tenía ni idea.

—¿Tienes gurú? —Le preguntó Sartaj a Kamble el domingo por la tarde cuando se encontraron cerca del Apsara.

Estaban esperando en un restaurante al final de la calle del cine, dando sorbos de Coca-Cola. Kamble iba arreglado con lo mejor de los domingos, un traje *bandhgalla* gris con un ribete de color plateado en la tela. Iba a una boda más tarde.

—Claro que tengo gurú —contestó Kamble, quitándose la chaqueta. Debajo, llevaba una camisa plateada con cuello estilo Nehru muy tieso—. Vive en Amravati. Voy una vez al año para tomar su darshan. Mire.

Se inclinó, y tiró de una de las dos cadenas de oro que llevaba alrededor del cuello. En un colgante hexagonal llevaba una foto pequeña de su gurú, un hombre con la cara redonda y barba poblada.

—Se llama Sandilya Baba. Es devoto de Ambadevi. Ella le ha dado muchos darshans.

Sartaj tuvo que hacer un esfuerzo grande para allanar la ironía de su voz:

—¿Ella aparece y le habla?

—Sí, habla con él. Es el hombre más contento que he conocido jamás. Siempre está feliz. —Kamble volvió a meter el colgante bajo la camisa—. ¿Ustedes los sardars tienen gurús, o no? ¿Aparte de los originales?

—Sí, tenemos babas de varios tipos. Alguna gente los sigue.

—¿Usted no?

—No, yo no.

—No tiene gurú. ¿Por qué no?

Era una pregunta perfectamente razonable, y Sartaj no tenía respuesta. Dio un golpecito a su reloj.

—Casi es la hora —contestó—. Será mejor que nos preparemos.

Kamble se hizo a un lado para salir del reservado, y cogió su botella.

—Debería encontrar un gurú —comentó—. Ningún hombre puede soportar la vida sin un guía.

Se alejó de Sartaj, se sentó en una mesa cerca de la puerta y se entretuvo con un periódico. Ahora se suponía que era un extraño para Sartaj, para trabajar como reserva táctica oculta en el caso de que los chicos corriesen. Habría sido más útil como fielder si su traje y camisa no fuesen tan espectacularmente llamativos, pero entonces no sería el estilo de Kamble. Sartaj limpió la formica picada de la mesa con un pañuelo, y se preguntó qué pensaría Sandilya Baba de los trajes relucientes, y el dinero obtenido de sobornos, y las eliminaciones. Tal vez ajustar delitos menores en el sistema de justicia más grande del cielo solo era su trabajo, tal vez personalmente no era tan estricto en cuanto a quebrantar las normas aquí y allá. Era un guía para la kaliyuga, este Sandilya Baba.

El propietario del restaurante estaba de pie sobre una silla, toqueteando los

botones de la radio guardada en un pequeño estante encima de un armario. Ajustó bien la recepción, por fin, y una canción se dejó caer sobre el traqueteo zumbante de los ventiladores del techo, «*Gata rahe mera dil, tuhí meri manzil*». Sartaj se terminó la Coca-Cola, y pidió otra. De modo que Kamble tenía fe en Ambadevi, a través de la acción de Sandilya Baba. Estaría bien tener fe, pensó Sartaj. Él mismo nunca la había tenido. Incluso de niño, cuando permanecía de pie junto a Papa-ji en el gurudwara, y cerraba los ojos y rezaba como le habían enseñado, tenía que hacer un esfuerzo para invocar un sentimiento adecuado de devoción. Papa-ji reconocía a Vaheguru como fuerza viva presente cada día de su vida, le rezaba cada mañana, y susurraba su nombre cuando se le hinchó el dedo del pie con la gota. Pero para Sartaj, Vaheguru siempre había sido un concepto distante, confuso, una idea en la que le habría gustado creer. Cuando buscó a Vaheguru, lo que encontró fue una pérdida dolorosa. Sin embargo, iba al gurudwara con Ma, mantenía el pelo largo, llevaba kara y una kirpan pequeña en miniatura en el bolsillo. Lo hacía por la comodidad que le proporcionaba la tradición, por el afecto que sentía por sus padres, por su orgullo de ser un sikh. Pero llevaba encima esta pérdida secreta, esta ausencia de Vaheguru en su interior. Sí, sería agradable tener un gurú, un intermediario que tuviese conversaciones personales con el Todopoderoso. Pero Papa-ji desaprobaba a todos los babas de última hornada, todos esos charlatanes: el *khalsa* tiene el *Guru Granth Sahib*, decía, y ese libro es el único gurú que un sikh necesita. Era muy estricto a este respecto.

Tres chicos entraron en el dhaba, seguidos por Jayanth. Pasaron junto a Kamble, y Sartaj saludó a Jayanth con la cabeza.

—Sentaos —dijo.

Los chokras se sentaron a un lado del reservado, codo con codo. El más pequeño de todos se sentó el último, a la derecha, y alargó la mano para coger una cuchara y empezó a hacerla girar una y otra vez. Jayanth se acercó y se sentó al lado de Sartaj e hizo las presentaciones, de izquierda a derecha.

—Estos son Ramu, Tej, Jatin. Este es Singh saab, de quien os he hablado.

—¿Cuál es el trabajo?

Preguntó Ramu, que era el más mayor y claramente el cabecilla. Llevaba una camiseta negra con estrellas plateadas, no la roja con la que Jayanth le había visto. Era tan flacucho como los otros dos, con la misma capa de mugre y el mismo pelo almidonado por el polvo, pero tenía estilo y ojos negros impassibles y no estaba asustado. Solo era precavido. Sartaj le habría escogido para recoger un paquete, también.

—¿Queréis una Coca-Cola? —preguntó Sartaj—. ¿Algo de comer?

Ramu negó con la cabeza. Los otros dos se quedaron callados, siguiendo a su líder, pero Sartaj notó su hambre como un resplandor de calor cruzando por la mesa. Levantó la mano.

—Eh —llamó—. Cuatro Coca-Colas, tres biryanis de pollo. Rápido.

A Ramu no le gustó este retraso para hablar de negocios, pero no estaba preparado para echar a correr. Se quedó callado, y los otros dos de nuevo siguieron a su líder. Todos tenían doce, quizá trece años, estaban curtidos y repletos de sabiduría precoz. Tej tenía una cicatriz que le recorría el cuello, hasta adentrarse en el pelo. Los tres excavaron en las enormes montañas de arroz y pollo en cuanto pusieron los platos sobre la mesa. Jatin, el pequeño, comía tan rápido como los otros, pero en aquel momento estaba fascinado con su vaso de agua. Lo hacía girar en círculos rápidos entre bocados, y nunca levantaba la vista. Sobre sus cabezas inclinadas, Kamble se dio un golpecito en el reloj. Tenía que llegar a una boda.

—¿Quién es ese? —preguntó Ramu, girándose.

Había notado la mirada de Sartaj. Cuando se dio la vuelta, Sartaj vio el diente ennegrecido. Kamala Pandey había hecho bien en descubrir el defecto estético en los segundos en los que había tenido a Ramu cerca de ella. Sí, era una churi esbelta, que se deslizaba por un romance ante las narices de su marido. Pero aquí estaba Ramu, sujetando una pierna de pollo, y con aspecto muy nervioso.

—Es un amigo mío —contestó Sartaj.

—¿Por qué no se sienta aquí?

—Le gusta sentarse allí. Escúchame, Ramu. ¿Sabes quién soy?

Ramu dejó el pollo.

—El saab te ha hecho una pregunta —dijo Jayanth. Se había acabado la Coca-Cola, y ahora se estaba limpiando las comisuras de la boca con un pañuelo blanco limpio—. ¿Sabes quién es el saab?

Ramu y Tej estaban estudiando a Sartaj en ese momento, con los ojos muy abiertos, la comida olvidada. Después Ramu miró por encima de su hombro. Ahora Kamble estaba sentado en el asiento detrás de él, con el brazo apoyado en el respaldo del reservado.

—Bhenchod —le dijo Ramu a Jayanth, con amargura endurecida—. Viejo gaandu, nos has traído a la policía. Bhenchod, nos encontraremos en algún momento. Me ocuparé de ti.

—Come —soltó Sartaj—. No va a pasaros nada.

Ramu quiso correr, pero Kamble apoyó la mano sobre su hombro, frotándolo con suavidad.

—Escucha al saab —dijo Kamble—. Come.

Tej y Jatin esperaban instrucciones de su líder. Ramu apartó los codos de la mesa, y se recostó, con la mandíbula apretada. Era muy tozudo. A Sartaj le gustó.

—Está bien —siguió Sartaj—. Hagamos un trato.

Puso un billete de cincuenta rupias sobre la mesa, lo alisó.

—Esto es tuyo solo por escucharme. No me interesa molestaros, no voy a llevaros al correccional. Solo quiero que me des algo de información. No voy a obligarte ni nada. Te daré esto ahora, tú solo escucha. ¿Sí?

Sartaj deslizó el dinero por la mesa, lo dejó cerca del extremo más alejado. Ramu

le ofreció otro medio minuto de hostilidad férrea, después cogió el billete. Lo examinó, lo levantó hacia la luz, le dio la vuelta. Kamble sonreía por encima de la cabeza del chico.

—Hable —concedió.

Sartaj empujó suavemente el borde del plato de Ramu.

—Relájate, no estés en tensión. No tengo motivos para meterme contigo. Vamos. Se te va a enfriar el pollo.

Ramu asintió, y los otros dos chicos se pusieron a comer. Pero Ramu estaba concentrado en Sartaj, y no estaba interesado en el pollo.

—Lo que quiero es esto —comenzó Sartaj—. Hace un mes, cinco semanas, hiciste un pequeño trabajo fuera del Apsara. Te acercaste a un coche, y recogiste un paquete de una mujer que estaba en el coche. Entregaste el paquete. ¿Te acuerdas?

Ramu agitó la cabeza de manera cortante.

—No recuerdo nada de eso.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Incluso si hubiera hecho algo así, hago diez trabajos al día. ¿Cómo puedo recordar algo de hace tanto tiempo?

Tej y Jatin tenían las cabezas inclinadas sobre sus platos, pero Sartaj estaba seguro de haber visto un ligero estremecimiento en los hombros de Tej, una ruptura apenas perceptible en el ritmo constante que seguía al masticar.

—Piénsalo bien —insistió Sartaj—. Llevabas una camiseta roja. Fue la tarde.

Ramu era muy bueno, con su mirada impenetrable, pero Sartaj estaba seguro de que Tej también estuvo aquella tarde. En ese momento estaba nervioso, esforzándose por seguir comiendo.

—No —contestó Ramu.

—¿Por qué no les llevamos detrás del dhaba —soltó Kamble— y les metemos un lathi por el gaand? Entonces se acordarán.

Sartaj se sacó una fotografía del bolsillo y la colocó sobre la mesa, entre Ramu y Tej.

—Esta es la mujer de la que recogisteis el paquete —comentó—. ¿Te acuerdas ahora?

—Se lo he dicho —replicó Ramu con paciencia exagerada—. No hice nada de eso.

Ahora se estaba metiendo en el papel. Levantó las manos, las dejó caer. Pero Tej había dejado de comer, y miraba fijamente la imagen glamurosa de estudio de la señora Kamala Pandey.

—Quizá tú no te acuerdes —siguió Sartaj—. Pero Tej la conoce bien.

Tej intentó hacerlo lo mejor que pudo en ese momento, con la barbilla pringosa de arroz y grasa.

—No, no, no la conozco —replicó.

Sartaj le puso un billete de cincuenta rupias cerca del plato.

—Sí, la conoces. Te he visto mirar. Es como una estrella de cine, ¿verdad?

—Quédate callado —le dijo Ramu a Tej, que miraba de forma fija y distraída el dinero mientras reunía otro montón grande de arroz con los dedos.

—Ramu —comentó Sartaj—. ¿Por qué quieres pelearte conmigo? ¿Los hombres que te contrataron para coger el paquete son amigos tuyos? ¿Crees que tienes que protegerles? ¿O les tienes miedo? ¿Crees que si me lo cuentas te meterás en problemas?

—No le tengo miedo a nadie.

Ramu había bajado la cabeza, tenía los hombros levantados, y hablaba en voz baja. Sartaj reconoció el enfado: era Amitabh Bachchan en *Deewar*, o Shah Rukh en cualquiera de sus películas.

—No pretendía insultarte, jefe —apuntó Sartaj—. Tienes información que necesito. Dime tu precio.

Ramu se echó hacia atrás, se frotó la nariz con el dorso de la mano. Estaba muy pensativo. Sartaj pensó que ya tenía un precio en mente, pero se estaba comportando como un hombre de negocios por el bien de sus seguidores, finalmente lo anunció:

—Quinientas rupias.

—Demasiado —contestó Sartaj—. Te daré doscientas.

Ramu se inclinó hacia delante en ese momento, con mirada intensa. Colocó los hombros sobre la mesa.

—Trescientas.

—Dejémoslo en trescientas —concedió Sartaj—. Ni para ti ni para mí.

—Bien. Veamos la pasta.

Sartaj contuvo una sonrisa, y puso el dinero sobre la mesa.

—Veamos la información —replicó—. ¿Así que, quiénes eran?

Ramu cogió los billetes, los barajó de modo profesional, los colocó aparte.

—No sé quiénes eran. Tan solo nos encontraron cerca del cine.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Viejos, jóvenes?

—Viejos.

—¿Cómo de viejos? ¿Cómo este tío? ¿O como yo?

Ramu señaló con un dedo despectivo a Kamble.

—No, viejos como este de aquí.

Kamble golpeó con los nudillos la parte de arriba de la cabeza de Ramu, de forma lo bastante resuelta como para provocarle un gesto de dolor. Tej y Jatin sonrieron.

—Ten cuidado, chutiya —advirtió Kamble—. No soy tan agradable como aquí el saab. Bien, esos dos hombres, ¿sabes sus nombres?

—No. No dieron nombres.

—¿Cómo fue? —preguntó Sartaj.

—Se nos acercaron justo antes del pase de la tarde. Dijeron que nos pagarían por



recoger un paquete.

—¿Entonces?

—Paseamos con ellos.

—¿Bajando la calle?

—Sí, un poco. Nos mostraron el coche. Se quedaron a un lado de la carretera. Yo crucé. Golpeé la ventana. La mujer bajó el cristal. Me dio el paquete.

—¿Dijiste algo?

—Sí, dije: «Deme el paquete». Ellos habían hablado con ella por el móvil. Ella me estaba esperando.

—¿Así que te llevaste el paquete?

—Sí. Y se lo di a ellos. Uno de ellos hizo una llamada por el móvil. Se marcharon caminando, se fueron. Bas, así fue.

—¿Volviste a ver a esos dos alguna vez?

—No.

—¿Qué aspecto tenían?

—Nada especial. Normal y corriente.

—Ramu, tu información no merece este dinero. Venga. Vuelve a intentarlo.

—No hay nada que contar. Llevaban camisas y pantalones. Bas, ¿qué más le digo?

—Algo útil, Ramu. Algo útil. ¿Cómo eran de altos?

—No como usted. Como él —contestó Ramu, apuntando a Jayanth con el dedo. Eso era todo lo que tenía Ramu.

—Tej, ¿te fijaste en algo? —preguntó Sartaj.

Tej se encogió de hombros.

—No, eran como ha dicho él.

—Cuéntamelo de todas formas. ¿Qué viste?

Pero induciendo a Tej no se consiguió nada más que la misma impresión vaga de dos hombres corrientes vestidos de forma corriente.

Jatin, el pequeño, no había dicho una palabra hasta el momento. Ahora no levantó la vista, y siguió haciendo girar su vaso.

—Jatin, cuéntame tú también. ¿Cómo eran esos hombres?

—Los dos llevaban jeans negros —contestó Jatin.

Kamble parpadeó, y se inclinó por encima del respaldo del asiento, tratando de echarle un vistazo a Jatin. Y Jatin continuó sin interrupción:

—Uno de ellos era medio taklu, no tenía pelo por aquí. El otro, que llevaba el teléfono, ese, ese era así de taklu. —Jatin se tocó la parte delamerá de la cabeza. Habló sin levantar la mirada, con una voz tranquila, pequeña, y dijo «jins» en vez de «jeans», pero estaba muy seguro en cuanto a aquellos dos hombres.

—Eso está bien —respondió Sartaj—. Ahora, ese taklu, ¿qué tipo de camisa llevaba?

—Una camiseta blanca. Y el otro llevaba una camisa azul de manga larga.

Jatin era más pequeño que los otros, con carita de ratón desnutrido. Inclina la cabeza al hablar, hacia el bolsillo en el pecho de Sartaj, y cuando alcanzó a verlo, fugazmente, Sartaj se dio cuenta de que tenía un ojo un poco estrábico. No te miraría si le estabas mirando, y de esa forma pasaba desapercibido, con sus hombros huesudos y su cabeza gacha. Sartaj cogió una servilleta y comenzó a doblarla, una y otra vez, y él fijó los ojos en ella.

—Sí, Jatin —comentó—, ¿y qué más viste?

Entonces Jatin se volvió tímido. Apartó la cabeza de la mesa, y se enroscó los brazos. Pero Ramu, con el dinero en el bolsillo, se sintió generoso.

—Ay, Jatin —soltó—. Si sabes algo díselo. Está bien. —Y luego, a Sartaj, con un pequeño revoloteo del dedo índice en la sien—: Siempre es así. Pero lo recuerda todo.

Sartaj desdobló el pedazo de papel, y después volvió a doblarlo.

—Jatin, ¿llevaban coche? ¿Cómo llegaron?

—No les vimos conduciendo nada —respondió Ramu con seguridad—. No eran del tipo que tendría coche. Quizá llegaron en autobús.

Kamble negó con la cabeza mirando a Sartaj. Jayanth estaba empezando a parecer escéptico, ahora no era demasiado entusiasta en cuanto a las posibilidades de una investigación exitosa. Sartaj notó la decepción él mismo: quizá eso era todo lo que tenían los chicos. Quizá era un callejón sin salida.

—¿Llevaban algo, Jatin? —preguntó—. ¿Un libro, un periódico?

Ramu negó con paciencia.

—Se lo he dicho, tiene chamuscado el *bheja*.

Inclinó la cabeza hacia un lado e hizo una imitación disparatada y sobreactuada de Jatin. Tej rió tontamente. Y Jatin se sentó muy callado, sin rechistar.

—De acuerdo —probó Sartaj—. ¿Quieres fallida, Jatin?

Kamble levantó la mano.

—Me voy —anunció—. ¿De acuerdo, jefe?

—Sí —contestó Sartaj—. Te veré mañana en comisaría. —Le hizo una señal a un camarero que pasaba—. Tres fallidas Royal aquí, rápido.

Jatin alargó la mano sobre la mesa para coger una servilleta. Kamble salió desdoblándose del reservado en que estaba y caminó hacia la entrada. Iba apretando teclas en su móvil. Jatin sujetaba la servilleta.

—Bip-biip-biip-bip —dijo Jatin, y ahora su servilleta tenía forma de triángulo.

—¿Qué? —preguntó Sartaj.

—Bip-biip-biip-bip-bip.

Jatin sostuvo en equilibrio el triángulo sobre un costado. Se quedó en su sitio, en equilibrio.

Ramu alargó la mano por detrás de Tej y golpeó la cabeza de Jatin.

—Es mi hermano, pero es un *yeda*.

Jatin empezó a doblar otra servilleta.

—Bip-biip-biip-bip-bip-bap.

Sartaj observó los dedos de Jatin sobre la servilleta. El otro triángulo permanecía milagrosamente derecho.

—¡Kamble! —gritó Sartaj, sobresaltando al propietario, los camareros y los otros tres clientes—. ¡Kamble!

Jatin había terminado su triángulo para cuando Kamble volvió a la mesa, con aspecto claramente enfadado.

—¿Qué?

—Dame tu móvil —pidió Sartaj.

Cogió el teléfono, limpió la pantalla y lo depositó sobre la mesa delante de Jatin, delante de sus triángulos.

Jatin alargó la mano, y con un dedo muy flacucho y sucio apretó teclas en el teléfono. Cuando llegó a la parte superior del teclado, el teléfono empezó a conectar. Sartaj pulsó «End».

Kamble estaba inclinado por encima del hombro de Jatin.

—Es un número de móvil —dijo, con la voz sobrecogida que por lo general reservaba para una bailarina nueva de dieciséis años en el Delite dance bar—. Es el número al que estaba llamando.

Sartaj asintió, volvió a pulsar «End» para borrar los números.

—Jatin, ¿te acuerdas del número que el taklu marcó aquel día? —le preguntó—. ¿Cuál era?

—Bip-biip-biip-bip-bip-bap —contestó Jatin.

Continuó, con más bips y biips, variados en tono y volumen. Después asintió, y pulsó teclas en el teléfono, moviéndose con velocidad y confianza absoluta de una a otra. Terminó con una floritura y se puso de nuevo a doblar otra servilleta.

—¿Este es el número que marcó el taklu, Jatin, después de que le dierais el paquete? —preguntó Sartaj, haciendo girar el móvil sobre la mesa.

—Sí —replicó Jatin, y colocó otro triángulo encima de la mesa. Junto con los otros dos, el triángulo formaba un perfecto triángulo más grande.

Kamble puso los brazos en jarras.

—Maderchod —soltó—. Asombroso. Dadle una faluda a este hombre.

—Muy a menudo —le dijo Sartaj a Mary— la investigación no es nada sino suerte. Sobre todo es eso. Esperas sentado, y algo cae en tu regazo. Entonces finges que sabías lo que estabas haciendo todo el tiempo.

—Eso no es cierto en este caso —contestó Mary—. No estabas esperando sentado. Encontraste al carterista. Hiciste que él encontrase a los chicos. Les diste de comer. Fuiste amable con ellos, en lugar de pegarles como quería hacer ese idiota.

—Kamble —apuntó Sartaj.

Estaban sentados en un banco en el paseo marítimo de Carter Road, bajo una

puesta de sol verdaderamente espectacular llena de círculos ligeros de nubes enrojecidas. Los transeúntes pasaban por el lado con brío, y en ese momento, por un instante, un cachorro que pasaba atado con correa les acarició los tobillos.

—Solo hacía su papel. De todos modos, coger al apardhi no va a ser tan fácil. Estoy seguro. Intentamos llamar al número, desde dos teléfonos públicos distintos, y no lo cogió. Ese bastardo es cuidadoso. Puedo percibirlo.

—Le cogerás. Y ese Kamble habría intentado ser duro con los chicos si le hubieses dejado, y el pequeño nunca os habría dado ese número. Lograste ese éxito en tu investigación porque estabas preparado para ello. Estabas atento. Lo sabes.

Sartaj lo sabía. Lo había creído durante años, lo aprendió de su padre incluso antes de entrar en el cuerpo, y se lo dijeron muchas veces cuando se estaba formando. Pero, aun así, era agradable tener a Mary diciéndole eso, tranquilizándolo con una mano sobre la muñeca de él. En ese momento el cachorro regresó, de paso en la dirección contraria, y ella se inclinó para rascarle las orejas, y Sartaj notó la mano de ella sobre su piel incluso después de que se apartase, incluso de forma más consciente.

—Sí —contestó distraído—. Sí.

—¿Sí, qué?

El cachorro se alejaba chapoteando sobre sus pezuñas más grandes de lo normal, y Mary miraba a Sartaj con una especie de diversión guasona.

—Solo eso —contestó Sartaj apresuradamente—. Tienes que estar atento, pero a veces el problema es que no sabes a qué estás atento. Como cuando hay una canción, pero no sabes cuál es la melodía. De modo que solo tienes que deambular, observar y escuchar. Puede hacer que te sientas como un idiota.

En ese momento fue muy directa, mirándole fijamente a los ojos:

—Tú no eres un idiota —dijo.

Era una declaración, y entonces Sartaj no vaciló. Alargó la mano y cogió la de ella, y se quedaron sentados juntos, con las manos cogidas. Tenía muchas ganas de besarla, pero había ancianas paseando, y niños, y golfillos corriendo. Así que se quedaron sentados. Sartaj pensó en lo que acababa de decir Mary: «Tú no eres idiota».

Si se lo contase a Kamble, Kamble se burlaría de Sartaj por la minucia de su romanticismo, por el cumplido pequeño, de revés, que finalmente les había unido. Pero Kamble era muy joven. Sí, ningún *ghazal* declaró nunca que el amado no era un idiota, ninguna canción de amor de Majrooh Sultanpuri sintió jamás la necesidad de afirmar eso. Kamble creía en el romance a lo grande y la tragedia a lo grande, como es debido. Pero Sartaj estaba contento: ser rescatado de la propia idiotez era la ternura más grande. Todos somos idiotas, pensó. Sé que lo soy. Encontrar a una persona que te perdona por ello es algo grande. Es fenomenal.

Se quedaron en el paseo marítimo mientras se espesaba el anochecer y el mar se retiraba hacia la oscuridad, mientras las olas se volvieron cintas blancas que se

desenrollaban. Mary le apretó la mano de repente, y preguntó:

—¿Qué será de esos chicos?

—¿Qué chicos? ¿El pequeño Camiseta Roja y su banda?

—Sí.

—Sobrevivirán.

—Sí, ¿pero cómo?

Sartaj se encogió de hombros.

—Como lo hace todo el mundo.

Ella asintió. Pero Sartaj pudo ver que los chicos permanecían, que todavía estaba pensando en ellos. Le colocó un brazo alrededor del hombro. No quería contarle lo que Kamble dijo cuando al final dejaron a los chicos y a Jayanth, el maar de carteras, y el restaurante. Habían estado hablando del loquito asombroso, y entonces Kamble dijo: «Ese Ramu es todo un líder, el bastardo». Sartaj estuvo de acuerdo. Ramu era agudo y valiente y ansioso. Sería un buen apradhi, quizá un pistolero. Y después Kamble soltó: «Deberíamos llevarle al gali y eliminarlo ahora. Ahorrarnos la molestia de tener que perseguirle más adelante, y ahorrarle a él la molestia de crecer». Y Sartaj se rió y le dio a Kamble un golpe en la espalda de modo reprobatorio, pero sabía que probablemente Kamble tenía razón. Con algunos chicos, podías ver el futuro escrito en sus frentes. Podías ver con qué ganas querían una buena vida, y cómo esa vida se les iba a escapar. Pero no quería pensar en Ramu y sus problemas y su desgracia futura, no en aquel momento. Así que sujetó a Mary, y le habló de su propia infancia, y de cómo nunca quiso ser policía como su padre, aunque de todos modos se convirtió en eso.

Luego se quedaron callados. Sartaj podía oír, incluso a través de la extensión amplia de la calles, los trinos y las risas y los gritos de un grupo de adolescentes, chicos y chicas, sentados cerca de la parada de bus. Estaban sentados encima de los capós de los coches y de lado sobre los asientos de las motos, y eran jóvenes y estaban seguros de sí mismos y eran felices y adinerados. Estaban flirteando, y un poco después aquella tarde algunos de ellos tal vez intentarían encontrar un rincón escondido para tocarse, para contactar de forma ávida. Pero Sartaj estaba contento de cogerle la mano y, más tarde, de sentir el peso de ella apoyándose contra su espalda mientras conducía la moto hacia la casa de Mary. Se detuvo en un cruce, y del autorickshaw que tenía a la izquierda surgió el famoso estribillo de una antigua canción: «*Tu kahan ye bataa, is nasheeli raat mein*». Mary la tarareó contra el hombro de él.

—¿Conoces esta canción? —preguntó Sartaj.

—Claro —contestó ella—. Es Dev Anand, ¿verdad?

En efecto era Dev Anand, era Dev Saab paseando una noche de niebla en una película antigua en blanco y negro, Sartaj no podía recordar el título. Pero se acordaba de que era una noche fría —tal vez en Mussoorie o Nainital, no, Shimla, era en Shimla— y Dev Anand era tan ingrávigo como la melodía, ligero y ágil sobre sus

pies, y la preciosa Nutan le estaba esperando. Las luces cambiaron, y Sartaj condujo lentamente junto al autorickshaw, lo siguió, alejándose de la casa de Mary, para poder oír con ella la canción. «*He, chand taaron ne suna, in bahaaron ne suna, dard ka raag mera, rehguzaaron ne suna*». El viento se movió con suavidad sobre las mejillas de Sartaj, y Mary le cantó al oído, y él se rió y pensó: esto es felicidad, solo esto; conducir por estas calles rebeldes, conocidas, con una canción antigua, con una mano en la cadera, y con un nuevo amor. Solo esto, suspendido entre el pasado y el futuro: esta mujer, esta canción, esta ciudad sucia y hermosa.

La canción terminó, y con un giro brusco y velocidad repentina Sartaj dejó atrás el autorickshaw. En casa de Mary, la besó dos veces, y después otra más. Fue muy sencillo. Ella bajó de la moto, y apoyó una mano sobre el hombro de él. Estaba muy cerca, y él se inclinó hacia delante y la besó. Ella cerró los ojos, y él volvió a besarla. Lo miraba desde debajo de unas pestañas largas, con una sonrisa amplia, y él la besó.

—Vete —dijo Mary, y lo empujó con suavidad por el pecho.

Se marchó, y cantó —mal, lo sabía— durante todo el camino a casa.

Los besos permanecían con él a la mañana siguiente, mientras conducía hacia la casa de Katekar. Aparcó la moto, y saltó sobre la alcantarilla. Era bastante temprano, antes de las siete, y la calle angosta estaba tranquila. Pero Shalini estaba sentada en su puerta, cogiendo piedrecitas y retirándolas de un montón de granos de arroz. Se puso de pie cuando vio a Sartaj, asintió y entró en la casa. Rohit sacó una silla para Sartaj. Ahora tenía bigote, unos pocos pelos desordenados que le hacían parecer incluso más pequeño, pero lo hacía lo mejor que podía.

—Hi —saludó.

Sartaj contuvo una sonrisa ante el inglés en la onda, y le saludó también con su «hi».

—¿Cómo van las clases? —preguntó.

Se sentó, y se sacó un sobre del bolsillo de la cadera. Rohit había empezado a recibir clases de informática por las tardes y le había hablado por teléfono a Sartaj sobre el e-mail y Linux y otras cosas que Sartaj no entendió.

Rohit cogió el sobre y hojeó los billetes de cien rupias del interior.

—Gracias. Las clases van bien —contestó—. Todo es muy interesante.

Pero estaba pensativo. Llevaba unos vaqueros azules nuevos y una banian, y había algo nuevo en su pelo. Sartaj notó que se vestía para ser una nueva persona, una persona que decía «Hi» y «Thank you» y que consideraba que las clases de informática eran muy interesantes. Pero no terminaba de funcionar. Los vaqueros eran finos, con puntadas sueltas de color naranja que quedaban muy lejos de la sofisticación internacional. Había un par de zapatillas de deporte azules justo tras la puerta, y tenían el mismo aspecto de esperanza desaliñada. Habría chicos y chicas en aquella clase de informática que hablarían ese idioma con fluidez, que conocerían los

matices de las camisetas y las gafas de sol. Serían duros con Rohit, y Sartaj sintió punzadas de compasión mientras Rohit se apoyaba en la pared y le contaba lo mucho que se hacía en las clases, y cómo algunos de los que obtenían el título conseguían trabajo en Bahrain.

Shalini sacó un vaso de té. Sartaj se incorporó: parecía renovada. Bebió a sorbos el té, y la escuchó, y trató de entender qué había exactamente en ella. Hablaba de su trabajo, no del trabajo de jhadoo-katka que hacía para ganar dinero, sino del trabajo como voluntaria que hacía con su organización. El grupo se llamaba SMM, que venía de Shakti Mahila *Manch*, y salían por los bastís para educar a las mujeres.

—Les hablamos de higiene, y planificación familiar —le contó a Sartaj—. Pero lo que preocupa a los maridos es que les decimos a las mujeres que deberían abrir sus propias cuentas bancarias.

Sartaj se rió.

—Los maridos creen que os estáis llevando sus cigarrillos y su bebida. Será mejor que tengáis cuidado.

Shalini rió.

—Hacen mucho ruido. Pero no nos hacen nada. Pegan a sus mujeres. Tipos valientes.

—Hubo aquel incidente —intervino Rohit—. En Bangalore.

—Sí —contestó Shalini—. Nuestro jefe de equipo nos lo contó. Fue el mes pasado. La delegación de Bangalore tenía un grupo en una bastí allí. Unos hombres de alguna organización religiosa les amenazaron, alguna que otra *parishad*. La delegación se quejó a la policía, pero los del lugar no iban a hacer nada. Tuvieron que hacer que interviniese el diputado local. Pero no obstante habrá problemas.

Sartaj estaba pensando en Mary, en cómo había sentido el labio superior de ella bajo el de él. De repente lo captó: Shalini se había depilado las cejas. Donde había pinceladas sencillas, desiguales, ahora había arcos delicados, precisos. El cambio le resaltaba los pómulos, los ojos. Sartaj nunca se había fijado mucho en Shalini, siempre había sido bhabhi, la esposa de Katekar. En ese momento la miró. Llevaba un sari azul oscuro, y una blusa de la misma tela, pero con puntadas azules en el cuello y las mangas. Nunca volvería a llevar rojo, amarillo o verde, no a menos que volviera a casarse. No llevaba joyas, y tenía el pelo peinado hacia atrás en un moño. Estaba lejos de ser guapa, pero en ella había una elegancia sobria que Sartaj nunca había notado antes.

—Siempre hay problemas —contestó, con el corazón de repente lleno de su amigo muerto, Katekar.

¿Shalini tenía novio, un amante? Parecía tranquila, incluso mientras hablaba de los hombres y su enfado, y la posible violencia.

—Tenemos que seguir trabajando —dijo ella de modo tajante—. Que hagan lo que quieran.

Mohit apareció en la entrada, frotándose los ojos. Llevaba unos pantalones cortos

marrones, y eso era todo. Tenía el pecho angosto, con una marca oscura de nacimiento bajo el pezón izquierdo. Llevaba un hilo negro alrededor del cuello, del que colgaba un amuleto de plata. Sartaj recordó cómo Katekar se opuso a ese amuleto, cómo maldijo la ignorancia y la superstición. Pero Shalini insistió en ello, para proteger a Mohit de las penas y la desgracia.

—Eh, Mohit —saludó Sartaj.

Mohit se sobresaltó. Salió de su sueño, y en aquel instante fragmentado, entre semiconsciencia embotada y el despertarse del todo, Sartaj vio su enfado. Su aversión hacia Sartaj fue completa y feroz, el odio de un niño tan grande como el sol. Sartaj fue el único que lo vio, y se estremeció. Entonces Rohit, que estaba apoyado contra la jamba, dio unos golpecitos a Mohit en la cabeza y le dijo:

—Despierta, Kumbhkarán. Tío Sartaj está aquí.

Mohit agachó la cabeza, y cuando volvió a mirar era dulce e inofensivo.

—Tengo hambre, aai —dijo.

—Vete a prepararte para el colegio —contestó Shalini—. Llegas tarde. Te daré algo.

Pero había un ribete en su voz, una resaca de pena.

—Yo también llego tarde —apuntó Sartaj—. Debería irme.

Rohit bajó por el callejón con Sartaj, hacia la esquina.

—No deja de meterse en peleas —comentó de repente—. Y ya ha faltado al colegio dos veces este mes.

—¿Mohit?

—Sí. Intento vigilarle tanto como puedo. Pero tanto aai como yo tenemos mucho que hacer. Antes nunca se portó así.

Antes del acontecimiento, antes de la muerte, antes de que un apradhi que huía quedase atrapado contra una valla. Antes de todo. Mohit mediría su vida en antes y después. Y sabría a quién culpar.

—Crecerá y saldrá de ello —contestó Sartaj—. Lleva tiempo. Es demasiado pronto. Lleva tiempo.

Rohit asintió.

—Aai también dice eso. Reza todas las mañanas, en especial por él.

—¿Cómo está ella?

—¿Aai? —preguntó Rohit, de modo distraído—. Está bien.

No podía estar del todo bien, pensó Sartaj. Ella y Katekar habían pasado años juntos, habían criado a dos hijos. Sin embargo, esa mañana, ella parecía fuerte. Aquellas cejas, y su trabajo con el SMM. ¿Era una nueva Shalini, o es que nunca la había visto con claridad antes? Las mujeres tenían capacidad de recuperación, lo sabía. Ma sobrevivió la muerte de Papa-ji; después de pasar dos días llorando, decidió que la casa se había cubierto de polvo de modo inaceptable. Y entonces limpió, no solo el interior sino también la pequeña zona ajardinada de la parte delantera y el patio en la trasera. Llamó a varios trabajadores para que fregasen la pared de la parte



de atrás, y la blanqueasen. Siguió viviendo, un poco más austera de lo que era antes, pero incluso más capaz, más enérgica. Una o dos veces Sartaj pensó —con una ligera sensación de mareo que surgía de esa observación— que parecía más tranquila después de que Papa-ji se fuera, más segura y serena.

Sartaj dio una patada a la moto para devolverla a la vida, y la ladeó mientras daba la vuelta. Después tuvo que esperar. Un hombre con una gran escayola blanca en la pierna estaba intentando maniobrar en la curva que descendía a la izquierda. Tenía que colocar las muletas bien, de forma exacta, para lograr pasar la escaloya sobre la alcantarilla, pero el callejón estaba lleno de socavones y era desigual y muy angosto. Había una mujer junto a él, cogiéndole del brazo para colocar una muleta. El hombre la insultó. Tenía la cara cargada de furia, y la muleta rascaba un lado de la alcantarilla y resbalaba.

—Aquí —dijo Rohit.

Sartaj le observó mientras lograba que el hombre y su pierna rota atravesasen la alcantarilla y bajasen un poco el callejón. Rohit era un buen chico. Era responsable, y constante, y quería a su madre. En ese momento volvió con Sartaj.

—Ese es nuestro vecino Amritrao —explicó Rohit—. Una noche estaba borracho, se cayó del tren rápido cuando entraba en la estación de Andheri. Tuvo suerte de que no le arrancase las dos piernas. Pero se cayó al andén, se dio un golpe contra el cemento, pam. Así que ahora va por ahí cojeando.

—E insulta a su mujer.

Rohit sonrió burlón.

—Se insultan mutuamente, en realidad. Son famosos por sus peleas. Y nuestra Arpana sabe insultos mejores que los de él. Una vez le dijo que se podía meter un autobús de dos pisos en el gaand de su padre, de lo ancho que era por haber sido azotado con cañas de bambú por todos los prestamistas a los que había pedido dinero prestado. Ahora solo está siendo amable con él porque está herido. Dales tan solo un par de días, él se recuperará y ella le replicará.

Pero en este preciso momento, Arpana era la esposa consciente de sus deberes, con una mano sobre el codo de su esposo. Él se tambaleaba y balanceaba al final del callejón, antes de la ligera cuesta que conducía a la casa de Katekar.

—Va a caerse y romperse la otra pierna —comentó Sartaj—. Ella debería conseguirle una silla de ruedas.

Rohit tenía muchas dudas.

—¿Una silla de ruedas en esos callejones, arriba y abajo? No lograría pasar por este último tramo. E imagina empujarla para subir la cuesta, por todas estas cuestas y curvas. Una silla de ruedas no funcionaría.

Miraba abajo, hacia el suelo, midiendo la pendiente y el estado en que estaba. De verdad era un chico muy serio.

Sartaj le dio gas al motor.

—Una silla de ruedas informatizada sí lo haría —apuntó por encima del golpeteo

metálico de la moto—. Una vez vi una, aquella cosa podría subir corriendo esta cuesta como un coche de carreras. No lo creerías.

—¿Una silla de ruedas informatizada? —Rohit estaba asombrado por las posibilidades—. De modo que tendría que estar mecanizada con un motor eléctrico potente. ¿Había un procesador para cada rueda?

—No lo sé —contestó Sartaj.

En esa cara joven y reluciente, volvió a ver la enorme fe de Katekar por la ciencia, aquella confianza en la grandeza de la tecnología, y sintió que el afecto se retorció en su pecho con el tirón de un músculo contraído.

—Pero funcionaba bien. El tipo que la tenía decía que podía subir y bajar escaleras con ella.

—¿Esa silla de ruedas era extranjera? Nunca he visto nada así por aquí. Es muy asombroso.

—Sí, la habían importado. Pero no creo que la construyesen para las condiciones de la India, para la suciedad y los monzones. El pobre bastardo no conseguía piezas de repuesto. Era muy difícil mantenerla.

Rohit negó con la cabeza.

—Nuestro país es primitivo de verdad.

Y mientras lo decía se parecía tanto a su padre que Sartaj echó la cabeza atrás y se rió.

—Estudia mucho, gurú —le animó Sartaj, y le dio una palmada fuerte en el pecho, y subió la moto bordeando el callejón, hacia la calle principal.

Ahora había más gente a pie, de camino hacia su día de trabajo, y tuvo que ir despacio. Las paredes todavía tenían un resplandor de primera hora de la mañana, y las casitas vertían al camino niños vestidos de uniforme. Sartaj tuvo que pararse con frecuencia, y las pantorrillas empezaron a dolerle de pedalear para avanzar. ¿Qué será de estos chicos? ¿Qué será de Mohit? En ese momento, Sartaj pensaba en las peleas de Mohit, su enfado, su odio. ¿Dónde estaría dentro de diez años? ¿En qué se convertiría?

Por fin Sartaj llegó al cruce. Metió la moto a sacudidas sobre el asfalto amplio, giró a la izquierda y se alejó a toda velocidad con agradecimiento. Era bueno salir de la basti, salir del revoltijo retorcido. Aceleró. Pero el miedo le persiguió: la imagen de un Mohit más mayor tirado en un callejón sucio, con la espalda retorcida en una alcantarilla. Sartaj no podía verle la cara del todo, había en ella una vacuidad, pero sabía que era Mohit, y estaba sangrando por heridas de bala, y estaba muerto. Sartaj negó con la cabeza, y trató de pensar en la investigación que tenía entre manos. No, no. Mohit superaría su trauma, olvidaría, se pondría bien. No se convertiría en un tapori, un matón, un bhai. No. Kamble no tendría que eliminarle, no, ni dentro de diez años ni nunca. Sartaj se ocuparía de ello, estaba seguro.

Sartaj fue al sur por la calle. Condujo rápido, zigzagueando entre el tráfico de la mañana. Toda su velocidad y su forma de colarse entre los autobuses no pudieron

rescatarle de la repugnancia de Mohit, y del conocimiento certero de futuro de Mohit. Mohit con una camisa a cuadros, sangrando por tres heridas de bala a corta distancia en el pecho, Sartaj podía ver las quemaduras de pólvora en el algodón. Todo era muy real. Estás siendo supersticioso, se dijo a sí mismo, esto es ridículo. Mohit estará bien. Mohit estará bien. Siguió conduciendo.

Parulkar esperaba a Sartaj en el apartamento de su sobrina en Santa Cruz. Las entregas de su dinero a Homi Mehta, su asesor, habían disminuido un poco, pero ahora el ritmo se estaba restableciendo. Sin duda había gastado sumas incalculables de dinero mientras tramaba su regreso al favor político, y ahora se estaba recuperando. Sartaj había hecho una entrega hacía menos de un mes, y ahora se estaba maravillando de nuevo con el mármol verde del vestíbulo del edificio del apartamento de la sobrina. La piedra parecía aumentar su lustre cada vez que Sartaj volvía. Tal vez esa era una de las virtudes del mármol italiano. El acero del ascensor todavía no tenía marcas, de modo que Sartaj pudo verse el rostro y arreglarse el bigote. Decidió que tenía mejor aspecto del que había tenido en mucho tiempo, y después se preguntó cómo era posible, con todo el estrés reciente. Y quizá de todos modos se lo imaginó.

Pero Parulkar también lo notó.

—Estás elegante, Sartaj. Bien, bien.

Le dio unas palmadas a Sartaj en la espalda y le guió por el apartamento. La mesa de cristal del comedor tenía platos esparcidos por encima, sobre manteles individuales ribeteados de puntilla blanca.

—Toma algo de *poha* y chai. El *poha* está especialmente rico.

—Ya he comido, señor.

—Prueba un poco de todas formas, beta, de vez en cuando es bueno disfrutar las pequeñas cosas de la vida, tomaré una taza contigo.

El *poha* estaba espectacular de verdad. Sartaj se comió una ración pequeña, después volvió a ponerse en el plato. Parulkar bebía chai y le observaba con benevolencia. Hablaron de casos en curso y de la familia de Parulkar. Las reformas en casa de Parulkar habían terminado por fin, y ahora su hija Mamta —cuyo divorcio proseguía en los juzgados de familia— y los hijos de esta podrían vivir con Parulkar cómodamente. La vida continuaba. Parulkar parecía contento, y todo su antiguo vigor había regresado, aumentado.

—Comenzaremos algunos proyectos nuevos de interacción comunitaria el mes que viene —comentó—, después de Diwali. Trabajo nuevo para el año nuevo.

Y escuchó los relatos de Sartaj sobre el asunto Gaitonde, y estuvo seguro de que al final no sería nada. Sacudió la cabeza y dijo:

—Todo esto no es sino miedo innecesario, basado en muy pocas pruebas reales. Esa mujer está conectando cosas de aquí y allá, inventándose un caso para seguir

buscando. La gente hace eso cuando su carrera se está asentando. ¡Gurús y bombas! Tonterías.

Sartaj no estaba del todo tranquilo, pero la confianza de Parulkar era reconfortante. Después de todo, Parulkar era el hombre de instinto infalible, cuyo archivo de arrestos e investigaciones exitosas no tenía igual.

—Sí, señor —contestó Sartaj—. Todo esto no es sino una historia basada en rumores, nada más. —Empujó su plato—. Estaba muy bueno.

—Vamos —dijo Parulkar—. Tengo algo para ti.

Sartaj esperaba la habitual cantidad de dinero en efectivo para transportarla, pero Parulkar le condujo al dormitorio y le ofreció una caja gris.

—Abrela, ábrela —pidió.

Sartaj levantó la tapa —que llevaba un logo en relieve que nunca había visto antes— y encontró papel de seda, un papel muy suave que envolvía de forma individual los zapatos más brillantes, más elegantes, que había visto nunca. Eran sencillos pero bien manufacturados, y cada puntada alrededor de la suela delataba cuidado y calidad. El color era perfecto, marrón con un toque de rojo, no ostentoso pero expresivo. Eran unos zapatos ideales.

—Son italianos, Sartaj —comentó Parulkar—, directos desde Italia. Usas un cuarenta y tres ancho, ¿verdad?

Sartaj tuvo que hacer un esfuerzo para salir del trance.

—Sí, señor.

—Vamos, pruébatelos. He hecho que un amigo me los traiga de Milán, le dije número y todo. Veamos si te van bien.

Sartaj se sentó en la cama, tiró de sus cordones. En el momento e que deslizó el pie derecho en el zapato nuevo, supo que le iba bien.

—Muy bien, señor.

Se puso el segundo, y se levantó.

—Se adaptan perfectamente, señor.

Caminó de un extremo a otro de la habitación, y sacudió la cabeza con asombro. No solo era el modo en que el zapato le sujetaba el pie, de manera ajustada pero sin apretar, sino el peso y el mecanismo. Sartaj caminó. Era un zapato italiano que hacía honor a su manufactura extranjera.

—Bien —apuntó Parulkar—. De modo que tira esos viejos. Me sorprendía que los llevases tanto tiempo.

—¿Llevar estos por la calle, señor?

—Claro, Sartaj. Las cosas buenas no están para guardarse en el armario. La vida es incierta, se debe disfrutar. Llévalos.

Sartaj miró hacia abajo. Sí, sería posible llevarlos de servicio. No eran llamativos, y solo un ojo con criterio sería capaz de reconocer su verdadera calidad.

—Gracias, señor.

—No hay de qué —contestó Parulkar, agitando una mano. Asintió, muy

satisfecho—. Ahora vuelves a parecer Sartaj Singh.

Homi Mehta contaba los montones del dinero de Parulkar con su ritmo pausado, preciso, de costumbre. Sartaj se reclinó en una silla de oficina, con los brazos por detrás de la cabeza y las piernas estiradas, sintiéndose bastante relajado. Resultaba asombroso que un par de zapatos le proporcionaran tal oasis de serenidad, pero eran las pequeñas cosas de la vida las que de verdad importaban. Aunque los acontecimientos globales vayan lo peor posible, la buena artesanía todavía era posible y, sí, necesaria. Sartaj retorció los dedos de los pies y dejó salir un suspiro, sorprendiendo a Homi Mehta y a sí mismo.

—Veinte. Todos completos y correctos —soltó Homi Mehta, y dio unas palmaditas al dinero—. Hoy estás feliz.

Sartaj se encogió de hombros, pero no pudo reprimir una sonrisa.

—Solo estoy cómodo.

—¿Has traído algún dinero tuyo?

—No. Hoy no, tío.

—Arre, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Ahorra mientras eres joven.

—Sí, lo sé, debo pensar en el futuro. Tal vez la próxima vez.

—La próxima vez, la próxima vez, así se te pasará la vida. Déjame que te diga: un día te despertarás y serás viejo. ¿Y dónde estará tu seguridad? ¿Y cómo mantendrás a tu esposa?

—No estoy casado.

—Sí, sí, pero lo estarás. No querrás depender de tus hijos, te lo aseguro. En especial hoy día.

Homi Mehta se puso de pie y comenzó a amontonar el dinero en una bolsa negra de plástico. El blanco niveo de su camisa de lino era del matiz exacto de su pelo cortado con cuidado.

—Sin duda tus hijos serán buenos hijos, pero es algo vergonzoso tener que pedirles.

—Tío, ya me has casado y me has hecho tener hijos. De todos modos, todavía no estoy tan cerca de la jubilación. Hay tiempo de sobra.

—Sí, sí, justo lo que estoy diciendo. Usa el tiempo provechosamente, Sartaj. Pon en marcha una estrategia. Establece tus objetivos, y haz un plan. Puedo ayudarte.

Sartaj se daba cuenta de que Homi Mehta estaba del todo desconcertado por su terquedad, que era un hombre que vivía con planes a largo plazo y planes complicados.

—De acuerdo, tío. Estás completamente en lo cierto. La próxima vez que venga nos sentaremos y lo debatiremos todo. Anotaré objetivos, y haré...

Sartaj hizo movimientos, una serie de pasos.

—Gráficos.

—Sí, gráficos. No te preocupes. Lo haré todo. Todo se tendrá en cuenta. Lo prepararemos.

En el ascensor, cercado en una esquina por un *sabji-vala* y su cesta de tomates y cebollas, Sartaj observó el cuello arrugado del ascensorista. El ascensor se paró en muchos pisos, y el ascensorista retiró las puertas haciéndolas resonar y dejando entrar a sirvientes y saabs, madres y dhobis. Sartaj estaba pensando en lo extraña y salvaje que es esta vida, tienes que agarrarla y dejarla ir al mismo tiempo, tienes que disfrutar pero también planear, vivir a cada minuto y morir a cada minuto. ¿Y qué había de las catástrofes? Supon que el cable se rompiese, y el ascensor cayese en picado, arrastrando su carga de hombres y mujeres al abismo oscuro de allá abajo, durante la caída, ¿todas esas personas sufrirían por los días y años perdidos, o se preocuparían por los que dejaban atrás? La luz que entraba por los barrotes de la puerta relampagueaba proyectando claroscuros sobre los ojos de Sartaj, y se sintió ligero y frágil, y sin embargo lleno de sangre y músculo y movimiento.

El ascensor dio un tirón y se movió y se aposentó en la planta baja, y Sartaj se libró de una sacudida de todas las preguntas y suposiciones e imaginaciones y salió a la luz fuerte del día. Había trabajo que hacer. Casi había llegado a la puerta del edificio cuando le sonó el teléfono.

—Sartaj saab, salaam.

—Salaam, Iffat-bibi. ¿Va todo bien?

—Sí. Pero podrías alegrarme el día.

—Dígame.

—He oído que estás por la parte de abajo de la ciudad, cerca de nosotros. ¿Por qué no nos das la oportunidad de ampliar nuestra hospitalidad?

Sartaj se paró en seco.

—¿Cómo sabe dónde estoy?

—Arre, saab, no te estamos siguiendo. No, no. Es solo que también hacemos negocios con el hombre al que Parulkar saab te hace llevarle su dinero. Uno de nuestros chicos te vio, me lo dijo, eso es todo.

Ahora Sartaj estaba en la calle. Giró en círculo con rapidez, pero solo había transeúntes corrientes pasando por allí, nadie que pareciera un fielder.

—Sus chicos están por todas partes.

—Tenemos muchos empleados, es verdad. Saab, sabes que estamos en Fort, no demasiado lejos. Ven a comer con nosotros.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Soy quien te desea lo mejor, y espero que tú lo hagas conmigo.

—¿Por qué quiere conocerme de repente?

Iffat-bibi dejó salir un suspiro largo. Cuando volvió a hablar, ya no era la anciana amable.

—Tengo una propuesta importante para ti —respondió, y su voz se había tensado y apretado hasta convertirse en piedra—. Una propuesta que preferiría hacerte cara a cara.

—No me interesa.

—Al menos escucha lo que tengo que decirte.

—No.

—¿Por qué? Ya hemos tenido trato antes.

—En cosas pequeñas, y soy un hombre pequeño. No tengo capacidad para propuestas grandes.

—¿Estás contento con seguir siendo pequeño?

—Soy feliz.

La risa de ella resultó abiertamente socarrona.

—Es la felicidad de un cobarde. ¿Cuánto tiempo vas a estar haciendo los recados pequeños de Parulkar? Ese hombre gana crores, y tú, ¿cuánto? Hace tiempo que deberías haber ascendido, ¿y él te ayuda? No te desea lo mejor, Sartaj saab.

—No diga nada de él. —A Sartaj le temblaba la mano, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la voz calmada—. No diga nada. ¿Entendido?

—Eres muy leal con él.

Sartaj esperó. Ahora podía creer que esta kutiya vieja ayudase a dirigir una banda, que enviase asesinos y extorsionistas.

—Pero él no es leal contigo —continuó Iffat-bibi—. Ni siquiera lo fue con tu padre...

—Bhenchod, cállese. —Sartaj colgó.

Bajó la calle a grandes zancadas, entonces se dio cuenta de que había pasado de largo el Gypsy. Volvió, se subió con esfuerzo al asiento del conductor y se sentó con las manos al volante, intentando calmarse. No había necesidad de enfadarse. Aquella randi solo intentaba manipularle. Sí, y había tenido éxito. Tranquilo, tranquilo.

Al final Sartaj puso en marcha el vehículo y se metió en el tráfico. Entonces fue capaz de pensar. La cuestión era: ¿por qué le decía Iffat-bibi esas cosas sobre Parulkar, precisamente a él? ¿Cuándo y por qué Parulkar se había vuelto desagradable para ella y para su banda? Probablemente era cierto que estaba cerca del gobierno actual, pero eso solo era supervivencia. Iffat-bibi y su gente deberían entenderlo. ¿De modo que por qué era ahora Suleiman Isa enemigo de Parulkar?

Sartaj no tenía respuestas, y no quería preguntarle a Parulkar. Siempre se había mantenido limpio y al margen de los grandes negocios de Parulkar, alejado de la intrincada red de mecenazgo y dinero y conexiones. No quería saber porque no quería participar en ello. Tenía miedo de la gravedad de aquella constelación inmensa de ambición y riqueza y poder, tenía miedo de verse arrastrado por ella, indefenso. Sí, tal vez Iffat-bibi tenía razón, tal vez era un cobarde. No tenía suficiente coraje para aquel círculo que daba vueltas, estaba asustado —tan asustado como un niño— ante la posibilidad de que la velocidad le hiciera pedazos.

para cuando pasaba por Mahim, todavía le mordía una pregunta: ¿Papa-ji estuvo asustado también? Quizá la integridad de Papa-ji, y lo poco de ella que tuviese Sartaj, en realidad procedía del miedo. Tal vez ambos no eran lo bastante grandes como para preguntar demasiado. Recompensas pequeñas para corazones pequeños. Pero no había forma de salir de esta obstrucción espinosa. Sartaj no quería tratos con Iffat-bibi. No quería saber más sobre Parulkar, y ese era el asunto. Condujo más deprisa, e intentó dejarlo todo atrás.

Sartaj se reunió con Kamala Pandey en una cafetería en S. V. Road. Iba de compras por Bandra aquella tarde, dijo, y la cafetería era un lugar conveniente donde encontrarse. Estaba sentada en la parte trasera de la cafetería, con dos bolsas de la compra llenas y Umesh a su lado. Sartaj no esperaba a Umesh, pero allí estaba, espléndido y atractivo con vaqueros negros y camiseta blanca. Estaba sentado cerca de Kamala, brazo contra hombro, y Sartaj no estaba seguro de si eran de nuevo novio y novia en secreto, pero estaba convencido de que había habido algo de haramkhoris recientemente. Algo de meter-y-sacar, como habría dicho Kamble.

—Hola —saludó Umesh.

Sartaj apartó una silla y se sentó. Asintió, y no dijo nada. Kamala cambió de postura, y después dijo con una voz muy pequeña, añorada:

—Le pedí a Umesh que viniera. Pensé que podría ayudar.

Sartaj mantuvo su voz suave, y muy neutral:

—Si quiere mantener este caso en privado, entonces manténgalo de verdad en privado.

Umesh sonrió, y se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Inspector saab —contestó—, tiene toda la razón. Pero Kamala está sola en esto, ya sabe. Y necesita algo de apoyo. Soy el único con el que puede hablar de ello. Una mujer necesita apoyo, ya sabe.

De verdad era muy encantador, de un modo infantil y seguro de sí mismo. El pelo le caía sobre la frente y tenía una sonrisa muy dulce, joven. Sartaj no podía negar nada de esto.

—Sí —replicó Sartaj—. Pero...

—¿Tomará un café, inspector saab? —preguntó Umesh—. Hágalo. Aquí es muy bueno.

—No —contestó Sartaj—. Tengo prisa.

—Pruebe el capuchino —insistió Umesh. Levantó un dedo, y llamó al chico que estaba detrás de la barra.

—Harish. Un capuchino aquí.

Sartaj lo dejó pasar. Tenía solo una vaga idea de lo que era un capuchino, y sabía que no quería uno. Pero el esfuerzo de discutir con el encantador Umesh no merecía la pena.



—Estamos haciendo progresos en el caso —le dijo a Kamala—. Ha habido algunos avances. Veamos si sacamos algo de ellos.

—¿Qué avances? —preguntó Kamala.

Estaba impaciente, entusiasmada.

—No puedo hablar de los detalles, señora. El caso todavía está investigándose.

—Por favor —pidió Kamala—. ¿Qué es?

Sartaj negó con la cabeza.

—Se lo haré saber cuando tengamos algo más concreto. Es solo una conexión.

—¿Tiene algo que ver con Rachel?

—Quizá.

—Seguro que se lo puede contar a Kamala —apuntó Umesh—. Dadas las condiciones.

—¿Qué condiciones? —Quiso saber Sartaj.

Umesh se encogió de hombros. Incluyó la cabeza hacia una de las bolsas de la compra de Kamala. Un sobre marrón sobresalía de ella, de entre los paquetes de tiendas de moda.

—Ah, esas condiciones —entendió Sartaj.

Alargó la mano por encima de la mesa, cogió el sobre marrón entre el dedo gordo y el índice. En el interior, estaba el inconfundible montón cuadrado de dinero. Sartaj dejó caer el sobre encima del cojín formado por los paquetes de Kamala y se puso de pie.

—¿Adónde va? —preguntó Kamala.

—Por favor, entiendan una cosa —anunció Sartaj, mirando a Umesh—. No soy su empleado. No son mis jefes. No les tengo que informar. Guarden su dinero.

Y luego, en inglés:

—Buena suerte.

—Espere —soltó Kamala, desesperada.

—Arre, jefe —añadió Umesh—. Se ha sentido ofendido. No pretendía nada de eso. —Ahora estaba de pie—. Disculpe, disculpe.

Puso una mano sobre el brazo de Sartaj, luego la apartó con rapidez.

Sartaj sabía que había puesto su cara aterradora, y que Kamala estaba bastante asustada. Nunca había visto su mirada categórica de policía, esa promesa irregular de violencia. Sartaj sintió un parpadeo de arrepentimiento por asustar a la hermosa Kamala, pero Umesh se había debilitado bajo aquella hostilidad, y Sartaj disfrutaba su ofuscación. Después había alguien de pie junto al codo de Sartaj.

—Capuchino —anunció el chico de modo alegre, bastante inconsciente de la tensión de la mesa.

Sartaj bajó la mirada hacia la taza espumosa, y cuando volvió a Umesh, el carisma del hombre había vuelto a su sitio.

—Inspector saab —dijo Umesh—. De verdad, lo siento. Soy un idiota... Soy un idiota. Por favor. Soy un idiota. Kamala no debe sufrir por mi culpa.

Harish, el chico del capuchino, se estaba metiendo en el drama, con los ojos muy abiertos. Sartaj se sintió idiota él mismo. Aquella mañana se había asustado por el enfado de Mohit, por sus propios temores sobre el futuro de Mohit. Después Iffat-bibi le inquietó. Y ahí estaba, pagándolo todo con Kamala. Y Umesh estaba flaqueando de verdad por el arrepentimiento y la tristeza. Había una vulnerabilidad en él que Sartaj no había visto antes. Sartaj negó con la cabeza, y cogió la taza que sostenía Harish.

—Está bien —concedió.

Se sentó y esperó a que Harish estuviera a una distancia segura.

—De acuerdo —le dijo a Kamala—. Cuando haya algo concreto que contarle, se lo contaré.

Kamala asintió rápidamente.

—Sí, sí —contestó—. Muy bien.

Umesh estaba reclinado en la silla, alejado de Sartaj.

—Pruebe el capuchino, señor —animó—. De verdad que está muy bueno.

Sartaj dio un sorbo. Era rico y rotundo, como su nombre extranjero. Dio un vistazo a la cafetería, a sus paredes lustrosas color pastel y fotos de calles europeas. Harish estaba sirviendo en la barra a una pandilla de dieciochoañeros. Las mesas hacia la parte delantera estaban ocupadas por estudiantes, resplandecientes con sus zapatos macizos y el pelo cuidadosamente alborotado. Nunca tuvimos lugares así cuando estábamos en la facultad, pensó Sartaj. Megha y él tuvieron que acurrucarse en restaurantes iraníes, bebiendo chai pasado, soportando miradas de hombres de negocios que se estaban quedando calvos.

—¿Azúcar? —preguntó Umesh.

—Está bastante dulce —contestó Sartaj. Había un coche verde pequeño junto a la taza de Umesh, sujeto a su llavero—. ¿Cuál es ese?

—Es un Ferrari —contestó Umesh.

Sartaj le dio la vuelta al coche con la punta del dedo, lo movió hacia atrás y hacia delante sobre la mesa. Era un modelo pequeño perfecto, con volante y letras pequeñas y números a los lados.

—¿No era distinto la última vez? ¿Uno rojo?

—Sí. Aquel era un Porsche.

Sartaj asintió.

—¿Así que ahora prefiere el Ferrari?

Umesh levantó las manos, imitando un asombro desconcertado.

—Arre, inspector saab —dijo—. ¿Qué, un hombre solo debería tener un gaadi? Un hombre necesita más que eso.

La ironía era tan fuerte como la insinuación. Pero era muy consciente de que estaba siendo el chico malo, y que era maravilloso, de modo que resultaba imposible enfadarse con él. Incluso le pasaba a Kamala, que puso los ojos en blanco pero no pudo evitar una mirada de regocijo.

—¿De modo que tiene estos coches de verdad? —preguntó Sartaj.

Era una pregunta mezquina, pero Sartaj tenía que hacerla. Umesh le había hecho sentirse viejo. Hubo un tiempo en que existió un Sartaj que quería mujeres ostentosas y coches ostentosos, en cantidad, y pensaba que se lo merecía.

—Verá —respondió Umesh—. En realidad...

Kamala le dio una palmada a Umesh en el hombro.

—Cállate —le soltó. Y después, a Sartaj—: Los tiene en sueños. Compra seis revistas de coches cada mes. Tiene posters en la pared.

—Es mi hobby —contó Umesh, devoto bastante de modo—. Son máquinas asombrosas.

Había un fervor en el fondo de su voz, la silenciosa energía cinética del fanático auténtico.

—Y de todos modos, estás bastante equivocada. En mi pared ya no hay posters. Hay una pantalla.

—Oh, sí —rió Kamala—. La nueva sala de cine.

—¿Tiene una sala de cine en su casa? —preguntó Sartaj—. ¿Con proyector y todo?

—No, no un proyector de películas —explicó Umesh, con una sonrisa tolerante hacia la ignorancia de Sartaj en cuanto a las novedades—. Es un reproductor de DVD de alta calidad Sony, inserto en un proyector de pantalla de cristal líquido. Te da una imagen que es como de cuatro metros de ancha. —Umesh extendió los brazos todo lo que pudo—. Y es una imagen mejor que la de muchos de los cines que tenemos en el país. También he instalado un nuevo amplificador Sanyo, y altavoces Bose. Si le subes el volumen, puedes notarlo aquí. —Se golpeó el pecho con la mano, con los ojos saturados de pasión—. Debería venir alguna vez a ver una película.

—Le aburrirá con alguna película americana de carreras —replicó Kamala—. Coches yendo y viniendo durante dos horas.

—No, no. —Umesh la desestimó con un movimiento viril como de estar picando con la mano derecha—. Podemos ver una película de policías. Ya le dije, me gustan las historias policíacas.

Sartaj todavía estaba intentando imaginarse una pantalla de cuatro metros y un proyector en un apartamento de Bombay.

—¿Tiene una habitación especial para esa pantalla?

—No, yaar, está en mi dormitorio. No se necesita mucho espacio, el proyector es así de grande, como esto. Venga a verlo.

—Quizá en alguna ocasión —contestó Sartaj. Se puso de pie—. Ahora hay demasiado trabajo. ¿Cuánto cuesta algo así, proyector y sonido y todo?

—Oh, no tanto —contestó Umesh—. Por supuesto que lo importan especialmente, así que tienes que estar preparado para hacer cierto gasto. Pero no tanto como piensa.

Se dio unas palmaditas en la cara con las puntas de los dedos.

—¿Qué? —preguntó Sartaj.

Umesh dijo con afecto:

—Amigo, tiene espuma en el bigote. —Cogió una servilleta de papel con una mano, y el sobre marrón con la otra—. Tome.

Sartaj cogió las dos cosas.

—No se preocupe —le dijo a Kamala, limpiándose la cara—. Estamos sobre el caso.

Kamala trató de aparentar tranquilidad, pero las dudas nadaban bajo el lustre encantador de sus mejillas. Sartaj vaciló, después añadió:

—Y sí, parte del progreso se ha realizado con Rachel. Como ya he dicho, no se preocupe.

La espalda de Kamala se enderezó, y sonrió y asintió. Umesh también estaba satisfecho de modo gratificante. Quizá quería a Kamala a su manera, pensó Sartaj. Un tipo atractivo, pero simpático.

—Está bien —respondió Kamala—. Gracias.

Sartaj la dejó con Umesh diciéndole algo al oído. Palabras cariñosas, quizá, o recuerdos susurrados de su pasado compartido. No, Sartaj estaba seguro de que Umesh estaba hablando de la dudosa competencia del investigador que ella había conseguido. Sartaj alcanzó a ver una imagen fragmentada de sí mismo en la puerta de cristal de la cafetería mientras colocaba una pierna sobre la moto. Fue un movimiento con clase, pero el hombre que lo hacía estaba desdibujado, vestido con una camisa a cuadros tristemente pasada de moda y pantalones vaqueros. El turbante todavía estaba ajustado y en su sitio, pero el rostro de debajo se había venido abajo con el tiempo. Los detectives de las películas extranjeras de Umesh tendrían mejor aspecto sin duda, irían mejor vestidos, serían mejores en general. Todo eso era indudablemente cierto.

En la carretera del norte, más allá del aeropuerto de Santa Cruz, Sartaj pensó en otras verdades. Era, de hecho, el empleado de Kamala. Le pagaba el gran gobierno de la India, con sueldos mezquinos *GOI*, pero de todos modos era cierto que los cheques de su sueldo venían en parte de Kamala Pandey, ciudadana de buena posición. Sus pagos en efectivo en sobres marrones le convertían doblemente en su subordinado, y no obstante se había puesto de pie, y había proclamado que no trabajaba para ella, que no era su peón, su culi. Un avión ligero despegó por la izquierda, y Sartaj lo observó elevarse y alejarse de él, hacia el azul del cielo. En ese momento el tráfico se movía con rapidez y por unos pocos segundos Sartaj tuvo la ilusión de que podría mantenerse al ritmo del avión. Después se alejó. Pensaba que estaba más allá de competir con gente como Umesh y Kamala, que se había alejado a trompicones del canto de sirena del éxito y el triunfo, pero aparentemente su orgullo todavía estaba vivo. Todavía podía enfadarse cuando le recordaban lo que era de verdad, un funcionario, un sirviente, nada más, nada menos. Maldito sardar, pensó Sartaj. Maldito policía.

Aquella tarde, Kamble disfrutaba el hecho de ser policía. Había resuelto un caso de robo —habían sido el vigilante de un edificio y sus dos amigos— y había conseguido dinero por un caso de malversación de fondos, por parte del acusado. Estaba redactando un informe en la sala de interrogatorios cuando Sartaj lo encontró.

—Saab, pase, pase —dijo—. Por favor, siéntese.

Después escribió con una mano, sorbió chaas ruidosamente con la otra y le contó a Sartaj todo sobre sus triunfos. Cuando hubo terminado y archivado su informe, fueron a la parte de atrás de la comisaría, y dieron un paseo dentro de los muros del recinto, alrededor del templo. Se quedaron de pie bajo un árbol joven y mustio y hablaron.

—El número de teléfono al que llamó taklu está registrado a nombre de... —comenzó Kamble—. Pero espere... no lo creerá. Dígame de quién cree que se trata.

Kamble tenía contactos en la compañía de teléfonos móviles. Había hecho mucho ruido sobre lo difícil que iba a ser conseguir alguna ayuda e información, siendo esta una investigación no oficial, y cómo iba a necesitar más efectivo para mover las cosas. Ahora estaba satisfecho consigo mismo, con la rapidez de sus fuentes y su fiabilidad.

—Vamos, Kamble —dijo Sartaj—. Aquí fuera hace calor.

Los árboles jóvenes que Parulkar plantó habían crecido, se habían vuelto más altos pero tenían un aspecto triste como de estar hechos trizas, despojados de hojas y ramas. No daban ninguna sombra. Una franja de luz solar salpicaba de un lado a otro los hombros de Kamble, y estaba sudando.

—Jete, de verdad no podría decirlo —replicó.

Se sacó del bolsillo con estilo ceremonioso un montón de papeles doblados, impresos de ordenador que todavía llevaban las tiras agujereadas. Agitó las hojas.

—Inténtelo una vez.

Sartaj se encogió de hombros.

—¿El ministro Bipin Bhonsle?

Kamble se dobló hacia delante y soltó una risa de golpe.

—Sí, quería encerrar a todas las mujeres de vida alegre de la India. Pero no, no es él. Escuche. La dirección es una inventada en Colaba, no existe. Pero el nombre es... Kamala Pandey.

—No.

—Sí. Eso es lo que dice aquí. Kamala Slot Pandey.

—Déjame ver. —Sartaj cogió el listado de arriba—. Eso no es *slot* —dijo—. Es *slut*.

—¿Qué es?

—Una palabra en inglés. Es como decir randi.

—¿Una raand? —Kamble se pasó una mano por encima de la cabeza, hacia atrás sobre el pelo cortado—. Taklu llama a su jefe, esa Rachel kutiya, y la saali se ríe de nosotros.

—De Kamala, creo —puntualizó Sartaj—. No creo que Rachel esperase que nadie consiguiera el número, la verdad. Piensa que es verdaderamente lista. Para ella todo esto es una broma.

—Bhenchod. Ahora quiero atraparla —soltó Kamble—. Ya ni siquiera es por el dinero.

Sartaj le dio a Kamble el sobre marrón, que ahora pesaba la mitad.

—La cogeremos. ¿Qué más has conseguido?

—Un mes de llamadas a este teléfono, entrantes y salientes. Son todas del mismo móvil, y todas al mismo móvil. Tiene que ser el del taklu, el que usó en el cine.

De modo que Taklu y su compañero tenían un móvil, y lo utilizaban solo para llamar a ese número, para hablar con su jefe. Y el jefe —quien, a juzgar por la mala leche extra de *slut*, era Rachel Mathias— solo utilizaba su móvil para llamarles. Muy eficiente, muy cuidadoso.

—El otro teléfono, el del Taklu, ¿a qué nombre va?

—Al mismo nombre, el de ella también. De igual a igual, *slot* y todo.

Así que Kamala era doblemente *slut*. En ese momento Sartaj también quiso atrapar a Rachel, y no por el dinero. Pero los dos móviles llamándose el uno al otro planteaban un problema. Las direcciones con las que estaban registrados serían falsas, y los pagos se harían en efectivo para conseguir minutos extra en las tarjetas SIM. Era un sistema cerrado.

Pero Kamble tenía la mandíbula estirada de forma salvaje, como un lobo que acaba de engullir un bocado de carne fresca.

—No se preocupe tanto, amigo mío. Alguien cometió un error. Hay una llamada desde el móvil de Taklu, a un fijo. Fue hace tres semanas, solo una llamada de minuto y medio de duración. Es un número particular. Tengo el nombre, y la dirección. Y todo es real.

Fueron a la dirección real aquella tarde. Fue un trayecto largo, con tráfico de hora punta todo el trayecto hasta Bhandup. Kamble iba detrás de Sartaj, y Sartaj notaba su peso e impaciencia. De vez en cuando, Kamble señalaba aperturas entre los vehículos parados en el atasco, y le metía prisa para seguir adelante, más rápido. Sartaj mantuvo su ritmo constante de costumbre, negándose a tomar atajos que sabía que al final les atrasarían. Se detuvieron tras una larga línea de camiones de colores brillantes en un cruce, y Sartaj apartó la cara del flujo constante y caliente del tubo de escape hediondo. Había una burbuja de luz naranja suspendida sobre la calle, por las farolas, y sobre ella el negro profundo del cielo. Hacia la derecha, de parte a parte y por encima de los coches en movimiento, Sartaj podía ver la expansión de luces bajas, extendiéndose densamente hacia el este y el norte. Más allá de las luces, allí apenas, la elevación de las montañas. Allí fuera, podías ver la extensión de la ciudad, elaborándose a sí misma para introducirse en el terreno y a través de la tierra. Tal vez

todavía había algunas poblaciones tribales en aquellas colinas, aferrándose a sus pequeñas zonas de tierra y costumbres curiosas. Esos camiones llevarían cemento y máquinas y dinero, y extensos documentos legales, y la gente tribal firmaría y vendería, o sería desalojada. Así es como funcionaba.

Kamble se rió. Sartaj se giró para mirar, y Kamble estaba observando la parte de atrás del último camión entrecerrando los ojos. «*Gar ek baar pyaar kiya to baar baar karna*», proclamaba la elaborada escritura hindi debajo del habitual PITA-OK-POR FAVOR, «*agar mujhe der lio jaye to mera mtezaar kartia*». Los guardabarros estaban pintados de rojo y naranja, con un diseño arbolado de color verde.

—Hay cuatro errores de ortografía —soltó Kamble—. En dos versos.

De hecho así era.

—Pobre poeta —comentó Sartaj.

—No son malos versos, con todo —apuntó Kamble.

Las luces cambiaron, y los camiones volvieron a la vida con el rugido enorme de bocinas y motores. Sartaj circulaba detrás del último lleno de poesía, y pensó en los problemas de los poetas y los cerebros inteligentes que transgredían la ley. Podías llevar a cabo de forma cuidadosa el delito más elegante, y ocultarte tras capas de teléfonos móviles, pero el problema era que tenías que trabajar con idiotas. Era difícil contratar una buena ayuda. Siempre había alguien que desobedecía la más sencilla de las instrucciones, y cometía un error, muchos errores. La investigación hacía que los detectives pareciesen inteligentes, pero a menudo las soluciones eran regalos de bobos. En ese momento, Sartaj recordó a Papa-ji soltando una perorata sobre el declive general de las clases criminales, exponiendo su teoría acerca de que los novatos eran todo músculo y nada de sutileza, que utilizar una AK-47 en vez de una cuchilla de Rampur de líneas elegantes te hacía un villano menor y un hombre más pequeño. Papa-ji siempre tenía ejemplos —retrocediendo hasta el siglo XIX— de ladrones y estafadores legendarios que cometieron delitos de ingenio y virtuosismo. Una generación siempre tiene los apradhis que merece, solía decir.

Estaba avanzada la tarde cuando llegaron a la kholi de dos habitaciones del apradhi en la parte de atrás de la basti Satguru Nagar, al final de un callejón en curva. Habían seguido a un inspector llamado Kazimi, que tenía el pelo teñido de mahendi y una forma de caminar rígida. Kamble puso los ojos en blanco ante su forma de caminar balanceándose con las puntas de los pies, su paso ágil al caminar por encima de un puñado de cañerías. Kazimi era amigo de un amigo, y Satguru Nagar era parte de su ronda. No había hecho ninguna pregunta sobre la investigación, y mil rupias lo habían vuelto lo bastante flexible como para adaptar sus horarios. No era un policía en un destino muy lucrativo, y Sartaj estaba seguro de que tenía hijos casi adultos que necesitarían asentarse. Tenía ese aire agobiado, aquellos hombros caídos, cargados. Kazimi era eficiente, sin embargo. Había reconocido el nombre, *shrimati* Veena Mane, de inmediato, y ahora estaba guiándoles sin vacilar por callejones indescriptibles.

—¿Cuánto falta? —preguntó Kamble.

Se había parado, y se apoyaba con una mano sobre un poste, y restregando la suela de un zapato contra el ángulo de una pared.

—Odio meterme en estos sitios. Bhenchod.

—No está tan lejos —respondió Kazimi—. Uno, dos minutos más. —Se estaba masajeando la cadera.

—¿Qué te pasó? —preguntó Sartaj, refiriéndose a la cadera.

—Me dispararon —contestó Kazimi—. Durante los disturbios. Me duele después de caminar todo el día. Incluso después de todo este tiempo.

Sartaj no necesitó preguntar qué disturbios, y no quiso preguntar cómo y por qué había sido herido Kazimi. En ese momento, Kamble estaba derecho, y siguieron.

—Esta basti ha crecido mucho en los dos últimos años —comentó Kazimi, mientras su perfil quedaba iluminado por las puertas ante las que iban pasando—. Ahora son casi quinientas kholis.

Quinientas casitas apretadas, ladrillo y madera y plástico y hojalata construyendo espacios pequeños para muchos cuerpos. Kamble estaba probablemente a una generación de distancia de un hogar como estos, quizá dos, pero tenía la superioridad del fugitivo, el emigrante. Iba de camino a alguna otra parte, y no le gustaba que le hicieran retroceder. Sartaj trataba de tener cuidado con sus propias obras maestras italianas, pero si se te ensucian los zapatos, tienes que aceptar la mancha y tratar con ella. La gente vivía ahí, y esa era su vida. En realidad, esta basti era mejor que muchas de las que Sartaj había visto. Sus habitantes habían progresado, habían escapado de los cobertizos hechos trizas que construían los inmigrantes nuevos, los arreglos temporales hechos de cajas de cartón desechadas. Aquí había surtidor de agua, y alcantarillas tapiadas, y luz en la mayoría de las kholis, y shrimati Veena Mane tenía teléfono. Sartaj había visto incluso una fila de cinco servicios cerca de la parte delantera de la basti, debajo del cartel azul de una ONG. Esta gente estaba prosperando, lenta pero segura.

Pero no les gustaban los policías, a los habitantes de Satguru Nagar. Había dos adolescentes sentados sobre una repisa entre dos kholis, con los brazos entrelazados, miraron a Kazimi, y Sartaj captó el resto de su hostilidad mientras este pasaba por su lado. Una anciana que se estaba quedando calva y permanecía sentada en una entrada, sujetando entre las rodillas una thali llena de granos de arroz, les gritó:

—¿Qué pecado va a cometer hoy, inspector?

Había suficiente agujijón de desprecio solo en su «tor» como para cortar la leche que estaba hirviendo dentro en la cocina.

—Hoy no voy detrás de tu hijo. Amma —contestó Kazimi, sin mirar atrás—. Pero dile que he dicho hola.

La mujer tenía más que decir, pero Sartaj lo perdió bajo el estruendo metálico de *Yeh shaam mastaní, madhosh kiye jaye*, que procedía de un televisor hacia la izquierda, con el volumen muy alto. Casi habían llegado al final de aquel callejón,



que se terminaba de forma brusca con un muro gris de cemento. Había fragmentos de cristal sobre el muro, y espirales de alambrado de púas. Más allá había un espacio vacío, árboles y tierra vacía.

—Aquí —anunció Kazimi—. La segunda puerta antes del final, a la izquierda.

—Muy bien —respondió Kamble, pasando por el lado de Kazimi—. Vamos.

—Espacio —avisó Kazimi—. Espacio.

Sartaj colocó una mano sobre la espalda de Kamble para contenerle, y después la sacó por el sudor.

—Tiene razón —dijo, limpiándose la mano en los vaqueros—. No sabemos quién es el apradhi. O si es uno de los taporis que hemos visto en la esquina. Ve con cuidado, Kamble. Con cuidado.

Kamble no estaba convencido, pero dejó que Kazimi pasase primero. Aquella segunda puerta a la izquierda estaba recién pintada de un naranja alegre, y tenía un Ganesha de color blanco sobre el dintel. La puerta solo tenía una rendija abierta, y salía una burbuja de luz apenas visible. Kazimi subió con tranquilidad el callejón, como si se dirigiese hacia el final del todo. Después se dio la vuelta de repente, y puso una mano sobre la puerta naranja, y la empujó.

Se oyó un chasquido agudo, de madera sobre carne, y un gruñido de dolor. Sartaj pudo ver, más allá de Kazimi, una mano sujetando una rodilla, una espalda desnuda, pantorrillas flacuchas. Había un hombre en el suelo. Estaba sentado con la espalda contra la pared y la puerta, mirando la televisión. Se levantó sobre una pierna, cojeando, y preguntó:

—¿Quién? ¿Quiénes son?

Sartaj, que estaba en medio de la puerta, sintió el aliento caliente de Kamble en la parte trasera del cuello.

—Bastardo —soltó Kamble—. Es el taklu.

Lo cierto es que era posible que este espécimen enjuto, con el pecho hueco, fuera el taklu que describió el pequeño Jatin. Tenía la edad adecuada, el peso adecuado, y había perdido pelo justo hasta la coronilla. Kazimi lo había apoyado con la espalda contra un estante.

—Eres nuevo aquí —dijo Kazimi—. De lo contrario me conocerías. ¿Cómo te llamas?

—¿Quiénes sois? —insistió Taklu.

—Somos tus baaps —soltó Kamble desde la puerta—. ¿No nos reconoces?

Sartaj pasó por el lado de Kazimi, para ir a la parte de atrás de la kholi. Había otra habitación allí, con dos armarios de madera, y tres baúles de acero apilados uno encima de otro. Una pelusa de luz grisácea salía del ventilador de barrotes gruesos que colgaba de la pared de ladrillo. En conjunto era una casa de buen tamaño, bien mantenida y limpia. La zona de la cocina, en el cuarto delantero, tenía una parrilla colgando con hileras de utensilios, y una cocina con dos hornillos. Hacia la izquierda, cerca de la puerta, un teléfono verde yacía resplandeciente sobre una tela blanca de

encaje, encima de una mesita de madera.

Ahora Taklu estaba quieto. Había dejado de tocarse la rodilla, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Bajo la ropa interior de punto azul, le temblaban las piernas, justo al lado de la película de Sunil Shetty que ponían en televisión.

—Me llamo Anand Agavane —dijo.

Ahora sabía que tenía a tres policías en casa, y le temblaba la voz.

Kazimi dio un paso hacia él.

—¿Quién eres, Anand Agavane? ¿Por qué estás aquí, en la casa de Veena Mane?

—Es mi *aatya*. Esta es la casa de mi *aatya*. A veces vengo y me quedo aquí. Conduzco un autorickshaw para un *seth* que tiene el garaje aquí cerca. A veces tengo que devolver el autorickshaw tarde por la noche, así que vengo y duermo aquí.

—Tu *aatya* es rica, ¿eh? —preguntó Sartaj—. Tiene teléfono y todo.

Estaba en cuclillas al lado del taburete. El teléfono tenía un candado en el disco, y una caja llena de monedas y billetes pequeños al lado. Veena Mane les cobraba a sus vecinos por dejarles hacer llamadas y recibirlas.

—¿Cuál es el número de este teléfono?

—¿El número?

—Sí, el número. ¿No recuerdas el número de tu propia *aatya*? ¿Cuál es, Kamble, el número de teléfono?

En ese momento, Kamble estaba en la habitación de atrás, y Sartaj podía oírle volcar los baúles y abrir los armarios. Gritó el número, diciendo fuerte y claro los dígitos.

—¿Es este, *chutiya*? —Soltó Kazimi. Ahora estaba de pie muy cerca de Anand Agavane, nariz contra nariz—. ¿Es este el número de tu *aatya*?

—No he hecho nada.

Kazimi le dio una bofetada. Se oyó un quejido de fuera, de la hilera de rostros que se amontonaban en el callejón. Anand Agavane se encorvó sobre el televisor, sujetándose la cara.

Sartaj sacó la cabeza por la puerta.

—Fuera de aquí —gruñó—. Os meteremos aquí dentro también a vosotros, bastardos. ¿Queréis un *lathi* por el *gaand*? Esto no es el cine.

Los vecinos de Veena Mane se retiraron, y después se dieron la vuelta. Pero Sartaj sabía que estarían escuchando, que lo que sucedía en una *kholi* se oía fuerte en la de al lado; volvió a la habitación, subió el volumen de la tele. Una modelo vestida con *sari* verde cantaba sobre un café exquisito.

—Mira esto —dijo Kamble mientras recorría el pasillo angosto desde la habitación trasera.

Sujetaba una toma de corriente negra en forma de cubículo y un cable colgando.

—Esto parece que puede enchufarse a un teléfono móvil. ¿Cuántos teléfonos móviles tiene tu *aatya*, después de todo? ¿Qué está haciendo, llamar a los *Ambanis* cada diez minutos?

Sartaj le cogió la toma de corriente a Kamble. Colocó una mano reconfortante sobre el hombro de Anand Agavane, cerca del cuello.

—Escucha —dijo—. No vamos detrás de ti. Sabemos lo de las llamadas a la mujer, sabemos que enviaste a aquellos chokras a recoger el dinero en el Apsara. —Sartaj podía notar el pulso de Anand Agavane bajo sus dedos, tan fuerte y rápido como el de un pájaro—. Solo queremos que nos digas tú mismo el nombre de tu jefe. ¿A quién llamas? Solo dímelo. Todo irá bien, no te pasará nada.

Pero Anand Agavane estaba aletargado, con los ojos vidriosos y la mandíbula rígida. Sartaj lo había visto antes, ese arranque de coraje acorralado. Anand Agavane iba a tratar de ser honorable, quería salvar a sus amigos. Se vendría abajo, pero sería necesario algo de esfuerzo, interrogatorio, uno o dos golpes. Tendrían que llevarle a alguna parte, trabajárselo.

Kazimi asintió a Sartaj, después volvió a abofetear a Anand Agavane, un revés perezoso. Era solo un signo de puntuación, sin mucha fuerza detrás.

—Te ha preguntado algo —soltó Kazimi—. Contesta.

—No sé nada de ningún dinero —respondió Anand Agavane.

—¿Qué hay del móvil? —preguntó Sartaj—. ¿Dónde está?

Kamble cogió una camisa blanca de una percha, la dejó caer. Después hurgó en un par de pantalones blancos y sacó una cartera.

—¿Tanto dinero en el bolsillo de un conductor de autorickshaw? Y el autorickshaw ni siquiera es tuyo, bastardo.

Le lanzó los pantalones a Anand Agavane, rebotaron en su cara y cayeron al suelo.

Sartaj inclinaba cajas de un estante de la cocina. En el extremo alejado del hornillo, un estante negro sujetaba imágenes de Tuljapur Devi y Khandoba, y una fotografía de boda en blanco y negro enmarcada, un hombre y una mujer con un vago parecido a Anand Agavane. Esa debía de ser Veena Aatya, enojada y tímida para su boda. Sartaj limpió el metal, y el cristal se hizo trizas sobre el suelo. Kazimi plantó un pie encima de los pantalones de Agavane, y alargó la mano hacia abajo y estiró del cinturón para sacarlo. Lo dobló, y golpeó con él los hombros de Agavane, las caderas.

—Si me haces enfadar —advirtió—, tendrás que pasar la noche conmigo, bhenchod. No con tu aatya. Y te lo advierto, yo me lo pasaré en grande, pero tú no. ¿Dónde está ese móvil maderchod?

Sartaj se dio la vuelta desde los estantes, volvió a la habitación. La kholi tenía el aspecto de haber sido destruida de repente, como si un viento fuerte se hubiera llevado los calendarios brillantes de la pared y los hubiese cortado por la mitad, y hubiera volcado una lata de arroz bueno por el suelo. Sartaj intentó pensar más allá del golpetazo del cuero sobre la piel, y los insultos constantes de Kamble. Anand Agavane había estado sentado en el suelo viendo la televisión, justo ahí. No estaría lejos de la voz de su ama, el teléfono debía de estar cerca de la puerta. En algún lugar

por ahí. Había una ventana con los postigos cerrados, pero la madera marcada, retorcida, solo dejaba espacio suficiente sobre el alféizar para un paquete de Wills y cerillas. Sartaj desplegó el colchón doblado sobre el que había estado sentado Agavane, y aquello no aportó nada sino un olor a humedad y unas briznas apenas perceptibles de pelusa. Sartaj pasó por encima del teléfono que había sobre el taburete, y después no había a donde ir. Eso era la habitación, todo esto era la kholi.

En la esquina, a la altura de la cabeza de Sartaj, una cesta de alambre colgaba de una cuerda blanca. La cesta estaba vacía. Tal vez aatya había salido a comprar atta, y patatas, y cordero, que dejaría colgando en la cesta, alejado de las ineludibles ratas. Mantenía una casa limpia, aunque su sobrino fuera un apradhi. Anand Agavane estaba en cuclillas y doblado hacia delante en ese momento, con la cabeza entre las rodillas y envolviéndose fuerte con los brazos. Ahora tenía los hombros enrojecidos, y la cabeza calva estaba sudada. Bastardo testarudo. Sartaj dio con los nudillos en la cesta, y esta se balanceó con suavidad contra la pared. La cuerda subía hasta un aro que había en una viga. Había una foto en la pared, un retrato reciente de estudio, todo con colores brillantes y luz teatral para una pareja joven. La hija de aatya, quizá, vestida con sari rojo, con gafas de sol apoyadas sobre la cabeza. El esposo permanecía de pie a su lado con chaqueta de cuero, las manos en las caderas, en una postura elegante de modelo. Probablemente la chaqueta se la había alquilado al fotógrafo, que los había hecho posar como una pareja moderna frente a una ciudad por la noche. Las luces subían y bajaban, y brillaban sobre el agua. Podría ser Marine Drive, o Nueva York. La foto enmarcada en negro colgaba de un ladrillo que sobresalía. A lo largo de este muro delantero, unos treinta centímetros por encima de la cabeza de Sartaj, había pares de ladrillos que sobresalían. Aatya debía de haberlos hecho poner, cada medio metro o así. Una mujer práctica. Sartaj alargó la mano hasta el primero, y la deslizó por encima, y solo encontró la superficie áspera y el cordel que sujetaba la fotografía. Repasó el segundo, y después apartó el colchón de una patada, dio un paso. Alargó la mano, y sintió una ráfaga de confianza en sí mismo incluso mientras lo hacía. Sí. Notó el plástico liso con las puntas de los dedos. Era el teléfono.

—Lo tengo —anunció.

Kamble arrojó a un lado una caja de hojalata de galletas que estaba investigando, y botones y carretes y agujas traquetearon hasta la pared más lejana.

—A ver, a ver —pidió, alargando una mano.

Pero Sartaj sostuvo el teléfono, era suyo, al menos por el momento. Ese era el instante en que un caso se abre, cuando sentía que estaba rasgando una cortina oscura, cuando se producía aquel torrente agudo de triunfo y más apetito. Dejó que aquella sensación le recorriese, y pudo sentir la sonrisa en su rostro. Pulsó teclas en el teléfono, después se lo pasó a Kamble.

—Los últimos diez números marcados —comentó—. Todos el mismo número, el otro móvil.

—Te tenemos —cantó Kamble con voz suave—. Te hemos pillado, bastardo.

Cogió el teléfono, toqueteó la pantalla con el índice. Estaba feliz como un niño pequeño con un cucurucho de helado.

Pero Kazimi estaba indignado. Golpeó a Agavane, y después se apartó tambaleándose y se sentó en un cajón vuelto del revés.

—Maderchod —le dijo a Agavane—. ¿Para esto me has hecho trabajar tanto? ¿Creías que no encontraríamos el teléfono gaandu ahí arriba? Estás sentado en una kholi tan grande como una ratonera, bhenchod. Estúpido. Ahora te tenemos.

Sacó y sacudió un pañuelo azul grande, y se limpió la cara y la nuca.

—¿Ahora has acabado, héroe? ¿Preparado para hablar?

El rostro de Agavane salió a la luz. Estaba llorando.

—Saab —dijo—. Saab.

Eran las once cuando Sartaj llegó a casa de Mary. Paró, de repente consciente de lo ruidosa que era la moto. La escalera estaba lejos de la única bombilla que parpadeaba al final de la calle y estaba muy oscura. Sartaj subió marcando el camino con la punta de los pies, notando por primera vez las plantas trepadoras sobre la pared que tenía a la izquierda, la espesa cubierta mullida de hojas y enredadera. Llamó a la puerta dos veces, y estaba pensando en bajar las escaleras cuando se abrió chirriando. Mary tenía la mirada confusa e iba muy lenta. Murmuró algo y se arrastró hacia atrás para dejarle entrar.

—Me he dormido —logró decir al final, en medio de un bostezo enorme.

Había una madre pata y sus patitos en su camiseta amarilla grande.

—Lo siento —comenzó Sartaj—. No he podido salir hasta ahora. Me puedo marchar.

—No, no —cerró la puerta—. Solo estaba viendo la tele, cerré los ojos.

En la pantalla, una fila de cebras, brillantes en negro y blanco, andaban brincando sobre una cresta. Sartaj alargó la mano y tocó la mejilla de Mary.

—Sartaj Singh —dijo ella—, hueles mal.

Sartaj retrocedió.

—Lo siento —se disculpó—. Un día entero de trabajo, ya sabes.

De pronto fue consciente de su propio hedor, de las horribles costuras teñidas de petróleo de suciedad y sudor que se habían asentado en su cuerpo, desde la frente hasta los tobillos.

—Debería irme. Mi plan era pasar primero por casa, pero se ha hecho muy tarde. Mary se rió.

—Te estás sonrojando —apuntó—. No sabía que los policías se podían ruborizar. Oye, no tienes que irte. ¿Por qué no te das un baño?

Inclinó la cabeza hacia la puerta que había detrás de Sartaj.

—¿Un baño?

Ella tenía razón, se había puesto rojo, Sartaj podía notar el rubor en el pecho y el cuello. Nunca había sido tímido, pero ahora la idea de quitarse la ropa detrás de aquella tabla delgada de madera le hizo sentirse expuesto de un modo insoportable.

Pero Mary se volvió dinámica y eficiente.

—Ve —dijo—. Voy a por una toalla. Calentaré la comida, estará lista cuando termines.

Sartaj se inclinó hacia delante cerca de la puerta principal para quitarse los zapatos, y después cambió de opinión y se los quitó fuera, en el rellano. Metió los calcetines marrones bien al fondo de los zapatos, y le devolvió a Mary una sonrisa.

—¿Te quitas el, el...? —preguntó ella, ofreciéndole una toalla verde.

—*Pugree*. Normalmente.

—¿Y bien?

Se sentó en la silla que había a los pies de la cama y desenrolló el *pug*. Ella lo observó con atención. Había pasado mucho tiempo desde que lo había hecho delante de una mujer. El corazón le latía rápido, y se notaba la cara caliente.

—Es muy largo —comentó Mary—. Es mucho para llevarlo sobre la cabeza.

—Te acostumbras. —Sartaj estaba doblando el largo envoltorio de tela azul entre el codo y la mano mientras se la quitaba de la cabeza—. Como una mujer con un sari, ¿no?

Mary asintió.

—¿De modo que la pillasteis?

—¿A quién?

—A la mujer que estaba chantajeando a esa chica.

Sartaj se quedó helado. El enfado y un tinte inexplicable de vergüenza hicieron que le ardiera el estómago. Los hombres son unos bastardos, pensó, *rakshasas*. No quería contarle quién era el *apradhi*, pero sabía que tenía que hacerlo. Dio otra vuelta con la tela alrededor del brazo, y tomó aire.

—No, pillamos a uno de los tipos de poca monta. Pero ahora sabemos quién es el chantajista. El bastardo que atrapamos nos lo contó todo.

Mary aplaudió, una, dos veces.

—Venga, cuenta. ¿Quién es?

Sartaj negó con la cabeza, y separó la mandíbula.

—Es el novio —contestó.

—¿Qué novio? ¿De quién?

—El antiguo novio de Kamala. El piloto. Umesh.

—Espera, espera. ¿El guapo? ¿El que conociste?

—Ese. —Sartaj se puso de pie, de modo ceremonial depositó el turbante doblado sobre la silla—. El tipo que hemos encontrado hoy, antes de morir su madre, solía trabajar para la familia del piloto. Así que el piloto lo reclutó para este trabajo. Para hacer las llamadas, recoger el dinero.

El rostro de Mary se había instalado en una perplejidad opaca.

—Chantajear a esta mujer a quien —dijo—, a quien...

Se giró hacia la pared, y tenía el cuello tenso.

—Umesh tiene gustos caros —contestó Sartaj—. Creo que vio demasiado dinero en efectivo en el monedero de Kamala, decidió que necesitaba parte de él.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No podemos arrestarle. No hay caso oficial. Todavía no lo hemos decidido.

Mary cogió un trozo de hilo de su camiseta, lo quitó de un tironcito.

—Dale fuerte —dijo—. Dale fuerte.

—Sí —contestó Sartaj, y después no supo qué decir.

Mary tenía los hombros encorvados bajo la fina tela amarilla.

—Puedes usar mi gorro de ducha —comentó—. Si quieres.

—Sí.

En ese momento, Sartaj se sintió contento de poder huir al baño. Había metido el olor a cloaca del delito a rastras en casa de Mary, y la había disgustado. En su enfado estaba el dolor de su propia historia. No estaba siendo un pretendiente muy satisfactorio, pensó mientras cerraba la puerta que daba al baño diminuto. Sobre el alféizar, debajo del ventilador, había una hilera de champús y lociones y jabones. Había dos ganchos en la parte de atrás de la puerta, ambos cargados con toallas y ropa. No quería poner su camisa sudada encima del camión de Mary. Lo movió — suave, muy suave— al otro gancho, así como la toalla que había debajo, sujetándola justo con las puntas de los dedos. Se desabrochó la camisa. Kamble también había querido golpear al piloto, cuando Anand Agavane les dijo quién era el chantajista. Kamble se había puesto furioso. Quiso colgar al piloto bastardo de su cabina de mando justo en ese momento, o ir a su casa y darle una paliza en medio de su sala de cine bhenchod. Tanto Kazimi como Sartaj se quedaron sorprendidos por la vehemencia de Kamble, y al final Kazimi apuntó: «¿Por qué quieres pegarle, bhai? Ese bastardo tiene cantidad de dinero». Y Sartaj asintió.

Sartaj se puso el gorro de baño de Mary encima del patka, y abrió el grifo. No había ducha, Sartaj esperó a que el cubo de plástico rojo se llenase, observó cómo el agua hacía espuma. Kamble era muy joven. Bajo aquel cinismo, que llevaba como una coraza, había un romántico después de todo. «Arre, tengo muchas chicas —les había dicho a Kazimi y Sartaj—, pero no saco dinero de ellas. Me gasto dinero maderchod en ellas, tanto como puedo, más de lo que tengo. Ese piloto es un bhadwa». Tardaron un rato hasta que pudieron calmarle, antes de convencerle de que pegar solo era un placer temporal, que no era un castigo real para un hombre como el piloto. Todavía se quedó refunfuñando cuando se despidieron. «Ella sentía *amor* por él» —dijo, utilizando la palabra en inglés «love» y señalándoles con el dedo índice—, «y él solo la ha explotado. Bastardo».

Sartaj llenó tazas de agua del cubo, y se las echó por encima de los hombros y el vientre. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un taburete blanco de

aluminio, frente al grifo. Habían estado muy seguros de que el apradhi era Rachel Mathias, despreciada e insultada y vengativa. Pero había resultado ser el mismo amante bello quien había agraviado a su amada. Kamble, el hombre increíble, creía en el éxtasis inmaculado del amor verdadero, en los sueños que cantaban en las canciones. «*Gata rahe mera dil, tu hi meri manzil*». Sartaj colgó la taza en el borde del cubo, y se sentó con las manos sobre los muslos, los ojos cerrados. ¿Era posible volver a creer, dejar atrás demasiado conocimiento y las distancias cómodas del exilio? Sartaj pensó en la mujer que había al otro lado de la puerta, tan cerca, y lo extraño e inesperado que resultaba que él estuviera en casa de ella, en su baño. Se frotó una pastilla de jabón Lux por encima de los hombros, y pensó en aquella otra mujer, la mujer que había amado al piloto. Umesh no era un buen tipo, pero Kamala tampoco era buena. Pero Sartaj no quería recordarle a Mary que Kamala tenía marido, que era egoísta y frívola e infiel, no quería discutir ese aspecto. No aquí, no ahora. Quería, en ese preciso momento, solo tranquilidad, y a Mary cerca. Siempre quedaba la posibilidad de discutir en el futuro, de la traición y el dolor y el daño, pero aquella tarde necesitaba un pequeño círculo circundante de fe. El futuro todavía no estaba aquí, y el pasado se había ido. Abrió el grifo al máximo, y se volcó tazas llenas de agua sobre la cabeza, el pecho, los muslos. Sonreía. Tarareaba la canción: «*Kahin beetein na ye raatein, kahin beetein na ye din*».

Se estaba secando con la toalla cuando Mary llamó a la puerta.

—Toma —dijo.

Él abrió la puerta un poco, lo bastante como para que ella pudiera pasar el brazo.

—Puedes ponerte esto.

«Esto» era una kurta blanca muy gastada. Él cerró la puerta, y la sujetó. Era un poco corta de mangas, pero le quedaba bastante bien por los hombros y el pecho. Se preguntó si sería de su exmarido, o de un exnovio, pero rechazó la idea. ¿Qué importaba? La kurta estaba limpia, tenía el olor fresco de lavandería, a almidón y plancha. Se enrolló las mangas hacia arriba por los antebrazos, tratando hacia abajo para alisarlas. Volvió a atarse el patka con facilidad, pero no había nada que pudiese hacer respecto a los huecos que tenía bajo los ojos, y la caída demacrada de su rostro. Se dio unas palmaditas hacia abajo en la barba, y asintió al mirarse en el espejo, y salió.

Mary tenía la cena preparada para él sobre la mesita que había cerca de la cama. Esto era lo que habían decidido en principio por teléfono, que él se comería después del trabajo el *machchi kadi* y el arroz que ella había preparado.

—Espero que hayas comido —dijo él—. He acabado muy tarde.

Mary tenía encendido un hornillo pequeño, y había vapor borbotando de una olla.

—Estaba demasiado cansada para comer —contestó—. Siéntate.

Comieron sentados en el suelo con las piernas cruzadas, con la mesa entre ellos. El *machchi kadi* de Mary era fuerte, pero no malintencionado. Sartaj jadeaba mientras comía, y bebió mucha agua, y le contó historias de su niñez. Le contó cómo



de comer tanto *chole-bature* en una tienda al borde de la calle en Shimla Papa-ji tuvo que llevarlo a casa, y de su pasión adolescente por la taluda Royal de un restaurante iraní que había en Dadar, y de Gokul en Santa Cruz, donde podías conseguir un helado de mango tan cremoso que te devolvía a las orgías de veranos pasados comiendo mango, cuando metías los *dusseris* en cubos grandes de agua fría. Le habló de tardes en las que el calor de junio apretaba a través de las paredes de la clase, y setenta niños con uniformes blancos se volvían hoscos e inquietos, y los más elegantes y populares —Sartaj y sus amigos— solo tenían que saltar por una ventana para comer kulfi en la esquina de la calle. Ella se rió con sus historias, y le llenó el plato con más arroz.

—No sabía que tenías esa debilidad por las cosas dulces —comentó—. No tengo ningún kulfi. Tal vez algunos tortees viejos. Tenía algo de chocolate, pero se ha terminado.

—Está bien —dijo Sartaj—. No, no más.

Pero comió un poco más. Cuando terminó, después de haberse lavado las manos y haberse limpiado discretamente los dientes con un poquito de la pasta de dientes de nim de Mary, se sentó con la espalda contra la cama, chupando un caramelo de naranja. Era uno de los tres que ella había encontrado por un estante. Estaba fregando platos y cacerolas, y la música metálica que emitía era reconfortante. Sartaj suspiró, descansó los hombros, tragó la última esquirla del caramelo y cerró los ojos. Solo un minuto o dos, pensó, de descanso.

Se despertó en una habitación a oscuras y la mano de Mary sobre la cara.

—Sartaj —susurró—. Métete en la cama.

Había estado soñando, soñando con Ganesh Gaitonde. La historia del sueño se alejó de él mientras se apoyaba sobre un codo, pero retuvo la última imagen: Gaitonde hablándole a través de una pared. «Escucha, Sartaj».

Había estado hecho un ovillo en el suelo, junto a la cama. Tenía un cojín debajo del brazo.

—Me he quedado dormido —dijo, sintiéndose bastante idiota.

—También estabas cansado.

No podía verle los ojos o la cara, pero sabía que ella le estaba mirando fijamente. Se puso de pie, y se sentó en el borde de la cama, junto a ella. Mary se movió, y se quedó tumbada en el otro extremo, junto a la pared.

—Si estoy aquí mucho rato —preguntó él—, y me quedo, ¿tus vecinos no dirán cosas? ¿Tu casero?

Ella alargó la mano, tiró con suavidad de la muñeca de él.

—No te preocupes. Eres un policía panjabí grande. Te tienen demasiado miedo como para abrir la boca.

Sartaj se acomodó junto a ella, y se quedaron quietos, rozándose con los hombros. Sartaj respiró hondo, y se giró hacia la derecha, y la encontró frente a él. Se besaron. En la oscuridad, los labios de ella estaban llenos y eran ágiles, distintos a como

fueron antes. Ella se acomodó en el arco del brazo de él y en su clavícula y apretó su boca contra la de él. Ahí estaba la punta de la lengua de ella, una púa ágil que le perforaba. La respiración de ella se movió a través de él.

Surgió un sonido de Sartaj, un bramido leve, y se puso erecto contra ella. Extendió la mano sobre la parte final de la espalda de ella y se la acercó, sus caderas y su vientre. Estaba medio doblado sobre ella cuando notó que ella se había replegado, se había ido a alguna otra parte. El brazo de Mary estaba agarrotado sobre la espalda de él. Sartaj se apartó.

—Lo siento, yo —dijo ella—, yo...

Sartaj pudo sentir su agitación, su ansiedad. Trató de calmarla, le acarició el pelo con los dedos. Estaba dolorosamente erecto, y había un ansia en él que quería poseerla, pero de algún modo estaba satisfecho con tumbarse a su lado. La respiración de ambos se acompasó, y al cabo de un rato él pudo ver el brillo de una sonrisa. Él también sonrió, y se besaron. Entonces pensó que era distinta a las otras mujeres con las que había estado, no es que fuera inexperta, sino tímida. Ella le acarició la barbilla tanteando, como si estuviera probando algo que hubiera aprendido recientemente. Él sujetó el labio inferior de ella entre sus dientes, jugó con las comisuras de su boca. Ella se rió, y él con ella. Se quedaron tumbados juntos. El olor a champú de bebé del pelo de ella fue lo último que percibió Sartaj, y se acomodó en él con gratitud.

Con el frío delicioso de las primeras horas de la mañana, Sartaj supo que estaba soñando. Estaba caminando por un interminable callejón retorcido en una basti. Los tejados de hojalata ondulada relucían con lluvia ácida, y había un hombre extendiendo un pedazo rasgado de polietileno sobre su casucha. Sartaj caminaba. Katekar caminaba a su lado. Iban hablando sobre los disturbios. «Aquellos fueron malos tiempos», comentó Katekar. Los dos caminaban detrás de Kazimi. Kazimi iba delante de ellos. Caminaban. Después hablaron de las explosiones de bombas. Sartaj le contó a Katekar lo del pie amputado que había visto en la calle, el árbol despojado de todas sus hojas. «Tuvo suerte», dijo Katekar, apuntando con la barbilla a Kazimi. Katekar parecía triste. Estoy soñando, pensó Sartaj.

Después Sartaj se despertó. Mary estaba dormida a su lado, y se agarraba al antebrazo de él. La respiración de ella era lenta y sencilla en la calma. La cadera de Sartaj estaba agarrotada, pero no quería darse la vuelta, la cama era estrecha, no quería despertarla. Kazimi tuvo suerte, pensó. Aquellos fueron disturbios fuertes. Aquellas noches interminables con los bastís en llamas, los musulmanes huyendo, los hombres con espadas. Los gritos. Los disparos resonando desde los edificios, hacia atrás y hacia delante. ¿Quién había disparado a Kazimi, un hindú o un musulmán? ¿U otro policía, disparando salvajemente? De todos modos, tuvo suerte. Tuvo suerte, y tuvo suerte de solo cojear, tuvo suerte de no terminar en silla de ruedas. Si hubiese

quedado lisiado, no podría recorrer aquellos callejones llenos de baches. No a menos que tuviese una silla de ruedas como la de Bunty.

Sartaj se incorporó. En ese momento estaba bastante despierto, la sangre le palpitaba en la cabeza haciendo un ruido sordo. Mary se movió a su lado, la había sobresaltado.

—¿Qué? —preguntó.

Sartaj se estaba acordando de la silla de ruedas de Bunty, su diseño extranjero de líneas elegantes. Y percibía en el oído una voz de tiempo atrás, un hombre predicando. Una voz dorada, segura de las verdades que decía. No podía ver al hombre directamente, pero allí estaba, en un monitor de televisión. Era un gran gurú, un gurú famoso, y había hecho una yagna. El televisor de Mary estaba apagado. En él, Sartaj pudo ver su propio rostro. Había una rueda en aquella otra pantalla de televisión, una rueda detrás de la cabeza del gurú. Una rueda brillante, mucho tiempo atrás. El gurú iba en silla de ruedas. Una silla de ruedas rápida, una silla de ruedas inusual. Sartaj recordaba el leve zumbido electrónico que hacía.

—Me tengo que ir —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, nada. Tengo que irme a trabajar. Te llamaré.

La besó, le subió la sábana por encima de los hombros y recogió sus cosas. El rellano estaba oscuro, y en el horizonte, entre los edificios, había ya un asomo de luz. Cerró la puerta tras él, y después se sentó en el último escalón para ponerse los zapatos. Tenía los dedos agitados, nerviosos, mientras intentaba ir deprisa. Bajó las escaleras en tres saltos trotando, y tan pronto como estuvo en suelo firme cogió el móvil. La pantalla estaba muerta en color gris. Maderchod, no lo había recargado la noche anterior. Y después estaba encima de la moto, recorriendo a toda velocidad las calles vacías. Conocía un teléfono público que abría toda la noche cerca de la comisaría de Santa Cruz, y estuvo allí en menos de diez minutos. Llamó a la ventana, hizo que se levantase el chico que estaba dormitando detrás del mostrador. Venga, venga. Después oyó chasquidos en la línea mientras hacía la llamada. En el tabique verde que separaba la cabina del mostrador habían rascado en la madera un corazón grande. Estaba atravesado por una Hecha, y ponía «Reshma» y «Sanjay» en escritura Huida a cada lado. El corazón derramaba pequeñas gotas de sangre, toda una fila formando un arco hacia abajo, hacia el suelo. Sartaj deslizó un dedo sobre la flecha.

—¿Diga?

La voz de Anjali Mathur era baja y ronca, pero estaba alerta.

—Señora —comenzó Sartaj—. Soy Sartaj Singh llamando desde Mumbai. Está durmiendo, disculpe.

—¿Qué ha pasado? Cuénteme.

—Señora —respondió Sartaj—. Puede que conozca al gurú de Gaitonde.

## GANESH GAITONDE HACE UNA PELÍCULA

—Te das unos toques ligeros con la sombra de ojos, más oscura en las esquinas de los párpados.

Yo estaba tumbado en medio de una cama con el bastidor plateado, las sábanas de satén, observando cómo se maquillaba Jamila. Tenía las luces encima, en un círculo resplandeciente alrededor del espejo y estaba sentada, erguida, cerca de él, ensayando su rostro con la indiferencia tranquila de un médico. Tenía el pecho desnudo, pero cuando trabajaba en su rostro incluso yo solo podía prestar atención a sus ojos, sus mejillas.

—Después te pones el delineador, carboncillo negro Lakme. Haces una pequeña cola en la parte exterior del ojo. ¿Ves? Como un pececito. Se hincha como un globo al final. Eso da un contorno falso al ojo. Bien, así. Si tu párpado superior está delineado muy hacia arriba, no recargues el párpado inferior. Perderías definición en el párpado superior. Si quieres que tus ojos parezcan grandes, dibuja una línea en el borde de los párpados inferiores. Usa un lápiz que puedas difuminar, y empújalo un poco hacia arriba.

Hablaba en voz alta, por encima del ritmo pavoneante de una música disco, pero vocalizaba con mucha nitidez. Practicaba el hablar claro. Comprobó si le estaba prestando atención, y yo sonreí. Estaba agradablemente cansado, me la había tirado dos veces aquella tarde, una en el suelo. Había metro ochenta de ella, todo suave y joven y elástico y flexible, y había explorado todo el territorio, hasta el último recodo.

—Tus ojos parecen enormes —comenté.

—Muy bien, pues. Pómulos. Utilizas colorete sobre los pómulos, se consigue un brillo. Me gusta Bronze Blitz. ¿Ves? Después tienes que decidir, ¿quieres un aspecto suave o un aspecto duro? ¿Adónde vas, cuál es la impresión que quieres dar? Si vas a estar bajo los focos, mientras hacen fotos, podrías querer un aspecto fuerte, que destacase en las fotografías. Pero no vamos a ninguna parte. Así que, suave. Para un aspecto suave, me gusta usar este perfilador de labios MAC, es alemán. Perfilas el contorno de los labios. Hoy estoy usando el color Plum Preserved. Ahora, solo quieres perfilar los labios. Si utilizase el perfilador sobre toda la superficie del labio, sería demasiado fuerte. Así que uso el colorete como pintalabios.

—Muy inteligente —contesté—. Eres muy astuta, Jamila.

Ella ni siquiera me devolvió la milésima parte de una sonrisa. Con respecto a su trabajo era tan seria como un pandit. O un mula, en su caso.

—Das unos toquecitos al colorete, después lo expandes con un dedo. Así. De esta forma, labios listos. Ahora, rímel.

Abrió más la boca para ponerse el rímel. Me había dado cuenta cada vez que la observaba arreglarse la cara, como me había dado cuenta con todas las mujeres con

las que había estado. Acercaban la máscara a los ojos, pero abrían mucho la boca. Eran una tribu extraña, las mujeres.

—Con el rímel, entretente con las raíces de las pestañas mientras subes. Mientras subas, agita el aplicador un poco, haz un giro pequeño. ¿Ves? Entretente, agita, gira. ¿Qué consigues? Pestañas espesas, preciosas. Eso es. De acuerdo, ahora estamos preparadas. Pero no hemos acabado. El secreto es: ¡difumina, difumina, difumina! Todo tiene que difuminarse. Sin bordes cortantes.

Difuminó. Yo observé.

—Veamos. ¿Qué más? De acuerdo, hoy, para el aspecto seductor, voy a usar algo de brillo. Da un efecto de color, como ahumado. Voy a utilizar un brillo MAC púrpura. Deberías igualar el tono. Si no tienes pincel, puedes usar el final del lápiz. Así.

Después se giró hacia mí, alargó las manos abiertas.

—He terminado. ¿Ves? Estoy lista.

Y sí, sí, estaba lista. Se había transformado, de un pedazo interesante y elástico de acero de Lucknow sin bruñir a una tremenda luz traslúcida, ingrátida. Se puso de pie, toda su elevada estatura, e hizo resbalar un salto de cama azul sobre el ángulo delicado de sus hombros. Debajo, solo llevaba bragas negras tipo tanga y zapatillas finas. Le había pagado a Jojo una cantidad sin precedentes por esta virgen alta, y luego, más tarde, le había dado lakhs a la propia Jamila, y cada vez que ella se ponía de pie, alta como era, pensaba, *paisa vasool*. Caminaba alejándose de mí, por toda la extensión de la habitación, inclinando las caderas contra la línea del horizonte de Singapur. Al final de la alfombra, se le ocurrió una pose de pasarela y me lanzó una mirada larga por encima del hombro. Se produjo un destello pequeño de un pezón erguido, erecto y claramente silueteado. Y en aquel momento, con el azul brillante detrás de mí y al frente ella, todo oro y oscuridad, podríamos haber salido por televisión, en Fashion TV o Star TV o Zee TV. Regresó hacia mí, con aquel paso, y noté esa ruptura que estira del pecho que te hacen sentir las mujeres ricas, brillantes, bellas. Era esa mezcla de deseo y desesperanza, de ver algo que nadaba en cielos que estaban muy arriba. La diferencia era que podía hacer que esta se arrodillase delante de mí en un instante. Mía, pensé, es mía. Así que estaba el dolor, pero también este placer. De modo que la dejé caminar. Sabía que me gustaba mirarla, y me hizo una demostración. Cuando no pude soportarlo más, hice que se pusiera a cuatro patas cerca de la ventana, mientras la luz menguaba y se tornaba color bronce, y me arrodillé frente a ella, ante su boca. Era la tercera vez aquel día, me dolió y me estremecí y al final me dejé ir.

Después comimos. Yo tenía bastante hambre, pero verla comer a ella era aterrador. Comía con bastantes buenos modales, con cuchillo y tenedor y pequeños toquitos de servilleta en las comisuras de los labios, pero apartaba comida suficiente como para tres hombres. Si insistías en hablarle, por supuesto mantenía una buena conversación sobre los temas del día. Pero si lo dejabas a su elección, a las

horas de comer se quedaba callada por completo. Seguía su camino comiendo platos de pollo, seguidos de un plato de cordero, o dos, y terminaba con copas de helado. En lugar de té o café, bebía un vaso de lassi, o leche si eso era todo lo que había disponible. La primera vez que comimos juntos, me contó que no necesitaba cafeína, que cada célula de su cuerpo circulaba y se echaba a correr por su propia naturaleza. Solo necesitaba dormir cinco horas por la noche para parecer descansada y sonrosada, y podía pasar perfectamente con cuatro.

Yo, por otra parte, estaba exhausto por los esfuerzos del día, todos realizados en los confines de aquel piso. De modo que comí tranquilamente, y después tomé un baño. Cuando salí del baño, Jamila había retirado la colcha y tenía un vaso de leche caliente en la mesita de noche. La había entrenado bien. Mientras se duchaba, me bebí la leche a sorbos y hablé con Arvind por el interfono. Estaba justo en el piso de abajo, en la mitad inferior de su apartamento dúplex con su Suhasini, que ya no se parecía a Sonali Liendre. Gurú-ji tenía razón sobre su matrimonio: ambos se habían vuelto más fuertes en él. Arvind todavía era pensativo, pero ahora era resuelto y pragmático. Suhasini había abandonado sus maneras llamativas, de mujerzuela, y ahora era feliz de modo plácido, y abastecía a su marido con su energía. Yo había convertido a Arvind en controller para nuestras operaciones en el este, y le había establecido en ese apartamento agradable en Havelock Road, que en realidad eran dos apartamentos. Solo me veía con Jamila ahí, en ese ático, solo en ese lugar. Nuestra interacción era de lo más secreta, y no solo por el riesgo que suponía para mí. Era evidente para todos nosotros, para mí y Jamila y Jojo, que era mejor que una chica que quería ser Miss Universo no fuese fácilmente relacionada con un señor del crimen internacional. De modo que lo mantuvimos en silencio. El mismo silencio de la alta Jamila. Incluso cuando se duchaba jamás cantaba, cuando veía películas nunca se reía ni lloraba ni aplaudía. En ese momento, desde el dormitorio, podía oír el chapoteo del agua, y eso era casi todo. Hablé de negocios con Arvind, y le pregunté por Suhasini, que estaba embarazada. Después colgué, y llamé a Bunty a Bombay. Más conversación de negocios, y para cuando terminamos Jamila había acabado con sus abluciones prolongadas de la tarde. Su parte del baño parecía la trastienda de un farmacéutico, con cremas y lociones y champús cuidadosamente ordenados en filas. Sin embargo, cuando venía a la cama, con el pelo recogido, lograba no tener ese aspecto pegajoso, con crema, que muchas mujeres se llevaban con ellas a la hora de dormir. Solo parecía limpia, lavada y saludable.

Apagué la luz, y nos quedamos tumbados uno junto al otro. Sabía que ella no se quedaría dormida durante un rato, al menos durante una hora o dos, pero respetaba mi horario y era maleable de modo cortés. Comía y dormía y se despertaba cuando yo quería. Y en ese momento yo quería dormir. Pero su cuerpo me mantuvo despierto.

No era solo el apetito lo que me hacía cosquillas y me fastidiaba haciendo que mi cabeza no parase. Estaba saciado, por el momento. En lo que estaba pensando era en la forma de su cuerpo, sus líneas y disposiciones y proporciones. Habíamos rehecho

aquella forma. Habían realineado el culo de Jamila. Es decir, las nalgas —que son asimétricas de forma natural en todos los seres humanos— habían sido alineadas. La grasa del interior de los pequeños pliegues de sus caderas había sido succionada e insertada en su gaand, para volverlo relleno y apropiadamente vivaracho. El extremo inferior de sus muslos, los lados y las artes traseras superiores, justo debajo del culo, se habían tratado con liposucción. Su cadera había sido tratada con liposucción. Como también lo habían sido sus brazos por la parte de arriba y la zona de detrás de la barbilla. Llevaba implantes salinos nuevos en los pechos, unos de forma natural que habíamos examinado y manejado y discutido largo y tendido. Habíamos hecho todo esto en la casa de las maravillas del doctor Langston Lee en Orchard Boulevard. Tenía una reputación incomparable, una clínica limpia y muy moderna y tarifas de lujo. Pero era un maestro, aquel hombre de ojos pequeños y forma de hablar graciosa, era un *maha*-mago de la carne, podía moverla y transformarla y hacerla desaparecer y hacerla reaparecer. Jamila dio con él en su extensa investigación por todo el inundo, y él no defraudó. Incluso yo, que había sido un consumidor irreflexivo de cuerpos, un chodu que en general no discriminaba, que sabía lo que le gustaba pero no por qué, incluso yo aprendí a escuchar sus discusiones. Entonces entendí aquel lenguaje de la belleza, su gramática y su sintaxis sublime. Escuchando a estos dos poetas, entendí cómo una canción bien hecha de curvas y texturas y espacios podía cautivar sin esfuerzo el corazón más pétreo. Lo que habían creado juntos era magia, ese médico y mi criatura. No había defensa contra el encanto astuto que habían logrado hacer de ella.

Este proceso ya había costado mucho dinero, y un dolor inimaginable. Nunca visité a Jamila en la clínica, pero pasé tiempo con ella después de la cirugía, en nuestro piso. Nunca dejó escapar un gemido, ni se quejó, pero yo sabía el esfuerzo que le costaba hacer un viaje de la cama al baño cuando los tejidos bajo sus muslos habían sido rasgados y atacados a fondo por una cánula. Vi la tensión opresiva en el sudor de su frente. La noté en sus moretones, en los ribetes amarillo-verdosos que le cruzaban los pechos, en su forma de agarrar firmemente la colcha. Tanto dolor, tantos días. Y no había terminado. Íbamos a hacerle la cara a continuación. El doctor Lee iba a esculpir agujeros en las mejillas. Iba a ponerle grasa en los labios. Iba a trabajarle la nariz, afilarla con un implante. Iba a levantarle el nacimiento del pelo. Y la barbilla también iba a tener un implante, para alargarla, fortalecerla, bien modulada, para dar el contrapunto exacto a su frente. Iba a hacer que fuera armoniosa, impecablemente equilibrada, perfecta. Jamila iba a estar —de acuerdo con sus propios cálculos— completa.

—¿Cómo empezaste? —pregunté.

—¿Saab? —contestó ella.

Su respuesta fue instantánea, y no estaba adormilada, ni confusa. Pero mi pregunta, debía admitir, había sido formulada de modo vago.

—¿Cuándo pensaste por primera vez que querías ser una estrella? ¿Cuándo

planeaste venir a Bombay? ¿Cómo lo lograste?

No se produjo ningún cambio en su respiración, ni movimiento en su cuerpo, pero en ese momento se puso en alerta total. Pude notarlo en mis antebrazos, en la nuca.

—Esa es una historia aburrida de pueblo, saab.

—Cuéntame.

—Sí, saab —replicó.

Era buena chica. Siempre me llamaba «saab», y era tranquila y obediente. Entonces habló, en tonos acompasados.

—La primera vez que vi modelos fue cuando tenía seis años.

—Sí —contesté.

Y mientras ella hablaba, cada cierto tiempo yo emitía un sonido, un «sí» para que supiera que estaba escuchando. Y ella continuaba.

—Quiero decir, las había visto antes en revistas y periódicos, y actrices en películas, pero en aquel momento vi modelos en la vida real, en nuestro propio Lucknow. Mi madre me había llevado a casa de mi chacha, y de regreso atravesamos Hazratganj. Las modelos estaban paseando fuera de unos grandes almacenes, habían ido a Hazratganj para la gran inauguración. Caminaban fuera de los almacenes, por la acera, a través de una multitud contenida por policías, y subieron a un autobús con aire acondicionado. Eso fue, treinta segundos, quizá un minuto. Yo permanecí de pie apretada entre mi madre y algún hombre, levantando la vista hacia ellas. Pasaron tan cerca que podría haber alargado la mano y tocado una falda, una mano. Pero no lo hice. Me agarré al burka de mi madre y miré a las modelos. Estaban allí, justo allí. En Hazratganj. Pero parecía como si fuesen de otro mundo. Como si fuesen hadas. Eran altas. Más altas que yo, más altas que mi madre. Delgadas y altas. Dos de ellas hablaron al pasar, en inglés, y no entendí nada. Pero incluso sus voces tenían ese sentimiento, aquel aire que estaba ahí en sus mejillas sonrosadas, sus ojos oscuros. Eran hadas. Después de eso, cuando alguien me contaba una historia de príncipes y *djinns* y magia, siempre veía a las modelos. Nunca las olvidé. Aquella tarde, le pregunté a mi madre quiénes eran. Ella no lo sabía. Era una mujer piadosa que siempre llevaba burka, ¿qué sabía ella de modelos? Intenté contárselo a mi padre cuando llegamos a casa, y él se rió y le preguntó a mi madre de qué estaba hablando, y ella se encogió de hombros. Unas chicas extranjeras descaradas de pelo corto, contestó.

»No eran extranjeras, sino indias hasta la médula, una *troupe* de top models de Bombay. Pero aquello era bastante extranjero para mi madre. Al día siguiente descubrimos quiénes eran. Mi padre era un hombre pequeño, poseía un restaurante pequeño en el Bazar Chowk, y era piadoso. Le daba las gracias a Alá todos los días por el éxito del restaurante, que era famoso incluso más allá de Lucknow por sus kakori kebabs. Pero también era progresista. En el restaurante no solo dos periódicos en urdu sino también el *Times of India*, Él mismo no podía leer inglés, pero confiaba en que sus hijos aprenderían, ascenderían en el mundo. En realidad, tenía las



esperanzas sobre todo puestas en sus hijos, mis hermanos mayores. Pero yo —que entonces era la más pequeña y su niña mimada— también solía hojear los periódicos y las revistas que compraba para ellos, y escuchaba sus discusiones con ellos. Aquella mañana mi hermano mayor, Azim, que era el que más fluidamente hablaba inglés de la familia y se estaba preparando para los exámenes de los Servicios Públicos de Uttar Pradesh, se rió y dijo: aquí están las mujeres extranjeras de Jamila. Y ahí estaban, en una foto en la tercera página del periódico, flotando con su modo de caminar dando pasos largos. Reconocí a la que estaba justo enfrente, había tomado parte de la conversación que escuché. Azim le explicó a mi padre que eran modelos que habían venido de Bombay para un espectáculo de moda en un hotel de cinco estrellas, al que había acudido toda la gente rica de Lucknow, y también el subinspector general de policía y el *collector*. Creo que aquella fue la primera vez que oí las palabras “espectáculo de moda”. Apenas sabía qué significaban. Imaginaba una multitud, como la que había en la acera en Hazratganj, y a las modelos hermosas caminando por encima de toda la gente. Nada más, tan solo pasando a la deriva. Y toda la gente mirándolas.

»Eso era todo lo que sabía entonces. Y eso fue a todo a lo que me aferré durante mucho tiempo, durante muchos años en mi mundo, que era mi calle, mi hogar y mi escuela, y mi padre y mi madre y hermanos y tías y primos. Todas las noches daba ese paseo, todas las noches terminaba por dormirme viendo solo a las hermosas modelos de Bombay, paseando a mi lado por una acera en la que la multitud había desaparecido, que de alguna forma se había alzado y alejado de Lucknow. Quería saber más, pero por instinto no pregunté, no dejé que nadie lo supiera. Sabía que las mujeres no deberían anhelar aquellas cosas, que las chicas buenas memorizaban *surahs* y *hadiths* y eran modestas y calladas, no solo mientras estaban despiertas, sino incluso cuando dormían. Solo con estar sentada al lado de mi madre, cuando comía después de que los chicos hubiesen terminado, ya lo sabía. Así que me mantuve callada, y aprendí escuchando, todos los retazos que podía. Intentaba leer el *Times of India*, con Azim, hasta que se convirtió en una especie de broma en la familia. Vamos, decía Azim cada mañana, cuando abría el periódico. De modo que aprendía un poco más. Sabía que las modelos vivían en Bombay, que la mayoría de ellas eran chicas que hablaban inglés y habían crecido allí, que lograban sumas maravillosas de dinero y se codeaban con gente de clase alta-alta. Pero solo después de que consiguiésemos un televisor en color en casa, y por cable, pude entender algo de verdad.

»Eso fue justo después de haber cumplido once años. Aquel año, cuando conseguimos la tele por cable, empecé a verla por las tardes, y crecí. Hasta aquel verano había sido una chica normal, solo me prestaba alguna atención especial mi padre, el resto de la gente pensaba que era sencilla, tranquila, buena. Pero entonces empecé a crecer. Crecí, crecí. Mi madre era un poco alta para su época, tal vez uno sesenta y cinco. Mi padre era tal vez unos tres centímetros más alto. Azim era el más

alto de la familia, uno setenta. Pero entonces empecé a crecer. Mientras veía los programas de moda en MTV y V, pegué el estirón. En Zee entrevistaban a diseñadores de moda, y coreógrafos, y fotógrafos. Lo veía. Por la noche tenía dolores. Me hacían daño las articulaciones, y los tendones se estiraban y extendían. Veía *Fashion Guru*, y practicaba mi inglés, y crecía. Para cuando tenía catorce años, pasaba a todos mis hermanos excepto a Azim, y al año siguiente era más alta que él. Era delgada, muy delgada. Las chicas del mohalla me decían cosas desagradables a la cara, y mi madre refunfuñaba. La explicación de mi padre era que él tenía un tío abuelo que medía uno setenta y cinco, y que yo había salido a él. Pero, a punto de cumplir diecisiete años, era incluso más alta que ese tío, y seguía creciendo.

»Mi familia estaba preocupada. ¿Dónde iban a encontrar un hombre más alto que yo? E incluso si lo hacían, ¿querría ese hombre una esposa grande y estirada? Pero yo no estaba preocupada. Sabía dónde querían chicas altas. Sabía quién era. No solo había estudiado la moda, sino a mí misma. Incluso si nadie a mi alrededor podía verlo, yo sabía que tenía potencial. Dos años después de que Aishwarya y Sushmita ganasen, se abrió un salón de belleza justo al lado de nuestro mohalla. Las jóvenes y las esposas solían acudir allí, para que les arreglasen las cejas y les hicieran limpieza de cutis y maquillaran. Pero aun así, las chicas que eran consideradas guapas, con quienes soñaban todos mis hermanos, eran todas blancas y un poco rellenitas y de aspecto recatado. Yo sabía cuáles eran mis colores y mis líneas, y no era para nada como ellas. Era considerada fea, era oscura. Pero lo sabía. En mi espejo podía ver qué había allí, y qué necesitaba hacerse. Había leído todo lo relativo al porte y el entrenamiento y cómo caminar sobre la pasarela y el aspecto de modelo y la cirugía plástica. Sabía adonde podía ir. Sabía adonde tenía que ir. Solo había un lugar para mí: Bombay. Así que vine.

Nunca antes la había oído hablar tanto, nunca de un tirón tan largo, Creo que fue la oscuridad, y mi pregunta inesperada, y mis respuestas afirmativas susurradas; al final no me estaba contando su historia a mí, sino a sí misma. Yo sabía el resto de su viaje, Jojo me lo había contado, jamila esperó hasta el día después de cumplir dieciocho años. Aquella tarde, a última hora, se fue de casa llevando un burka, solo con la cartera en la que llevaba siete mil cuatrocientas rupias, algunas de ellas ahorradas con mucho dolor a lo largo de los años, la mayor parte robadas del armario de su madre. Tenía tres brazaletes de oro, y algunas joyas de plata de poca importancia. Cogió un rickshaw hasta Nakkhas, a través del mohalla de Cachemira, donde se compró una maleta barata. Mantuvo la cara cubierta y caminó encorvada hacia delante, convirtiéndose en una anciana piadosa para toda la gente con la que se cruzaba. Incluso entonces sus habilidades interpretativas eran inigualables. Llevó la maleta hasta la casa de una amiga, donde había llevado —en las últimas semanas— artículos de ropa para esconder. Después se fue a la estación de tren, donde esperó el Pushpak Express. Ya tenía billete y una reserva de litera para dormir, hecha dos semanas antes con nombre falso. Se sentó tranquilamente en el tren, y observó cómo

iban dejando kilómetros atrás. Todo lo que dejó en Lucknow fue una nota, que su madre encontraría tarde por la noche en la cocina. Decía: «Me voy por mi propia voluntad. Es mi elección. Por favor, no intentéis encontrarme». No escribió nada sobre adónde iba, y por qué, y para qué. Puesto que nunca le había dicho una palabra a nadie acerca de sus ambiciones, adónde se dirigía, nadie sabía dónde buscarla. Incluso la amiga que la había ayudado pensaba que estaba haciendo posible que Jamila se reuniese con un novio secreto, casado. Pero no había ningún hombre, ningún novio, solo su sueño. En Bombay se deshizo del burka, volvió a cambiarse de nombre y se quedó en una pensión para mujeres cerca de Haji Ali, una residencia donde cada mujer tenía una cama y una mesita y un estante de poco más de medio metro. Sabía cómo sufrió los primeros meses, los pequeños trabajos de vendedora, los jefes aprovechados, los viajes de tres horas en bus para reunirse con fotógrafos, las insinuaciones indecentes y los pases y las humillaciones. Lo había oído todo, y sin embargo nunca entendí la fuerza de esta Jámila hasta aquella noche, cuando me contó cómo había llegado a esa comprensión de sí misma, de lo que era y quién podría ser. Jojo tenía razón, esta Jamila era como yo. Hay mentes que pueden cambiar el mundo. Había aprendido de Gurú-ji que esta tierra por la que transitamos, este cielo bajo el cual nos acurrucamos, todo esto es un sueño. Quienes tienen *tapas* y suficiente fuerza de voluntad pueden mover el universo, dijo. Yo había escrito mi propia vida. Ahora sabía que Jamila también tenía esta habilidad, este deseo. Nosotros, los pocos que tenemos esa visión grandiosa, podemos reescribirnos a nosotros mismos. En algún momento entre el sueño de aquella noche y el despertar a la mañana siguiente, en el sueño o tal vez fuera de él, decidí que haría una película para ella.

—Así que de veras te has enamorado de la Jirafa Egoísta —soltó Jojo con decisión cuando le conté mi plan de producir una película.

La había llamado por la tarde como de costumbre, a Bombay.

—¿Por qué supones que me he enamorado de algo? —pregunté—. He querido hacer una película desde hace mucho tiempo.

—Quizá, tal vez. Pero es ahora cuando decides hacerla. Estás fida por ella. Admítelo. La Jirafa Egoísta te tiene enganchado.

Nada haría que cambiase de opinión respecto a esta idea, esta certeza, y que dejase de referirse a Jamila todas y cada una de las veces como la Jirafa Egoísta. Eso a pesar del hecho de que Jamila era su protegida, que ella, Jojo, era la mejor mecenas de la chica, que la propia Jojo me la había traído.

—Jojo, estás celosa de la pobre chica.

Eso le provocó una risa enorme al estilo Jojo.

—¿Celosa de que tenga que aguantarte pegado a ella cada dos minutos, Gaitonde?

En un momento estúpido de relajación satisfecha le había contado lo mucho que me gustaba tirarme a Jamila en posiciones estéticas, cómo la poseía en posturas

diversas y lugares exóticos. Darle cualquier información a una mujer es una insensatez sobre la cual desaconsejaba a mis hombres. Cualquier cosa que cuentes será utilizada en tu contra algún día. Pero con Jojo de alguna manera rompía mis propias normas. Nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo, nos conocíamos demasiado bien. A veces incluso durante el acto —chodoando con Jamila en una limusina de camino a un restaurante, por ejemplo— era consciente de que estaba deseando contárselo a Jojo. Que contárselo era crucial, que lo hacía para contarlo. Tenía que contárselo a Jojo. Y de esa forma sabía demasiado, incluyendo cuánto disfrutaba montando a la Jirafa Egoísta.

—Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que darte mi gaand, Gaitonde —replicó.

—Pero el gaand de Jamila va a estar en una pantalla grande —respondí—. Y eso hace que te arda el tuyo.

—Hace diez años lo habría hecho. Quizá incluso hace cinco. Pero ahora soy feliz, baba. ¿Entiendes eso? Feliz. Me gusta mi trabajo, me gusta lo que tengo. Tengo éxito en lo que hago. Y ahora me doy cuenta de que incluso si hubiese logrado una película, no habría durado mucho en ese negocio. Solo era una chica pequeña metida en juegos grandes. No sabía nada.

—Esta Jamila ha estudiado el negocio desde que era niña.

—Sí. Trabajó muy, muy duro durante mucho tiempo. Eso es porque es una jirafa egoísta.

Ahí estaba de nuevo, aquel agujijón al final del cumplido relajado.

—No seas kutiya —le dije—. Vives a costa de bachchas como ella. Y de su estudio y trabajo duro.

Jojo lo aceptó con dignidad. Podía ser cortante como el cuchillo de un chef japonés, pero era honesta.

—Es cierto —contestó—. Y te mando algunas, Gaitonde. Para tu disfrute.

—Sí —respondí—. Léeme una carta.

Ese, también, era uno de mis placeres. Durante los últimos dos o tres años, Jojo había estado recibiendo cartas. Llegaban en aquellos sobres marrones que vendían cerca de las oficinas de correos y en bazares al lado de anuncios de trabajos estatales y montones de solicitudes.

—Sí, sí —respondió Jojo—. Espera un momento. Me llegó una buena de verdad el viernes. La estaba guardando para ti.

Pude oírla hurgando en sus estantes. Las cartas llegaban de todo el país, pero en especial del norte, de lugares como «Azadnagar, Maithon Farm, Dhanbad», y «Asabtpura, Moradabad», y «Mangaon, Dist. Raigad», y «Mallik Tola, Banka, Bihar». Algún periódico en hindi fuera de Delhi había plagiado un artículo dominical del *Times of India* acerca de la profesión de modelo, lleno de fotos de un par de mujeres que habían ido a Bombay desde ciudades pequeñas y se habían convertido en modelos y actrices de éxito. En ese artículo, el periódico incluía a Jojo como una de

las representantes de modelos que trabajaban con gente nueva. Y las cartas empezaron a llegar. Llegaron como un hilito constante de agua que creció hasta salir a chorro a medida que otros periódicos copiaban y duplicaban y robaban el artículo. La mayoría de las cartas eran de hombres, y Jojo y yo habíamos especulado por qué las mujeres no escribían más a menudo. Jojo pensaba que probablemente las chicas tenían recibir una respuesta en casa. Jojo comentó: ¿qué pasaría si el padre abriese una carta mía diciéndole a la chica que viniese a Bombay? Dijo: las chicas simplemente se escapan. O a veces ganan un concurso local de belleza y hablan con uno de los padres para que venga a Bombay con ellas. Hoy en día incluso los padres oyen el tintineo de los lakhs en sueños, así que vienen.

—De acuerdo, Gaitonde —dijo Jojo—. Aquí está. Esta es del pueblo de Chabilapur, oficina de correos Gobindpur, distrito de Begu Sarai.

—¿Dónde?

—Bihar, baba.

—¿Qué pasa con esa gente de Bihar?

—Son gente guapa, son inteligentes, son ambiciosos y son unos supervivientes. Ahora calla y escucha.

—Sí, sí... Dime.

Leía el hindi con lentitud y esfuerzo, solo aprendió a hablarlo después de llegar a Bombay. Y aprendió a leerlo —lo que podía— incluso más tarde. Mejoró su hindi al leerme cartas. Antes de que me hablase de esas cartas, solía apilarlas sin abrir detrás de un armario y las tiraba una vez por semana. Pero después de hablarme de ellas, hice que me leyese una, y luego otra. Ahora les echaba un vistazo a todas, y guardaba las mejores para mí.

—Esta —dijo— comienza con el inicio de costumbre. Ha leído sobre el concurso de Mister Internacional en un periódico, y en el artículo se mencionaba mi empresa. Quiere saber cómo puede entrar en el mundo de los modelos.

—Arre, lee, Jojo.

—Gaitonde, su hindi es realmente difícil y del norte, lleno de *hum* y *humara pata* y *kasht karein* y todo eso.

—Solo léelo.

—De acuerdo. Me gustó este porque hace listas. Idiomas conocidos: hindi, inglés, magahi, maithili. Su nombre, por cierto, es Sanjay Kumar. —La diversión ya borbotaba en su voz—. Sanjay Kumar no quiere mandar una presentación biográfica corriente. Así que ha añadido una «Lista de Favoritos». Flor favorita: Rosa. Protagonistas favoritos: Anil Kapoor, Salman Khan, Amir Khan. Heroínas favoritas: Rani Mukherjee, Kajol, Aishwarya Rai.

—¿Por qué cree que necesitas saber esto?

—¿Quién sabe? Escucha, Gaitonde... películas favoritas: *Karan Arjun*, *Sholay*, *Dilwale Dulhaniya Le Jayenge*, *Pardes*. Lugares favoritos del extranjero: Londres, Suiza, Nueva Zelanda.

—El bastardo nunca ha salido de Chhabilapur.

—Ha visto Nueva Zelanda en películas, Gaitonde. Su padre compró un vídeo CD para la familia, ven películas todos los días. Cremas favoritas: Fairever, Crema Fría Ponds. Perfume favorito: Rexona. Jabón favorito: Lux, Pears y Pear's para la Cara. Champús favoritos: Clinic All-Clear y Champú Nyle de Hierbas. Aceite para el pelo favorito: Aceite para el Pelo Dabur Mahabrahmraj. —En ese momento se reía tan fuerte que apenas podía leer—. Polvos favoritos: Denim y Nycil. Conjunto favorito para el afeitado: Denim y Old Spice. Pasta de dientes favorita: Colgate Gel Azul y Aquafresh. Vaqueros favoritos: Levi's. Coches favoritos: Cielo, Tata Safari, Maruti Zen, Maruti 800, Ferrari 360 Spider.

—Este pequeño maderchod ni siquiera ha olido un Ferrari en el distrito bhenchod de Begu Sarai. Allí ni siquiera tienen calles chutiya que merezcan llamarse así.

—Ha hecho su investigación, Gaitonde. Escucha, escucha.

Escuchar las listas de Sanjay Kumar me produjo una sensación extraña en la barriga, un pánico suave, resbaladizo en las venas. Claro que era divertido. Jojo leía en voz alta sus listas y nos reíamos. La escuchaba reírse y me reía un poco más. Pero todavía tenía en el pecho aquella caída en picado, innombrable e interminable. No quise decírselo a Jojo, pero incluso si hubiese querido hacerlo, si lo hubiera intentado, no habría sabido cómo llamarlo. Nunca había estado en Bihar, pero sabía exactamente qué tipo de distrito era Begu Sarai, qué aspecto tenía el pueblo de Chhabilapur. Había una carretera desgarrada serpenteando por los campos, y pequeños callejones *kachcha* cubiertos de barro que comenzaban en los grupos de casuchas y casas. Había algo llamado escuela primaria, que en realidad era un montón de niños sentados en un patio del templo local de Shiva, con un profesor — cuando había profesor— recitando el alfabeto. Había un muro largo bordeando los huertos del *sarpanch*, y en el muro anuncios de lubricante de motores y semillas. Había una familia de jornaleros en cuclillas junto al estanque, esperando que les pagasen el día de trabajo. Había un instituto de tres plantas, con filas de estudiantes haraganeando en los pasillos sucios. Fuera, las motos de los chicos ricos, los hijos de los comerciantes, los hijos de los terratenientes. En lo alto, un cielo baldío. De alguna manera, en este pueblo, en este distrito, Sanjay Kumar había reunido los elementos de sus listas, los había puesto juntos. Lo había escrito todo. ¿Cómo? ¿De periódicos prestados, de revistas de segunda mano? ¿De la televisión, que veía en casa de un amigo entre cortes de luz? Había preparado su carta, después la pasó a limpio, y la envió a Bombay. Pensar en Sanjay Kumar inclinado sobre su carta, bajo un farol, eso era lo que me ponía intranquilo.

—Al final de la carta —continuaba Jojo—, después de firmar, añade una petición. —Resopló—. Nombra el inglés como uno de sus idiomas, arriba en la carta. Pero al final, escribe: «Espero su pronta y amable respuesta. Por favor responda a mi carta solo en hindi». Este Sanjay Kumar no es muy listo. O piensa que las representantes de modelos en Bombay son chutiyas.

—¿Quién se atrevería a pensar que eres una chutiya, Jojo? No, no. El pobre chico solo intenta progresar en el mundo. Recuerda, estuviste allí una vez.

—Nunca fui gaandu como este. Enviar cartas a Bombay. Y querer respuestas en hindi. Escucha, ya llevo un tiempo en el negocio. Ahora sé apreciar a la gente, quién progresará y quién no. Y te lo digo, este no tiene ninguna posibilidad. Aunque tenga el aspecto de Hrithik Roshan, no tiene ninguna posibilidad. Si viene a Bombay, se lo comerán.

No podía discutir eso.

—Sí —contesté—. Sí.

Sanjay Klimar no tenía ninguna posibilidad. Probablemente no tendría ninguna posibilidad aunque se quedase en ese pútrido, axfixiante pueblo suyo. Pero, tanto si se quedaba como si se marchaba, iba a seguir viendo películas, haciendo listas, continuaría escribiendo cartas. Bastardo estúpido. Pero había crores y crores como él, arriba y abajo y por todo el país. Estaban allí, y eran nuestro público. Iba a hacer mi película para ellos.

Por supuesto consulté con Gurú-ji antes de poner ningún dinero en juego. Quería ver a Jamila en la pantalla, y estaba seguro de que tendría éxito como estrella, pero quería orientación. No iba a apresurarme en un juego del que no sabía nada sin algún conocimiento acerca de lo que iba a suceder. Pero Gurú-ji no pudo ver nada, no pudo ver el futuro de mi película con alguna claridad.

—El proyecto me da buena sensación, beta —dijo—. Pero eso es todo. Ocurre a veces, es como intentar ver a través de unas lentes combadas. Algunas cosas quedan borrosas, algunas cosas se enfocan con precisión. No puedo ver nada malo.

—Pero no puedes ver nada bueno —respondí.

—No, tampoco eso. Pero es un riesgo menor, comparado con algunas de las cosas que has hecho. Y que estás haciendo.

Tenía toda la razón, como de costumbre. Había arriesgado mi vida muchas veces, y esto solo era dinero. Entonces recordé lo que Paritosh Shah solía decir: si dejas que Lakshmi se vaya, volverá a ti multiplicada, si tratas de encerrar a Lakshmi, huirá de ti y nunca volverá. Por Jamila, tenía que dejar salir a mi Lakshmi al mundo, que se moviera como le apeteciese. Simplemente resultaba apropiado.

De modo que hice una película para Jamila. Reunir al equipo de producción fue bastante fácil. Tenía el dinero, así que contraté a los mejores. En realidad, hice que Jojo me buscara a un productor, un hombre llamado Dheeraj Kapoor, y este Dheeraj hizo las contrataciones. Dheeraj había logrado tres éxitos seguidos, todos en la franja de presupuestos de cuatro a seis crores, con actores respetables y guiones potentes. Ahora estaba deseando con avidez una oportunidad para saltar a una liga mayor, para jugar con veintitantos crores y estrellas de verdad. Me gustaba que trabajasen para mí tipos ávidos. Tenías que observarlos de cerca, pero trabajaban bien. Y este Dheeraj

era prometedor, podía sentirlo. Tendría éxito.

Mientras tanto, la nueva Jamila iba de triunfo en triunfo. Le habíamos dado un nuevo nombre, un nombre que fuese adecuado para la estrella en que se estaba convirtiendo: ahora era «Zoya Mirza». Era un nombre bueno que sonaba moderno, corto y fácil de escribir y pronunciar, y tenía ese sonido Z a la moda al principio y hacia el final. Era un nombre nuevo que podría vivir en ese mundo nuevo. Y una vez estuvo terminado el trabajo en su rostro, estaba más que nueva. Era el futuro. Lo que el doctor Langston Lee le había hecho a sus mejillas, su línea del pelo, su barbilla, su nariz, no era radical. Solo era quitar un poco de volumen por ahí, una amplia anchura de pelo añadida allá. Era la misma, y sin embargo era totalmente diferente. Antes, era asombrosa. Ahora, era deslumbrante. A veces resultaba difícil mirarla, era como si estuviese muy lejos, incluso cuando estaba sentada justo a mi lado. Su belleza me hacía anhelarla, y era difícil soportarlo: Estaba completa, y me hacía sentir un gran agujero en carne viva en algún lugar profundo en mi interior, una herida que dolía cuando ella estaba lejos, e incluso más cuando estaba cerca.

Y triunfó. Logró más beneficios que nadie en la ciudad, y dos portadas brillantes en un mes. Había mucha agitación alrededor de ella incluso antes de que ganase Miss India, y más después. Ganó el concurso con facilidad, y sin tener que transigir de las formas habituales. Permaneció de forma seductora fuera del alcance de fotógrafos y jueces y editores, y recogió su corona. Le hizo creer al editor jefe del periódico patrocinador que lograría meterse entre sus piernas si ganaba la corona, y escapó de él totalmente. Era capaz de hacer todo esto por mi apoyo. No es que presionásemos, o sobornásemos a nadie, o utilizásemos alguna de nuestras otras técnicas. No, yo solo proporcionaba los recursos que le permitieron convertirse en la sobrenatural Zoya, que le permitieron decir «No». El dinero crea belleza, el dinero da libertad, el dinero hace posible la ética. El dinero hace películas. Así que comencé a trabajar en la mía con Manu Tewari.

Este Manu ya había escrito tres películas menores, la última de las cuales había ganado el Premio Nacional a la mejor película. La había visto, y pensaba que para ser una película de autor sobre hijras no era tan aburrida, y que de hecho el guión era bastante poderoso. De modo que hicimos venir a Manu Tewari en avión hasta Tailandia. Estaba dispuesto a dejar que Dheeraj y su equipo hicieran el resto de elecciones, pero quería tener control sobre la historia. Yo mismo tenía una o dos ideas, y había visto muchas películas últimamente, y seguía las recaudaciones semanales en India y en el extranjero. Sabía qué quería en mi película. Pero este Manu resultó ser socialista, además de estar repleto de normas. Durante los tres primeros días que estuvo con nosotros estuvo tan callado y tranquilo como un conejo que levanta la vista y se encuentra en una guarida de tigres. Dheeraj Kapoor solo le había contado que iba a volar a Bangkok para conocer a quien financiaba la película, nada más. Y en Bangkok, habían recogido a Manu, le habían metido en un avión a Phuket, y de repente se encontraba en un yate con Ganesh Gaitonde y muchos



hombres de aspecto mezquino con armas grandes. Por supuesto se quedó paralizado, no sabía dónde sentarse, cuándo se le permitía ponerse de pie, o si podía mear sin pedir permiso. Los chicos se divirtieron los primeros dos días siendo especialmente sanguinarios delante de él, recargando sus pistolas y agitándolas y en general aterrorizando el ingenio del pobre escritor.

Al final los espanté, e hice que Manu Tewari se sentase con un vaso de whisky escocés, y lo tranquilicé. Elogié todas sus películas, y le conté que la última me había hecho llorar, y también por los hijras, lo que para él fue un elogio mayor que cualquier Premio Nacional bhenchod. Entonces se calmó un poco, y bebió un sorbo de whisky, y comenzó a sonreír algo. Los escritores son susceptibles al halago de forma patética. He trabajado con políticos, y gángsters, y hombres santos, y, déjame decirte, ninguno de ellos puede competir con un escritor en cuanto a descomunales inflaciones del ego e inseguridades tímidas del alma. Ungí a Manu con grandes porciones de su propia gloria, y se relajó. Por supuesto, viniendo de Ganesh Gaitonde, la admiración era diez veces más deliciosa. Manu Tewari se fue relajando poco a poco en el sola, y se tomó otro whisky, y me contó historias sobre cómo hizo su película hijra, cómo tuvieron que convencer a su protagonista acerca de que interpretar a un hijra sin lauda, que llevaba falda, que aplaudía, no iba a lisiar su carrera para siempre. El propio Manu Tewari era de tamaño medio, medio en todos los sentidos. Se le podría considerar como prototipo de todo lo que es mediano en el mundo, no era bajito pero no era demasiado alto, había crecido en Bandra East como hijo de un empleado de tipo II del Ministerio de Economía, y había ido a la Facultad Rizvi y había tenido una trayectoria académica del todo mediocre. Sabía todo esto de él por el informe de antecedentes que había hecho Dheeraj, pero ningún informe podría incluir la demencia que ocultaba en algún lugar profundo de aquel cuerpo común y corriente, que solo dejaba salir cuando hablaba de películas.

—*Naajayaz* era buena, bhai —dijo—. Las escenas entre Naseer y Ajay Devgan eran muy buenas, pero en algún punto a partir de la mitad comenzó a arrastrarse un poco. Ese es el problema de Mahesh Bhatt en sus últimas películas, o hace que todo se mueva demasiado rápido, o lo alarga. Así que el pobre público se queda confundido o se aburre.

A mí me había gustado bastante *Naajayaz*, pero lo dejé estar y le escuché. Sin duda, Manu Tewari sabía de películas, incluso conocía detalles de alguna película recóndita sobre los bajos fondos que se estuvo haciendo desde 1987 hasta el verano de 1990 y que había salido y desaparecido en 1991, sin que nadie se diese cuenta. Excepto Manu Tewari. Sabía quién fue el director musical, y qué anuncios hizo el director de fotografía después de aquella película, y a quién se estuvo chodoando el director durante la producción de las canciones en Australia, y cómo la película funcionó medianamente en Bombay y Hyderabad, pero fue rechazada por completo en el circuito del Panjab. Continuó:

—Pero la mejor película de policías y gangsters de principios de los noventa fue

*Parinda*. Movi6 nuestro cine en una nueva direcci6n, en t6rminos de textura y atm6sfera realista. Claramente, Jackie Shroff se encontr6 a s6 mismo como actor en esa pel6cula, y fue un Jackie distinto a partir de entonces. Y present6 a Nana Katekar al p6blico nacional. Y la fotograf6a de Binod Pradhan estableci6 un nuevo nivel en general.

Habl6 de *Naajayaz* y *Panuda* con la seriedad de un hombre hablando sobre la naturaleza de Dios, o la historia del mundo. En realidad, las pel6culas eran todo su mundo. Hab6a crecido en un piso peque1o y tranquilo, con una hermana y un hermano, y hab6a llevado una vida sin color y sin tacha. Pero a trav6s de todo eso hab6a criado esta cosa en su interior, este gusano, esta pit6n que engull6a pel6culas para sobrevivir, que se las tragaba enteras y las guardaba para siempre. Ten6as que darle la m6nima excusa para hablar de *Mughal-e-Azam*, y lo har6a durante una hora. Pero hacer que hablase de su propia madre me cost6 varios empujones fuertes. E incluso entonces solo coment6:

—¿Qu6 decir sobre ella, bhai? Es un ama de casa. Nos cuid6.

Ante toda su curiosidad de ojos brillantes por los detalles de las aventuras y agon6as de otra gente, aquello era todo lo que se le ocurri6 decir sobre su madre. Pero yo solo hab6a intentado mantener una charla sobre la familia, una t6cnica de gesti6n que hab6a aprendido de Gur6-ji. El tal Manu Tewari se sent6a bastante c6modo en ese momento. Era el momento de pasar a los negocios.

—Muy bien. Pues —dije—, hablemos de la historia.

Entonces se enderez6. Cuando se trataba del trabajo, se centraba de inmediato, aquella primera vez y siempre desde entonces.

—S6, bhai —contest6—. Por favor, cu6ntame.

Est6bamos navegando desde la playa de Kata hasta Patong. En el gris de 6ltima hora de la tarde, el mar vidrioso se deslizaba por debajo de nosotros. Un banco de nubes imponentes pend6a sobre nosotros hacia el este, quietas y perfectas e irreales. Respir6 hondo.

—Estaba pensando en un thriller —comenc6.

—S6, s6, bhai —contest6 Manu—. Excelente. Un thriller.

—Me gustan esas pel6culas en las que hay algo de peligro, y el protagonista tiene que evitar la amenaza.

—Una historia de suspense. Me gusta, bhai.

—La chica ayuda al protagonista, y se enamoran.

—Claro. Y haremos un thriller internacional, para que las canciones puedan rodarse en el extranjero de forma justificada.

—Un thriller internacional, s6.

El chico estaba empezando a gustarme.

—¿Tienes alguna idea sobre el protagonista, bhai? ¿Qui6n es? ¿Un tipo corriente? ¿Un polic6a? ¿Un agente secreto?

—No. Es uno de nosotros.

—¿Quieres decir...?

—Es un thriller de delincuentes.

—De acuerdo, de acuerdo. Veo la historia. El protagonista está del lado equivocado de la ley, pero se vio metido en los bajos fondos por las circunstancias.

—Sí. Quiero que empiece cuando él llega a Bombay.

—Bien, bien —contestó Manu.

Pero parecía dudoso.

—¿Qué? —pregunté.

—Es un thriller, bhai, puede que no haya suficiente tiempo para desarrollar toda su historia.

—¿Por qué? Tienes tres horas maderchod.

—Cierto, cierto, bhai. Pero te sorprenderá lo rápido que se llenan tres horas. Tienes cinco, seis canciones, solo eso son casi cuarenta minutos. Después, tienes espacio tal vez para cuarenta escenas antes del intermedio, treinta, treinta y cinco después. Y un thriller tiene que comenzar con el peligro, decirle a la audiencia a qué se supone que han de tener miedo, qué está en juego, y después ha de correr hasta el final. Y también...

—¿Qué?

—El chico que llega a Bombay y se convierte en un criminal. Se ha hecho, en *Satya*. Y *Vaastav*, esa también tocaba y él tema de entrar-en-los-bajos-fondos.

—No me importa si se ha hecho. Todavía es cierto. Mira todos estos chicos que hay conmigo.

—Por supuesto, bhai. Me han estado contando sus historias. Pero, ya sabes, público se acostumbra a las cosas. La primera vez, les encanta. La segunda, les encanta menos. La tercera, dicen: «Es demasiado filmi, yaar», y rechazan la verdad en conjunto. ¿Entiendes?

Lo entendí. Yo había hecho lo mismo.

—El público es un bastardo —repliqué.

Ante esto saltó y me agarró la mano.

—Sí, bhai, sí, el público es un gaandu, un loco, es un bebé monstruoso que hay que alimentar.

En ese momento se dio cuenta de que tal vez se estaba tomando demasiadas confianzas, así que dejó mi mano y se apartó. Pero tenía los ojos brillantes con empatía repentina, y no pudo evitar seguir hablando.

—Nadie sabe qué es lo que quiere este público maderchod, bhai. Todo el mundo finge que sí, pero nadie lo sabe en realidad. Puedes hacer una gran película, gastar y gastar en publicidad, y en los cines ni siquiera verás a los cuervos gorjeando. Mientras tanto, alguna película de serie B, hecha de manera despreciable sin historia que contar, conseguirá cientos de crores.

—Pero tú todavía tratas de predecir qué querrán. Y tienes todas estas normas. ¿Por qué solo cuarenta escenas antes del intermedio? ¿Por qué no sesenta?

—No se puede hacer, bhai. El público es impredecible, pero también es muy estricto. Solo quiere lo que quiere, de la forma en que está acostumbrado a conseguirlo. Incluso si tienes una historia verdaderamente dhaansu, si cambias la forma de la historia el público arrojará cosas a la pantalla, y rasgará los asientos, y habrá disturbios. Así es, bhai. Tienes que hacer cosas nuevas con las formas de siempre. O cosas de siempre con ropa nueva. Tu película tiene que ser *hatke*, pero no demasiado *hatke*. Los tipos del cine de autor no dejan de decir que están haciendo cosas nuevas del todo, pero también tienen que obedecer las normas. Solo se trata de un conjunto distinto de normas, y un público distinto. No puedes escapar de las normas.

—No vamos a hacer una película de autor maderchod —gruñí.

Iba a gastarme treinta crores en esa película. Ya habíamos contratado a dos protagonistas grandes, y Dheeraj tenía una cita con el secretario de Amitabh Bachchan para el martes siguiente. También le había dicho a Dheeraj que quería efectos especiales *fultu*, y vestuario y localizaciones de primera clase. Quería que la película tuviese un aspecto brillante y grande, e iba a ser enorme. Y lo enorme cuesta dinero, al menos eso.

—Olvídate del arte —le dije a Manu—. Escribe un thriller ágil. Pon en cada escena algo que haga que el público sienta que tiene un cable eléctrico conectado a los golis. Mantenlos despiertos y excitados. Dales, duro y con rapidez.

Asintió, arriba y abajo, rápido.

—Sí, sí, bhai. Entiendo. Acción y espectáculo y gran glamour. —Abrió los brazos con amplitud—. La emoción de *Mother India*, la magnitud de *Sholay*, la velocidad de *Amar Akbar Anthony*. Eso es lo que queremos.

Sin duda eso es lo que queríamos. Así que nos pusimos a trabajar.

Continué con mi trabajo para la gente del señor Kumar. El señor Kumar se había retirado el año anterior, a pesar de mis protestas.

—Saab, ¿por qué tienes que irte? —le pregunté—. En nuestro trabajo, no hay jubilación sino ascenso.

—Ganesh, mi negocio no es el tuyo.

Siempre era así, escueto y categórico. Pero no era poco amable, este viejo lanzador astuto que había jugado tanto tiempo. No éramos amigos, pero con los años habíamos llegado a entendernos el uno al otro, y nuestra necesidad mutua. Él me necesitaba para extraer hebras de información de Katmandú, y Karachi, y Dubai, y a veces para hacer que desapareciese cierta gente, y yo le necesitaba para presionar a los policías en Delhi y Mumbai, y suministrarme información por su parte, y de vez en cuando ayudarme con la logística y los recursos. No nos hacíamos ilusiones el uno respecto al otro, pero estábamos cómodos, como vecinos que han envejecido juntos. Y yo intentaba decirle que no era lo bastante viejo como para practicar *sanyas*.

—Saab, si el gobierno te hace jubilarte justo cuando estás en plena forma, un khiladi magnífico como tú, entonces el gobierno está loco.

—No es solo el gobierno, Ganesh, yo también quiero instalarme en algún lugar y descansar.

—De acuerdo, saab, entonces instálate en algún lugar, y habla conmigo por teléfono. Como asesor, ya sabes.

Contestó:

—¿Trabajar para ti?

Hubiera dicho que le hacía gracia.

—Trabajar conmigo.

—No, Ganesh. He hecho bastante, y me siento cansado.

No estaba siendo grosero, y no me sentí insultado.

—Pero ¿qué harás?

—Leer. Pensar. Como te he dicho, instalarme en algún lugar.

For mi larga experiencia sabía que no le convencerían los argumentos o las tentaciones, así que la discusión estaba cerrada.

—De acuerdo —dije—. Ha estado bien trabajar contigo, señor K. D. Yadav.

Quise hacerle saber que conocía su nombre real, pero le respeté bastante como para llamarle señor Kumar, como quería, durante todo el tiempo en que cooperamos.

—Muy bien, Ganesh. No dudaba que me investigarías y lo averiguarías.

—Aprendí de ti, saab.

Y de esa forma se apartó de mi vida, este maestro lejano. Me presentó a su sucesor, un tal señor Joshi, y durante casi un mes se mantuvo en contacto, para ayudar en la transición. Pronto supe el verdadero nombre del señor Joshi —Dinesh Kulkarni— y le dije al señor Kumar exactamente lo que pensaba de él.

—Este tipo es un idiota, saab. Se instala en Delhi y quiere decirme dónde tengo que mandar dinero, y cuánto, y a cuántos hombres enviar en una operación. Duda de mí y de mis fuentes, y me habla como si fuera su criado.

—Ten paciencia, Ganesh —me contestó el señor Kumar—. Os costará tiempo adaptaros el uno al otro.

De modo que tuve paciencia, pero ese bastardo de Kulkarni no se adaptaba ni a mí ni a nada. Me resultaba asombroso que un gaandu así manejase la seguridad del país, pero para entonces había visto a gaandus ascender hasta lo más alto de toda profesión. Tenía que tratar con este gaandu en concreto. Mientras tanto, el señor Kumar finalmente se deslizó hacia su jubilación. Yo seguí trabajando.

Escribí el guión de mi película entre Ko Samui y Patong. Por mi parte, prefería la tranquilidad prolongada de Samui, pero los chicos querían el caos en movimiento de Patong. Cada tres semanas les dejaba una libre por los bares y las playas, y después dirigíamos nuestra proa de nuevo hacia la calma. Con Manu Tewari a bordo, tenían

algo más aparte de jugar a las cartas indefinidamente para ocupar el tiempo, incluso durante los trayectos por mar. Era excitante para ellos ver cómo se formaba una historia, sentir que adquiriría contornos y personajes. Discutían el relato sin parar, le daban la lata a Manu para escenas nuevas, y ofrecían opiniones y sugerencias, y le contaban sus propias aventuras. Se sentían vehementemente vinculados al protagonista de la película, y cada uno de ellos se enfurruñaba cuando Manu se negaba a incorporar algún giro o vuelta que se le había ocurrido para el protagonista. Tuve que intervenir unas cuantas veces e imponer un veto final a una sugerencia antes de que le diesen una paliza a Manu, o lo lanzasen por la borda. For supuesto, nuestro trabajo y juego continuaban como de costumbre: hablaba con Kulkarni cada semana, y hacía funcionar sus operaciones de inteligencia, encontraba información y mataba algún bastardo aquí y allá por mi país; consultaba a Gurú-ji y hacía circular sus envíos; hablaba con Jojo y me reía con ella; me veía con Zoya y me la tiraba. Pero durante aquellos seis meses, no importaba qué otra cosa hiciésemos, aquella historia se enroscó en nuestras mentes y cuerpos y nos obsesionó a cada uno de nosotros. Hablábamos de ella mañana, tarde y noche, y discutíamos el reparto, y escuchábamos con avidez las canciones a medida que llegaban de los estudios de grabación. Y nos cerníamos sobre Manu Tewari.

Tenía un tamaño medio, y no parecía duro en absoluto, pero ese Manu era terco. Comía cualquier cosa que le pusieras en el plato, y no se quejaba nada si cambiabas los canales de televisión mientras estaba viendo las noticias, pero, si intentabas interferir en sus escenas, era fiero como una cerda con dientes amarillos si amenazaban a sus lechones. Yo era quien financiaba, quien pagaba, y después de todo era Ganesh Gaitonde, pero incluso conmigo replicaba y defendía sus decisiones y debatía. A veces los chicos se estremecían cuando nuestras sesiones en torno a la historia se calentaban y levantábamos la voz, y Manu Tewari se arriesgaba a ser brusco. Pero yo le aguantaba, porque era un buen escritor. Me estaba escribiendo una historia potente. Y, además, estaba aprendiendo de él. A medida que pasaban las semanas y debatía con Manu Tewari, empecé a ver de qué estaba hablando. Me enseñó sobre cine, cómo un simple corte desde una cerilla encendiéndose hasta un desierto abrasador podía explotarte en el pecho y mecerte hacia atrás en el asiento. Veíamos DVD con él, y aprendíamos el lenguaje de un primerísimo primer plano y plano largo, la liberación y la compresión del tiempo, cómo el sencillo movimiento de una cámara bajando hasta un par de huellas fijas podía decir más que mil libros. Aprendí estas herramientas, y vi *Mughal-e-Azam*, y *Kagaz ke Phool*, y las vi docenas de veces, y aprendí cómo un pequeño grupo de artesanos expertos, una banda de locos resueltos, podía crear luz y sonido y espacio para hacer monumentos resplandecientes que se materializasen sobre la tela de la pantalla, o sobre las paredes sucias de los pueblos, en un yate en los mares del sur. Pude empezar a ver cómo una buena historia tenía cierta geometría, una sucesión de curvas, una hinchazón de crestas y mesetas que conducían hasta la explosión final, y la satisfacción. Si hacías

una historia torcida, imperfecta, esa fealdad solo produciría aburrimiento y vacío. En la belleza había felicidad.

—Exacto —me dijo Gurú-ji una tarde—. Pero no solo felicidad. También terror.

Sentía un placer inesperado con el nacimiento lento de nuestra historia. Pensaba que consideraría que todo el proyecto era de mal gusto e infantil, pero me sorprendió de nuevo. Escuchaba nuestras ideas e innovaciones con atención, y nos dio consejo sin ser dominante. Y ahí estaba, encontrando no solo belleza sino también terror en nuestro guión medio terminado.

—¿Terror, Gurú-ji? —pregunté—. ¿Cómo?

—Cualquier cosa que es bella de verdad también es aterradora.

Pensé en ello. ¿Zoya era aterradora? No. Sentía deseo por ella, y a veces una sacudida de desasosiego por lo fuerte que era ese anhelo, pero no le tenía miedo. Claro que no. Pero no discutiría con Gurú-ji. En vez de eso, contesté:

—Gurú-ji, pero dijiste que el mundo es bello porque es ordenado y simétrico. ¿Eso quiere decir que es aterrador?

—Sí, lo es. Para una persona común y corriente, que solo ve azar, el mundo solo es deprimente. Pero avanzas un poco, empiezas a ver su belleza real. Entonces te das cuenta de que esta perfección exquisita es terrible, es aterradora. Cuando vences ese miedo, sabes que la belleza y el terror son la misma cosa, y que así es como debería ser. No hay necesidad de tener miedo. Para que el mundo sea bello, debe terminar. Para todo comienzo, hay un final. Y para todo final, hay un comienzo.

—¿Simetría?

—Sí, Ganesh. Precisamente eso.

Para mí empezó a tener sentido. Por eso el guión tenía que moverse en ciclos de secuencias, pero inevitablemente hacia un clímax, después del cual no habría nada. O, como daba a entender Gurú-ji, tal vez algo, pero solo después de que el mundo del guión se hubiese desvanecido. Pero yo todavía me aferraba —como hacía a menudo— a la totalidad de lo que él quería decir.

—No lo entiendo del todo, Gurú-ji, disculpa. Veo la necesidad del orden. Pero me gusta la belleza, no le tengo miedo.

Se rió, pero con amabilidad.

—No te preocupes, Ganesh. Eres un vira. Ascenderás hasta la cima, y verás el abismo. Verás tanto la belleza como el terror. Pero, por ahora, lo que haces está muy bien. Seducirás al público, y ganarás mucho dinero.

Sí, estaba el dinero. Y eso era por lo que discutía Manu con los chicos. Trabajaba en el negocio más pendiente del dinero del mundo, pero quería que los ricos diesen su dinero a los pobres. Creía en la propiedad estatal de las principales industrias, impuestos elevados para las clases medias e incluso más elevados para las clases altas, y protección para las industrias indias contra las multinacionales y las importaciones. Todos los chicos procedían de familias con ingresos bajos, pero todos y cada uno de ellos eran capitalistas intransigentes.

—¿Crees que soy un chutiya que va a darle su dinero a los pobres? —preguntó Amit—. ¿Sabes a cuántos bastardos tuve que matar para conseguirlo?

- Nitin añadió:

—¿Cincuenta años de control del Estado y qué tenemos? Industrias artesanales que han tenido pérdidas enormes durante cincuenta años, una población que gasta todo su tiempo y energía tratando de sortear las normas estúpidas, y corrupción a lo grande.

- Suresh completó:

—¿Dónde está tu preciosa Unión Soviética ahora, saala? Dime dónde.

- Manu Tewari replicó, y les dijo que el capitalismo se desmoronaría por sus contradicciones internas, que el avance de la historia era inevitable, y que eran una panda de ignorantes que no veían ni podían ver las fuerzas que se movían bajo la superficie de los acontecimientos.

—Nuestra historia solo puede tener un final —opinó Manu—. El proletariado gobernará finalmente.

Ante lo que Amit respondió:

—Exacto. Jefe, yo soy el proletariado. Y lo que quiero son tres Mercedes, tres *lund-lasoons* al día, y muchos pollos cocinados con mantequilla que estén buenos. Cuando consiga todo esto, ¿quién seré? El soberano de algunos pobres bastardos proletarios.

Así que las charlas políticas de Manu Tewari no lograron que le siguieran camaradas feroces en mi yate. Pero todos escuchábamos con atención sus reglas para hacer el guión de una buena película, y había muchas. Los chicos empezaron a llamarle «Manu, el de las Normas». Tenía una norma para cada ocasión, para cada escena y situación, y ejemplos de apoyo. Nos contó que el villano debía ser más fuerte que el protagonista, y también atractivo de alguna forma. Y que dos canciones nunca han de ponerse juntas, excepto cuando lo hace Sooraj Barjatya. Y la protagonista debe ser muy sexy, pero nunca puede practicar sexo. Y la primera escena o las dos primeras después del intermedio han de ser escenas sin importancia, de usar y tirar, porque los espectadores tardan unos minutos en volver del vestíbulo, con sus sanias y bebidas. Y una vez llegas al clímax, que avance deprisa, porque la audiencia empezará a levantarse y a irse para evitar el atasco del tráfico de afuera. Y hay que presentar pronto a la madre del protagonista, y nuestro amor por ella debe ser total. Ante este último aspecto, tuve que objetar.

—¿Por qué tenemos que tener a una madre manteniéndose de lleno en la película? —pregunté—. El guión es demasiado largo de todos modos, y tenemos que cortar



escenas. Tan solo se comerá tiempo de pantalla.

—Bhai, hemos de tener una madre. Es un requisito básico. De lo contrario, ¿quién es el protagonista? ¿De dónde viene? Entonces no tendría ningún sentido.

—No sé nada de tu madre. Pero tú tienes sentido para mí, bastardo. ¿Por qué tenemos que mostrarla? Una madre se presupone.

—Por la empatía, bhai, por la empatía. Un protagonista sin madre, y sin amor entre ellos, se siente incompleto. Una buena madre le hace bueno, incluso si es malo.

—¿Y si ha tenido una mala madre? ¿Eso le hace mejor?

Manu sonrió.

—En las películas, bhai, no hay malas madres. Solo madrastras malvadas.

Había malas madres en el mundo, pero no podía discutir el hecho de que no las había en las películas, de forma que esta se quedó en la película. Tenía dos escenas al principio, una inmediatamente después del intermedio, y después aparecía en la toma final, sonriendo con benevolencia por el fondo mientras el chico y la chica corrían hacia la felicidad en una lancha motora. Podía soportarlo.

Cuando el guión estuvo terminado, completo con los diálogos, hicimos una lectura de todo. Lo hicimos por la mañana temprano, fuera de Patong. En la tranquilidad de la mañana, Manu nos contó la historia, desde la presentación del protagonista mientras robaba un almacén de diamantes y la traición por parte de sus compañeros de los bajos fondos, hasta que descubre un complot terrorista, y se enamora de la chica que era su enlace con los terroristas, y descubre su propio patriotismo a través de su amor por la chica, y su lucha con los terroristas y los bhais traidores, y después el clímax. Tardamos tres horas, y salió el sol proyectando un calor furibundo sobre nuestras espaldas, pero ninguno de nosotros se dio cuenta. Estábamos absortos por la narración de Manu, con sus expresiones y su interpretación de las escenas, y las descripciones a través de las cuales nos hacía ver al chico y la chica en su huida desesperada por la India y Europa. Cuando terminó, todos nos reclinamos exhaustos y felices, casi como si de hecho hubiésemos visto la película.

—Es bueno —afirmó Arvind.

Había venido dos días antes desde Singapur especialmente para la sesión narrativa, dejando atrás a la preciosa Suhasini.

—Creo que funciona. Creo que será una gran película. Es muy emocionante pero también está escrita con mucha sensibilidad.

—¿Y quién eres tú, Basu Bhattacharya?

Solté en medio de la risa general. Pero yo sonreía. La historia era buena, y las principales objeciones que había apuntado con anterioridad se habían atendido. Sabía con exactitud qué iba a pasar en la historia, pero aun así hizo que se me tensase el estómago, y la escena en la que el chico se despide de su madre y se marcha para librar su lucha me provocó de inmediato un nudo doloroso en la garganta. Me giré hacia Manu:

—Bien —dije—. Creo que estamos listos para rodar.

Apretó los puños y saltó arriba y abajo tres veces y después me cogió las manos.

—Sí —contestó—. Estoy de acuerdo, bhai. Estamos listos. Empecemos. Comencemos.

Yo estaba impaciente por empezar a rodar, y Zoya estaba más que preparada. Había ido al concurso de Miss Universo en Argentina, y volvió tras quedar en cuarto lugar. Estábamos seguros de que ganaría, que estaría ocupada con las obligaciones de Miss Universo durante un año, pero el jurado tomó su decisión inexplicable, y ahora ella estaba libre e impaciente.

—Empezaremos de inmediato —le dije a Manu—. Pero hoy quiero que todos lo celebréis. Os doy dos noches. Y todo el mundo tendrá una prima. Coged la lancha y marchaos. Os podéis quedar en el bungaló.

Le di a cada uno veinte mil *bahts* e hice que se fueran. Solo me quedé con Arvind y una tripulación de tres miembros, y el guión. Lo leí todo, estudié de forma minuciosa la letra obsesivamente limpia de Manu Tewari, sus líneas ordenadas en las que incluía tantos tiros y besos y choques de coches y lágrimas y corazones destrozados. Lo leí todo dos veces, y después llamé a Jojo y se lo leí entero. Entoné, «Fundido en negro», y después pregunté:

—¿Funciona?

—Sí —contestó.

—¿Sí y qué?

—Arre, ¿qué quieres decir, qué? He dicho que funciona.

—Te conozco, saali. Puedes decir que sí, y querer decir precisamente que no. Así que, dime.

—Te lo he dicho. Funciona para lo que es.

—¿Qué es exactamente?

Respiró como si le costase.

—Gaitonde —dijo—. No quería decir nada. Es un gran guión. Será un éxito.

Yo mismo respiré hondo, y me tomé un momento para aplacar mi enfado, y respondí con la voz más moderada que pude:

—No, no, Jojo. Tenemos que saber si alguien tiene alguna duda. Tenemos que saberlo ahora para poder arreglarlo.

Sabía que no iba a dejar que se retirase, de modo que se preparó y arrancó.

—Bueno. Lo que estaba diciendo es que es bastante buena para lo que es. Y lo que es... Es una de esas películas en la que los tipos hacen volar cosas y se pelean mucho y lloran unos sobre otros.

—Mis hombres y yo peleamos y lloramos en este barco. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada. Te lo he dicho, tu película va a ser un éxito.

—¿Pero?

—Pero nada. Simplemente no es el tipo de película con la que disfruto demasiado.

—¿Quieres decir que las mujeres no irán a verla? Espera, con las estrellas que tenemos, y la forma en que hemos rodado los números musicales, todas las mujeres vendrán con sus hijos y su abuela. Y todas querrán ver a Zoya.

—Baba, he dicho que será un éxito, ¿no? Todo lo que digo es que es un cierto tipo de película.

—Sí, no es del tipo en el que salen tres mujeres parlotando hora y media sobre lo tristes y desairadas que están, y después otras dos mujeres despotrican sobre lo malos que son los hombres durante otra hora. Gaandu, haz una docena de programas de televisión así si quieres, pero no vas a empujar a mi película por ese caminoapestoso.

Las ondas lentas de su risa me tranquilizaron.

—Gaitonde —contestó—, no intento empujar tu película maderchod a ninguna parte. De todas formas vas a metérsela en la garganta a toda la India, incluyendo a las mujeres. No nos escaparemos. Así que no te preocupes. Solo dime, ¿cómo se llama esa bastarda?

—No insultes a mi película —repliqué—. Insúltame de forma despiadada, pero no te atrevas a llamarle cosas a mi película. —Lo decía sonriendo—. Estaba pensando en llamarla *Barood*.

—Eso se usó en los setenta.

—Lo sé. Pero todavía me gusta. ¿A ti no?

—No demasiado. No sugiere el punto de vista internacional.

—¿Así que quieres llamarla *International Barood*?

Me tumbé en la cama y esperé a que dejase de reírse. Yo mismo me estaba riendo un poco.

—Sé serio. Esto es importante, un título puede ayudar de verdad en las ganancias de una película.

—Sí, sí. Qué mala suerte que ya se haya utilizado *International Khiladi*. Eso habría sido perfecto.

De hecho habría sido perfecto. Pero lo habían usado, y no hacía tanto tiempo, de forma que buscamos otras ideas, desde *Amor en Londres* hasta *Hamari Dharti*, *Unki Dharti*. Era bastante divertido buscar títulos antiguos, medio recordados, y encontrar palabras y pequeños fragmentos de lenguaje, y jugar con ellos y juntarlos como piezas de un puzzle, intentando hallar las palabras que expresarían el sentimiento del guión, de la vida misma. Pero entonces mi disfrute se vio interrumpido por mi propia banda de khiladis internacionales. Tenía una llamada por la línea local: habían arrestado a Manu Tewari y tres de los hombres.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? —le gruñí a Arvind.

Los chicos tenían instrucciones claras en cuanto a no llamar la atención, mantenerse alejados de los problemas, ser invisibles. Todos habíamos entrado en Tailandia por mar, y nunca habíamos pasado por ningún tipo de control de inmigración, y, hasta donde sabían las autoridades tailandesas, no existíamos.

—Es ese escritor bastardo, bhai —me dijo Arvind—. Se ha metido en una pelea

con un marine estadounidense en el bar Typhoon.

—¿Ese pequeño chodu? —Me quedé sorprendido. Manu escribía bien sobre violencia, pero no era un luchador. Observaba, y esperaba, y tenía en cuenta, y después por lo general escribía—. ¿Por qué se peleó?

—Hay una chica en el bar Typhoon que le gusta.

—¿Y?

—Estaba con un marine norteamericano del portaaviones.

Había un portaaviones estadounidense en la parte delantera del muelle, acompañado por dos barcos más pequeños. El portaaviones era gris e inmenso como una montaña, y dos días antes había desembarcado a trescientos marines en la playa de Patong.

—El marine se la había comprado al bar por dos días. Estaba sentada en el regazo de él. El marine les estaba diciendo a sus amigos groserías sobre ella en inglés, cómo le chupaba la lauda. La chica no lo entendía, pero Manu sí. Le dijo algo al marine. El marine le contestó algo. Manu le rompió en la cabeza una botella de Heineken.

—Bhenchod.

—Así que después el marine golpeó a Manu sobre la mesa. Y los amigos del marine se unieron a la conversación. Y por su parte los chicos saltaron. Así que están todos en la cárcel.

Me apeteció dejarlos a todos en la cárcel, pero necesitaba a Manu. Así que logré sacarlos. Por supuesto no podía involucrarme directamente en el embrollo, pero envié a Arvind con el dinero necesario, me puse al teléfono e hice llamadas. Al cabo de tres días, dos abogados y ciento veinte mil bahts en sobornos, los tuve de vuelta en el yate. Había un ribete verde feroz en la parte izquierda del rostro de Manu Tewari, y caminaba tan vacilante como un estado socialista derrumbándose. Los chicos me contaron que no había dormido en tres días. A pesar de todas sus simpatías por los oprimidos, resultó que nunca había estado en la cárcel, y las celdas tailandesas habían afectado sus nervios de forma terrible. Lo mandé a la cama, y les eché un buen sermón a los chicos.

—Bhai —empezó Amit—. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer? Solo estábamos allí sentados bebiendo. De repente el bastardo de Manu se levanta y golpea al americano con su botella de cerveza. Y el americano era uno de esos *goras* enormes, tan grande como un camión. Así que sacudió la cabeza y le dio mamporros a Manu por toda la sala. Y sus amigos saltaron. Así que nosotros también. —Negó con la cabeza—. Todo por una puta. Y si siquiera le ha dado por el gaand.

Así que después me lo contaron. En el bar Typhoon estaba esta prostituta tailandesa que se hacía llamar Debbie. Seis meses antes, Manu fue al bar con los chicos y le compró a Debbie una bebida y empezó a preguntarle de dónde venía, cuántos hermanos y hermanas tenía, en qué tipo de casa vivían. Debbie era una churi pequeña y espabilada, vio su oportunidad, y le dio a Manu Tewari suficiente material como para escribir cuatro tragedias... le habló, en su inglés muy malo, de su padre,

agricultor tullido, y de su madre callada, que trabajaba duro, y de su casa desvencijada de madera en las montañas sobre Nong Khai, y de sus hermanos y hermanas descalzos, carcomidos, y todo lo demás. De modo que durante los últimos seis meses, cada vez que íbamos a Patong, Manu Tewari sacaba a la tal Debbie a comer y a cenar, y le compraba vestidos y cinturones y perfumes, y tal vez —aunque él no lo admitiría— le habría dado dinero en efectivo para ayudarle a mandar a sus hermanos pequeños a la escuela en las colinas lejanas de Nong Khai. Hizo todo eso sin haberle tocado ni las montañas ni los valles ni una sola vez. Pero era, después de todo, una chica de alterne. El marine estadounidense pagó en dólares buenos por el chut de Debbie y sus lund-lasoons y por el derecho a hablar de ello, y de esa forma el enorme maderchod hizo estallar las ideas socialistas de Manu Tewari respecto al honor. Y me costó mucho dinero.

—Escritor bastardo —solté.

Solo un tipo basado en las normas como Manu Tewari podría navegar por aguas tailandesas durante seis meses y no mojar la lauda. Di instrucciones. A la semana siguiente, mis hombres volvieron a Patong y llevaron a Manu Tewari. Aquella noche, mientras dormía, metieron a dos chicas en su cuarto. Ambas tenían diecisiete años, ambas tenían el pelo negro largo y sedoso hasta el trasero pequeño y apretado, ambas tenían los pechos pequeños y cremosos, y ambas estaban desnudas cuando se metieron en la cama de Manu. Se despertó jadeando, pero no le dieron tiempo a hacer ninguna de sus preguntas, una le metió algo en la boca, y la otra se metió en la boca algo de él. Su socialismo fracasó por completo, pero se le levantó la lauda, y las explotó a ambas sin piedad hasta la mañana siguiente. Después se durmió, y cuando se despertó estaba lleno de remordimiento y mala conciencia y empezó a decirles que lo sentía. Así que las chicas empezaron a jugar cada una con el chut de la otra y metieron los pezones en la boca de Manu. Refunfuñó un poco, pero dejó de hablar, y después las siguió oprimiendo bien hasta la tarde. No mencionó a la preciosa Debbie del bar Typhoon ni una sola vez.

Eso es lo que tienes que hacer a veces con los escritores: hacerles callar. Están tan absortos en el lenguaje y las historias y las normas que no pueden ver los hechos más simples. O todas las bonitas curvas calientes que compra el dinero. Pero la lauda lo siente, lo sabe. Tienes que darle una oportunidad a la lauda.

Hicimos la película. Se rodó en Bombay, Londres, Lausana, Munich, Tallinn y Sevilla. Cada semana veía tomas de rodaje sin montar en Bangkok, y daba mis opiniones y consejo, pero siempre a través de Dheeraj Kapoor y Manu Tewari. El resto del equipo, y en especial los actores, no tenían ni idea de para quién estaban trabajando en realidad. Sabía que tenía que proteger a Zoya y su futuro, de modo que

mantuve la seguridad muy controlada. Y mientras la observaba, semana tras semana, supe que su futuro iba a ser muy muy grande. Sabía que era preciosa, pero verla en una pantalla grande era sentirse como un niño ante una combustión dorada de luz. Era altísima, ingrávida como un sueño, y cuando sonreía el corazón te golpeaba la columna y como una bala hacía que te tambaleases hacia atrás. Sus pómulos eran tan afilados como espadas que caían, y cuando se alejaba de la cámara, se producía un deslizamiento de serpiente en su espalda que te provocaba un escalofrío hasta el cuello. No me pasaba solo a mí, Arvind veía los fragmentos conmigo y también estaba turbado y en silencio. Después de oírnos alabar a la chica durante seis semanas, Suhasini vino y vio una primera versión de montaje del rodaje de una canción en Estonia, y todo su sarcasmo y espíritu competitivo se desvaneció, y se giró hacia nosotros cuando se encendieron las luces, y dijo:

—De acuerdo, lo admito. La chica está bien.

—¿Solo bien? —preguntó Arvind—. Venga. Di la verdad. Si no a mí, al menos a bhai.

Suhasini puso un brazo debajo del de Arvind.

—De acuerdo, de acuerdo. Bhai, definitivamente la chica ha sido una elección adecuada. Va a tener un gran éxito. Formidable.

Incluso las mujeres lo veían, Zoya era formidable. Su fama creció mientras la producción continuaba, mientras se difundían comunicados de prensa cuidadosamente cronometrados, mientras sus fotografías comenzaban a aparecer en las portadas de las revistas de cine, mientras los avances de las canciones salían en televisión. Entonces estaba muy ocupada, y solo podía volar a Singapur de forma intermitente, y mucho menos a menudo que antes. Y debo confesar que me alegré de ello. Admitirlo ante mí mismo fue irritantemente duro en aquel momento, era como si dos piedras chirriasen una contra la otra justo debajo de mi ombligo. Pero la verdad apastosa que aparecía en mi garganta era que a medida que Zoya se hacía más grande, yo me hacía más pequeño. Oh, era poderoso, era temido, era rico, podía dar vida, o arrebatarla. Mantenía a familias, y generaciones de niños habían nacido en casas que construí, que prosperaban bajo mi protección. No tenía miedo de su éxito, después de todo lo había construido yo, yo la había creado. Y sin embargo... Era difícil admitirlo, difícil saberlo, y ahora es difícil contarlo: a medida que Zoya crecía hasta convertirse en la diosa de la nación, mi lauda se encogía.

No estoy mintiendo, y no estaba equivocado, no estaba loco. La cosa se volvió más pequeña. No tanto en longitud como en circunferencia y peso. La recordaba dura y musculada y sana, y en ese momento parecía pedir perdón y estaba lánguida. En un tiempo no necesitó disculpas, ahora estaba debilitada por la duda constante. No, no es que Zoya dijese algo alguna vez. Seguía siendo igual de enérgica al chupar, igual de dócil que siempre e igual de expresiva con su placer. Gemía cuando la poseía, cerraba los ojos, lanzaba los brazos por encima de la cabeza —como siempre— cuando los estremecimientos se expandían desde su chut. Una vez, bombeando sobre su daana,

tomándola desde ese ángulo, elevándola hasta la cima del deleite, me había hecho sentir justo y vencedor. Era el soberano de sus ricas extensiones morenas. Pero ahora había visto lo astuta que era como actriz. En la pantalla, me había hecho creer por completo que era otra persona. Pero entonces, ¿cómo iba a saber si la Zoya que conocía, a quien pensaba que conocía, no era en realidad otra persona? ¿Mi Zoya era solo una representación? ¿Aquellos gemidos eran solo una actuación?

Este es el dolor, si eres lo bastante desafortunado como para preocuparte por lo que siente y piensa una mujer a quien pagas. Esta es la restricción fatídica de esa paradoja. Cuanto más grita por la presión de tu placer, más sospechas que sus suspiros son exagerados, que no le estás haciendo disfrutar en absoluto. Y nunca puedes saber la verdad. Si preguntas, te dirá lo que crea que le pagas por decir. Si no preguntas, te enfadarás. Te enfadarás lo bastante como para que la única reacción que aceptes de ella como cierta sea la evidencia de su dolor. Me volví tosco al tratar a Zoya. La tiraba del pelo, le mordía los pechos y tiraba de sus pezones, y ella hacía gestos de dolor y se retorció pero nunca trató de pararme. Entendía por qué. Después de todo, le daba dinero. Había pagado partes de ese físico perfecto. Y sin embargo nunca podría estar seguro de que no era inmune a mí, que ese cuerpo no huiría de mí justo en los momentos en que lo poseía más profundamente. Me enfadé. Una mañana me la tiré de un modo que rara vez había hecho antes, me la tiré como me tiraba a los chicos en la cárcel, como me tiré a Mumtaz el del gaand seductor. Me abrí paso dentro de Zoya desde atrás, la sujeté del pelo y la tomé con fuerza. Gritó y se dobló delante de mí. Mis dedos dejaron marcas color escarlata en sus costados.

—Saali —solté sobre la curvatura flexionada de su espalda—, randi, toma, ahí, ahí. Toma.

Giró la cabeza contra el tirón de mi puño, y su sudor se deslizó por mis nudillos, y contestó:

—Sí, sí, dame, dame. —Y se rió. Se rió—. Es bueno, saab. Dame. Sí, dame.

El placer en aquella risa ronca me heló los golis como un chapuzón escalofriante en agua helada. De repente, de inmediato, fui incapaz de dar. Era incapaz. Salí de ella deslizándome, y me fui corriendo y tropezando a la habitación contigua. Me senté en el sota, y Zoya me siguió y se acurrucó a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué va mal?

Hice que se fuera. No tenía nada que decirle, y no podía explicarle de ninguna forma qué iba mal, qué necesitaba de ella. La trampa en la que estaba era inmaculada. No me fiaba de su goce, y parecía que ni siquiera podía hacerle daño. Era tan pequeño... Me quedé sentado en la oscuridad. No dejaba de pensar en el coprotagonista de Zoya, Neeraj Sen. Ese bastardo medía metro ochenta y ocho, tenía ojos grises y bíceps como granadas de mano. Sí, debe de tener una lauda proporcionada con el resto de su cuerpo. Cerré los ojos y vi a Zoya y a Neeraj de pie en una entrada, simétricos y proporcionados e iguales uno frente al otro. Ella tenía un brazo alrededor del cuello de él, una pierna levantada hasta el hombro derecho de

Neeraj, y estaba tomando su enorme aparato, y estaba siendo transportada. Su éxtasis era real, lo sabía. Podía asegurarlo. Estaban teñidos de rojo por el ascenso del amanecer, y eran felices.

Me puse de pie de un salto, me golpeé a un lado de la cabeza con la palma de la mano. Despierta, bastardo. Vuelve en ti. Zoya nunca haría eso. Zoya sabe que está en deuda contigo. Zoya entiende que la has creado. Zoya comprende tu poder, tu alcance. Zoya nunca te ofendería. Zoya es una buena chica. Date cuenta de eso.

Lo capté, lo encerré en mis puños. Sabía con exactitud cuánto asustaba a los hombres, cómo apabullaba a las mujeres. Nadie se atrevería a ofenderme. Si hubiera algún idiota en alguna parte del mundo que me insultase por error, podría borrarle al día siguiente, hacer que se desvaneciese como si nunca hubiese existido. Podría coger a Neeraj Sen y hacer que se desvaneciera. Dejaría de existir, desistiría, se iría. Ya no viviría más.

No, no, le necesitaba. Ya había gastado dieciséis crores en la película, y el presupuesto se hinchaba solo, aumentando y subiendo con todas aquellas persecuciones en helicóptero, aquellos cambios de localizaciones para las canciones. ¿Había invertido en Neeraj Sen? ¿Por qué era tan grande, aquel bastardo bengalí? ¿Metro ochenta y ocho y perfecto? ¿Quién había oído hablar alguna vez de un bengalí de metro ochenta y ocho? Ah, sí, su abuela había sido actriz de cine, una tal Shakira Bano, una de esas bailarinas-prostitutas que se convirtieron en actrices en los días del blanco y negro. Tuvo un éxito de segunda fila, y con el nombre artístico de Naina Devi hizo de hermana de Madhubala en un par de películas, y actuó en un famoso dance bar con Dev Anand. Se casó con un director de fotografía bengalí y se retiró del juego filmi. Pero sus hijos se metieron en la distribución, y ahora su nieto Neeraj Sen era un actor protagonista, de tres películas de edad y creciendo. Subiendo alto y más alto, con el metro ochenta y ocho heredado de su abuela, de ahí es de donde había sacado aquellos músculos pathan. Bastardos, debería matarlos a los dos, Neeraj y Zoya. Había una Glock en mi mesita de noche, con una bala en la recámara, y dos cargadores extra. Podría entrar, cogerla y volarle la cabeza. Podría meterle dos balas en cada extremidad, una en el vientre, una en el chut, una en ese corazón inalcanzable.

En lugar de eso la envié a casa. Puse alguna excusa sobre una llamada telefónica repentina desde Tailandia, algún trabajo urgente que requería mi presencia. Ella sabía que algo iba mal, pero también era lo bastante inteligente como para no presionarme. Me besó (tuvo que inclinarse mucho para hacerlo), y después regresó a Bombay y al trabajo. Yo volví a Tailandia, y saqué el yate hasta Ko Samui. Y luego me probé con varias chicas. Seguí el consejo de Gurú-ji de poseer solo a vírgenes, y pagué de forma derrochadora por ellas. Jojo me envió una chica de Andhra, y otra de Kerala, y una bengalí. Esta última era musulmana, con el pelo hasta las rodillas y ojos marrones almendrados. No era tan alta como Zoya, de hecho estando de pie nos mirábamos a la altura de los ojos. Cuando la tumbé se tapó la cara con las manos, y de inmediato se



me puso dura. Cuando me corrí con un empujón final, gritó. Y en aquel instante tuve el título para mi película: *International Dhamaka*. Estaba tumbado encima de ella, riendo, y después llamé de inmediato a Dheeraj Kapoor y a Manu. Estuvieron de acuerdo en que era un título *dhansu* que atraería a las masas y a las clases.

—Ahora vamos a toda velocidad, bhai —dijo Manu—. Como dice tu título, explotaremos internacionalmente.

Y no sabía qué razón tenía. Con aquellas chicas, iba a toda velocidad. Con todas ellas era capaz, competente y estaba seguro de mí mismo y más. Eran demasiado jóvenes e inexpertas para fingir sus reacciones. Su goce era tan real como su dolor. No me cabía duda, estaba muy seguro.

Pero también estaba seguro de que mi propio goce se había reducido a la mitad. Las sensaciones que me subían zumbando por la columna eran de alto voltaje como siempre, y el murmullo que se producía en mi mente al ver a una hermosa novata bengali lamiéndome con torpeza la lauda era todavía acalorado, todavía alto. Pero en algún lugar de este circuito entre la zona alta y la zona baja, entre la cabeza y la entrepierna, faltaba una conexión, y esa fisura quebraba la corriente y la amortiguaba. Sentía la excitación, pero a gran distancia. Por supuesto que entendía por qué era así. Era Ganesh Gaitonde, y había vivido suficiente y visto suficiente del mundo como para comprenderlo un poco, y comprenderme a mí mismo todavía más. Sabía por qué podía mostrarme seguro y fuerte con esas chicas: eran triviales, no me importaban nada, ni me importaba lo que sentían. Cuando me tiraba a la bengalí por la noche, cuando la doblaba como un arco sobre el enrejado del barco, el agua se precipitaba contra la proa y los vientos hacían correr las nubes encima de nuestras cabezas, y yo me aceleraba dentro de ella pero mi corazón estaba quieto. No se movía.

Zoya me sacudía, me hacía estremecer directo al éxtasis. Cuando estaba con ella, me traspasaba una agitación constante, una vibración, una fricción, un calor que eran tanto goce como dolor. Cuando estaba lejos de ella, esta conmoción amainaba, pero nunca se desvanecía del todo. Zoya me había llenado de inquietud, y la odiaba por ello. Y la quería. Lo admitía, tenía que admitirlo ante mí mismo: estaba enamorado de ella. Era vergonzoso que hubiese caído en la trampa misma contra la que advertía a mis hombres, pero no podía negarlo. Existía esa palabra «amor», y entonces entendí qué significaba. De repente no quería pasar con el avance rápido todas aquellas canciones de amor en las películas. En aquel momento, quería elevarme durante cuatro minutos y medio con *Ke kitni muhabbat hai tumse, to paas aake to dekho*. En mi camarote cantaba con:

*Abhi na jao chhod kar, ke dil abhi bhara nahin  
Abhi abhi to aai ho, bahar ban kar chayi ho.  
hawa zara mahak to le, nazar zana bahak to le  
Ye shaam dhal to le zara, ye dil sambhal to le zara...*

*Maini thodi der jee to loon, nashe ke ghoont pee to loon  
abhi to kucch kaha nahin, abhi to kucch suna nahin  
Abhi na jao...*

Los chicos se dieron cuenta de mi nuevo afecto por la música sentimental de derretirse, y hacían pequeñas bromas sobre ello. Me reí con ellas, con ellos, pero no les conté nada. No podía contárselo a nadie, la mera idea de revelar mi amor me hacía ruborizarme y sentir un hormigueo como si tuviese fiebre, como si fuese un niño pequeño atrapado por el repentino destello de luz de una puerta al abrirse. Guardé bajo llave mi amor en un búnker, lo oculté y lo mantuve seguro. No se lo dije a los chicos, no se lo dije a Gurú-ji, no se lo dije a Jojo. Ni siquiera se lo dije a Zoya. Solo le regalé diamantes, un coche nuevo, y le mandé envíos regulares de dinero.

Estoy seguro de que ella lo entendió. Hablábamos todos los días, incluso cuando la locura del doblaje y las sesiones de fotos y entrevistas para el preestreno la llevaban de un extremo a otro de Bombay. La seguía con el móvil Nokia último modelo rosa especial que le regalé, que por supuesto utilizaba solo para hablar conmigo. Por aquel teléfono me llamaba «Bill», y me contaba las historias del día, y sus reuniones con editores de revistas y productores, y su entusiasmo por el futuro. La escuchaba, y le daba consejo, y soñaba con ella. En aquellos días, justo antes del estreno, todo parecía posible. Incluso una lauda más grande.

Quería tanto a Zoya que estaba decidido a ser más grande por ella. En Bangkok podría haber comprado un pene de tigre, y machacarlo y meterlo en unas pastillas que me prometían potencia y resistencia. Pero hacía tiempo que había superado esas supersticiones. Ya sabía cómo cuidar la potencia y la resistencia: tomaba comida con poco aceite, hacía ejercicio todos los días, tenía una bicicleta estática nueva instalada junto a la sala de máquinas, de forma que podía hacer una sesión de ejercicios aeróbicos de forma rigurosa. No, todo lo que necesitaba era tamaño. Y en esta época de investigación y desarrollo, podía expandirme científicamente. Para entonces me desenvolvía con más fluidez en mi manejo del ordenador, y podía navegar con un buscador. Les dije a los chicos que no quería que se me molestase, cerré la puerta, y busqué. Tuve problemas con el lenguaje, al principio. Al teclear «lauda» encontré la web de una línea aérea que se llamaba exactamente así, y la web de algún conductor de coches de carreras, y otra sobre una droga llamada «láudano». Estúpido bastardo, le dije a la media cara que podía ver en la pantalla, tienes que usar el inglés, claro. Lo sabía en inglés, lo sabía por las películas porno que los chicos traían a bordo, por las acrobacias enmarañadas de aquellas imágenes, por los primeros planos. Tecleé «polla grande». Entonces conseguí listas de docenas de webs con imágenes de laudas enormes de todos los colores. No quería eso. 1 uve que luchar durante unos pocos minutos, hasta que recordé «pene», por un artículo en el *Times of India* sobre los elefantes y sus hábitos de apareamiento. Probé con «tamaño del pene», que me

ofreció encuestas sobre el tamaño medio de los penes, pero también, al final de la página, <http://www.100percentpenisenlargement.com> y <http://www.big-penis-enlargement-size.com> y <http://www.better-penis.info>. Mucho mejor.

Así que leí y aprendí y pensé, tardé muchos días en tomar una decisión. No era una decisión trivial. Estaba tratando de hacer crecer y estructurar mi futuro y a mí mismo. Estaba tratando de anclar mi amor, hacer feliz a mi amada, más feliz. Estudié, y pensé. Aprendí la fisiología del pene. Los dibujos en corte transversal me mostraron los mecanismos que había debajo de la superficie, la ramificación de tubos de sangre que hacían que se levantase y se volviese fuerte. Muy pronto, descarté el uso de artilugios para bombear el pene porque de forma obvia eran dañinas para los capilares, causando desgarrones diminutos en el tejido a medida que el pene se dilataba en el vacío. Las pesas, pensé, funcionarían. Cuelga suficientes pesas de un tejido y se alargará, eso era bastante evidente. Había visto, en casa, a mujeres tribales con lóbulos de las orejas extendidos por los pendientes que llevaban. Pero las orejas alargadas siempre me habían parecido espantosas. Un pene alargado podría ser más largo, pero sería más delgado, como un trozo de goma estirado hasta perder la forma. No, no era admisible. Quería longitud, pero también quería circunferencia. Tenía que ser duro como el acero, un aparato infatigable y de líneas elegantes que Zoya amase.

Y entonces encontré al doctor Reines. Una semana después de empezar a abrirse paso entre los matorrales de webs sobre el pene, encontré <http://www.scientificpenis.com>. El nombre en sí era atractivo, y entré en el enlace de inmediato. Cuando vi la página, me impresionó su sencillez. No tenía ninguno de los colores chabacanos de las otras webs, ni fogonazos de letras enormes en verde y rojo que hacían grandes afirmaciones. No, era simplemente limpia, letra negra uniforme sobre fondo blanco. Toda la web era moderada y pulcra, era limpia. Había una sobriedad en la página, y en el enfoque del doctor Reines en conjunto, que derivaba del hecho de que fuese médico. Como explicaba en la web, llevaba a cabo su práctica médica habitual en California. Sus técnicas para el alargamiento se habían desarrollado a lo largo de años de investigación y experiencia, y se basaban en una comprensión científica profunda del funcionamiento del cuerpo humano. Y todo esto se ofrecía con discreción en Internet por el módico precio de 49,99 dólares. Una sencilla operación con la tarjeta de crédito permitiría que el usuario accediese a las páginas de acceso restringido que contenían el Método Reines, y haría que comenzase el viaje hacia la automejora por parte de quien la buscaba.

Tenía seis tarjetas de crédito, todas con nombres diferentes. ¿Y qué eran 49,99 buenos dólares norteamericanos por aquel conocimiento? Utilicé mi Visa Platino, con el nombre de Jerry Gallant, que era un alias que tenía su base en un apartado de correos belga. Y dos minutos más tarde, tras teclear, tuve acceso. Leí por encima los diagramas multicolores, y los consejos sobre disfunción hormonal y nutrición. No estaba enfermo, y mi consumo de proteínas era equilibrado. Solo quería tamaño. Ahí

estaba el secreto: bombear más sangre en las arterias del pene. Y eso se lograba con un programa de ejercicios diarios, primero la aplicación de una compresa caliente, una toalla empapada en agua caliente y después colocada alrededor del pene. Y luego el ejercicio principal, que era un movimiento como el de ordeñar, formando un anillo con el pulgar y el índice, desde la base del pene ligeramente lubricado hasta la cabeza. Lo probé en aquel mismo momento, delante del ordenador, el ordeño quiero decir, no lo de la toalla caliente. Sí, era cierto, si deslizabas el anillo formado por los dedos a lo largo de todo el pene semierecto, podías ver cómo empujabas la sangre hacia la cabeza. También había otros ejercicios, uno de estiramiento para favorecer la longitud, y uno en el interior de la pelvis, para la resistencia. Podía ver el sentido de la rutina, la base que subyacía a ella, la lógica de las secuencias. Claro que podías ejercitar el pene como ejercitabas cualquier otro músculo de tu cuerpo, y hacerlo fuerte y grande. El genio del doctor Reines era que te daba un sistema. Imprimí los gráficos que te permitían seguir la pista de tu progreso diario, todo el proceso hasta llegar a la sección «Avanzada» al cabo de seis meses y varios centímetros añadidos. Comencé aquella misma tarde.

I ras cuarenta y siete días de ejercicio regular y continuo con el pene, detecté un crecimiento de centímetro y medio. Zoya vino a visitarme a Singapur cuatro días antes del estreno de *International Dhamaka*. Era necesariamente una visita relámpago, llegó un jueves por la mañana y se marchó aquella misma tarde. Ahora resultaba imposible mantener en secreto su visita a la ciudad, desde que las azafatas de vuelo sabían quién era, y las niñas pequeñas iban a la cabina de primera clase para pedirle autógrafos. Así que la historia oficial era que venía para hacer algunas compras antes de la *première*, para recoger algunas joyas y vestidos. La alojamos en el Ritz-Carlton y la hicimos bajar por un ascensor privado hasta una limusina que la estaba esperando. Me llamó desde el coche:

—Voy de camino, saab.

Era respetuosa como siempre, igual de cuidadosa con mi tiempo y sentimientos. Por mi parte, estaba nervioso. Me había puesto un traje negro nuevo de Armani, y una camisa dorada hecha a medida. Tenía los zapatos brillantes, y las uñas relucientes tras la manicura. Me senté en un sillón cómodo de cara a la puerta, para nada cómodo. Bebí de un vaso de Evian, y era ridículo, lo sabía. La oí subir las escaleras. Me puse de pie. La puerta se abrió, entró, lanzando su abrigo con capucha, agitando hacia atrás una oleada de pelo. Alcancé a ver de forma escueta unos pantalones color beige y un pequeño top, y después corrió hacia mí. En el apretón de su abrazo, en el bálsamo de sus pechos, todas mis dudas se desvanecieron.

—Te he echado de menos —dijo—. Te he echado mucho de menos.

Y esta era la chica a la que Jojo llamaba Jirafa Egoísta. Me besó el cuello, volvió a mis labios y después bajó hasta el pecho. Con un suspiro interminable se puso de

rodillas, y me acarició la cremallera, con los brazos todavía por encima de mis hombros. Le puse una mano en la frente y le levanté la cara hacia mí.

—No, espera.

be preocupó, me miró como una niña a quien han reprendido. Ese era nuestro ritual habitual en el primer momento, esa primera mamada frenética. Me encantaba ver cómo abría la boca para mí. Pero aquel día sujeté su barbilla con delicadeza.

—Lo haremos, lo haremos —seguí—. En dos minutos. Pero primero quiero oír qué ha estado pasando.

Saltó para ponerse de pie, riendo y feliz. Nos sentamos en el sillón, ella reposó la espalda y extendió las piernas sobre los brazos del sillón y encima de mi regazo, y me rodeó con los brazos y me lo contó todo. En lugar de dos minutos estuvimos dos horas. Me contó los problemas del rodaje, el lago artificial que se suponía que era Suiza, que empezó a apestar porque los bastardos de iluminación no dejaban de mearse en él. Después estaba el hermoso caballo blanco que aguantó ocho tomas en completa calma, era un caballo filmi desde hacía mucho tiempo. Luego, en el descanso para montar la iluminación antes de la novena toma, un electricista arrastró un cable de la luz por el césped, y al caballo blanco le entró el pánico, y dio sacudidas, y retrocedió hasta un precipicio y cayó nueve metros. Tuvieron que dispararle. Con un revólver de verdad.

—Es un asunto peligroso, eso de rodar —comenté.

—Y cansado. Y tan lento, tan largo, saab —contestó Zoya—. Me siento como si hubiera estado haciendo esta película desde siempre. Pero ha sido muy divertido. Hay cada ejemplar en el equipo...

Entonces se puso de pie e imitó a Dheeraj Kapoor exhortando al director de fotografía a que se diera más prisa con la iluminación.

—Por favor, señor, ya estamos un treinta y cuatro por ciento por encima del presupuesto, y quedan treinta días.

Lo captaba con exactitud, su forma de caminar panzuda y su efusividad panjabí, su forma delicada de sostener un cigarrillo con el dedo corazón y el pulgar, e incluso la brevedad de su labio superior, lo que le daba el aspecto de un perro ligeramente feroz. Cobraba vida cuando actuaba, mi Zoya. Cuando era Dheeraj Kapoor, no había nada de aquella distancia que por lo general separaba a Zoya Mirza del mundo exterior y de quienes vivíamos en él. No estaba al fondo detrás del brillo negro de sus ojos, inalcanzable. Estaba allí, en las superficies sedosas de sus antebrazos, en el modo de andar amplio y tranquilo del productor. Su vida centelleaba y soltaba chispas, aquí, aquí, para mí. Me reí y la estiré hacia abajo para ponerla sobre mi regazo, hasta que se levantó para hacer de otra persona. Podía interpretar a un Manu Tewari perfecto. Me hizo ver su barba cuadrada, comunista, la forma en que la toqueteaba cuando intentaba aparentar estar pensativo de modo imponente. No sé bien cómo, pero me hizo sentir su seriedad trabajando, su mente como un escalpelo que disecciona el cabello, su creencia entusiasta en los cuentos de hadas sobre el

futuro. Supongo que eso es lo que debía hacer una gran actriz. Hace que quieras creer, así que lo haces.

Cuando finalmente la llevé a la cama, no tenía dudas. Estaba completo. En nuestra conversación, en la risa que había discurrido entre nosotros, encontré de nuevo mi fuerza. Entré en ella cuatro veces aquel día, y ella se entregó a mí. No desconfié de su placer, ni del mío. Fue todo uno. Y mi pene estuvo heroico. No le señalé su crecimiento, no fue necesario. Sus gemidos de placer fueron toda la prueba que necesitaba.

*International Dhamaka* fracasó estrepitosamente. Después de toda aquella publicidad, después de todo el dinero que metimos en los vídeos MTV de las canciones y vallas publicitarias gigantescas y fiambreras *Dhamaka* de plástico rojo brillante, nadie fue a verla. El primer día, las recaudaciones fueron del seis por ciento en Bombay, y más bajas fuera. Los críticos fueron muy crueles con la película, pero eso lo esperábamos a medias, y a nadie de la industria del cine le importaba de verdad lo que los críticos tuvieran que decir si la gente iba. Si el público pagaba por las entradas. Pero, a mediados de la segunda semana, las ventas de entradas eran inferiores al cuarenta por ciento a escala nacional. Los mercados extranjeros, donde esperábamos que la película fuese un éxito a toda velocidad, solo nos trataron ligeramente mejor. Los *NRI* maderchod tampoco fueron a verla. Me pasaba día y noche al teléfono con Dheeraj Kapoor, pusimos nuevas vallas publicitarias en los metros, incrementamos la frecuencia de los anuncios de televisión, con títulos añadidos que invitaban al público a ver el «Superéxito *International Dhamaka*». Les dijimos que fuesen parte de la magia. Les tentamos a ver el mundo.

Pero los gaandus no fueron. Cortamos siete escenas, recortamos otras catorce y rodamos una canción nueva, no con una sino con tres top models apenas vestidas con biquinis fluorescentes y algo de gasa. Pusimos esta canción en los cines de Bombay y Delhi un récord de trece días, pero aun así el público bastardo no fue. A finales de la tercera semana, los periódicos del negocio colocaban sin temor y de forma unánime a *International Dhamaka* en la lista de fracasos. No podía negarlo. Fue un fracaso.

Hasta ese momento, Dheeraj Kapoor había recomendado paciencia, fe, resistencia. Me contó historias de cómo G. P. Sippy mantuvo *Sholay* en los cines durante un mes, mientras la industria se burlaba de él, mientras perdía dinero. Finalmente, el boca a boca sobre Gabbar Singh influyó, y la audiencia acudió a montones a los cines, y mantuvo *Sholay* en cartelera durante cinco años seguidos y enormemente rentables. Pero en aquel momento, incluso Dheeraj Kapoor admitió que *International Dhamaka* era un fracaso. Era su película tanto como la mía, pero en aquella cuarta semana la dejó marchar.

—No más, bhai —me dijo por teléfono una noche tarde—. Ya has gastado demasiado. Tenemos que aceptarlo. Tenemos que adaptarnos.

Así que dejé que la retirasen de los cines. Tuve que enfrentarme a la verdad: *International Dhamaka* era un fracaso. No podía poner una pistola en la cabeza del público y hacer que se sentase en los cines, así que *International Dhamaka* fue un fracaso. Pero era una buena película. La había visto tan a menudo que pensaba que apenas podría volver a ver lo que estaba en pantalla, estaba muy inmerso en los detalles del encuadre y el sonido y el ritmo. En aquel momento la volví a ver. Sí, era una buena película. No podías dudarlo. Tenía acción, amor, patriotismo y canciones inolvidables. Era bella y perfecta. De modo que, ¿por qué la habían rechazado? ¿Por qué el público acudía en tropel a ver *Tera Mera Pyaar*, que era absurda, una pequeña pieza mal rodada sobre basura romántica de chico-pierde-chica-y-llora-y-llora, hecha con tres crores y actores desconocidos?

—No podemos saberlo —contestó Dheeraj Kapoor—. Nunca lo puedes saber, bhai. Los espectadores son unos bastardos. Cada chutiya de la industria te dará ahora treinta y seis razones por las cuales nuestra película no ha funcionado, pero durante los pases previos a todos les encantaba. Todos los análisis después de que una película se estrene son inútiles. No puedes predecir el futuro. Y en realidad no puedes hablar del pasado. No lo podemos saber.

Yo quería saber, tenía que saber. Le pregunté a Gurú-ji. Estaba en Sudáfrica en aquel momento, dando una serie de conferencias, pero hizo un hueco para llamarme. Sabía que tenía problemas, sabía lo triste y desamparado que estaba. Entendió que nunca había estado así de desamparado, así que cuidó de mí. Fue más que un padre, fue maternal. Yo sabía que él había sido incapaz de ver el futuro de esta película, pero le pedí que mirase en su pasado.

—Lo tenía todo, Gurú-ji —le dije—. Tenía todos los elementos que busca un espectador. Así que, ¿por qué no ha funcionado?

—¿Quieres un motivo?

—Sí, quiero un motivo, Gurú-ji.

—Ese es el problema, que quieres un motivo.

—Pero, Gurú-ji, eres tú quien no deja de decirme que el mundo no es caos. Ayer diste una conferencia ante siete mil personas sobre los ciclos del tiempo, y cómo nos estamos moviendo sin cesar hacia una nueva era.

—¿Dije eso?

Había puesto aquella sonrisa amplia, podía notarlo, aquel destello en su mirada que simplemente se tragaba tu confusión.

—Sí, dijiste eso. Leí tu conferencia en la web. Dijiste que lo que hacemos tiene un propósito.

—Sí dije eso, beta. El fallo está en tu pregunta. Cuando pides un motivo.

Me detuve, pensé. Todavía no podía captar hacia dónde me estaba llevando.

—No lo entiendo, Gurú-ji. Por favor, explícamelo.

—Has pedido un motivo, un solo motivo. Pero hay cientos de motivos, miles. No hay una única causa inmediata. Hay muchas. Todos esos motivos se encuentran unos

con otros y se entrecruzan unos con otros, y fluyen hacia delante al servicio del gran propósito. Y estás de pie en el cruce de miles de razones, y pides una.

—De modo que tal vez la razón no está en la película en absoluto.

—Sí. Tal vez este tiempo necesitaba algo más. Quizá el flujo se movía en cierta dirección cuando se estrenó tu película.

—¿Lo hacía? ¿Lo hacía?

Mi mente era demasiado pequeña para ver esta mezcla de velocidades, para abarcarlo todo sin romperse como una bolsa de papel repleta. Pero era Gurú-ji, y necesitaba esto de él. Él podía verlo todo, y quería que me diese algo de fe en este flujo que me zarandeaba.

—Por favor, Gurú-ji. Cuéntame.

—Sí, Ganesh —contestó—. Había muchas razones que no tenían nada que ver con la película en sí. Contaste la verdad, pero ahora mismo el público se reconforta con el amor juvenil. Despertarán a tu verdad, pero no ahora. Y, Ganesh, ¿por qué te preocupas solo por los motivos? Hay muchos propósitos. Atraer al público para que vaya al cine y ganar dinero solo existe como propósito en sentido inmediato. Tu película encontrará su dharma en el futuro lejano, en la red de consecuencias que crecen desde su estreno. Has tenido éxito, solo que todavía no lo sabes.

Podía ver la red de acción y propósito y efecto de la que hablaba, o al menos su espíritu pálido. Era Gurú-ji, podía ver esta historia inmensa que era mucho más grande que mi historia, había ido más allá de las limitaciones que yo tenía, dentro de las cuales escribió Manu Tewari. Creímos que un protagonista veía su objetivo en el primer acto, y a sus enemigos, y de esa forma su búsqueda continuó en un arco precioso hacia el clímax, y hacia su triunfo. Lo creímos porque a este protagonista no le daba miedo nada y era fuerte, ganaría su premio en el rollo dieciocho. Pero en aquel momento vi que no podíamos saber nuestros motivos, ni nuestros efectos. Solo los iluminados sabían cuál era aquella historia. Solo Gurú-ji podía hacer añicos la prisión del tiempo, y mirar directamente a la confusión resplandeciente de la creación.

—Gurú-ji, es bueno que me digas esto —respondí—. Pensaba que había fracasado.

—No has fracasado —replicó—. Ten fe, y haz tu trabajo.

Lo intenté. Seguí con la meditación, y los ejercicios, y me enfrasqué en el trabajo, que era mucho. Desarrollé tres operaciones para Kulkarni, y por supuesto encontré la forma de terminar con unos pocos enemigos personales míos en la sangría secundaria que siguió. Resultó agradable. Pero estaba trastornado. Tenía suficiente disciplina como para mantener mi rutina, pero no la disfrutaba. Zoya, por otro lado, me llamaba un día sí y otro no con relatos exuberantes de sus triunfos como actriz en varias actuaciones. Firmó seis películas que tuvieron una publicidad de primera, tres de ellas después de que *International Dhamaka* se estrenase y fuese declarada un fracaso. De todos nosotros, ella fue la única que salió ilesa del desastre. De hecho, era más fuerte,



más hermosa que nunca, y salía en televisión cada media hora. La industria y el público de alguna manera habían decidido que ella no era responsable de la *Dhamaka* saturada de nuestra película, de modo que prosperó. Mientras tanto, mi aumento de centímetro y medio había decaído una cuarta parte, incluso aquella ligera ventaja dependía de cómo sostuviese la regla contra mi lauda. A veces, muy tarde por la noche, me encontraba pensando que de alguna manera antes me había engañado a mí mismo al creer que había aumentado, que el doctor Reines me había ayudado con su ciencia. Y después el abismo blanco de la desesperación me hacía señales tentadoras. Pero no, perseveraré. Recordé a Gurú-ji y continué. Y, sin embargo, estaba desanimado. A veces me despertaba temprano por la mañana y abría cierto archivador negro y repasaba las críticas que nos habían hecho. Los periódicos en hindi y gujarati habían sido los más entusiastas en torno a *International Dhamaka*, y las revistas panjabies solo un poco menos. A *Dainik Samachar* le había encantado la música, y dijo que «El debut de Zoya es el más prometedor en años». Pero, sin excepción alguna, los periódicos y revistas en inglés habían sido inclementes con nosotros. *Times of India*, *Indian Express*, *Outlook*, todos bastardos. Había guardado también las malas críticas, y a veces me veía obligado a leerlas, incluso las inglesas de tono esnob. «*International Dhamaka* es demasiado chillona, demasiado larga y demasiado estúpida para causar ninguna dhamaka», escribió la crítica de *India Today*. Kutiya, randi. «Todas las acrobacias internacionales y el patriotismo vacío se suman al aburrimiento». Eso dijo *Outlook*. Bastardos.

Había uno que me inquietaba como un insecto hurgando bajo la piel, como una mota de carbón en el ojo inyectado en sangre. Se llamaba Ranjan Chatterjee, y escribía para *The National Observer*, había escrito críticas de cine semanalmente durante treinta y dos años. En las revistas siempre le describían como «el veterano crítico de cine Ranjan Chatterjee», y vertió su frustración y furia acumulada sobre nosotros. «Uno se tambalea ante tal despreocupación arrogante —escribió—. Uno se queda aterrorizado». Tuve que hacer que Manu Tewari me explicase quién era ese «uno», y por qué Ranjan Chatterjee escribía sobre ese número incorpóreo.

—Olvida a ese maderchod, bhai —me recomendó Manu Tewari—. Es un viejo budhau amargado, nadie le lee ya.

Lo hice, sin embargo. Lo leí hasta el final, y luego volví a leerlo, meses más tarde. Y después otra vez. «*International Dhamaka* estira al máximo la credulidad de uno, incluso más que la película de Bollywood habitual —escribió—. Es una sarta de aburridos tópicos cinematográficos enhebrados juntos. Esos bhais viven en un lujo dorado irreal y vuelan por el mundo como si cogiesen el tren matutino a Nashik. Son más hábiles que James Bond y más sofisticados que Casanova. Hace tiempo que uno ha abandonado la esperanza de que el cine comercial se preocupe por el realismo. Pero la superficial y satinada *International Dhamaka* hace que uno se pregunte si los cineastas han conocido alguna vez a un gángster de verdad».

Me encontré pensando en este Ranjan Chatterjee durante las reuniones, y por las

mañanas me despertaba agitado de un sueño frágil con su «uno» traqueteando por mi cabeza. Tenía que hacer algo con él. De modo que di instrucciones. El viejo chutiya arrugado vivía en Bandra East, en un bloque de pisos que el gobierno había construido para periodistas y escritores. La misma tarde que di las órdenes —era un viernes— Ranjan Chatterjee llegaba a casa después del primer pase del primer día de una película, tras una cena posterior pagada por los productores, que confiaban en aplacarle. Caminaba deprisa, subiendo desde el garaje hacia el ascensor. No cabía duda de que el bastardo estaba ansioso por llegar a su piso y juntar una pequeña guirnalda venenosa de insultos para la película que acababa de ver, para darle una bofetada a todo un equipo de ciento cincuenta personas con sus improperios el domingo por la mañana. Tenía ese brío en su forma de caminar, el vejete. Pero nunca llegó a su máquina de escribir: Bunty y cuatro de sus chicos esperaban en la esquina del edificio. Pusieron una mano debajo de cada brazo de Ranjan Chatterjee y lo llevaron detrás del complejo residencial. Él daba pequeños chillidos. Lo pusieron de pie contra la pared, y después le rompieron las dos piernas. Empuñaron esas barras que utilizan quienes hacen obras en la carretera para arrancar y levantar trozos de cemento. Cuando el primer golpe seco aterrizó sobre su muslo derecho, Ranjan Chatterjee se sacudió y cayó al suelo y comenzó a gritar. Las ventanas que había arriba en ese lado del edificio se encendieron, y los chowkidars acudieron corriendo tras doblar la esquina, y pararon en seco tan pronto como vieron que se sacaba una pistola. Después de que su otra pierna se llevara un golpe, Ranjan Chatterjee gritó un poco más, gritó bastante como para despertar a todo el complejo residencial. Bunty esperó a que parase.

Finalmente se acomodó en un sollozo húmedo y baboso, y Bunty le dio unas palmadas suaves en la mejilla.

—Hola —dijo Bunty—. Arre, escúchame. Escucha.

Ranjan Chatterjee levantó la cabeza y empezó a vomitar. Bunty se apartó estremeciéndose de asco, y después se agachó y agarró un puñado de pelo y levantó la cabeza del bastardo.

—¿Duele? —preguntó Bunty—. Dime, ¿duele?

Ranjan Chatterjee parpadeó con sus ojos acuosos, bien abiertos, y al final fue capaz de ubicar a Bunty. Comenzó a gemir, a hacer un sonido leve como el de un gatito solitario.

—Sí —contestó—. Ah, ah, ah. Sí, duele.

—Bien —respondió Bunty—. Entonces sabes que esto es real. Y que has conocido a un bhai de verdad.

Golpeó hacia abajo la cabeza de Ranjan Chatterjee, y se apartó. Él y los chicos se metieron en el coche que estaba esperando, y se marcharon, sin problema, sin alboroto. En el coche todos cantaron el tema de *International Dhamaka*: «*Rehne do, yaaron, main door ja raha hoon*». Sé todo esto porque uno de los chicos lo filmó todo, grabándolo con una pequeña cámara digital Canon que tenía un foco integrado.

Incluso con aquella luz fuerte, el detalle que captaba la Canon era sorprendente, y la resolución no se parecía a nada que hubiese visto antes en vídeo. Pude ver los mocos que se deslizaron de la nariz de Ranjan Chatterjee, y sus pupilas diminutas. Me llevaron la cinta a la tarde siguiente, se entregó en mano en Bangkok y de ahí fue hasta Phuket. Aquella primera tarde la vi catorce veces, y después me tiré a una chica china, y aquella noche dormí de manera profunda, prolongada y fuerte. Estaba relajado, había expulsado a Ranjan Chatterjee de mi organismo. Sí, quizá la vida tenía un orden superior que solo podían ver los iluminados. Quizá las historias que contábamos nosotros, los comunes de los mortales, solo eran mentiras pequeñas, explicaciones convenientes para lo que no podíamos entender. Pero, aun así, romper las piernas de Ranjan Chatterjee me dio lo que Manu Tewari habría llamado un «cierre». Lo hice, y me sentí mejor, la historia había terminado. Por fin me sentía libre de *International Dhamaka*, y podía seguir con mi vida.

Me hundí en el sueño como un submarinista en lo profundo del mar buscando aguas tranquilas bajo una tormenta. Todas las noches dormía mucho, y me despertaba y luego volvía a dormirme. Habían pasado tres meses, y había vuelto a mi rutina de ejercicio y trabajo. Gané dinero, debatí sobre información y tácticas con Kulkarni, hablé con Gurú-ji y Jojo, y volé dos veces a Singapur para reunirme con Zoya. Y también dormí mucho. Me di cuenta de que necesitaba nueve horas cada noche en lugar de mis seis horas habituales, y también hacía siestas por el día. Me echaba en los sotas, y me retiraba a mi habitación después de comer. Una vez, en medio de una sesión para navegar por Internet, incluso me tumbé bajo el escritorio para echar una cabezada rápida de un cuarto de hora. Simplemente necesitaba dormir.

Jojo dijo que estaba deprimido, y Gurú-ji que tan solo estaba exhausto por la tensión y el estrés añadido por año y medio de rodaje. Tanto si era desesperación o ansiedad o cualquier otra cosa, dormí. Aquella tarde de septiembre, me quedé dormido en cubierta, en el sillón colocado para mí en la proa del barco. Estábamos anclados en las afueras de Ko Samui. Estaba leyendo algunas hojas de cálculo, y entonces me quedé dormido. En mi sueño sabía que estaba durmiendo. Sabía que estaba en el *Casualidad afortunada*, que estaba flotando sobre aguas tranquilas, que el cielo se desvanecía de mí y se adentraba en la oscuridad. Estaba dormido pero no relajado en el sueño. Quería descanso pero no podía encontrarlo.

Después Arvind me dio palmaditas para despertarme.

—Bhai —dijo—. Ven. Tienes que ver esto.

—¿Qué?

—En televisión, bhai. Es increíble.

—Gaandu, ¿me despiertas para ver un programa de televisión? ¿Qué hora es?

Había llegado ya hasta la mitad de la popa, y se trataba del siempre respetuoso Arvind. Debía de haber algo verdaderamente asombroso en televisión, pensé.

—Faltan pocos minutos para las ocho en punto, bhai —contestó, y se apresuró hacia la puerta del camarote principal.

Me levanté de un tirón y le seguí, mareado y tambaleante, en una especie de trastorno temporal. Me sentía desquiciado del día a la noche. La tarde me parecía irreal, aunque podía notar la madera deslizándose bajo mi mano.

En televisión había un edificio en llamas. Se veían los edificios de una ciudad perfilados contra el horizonte, y un edificio ardía. Me senté.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Nueva York, bhai —contestó Arvind.

Estaba sentado en el borde de una silla, agachado hacia delante. Los otros estaban aglomerados en la habitación. Una voz en tailandés hablaba con excitación sobre las imágenes.

—¿Una película?

—No, bhai. Es real. Un avión se ha estrellado contra el edificio.

Parecía una película, pensé. Una de esas grandes películas norteamericanas de desastre-y-aventura-y-terrorismo.

—¿Un accidente? —pregunté.

Arvind no lo sabía, levantó las manos.

—Pon un canal en inglés —pedí.

Me bullía la sangre.

Todos los canales que encontramos ponían las mismas imágenes, de la torre ardiendo y su gemela. Después encontramos un canal de Hong Kong que sacaba material de la Fox por satélite. «La Torre Norte sigue ardiendo», comentó el periodista. Entonces otra figura plateada y esbelta entró por la derecha de la cámara. Estaba de pie, sin aliento. El avión desapareció detrás del rascacielos en llamas, y una aguda lengua emergió de la otra torre. Todos en silencio.

Nos quedamos callados. Entonces supe qué era aquello. Simplemente lo supe.

—No es un accidente —solté—. Esto es el terror.

Estuve delante del televisor hasta las tres de la madrugada. Hice que me llevaran comida, y que los chicos subieran el volumen cuando iba al baño, que utilicé con la puerta abierta. Miré hasta que ya no pude mantener los ojos abiertos. Entonces les dije a los chicos que se quedasen despiertos haciendo relevos, y me llamasen si había más ataques o nuevas revelaciones.

En mi camarote, la soledad era insoportable. El agua golpeaba al barco, y lancé la ropa al quitármela y traté de respirar. ¿Por qué estaba tan agitado? Sí, probablemente había muerto mucha gente, pero la gente moría todos los días. Entonces, ¿qué era lo que me fustigaba en este frenesí de agitación? Los chicos y yo habíamos resuelto que el ataque había sido tramado por musulmanes, sí, quizá árabes. Pero ¿y qué? Sí, era una escalada, y ahora Estados Unidos atacaría con su fuerza gigantesca, y crearía más

enemigos, eso era imparable. No tenía respuestas, y necesitaba dormir. Me obligué a entrar en la ducha, y después me tumbé y me tomé una pastilla.

No dejé de caer en un sueño ligero de humo y polvo, respirando con dificultad para salir de él. Vi, una y otra vez, la línea certera que trazó el avión cuando iba al encuentro de la vertical elegante del edificio. Me puse de lado, intenté pensar en el trabajo, en mujeres, pero aquella figura no dejaba de volver. Sí, era el terror.

Me incorporé. ¿Dónde estaba Gurú-ji ahora? En algún lugar de Europa. Praga. Sí, podía llamarle. Cogí el teléfono.

Descolgó al primer tono.

—¿Ganesh? ¿Estás bien?

—Gurú-ji, ¿has visto hoy la televisión?

—Sí.

—Ha sido terrible.

—Sí.

—Quiero decir, esos bastardos estadounidenses actúan como si el mundo entero les perteneciese, alguien iba a darles un golpe antes o después. Pero aun así, ha sido...

—Sí ¿Ganesh?

Lo que quería preguntar me daba vueltas en la cabeza en mil fragmentos. Jugueteé con mi barbilla, me froté los ojos y traté de sacarlo todo.

—Dijiste que el mundo era bello.

—Sí.

—Que tenía un comienzo.

—Sí.

—Y eso significa... que tendrá un final.

—Debe tenerlo. Antes de poder nacer de nuevo.

De modo que las tensiones y luchas del mundo aumentarían, en un arco intensísimo, y luego seguiría una explosión apabullante, un punto culminante, y, después, nada. Había oído a la gente hablar sobre el fin del mundo antes, y había visto películas sobre muchos desastres, pero ninguno me había parecido real, nunca. Pero aquí estaba ese final, asentado en mi vientre, tan duro y pesado como un diamante. Era real.

—Sucederá —dije.

—Es inevitable. Por eso todas las grandes tradiciones religiosas hablan de la destrucción que debe venir. Pralay, qayamat, apocalipsis. Pero, Ganesh, no tengas miedo. Este miedo viene del pequeño ego que te atrapa. Eres infinitamente más grande que eso. Desde esa perspectiva más amplia, no es necesario tener miedo.

Sabía que lo decía para bien, pero no me sirvió de consuelo. Sí, tal vez podía pensar en mí mismo como uno ojo distante, desapasionado, cerniéndose muy alto por encima de la tierra sobre la que pisaba, leyendo —con deleite— todo lo que yacía más allá del conocimiento de mi cuerpo y por encima del horizonte, pero no podía

sentir eso. No. Le dije adiós a Gurú-ji y me tumbé, e imaginé la enorme red de acontecimientos que rebotaban y se arrastraban siempre hacia delante, siempre hacia el fuego y el agua, hacia la disolución, y se me secó la boca. Me recosté sobre un codo, alargué la mano para coger el agua. Cuando volví a dejar el vaso, hizo un pequeño tintineo contra el posavasos dorado, y ese toque me retumbó en la cabeza. Noté que me temblaban las manos. Todos los movimientos fluían juntos, toda acción conducía a la siguiente, y una onda se convertía en ola, y después en un torrente que pasaba a toda velocidad sobre el abismo inevitable. Quizá incluso aquel sonido diminuto del vaso nos había conducido un poquito más hacia el eco de la fatalidad. Dentro de mí retumbaba un sonido, tal vez mi pulso, o tal vez una resonancia producida por cualquier otra cosa, que contenía el principio y el final, el nacimiento y la vida y la muerte devoradora.

# INSERTO: CINCO FRAGMENTOS, DISPERSOS EN EL TIEMPO

I

Suryakant Trivedi se está bebiendo un capuchino en una cafetería cerca del Museo Británico. Lleva casi dos años en Gran Bretaña, y este es el único vicio vilayati que ha adquirido. No ha cedido a ninguna otra tentación o presión. Se viste exactamente como lo hacía en Meerut, con kurtas almidonadas y pajamas sobrios. En invierno a veces hace una concesión y lleva ropa interior térmica, que le manda desde Saint Louis su hijo, el que se había establecido en Estados Unidos. Su hijo mayor, con quien vive aquí en Hounslow, se preocupa por el hecho de que viaje en metro con esas ropas tan flagrantemente extranjeras, pero Trivedi sabe que ponerse alguna chaqueta elegante no va a hacer que parezca menos indio. Y si le atacan unos gamberros, bueno, no le dan miedo las heridas, ni la muerte. Gurú-ji le ha pedido que viva en Londres por un tiempo y que haga lo que es preciso hacer, y Trivedi se lo debe todo a Gurú-ji. Incluso aquí, viendo pasear a los turistas bajo el sol brillante de mayo, siente la presencia de Gurú-ji. Este apoyo constante no solo es un consuelo, sino la base sobre la que ha construido su vida entera. Solo alguien que haya tenido un gurú así puede entender cómo ese preceptor es tanto padre como madre y amigo, cómo simplemente el pensar en él allana los obstáculos y vence al miedo. Pero ahora mismo no hay miedo, el capuchino está muy caliente, justo como le gusta a Trivedi, y la espuma está deliciosa, un poco salpicada con moca. La saborea con la punta de la lengua, después deja que se arremoline hacia atrás. Se siente perezoso y contento, y se permite pensar en su esposa, que murió en 1987 de una insuficiencia cardíaca, que le dio muchos hijos y de repente se marchó. Con la ayuda de Gurú-ji fue capaz de mirar más allá de la ilusión de la muerte y la neblina de dolor que descendió, y ahora es capaz de pensar en su esposa solo con cariño y alegría.

De modo que Suryakant Trivedi está un tanto confuso y ausente cuando Milind entra. Milind tiene veintidós años, es guapo y tiene el rostro amplio y es alto. Saluda a Trivedi efusivamente, y deja en el suelo, entre ellos, una bolsa de gimnasia abultada.

—¿Todo tranquilo? —pregunta Trivedi.

—Sí, señor. Sin problemas.

Milind nació en Londres, y solo ha estado cinco veces en la India, nunca más de dos meses. Pero su hindi es ortodoxo e impecable. Procede de una antigua familia Jana Sanghi, su abuelo fue un eminente profesor de sánscrito en la Universidad

Hindú de Benarés. Ha crecido en un ambiente de aprendizaje y devoción, y es patriota de modo feroz. Conoce a Trivedi como líder del pequeño pero ferviente partido político Akhand Bharat, y cree que Trivedi está en Londres para ampliar la organización y extender el mensaje. Está muy dispuesto a hacer el trabajo clandestino que le asigna Trivedi. De verdad Milind está bastante encantado de recoger una bolsa de la consigna de equipajes de la estación de King's Cross, llevársela a Trivedi-ji con cuidado y rapidez, ser cuidadoso y atento.

Trivedi entiende todo esto, por eso se inventa peligros cuidadosamente calibrados para que Milind tenga miedo, e historias con las que estimularle. Le cuenta a Milind que la bolsa contiene documentos militares de cierto país del este de Europa, para pasárselos a sus propios contactos gubernamentales en casa. Trivedi también paga a Milind por las molestias en buenas libras británicas, y le compra algún regalo de tanto en tanto, un reloj, un bolígrafo medio caro.

—Tómate un cate —le dice hoy—. Está bueno.

En lugar de eso, Milind se bebe una Coca-Cola, y luego otra. Le han advertido que no hable nunca del trabajo mientras hacen el trabajo, así que habla de la política local. Trivedi no sigue las elecciones británicas, de modo que solo tiene una idea remota de lo que habla el chico, pero asiente y de vez en cuando hace comentarios, y deja que Milind siga hablando con entusiasmo. Se bebe otro capuchino, y saborea la ironía de lo que ha logrado —otra vez más— para Gurú-ji. La bolsa de gimnasia contiene dinero, diez lakhs en billetes de quinientas rupias. El origen de este dinero nuevecito, de dónde viene, es lo que hace que este triunfo sea particularmente intenso. Trivedi tiene tres enlaces entre él y la fuente. Está Milind, hay otro chico para las entregas que se llama Amir y finalmente hay un grupo musulmán clandestino y muy extremista que se llama Hizbuddeen. Crear Hizbuddeen fue idea de Gurú-ji. El nombre, sin embargo, se lo puso Trivedi. Lo cierto es que su urdu es bastante bueno, y el nombre se le ocurrió con facilidad: Hizbuddeen, el Ejército del Juicio Final. A Gurú-ji le encantó el nombre de inmediato, y elogió a Trivedi por su idea rápida, precisa. Una organización así debía tener, sí, un nombre como ese. Un grupo extremista islámico falso es esencial para los planes de futuro de Gurú-ji. Pero aceptar dinero a través del Hizbuddeen fue por completo una aportación de Trivedi. Después de todo, recaudar fondos es uno de los objetivos principales de un equipo así. De forma que, por supuesto, Hizbuddeen recaudó fondos para sus actividades, y cuando se enteraron de que los pakistaníes querían contribuir, la ironía fue con mucho una de las mejores recompensas por todo el trabajo de Trivedi a lo largo de los años. En la embajada pakistaní de Londres, hay un hombre llamado Shahid Khan que aparece como secretario general, que de modo bastante evidente es un agente del servicio de inteligencia. Hace ocho meses, este Shahid Khan inició contactos con Hizbuddeen, los cultivó, ofreció entrenamiento, recursos, dinero. Así que, a principios de esta semana, los pakistaníes dieron dinero a Hizbuddeen, que se lo dio a Amir, que lo dejó para que Milind lo recogiese, y que ahora tiene Trivedi. Y Trivedi



lo utilizará para abastecer las actividades de Gurú-ji. Pasará parte de ese dinero al Kalki Sena, que necesita mucho para armas, para el reclutamiento, para proveerse de recursos. Deben estar preparados para el último día. Trivedi piensa que el Kalki Sena es el brazo operativo de Akhand Bharat, y le gusta el hecho de que sea pequeño y veloz y esté bien armado. A veces, a pesar de su edad, no puede evitar pensar en sí mismo como una versión moderna de Shivaji o Rana Pratap. Trivedi da otro sorbo a su capuchino. Completamente delicioso.

—¿Cuándo nos vemos la semana que viene, Trivedi-ji? —pregunta Milind.

Normalmente era la primera pregunta de Milind después de haberse calmado de la tensión del trabajo del momento. Trivedi siempre contestaba de la misma forma:

—Todavía no lo sé. Me pondré en contacto.

El chico era útil, pero un tanto irritante. Si tuviese opción, a Trivedi le gustaría haber usado a alguien más tranquilo, y quizá más inteligente, pero trabajabas con lo que tenías a mano. Hace que Milind se vaya, le paga al camarero y carga con la bolsa de gimnasia. Pesa, satisfactoriamente. Los pakistaníes pagan bien a su gente. Cada mes su hombre se reúne con un representante de Hizbuddeen y entrega el dinero. Cada mes Trivedi recauda su aportación y se la manda a la gente de Gurú-ji. Cada mes experimenta estos momentos de satisfacción absoluta. Que los bastardos paguen por su derrota, que con seguridad sería final y contundente.

Trivedi camina por el lado del museo. Solo entró una vez, y nunca ha vuelto. Se quedó asombrado y consternado por los pasillos de espléndidos objetos robados que el Imperio británico había saqueado por todo el mundo y había puesto en este mausoleo para que los idiotas lo mirasen embobados. Le asqueaba pensar en la bandera británica ondeando sobre Delhi. Nunca más, se había dicho a sí mismo, y volvió a jurarlo. Trivedi ha aprendido el Gran Juego. Ahora sabe de enlaces y operaciones de bandera falsa, y ha apisonado su desagrado y se ha relacionado con hombres malos, hombres asquerosos. Ha compartido comidas con borrachos, ha estrechado la mano de criminales. Se ha hecho llamar Sharma y ha escuchado durante horas al malhablado e Ganesh Gaitonde y su banda de brutos, ha fingido reírse de sus bromas obscenas. Sí, Trivedi se ha rebajado y se ha ensuciado a sí mismo. Pero lo ha hecho todo por Gurú-ji, lo ha hecho por el futuro. Está haciendo lo que es preciso hacer. Ahora está cansado, le duelen los pies y nota su edad. Para cuando llegue a casa, también le dolerán los hombros. Tendrá un poco de miedo durante la última caminata a casa desde la estación al anochecer, cuando el cielo se vuelva de un azul grisáceo muy extranjero, y la responsabilidad que lleva sobre el hombro pese más que nunca, pero susurrará Gurú-ji, y seguirá caminando. Está seguro de sí mismo. Centra su pensamiento en el presente, para mantener el ritmo a paso ligero que ha practicado desde que conoció a Gurú-ji hace casi tres décadas. Pasa por el lado de una familia británica y le sonrío al niño pequeño que camina entre sus padres, agarrándoles de las manos. Es algo bueno ver la inocencia intachable de los niños, para él siempre ha sido una fuente de esperanza. Trivedi piensa en el dinero, y en lo que queda por

delante, y es feliz.

## II

Ram Pari friega una olla. Está en cuclillas en el patio de la casa de Bibi-ji, frente a la bomba de mano, restregando con ceniza la olla ennegrecida. Le gusta el derrape de su mano sobre el lado curvo del cacharro, pero los hombros le están empezando a dar punzadas de dolor que permanecerán hasta el final del día, hasta que se duerma. Se está haciendo muy vieja para este trabajo, pero ¿qué otro trabajo hay? Le pica la nariz, y se la rasca, sin mucho éxito, con la parte trasera del antebrazo. Está observando a Navneet, la hija de Bibi-ji, que está tumbada boca abajo en el baithak, escribiendo una carta. La chica está pensando en las musarañas, como de costumbre, y ha estado trabajando sobre el mismo pedazo de papel durante la última hora. Ram Pari sabe que le está escribiendo una carta a su prometido. Ram Pari piensa que la chica es una desvergonzada por hacer esto, y que sus padres son idiotas. Esa falta de rigor solo puede terminar en desastre. A Ram Pari le vienen a la memoria muchos escándalos, entre ricos y pobres, que prueban su argumento. Pero es inútil decirle nada a Bibi-ji, es una mujer terca y orgullosa que no admitirá ninguna crítica de quienes considera sus inferiores. Y, de todas formas, no hay motivo para que Ram Pari se preocupe, no es asunto suyo lo que haga esta gente. Se da cuenta de que ha dejado de frotar, y que en cualquier momento Bibi-ji oirá su pausa y saldrá y la criticará, así que se asienta hacia atrás y comienza a restregar de nuevo.

Navneet se incorpora, bosteza y después se levanta y cruza el patio. Va a la habitación que comparte con sus dos hermanas, y después sale, llevando sus chappals de salir a la calle. Debe de tener que irse a esa facultad otra vez. Ram Pari no sabe de qué sirve educar tanto a una chica, pero respeta la lectura y la escritura. Ella misma no puede hacer ninguna de las dos cosas, y sabe que es demasiado mayor para aprender. Pero sabe que los hombres que leen y escriben tienen una ventaja. Tiene su propia experiencia amarga para probarlo. Pero no quiere pensar en esos desastres, y en los errores de su marido analfabeto, así que susurra: «*Rabb mehar kare*» y bombea agua, y la salpicadura le llena los oídos.

Navneet está de pie cerca de ella.

—Ram Pari —dice distraídamente—, tu hija mayor es muy bonita. Cuando sea bastante mayor, deberías encontrar un chico guapo para ella.

Ram Pari siente que la irritación se le arremolina en la garganta. Esta imbécil presumida con su piel blanca cree que todo el mundo tiene tiempo para estar todo el día mirándose en el espejo, y pensar en *lafangas* guapos.

—Ya está casada —contesta de forma brusca.

—¿Qué, esa pequeña?

—No es tan pequeña. Se irá pronto a su sasural.

—¿Cuántos años tenía cuando se casó?

Ram Pari mueve la mano plana por el aire, por debajo de la altura de la bomba de agua.

—Entre nuestra gente es así.

Navneet se pone una mano sobre la boca y se sienta en el taburete que había cerca de la columna, que su padre usa cada mañana cuando se pone los zapatos.

—¿Y desde entonces nunca ha visto a su marido?

—No. ¿Por qué debería hacerlo?

Ram Pari dice eso y después tiene miedo de ser demasiado cortante. Pero en este momento no sabe cómo demostrar que es adecuadamente dócil y respetuosa, así que coge una karhai y la coloca debajo de la bomba. Recoge un puñado de ceniza, y mientras la karhai traquetea al frotarla, entiende qué quiere Navneet. Así que se gira, y sonrío muy dulcemente, y añade:

—Pero, tú hablas con él todo el tiempo, ¿no?

—No, no. No hablo con él, solo escribo cartas de vez en cuando.

La muchacha tiene una sombra rosa más oscura en las mejillas, y tiene la gracia de parecer algo avergonzada.

Ahora Ram Pari está segura de sí misma. Se ríe, y comenta:

—Puede ser, pero él escribe todo el tiempo, cada día.

Navneet se encoge de hombros con timidez, y Ram Pari —a pesar de sí misma— siente una afinidad con ella. Sí, es bueno ser joven, estar llena de expectativas y deseos y un poquito de miedo delicioso, mantenerse al borde de una nueva vida. Decide ser generosa.

—¿Es muy guapo?

—¿Quieres ver una foto?

Navneet ya está de pie, e incluso antes de que Ram Pari logre decir que sí, ya ha cruzado medio patio, y Ram Pari hasta reconoce —sin rastro de envidia— la elegancia inconsciente de su forma de correr juvenil. Que la chica sea feliz. Es su momento de ser feliz.

Navneet regresa y se pone en cuclillas junto a Ram Pari. Abre un cuaderno lleno de marcas indescifrables, levanta una página, y ahí está su hombre. Lleva un turbante muy alto y puntiagudo, y mira de forma fija a Ram Pari con arrogancia despreocupada, un indicio de sonrisa juega por sus labios. Realmente es muy atractivo. La foto está coloreada, y el rojo de las mejillas resalta al lado del resplandor cegador de los dientes.

—Vah —suelta Ram Pari—, es como un protagonista.

—Sí, le digo todo el tiempo que podría convertirse fácilmente en actor si fuese a Bombay. Pero por supuesto no quiere afeitarse la barba, y por supuesto yo no quiero que lo haga. Solía actuar en la facultad, y muchos de sus amigos dicen que se parece a Karan Dewan, pero yo creo que en realidad se parece a Ashok Kumar.

Ram Pari asiente.

Pero Navneet quiere más.

—¿No lo crees?

—No conozco a Ashok Kumar.

—¿Qué? ¿No has visto *Kismet*?

Ram Pari explota en un estallido enorme de risa estridente. Todo su rencor desaparece.

—No, no he visto *Kismet*.

Ahora solo siente ternura por esta niña que cree que todo el inundo tiene dinero y tiempo para ir a algún *Kismet*, que ve cómo el futuro se despliega ante ella en una pantalla que reluce con romanticismo y promesas. Ram Pari siente en el estómago, en su entrepierna, el desengaño que le aguarda a Navneet, que llegará solo porque ella espera demasiado. Ram Pari no sabe cuál será la catástrofe, pero sabe que llegará. Dice de la forma más amable que puede:

—Tal vez veré *Kismet* algún día.

Navneet está empezando a darse cuenta de que quizá ha dicho algo un poco estúpido, y se siente confusa. Balbucea, y vuelve a sonrojarse. Ram Pari quiere alargar la mano y tocarla, pero no lo hace. Sabe que Bibi-ji puede venir en cualquier momento, y le gritará por perder el tiempo. Pero puede sobreponerse a los bramidos de Bibi-ji durante toda la eternidad, y justo ahora, en este preciso momento, siente afecto por esta Navneet. Pide:

—Cuéntame de qué va *Kismet*. —Y se sienta a escuchar.

### III

Rehmat Sani observa cómo el cielo nocturno emerge del desvanecimiento de una llamarada. Se siente cómodo y distraído, instalado en un hueco en la tierra que ha aprendido a conocer bien después de utilizar esta ruta durante casi tres meses. Está a cincuenta metros de la valla, en el lado pakistaní, y no tiene prisa. Tiene cinco horas antes de la primera luz, y tiene paciencia. La primera vez que cruzó la frontera fue cuando era niño, y entonces solo podías atravesarla a pie, con cuidado para evitar las patrullas y los campos de minas. Entonces, los sobornos para los Rangers y los hombres del *BSF* eran menores, y las minas estaban más dispersas, y no habían colocado la valla. Pero no importa. Rehmat Sani conoce cada centímetro de tierra ciento cincuenta kilómetros al sur y al norte, y la frontera tiene miles de kilómetros de largo. Aunque esté toda vallada, la cruzará. Tiene negocios en ambos lados, y, por supuesto, familia.

En este viaje lo ha hecho bien. En lugar de las cuartas partes de ron habituales, esta vez ha traído dos botellas grandes de whisky extranjero para su primo del lado pakistaní. Mushtaq tiene un capitán que quería whisky, y un capitán puede ser muy útil, de modo que Rehmat Sani adquirió el whisky de Aiyer y se lo llevó consigo.

Aiyer es bajito y oscuro y lleva unas gatas muy gruesas y no parece en absoluto un hombre inteligente, pero no es un idiota. Sabe cuándo ser flexible. De modo que Rehmat Sani ha sacado provecho del capitán, del dinero que le ha llevado a su primo el havaldar, y también de una botella de ron que llevó consigo para su propio beneficio. No tiene información nueva para Aiyer, pero Aiyer esperará hasta que el capitán pueda progresar. Aiyer es joven pero aprende bien. Rehmat Sani tiene grandes esperanzas en él.

Rehmat Sani se estira, relajando los músculos. Quizá se está haciendo demasiado viejo para esto. Puede oler la humedad de la nullah profunda, acuosa, que utilizará para llegar a la valla. Arrastrarse por el desfiladero retorcido le dejará empapado y frío, es este último tramo de la ruta lo que le hace desear, cada vez, tener hijos que ya ganen dinero. Pero su primera esposa solo le ha dado cuatro hijas, y la esposa más joven solo se ha quedado embarazada al cabo de tres años, después de que él acudiese a Ajmer Sharif y atase un hilo y llorase y suplicase a Khwaja Sahib. Solo entonces nació Khalid. Ahora va al colegio, está en el quinto curso, y Rehmat Sani pretende darle una educación completa. Rehmat Sani entiende las exigencias de la época, sabe que un hombre sin educación —como él— no llegará lejos, ni vivirá bien. Pero es duro cargar con el peso de dos hijas casadas, y dos todavía instaladas en casa. Cuando Rehmat Sani tenía la edad de Khalid, ya había viajado con su padre hasta tan lejos como Lahore. No puede acordarse de mucho antes de ese primer viaje, pero se acuerda de los tejados de Lahore reluciendo bajo el sol de la mañana.

Rehmat Sani se sacude la nostalgia y se prepara para descender a la nullah. Vuelve a estar oscuro, y la quemadura de la llamarada se ha desvanecido de sus ojos. No necesita levantar la cabeza para comprobar amenazas. Lo sabe por el silencio fuerte de la noche, el silbido constante de los insectos, la tranquilidad de su propio cuerpo. Contra el pecho, puede sentir el paquete de plástico que se ha escondido debajo de la banian. El capitán pakistaní pagó por su whisky en billetes indios nuevos, lo que es conveniente para Rehmat Sani. En casa, sacará el dinero del plástico y se lo dará a su esposa más antigua para que lo deposite en el banco y haga que le actualicen la libreta de ahorros. No puede leer, pero le gusta mirar las anotaciones cuando ella vuelve de su medio día de viaje para ir al banco. Los garabatos hacen que se sienta seguro. Ahora se pregunta dónde consiguen los pakistaníes tanto dinero indio nuevo. Es extraño que los billetes recién acuñados pasen la frontera un día y después regresen al otro lado con él. Pero esa ha sido toda su vida, ir de un lado al otro, sobre esta línea enorme en la tierra, bajo la valla y alrededor de ella. No piensa demasiado sobre por qué serpentea por los campos, pero existe, así que ha hecho de ella su vida. Bosteza, y se da la vuelta. Es hora de ir. Tardará dos horas en llegar a la valla, otras dos horas antes de estar seguro al otro lado. Entonces se pondrá de pie, se sacudirá el barro y se irá a casa.

## IV

La doctora Anaita Kharas está agachada, poniendo vermiculita en un tiesto. Ya ha metido la tierra y la arena y la turba de musgo, en proporciones cuidadosamente medidas, y ahora tamiza la mezcla entre los dedos y disfruta de su aspereza. Podría utilizar un desplantador —sus hijos le dicen que sus manos parecen las de un obrero, no las de una médico— pero el peso de la tierra sobre las palmas de las manos la calma cada mañana antes de marcharse a trabajar. Sube aquí todas las mañanas, a la terraza de su casa en Vasant Vihar, y trabaja en su jardín. Cultiva ficus y calistemos, buganvilla y hierbas, *champa* amarilla y *juhi*. El frío de diciembre le mordisquea las puntas de los dedos, pero incluso eso está bien. Se ha dado cuenta de que necesita este tiempo a solas, y colocar semillas de *suva* en un tiesto la prepara para el día de pacientes y enfermedad. Piensa, mientras termina de sembrar, en K.D. Yadav, que murió hace tres días. Fue un buen paciente, incluso antes de que sus tumores lo volviesen silencioso e inmóvil. Sufrió con dignidad su pérdida de capacidad y comprensión. Solo lo encontró llorando una vez, de pie junto a la ventana, y después aceptó las exhortaciones médicas de ella con una sonrisa. Era mucho mayor que ella, y era muy anticuado con sus namastes y la costumbre de ponerse de pie cuando ella entraba en la habitación, o al menos querer hacerlo, pero siempre la escuchaba con atención. En una o dos ocasiones ella se encontró contándole cosas que no tenían nada que ver con la medicina y todo que ver con su propia vida. K.D. Yadav tenía esa forma de hacer preguntas, de investigar sin parecer que lo hacía, de manera que le dabas información sin saber que lo hacías. Días más tarde, él diría: «Sí, debí de estar en Calcuta cuando tu padre estaba destinado allí», y entonces recordaría que le habías contado que viviste en Calcuta durante un año cuando tenías once. Era un hombre inteligente, K.D. Yadav, para ser alguien que había trabajado durante muchas décadas mediocres en el Ministerio de Desarrollo de Recursos Humanos.

Anaita se pone de pie, flexiona las rodillas. Camina por la periferia del tejado, examinando de cerca las plantas. Había luchado contra una plaga de moho polvoriento dos meses antes, y había perdido dos gulmohars, y había decidido estar más atenta en el futuro. La enfermedad llega rápido, y se lo lleva todo. Pero hoy sus plantas tienen buen aspecto. Se arrastran en una conflagración de colores por la terraza, y las parras trepan hasta la parte superior del tanki de agua tan alto como un piso entero. Es una casa grande, una que hoy en día ella y Adi nunca podrían permitirse comprar o construir. Los padres de Adi compraron dos solares grandes en los años sesenta, cuando Vasant Vihar todavía era un páramo más allá de Ridge. Vendieron un solar veinte años después, y construyeron una casa en el otro, así que ahora Adi y Anaita y sus hijos viven en esta colonia de abundancia. Son muy afortunados, pero aun así los precios son una locura en esta zona. Sus hijos no se dan

cuenta de lo caro que es poner en la mesa la comida que les gusta, la carne y pan bueno y frutas. Están en esa edad en la que es muy importante mantenerse a la par que sus amigos, y sus amigos —muchos de ellos compañeros de clase en la Modern School— son hijos de industriales y hombres de negocios. Anaita rememora los días pasados en los que tenía diez rupias para gastos personales, y no obstante se preocupa por sus hijos. Hoy en día la gente tiene demasiado dinero, y lo despilfarra como si no significase nada. Sus hijos llevan gafas de sol que valen miles de rupias, y sus fiestas de cumpleaños cuestan lakhs. Muchos de sus vecinos en el Bloque E tienen tres y cuatro coches aparcados en la entrada, y tal vez alguno más fuera. De modo que a veces los chicos se molestan con Anaita y Adi, y piensan que son padres tacaños.

Anaita ha terminado su inspección, y camina hasta el centro de la terraza, cerca de las escaleras, y baja la vista hacia el patio. El padre de Adi insistió en construir un pequeño espacio abierto en el centro de la casa, y ningún razonamiento de su esposa le persuadió siquiera un momento. «Quiero vez luz», dijo el anciano, y, después de que se construyese la casa, colocó un sillón en la galería contigua a su precioso patio, donde leía el periódico cada mañana, sin importar si era junio o el más frío de los eneros. A Anaita le gustaba bastante el anciano por eso. Ahora puede ver a Adi sacando una bandeja de la cocina. En cualquier momento la llamará, y después se irá y despertará a los chicos. Ella bajará y beberá el chai que él ha preparado, bromeará con sus hijos y comerá unos huevos. Adi es un buen hombre. Han tenido sus peleas, a veces algunas fuertes que los dejaron a ambos hechos jirones durante semanas, pero han perseverado y han sobrevivido. A veces Adi dice que se han desgastado los bordes afilados el uno al otro. A menudo la hace reír, toma parte de la terrible monotonía diaria de levantar una familia y están contentos juntos. Ahora Anaita tiene que bajar, no le gusta salir de casa demasiado tarde, el tráfico comienza a espesarse por las avenidas, pero todavía está pensando en ese K.D. Yadav.

¿Por qué? No está segura. Le gustaba, pero le han gustado otros pacientes y los ha perdido. La muerte no es nada nuevo para Anaita, trata con ella a diario, está familiarizada con su embate, su sonido, y la inercia y los olores que vienen después. Sabe que le llegará a ella, a Adi, e incluso puede imaginarse —casi sin estremecerse— la muerte de sus hijos. ¿Por qué, entonces, permanece con ella K.D. Yadav? Acaricia las hojas de una planta de *tulsi* y respira, y el frío casi resulta doloroso en su nariz. Qué terrible sería perder la distinción entre frío y calor, entre dentro y fuera. Al final, cuando K.D. Yadav se quedó completamente inerte, no parecía ni feliz ni triste. ¿Era capaz aún de distinguir si era de día o de noche, si estaba vivo o muerto? Anaita le dijo a su joven amiga o colega, lo que fuera, esa tal Anjali Mathur: «No se preocupe. Todo es bastante indoloro, no está sufriendo». Pero ahora piensa en cómo debe de ser no sufrir, existir en una especie de vacío inmenso, y se estremece. Pobre hombre, piensa. Le gustaba tanto leer, y al final las letras y la página se le debían de confundir, se volverían algo que no era nada. Pobre, pobre hombre.

—¡Anaita!

Adi está de pie en el patio, sujetando una sartén. Anaita se ríe tontamente al verle, tan ridículo con esa bata china de mal gusto con el dragón abriendo sus zarpas, de la que él se niega a deshacerse.

—¿Qué haces, yaar? —pregunta—. Por favor, ve y date un baño, o me harás llegar tarde.

—Voy, baba, voy —contesta Anaita.

Da un último vistazo rápido al jardín, y baja hacia su vida.

## V

Incluso cuando saborea su triunfo, el mayor Shahid Khan se preocupa por la derrota. Se está recortando la barba, y en el espejo puede ver que ni una pizca de esa ansiedad se refleja en su rostro o sus ojos. Se ha entrenado para ser impasible. Tiene la piel clara panjabí de Ammi, pero nada de su expresividad fácil. En ocasiones su esposa se pregunta cómo dos personas tan emparentadas pueden ser tan distintas. Pero Shahid Khan sabe que ha heredado toda la melancolía de Ammi, su furia pantagruélica, su sarcasmo repentino, ácido. Pero él ha aprendido a controlarse. No deja salir nada, jamás. A pesar de toda su tristeza, a veces Ammi se ríe hasta que la cara se le pone roja y tienes que preocuparte un poco por ella, pero no eres capaz de advertirle porque tienes que aguantarte para no caer. El amor de Ammi por Shahid y su hermano y hermana es tan abiertamente devorador que otras madres se burlan de él. Los sacrificios por sus hijos son legendarios. Pero Shahid Khan ha aplastado toda esta emoción que sube como un remolino desde sus genes, aprendió pronto —en los callejones irregulares de su infancia— a llevar la armadura de la impasibilidad. Esta habilidad le ha servido de mucho en su profesión. Tiene esta habilidad, y su fe, que le hace permanecer como una roca inquebrantable, que le da la fuerza para soportarlo todo.

Pero hoy está preocupado. Está en Londres, y la pasada noche, tarde, justo antes de dejar su oficina en la embajada pakistaní, se enteró de una muerte en la otra parte del mundo. Un tal Gurcharan Singh Bhola había sido asesinado por la policía india en el distrito de Gurdaspur, en un pueblo llamado Veroke. Gurcharan Singh Bhola era el comandante del Ejército de los Tigres de Khalistan, que había sido mermado de modo implacable por las fuerzas indias durante el año pasado. Y ahora Gurcharan Singh Bhola estaba muerto. Shahid Khan lo conoció una vez, en los días en los que era teniente y se afilaba los dientes en los campos y los pueblos del Panjab. Gurcharan Singh Bhola era un hombre alto, imponente con su complexión musculosa de luchador y su adhesión ardiente a Khalistan. Pero Shahid Khan solo le vio una vez, una noche en la que Bhola atravesó su piquete, y no es la pena por el sardar lo que apesadumbra esta mañana a Shahid Khan. Ahora está muy lejos del Panjab, pero es obvio que los indios están machacando el movimiento Khalistan. Son brutales,



despiadados. Con apoyo de los gobiernos central y estatal, su ejército y las fuerzas paramilitares están dando caza a los revolucionarios uno por uno. Shahid Khan sabe exactamente cuánto cuesta —en dinero y esfuerzo y vidas— levantar y sostener el movimiento. Ahora, ha terminado. A Shahid Khan este revés le bulle en las venas. Le han entrenado para aceptar las pérdidas. Cree en la victoria definitiva igual que cree en el cristal que tiene delante, como algo que sencillamente existe, pero la humillación de la pérdida es algo que siempre le ha enfurecido. Sabe que es una debilidad, esta furia. Le nubla la razón. Confiaba en que con la edad aprendería ecuanimidad, pero la pasión persiste. Intenta pensar en sus éxitos, en particular en la operación reciente en las ruinas de la URSS, operación que resucitó y rescató después de que los indios casi lograsen aniquilarla. Durante décadas, durante los años de alianza conveniente entre la India y la URSS, los indios hacían que gran parte de su moneda nacional de valor alto se imprimiese en Ucrania. Tras la caída del imperio soviético, la agencia de Shahid Khan mandó agentes a Ucrania para investigar la imprenta donde se imprimía esa moneda. Esos agentes consiguieron organizar un trato: por una suma sustancial pagada en efectivo, los ucranianos les darían las planchas originales de los billetes indios. Eso sí que habría sido un triunfo, ser capaz de imprimir dinero indio falso con las planchas originales. Pero los indios se olieron el trato —todo estaba podrido en Ucrania— y reclamaron las planchas originales, y las localizaron. De todo aquel completo desastre, Shahid Khan logró cierta victoria y algo de dignidad. Llegó después de que hubiese pasado y actuó rápido. Las planchas se habían esfumado, sí, pero el papel todavía estaba allí, depositado en almacenes enormes, vigilado a la ligera. Shahid Khan se movió con rapidez, hizo tratos, arregló la logística, logró que unos matones locales atrapasen a un funcionario de segunda fila de la embajada india y lo retuviesen durante dos días. Y mientras los indios estaban distraídos, les robó el papel moneda. Ahora los billetes impresos en este papel original, completamente genuino —que Shahid Khan obtuvo con cierto riesgo personal—, circulan por toda la India, y Shahid Khan sabe que va bien encaminado para convertirse en teniente coronel. Sí, ahí está eso, aunque el éxito personal no le puede rescatar por completo del fracaso nacional.

Se aparta de este ensueño de una sacudida, deja las tijeras y deja que corra el agua. Se baña con eficiencia, y mientras se seca con una toalla no puede evitar pensar, aún otra vez, que la enorme longitud de tela suave y esponjosa es un lujo absurdo. Ha sido capaz de permitirse estas cosas un tiempo, y no envidia a su familia por estas comodidades, pero a él lo han moldeado en la vieja escuela. Después de rezar y comer, extiende sus papeles y paga algunas facturas. Es domingo, y las mujeres de la casa —su madre, su esposa, su hija— se han ido a East Ham a visitar a familiares. Está solo, y por fin, después de haber cumplido momentáneamente con todas sus obligaciones, siente que se puede tomar una hora libre. Se va a su habitación y cierra la puerta. La puerta delantera está cerrada, y sabe que nadie le molestará, pero se ve obligado a cerciorarse de que su privacidad está asegurada.

Hasta ahora, solo su esposa sabe que hace lo que está a punto de hacer.

Se sienta en su sillón favorito, de cara a la ventana. Tener buena luz es esencial. Se coloca una almohada sobre el regazo, las madejas de hilo a su derecha. Entonces empieza a hacer punto. Está haciendo otra bufanda. Su esposa las dona, por lo general a una *madrassa* o un orfanato allá en casa. Las agujas chasquean, y chasquean, y los hombros de Shahid Khan se relajan y caen. Lleva haciendo esto los últimos dos años, desde que un médico en Karachi le dijo que debía aprender a relajarse, o las úlceras le matarían. «Aprende a tomarte unas vacaciones de verdad —le dijo el médico—. Busca un hobby». Al principio, Shahid Khan jugó al squash. Siempre había querido aprender, y parecía una buena gimnasia. Pero descubrió que necesitaba ganar. Acudió a clases extra de entrenamiento, y empezó a leer libros sobre técnica. Cuando se dio cuenta de que soñaba con revanchas, lo dejó. Entonces le mandaron a Ucrania, y allí se pasó al ajedrez. Receloso de jugar contra otra persona, invirtió en una máquina electrónica de ajedrez. La inteligencia del aparato era deliciosa, cómo se plegaba hacia fuera y con un chasquido rápido se convertía en un tablero completo, los compartimentos empotrados para las piezas, las pequeñas luces rojas con las que la máquina te decía qué pieza quería mover, y dónde. Mientras aprendía a usarla, se sintió mejor por dentro. Pero después quiso jugar con ella en niveles más duros, y los dolores se recrudecieron. De todos modos, la metáfora marcial era demasiado obvia, sus *viziers* y peones y el campo de batalla en blanco y negro le hacían pensar demasiado en el mundo real. Le dio el aparato a un amigo, y sufrió durante un tiempo en silencio. Después empezó a montar, pero eso solo duró hasta que conoció a un caballo recalcitrante.

Llamó al médico de Karachi desde Moscú, y casi le colgó cuando oyó lo que le sugirió. Le costó dos meses comprar el hilo, y otras tres semanas empezar. Pero descubrió, incluso aquella primera vez en la habitación del hotel en Tallinn, que sus manos seguían los ritmos de forma natural. Entendió la oposición tensa entre dar un punto al derecho y darlo del revés, y no necesitó pensar. No necesitaba tejer más rápido, o mejor, ni siquiera de modo competente. Tan solo hacía algo, algo rojo y con forma extraña y largo, y más tarde decidió que era una bufanda.

De modo que Shahid Khan se sienta frente al sol del mediodía. Tiene los ojos muy abiertos, y solo hay un ardor pequeño en su estómago, y no le importa. En un rato eso también habrá desaparecido. Respira. El hilo blanco se extiende contra su piel, y entonces se relaja. Las agujas suenan la una contra la otra. La urdimbre y la trama dan forma, y fluyen. Su mente, su corazón, se llena del resplandor radiante de la misericordia de Alá. El tejido crece, y él está en paz.

## GANESH GAITONDE SE REHACE A SÍ MISMO

Aquel invierno me concedí una cara nueva. Llevaba un tiempo preocupado por las muchas fotografías mías que habían publicado los periódicos y las revistas en la India. Los programas de televisión ponían a menudo videoclips míos saliendo de los tribunales en Bombay. Era demasiado reconocible, demasiado bien conocido. Una vez, en la playa de Ko Samui, un grupo de turistas indios jóvenes se giró para mirarme fijamente, y se cuchichearon unos a otros con nerviosismo. Me había marchado de la India no solo para evitar la cárcel, sino también para eludir a mis muchos enemigos. Necesitaba cambiar. Había visto cómo Zoya se transformaba, así que entendí de qué modo podía hacerse, qué costaba en dolor y dinero, cuáles eran sus posibilidades. Necesitaba ser nuevo.

Sabía que quería esta transformación, y no solo por razones de seguridad. Había una insatisfacción rumiando bajo mi piel, un descontento. Todas las mañanas me miraba en el espejo, y el rostro que veía no era el del hombre que sabía que era. Me reconocería si estuviera esculpido sin grasa, como si los horrores y triunfos de mi vida me hubiesen tallado con una nueva forma. Pero los años habían hecho que las mejillas se me cayesen, me habían ensanchado la nariz. El mentón se hundía en un bulto de carne, había una flacidez en los contornos de mis ojos. El emborronamiento de mis rasgos era insoportable. Quería alterar el exterior para ajustarlo con el interior.

Fui, por supuesto, al doctor Langston Lee de Zoya. Le di dos meses y mucho dinero, y experimenté más dolor que nunca antes en mi vida. Me dio una nariz larga, elegante, con un puente muy marcado, pómulos nuevos, una barbilla más estrecha que equilibraba la nariz, y una ausencia completa de colgajos en la parte inferior de los carrillos. Hizo algunas cosas sutiles con mis cejas, y puso un hoyuelo en cada una de mis mejillas de nuevo tirantes. Y fui un hombre diferente. La primera vez que me miré en un espejo, después de que la cirugía hubiese acabado, después de que me quitasen las vendas, quise abrazar al doctor Langston Lee, el pequeño bastardo chino. Incluso a pesar de las hinchazones y puntos que quedaban, pude ver que había entendido en qué me quería convertir. Su talento no solo radicaba en las puntas de los dedos, sino en los ojos y la imaginación. Podía compartir tu sueño, y cortar la piel y la grasa para hacer que cobrase vida. No me parecía en nada al Ganesh Gaitonde que había sido. Era el Ganesh Gaitonde que quería ser. Era yo mismo.

—Zoya no va a saber quién eres, bhai —comentó Suhasini cuando ella y Arvind me visitaron aquella tarde—. Yo misma apenas puedo decir quién eres. Este Langston Lee es un genio.

Me dolía reírme, pero lo hice. Me gustaba la idea de que Zoya no supiese quién era, de que se sintiese perpleja por ese hombre nuevo. La quería confusa y nerviosa, insegura de sí misma. Estaba rodando dos películas en Estados Unidos, en Detroit y

Houston, y no le había contado mis planes para tener un aspecto nuevo. Mi cirugía se había mantenido en secreto, para ella y cualquier otra persona que no necesitase saberlo,

—Sorprendamos a Zoya —propuse.

—Va a saltar como una vaca con un palo metido por el gaand —contestó Arvind—. Si no fuera por la voz, bhai, no te habría reconocido. —Me miró detenidamente, inclinándose sobre los pies de la cama—. No es que nada haya cambiado demasiado. Pero de alguna manera todos los cambios juntos te han cambiado por completo.

Me recuperé rápido. Tan pronto como el doctor Langston Lee me dio el visto bueno, volé a Estados Unidos. Zoya tenía demasiado tiempo libre en los rodajes, y de verdad quería verla. O, más bien, quería que ella me viese a mí. De manera que fui. Nuestras operaciones en Estados Unidos eran muy limitadas, así que no había equipos que dispusieran la logística para mí, ni guardaespaldas. Viajé solo, con un pasaporte indonesio impecable, y estaba seguro de que estaría a salvo. Me protegía mi nuevo aspecto. También llevaba ropa nueva, una maleta llena de trajes de lino ligero y camisas de algodón en tonos pastel. Arvind se puso muy nervioso con lo de dejarme ir solo, pero le dije que estaría más seguro por mi cuenta, que llamaría menos la atención sin séquito. Incluso más porque eso rompía el patrón que esperaban y buscaban mis enemigos, sabían que durante años siempre había estado rodeado de mis hombres. Nunca me buscarían a mí solo.

Dije todo esto, y lo creía. Sin embargo, cuando el avión despegó de Bangkok, y volaba alto hacia ese nuevo mundo, descendí de cabeza al terror. Estaba solo. En el *Casualidad afortunada* podía oír a mis hombres paseando por cubierta, su risa era lo primero que oía por la mañana. Ahora, en esa pequeña burbuja de aire en primera clase, en esa cabina que volaba muy por encima de la tierra, no podía alcanzarles. Se habían ido. Me toqué la barbilla, la nariz. Bajo mi atractiva piel nueva solo estaba yo. Sentí que estaba muy lejos, lejos de cualquiera y cualquier cosa que conocía. Me calmé, me dije a mí mismo que era una respuesta inesperada pero natural ante una situación a la que no estaba acostumbrado, que mi cuerpo se sentía inquieto en su nueva forma. Pedí agua y cerré los ojos. El sudor me bajó por el cuello, y supe que estaba llamando la atención. Pero no podía aplacar el pánico, y al final cedí y utilicé el teléfono del avión para hacer una llamada a Arvind. Se puso bastante nervioso cuando descolgó el teléfono y oyó mi voz, habíamos acordado mantener una política de solo-llamadas-de-emergencia durante ese viaje.

—Bhai —dijo—. ¿Qué pasa?

Por supuesto no podía decirle qué pasaba en realidad, el sabor acerado de la añoranza y la soledad en el fondo de mi garganta. No podía decirle: solo quería oír tu voz, bastardo. Le hablé de unas inversiones que habíamos hecho la semana anterior, y el movimiento de dinero de una cuenta en Hong Kong a fondos en la India. Todo eran asuntos triviales, nada en absoluto para una llamada de emergencia. Estaba desconcertado, pero tenía modales, así que no hizo ninguna pregunta, solo escuchó

mis instrucciones. Colgué, y después llamé a Bunty a Bombay. No tenía nada que discutir con él que fuese ni siquiera ligeramente urgente, de modo que le hablé de Suleiman Isa y de nuestra última información sobre las actividades de la banda-S. Dejé a Bunty tan confundido como a Arvind, y después llamé a Jojo.

—Estoy en medio de una reunión —me dijo—. Luego te llamo.

—No puedes.

—¿Por qué no? Estaré libre en media hora.

No le había contado lo de mi viaje a Estados Unidos, ni lo de mi cirugía. Y desde luego no podía hacerlo ahora, sentado al lado de una abuela tailandesa con gatas adustas de montura de acero y oídos muy finos.

—Yo también tendré reuniones —contesté—. Mañana. Te llamaré.

—¿Va algo mal, Gaitonde?

Me conocía demasiado bien, esta Jojo.

—No, no —contesé—. Vuelve al trabajo Mañana, hablamos mañana.

—De acuerdo —concedió—. Mañana.

Pensé en Jojo mientras me recostaba en el asiento. Era mi amiga, y podía decir mejor que nadie cuál era mi estado de ánimo, si me sentía generoso o enfadado, fuerte o acalorado o solo triste. Confiaba en ella, pero tenía que ocultarle ciertos hechos por mi seguridad. Vivía en peligro constante e implacable, y tenía que guardar secretos. Debía ser cuidadoso. Tenía que asumir que la mujer tailandesa de pelo gris que estaba sentada a mi lado, que ahora estaba comiendo cacahuets con las puntas de sus dedos esmaltados, esta dama anciana e inofensiva, también podía ser una espía capaz de hacerme daño. Quizá entendía el hindi que hablé con Jojo, quizá trabajaba para Suleiman Isa y sus aliados. Era imposible, pero tenía que aceptar la posibilidad.

No era de extrañar que me sintiese solo, pensé. Vivía una vida de secretos y sospecha. Necesariamente tenía que apartarme incluso de mis amigos, y ese era el precio que pagaba por el poder. Era un dirigente, un rey, así que no podía relajarme nunca. Ni siquiera una cara nueva podría liberarme por completo del miedo. Estaba obligado a caminar solo. Pero esa soledad que sentía en el vuelo a Estados Unidos era nueva. Nunca antes había sentido nada como eso. Me sentía como una pelota dando vueltas y flotando en el espacio inconmensurable. Estaba suspendido en un vacío total, bastante libre. Sí, esto era la libertad, era independiente y estaba solo. Estaba aterrado.

Quebranté mi regla de años y pedí un whisky. Aguanté la respiración y me bebí la medicina amarga y marrón. Después tomé dos más, y finalmente fui capaz de dormir.

Me desperté con Los Angeles extendiéndose como una mancha enorme a mi derecha. Era inmenso, y me sentí muy pequeño. No pude deshacerme de él, ese sentimiento sobre mi propia pequeñez, ese temor infantil. Permaneció conmigo en la limusina que me llevó al hotel. Las calles eran anchas y limpias, y los coches se movían en filas ordenadas, y todo parecía muy extranjero. Nunca me había sentido tan aislado en Tailandia, ni siquiera en Singapur, tan distinto a los conductores que

pasaban rápido por mi lado. Vi a un hombre indio aparcando su coche junto a un mercado, y le observé mientras caminaba hasta un teléfono. Era calvo, barrigón, y podría haber caminado por cualquier gali de Bombay sin llamar en absoluto la atención. Probablemente se llamaba Ramesh, o Nitin, o Dharam. Sin embargo, me sentía muy alejado de él. Tal vez era efecto del cielo enorme, neblinoso, que había en lo alto, y aquella luz clara, sin color. Allí el espacio era diferente, y también la gravedad. Me sentía ingrávido.

Mi suite en el Mondrian flotaba doce pisos por encima de Sunset Boulevard. El tráfico se deslizaba debajo formando cintas silenciosas de metal. El silencio era inquietante. Encendí el televisor, subí el volumen, me di una ducha rápida, y después llamé a Zoya. Estaba en una habitación del séptimo piso. Había cogido un avión aquella mañana temprano desde Houston y se había registrado con el nombre de Madhubala. Tuve que deletrearle el nombre dos veces al operador, al final pasó la llamada, y ahí estaba Zoya.

—¿Hola? —preguntó.

Se le había pegado el acento norteamericano.

—Soy yo —dije—. Estoy en la habitación 1202. Sube. La puerta está abierta. Entra.

—Sí —contestó—. Voy.

Era una buena chica, no necesitaba más instrucciones que esas. Había echado las cortinas, de forma que solo había un único trazo de luz en la habitación. Me senté en un sillón, iluminado por la parte de atrás. Era una toma muy teatral, desde el punto de vista de ella. Quería darle una verdadera impresión, un momento de gran impacto que la parase en seco. Y después la revelación de mi cara.

Funcionó justo como había planeado. Zoya entró, se paró, después cerró la puerta.

—¿Saab? —preguntó.

Llevaba una falda blanca, muy corta, y una blusa blanca que se había atado alto. Ahí estaba la curva sofocante de su cintura, el recorte sobresaliente de su cadera. Sabía exactamente lo que me gustaba. Saali, era lista. Pero hoy la tenía. Encendí la lámpara que había a mi lado, y ella preguntó con rapidez:

—¿Quién eres? ¿Quién eres?

Estaba asustada.

Quise reírme, pero me aguanté. El desconcierto y el miedo en su cara eran demasiado deliciosos. Cruzó las manos frente al espacio amplio de su ombligo, y llegó a decir «¿Dónde está él? ¿Dónde está...?» antes de detenerse. Apretó la mandíbula, y dijo, en inglés:

—Me he equivocado de habitación. Disculpe.

Me sentí orgulloso de ella. Había preservado la seguridad. Le había enseñado bien. Se dio la vuelta y caminó con elegancia hacia la puerta.

—Zoya —llamé.

Se detuvo, se giró.

—Alá —pronunció. Esa fue la única vez que le oí llamar a su dios—. ¿Eres tú?

—Soy yo.

—Pero ¿cómo es posible?

—¿Qué, solo tú puedes cambiar?

Se acercó a mí, se arrodilló a mis pies. Alargó la mano y me tocó la mejilla apenas con las puntas de los dedos. El asombro que recorría su mandíbula relajada disminuyó poco a poco mientras entrecerraba los ojos y calculaba, pensaba. Me giró la cara con suavidad hacia la luz. Susurró:

—¿El doctor Langston Lee?

—Sí.

—Oh, es un maestro. Este trabajo es excelente. Es muy sutil, y muy efectivo.

—¿De verdad te gusta?

—El doctor Langston Lee es buenísimo.

Ya tenía bastante del doctor Lee. Agarré la muñeca de Zoya con la mano izquierda, y le cogí la barbilla con la otra.

—¿Crees que me queda bien? ¿Crees que soy yo?

Perdió al instante esa mirada de modelo evaluando, y me sonrió, mientras los ojos le llameaban de admiración.

—Estás muy guapo, saab —dijo—. Incluso mejor que antes. Podrías ser la estrella de una película, ¿sabes?

—¿Quién, yo?

—Sí, sí. Deberías hacer una. Conmigo como protagonista. ¡*International Dhamaka segunda parte!*

—Las secuelas nunca funcionan en la India —contesté—. Y de todas formas la primera fue un fracaso.

—Con el nuevo Ganesh Gaitonde como protagonista —replicó— sería un superéxito.

Se inclinó hacia mí y me besó, y en aquel momento fui un protagonista de verdad. La llevé al dormitorio, y juntos nos convertimos en una auténtica dhamaka internacional. Esa fue un éxito, por lo menos. Ni siquiera hubo tiempo de quitarnos la ropa. Se subió la falda, y cogió el diminuto trozo de tela que llevaba debajo y se lo quitó de un tirón, y entonces me coloqué encima ella, y dentro de ella. Estábamos estirados en diagonal sobre la cama, y detrás de su cabeza las ventanas sin cortinas me ofrecían la ciudad de Los Angeles. Me reía como un loco, con mi nueva cara, y así fue como llegué a Estados Unidos.

A la mañana siguiente fuimos a los Estudios Universal. Yo era reacio, pero Zoya insistió en que con mi cara nueva nadie me conocería, que no había peligro.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté.

Seguro que los paseos estaban repletos de turistas indios maderchod, que ahora iban por el mundo en tropel con cámaras e hijos y dinero nuevo. Sus fans estaban por todas partes. Me aseguró que podía tener un aspecto muy distinto, que nadie la

reconocería si quería que no la reconociesen. Tenía bastante razón, y quería ir de veras, así que fuimos. Y lo pasamos bien. Para mí, disfrutar era ver disfrutar a Zoya, era como una niña en la primera fiesta de su pueblo. Corría de una atracción a otra, y gritó más fuerte que nadie cuando un tiburón enorme arremetió con su boca abierta hacia nosotros. Yo no había visto muchas de las películas sobre las que trataban las atracciones, pero Zoya las conocía todas, y me contó las historias. Llevaba gafas —unas grandes y sencillas— en la punta de la nariz, una gorra azul, una camiseta blanca grande de manga larga, y vaqueros negros. Llevaba el pelo en dos coletas, y nada de maquillaje. La gente se la quedaba mirando, no podía ocultar su altura, pero nadie la reconoció. Ni siquiera los adolescentes de Delhi que se sentaron en el coche de al lado en la atracción de Parque Jurásico y me llamaron «tío». Así que Zoya también podía transformarse en algo normal. Con sus ojos, su rostro y su cuerpo, era capaz de cualquier cosa. Era una actriz.

Me llevó dos veces a la atracción de Terminator.

—Una no es bastante —afirmó—. Me encanta Arnold.

Sabía quién era Arnold, uno de mis hombres llevó el DVD pirateado de una de sus películas al barco el año anterior. Me gustaron los efectos especiales, desde luego, pero en conjunto la película me aburrió. Como muchas de esas películas norteamericanas, tenía una buena idea y se aferraba a ella con tanta fuerza que parecía pobre en emoción y registro. Las escenas parecían desinfladas porque incluso en los momentos más dramáticos los actores norteamericanos se hablaban tranquilamente unos a otros, como si estuviesen discutiendo el precio de las cebollas. Y no había canciones. Al final, en última instancia, la mayoría de las películas norteamericanas eran poco densas y poco realistas, y no me interesaban demasiado. Pero aquí estaba Zoya, mirando fijamente hacia arriba el esqueleto de acero reluciente de Terminator, sus ojos rojos redondos y brillantes, del mismo modo en que me había mirado a mí el día anterior. Incluso a través de las gafas, podía ver el fuego en sus ojos, haciendo juego con los de él. Me vio mirarla, y me besó rápidamente en la mejilla.

—¿Sabes? —me dijo al oído—, a veces sueño que gano un Oscar. Que me ponga ahí de pie. Pero lo mejor de todo es que quizá consiga conocer a Arnold.

Arnold. Decía el nombre de ese bastardo como si ya le conociese, como si hubiese compartido *pani-puri* con él en Chowpatty. Continuamos con el resto de atracciones y exposiciones, y ella terminó el día resplandeciendo y riendo. Yo estaba exhausto. Nos fuimos de la Universal a las cinco, y en la limusina me contó más historias de más películas norteamericanas, e historias sobre sus estrellas. Escuché, y al final pregunté:

—Saali, ¿cuántas de estas películas ves?

—Por lo general, una al día. Tengo un pequeño reproductor de DVD portátil, ¿sabes? También me lo puedo llevar a los rodajes. A veces veo más de una película, incluso los días de rodaje. Es una buena forma de mejorar mi inglés. Tú también



deberías hacerlo. Ya sabes que Suleiman Isa ve películas en inglés todos los días.

Le pellizqué el labio inferior.

—¿Cómo sabes eso?

—Arre, todo el mundo lo sabe.

Era cierto. Cualquiera que supiera algo sobre el mundo del hampa sabía algo sobre los hábitos filmicos de Suleiman Isa.

—Y todo el mundo está equivocado —contesté—. No ve películas. Solo ve tres películas, una y otra vez. Todas las tardes ve una. Después la otra, y la siguiente. Luego vuelve a empezar.

—¿Qué?

—Es verdad. Tenemos buena información sobre esto, de dentro. Ve la saga de *El Padrino* una y otra vez.

—¡No! ¿De veras?

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Pregúntale al bastardo. Está loco.

Asintió.

—¿Y has visto esas películas, saab?

—Vi la primera.

—¿No te gustó?

—Estuvo bien. Pensé que *Dharmatma* era mejor. Incluso *Dayavan*.

Rompió a reír, y me rodeó con los brazos.

—Viajas por todo el mundo, bhai, pero tienes unos gustos tan desi... Eres tan *chweet*...

Entonces me besó, y bajó una mano hasta la parte delantera de mis vaqueros, y me mostró lo dulce que era, y me olvidé de Suleiman Isa y su *Padrino* chutiya. Pero aquella noche más tarde, después de que ella se hubiese dormido, me quedé tumbado y despierto pensando en películas americanas. Mis hombres veían películas norteamericanas de acción todo el tiempo. Decían que les gustaban las proezas, y los efectos especiales. ¿Por qué veía Suleiman Isa las películas de 1:7 *Padrino* todo el tiempo? Nunca lo había pensado antes, pero entonces, tumbado en una cama bajo cielo extraño, sostenido por la expansión de constelaciones de luces de la ciudad, se me ocurrió que sus motivos para ver las tal vez eran los mismos que yo tuve para hacer *International Dhamaka*. Quería entender qué le había pasado, en qué se había convertido. Y por primera vez sentí una afinidad con él.

¿En qué me había convertido? Me había convertido en otra persona, otra cosa. Mientras intentaba captar cómo había cambiado exactamente, qué me había sucedido, un pequeño gusano que escarbaba en la duda se movió por mi estómago, y subió hasta rodearme el corazón. Zoya dijo que ahora era guapo, que podría ser estrella de cine si quisiese. Sabía que tenía mejor aspecto, que estaba más joven que nunca y con los rasgos más marcados. Pero, pero si era a Arnold a quien deseaba conocer, ¿yo

podría ser alguna vez tan grande y musculoso como Terminator? ¿Si Terminator se le aparecía en sueños, incluso mientras dormía a mi lado, podía amarme de verdad? Me dije a mí mismo que Terminator era una ficción, que yo era más poderoso que cualquier actor norteamericano barato. Me dije a mí mismo: has matado a más hombres que cualquier supuesto Terminator. Una palabra tuya mueve dinero y armas a través de continentes. Si alguien debería llamarse Terminator, ese eres tú.

Y sin embargo, cuando Zoya se revolvió a primera hora de la mañana, y se acurrucó adormilada a mi lado, lo que encontré en ella desde mi interior fue todavía aquel parásito de incredulidad que se retorció. Miré el brazo que la abrazaba, mi brazo, y todo lo que pude pensar fue que era muy escuálido, comparado con el de Arnold. De hecho, incluso el protagonista de la película que estaba rodando en Texas era más una especie de Arnold que yo. Era bajito, pero tenía un pecho corpulento, a base de esteroides, y brazos trabajados. Sabía que podía permitirme los mejores esteroides, y construirme un gimnasio, y contratar entrenadores, pero ¿me acercaría alguna vez a la imagen que Zoya tenía en la cabeza, ese hombre al que podría amar de verdad? ¿Me quería, esta Zoya, esta Jirafa Egoísta?

La pregunta era ridícula, y lo sabía, y sin embargo permaneció conmigo. Tomamos el desayuno sentados a la mesa en el comedor de la habitación principal, y como de costumbre fue asombroso verla comer. Se bebió una jarra de zumo de naranja, y se zampó tres tortillas. La observé, y volvía a ser hermosa, era la mismísima Zoya Mirza, la estrella de cine. Sé feliz, me dije a mí mismo. Está contigo. Y entonces sonó el teléfono. No el del hotel, ni mi móvil, sino el teléfono seguro vía satélite que estaba sobre la mesita de noche. Me apresuré a cogerlo. Solo tenían ese número Arvind y Bunt, y lo utilizarían solo en circunstancias extraordinarias.

Era Arvind.

—¿Bhai? —dijo—. Deberías regresar.

—¿Por qué?

—Nuestro negocio de patatas —contestó.

El «comercio de patatas» era nuestra frase para hablar de nuestras operaciones de tráfico de armas, que llevábamos a cabo para Gurú-ji. Ya llevábamos años haciéndolo, moviendo remesas de armas y municiones hasta la costa Konkan y entregándoselas a su gente para que las transportase.

—Lo han descubierto. Tienen uno de nuestros envíos.

—¿Quién lo ha descubierto?

—La gente de Delhi.

Que era Dinesh Kulkarni, también conocido como señor Joshi, y su organización, y por tanto el gobierno indio maderchod.

—Cogeré el próximo avión —contesté.

—Por favor, ven rápido, bhai —pidió—. Están muy enfadados.

Lo que quería decir es que temía por mi seguridad, expuesto como estaba en ese

país extranjero, aquí, en esa suite de gran hotel, sin ningún guardaespaldas. Por eso estaba siendo tan cuidadoso y críptico, incluso en una línea segura.

—Entiendo —contesté—. No te preocupes. Voy de camino.

Me despedí de Zoya, y me fui.

—¿Por qué lo hiciste, Ganesh? —preguntó Kulkarni, que ahora estaba actuando como un profesor severo—. ¿Por qué?

—Necesitábamos samaan para nuestra propia gente.

—No me mientas. En los envíos que interceptó la policía había ciento sesenta y dos rifles AK-56, cuarenta pistolas automáticas y dieciocho mil balas de munición. Eso no es para uso personal, Ganesh. Es armamento para una guerra.

—Habríamos vendido algo. Es un buen negocio, y los ingresos de todas las otras fuentes son bajos. Toda la economía está a la baja. Como sabes, saab.

Volvió a la carga, agudo y rápido:

—¿Trabajas con alguien? ¿Estas armas iban destinadas específicamente a alguien? ¿Algún grupo, algún partido?

—No, no, saab. Tan solo necesitamos el dinero, y este era un buen mercado. Ya sabes cómo es hoy en día la situación del país, todo el mundo quiere estar seguro frente a todo el mundo. Solo éramos distribuidores, para todo el mundo.

Sudaba. Estaba de vuelta en el yate, en aguas de Phuket, y estaba cubierto y protegido por todas partes, pero sabía que nuestra situación era muy seria. Teníamos un problema. Y Kulkarni me estaba haciendo saber exactamente lo grave que era nuestro problema. En estos momentos deseaba que K.D. Yadav no se hubiese jubilado, y que todavía manejase mi negocio con su organización. Era un hombre realista, entendía nuestras necesidades. Este bastardo de Kulkarni hablaba conmigo como con un niño al que hubiese atrapado con mercancías robadas.

—Hemos pasado por alto tus otros proyectos y negocios —continuó—. Pero esto... no sé si podemos pasar esto por alto. Incluso en la organización, aquellos que se opusieron a tener relación contigo ahora están completamente justificados. —Sin duda él mismo estaba muy enfadado—. ¿Cuántos envíos hubo?

Sabía que no iba a creerse que solo hubo ese envío, así que le dije que hubo uno más, uno mucho más pequeño. Le dije que no habría ningún otro. Intenté hablar con él para sacarle del enfado, y le dije lo leal que era. Le recordé todas las operaciones que había llevado a cabo para su organización, toda la información ardua y completamente fiable que les había proporcionado. Hice alusiones a nuestras numerosas conversaciones, y a mis años de trabajo con el señor Kumar. Permaneció adusto, e inflexible, y continuó hurgando para conseguir más datos sobre nuestro negocio de armas. Lo esquivé, le conté tan poco como pude y al final colgué el teléfono sintiéndome agobiado y preocupado.

Arvind había venido desde Singapur, y estaba dando vueltas afuera en cubierta.

Estaba al teléfono con Bombay, tratando de rastrear el caso policial mientras se desarrollaba, siguiendo chivatazos de nuestras fuentes dentro del departamento. Esperé. No salió la luna aquella noche, y el agua movía su superficie negra plateada en los rabillos de mis ojos. Alguien me estaba observando. Estaba seguro de ello. Estaban ahí fuera. Tal vez estaban escuchando la conversación de Arvind por teléfono. Se suponía que el aparato era seguro, pero cualquier cosa segura podía resquebrajarse. El señor Kumar me lo había enseñado.

Arvind colgó el teléfono con el pulgar.

—Nada nuevo, bhai —afirmó—. Van a dar una rueda de prensa mañana por la mañana a las diez. Quizá surja algo nuevo entonces.

Todavía no sabíamos de qué forma la policía había descubierto nuestros envíos. No sabíamos cómo habían relacionado los envíos con nosotros. Tuvieron buena información. ¿Quién se la había proporcionado? ¿Suleiman Isa y sus hombres? ¿O es que la policía tenía sus propios informantes en altos puestos de nuestra banda? Bastante posible. Tendríamos que investigar. Pero tenía una preocupación urgente, apremiante. Nuestro comercio de patatas estaba en peligro. Tenía que advertir a nuestro cliente. Tenía que acudir a Gurú-ji.

Una vez más Gurú-ji me predijo el futuro, y en esta ocasión me salvó la vida. Me reuní con él en Munich, donde estaba llevando a cabo un taller de cinco días y una yagna. Volé solo. Arvind y Bunty intentaron impedir que fuese, y después trataron de que me acompañase medio batallón de pistoleros. Les dije que estaba mucho más seguro solo, que me protegía mi cara nueva. Se lo demostré: caminé al lado de hombres que habían trabajado para mí durante años, y ninguno de ellos me reconoció. Mientras no llamase la atención, estaría protegido.

Por supuesto, la seguridad de Gurú-ji era primordial en mis pensamientos, y no tenía ningún deseo de mancillar su reputación en modo alguno. Ya no confiaba en nuestros métodos de comunicación habituales, no sabía si la tecnología que utilizábamos seguía siendo segura. Nuestros expertos estaban consiguiendo aparatos nuevos, software nuevo, métodos nuevos. Pero necesitaba hablar con Gurú-ji. De modo que corrí el riesgo de ir solo a un país extranjero. Me aproximé del mismo modo que antes, en Bombay. Asistí a la yagna de Munich y esperé después para tener una audiencia. Solo que esta vez él sabía que yo iba.

Llegué a Munich a las cinco de la tarde y encontré la sala en la que Gurú-ji había realizado sus talleres. La yagna era una miniatura de la que hizo en Bombay, y mientras las llamas brincaban y bailaban él habló de los ciclos de la historia. Me senté en la parte trasera de la sala y le observé por encima de las tilas ordenadas de cabezas firangi. Había pantallas de televisión colgando del techo de la sala, pero solo miré a Gurú-ji de forma directa, forcé la vista y la enfoqué en él. Después de todos esos meses con su voz a través del teléfono y sus ojos en fotografías borrosas en los

periódicos, quería una darshan directa. Y sentí su presencia, su gran atinan y la paz que me proporcionaba. Me sentí aliviado, curado, reanimado. Solo quienes le han visto en persona saben qué luz mana de él, qué alcance de claridad encendida surge de su darshan. Me enderecé como un niño entusiasmado, y aprendí de él. Estaba hablando de nuestros tiempos, de la turbulencia que revolvía nuestro mundo.

—No tengáis miedo —decía, en su hindi estruendoso, con interpretación simultánea al alemán—. En los últimos siglos, habéis oído a la gente hablar de «progreso», pero solo habéis visto sufrimiento y destrucción. Os han aterrado con la propia ciencia, por su codicia y poder amoral. Vuestros políticos os dicen que las cosas están mejorando, pero sabéis que van a peor. Y el miedo se apodera de vosotros. Yo os digo: no tengáis miedo. Nos acercamos a una época de gran cambio. Es inevitable, es necesario, sucederá y tiene que suceder. Y las señales del cambio están todas a nuestro alrededor. El tiempo y la historia son como una ola, como una tormenta constructora. Nos acercamos a la cresta, al arranque. Podéis sentirlo, sé que podéis, es un ascenso de emoción en vuestro propio cuerpo también. Los acontecimientos aumentan de intensidad, se suceden unos a otros. Pero en esta vorágine está la promesa de la paz. Solo después de la explosión, hallaremos silencio y un mundo nuevo. Eso es seguro. No dudéis del futuro. Os lo aseguro, la humanidad se adentrará en una época dorada de amor, de abundancia, de paz. De modo que no tengáis miedo.

Le escuchaba y no tenía miedo, aunque tenía motivos para ello. Había acudido a él con un estómago nervioso lleno de problemas, un espíritu cansado, y el coraje puesto a prueba. Había acudido a él, dejando atrás a mis hombres y mi protección, porque necesitaba estar en su presencia. Y ya, en unos pocos minutos, me había calmado. Creí sintiéndome escéptico hacia los sadhus y los santos, siempre pensé que eran charlatanes y embaucadores y estafadores, pero ahí estaba el hombre que quebró el escudo de mi duda con su poder indescriptible. Puedes darte el gusto de las satisfacciones amargas del escepticismo, puedes considerarme débil de carácter, un idiota paralizado buscando consuelo, un hombre inseguro que quería una muleta. Todos esos pensamientos —yo también los tuve— son tapaojos ante la verdad, ante la realidad en sí misma, que simplemente era la paz que sentía al estar sentado en la misma habitación que él. Por supuesto no era solo yo el que lograba esa tranquilidad, sino también todos aquellos alemanes de la sala. Y otros miles por todo el mundo, que respondían a él, a su llamada, a sus enseñanzas. Tenía ese efecto. Llámalo «carisma», si eso tranquiliza tu deseo de cierta lógica limitada. Esa era precisamente la trampa de la razón sobre la que Gurú-ji habló al final de su sermón aquella noche.

—Escuchad vuestro corazón —continuó—. La razón puede estar en el camino hacia la sabiduría, como un vigilante con lathi. La lógica es buena, es poderosa, la utilizamos todos los días. Nos da control sobre el mundo en que vivimos, posibilita nuestra vida diaria. Pero incluso la ciencia nos dice que la lógica cotidiana finalmente no puede describir la realidad del mundo en que vivimos. El tiempo se contrae y se

expande, nos dijo Einstein. El espacio se curva. Bajo el nivel del átomo, las partículas pasan unas a través de otras, una partícula existe en dos lugares al mismo tiempo. La realidad en sí, la realidad real, es la visión de un loco, una alucinación que la mente del pequeño individuo humano no puede sostener. Debéis hacer estallar el ego, reconocer en la razón cotidiana a la carcelera pequeña y restrictiva que es. Debéis dejarla atrás, para adentraros en la extensión ilimitada que hay más allá. Allí os espera la realidad.

Le esperé pacientemente, después de que terminase el sermón. La habitual fila de devotos estaba esperando para hablar con él. Me senté en una silla en la sala que se estaba quedando vacía, mientras los sadhus dejaban pasar a los alemanes uno a uno a una habitación privada que había a un lado. No me preocupaba que pusieran fin a las audiencias antes de que me llegase el turno, esta vez Gurú-ji sabía que iba. De modo que estaba contento de sentarme y observar a los firangis al salir de sus darshans personales, sonriendo, transformados.

—¿Eres indio?

Era una de las alemanas. Llevaba un sari rojo oscuro y el pelo rubio peinado hacia arriba en un *jooda* en la parte de atrás de la cabeza. Llevaba un mangalsutra en el cuello, y sindur en el pelo. Era joven, quizá tenía veintitantos, pero parecía una madre india tradicional de hacía treinta años; en cualquier caso, de una ciudad pequeña.

—Sí —contesté.

—¿De dónde? —preguntó.

Su inglés era claro y estruendoso. Había oído ese acento en las playas de Phuket.

—De... de Nashik —respondí.

—No he ido —dijo—. Pero Nagpur, ¿conoces Nagpur?

Asentí.

—Gurú-ji me desposó allí, y me dio un nuevo nombre.

—¿Gurú-ji te desposó? ¿A ti?

—No, no, me desposó con mi marido. Con Sukumar.

—Sukumar, ¿es indio?

—No, también es alemán. Después de conocerle me hice discípula de Gurú-ji. Luego Gurú-ji nos casó.

—Y te dio un nombre nuevo.

—Soy Sita.

—Un nombre muy bueno.

—Gurú-ji dice que es un ideal elevado.

—¿Qué?

Hizo gestos hacia arriba, hacia los cielos.

—Sita es una buena mujer.

Esta Sita tenía los ojos azules y brillantes, y un semblante feliz, sonriente. Le devolví la sonrisa.

—Sita era la mejor mujer.

Uno de los sadhus me hizo un gesto en aquel momento. Era mi turno.

—Adiós —le dije a Sita.

—Namaste —contestó ella, con un pliegue elegante de las manos y una reverencia profunda—. Siempre es agradable conocer a alguien de casa.

Me puse de pie, y combatí contra un mareo repentino. Estaba cansado, sí, demasiado viaje en poco tiempo. Me quedé de pie junto a la puerta verde que daba a la habitación privada, flanqueada por dos sadhus, ambos firangis con barbas marrones pobladas. Los dos estaban totalmente tranquilos, bastante callados. Entonces la puerta se abrió, y entré.

Gurú-ji estaba sentado sobre un gadda cerca de la chimenea, y su pelo era un halo plateado. Habían movido hacia un lado las sillas y sotas —debía de ser una sala de reuniones—, dejando el espacio abierto que le gustaba a él. Me observó al acercarme. Me arrodillé delante de él, y toqué el suelo con la frente, agarrado a sus pies. Me puso la mano derecha sobre la cabeza y saludó:

—Jite raho, beta.

Me cogió de los hombros y me levantó.

Me quedé callado, debería haber dicho algo, como gratitud por su bendición, pero me contuve.

—¿Cómo te llamas, beta?

No había planeado este silencio por mi parte, no tenía intención de probar a Gurú-ji. Pero de repente quise que me reconociera. Ningún otro hombre o mujer habría visto a través del disfraz de mi rostro nuevo. Pero Gurú-ji conocía mi alma, conocía incluso el fragmento pequeño, duro, como de ceniza, que había en el centro, que jamás le había mostrado a nadie. Conocía la suavidad y el anhelo que yacían bajo aquella superficie negra. En ese momento Gurú-ji aguardaba, expectante.

—¿Estás mudo? —preguntó—. ¿No puedes hablar?

Una sonrisa se deslizó por mi cara, estaba siendo muy estúpido, pero el hecho de que creyera que era mudo me hizo mucha gracia. Me quedé allí arrodillado, sonriendo.

—¿Ganesh? —preguntó.

Me quedé asombrado. Quería que me reconociese, pero no esperaba que lo hiciera. Tan solo era un deseo, desde lo más profundo de mi ser. Hay muchos deseos que flotan cerca de la superficie de nuestra piel, y yo había logrado muchos de ellos: poder, dinero, mujeres. Pero hay deseos tan profundos que no se nombran, ni siquiera ante uno mismo. Operan como flujos subterráneos de líquido fundido, sobre los que se mueven los continentes. En ocasiones estallan con la furia de los volcanes, y después se desvanecen, vuelven de nuevo bajo tierra. Ese es el verdadero infierno, donde el deseo hierve eternamente. Quise, como un niño, ser nombrado y reconocido. Y Gurú-ji lo hizo.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo lo has sabido?

—¿De verdad crees que puedes esconderte de mí?

Me dio unas palmadas en la mejilla, después me abrazó fuerte.

—Gurú-ji.

Me reía. Con tocarme una vez, me rescató del agotamiento, el enfado, el miedo. Por eso acudía a él, cruzando el mundo y solo. Le sujeté las manos.

—Gurú-ji, sé que verme es...

Negó con la cabeza.

—Aquí no.

Llamó a uno de sus sadhus, le dijo que yo era un bhakt llamado Arjun Kerkar, que tenía un problema muy íntimo que requeriría una consulta larga. Su personal parecía habituado a esto. Gurú-ji se encaramó a su silla de ruedas con un movimiento poderoso, y le seguí para bajar al garaje. Había un tramo de siete escalones desde el vestíbulo del ascensor hasta el garaje, y lo recorrió con facilidad en su silla de ruedas. Las gruesas ruedas negras apenas hacían sonar zumbidos y chasquidos, y la silla bajaba bailando las escaleras, perfectamente equilibrada.

—Excelente, Gurú-ji —comenté.

—Último modelo, Arjun —me contestó, con un destello de dientes por encima del hombro—. Todo está informatizado. Puedo sostenerme sobre dos ruedas. Mira.

Y lo hizo, girando lentamente sobre sus dos ruedas. Aplaudí. Había una furgoneta especial esperando en el garaje, con una rampa para que entrase la silla de ruedas, y nos fuimos veloces a la casa en la que Gurú-ji se alojaba, la mansión de un devoto justo al salir de la ciudad. Todo estaba organizado de forma eficaz, y los sadhus hablaban unos con otros mediante pequeños walkie-talkies, y no hubo retrasos ni movimientos en balde. En quince minutos estábamos en la suite de Gurú-ji, que habían acondicionado exactamente como le gustaba, con flores frescas en cada habitación, y frutas sobre la mesa, y sus CD de música de sitar y cantos devotos junto a la cama. Me quité los zapatos, y encontré una silla cómoda en una antesala pequeña. Esperé. Gurú-ji tomó un baño, dictó algunas cartas imprescindibles a sus asesores y después hizo que se retirasen. Me hizo pasar, y lo encontré sentado encima de la cama que había en el centro de la habitación, vestido con una kurta blanca de seda y un dhoti.

—Ven —dijo, señalando una silla que había junto a la cama—. Siéntate. Cuéntame, ¿cuándo te hiciste eso en la cara? ¿Por qué?

Así que se lo conté. Por supuesto estuvo de acuerdo con el asunto de la seguridad, pero también dijo que había sentido el impulso de renovarme por el cambio que se avecinaba.

—Un mundo nuevo necesita a un hombre nuevo. Y te has renovado a ti mismo. Sentiste la necesidad de hacerlo, escuchaste la llamada de los tiempos, Arjun. Creo que ese es el nombre nuevo adecuado para tu nuevo yo. Te llamaré «Arjun» desde ahora. Serás Arjun, el que me engañó.

—Solo durante diez segundos, Gurú-ji. Eres el único que me ha reconocido.

—Es un buen rostro, Arjun. Nadie lo sabrá. Ahora dime por qué querías que nos



viésemos.

Me siguió con atención, mientras le contaba el desastre reciente. Le dije que por supuesto ninguna operación es totalmente infalible, que me había protegido del tráfico de armas con muchas capas de delegaciones por la banda, y había utilizado a grupos semiindependientes. Y habíamos proporcionado algunos arrestos a la policía de Uttar Pradesh, hombres de poca monta que pensábamos que les dejarían satisfechos, les calmarían. Pero tenían más información de la que creíamos, y habían realizado más investigaciones, y finalmente me había visto implicado. Mi idea era que parte de este celo implacable estaba siendo financiado y alimentado con información desde Dubai y Karachi, por Suleiman Isa y sus hombres. Estaban utilizando a su gente en la policía para llevar a cabo una nueva campaña en su guerra contra nosotros. Y así la policía —tanto la de Uttar Pradesh como la de Marahashtra— nos estaba apretando duro.

—Sí —contestó Gurú-ji—. Sí, Arjun.

Ante estos desastres, todavía se mantenía como una estatua en un templo.

—¿Saben de mí?

—Tú... no, no, Gurú-ji. Jamás. Se te ha mantenido completamente fuera de la operación, tu nombre nunca se ha mencionado. De hecho, nadie de mi banda sabe sobre ti. He mantenido una seguridad total. He venido solo, sin hombres, sin cobertura. No hay amenaza hacia ti por mi parte, me he asegurado de eso. Pero creo que debemos alejarnos del movimiento de armas. Ahora mismo está demasiado caliente.

—Sí, Arjun. En general, estoy de acuerdo. Pero déjame que medite eso. —Alargó la mano, la puso sobre mi hombro—. Pareces cansado. Ahora duerme. Hablaremos por la mañana. Hay una cama para ti en la habitación pequeña.

Tenía razón. Había cruzado el mundo, y antes de hacerlo hubo muchos días de conflicto y malas noticias. Me sentía exprimido, disminuido, como si apenas me mantuviese en un estado de vigilia. Me sostuvo la cabeza con la mano, como bendición, y sentí que me deslizaba sin temor en el sueño. Sus ojos eran oscuros, opacos, enormes. Me levantó, y me abrazó.

—Ve a dormir. Pensaré en ello. Por la mañana decidiremos cómo actuar.

Me tambaleé hasta la habitación que había a un lado de la suite, me desplomé sobre la cama. Apenas tuve fuerzas para ponerme de costado, y entonces me dormí.

Me desperté con el sonido de mantras. Me incorporé, y estuve despierto de inmediato. Mientras cruzaba la suite, de repente fui consciente de qué hambriento estaba, qué vivo. Tenía los hombros fuertes y relajados, notaba cómo se movía la sangre en mi pecho, tenía sándalo en la garganta. Me reí. Me sentía como si hubiese renacido. Una noche durmiendo cerca de Gurú-ji y volvía a ser joven.

Los ventanales en la parte este de la suite se abrían a un jardín, y pude ver a Gurú-ji y los sadhus haciendo una puja. Estaban sentados en un cuadrado, con Gurú-ji en el centro frente a un fuego pequeño. Me senté con las piernas cruzadas cerca de la

ventana, lejos de ellos, y observé. Era muy temprano, y bajo el gris profundo de este cielo extranjero un resplandor leve iluminaba sus rostros. No conocía los mantras. Debía de ser una ceremonia solo para sadhus, pensé, y me contenté con quedarme sentado y escuchar.

Pero, después, Gurú-ji me explicó el ritual. Al amanecer, me dijo, meditaban sobre el cambio. A través de esta pequeña yagna, continuó, trabajaban para traer un cambio al mundo. El universo era consciente en sí mismo, en interacción con la materia, en sí mismo solo era energía. La conciencia conjunta de los monjes y el enorme poder espiritual del propio Gurú-ji movían la conciencia universal hacia la transformación.

—La historia tiene una forma, Arjun —afirmó—. El universo es un milagro del diseño. Hemos hablado de esto antes. Mira este jardín. Por cada insecto hay un depredador. Por cada flor hay una función. Algunos científicos todavía observan toda esta belleza pero insisten en que es el resultado de mera selección al azar, de casualidad y nada más. Están ciegos. Están asustados. Olvídate de la casualidad, míralo con la visión adecuada, y el caos revela diseños. La pregunta es: ¿eres capaz de leer sus señales, entender su lenguaje? La pregunta es: ¿puedes ver a través de las superficies? Tú y yo estamos aquí sentados, Arjun, hablando el uno con el otro en un jardín. El sol está saliendo. ¿Todo esto es solo azar, sin significado? ¿No hay una dirección para todo? —Con un movimiento amplio del brazo abarcó la tierra, a nosotros y el cielo—. Mira en tu interior, Arjun. Siente la verdad dentro de ti. Y dime, ¿quién es el creador de esta dirección?

Sabía la respuesta a esta pregunta.

—La conciencia.

—Indudablemente. ¿Y sabes dónde está esa conciencia? ¿Dónde vive?

—¿En todas partes?

—Sí. Y en nosotros. Tú eres Él, Arjun. Tu conciencia es la conciencia universal. No hay diferencia. Si puedes saber esto, saber esto de verdad, entonces no hay nada que no puedas hacer. Puedes dar forma a la historia en sí misma. Dejando atrás la mente, el vira puede dirigir acontecimientos. Puede mover el tiempo hacia la transformación.

Asentí.

—Entiendo, Gurú-ji. ¿Qué quieres que haga?

—Tenemos que llevar a cabo una misión más, Aijun, la última.

Quería hacer un viaje, un envío. La carga no era demasiado voluminosa, ni pesada. Había algo de dinero en efectivo —principalmente rupias, pero también algunos dólares— que se había recaudado en el extranjero y que ahora necesitaba entrar en el país. Había algún equipamiento de laboratorio, que la gente de Gurú-ji necesitaba para llevar a cabo algunos experimentos agrícolas en el Panjab. Eso lo podían haber transportado por canales normales, pero la autorización de la aduana tardaría semanas, quizá meses, y se atrasaría trabajo importante. Y por último había

algo de equipamiento informático, que también se necesitaba con urgencia. Nada de armas, nada de munición. Muy sencillo, e incluso libre de las actividades específicas por las que Kulkarni estaba enfadado.

—No te pediría esto, Arjun —dijo Gurú-ji—, si no fuese vital. Sin este cargamento, nuestro trabajo de muchos años quedaría sin hacer, incompleto. Por supuesto podría moverlo con facilidad por otros medios. Pero tú y yo tenemos una historia. Tenemos confianza. Solo confío en ti para hacer esto por mí. Y en este envío, no debe haber fallos. Arjun, sé que corres un gran peligro. De modo que no voy a decirte que debes hacer esto por mí. Pero te lo pido, y te dejo a ti la decisión.

Por supuesto acepté. Me sentía obligado, como discípulo suyo. Y le debía mucho, él me había salvado una y otra vez, de muchas formas. Le dije que lo haría, que comenzaría a planearlo tan pronto como regresase a aguas tailandesas. Después le pedí pasar otro día con él. Era un riesgo para ambos, pero me veía obligado a suplicárselo. Tenía una premonición, una certeza densa de que no volvería a verle. Se lo dije, y aceptó con tranquilidad.

—Sí, es cierto —respondió—. Yo también lo sé.

—¿Puedes verlo?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé. No puedo verlo, pero veo eso, que este es nuestro último encuentro.

—¿Cómo es que ambos lo sabemos? ¿Ya ha sucedido, lo que sea que vaya a pasar? Pero ¿cómo puede ser?

—Nuestras mentes pequeñas piensan que el tiempo es como una única vía de tren, Arjun, que siempre va hacia delante, hacia el futuro. Pero el tiempo es mucho más sutil que eso.

—¿Ya estamos separados, en el futuro?

Gurú-ji negó con la cabeza.

—Cada momento contiene un número de probabilidades. Hay elecciones que podemos tomar a cada minuto. No somos máquinas moviéndonos sobre una vía férrea, no. Pero no hay algo como la libertad total. Estamos atados a nuestros pasados, a las consecuencias de nuestras acciones. Podemos inclinarnos hacia tal o cual opción, en el entramado de acontecimientos. Y a veces las probabilidades convergen en un nodo, en algo que se acerca a la certeza. Y entonces, si eres capaz de escuchar, de ver, lo sabes.

De modo que ambos lo sabíamos. No tenía la pretensión de ser un profeta como Gurú-ji, de tener sus poderes espirituales o su perspicacia. Pero lo sabía.

—De acuerdo, Gurú-ji. Recuerdo que en uno de tus pravachans dijiste que en cada encuentro ya está el comienzo de la pérdida.

—Sí. Nos encontramos unos a otros solo para perdernos. La pérdida es inevitable.

—De modo que no hace falta entristecerse. Tal vez volvamos a encontrarnos.

—Tal vez. Pero Arjun, aunque no vayamos a vernos cara a cara, no quiero

perderte demasiado pronto en esta vida.

—¿Gurú-ji?

—Veo peligro para ti en el este. Veo un gran peligro.

—¿De dónde, Gurú-ji? ¿De quién?

—No sé. Pero hay peligro para tu vida. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Como siempre. Tendré incluso más cuidado. Incluso más.

—Velaré por ti.

Así, dimos un paseo. No había nada más que decir o hacer. Vivía en peligro, llevaba años haciéndolo, y ahora Gurú-ji me había hecho una advertencia. Estaría incluso más alerta, si cabía. A Gurú-ji le gustaba la vegetación, le encantaban las flores y los árboles, había hablado de eso a menudo en sus sermones, sobre la necesidad de preservar el medio ambiente. En el centro de Munich había un parque, y fuimos allí, solo Gurú-ji y yo y dos de sus sadhus. Los sadhus caminaban a cierta distancia detrás de nosotros, sin poder oírlos. Gurú-ji y yo hablamos de cosas normales y corrientes, sobre el precio del oro, y el número creciente de niños con sobrepeso en las clases medias de la India, y la próxima generación de ordenadores, y cambio climático mundial y las implicaciones para el monzón. Después de las conversaciones cósmicas que habíamos tenido últimamente, era un alivio volver a pisar tierra, a ese día de verano con familias que paseaban, y niños que miraban fijamente a Gurú-ji, y perros que brincaban. Los niños más valientes se acercaron a Gurú-ji, y él habló y rió con ellos. Mirándoles, pensé que esa era una toma perfecta: la extensión de césped, los árboles de copas pesadas moviéndose con suavidad por la brisa, el sol generoso, Gurú-ji con la cabeza bien inclinada, y los cuellos estrechos y pálidos de los niños que se apiñaban a su alrededor. Recuerda esto, me dije a mí mismo, preséncialo y recuérdalo siempre.

Traté de ver a Gurú-ji con claridad. Era tan inteligente, tan avanzado, que de alguna forma estaba alejado del mundo de los hombres y mujeres. Sabía que valoraba la limpieza, que le gustaban los jardines y la vegetación, que tenía conocimientos en cantidades inmensas sobre temas misteriosos, que le gustaba enterarse de los últimos avances de la tecnología tan pronto como pasaban. Pero sin embargo se cernía un poco sobre la tierra, no podía conocerle como conocía a Arvind, o a Suhasini, o a Bunty. A ellos les conocía como a mí mismo, sabía la forma de sus deseos, a qué tenían miedo, cómo pensaban. Podía predecir qué harían, y podía hacerles querer ciertas cosas, podía dirigirles y controlarles. Les tenía.

Pero Gurú-ji, cuando intentaba pensar en él, cuando me lo imaginaba, aparecía en mis pensamientos como una de esas imágenes de calendario de Vivekananda o Paramhansa, vividas e inolvidables pero no del todo humanas, más que humanas. No podía captarlo del todo, a mi Gurú-ji. Incluso cuando se deslizaba con su silla de ruedas unos centímetros por delante de mí, echándose hacia atrás sobre dos ruedas, seguido por una cola de cometa de niños riendo. En una ocasión le pregunté por su familia, y me habló bastante abiertamente de su padre que trabajaba en las fuerzas

aéreas, que mantenía en funcionamiento los aviones de combate del país y tenía un problema con la bebida. Y de su madre, que sufría de asma y lloró copiosamente cuando tuvo lugar su accidente de moto, pero que fue su principal apoyo en su búsqueda de conocimiento espiritual, y su primera devota. Conocía sus gustos con la comida, que era vegetariano pero nada exigente, que compartiría la precaria comida de un agricultor pobre y la disfrutaría con el mismo entusiasmo que sentiría con el té lujoso de un primer ministro. Sabía todo esto, y sin embargo sabía que no le conocía en absoluto. Permanecía oculto tras aquella mirada firme, aquella forma de abarcar que devolvía amor y paz y certeza. Tal vez estaba siendo impertinente, pensé mientras caminaba por detrás de él, al esperar que pudiera entenderle como entendía a otros hombres, él había dejado atrás el ego, y se había convertido en algo divino. Y yo todavía no estaba lo bastante cerca de la divinidad como para comprender esta devoción. Tratar de hacerlo era en sí mismo un acto del ego, un movimiento de orgullo. Todo lo que podía esperar adecuadamente era aquel momento de darshan, una conexión fugaz. No obstante, sentía las ganas de intentarlo. Caminé hacia él, pasando por el lado de los niños, y le pregunté:

—¿Gurú-ji?

—Sí, Aijun.

—Tengo una pregunta. A lo mejor es impertinente.

—Mucho mejor. Hazla.

—¿Alguna vez has estado enamorado, Gurú-ji?

—Todo el tiempo, Arjun.

—No así, Gurú-ji. Sé que me quieres, y a ellos —señalé a los niños—... me refiero de alguien, *Ishq, pyaar, muhabbat*, Gurú-ji. ¿Alguna vez has sido *deewana*?

—Era muy joven cuando me pasó esto —respondió, señalando sus piernas.

—¿Así que, nunca?

Pensé que ya sabía la respuesta. Un hombre que se había dado cuenta de su propia esencia suprema amaba por igual a toda la creación, no tendría necesidad de esa ceguera parcial, fragmentada, que era el amor por otra persona. Si eras el mismísimo brahman, ¿para qué necesitabas convertirte en Majnún? Pero Gurú-ji me sorprendió.

—¿Un *deewana*? Sí, quizá una vez. Antes del accidente. Cuando era muy joven.

—No, ¿de verdad?

—Sí, en serio. Nos veíamos todos los días porque vivíamos en casas vecinas, y aun así las horas que pasábamos separados eran una tortura —sonrió—. ¿Te refieres a eso, Ganesh?

—Sí, Gurú-ji —contesté con entusiasmo—. Y cuando la veías, temías cada minuto porque el tiempo iba pasando.

Un niño sonriente de ojos azules le habló a Gurú-ji en alemán, y Gurú-ji le contestó muy serio. Me hizo una señal con la cabeza —por encima del pequeño hombro del niño— y replicó:

—Sí. Como si tu otra mitad estuviera cerca de ti por un momento, pero te la

fuesen a arrebatarse.

Apliqué la asfixia que sentía en la garganta. De modo que era un hombre después de todo, un común mortal que había sufrido esas punzadas, y había sentido la pérdida.

—¿Cómo se llamaba, Gurú-ji?

Dio unas palmadas al niño en el hombro, le hizo irse. Miraba hacia mí, pero viendo otra cosa, a alguien muy lejano.

—¿Qué importa, Arjun? Los nombres se pierden en el tiempo. Todo encaprichamiento conduce a la pérdida.

—¿Entonces qué pasó, Gurú-ji? ¿La enviaron lejos?

—Eso pasó. Y yo me fui, hacia la herida y después hacia mi interior.

Entonces se convirtió en nuestro Gurú, y ahora nos amaba a nosotros en vez de a ella, quienquiera que hubiese sido. Sin duda, ella también recordaba su amor, pero tal vez le consoló el hecho de que él todavía la amase, de una forma mucho más profunda que el simple amor de un mortal pequeño, ignorante, por otro. No obstante me consolaba el saber que Gurú-ji fue como yo en una ocasión.

—Gracias —dije—. Gurú-ji, gracias por contármelo.

—No es nada —respondió, y miraba por encima de su hombro al grupo de niños, que se habían apartado hacia un lado, y ahora estaban corriendo por los campos en un fogonazo de piernas doradas, con aquel niño a la cabeza.

En ese momento se acercaron los sadhus, y me quedé atrás, acarreado como un tesoro nuevo en el pecho mi conocimiento de un joven enamorado. Seguimos paseando.

Uno de los sadhus hablaba con Gurú-ji en francés. Ese sadhu era suizo, un tipo que se estaba quedando calvo, pelirrojo, a quien se le había dado el nombre de Prem Shantam. Gurú-ji tenía gente de todo tipo entre sus seguidores, y hablaba retazos de muchas lenguas. Entonces se giró hacia mí:

—¡Arjun!

Acelere el paso.

—¿Gurú-ji?

—Prem me está diciendo que allá delante hay una zona del parque en la que estos alemanes abandonan todo recato. Están tumbados sin ropa alguna. Sugiere que no vayamos hacia allí.

—Tal vez deberíamos evitarlo, Gurú-ji.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de ver sus cuerpos?

—¿Yo? No, en absoluto. Estoy acostumbrado, Gurú-ji, por Tailandia y todo eso.

Así que seguimos hacia delante, descendiendo por el lado de un río brillante. Y allí estaban los alemanes desnudos, la mayoría hombres, tumbados sobre el césped y paseando con naturalidad, pasando poca vergüenza. Los había visto en playas lejanas, me resultaba familiar su piel blanca, sus traseros arrugados. Pero aquí me sentía un tanto inquieto. Aquí, en esta ciudad de iglesias y chapiteles altos, esta exhibición no tenía sentido.

Prem comentó algo, y Gurú-ji me tradujo, todavía mirando hacia la orilla del río.

—Dice que lo llaman «cultura del cuerpo libre». No creo que sea libre, o culto. Están engañados. Hay un tiempo y un lugar y una edad para todo. Hay etapas de la vida en las que ciertas cosas son adecuadas. Un sadhu que medita desnudo en una jungla está verdaderamente desnudo. Ha dejado atrás toda cultura. Esta gente todavía está vestida en las trampas del lenguaje. Creen que son libres, pero están delimitados por su rebelión contra la vergüenza apropiada. Es cierto que vivimos en kaliyuga, cuando todo está patas arriba.

Había unas pocas mujeres entre la gente desnuda, y dos de ellas nos estaban mirando en ese momento. Una tenía el pelo claro, típicamente alemán, pero la otra tenía el pelo negro, espeso, rizado, y era muy alta. Seguro que era alemana, pero tenía la piel bronceada.

—Vamos —dijo Gurú-ji. Dobló las manos haciendo un gesto de namaste a las chicas—. Pensarán que las miramos por curiosidad lasciva.

Hizo girar su silla de ruedas. Mientras nos alejábamos, apartándonos del río, miré hacia atrás y la morena todavía nos observaba. Gurú-ji tenía razón, era una descarada, no tenía miedo a nada. Kutiya. Pero, para cuando volvimos a la entrada del parque, me había olvidado de ella. Estaba con Gurú-ji, y de mucho mejor humor de lo habitual. La irritación vino y se fue. Regresamos a la mansión, y tomamos una comida tranquila en el salón grande, los sadhus y Gurú-ji y yo. Y después nos sentamos de nuevo en el jardín cerca de los dormitorios, disfrutando de la luz del sol. Estaba somnoliento y relajado, contento, en absoluto triste. Si esto era un nodo en el tiempo, todas las probabilidades se habían reducido a este silencio. Estaba en paz.

—Hay algo de lo que no me has hablado, Arjun —comentó Gurú-ji de repente—. ¿Hay algo más?

Por supuesto que lo había. Debería haber hecho algo mejor que escondérselo. Siempre lo sabía. Y no solo conmigo: en su página web había testimonios de docenas, cientos de devotos de todo el mundo que hablaban de su capacidad para notar sus problemas, ver a través de sus vacilaciones. De alguna manera, lo sabía.

—Es algo muy pequeño, Gurú-ji. Después de todas las cosas grandes de las que hemos hablado, parece ridículo mencionarlo siquiera. Por eso me lo he callado.

—Arjun, nada es pequeño si te molesta. Un pequeño grano de arena puede parar una máquina potente. Tu conciencia controla el mundo que creas, y si tienes la mente tullida, tu mundo también se viene abajo. Así que, cuéntame.

—Es la chica.

—¿La chica musulmana?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Nada exactamente. Quiero decir, en estos momentos no la veo tan a menudo. Está muy ocupada con sus películas y su trabajo. Y yo también tengo mucho que hacer. Cuando nos encontramos, todo está bien. Es preciosa. Es obediente.

—¿Pero?

—Pero a veces tengo miedo. No sé. No sé si realmente me quiere. La miro y observo sus ojos, pero no lo sé. Dice que sí. Pero ¿me quiere?

Gurú-ji negó con la cabeza.

—Esa no es una pregunta pequeña, Arjun. Es una gran pregunta. Ni siquiera los sabios pueden mirar en el interior del corazón de una mujer. El mismo Vatsayayana escribió: «Uno nunca sabe lo profundamente enamorada que está una mujer, ni siquiera cuando es su amante». Eso es justo lo que pasa aquí, lo que te pasa a ti.

—Pero tú, Gurú-ji, ¿lo sabes?

—No, no lo sé. E incluso si te dijera «Sí, te quiere», ¿qué pasaría? ¿Estás seguro de que eso mismo sería cierto mañana? Las mujeres son volubles, Arjun. No pueden controlar sus emociones, son variables como la *prakriti* en sí misma. ¿Intentarías amar al clima por su constancia, o al río por permanecer en un lugar durante toda la eternidad? Este amor del cuerpo no es amor. Es solo un capricho momentáneo.

—Entonces ¿por qué regresa a mí? ¿Finge?

—Es implacable, Arjun. Mientras obtenga algo de ti, sentirás que podría amarte. Esa es la habilidad de la prostituta. Es una habilidad que surge de forma natural en las mujeres. No es culpa suya, deben actuar según de qué están hechas. Son débiles, y los débiles tienen ese tipo de armas: mentiras, evasivas, interpretaciones.

Debí de parecerle triste, o exhausto, porque se acercó más a mí, de forma que pudo descansar una mano sobre mi muñeca.

—Solo puedes conocer esa verdad experimentándola, Arjun. Si te hubiese dicho que no estuvieras con ella, me habrías obedecido. Pero habrías pensado que era un viejo malhumorado, desconfiado de los placeres. Pero ahora lo sabes. Has visto a través de la *maya*. Tenemos que ir más allá de esto. —Pellizcó la carne de mi muñeca entre un pulgar un largo índice—. Esto es útil, pero también nos ciega. El dolor que sientes ahora es la puerta a la sabiduría. Aprende de él.

Sabía que Gurú-ji tenía razón. Y sin embargo mi carne luchaba contra ello, contra esta decisión que sabía que debía tomar. El estómago me bulló con desesperanza. ¿Solo quedaba esta enorme sensación sombría que dejaba la ilusión evanescente del amor? Me sentía como si estuviese de pie en una interminable llanura abierta, en la que cada metro marrón y yermo estaba iluminado por una luz extraña, igualadora. Vi eso, y me estremecí para alejarme de su desolación.

—Sí, Arjun —continuó Gurú-ji—. Todo ha ardidido, y todo lo que te quedan son cenizas. Pero esta desolación gris también es una ilusión, solo un paso en tu camino. Confía en mí. Sigue caminando conmigo. Más allá de este osario del romanticismo, hay paz y un amor más grande.

Y me mantuvo cerca, durante el resto del día. Estuvimos juntos hasta que me marché, aquella tarde a última hora. Me abrazó con fuerza y las últimas palabras que me dijo fueron:

—Ten fe, Arjun. No titubees en tu fe. Velaré por ti. No tengas miedo, beta.



No tenía miedo. Conduje por la noche, hasta Düsseldorf, y cogí un avión a Hong Kong. Seguí todos los procedimientos y protocolos, mis propios trucos aprendidos a lo largo de toda una vida, y las técnicas profesionales de espionaje que aprendí de K.D. Yadav, para asegurarme de que no me seguían. Lo hacía por costumbre, pero sabía que estaba seguro. Tenía la protección de Gurú-ji sobre la cabeza. En el avión, incliné el asiento bien hacia atrás y me dormí. Estaba muy cansado. En dos días había vuelto a nacer. Algo en mí había muerto, y ahora había algo nuevo en su lugar. Gurú-ji me había rehecho de nuevo. Durante aquel vuelo largo soñé con las manos de Gurú-ji. Esa era la parte de él que llevé conmigo, esa toma en primer plano. Él podía ser divino, pero sus manos eran de este mundo. Eran pequeñas, y muy blancas. Tenía las uñas absolutamente limpias. Cuando me desperté, me pregunté por qué no dejé de ver aquellas manos mientras dormía, por qué eran tan reales de forma vivida, tan presentes, tan humanas. Me había dado un nombre nuevo, y una visión nueva. Y juntos pondríamos en marcha un ciclo nuevo del tiempo.

Me esperaba una emboscada en Singapur. Primero fui a Phuket, al yate, y organicé el envío de Gurú-ji. En dos semanas, nuestros nuevos canales de comunicación estaban en su sitio y operativos e impermeables a las infracciones. Sin duda ese bastardo de Kulkarni me vigilaba de cerca, pero no iba a oír nada. Llamé a Pascal y Gaston, mis muy antiguos camaradas. Habíamos estado utilizando sus barcos y sus ampliados recursos (sí, habían crecido conmigo), pero en ese momento les dije que tenían que hacer personalmente un viaje para mí. Tenían que convertirse en tripulante y capitán, igual que en los viejos tiempos. Gaston se quejó, y se puso tan agresivo como un niño malhumorado. Tenía diabetes, dijo, y un disco desplazado desde hacía mucho que rebotaría a la mínima sacudida. Le dije que dejase de lloriquear como una vieja, que se pusiera un braguero y preparase su barco. Refunfuñó, pero hizo lo que se le decía. Me lo debía. Tardamos tres semanas en ponerlo todo en orden, y después salieron, Gaston y Pascal, con dos de sus mejores hombres. La recogida, cerca de la costa de Madagascar, fue *cut-to-cut* y sin problemas, y el viaje de vuelta fue apacible, sobre aguas en calma. Dejaron la carga cerca de Vengurla, y se fueron a casa. La gente de Gurú-ji recogió la entrega y la llevó más lejos, donde fuera que la necesitasen. Les pagué a Gaston y Pascal el triple de su tarifa habitual, y eso fue todo. Sin problema, sin alboroto.

Era momento de hacer un viaje a Singapur, pensé entonces. Quería ver a Zoya una última vez, para romper mi conexión con ella. Había superado mi necesidad de ella, había ido más allá del amor. Quería acabar con ella y decir adiós. No me quedaba más amargura ni enfado, y quería acabar con honor, sin confusiones ni resentimientos. No había visto a Arvind cara a cara últimamente, y no me gustaba dejar pasar demasiado tiempo sin sentarme con mis principales administradores. Por inútil que fuese esta carne, había cosas que solo aprendías de ella. De modo que volé

a Singapur, dos días antes que Zoya. Cogí un vuelo que llegaba de noche. Arvind me recogió como de costumbre, y me llevó en coche al apartamento, siguiendo los procedimientos de seguridad habituales durante la ruta. Volvimos sobre nuestros pasos, buscando si alguien nos seguía o nos observaba, y cambiamos de coche a medio camino. Esta técnica profesional se había convertido en nuestro segundo estado natural para entonces, y lo hacíamos sin tener que pensar en ello. Había una luna llena suspendida a poca altura en el cielo sobre nosotros. Hablamos de negocios, e inversiones, y problemas de personal. Y cotilleamos un poco sobre uno de los lugartenientes de Suleiman Isa, Hamid. Este Hamid vivía en Karachi, y había tenido una aventura por correo electrónico y por teléfono con la mujer de uno de sus principales controllers en Bombay mientras el pobre maderchod se pudría en la cárcel. Arvind había escuchado recientemente una de las cintas a través de los pinchazos de la policía a los teléfonos de la esposa, e imitó a la randi jadeando y gimieando mientras le decía a Hamid cómo le chuparía la pértiga.

—Bhai —dijo—, vivimos tiempos asombrosos. Su marido está en prisión. Y ella le manda fotos suyas por correo electrónico a Hamid, fotos de ella en biquini.

—Es buena para nosotros, esta técnica de gestión suya. Añade un nuevo sentido a lo que les decimos a los chicos: «Cuidaremos de tu esposa e hijos si tienes que ir a la cárcel por nosotros».

—Sí, bhai. Después de todo, en estos momentos, el marido lleva cinco años en la cárcel. Y una mujer tiene necesidades que han de ser atendidas.

Arvind estaba sacando la mano por la ventanilla del coche para meter una tarjeta en una ranura de la pared, para poder cruzar las puertas dobles de seguridad del edificio del apartamento.

—¿Sabes, bhai? Al final de la llamada, Hamid le suelta: «Nunca antes le he dicho esto a nadie en mi vida». Después dice, en inglés: «I love you». Y ella contesta, en inglés: «I love you».

—Supongo que nunca se lo dijo a sus tres esposas, el bastardo.

Arvind sonrió.

—A lo mejor no en inglés.

Su propia esposa parecía gorda y feliz, de forma que sabía que había estado diciéndole que la quería en muchas lenguas. Sus hijos estaban dormidos, pero me detuve junto a sus habitaciones separadas para echarles un vistazo, al niño y a la niña. Le comenté a Suhasini que habían crecido desde la última vez que les vi, dos meses antes. No era solo adulación. Incluso estando tumbados, pude ver la longitud enorme de sus piernas. Solo tenían siete y cinco años. Llegarían al metro ochenta antes de terminar de brotar, estas flores extrañas del jardín de Arvind. Comí algo de arroz y dal, y hablé con los orgullosos padres de los pequeños mocosos veloces.

—Todo es por la proteína, bhai —explicó Suhasini, limpiándose la barbilla pesada con el final del pallu—. En nuestra época, en la India, no tomamos suficiente. Todos estábamos malnutridos. Ahora, si te informas, puedes darles a tus hijos lo que

necesitan. Este crecimiento solo nos parece inusual a nosotros. En realidad, tan solo es normal.

Toda su proteína de Singapur estaba haciendo que se volviese una pelota de fútbol perfectamente redonda, pero no se lo dije. Elogié a sus hijos, y después me fui a la cama. Justo cuando estaba a punto de quedarme dormido, Zoya llamó desde Bombay.

—Lo siento tanto, bhai —se disculpó—. Me he retrasado.

Había terminado su rodaje a tiempo ese día, habían rodado en exteriores, y de vuelta a la ciudad, en la carretera, les paró un atasco de diez kilómetros. Tres camiones a toda velocidad habían chocado unos contra otros. Tardaron seis horas en limpiar el enmarañado desorden. Lo sentía mucho, y estaba muy asustada. Nunca antes había faltado a una cita conmigo.

Pero verdaderamente yo estaba más allá de la pasión y el enfado. Con tranquilidad, le dije que descansase bien por la noche y cogiese el vuelo al día siguiente, y después cerré los ojos y me quedé en reposo.

A la mañana siguiente estaba aburrido. Arvind y yo tuvimos nuestra reunión por la mañana, llamé a Buntty. Me ocupé del negocio, pero había programado el día para Zoya. Esperaba discusiones solemnes, tal vez algunas lágrimas. Ahora, no tenía nada que hacer. Vi algo de televisión. Jugué con los bachchas. Después llegó la hora de comer, y la gran cuestión a discutir fue dónde íbamos a encargarnos la comida. Arvind quería comida india, pero perdió la votación.

—Hay un nuevo restaurante cantonés en el Centro Comercial Singapur, bhai —comentó Suhasini, palpitando de glotonería—. Su comida es fantástica. Pero no la traen a casa. Dile que vaya.

—No está tan cerca —replicó Arvind—. Y hay tres restaurantes chinos aquí en esta calle.

—Yo iré —contesté.

—¿Qué? —preguntaron los dos al tiempo, ambos con el mismo desconcierto.

—Necesito salir —respondí.

—Pero bhai... —apuntó Arvind.

No necesitaba decir nada más. Nunca había salido en Singapur, ni una sola vez. En Tailandia, rara vez dejaba el yate. Salí para hacer el viaje a Alemania, pero se entendió que aquello fue un proceder único, de emergencia. Y aquí estaba, ofreciéndome a ir a por comida china.

—Necesito la excursión —expliqué.

Me conocía lo bastante bien como para no discutir.

—Enviaré a un par de chicos contigo.

—Arre, no, baba. —Me señalé la cara—. Estoy completamente protegido por esto. Ya no me conoce nadie.

Así que fui. Una vez en la carretera principal, dejé que el coche embistiese hacia delante. Aceleré, serpenteé y me sentí libre. Era agradable ser un hombre sencillo con una cara desconocida que iba a por comida china. Me resultó un auténtico placer este

recado de sirviente: entrar en el restaurante y pedir la comida, pagarla, darle las gracias a la pequeña recepcionista china. Traté de imaginar qué vio ella: un indio treinteaño, limpio, con camiseta blanca brillante y pantalones cortos de color gris y zapatillas Nike blancas, bastante guapo pero sin embargo corriente. ¿Veía en mis ojos algo de quién era en realidad? Pero llevaba gafas de sol con los cristales teñidos de gris. Estaba a salvo.

Volví a acomodarme en el coche y encendí el aire acondicionado, y surgió rápido y potente, y tuve el pensamiento de que era un coche muy caro. La piel bajo mis muslos era tan suave como las mejillas de una chica joven. El coche era un Mercedes último modelo, con todos los últimos artilugios, incluido un sistema GPS. Ese bastardo de Arvind. ¿Por qué necesitaba un sistema GPS en esta ciudad pequeña chutiya? ¿Cómo se podía permitir todo esto? ¿Se estaba quedando demasiado dinero, sus porcentajes eran demasiado grandes? ¿O mentía acerca de sus diversos ingresos? Todo el trayecto de vuelta me vi asaltado por estas preguntas. Escuchaba el CD de *International Dhamaka*, y me preocupaba.

Todavía estaba pensando en el dinero cuando aparqué y subí por el ascensor. Mi banda iba bien, pero nuestra expansión se había ralentizado. Tal vez necesitaba introducir medidas de austeridad, imprimir en mis hombres la necesidad de control financiero y gestión de los recursos. De repente me di cuenta, entonces, de que tenía mucha hambre. Los paquetes de comida que sujetaba en ambas manos emanaban olor a especias y carne. El ascensor se detuvo en nuestro piso, y llamé a la puerta con la punta del pie. Abre, gaandu.

Entré. Había dos hombres en el pasillo, flanqueando la puerta del ascensor, de cara a ella.

No les conocía. Uno era chino, el otro indio. Ambos llevaban el pelo corto, recortado por los lados al estilo militar.

—¿Adónde vas? —preguntó el chino.

«¿Qué te importa, maderchod?», era lo que quería decir. Me surgía de las entrañas, pero estaba pensando. En aquella eternidad que se acurrucó en el interior de esa fracción de segundo, estaba pensando. Gracias a Gurú-ji. En vez de eso contesté:

—Comida.

Levanté las bolsas, con ambas manos.

—Entrega —dije—. Ático.

—No la necesitan —replicó el indio, en hindi—. Han salido.

Mi cuerpo quería darse la vuelta y correr. Entrar en el ascensor, bajar las escaleras, marcharme. Pero estaba pensando. «No les hagas desconfiar».

—Dinero —apunté—. Tienen que pagar.

—Lárgate —dijo el chino.

—Vete —añadió el indio.

Musité insultos en voz baja, me di la vuelta para entrar en el ascensor. Apreté un botón, y luego maldije un poco más.

El indio dio unos pasos hacia delante, puso una mano sobre la puerta.

—¿Trabajas para la gente del ático?

—No. Para Jardín de Wong.

—¿Cómo te llamas?

—Nisar Amir.

—Quítate las gafas.

Todavía llevaba mis Gucci. Dejé una bolsa, y me las quité. Me escudriñó la cara, me lanzó esa mirada de policía que piensa en miles de apardhis a los que recuerda por si coincide. No aparté la mirada, y traté de no odiarle. Estaba pensando: sé un chico de reparto.

—Está bien —concedió, y soltó la puerta.

Un pequeño sonido, zump, a goma y metal me ocultó de ellos, y me derrumbé contra el cristal en la parte trasera del ascensor. Me temblaban las piernas. Me llevé las bolsas de comida al sótano, agarrándolas como escudos contra el pecho. Me metí en el coche lujoso de Arvind, y me marché.

Tardé tres días en salir de Singapur, y fue difícil. No sabía quiénes eran esos hombres, quién me había encontrado en mi ático. Pero, después de registrar el apartamento, tenían mis pasaportes nuevos, de modo que tenían mi nueva cara. Solo tenía dos teléfonos móviles, y trescientos setenta y tres dólares de Singapur. Pero podía hablar con mis hombres, y tenía mi intelecto. Al final me fui con un pequeño bote de remos, que me llevó a otro barco, más grande, en el que me quedé tumbado bajo listones de madera, bajo la oscuridad con olor a pescado. Ese barco me llevó a través del estrecho de Johor hasta otro bote pequeño, que finalmente me dejó en una playa de Malasia. Al día siguiente estaba en Tailandia.

Estaba a salvo, pero Arvind estaba muerto. El día después de mi salida a por comida china, la policía de Singapur anunció que le había encontrado muerto, en el ático. Le habían disparado tres veces. A Suhasini le habían disparado una vez, en la cabeza. Los niños también habían muerto. La historia, según las autoridades de Singapur, fue que tuvo lugar una guerra con pistolas en el ático. Suhasini les había abierto la puerta a unos agresores desconocidos, y fue asesinada de inmediato. Arvind disparó a los atacantes, que contraatacaron, y en el fuego cruzado perecieron los niños. Y después cayó Arvind, bajo las descargas de los asesinos.

Eso fue. La policía de Singapur expresó su indignación ante este estallido sin precedentes de guerra de bandas salvaje en su ciudad jardín, y anunció una intensificación de los controles de inmigración. Tardaron cuatro días en abrirse paso a través del alias de Arvind, descubrir quién era en realidad, y entonces los periódicos de la India publicaron artículos de primera página sobre la matanza, y teorizaron sobre la identidad de los asesinos. Se lo atribuyeron a Suleiman Isa y sus lugartenientes, y elogiaron su plan y la audacia de ejecutarlo en el estricto Singapur, y

publicaron planos de todas las habitaciones del apartamento, con pequeñas figuras pegadas disparándose entre sí. Y se preguntaban: «Pero ¿cómo logró escapar Ganesh Gaitonde?».

Me había escapado, sí. Pero ¿de quién? Era fácil creer que habían sido de nuevo los hombres de Dubai. Era demasiado fácil, demasiado automático. No dejé de recordar aquellos cortes de pelo. Aquellos dos hombres delante del ascensor, ¿no se habían comportado como policías, como soldados? Tal vez no fue Suleiman Isa quien llevó a cabo este golpe, tal vez fue el gobierno. Kulkarni y su organización estaban muy enfadados conmigo, quizá habían decidido que ya era hora de terminar esta operación en concreto, cancelar esta cuenta. Quizá habían decidido acabar con Ganesh Gaitonde. Yo mismo había realizado para ellos misiones exactamente como esta, cuando iban detrás de activos comprometidos. Retira a este hombre, decían, una vez fue nuestro pero ahora está contra nosotros. O al menos no está con nosotros. Y yo lo había hecho, había encontrado a algún pobre chutiya, en Katmandú, en Bruselas, en Kampala, y le había matado. A quienquiera que nombrasen, donde fuera. Lo hice. Y ahora iban a por mí.

No, no... me contuve antes de creer esto. No te lances a las conclusiones, me dije a mí mismo. No te hagas daño de esta forma, no creas que tu propio país te desprecia tanto como para querer que desaparezcas, te borres, acabes. Hablé con Kulkarni tres veces aquella semana, y siempre se mostró cortés, preocupado por lo sucedido. Dijo que estaba realizando una concienzuda investigación, y prometió que me pasarían de inmediato la información procedente de Singapur. Después de una conversación con él, solo tardaba cinco minutos en encontrar el veneno sutil en su miel. Sí, era tranquilizador, pero tal vez me estaba levantando para otro ataque. Tal vez ya tenía a los observadores en sus puestos, tal vez el fielding ya había comenzado, y estaban a punto de hacer caer mi wicket. Sí. ¿Quién me había descubierto en Singapur, quién tenía la dirección del ático, y los códigos de seguridad de la puerta del edificio y el ascensor, y suficiente conocimiento como para cortar la comunicación de las cámaras de vídeo alineadas en cada pasillo? ¿De dónde había salido la información? ¿Me había traicionado Zoya? ¿Por qué había perdido su vuelo? Sí, hubo un atasco de tráfico en la carretera aquel día, lo comprobé, pero ¿por qué salió tan tarde del plato? ¿O fue Arvind, hizo un trato con alguien, y después le traicionaron a él mismo? ¿A los asesinos les habían ordenado que thokoasen también a su fuente, para hacer un barrido limpio? Era posible. Todo era posible.

Bajo la luna llena tailandesa, yacía despierto luchando contra las posibilidades. Y cuando me levanté por la mañana, tenía miedo. Gurú-ji dijo que mi vida estaba en gran peligro, y yo sabía que no había pasado. Una vez más, después de años, empecé a llevar pistola. Al cabo de dos días, empecé a llevar una pistola adicional, atada al tobillo. Tenía el mejor chaleco antibalas del mundo, traído desde Estados Unidos, y lo llevaba bajo la camisa durante el día, reconfortado por su protección *IIIA*, que podría frenar el avance de las balas de una Magnum.44 antes de que me llegasen al pecho, a

la espalda. Incrementé el número de centinelas armados en el yate, y les hice turnarse por equipos tres veces al día. A veces dormía en el barco, y a veces en varias casas en tierra, y variaba mis rutas. Tomé todas las precauciones posibles.

Mientras tanto, las calamidades no cesaban. Bunty me llamó una tarde, bastante apagado, no con su alegre forma de ser alegre.

—Bhai —me dijo—. Estoy en una clínica.

—¿Qué pasa?

Imaginé una docena de tragedias todas a un tiempo: sífilis, balas, sus hijos devastados por la malaria.

—Son Pascal y Gaston. Están aquí los dos, bhai. Ambos ingresados.

—¿Qué?, Gaston solo tiene diabetes, ¿verdad? ¿El otro se ha contagiado?

Eso le provocó una pequeña risa, una muy pequeña.

—No, bhai. Es algo más. Los dos están enfermos. Y también lo están los dos chicos que fueron con ellos en el barco en el último encargo. Están todos vomitando, una y otra vez.

Se refería al viaje que hicimos para el envío de Gurú-ji, aquel último y muy especial que había pedido. Apunté:

—Han comido algo de pescado en mal estado, los bastardos estúpidos.

—A Gaston se le está cayendo el pelo, bhai.

—Hace años que le pasa.

Bunty no respondió nada. Estaba muy lúgubre. Que se hubiese tomado el tiempo de ir a la clínica era bastante inusual en sí mismo. Era un hombre ocupado, me aseguraba de eso. Y ahora no se reía, este Bunty que cada día gastaba bromas sobre tipos a quienes disparaban en los golis. El estado de Gaston debía de ser muy grave de hecho, demasiado grave.

—De acuerdo —continué—, escucha, consíguelos buenos médicos. Si hace falta dinero, lo pones. Cuídales.

—Eso es lo que pensaba, bhai. Llevan mucho tiempo con nosotros.

Estuvo alrededor de ellos los siguientes dos días, presionando a los médicos para que curasen a nuestros amigos. Mientras tanto, llamé al inspector Samant en Bombay y organicé dos eliminaciones para él, le di a dos controllers de Suleiman Isa en Bombay. Mató a esos controllers la misma noche, uno después de otro. Los bastardos de Dubai no habían reivindicado el golpe a Arvind, pero quería que supiesen que no estábamos durmiendo, que éramos muy capaces de responder en un lenguaje que entendiesen. Las eliminaciones proporcionaron una satisfacción, en especial porque Samant me mandó por correo electrónico fotografías del depósito de cadáveres de los bastardos muertos, con las cabezas abiertas por las balas. Pero el consuelo pasó rápido, y el miedo mantuvo su son de tambor constante, sordo.

—¿Te envío una chica? —preguntó Jojo aquel domingo por la tarde—. Tengo una o dos nuevas que pueden entretenerte.

—Arre, he terminado con todo eso.

—No te creo, Gaitonde. Tú mismo no te lo crees. ¿No vas a volver a tirarte a una chica? ¿En toda tu vida?

—Quizá lo haga, quizá no. Pero ya no es un asunto importante. He superado todo eso.

Soltó un gemido que sonaba a chillido, como un cachorro al sentir un dolor penetrante. Pensé que tal vez ella también estaba enferma de repente. Después estalló en un torrente de risa irremediable. Me aparté el teléfono del oído, y dije:

—Jojo, maderchod, escúchame.

Le resultaba imposible escuchar, y dejé el teléfono y esperé. Dejé pasar un minuto, y dos, y después cogí el teléfono. Ahora soltaba risitas ahogadas, pero tan pronto como dije su nombre volvió a empezar.

—Chutiya loca —solté, y colgué.

En aquel momento, la quise tener delante de mí para poder ponerle una mano en la garganta e interrumpir ese sonido sucio, quise sacudirla hasta dejarla en silencio con la cara roja mientras apretaba y apretaba. Caminé dando grandes zancadas por mi camarote, salí a cubierta y volví a entrar. Kutiya. Le había dejado ser demasiado familiar, demasiado informal conmigo. Quizá necesitaba que le diese una lección. Desde el principio le había permitido demasiado.

Estaba pensando esto cuando ella llamó.

—Saali —contesté.

—Lo siento, lo siento —empezó—. De verdad. Gaitonde, tienes que perdonarme. Ha sido tal sorpresa. Tú, entre toda la gente. Tú, que disfrutas tanto de las mujeres. Es difícil creer que estés diciendo esto.

—Gaandu, simplemente tienes miedo de perder mi negocio. Quieres que me gaste el dinero en otra Zoya, que la modele, para así obtener tu parte.

—Solo estoy intentando tranquilizarte, Gaitonde. Nunca habías estado así. Y una vez me dijiste que para dirigir una banda has de estar tranquilo y frío. Ahora no estás tranquilo.

Tenía razón. No estaba tranquilo. Estaba nervioso, preocupado, enfadado.

—Una chica no va a enfriarme ahora —repliqué—. Prueba otra cosa.

—¿Quieres oír algunas cartas?

No nos habíamos divertido con sus cartas de solicitud desde hacía mucho tiempo.

—Sí, sí —contesté—. Eso está bien. Lee una.

Tenía unas cuantas preparadas, justo allí en su escritorio. Llegaban como una llovizna continua, retrocediendo y fluyendo con los concursos de Rostro del Año y Hombre Internacional en televisión.

—De acuerdo. Escucha. ¿Quieres oír una del pueblo de Golgar, oficina postal Fofural, distrito de Dhar, Madhya Pradesh? ¿O quieres una de Kuchaman City, distrito de Nagaur, Rajastán?

—¿Fofural? No, no me lo creo.

—Quizá es Fofural. Su letra en inglés no es muy clara. La dirección está en



inglés. ¿Te leo su postal?

De modo que escribían en inglés en el pueblo de Golgar, oficina postal Fofu-maderchod-algo. La idea hizo que la cabeza me diese vueltas.

—No, deja al bhadwaya de Golgar. No tenemos noticias de Rajastán tan a menudo. Que hable el rajastaní.

—Sí. Se llama Shailendra Kumar. Escribe... —Fue más lenta en ese momento, mientras trataba de leer el Hindi—. Tiene una de esas cosas encima de la postal, *Om evam saraswatye namah*. Con pequeñas florituras por debajo.

—Bueno, nuestro Shailendra es un chico piadoso. Muy bien.

—Escribe «Querido/a señor/señora». Eso está en inglés. Después pasa al Hindi. «Me llamo Shailendra. Actualmente estudio doceavo curso. Opto por la profesión de modelo. Tengo dieciocho años. Mido metro ochenta. Tengo una personalidad impresionante. He participado en muchas obras escolares».

Jojo se detuvo. Sabía a qué esperaba: se suponía que en ese momento yo diría algo cortante, algo divertido sobre Shailendra, el actor *gaon* que soñaba con desfilar por una rampa en la gran ciudad. Después nos reiríamos juntos, nosotros dos, que habíamos escapado de nuestros propios gaons, y luego leeríamos un poco más. Pero hoy simplemente me sentía triste, al pensar en Shailendra, el héroe del distrito, con una personalidad de la que hablaban las chicas mientras paseaban por los campos, quizá incluso conducía una moto a veces, la moto de su tío. Era alto, así que pensó que debería ir a Bombay. Para hacerse más grande.

—Jojo —dije—. Estoy bastante cansado. Creo que debería intentar dormir.

—¿Tan pronto?

—Ya veremos —contesté—. Quizá me sienta mejor por la mañana. —Vacilé, después pregunté—: ¿Cómo estás tú, Jojo?

Eso la silenció por un momento, mi pregunta. Nunca lo había hecho antes.

—Arre, Gaitonde, estoy de primera. El negocio va un poco hacia abajo, además la economía va hacia abajo, nadie tiene dinero. Voy sobreviviendo.

—¿Tienes thoku?

—Por supuesto. Tengo dos. Puede que tú hayas acabado con las mujeres, pero yo todavía uso a los hombres para una o dos cosas. —Rió con su risa, y esta vez logró sacarme una sonrisa—. Aunque dan mucho problema, Gaitonde. Siempre queriendo esto y aquello. A veces me pregunto por qué me molesto. Ningún hombre puede satisfacerme como mi vibrador, de todas formas.

Entonces tuve que reírme.

—Eres una descarada.

Lo era. Aquella noche, más tarde, pensé en mi amiga Jojo. Otros habían venido y se habían marchado, habían muerto, se habían ido, pero Jojo —a quien nunca había conocido cara a cara, con quien nunca había comido, a quien nunca había tocado, nunca me había tirado— todavía estaba conmigo. A veces pasaban días sin que hablase con Jojo, pero siempre estaba allí conmigo, en mí. Era una descarada, me

decía lo que pensaba de mis actos, me aconsejaba, me escuchaba. Me conocía, y en esos primeros días de mi terror, ella fue la única persona que nunca pensé que me hubiese traicionado. Simplemente jamás se me ocurrió que ella hubiese pasado información a los pistoleros, aunque era cierto que conocía mi vida más íntimamente que la mayoría. En ese momento me obligué a pensar en Jojo de forma objetiva, sacarla de mí mismo y mirarla como haría con un extraño: era una mujer de negocios, una productora, una madame, una mujer liberal en sus formas y sus pensamientos. De poca confianza ante cualquier evaluación lógica, pero confiaba en ella. Nada que pudiese imaginar —lo hizo por dinero, me entregó ante las amenazas de mis enemigos, lo hizo por capricho, lo hizo por error— podría sacudir la roca de mi confianza. Desistí en el intento. Era Jojo, y estaba en mi vida, enhebrada en ella como los tendones serpenteaban por el hueso. No sabía cómo había sucedido, o cuándo exactamente, pero sabía que sin ella me desmoronaría de forma árida y espectacular. Tenía que quedarse, tenía que estar conmigo.

No podía dormir aquella noche, y la llamé dos veces. Me contó más cosas sobre sus thokus, y me hizo reír a gusto. Después eran las cuatro de la mañana, y estaba despierto, y era demasiado tarde para volver a llamarla. Gurú-ji estaba viajando, y no estaba disponible. Pensé en subir a cubierta, pero estaba exhausto, tan cansado que podía seguir la pista de cada tirón que me subía desde las pantorrillas hasta los muslos. El reloj al lado de la cama había ralentizado su parpadeo hasta un latido lento, pausado, y después se paró del todo. El tiempo se había disuelto en una profundidad pegajosa de luz de luna, y yo flotaba en ella, una forma transparente, que se elevaba y se balanceaba hacia atrás, y atrás, por las nubes. Camino deprisa detrás de Salim Kaka, chapoteando por un pantano. Mathu está a mi derecha. Tenemos el oro, y nos estamos marchando. Estamos contentos. Hay agua por delante de nosotros, un pequeño arroyo que atraviesa el fango. Salim Kaka está al borde. Yo miro fijamente a Mathu, intentando verle los ojos. Salim Kaka tiene un pie dentro, en el agua. Tengo una pistola en la mano.

Arriba, salté de la cama. Abrí la puerta de un tirón y bajé el pasillo, llamé a las puertas. Desperté a los chicos, y los llevé arriba.

—Veamos una película —les dije.

Estaban confundidos, y somnolientos, pero no me hicieron ninguna pregunta. En diez minutos estuvimos sentados delante del televisor, y discutiendo sobre qué ver. Me ofrecieron *Company*, que todavía no había visto. Pero ya sabía la historia, sus traiciones, y conocía a sus intérpretes de verdad, Chotta Madhav y su viejo amigo de Karachi. Esa mañana no quiero ninguna de sus balas, su sangre. Así que rebuscaron, en las cajas de cintas y DVD, y al final acabamos con *Humjoli*.

Vimos a Jeetendra y Mehmood brincando por la pantalla, golpeando a sus enemigos mientras cantan *One, two, chal shuru hoja*, y me distraje de forma agradable con la risa que llenó la habitación. Era relajante mirar los colores vivos de los setenta, e incluso lo ceñido de los pantalones blancos de Jeetendra era

reconfortante. Ese pasado era un país extranjero al que podía escaparme, un refugio que ya se había creado y que nada podía perturbar. Los dos días siguientes vimos *Dil Diya Dard Liya*, y *Anand*, y *Haathi Mere Sathi*. Cuando llegó la llamada de Mumbai, estaba viendo esa escena casi al final de *Guide*, esa escena en la que Rosie va a ver al guía mientras este ayuna hasta morir.

—Bhai, es Nikhil, desde Mumbai. El ayudante de Bunty.

Me limpié las lágrimas de la cara, y cogí el teléfono. Rara vez hablaba con el tal Nikhil, que para entonces llevaba cuatro años trabajando con Bunty. Nikhil informaba a Bunty, y Bunty me informaba a mí, esa era la cadena.

—¿Qué? —pregunté.

—Han disparado a Bunty, bhai.

—¿Quién?

—No lo sé.

Estaba tragando saliva una y otra vez, soltándome hipos al oído, y yo sabía que estaba a punto de vomitar.

—Nikhil —dije—. Siéntate. ¿Estás sentado? Siéntate. No te preocupes. Tengo hombres de camino. Solo dime qué ha pasado.

Me costó veinte minutos, y Nikhil babeó dos veces, pero le saqué la historia. Aquella mañana, Bunty había ido al hotel Maurya en Juhu, donde un especialista en la técnica tailandesa de sienes le dio un masaje. Después tuvo un desayuno de trabajo en la cafetería, e hizo que le envolviesen algo de tarta de chocolate para sus hijos. Esperó en el vestíbulo a que arrancasen su coche, y después bajó las escaleras hacia él, flanqueado por tres guardaespaldas. En la entrada, había tres porteros altos, con turbantes y de librea, abriendo y cerrando puertas, y también cuatro guardias de seguridad del hotel con trajes saharianos color gris. Entonces los cuatro guardias de seguridad metieron las manos bajo las camisas y sacaron Glocks, y dispararon a Bunty y a sus hombres, dos balas a cada objetivo. Fue terriblemente eficaz, y se hizo con esmero. Los guardaespaldas yacían derribados, echados sobre la calle y muertos. Bunty se había agachado para meterse en el coche, y le dieron a través de la puerta abierta. Eso fue lo que le salvó, agacharse, y su conductor. Las balas le dieron en la espalda y el cuello, en vez de en la parte trasera del cráneo, y cuando cayó boca abajo sobre el asiento, su conductor pisó el acelerador y se fue derrapando. Bunty quedó colgando y fue arastrado, y perdió cuatro dedos del pie derecho, pero vivió. El conductor lo sacó por la puerta del hotel, incluso mientras llegaban ráfagas por la ventana trasera y la parte izquierda. Uno de los porteros sikhs cargó contra los pistoleros, y consiguió una bala en el estómago por causar problemas. Pero para entonces los auténticos vigilantes del hotel corrían hacia la parte delantera del edificio, y había agentes de policía avanzando desde la chowki del cruce, y los pistoleros tenían que irse. Se fueron.

Se marcharon, y Bunty estaba vivo. Lo tenían en el Hospital Lilavati, entubado y conectado. Estaba resistiendo. Estaba luchando. Pero mis hombres tenían miedo,

estaban enfadados y confundidos y perdidos. Noté el sabor de su pánico en el aire, su promesa como el primer matiz leve de la putrefacción. Hice lo que tenía que hacer, los dirigí. Trasladé a gente, hice llegar dinero, moví influencias. Para darles a mis hombres la impresión de que estábamos contraatacando, organicé dos eliminaciones en los dos días siguientes. Los hombres de Suleiman Isa que matamos eran funcionarios de bajo nivel, chusma, pero a veces la moral depende de las muertes necesarias de hombres pequeños. Así se hizo.

Pero yo conocía la verdad, que no sabíamos contra quién estábamos luchando. Incluso si los bastardos de Suleiman Isa se llevaron el mérito —cosa que hicieron— no había razón para creer que en realidad era una operación suya. No, eran unos mentirosos maderchod, y si decían que habían disparado a Bunty, definitivamente es que no lo habían hecho, que otra gente le había vigilado, le había estudiado a él y sus costumbres, y había intentado ejecutarle. Pero ¿quién? ¿Quién?

Sabía quién. Hablé con Nikhil al día siguiente, y después directamente con uno de los oficiales de policía que investigaban el caso, que me leyó los testimonios de los testigos oculares. Todos y cada uno de ellos hablaban de los cortes de pelo rasurados de los pistoleros. Uno de los porteros sikhs utilizaba la palabra *fauji* para describir a los bastardos. Y recordé a los dos tipos en el pasillo en Singapur, los que me pararon y me llegaron a interrogar mientras sus amigos hacían el trabajo sangriento en el apartamento de Arvind. Eran el mismo equipo, lo sabía, podía asegurarlo. Tal vez incluso eran los mismos hombres, a quienes sus jefes habían hecho volar desde Singapur a Bombay, una organización que me vigilaba y lo sabía todo sobre mí. Sabían dónde vivía y adónde iba y qué hacía, me estaban dando caza. Querían eliminarme. Me habían utilizado, había desempeñado una función, y ahora —porque había servido a mis propios intereses de una forma que no les gustó— querían borrarne, quitarme de en medio para que no quedase ni una mancha pequeña en sus archivos. Dejaría de existir, y fingirían que nunca lo había hecho.

Estaba seguro, casi seguro de que conocía a mis asesinos. Para estar totalmente seguro, necesitaba consultar a Gurú-ji. Necesitaba que viese la verdad y que me la contase. Pero estaba viajando, me dijeron, no estaba disponible, ni siquiera para mí. Dejé mensajes urgentes, pidiendo y suplicando que se pusiera en contacto conmigo. Pero no llamó, y me quedé solo. Estaba estupefacto. Siempre había podido contactar con él, incluso para preguntarle solo si el martes siguiente era buen día para comenzar una dieta nueva. Ahora, en el momento de la mayor de mis crisis, cuando mis aliados nos perseguían a mis hombres y a mí, Gurú-ji no estaba. Tuve tanta paciencia como pude, y después maldije a los sadhus con quienes hablaba por teléfono.

—¿Sabes quién soy? —preguntaba—. ¿Sabes lo cerca que estoy de él? Haré que te expulsen, que te exilien a un *ashram* en Africa, bastardo.

Pero insistían en que no sabían dónde estaba. Diez días después de que se volviese imposible contactar con él, apareció un mensaje en la página web de Gurú-ji explicando que estaba de retiro en un lugar no revelado, en una profunda meditación,

que no se le podía molestar, pero que regresaría pronto, que traería de vuelta sabiduría nueva y más profunda para sus discípulos, que eran sus queridos hijos.

Pero soy tu hijo mayor, gaandu, ¿y dónde estás? Sí, le maldije directamente. Le necesitaba, y se había desvanecido sin decirme palabra. Lo sabía todo, debía de saber que se marchaba cuando se despidió de mí en Munich, una señal me habría bastado, una mano sobre el hombro, un simple toque en la mejilla. Pero se fue.

Cuatro días después de que disparasen a Bunty, me quedé más solo todavía: Gaston y Pascal murieron, uno por la mañana, otro por la noche.

—Los médicos dijeron que ahora saben lo que ha sido, bhai —me contó Nikhil—. Saben de qué han muerto. Los médicos dicen que enfermaron de radiación, bhai.

Tuve que preguntar qué era eso, eso de «enfermar de radiación».

Nikhil me lo explicó, lo que había averiguado por los médicos.

—Querían saber si Gaston y Pascal habían visitado una planta de energía nuclear recientemente, bhai. Como tal vez Trombay. O si habían bebido agua de un pozo cercano a Trombay, o comido pescado del arroyo Thane. O habían estado por las cercanías de la planta de Tarapur. Les dije: claro que no. ¿Por qué visitarían Tarapur Gaston y Pascal?

—¿Les dijiste algo, Nikhil?

—No, no, nada. Nada en absoluto, bhai. Les dije la verdad, que Gaston y Pascal eran hombres de negocios y padres de familia respetables. Que no se habían acercado a nada sucio como eso.

Pero habían ido de viaje hacía poco, en mar abierto. El océano no estaba sucio, pero quizá podías enfermar de radiación por lo que traías de los mares. Volví a llamar a Gurú-ji, y esta vez cuando no hubo respuesta hice que mis hombres fuesen a sus oficinas en Delhi, y a sus casas en Noida y Mathura. Sus sirvientes no sabían dónde estaba, sus sadhus no lo sabían, su madre dijo que no lo sabía. Se había marchado, desvanecido, como si de repente hubiese trascendido su cuerpo y se hubiese unido al universo. Pero los sadhus más próximos a él también habían desaparecido, Prem Shantam y todos los demás del grupo más allegado, los que viajaban con Gurú-ji y se ocupaban de él y cuidaban de él. Estaban viajando. Gurú-ji no había dejado la tierra, ¿iba a alguna parte? Pero ¿adónde? ¿Dónde terminaba su viaje, y cuándo?

Traté de razonar esto, recordar mis conversaciones con Gurú-ji y deducir mi camino de entre sus intenciones. Pero incluso mientras lo intentaba, sabía que mis esfuerzos eran inútiles, que mi mente corriente era incapaz de seguir —siquiera por un momento— sus comprensiones extraordinarias. Y mis pensamientos se sintieron hechos jirones, malgastados por el miedo y las mil preocupaciones de mi banda tambaleante. Tenía la atención hecha trizas, había demasiados problemas que atender, demasiados asuntos de reorganización que pensar y poner en práctica, demasiados hombres heridos y viudas a las que cuidar. No podía concentrarme en ningún tema, y me encontraba llutando en sueños enmarañados durante el día, e incapaz de dormir por la noche. Sabía que estaba en mala forma, y no había nada que pudiese hacer para

estar mejor. Gurú-ji se había ido. Tenía miedo. Tenía terror a ir al baño porque me estremecía y me retorcía y dejaba hilos de sangre sobre la porcelana. Pascal había sangrado por unas úlceras que tuvo alrededor de la boca, había visto fotografías de su cara, sus ojos vidriosos. Pasé más y más tiempo en la habitación del ordenador, haciendo que los chicos me ayudasen a encontrar información sobre radiación y quemaduras y muerte. Por supuesto había leído en los periódicos que nuestro país tenía unas increíbles armas nuevas, y misiles que las lanzarían, pero nunca había sabido mucho sobre Trombay, o el uranio, o Nagasaki, pero entonces aprendí, aprendí rápido. Hablé con Jojo de todo esto, sobre el peligro en el mundo, en nuestras fronteras.

—Arre, Gaitonde —respondió—. Nadie va a lanzar esas cosas. Nadie está tan loco.

—Nunca se sabe. Puede que no estén locos y lancen una. Pueden tener sus motivos.

—¿Cuáles podrían ser esas razones, Gaitonde?

Estaba siendo de veras muy paciente conmigo, hablando conmigo de esto sin maldecir ni colgar el teléfono. Creo que sabía lo destrozado y cansado que estaba, y trataba de ser amable. Por lo general, no tenía paciencia con el miedo, o las fantasías, o lo que llamaba los terrores de los hombres. No quería hablarle de mi pánico, que avanzaba lentamente, sobre Gurú-ji y lo que podía habernos hecho pasar de contrabando y su desaparición, sobre todo porque yo mismo lo entendía muy poco. Solo tenía terror, e imágenes fragmentadas de fuego, siempre fuego. Quería que ella se fuera de Bombay.

—Nunca se sabe —comenté—. Puede que Pakistán haga algo. Y entonces nosotros haríamos algo. Algún general puede decidir que es buen momento para un ataque. Bombay es el primer lugar que golpearían.

—Somos amigos de los pakistaníes ahora mismo, Gaitonde. E incluso cuando nos gritamos los unos a otros, todo es espectáculo. Siempre hacen ruido, y luego hacemos ruido nosotros, bas. No te preocupes tanto, Gaitonde.

Intenté conseguir que se fuese de vacaciones a Nueva Zelanda, incluso que fuese a Dubai, de compras. Pero no, tenía trabajo en la ciudad, estaba produciendo y coordinando, y había dinero que ganar y gente a la que ver, simplemente estaba demasiado ocupada.

—Y si sucede, Gaitonde —dijo al final—, entonces, ¿qué? Todos tenemos que morir algún día. Y si Bombay desaparece, ¿dónde viviría? No puedo volver a mi pueblo. —Se rió—. ¿O quieres que vaya y me quede con como se llame en Kuchaman City? Oye, baba... si esta ciudad desaparece, desaparece mi oficina, desaparece mi casa, todo mi trabajo desaparece, lo que conozco desaparece. Así que, de todas formas, no hay nada por lo que seguir viva.

Y rechazó mis intentos de enviarla a Australia, y se echó a reír salvajemente cuando le dije que quizá podría extender su negocio a Londres. Contestó:

—No te preocupes tanto, Gaitonde. Lo vi en una película norteamericana el mes pasado: alguien lanza una gran bomba atómica en una ciudad norteamericana. Tuve miedo durante la película, después estuve bien. Eso solo pasa en las películas. Es demasiado filmi. Si pasa en una película, no pasará en la vida. Nadie va a provocar una dhamaka. Tú ya has hecho esa película. No te cargues de tanta tensión por nada, relájate. Vete a dormir.

Lo dejé estar, dejé que continuase y hablase de otras cosas. Pero tuve una idea. Me la reservé para mí, no se la conté, y puse a trabajar a mis hombres. Esta es nuestra prioridad máxima, les dije. Despilfarré dinero en el proyecto, trasladé material desde Tailandia y Bélgica al corazón mismo de Bombay. Seguí de cerca la construcción. Hacía que me mandasen fotografías por correo electrónico a cada hora, y observé cómo se alzaban los muros inmensamente gruesos formando un cuadrado preciso de oscuridad en un solar vacío en Kailashpada. Aquella penumbra surgía de una excavación enorme, hacía abajo en la tierra. Construí una casa segura, un refugio. Construí muros que resistirían el fuego, una profundidad enorme que alejaría el veneno de la piel de Jojo. Hice esa casa para ella, en caso de emergencia bajaría a ella. Me di cuenta de que, si pensaba en esa pequeña casa blanca por la noche, era capaz de irme a dormir. En el yate, eso es lo que hacía cada noche: después de asegurarme de que los equipos de centinelas se habían establecido, y los detectores de movimiento y el radar de seguridad de corto alcance se habían comprobado y ajustado y activado, me encerraba en mi habitación. Me aposentaba en un asiento cómodo sobre el suelo, y meditaba. Trataba de mantener la mente tranquila, concentrada en un punto, e intentaba experimentar la conciencia que era el universo, que era yo. Fui más allá de dioses y diosas, más allá del Krishna de piel azulada y sangrienta boca abierta con sus amenazas de disolución, viajé más allá de toda forma, hacia la esencia que yacía más allá del lenguaje. Después me metía en la cama. Me aovillaba casi completamente y entonces estaba en Bombay, en Kailashpada y en el interior de mi cubo blanco, estaba muy lejos por debajo de la superficie, estaba protegido y resguardado por buen acero grueso y el mejor y más resistente cemento del mundo. En este abrazo imaginario, al fin encontré la paz. Estaba seguro.

## EL FIN DEL MUNDO

Kamble todavía estaba desconsolado por la forma en que concluyó el caso de Kamala Pandey. Volvió a decir:

—Ese piloto maderchod bhenchod es más bajo que los bhadwas, incluso. Sacan dinero de las mujeres, de acuerdo, puedo entender eso. Pones una randi a trabajar, ayudas a conseguir clientes, inviertes tiempo y esfuerzo, consigues algo a cambio. Pero este Umesh, este bastardo, ni siquiera tuvo agallas para mirar a Kamala cara a cara y exigirle: «Dame dinero». Se escondió y sacó fotos de esa mujer, y utilizó a otros hombres para sacarle dinero. Y ella *le quería*.

—Vergonzoso —contestó Sartaj—. Es simplemente vergonzoso que un hombre pueda hacerle esas cosas a una mujer.

Kamble se libró del sarcasmo de Sartaj encogiéndose de hombros con enfado.

—Arre, jefe, de acuerdo, sí, tengo muchas mujeres. Tal vez también les hago daño, pero se lo doy todo, ellas también me hieren. No solo hablo de dinero. Doy esto... —se dio una palmada en el pecho— y cualquier otra cosa que pidan. ¿Dinero? Las colmo de dinero, lo derrocho. Lo doy y retraso mis propios planes porque estoy listo para dejar que me hagan daño. ¿Entiende?

Era ridículo y estaba completamente serio, y Sartaj alargó la mano por encima de la mesa y le dio unas palmadas en el brazo.

—Sí, ese piloto es un completo bastardo —concedió con tacto—. Nos ocuparemos de él, no te preocupes.

Entonces Sartaj le contó a Kamble que se había despertado aquella mañana con el recuerdo de un gurú rezando, y recordando que una vez fue parte de la bandobast para una ceremonia pública enorme en Andheri West, un ritual religioso que duró días, que había dirigido un gurú de voz profunda que utilizaba una silla de ruedas extranjera muy sofisticada.

—Fue hace muchos años —le dijo a Kamble—, pero más recientemente fui a ver el cuerpo de un apradhi llamado Bunty, al que unos pistoleros chillar de poca monta habían thokoadado después de que su propia banda se desmoronase.

—¿Bunty, *bole to*, mano derecha de Gaitonde?

—Ese. Había hablado con el tal Bunty por teléfono solo unos días antes de que lo matasen. Y hablaba de su silla de ruedas lujosa, que podía subir y bajar escaleras y hacer todo tipo de trucos. Y dijo que Gaitonde le había dado esa silla de ruedas.

—Así que cree...

—Te digo, Kamble, que ese gurú tenía la misma silla de ruedas que Bunty. Lo recuerdo muy claramente. Tal vez no el mismo modelo, pero la misma marca.

Kamble tenía un aspecto muy escéptico, y bajo la luz dura de la tarde Sartaj tuvo que admitir que la conexión parecía tentativa y frágil. Pero intentó sonar alentador, y



le contó a Kamble cómo se subió a la moto de un salto muy temprano por la mañana y corrió hacia el teléfono público cerca de la comisaría de Santa Cruz y llamó a Anjali Mathur a Delhi, despertándola. Y cómo ella le había llamado aquella mañana más tarde para decirle que su organización estaba investigando al gurú.

—Ahora lo están indagando —siguió Sartaj—, y lo averiguarán todo. Tienen muchos recursos. Si realmente hay una amenaza para la ciudad, lo descubrirán, y lo solucionarán.

Pero Kamble se negó a que le animasen, siquiera con la idea de una organización nacional todopoderosa que salvaba a la ciudad y a él mismo de una posible destrucción termonuclear. Sartaj le había invitado al Restaurante Mughal-e-Azam en Goregaon, para una comida festiva, para celebrar que habían terminado con el caso de chantaje a Kamala Pandey. Pero Kamble todavía fruncía el ceño de forma lúgubre. Negó con la cabeza e hizo señales con la mano hacia la ventana, hacia la ciudad y el mundo más allá.

—Jefe, ¿quiere salvar *esto*? —preguntó con amargura—. ¿Para qué? ¿Por qué?

Estaban sentados en el reservado con aire acondicionado de la primera planta, en medio de un intento poco entusiasta de esplendor mogol. Había un surahi de latón sobre el alféizar junto a cada reservado, y dos cuadros descoloridos de princesas con perfiles de nariz larga sobre la pared. Pero podías ver el montón de platos sucios en la piletta al lado del baño, y el cristal de la ventana estaba manchado y sucio de forma irregular. La ciudad que Sartaj podía ver —en la dirección del gesto desdeñoso de Kamble— estaba igual de polvorienta y raída este día frenético de octubre. Estaban protegidos del remolino denso de los gases de los tubos de escape y la rabia de la calle por el aire acondicionado ruidoso del Mughal-e-Azam, pero eso solo era momentáneo. Pronto tendrían que salir de ese refugio sucio a la suciedad de las calles desordenadas, a las excavaciones aleatorias e interminables de equipos del Departamento de Obras Públicas, las corrientes de tráfico que se sacudían descontroladas, los peatones hoscos y sudorosos. Nada de esto era hermoso, pero ¿era tan malo que todo merecía morir?

—Vamos —respondió Sartaj—. Te estás emocionando demasiado con todo esto.

A Sartaj le divertía el romanticismo de Kamble, su enfado a causa del piloto, pero desear un colapso final era excesivo.

—No, lo digo muy en serio —replicó Kamble—. Sería mejor si todo se destruyese. —Deslizó la mano plana sobre la mesa, como si estuviese limpiando—. Después todo puede volver a empezar, limpio. De lo contrario, nada cambiará. Continuaremos de esta forma, justo así.

A Sartaj le resultaba asombroso que Kamble todavía creyese en el cambio. Qué insidiosa e indestructible era la esperanza si rehusaba desvanecerse del pecho de este hombre corrupto, ávido, violento.

—Pero si sucede algo, si cae la bomba, nos iremos todos. No solo tú y yo. Tus padres, tus hermanas, tu hermano, todos, todo. ¿Quieres que pase eso?

Kamble se encogió de hombros.

—Arre, bhai, si nos vamos, nos vamos. Todo el mundo tiene que morir. Mejor irnos todos juntos.

Sartaj tuvo que reírse por la grandilocuencia de la desilusión de Kamble. Kamble era muy joven, después de todo. Su decepción requería una limpieza total, un comienzo nuevo, nada menos.

—No seas estúpido —contestó Sartaj—. Cómete el pollo.

Un camarero depositó un glorioso pollo rojo tanduri, y un plato repleto de *rumali rotis*.

—Raita —pidió Kamble—, trae el raita, yaar. —Arrancó un pedazo grande de pechuga y la masticó con esmero—. Bastardo, está bueno.

Ese era el problema con el desaliñado Mughal-e-Azam. Era incapaz de estar limpio, y los camareros eran lentos y huraños, pero de alguna forma el establecimiento preparaba un pollo tanduri espectacular. Sartaj cogió una pata, y saboreó la jugosidad regordeta, ligeramente teñida de arcilla. Kamble cogió un puñado de rumali roti y otro pedazo grande de pollo, y cerró los ojos extasiado.

—Al final —comentó Kamble—, lo que necesitamos en este país es un dictador. Ya sabe, para que lo organice todo. —Masticó haciendo ruido—. Tiene que estar de acuerdo con eso.

—Si lo organizara todo, entonces te pillaría, ¿no? ¿Y todas tus actividades?

—No, no. No, saab. Si todo fuera bueno, no necesitaría meterme en ninguna de mis actividades. ¿Entiende? Solo hago lo que tengo que hacer, para vivir en esta kaliyuga.

Era un argumento irrefutable, bastante perfecto en su circularidad. Kamble estaba embelesado por las perfecciones: si no existía un mundo perfecto, quería una destrucción perfecta, o al menos un dictador perfecto. Sartaj notó un nudo en el estómago, y esperó el raita. Intentó recordar si alguna vez había creído en esos ideales sin adulterar, si alguna vez había sido tan joven. Ciertamente, en una ocasión creyó que Megha era completa y totalmente hermosa, y que él era el sardar más guapo de todo Bombay, si no de toda la mitad sur del país. Pero aquello fue mucho tiempo antes.

—Puesto que vivimos en la kaliyuga, amigo mío, decidamos qué vamos a hacer con el piloto.

—Ya sabe qué quiero hacer.

—No puedes darle una paliza. Un par de bofetadas, tal vez. Pero nada más. Piénsalo, Kamble. Ni siquiera hay un FIR, y no es ningún trabajador callejero de Andhra. Este chutiya puede ser un gran problema si le dejas con una pierna rota o algo.

—Conozco a otros tipos que podrían destrozarle.

—No —contestó Sartaj.

—De acuerdo, de acuerdo. —Kamble agitó un hueso con aire taciturno—.

Entonces saquémosle la pasta.

—Y sus juguetes.

—¿La pantalla de cine?

—Sí.

Kamble se rió con satisfacción. Por primera vez ese día, tuvo aquella exuberancia feroz, brillante, en los ojos.

—DVD —apuntó—. Quiero todos sus DVD. —Partió en dos una pechuga de pollo, y le dio un bocado—. ¿Ya se lo ha contado a ella?

Sartaj negó con la cabeza. Todavía no se lo había contado a Kamala, y no tenía ganas de hacerlo. Estaba seguro de que lloraría, y tal vez se pondría histérica. Tal vez maldeciría al piloto, y después a sí misma.

—¿Quieres contárselo?

—¿Está loco, jefe? ¿Yo? Me paso la vida tratando con mujeres enfadadas. Iré y hablaré con el piloto, le leeré sus castigos. Le diré todas las multas que tiene que pagar. Pero ¿a ella? No, no. —Kamble parecía restablecido, con los labios húmedos por el pollo—. De todas formas, es usted quien le gusta —anadió, sonriendo, y agitó la mano para pedir más roti—. Ocúpese de ella. —Giró la cabeza hacia Sartaj de forma brusca, con la mano todavía en el aire—. Jefe, ¿por qué la comisaría de Santa Cruz?

—¿Qué?

—Ha dicho que fue a la comisaría de Santa Cruz para hacer la llamada. ¿Por qué?

—Pasaba por allí.

—¿A las seis de la mañana pasaba por Santa Cruz?

—No he dicho a las seis.

—Ha dicho que despertó a la mujer de Delhi. —Kamble apoyó los dos codos sobre la mesa, inclinándose hacia delante—. Amigo mío —dijo—, ¿dónde ha dormido esta noche?

—En ninguna parte.

—¿En ninguna parte?

—En casa.

—En casa. Casa. Casa.

Kamble hinchó las mejillas, y pareció un bulldog benévolo.

—¿Casa-casa, qué?

—Es agradable encontrar una casa, Sartaj saab. En especial una casa que esté cerca de Santa Cruz. —Kamble se retorció en el asiento, y rugió—: Arre, ¿ha ido a Aurangabad a por sus rotis? —Volvió a mirar a Sartaj y sonrió.

—¿Qué, he dicho algo? Come, come.

—Tengo que irme —fue todo lo que dijo Kamala Pandey cuando le contó quién era el chantajista.

Estaban sentados en su mesa habitual en el vacío Restaurante Sindoor, en la parte trasera y hacia la izquierda. Era última hora de la tarde, y el sol bajo a través de la ventana de cristal esmerilado creaba un resplandor dorado en el que una Kamala vestida de blanco estaba muy bonita. Entonces, después de escuchar cosas sobre el piloto y su perfidia, apretó la mandíbula y le vibró una vena en la frente, y solo dijo:

—Tengo que irme.

Recogió sus llaves de encima de la mesa y se levantó incluso mientras Sartaj pedía:

—Espere, espere.

La siguió hacia la puerta, después regresó para cogerle el bolso. Cuando salió fuera, estaba sentada en su coche, mirando fijamente más allá del paan-vala y los peatones.

—¿Señora? —preguntó.

La mano de ella temblaba a un lado del volante, raspando la llave contra el metal. Miró hacia abajo, se serenó y volvió a intentarlo. Esta vez consiguió meter la llave.

—Señora —repitió Sartaj con suavidad—. No conduzca ahora. Por favor.

Sartaj abrió la puerta del coche, y ella le dejó cogerla por el codo y sacarla. Permaneció de pie con las manos rectas a ambos lados mientras él se inclinaba dentro del coche para coger las llaves, y después tuvo que darle la vuelta y hacerla caminar de regreso al restaurante. Primero la sentó, después se sentó frente a ella. Los ojos de ella eran de un color ámbar traslúcido, y miraba directamente a través de él.

—Señora —reiteró—. Señora, ¿quiere un poco de agua?

Deslizó un vaso hacia Kamala, y después alargó la mano y cogió la de ella y la enroscó.

Ella empezó a llorar. Retiró la mano, se la colocó sobre el regazo, y las líneas claramente definidas de su rostro parecieron desdibujarse, y de ella salió un sonido que provocó un escalofrío en la columna de Sartaj. Lo había oído muchas veces, este llanto gutural, como de niño. Lo había oído de padres cuyos hijos habían sido asesinados, hermanos que habían perdido a hermanas en accidentes, ancianas a quienes sus familiares habían convertido en indigentes, y sí, amantes que habían sido traicionados. Cuando comenzaba, siempre era difícil hacer frente a este grito sordo porque sabías que no había nada que pudieses hacer. Sartaj había aprendido a esperar a que pasase. Kamala era bastante inconsciente de la presencia de Sartaj, y berreó sin vergüenza, ni reserva. Un camarero asomó la cabeza por la puerta de la cocina, y entonces Shambhu Shetty echó un vistazo. Sartaj levantó una mano, solo un poco, y negó con la cabeza. Después esperó.

Kamala gritó, y después se apretó la cara con ambas manos. Sartaj sacó un fajo de servilletas de un vaso que había encima de la mesa y se las ofreció. Ella se dio unos toquitos en la cara, y respiró hondo.

—Le quiero —dijo en inglés.

—Señora, es un hombre muy malvado. Le ha robado. La ha utilizado.

—No, no a él. A mi marido. Estaba hablando de mi marido.

Eso detuvo a Sartaj. Buscó a tientas más servilletas para ocultar su incredulidad, y se aclaró la garganta.

—Sí, señora, por supuesto.

Ella se inclinó hacia delante, y en ese momento estaba furibunda.

—No, no lo entiende. Sé que cree que soy una mala mujer.

Se le había corrido el maquillaje, y Sartaj nunca le había visto la cara tan desnuda, ni siquiera aquella primera mañana en la que se peleaba vestida con ropa de dormir.

—Pero no lo entiende. Quiero estar casada con mi marido. No quiero dejarle, no quiero un divorcio. Si quisiera dejarle, lo habría hecho hace mucho tiempo. No quiero dejarle. Quiero seguir. ¿Lo entiende?

Tenía la necesidad del apradhi por explicarse, incluso después de que el peligro del castigo se hubiese desvanecido.

—¿Señora? —preguntó Sartaj.

—¿Está casado?

—No.

—¿No?

—No.

Sartaj no tenía intención de explicarse ante Kamala Pandey, de tratar de explicarle sus propios fracasos a esta mujer fracasada.

—Entonces no lo puede saber.

—¿Saber qué, señora?

—El matrimonio es muy duro. Enamorarse, casarse, eso es fácil, entonces te queda toda una vida. Tienes años y años. Y quieres durar, quieres hacerlo. Para durar, a veces necesitas algo. Sé que suena a mentira, a excusa. Pero es cierto. Tenerle ahí, a él, ya sabe...

No quería pronunciar el nombre, Umesh, con su lengua, era demasiado amargo.

—¿Al piloto? —preguntó Sartaj.

—Sí, al piloto. —Movi6 la cabeza de lado a lado, maravillándose de sí misma, de su vida—. Él hizo posible que me quedase con mi esposo, lo juro. De lo contrario me habría ido. Tengo mi propio trabajo, tengo una casa a la que ir, con mis padres. Pero quiero a mi marido. —Agitó los hombros, y lloró un poco, y se sonó la nariz con las servilletas. Ahora parecía muy joven, con hebras de pelo pegadas a las mejillas—. Tiene una mala opinión de mí y de mi esposo porque nos vio pelear y todo eso. Pero en realidad estamos mejor. Estamos bien juntos. No ha tenido ocasión de verlo.

Sartaj estaba seguro de que estaba bien, y era cierto, que Kamala Pandey y el señor Mahesh Pandey eran un matrimonio feliz, cuando no se pegaban mutuamente. En el matrimonio, como en cualquier otra parte, nada era sencillo. Tal vez Kamala necesitaba al piloto, como su marido la necesitaba a ella, como ella necesitaba a su marido. En algún lugar, dentro de este enredo de necesidad y pérdida y mentiras, estaba la verdad del amor.

—Señora —le dijo Sartaj a Kamala Pandey, mirándola directamente a los ojos—. Lo entiendo.

—No volveré a hacerlo, sin embargo. Nunca nada como esto, con algún otro hombre. No vale la pena.

Todavía estaba atribulada, por supuesto, culpable e insegura de sí misma y el futuro. Se tocó el pelo, lo alisó detrás de una oreja.

—Qué pinta debo de tener. ¿Los baños de aquí están limpios?

—Solo medio limpios —contestó Sartaj—. Y a veces no hay agua.

—Esperaré a llegar a casa. Iré a casa. —Empezó a recoger su bolso y las llaves.

—Señora, cogemos al piloto y le haremos entrar en razón. Pero por favor, no haga nada. No hable con él, no se enfrente a él. Si intenta ponerse en contacto con usted, rechace las llamadas o algo así. Y háganoslo saber.

—No quiero hablar con él. No quiero volver a verle jamás.

—Bien. Si hubiese un FIR y un caso, le habríamos metido en la cárcel. Pero le daremos una lección. Conseguiremos todas las cintas y la información que tenga, no se preocupe. Y trataremos de recuperar su dinero.

Ella se estremeció.

—No quiero nada de él. Tan solo manténganlo alejado de mí.

—Lo haremos, señora.

Después no hubo nada más que decir. Se deslizó para salir del reservado, y se tambaleó un poco sobre sus tacones altos. Todavía estaba temblorosa, pero estaría bien. Llegaría a casa. Las mujeres eran fuertes, más fuertes de lo que aparentaban. Incluso las mujeres modernas como Kamala Pandey.

—Oh, su dinero.

Rebuscó en el bolso, le dio a Sartaj un sobre marrón.

—Gracias, señora.

—Gracias —respondió ella.

Kamala Pandey se enderezó. Sartaj la vio recobrar la compostura y ponerse al mando de su aspecto, recomponerlo pedazo a pedazo, y entonces casi era la Kamala que había conocido. Ella se dio la vuelta de forma brusca y se marchó, muy decidida y resuelta.

Sartaj la observó mientras se marchaba, su coqueteo, su trasero en forma por la gimnasia y su paso seguro de sí mismo, y pensó que si era muy afortunada no volvería a verla, ni sabría de ella. Eso es, si lograba conservar el arrepentimiento y el miedo que había sentido en las últimas semanas, y todo el enfado por el piloto que sentiría en uno o dos días. Pero su confianza en sí misma y su serenidad la llevarían por callejones ambiguos, más pronto o más tarde. Olvidaría las duras lecciones que acababa de aprender. Creería que nunca volvería a pasarle nada como esto. Necesitaría vivir con su esposo, y vivir un poco aparte de él. La vida era larga, y el matrimonio duro. Tal vez volvería a cometer errores, porque amaba a su esposo. El amor, reflexionó Sartaj, era una trampa de hierro. Atrapados entre sus dientes, nos

retorcemos, nos salvamos unos a otros y nos destrozamos unos a otros.

De todos modos, el caso estaba cerrado. Ahora no era asunto suyo, a menos que ella volviese a llamarle. Se metió el dinero en el bolsillo, y volvió a comisaría.

Parulkar acababa de ver la demostración de un portátil nuevo cuando Sartaj llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante, adelante —gritó.

Respondió al saludo de Sartaj agitando la mano, y le señaló una silla cerca del escritorio. Después cruzó las manos sobre la barriga y miró con benevolencia por encima del joven vendedor, que estaba recogiendo cordones y cables y guardándolos en un maletín.

—Esperaré su llamada, señor —dijo el vendedor.

—Yo no llamaré, lo hará alguien del comité de tecnología —respondió Parulkar—. Pero esté seguro. Tiene muy buena tecnología.

Esperó a que el vendedor hubiese salido de la habitación con sus maletines varios, y después le sonrió a Sartaj:

—Tienen buenos aparatos, pero muy caros. Y no están dispuestos a transigir en el precio, a contribuir al fortalecimiento del departamento de policía y el país. De modo que sufrirán.

Probablemente quería decir que la empresa no estaba dispuesta a contribuir lo bastante al fortalecimiento del propio desarrollo financiero de Parulkar, pero Sartaj no quería saber nada de eso. Así que le habló a Parulkar del sufrimiento de Kamala Pandey y su solución, y el castigo que se le iba a imponer al piloto.

—Un caso interesante —contestó Parulkar—. Bien hecho. ¿Cuál es la liquidación del piloto?

—Tóavía no lo sabemos del todo, señor. Kamble y yo vamos a hablar con él esta noche. Pero debería ser al menos de unos cuantos lakhs, en efectivo y en especie. El bastardo tiene mucho dinero.

—Muy bien.

Parulkar estaba satisfecho. Sartaj pagaría a Majid Khan, que elevaría algo hacia el ACP, que le pasaría algo a Parulkar. Para cuando el dinero llegase a Parulkar, la cantidad sería pequeña. Pero recaudaba muchas cantidades pequeñas, que sumaban cantidades grandes.

—Tiene un aspecto muy saludable, señor —comentó Sartaj.

Era cierto. Parulkar llevaba el pelo hacia atrás desde la frente en una onda engominada. Había perdido algo de peso, y parecía joven.

—El secreto es una dieta estricta, y ejercicio, Sartaj. Tienes que mantenerte en forma. Sin salud nada es útil. He dejado de comer todo lo que no sea vegetariano, y me ha bajado el colesterol. En la vida puede haber muchas tentaciones, pero se debe planificar a largo plazo.

—Sí, señor.

Sartaj sabía cuánto le gustaba a Parulkar el pollo *pandhara rassa*, muy *tikhat*, y *soonti*, y montañas de biryani. Si estaba dispuesto a dejar todo eso, debía de estar planeando una vida muy larga, y una carrera casi tan larga. Era bueno volver a verle en juego, bien seguro de sí mismo y hábil. Sartaj sonrió, y le lanzó la pregunta obvia:

—¿Y qué come ahora, señor?

Parulkar se enderezó, pidió chai y le contó a Sartaj todo lo relativo a *bajra* rotis, y frutas con mucha fibra, y los peligros del azúcar refinado.

—Sartaj —dijo—, uno debe equilibrar el cuerpo para que el alma se desarrolle.

Después tuvo que marcharse a una reunión en la jefatura de policía. Sartaj le acompañó hasta el coche, y observó cómo se iba el pequeño convoy. El Ambassador blanco de Parulkar iba escoltado por dos Gypsies llenos de policías armados y un coche camuflado que llevaba a más policías de paisano. Estaba bien protegido.

Sartaj rodeó la zona de la jefatura y regresó a comisaría. Tenía papeleo que hacer, casos en los que trabajar. Aquella noche volvería a ser larga, otra dosis inevitable de la comida del restaurante malo del que se alimentaba. Comer bien, comer para una vida larga, no era tan fácil. Necesitabas tiempo, necesitabas dinero, necesitabas cierta posición, tal vez incluso necesitabas guardaespaldas. De todas formas, pensó Sartaj, no soy tan viejo, mi cuerpo todavía funciona. Me preocuparé de esto el año que viene. Despejó un escritorio, y se sentó a trabajar.

Sartaj y Kamble habían planeado enfrentarse a Umesh aquella noche más tarde, pero a las seis y media Sartaj recibió una llamada de Anjali Mathur.

—Llegaré al aeropuerto en un vuelo nacional a las ocho en punto. Reúnase allí conmigo.

Salió del edificio del aeropuerto rodeada por un puñado de hombres. Había otro grupo esperando al final de la pasarela, y de aquella confluencia ajetreada de trajes saharianos emergió ella para saludar a Sartaj levantando la mano. Llevaba sus zapatos eficientes de costumbre y un salvar-kamiz verde oscuro, y parecía muy cansada.

—Este es mi jefe, el señor Kulkarni. Por favor, venga con nosotros en el coche.

Sartaj les siguió hasta un Ambassador blanco en la zona de aparcamiento. El jefe, que era un burócrata de aspecto aplicado con gafas gruesas, le indicó a Sartaj el asiento delantero. Él y Anjali se metieron en la parte de atrás. El aire acondicionado estaba puesto dentro del coche, y el conductor estaba fuera de pie, pero aparentemente no iban a ninguna parte. Kulkarni cruzó los brazos sobre el pecho y pidió:

—Adelante, Anjali.

El informe preparatorio fue concienzudo y preciso. Anjali había seguido el aviso de Sartaj sobre Gaitonde y el gurú. Este mismo gurú —un tal Shridhar Shukla— había desaparecido el año anterior, o «se había marchado de retiro», según su gente,



que era incapaz de proporcionar una información actual de contacto. La organización en sí misma estaba en una situación caótica tras la desaparición de Gurú, con feroces luchas intestinas y peleas e incluso asesinatos, de todo lo cual había informado la prensa nacional. El primero de esos episodios desagradables, un doble asesinato, había tenido lugar en el ashram a las afueras de Chandigarh, y se llamó a la policía. Uno de los agentes que respondieron, un agente del *IPS* en período de prueba y en su primera operación, encontró algo de dinero en la habitación en la que se habían cometido los asesinatos, una cantidad de noventa mil rupias exactamente. La entregó en comisaría, donde el inspector adjunto descubrió que los billetes eran falsos. Las autoridades del ashram, cuando fueron interrogadas, dijeron que probablemente el dinero procedía de una donación anónima en efectivo, y fueron incapaces de proporcionar más información. Y ahí quedó el asunto, con un par de anotaciones en archivos olvidados, y un montón de billetes falsos en una sala de pruebas.

Seis semanas más tarde, un destacamento armado de la policía de Jullunder hizo una redada en un piso de un edificio de viviendas, tras el soplo de un dhobi descontento. El dhobi había entregado camisas planchadas para tres inquilinos masculinos del piso, discutió con uno de ellos por una camisa dañada y se le pagó menos de lo debido. Después el dhobi dio el chivatazo a la patrulla de policía local, alegando que los tres hombres —uno de los cuales era un extranjero rubio— se dedicaban al tráfico de drogas en el edificio, que entraban y salían personajes sospechosos todo el tiempo. Siguió la redada de un grupo de operaciones especiales. No se encontraron drogas. No se hicieron arrestos, aunque un cuenco de arroz todavía hervía en la cocina cuando la policía entró en el piso. Al parecer los tres hombres que lo habían alquilado habían escapado por una escalera trasera oculta, que el equipo de la redada no había descubierto ni vigilado. En el piso, la policía encontró tres maletas y un surtido de ropa, unos pocos libros, un portátil y diez mil rupias en efectivo. Al examinarlo más de cerca, se descubrió que el dinero era falso. Examinaron el portátil ThinkPad y descubrieron que estaba protegido con una clave de acceso. Entonces le quitaron el disco duro, y lo conectaron a otro ordenador y lo escanearon. Se descubrió que todos los archivos de datos estaban almacenados en una partición de disco encriptada con una clave de 256 bits, utilizando un programa llamado DeepCrypt, que estaba a la venta. El especialista informático local asignado por la policía probó con ataques de fuerza bruta, pero no logró descifrarlo. Aunque era extraño que los hombres hubiesen huido, la policía de Jullunder no tenía ninguna razón especial para continuar con el caso, ni medios para hacerlo. De modo que el caso se archivó y se olvidó. Es decir, se olvidó hasta que una referencia a dinero falso, tecleada por Anjali Mathur en Delhi, emergió a borbotones a través de los canales y múltiples capas en el interior de una base de datos que contenía todas las referencias a ese tipo de falsificación. Y ella se percató, en su interrogatorio lento e implacable por las listas de casos de falsificación, que ese archivo de Jullunder incluía una referencia al gurú Shridhar Shukla. El navegador del portátil confiscado había guardado su caché en una

parte no encriptada del disco duro, y solo se habían visitado tres páginas en las tres semanas almacenadas en esas historias de archivos. Una era Hotmail, la otra una página de pornografía llamada [www.hotdesibabes.com](http://www.hotdesibabes.com) y la tercera era la página web de este gurú.

Anjali Mathur le llevó a Kulkarni esta conexión que había que reconocer que era vaga, le contó que en ambos casos había dinero falso del mismo tipo, del mismo papel moneda, de las mismas planchas, y también que en ambas ocasiones estuvo implicado el gurú. El señor Kulkarni, muy sabiamente, le permitió requisar el departamento de informática de la organización, para intentar descifrar la clave del portátil de Jullunder. Pero para entonces el portátil había desaparecido de la comisaría de policía en cuestión. El agente de la comisaría se deshizo en disculpas, y prometió que en el futuro se vigilaría la sala de pruebas con más seguridad, y que iniciaría una investigación, y castigaría a todos los policías responsables de la pérdida. Eso detenía todas las indagaciones, hasta que Anjali recordó que el especialista informático le había quitado el disco duro al portátil, y volvió a llamar al *SHO*. Finalmente encontraron el disco duro a las dos de la madrugada del martes, en un sobre marrón protegido por una tira de goma, en el estante superior de una estantería del despacho del especialista. En aquel momento se remitió por mensajero a Delhi, a Anjali Mathur. Y, al cabo de dos días y siete horas, descifraron la partición de disco encriptada, la abrieron y la tuvieron disponible.

—Tenemos aptitudes en el área de cifrado —comentó Anjali Mathur, con cierto orgullo— que incluso van por delante de las de países occidentales. Y ese programa de encriptado DeepCrypt que utilizaron no era muy bueno.

—Por suerte para nosotros —contestó Sartaj.

—Muy buena suerte —apuntó Kulkarni—. Como ha resultado.

Anjali asintió.

—Lo que encontramos en la memoria codificada fueron planos, documentos técnicos e informes de seguimiento. Por el análisis de todo eso, estamos convencidos de que de hecho hay un artefacto, que este artefacto se ha construido con materiales traídos al país y que es técnicamente sólido. Compraron combustible nuclear usado en el mercado negro internacional y lo trajeron al país. Después utilizaron espectrómetros de masa convertida para separar y extraer material enriquecido de ese combustible usado. Los espectrómetros de masa son máquinas que se utilizan rutinariamente en instituciones académicas y laboratorios. Se pueden comprar de forma legal en el mercado. Un espectrómetro de masa convertida que funcione como calutron solo producirá cantidades diminutas de material enriquecido al cabo de semanas y meses, pero con la suficiente paciencia al final tendrás bastante para un artefacto. Y sabemos que están utilizando varios calutrones, quizá tantos como doce, quince. Así que tienen el material y tienen el conocimiento y la pericia. Sabemos que hicieron un artefacto. Y sabemos que ya han traído el artefacto a esta ciudad. Eso está claro por correos electrónicos y documentos que hemos encontrado en el disco duro.

—Artefacto —dijo Sartaj—. Quiere decir una bomba.

—Sí.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—Ese es el problema —contestó Anjali—. No lo sabemos.

—¿Nada más? ¿No hay pistas?

Sartaj se sintió separado de sí mismo, como si fuese otra persona quien estuviese manteniendo esta extraña conversación en la parte trasera de un coche frente a la Terminal Dos, una noche bochornosa como cualquier otra, con viajeros y sus familiares levantando maletas para ponerlas en los carritos. Intentó concentrarse, atraer su avidez habitual por los detalles para sobrellevar el problema que tenía entre manos. Era importante seguir trabajando, ser profesional frente a este mal sueño que se había convertido en peor realidad.

—Debe de haber algo.

—No, no hay mucho. Aparece la referencia a una casa en Mumbai. La frase exacta es: «Espero que Gurú-ji esté disfrutando la terraza de la casa», y la insinuación es que esa casa está dentro de la ciudad. Eso es todo.

—¿Por qué están haciendo esto?

Kulkarni se quitó las gafas y las limpió.

—No estamos seguros. En el disco duro —contó— también hay archivos de la publicación de un programa. Incluyen el texto e imágenes y fuentes para tres folletos. Se supone que los folletos son producto de una organización fundamentalista islámica llamada Hizbuddeen. —Volvió a ponerse las gafas, con el aire de un profesor despistado—. Nosotros mismos hemos recopilado copias impresas de esos folletos durante redadas a varias organizaciones proscritas. Nuestra impresión es que esa Hizbuddeen es una organización fundamentalista con conexiones pakistaníes. Sabíamos que Hizbuddeen financiaba a otras organizaciones así, y tal vez estaba planeando una gran operación terrorista. Ahora, esta información nueva sugiere que en realidad Hizbuddeen es una fachada, una organización impostora creada por este gurú Shridhar Shukla y su gente. Nuestra teoría ahora es que su plan es soltar el artefacto y echarle la culpa al fundamentalismo islámico. De esa forma, las pruebas que hemos recopilado hasta ahora sobre Hizbuddeen son un rastro falso, esparcido por ese tal Shukla y su organización. La idea sería que, después del incidente nuclear, Hizbuddeen se atribuiría la responsabilidad, y se le creería.

—Pero ¿por qué? ¿Qué esperan conseguir?

La luz se posó de forma fija sobre las gafas de Kulkarni, convirtiéndolas en pequeñas medias lunas. Él se encogió de hombros:

—No estamos seguros de las consecuencias que busca, o de los motivos. Tal vez quieren aumentar la tensión, una escalada, quizá represalias.

Sartaj no quería pensar qué significarían las represalias en este caso, pero no podía dejar de preguntarse por el primer desastre al acecho.

—¿Si lo lanzan, si lanzan este artefacto —preguntó—, qué pasará? ¿Cómo es de

grande?

Kulkarni dio paso a Anjali con una inclinación de gafas. Al parecer, en su equipo, ella era la persona de los detalles.

—Por lo que podemos deducir —apuntó ella—, no es un artefacto pequeño. De hecho, la construcción puede haber tardado más porque querían lanzar mayor carga explosiva. Y no les importa en absoluto la miniaturización. Probablemente lo han traído a la ciudad en la parte trasera de un camión. Si estalla... —tragó saliva—, probablemente la mayor parte de la ciudad.

—¿Toda?

—Casi. Si lo planean con cuidado y lo ubican bien.

A Sartaj no le cabía duda de que lo ubicarían extremadamente bien. Habían calculado el instrumento, y su propósito, y se asegurarían de la destrucción. Solo quedaba una pregunta:

—¿Qué hacemos?

Kulkarni tenía algo parecido a un plan.

—Estamos creando un comité de trabajo en estos momentos —contó—, en la jefatura de Colaba. Haremos pública una alerta en las próximas dos horas. Pero no se hará mención del artefacto. Solo diremos que hay un aviso fidedigno sobre una gran operación terrorista. Cualquier mención al artefacto causaría un pánico generalizado, gente corriendo para salir de la ciudad, ese tipo de cosas. No queremos eso. Sería imposible controlarlo.

Sartaj podía imaginarse bien la prisa, las carreteras obstruidas por coches y camiones, los empujones desesperados para subir a los trenes, los gritos de niños perdidos. Y también podía sentir la necesidad, en algún otro pasillo de su mente, de advertir a Mary, de sacar de la ciudad a los hijos de Majid Khan. Pero asintió, y respondió:

—Sí, sí.

—Si la información sobre el artefacto se filtrase al público en general —comentó Anjali—, entonces la gente a cargo del artefacto también podría enterarse. Podrían hacerlo estallar en ese momento, para evitar que les descubriesen y por prevención. Toda la investigación tiene que avanzar teniendo eso en mente. Tiene que ser muy restringida.

—Totalmente restringida —comprendió Sartaj—. Pero ¿a qué están esperando?

—No sabemos nada sobre la agenda que tienen —contestó Anjali—. Nos gustaría continuar lo que ha estado haciendo usted para nosotros. Lo ha hecho muy bien. Utilice sus recursos para investigar.

Y con eso hicieron que Sartaj saliese y le dejaron tambaleándose tras los gases de los tubos de escape de los Ambassadors. Se sentía alerta por completo, pero bastante aturdido. Había luces naranjas ardiendo sobre el edificio de la terminal. Un hilito de sudor, provocado por el calor acumulado, le descendió por la clavícula. Repasa la información, se dijo a sí mismo. Pero había muy poca: los apradhis tal vez incluían a

un gurú famoso que iba en silla de ruedas y un extranjero rubio, tal vez estaban en una casa con terraza, la casa tal vez era lo bastante grande como para albergar una máquina grande, tal vez había un camión cerca. Eso era, eso era todo. De esto dependía todo. No te preocupes, se dijo Sartaj a sí mismo. Tan solo ve a trabajar. Tan solo trabaja.

Así que se apresuró hacia su moto, colocó una pierna sobre ella. Entonces fue incapaz de moverse. ¿De verdad habían tenido lugar los últimos minutos? Ahora, en su memoria, todo lo que había sucedido en el coche le parecía una película entrecortada, acelerada. Sartaj intentó ralentizar la respiración y analizar la conversación, recordarla fragmento a fragmento, pero todo lo que pudo encontrar fue una mezcla de frases y palabras: «No es un artefacto pequeño»; «consecuencias buscadas»; «carga explosiva». ¿Cómo podían Anjali y su jefe ser capaces de hablar de forma tan calmada y eficiente de tales cosas? Quizá gente como esa estaba acostumbrada a hablar de cosas indescriptibles. Quizá los espías internacionales utilizaban ese lenguaje todo el tiempo. Sartaj había pensado en ello antes, este artefacto, se lo había encontrado en ficciones y reportajes periodísticos, pero ahora estaba en su ciudad, en su hogar, era incapaz de imaginárselo. Intentó verlo, algún tipo de máquina en la parte de atrás de un camión, pero todo lo que pudo ver fue una ausencia, un agujero en el mundo. Lo que surgió de ese vacío fue una avalancha de pesar, un dolor como de cuchillo en el estómago por todo lo que quedaba por hacer y por todos los recuerdos del pasado. Se inclinó. En el manillar plateado que sobresalía veía el brillo de una farola y mil rostros, un chico con el que se peleó en la clase de tercero y al que humilló delante de toda la escuela, Chamanlal, el paan-vala de la esquina de la calle principal, una chica hermosa sobre la que Katekar le habló una vez y que trabajaba para Gulf Air en la terminal internacional, aquel mendigo lisiado que trabajaba en el cruce del paso elevado de Mahim. Todo desaparecería, no solo la gente querida y los enemigos. Todo el mundo. Esta era la promesa insoportable de ese artefacto, ahora convertido en realidad. Era ridículo pero cierto. Sartaj se sentó en el aparcamiento y trató de comprenderlo, albergarlo en la cabeza para poder pensar sobre ello, y decidir qué hacer a continuación. Al final —no sabía cuánto tiempo había pasado, solo sentado— lo dejó estar. Mejor dejarlo como un espacio en blanco, y pensar a su alrededor. Al menos entonces podría trabajar. Sí, trabajar. Ir a trabajar. Arrancó la moto, y comenzó.

Tres días de trabajo no aportaron grandes avances, ni revelaciones, ni arrestos. La alerta se difundió, pero tenía poco fundamento. No había bastante como para preguntar a informantes, solo eso: ¿has visto un grupo de tres, tal vez cuatro hombres? Uno es un extranjero rubio, un gurú en silla de ruedas, quizá, ¿quizá? Llegaron pistas, cientos de ellas, pero condujeron de forma inevitable a ancianos inocentes en sillas de ruedas chirriantes, y a ejecutivos extranjeros indignados, con el

pelo solo un poco más claro que el castaño. No hubo progresos. Y la vida continuó. El martes por la tarde, Sartaj visitó a Rohit y Mohit y Shalini. Le dio un sobre a Shalini, diez mil rupias, y se sentó en la entrada y bebió una taza de chai.

—Pareces muy cansado —comentó Shalini.

Ella estaba sentada dentro de la casa, cerca de la cocina, empezando a preparar la cena para los niños.

—Sí —apuntó Rohit. Estaba apoyado contra la pared, junto a Sartaj—. Lo pareces.

—No he estado durmiendo bien —comentó Sartaj—. Demasiado trabajo.

Rohit se cepilló el cuello de su camiseta blanca brillante.

—Pero estás muy delgado, también.

—Todavía no he encontrado un buen cocinero.

Shalini sonrió. Llevaba un sari verde lustroso, y tenía buen aspecto. Le lanzó a Sartaj una mirada traviesa, de complicidad.

—¿Qué, esa chica cristiana no cocina para ti? ¿O no te gusta su comida?

Sartaj dio un respingo y se manchó el pecho de chai.

—¿Qué chica? —farfulló indignado, pasándose la mano por el pecho.

Rohit aplaudió y se rió.

—No te molestes, no lo intentes —avisó—. Los espías de mi madre están por todas partes, de verdad. Lo sabe todo.

Shalini agitaba los hombros. Sartaj no podía recordar cuándo la había visto reírse así, ni tan solo tiempo atrás cuando su marido estaba vivo.

—Sí —replicó ella—. Ni siquiera sabes cómo lo sé.

Le hizo señas con un *belan* polvoriento, con aspecto de satisfacción suprema.

—Y no creas que fue de la forma más fácil. No me lo contó ningún policía.

Shalini no iba a considerar ninguna negación sobre la chica cristiana. Sartaj cedió, con lo que confiaba que fuese un mínimo de elegancia. Agachó la cabeza y preguntó:

—Pues, ¿quién te lo dijo?

—No puedo revelar mis khabaris. No, no.

Sartaj intentó pensar quién podría ser, quién sabría sobre Mary, quién habría hablado. Kamble sabía de Mary, y podría habérselo contado alguien en comisaría, que podría habérselo contado a un civil. O quizá Shalini tenía una amiga que trabajaba cerca de casa de Mary, que habría visto a Sartaj llegar y quedarse y marcharse. O quizá era alguien del salón de belleza de Mary. Había mil y una formas en las que Shalini podía haber oído la historia de Sartaj y Mary, conexiones innumerables que se deslizaban por la ciudad y unían a cada persona con el resto. El propio Sartaj había utilizado esta red ineludible muchas veces, y ahora le habían descubierto.

—Tu madre es una pucca profesional de verdad —le dijo a Rohit—. El departamento debería contratarla.

Shalini se rió y lanzó a una olla un puñado de alguna especia marrón, y se produjo

un gran silbido y burbujeo.

—Así que h́ablanos de esa chica.

—Pero ya lo sabes todo —replicó Sartaj.

Estaba a punto de decir algo más, algo general sobre cómo los hombres nunca esperan escapar de la vigilancia de las mujeres, cuando vio a Mohit llegar a trompicones por el final del callejón. Tenía sangre en la camiseta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rohit, y se arrodilló para coger a su hermano por los hombros—. ¿Quién ha hecho esto?

Había círculos carmesí alrededor de los orificios de la nariz de Mohit, y una mancha negruzca cruzándole la barbilla. En un remolino del sari, Shalini se puso delante de Sartaj;

—Beta —dijo—, ¿qué ha pasado?

Pero Mohit sonreía.

—No te preocupes —contestó—. Les hemos hecho mucho más a ellos. Fueron esos bastardos de Nehru Nagar. —Estaba triunfante, satisfecho—. Les hemos enseñado, se han ido corriendo.

Shalini sujetaba la camiseta de Mohit por el hombro, donde la habían roto por la costura y hasta la espalda.

—¿Has vuelto a pelearte con esos chicos? —Le agarró la cara, la arrastró hacia la de ella—. Te dije que no te acercases a ellos. Te dije que ni siquiera te acercases a esa zona.

El enfado hizo que dejase de mostrar los dientes, y Sartaj pudo ver cómo estaba clavando las uñas en las mejillas del chico. Pero Mohit no estaba asustado.

—Le diré a Saab que te lleve al correccional —amenazó, girándolo hacia Sartaj—. Te dará una paliza.

Sartaj se puso de pie.

—Mohit, no deberías...

—Sardar maderchod —soltó Mohit, y su odio se retorció más allá de los dedos de su madre—. Te mataré. Te rajaré.

A Shalini se le cortó la respiración, y después le dio una palmada a Mohit en la parte de atrás de la cabeza, fuerte. Lo metió a rastras en la casa, más allá del grupo de vecinos que había empezado a reunirse, y cerró de un portazo. Pero Sartaj todavía pudo oír el gruñido de Mohit en voz baja, lúgubre e implacable.

—Necesito irme —le dijo Sartaj a Rohit, y lo cogió por el codo y se lo llevó paseando. Tengo una cita.

—Lo siento —se disculpó Rohit.

Toqueteó, nerviosamente, la llave que le colgaba del cuello.

—Mohit se está malcriando, a pesar de todo lo que hacemos. Sigue con malas compañías. Tiene una banda de cuatro, cinco chicos. No dejan de pelear con esos otros, taporis más mayores de Nehru Nagar. Yo mismo le he pegado, pero no deja de empeorar. Sus notas en el colegio son terribles.

—Es pequeño —comentó Sartaj—. Es solo una mala época. Saldrá de esto cuando se haga más mayor.

Rohit asintió.

—Sí, yo también lo pienso. Pero lo siento mucho.

Sartaj le dio una palmada a Rohit en el pecho, y dijo:

—No te preocupes, hay mucho tiempo, se dará cuenta más pronto o más tarde.

Y dio un puntapié a la moto para ponerla en marcha. Mientras bordeaba la pendiente llena de huecos, se le ocurrió que quizá Mohit jamás saliese de esta espiral salpicada de sangre, aunque hubiera mucho tiempo. Tal vez ya estaba perdido, perdido para su hermano y su madre y para sí mismo. Sartaj había desempeñado su papel al empujar a Mohit a este camino duro, a este pozo del que no había retorno. Toda acción pasaba rápidamente por la enmarañada red de enlaces, teniendo repercusiones y ampliándose y desapareciendo solo para reaparecer de nuevo. Intentabas arrestar a unos apradhís y el hijo de un policía se volvía malo. No se podía escapar a las reacciones de tus acciones, y la responsabilidad no daba tregua. Así es como sucedía. Así es la vida.

Rachel Mathias estaba esperando a Sartaj en comisaría. Estaba sentada en el pasillo de fuera de su despacho, apretada en la esquina de un banco junto a una hilera de mujeres koli impasibles. Tenía calor y estaba descontenta, pero, cuando se levantó, Sartaj se quedó impresionado con la caída elegante de su sari azul y el sencillo brazalete de plata que llevaba en la muñeca derecha. No estaba arrugada en absoluto por la miseria de la comisaría, y en ese momento se quedó de pie muy recta y le miró directamente a los ojos.

—¿Cuánto tiempo lleva esperando? —preguntó él.

—No demasiado. Este es mi hijo Thomas.

A juzgar por lo resentido que parecía Thomas, llevaban en la comisaría al menos un par de horas.

—Vamos —dijo Sartaj, y les hizo entrar en el despacho y sentarse.

Thomas se repanchingó hacia atrás en la silla, y después se enderezó tras una mirada cortante de su madre. Tenía unos quince años, era, guapo y seguro de sí mismo y musculoso. Todos los chicos hacían pesas hoy en día, y Sartaj estaba seguro de que Thomas comenzó pronto.

—Sobre lo que hablamos el otro día —comenzó Rachel.

—¿Sí? —contestó Sartaj.

Ahora sabía que ella no era culpable de chantajear a Kamala, pero todo el mundo era culpable de algo. Le había pasado antes en su carrera, que la amenaza de la presión de un policía hiciera que la gente confesase algo que él no andaba buscando.

—Thomas tiene algo que contarle.

Thomas no quería decir nada, mantenía la mirada baja y los puños apretados, pero



su madre era implacable.

—¿Thomas? —insistió.

Thomas movió la mandíbula, se aclaró la garganta.

—Lo que pasó fue... —empezó, y después fue incapaz de seguir.

Se limpió las manos en los vaqueros, y se puso colorado, y Sartaj sintió una simpatía repentina. Thomas había trabajado los bíceps y se había puesto gel en el pelo, pero todavía era un niño.

—Quizá —propuso Sartaj—. Thomas puede hablar a solas conmigo.

Rachel asintió.

—Esperaré fuera.

Cerró las puertas tras ella, y Sartaj dio unos golpecitos en la mesa. Entonces Thomas logró levantar la mirada.

—Cuéntame —animó Sartaj.

—Señor, sobre nuestra cámara de vídeo... lo siento.

—¿Lo sientes por qué?

—Por hacer el vídeo.

Sartaj sintió cómo el aturdimiento se instalaba sobre sus hombros como una neblina fina.

—El vídeo, sí.

—No fue idea mía.

Thomas logró contarle todo en ese momento, a trancas y barrancas. No fue idea suya. Fue idea de Lalita. Lalita era su novia, un año mayor que él. Llevaban un año de relación. Cuando Thomas consiguió su nueva cámara de vídeo, la sacaron y grabaron secuencias de todos sus amigos, y de la ciudad, y de gente al azar por la calle. Durante unos cuantos días grabaron un corto escrito por Thomas, pero lo dejaron a medio hacer porque se aburrían. Entonces Lalita quiso filmarles, a los dos juntos, solo dando vueltas por la habitación. Una vez que la cámara estuvo encendida, se olvidaron de que lo estaba.

—¿Os olvidasteis? —preguntó Sartaj.

—Sí.

Durante un rato se olvidaron. Cuando se acordaron, Lalita no quiso apagarla. De forma que había una toma de ellos besándose.

Sartaj se frotó los ojos, y unas espirales dieron vueltas y desaparecieron. Dejó caer las manos, y Thomas todavía estaba ahí, joven y guapo con su camiseta blanca apretada, con el colgante de cuentas pequeñas alrededor del cuello. Todavía ahí, inexplicable y sin embargo real y presente.

—¿Solo besándoos? —indagó Sartaj,

—Sí, sí. Siempre tuvimos la ropa puesta.

De modo que se dejaron la ropa puesta, pero sin embargo la madre de él se puso furiosa cuando por casualidad cogió la cámara y la encendió y les vio en la pantalla de cristal líquido. Sí, uno o dos amigos de Thomas habían visto el vídeo, pero eso fue

todo. Y Rachel Mathias destruyó las secuencias de inmediato. Y ahí acabó, hasta que Sartaj apareció, haciendo preguntas sobre cámaras de vídeo.

Sartaj sabía que debería decir algo, quizá gritar al chico, aterrorizarlo. Estaba seguro de que grabar el vídeo fue idea de Thomas, no de Lalita. O tal vez no. Quizá la Lalita que Thomas describía existía de veras. Sí, Sartaj estaba seguro de que existía. ¿Qué sabía Sartaj del mundo en que vivían estos chicos y chicas, con sus cámaras de vídeo y su Internet y sus relaciones a los quince años? ¿Quiénes eran estas personas? Vivía a su lado, junto con otras miles de vidas en la ciudad, y las conocía y no las conocía. De alguna forma, todo eso existía junto. Sartaj hizo un esfuerzo, y al final logró ser severo con Thomas.

—Si haces este tipo de cosas a esta edad —comenzó—, arruinarás toda tu vida.

Continuó, pero no sabía si él mismo se creía algo de lo que decía. Mientras acompañaba a Thomas a la puerta, con una mano sobre su hombro, Sartaj se sorprendió a sí mismo.

—Escucha —dijo—, cuida de tu madre. Está sola, y trabaja muy duro para ti y para tu hermano. Pórtate bien. No le causes problemas.

No había planeado pedir algo por el bien de Rachel Mathias, pero Thomas pareció sentirse afectado por ello, más incluso que por las advertencias y amonestaciones que Sartaj acababa de soltarle.

—Sí, señor —contestó Thomas, con los ojos húmedos—. Lo siento, señor. Lo haré.

Sartaj se despertó de un sueño profundo, tranquilo, hacia un ventilador que describía un círculo blanco y borroso sobre un techo verde. Con gran esfuerzo, giró la cabeza. Mary estaba sentada en el suelo, hojeando una revista. La voz del televisor sonaba baja, y una manada de gacelas grande, silenciosa, brincaba sobre una colina y desaparecía en la hierba amarilla.

—¿Qué hora es? —preguntó Sartaj.

Fuera estaba oscuro.

—Nueve y media. Estabas muy cansado.

—Lo estaba. ¿Qué lees?

—Es una revista de viajes. Hay un artículo sobre submarinismo en las islas Andaman. Es tan hermoso debajo del agua. Mira.

Mary se puso de pie y se sentó en la cama a su lado. Peces naranjas y rojos nadaban en un agua tan azul que se salía de la página.

Sartaj se apoyó sobre un codo.

—¿Por qué no vas? —preguntó—. Deberías tomarte unas vacaciones.

—¿Vendrás?

—¿Yo? No, ni siquiera sé nadar.

—De todas formas estoy ahorrando para ir a Africa.

—Sí. Pero, mientras tanto, tómate unas vacaciones. ¿Qué tal Kodai-kanal?

—He estado.

—Entonces vete a tu pueblo.

—Allí no hay nada por lo que volver. ¿Por qué estás intentando que me vaya?

Sartaj se incorporó. Le quitó la revista, y cogió las dos manos de Mary con las suyas.

—Es muy peligro estar aquí en la ciudad, ahora mismo. Esperamos una gran acción terrorista. Van a hacer algo, eso lo sabemos. Así que tal vez deberías marcharte.

Mary encorvó los hombros.

—¿Vendrás?

—Tengo que quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Es mi trabajo.

—¿Para encontrarles?

—Sí.

—¿Qué van a hacer?

—Algo, algo muy malo, muy grande.

Ella se echó a reír. Después se detuvo, y se quedó muy seria.

—Lo siento. Te creo completamente. Por eso me río. ¿Qué otra cosa puede hacerse sino reír?

—Eres muy valiente.

—No. No soy valiente en absoluto. Estoy asustada. Pero es demasiado loco para pensar en ello.

—¿Así que te irás?

—No. Sola no. ¿Qué sentido tiene? Todo lo que tengo está aquí.

Tenía los ojos húmedos. Entonces él la besó, y ella se acurrucó contra él. Ella mantuvo los labios sobre los de él, y su lengua estaba tibia y suave, y se movió para colocarse encima de él. Se rieron juntos mientras él hacía una mueca de dolor y apartaba el muslo de debajo de la rodilla de ella. Ella le besó, en las comisuras de los labios, y después alargó la mano hacia abajo y cogió la de él. La subió, la colocó sobre su pecho. Por un momento, sosegado, ambos se quedaron quietos, y Sartaj vio cómo las motas de los ojos de ella se movían bajo la luz de la lámpara, y tras ellas había una oscuridad suave, incognoscible. Se sonrieron el uno al otro. Sartaj empezó a desabrochar los botones de la camisa azul de ella, uno a uno. Los botones eran muy pequeños, y tuvo dificultad con cada uno. Se sentía bastante torpe. Mary se carcajeó, y arqueó la espalda mientras él descendía, para ayudarle. Él imitó la risita de ella, y ella volvió a acercarse, la mejilla contra su barba, y se rieron juntos. Se apartó la camisa de los hombros, revelando una cuna reluciente de piel morena, y se tumbó al lado de él. Sartaj se inclinó sobre ella. Ella puso la palma de la mano en la parte de atrás del cuello de Sartaj y lo atrajo hacia sí.

Tumbado con Mary debajo de una sábana, piel contra piel, Sartaj le habló de su infancia. Ella quería conocer su vida desde el principio.

—Cuéntame —había pedido.

En aquel momento, habían llegado a los años de adolescencia. Era muy tarde, bien pasada la medianoche, pero Sartaj se sentía alerta y contento de manera extraña. Tenía el cuerpo relajado, el dolor agradable en los músculos era el recuerdo del sexo que habían compartido. Él había estado torpe, e inseguro, y después demasiado solícito, pero de alguna forma nada de eso importaba. Había sido estupendo que ella le abrazase, sentir el pulso vivo dentro de ella. Fue bueno estar tumbado con ella, ponerle el pelo detrás de las orejas, y contestar a sus preguntas. Ahora quería saber:

—¿Cómo se llamaba?

Sartaj le había estado hablando de su primera novia.

—Sudha Sharma. Vivía a dos edificios de distancia, y su hermano era mi mejor amigo por aquel entonces.

—¿Después descubrió lo tuyo con su hermana y te dio una paliza?

—No, no, nunca lo descubrió. Me habría matado. Pero tuvimos mucho cuidado.

—¿Qué edad tenías?

—Quince.

—¡Quince! A los quince no sabía nada sobre sexo, absolutamente nada. ¿Eras tan malo a los quince?

Mary le pellizcó la piel del hombro, con fuerza.

—Arre, no he dicho que tuviésemos sexo. ¿Dónde íbamos a hacerlo? ¿En la habitación de su padre? Había tantas tías y abuelas en aquella casa que no podías girarte sin que alguna mujer te preguntase qué estabas haciendo.

—Pero corrompiste a esa pobre chica de todas formas.

—¿Yo, corromper? Ja. No hubiera tenido el coraje de mirarla siquiera. Tenía tres años más que yo, y ella era quien me daba *aampapad* de más cada vez que iba allí. Y me cogía la mano por debajo de la mesa. Estaba tan asustado que no podía beberme el vaso de agua.

—Estas chicas de Bombay van demasiado deprisa. ¿Entonces qué?

—Solíamos vernos después de sus clases de la tarde.

—¿Y entonces la besaste?

—Me besó ella.

—Sí, sí. ¿Dónde?

—¿Cómo?, aquí, por supuesto —contestó Sartaj, indicando sus labios.

—No me refiero a eso, tonto. —Mary puso una cara que fingía enfado, pero le besó de todas formas, un beso rápido en el lugar que él había señalado—. Quiero decir, ¿dónde? ¿En la habitación de su padre?

—La primera vez, en el salón familiar de un restaurante en Colaba. Había dos chicas con ella, pero nos dejaron solos. Luego, después de eso, ya sabes, en las rocas

de Bandra.

—¿En el paseo marítimo? De verdad, era una descarada.

—¿Sudha? No. Tan solo era Sudha.

La sonrisa de él debió de ser demasiado cariñosa, porque Mary le pellizcó de nuevo.

—¿Y qué pasó? ¿Te casaste con ella?

—Yo era demasiado joven. Ella se casó con alguien un par de años después. Todo concertado por sus padres. Fui a la boda.

—Oh. Pobrecito.

—No, no fue así. Nunca pensamos que nos casaríamos. Yo era demasiado joven. Y tampoco era de su casta.

—Y sin embargo ella te sedujo. Dios mío. —Pero ahora Mary estaba tomándole el pelo, y acariciándole el pecho—. Pero supongo que simplemente no pudo resistirse a Sartaj Singh.

—Sí. Casi era tan alto como ahora, ya sabes.

—Y casi tan guapo como eres ahora. Todo un protagonista, casi.

Se estaba burlando, con suavidad, y él la levantó y la puso encima suyo.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Lo estás haciendo?

Ya había descubierto que ella tenía muchas cosquillas, y ahora soltaba risotadas y se retorció bajo las puntas de los dedos de él.

—Solo un poco —logró decir ella por fin.

Los pechos de ella se aplastaban contra Sartaj, ocultando y luego revelando los círculos oscuros de sus pezones. Lo vio mirando y alargó la mano para coger una sábana. Era tímida de una forma extraña para una mujer de su edad, que se había casado y divorciado. Quizá así es como eran las chicas de pueblo. Sartaj nunca había estado con una antes. Esta en particular estaba ahora tumbada a su lado, cubierta por la sábana hasta la barbilla, mirándole fijamente.

—¿Qué? —preguntó Sartaj.

—¿Qué, qué? No creas que vas a distraerme con tanta facilidad. De acuerdo, así que esta chica veloz se casó con algún hombre desafortunado. ¿Qué pasó después? ¿Con quién te casaste?

De modo que Sartaj tiró de Mary para acercársela y le habló de Megha, de la emoción de su romance imposible en la facultad, que iba más allá de la clase y las fronteras impenetrables del acento y la ropa y la música. Le contó cómo Megha consideraba bastante incomprensible el aprecio que él sentía por los números del viejo Shammi Kapoor, y cómo le entrenó para que no se pusiera pantalones acampanados. Y cómo, finalmente, se casaron y fracasaron. O tal vez tuvieron éxito en alguna pequeña medida, en no herirse demasiado el uno al otro.

Mary susurraba de forma comprensiva mientras él contaba la historia, y después suspiró y su respiración se equilibró. Su cuerpo daba sacudidas pequeñas, extendiendo y contrayendo brazos y piernas, y Sartaj sonrió. El pelo de Mary le

rozaba por toda la nariz, y Sartaj recordó aquellos días lejanos en los que paseaba con Sudha por Marine Drive, en que se sentía excitado como un loco y asustado mientras apretaba el muslo contra el de ella en el reservado de la parte de atrás de un restaurante iraní. En aquellos tiempos pensaba mucho en el sexo y el amor, a veces parecía que no pasaba un minuto sin que alguna imagen exaltada de sexo pasase rozando por su cerebro. Y existía el anhelo angustiado por un alguien imaginado, una mujer borrosa y sin embargo incandescente que era hermosa, y buena, y comprensiva, y sexy, que le apoyaba, y todo lo demás. Una vez pensó que Megha era todas esas cosas, y solo Vaheguru sabía lo que Megha imaginó que sería él. Se decepcionaron mutuamente. Él pensó que nunca se recuperaría de la desilusión, y por un tiempo se consideró un cínico. Después descubrió que todavía era en gran medida un sentimental, que lloraba por las noches, tarde, con Dilip Kumar en *Dil Diya Dard Liya*, que sentía un nudo enorme en la garganta cuando leía en los periódicos historias sobre niños pobres que habían estudiado bajo la luz de las farolas y habían logrado aprobar los exámenes del IAS. Ahora estaba esta mujer, esta Mary que descansaba junto a él. No era una ilusión, ni un romance filmi acalorado, ni cinismo, ni sensiblería, era algo más. El amor resultó ser algo totalmente distinto de lo que imaginó que sería a los quince años.

Sartaj movió el hombro de debajo de la cabeza de Mary, y la acomodó sobre la almohada. Se giró hacia ella, descansó los dedos sobre el muslo de ella e intentó dormir. Pero entonces no pudo dejar de pensar en la bomba. Ahora se sentía seguro, de modo que de nuevo trató de imaginar qué aspecto tendría, ese artefacto, y solo se le ocurría alguna imagen tonta de una maraña de alambres insertos en paneles de acero, que exponían números en neón pasando a toda velocidad. Tal vez ese artefacto le quitaría a Mary, del mismo modo en que por fin la había encontrado. Sabía que era cierto, y sin embargo no sentía la emoción fuerte que esperaba, algo de furia, o negra melancolía, o desesperación. Tocó la mejilla de Mary. Ya nos hemos perdido unos a otros, pensó. En el momento en que poseemos perdemos a aquellos a quienes amamos, por la mortalidad, por el tiempo, por la historia, por nosotros mismos. Lo que tenemos son estos fragmentos de generosidad, estos regalos de fe y amistad y deseo que podemos darnos unos a otros. Sea lo que sea que venga después, nada puede traicionar este yacer en la oscuridad, este respirar juntos. Es suficiente. Estamos aquí, y aquí nos quedaremos. Tal vez Kulkarni se equivocaba con la gente de Bombay, quizá se quedasen en la ciudad aunque supiesen que se avecinaba un fuego inmenso. Tal vez esperarían a la bomba en estos callejones enmarañados, que han surgido de la tierra sin previsión ni plan. La gente venía aquí desde el gaon y vilayat, y en contraban un lugar donde instalarse, se acomodaban en una zona de tierra sucia, que mutaba y se disponía para acogerles, y después vivían. Y de esa forma se quedarían.

Con todo, por supuesto, la búsqueda del gurú y sus hombres continuaba. Sartaj siguió pistas, fue a edificios de apartamentos en Kailashpada y Narain Nagar, donde la gente había dado cuenta de sospechas sobre vecinos. Y también bastis en el remoto Virar. Un viernes por la tarde, Sartaj se detuvo en el dance bar Delite. Shambhu Shetty le dio una Pepsi y le preguntó:

—Jefe, ¿qué está pasando? Recibo dos visitas de los agentes al día, al menos. Entran aporreando, y le preguntan a mi personal por un tipo en silla de ruedas y un extranjero. Y, de todas formas, ¿por qué iban a venir unos sadhus a un bar? Pero tu gente entra a empujones cada día. No es bueno para el negocio, ya sabes.

—Tan solo es una de esas alertas de Delhi, Shambhu —contestó Sartaj—. Hay alguna información, así que nos han pedido que la rastreemos. Eso es todo. Es muy urgente, de modo que tenemos que mirar en todas partes. Nunca sabes dónde puedes oír algo. Los agentes tienen órdenes.

Shambhu todavía estaba irritado,

—¿Por qué nos desbaratan así el trabajo? También vienen en momentos álgidos, afectan de verdad a nuestras recaudaciones. Tal y como va, todo nuestro negocio está en peligro. Hay rumores de que si el gobierno cambia en las próximas elecciones, esos bastardos del Partido del Congreso pueden prohibir del todo los dance bars. Si no es un gaandu tratando de proteger la cultura india, es otro. Políticos bastardos. ¿Sabes cuántas veces diputados y ministros me piden que les mande chicas para fiestas privadas?

Shambhu se estaba quejando, pero tenía un aspecto próspero y bien alimentado. El matrimonio parecía sentarle bien.

—Sí, Shambhu, lo sé. Pero ahora deja que los agentes hagan su trabajo. Es una emergencia. Podría ser serio. De verdad, si sabes algo deberías hacérmelo saber. ¿De acuerdo?

Shambhu se estiró y se rascó el estómago.

—¿Qué, son otra vez esos musulmanes bastardos?

—No —contestó Sartaj—. No son los musulmanes. En absoluto. Solo busca una silla de ruedas y un extranjero, Shambu. Es muy importante.

Pero Shambhu no estaba convencido. Se marchó arrastrando los pies, murmurando. Recientemente había conseguido un contacto en *MTNL* que disponía llamadas a larga distancia gratis desde el teléfono rojo de su despacho. Así que había invitado a Sartaj para compartir la recompensa, y aprovechaba la oportunidad para quejarse de los agentes. Sartaj descolgó el teléfono y marcó. Si Shambhu se estaba molestando por los interrogatorios, y sus clientes lo notaban, era probable que los apradhis también supieran que les estaban persiguiendo. Una investigación grande dejaba una huella grande, y la sutileza no era algo que les surgiera con facilidad a unos agentes cansados al final de sus turnos.

—¿Hola?

—Peri pauna, Ma.

—Jite rallo. ¿Dónde has estado, Sartaj?

—Trabajo, Ma. Hay un caso grande en marcha. El más grande.

Ella soltó una risita.

—Eso es exactamente lo que tu Papa-ji solía decir. Cada caso era el más grande en la historia de la policía de Bombay.

Sartaj podía oír la satisfacción en su voz, su afecto por viejas artimañas conyugales.

—Sí, Ma. A mí también me lo solía decir. Pero, en este caso, de verdad es uno importante. Muy muy importante.

Pero Ma quería hablar de Papa-ji.

—Una vez investigó el robo de un perro, una cachorra de pastor alemán. Me dijo que eso era también un caso muy muy importante. Pasó fuera noches enteras, investigando pistas. Y no era por los propietarios, ni siquiera. Quiero decir, eran ricos, habrían conseguido otro perro al cabo de una o dos semanas. Pero tu Papa-ji no dejaba de decirme: «Imagina cómo se siente esa pobre cosita, arrancada así de su hogar». La encontró, una semana después,

—Lo sé, Ma.

Sartaj había oído la historia muchas veces antes, tanto de Ma como de Papa-ji. Cuando la contaba Papa-ji, el caso se convertía en objeto de una lección sobre investigación cuidadosa y cultivo de los informantes. Nunca mencionó los sentimientos de la cachorra. Pero Ma, como estaba haciendo en ese momento, siempre hablaba de Papa-ji acechando las calles, preocupado por la perra, y con la cachorra gimiendo sin cesar en casa del secuestrador. Papa-ji encontró a la perra en cuatro días, a través de una serie de entrevistas con los vecinos y algo de presión cuidadosa a los comerciantes de la esquina de la calle. El apradhi, cuando fue descubierto, resultó ser el sobrino del propietario de la tienda de comestibles que había a un callejón de distancia. Ese sobrino era adicto a la moda nueva de videojuegos, y les había vendido la perra a sus vecinos de Nepean Sea Road, para poder jugar sin cesar a Comando Misil en una flamante sala al final de la calle, la primera en aquella zona de la ciudad. De modo que la perra fue devuelta como era de esperar, y el sobrino encarcelado y disciplinado.

—Y, ya sabes, Pinky estaba muy contenta de haber vuelto a su verdadero hogar —comentó Ma, mientras se acercaba al final de este relato familiar tan repetido.

—¿Quién es Pinky?

—Sartaj, de verdad, a veces no escuchas en absoluto. Pinky era ella, la cachorra.

—¿Pinky era la cachorra?

—Sí, sí. ¿Qué es tan complicado?

—No, no, Ma. Ahora me acuerdo.

Después de que Sartaj se despidiese y colgase, y le diese las gracias a Shambhu,



se quedó de pie frente a la puerta del dance bar Delite y pensó en Pinky. Ninguna de las veces que contó el caso mencionó Papa-ji que el animal en cuestión se llamase Pinky. Probablemente pensó que no tenía importancia. Pero de alguna manera sí la tenía. Saber que era Pinky hacía que todo el asunto de la perra perdida fuese más conmovedor. Era imposible que Pinky todavía estuviese viva, pero tal vez sus hijos y nietos seguían prosperando por alguna parte de la ciudad. Tal vez el propio Sartaj había acariciado a alguno de ellos. Podía pensar en al menos tres, no, cuatro hermosos pastores alemanes con quienes había tenido relación. Dos de ellos eran neuróticos nerviosos, pero Sartaj lo atribuía a tener que vivir toda la vida en pisos pequeños. Era suficiente para volver un poco loco a cualquiera.

Subió a la moto, y después se quedó sentado, quieto por un momento. El sol de la tarde hacía resplandecer las ventanas de las oficinas al otro lado de la carretera y arrojaba una bruma sobre el tráfico de abajo. Los vendedores ambulantes al borde de la carretera estaban haciendo un buen negocio, vendiendo ropa y tarjetas y calzado a los peatones que pasaban. A la izquierda, tres edificios más allá, había un grupo de chaat-valas, en la zona de descarga del Centro Comercial Eros. Sartaj podía oler el *pav-bhaji* que estaban calentando, y de repente tuvo ganas de comer papri-chaat. De niño fue adicto a eso, y al final Papa-ji se lo racionó a un plato a la semana, los viernes. Hoy es viernes, pensó, y bajó de la moto y se puso a caminar.

En medio del chisporroteo de lo que se cocinaba sobre las tavas, Sartaj hizo cola detrás de un grupo de universitarias dadas a reírse tontamente. Las chicas iban vestidas con tops cortos y vaqueros ajustados, y todas llevaban brazaletes brillantes rojos y azules alrededor de las muñecas, una versión en goma de las pulseras. Una de ellas le vio mirar el brazo de su amiga y se dio la vuelta con altivez. Murmuraron juntas. Sartaj se giró para ocultar su sonrisa. Sin duda se estaban quejando de este tío verde, este Romeo barato de carretera. Pero solo se sintió comprensivo con ellas, y asombrado de que tanto tiempo después de sus días de universidad aquellos pantalones acampanados hubiesen vuelto a escena.

Compró su papri-chaat y paseó alrededor del anillo de sillas blancas de plástico que bordeaban el patio hasta que encontró una vacía. Después se abandonó al placer del papri-chaat, a su crujido y la acidez maravillosa del tamarindo. Debió de hacer un sonido ligero de satisfacción porque el niño de tres años que le estaba mirando desde detrás de la rodilla de su madre se rió y le señaló. Sartaj arrugó la nariz mirando al niño y dio otro bocado.

—Mmm —soltó.

Le sonó el móvil. Sartaj intentó cogerlo de forma torpe mientras sostenía el plato de papel, se limpió la mano con una servilleta y al final cogió el teléfono. Era Iffat-bibi.

—¿Qué, has olvidado a tus viejos amigos? —preguntó ella.

Tenía la voz más gruesa que nunca.

—Arre, no, bibi —contestó Sartaj.

—Entonces todavía debes de estar enfadado conmigo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si necesitas algo, y no les preguntas a quienes están cerca de ti, entonces debes de estar enfadado.

—¿Necesito algo?

—Tal vez no lo haces, pero tu departamento ha estado sacudiendo los brazos por todo Mumbai.

—¿Sobre qué?

—Quizá no queréis a esos hombres, si quieres jugar a todos estos juegos infantiles.

—¿Qué hombres?

—El hombre en la silla de ruedas. El extranjero. Y los otros.

—¿Sabe dónde están?

—Puedo saberlo.

—Iffat-bibi, tiene que decírmelo, es muy importante.

—Sabemos que es importante.

—No lo entiende. ¿Sabe dónde localizarlos? Es urgentísimo.

—¿Ese gurú ha huido con mucho dinero? Eso está muy mal por su parte.

—De acuerdo. ¿Qué quiere?

Iffat-bibi suspiró.

—Ahora hablas como un hombre sensato. Pero así no, no por teléfono.

—¿Dónde está ahora mismo?

—En la zona de Fort.

—Tardaré mucho rato en llegar a Fort. Y en esto cada minuto importa. No sabe lo que podría pasar, Iffat-bibi.

—Entonces será mejor que cojas el tren, ¿no?

—Tan solo dígame qué quiere. Prometo que lo haré.

—Lo que quiero no te lo puedo pedir así. Ven. Mis hombres se reunirán contigo en la estación.

Así que Sartaj fue. Cogió el tren rápido hasta la Estación Victoria, donde dos hombres jóvenes le estaban esperando fuera de la terminal. Se le acercaron saliendo de la multitud, y uno de ellos dijo:

—Sartaj saab. Nos manda Bibi.

Sartaj les siguió hasta la puerta, y después continuaron hacia el edificio del *Times of India*, donde esperaba un Fiat negro sin nada de particular. Entraron todos, Sartaj atrás a la izquierda, y se fueron. Nadie habló. El conductor trazó un círculo, pasó por delante de Metro, y de nuevo hacia D. N. Road. Sartaj observó las calles familiares al pasar. Papa-ji había pasado temporadas considerables por allí. Había llevado a Sartaj de joven a pasear por las zonas en que hacía rondas, señalando lugares donde se

habían perpetrado crímenes y los apradhis habían sido detenidos. En ese momento el coche giró a la izquierda en un cambio de sentido, y después a la derecha, y Sartaj vio el pequeño templo tecnicolor que le encantaba de pequeño, sus paredes cubiertas de esculturas de dioses y diosas pintadas brillantemente. Papa-ji y él solían quedar allí, «junto al templo», sin necesidad de decir cuál.

Pero las tiendas antiguas no estaban. Sartaj no reconoció ninguna en la calle en la que entraron al girar, aunque los grupos irregulares de escúters y bicicletas eran los mismos. Y el gentío era más denso, incluso a las seis en punto de la tarde. El conductor dijo:

—Aquí.

Y pararon.

Los hombres de Bibi llevaron a Sartaj alrededor de una marisquería, por un callejón estrecho, hasta la parte trasera del edificio. Subieron unas escaleras que olían a pescado podrido, y después se abrió una puerta. Se metieron en un despacho muy pequeño que parecía una especie de zona para los contables. Había libros de contabilidad en las estanterías, que llegaban hasta el techo. Las mesas de trabajo estaban apretadas unas con tra otras, y todavía había media docena de empleados inclinados sobre las pantallas de ordenador. A la derecha, habían duplicado el espacio creando un entresuelo, que tenía tres terminales de trabajo completas suspendidas en el aire. Uno de los hombres le indicó a Sartaj el fondo de la oficina, donde habían apretujado un despacho en el fondo triangular de la sala. Sartaj abrió la puerta, y se agachó para pasar.

Iffat-bibi estaba sentada con las piernas cruzadas en una silla roja de ejecutivo en la punta del triángulo. Se había quitado el burka de la cabeza, dejando al descubierto una juvenil abundancia de pelo teñido con alheña.

—Pasa, pasa —saludó—. Arre, Munna, consigue algo de chai para el saab.

Le hizo gestos a Sartaj para que se sentase en una silla casi tan magnífica como la de ella, y cerró el libro de contabilidad que había estado examinando.

—¿Quieres que pongamos más fuerte el aire acondicionado, saab? Tienen esto tan frío que me congelo los huesos. Pero eres joven, a vosotros os gusta así.

—No, no hace falta. Está bastante fresco.

La habitación los empujaba a estar cerca, y Sartaj pensó que Iffat-bibi tenía exactamente el aspecto que él esperaba. Era grande y tenía las facciones bien marcadas, con una mandíbula angulosa y piel juvenil. La boca desdentada era asombrosa, bajo los ojos alerta y la nariz afilada. No se la podía imaginar de joven. Tal vez había tenido la misma edad durante los últimos cien años. Y lo cierto es que parecía que pudiera vivir durante al menos otros cien.

—Saab, ¿qué querrás comer?

—Nada, bibi. Por favor, necesitamos hablar de su información. Hay un gran peligro, y son hombres muy peligrosos.

—El peligro siempre está ahí, saab. Si pierdes la ocasión de comer, el peligro

vendrá igual.

Alguien llamó a la puerta de cristal esmerilado, y entonces un chico colocó una taza de té humeante frente a Sartaj.

—Trae algo de *machchi tanduri* para saab. Y ese plato especial de *jhinga*.

Sartaj se recostó en la silla y se abandonó a los rituales de la hospitalidad. El fin del mundo podía esperar, había estado llegando desde hacía meses y desde siempre. Iffat-bibi era implacable con sus atenciones. Discutir no le llevaría a ninguna parte, era mejor cooperar y disfrutar.

—Bueno, bibi —comenzó—, ¿cuál es la noticia?

Iffat-bibi movió su mole en la silla, de una cadera a otra.

—Saab, no soy más que una anciana, no salgo mucho. Tan solo he venido aquí hoy para comprobar algunas cuentas.

Pero luego le contó historias de taporis de segunda, y pistoleros de organizaciones rivales, y chicas de bar. Llegó la comida, y Sartaj dio un bocado simbólico de cada plato. Le iba a estallar la cabeza. El aire frío le rozaba las mejillas y le serpenteaba por el cuello, y se vio asaltado por una aprensión que se asentó en sus muslos e hizo que tuviese calambres. Se acomodó en la silla, e intentó relajarse, y mantener una conversación.

Finalmente Iffat-bibi estuvo lista para ir al asunto. Sorbió de un platillo lo que le quedaba de chai, lo dejó y dijo:

—Quieres a esos hombres.

—Sí.

—Sabemos dónde están.

—¿Cómo?

—Han alquilado una casa a uno de nuestros socios. Por supuesto no sabían que ese casero era uno de nuestros amigos. Pagaron, en metálico y por adelantado, dos meses de alquiler y el depósito.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Casi dos meses. El arrendamiento casi ha terminado.

Sartaj notó sacudidas en el estómago.

—¿Qué tipo de casa? ¿Un piso? ¿Un bungalow?

—No te hagas el listo conmigo, beta. Solo diremos que una casa. Y no, no les encontrarás. Solo uno de ellos entra y sale. El resto está allí, el tipo de la silla de ruedas, el extranjero, pero nunca se dejan ver, por nadie. Solo el casero los vio entrar. Y nadie pensó en ello hasta ahora, cuando vosotros los policíyas empezasteis a perseguirles por todas partes.

Iffat-bibi sacó una caja de plata de algún lugar del interior de sus voluminosas capas, y empezó a prepararse paan.

—¿Qué han hecho esos tipos?

—Todavía nada.

Sartaj estaba muy quieto, con las palmas de las manos descansando sobre la mesa.

Iffat-bibi extendió una pasta plateada sobre la hoja, y después la dobló con destreza hasta empequeñecerla. Se la metió en la boca.

—Sé que piensas que tal vez puedes encontrarles. Crees que tienes alguna información, una casa, una casa con jardín y escaleras. Pero créeme, no la encontrarás. No seas tonto, ni siquiera lo intentes.

—Sí. —Sartaj dio un sorbo de su chai tibio. Las paredes le oprimían, y parpadeó ante Iffat-bibi, ante su boca enrojecida, mascando—. Sí —repitió—. ¿Qué quiere?

Eso la contentó, esta comprensión madura que él demostraba en torno a lo que se requería. Le sonrió:

—Queremos a Parulkar.

—Saali, no te atrevas a acercarte a él. Si le tocas, yo...

—Siéntate. —Iffat-bibi no se inmutó ante el enfado de él, permaneció sentada tan inamovible como una montaña—. Siéntate.

Sartaj dejó de agarrarse a la mesa de forma dolorosa, y se dejó caer de nuevo sobre la silla.

—No te acerques a él.

—Arre, baba, ¿quién ha dicho nada de tocarle? No somos idiotas, no vamos a thokoarle, nada de eso. No queremos a todo el cuerpo de policía de Mumbai a nuestras espaldas.

Eso tenía sentido, pensó Sartaj. Ningún policía de ese rango había sido asesinado jamás en la ciudad.

—Pero ¿por qué queréis hacerle algo? —preguntó—. Es amigo vuestro, amigo de vuestros superiores. Entonces, ¿por qué?

Iffat-bibi escupió rojo en el cubo de basura que había a un lado del escritorio.

—Sí, nosotros también pensamos que estaba próximo a nosotros. Y hemos sido amigos suyos durante mucho tiempo, le apoyamos en sus momentos problemáticos. Pero ahora está a salvo, tiene nuevos amigos.

—¿Te refieres al nuevo gobierno? Pero un hombre tiene que vivir. Tiene que trabajar a sus órdenes, así que tiene que adaptarse a ellos un poco.

—Sí, sí. Por supuesto. Eso lo entendemos. Nunca le hemos envidiado a nadie su trabajo, su forma de ganarse la vida. Arre, Parulkar saab nos ha ocultado dinero que era nuestro, khokas enteros. Dijimos: dejémoslo estar. La relación es más importante que el dinero.

—¿Y ahora qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—En los últimos cuatro meses, siete de nuestros hombres han sido asesinados. No eran unos chillar, ¿entiendes? Todos eran pistoleros de primera y controllers. Todos eran inteligentes, buenos al esconderse, buenos al desplazarse. Pero la policía, esa brigada móvil, sabía exactamente dónde encontrarles. Así que les eliminaron. Y el gobierno lo saca todo en los periódicos, y dicen que han aplastado el crimen. Y nos preguntamos: ¿cómo es que de repente la policía es tan buena en seguirles la pista a nuestros mejores hombres? —Iffat-bibi se inclinó hacia delante, hacia la luz de la

lámpara—. Hicimos nuestra propia investigación. Ahora lo sabemos. Parulkar le dio nuestros chicos a este gobierno.

—Iffat-bibi, la información para las eliminaciones podría haber llegado de mil sitios. Tus hombres fueron asesinados, eso es malo, pero no significa que...

—Tenemos nuestra propia información. Estamos seguros. Ha cambiado de bando, y está matando a nuestros hombres.

A pesar del frío, a Sartaj le sudaban las manos. Se las limpió en los pantalones, e intentó mantenerlas quietas.

—Volverá con vosotros. Si quieres, yo mismo hablaré con él.

—No, ahora no hablará con nosotros, siquiera. No me coge las llamadas. No cogerá las llamadas de bhai. ¿Te lo puedes imaginar?

Sartaj no se lo podía imaginar. Rechazar llamadas de Suleiman Isa en persona significaba que Parulkar había cambiado de verdad, que había cogido años de su vida, los había empaquetado todos y había cruzado una frontera muy peligrosa. Sartaj no quería creerlo, pero todo tenía sentido: la rehabilitación de Parulkar con el actual gobierno rakshak, el repentino éxito de este gobierno en acabar con miembros de la banda-S. Parulkar lo había hecho, había dado el paso.

—Déjalo estar —pidió Sartaj—. Perdonadle. Como perdonasteis lo del dinero.

—Es demasiado tarde. Ha causado demasiado daño. —Señaló hacia arriba, hacia el techo y más allá, y negó con la cabeza—. La orden ha venido de arriba. Bhai está muy enfadado, bhai se siente insultado. Bhai lo ha dicho. Hay que retirar a Parulkar de su trabajo, de la policía. Bas.

Así era, Parulkar tenía que marcharse. Había salido como triunfante superviviente una vez más, en esa última batalla, y lo había hecho volviéndose en contra de sus viejos amigos. Ahora ellos terminarían con él.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Tienes una relación muy estrecha con él.

—Sí. ¿Y?

Sartaj sabía la respuesta, y toda esa conversación era solo una forma de ganar tiempo, una maniobra nimia y estúpida contra las palancas inflexibles que se movían hacia él, que le estaban empujando hacia un lugar muy pequeño y oscuro.

—Puedes ayudarnos.

Sartaj cerró los ojos. Allí, en la agitación atronadora de su sangre, volvió a ser un niño, esperando en la oscuridad que los monstruos se retirasen de su piel, que alguien llegase y le salvase del dolor, que el sueño le alejase del terror. Trató de calmarse, pero un desconcierto de recuerdos se arrojó sobre él, ahí estaba Papa-ji haciendo volar una cometa por el cielo encapotado, Parulkar encorvado sobre un cadáver durante el primer caso de asesinato de Sartaj, un paseo en moto con Megha bajo la lluvia del monzón, Ma caminando a grandes zancadas por un mercado en Delhi. Sartaj se frotó la cara, abrió los ojos. ¿Qué debía hacer, qué debía hacer?

—No lo entiendes —dijo—. No entiendes que todos podríamos estar muertos

mañana. Todo podría terminar. Créeme.

—Puedo creerte —Iffat-bibi se encogió de hombros—, pero ellos no lo harán, bhai y ellos. Creerán que es un truco. Quieren a Parulkar.

—Entonces olvídales, olvida a tu bhai. Olvídalos a todos. Tú dime dónde está esa casa.

—No puedo.

Sartaj hurgó en su pistolera.

—Dímelo —ladró—. Dímelo.

Iffat-bibi aplaudió, y se rió.

—¿Qué vas a hacer con eso, loco? ¿Dispararme?

Ahora Sartaj tenía el revólver en la mano. Su pulgar se deslizaba sobre el seguro, y entonces se calmó y la apuntó a la cara.

—Dímelo.

—¿Crees que tengo miedo de morir?

—Dispararé. Dímelo.

—No te lo puedo decir porque no lo sé. Solo me dijeron lo que te he contado. Así pues, dispara. Mis hombres entrarán, y tú también estarás muerto en un segundo, y *khattam shud*.

Puedo disparar, pensó Sartaj. Sería una acción. Haría un agujero en aquel semblante blanco que flotaba, sobre la boca abierta, y después él mismo estaría muerto. Lo que fuera que pasase después, no lo sabría, sería asunto de alguna otra persona. Cualquier cosa que pasase, cualquier cosa que les pasase a Parulkar y Anjali Mathur y Ma y Kamble y cualquier otro y Mary, pasaría.

Dejó el revólver sobre la mesa, y apartó los dedos de él.

—Limpíate la cara —soltó Iffat-bibi de manera cortante.

Deslizó una caja de pañuelos por la mesa.

Sartaj se sonó la nariz.

—De acuerdo —respondió—. ¿Qué quieres que haga?

El tren acababa de salir de la estación Dadar cuando llamó Kamala Pandey.

—Umesh ha llamado tres veces en los últimos dos días y me ha dejado mensajes en el móvil —explicó—. Quería saber cómo progresaba el caso. ¿No ha hablado con él?

—En realidad, señora, no lo he hecho. De repente ando muy ocupado. Hay un asunto muy grande que necesita ser atendido.

—Entiendo.

Creía, lo cual es comprensible, que Sartaj había cogido el dinero y eludía las responsabilidades, y no estaba satisfecha.

—No se preocupe, señora —añadió Sartaj—. Nos ocuparemos de eso esta noche.

—De acuerdo.

—No, de veras. Lo siento mucho. Pero esta noche hablaremos con él.

Lo decía en serio: Umesh sería una distracción bienvenida. Había leído todos los anuncios que podía ver en las paredes del compartimento, y después había sacado su bloc de notas y leído los garabatos de hacía dos meses, tratando de evitar pensar en lo que tenía que hacer para Iffat-bibi. Sí, pensaría en el piloto, y se ocuparía de él.

—Ha sido un retraso inevitable, señora —siguió—, pero ahora le cogemos.

Y observó los edificios por cuyo lado iban pasando, y los huecos repentinos que dejaban al descubierto un cielo amarillento.

Sartaj y Kamble golpearon y aporrearon la puerta del piloto a las nueve y media, y lo encontraron cenando con sus padres y sus tres hermanas. Había niños correteando, y olor a arroz y dal en el aire. El padre del piloto era un anciano caballero corpulento vestido con banian y pijamas azules a rayas. Apareció detrás del sirviente que abrió la puerta y preguntó enfadado:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? ¿Por qué están haciendo todo este *hungama*?

—Policía —gruñó Kamble, pasó empujando al padre y al sirviente.

Sartaj le siguió, a un paso más lento, observando el feliz retablo. Dos hermanas eran mayores que Umesh, y llevaban salvar-kamizes elegantes y parecían muy respetables y casadas. Una hermana era más joven, tal vez universitaria. El físico familiar era definitivamente el de la madre, pero se había distribuido de forma irregular en la generación siguiente. Una hermana, la mayor, era pasablemente guapa, a pesar del peso extra en sus brazos y caderas. Las otras dos eran bastante normales. Sin duda, el piloto era la estrella en esta trama, el brillante héroe de su madre, y ella misma era bastante hermosa. La madre tenía un rostro alargado, estrecho, y pelo blanco liso que sabiamente había dejado sin teñir, y ahora estaba frenética.

—¿Qué policía? —preguntó—. ¿Qué?

—No te preocupes, Ma —contestó el piloto, alargando la mano y acariciándole la muñeca—. Son amigos míos.

Kamble soltó una risa tan malvada de forma teatral que la hermana menor dio un sobresalto y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí —replicó Kamble—, somos muy muy buenos amigos de Umesh. Somos sus *langotiya yaars*. Lo sabemos todo sobre él.

En ese momento, Umesh estaba de pie, tratando de arriarles para apartarlos de la mesa de comedor, de su familia. Dio una palmada a Sartaj en el hombro y sonrió.

—Me alegro de verle, Sartaj saab. Por aquí.

No reveló ni una pizca de nerviosismo, estaba relajado y seguro de sí mismo.

En el interior de su sala de cine, cerró la puerta blanca y pasó el pestillo. La habitación era lo bastante grande como para contener una cama blanca y media docena de butacas de piel negra formando un semicírculo. Y por supuesto había una pantalla que se extendía de un extremo al otro de la pared.



—¿Qué quieren? —preguntó Umesh.

Era demasiado listo como para ser rudo, pero fue cortante.

Kamble tenía las manos sobre las caderas, la cabeza hacia delante.

—¿Esa puerta está insonorizada? —indagó, con mucha suavidad.

La charla agitada de la mesa se había cortado de repente, y ahora había un silencio completo, ni siquiera se oía el ruido de los coches que movían los faros alrededor de la curva que había debajo de la ventana.

—Sí, sí. —El piloto estaba confundido, y muy curioso—. Me gusta oír las películas con el volumen alto. Tengo un sistema de sonido de primera. Si un avión se estrella en la pantalla, puedes sentirlo.

Entonces probó con una de sus pequeñas sonrisas, una de las de muchacho dulce.

Kamble le dio una bofetada.

—¿Has oído eso? —preguntó Kamble—. ¿Haan? ¿Lo has oído?

El piloto tenía una mano sobre la mejilla, y la otra con el puño hecho un ovillo, cerca del pecho. Estaba muy ofendido. Probablemente nunca le habían pegado una bofetada, jamás, ni siquiera su madre. Kamble esperaba, preparado y con ganas, deseando un movimiento agresivo, un insulto, algo. Pero Umesh era demasiado inteligente, tenía demasiado control.

—¿A qué viene esto? —preguntó.

Bajó las manos, hinchó el pecho con indignación justificada. Le preguntó a Sartaj:

—¿Qué le ha pasado?

Sartaj había estado mirando hacia arriba, hacia los altavoces blancos diminutos colocados bien arriba cerca del techo, muchos de ellos sin duda ubicados para proporcionar un sonido ambiente completo. Sonrió.

—Creo que está muy enfadado contigo. Porque estabas tratando de tomarle el pelo.

—¿Tomarle el pelo? Nunca le he hecho nada.

Kamble agarró la camiseta blanca del piloto, y tiró de ella para acercárselo.

—Pero se lo hiciste todo a Kamala, bastardo.

Umesh se desplomó bajo la mano de Kamble. Entonces Sartaj pudo ver los inicios del miedo, los planes que daban vueltas tras sus bonitos ojos.

—Lo sabemos todo —dijo Sartaj—. Tenemos a tu Anand Agavane. Tenemos su teléfono móvil. Nos lo ha contado todo. Nos contó cómo hiciste que llamase a Kamala, cómo recogió el dinero de ella. Sabemos que estabas chantajeando a tu novia.

—No —respondió Umesh—. No. No sé...

Su piel clara se había sonrojado, su voz era susurrante.

—No lo intentes, Umesh —siguió Sartaj—. ¿Quieres que te pongamos las esposas y te saquemos ahí fuera, delante de tu familia? Rastreamos toda la casa, lo revolveremos todo, y encontraremos el teléfono móvil que utilizaste para llamar a

Anand Agavane. Después te llevaremos al calabozo. Así que no lo intentes. De lo contrario tendremos que contárselo todo a tu madre.

El piloto flaqueó. Contrajo la boca, y un sollozo leve salió de ella. Respiró de forma entrecortada y rápida, dentro y fuera, y la baba salpicó la muñeca de Kamble.

—Bastardo —dijo Kamble, y lo soltó.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Umesh.

Kamble se hizo a un lado, y el piloto caminó tambaleante hasta una de las sillas negras grandes y se sentó en el borde, con la cabeza colgando y los brazos sobre los muslos.

Kamble acercó otra silla y se reclinó sobre ella. Empujó ligeramente la rodilla de Umesh con la punta del zapato, y preguntó:

—¿Qué, pensaste que veías unas cuantas películas americanas y lo aprendías todo? ¿Te crees un *maharathi*? Arre, a bastardos baratos como tú los cogemos todos los días. Y les bamboingamos por el gaand. Pero eres peor que cualquier maderchod, chantajeando a tu propia novia. Sacándole el dinero. —Kamble se inclinó a un lado, escupió al suelo—. Bhenchod, he visto a muchos chutiyas que vendían a sus propias hermanas por dinero, pero son mejores que tú.

Volvió a escupir.

—Lo siento —contestó el piloto—. Lo siento.

Ahora estaba llorando, y limpiándose los ojos con las manos y la camiseta apretada por los bíceps.

Sartaj notó que Kamble había tenido cuidado de evitar la alfombra blanca con sus expectoraciones, lo que quería decir que la había marcado para quedársela. A Sartaj le parecía bien. Una alfombra blanca era una muestra de extravagancia estúpida en esta ciudad. Tendrías que mantener las ventanas cerradas, y poner el aire acondicionado día y noche para mantener el polvo fuera, que la suciedad no se instalase.

—Umesh —llamó Sartaj—. Aquí. Mírame. Mírame. Ahora dime, ¿por qué lo hiciste?

El piloto negó con la cabeza, volvió a rascarse los ojos enrojecidos.

—Papá tuvo una angioplastia —contestó—. Mucho dinero. Y Chotti tiene que conseguir casarse.

Kamble hizo crujir los nudillos. Su expresión desdeñosa era feroz.

—Eres muy pobre, ¿no? Y tu novia, lo único que pasa es que ella tiene demasiado dinero, ¿no?

Umesh estaba demasiado devastado emocionalmente como para captar el sarcasmo.

—Arre, ¿qué gastos tiene? Vive con su marido, y él le paga incluso la gasolina. Cada mes se ahorra su —y entonces estiró los brazos con amplitud—... ese sueldo grande, y sus padres le dan dinero. Y con todo me tenía gastándome dinero en ella. Apuesto a que no les contó eso. Quiere regalos, quiere los mejores hoteles. Se lo digo, esa mujer es cara.

Sartaj inhaló y contestó con mucha suavidad:

—Sí, y además tienes que comprar todo este equipo caro, así que necesitas dinero. Las alfombras buenas cuestan mucho dinero. Ni siquiera sé cuánto debe de costar un conjunto de siete altavoces extranjeros.

Umesh se replegó en la silla, y cuando volvió a enderezarse había decidido ser encantador. Se encogió de hombros con despreocupación, le ofreció a Sartaj un brillo pícaro, un hombre de mundo hablando con otro:

—Todo el mundo tiene necesidades, jefe. Todo el mundo. Estoy seguro de que podemos llegar a entendernos.

—¿Qué?

El piloto se irguió, recomponiéndose en la silla. Los bordes lisos de sus dientes formaban unos arcos perfectamente resonantes con las curvas de sus labios.

—Kamala tiene de verdad demasiado dinero, yaar. Todos podríamos compartir...

Algo parecido a un sollozo surgió de la garganta de Sartaj, y le pegó un puñetazo a Umesh en la boca. Una sacudida de dolor subió formando un arco hasta el hombro de Sartaj, y el crujido duro de hueso contra hueso fue inmensamente satisfactorio. Sartaj volvió a golpear, y Umesh se cayó de la silla, la silla se volcó, Sartaj pasó por encima de ella y siguió a Umesh. Dirigía los golpes con cuidado, y el tercero dejó a Umesh tumbado sobre su espalda, y el gusto de hacerlo palpitó en la cabeza de Sartaj. Un grito se coló en sus oídos. Una mujer de pelo blanco se acurrucaba sobre Umesh, había manchas y motas de rojo por la alfombra, y Kamble agarraba con fuerza a Sartaj por los brazos y el pecho, lo arrastraba hacia atrás. Sartaj se liberó, se giró y siguió su camino a empujones en medio de un nudo de mujeres que chillaban, cruzó la puerta y entonces estuvo fuera. Fuera en la calle delante del edificio, con heridas en el pecho y la mano, levantó esta hacia la luz, un corte profundo le supuraba algo oscuro por los nudillos. Quería a alguien más a quien golpear, algo, pero los coches pasaban con rapidez, fuera de su alcance, y solo pudo agarrarse al borde de una pared divisoria que se desmoronaba, y maldecir y maldecir.

## GANESH GAITONDE VUELVE A CASA

«Si pasa en una película, no pasará en la vida», me había dicho Jojo. Cuando le hablé de mi miedo a las quemaduras de la radiación y las bombas y edificios devastados por un viento estruendoso, dijo: «Es demasiado filmi». Pero yo lo sabía mejor, sabía más. Había visto escenas de mi propia vida en dos docenas de películas, a veces exageradas y a veces simplificadas, pero sin embargo ciertas. Yo era filmi, y era real.

Conocía a Jojo desde hacía años, y sabía que a ella le resultaba todavía ligeramente irreal. Era su amigo, pero también era Ganesh Gaitonde, el señor del crimen, el despiadado khiladi internacional, el *crorepati* y *arabpati* que vivía en palacios. Para la inmensa mayoría de gente, los gánsters y los espías solo existían como figuras de luz, como nociones rutilantes y temporales producidas por la electrónica y el celuloide. Pero yo era de hecho gánster y espía, y de ese modo sabía bien qué era posible. Mi propia vida me había enseñado qué era real, y sabía que lo que los hombres pudieran imaginarse, podían hacerlo real. Y por eso estaba aterrado.

Me decía a mí mismo cada mañana que no había motivo para tener miedo. Después de todo, quizá Gaston y Pascal y el resto de los que iban en el barco quedaron expuestos a material radioactivo por accidente en los muelles o en cualquier otra parte. Pasaban todo tipo de materiales, algunos pertenecientes a agencias del gobierno. Tal vez se filtró algo de camino a una de las centrales nucleares grandes. E incluso si hubiésemos llevado algo de material dañino en el barco, solo podría haber sido dentro de una de esas máquinas para el trabajo agrícola que llevaba a cabo Gurú-ji. Sí, sin duda así fue. De todos modos, fue un accidente. Entonces, ¿por qué estaba tan asustado? No era necesario sentirme así. Tal vez había vivido tanto tiempo con el miedo a mi propia muerte que se había alimentado a sí mismo y se había vuelto más grande y más fuerte hasta sentir este terror monstruoso en mi interior, esta cosa venenosa y merodeadora que amenazaba con la muerte del mundo entero.

Todo iría bien, sin embargo. Gurú-ji regresaría de su meditación secreta o viaje o yagna, lo que fuera, y me diría con exactitud qué les había pasado a Gaston y Pascal, y eso sería todo. Él me tranquilizaría, y la vida volvería a instalarse en una rutina. Recordé todas nuestras conversaciones, hice un esfuerzo por rastrear —en mi imaginación— nuestra historia juntos. Saqué los archivos en los que había guardado todos sus pravachans y los volví a leer, y de nuevo me sentí embelesado por su sabiduría, aliviado por su compasión. Vi grabaciones de sus discursos y lloré. Pasé horas navegando por la página web de Gurú-ji, leyendo los cientos y miles de testimonios escritos por sus discípulos, y observando las caras felices de quienes habían sido salvados de la desesperación y la locura y la enfermedad. Todas las mañanas sentía que todo iría bien, que un hombre que cuidaba de tantos —niños huérfanos, mujeres indigentes, ancianos y abandonados— debía de ser un hombre de

dharma. Si Gurú-ji trajo armas al país, fue para proteger la moral, para fortalecer lo correcto y derrotar lo incorrecto. Yo era su discípulo y estaba protegido bajo el paraguas de su amor. Estaba a salvo. Me reí de mí mismo y me reproché mi falta de fe. Me puse a trabajar. Pero pronto volví a sentirme inundado por el terror, rodeado de cuerpos desollados, hediondos, oprimidos por un viento que silbaba en el interior de mi cabeza y dejaba desolación.

Como un gusano, el miedo crecía de este vacío y engordaba. Temía que los asesinos viniesen a por mí sobre el agua y debajo de ella. Arvind y Suhasini habían sido asesinados en Singapur, habían disparado a Bunty en Mumbai, muchos otros habían muerto. Sabía que Suleiman Isa intentaba matarme, y sospechaba que Kulkarni y su organización me querían muerto, y algunas mañanas pensé que llevaban a cabo sus operaciones en cooperación. Pero bajo estos miedos siempre estaba esto otro, un terror silencioso tan brillante como el azul de una ola por la mañana. Por las tardes pegaba la cara al cristal centelleante de las portillas mientras trataba de hacer una siesta, mientras apretaba la cara contra las sábanas blancas y buscaba mi camino hacia la inconsciencia. La comida me parecía una pérdida de tiempo, cenar con mis hombres era una tribulación larga, y las mujeres no me daban ninguna satisfacción. Saqué a las vírgenes de mi cama porque no parecía que el único espasmo final de placer mereciese todo el trabajo que suponía aquel acto ridículo. Me sentía viejo, y vacío. Tardaba horas en conciliar el sueño, y cuando lo hacía, dormía ligeramente, sacudido por sueños de tierras yermas y vacías, ciudades en llamas.

A primeras horas de la mañana, a veces, era capaz de soñar con Mumbai. En aquel medio sueño ligero, me colocaba en aquellas calles, y era joven y feliz de nuevo. Revivía mis victorias, mis escapadas milagrosas, mis triunfos de táctica y estrategia. Y no solo estos momentos grandiosos —esos hitos históricos que toda la ciudad recordaba—, también recordaba detalles pequeños y conversaciones pasajeras. Una neer dosa compartida con Paritosh Shah en un puesto *udipi* de carretera cerca de Pune, Kanta Bai repartiendo cartas encima de una caja de cartón boca abajo. Un juego de carrom con mis hombres en el tejado de mi casa en Gopalmath, con los vientos del monzón balanceando los cables en los techos de la bastí. Aquellas manarías, me despertaba feliz. Seguro de que todo iba bien, que no había razón para preocuparse. Y por la tarde volvía a temblar.

Si solo hubiera podido hablar con Gurú-ji... No podía encontrarle. Pasaban los meses, y Gurú-ji seguía sin aparecer. Por supuesto, tenía a mis hombres buscándole, pero sabía que estaban comenzando a sentirse molestos por esta intrusión en su tiempo, que preferían pasar ganando dinero. Todos eran educados, claro, y hacían lo que se les decía, pero sabía que sus esfuerzos eran menos que entusiastas, y que sus informes constantes de «No se ha encontrado nada, bhai» disimulaban el hecho de que en realidad no habían buscado. Bunty acababa de salir del hospital, todavía vivo pero lisiado, insensible de cintura para abajo. Por supuesto, le estábamos proporcionando el mejor cuidado médico, la mejor tecnología. Hablaba con él todos

los días, y estaba haciéndose cargo del trabajo y las responsabilidades, pero no tenía energía para empujar a los chicos, para hacer que se dedicasen a la búsqueda. No ayudaba el que no pudiera decirles exactamente por qué buscábamos a Gurú-ji. Solo tenía mis imaginaciones insensatas, y no quería parecer un loco, y no quería provocar el pánico. La vida tenía que seguir, el trabajo tenía que continuar, tenía que ganarse dinero. Además, no podía dar a conocer mis razones sin desvelar mi conexión con Gurú-ji, sin dejar al descubierto todo lo que había mantenido en secreto tanto tiempo. Así que solo dije que necesitábamos encontrar a Gurú-ji, y eso fue todo. Pero no hubo movimiento en esta misión, ni éxito, ni siquiera una pista.

Así que fui a Bombay.

Volé desde Frankfurt con pasaporte alemán de la mejor calidad a nombre de Partha Shirur, y pasé con facilidad por inmigración y la aduana. Una hora más tarde estaba en un bungalow en Lokhandwalla. Mi tapadera fue que era un hombre de negocios NR1 afincado en Munich, que volvía a la India después de mucho tiempo en el extranjero, que estaba investigando oportunidades para hacer negocios. Así que ahí estaba, de repente sentado en una silla de mimbre en el tejado de la casa, que se llamaba Ashiana. Sudaba a través de la camisa, pero me divertía. Pedí un vaso de agua de coco, y lo bebía a sorbos, saboreando ese olor particular de Bombay por el aire espeso a humos de gasolina y polución y agua empantanada. Detrás de mí, un montón de edificios de apartamentos formaban un muro a mi espalda, y al frente había una calle sucia flanqueada por farolas, y después una oscuridad arbolada. Me sentí revigorizado, y el cansancio del avión desapareció mientras escuchaba el canto de los grillos. Un grupo de perros apareció merodeando por la esquina, ladrándose unos a otros. Me sentía contento.

Se oyó un alboroto en la escalera, y después oí ese zumbido y silbido leve de una silla de ruedas. Pero no era Gurú-ji, era Bunty, recorriendo su camino por el pequeño escalón del tejado. Por descontado, le habíamos conseguido una silla de ruedas exactamente igual que la de Gurú-ji, a pesar del coste. Merecía eso como mínimo.

—Bunty —dije—. Bastardo, eres como un piloto de carreras en esa cosa.

—Bhai —contestó—. Es una buena máquina.

Parecía perdido dentro de su propia piel, como si se hubiese hundido en sí mismo. Tuve que agacharme para darle un abrazo.

—Es la mejor, amigo mío. ¿La has subido por las escaleras?

—No, no, bhai —rió—. No soy tan bueno con ella como nuestro otro amigo. He hecho que me suban.

Dirigió un pulgar hacia los tres muchachos jóvenes que estaban cerca de la puerta al otro lado del tejado. Pude verles las caras bajo la luz de las escaleras, y todos eran nuevos. No conocía a ninguno.

—Diles que se vayan —le pedí.

Les hizo una señal, y se retiraron.

—No te reconocen —comentó—. Si me cruzara contigo por la calle, no te habría

conocido.

—El mejor cirujano, y ha dado buenos resultados —contesté.

—Sí. Pero tenemos que ir con cuidado, bhai. Una reunión.

—Una reunión.

Ese era nuestro plan. Iba a estar en la ciudad, pero iba a hacerlo en secreto. El gobierno estaba utilizando la *MCOCA* para meter a nuestros hombres en la cárcel, los especialistas en eliminaciones estaban matándolos más rápido que nunca. Era una época muy peligrosa. Por lo que sabía mi banda, yo seguía en Tailandia, o Luxemburgo, o Brasil. Iba a comunicarme con Bunty a través de nuestro equipo seguro de comunicaciones y el correo electrónico. Íbamos a estar cerca, pero a actuar como si estuviésemos lejos. Pero teníamos que reunimos una vez, al menos una. Le había dicho eso, lo había ordenado aunque fuese un riesgo para mí. Le dije que no me importaba si le vigilaba no solo la policía y la gente de Suleiman Isa, sino también la CIA con todos sus satélites. Le habían disparado por mí, y quería verle cara a cara. Llevábamos juntos mucho tiempo. Acerqué mi silla a la de él, me senté hombro con hombro a su lado.

—Toma —dije—. Para ti, chutiya. Directo desde Bélgica. Es un Rolex auténtico de platino, con diamantes en la esfera y la correa. Lo conseguí a través de nuestros amigos de allí, pero aun así cuesta veintidós mil dólares.

—Bhai. —Lo sujetaba entre las dos manos ahuecadas, como si fuese un ídolo bendecido que le hubiese traído de vuelta de una peregrinación—. Veintidós mil usas. Es simplemente demasiado bueno. Es muy *masst*, es más que *masst*, no sé qué decir.

—No hables, bastardo. Póntelo.

Se lo puso, y levantó el brazo y lo alejó para que pudiese admirar el Rolex. Tenía en la sonrisa una alegría de chica joven, ese deleite por la joya inesperada. Tenía miedo de arañarlo, sin embargo, de darle un golpe y perder un diamante. Mantuvo el brazo con cuidado sobre el regazo mientras charlamos, descansando sobre sus muslos atrofiados. Entonces hablamos, del negocio y de su familia, de exportación e importación e inversiones y acciones, y quién había muerto y quién seguía vivo. Fue una conversación buena y necesaria, pero incluso mientras cotilleábamos y hacíamos bromas y teorizábamos me di cuenta de que no era la charla lo que importaba, sino ver los dientes manchados de paan de este pequeño gaandu leal, poder alargar la mano y darle una palmada en el hombro. Puedes escuchar los sonidos que salen de un teléfono, pero no es la voz auténtica de un hombre. Fue estupendo sentarme a su lado, y hablar hasta que los pájaros iniciaron su clamor matutino. Fue como en los viejos tiempos.

Se marchó después de desayunar conmigo. Bajé hasta la puerta del jardín con él, y observé mientras subía con desenvoltura una rampa plegable en la parte trasera de su furgoneta. Dio la vuelta a la silla de ruedas en su propio eje, para poder estar encarado hacia delante, y alzó una mano para saludarme. Levanté una mano, de nuevo maravillado por la silla de ruedas y el espíritu de Bunty, que había aprendido a

manejarla en aquellos espacios tan reducidos. La furgoneta arrancó dejando un remolino de polvo —siempre este polvo en la ciudad, ya como sudor mugriento, contaminado— y volví a entrar en la casa. Estaba cansado, pero me sentía seguro de mí mismo, porque era Ganesh Gaitonde y los hombres sacrificaban sus miembros y su fuerza por mí, sufrían dolor y parálisis, y sin embargo —incluso después de la vergüenza de mear en bolsas de plástico— se ofrecían a volver a servirme. Eran felices de trabajar para mí, de ser mis hombres. Que les diese un reloj para ellos valía tanto como que un presidente les diese una medalla. Sí, encontraría a Gurú-ji. Estaba seguro de ello. No podría huir de mí. Esta ciudad era mía, este país me pertenecía. Tenía las armas y el dinero, y le encontraría. Entré, corrí las cortinas contra el resplandor, puse más fuerte el aire acondicionado y me fui a dormir.

Los hombres de Bunty no me habían reconocido, y no tuve problemas para convencer al resto de la banda de que seguía en aguas extranjeras. Pero Jojo, esa kutiya aguda, sospechó desde el primer momento. La llamé aquella primera tarde, e incluso antes de que pudiera decirle «Hola» me soltó:

—Gaitonde —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. ¿Por qué tendría que pasar algo?

—Nunca me llamas tan pronto por la tarde.

—Hoy me he quedado libre y he decidido llamarte. ¿Ahora vas a hacerme comparecer ante un tribunal?

Se quedó callada, pero solo por un momento. Después regresó, peligrosamente suave.

—Así que, ¿dónde estás, Gaitonde?

—¿Dónde voy a estar? En mi habitación. En casa.

—Pero ¿dónde?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Solo pregunto. Simplemente.

—Nunca, en toda tu vida, has hecho nada «simplemente».

—Bueno, ¿dónde estás?

—En Kuala Lumpur.

Fuera un coche dio la vuelta a la esquina.

—Eso suena igual que un Ambassador. ¿Conducen Ambassadors en Kuala Lumpur?

Alguien debería haberla convertido en espía, a esta Jojo. Tenía toda la razón, un Ambassador acababa de doblar la esquina cerca de la puerta, y en ese momento estaba traqueteando por la calle.

—Eso es un jeep japonés, idiota —le contesté.

—Así que ahora los japoneses hacen khataras ruidosas. De acuerdo. Pero ¿los pájaros de Malasia suenan así? ¿Y los niños juegan al criquet?



Estaba en un bungalow exclusivo, caro, pero por supuesto no había forma de evitar el ruido. Estaban los cuervos y había un campo de criquet al final de la calle, y también había obreros trabajando en una construcción a dos calles de distancia, gritándose uno a otros en lengua telugu. En alguna parte había música filmi, una radio, pero en voz muy baja y lejos. Ahuequé una mano sobre el teléfono y me giré hacia la esquina.

—Hay muchos indios en este edificio —respondí—. No discutas conmigo. No estoy de humor.

—De acuerdo, de acuerdo, Gaitonde. ¿Cómo va la vida?

¿Que cómo me iba la vida? Me sentía viejo, estaba solo y tenía miedo.

—Mi vida está en forma —repliqué—. Absolutamente de primera. Háblame de la tuya.

Así que me habló de la suya: problemas con chicas que creían que merecían más dinero del que valían, una pared con goteras en su piso que incluso filtraba gotas de agua después de que la hubiesen impermeabilizado dos veces, un trato para un programa de televisión que se le había escapado de las manos. La escuché y pensé en lo bien que la conocía, y lo bien que ella me conocía a mí. Con Jojo, la distancia no importaba, tanto si estaba cerca como lejos notaba su presencia, como si estuviese sentada a mi lado. Habíamos aprendido cómo era nuestra respiración, de forma que ahora, cuando hablábamos y bromeábamos, había en ello un ritmo fácil, como un niño y una niña en un balancín empujándose el uno al otro en el aire, como los acróbatas de circo que se daban la vuelta y se encontraban el uno al otro en medio de su vuelo.

Jojo era real para mí, y la distancia no importaba. Estaba apenas a dos kilómetros de su apartamento, menos si iba directamente a través del pantano y el mar. Podía estar allí en diez minutos. Podía subir sus escaleras, llamar a su puerta y pedirle una taza de chai. Pero no sentía el deseo de ir, ni la necesidad de verla. Estaba conmigo, incluso cuando estaba lejos. Podía sentirla dentro de mí. Para mí era más real que yo mismo. Yo, yo me había desvanecido y roto en pedazos. Era cierto. Casi no podía admitirlo ante mí mismo, pero era cierto. Aquello que llamaba yo, yo mismo, era algo que sentía como una manta vieja y marrón, hecha jirones y remendada y que apenas se sujetaba. Yo, que una vez fui Ganesh Gaitonde, que fui glorioso y completo para el mundo entero, ahora había desaparecido de mí mismo. Me sentía como un niño pequeño caminando solo por una llanura interminable iluminada por fuegos funerarios, asustado y perdido. En esa bruma de cenizas, en la que ya no sabía qué era bueno o qué valía la pena tener, me aferré a Jojo. Era mi fuerza y mi único placer, mi ancla y mi única amiga. La escuché, y me reí, y me serené para la búsqueda.

—Gaitonde —me dijo—, suena como si estuvieses sentado en una esquina de Tardeo. Pero te mueves tanto que también me confundes a mí, no solo a ti mismo. Ahora deberías quedarte en un sitio durante un tiempo. Incluso si es ese Kala Langur.

Le dije lo que podría hacer con su Kala Langur, lo que hizo que se riera

tontamente, y después me contó la historia de una mujer que había ido a Nepal de vacaciones y había sido secuestrada por un oso que se enamoró de ella.

—De veras, Gaitonde, pasó. Los osos siempre se llevan a las mujeres.

Lo que, pensé, de una forma indirecta, pretendía ser un argumento para quedarse en casa. No le dije que no podía quedarme en un lugar, que no tenía opción, que tenía que viajar. Solo la escuché, y al día siguiente me marché a Delhi. Cinco de mis hombres se reunieron conmigo allí, toda la tripulación principal del yate. Habían volado a aeropuertos de todo el país desde Sydney y Singapur y Mombassa, y se habían dado cita en dos hoteles en Greater Kailash. Iban a ser mi brigada especial, mi comando secreto. El ayudante de Bunty, Nikhil, acudió desde Mumbai para encabezar este contingente. No se sintió precisamente feliz por dejar atrás sus operaciones bien rentables y a su familia en Mumbai, pero yo insistí, y él hizo las maletas. Me conocía lo bastante bien como para no discutir. Ya estaba calvo del todo a los treinta, y tenía la paciencia imperturbable de un hombre mayor. Se había encargado de los detalles: los chicos tenían buenas historias a modo de tapaderas, documentación nueva que había sido manchada para que tuviese un aspecto temporal adecuado, y ropa sobria y cortes de pelo decentes. Llevé dinero y armas, y estuvimos listos para irnos.

Comenzamos en Chandigarh. Gurú-ji sufrió el accidente de moto que le lisió en, y le llevaron a un hospital en Chandigarh, y durante su recuperación desarrolló un gran apego por la ciudad. Fue allí, entre estas avenidas y círculos amplios, donde finalmente instaló a sus padres, y fue allí donde construyó su primer ashram y oficina central. El complejo del ashram era grande para empezar, pero ahora se había extendido cuarenta hectáreas a las afueras del Sector 43. Llegamos a Adarsh Nagar a última hora de la tarde, con el sol de poniente sobre los hombros. La inmensa verja azul de la entrada era atendida por sadhus vestidos de blanco, la mezcla habitual de indios y extranjeros. Nikhil había llamado con antelación y había organizado un encuentro con Sadhu Anand Prasad, que era quien estaba al frente de Adarsh Nagar y el sadhu principal de la organización a nivel nacional. Los sadhus centinelas hicieron llamadas telefónicas, y Nikhil charló con ellos, y mientras esperábamos salí del coche y me paseé hasta el muro. La entrada era en realidad un monumento en sí misma, como una de esas torres inmensas que se ven frente a castillos y fortalezas, con habitaciones y cámaras y armería en el interior. La que estaba en la entrada de Gurú-ji era de un color azul brillante glorioso, tenía torretas redondeadas y delicadas, y agujas puntiagudas y pequeños balcones, y a pesar de toda su mole se asentada con ligereza sobre la tierra, como si la hubiesen transportado desde otra época. Podría haber custodiado el palacio de Hastinapur, o haberse erguido frente a la fortaleza clorada de Ravana. Dentro del complejo, había una capa espesa de hierba verde, cortada recta e igualada, y largos bulevares, y edificios ampliamente dispersos, todos en azul y blanco. Había árboles cortados, y ondeaban banderas naranjas y rojas por las calles. El arco sombreado de la estaba envuelto por la fragancia de las pulcras

columnas de flores amarillas que cubrían las vallas de acero.

—De acuerdo, bhai —me dijo Nikhil—. Podemos entrar.

Seguimos en coche, pasando por el lado de sadhus que caminaban con determinación en grupos pequeños. Había un silencio infinito en estos jardines, una tranquilidad alejada del tiempo, de modo que incluso las bandadas de pájaros que se reunían por la tarde hablaban solo en tonos suaves. Había niños paseando por los prados, pero caminaban en columnas ordenadas e inclinaban la cabeza con un namaste cuando un mayor pasaba por el lado. Había visto este ashram en un vídeo, pero ahora en vivo parecía un poco más pequeño de como me lo había imaginado. Pero tenía una forma perfecta, era bastante equilibrado y cuadrado. En el otro extremo del recinto había otra verja azul, y dos más al este y al oeste, y exactamente a medio camino entre ellas, justo en el centro geométrico del terreno, se alzaba una pirámide de mármol blanco inmensa y escalonada, un baluarte apuntando al cielo. Era el principal edificio administrativo. Aparcamos frente a él, y atravesamos otro cordón de sadhus secretarios. Después nos mostraron un salón bordeado de sofás de baja altura, y esperamos allí.

Fue Nikhil quien finalmente verbalizó lo que todos estábamos pensando.

—Bhai —comenzó—, aquí hay mucho dinero. Quizá nos hemos metido en un mal juego.

—Nunca es demasiado tarde —contesté—. ¿Quieres fundar una religión?

—Hagámoslo. —Se rascó los golis—. Tú serás el padrino principal. Yo me encargaré de las finanzas.

—Quieres decir que yo haré todo el trabajo y tú te llevarás la tajada más grande, maderchod avaricioso. Al menos piensa en las normas de esta nueva fe. ¿Cuál es nuestra filosofía?

El chutiya no tuvo ningún problema en inventarse un credo. Se recostó en el sofá, dobló las manos sobre su barriga pequeña y cómoda y puso los pies encima de una mesa.

—Solo hay una regla. Obtienes gracia divina dándole dinero a bhai. Cuanto más das, de más karma te libras. Si das todo lo que tienes, se te garantiza la moksha.

Todos los chicos resoplaron y se echaron a reír, y yo también sonreí. Pero me dolió en el corazón este cinismo sin complicaciones, esta sorna fácil. Sin duda, Gurúji había logrado mucho dinero, pero no creía que el dinero fuese su único objetivo. Lo sabía. No pretendía entender cómo funcionaba su mente, pero sabía que había un plan más allá del dinero, que había una coherencia más tras el orden impecable del ashram. Tan solo no sabía cómo leer el significado de este mantra, no podía hablar esta lengua, no podía captar lo que trataba de decirme este cuadrado con sus círculos en el interior.

Mientras forcejeaba con estos acertijos de la religión y la estética, el secretario de Anand Prasad nos hizo pasar a su despacho. Dejé que Nikhil fuese delante, y entré el último detrás de los demás. Nikhil fue quien habló, se suponía que era el director de

una asociación NRI interesada en donar dinero para las obras benéficas de Gurú-ji. Mientras escuchaba, me llamó la atención lo hermoso que era Sadhu Anand Prasad. Su piel era como chocolate refinado, resplandeciente en contraste con las ropas blancas que llevaba, y, aunque debía de tener al menos cincuenta años, su pelo negro y largo caía sobre una frente sin arrugas. Tenía un ligero acento del sur, y en toda mi vida nunca había visto a un tamil tan guapo. Su secretario era un holandés muy alto, rubio y con los rasgos lo bastante marcados como para ser un actor. El secretario permanecía de pie detrás de la silla de Anand Prasad, y juntos —en aquel despacho espacioso y aireado lleno de muebles cubiertos de seda— eran como un anuncio de los métodos de Gurú-ji. Eran hermosos.

Nikhil estaba presionando para tener un encuentro con Gurú-ji. Le dijo a Anand Prasad que la organización tenía millones para dar, que nuestros miembros eran hombres de negocios y programadores informáticos y médicos indios esparcidos por todo el mundo, y que estaban ansiosos por contribuir. Pero eran seguidores de Gurú-ji, y para darle necesariamente debían conocerle. Si no en persona, entonces, ¿por qué no una videoconferencia? O al menos una llamada telefónica para empezar.

—Lo siento mucho —contestó Anand Prasad—. Pero Gurú-ji está de retiro. Antes de irse, dio instrucciones estrictas. No se le puede molestar, ni siquiera por urgencias. De hecho, ni siquiera yo puedo contactar con él. No sé dónde está, o cómo comunicarme con él.

—¿Le llama él, entonces? —preguntó Nikhil.

El encogimiento de hombros de Anand Prasad fue tan elegante como un baile.

—No, no —respondió—. Se ha ido de verdad. —Hizo un gesto de mago con ambas manos—. Se podría decir que se ha desvanecido. Solo volverá cuando quiera.

—¿Ni siquiera lo hará por un millón de dólares? —indagó Nikhil—. ¿Ni siquiera por los niños pobres? ¿Y las mujeres que mueren de hambre?

Lo estaba intentando con fuerza, pero me di cuenta de que era inútil. Anand Prasad no lo sabía, y no iba a contar lo que supiera.

—Olvídalo —le dije a Nikhil—. Este maderchod es un esbirro. No sabe nada.

Anand Prasad se quedó atónito. Estaba lleno de su santidad y su aspecto exquisito, y nadie le había hablado nunca de esa forma.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Quiénes sois?

Di dos pasos hacia su escritorio. Junto a un portaplumas elaborado y tres teléfonos, había una maqueta dorada de un altar en forma de águila, del tamaño de dos manos extendidas. La cogí. Estaba maravillosamente detallada, hasta los ladrillos y el samagri dentro del altar, listo para arder. Y se notaba muy pesada en la mano, se ajustaba a mi palma haciéndome notar una densidad impresionante. El humo del sacrificio me entraba por los orificios de la nariz, esa fragancia que señala tanto la vida como la muerte. Me sentía asfixiado por el ansia, me ahogaba en ella. ¿Dónde estaba Gurú-ji? ¿Por qué no me hablaba? ¿Qué había hecho yo de malo?

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Oro?

—Escucha —me dijo.

En ese momento se levantó hinchado de la silla, muy recto e indignado. Di otro paso, y con aquel movimiento balanceé el altar y se lo estrellé en la frente.

—No —contesté—. Escucha tú.

El metal sonó como una campana, y una salpicadura de sangre apareció sobre el cristal limpio de la ventana.

—Es duro —continué con satisfacción—. No es oro.

Anand Prasad estaba sacudiéndose en el suelo al lado de la silla, con la toga levantada hasta las caderas. Me senté a horcajadas sobre el bastardo, le cogí del hombro y lo levanté, y me puse a trabajar con el altar. Encontré calma al golpear, una concentración que entró en mí como un lavado de agua clara. Los golpes me surgieron con ritmo acompasado, al respirar, como si estuviese meditando. Me perdí en aquel alivio, noches de miedo y enfado desaparecieron por completo con esta satisfacción. Después el altar quedó cubierto de sangre, y Anand Prasad estaba muerto.

Le dejé, y su cráneo golpeteó con suavidad el mármol. Los chicos me miraban, con los ojos muy abiertos. Nikhil apuntaba con su ghoda al holandés, que estaba agachado en un rincón.

—No —dije—. Sin balas. Esto es un mensaje. Hacedlo como con este.

Dejé caer el altar.

El holandés solo tuvo tiempo de gritar antes de que se lanzasen sobre él. Abrí una puerta, y dentro había un baño brillante, todo un cuarto de baño hecho y derecho para ejecutivos. A estos sadhus de las altas esferas no les dolían ninguno de los beneficios, no, seguramente no. Encendí la luz, y me vi en el espejo: ojos centelleantes, sangre en el rostro. Me lavé, y en la otra habitación el holandés murió en una ráfaga de golpes y quejidos. Cuando salí, mis hombres se estaban enderezando.

—Será mejor limpiar esa cosa, bhai —comentó Nikhil, respirando agitadamente—. Huellas.

Había pelo pegado al altar, y pequeños fragmentos de carne.

—Cógelo —contesté—. Nos libramos de él.

Cuando los chicos estuvieron limpios, nos marchamos. Salimos caminando, fríos y naturales y despacio, y fuimos hasta el coche y nos metimos en él y condujimos a ritmo constante hasta la puerta. Saludamos a los sadhus con la mano y nos fuimos.

Ya habíamos dispuesto la ruta de escape. En nuestro piso franco teníamos una muda de ropa y un Sumo negro esperando. Había entrenado bien a mis hombres. En menos de quince minutos tuvimos las habitaciones limpias y el Sumo cargado. Limpiamos el Maruti Zen que habíamos llevado al ashram, y después nos marchamos. Fuimos hacia el sur, hacia Delhi. Pasamos por el lado de columnas de autobuses de pasajeros y camiones cargados, y durante un rato condujimos detrás de la comitiva de una fiesta nupcial. En ese momento me sentía muy tranquilo, en este crepúsculo. Ahora Gurú-ji tendría que hablar conmigo. Había hecho algo muy malo,

y tendría que castigarme. Me tendría que llamar para reprenderme. Por supuesto me disculparía, pero le contaría por qué, y lo entendería. Me perdonaría.

Habíamos dejado atrás los polígonos industriales y las tiendas y los dhabas, y ahora los campos de *sarson* y trigo se extendían hacia el horizonte que oscurecía. Los postes de la luz se deslizaban a toda prisa, subiendo y bajando sus cables por encima de nuestras cabezas. Cuando era niño, viajando en un autobús que traqueteada desde Digadh hasta Nashik, solía imaginarme que esos postes me llamaban mientras los dejaba atrás, mientras quedaban atrás en el pasado. Pero en aquellos días lejanos nunca vi tantas granjas prósperas, estas casas pucca con antenas parabólicas y antenas que se alargaban hacia el cielo. Todo había cambiado.

Pero nada había cambiado. Observé esta verdad por todo el país. Durante las muchas semanas que siguieron, viajé con Nikhil y los chicos, y realizamos un *bharat-darshan* zigzagueante. Fuimos a los ashrams de Gurú-ji, sus oficinas y lugares de negocio. Seguimos pistas, rumores, presentimientos y antojos. Así fuimos desde Chandigarh hasta Delhi y Ajmer, desde Nagpur hasta Bhilai y Siliguri. Después de vuelta a Jaisalmer, y luego a Jammu y Bhopal y Digboi. Después paramos una semana en Cochin, para que Nikhil pudiese tomar antibióticos para protegerse de una gripe con diarrea que lo tenía quejándose en el baño cada media hora. Alquilamos un bungalow turístico cerca de la orilla del agua y observamos cómo subían y bajaban las redes de pesca chinas. Mientras tanto, Nikhil luchaba, y el médico prescribió una prueba detrás de otra. Después de once pruebas de estas, le dije al bastardo que estaba pendiente de su práctica de la tajada.

—¿Qué es la práctica de la tajada, saab? —preguntó con su acento malyali.

—A lo mejor la llamáis de otra forma por aquí abajo —contesté—, pero es la misma tajada del treinta por ciento que consigues del laboratorio. Te apuesto un lakh. ¿Quieres el treinta por ciento? Te daré el treinta por ciento.

Y le mostré el dorso de mi mano. Después de eso se quedó callado y dócil como una randi a quien hubiesen dado una paliza, dio sus cápsulas e inclinó la cabeza y se marchó. No pude resistirme a mostrarle a ese bastardo cuál era su sitio, pero fue un mal negocio. Necesitábamos no llamar la atención, lo sabía. Pero el gaandu me había fastidiado. Llevaba vaqueros, y conducía un Capri, y no dejaba de hablar de cómo estaba despachando los medicamentos «más actuales», pero hacía negocio simplemente como cualquier otro médico de pueblo dando inyecciones de agua a pastores analfabetos. Era así en toda la India... conocimos a agricultores que llevaban teléfono móvil y mataban a sus hijas e hijos por casarse fuera de su casta, compramos botellas de agua mineral a chokras llenos de costras, descalzos, que tenían los brazos cubiertos de tiña. Nikhil se había estado quejando con amargura todas las noches por las conexiones telefónicas llenas de interferencias que conseguía cuando intentaba conectar su portátil y consultar el correo electrónico, y finalmente en Coimbatore una toma de corriente al descubierto achicharró su Sony Vaio de líneas elegantes y lo dejó muerto del todo. Y ahora cagaba doce veces al día, y decía que tenía bastante miedo

de *huggoar* hasta morir encima de este trono blanco bhenchod en esta ciudad maderchod de Malyali en esta cloaca harami de país.

Incluso en los ashrams de Gurú-ji se había infiltrado la confusión. Lo había visto. El caos calaba más allá de sus vallas de acero, sus verjas azules, sus mantras protectores. Por todo el país, los ashrams se organizaban según el mismo plan exacto. Tanto si eran grandes como pequeños, estaban en una ciudad o en el campo, todos los ashrams tenían la misma distribución norte-sur, y las mismas cuatro verjas azules. Los edificios y las distancias aumentaban en tamaño, o disminuían, pero la distribución se mantenía exactamente igual. Cuando ya habíamos estado en un par de ashrams, sabíamos cómo navegar por ellos, sabíamos que el primer edificio a la izquierda después de la puerta principal era la tienda de artesanía, que la lavandería siempre estaba oculta aparte en el rincón noroeste. Y siempre, siempre, estaba la pirámide en el centro, que era la oficina central más sagrada, la más poderosa. Mientras íbamos de un ashram idéntico al siguiente, buscando información sobre el paradero de Gurú-ji, empecé a verle un sentido a la geografía, el significado del diseño. Era como mantener una conversación con Gurú-ji, mirar esos lugares que habían sido planeados en su mente, y completamente creados por su perspicacia e imaginación. Todo el paisaje se centraba siempre en la pirámide de mármol, que se parecía a nuestros antiguos templos indios pero no era del todo como ellos. Ahí, en ese edificio completamente desprovisto de imágenes, estaba el trabajo de la mente, y de lo que había más allá de la mente. Ahí estaba la administración y la meditación, dharma y moksha. Lejos de este punto central, justo en las afueras, estaban los edificios de menor categoría, las lavanderías y los generadores de luz, los lavabos públicos y los pabellones de cultura. Dispuestas por el medio estaban las escuelas para los niños y las residencias para las parejas casadas, y las clínicas y centros de comunicación. Más cerca del centro, alejadas de los edificios donde los devotos laicos corrientes podían entrar con libertad, estaban las residencias curvilíneas y los *viharas* y salones de los sadhus, de aquellos que habían abandonado el mundo. Formaban un círculo preciso alrededor de la pirámide blanca, más allá de la cual solo había liberación.

Aquí podía ver la lógica y la progresión, el movimiento desde el exterior al interior. Las relaciones de estos puntos y ángulos, la arquitectura de estas construcciones, esto era la geometría del tiempo y la vida misma. Había escuchado, muchas veces, a Gurú-ji hablando de las edades del hombre, las filiaciones adecuadas de castas y grupos, el lugar de las mujeres en una sociedad justa, la educación de los niños... y aquí, en estos ashrams, todo estaba dispuesto para que lo viese el ojo exigente. Aquí había un orden que era el orden del intelecto de Gurú-ji. Leer estos paisajes era como escuchar un sermón, y en ese momento pude ver con mucha claridad su visión, su idea de lo que debería ser el país, y por tanto el mundo entero. Quería transformar y elevar a toda la India hasta esta paz de jardín verde, llevarla a la perfección. Algunas partes de Singapur tenían la limpieza que él quería, pero no

había ninguna ciudad en la Tierra que tuviese esta simetría, esta consistencia interna que equilibraba de forma exacta tiendas y centros de meditación, y te permitiese ver el templo central a través de los arcos perfectamente alineados de la biblioteca y la lavandería. Estos edificios y las verjas azules parecían el pasado, como los escenarios dorados de las series de televisión mitológicas, pero eran el futuro de Gurú-ji. Este era el mañana que quería traernos, la *satyug* que quería crear.

Pero el presente se resistía. En Coimbatore, cerca de la verja este del ashram, una banyan antigua se cayó una mañana y aplastó once metros de la valla, y de esa forma permitió que entrase un rebaño de cabras que comieron a través de tres jardines de rosas antes de que pudiesen rodearlas y hacerlas salir. En Chandigarh, hubo un escándalo sexual que implicó al sadhu principal, tres devotas adolescentes y el ayudante de un inspector de policía local. Vi, yo mismo, las condiciones de las oficinas administrativas en Allepy, que habían sufrido una plaga persistente tanto de termitas como de hormigas rojas. Y después estuvo el asunto de lo que le hicimos al activo Anand Prasad y su holandés, que desencadenó una lucha de poder en la jerarquía de la organización de Gurú-ji. El *Asian Age* destacó en primera página la historia, «Brutal doble asesinato durante la ausencia misteriosa de Gurú-ji», y continuó con especulaciones acerca de que Anand Prasad había sido eliminado por un círculo rebelde de sadhus. Entonces nos percatamos de los guardias contratados en los ashrams, e incluso de procedimientos de seguridad más estrictos, y nos llegaron rumores sobre discusiones y refriegas entre los principales candidatos para el puesto de Anand Prasad. El *Asian Age* acertó a medias: los sadhus eran inocentes de la ejecución de Anand Prasad, pero de hecho ahora había peleas y luchas intestinas dentro de la organización. Ninguno de los sadhus sabía quiénes éramos, de forma que cada grupo pensaba que nuestro grupo de búsqueda que reaparecía y desaparecía eran goondas contratados por otra facción, y se acusaron mutuamente de asesinato. Así que seguimos adelante con nuestra búsqueda, utilizando dinero e intimidación con imparcialidad. No matamos a nadie más, pero en Bangalore tuvimos que romperle el brazo a un programador informático, para que el otro programador —su novia— nos diese la clave de un sistema de correo electrónico. Y así siguió.

No encontramos nada. Había muchos rumores acerca de lo que le había sucedido a Gurú-ji. Algunos creían de verdad que se había ido de *samadhi*, aunque solo temporalmente, y otros decían que se estaba muriendo de cáncer. Todo el mundo tenía algo que decir, pero nadie podía darnos ni el más mínimo fragmento de información concreta. Mis hombres se desanimaron. El viaje era un trabajo duro, y estaban lejos de sus actividades lucrativas habituales. Llevaban semanas sin ver a sus esposas y chaavis. Los chicos de Bombay se quejaban de la presión policial cada vez que les llamábamos, y nuestros pistoleros y operarios estaban siendo eliminados con una regularidad angustiante. Y entonces Nikhil tuvo su propia dosis apestosa de caos, así que dispuse una parada para descansar en Cochin. Les dije a los chicos que descansasen, les dije que despegaríamos pronto. Pero estaba comenzando a pensar



que nunca encontraríamos a Gurú-ji, que se había librado de mí después de todo.

Tras diez días en Cochin, finalmente Nikhil se quitó de encima su enfermedad. Había perdido cuatro kilos y medio, y parecía exhausto. Los habitantes de la zona celebraban un carnaval aquella noche, y nos sentamos en el balcón del segundo piso de nuestro bungalow y les observamos pasar en un desfile interminable de retablos y representaciones ruidosas. Había un elefante, uno de verdad, que llevaba un tocado de oro. Iba seguido por un grupo de hombres que llevaban vestidos de satén rosa y pechos falsos y maquillaje estridente. Después apareció un camión con una representación de los productos y la gente de Kerala, incluyendo a un hindú, un musulmán, un cristiano, un judío y una turista rubia sentada en una silla de playa. Un poco más tarde, en otro camión, había una escena sacada del *Mahabharata*, con los héroes vestidos con armadura reluciente y bailando con un ritmo disco. Mis hombres estaban por alguna parte ahí fuera, entre la muchedumbre de miles que observaban. Nikhil bebía a sorbos una cerveza, y yo bebía zumo de pina, y observábamos.

—Bhai —dijo—. No es por cuestionarte ni nada, pero estoy pensando en los chicos. Se están impacientando un poco. ¿Por qué buscamos con tanto interés a este Gurú-ji?

—Estás cuestionando —contesté.

—No es falta de respeto, bhai. Pero, ya sabes, Bunty contaba que siempre le decías que la moral es importante. Y los chicos...

—¿Tu moral también está baja? ¿Echas tanto de menos a tu mujer?

—Echo de menos a los niños, bhai. Y el negocio... si estamos aquí, no nos estamos concentrando en el negocio.

No les había contado nada, pero en ese momento entendí que alguna explicación podía ser necesaria. Si Nikhil, que me lo debía todo, estaba dispuesto a decirme estas cosas a la cara, entonces era preciso subirles la moral.

—De acuerdo —repliqué—. Ahora escúchame con atención. Solo diré esto una vez.

En el camión que pasaba debajo de nosotros en aquel momento, había un círculo de algún tipo de gente tribal, bailando alrededor de un fuego hecho con un foco rojo y cintas rojas que ondeaban. Todos llevaban gafas oscuras. Dije:

—No puedo contarte mucho, pero puedo contarte esto. Estamos buscando a Gurú-ji únicamente por el negocio. Nos ha engañado. Nos ha traicionado.

—¿Nos debe dinero?

—Sí. Nos debe mucho dinero. Nos ha traicionado.

—Bastardo —respondió Nikhil. Parecía satisfecho. Ahora, para él, yo tenía sentido, y el mundo tenía sentido—. Entonces debemos encontrarle.

—Diles a los chicos que, mientras estemos aquí en esta misión, los sueldos se duplican. Y habrá una prima al final.

Eso le animó considerablemente. Le dejé en el balcón y me fui a mi cuarto. Puse el aire acondicionado al máximo y me tumbé en la cama con las luces apagadas.

Nikhil llamaría pronto a su mujer, y hablaría con sus hijos. Pensé en llamar a Jojo, pero estaba demasiado débil. Tenía problemas para dormir desde que volví a la India. Al principio pensé que era el jet-lag, el desplazamiento, el ladrido de los perros y los chirridos de los grillos. Pero luego pasó una semana y solo dormía a ratos. Durante un total de tres noches me quedé inconsciente con pastillas para dormir, y me despertaba sintiéndome más cansado cada mañana. Ahora habían pasado semanas y cada noche era un viaje largo, duro, y atravesaba los días caminando ingravido como un fantasma. Nikhil no lo había dicho, pero sabía que también estaba preocupado por mí. A veces me quedaba dormido por el día, sentado durante una conversación de negocios con Mumbai, o después de comer mientras esperaba algún dulce. Siempre me despertaba asustado y aterrorizado por el mismo sueño, el mismo horizonte de cenizas y oscuridad. Tenía que esforzarme mucho para ser capaz de concentrarme en sumas de dinero, en problemas de táctica y gestión.

Necesitaba dormir, pero lo cierto es que esa noche no venía el sueño. Incluso por encima del rugido del aire acondicionado, la música del carnaval me retumbaba en la cabeza. Sonaban tres canciones, o tal vez cuatro, en diferentes lenguas, todas rebotando unas contra otras y a veces mezclándose en un insoportable estruendo palpitante. Por debajo de esto, se oía el murmullo del gentío, que se hinchaba de cuando en cuando en un bramido alegre. Los maldije, a esa superpoblación bastarda de la India, sumando millares en lakhs y crores. Deseé entonces que todos tuviesen una sola cabeza, para poder dispararles y matarles a todos a la vez. Pero no, para mí no había silencio. ¿A cuántos hombres había matado de un tiro? No a tantos como estos. Podría matar a uno cada segundo durante el resto de mi vida, y sin embargo muchos quedarían repiqueteando en mi cabeza con sus pequeñas voces quejumbrosas, sus gozos que sonaban a maullidos. Había tantos como motas de polvo plateado en el tubo amarillo de luz que pasaba sobre mi cabeza desde el cristal de la ventana. Eran ineludibles.

¿Por qué olía a *mogra* la habitación? Ese era el *attar* que llevaba Salim Kaka, el que tenía la noche que le maté por el oro, el de la botella verde con el que se rociaba la barba y el pecho antes de irse con una de sus mujeres. Recordaba la forma en que inclinaba la cabeza hacia atrás y agitaba la botella sobre el cuello, y después el espeso olor aceitoso del attar. Y sus sobacos, afeitados, y el rosa de sus encías y sus dientes blancos y grandes.

La habitación estaba cerrada y sellada, no había flores cerca, lo sabía. Y, sin embargo, notaba esa fragancia, densa e ineludible. Me apoyé sobre un codo, tomé un sorbo de agua, volví a tumbarme. Y ahí estaba, en el fondo de mi garganta y en la profundidad de mi cabeza, este mogra. Abrí los ojos.

Pero ¿qué era eso de la esquina, atrapado por el filo del resplandor de la ventana? Una manga roja sedosa, un hombro. Sí. Una barba. Pelo largo, hasta la parte inferior de la nuca. Era Salim Kaka. Le disparé a ese bastardo por la espalda y había regresado. Me temblaban las manos, y en mi cabeza se alzó un zumbido más alto que

el barullo del exterior. Era Salim Kaka, era él. Pude verle los ojos. Pathan gaandu.

—¿Crees que te tengo miedo, bhenchod? —pregunté.

Él no contestó nada. Pero no pestañeó, y su desprecio hacia mí fue brillante y fuerte y férreo.

Después se marchó, y solo había una ventana, y una cortina roja. Me levanté y me tambaleé, alargué una mano y toqué la pared con las puntas de los dedos. Pude ver cómo la cortina, vista desde la cama y con esa luz poco clara, podía haberse retorcido y transformado en un brazo. Pero había visto su cara, aquellos labios teñidos de paan, y había visto aquellas clavículas hondas. Aquellas manos enormes.

No, no, no. Te estás volviendo loco, Ganesh Gaitonde. Es la falta de sueño y el agotamiento que te han debilitado, que te han sumido en la locura. Estiré los hombros hacia atrás, y caminé con rapidez de un lado al otro de la habitación. Respira, me dije a mí mismo. Me senté con las piernas cruzadas sobre el suelo, a los pies de la cama, y practiqué la respiración que Gurú-ji me había enseñado. Dejé que la ansiedad fluyese hacia fuera con cada exhalación, inhalé energía. Despacio, despacio. Solo era una alucinación. Sí. Pero todavía podía oler a mogra.

Había estado allí, en mi habitación. Era una locura creerlo, pero sabía que era cierto. El propio Salim Kaka creía en la magia, y visitaba a un *malang baba* en Aurangabad cada dos o tres meses. El malang baba le dio un taveez rojo para que lo llevase alrededor del cuello, y uno azul para el brazo derecho, todo para protegerle del cuchillo y el revólver. Pero Salim Kaka cayó bajo mis balas, y le robé su oro, y ahora yo estaba más loco que Mathu. Sabía que estaba desquiciado, y sin embargo sabía que Salim Kaka me había visitado. Tal vez el malang baba lo había mandado de vuelta, para lanzarme aquella mirada lasciva y perruna.

Nos marchamos al día siguiente, hacia Chennai. Mientras el avión despegaba sobre las pequeñas colinas verdes, la cabina de primera clase olía dulcemente a Salim Kaka. Venía conmigo, adondequiera que fuese. Ahora que Gurú-ji me había abandonado, el malang baba podía hacer funcionar sus hechizos conmigo. Podía mandar a Salim Kaka a miles de metros de altura por el aire, y a través de un océano. Traté de ignorar el olor, y concentrarme en el vuelo. Durante un tiempo pensé que los trastornos que causábamos en los ashrams de Gurú-ji y su funcionamiento lo sacarían de su escondite, le harían salir para castigarme y proteger a su gente. Pero ahora, en el aire, mirando los campos allá bajo, lejos, tuve claro que un hombre que veía el pasado y el futuro, que concebía el tiempo en *yugas*, que veía cómo los siglos daban vueltas siguiendo algún plan secreto, que se había distanciado de sus propios deseos y su ego, a un hombre así no le importaría nada que una simple organización se desmoronase, que uno o dos hombres fuesen asesinados. No le importaba lo que hiciese. Fuesen los que fuesen los gestos de afecto que me mostró, yo no le importaba. No era nada para él. Volaba mucho más alto que el vuelo más alto de cualquier jet, y nos miraba desde arriba como si fuésemos hormigas. Para cuando aterrizamos, estaba seguro de que nuestra estrategia había sido un fracaso. Pero no

tenía ningún plan alternativo, así que me quedé callado. Fuimos a nuestro piso franco, esperamos a que anocheciese, ejecutamos nuestro robo en una oficina de administración. Pero no encontramos nada, como esperaba. Y Salim Kaka permaneció conmigo, de vuelta a casa y hasta el amanecer. Me atraganté con la leche por la mañana, que bajo las almendras tenía aquel hedor almibarado a flores.

Los chicos parecían abatidos. Estaban tendidos sobre los sotas y las camas, con aspecto adormilado. Con prima o sin ella, les resultaba duro fracasar de forma miserable una y otra vez. Yo actuaba como el líder alegre, pero mi propia sensación de desesperanza estaba destinada a infectarles. Sabía que debería hablarles de nuestra próxima operación, pero mis ojos estaban rojos y me picaban, y un dolor se había apoderado de la mitad izquierda de mi cabeza, y simplemente no tenía energía. Nikhil estaba recostado en la silla, con los pies levantados sobre una reja del balcón, hojeando con desgana una antigua revista tamil de cine que alguien había dejado en el baño. No parecía muy impresionado por las aspirantes sureñas a estrellas, de cara redonda, o los anuncios incomprensibles de hombres con bíceps escuetos. Dejó la revista sobre la mesa, la cogí y la abrí al azar.

Zoya me miró desde una foto a toda página. Iba vestida de blanco y estaba iluminada por un resplandor plateado que le daba un aspecto muy hermoso y del todo inocente.

Debía de haber estado rodando una película por el sur últimamente. Hacía películas por todas partes, en realidad, y podía ver por qué. Era preciosa. Pero, de forma bastante extraña, no la deseé. Ya no sentía aquel retorcimiento de angustia en el estómago que en un tiempo llegó a provocarme el simple hecho de verla. La miré en ese momento y vi que era perfecta, que había logrado la proporción por la que habíamos trabajado tan duro, ese equilibrio arriba y abajo, aquel juego elegante de luz y sombra. Incluso sobre el papel barato de la revista, en la impresión poco nítida, podía verlo. Y no sentí nada. No la deseé. Ni la amaba ni la odiaba. Me resultaba indiferente.

El deseo de hablar con Jojo me atravesó el pecho. Noté que me ruborizaba, y me puse de pie.

—Tengo que hacer una llamada.

Les dejé a todos, y cerré la puerta de mi dormitorio, y marqué el número de Jojo. Estaba durmiendo y se despertó, con la voz ronca y de mal humor.

—¿Qué quieres, Gaitonde —preguntó—, en medio de la noche?

—Son las ocho de la mañana. Y quiero hablar contigo.

—¿Hablar de qué, Gai-ton-de? —replicó, con un pequeño gemido al final.

En realidad, no había ningún tema del que quisiese hablar con ella, solo quería oír su voz, su respiración. Pero las mañanas de Jojo eran simplemente un sufrimiento hasta que se tomaba sus tres tazas de té, y sabía que, si no le daba una buena razón para despertarla, colgaría el teléfono y además me insultaría. Necesitaba inventarme algo.

—Estoy buscando a una mujer —dije.

—Bastardo —gruñó—. Pues llámame por la tarde.

—Espera, espera —contesté—. No quiero una mujer, no así. Quiero decir que estamos buscando a una mujer que ha desaparecido. Nos robó algo de dinero y huyó. No podemos encontrarla. Hemos estado buscando desde hace meses.

—¿La conozco? ¿Cómo se llama?

Tenía que pensar un nombre. La revista tamil estaba sobre la mesa, con las páginas revoloteando bajo el ventilador que daba vueltas.

—Sri —contesté—. Srivedi.

—¿Qué? ¿Srivedi huyó con vuestro dinero?

—No, no. No Srivedi la estrella de cine. Es otra mujer. Con ese nombre.

—¿Y por qué no podéis encontrarla? ¿Habéis vigilado a su familia? —Bostezó Jojo.

—No tiene ninguna familia. No está casada, nada. Hemos estado en todas los sitios donde trabajaba, pero no hay señales.

—Así que estás atascado, Gaitonde.

—Lo estoy.

—De modo que entonces recurras a mí. —Estaba muy pagada de sí misma—. ¿Has intentado secuestrar a su novio?

—No tiene novio. Ni siquiera amiga.

—¿Qué clase de monstruo es? Sin amigos, chico o chica.

—Hemos interrogado a gente con la que ha trabajado. No ha servido de nada.

En aquel momento. Jojo estaba haciendo ruido, se había levantado y se estaba moviendo. Conocía su rutina, entraría arrastrando los pies en la cocina, donde la asistente habría dejado una olla con agua sobre el gas la noche anterior. Jojo encendería el gas sin apenas abrir los ojos, y alargaría la mano para coger una jarra de leche que estaba preparada en el estante superior de la nevera. Ahí estaba, el chasquido del gas al encenderse.

—De acuerdo, de modo que no tienes ninguna información más sobre esta Srivedi. Después de toda esa búsqueda, toda tu banda no ha encontrado nada.

—Nada.

—Te dije que tus empleados eran idiotas.

—Sí, sí. Muchas veces.

—Darle una ghoda a un chico no lo vuelve listo. Solo hace de él un chutiya con pistola.

—Saali, ¿así es como ayudas? Volvamos a Srivedi.

—De acuerdo.

Estaba inclinada sobre la encimera, lo sabía, esperando que hirviese el agua. Ahora cascaba elaichis, tres.

—¿Cuál es su tierra natal?

—No tiene.

—Todo el mundo tiene una tierra natal.

—La suya ha desaparecido. Está en Pakistán. Pero ¿por qué?

—Tu cerebro también se está volviendo fallida. Gaitonde. La gente es idiota, eso lo sabes. Todos quieren irse a casa. Siempre lo hacen, incluso cuando saben que no deberían.

Era cierto. Mantén vigilado el pueblo de un hombre, y más pronto o más tarde lo cogerás. Infiltra a un informante en su localidad, y un día podrás meterle una bala en la parte trasera de la cabeza. La policía lo hacía todo el tiempo, y yo lo había hecho. Jojo tenía razón, los seres humanos eran estúpidos, daban vueltas y más vueltas y al final volvían al lugar en que comenzaron, como si tirase de ellos el jalón constante de un cordón ineludible. Pero ¿qué pasaba si tu hogar había desaparecido, si no había ninguna parte adónde ir? ¿Adónde irías?

—Pensaré en ello —contesté—. No es mala idea. Es una posibilidad.

—Bien —replicó—. Piénsalo. Ahora deja que me beba el chai en paz.

Pero no la dejé marchar, todavía no. La mantuve al teléfono y hablé con ella de sus problemas con la producción, y su bai que tenía un marido alcohólico, y la contaminación creciente en la ciudad.

—Voy a colgar —dije al final al cabo de media hora entera, cuando ya se había tomado el chai y estaba lista para darse un baño y trabajar.

Ya me sentía más tranquilo, ahora que tenía una indicación. Hice entrar a Nikhil, y nos pusimos a trabajar. Habíamos acumulado papeles y documentos durante nuestras incursiones, y habíamos incautado dos portátiles. Teníamos información. Demasiada, en realidad, dos maletas llenas y lo que había en los ordenadores. Se lo expliqué a Nikhil, y le di instrucciones, y comenzó a cribarlo todo. El problema, por supuesto, era que no sabíamos qué buscábamos.

—Su hogar —le dije a Nikhil—, cualquier lugar donde pudiese ir a casa.

Parecía desconcertado, pero solo tanto como lo estaba yo mismo. ¿Adónde iría un hombre como Gurú-ji? ¿Chandigarh? Pero ya habíamos estado allí, y no encontramos nada. ¿Así que adónde iría? ¿Y en este sentido, adónde iría yo, o Jojo? ¿Adónde vas cuando el hogar se ha vuelto algo imposible? No tenía respuestas, pero seguimos buscando. Nos costó cinco días de búsqueda, y después Nikhil lo encontró.

En los libros de contabilidad personal de Gurú-ji para el año en curso y el año anterior, había entradas para «Granja Bekanur». Ochenta y cuatro mil y un lakh treinta y cuatro mil, en el apartado de créditos. No teníamos los archivos de los cinco años anteriores, pero había otra entrada en el único año previo que pudimos encontrar, sobre un cheque hecho —de nuevo en la cuenta personal de Gurú-ji— para un «Tractor para la Granja Bekanur». Y había una carta en uno de los ordenadores, del año en curso, para la Compañía de Electricidad del Estado del Panjab sobre atrasos de la Granja Bekanur. Esa carta estaba firmada por el mismísimo Anand Prasad, nuestro reciente amigo sadhu. ¿Qué hacía un alto cargo de la organización, un gran jefe como Anand Prasad, escribiendo a la CEEP por un asunto de dos lakhs y

unos cuantos miles? ¿Qué era esa granja en todo caso? Buscamos en toda la información pública disponible sobre Gurú-ji, y no encontramos nada. No se mencionaba ninguna granja a ochenta kilómetros al sur de Amritsar, ni una palabra sobre ninguna granja en absoluto. Ciertamente, él nunca me dijo nada acerca de que tuviese una granja. Por supuesto, estaba su interés por el desarrollo rural, el progreso agrícola, pero eso por lo general lo trataba otra subdivisión. Su departamento sobre temas agrícolas tenía una estructura organizativa separada, una cadena de mando separada y cuentas bancarias separadas. Esta Bikanur era algo totalmente distinto, manejado por Gurú-ji en persona y sus socios más cercanos. Y se mantenía, tanto como resultaba posible, como un secreto.

Fuimos a echar un vistazo a esa granja. Les dije a los chicos que esa era nuestra última etapa en aquel viaje, que, tanto si teníamos éxito como si no, después interrumpiríamos la misión. Se alegraron y se sintieron aliviados, y aterrizamos en Amritsar con energía y dispuestos. Seguimos nuestro procedimiento habitual y nos dirigimos en dos grupos al piso franco previamente concertado, desayunamos tarde, y recogimos nuestro coche y estuvimos listos para irnos. La mañana era brillante y calurosa, y me quedé adormilado en el asiento delantero del coche. Nikhil conducía. Detrás de nosotros, los chicos discutían sobre el oro del Templo Dorado, cuánto había exactamente y cuánto valía. Jatti, que era panjabí pero que solo había estado en el Panjab una vez con anterioridad, les estaba contando con autoridad que el oro valía *arabs*, no crores. Los otros se estaban burlando, y Chandar quería ir a Jallianwalla Baug.

—Ya que estamos aquí... —justificó.

No somos turistas, quise decirle, pero habría supuesto demasiada energía hacer que las palabras surgiesen de mi estado somnoliento. Además, yo mismo estaba siendo un poco turista. Me entretenía con el andar arrogante y atractivo de estos panjabíes, sus miradas fijas y agresivas, y sus voces altas. Había un sardar fuera de un garaje que estaba a nuestra izquierda en aquel momento, llevaba el pelo recogido en un nudo grande sin cubrir en la parte superior de la cabeza, hablando por un teléfono móvil. Se levantó la kurta para rascarse el ombligo mientras pasamos dejando al descubierto un estómago lleno y peludo. Sonreía. Tal vez era su garaje, y la casa grande rosa y verde de detrás era suya, completa con antena parabólica y un Toyota en la entrada y un vigilante con rifle. Amritsar era una deprimente ciudad pequeña de provincias, pero había dinero, y muchas armas. Un jeep de la policía nos adelantó, y los tres agentes de la parte trasera sostenían jhadosos en el regazo, con cargadores dobles pegados juntos. No había visto tantas armas automáticas en la calle, en ninguna calle, jamás. En mi coche notaba el olor a mogra. Cerré los ojos, y los abrí para descubrir que estábamos acelerando a través de campos de sarson, detrás de un camión que rebosaba bielas de acero. Había tigres pintados en parte trasera, y una diosa en el medio.

—Casi hemos llegado, bhai —apuntó Nikhil.

Giró a la izquierda, descendió un terraplén. La carretera se estrechó en ese momento, y dimos sacudidas y oscilamos sobre un canal fluido.

—Ahora estamos en el *dehat* propiamente dicho —murmuró Chandar—. Mira a los dehatís.

Había dos hombres paseando en medio de la carretera, guiando a un buey. Nikhil tocó el claxon, y con mucha lentitud se apartaron para dejar que pasáramos apretados por su lado. Se inclinaron un poco para mirar al interior del coche mientras pasamos. Aldeanos, y prósperos. La tierra allí era exuberante y madura, y pude oír los golpes de una bomba de agua no muy lejos. Seguimos conduciendo. Tuvimos que preguntar la dirección una vez, en una bifurcación de la carretera, a una pareja joven que iba en moto. La esposa sujetaba el dupatta rojo apretado sobre la cabeza mordisqueando un extremo, pero pude ver que era una pieza buena, fornida. Los chicos también lo pensaron, lo pude notar por el silencio tirante, atento, detrás de mí. El marido era nervudo y desarreglado y del todo mediocre, pero sus indicaciones fueron buenas. Llegamos a la granja de Gurú-ji justo después de las dos.

No había verja de acero alrededor de esos campos, y no había portones. Solo franjas verdes de trigo, y fardos bien cuidados alineados con los árboles. Una casa blanca brillaba a través de un huerto.

—Mango —comentó Jatti mientras nos acercábamos a las hileras ordenadas.

Entonces la carretera era lisa, grava sin pulir que crujía bajo los neumáticos. Un pavo real gritó, y vislumbré una insinuación de su apuro repentino entre los árboles. Después giramos alrededor de un nim grueso, antiguo, y llegamos a la casa.

Era un edificio de un solo piso, extenso y ancho. No había ventanas en la pared delantera, que solo estaba quebrada por un arco de entrada alto que daba paso a una pequeña galería abierta. Las puertas del arco de entrada eran verdes y sólidas y pesadas, con un portal más pequeño en el lado izquierdo, lo bastante ancho como para dejar pasar a un solo hombre. Estaba abierto, y Nikhil hizo sonar la cadena de la cerradura de la seguridad que colgaba junto a él.

—Arre —llamó—. *Koi hai?*

Pero la única respuesta vino de las palomas que paseaban por las vigas del arco de entrada. Me incliné hacia delante a través de la puerta. Una vaca y su ternero mascaban felizmente en un establo a la izquierda. Al frente, cuatro escalones de ladrillo llevaban a un rellano, que estaba enfrente de una única habitación. Pude ver un *takath* anticuado y dos sillas, y un reloj redondo y grande. El aire era fresco y pesado con ese olor antiguo a boñiga de vaca y *bhoosa*. El yeso de las paredes enfrente del descansillo estaba agrietado, y los ladrillos de la galería estaban alisados de tanto uso. Era una casa vieja, vieja y también anticuada. Cerca del establo, el agua goteaba de una bomba de mano y golpeaba a ritmo constante sobre el sumidero de hierro que había debajo.

—¿Estás seguro de que estamos en el lugar correcto? —le pregunté a Nikhil.

Apuntó al extremo más alejado del rellano. Detrás de un pilar, había una rampa



que subía las escaleras, lo bastante ancha para una silla de ruedas. De modo que sí, quizá este lugar era de Gurú-ji, pero no se parecía en nada a cualquier otra cosa que había construido que hubiésemos visto. ¿Qué era, exactamente? Nikhil volvió a hacer sonar la cadena.

Un toque de bocina nos hizo saltar. Jatti estaba de pie al lado del coche, sonriendo. Soltó una serie de bocinazos estruendosos, y le grité:

—Basta, maderchod —dije, y se detuvo con gesto herido.

El silencio era asombroso tras aquel barullo, y las palomas revoloteaban nerviosas por la galería. Después oímos que alguien arrastraba los pies, y un hombre dobló la esquina del edificio.

Era viejo, al menos tenía setenta años, eso podía decirlo directamente por su forma de andar, como si tuviese las rodillas entumecidas. Cuando se acercó más me di cuenta de que tenía unos ochenta. Llevaba pijamas blancos y sueltos, un suéter naranja andrajoso y una bufanda gris apretada hasta las orejas. Nos miró detenidamente a través de unas gafas gruesas, con montura negra. Había una raja recta que atravesaba la lente izquierda por el medio.

—*Haití*? —preguntó

—Namaskar —contestó Nikhil—. Namaste. ¿Es usted el *malik* de la casa?

Aquello era un halago obvio, este budhau estaba lejos de ser el propietario de nada. Pero el anciano se lo tomó con una sonrisa:

—No, no —contestó—. Soy el encargado.

—El encargado —repitió Nikhil, parodiando el panjabí del hombre, «encarguiado» pero solo ligeramente—. Sí. ¿Podemos tomar un poco de agua? Hemos conducido sin descanso desde Amritsar.

Nos dio chai muy caliente. Nos llevó dentro, nos hizo sentar en la habitación que había junto a la galería, y salió quince minutos después con vasos de latón y un cacharro grande, ennegrecido. Nos sirvió el chai, medio vaso a cada uno, y solo entonces nos preguntó quiénes éramos. Nikhil le contó alguna historia acerca de que éramos hombres de negocios de Delhi, que estábamos buscando buenas tierras de labranza para adquirirlas. Y que alguien en la carretera principal nos había hablado de este huerto de mangos, y la granja, de modo que habíamos venido a echar un vistazo. Y, por cierto, ¿quién era el dueño de esta magnífica propiedad?

—Saab viene de Delhi —contestó el hombre.

—¿Y cómo se llama?

—Me llamo Jagat Narain.

—Sí, Jagat Narain. Prepara un buen chai. —Nikhil tomó un trago largo haciendo ruido al sorber, y pareció agradecido del todo—. ¿Y cuál es el nombre el saab?

—¿Qué saab?

Esto iba a durar mucho rato. Me puse de pie y bordeé la puerta. A un lado del rellano había una puerta que daba a un pasillo oscuro. Anduve a tientas por el corredor, y salí al otro lado a un patio grande alineado con ladrillos. Había un arbusto

de tulsi justo en el centro, y habitaciones a lo largo de las cuatro paredes. Paseé alrededor del patio, empujé puertas para abrirlas. Chirriaron al hacerlo para dejar al descubierto suelos desnudos, viejos armarios de madera, estanterías sencillas construidas dentro de paredes recubiertas de cal, charpais combados tapados con mantas ásperas. En una habitación había un ventilador de mesa negro sobre un escritorio de madera, y botellas de tinta azul y roja y una estilográfica verde. Seguí caminando. A lo largo de un lado de ese patio interior, había un corredor amplio, abierto al patio. El suelo estaba cubierto de chatais, y había una hilera de cojines redondos contra la pared más alejada. En huecos pequeños, había imágenes de Rama y Sita, y Hanuman, y un hombre con gafas y turbante, con aspecto de abuelo. Me agaché para acercarme más a esa última foto en blanco y negro, y vi un parecido claro con Gurú-ji. ¿Quién era, el padre o el abuelo de Gurú-ji? ¿Un tío?

Giré a la derecha, hacia la cocina y otras tres habitaciones. Un gorrión paseó por el borde de la pequeña plataforma donde crecía la tulsi, y el sol me dio en los ojos. La cocina estaba oscura, en ella colgaban utensilios de latón, y tenía dos *chulahs* ennegrecidas en el suelo. No había hornillos, ni conexión de gas. Había otras dos habitaciones con camas, y un almacén que contenía solo tres baúles de acero vacíos. Salí a la luz del sol. Temblaba un poco, y tenía la boca seca. ¿Qué era ese lugar? En una esquina detrás de la cocina había otra bomba de agua, los ladrillos debajo de ella tenían manchas de humedad. Apoyé mi peso en el asa y bombeé, y con un par de chirridos diminutos una cuerda brillante de agua cayó y salpicó. Bebí, agachándome hacia el chorro. El agua estaba fresca y pura.

En ese momento, Nikhil venía por el pasillo, palpando el camino con una mano sobre la pared.

—Aquí no hay nada —le dije—. Habitaciones vacías, todo es viejo. Este lugar apenas tiene electricidad.

—Pero se construyó hace solo doce años, bhai. —Él también estaba inquieto y excitado—. Su saab vive en Delhi, se hace llamar Mrityunjay Singh. Compraron la granja en el momento álgido de los problemas en el Panjab, se consiguió barata. Entonces derribaron la casa, que estaba en perfectas buenas condiciones, que ya había aquí, levantaron incluso los cimientos. Unos años más tarde construyeron esto. Ese saab viene de visita quizá una vez al año. Pregunté por la rampa de fuera. Dice que era para un amigo del saab que viene en silla de ruedas, que ha venido en dos, tal vez tres ocasiones. No sabe cómo se llama el silla de ruedas-vala, todo el mundo le llama simplemente Baba-ji.

De modo que Gurú-ji había construido esta casa, y después la había visitado solo tres veces en más de una década. ¿Por qué esa casa, por qué allí? Debió de costar más hacer que pareciese vieja que construir una casa nueva y moderna.

Nikhil bombeó algo de agua, bebió y se limpió la boca.

—Sabe muy bien —comentó—. El encargado ha dicho que a este Baba-ji le gustaba pasar el tiempo en el tejado. El encargado ha ido a por las llaves, nos lo

enseñará.

Jagat Narain entró en el patio, seguido por los chicos. Hacía sonar un aro de hierro cargado de llaves grandes. Nos condujo —lentamente— hacia una escalera que ascendía sesgada desde una esquina del patio, una escalera también equipada con una rampa. Tardó cinco minutos en encontrar la llave adecuada, y después rascó con ella la puerta. Permanecí de pie, notando los dedos al borde de un escalón, retrocediendo de repente a la niñez, a una mañana de vacaciones, y corriendo para subir al tejado con una cometa nueva agarrada entre los dedos.

—Maderchod —solté—. Nikhil, coge las llaves.

Pero entonces el anciano bastardo logró abrir la cerradura. Salimos y nos dispersamos bajo la luz brillante del sol. Había una habitación en el tejado, de nuevo con mobiliario escaso y estantes desnudos. El tejado plano daba la vuelta a todo el patio, sin verja en el borde interior. Me acerqué a la otra parte, tratando de lograr que mi mente captase algo que incesantemente quedaba más allá de su alcance. Era como si hubiese olvidado algo que acababa de aprender. Pude oír a Nikhil hablando con el encargado en la otra parte del patio.

—Tenemos cuatrocientas cincuenta hectáreas —contó Jagat Narain—. Todo el trecho hasta la carretera principal y más allá de ella. Tenemos odo ese trecho hasta la valla.

—¿Qué valla?

—La valla de la frontera, jefe —contestó Jatti.

—Una valla muy larga —añadió Jagat Narain, asintiendo.

Hizo un gesto amplio con ambas manos, para abarcar todo el horizonte.

Jatti le explicó lo de la valla a Nikhil, con orgullo panjabí de marca. Tenía una longitud de miles de kilómetros, recorría todo el camino desde Rajastán hasta el Panjab y más arriba, a Jammu. Jatti la vio en su última y única visita al Panjab, a Wagah. Era una valla doble, mucho más alta que un hombre y estaba electrificada. Había campanas colgando de ella, para avisar sobre infiltrados. El chacha de Jatti había visto a un infiltrado pakistaní a quien dispararon mientras intentaba cruzar una noche. La bala de ametralladora le arrancó la cara. Jatti hizo un movimiento como el de arañar delante de su rostro.

—¿Entiendes? —preguntó—. Al bastardo no le quedó cara.

Me apoyé contra el parapeto, tratando de ver esa valla mortal. Pero solo se veía una bruma blanca y suave más allá del arco de la tierra, lejos en la parte de los árboles. Jagat Narain avanzó pesadamente para ponerse de pie a mi lado.

—Baba-ji también mira.

—¿Qué mira?

—Ahí fuera. Le gusta sentarse aquí por las tardes. Observar cómo se pone el sol.

¿Qué veía Gurú-ji cuando miraba? Era bastante bonito, incluso ahora. En el crepúsculo debía de ser hermoso. Pero había puestas de sol preciosas en todas partes. ¿Por qué venir aquí, en medio de la nada, y gastar un buen dinero en toda esta tierra,

y en una casa vieja que era nueva? Entrecerré los ojos y traté de verlo como lo hacia él. Había ahí una masa borrosa e interminable de verde, el olor de la tierra, el sonido del agua al deslizarse, y vi la casa de mi niñez, y por un instante fui feliz. Abrí los ojos de golpe, y me di cuenta de que estaba sonriendo.

¿Por qué?

Pero no hubo tiempo para considerar este misterio: un hombre en bicicleta pedaleaba con furia subiendo la carretera hacia nosotros. Mientras se acercaba vi que era joven, tal vez treinta años y era alto.

—¿Quién es? —le pregunté a Jagat Narain.

El hombre de la bici levantaba la mirada para mirarme desafiante, y no estaba contento.

—Solo es Kirpal Singh. Hoy estaba en los campos de Tupa Nahar. Estamos fumigando allí para Karnal Bunt.

En ese momento, Kirpal Singh estaba frente a la casa. Dejó caer la bici, y unos pocos momentos después le oímos retumbar al subir las escaleras. Salió al tejado gritando:

—¡Jagate! ¿Quién es esta gente?

Nikhil empezó a contar su historia de buscamos-tierra de labranza-para-comprar, pero Kirpal Singh no se quedó con nada.

—Saab —soltó, respirando aguadamente—, debéis marcharos. Nadie puede venir a esta granja sin permiso de nuestro saab.

Le lanzó una mirada dura a Jagat Narain.

—Ellos también son de Delhi —dijo Jagat Narain, como si eso lo explicase todo.

De cerca, este Kirpal Singh era un rufián grande, basto, con el pelo puntiagudo en forma de arbusto grande, y gesticulaba con unas manos sucias, agrietadas, al menos el doble de grandes que las mías. Llevaba un traje de estilo pathan gris desgastado, y, a pesar de las capas de mugre que había en él, tenía el porte de un policía, o un jawan.

—Oye, amigo —replicó Nikhil—. Cálmate. Llama a tu saab por teléfono y hablaremos con él.

—Aquí no hay teléfono, saab. —Era muy directo y firme y agresivo, bajo su cortesía escasa—. Ahora, marchaos.

—Tengo un teléfono. Tengo cobertura. —Nikhil sujetó su móvil en alto—. ¿Lo ves? Podemos hablar con él. ¿Cuál es su número?

—La granja no está en venta. Idos ahora.

Kirpal Singh se agachó un poco en ese momento, encorvó los hombros. Estaba listo para una pelea. Le hice la señal con la cabeza a Nikhil.

—De acuerdo, yaar, de acuerdo —contestó—. Nos iremos. No hay problema. Gracias por el chai. Aquí tienes mi número, dáselo a tu saab si está interesado.

Ofreció una tarjeta, y la sostuvo hasta que Kirpal Singh la cogió de mala gana. Después bajamos las escaleras. Podía notar al patán enorme alzándose detrás de mí, respirando pesadamente. Estaba agitado, pero ¿por qué? ¿Por qué estaba tan

nervioso? Nos siguió todo el camino hasta fuera, por el pasillo y por el interior de la galería delantera, y al atravesar el portón. Nikhil arrancó el coche. Le dio la vuelta, y esperé, de pie cerca de la pared. A mi derecha, la bicicleta de Kirpal Singh estaba echada sobre el suelo, donde él la había arrojado. Una lata grande y cuadrada de pesticida estaba atada con cuerda a la cesta. Había una calavera sobre la lata, en color rojo. Y una rata muerta, cabeza abajo con la cola ensortijada por encima.

—¿Se comen las cosechas? —le pregunté a Kirpal Singh—. ¿Las ratas?

Pareció aliviado, ahora que los chicos se estaban metiendo en el coche.

—Sí, saab. —Estaba intentando compensar su brusquedad—. No solo el trigo. Se lo comen todo. Plantas, goma. También los cables de la luz, de ellos se comen el plástico. Es muy difícil pararlas.

—Matadlas a todas —contesté, y por fin él sonrió.

Entré en el coche y nos marchamos.

Nikhil miraba por el espejo retrovisor.

—¿Qué piensas, bhai?

—Hay algo ahí.

—Sí. Si solo fuera una granja, ese bastardo no amenazaría con mordernos de esa forma.

Le habíamos dado un repaso rápido a la granja, y no encontramos nada. ¿Valía la pena volver, valía la pena tratar con Kirpal Singh, para buscar a fondo? Me sentí extrañamente desanimado. La carretera continuaba, y quizá era mejor seguirla de vuelta a Amritsar, y después coger un avión hasta Delhi y continuar hasta Bangkok, y regresar a mi vida. Pero eso resultaba insoportable. No tenía vida a la que regresar, no hasta que encontrase a Gurú-ji. Incluso ahora, incluso después de sentir rabia hacia él, todo lo que quería era volver a sentarme a sus pies. Lo sabía. Podía maldecirle y decirle que era un fraude, y decir que había terminado con él, pero lo que de verdad quería era sentir cómo su mano me sostenía la cabeza, y la bendición de su voz. Tenía preguntas, sí. Quería preguntarle por qué se había ido, por qué Gaston y Pascal habían muerto, qué nos había hecho transportar para él, qué estaba haciendo, cuál era su plan. El significado de mi vida estaba de alguna manera oculto en estas preguntas. Pero si se negaba a dar una sola respuesta, lo aceptaría, siempre que regresara a mí. Siempre que no me dejase así, a mí solo, sin él, sin guía ni cuidado. Tenía que encontrarle. Pero Gurú-ji era un ser demasiado avanzado para mí, demasiado desarrollado. Con toda mi vida de lecciones aprendidas, y mi astucia, nunca le encontraría. Podía dejarlo estar, y seguir adelante, y marcharme. Pero ¿por qué tenía miedo? Si había aprendido algo en mi vida era a confiar en mi miedo. Y, sin embargo, estaba muy cansado. La carretera se levantó sobre los campos, y las olas profundas de verde se sucedieron una detrás de otra. Pude dormir. Los cables de la luz subían con suavidad, bajaban. Vinieron hacia mí, cargando diamantes de luz del sol que caía. Las ratas se los comían. Las ratas se comían los cables.

—Para —solté.

—¿Bhai?

En ese momento el coche se detuvo, cerca del canal. Sobre el borboteo del agua, pude oír un viento muy leve mientras, con lentitud, agitaba olas por los tallos inclinados del trigo. Me retorcí en el asiento y miré hacia atrás en la carretera, a los postes de la luz que desaparecían a lo lejos. Había una hilera de ellos que torcía desde la carretera hacia la granja de Gurú-ji, que desfilaba por los campos hasta más allá del huerto de mangos. En el tejado, sí, en el tejado de la casa había un poste sobre aquella única habitación, un poste donde terminaban tres cables de luz. Si la casa era tan vieja, con sus ventiladores de mesa chirriantes, ¿por qué necesitaba tanta electricidad? No había visto ningún cable de la luz en ninguna parte del interior de la casa, de modo que, ¿dónde comían esas ratas?

Me giré hacia Nikhil, y le conté todo esto.

—Sí, bhai —contestó—. Pero tal vez necesitan electricidad para el riego. Bombas de agua y todo eso, ya sabes.

Tal vez. Tal vez. Pero estaba esa casa nueva que solo parecía vieja.

—Da la vuelta —ordené—. Volvamos.

Así que regresamos hasta más allá del huerto de mangos, mientras se acercaba la tarde. Kirpal Singh salió a recibirnos esta vez. Se puso de pie en medio de la carretera, con las piernas separadas. Nikhil paró el coche, y salí. Oí el chasquido de las otras puertas al abrirse detrás de mí.

—Arre —dije—, ¿has encontrado mis gafas? Unas oscuras.

—No —contestó—. Ningunas gafas.

—Vamos a mirar —repliqué—. Pueden estar en el tejado.

Kirpal Singh estaba confuso. No nos quería de nuevo ahí, pero no le gustaba la idea de que hubiera algo mío en la casa que vigilaba. Era un bruto agradable. Le cogí del brazo.

—No puedo ver sin mis gafas, yaar. Estoy medio ciego —le di la vuelta hacia el portón—. Solo vamos a echar un vistazo.

Era estúpido, pero rápido. Chandar se había puesto a su derecha, y nuestra sincronización fue exacta. Lo habíamos hecho tantas veces en las semanas pasadas que lo practicamos hasta la perfección. Yo hablaría con el objetivo, y le distraería lo bastante como para que Chandar pudiese darle un golpe en la parte de atrás de la cabeza con su cachiporra de piel rellena de hierro. Pero Kirpal Singh lo intuyó, se apartó de mí y se giró, de modo que el golpe le dio en la *kanpatti* y le medio arrancó la oreja derecha. Después peleó como un demonio. Eramos cinco encima de él, y pudo con nosotros y nos hizo daño. Le rompió tres dedos a Chandar, derribó a Nikhil y casi lo deja sin sentido con un solo puñetazo que le rompió la nariz. Jatti permanecía en el suelo, tosiendo y carraspeando y agarrándose el cuello. Luchamos contra él. Yo mismo me vi tirado sobre la carretera, sin aire y con dolor en el abdomen, alejándome del marmagnum de cuerpos pesados. Saqué la pistola, pero no pude lograr un disparo limpio. Entonces Kirpal Singh vino hacia mí. Tuve tiempo de

apretar el gatillo, el disparo le golpeó en la clavícula y desvió su embestida hacia un lado. Aún puso la mano derecha sobre mí, sin embargo, y sentí su peso encima y cómo abría la boca, espantosa y carmesí. Noté cómo los disparos le golpeaban el cuerpo, el impacto a través de los músculos, y se quedó tumbado sobre mí.

Lo levantaron para apartarlo, y me puse de pie tambaleándome.

—¿Cuántos disparos? —pregunté.

Jatti respiraba con dificultad, la cara empapada en lágrimas.

—Ese gaandu era un comando o algo así.

—Cuatro tiros, bhai —contestó Nikhil.

Tenía la camisa blanca toda manchada hasta la cintura de la sangre que le salía por la nariz.

Cuatro tiros eran muchos, pero era una granja grande. Tal vez no nos había oído nadie. Tal vez nadie prestaría atención.

—Jatti —gruñí—, entra en la casa y tranquiliza al viejo.

—Bhenchod —soltó Jatti, abriendo mucho los ojos.

Entró corriendo en la casa.

El resto nos encargamos de Kirpal Singh y lo arrastramos para atravesar el portón. Pesaba más que todos nosotros, debilitados como estábamos por nuestras heridas repentinas. Podía oír el estremecimiento en la respiración de Chandar a medida que cada paso le sacudía los huesos rotos.

—Aguanta, beta —animé—. Saldremos pronto de aquí.

Arrojamos el cuerpo en el establo. Le dije a Chandar que colocase algo de gravilla encima de la sangre en la carretera, y que hiciera guardia desde el portón. Entonces el resto comenzamos a buscar por la casa, jatti había encontrado a Jagat Narain en el patio, fregando platos alegremente al lado de la bomba. Debía de haber oído los disparos, pero al parecer no le causaron demasiada impresión. Le encerramos en una de las habitaciones vacías, y le dijimos que se fuera a dormir. Después indagamos.

Les dije a mis hombres que teníamos que seguir el cable de la luz. Desde el tejado, desde el poste, seguimos la pista de las conexiones que bajaban dentro de la pared hasta la caja de empalme del piso de abajo. Había una habitación pequeña separada en la parte trasera de la casa, donde estaba esa caja de empalme, con dos cerraduras de acero en la puerta. Tuvimos que sacar a Jagat Narain de su celda, conseguir que nos diera las llaves. Para entonces había entendido que debería estar asustado. Cooperó, y no discutió, pero le temblaban las manos, y susurró:

—¿Dónde está Barjinder? No dejen atrás a Barjinder.

—¿Quién es Barjinder, kaka? —preguntó Nikhil, dándole palmadas en el hombro—. ¿De qué hablas?

Jagat Narain negó con la cabeza.

—Tenemos que llegar a Amritsar —contestó—. Nuestra casa está en llamas. Tenemos que llegar a Amritsar.

Todavía lo estaba diciendo cuando Nikhil cerró la puerta en sus narices.

Yo mismo temblaba un poco cuando volvimos a salir a la luz del sol, estruendosa con los cantos de los pájaros. Pensé: estoy afectado por la excitación de la caza. Sabía que estaba encima de algo, y estuve incluso más seguro cuando abrimos esta habitación trasera y vi las cajas de empalme y los cortacircuitos y contadores. Toda la tecnología era más que actual, estaba limpia y reluciente y funcionaba impecablemente. Los números en los contadores se movían, de forma lenta pero continua, no había duda de eso. Algo estaba gastando electricidad.

Seguimos los cables. Había un intento por esconder los caminos que habían seguido bajo el yeso y a través del ladrillo, así que tuvimos que armarnos con picos y palas. Cavamos. Había un circuito que alimentaba a la casa, pero había otros dos que serpenteaban fuera, a poco más de medio metro por debajo de la superficie. Era un trabajo duro, lento, picar la tierra apretada bajo la grava. Nos arrastramos lentamente por las sombras debajo de los árboles de mango. Nikhil volvió a la casa y salió con dos linternas Petromax, y seguimos avanzando con aquella luz danzante. Era de noche por completo cuando encontramos el complejo subterráneo. Había un cuadrado vacío en medio de la arboleda, una forma que solo veías como ausencia de árboles. Tenía un aspecto muy inocente, a menos que siguieras la pista del cable recubierto de PVC que conducía a una confluencia en forma de T y después seguía recto. Caminamos en círculos. Jatti encontró primero un ventilador, guiado por el zumbido leve del aire. Después, al lado, bajo una zona con paja, un pequeño panel de metal pintado de marrón camuflaje y verde apagado. Nikhil colocó la oreja encima.

—La unidad de aire acondicionado está aquí debajo —afirmó.

Apoyé la mano, y el zumbido me llegó hasta el hombro. Ahora sabíamos que íbamos bien. Los chicos levantaron el suelo, arañaron la hierba, pidiendo las linternas. Seguí delante de la luz, sin importarme el escozor en las rodillas mientras pisaba raíces y rocas. El secreto estaba debajo, podía sentirlo cerca. El oro estaba cerca. Siempre lo había buscado, el premio, la ventaja. Y de ese modo lo encontré.

Había una extensión del mismo metal que el del panel del aire acondicionado. Estaba entre dos árboles viejos, produciendo una pequeña elevación en la tierra. Había una cubierta fina de hojas y ramas, y debajo estaba el acero remachado.

—Aquí —grité—. Aquí.

Despejamos la parte superior, y entonces bajo la luz de la linterna pude ver que era una trampilla. De un metro por uno, con ranuras a un lado para levantarla. Jatti se agarró y dio un tirón de prueba.

—Cerrada —dijo, apuntando al ojo de una cerradura entre las asas.

—Busca en el chutiya muerto —contesté.

Quería que todo saliese bien aquella noche, sin fallos. Encontraron la llave en un nada sucio alrededor del cuello de Kirpal Singh. Era un pedazo de acero grande, pesado, de siete centímetros, una de esas llaves informatizadas, ahora manchada de sangre. Pero giró sin esfuerzo en la cerradura, y entramos. Una escalera descendía en



diagonal. Un interruptor de luz convenientemente colocado junto a la puerta proporcionaba una luz limpia, uniforme, azul y blanca. Había tres habitaciones grandes, cada una más pequeña que la anterior. Las dos primeras estaban eficazmente repletas de estanterías, archivadores y mesas de ordenador. Pero las estanterías estaban vacías, y no había archivos, ni ordenadores. Los alargadores todavía estaban en su sitio, sin embargo, y había un revoltijo de cables de ordenador detrás de los escritorios. Sobre la superficie blanca de estos, pudimos ver los contornos apenas visibles de dónde habían estado los ordenadores. Nikhil deslizó el dedo alrededor del contorno marrón de la parte de debajo de una taza en una de las bandejas para el teclado, donde alguien había puesto su chai. Había una impresora muy grande en una esquina de la segunda habitación, y ese fue todo el equipo que dejaron atrás.

La tercera habitación era un espacio para guardar cosas, ahora vacío del todo. Una papelería de alambre solo contenía el envoltorio de dos resmas de papel de ordenador. Jatti deambuló por la habitación, abriendo armarios. Se detuvo en el último.

—Bhai.

Había un baúl de acero en el estante de abajo, no una de esas cosas diminutas que puedes comprar en cualquier bazar, sino un cubo plateado de líneas elegantes de marca extranjera. Lo podías saber solo por las cerraduras, que estaban incrustadas en el propio baúl.

—Sácalo —pedí.

Pesaba. Hicieron falta dos hombres para arrastrarlo hasta la habitación principal.

—Esa llave era la única que llevaba el comando, bhai —comentó Nikhil.

De forma que Jatti sacó su ghoda, la acercó a la primera cerradura y disparó. Se produjo un silbido que corrió por toda la habitación y pasó por el lado de mi cabeza, y todos nos tiramos al suelo, maldiciendo.

—Maderchod —solté—. ¿Todo el mundo está bien?

Asintieron. Pero había un agujero en la impresora. Y solo un hoyuelo pequeño en la cerradura del baúl.

En ese momento se nos encendió la sangre. Nos miramos unos a otros, y después miramos las curvas brillantes, hinchadas, del baúl.

—Traedme una barra —pedí—, o algo.

Tardamos cuarenta minutos en abrir una rendija en el baúl, dando machetazos a las cerraduras con picos y palas, para lograr dejar al descubierto la junta que recorría toda su circunferencia. Después insertamos dos palancas por la grieta y tiramos en direcciones opuestas. Al final se abrió con el chillido del metal retorcido, y todos caímos al suelo. Y después nos quedamos callados.

El baúl estaba lleno en sus tres cuartas partes, y lo que contenía eran dólares. Alargué la mano —y me di cuenta de que estaba despellejada, sangrante y temblorosa— y cogí uno de los pequeños fajos, envuelto por una tira de papel. Eran billetes de cien.

—¿Cuánto, bhai? —preguntó Nikhil.

—Mucho.

Después, hice que los chicos se movieran rápido. Cogimos el baúl, cerramos la trampilla, regresamos a la casa. Hice que todo el mundo se lavase debajo de una bomba de agua en el patio antes de subir al coche. Estaríamos en la carretera, cerca de la frontera, por la mañana temprano, y si nos paraban no quería meterme en un tiroteo a causa de una camisa manchada de sangre. No podíamos hacer mucho por la mano de Chandar, que estaba hinchada como una pelota. Ahora tenía fiebre, además. Así que le envolvimos en una manta y le colocamos en el asiento trasero. Entonces estuvimos listos para irnos. Pero no del todo. Quedaba un asunto más por resolver, y todos lo sabíamos. Jatti fue quien finalmente habló.

—¿Qué hay del viejo, bhai?

Sí, el viejo. Estaba senil, estaba medio loco, pero nos había visto las caras. Había un cadáver en la casa, y quizá el viejo podría conectarnos con él. Les había enseñado a mis hombres lo que era necesario hacer en tales situaciones.

—Yo lo haré —respondí.

Volví a entrar, pasé por el lado del resoplido de la vaca, atravesé el pasillo —hacia el gotear lento del agua— y entré en el patio. Abrí la puerta, y Jagat Narain estaba sentado sobre una cama, con las manos descansando sobre los muslos, observando. Me estaba esperando.

—Vamos —le pedí—. Ya nos marchamos. Puedes salir.

No se movió. Entré, le cogí del brazo, y se puso de pie con bastante facilidad. Caminé para hacerle salir, y mientras pasábamos por el alféizar, susurró:

—¿Qué hora es?

—Van a dar las cinco.

—¿De la mañana o de la tarde?

En ese momento, bajo la luz de las estrellas, pude ver su mata grande de pelo blanco y su frente alta. En sus lentes rajadas, estaba mi rostro, partido por la mitad.

—De la mañana —contesté, invadido por una ternura repentina por la indefensión de la vejez.

No sabía si era de día o de noche, dónde estaba o adónde iba. Todo le resultaba igual.

—Mira, ahí está la luna.

Levantó la cara y la apartó de mí, levantó los brazos.

—Sí —replicó, señalando con las dos manos.

Había una rodaja pequeña de luna, un pedazo de arco, saliendo o desapareciendo... no lo sabía. Di un paso atrás, levanté mi ghoda, la equilibré y disparé. El fogonazo me llenó los ojos, y después él estaba tumbado sobre el ladrillo, con las manos extendidas. Me incliné sobre él, y le disparé otro en la cabeza.

Y luego corrí. No sé por qué, pero corrí hasta llegar al coche, y me metí de un salto, y no hizo falta darle instrucciones a Nikhil. Giró el volante y nos pusimos en marcha. Pero incluso a través del rocío de grava, y el hedor repentino por el

agotamiento, el olor a mogra me siguió todo el camino hacia el canal. Aceleramos al amanecer, y llegamos a Amritsar sin percances. Nos detuvimos solo para hacer una visita corta a un médico, y después dividí al equipo y les mandé por diferentes caminos. Tenía claro que aquel era el final de nuestra misión. No habíamos encontrado a Gurú-ji, pero lo que habíamos encontrado era por fin algo lo bastante valioso como para llamar mucho la atención. Había, en aquel baúl, exactamente novecientos ochenta y cuatro mil trescientos veintidós dólares. Los chicos dijeron un millón, pero la cantidad auténtica era un poco menos. Así que Nikhil y Jatti cogieron un tren hacia Delhi, y Chandar un avión a Bhopal, y aquella tarde volé a Bombay con el dinero. Había un coche esperándome en el aeropuerto, y un nuevo piso franco listo en Juhu. Pero todavía no estaba a salvo cuando mi teléfono por satélite empezó a sonar. Estábamos abriéndonos camino por el tráfico cuando oí el tono, amortiguado pero inconfundible. Era mi teléfono para Gurú-ji, mi último móvil por satélite codificado. Le grité al conductor que se hiciera a un lado, le golpeé en la parte de atrás de la cabeza cuando fue lento en batear su camino entre las corrientes enredadas de coches, y después le saqué a rastras para que abriese el maletero. Sabía con exactitud dónde estaba el teléfono, en el bolsillo exterior de mi bolsa de mano, y entonces lo saqué y me lo acerqué al oído.

—¿Diga?

—Has cogido mi dinero.

—Sí.

Sí, era Gurú-ji. Sí, era aquella voz familiar, aquel estruendo de pecho, resonante, que resultaba tan tranquilizador, tan reconfortante. Sí, ahí estaba la pronunciación precisa de cada palabra, en especial la última. Por fin, después de toda aquella búsqueda, había encontrado a Gurú-ji, le había traído de vuelta a mí.

—¿Dónde estás?

—¿Por qué has cogido mi dinero, Ganesh?

—¿Por qué te marchaste?

—Te dije que no volveríamos a vernos nunca.

—Pero no que desaparecerías.

—Ganesh —suspiró—. Ganesh. Después de todo este tiempo no has entendido la enseñanza fundamental que intenté transmitirte. Ya nos hemos perdido todos los unos para los otros. Aferrarse al amor es traicionar al amor en sí mismo.

—Grandes palabras —contesté—. Grandes, grandes palabras.

Ahí estaba yo, Ganesh Gaitonde, de pie a un lado de la calle, a la vista de cientos de hombres y mujeres que iban a casa y al trabajo, pateando. Pasaban pandillas de colegialas con faldas azules que podían ver las lágrimas que me salían de los ojos. Pero no me importó.

—Te estuve llamando, y no hubo respuesta —seguí—. Pero solo te has preocupado de llamarme cuando has perdido algunos dólares.

—No son los dólares, Ganesh —contestó Gurú-ji—. Son las molestias. Estoy en

medio de un proyecto grande. Necesito el efectivo para hacer ciertos pagos. No me importa el dinero, pero el resto del mundo lo quiere contante y sonante.

—¿Cuál es ese proyecto?

—Te diré que es un proyecto grande, Ganesh.

—¿Me has convertido en parte de él?

—Todo el mundo tiene parte en él.

—No juegues conmigo. Contéstame. Contéstame. —Me forcé a controlarme, bajé la voz—. Hiciste que trajésemos alguna especie de material nuclear. No me digas que no lo hiciste. Mis hombres murieron.

Suspiró.

—Sí, Ganesh. Eso es bastante cierto.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunté. Se quedó callado—. Dintelo, y te devolveré el dinero.

—¿Lo harás, Ganesh? ¿Lo harás de verdad si te digo el propósito?

—Sí —respondí—. Lo haré.

—Me pregunto si tendrás el coraje. Pero ¿por qué me preguntas, Ganesh? Creo que tal vez ya lo sabes.

Sentí una puñalada de indignación, debida a que este anciano estuviese cuestionando mi coraje. A mí, que había arriesgado tanto por él. Pero me contuve, no dije nada. ¿Para qué no tendría coraje? Me di la vuelta, y miré los tejados desordenados de una basti extenderse a lo lejos por debajo de la calle elevada, y los grupos de edificios más allá. Ese hombre se había acercado a mí por primera vez queriendo armas. Se estaba preparando para una guerra. No me daban miedo las batallas, me había lanzado al combate toda la vida. Pero si venía esta guerra, sería una grande, ardería por todos los rincones de la India. Sería dolorosa, me había dicho, pero después estaríamos mejor. Encontraríamos la paz. Y entonces recordé cuando estuve de pie en el tejado de la casa que había construido cerca de la frontera y vi un mar de verde y atisbé —solo por un momento— una felicidad perfecta, todo fresco y completamente nuevo y limpio, y yo, yo volvía a ser joven y a estar lleno de esperanza, y el mundo renacía de nuevo y era vasto, y yo sonreía.

Y en aquel momento lo supe.

Me oí decir, frente al rugido vivo de la ciudad:

—Quieres una guerra más grande.

—Muy bien, Ganesh. Una guerra más grande que esa para la que pensabas que nos estábamos preparando.

—¿Has construido... una bomba?

—No me hagas esas preguntas, Ganesh. No las puedo contestar. Te lo dije, ya lo sabes. ¿Qué haría con una cosa así?

—Hacerla estallar. En una ciudad en alguna parte. En Mumbai.

—¿Y a quién harían responsable?

—Te encargarías de que fuese alguna organización musulmana.

—Muy bien. ¿Y después qué?

¿Después? Derramamiento de sangre. Asesinatos por todas partes. Si había tensión en la frontera, quizá alguna especie de represalia. Quizá incluso aunque no hubiese tensión, se produciría una guerra, una guerra real, una guerra que comería a millones, una guerra que no se parecería a nada que hubiésemos oído jamás. Pero eso solo eran palabras, intenté imaginarlo, pero no pude. Solo podía sentir un agujero en mi interior, un vacío tan profundo que podría tragarse Mumbai, el país, todo.

—Escucha —dije—. No deberías hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Tienes miedo de morir? Has estado tan cerca de la muerte tantas veces que no puedes tenerle miedo. Y sabes que morirás, si no hoy, mañana. Has cavado agujeros para muchos, alguien cavará uno para ti. Me dijiste eso, una vez.

—No me importa mi propia muerte.

—Pero ¿te importa la muerte de muchos? ¿Unos cuantos miles, o unos cuantos millones? ¿Por qué, Ganesh? Has matado a unos cuantos cientos en tu vida, al menos. ¿Qué importan unos pocos más?

No tenía respuesta para él. No sabía por qué, pero importaba. Imaginaba el hormiguero repleto que era esta ciudad comido por el fuego, todo arrugado y negro y retorcido y finalmente acabado. Llevaban unas vidas miserables, pequeñas, estos millones que se escabullían. Después de que hubiesen desaparecido, después del enorme viento limpiador que se llevaría no solo esta ciudad sino todas las demás, habría lugar para un nuevo comienzo. De todos los sermones que había escuchado, de fragmentos de lecciones y briznas de sánscrito, surgió este conocimiento certero: esto es lo que quiere Gurú-ji, borrar completamente de todo lo que yo conocía. Y estaba asustado. No podía hablar.

Lo entendió.

—Eres débil, Ganesh —dijo—. A pesar de todos mis esfuerzos, careces de fortaleza. Eres obstinado y violento, pero todo eso es solo una capa fina sobre tu debilidad. Debajo eres tan sentimental como una mujer. Pero no es culpa tuya. Esa es la condición general del ser humano en esta kaliyuga, Ganesh. Todas esas Naciones Unidas, esos hacedores de buenas obras de ojos soñadores que se **apresuran** a detener los conflictos, no entienden que algunas guerras deben lucharse, que la matanza debe suceder. Creen que han parado la guerra, pero todo lo que aseguran es un estado de guerra constante, que consume. Mira India y Pakistán, sangrándose mutuamente durante más de cincuenta años. En lugar de una batalla final, gloriosa, tenemos un desorden prolongado, asqueroso. Esos idiotas bienintencionados siempre parlotean sobre el progreso del ser humano, pero no entienden que el progreso no puede suceder sin destrucción. Toda era dorada debe ir precedida por un apocalipsis. Siempre ha sido así, y volverá a serlo. Pero ahora nos hemos vuelto demasiado cobardes como para dejar que el tiempo avance. Detenemos sus ruedas, lo obstruimos con nuestros miedos. Piensa en ello, Ganesh. Durante más de cincuenta años hemos

aplazado la lucha en nuestras fronteras, y hemos sufrido pequeñas humillaciones y pequeños derramamientos de sangre todos los días. Nos han deshonrado y avergonzado, y nos hemos acostumbrado a vivir con esta vergüenza. Nos hemos convertido en toda una raza de Arjunas temblorosos escapando de lo que sabemos que es nuestro deber. Pero basta. Lucharemos. La batalla es necesaria.

—Pero todo terminará —repliqué, con la voz trémula de un niño—. Todo.

—Exacto. Toda gran tradición religiosa predice este fuego, Ganesh. Todos sabemos que se acerca.

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

—Me lo dijiste tú mismo, cuando estabas haciendo aquella película. ¿Cómo se llamaba?

—*International Dhamaka*.

Borbotó con regocijo de nuevo.

—Sí, *Dhamaka*—. Me dijiste que toda historia necesita un clímax, y una gran historia necesita un gran clímax. Lee las señales en este mundo, las señales que hay por todas las partes en esta vida que llevamos, y observa qué necesita. Quiere un final, Ganesh. Necesita un cierre, para poder empezar de nuevo. Solo estás asustado porque lo miras desde dentro. Sal afuera y echa un vistazo, y verás que no puede terminar de ninguna otra forma.

—Te detendré.

—¿Cómo, Ganesh? He aprendido sobre seguridad de ti. Y me has enseñado bien. Me encontraste una vez, hace mucho tiempo, porque mi gente fue descuidada. Pero no volverás a encontrarme. No me has encontrado después de todos estos meses de búsqueda. No puedes hacer nada. Nadie puede hacer nada. El tiempo avanzará. Lo inevitable llegará. Has cogido mi dinero, y todo lo que has hecho es retrasar lo que debe suceder, lo que tiene que suceder. Eso es todo.

—¿Qué quieres de mí, entonces?

—No luches contra mí. No vayas contra el mecanismo de la historia. Devuélveme mi dinero.

—No. No seré parte de esto.

—Ya eres parte de ello, Ganesh. Lo hiciste posible, organizaste parte de ello, y, hagas lo que hagas ahora, ayudarás a que suceda. Tanto si actúas como si no, la guerra vendrá, la sangre se derramará. No puedes pararlo. Tú mismo no puedes pararlo, Ganesh.

—Se lo contaré... se lo contaré a las autoridades.

—¿Y te creerán, Ganesh? ¿Un gángster que les ha contado cientos de mentiras, que ha matado a mil hombres?

—Mataré a más sadhus de los tuyos.

—Todos deben morir algún día. ¿Qué importan unos cuantos días?

No tenía nada más con lo que amenazarle.

—¿Qué importan unos cuantos días en todo esto, Ganesh? —insistió—. Cuanto

antes llegue el final para esta mugre en la que vivimos, mejor. Piensa en el futuro, Ganesh. El futuro. Lo que viene después.

Y después se oyó un chasquido, y se fue.

Los coches pasaban deprisa por mi lado, dejando sangrar sus rastros de luz en el anochecer. Me sentí como si me estuviese cayendo. Después, en aquel momento, no pensé en mis hombres o en los millones de personas ni en el país ni en el mundo. Solo pensé en mí. Aquel tenue ruido seco y metálico en mi oído se hundió en mi cuello y mi estómago, y me dejó solo. Sabía que él no regresaría. No le encontraría, y no volvería a llamarme. Estaba solo. De nuevo, yo era Ganesh Gaitonde expuesto a un mundo desconocido, con una navaja oculta bajo mi camisa. La bilis me subía hasta la boca. Giré la cabeza y escupí, y un hilito de líquido marronáceo cayó por la pared blanca que recorría una acera. Lo observé deslizarse, y se produjo de nuevo una ruptura en mi interior, un abismo interminable, de bordes crudos, y yo caía dentro. Estaba solo. Al otro lado de la calle, salía humo de un montón de basura. Fui presa de una agitación violenta, un temblor de piernas y brazos y hombros. Tropecé hacia el coche, y me metí dentro. Con cuidado el conductor evitó mirarme, y seguimos. Me tumbé en el asiento trasero, conteniéndome.

El nuevo piso franco en Juhu era un apartamento en la planta superior de un bungaló de dos pisos que daba a la playa. Bunty había puesto un equipo de vigilancia, y habían registrado y asegurado el lugar. Los chicos me llevaron de visita por los alrededores y me enseñaron las dos salidas traseras, bajo escaleras aparte, que también estaban vigiladas. Subí al piso superior, y cerré dos puertas y me dejé caer sobre la cama. Estás exhausto, me dije a mí mismo. Todo ese viaje durante semanas y semanas, la ansiedad de la búsqueda, los cambios de agua y comida. Necesitas descansar. Pero todavía estaba temblando, estaba lleno de una energía salvaje que se aceleraba bajo mi piel y me hacía rascarme y sacudirme. Y estaba aquel olor. Esa vez no era solo mogra, sino algo que ardía por debajo, la mole pesada de carne que se quemaba. Algún bastardo debía de haber lanzado una rata muerta o algo a una hoguera en la playa. Haría salir a los chicos a ocuparse del maderchod. Me tambaleé hacia la ventana. No, no había ningún fuego, nada aparte de las olas golpeteando de modo acompasado sobre la arena. Pero esas ventanas... Había ventanas a lo largo de toda la pared que daba al mar, desde el suelo hasta el techo. Y más ventanas a lo largo de la otra, de cara otro edificio al otro lado de la calle. ¿Qué clase de piso franco era este? Suleiman Isa y toda su banda podrían observarme desde aquel otro tejado. La policía podría apostar un batallón de francotiradores en la playa, para volarme la cabeza. Llamé a mis hombres. Bastardos, venid a cerrar estas ventanas.

Hice que cerrasen y echasen el pestillo a las ventanas, y corriesen las cortinas. Aun así persistía el hedor fúnebre a flores y carne quemada. Volví a gritar para llamar a mis hombres. Les hice traer cinta adhesiva de electricista y sellar todos los bordes de las ventanas. Estaban desconcertados, y a pesar del miedo que me tenían, y los años de respeto, había algunos que no podían ocultar su escepticismo, y su diversión.

No me importaba. Les dije que salieran a la playa y buscaran una hoguera, y comprobasen los recintos de todos los edificios que nos rodeaban. Apagad cualquier fuego que encontréis, les dije, aplacadlo a patadas. Asintieron, sí, bhai, sí, bhai, y se fueron arrastrando los pies. Cerré la puerta y coloqué tiras grandes de cinta adhesiva alrededor de todas las rendijas y huecos y el ojo de la cerradura. Después llevé un sillón a rastras hasta el centro exacto de la habitación y me senté, sujetándome los tobillos. Sin duda, el olor seguía en la habitación. Dale algo de tiempo, pensé, deja que la contaminación de la habitación se extinga, y te librarás de ella. Así que dejé que los minutos transcurriesen, y respiré lentamente. Cerré los ojos y practiqué mi pranayama. Quería tranquilidad, todo lo que quería era una pequeña porción de paz. Pero había una luz presionando contra mis ojos, destellos de naranja zanahoria frente a un contexto más claro de color azafrán. Había oscuridad en la habitación, las cortinas eran doradas y gruesas, con algún tipo de brocado. ¿De dónde venía esa luz? Y después pensé en lo frágil que era aquel edificio, lo quebradizo que era el cristal en las ventanas. Bien podía estar sentado con las piernas cruzadas sobre mi pira funeraria, esperando a que me acribillasen mis enemigos hasta morir, cualquier desastre que en aquel preciso momento estuviese palpitando sobre el horizonte. Tenía que protegerme.

Bunty tenía el móvil apagado. Debí de llamarle treinta veces en las siguientes dos horas, solo para encontrarme con la misma voz bhenchod con su acento extranjero ronroneante. Por fin me devolvió la llamada, presa del pánico.

—Lo siento, bhai, lo siento. Solo lo tenía en modo vibrador, y estaba debajo de la camisa y demás. Lo siento. De verdad que lo siento.

Las piernas del bastardo no funcionaban, pero otra parte de él todavía era medio funcional. Resultó que había estado con una chica de dieciséis años, y necesitó concentrarse tanto que olvidó el trabajo y sus obligaciones. Volví a concienciarle sobre los requisitos de su posición, le hice un resumen del tipo de chutiya despreocupado en que se había convertido, y le dije lo que quería. Y después de convirtió en un perro todavía más rastrero. Confesó que todavía no tenía las llaves de mi refugio subterráneo, de la casa segura que había construido para Jojo en Kailashpada. Soltó una larga historia sobre que los constructores necesitaban las llaves porque tenían que terminar las instalaciones eléctricas, y se las habían dado y tal y cual, y esto y aquello. Le corté, y le dije que quería estar en mi refugio a las nueve de la mañana, y que si no lo estaba perdería algo más aparte de las piernas.

—Pero, bhai —dijo—, ¿no quieres ir a casa?

—¿A casa? ¿Qué casa?

—A Tailandia, bhai. Al yate. Ahora que ha terminado la misión.

Le dije que se ocupase de sus propios asuntos, y colgué el teléfono de un golpe. ¿Debería volver a cruzar las aguas? Irme lejos, hacia la seguridad. Pero ¿dónde estaba la seguridad? Podría ir a Nueva Zelanda, a alguna isla rocosa más allá, sí, seguro. Pero cuando llegase el fuego, cuando la gran destrucción de Gurú-ji recorriese los



mares, ¿qué quedaría?

Paseé por el perímetro de mi habitación, apretando y soltando las manos, intentando librarme de los calambres en los hombros. ¿Dónde estaba el hogar cuando el hogar había desaparecido? ¿Podías tener un hogar lejos del hogar cuando no había hogar? ¿Qué añorarías, en qué soñarías cuando te acomodases en el sueño? Cuando alguien preguntase ¿de dónde eres?, ¿qué contestarías? No, no podía ir a ninguna parte, no podía marcharme. Me quedaría justo aquí, cerca del campo de batalla, en él, y detendría a Gurú-ji. Él estaba seguro de que no podría pararle —«No puedes pararlo»—, pero yo era Ganesh Gaitonde. Él podía ver hacia delante y hacia atrás en el tiempo, pero yo había escapado muchas veces del destino. Había derrotado a lo que estaba escrito, lo había cambiado. Había sobrevivido. Ahora volvería a sobrevivir. Salvaría mi hogar. Y para hacerlo necesitaba estar completamente a salvo.

Bunty cumplió su tiempo límite con tres horas de antelación. Llamó a las seis, e hizo que me recogiesen a las seis y media. No había dormido nada, pero me sentía fuerte y alerta mientras íbamos en coche por la ciudad en movimiento, que se desperezaba. Observé mientras un conductor salía como si se desenroscase desde la parte trasera de su rickshaw, mientras una madre metía prisa a su hijo tambaleante hacia un baño público. Gente de avanzada edad paseaba por un jardín, balanceando los brazos con brío. El sol estaba sobre las copas de los árboles. Un bhajan sonaba desde algún canal de radio, y escuchamos fragmentos dispersos de él mientras pasábamos al lado de una hilera larga de kholis.

Después giramos a la izquierda y llegamos hasta la plaza de un mercado. Casi todas las tiendas estaban todavía cerradas. Un seth que bostezaba y su ayudante peleaban con una persiana, y no nos prestaron atención cuando aparcamos al lado del cubo blanco en medio de un solar vacío. Deslicé una mano sobre una pared blanca impecable mientras subíamos hacia la puerta, y ya me sentí mejor. Recordé las especificaciones, el grosor exacto y endurecido de las paredes, y el precio del cemento que habíamos utilizado. Uno de los hombres de Bunty hizo sonar la llave en la puerta, hasta que me irrité y se la quité. Era una llave informatizada, con muescas pequeñas a ambos lados, y cuando la deslizabas dentro hasta la mitad tenías que dar media vuelta hacia la izquierda. Después, con un pequeño empujón hacia dentro, giraba como la seda.

—Bien —solté—. Decidle a Bunty que le llamaré.

—Bhai, si necesitas algo más...

Cerré la puerta —tuve que apoyarme en su peso con el hombro— y me quedé de pie en una oscuridad completa, de bienvenida. Había un zumbido leve de maquinaria bien afinada a mis pies, pero los chillidos de la multitud de fuera habían desaparecido, en seco. Por los planos, sabía exactamente dónde estaba el interruptor, a mi derecha en la pared, pero no quería alargar la mano. Por el momento, estaba contento de nadar en esa seguridad, de saber que nada podría alcanzarme allí. Mi mente se relajó, y me quedé de pie.

Salí sobresaltado del ensueño de repente. No sabía cuánto tiempo había pasado, un minuto o media hora. No había dormido bastante, pero de alguna forma había descansado. Me obligué a moverme, encendí la luz y tiré de la trampa de metal que había en medio de la habitación. Una escalera corta conducía a la sala de control. Todo era como había planeado, las múltiples pantallas de vídeo y los ordenadores, las radios y las máscaras de gas. Los constructores y técnicos habían seguido las instrucciones de forma precisa, incluyendo los almacenes de fruta desecada y botellas de agua precintadas. Había un gimnasio pequeño, y una estantería con DVD, películas antiguas de Dev Anand y Dilip Kumar. Un armario de acero contenía filas de armas, AK-56 y Glock. Un hombre podía vivir allí.

De modo que viví en mi hogar, mi casa bajo tierra, durante dos semanas. Me comunicaba con Bunty y los chicos, y recibía llamadas de Nikhil desde Tailandia cada mañana y cada tarde, y dirigía negocios con Bruselas y Nueva York. Los chicos me trajeron mis archivos, y todos los documentos entrantes importantes me los entregaban en cuanto llegaban. Todo era como antes, excepto que no flotaba en algún mar extranjero, ni volaba de una ciudad extraña a otra. Hacía mi trabajo, seguro en el vientre de Mumbai. No es que estuviese confiado por haber vuelto a casa. Seguía todos los procedimientos de seguridad, y siempre llevaba una pistolera cómoda de nailon en el hombro, con una Glock 34 a punto. Estaba en una zona de combate, y me protegía a mí mismo.

Pero no podía dormir. Me quedaba tumbado en la cama, o en el suelo, o en un colchón especial que se ajustaba al cuerpo que me trajeron los hombres de Bunty, y nada de eso me proporcionó un momento de sueño. Tomé puñados de Calmose y Mandrax, y un bote de Anibien vino especialmente en avión desde Nueva York. Pero ni las pastillas americanas pudieron arrastrarme a la inconsciencia. Todo lo que lograba era un crepúsculo entre la vigilia y el sueño, una parálisis en suspenso en la que mi cuerpo estaba pesado e inamovible, pero mi mente se mantenía despierta y consciente. A través de los ojos medio abiertos, observaba hilos de fuego trepando por la pared. Sabía que no había ningún fuego, que lo que parecían chispas eran reflejos de las pantallas de los ordenadores y las lucecitas rojas de las unidades de disco, pero, incluso cuando los efectos de la química habían pasado, todavía podía oler —sí— el mogra y los cuerpos quemados. Me consolé con la idea de que los sistemas de intercambio de aire no podían evitar por completo los olores de la ciudad. Después de todo, los filtros de carbono no estaban creando aire nuevo, no podían sacar lo que ya estaba dentro, en los niveles más profundos. Lo que olía era la contaminación de los millones que había sobre mí, los efluvios de sus vidas. No había forma de escapar de esto, no podía haberla, y me enseñé a mí mismo a acostumbrarme. Solo era una acidez en el fondo de mi garganta, una ligera irritación en los ojos. Era Ganesh Gaitonde, había sufrido dolores mayores.

No pude acostumbrarme a la preocupación, sin embargo. Permanecer despierto día y noche me daba tiempo para pasarme el día sentado y pensar. Mucho después de

haberme ocupado de los negocios, después de haber repasado mi lista de cosas por hacer y las cuentas y la planificación, me sentaba en mi silla giratoria delante de los ordenadores y pensaba. Por supuesto, intentaba lograr el parte de la investigación reciente sobre el bastardo que se llamaba a sí mismo gurú, repasaba minuciosamente los archivos y papeles que habíamos cogido de sus oficinas, trataba de recordar con exactitud cada frase que pronunció durante nuestra última conversación. Tal vez en alguna parte había alguna pista que había pasado por alto, tal vez había alguna abertura por la que me podía meter. Le daba la vuelta al asunto, a toda nuestra historia juntos, iba hacia atrás y hacia delante, y al final me retiraba derrotado. Me había vencido. Así que entonces me preocupé. Me distraía con canales simultáneos de televisión, noticias y una película y música todo a la vez, y sin embargo la preocupación brotaba de los mapas que había detrás de los presentadores, y de los bailes a los que se lanzaban las protagonistas y los protagonistas, y la paz en la voz de Lata.

—¿Qué te preocupa ahora, Gaitonde? —preguntó Jojo.

En aquel momento por fin creía que yo estaba de nuevo en algún país extranjero, por el teléfono silencioso desde el que la llamaba. Y como siempre, podía saber mi estado de ánimo desde el momento en que empezaba a hablar, e incluso antes, desde mi silencio.

—Tú —contesté.

Era cierto. Si llegaba la guerra, yo sobreviviría en mi refugio. Pero si Jojo estaba fuera, la perdería. Pero ¿cómo iba a vivir sin esa voz en mi oído, sin la certeza de que Jojo me conocía? Ahora me sentía solo como nunca antes. Estuve solo en mi adolescencia, entonces era desesperadamente pobre e ignorante y estaba bastante solo, pero la soledad se posaba en mis hombros de forma leve, como la capa arremolinada, ondeante, de un protagonista elegante. El guión de mi vida había formado un arco hacia arriba con un único movimiento continuo, y había dejado atrás amantes y yaars y enemigos sin arrepentirme. Era necesario. Era una parte esencial de mi personaje, y sin ella jamás me hubiera convertido en Ganesh Gaitonde. Pero ahora Jojo estaba dentro de mí, y sin ella me haría añicos. Lo sabía.

—Solo me preocupas tú, Jojo —le conté—. Con lo kutiya que eres. No sé por qué.

—Te has vuelto senil —replicó—. Sí no sabes por qué, ¿por qué te preocupas?

—No, no. Sé por qué me preocupo. Lo que no sé es por qué me preocupo por ti. Eres una kutiya muy grosera, desvergonzada, malhumorada.

Rugió con su risa, como la bestia que era.

—Arre, Gaitonde, ¿después de todos estos años todavía no lo sabes? ¿De verdad no lo sabes? De acuerdo, de acuerdo, no importa. Déjalo estar. Pero dime cuál es la preocupación.

—Necesitas vivir en un lugar más seguro.

En eso se volvió poco razonable, como siempre hacía. Vomitó palabrotas, y me

dijo que me hacía falta que me revisasen la cabeza, o los golis, o quizá las dos cosas. Y después que su vida estaba bien, su negocio era bueno, y que no tenía miedo de nada. Y que tenía que sacar mi tren de esa vía fastidiosa o lo haría pasar por encima de mi gaand.

Yo, por el contrario, fui del todo razonable. Comencé a destacar el índice creciente de criminalidad en la ciudad, la frecuencia preocupante de robos al azar, las violaciones, y también los gestos agresivos de los gobiernos y grupos militantes, que conducían a explosiones de bombas en restaurantes, y lo que eso podría suponer para la situación en la frontera. Ante esto, susurró con ferocidad:

—Quisiera que pusiesen una de sus bombas en tu cabeza. —Y colgó.

Aquellos días, desde que entré en el búnker, nuestras conversaciones parecían terminar de esta forma más a menudo de lo habitual. Teníamos nuestras discusiones de costumbre sobre las chicas a las que Jojo representaba, o los programas de televisión que producía, y modas en el contexto del negocio, pero al final yo conducía la conversación hacia la naturaleza del mundo en que vivíamos, los peligros mortales que el mundo planeaba arrojarnos. Después, con un quejido o un insulto o un grito, ella colgaba. Y yo volvía a mi preocupación.

Aquel día, comencé a considerar alternativas para Jojo. Podía regalarle un refugio que pareciese una casa, y engañarla para que se introdujera en la seguridad. Pero ¿cómo garantizaría que mantuviese las puertas cerradas, e impedir que preguntase dónde estaban las ventanas? No, no. Cambié de canales, y vi un anuncio sobre unas vacaciones exóticas por el extranjero. Una pareja feliz paseaba por una playa. Podía enviarla a algún lugar remoto, darle gratis billetes de primera clase a alguna isla en los Mares del Sur. Sí. Mandarla en avión a algún centro turístico de playa lleno de chicos musculosos y compras elegantes. Sí, ahí estaba ella, comprando un par de botas de tacón alto. Podía verla. Iba vestida con una falda roja minúscula, y sus piernas eran juveniles y musculadas. Tenía una hilera de bolsas de compra tras ella, y estaba feliz. A su lado había un bolso negro pequeño, de piel muy suave. Y en el bolso había dos teléfonos, un móvil corriente que utilizaba en su vida, y uno rojo codificado que era su conexión conmigo. Estaba a salvo y feliz, y pensar en ello me puso contento. Incluso si pasaba algo, si el fuego retumbaba detrás del horizonte, ella estaría protegida.

Pero, pero si pasaba algo, si pasaba esa cosa, los teléfonos no funcionarían. No habría vuelos, ni aviones tal vez. Todos los sistemas que hacían funcionar los aviones y los teléfonos se colapsarían. En aquel momento sabía bastante, por las películas y los programas de televisión que había visto, sabía que esa avería completa era lo que debería esperar. Incluso las máquinas que todavía funcionasen morirían por falta de electricidad. Por ese motivo habíamos instalado una serie triple de generadores y baterías para el refugio, además de los cables principales de luz reforzados, y se hicieron arreglos para proporcionar luz solar. De modo que Jojo estaría en su isla, y yo en mis habitaciones bajo tierra. Y entre nosotros habría océanos inmensos, y un

sol despiadado. En todos los años que llevábamos juntos, nunca me había importado la distancia, porque sabía que incluso si yo estaba paseando por alguna calle de Bélgica, o volando sobre un desierto de Arabia, Jojo estaba conmigo. Siempre estaba acurrucada cerca de mi cintura, a una distancia de dos presiones a un botón. Podía alejarla ahora, pero ¿cómo la traería de regreso? Di vueltas por la sala de control, de principio a fin, pensando en el esfuerzo que suponía caminar un kilómetro. Desde hacía años, la distancia no significaba nada para mí, solo me había preocupado el tiempo. Ubicaba ciudades por el número de horas que tardaría en volar un avión de una a otra, y había aprendido a restar un día de la fecha, o añadir media noche a la hora de la mañana. Ahora, sobre el suelo bajo mis pies, veía las líneas largas de longitud y latitud, las veía extenderse más allá de las paredes, veía el arco imponente de la tierra, y el vacío pedregoso que quedaba abierto entre Jojo y yo. Eramos tan pequeños, y este mundo tan inmenso... Sin su voz en mi oído, yo todavía era más pequeño.

Tenía que traerla. Sí. Se resistiría, al principio estaría enfadada, pero al final lo entendería. Desplegaría ante ella la magnitud del problema en cuestión, la convencería del peligro, le mostraría pruebas y lo entendería. Siempre habíamos sido capaces de hablar, desde el principio. Era una vieja bruja tozuda, pero también era razonable. Le importaba su propio interés, y le demostraría que era imposible permanecer fuera. Estaría de acuerdo.

Descolgué un teléfono, llamé a Bunty y di instrucciones.

—Traedla aquí —pedí.

Se asustaría y se enfadaría cuando la cogiesen, pero no tenía opción. Si le hubiese planteado una invitación para reunirse conmigo, se habría negado, sin importar cuánto hubiese suplicado yo. De modo que los chicos hicieron lo que tenían que hacer: esperaron hasta la mañana, fuera del edificio de Jojo. Salió en coche a las diez y media, sola en su Toyota azul. La siguieron por Yari Road, y al norte hacia Goregaon. Iban en dos coches y una furgoneta, y tardaron solo diez minutos en ponerse delante y detrás de ella y seguir conduciendo, con la furgoneta atrás. Después el coche que iba delante de Jojo frenó bruscamente, y la furgoneta chocó contra su parachoques trasero y la empujó hacia delante en un ligero accidente de tres vehículos. Iban despacio, no había peligro de herir a nadie, pero Jojo salió del coche escupiendo maderchods y bhenchods. Estaba demasiado enfadada con la chica que conducía la furgoneta como para percatarse de los tres hombres que salieron del coche de enfrente, y los otros dos del coche de al lado. Les dije a todos que no se podía golpear a Jojo, y no estaba seguro de que ver una ghoda fuese bastante para impedir que pelease y gritase, incluso si la apuntaban hacia su cabeza. De modo que utilizaron una pistola paralizante Omega para dejarla sin sentido. Mientras Jojo despotricaba contra la chica, uno de los hombres apretó la pistola contra su cadera, justo encima del cinturón, y le dio un disparo de treinta segundos. Se oyó un sonido a chisporroteo, y Jojo soltó un gritito que se convirtió en gemido, y después cayó al

suelo. Utilizar una pistola paralizante es un asunto arriesgado: a alguna gente puedes darle una sacudida, y sienten la mordedura feroz de una serpiente y simplemente se enfadan más y te rompen el cráneo. Tenía miedo de que Jojo empezase a golpear a los chicos en los golis, pero se desplomó y se sacudió y puso los ojos en blanco y estuvo fuera de combate durante unos buenos diez minutos. Para entonces estaba en la parte de atrás de la furgoneta, con las manos y los pies atados con cuidado, demasiado inmovilizada como para hacer nada que no fuese babear sobre el asiento. Los otros coches —incluido el de Jojo— la seguían, y así aquella procesión pequeña me la trajo.

Recogí la entrega en la puerta —que quedaba protegida de los ojos de los tenderos por la mole de la furgoneta—, la cogí y cerré la puerta, y la llevé abajo por la escalera. La tumbé en la cama, le apoyé la cabeza sobre una almohada suave y le llevé algo de agua fresca. Sujeté el vaso contra sus labios, y después le limpié entre la mejilla y el cuello. Murmuró algo, con la voz pastosa y húmeda. Su boca estaba gomosa y fuera de control, me daba cuenta, pero para entonces sus ojos estaban concentrados y muy vivos. Me miró, echó un vistazo a la derecha y a la izquierda para hacerse con la habitación.

—Relájate, Jojo —dije—. Unos pocos minutos y todo estará bien. Toma, bebe algo de agua.

Pero apretó el mentón y me soltó una mirada punzante, lo bastante afilada como para arrancarme la cabeza. Intentó hablar, y de nuevo se convirtió en una dificultad que babeaba saliva. La limpié, y después me recosté en la silla y la miré. Estaba más delgada de lo que recordaba por las fotos, un poco tirante alrededor de los labios. En las fotos siempre había tenido una boca roja y lujosa, y durante los últimos años siempre la había imaginado así, cada día. Pero estaba bien. Para ella era muy temprano por la mañana, se acababa de levantar y se dirigía al gimnasio, no había tenido tiempo de ponerse pintalabios. Entendía sobre mujeres y su maquillaje. Jojo parecía un poco más mayor de lo que esperaba, no sabía nada de las líneas en su cuello, o la piel arrugada de sus manos. Pero era atractiva de todas formas, una pieza de carnes prietas, en forma, con espeso pelo castaño y con reflejos y un cuerpo esbelto. Pude verle el vientre plano donde el top se había levantado un poco, sobre los vaqueros de cintura baja.

Me vio mirar, y levantó la cabeza de la almohada. Esa vez, se detuvo antes de cada palabra, y pronunció con precisión exacta, laboriosa. Preguntó:

—¿Quién... eres?

Me di una palmada en la barbilla, y me reí.

—Arre, Jojo. Lo siento, yaar. Nunca te lo he contado. Me cambié la cara. Por razones de seguridad. Soy Ganesh. Ganesh Gaitonde. Gaitonde.

Negó con la cabeza.

—Zo-ya lo di-jo.

Así que Zoya le había contado lo de mi cirugía. Nunca confíes tu seguridad a una

mujer. Quizá debería haber hecho que le pegasen un tiro a esa kutiya de Zoya después de deshacerme de ella. Pero aquella randi no importaba, ahí estaba Jojo todavía bastante asustada y desconfiada y hostil. Tenía que convencerla de que era yo, de que era el Ganesh Gaitonde que hablaba con ella todos los días. ¿Mi voz era tan distinta, la alteraba tanto la distancia y la electricidad? Pero no importaba. Tenía que convertirme en Ganesh Gaitonde para Jojo en ese encuentro cara a cara, aunque nuestros rostros hubiesen cambiado respecto a los que habíamos imaginado durante nuestra larga amistad. Le conté cómo hablamos por primera vez, tanto tiempo atrás, y cómo nos convertimos en yaars. Le hablé de las chicas que me había enviado, y las bromas que habíamos hecho después. Le hablé de las vírgenes que me había tirado, y los pagos que le había hecho por su frescura. Le hablé de los proyectos que le había financiado, y de los problemas sobre los que había hablado con ella. Le hablé de cómo me insultaba y me llamaba «Gaitonde».

Para cuando terminé mi pequeña historia, estaba sentada encima de la cama, agarrándose las rodillas con los brazos y apretando contra su pecho. Y sabía quién era yo. Pero no tenía ni idea de si se sentía curiosa o enfadada, asustada o desconcertada. No podía leerla. Conocía su voz, pero no conocía su cuerpo en absoluto. Tenía que decirme algo para que supiera qué sentía. Esperé.

Abrió la boca, la cerró. Probaba su capacidad, su lengua y labios, y al final decidió que se había recuperado.

—¿Qué te ha pasado, Gaitonde? —preguntó.

Esperaba uno o dos insultos enojados, y que exigiera saber por qué le había soltado una descarga, y la había traído allí, a mi refugio, sin su permiso. Tenía la explicación preparada, y en ese momento salió a toda prisa, y le hablé de yagnas y bombas, y dólares y sadhus, y fuego y el final de una yuga. Mientras hablaba, se levantó de la cama y bordeó la habitación. Todavía andaba un poco inestable, y tuvo que apoyar una mano en la pared para mantenerse en equilibrio. Pero estaba bastante alerta, y examinaba la habitación, lo que había en ella, dónde estaban las puertas. Incluso mientras yo parloteaba, sentí una oleada de orgullo por ella. Estaba haciendo lo que yo mismo habría hecho. Miró el minigimnasio, abrió las puertas de los baños. Después encontró el camino hasta la entrada que conducía a la sala de control. La seguí, hablando todavía.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Por qué tienes esa pistola?

Me daba cuenta de por qué estaba confusa. Tenía en marcha cuatro de los monitores, en tres de ellos daban noticias estadounidenses e indias y chinas, en otro estaba Internet. Estaba desorientada, había perdido el conocimiento y no sabía cuánto tiempo había pasado. Pensaba que tal vez estaba en Malasia, o en España. Podía ser cualquier parte.

—No te preocupes, Jojo —contesté—. Todavía estamos en Bombay. Pero estamos a salvo. No te preocupes.

Entonces se giró hacia mí. Era más bajita que yo, pero estaba de pie muy recta y

echó los hombros hacia atrás y lanzó el pelo por encima del hombro con un balanceo de cabeza. Observando aquel único movimiento pequeño, entendí al instante por qué siempre había tenido una cola de hombres esperando para ser su siguiente thoku. Me di cuenta de ello de forma objetiva, como un hecho sobre Jojo. En aquel momento, en la situación en que me encontraba, no había ningún indicio de deseo físico en mí, mucho menos por Jojo. Todo lo que quería era que me hablase.

—Gaitonde —replicó—, estás loco.

Me habló con la voz que utilizaba para regañar a sus sirvientes, que era baja, decidida e implacable.

—Necesitas que un médico te revise el bheja. Olvídalo, es demasiado tarde para eso, simplemente deberías desfilas hasta un manicomio y admitirlo. Diles a las enfermeras que te pongan cadenas en las manos y los pies para que no vayas fastidiando a otra gente...

—Jojo, escúchame.

—No, escúchame tú. ¿Quién te crees que eres? ¿Crees que eres algún rey, que puedes secuestrar a la gente? ¿Qué puedes darle una descarga a alguien como si fuera un animal y que te lo lleven a rastras? Bastardo, ¿solo porque todo el mundo te tiene miedo, crees que puedes hacer cualquier cosa? Yo no te tengo miedo, maderchod.

Levantaba la cara hacia la mía, me apuntaba con los dedos a los ojos. Volvió a maldecirme, y una ráfaga de saliva me salpicó la mejilla, y luego otra.

Quise pegarle.

Pero era Jojo, quería cuidar de ella. Me aparté, y levanté los brazos. Respiré hondo.

—Ahora mismo estás impresionada. Lo entiendo. Pero deja que te lo explique, Jojo. Somos amigos desde hace muchos años. Piensa en cuánto tiempo. Podría haber hecho esto en cualquier momento, nunca lo hice. Así que solo escúchame con tranquilidad. Después, si no estás de acuerdo, puedes hacer lo que quieras.

Inclinó la cabeza y me miró. Me di cuenta de que estaba calculando y sopesando, observándome a mí, la habitación y sus posibilidades. Pero no podía decir si iba a ceder o a darme una bofetada. Debería haberla equipado con una cámara de videoconferencia, de forma que hubiera podido observar su cuello y sus hombros enfadados todos estos años. Pensaba que la conocía, pero debería haberla conocido más.

—De acuerdo —contestó—. Pero habla rápido. Tengo mucho trabajo que hacer hoy.

La senté en un sillón en la sala de control, y le llevé un vaso de agua fresca. Le pregunté si tenía frío, y bajé el aire acondicionado. Después le ofrecí la realidad de lo que estaba pasando. Se lo conté todo, punto por punto. Le enseñé una tabla de una vieja edición de *India Today* en la que habían publicado los números posibles de muertos y heridos en Mumbai tras una explosión nuclear. Le mostré una página web que enseñaba secuencias reales de explosiones y supervivientes temblando. Le mostré



recomendaciones sobre procedimientos de seguridad, y listas de materiales necesarios para la supervivencia.

—Espera —pidió—. Espera.

—¿Qué?

—¿Quieres que me quede aquí abajo? ¿Quieres que viva en esta cosa?

Se volvió incrédula no daba crédito, y luego se puso desdeñosa. En aquel momento no tenía dificultades para descifrar las arrugas de su frente, la calidad de su ceño fruncido. Y de repente, aquel refugio fortificado en el que no había escatimado innumerables maletas de dinero pareció pequeño e inhóspito.

—No está tan mal —repliqué—. Es muy cómodo, en realidad. Tienes las mejores camas, todo tiene aire acondicionado. Hay un gimnasio, puedes hacer ejercicio. Hay agua filtrada. Las comunicaciones son excelentes. Puedes trabajar con facilidad desde aquí abajo.

—¿Hasta cuándo?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí?

Me quedé sorprendido. La respuesta era obvia. La Jojo del teléfono siempre había sido más inteligente que esta, nunca había necesitado tantas explicaciones.

—Hasta que termine —contesté—. O no termine.

Entonces Jojo desapareció. Se desvaneció tras aquel rostro incomprensible, y no pude saber qué pensaba. Pero, cuando habló, la volví a reconocer. Fue muy suave, era la mujer dulce, de corazón generoso, que hablaba conmigo sobre mis problemas y mi estrés y el tipo de comida que debería comer.

—Gaitonde, ¿por qué no te sientas? Necesitas relajarte, o volverán a salirte almorranas.

Tenía una sonrisa burlona en la cara, y pensé: este es el aspecto que tiene cuando se ríe a borbotones. No me había dado cuenta de que estaba de pie.

—Sí, sí.

Me senté.

Acercó su silla hacia donde yo estaba, estiró los pies hacia arriba y se sentó con las piernas cruzadas. Me reí, porque sabía eso de ella; me había contado que a veces durante reuniones oficiales con tipos importantes se olvidaba de dónde estaba y se sentaba así, como una auténtica bai konkani directamente llegada del pueblo. Asintió, y me ofreció una sonrisa. Me sentí mejor al instante. Esa era la Jojo que conocía.

—De acuerdo, Gaitonde —dijo—. Cuéntame... ¿hasta que termine qué?

—¿No me has escuchado? Todo —contesté—. Si le encuentro, podré pararlo. Entonces habrá terminado. Si no puedo encontrarle, entonces no se detendrá. Hasta que todo pare.

—De acuerdo —replicó—. Está ese Gurú-ji. Necesitas encontrarle. Bien, bien. ¿Y cuánto tardará eso?

—No lo sé. Podría pasar en cualquier momento.

—¿Hoy, quieres decir?

—O mañana.

—¿O unos cuantos días?

—Meses, tal vez. Pero, si no puedo encontrarle, tiene que terminar en algún momento. Es inevitable. Puedes entender eso.

—Pero Gaitonde, no puedo quedarme aquí tanto tiempo. Tengo un negocio. No puedo dirigirlo desde aquí. Tengo que reunirme con gente, tengo que ver chicas. Tengo que corretear por todas partes.

—Puedes llamarlas desde aquí. Podemos organizar la habitación de arriba como sala de recepción. Un sota, un escritorio. Muy fácil.

—Pero —repitió—, pero, Gaitonde.

Ya no peleaba conmigo, pero por supuesto pensaba que la tarea que había por delante era imposible. Lo pensaría cualquiera que no hubiera llevado mi vida, que no hubiese alcanzado mi nivel de entendimiento, que no hubiese dejado atrás tantas certezas que resultaron ser ilusiones. Yo sabía la verdad, que al final la seguridad era una habitación en un yate, o una cueva bajo tierra. Tenía que traerla poco a poco.

—Jojo —contesté—, solo prueba un día.

—¿Solo un día?

—Un día y una noche. Mañana, si quieres, te vas a casa.

—¿Lo prometes?

—¿Necesitas que te lo prometa? Cuando Ganesh Gaitonde dice que hará algo, lo hace. Pero por ti, Jojo —me toqué la garganta—, lo juro.

Le enseñé la cinta para caminar, y las pesas. No quería hacer ejercicio, sin embargo, dijo que era demasiado tarde y que iba a perder algunas llamadas de teléfono y citas. Así que despejé un escritorio para ella —aparté periódicos y mapas, revistas y tablas de cuentas— y le di un teléfono para ella sola. Hice mi propio trabajo mientras ella hacía sus llamadas. A las dos en punto —justo su hora preferida— le llevé la comida. Era la comida konkani que le encantaba, todo *kokum* y pescado muy picante. Cogió el plato, y la observé. De alguna forma, era difícil hablar con ella. Habíamos comido juntos antes, yo en el yate y ella en su casa. Entonces, masticábamos y mordisqueábamos el uno a los oídos del otro, y hablábamos y hablábamos. Jojo las llamaba nuestras sesiones *gazali*, durante las cuales me contaba los últimos cotilleos sobre sus amigas, y yo la hacía reír con las idioteces recientes de mis hombres. No había motivo por el que no pudiésemos volver a tener esas bromas fáciles, esa risa. Había recopilado nuevas aventuras, quería contarle una idea que tenía para una nueva serie de televisión. Y sin embargo el silencio se instaló entre nosotros, como un enorme perro negro encima de la mesa. Pero yo era Ganesh Gaitonde, no me asustaba por nada, aparté la incomodidad a un lado.

—Jojo —comencé—, ¿quieres ver una película esta noche? Podemos conseguir copias de preestreno, las más recientes.

Deslizó su plato hasta el centro de la mesa.

—Lo que quieras.

—Lo sé —contesté—. Pero te estoy preguntando qué te gustaría.

—Me da igual. Podemos ver lo que quieras ver.

—Pero debes de tener una preferencia.

—Ya te lo he dicho, me da igual.

Había vuelto a subir las rodillas, y el pelo le caía como una cortina, ocultándome su cara. Alargué la mano y giré su silla hacia mí, pero solo pude verle los vaqueros, y la forma en que se agarraba con fuerza una mano con la otra.

—Arre, baba —dije con suavidad—, claro que no te da igual. Nunca ha habido una película de estreno que no te haya encantado o hayas odiado de antemano.

Me aulló:

—¡Maderchod, Gaitonde, te he dicho que me da igual! —Tenía las mejillas enrojecidas—. ¡Pon la película chutiya que quieras!

Nadie me hablaba así. Nadie me gritaba. Quería darle un golpe.

Pero me levanté y me fui. Sin mirarla, le dije:

—Me voy a descansar. Un rato.

Me tumbé en la cama, acurruqué el brazo sobre los ojos. Podía oír a Jojo moverse por la otra habitación. Hubo un chasquido, plástico contra plástico. ¿Iba a hacer una llamada? ¿A quién llamaba? ¿Llamaría a mis enemigos? ¿O a la policía? ¿Para decirles dónde estaba yo, para poder salir de allí? No, no haría eso. No podía. Por muy alterada que estuviese, a pesar de los nervios que se movían por su cuerpo y la hacían temblar, nunca me haría eso. Era Jojo, y yo era Ganesh Gaitonde. Estábamos juntos, nos necesitábamos el uno al otro. Iba de un extremo al otro de la habitación. ¿Qué estaba haciendo? La madera rechinó sobre el cemento. ¿Estaba moviendo una mesa? ¿Por qué? Entonces se quedó quieta. ¿Dónde estaba? Un leve crujido metálico. Ah, estaba subiendo las escaleras. Quería salir. Iba a intentarlo. No importaba. Había cerrado la trampilla de acero. No se podía abrir sin apretar una combinación de nueve cifras, o —en caso de fallo eléctrico— se tenía que romper un panel y después girar dos volantes a la vez. Debía de estar estirando del tirador que había en la parte de abajo de la puerta. Que lo hiciese.

—Gaitonde —dijo. Estaba de pie en la puerta—. Gaitonde, ¿quieres mujeres?

—¿Qué?

Salió de la sombra.

—Tengo dos nuevas, bonitas. Recién llegadas de Delhi.

Tenía la cara y los hombros brillantes de sudor.

—Lo juro, son mejores que nada que hayas tenido antes. Cuando pruebes a estas, pensarás que esa Zoya era una randi de tercera clase dé las que trabajan detrás de la estación de Andheri.

—No quiero ninguna.

—Pero, Gaitonde, bajarán aquí y vivirán contigo. Las dos. Piénsalo. Una tiene dieciséis años, y la otra diecisiete, y puedes tenerlas a ambas. Estarán contentas de

estar aquí. De verdad. Se quedarán contigo todo el tiempo que quieras.

—No las quiero.

—Gaitonde, a la de dieciséis voy a teñirle el pelo de dorado. Parece una modelo extranjera, tiene la piel como malai.

—No.

Cuando intentaba persuadirte de algo, inclinaba la cabeza hacia abajo y levantaba la vista para mirarte a través de sus pestañas, y el pelo le caía en curvas lisas alrededor de la mandíbula, como un casco oscuro.

—No quiero estar aquí.

—Solo prueba hasta mañana...

—Gaitonde, te lo digo ahora, no quiero estar aquí.

—Prueba al menos unas cuantas horas.

—Sé ahora lo que quiero. Y te lo estoy diciendo, necesito salir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque me está volviendo loca. No mejorará, solo irá a peor.

—Podemos cambiarlo todo, traer cualquier cosa que quieras.

Gritó. Todo su cuerpo se encogió hacia dentro, se encorvó, y salió de ella un berrido desgarrado que me levantó de golpe.

—Cállate —le pedí.

Pero tenía los ojos llorosos y en blanco, y respiró hondo, y soltó de nuevo aquel gemido demacrado que cayó sobre mi rostro como una bofetada.

La cogí por los hombros y la zarandé. Peleó conmigo, girando dentro de mis brazos y dándome codazos afilados en las costillas. Algo me quemó la barbilla, y la solté y me toqué la cara con las puntas de los dedos. Al mirarlos estaban cubiertos de una capa resbaladiza de color rosa. La kutiya bhenchod tenía zarpas.

Hacía círculos con las manos en el aire, delante del pecho.

—¿No lo entiendes? No puedo quedarme así. No puedo. Tengo que salir. No puedes tenerme en esta celda.

—¿No lo entiendes tú? Ahí arriba morirás.

—¿Y qué? Preferiría morir a quedarme en este agujero.

Me di la vuelta indignado.

—Eso es una completa estupidez. Ahora mismo estás loca. Sabes que no es verdad. No quieres morir.

Vino detrás de mí.

—¿Te digo cuál es la verdad, Gaitonde? Eres un cobarde. Solías ser algo, solías ser un hombre, pero ahora eres un loquito tembloroso que se esconde en un hoyo.

Estaba de pie justo detrás de mí, y pude notar su aliento agrio en mi hombro, el olor de su pánico.

Me giré, y en el mismo movimiento le di con el dorso de la mano. Aterrizó con fuerza, y noté el chasquido de sus dientes y se tambaleó hacia atrás.

—Ah —dijo—. Ah.

Le salió sangre de la nariz.

—Randi. —La seguí por la habitación mientras se tambaleaba hacia atrás—. ¿Quieres ver qué tipo de hombre soy? Deja que te enseñe. No, ven, ven. Toma, ¿quieres un poco más? ¿Quién tiembla, haan? ¿Quién se estremece?

Sus dientes relucieron blancos en medio de un montón de sangre oscura.

—Tú, tú no eres un hombre —soltó. Me escupió una risa, y no cedió terreno—. Comprabas mujeres, y por eso te creías un gran héroe. No le gustaste a ninguna de ellas, bastardo. Sin tu dinero, ni siquiera habrías sido capaz de acercarte a ellas.

—Bas —le advertí—. Basta. Cállate. Entiéndelo... estoy tratando de ayudarte, estoy tratando de salvarte la vida.

—Se reían de ti, gaandu. Hacíamos bromas juntas, sobre la rata patética, débil y pequeña que eres. ¿Crees que eres algo ante una mujer como Zoya? Nos contó que nunca tuvo ni una buena noche en la cama contigo.

—Eso es mentira. A Zoya le gustaba.

Eché la cabeza hacia atrás y gritó.

—A Zoya le gustaba —cacareó—. A Zoya le gustaba. —Se agachó y apoyó las manos sobre las rodillas—. A Zoya le gustaba. —La sangre resbaló y goteó sobre el suelo, pero a ella solo le hacía gracia—. A Zoya le gustaba.

—Le gustaba. —La voz que salió de mi garganta me resultó extraña, pequeña y triste—. La primera noche que estuvimos juntos, me dijo eso. Dijo que yo era increíble. Lo dijo. Lo hicimos toda la noche. Esa es la verdad.

—Gaitonde, eres idiota. —Ahora estaba triunfal—. Tonto. Te convirtió en un chutiya. No fuiste tú, bobo. Te dio un vaso de leche y *badams*. Y ahí te metió una Viagra machacada, toda una pastilla azul y grande. Iba a darte dos, pero a mí me dio miedo por si te matábamos. Le dije: está bien si quieres ir hacia delante, si quieres llegar a la Luna, lo entiendo, pero no revientes el cohete que va a llevarte allí. Y funcionó. No fuiste tú, saala. Fue la Viagra.

Una bruma azul de rabia me cruzó los ojos. A través de ella vi a Jojo, de pie y erguida, riéndose. No me tenía miedo.

—A Zoya le gustaba —repitió—. Gaitonde, imbécil, creías que era una virgen a la que impresionaste con tu enorme virilidad. Chutiya. Tuvo a una docena de hombres antes que a ti, y muchos después, y fuiste el más patético. Fuiste... fuiste el más pequeño.

—Mentirosa. Era virgen. Me lo dijiste. Ella me lo dijo.

—¿Virgen?

—Sí.

—Idiota. ¿Cómo crees que sobrevivió en esta ciudad antes de llegar a ti? Vosotros los hombres bhenchods siempre pagáis más por las vírgenes, así que ella se convirtió en virgen para ti.

—No. Vi la sangre.

Se rió con tanta fuerza que tuvo que agarrarse al borde de una mesa.

—Gaitonde, de todos los hombres presuntuosos y gaandus del mundo eres el más ciego. Arre, en un radio de quince kilómetros desde aquí hay veinte médicos que convertirían a cualquier mujer en virgen de nuevo. La operación dura media hora, cuesta veinticinco, treinta mil rupias. Y en tres semanas la virgen renovada puede estar lista para abrirse de piernas sobre una sábana blanca, para que algún diminuto Gaitonde pueda ver toda la sangre y creer que es grande.

Le disparé.

Tenía la Glock en la mano. Noté el olor de alguna flor por el aire, alguna hoja amarga por debajo. No recuerdo el sonido, pero los oídos se me quedaron aturdidos.

Había caído en la entrada que conducía a los dormitorios. Bajé la mirada hasta el metal negro y cómodo que tenía agarrado, después levanté la vista hacia ella. Sí, estaba muerta. Había sangre, todavía en movimiento. Sus pestañas se agitaban, por la brisa silenciosa del aire acondicionado. Tenía las pupilas bastante quietas. Y estaba el agujero en su pecho. No había fallado.

Me senté. Me dejé caer, y me senté al lado de ella. Jojo. Jojo. Frente a mí, veía la parte de atrás de un ordenador, un cable blanco colgaba. Más allá de eso, una pared blanca. Cerré los ojos.

Cuando me desperté, estaba en el suelo, con el pie de ella delante de la cara. Para mí no había alivio, no había forma de evitar lo que había hecho. Me despejé de repente y por completo, y no tenía ningún vacío en la memoria. Sabía que estaba tumbado al lado de Jojo, sobre el suelo, y que la había matado. Pero de lo que me di cuenta como algo nuevo, sorprendente y desconocido, que veía por primera vez, fue de lo complicado que es un pie humano. Tiene pequeñas almohadillas, y arcos, y una red intrincada de músculos y nervios, tiene huesos, muchos huesos. Se flexiona y se mueve y camina y resiste. Su piel adquiere el color de los años que pasan, hasta que las grietas forman una red tan complicada como una vida en sí misma.

Sujeté el pie de Jojo. Lo sostuve por el tobillo y sopesé su inercia fría. En la muñeca, mi reloj me parpadeaba la hora. Seis y media. Habíamos comido a las dos. ¿Solo había dormido unas pocas horas? Pero me sentía descansado, y tenía la cabeza despejada. Entonces lo entendí, entendí que el día había cambiado. Había dormido más de veinticuatro horas.

Adelante con ello. Pero ¿adelante con qué? Más dinero, más mujeres, más asesinatos. Ya había vivido eso, no tenía ganas de más. Así que, ¿seguir adelante con qué? Tumbado sobre el suelo, junto a Jojo, me lo, pregunté. Volví a sentirme completo, libre de confusión y distracción y agotamiento gracias a ese descanso prolongado sobre el suelo manchado de sangre. En esta claridad, me di cuenta de que Shridhar Shukla —Gurú-ji— tenía razón. No podía pararlo. No podía parar nada. Estaba derrotado. Me había vencido, porque me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo. Conocía mi pasado, y conocía mi futuro. Lo que yo hiciera, o dejase de hacer, era irrelevante. O peor, era completamente relevante. Cualquier cosa que escogiese hacer contribuiría a su plan, terminaría en fuego. El mundo quería

morir, y yo había estado ayudándole. Él había organizado el sacrificio, y cada una de mis acciones era combustible. No podía pararlo.

Froté con suavidad las grietas del talón de Jojo justo con las puntas de mis dedos. ¿Su muerte también estaba prevista? No había tenido una vida fácil, pensé. Intentaba cuidarse los pies con lociones, pero la piel se había agrietado de tanto caminar. Tanto esfuerzo, tanta lucha, y terminar así. Que su amigo la llevase a este final repentino. Pero sí, pensé, esto es lo que podemos escoger. No puedes pararlo, dijo Gurú-ji, tú mismo no puedes pararlo.

Pero podía. Podía pararme a mí mismo. Esto es lo único y lo último que puedo elegir. En esto, puedo derrotarte incluso a ti, Gurú-ji. Puedo pararme a mí mismo.

De acuerdo, Jojo. De acuerdo. Me incorporé. ¿Dónde estaba la pistola? Aquí. Cargada y lista. Una bala era todo lo que necesitaba. No quise mirarla a la cara. Mantuve la mirada en sus pies y me di la vuelta, hasta que pude apoyar la espalda contra la pared. De acuerdo.

Pero no podía hacerlo, todavía no. Todavía no. Pero ¿por qué no? Quería hacerlo. No estaba asustado, estaba impaciente. Quizá Jojo me estaba esperando al otro lado. Quizá me maldeciría y me golpearía, pero al final lo comprendería. Hablaría con ella y lo entendería, como siempre había hecho. Solo era cuestión de hablar, y de tiempo. Y yo la maldeciría por traicionarme, por mentirme. Pero al final la perdonaría. Nos perdonaríamos mutuamente. Pero todavía no podía hacerlo, ponerme la pistola en la boca. ¿Por qué? Pues... pues simplemente por esto: ¿qué dirían de mí después de que me hubiese ido? ¿Dirían: Ganesh Gaitonde se volvió loco en una habitación secreta en Mumbai, mató a una chica y después se mató a sí mismo? ¿Dirían: era un cobarde y un débil? Si no se lo explicaba, no lo entenderían. Extenderían rumores, y mentiras, e inventarían razones, y especularían sobre las causas.

Pero ¿quién me escucharía? Jojo se había ido, y Gurú-ji estaba ausente. Podría llamar a cualquier periodista, y vendría corriendo. Pero los periodistas eran unos bastardos taimados, querían titulares y acción, escándalos y cuentos. Estaba aquel tipo del *Mumbai Mirror*, que era muy bueno, pero incluso él pensaría en mí como en Ganesh Gaitonde, señor del crimen y sinvergüenza internacional. No, tenía que ser alguien bueno, alguien sencillo. Alguien que me escuchase como un hombre escucharía a otro hombre en el andén de una estación, con compasión y amabilidad, solo durante una o dos horas hasta que llegase el tren. Alguien que me hubiera visto no solo como Ganesh Gaitonde, sino como un ser humano.

Así que fue entonces cuando pensé en ti, Sartaj Singh. Recordé mi primer encuentro con Gurú-ji, la primera vez que me senté con él, cara a cara. Recordé cómo me ayudaste en aquel encuentro, cómo me hablaste y —el último día— me llevaste a mi destino. Recuerdo aquella generosidad, inusual en cualquiera, increíble en un policía, y me acordé de ti. Tienes la crueldad de un policía en la mirada, Sartaj, en tu aire arrogante; pero debajo de esa indiferencia estudiada hay un sentimental. A pesar de todo tu acicalamiento de sardar, te sentiste conmovido por mí. Nuestras vidas se

cruzaron, y la mía cambió para siempre.

Así que supe qué hacer. Me puse de pie con rapidez, fui al escritorio e hice algunas llamadas. En quince minutos tenía tu teléfono particular. Llamé, y te oí farfullar adormilado. Y te pregunté:

—¿Quieres a Ganesh Gaitonde?

Viniste. Te observé, mirabas hacia arriba a la cámara detenidamente. Estabas más viejo, más duro, pero todavía eras el mismo hombre. Y te conté lo que le había pasado a Ganesh Gaitonde.

Pero no lo has oído todo, Sartaj. Tú tampoco estás libre de ambición. Quieres cogermme, que mi arresto se añada a la lista de tus triunfos. Te sentaste delante de la puerta de acero del búnker, y escuchaste, pero pediste un bulldozer. Has hecho trizas la puerta, el segundo monitor a mi derecha te muestra avanzando hacia delante, con la pistola preparada. Estás viniendo. Todavía estoy hablando, pero ya no me escuchas. Te arden los ojos. Me queréis, tú y tus fusileros. Pero escúchame. Hay un torbellino de recuerdos en mi mente, una dispersión de cuerpos y rostros destrozados. Sé cómo suenan de forma aguda unos a través de otros, sus conexiones y sus disyuntivas, puedo seguir el rastro de sus velocidades. Escúchame. Si quieres a Ganesh Gaitonde, entonces tienes que dejarme hablar. De lo contrario, Ganesh Gaitonde escapará de ti, como ha escapado todas las veces, como ha escapado de todos y cada uno de los asesinos. Ganesh Gaitonde se me ha escapado incluso a mí, casi. Ahora, en este último momento, tengo a Ganesh Gaitonde, sé qué era, en qué se convirtió. Escúchame, debes escucharme. Pero ahora estás en el búnker. He dejado la trampilla abierta para ti. A cada paso que das, veo pasar mis años a decenas. Ahora puedo verlo todo junto, justo desde el comienzo hasta la primera casa que me construí, mi primer hogar en Gopalmath. Lo recuerdo todo, desde un templo de pueblo hasta Bangkok. Pero ya estás dentro, en el refugio.

Aquí está la pistola. El cañón entra de forma cómoda y acogedora en mi boca. Pienso en lo que diría Jojo: Bastardo, ¿tienes miedo o qué? ¿Quieres que lo haga por ti?

No, Jojo. No tengo miedo.

Sartaj, ¿sabes por qué hago esto? Lo hago por amor. Lo hago porque sé quién soy. Bas, suficiente.



## SEGURIDAD

Parulkar llegaba tarde a la mañana siguiente. Sartaj estaba sentado en el banco que había fuera de su oficina y observaba un cuarteto de gorriones a través de las vigas y alrededor de las pilastras. Iban de una parte a otra del pasillo, y después fuera sobre el patio y hacia el muro que había más allá. Luego regresaban. Uno de ellos ejecutó una voltereta perezosa y se posó en el extremo del banco, agachando la cabeza y meneándola hacia atrás. Él —¿o ella?— ahuecó las alas, brincó hacia la izquierda y miró a Sartaj con unos diminutos ojos marrones. Después se marchó. No se fían de nosotros, pensó Sartaj, o de lo contrario les resultamos del todo indiferentes. Nuestras tragedias no les importan nada. La idea resultaba reconfortante de modo extraño. ¿Conque ese bastardo de Ganesh Gaitonde se había volado media cabeza en un búnker blanco, conque tal vez había una bomba en Bombay, y qué? La vida seguiría. Sartaj intentó concentrarse en ese pensamiento, y seguir a los gorriones mientras bajaban al suelo y subían de forma brusca.

El asistente personal de Parulkar apareció por la entrada de la izquierda, con un fajo de papeles en la mano.

—La escolta del saab ha avisado por radio. Estarán aquí en veinte minutos.

—Bien, Sardesai saab —contestó Sartaj—. Tan solo estoy aquí.

Sardesai asintió, y bajo las escaleras. Parulkar tenía una lista larga de citas, y todas estaban esperando al otro lado de la escalera en una cola larga que Sartaj había pasado de largo alegremente. Sartaj había llamado a Parulkar a casa, por la mañana temprano, cuando sabía que Parulkar estaría sentado en un sillón viejo con sus periódicos y su chai, y supondría que se trataba de un antiguo conocido que quería agenciarse una reunión a primera hora.

—Es muy urgente, saab —dijo.

De modo que ahí estaba, por delante de la cola. Estaba intentando practicar sus técnicas de agilidad operativa, que sobre todo consistían en tratar de no pensar en lo que estaba a punto de pasar. Después de todo, ¿cómo podría ser difícil? Había mentido a sospechosos, y a apradhis, a sus padres, a Megha, a otras mujeres, a sí mismo, a sus superiores, a periodistas, a muchos policías. Era un maestro de la mentira, un verdadero experto en ella. Pero nunca le había mentido a Parulkar. Eso era lo que le ponía tenso, y ese nerviosismo era exactamente lo que Parulkar captaría. Parulkar era el gurú que le había enseñado a Sartaj a mentir, y cuándo mentir. Le había dado el oficio. ¿Detectaría las vacilaciones de Sartaj, su excesivo entusiasmo? Así es como te das cuenta de que un sospechoso miente, le enseñó una vez a Sartaj, observa no solo si hay contradicciones, sino también si la historia suena demasiado parecida cada vez que la cuenta, si el lenguaje es el mismo, si la ha ensayado. Sartaj le había visto hacer llorar en media hora a tipos curtidos.

Los cuatro gorriones se sentaron en fila sobre un cable de la luz clavado con holgura encima de las pilastras y le agitaron sus colas a Sartaj. Relájate, se dijo Sartaj a sí mismo. No pienses demasiado en ello. Sacudió los brazos y desentumeció los hombros. Es un trabajo, solo es un trabajo. Piensa en otra cosa. Pensó en Mary, pensó en sus manos pequeñas y cómo se acumulaba la edad en sus nudillos, y una leve oleada de ternura lo transportó hasta el recuerdo vivo de cuando hicieron el amor, la exhalación de ella cuando él entró por primera vez. Después volvió a preocuparse: ¿por qué no quería irse de la ciudad? Qué terca era en su fatalismo. Estaba preocupado de nuevo. Parulkar sabría, como cualquier otro agente de alto rango, los detalles de la alerta máxima que venía de Delhi. Él mismo estaría alerta, y escéptico, y sería difícil engañarle. La ansiedad cantó en las venas de Sartaj y resonó hasta la frente. Se sintió débil e incapaz.

Pero Parulkar, cuando apareció dando botes al subir la escalera seguido de sus tres guardaespaldas, estaba en la cima de su juego.

—Sartaj Singh —bramó—, pasa, pasa.

Guió el camino hasta su despacho, pidió dos tazas de chai *karak* y con adrak, e hizo que descorriesen las cortinas de la parte de atrás de la habitación, que iban del suelo hasta el techo, para poder bajar la mirada hasta el jardín que había construido en sus años de ejercicio. Ajustaron el aire acondicionado, rociaron las esquinas de la habitación con spray ambientador, trajeron dos jarrones con flores frescas, y al final se sentaron, Parulkar y Sartaj, cara a cara.

—Muy bien, cuéntame —empezó Parulkar—. ¿Qué es tan urgente?

—Saab —contestó Sartaj—, ayer Iffat-bibi pidió verme. En realidad, insistió. Dijo que era una prioridad absoluta. No me contaría nada por teléfono.

Parulkar mantenía la mirada baja, hacia su chai. Frunció el ceño, alargó la mano para meter la cucharilla en la taza y removió la película de la superficie.

—¿Y dónde te viste con ella?

Este era el Parulkar más peligroso, cuando en apariencia estaba despreocupado e indiferente.

—En Fort, señor —respondió Sartaj—. Detrás de una marisquería llamada Kishti.

Esto también lo había aprendido de Parulkar, que cuando se estaba desplegando una gran mentira era importante decir la verdad en los detalles pequeños. Necesitabas darle a quien interrogaba muchas precisiones para que las comprobase y contrastase y descubriese que eran ciertas.

—En una oficina de contabilidad.

—Sí, sí. Es la oficina de Walia. Maneja para ellos muchos de sus negocios legales. ¿Qué quería?

Sartaj se inclinó para acercarse más. Por supuesto no había nadie en el despacho, pero de alguna forma era necesario susurrar.

—Señor, Suleiman Isa quiere hablar con usted.

Parulkar dejó su taza de té, la colocó al borde de la mesa.

—No puede hacerse. Mi situación es muy delicada. Y hoy en día nunca sabes cuándo y dónde está escuchando el Departamento de Anticorrupción.

—Se lo dije, señor. Pero insiste. Quiero decir, ella dijo que él insistía. Dijeron que decida dónde y cómo. Por teléfono o teléfono por satélite o como sea. Usted lo decide todo.

—Incluso si decido mi punto de contacto, la otra parte no es segura. ¿Quién sabe qué departamento les escucha a ellos?

—Han pensado en eso, señor. Si no quiere llamar a Suleiman Isa a Karachi, puede hablar con Salim en Dubai.

Salim era el controller principal de Suleiman Isa y amigo de toda la vida, se encargaba del día a día de la banda desde Dubai.

—Dijeron que podía hacer que alguien le llevase un teléfono nuevo a Salim a un lugar que acuerden los dos, y él llamaría desde ese teléfono a cualquier número que usted designe en la India. De esa forma habría seguridad por ambas partes.

—¿Conque tengo que hablar con el chico de los recados de Suleiman Isa? Estos bastardos se han vuelto demasiado arrogantes.

—Si tiene un contacto en Karachi que pueda llevarle un teléfono a Suleiman Isa, señor, entonces puede hablar directamente con él. Lo que quiera, dijo Iffat-bibi.

—Dubai o Karachi, ese no es el problema. El problema son estos gaandus que se creen los dueños del mundo.

—Lo entiendo, señor. Entonces, ¿le digo a Iffat-bibi que no?

Parulkar se frotó el estómago, volvió a coger su taza.

—¿Qué más dijo? Cuéntamelo todo.

De modo que Sartaj se lo contó todo, desde la llamada a su móvil, el viaje a la oficina del contable, su encuentro con Iffat-bibi en el despacho diminuto, cómo ella le pidió una charla con Parulkar saab, cómo Suleiman Isa estaba cada vez más ansioso por hablar con Parulkar, cómo entendían la delicada situación de Parulkar con el gobierno actual, pero era necesario hablar, de forma inevitable.

—Dijo que era por cierto dinero, señor, que Suleiman Isa quiere discutir.

—Ese bastardo —contestó Parulkar—. Siempre les he pasado una contabilidad completa y limpia.

—Por supuesto, señor.

Una pandilla de obreros estaba trabajando en una restauración del templo de Hanuman que había detrás de comisaría. Iban desnudos hasta los banians y la ropa interior de rayas azules, y estaban subiendo a la cúpula blanca del templo. Parulkar los observó, rascándose la nariz.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó.

—¿Quiere hablar con Suleiman Isa, señor?

—Es un maniático. Ahora se ha vuelto más loco, después de todos esos años en el extranjero. Es mejor hablar con él, aclarar cualquier confusión que tenga. Bas, terminar con ella, ya sabes. No es necesario hacer que se vuelva más desconfiado de

lo que ya es. Así que, de acuerdo, hablaré con él. A través de un teléfono nuevo, que pueden entregarle en Karachi personalmente unos pocos minutos antes de que llame. Mi hombre le mirará marcar solo en ese teléfono, y me confirmará que se ha mantenido la seguridad. Queda la cuestión de dónde recibir la llamada.

—Sí, señor. Señor, estaba pensando. ¿Todavía va a ir a Pune el jueves?

Parulkar tenía una reunión planificada para esa mañana con los altos cargos de la policía de Pune.

—Sí, sí.

—Entonces, señor, ¿por qué no va a nuestra casa allí, después de comer? No se lo diga a nadie hasta el último momento, entonces solo diga que quiere ir a visitar a Ma. Yo estaré allí, llegaré por mi cuenta esa mañana. A las dos cuarenta y cinco, llamaré a Iffat-bibi desde mi móvil y le diré que la llamada de Suleiman Isa se haga a la línea fija de Ma a las tres. Pueden preguntar por mí, le pasaré el teléfono. Sin problemas, sin escándalo, y seguro por ambas partes. Podrá hablar. Parulkar dejó la taza de té y se limpió las manos con una servilleta. Alisó hacia atrás el pelo corto de encima de las orejas, en un gesto que debió de adquirir cuando era joven. A Sartaj le recordó al protagonista de alguna película de los años cincuenta, pero no podía pensar en cuál. Parulkar asintió.

—¿Allí solo hay un teléfono?

—Sí, señor.

—¿Solo lo usa tu Ma?

—Sí, señor. Yo incluso he dejado de usarlo desde que tengo móvil, señor, es más barato hacer llamadas desde el móvil que desde el fijo. Pero a Ma, señor, no le gustan los móviles. Dice que son demasiado pequeños y tienen demasiados botones.

Sartaj se dio cuenta de repente de que estaba diciendo «señor» demasiadas veces. Cálmate, se dijo a sí mismo. Mírale. Pero no lo hagas fijamente. Bébetelo el chai. Que no te tiemble la taza.

—De acuerdo —contestó Parulkar.

Siempre tomaba decisiones de pronto. Sopesaba las alternativas, agotaba los movimientos tanto como podía y después saltaba. Tenía el coraje y la fe de un buen jugador, y la confianza de que ganaría.

—De acuerdo. Pero dile a Iffat-bibi que la llamada sea a las tres en punto. Si se retrasan dos minutos, me iré. Y mantendremos una conversación corta. Máximo diez minutos.

—Sí, señor.

—Y Suleiman Isa no dirá mi nombre durante la llamada, ni el suyo.

—Les informaré, señor.

—De acuerdo. Shabash, Sartaj. Superemos esto. Y no le digas a tu madre que voy. También le daremos una sorpresa.

—Por supuesto, señor —respondió Sartaj.

Se puso de pie, hizo el saludo. Notaba la camisa mojada por la parte inferior de la

espalda. La mancha sería enorme, a pesar del aire acondicionado que zumbaba. Movi6 la silla a un lado, con torpeza, y camin6 hacia atr6s. Estaba casi en la puerta cuando Parulkar le llam6.

—¿Sartaj?

—¿SÍ, se6or?

—Pareces muy cansado. ¿Qu6 pasa?

—Esa alerta de Delhi, se6or. Nos tienen corriendo por todas partes.

—Todo eso es una tontería. Su informaci6n es demasiado vaga, no hay nada concreto. Todo es muy ridículo. No hay ni bomba ni nada. Descansa un poco.

—SÍ, se6or.

Fuera, Sartaj salud6 con un movimiento de cabeza a los guardias de Parulkar y camin6 hacia la escalera. Tenía muchas ganas de sentarse en uno de los bancos y descansar las piernas temblorosas, pero logr6 bajar las escaleras y seguir caminando, salir de la comisaría, m6s all6 de las multitudes y los agentes, atravesar el port6n alto con el letrero curvo encima, y salir a trompicones a la calle, en medio de peatones ensimismados y coches que iban a toda prisa y perros callejeros de carnes sarnosas. Se qued6 de pie en una esquina, parpadeando. No sabía d6nde estaba. Se dio la vuelta para levantar la vista y mirar detenidamente los cristales de las tiendas y las se6ales de la calle, y se dio cuenta de que de alguna manera había cruzado una calle concurrida. Era tan ancha como un rí0 negro, y los remolinos hambrientos de coches circulaban sin cesar. No sabía c6mo la había cruzado, arriesgando la vida, pero ahÍ estaba. Tenía la boca dolorosamente seca, pero no quería beber. Solo quería volver al trabajo. A lo lejos, a la izquierda, había un sem6foro con un paso de peatones. Las luces brillantes centelleaban naranja y verde, verde y naranja.

El jueves, Sartaj sali6 en coche temprano. Se dijo a sí mismo que quería llegar a casa de Ma y prepararse, que quería viajar con el fresco de primera hora de la ma6ana. Pero había sido incapaz de dormir, y al final fue m6s sencillo levantarse y arrancar el coche y conducir que dar vueltas sobre las s6banas que olían a humedad. Era estupendo subir las monta6as, girar y coger las curvas por la vieja carretera. Si iba de forma r6pida y temeraria, el peligro lo sacaba todo de su mente, y pas6 haciendo un estruendo por Matheran y Khandala dejando atr6s un leve son de recuerdos tras de sí, de Megha y picnics en la universidad, de paseos a una colina elevada. Y entonces lleg6 a Pune, y no había nada que hacer sino ir a casa con Ma.

Ella estaba agachada en la habitaci6n delantera, rodeada de baúles abiertos.

—Mira estos su6ters viejos —le dijo a Sartaj—. Me olvidé incluso de que los tenía.

Sartaj se agach6 bastante hacia ella.

—Peri pauna, Ma.

Baj6 la tapa golpeada de un baúl negro y se sent6 encima, con las pantorrillas

contra la plantilla más desdibujada del nombre completo de Papa-ji.

—¿Qué haces?

—Beta, hay demasiadas cosas aquí. Si tú tampoco las quieres, ¿de qué sirve guardarlas?

Desde que murió Papa-ji, se daba estos festivales de limpieza cada seis meses. Había dado efectos personales y de la casa a primos, tías, tíos, sirvientes, vecinos y mendigos. En ocasiones había impresionado a Sartaj con su crueldad, su indiferencia por las sillas viejas y bastones y blazers azules. Las únicas cosas que parecían estar a salvo eran las fotografías y las cartas antiguas, pero incluso ellas desaparecerían en esa ronda de investigación. Ma tenía una foto antigua cerca de ella, en el suelo. Sartaj la conocía bien, aquel marco de plata oscurecida, Ma la había tenido en su aparador desde que tenía memoria, anidaba entre sus dupattas, donde podría verla cada mañana. La cogió, y ahí estaba, conservada para siempre en una juventud radiante, la hermana perdida de Ma. Era adorable, lanzaba un torrente de pelo negro azabache sobre los hombros mientras se reía, para darle la espalda a la cámara, y su cuerpo era una curva expresiva que se inclinaba hacia el horizonte lejano. Sartaj conocía cada detalle de la foto, sabía que se llamaba Navneet, y eso era sobre todo lo que sabía. A Ma no le había gustado hablar de ella. Ahora, quizá, la hermosa Navneet también se desvanecería. A Sartaj no le gustaba esta erosión lenta del hogar que recordaba, que había llevado en su interior. A veces era aterrador volver a Pune y descubrir que unas pocas piezas más habían desaparecido. Un día, pensó, todo lo que quedará serán estas paredes blancas, y entonces, ni siquiera eso.

Pero no podía frenar a Ma. ¿Cómo discutes con la generosidad? Y en la vejez se había vuelto terca e independiente. Hacía lo que quería.

—Sí, Ma. Es cierto. Pero ¿de verdad quieres dar ese cárdigan? Te gustaba de veras.

Levantó un cárdigan por los hombros, y después deslizó un dedo sobre su ribete rojo de flores.

—¿Dónde necesitaré esto? Toda esta gente de Maharashtra sale con abrigos gruesos en diciembre, y a mí ni siquiera me parece invierno.

Se enorgullecía de su amor norteño por las bajas temperaturas, y su resistencia panjabí.

—Si subimos a Amritsar —apuntó Sartaj—, lo querrás.

—¿Cuándo? Llevas meses diciéndomelo, beta.

—Pronto, pronto, Ma. Lo prometo.

No parecía convencida en absoluto, pero puso el cárdigan verde a la derecha, en el pequeño montón de cosas que iba a conservar. Sartaj no quería ver más, esta paciente excavación y despliegue de su vida juntos.

—Voy a dar un paseo —dijo.

Ella asintió, mientras lidiaba testaruda con la cerradura de otro baúl.

—¿Todo esto estará por aquí desperdigado todo el día? —preguntó Sartaj.

—Tengo que hacer el trabajo. ¿Por qué?

Avisarla de la visita de Parulkar era imposible, así que Sartaj se encogió de hombros.

—¿Quieres algo del mercado?

No quería nada. Parecía más autosuficiente de lo que él recordaba de su niñez, cuando Papa-ji y los sirvientes y a veces los vecinos eran requeridos para que fuesen a buscar y traer cosas, hiciesen recados o la escoltasen de aquí allá. Sartaj no podía determinar si había cambiado de verdad, o si reducía tanto sus necesidades y deseos que a la única persona a la que necesitaba era a ella misma. No dudaba de su amor por él, y su fe en Vaheguru, pero incluso esos apegos ahora se asentaban en ella de forma ligera. Solo quería ir a Amritsar, y tal vez se estaba preparando para otro viaje. Sartaj sintió un escalofrío, y caminó más rápido.

La calle que iba al mercado estaba abarrotada de mujeres y hombres de pelo blanco que llevaban *jholas* llenas de verduras y frutas. Sartaj saludó a algunas personas, a quienes conocía del gurudwara o por los paseos con Ma. En esta localidad de mucha gente jubilada, quienes compraban por la mañana tenían tiempo de pararse y charlar, y Sartaj se alegró de escuchar las noticias sobre sus hijos e hijas, sus ideas sobre la delincuencia y sus quejas sobre los políticos. Pero al final no había forma de evitar el volver a casa, a lo que iba a suceder, y regresó caminando con dificultad. Él mismo iba ahora cargado de paquetes. Hacía calor, incluso bajo los cenizaros y los gulmohars, y tenía los pies sofocados y doloridos dentro de los zapatos.

—¿Qué has traído? —preguntó Ma.

A su lado, el montón de cosas para conservar era del mismo tamaño que cuando Sartaj se fue, y las otras pilas habían crecido.

—Solo unos cuantos plátanos, Ma.

Sartaj entró en la cocina, saltando por encima de mantas rojas. Sacó los pequeños plátanos *chini* de la bolsa de papel y los puso sobre la encimera.

—¿Eso es cerveza? —preguntó Ma. Estaba de pie en la puerta—. ¿Por qué?

—Solo porque sí.

—Creía que no te gustaba la cerveza.

—Ahora me gusta. ¿Podemos comer? Tengo hambre.

Así que Sartaj abrió una botella de Michelob y dio un sorbo y cogió la comida. Después, se tumbó en la cama de su habitación y cerró los ojos con fuerza contra la luz deslumbrante de la tarde que se filtraba por las cortinas. A las dos, se levantó y volvió a la cocina. De pie al lado de la pila, abrió otra botella de cerveza y obligó a pasar hacia abajo su amargura espesa. Después caminó por el lado de Ma, que todavía estaba entre sus baúles, y buscó a tientas por el estante del baño hasta que encontró su tubo de Vajradanti. Se lavó los dientes dos veces, después se sentó en la cama a esperar. Miró el reloj.

Oyó el golpe en la puerta a las dos y media. Dejó que Ma se levantara y caminase arrastrando los pies y abriese, y después oyó a Parulkar saludándola de forma efusiva.

—Bhabhi —dijo—, pareces completamente en forma. Cuando me jubile yo también vendré a Pune. Aquí el aire es mucho mejor.

—Arre, Sartaj no me ha dicho que venías. ¿Sartaj? ¿Sartaj?

Pero Sartaj no quería levantarse de la cama, todavía no.

Ella volvió a llamarle.

—Arre, Sartaj, Parulkar-ji ha venido. Beta, ¿dónde estás? No sé lo que está haciendo.

Sartaj sabía lo que estaba haciendo, sí, lo sabía. De modo que se obligó a ponerse de pie y salió y fingió sorprenderse por la visita de Parulkar y le dio la bienvenida y despejó el sofá para él y le ofreció una cerveza y plátanos chini pequeños. Parulkar bebió con su entusiasmo habitual, y le pidió a Ma pakoras picantes especiales para acompañar la cerveza. Se quedó de pie en la puerta y habló con Ma mientras ella sacaba las sartenes.

—Así que después Sardar Saab dijo: «Necesito ir a casa, tengo una flamante esposa a la que no he visto en tres días». Solo entonces me di cuenta de que llevaba cuatro días sin dormir.

La historia de Parulkar era sobre Papa-ji, que había sido famoso en el departamento por ser capaz de pasar largos días y noches sin dormir, y también por sus siestas prodigiosas. A pesar de los sentimientos ambiguos de Ma hacia Parulkar, estaba encantada por esta charla sobre su amado difunto, sobre sus talentos y su dedicación al trabajo. Cortó las verduras con entusiasmo renovado, y rió, y le contó a Parulkar que se acordaba de aquella semana, y del caso de secuestro en el que estaban trabajando.

—Eso fue cuando el niño pequeño fue secuestrado por su tío —comentó ella.

Y después hablaron del pasado lejano.

Parulkar le echó un vistazo al reloj, y Sartaj asintió. Eran las dos cuarenta y cinco. Se fue a la habitación, cogió el móvil y llamó a Iffat-bibi. Por supuesto, ella ya sabía el número, pero tenían que interpretar la obra.

—Dime —preguntó Iffat-bibi, y Sartaj recitó sus líneas.

En ese momento, en la cocina, Parulkar estaba contando historias sobre Sartaj, unas halagadoras sobre sus éxitos en el deporte, y Ma sonreía. Estos eran dos de los grandes talentos de Parulkar, su memoria inmensa y su encanto sencillo. Resultaba imposible no responder a su inquietud por tu bienestar, su conocimiento íntimo de tu historia y tus esperanzas. De modo que se quedaron de pie, los tres, formando un pequeño grupo familiar, cerca de la puerta de la cocina. Parulkar le preguntó a Ma por su salud, y los gastos de la casa, y los pagos de la pensión de Papa-ji.

—Cualquier problema que tengas, bhabhi-ji, me lo dices de inmediato. Por supuesto Sartaj siempre tiene mi número de móvil directo.

Ma estaba claramente habladora. Preguntó por las hijas de Parulkar, y por los hijos de estas. Parulkar le contó con orgullo sus diversos logros y alegrías. Incluso a la divorciada (que había hecho bien en librarse de aquel marido despilfarrador,



borracho) ahora le iba bien, había empezado su propio negocio de ropa. Al principio solo eran salvar-kamizes modernos y ghagras lujosas para las mujeres de la colonia, pero ahora estaba consiguiendo clientas de lugares tan alejados como Shivaji Park.

—Hizo todo eso —contó Parulkar— solo con un poco de ayuda por mi parte. Lo hizo ella sola. Solía ser una de esas mujeres tan pendientes de la casa, ya sabes, siempre con los niños, ni siquiera sabía extender un cheque. Ahora maneja miles de rupias, y tiene cuatro sastres maestros todo el día sentados en nuestra casa. Y está hablando de comprar una tienda cerca.

—El mundo ha cambiado —apuntó Ma—. Todas estas chicas jóvenes se han vuelto muy valientes.

—Sí, sí, bhabhi-ji, qué cambio con respecto a nuestras propias vidas.

Ma señaló las cebollas y las coliflores cortadas.

—Esto no tardará demasiado.

—No importa cuánto tarde, bhabhi-ji —contestó Parulkar—. He de tomarlo. Estoy intentando evitar el aceite y las comidas fritas, pero por tus excelentes pakoras haré una excepción. Pero solo hoy, y solo ya que estoy aquí en Pune.

Ma aceptó la galantería con un pequeño asentimiento satisfecho.

—De vez en cuando, la comida frita está bien. Pero este Sartaj come muy mal siempre. Toda esa comida grasienta de restaurante, por eso parece tan cansado.

—Sí, sí, bhabhi-ji —contestó Parulkar—. Se lo digo siempre, no es forma de vivir. Sea lo que sea lo que haya pasado, un hombre joven no puede estar solo. Un hombre necesita una familia.

Ambos sondearon a Sartaj con expectación, como médicos benévolos buscando signos de mejoría en un paciente particularmente obstinado. Sartaj sabía que debía decir algo, pero se sentía muy distanciado, separado de ambos por alguna fisura en el aire, por una fractura que le había lanzado muy lejos. De alguna manera, tenían el aspecto de una vieja fotografía, como si ya se hubiesen vuelto irreales con el resplandor anaranjado de la nostalgia.

—Sí —dijo Sartaj.

—¿Sí qué? —preguntó Parulkar.

El teléfono hizo sonar su timbre anticuado.

—El teléfono —soltó Sartaj, lleno de alivio y terror.

Se puso de pie, se abrió paso entre los baúles.

—¿Diga?

—Pásaselo al saab.

La voz del hombre estaba segura de sí misma, era agresiva.

—Señor —llamó Sartaj—, es para usted.

—Oh —contestó Parulkar—, bien.

No tuvo prisa. Dio un trago largo de cerveza, se limpió las manos con un pañuelo.

—Señor, lo puede coger ahí, señor. En el dormitorio.

Parulkar asintió, y fue. A Ma no le gustó esto, Parulkar entrando en su habitación,

pero ya no podía pararle. La puerta del dormitorio se cerró con energía, y ella negó con la cabeza mirando a Sartaj. Él esperó a oír el chasquido en el auricular, y el «¿Diga?» de Parulkar, y colgó.

—Es una llamada importante, Ma —comentó Sartaj—. Muy importante. Del gobierno central.

Aun así no le gustaba, pero todavía era con mucho la mujer de un policía como para saber que las llamadas del gobierno central no podían eludirse, y que a veces se tenían que atender en privado. Despejó la mesa y la limpió. Sartaj se bebió otra cerveza y miró el reloj. Pasaron quince minutos, y después veinte. Parulkar estaba sobrepasando su límite, pero quizá estaban discutiendo por dinero. Quizá se estaban peleando por las muertes de pistoleros y controllers de Suleiman Isa. Tal vez se estaban amenazando el uno al otro.

—¿Qué está haciendo ese hombre ahí dentro? —preguntó Ma—. Estoy cansada. Sus pakoras están listas, se enfriarán.

Había perdido su descanso de la tarde, y la habían distraído de su trabajo.

—Ma, no es culpa suya que le hayan llamado.

Se encogió de hombros, y se sentó con decisión en el suelo, con la espalda apoyada contra los baúles.

—Debería haberlo pensado él mismo, yendo a la casa de la gente por la tarde. Pero siempre ha sido así.

Sartaj trató de hacer que bajase el tono de voz alto de mujer mayor.

—Te oirá, Ma. No te preocupes, terminará pronto.

Pero pasaron diez minutos completos hasta que Parulkar salió. Con aire triunfal. Le guiñó el ojo a Sartaj y cogió su vaso de la mesa y dio un trago de cerveza. Se sentó, en la que solía ser la silla de Papa-ji, y comió pakoras con placer deliberado, sin prisa. Estaba tranquilo y seguro de sí mismo y claramente victorioso. Sabía que había derrotado a Suleiman Isa y a todos sus secuaces. Habló con Ma de los viejos tiempos, cuando todos ellos eran jóvenes, cuando Papa-ji adquirió renombre por el brillo de espejo de sus zapatos. Al final, Parulkar dijo:

—Achcha, bhabhi-ji. Ahora debo irme. Pero volveré por tus pakoras pronto. No, no, por favor no te levantes.

Ma no se levantó, pero reunió suficiente educación como para contestar:

—Sí, tienes que hacerlo. —Y les deseó lo mejor a las hijas de Parulkar.

Sartaj salió afuera hasta la veranda con Parulkar, que estaba limpiando un par de relucientes gafas de sol plateadas y negras.

—¿Fue todo bien, señor?

—Sí, sí. El tipo solo necesitaba poner cierto orden. Es bastante razonable, si sabes cómo manejarle. —Parulkar se puso las gafas haciendo una floritura—. De todas formas, ahora ya está arreglado. Se acabó. Buen trabajo, Sartaj. Gracias.

—Señor, no hace falta...

Parulkar le palmeó el brazo.

—Tu madre tiene un aspecto saludable. Tienes buenos genes. Vivirás mucho, Sartaj, si te cuidas. Bien, chalo, te veré de vuelta en Bombay. Que tengas un buen descanso. Relájate.. Ve a ver una película o algo.

Se dio la vuelta con elegancia y se fue trotando hasta su coche. Los guardaespaldas se metieron en los jeep con tan ruido de armas y puertas, y la procesión emprendió su camino en una nube festiva de polvo, seguida de dos perros que daban aullidos.

Ma estaba de pie junto a la puerta.

—Los plátanos y la cerveza —dijo—. Sabías que iba a venir.

—Sí.

Ella no había estado oyendo en vano durante todos esos años aquellas historias de policías. Sabía discernir entre motivos y acciones, consecuencias y causas.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Hay algún problema? ¿Has hecho algo?

—No.

—Ve a descansar.

Al pasar por su lado, ella le puso una mano en la muñeca, en una acción tan familiar y antigua como la infancia. Estaba comprobando si tenía fiebre, si había algo que no estaba equilibrado y necesitaba que cuidasen. Pero ese día, esa tarde, no había ninguna enfermedad en él, ninguna razón corporal en particular para su agotamiento y sus ojos enrojecidos. Mientras se desplomaba al lado de la puerta abierta de la habitación de Ma, vio que algo destellaba y brillaba sobre la mesa junto a su cama. De modo que Ma había decidido conservar la fotografía de su querida Navneet. El apego de Ma por las cosas se estaba desvaneciendo, pero todavía se preocupaba por la gente. Todavía podía notar la mano de ella sobre su muñeca. Qué pequeñas eran sus manos, y sus pies. En general, era una persona pequeña, tan menuda en su niñez que Navneet y el resto de la familia la llamaba Nikki. Era difícil imaginarla como una niña sonriente, pero la pequeña Nikki de alguna manera había crecido hasta convertirse en Ma, que cuidaba de él incluso mientras ella misma se soltaba poco a poco del mundo. En su cuarto, Sartaj puso el ventilador al máximo y se desnudó hasta quedarse en ropa interior. El sueño llegó rápido, y cuando se despertó estaba bastante oscuro. Se quedó quieto, escuchando la noche. Pudo oír a Ma, moviendo cosas por la cocina, y más allá de ella, los vecinos y un movimiento leve de viento y coches y un leve chillido de voces de niños. Todavía estamos aquí, pensó, todavía estamos vivos. Hemos sobrevivido otro día. Pero la idea no le hizo sentirse mejor en absoluto.

Sartaj llamó a Iffat-bibi cuatro veces aquella noche, y después cada hora a la mañana siguiente, mientras conducía de regreso a Bombay. Ella le decía lo mismo cada vez:

—Cuando estén listos, me lo dirán. Y entonces te diré la dirección de tu sadhu.

Conseguirás tu información, saab. No te preocupes. Solo ten un poco de paciencia, un poco más.

Pero a Sartaj, que había ejercitado la paciencia a lo largo de toda su carrera, le resultaba difícil encontrarla ahora. De vuelta a la Zona 13, desde el patio de la comisaría, observó a Parulkar llegar al trabajo aquella mañana, y el hombre parecía tan jovial y lleno de energía como siempre. Así que todavía ignoraba la trampa que ya le tenía entre los dientes. Y no sabía, todavía, quién se la había tendido. Lo sabría pronto.

Sartaj dejó la comisaría y sin ganas buscó pistas sobre un caso de robo hasta el mediodía. Después decidió que necesitaba comer temprano, y se encaminó a Sindoor. Pidió algo de *papad*, y tikkas de pollo, y le dio al camarero una botella de whisky Royal Challenge en una bolsa de plástico. Para cuando Kamble se le unió una hora después, Sartaj había conseguido suavizar la luz en el interior del Sindoor hasta convertirla en una bruma ligera. Kamble se sentó, y observó mientras el camarero colocaba otro vaso lleno de líquido pardo rojizo sobre la mesa.

—Jete —dijo Kamble—, ¿quiere comer algo también?

—En realidad, no tengo hambre. Con esto basta.

—Trae un poco de *naan* —le pidió Kamble al camarero—. Mucho *naan*. Y un poco de raita con verduras. Y algo de dal.

Se recostó en el reservado, cuadró los hombros y preguntó con suavidad:

—¿Qué ha pasado? ¿Problemas con la chica? Cuente.

Sartaj se rió, después se detuvo, y se volvió a reír. Kamble era comprensivo, quería dar consejos sobre las mujeres. Kamble, el hombre de la ciudad. Kamble era un buen tipo. Kamble era un sucio bastardo, metía las manos en cualquier trato asqueroso, pero también era generoso. Era amable. Era un buen hombre.

—Kamble —dijo Sartaj—, eres un buen hombre.

—Yaar, soy todo lo bueno que debería ser. Tome, beba un poco de agua. ¿Qué está haciendo?

—¿Qué estoy haciendo?

—Sí.

—Estoy comiendo. Estoy sentado en Sindoor comiendo con mi buen amigo.

—¿Eso es todo?

—También estoy esperando una información muy importante.

—¿De quién? ¿Sobre qué?

Sartaj agitó un dedo hacia Kamble.

—Eso no te lo puedo decir. No se deben revelar las fuentes. Ni siquiera a un amigo. No esta fuente. Pero la información es buena. Te digo que es buena. Y la necesitamos, es para el caso grande. El caso más grande. Ya sabes.

Sartaj señaló hacia el techo con dibujos, e imitó el sonido de una explosión.

—Sí, lo sé. Tome, coma.

Kamble puso un pedazo de pollo en el plato de Sartaj. Sartaj asintió, lo cogió y lo

mordisqueó. Kamble le mimó durante la comida, y le hizo comer demasiado, y beber un vaso de *chhass*. Con todo, Sartaj logró mantener el ritmo de su consumo de alcohol, a pesar de las artimañas de Kamble para pasarles vasos medio vacíos a los camareros que pasaban. Todavía estaba agradablemente atontado cuando Shambhu Shetty entró en el restaurante y acercó una silla al reservado.

—Los chicos me dijeron que estaba aquí —comenzó.

Tenía el aspecto rechoncho de un hombre satisfecho.

—Shambhu, tienes que empezar a hacer más ejercicio —contestó Sartaj—. No es agradable verte así.

Kamble le susurró algo a Shambhu, y Shambhu le susurró en respuesta. Después desdobló un papel y lo extendió sobre la mesa.

—Saab —dijo—. He conseguido *Samachar* temprano en el bar. Pensé que querría verlo.

Había un titular el triple de grande de lo normal extendido por la página: «Oficial de policía de alto rango pillado en conversación con don antinacional». Y debajo una foto de Parulkar uniformado. El subtítulo decía: «La oposición exige que se le suspenda e investigue». Sartaj apartó la cabeza. No quería leer más.

—Dicen que el *ACB* tiene una grabación de media hora de Parulkar hablando con Suleiman Isa en Karachi, y se ha filtrado esa grabación a todos los periódicos —explicó Shambhu—. Ya está en varias páginas web, puedes oírla completa. Parulkar discute sobre algunos pagos de dinero con Suleiman Isa, trabajos específicos, cosas como esas. Y... ¿dónde está?... aquí. «Voces expertas independientes ya le han indicado a este periódico que opinan que la grabación en cuestión es de las voces del DCP Parulkar y Suleiman Isa».

—Bhenchod —soltó Kamble—. Déjame ver.

Agarró el periódico, leyó con rapidez, pasó la hoja y echó un vistazo a la página.

—Maderchod. El hombre está acabado. Este saala se terminó.

—No puedo creerlo —comentó Shambhu—. Un error así por su parte.

—Todo el mundo comete errores —aportó Sartaj—, antes o después. Si no es hoy será mañana.

Los otros dos se quedaron callados. Después Kamble señaló el periódico.

—¿Quiere leerlo?

—No.

—De acuerdo. Tengo que volver al trabajo. ¿Qué va a hacer?

—Me quedaré aquí sentado y esperaré la información.

Pero pareció que Kamble pensaba que era una mala idea. Objetó y discutió hasta que Sartaj se puso furioso, y entonces Kamble discutió un poco más. La otra gente que estaba comiendo en el restaurante, las mesas con ejecutivos y amas de casa, arriesgaron miradas inquietas por encima de los hombros, y comenzaron a murmurar, de modo que al final Sartaj cedió. Se fue con Kamble a sus rondas muy aburridas a una guarida de matka y una fabrica de zapatos, y a la basti Nehru Nagar en Andheri,

en busca de un *tadipaar* del que se decía que había vuelto a entrar y salir de Kailashpada. Sartaj daba traspiés por los callejones detrás de Kamble, la cabeza le daba vueltas por la fanfarria de olores, buenos y malos. Ya no estaba borracho, pero el caminar y la oleada incesante de rostros que se le apretaban cerca lo mantenían ocupado y atontado de forma cómoda.

A las seis, le sonó el teléfono.

—Bhai estaba satisfecho —comentó Iffat-bibi.

—Sí.

—Dijo que te diera un regalo. Solo un detalle. Cinco petis.

—No quiero el dinero maderchod. Solo dame la dirección.

—¿Estás seguro? Rechazar un regalo de bhai es descortés.

—Dile exactamente lo que te he dicho. Quiero la dirección, ¿está claro? La dirección.

Iffat-bibi suspiró.

—De acuerdo —contestó—. A veces vosotros los jóvenes sois muy idiotas. ¿Tienes bolígrafo?

La dirección era de un bungaló de dos pisos en la zona oeste de Chembur, apartado de un vecindario de clase media por un muro de tres metros bien conservado. Después de que Sartaj anotase la dirección en su cuaderno con letras mayúsculas muy claras, hizo que Iffat-bibi la repitiese tres veces. Luego los acontecimientos se sucedieron muy deprisa. Llamó a Anjali Mathur, y él y Kamble se reunieron con ella y su gente cerca de Vrindavan Chowk en Sion. Después se fueron al norte hacia Chembur, acompañados por un inspector general y un grupo de policías con bastante antigüedad en el cuerpo y algunos policías militares de aspecto rudo que no describieron su trabajo. Algunos policías locales de Chembur —Sartaj no conocía de antes a ninguno de ellos— ofrecieron información sobre la zona, y les llevaron al vecindario más cercano al bungaló. Se estableció un perímetro discreto, y se instaló un puesto de mando en una lechería que estaba a sesenta metros, detrás de una cortina de árboles. Sartaj nunca vio el bungaló. Él y Kamble se sentaron a un extremo de la habitación concurrida, y observaron cómo se llenaba de radios y equipos irreconocibles y hombres competentes, seguros de sí mismos. Anjali Mathur estaba enfrascada en conferencias con su jefe y otros, y se acordó de pedir que les diesen chai a Sartaj y Kamble cuando la bebida circuló.

Kamble codeó ligeramente a Sartaj.

—Jefe —susurró—, vaya allí y quédese de pie cerca de ellos. Puede que quieran su consejo. O preguntarle algo. Les encontró esta casa maderchod. Es el héroe del día. Vaya y compórtese como si se mereciera el mérito, o uno de esos oficiales del IPS gaandu se lo robará.

Sartaj no tenía demasiadas ganas de darle consejos a nadie. Se contentaba con

estar sentado con el resplandor de las pantallas de los portátiles y observar cómo el cielo cambiaba de color fuera de la ventana de atrás. Alguien le había dicho una vez, no recordaba quién, que los colores fantásticos de la tarde de Mumbai procedían de toda la contaminación que flotaba sobre la ciudad, de todos los millones increíbles que abarrotaban un espacio tan pequeño. Sartaj no dudaba de que fuese cierto, pero aun así los púrpuras y rojos y naranjas eran hermosos y espléndidos. Podías observarlos cambiar y oscurecerse y perderse en el negro.

A las diez de aquella noche, Anjali Mathur se acercó y se sentó con ellos.

—Está confirmado —empezó—. Hay siete hombres en la casa. Tenemos dos alteraciones radioactivas distintas, y hay dos camiones de tres toneladas en la parte trasera, detrás del bungalow. Creemos que van a conducir las bombas hasta sus zonas cero.

—¿Dos bombas? ¿Y ahora qué pasa? —preguntó Kamble. Estaba paralizado por la excitación y la expectativa.

—Ya hay un equipo aquí, en su puesto. Irán en algún momento de la noche. Esa decisión la toma el comandante del operativo.

Anjali Mathu ladeó la cabeza hacia la parte delantera de la habitación, hacia un militar que estaba inclinado sobre una radio. Parecía esperar una respuesta de Sartaj.

Él se aclaró la garganta:

—Estoy seguro de que su equipo ganará.

Inexplicablemente, Sartaj tuvo ganas de reírse. Se controló, por supuesto, pero ella le lanzó una mirada evaluativa mientras se ponía de pie.

Kamble la siguió más allá de las mesas, y regresó unos pocos minutos después más nervioso y ansioso. Le brillaban los ojos y se inclinó hacia delante y le dio un golpe a Sartaj en el hombro.

—Los Gatos Negros están aquí, jefe. Con esas capuchas negras de comando y armas y todo.

Sartaj intentó descubrir algún entusiasmo en su interior por los Gatos Negros, pero solo notó que tenía sueño. Se percató de su propia y curiosa falta de excitación sobre la posibilidad de salvarse, y pensó que probablemente solo era agotamiento. Es el insomnio, pensó, y todas las subidas y bajadas recientes, todas las tensiones juntas. Lo más probable es que sienta algo mañana. Pero ahora mismo creo que solo voy a quedarme aquí sentado y a no sentir nada. Probablemente es toda la cerveza y el whisky, el peso que me está aplastando los muslos como hierro negro. Probablemente solo estoy muy cansado.

Se despertó con los empujones de unas manos bruscas, insistentes y pesadas contra sus mejillas.

—Sartaj, despierte. —Era Kamble—. Gaandu, es el único hombre del mundo que roncaría en medio del mejor de los momentos de su propia vida. El clímax está a punto de llegar, jefe. Están a punto de entrar. Despierte. Despierte.

Sartaj se enderezó, aplastó el sueño de sus ojos.

—¿Qué hora es?

—Cuatro y media.

Un único pájaro gorjeaba en la quietud previa al amanecer. Dentro del puesto de mando había un silencio expectante, una inmovilidad absoluta que estaba repleta de espera. Sartaj quería preguntarle a Kamble cómo sabrían que el equipo había entrado, que se había dado la orden, pero Kamble tenía las manos sobre la boca, los pulgares apretados contra las mejillas. Parecía un niño esperando que le diesen las notas de los exámenes.

Nada cambió en la habitación, pero entonces, desde lejos, llegó una serie de estallidos, y luego otra, fap-fap-fap, fap-fap-fap-fap. Y después un último estallido pequeño. Pasó un momento, y después, desde la parte delantera de la habitación, una ovación creció y se extendió. Anjali Mathur apareció corriendo a través del gentío que aplaudía.

—Estamos a salvo —dijo—. Estamos a salvo.

Sartaj asintió, y se obligó a sonreír. De repente se vio rodeado de oficiales de policía y hombre del RAW y Ciatos Negros, todos empujándose unos a otros y abrazándose y estrechándole la mano. Al parecer, Kamble se había asegurado de que supieran a quién correspondía el mérito. Sartaj se dio la vuelta entre la multitud y logró, poco a poco, salir de ella y bajar las escaleras. Salió paseando a la parte trasera del recinto detrás de la lechería, que ahora estaba abarrotado de coches de policía y otros coches camuflados. Pero olía sobre todo a leche, y Sartaj pensó que se quedaría con el olor ligero, bueno, del *gobar*. Pero dudaba, ¿cuántas lecherías en la ciudad seguían teniendo vacas de verdad? Pero resultaba rejuvenecedor respirarlo. Se le estaba despejando la mente.

De modo que, con aquellos pequeños estallidos a lo lejos, al parecer, el mundo se había salvado. Sartaj no se sentía para nada más seguro. En su interior, incluso en ese momento, estaba aquella mecha ardiendo, aquel miedo que hacía tictac. Se apoyó contra un poste en una alambrada e intentó sentir satisfacción. Nuestro equipo ha ganado. Seguro. Kamble había bailado ahí dentro, estaba feliz. Pero Sartaj no podía mantener a raya la pregunta: ¿Quieres salvar *esto*? ¿Para qué? ¿Por qué?

El ascenso de Sartaj llegó al cabo de tres semanas. Nadie sabía lo de su trabajo con el caso Gaitonde, con las bombas, de forma que no se dieron motivos para la aceleración extraordinaria de la orden y el papeleo. En la misma lechería, aquella mañana, Anjali Mathur le dijo que las bombas no existían oficialmente, y que nunca lo harían. La decisión se había tomado desde lo más alto, le contó, por razones de seguridad nacional. Y ella se encogió de hombros, y él lo comprendió, porque era policía y sabía que las operaciones exitosas a veces no podían existir oficialmente para proteger la reputación de algunos de los de arriba, para que algún político no tuviese que reconocer lo cerca que habían estado del desastre.



A Sartaj no le habría importado la invisibilidad de lo que habían hecho aquella mañana, a no ser por el hecho de que los rumores llegaron deprisa para rellenar el vacío que dejó la falta de hechos. La interpretación general en el departamento era que Sartaj, de alguna manera, había pasado por encima de Parulkar, que él había tramado la caída asombrosa de Parulkar. En la versión de la llamada telefónica entre Parulkar y Suleiman Isa que había en las cintas de la ACB y las páginas web, habían eliminado los primeros segundos. El «¿Diga?» de Sartaj había sido cortado, y la conversación solo comenzaba con Parulkar descolgando el teléfono y diciendo «Estoy aquí». Nadie sabía que la llamada se había recibido en casa de la madre de Sartaj, y sin embargo en cuerpo había una interpretación tácita acerca de que Sartaj había tenido algo que ver con las circunstancias de la llamada. Se sabía que la promoción era su recompensa, junto con el regalo de todo un khoka por parte de Suleiman Isa. También había rumores acerca de que Sartaj había golpeado a un hombre inocente, le había herido gravemente, y una creencia de que incluso ese asunto se había acallado a cambio de la destrucción de Parulkar. En el departamento, no había ningún resentimiento hacia Sartaj por ello, y de hecho surgió un respeto renovado desde muchos distritos. Parulkar era un viejo jugador, y se había creado muchos enemigos por el camino. Muchos no estaban descontentos por verle caer. Incluso quienes eran neutrales tenían la sensación de que tal vez quiso aprovecharse demasiado. Los amigos y los enemigos de Parulkar pensaban ahora que Sartaj era un estratega formidable, alguien con quien valía la pena cultivar una relación.

Mientras tanto, Parulkar estaba huido. Dos días después de que se hiciera pública la llamada telefónica, se hicieron preguntas en la Asamblea Legislativa y también en el Parlamento. Aquella misma tarde, se expidió una orden para arrestar a Parulkar. Pero su solicitud en previsión de una fianza ya había llegado, y él ya había huido. Su abogado explicó en los periódicos al día siguiente que se habían tomado medidas apresuradas y poco profesionales, que la voz de las cintas no era la de Parulkar, que había dedicado muchos años de servicio desinteresado a la nación. Además, no había pruebas de que la otra voz de la cinta fuese en realidad la de Suleiman Isa. Y la conversación que en realidad tuvo lugar en la cinta de ninguna manera demostraba actividad delictiva o antinacional.

Pero aquel mismo día el primer ministro anunció una reorganización masiva de los oficiales de policía de alto rango, y en respuesta a las preguntas de los periodistas afirmó categóricamente que no se le podía acusar ni a él ni a nadie de su gabinete de interferir en el proceso de la ley.

—La investigación sigue su curso. Tendremos resultados muy rápido. Lo verán. El DCP Parulkar debería entregarse. Seremos estrictos pero justos.

El mismo Sartaj no tenía ni idea de dónde estaba Parulkar. Tenía alguna noción sobre cómo hacerle llegar sus palabras, y por eso le dejó mensajes discretos a través de un par de khabaris, y a través de Homi Mehta, el administrador financiero. Pero no hubo respuesta. Dos veces en aquellos quince días le sonó el móvil tarde por la

noche. Las dos veces, quien llamó no habló. Sartaj pudo oír exhalaciones lentas, e inhalaciones laboriosas de un hombre mayor. La segunda vez preguntó: «¿Señor? ¿Es usted, señor?». Pero no hubo respuesta, y en la pantalla no aparecía el número de quien llamaba. La mañana siguiente a que se anunciase oficialmente el ascenso de Sartaj, le sonó el móvil mientras estaba en el baño. Logró salir a tientas, con el jabón todavía sobre el rostro, y encontró el teléfono vibrando encima de la cama.

—¿Diga? —contestó.

De nuevo, la misma respiración. Esta vez Sartaj notó que ese hombre silencioso estaba muy enfadado con él.

—Señor —dijo Sartaj—. Señor, tiene que escucharme. Era muy importante, se lo contaré todo.

Pero quien llamaba colgó el auricular. Hubo un chasquido, y después nada. Aquella tarde, Sartaj estaba acabando su turno cuando Kamble entró en la sala de interrogatorios.

—Jefe —dijo.

—¿Qué? —preguntó Sartaj con brusquedad.

Había estado supervisando el interrogatorio de un ladrón armado. Desde su ascenso, ya no le parecía necesario hacerles él mismo el tercer grado a los detenidos. Solo daba instrucciones, y observaba. La sala olía a sudor y orina.

—Será mejor que salga fuera —pidió Kamble. Y después, en inglés—: Por favor.

Sartaj siguió a Kamble afuera, hasta el vestíbulo que se abría en el interior del complejo. Kamble le cogió por el codo y le hizo caminar hasta el borde del estanque. Había pájaros dando vueltas por encima de sus cabezas.

—Han encontrado a Parulkar esta tarde.

—Bien. ¿Dónde se ha entregado? Porque si Parulkar no quisiera que le cogiesen, no lo habrían hecho.

—No, no es eso. Le han encontrado.

Kamble explicó que cuarenta y cinco minutos antes, el destacamento que vigilaba la casa de Parulkar había sido alertado por gritos que procedían del interior de la vivienda. Entraron y encontraron a dos de las nietas de Parulkar histéricas. Resultó que Parulkar había estado dentro de la casa todo el tiempo. En aquella morada ancestral debajo de una escalera, había un panel de madera que se abría para dejar al descubierto un cuarto pequeño de tres metros metido detrás de la cocina. Parulkar había estado instalado con comodidad en su interior, y se podría haber quedado indefinidamente, ya que la comida y otros recursos se le podían proporcionar con facilidad, y la ofensiva principal de la investigación estaba en otra parte, tan lejos como Pune y Cochin. Pero aquella tarde, Parulkar salió de su escondite y entró en su dormitorio, sin preocuparse por la luz del día que había estado evitando. Se afeitó, se bañó, y se puso una kurta limpia. Se quitó el reloj y lo puso encima de la mesa que había en la cabecera de su cama. Después cogió las llaves del armario Godrej que había junto a la cama, lo abrió y también la caja fuerte cerrada con llave que había

dentro, y sacó su revólver reglamentario. Entró en el baño, se quitó las chappals, entró en la bañera. Las niñas oyeron la detonación del revólver y entraron corriendo y le encontraron.

—Bas —terminó Kamble—. Es todo lo que sé por el momento.

Sartaj se apartó. Se movían sombras sobre el agua, y desde los extremos opuestos del estanque surgían ondas que se cruzaban unas con otras. Es todo lo que sabemos por el momento, pensó Sartaj. Y es todo lo que sabremos. Morimos por cosas que no entendemos, sacrificamos a quienes queremos.

—Debería ir —contestó.

—¿A su casa? Jefe, ahora no, no. No vaya allí.

—Sí, tienes razón. Claro que no debería ir. De acuerdo. Creo que me quedaré un rato aquí.

Kamble volvió a entrar en comisaría. Sartaj se quedó fuera. Escuchó cómo ondeaba la bandera sobre el templo, y observó el agua. Tenía la sensación de que algo estaba a punto de cambiar. Estaba esperando. Pero no estaba seguro de si sucedería alguna vez.

## INSERTO: DOS MUERTES, EN CIUDADES LEJOS DE CASA

I

El tola Ansari en Rajpur estaba en la zona este de la ciudad, en la otra parte de la nullah desde el cruce y detrás de una línea de árboles *khajoor*. Solo había once casuchas, agrupadas en un círculo descuidado. Un sendero fangoso bajaba desde la alcantarilla hasta el tola, y la primera casucha, en el terreno más elevado, pertenecía a Noor Mohammed. Era el dueño de siete *katthas* de tierra pobre, en la que cultivaba patatas y *makkai*, y conducía un *ikka* tirado por un jamelgo destartalado. Su esposa se llamaba Mumtaz Khatun, y tenían tres hijos, un niño y dos niñas. Noor Mohammed era el hombre menos pobre en el tola Ansari, lo que significaba que él y su familia casi nunca necesitaban ir a dormir con una dieta para llenar el estómago a base de chiles y agua. Noor Mohammed y Mumtaz mandaban a sus hijos al colegio, pero sin regularidad, dependiendo de la estación y del trabajo que hubiese que hacer en el campo. No tenían mucho de sobra, ni tiempo ni comida ni dinero. Sin embargo, le dieron gracias a Alá cuando tuvieron otro hijo. Lo llamaron Aadil.

Aadil fue curioso y aventurero desde el comienzo. Cuando tenía dos años, desapareció una tarde lluviosa de debajo de las narices de sus dos hermanas. Cuando su madre llegó a casa encontró a toda la comunidad alborotada, y a las hermanas llorando. Todo el mundo buscó por los campos, y bajaron a un primo al pozo. Noor Mohammed apretó los puños, y caminó por el borde de la nullah. Al final, Salim, hermano de Noor Mohammed, encontró a Aadil donde nadie había pensado mirar, en la carretera al otro lado de la nullah.

—Simplemente estaba caminando —explicó Salim sobre su sobrino—, desnudo del todo pero ni cansado ni asustado en absoluto.

Aadil había decidido explorar el mundo, al parecer, y tan solo se había ido por su cuenta. Su madre lo apretó fuerte y le preguntó:

—¿Adónde ibas? ¿Qué estabas buscando?

Aadil no dijo nada. Sufrió con paciencia todo el jaleo, y miró a su alrededor con grandes ojos negros. Era un niño muy serio.

—Si no hubiese vuelto de Kurkoo Kothi justo entonces —comentó su tío—, nuestro joven aventurero habría seguido todo el camino hasta Patna.

La distancia hasta Patna eran solo ciento veintiocho kilómetros, pero Aadil tardó dieciocho años en llegar allí. Hasta entonces, luchó contra las limitaciones y confinamientos de Rajpur, una ciudad de un lakh y medio de ciudadanos que se esparcían desordenadamente por la orilla sur del río Milani. El Milani era un curso de

agua pequeño que se escindía del Boorhi Gandak sesenta kilómetros antes de que este desembocase en el Ganges. Un templo medieval de Kali se alzaba sobre un afloramiento rocoso junto al Milani, de cara a una mezquita blanca sobre una colina cercana. Durante el verano, y a finales del invierno, el agua del río bajaba, dejando al descubierto rocas grises cubiertas por tallas de dioses y diosas de miembros curvilíneos de una época antigua, olvidada. Hacia el sur y el este, en la colina más alta de las inmediaciones, el haveli del raja Jadunath Singh Chaudhary se desmoronaba en silencio hasta convertirse en una ruina frecuentada —según toda la población de Rajpur— por fantasmas locos y *chudails* que se reían de forma socarrona. El raja Jadunath había perdido la mayor parte de sus tierras, y no podía competir en esplendor y munificencia con el diputado local, Nandan Prasad Yadav, que durante la infancia de Aadil construyó Kurkoo Kothi como un derroche azul y rosa, rodeado de un muro de tres metros y medio y guardias armados. Noor Mohammed siempre decía que el raja no tenía cabeza para la política moderna, y que Nandan Prasad Yadav era un antiguo maestro de ese juego sucio. De modo que uno creció pequeño, y el otro grande. Noor Mohammed era contratado a veces por el raja, para llevar a sus hijos en coche hasta la estación de tren en la calesa antigua del raja, y la mayoría de los hombres del tola Ansari trabajaban como peones en Kurkoo Kothi.

Algunos de los chicos del tola Ansari sabía leer un poco, y uno había estudiado hasta octavo curso. Ninguno de los padres sabía leer, y en toda la historia del poblado ningún miembro había terminado la educación secundaria. Pero Aadil, quedó claro desde el principio, estaba fascinado por la palabra escrita. Incluso antes de que pudiese leer, analizaba las formas de las letras en periódicos viejos. En la escuela primaria de dos habitaciones cerca del huerto de mangos de Prem Shanker Jha, Aadil prestaba atención con una intensidad tan embelesada que los otros niños lo notaban de inmediato. Uno de los hijos de Yadav dijo:

—Eh, este Aadil parece una *dibba* cuando el profesor habla. —Y puso una cara lívida y seria abriendo los ojos—. Aadil-Dibba —soltó, e hinchó las mejillas, y las tres clases reunidas en el *chabutra* de la escuela se echaron a reír.

Desde aquel día, a Aadil se le conoció como Dibba, y se hizo famoso como chico *padhaku*. Incluso el profesor —cuando estaba en la escuela dando clases, y no fuera intentando ganar un poco de dinero vendiendo cebollas al por mayor— se percataba de la dedicación y tranquilidad de Aadil, y trataba de mantener a los bravucones de la escuela lejos de él. Esto dio como resultado, por supuesto, que grupos de lafanganas robustos le prestasen una atención extra a Aadil en el camino de ida y vuelta de la escuela. Con todo, él perseveró. Aprobó quinto, y después fue al Instituto Zila. Conseguir llegar a sexto había sido muy duro, porque la madre y el padre de Aadil no tenían dinero para libros o pizarras o lápices. Entonces fue más duro, y no solo porque se necesitaban más libros, y bolígrafos, y un equipo de compás, escuadra y cartabón. Había muchos días en los que Aadil tenía que trabajar en el campo, en

especial cuando había que plantar o cosechar, y había otros días en los que trabajaba en los hornos de ladrillos con sus tíos y primos. Entonces era lo bastante mayor como para ganar dinero, y eso hacía. Había bocas que alimentar, y hogares que reparar, y matrimonios que financiar. Pero era aplicado en su aprendizaje. A pesar de todo, sobresalía. Leía libros prestados, y pasaba tardes bajo las bombillas parpadeantes de la Shivnath Jha *Sarvajanik Pustakalaya*. La biblioteca había sido provista de fondos por un renombrado terrateniente brahman local, y se le había puesto el nombre del erudito padre de este. El personal de la biblioteca manifestó al principio un poco de incomodidad, por el hecho de que un niño musulmán fuera y se sentase con tanto atrevimiento bajo la fotografía engalanada del anciano que había pasado toda su vida bañándose, purificándose, santificándose. Pero pronto se habituaron a ver a Aadil sentado en un banco de madera, inclinado sobre un libro o un periódico. Los tiempos estaban cambiando, y después de todo se suponía que las dos habitaciones y la docena de estanterías eran sarvajanik, y Aadil era definitivamente un miembro del pueblo, aunque mugriento y de alguna forma difícil de digerir. De modo que Aadil aprendió sobre Rajpur y lo que había más allá. Se ubicó no solo en el espacio, sino también en el tiempo. Soy, pensó un día, parte del siglo XXI.

Rajpur, sin embargo, permanecía con terquedad en otro tiempo, en alguna época que no era del todo el presente y definitivamente no era el futuro. La carretera principal llena de baches que salía de la ciudad no se parecía nada a las autopistas soviéticas que Aadil veía en revistas en blanco y negro, y la visión de pueblos enteros con electricidad y teléfono en Estados Unidos le llenaba de asombro. En aquel momento, había un teléfono en Rajpur, en casa de Nandan Prasad Yadav, pero Aadil nunca lo había visto. Había visto tres películas, dos en un cine temporal al aire libre que colocó un exhibidor que conducía un jeep y desplegó una pantalla blanca sucia que se convirtió en tinte color resplandeciente al oscurecer. Después Prem Shanker Jha construyó un cine que llamó Parvati, en el que Aadil vio *Bobby*. Se sentó en el suelo, cerca de la pantalla, y después no soñó con la moto elegante de Rishi Kapoor, o el brillo del cuerpo, casi desnudo, de Dimple Kapadia, sino con las casas pucca limpias, de dos pisos, los teléfonos, las carreteras, el agua que caía mágicamente de los grifos. Entonces Aadil empezó a reconocer lo sucio que estaba Rajpur, con sus alcantarillas abiertas y callejones construidos sin planificación, sus tribus de perros flacuchos deambulando. Los campos se alejaban hasta el horizonte, una columna larga, que avanzaba, de postes de la luz desprovistos de su cobre y alambre, se detenía de forma brusca en medio de una tierra baldía agrietada, y los cuervos dejaban oír su clamor incesante sobre los aleros del tola Ansari. Nacían bebés, había bodas, los ancianos y ancianas morían, pero todo permanecía igual. Cerca del huerto de Prem Shanker Jha, Aadil jugaba al fútbol y al *gilli-danda* con chicos brahmanes y yadavs y *bhumihars*, pero nunca había estado en sus casas, y ellos nunca habían puesto un pie en el tola Ansari. Ningún *paswan* entraría jamás en el patio interior de la casa de un brahman o bhumihar, e incluso fuera, el hombre pobre se pondría en

cuclillas sobre el suelo para hablar con su patrón de clase alta, que estaría repantigado cómodamente sobre una khattia. A los humildes no se les permitían sillas, ni orgullo, ni dignidad.

Cuando Aadil estaba en noveno curso, su chachu, el amable Salim —que le había encontrado deambulando por la carretera hacia Patna tanto tiempo antes— murió de una enfermedad dolorosa de estómago que le vació en torrentes de diarrea. Sus familiares de luto tumbaron el cuerpo frágil, lo limpiaron, lo envolvieron en su mortaja blanca y lo llevaron al cementerio musulmán en el extremo oeste de Rajpur. Pero el *maulvi* que vivía en la mezquita no les dejó entrar, y pronto los *sayyids* y *pathans* que vivían cerca llegaron corriendo. No podéis enterrar a nadie aquí, dijeron, tenéis vuestro propio cementerio. Los hombres del tola Ansari protestaron en nombre de Alá, y después le suplicaron al poderoso Maqbool Khan, que era el musulmán más rico de Rajpur, hijo de un *zamindar* y descendiente —se decía— de *amirs* y *nawabs*. Los familiares del fallecido pidieron compasión, piedad, *reham*. Les explicaron a Maqbool Khan y a los *pathans* y a los *sayyids* que su propio cementerio se había perdido, que lo habían cubierto las aguas cuando el río cambió su curso tras el monzón. Pero no hubo misericordia aquel día en Rajpur, ni siquiera por el difunto, que había sido *natnaazi* en cinco ocasiones y el hombre más generoso. Maqbool Khan les dio cinco rupias a los del cortejo fúnebre, y les dijo que tenían que construir un cementerio nuevo. Tardaron dos días en enterrar a Salim, porque no había terreno libre alrededor de Rajpur, ni siquiera unos pocos metros de tierra dura, suficientes para un hombre. El padre de Aadil encontró una pendiente cubierta de maleza, un triángulo áspero de tierra ácida, yerma, entre la nullah y la carretera, y los hombres la limpiaron y nivelaron y construyeron un cementerio, y enterraron a Salim.

Aadil empezó a despertarse con la cabeza llena de enfado. Ahí estaba, listo para saludarle con su insistente tono monótono, incluso antes de que abriese los ojos y viese el marrón sucio de la pared, antes de que oyese los suspiros de su madre mientras luchaba con su constante dolor de espalda. El chirrido lento del enfado se quedó con él a lo largo del día y le quemó la carne sobre los huesos, de forma que se quedó muy delgado. Ahora era alto, y no parecía un *dibba* en absoluto, aunque mantuvo el apodo. Su madre comenzó a bromear acerca de encontrarle una chica. Para Aadil, esta charla prematura sobre el matrimonio significaba otra tortura. Los demás chicos de su edad en el tola coqueteaban con chicas, y Anwarul —que tenía el pecho ancho y el andar peligroso— mantenía un romance con una mujer casada del toli Chamar. Pero la pasión de Aadil eran sus libros, y no quería nada más excepto el placer desvanecedor de aprender. Para ello era difícil encontrar apoyo en el tola, incluso por parte de los poquísimos hombres y mujeres que habían viajado un poco fuera de Rajpur. Noor Mohammed y Mumtaz Khatun nunca habían estado más allá de Alagha, que estaba a cuarenta y cuatro kilómetros de Rajpur. Para ellos, Patna era un lugar de leyenda, y solo sabían vagamente de la existencia de Delhi, y nada de Pekín. Nacer, trabajar en Rajpur, sobrevivir... eso era todo lo que sabían y esperaban

de la vida. Persuadirles de que era posible que Aadil terminase el instituto era una lucha, convencerles de que era conveniente supuso una campaña larga, implacable, que nunca estuvo del todo ganada. Hubo muchos en el tola que les decían: educad demasiado a este chico y no querrá trabajar la tierra, así que tened cuidado. De alguna forma, a pesar de todo ello, Aadil luchó para llegar a décimo curso, y aprobó los exámenes finales. No fue el primero de la clase por dos notas, pero ningún otro alumno había estudiado con textos prestados, sin cuadernos ni bolígrafos y lámparas. No hubo ninguna celebración en el tola Ansari, pero los padres de Aadil estaban orgullosos de él, y en aquel momento la mayoría de Rajpur le conocía como algo extraordinario, como el ternero de cinco patas que había nacido de una vaca de los establos del raja. Aadil comprendió que le trataban con condescendencia cuando los brahmanes y yadavs y pathans le gritaban por la calle y le llamaban Profesor Saab. No se dejó afectar por ello. La risa alimentaba su ira, y la ira le mantenía en marcha.

Pero entonces quiso hacer el inter y asistir a la facultad, e iba a hacer falta más que ira para llevarlo hasta allí. Las tarifas eran razonables, pero había mucho más por lo que pagar. Para entonces sabía algo sobre la educación, y comprendía que requería mucho dinero en efectivo. Se tenían que comprar libros, bolígrafos, impresos de solicitud, se tenían que pagar matrículas especiales por los exámenes y los títulos, se necesitaba una bicicleta para ir a la Facultad Lala Chandan Lal Memorial en Jawaharlal Nehru Road, que desde el tola estaba en el otro extremo de Rajpur. Tenía que pagarse la ropa, dos pares de pantalones y dos camisas, para poder sentarse en los bancos al lado de chicos que llevaban chaquetas y zapatos brillantes. Y además estaban todas las otras cosas que no podrías pagar: los *kachoris* de Makhania, el chat-vala que instalaba su puesto al otro lado de la calle frente a la entrada de la facultad, las películas en el Parvati, la camaradería y la risa despreocupada. Los intangibles que nunca se nombraban, pero que también eran educación, que nunca podrías pagar. Aadil sabía todo esto, y sin embargo quiso ir a la facultad. Rechazó casarse e insistió en la enseñanza intermedia y la facultad. Ningún argumento de los mayores del tola pudo hacerle cambiar de opinión lo más mínimo. Aadil les había dicho que solo las tasas y libros y exámenes requerirían setecientas rupias, quizá más, cada seis meses. Preguntaron: ¿de dónde saldrá eso? Pero Aadil se mantuvo firme. No fue grosero, pero inclinó la cabeza hacia abajo y repitió una única frase:

—Quiero ir a la universidad.

Al final, Noor Mohammed lo llevó a ver al raja.

Aadil nunca había estado en el haveli antes. Había visto el muro de ladrillo que lo rodeaba en la parte superior de la colina, y había visto a los hijos del raja con sus ropas relucientes y limpias. En aquel momento le sorprendió la estatua sin cabeza frente a la casa y las hileras de ventanas rotas, y las rejas desportilladas de los balcones. Aun así, se quedó sin respiración por el tamaño y extensión del haveli, los jardines llenos de maleza que una vez debieron de necesitar un personal de cincuenta jardineros, los establos vacíos lo bastante altos como para haber albergado elefantes.



El raja se reunió con ellos en un patio tras la casa. Dio una calada larga a su narguile y miró el destello lejano del río. Llevaba camisa blanca y lungi azul, y visto de cerca era lo menos parecido a los retratos de la realeza que Aadil había visto en sus libros de historia. Incluso el narguile estaba bastante gastado, con una coquilla descanterillada. Noor Mohammed se puso en cuclillas junto al sillón del raja, y tiró de la manga de Aadil hasta que este también se agachó. El raja escuchó a Noor Mohammed y contestó:

—Noora, el chico tiene razón. Debería estudiar. Estos son tiempos para la educación. Pero mi situación es muy mala. Ahora esos bastardos se han llevado mis tierras hasta el huerto.

Hizo un gesto por encima del hombro.

Los bastardos a los que se refería eran los *gangotiyas*, que habían vivido cerca de la confluencia del Milani y el Boorhi Gandak hasta el año anterior, cuando fueron despojados de sus tierras en una semana desastrosa por los cambios en el curso de las aguas. Se presentaron en Rajpur en masa, unos seiscientos cincuenta hombres, mujeres y niños harapientos, y de la noche a la mañana apareció un asentamiento en las tierras del raja. Ocuparon unos treinta bighas, alrededor de dos estanques grandes, y los declararon suyos. Dijeron que les había dado la tierra el difunto padre del raja, quien —según ellos— se transformó tras un encuentro con Acharya Vinobha Bhave, y al instante se convirtió a la ideología idealista de Acharya sobre la redistribución de la tierra. La prueba de ello era un legado en una hoja con los bordes hechos jirones, supuestamente firmado por el padre del raja y fechado dos semanas antes de su muerte. Los gangotiyas se veían apoyados por los políticos de la oposición, y toda la influencia y contactos en decadencia del actual raja no bastaron para apartarles de sus tierras. Había acudido a los tribunales, por supuesto, pero un fallo podría tardar diez años, o veinte. Mientras tanto, los gangotiyas habían plantado cosechas y construido muchas casuchas y siete casas pucca, una escuela y un templo.

—Raja-ji, corren tiempos muy malos —comentó Noor Mohammed—. Pero nuestra familia ha sido vuestra desde hace generaciones. Habéis cuidado de nosotros.

Era cierto. Tradicionalmente, los hombres del tola Ansari habían trabajado en los establos del haveli, pero los caballos y elefantes desaparecieron tras la independencia. Una vez, toda la tierra desde el haveli hasta el río, incluyendo las tierras movedizas de la *diara* más próxima agua, había pertenecido a los rajas. Pero el haveli ya no tenía cientos de lathis que empuñar, de modo que los yadavs habían tomado las tierras fértiles de la diara, y los gangotiyas se habían hecho con los campos cerca de los estanques. El raja estaba presionado por ambas partes. Dio una calada pensativa a su narguile, y entrecerró los ojos mirando al horizonte. Aadil se dio cuenta de que sus chappals de goma, debajo del sillón, se estaban agrietando por las puntas. Entonces el padre de Aadil volvió a decir lo mismo:

—Raja-ji, nuestra familia ha sido vuestra desde hace generaciones.

Se quedaron con el raja durante la tarde, observándole mientras daba caladas y

suspiraba y miraba los campos. Cuando oscureció le dio cincuenta y una rupias a Noor Mohammed, y le dijo a Aadil que trabajase duro. Y regresaron al tola.

A la mañana siguiente fueron a casa de Maqbool Khan.

—*Mir Saab* —le dijo Noor Mohammed—, nuestra familia ha sido vuestra desde hace generaciones.

Maqbool Khan estaba sentado ante un escritorio, hablando por tres teléfonos a la vez. Sus propiedades de tierras se habían visto muy reducidas, pero en aquel momento poseía siete camiones y tres tempos, y tenía intereses en los negocios polvorientos de extracción de grava y fabricación de ladrillos. Llevaba una kurta blanca impecable, no obstante, y lucía un bigote lujoso, ensortijado hacia arriba, digno de su antepasado más señorial. Noor Mohammed retomó su postura en cuclillas junto al escritorio, y Aadil se encorvó a su lado y escuchó cómo hacía negocios Maqbool Khan. Entraron otros hombres y se sentaron en sillas y hablaron con Maqbool Khan y se marcharon.

Al cabo de una hora, Maqbool Khan se reclinó en su asiento, se alisó el pelo hacia atrás, y miró hacia abajo, a Aadil, y le preguntó:

—Chico, ¿así que quieres estudiar? ¿Qué harás?

—Biología.

Por alguna razón, aquello le pareció muy gracioso a Maqbool Khan. Se echó a reír, mostrando dientes teñidos de rojo.

—¿Caballos y vacas? —Soltó—. Noora, tu hijo irá a la facultad para estudiar pollos. ¿Por qué no le enseñas en casa?

Noor Mohammed se quedó callado. Después de unos pocos minutos, cuando Maqbool Khan parecía haberse olvidado de ellos, susurró su vieja cantinela:

—*Mir Saab*, nuestra familia siempre ha estado contigo.

Se quedaron hasta que Maqbool Khan se levantó para comer. Al pasar al lado de ellos, sin mirarlos, puso algunos billetes en las manos ahuecadas de Noor Mohammed. Noor Mohammed le dio las gracias diciendo muchas veces «*Mir Saab*», y se metió el dinero en la camisa, y no lo contó hasta que estuvieron fuera en la carretera, zarandeados por la turbulencia de camiones que pasaban. Maqbool Khan les había dado ochenta y una rupias.

Al día siguiente fueron a Kurkoo Kothi. Nandan Prasad Yadav estaba demasiado ocupado para verles. De hecho, Noor Mohammed y Aadil ni siquiera llegaron a entrar en la casa. Esperaron con un tropel de suplicantes en la verja trasera recién pintada. Los trabajadores habían levantado andamios para arreglar las partes de arriba de los muros, y colocar capas nuevas de azul y blanco sobre el ladrillo. Cuatro guardias armados con rifles aterradores holgazaneaban junto a la verja y de vez en cuando lanzaban un escupitajo a la hierba. Cuando Noor Mohammed y Aadil llevaban esperando tres horas salió un secretario del interior de la casa y se sentó en una silla a la sombra y recogió peticiones. Cuando Noor Mohammed y Aadil llegaron a él, escuchó lo que Noor Mohammed tenía que decir, y le interrumpió con brusquedad:

—Escribe una solicitud.

Eso fue todo. Padre e hijo se retiraron al final de la cola. Aadil tenía un bolígrafo, y un pequeño cuaderno, pero Noor Mohammed pensó que una solicitud así debería escribirse en un papel más grande. A la mañana siguiente, se retrasó para ir al campo, y observó cómo Aadil escribía una carta en una hoja limpia de papel tamaño folio. Por supuesto, Noor Mohammed no sabía leer lo que Aadil estaba escribiendo, pero le hizo leer la carta completa tres veces. Después le dijo a Aadil que la llevase de inmediato a Kurkoo Kothi, y se la diera al secretario saab. Aadil se puso en marcha, más allá de la nullah y hacia la carretera. El sol le quemaba los hombros y los muslos. Entrecerró los ojos, y siguió caminando lenta y pesadamente, luchando contra la renuencia que le aplastaba. Caminó más allá del giro a la izquierda que conducía al haveli, y entonces surgió un latido en su cabeza que iba al compás de sus pies, una pulsación constante de odio hacia sí mismo. Aadil atravesó el bazar, y abajo a la derecha, cerca de la estación de tren, pudo ver la oficina de Maqbool Khan. Tuvo arcadas, y quiso parar, vomitar. Pero se obligó a seguir adelante. Hizo uso de su voluntad una vez más, aquel instrumento que había puesto a punto desde la niñez, y conquistó su cuerpo. Siguió todo el camino hasta Kurkoo Kothi, y se sentó entre el gentío hasta primeras horas de la tarde, y le dio la carta al secretario, y regresó.

Después, Noor Mohammed fue a Kurkoo Kothi una vez a la semana, para preguntar por su carta. Aadil ya había empezado a ir a la facultad, sin ropa nueva y sin bicicleta, y se despreció a sí mismo por necesitar el dinero, y despreció a su padre por pedirlo. Bi Diwali, Nandan Prasad Yadav en persona apareció en la verja, y Noor Mohammed —al menos— regresó con ciento una rupias. De modo que Aadil logró abrirse camino en el primer y segundo año del inter y después los tres años de su licenciatura en zoología, con dinero ganado y gorroneado y suplicado, arrastrando deudas a su paso. La zoología era su consuelo. Pensar en dos metros delgados de ADN metidos en el espacio infinitesimal de una única célula significaba esfumarse en el asombro. Aadil rezó, tuvo fe, pero en aquellos momentos las únicas ocasiones en que sentía un bálsamo absoluto de consuelo y cura y amor de Alá era cuando contemplaba la belleza del filo y las clases, cuando estudiaba fotografías de fagocitosis y pinocitosis. Pasaron cinco años, cinco años duros que fueron muy largos y aun así fugaces. Aadil sabía que tenía que seguir con la zoología. Terminaría su licenciatura, y quería un master en ciencias, no había duda sobre ello. Tampoco había posibilidad de cursar ningún master en ciencias en Rajpur, ni en zoología ni en nada. A sesenta kilómetros de distancia había un departamento de zoología en la Universidad Nav Niketan, pero Aadil quería ir a Patna. La ciudad estaba muy lejos, pero precisamente lo que Aadil quería era distancia. Necesitaba alejarse de Rajpur, e imaginaba Patna como un entramado de crecimiento descontrolado de bulevares iluminados, un refugio de anonimato donde nadie le conocería a él o a su familia. No tenía dudas de que lograría ser admitido en Patna. Había trabajado duro, y sus profesores estaban satisfechos con él. Sus notas no eran espectacularmente buenas,

pero todo el tiempo había conseguido notas de primera clase, bajas y medianas. La cuestión, como siempre, era el dinero. ¿De dónde iban a salir las doscientas rupias al mes, quizá doscientas cincuenta, que costaría sobrevivir y estudiar en Patna? No había becas disponibles para él. Ningunos contactos de alto nivel iban a ejercer sus influencias para conseguirle financiación de la Facultad de Ciencias de Patna, ningún político iba a darle unos estudios como regalo. Aadil tendría que conseguirlo por su cuenta.

Aadil fue a ver a Maqbool Khan.

—Hágame conductor —pidió.

Entonces, de repente, Maqbool Khan quiso defender la dignidad de los estudios de Aadil:

—¿Cómo va a ser conductor un chico instruido como tú? —preguntó—. ¿Por qué no das clases particulares o algo?

—Los hindúes no me contratarán para enseñar a sus hijos —respondió Aadil—. Y no hay suficientes musulmanes en Rajpur, no los suficientes que puedan pagar.

Maqbool Khan se rascó el pecho pensativamente.

—Necesito un ayudante. No puedo retener todos estos números en la cabeza. Eres honesto, ayúdame con las sumas y las cuentas.

Pero Aadil le preguntó quién cobraba más, un conductor de camión o un ayudante de contabilidad.

—No es así de simple —replicó Maqbool Khan—. Primero tienes que colocarte de aprendiz de limpiador. Solo después ganas más dinero.

—Seré limpiador —contestó Aadil sin más—. ¿Cuándo empiezo?

De modo que se le ofreció a Rajpur este nuevo espectáculo: el gran Dibba inteligente como limpiador de camiones. El día después de conseguir su licenciatura en ciencias, empezó a trabajar para Maqbool Khan.

—Arre, ¿qué otra cosa esperabais? —Soltaban los entendidos del bazar—. ¿Que el hijo de Noora iba a ser primer ministro?

Aadil llevaba su nuevo uniforme de mugre y grasa con serenidad. Era difícil consolar a sus padres, sin embargo, y tuvo que persuadirles de que ese trabajo era solo una situación temporal. Los estudios te volvían incapaz, al parecer, de trabajar con las manos. El propio Aadil sentía punzadas de esa aversión, pero se decía a sí mismo que aquel trabajo también era un tipo de educación. Los camiones de Maqbool Khan recorrían las carreteras ásperas alrededor de Rajpur, y Aadil veía todos esos cientos de kilómetros. Salía con cargamentos de grava, y regresaba con madera y cemento. Una vez a la semana ayudaba a Maqbool Khan con las cuentas, y ponía orden en sus libretas de ahorro. A finales del primer año le permitieron conducir, y le mandaban a viajes que duraban todo lo más una semana.

El pelo de Aadil, en la parte izquierda de la cabeza, empezó a volverse gris. Su madre le echó la culpa a los estudios, a las largas noches pasadas mirando libros con detenimiento bajo la luz de una lámpara parpadeante, a su soltería, al estrés de

conducir semana tras semana. Su padre le recomendó que tiñese las motas grises con mahendi, o incluso con alguno de los nuevos tintes caros que estaban empezando a estar disponibles en el bazar. A Aadil le gustaban sus canas. Pensaba que le daban el aspecto maduro de un gran científico. Sin embargo, a veces resultaba asombroso verse fugazmente en un espejo retrovisor resquebrajado, y preguntarse a quién pertenecía aquel rostro envejecido. Al cabo de dos años, para cuando había reunido suficiente dinero para irse a Patna, toda su cabeza, desde la parte posterior y a derecha e izquierda, mostraba motas plateadas. Fue a la Universidad de Patna con el pelo prematuramente encanecido, y lleno de energía renovada.

Patna no era como esperaba. Era amplia, más grande que cualquier pueblo o ciudad que hubiera visto nunca. Tenía calles amplias aquí y allá, y algunos jardines, pero había partes de ella que tenían el aspecto de pueblos apiñados, o Rajpur comprimido y más caro. Tenía las mismas casuchas descuidadas, los callejones con curvas, los montones de basura. La zona alrededor de la universidad, con todo, tenía algunos imponentes edificios antiguos, algunos construidos en la época colonial y otros donados más tarde por benefactores. Había árboles viejos, y a Aadil le gustaba sentarse en los *ghats* por las tardes y observar la orilla alejada del río. El número de estudiantes, en la universidad y en las facultades de los alrededores, era asombroso. Sentía una especie de alivio cuando acudía a algún acto grande, una concentración o una conferencia o una conmemoración, y veía las hileras e hileras de rostros, al saber que había cientos y miles de personas que habían seguido el mismo camino, que al menos había otros que habían soportado las mismas hambres. Lejos de su familia y del tola Ansari, Aadil experimentó una soledad que nunca antes había conocido, pero le dio la bienvenida como un dolor derivado del hecho de crecer. Ahora estoy en la ciudad, pensaba, y debo aprender a vivir de forma moderna. Es necesario.

En medio de los laboratorios y los restaurantes baratos de Patna, Aadil trataba de rehacerse a sí mismo, pero sus otras identidades no dejaban de alcanzarle. De alguna manera, sus compañeros de clase supieron lo de Dibba, su antiguo apodo. Tal vez alguno de sus viejos profesores de Rajpur se lo había mencionado a algún amigo del departamento de zoología en Patna, quizá algún chico de Rajpur iba a otra facultad y le había visto por la calle. Comoquiera que hubiese pasado, Patna sabía quién era Aadil, quién era su padre. Sabían que había conducido camiones, y que los había limpiado. Había ciertos elogios hacia su historia inusual, y uno de los profesores de Aadil le dijo —en privado, en la sala de profesores— que él debería ser una inspiración para aspirantes a científicos de todas partes, que un chico tan pobre pudiese llegar tan lejos, pero Aadil percibió una inexplicable capa de desprecio en el comentario. Después de ofrecer su cumplido altruista, el profesor no le prestó más atención, ni ayuda, ni consejo, ni le concedió dinero o becas. Aadil siguió trabajando solo. En tres ocasiones, después de completar su propio namaaz, acudió a reuniones de organizaciones de estudiantes musulmanes, pero se sintió ahogado por lo limitado de sus discusiones, que lo reducían todo a la fe y su historia. De modo que se

mantuvo en su trabajo, y se quedaba en los laboratorios hasta última hora de la tarde, y leía hasta que la residencia resonaba con risas escandalosas, y después se ponía a dormir.

En el primer mes del segundo año, Aadil conoció a Jagarnath Chaudhary. Jaggu, como le llamaban, era un brahman bhumihar de Gopalganj, lejos al noroeste. Conducía una moto y llevaba chaquetas deslumbrantes rojas y amarillas, y cantaba canciones de películas con una voz melodiosa de barítono mientras caminaba con aire arrogante por los pasillos. Estaba sentado, aquella tarde, en el asiento trasero de su moto, con un pie apoyado contra el muro que rodeaba la residencia. Con un gran despliegue de gritos y bromas con sus amigotes, estaba haciendo planes para ver una obra de teatro que hacían aquella tarde en el Kala Manch. Aadil pasó por su lado, sujetando un montón de libros contra el pecho, y casi había llegado a las escaleras cuando Jaggu le llamó:

—Arre, como-te-llames, vente tú también.

Aadil intentó rehusar, pero Jaggu rechazó sus protestas sobre lo que tenía que estudiar y los preparativos que tenía que terminar.

—No seas tan *sadial* —le dijo Jaggu—. Las entradas ya están compradas. Te vienes, harami.

Ser insultado de forma cariñosa por Jaggu fue persuasivo de alguna forma, y Aadil fue en silencio. La obra era desastrosamente mala, incluso Aadil, que nunca antes había visto una obra de teatro, pudo darse cuenta de que era un melodrama mal interpretado sobre nueras perseguidas con un final feliz metido a presión. Y, sin embargo, resultó delicioso sentarse en una habitación a oscuras sobre bancos duros de madera, e intercambiar comentarios ingeniosos y reírse y comer sarnosas grasientas. Después, fueron a un restaurante y comieron pollo y rotis al estilo tanduri. Aadil rechazó las ofertas de cerveza, pero se permitió una Coca-Cola. Su sabor mordaz le relajó un poco, y se rió con las bromas de Jaggu, y él mismo contó una historia, sobre el viejo Ramdas, un agricultor de Rajpur que se negaba a aceptar que nadie hubiese aterrizado en la Luna. Salieron hasta tarde, y pasearon hasta casa por las calles vacías, y sin embargo Aadil se despertó fresco a la mañana siguiente. Se adentró en su día con una ligereza inexplicable en el corazón, y el trabajo fluyó con facilidad. Cuando volvió a la residencia, se sentó cerca de la entrada con Jaggu y los demás durante una hora.

Esa se convirtió en la rutina de Aadil. Era disciplinado en cuanto a salir e ir a clases temprano cada mañana, pero por las tardes se sentaba con los chicos y hablaba de política, corrupción, películas, acontecimientos internacionales, el cambio climático, mujeres, criquet. La conversación se movía rápido, en una mezcla de hindi y bhojpuri y magahi rociada de inglés. A veces Aadil se quedaba callado, cuando las alusiones se le escapaban, o cuando la jerga iba tan deprisa que le dejaba bastante rezagado. A lo largo y ancho de esas sesiones, por las noches en los restaurantes, se daba cuenta de cuántas cosas no conocía sobre las vidas de sus nuevos amigos, sobre

la gente que no vivía en el tola Ansari. A pesar de todo lo que había leído, su mundo había estado limitado, y no solo por la pequeñez de Rajpur. Ahora que era amigo de chicos que habían crecido con televisores en sus casas, que daban por sentadas las motos y los viajes a Calcuta, cuyos padres se suscribían a periódicos y revistas, Aadil entendió que la pobreza era un país en sí misma, que era un extranjero caminando con torpeza por paisajes desconocidos. Pero era un buen aprendiz, y se aplicaba. Le daba terror avergonzarse a sí mismo, de modo que era tímido, y siempre reacio a presuponer la familiaridad. Pero Jaggu siempre llamaba a su puerta, y le incluía en todos los planes del grupo.

—Despierta, Dilip saab —decía—, es hora de irse.

Jaggu insistía en que Aadil era una copia exacta de Dilip Kumar de joven, hasta la voz suave y la forma trágica de hablar entre dientes.

—Ponte un rifle en las manos —le había dicho— y pareces sacado de *Ganga Jamuna*.

Aadil entendía que eso, en el léxico de Jaggu, era un halago elevado. Pero teniendo en cuenta que Jaggu pensaba que él mismo era el vivo retrato de Jackie Shroff, e imitaba con precisión quisquillosa a su tocayo, Aadil no se tomaba el cumplido demasiado en serio. La generosidad de Jaggu era exactamente igual a su autoengaño. Creía con sinceridad que había repudiado por completo su ascendencia bhumihar de zamindar de clase media al estudiar historia e implicarse en el teatro y los círculos poéticos de Patna, pero vivía gracias a pagos mensuales sustanciosos que le llegaban de casa. Decía que no creía en la casta o en el credo, pero en una ocasión le confesó a Aadil —tarde por la noche, después de muchas botellas de cerveza— que pensaba que la gente de las castas inferiores era impura.

—No se bañan —le susurró en tono confidencial—. No está en sus *sanskars*, ya sabes. Eso no lo puedes negar.

Nunca le dijo a Aadil si los musulmanes se bañaban o no, pero le gustaban especialmente las películas patrióticas sobre combates con Pakistán. Comía pollo tanduri con avidez, y creía que la narrativa de la historia debía deducirse de hechos comprobados y evidencia arqueológica, pero se puso furioso de forma salvaje cuando leyó en el periódico que un profesor universitario había publicado un libro demostrando que los indios védicos comían carne de ternera.

—Todo esto es un complot —murmuró, con el rostro enrojecido—, un plan maderchod.

No dijo de quién era el plan, y Aadil no preguntó. Se entendía.

Y, sin embargo, Jaggu era un amigo cariñoso y fiel. Se veía en su forma de ayudar a Aadil y a otros compañeros de residencia, organizaba excursiones, se iba en su moto y salía a buscar medicinas cuando alguien estaba enfermo. Aunque no estaba en el departamento de Aadil, recopilaba cotilleos sobre los profesores de Aadil y le avisaba de las sutilezas de la vida académica. Era un apoyo constante, y Aadil se sentía contento de tenerlo como confidente. Era imposible admitirlo, incluso para

Jaggu, pero la universidad era muy dura para Aadil, y se estaba volviendo más difícil. No eran solo los estudios y la investigación, que se llevaban horas y esfuerzo y la energía física de Aadil. Eso lo podía manejar, aunque ahora competía con chicos que tenían talento de verdad, y no la masa harapienta de los patanes de Rajpur. Era la escasez crónica de dinero lo que acababa con él. ¿Cómo podías leer y concentrarte en lo que leías cuando el estómago se te sacudía y te dolía de hambre? A medida que pasaban las semanas, la pequeña reserva de efectivo que Aadil tenía en el banco se iba reduciendo. Siempre había gastos imprevistos, tasas y cobros en la residencia y antibióticos para una fiebre repentina. Había libros que no estaban en el programa pero que los profesores afirmaban de modo informal que eran una lectura esencial antes del examen. Y había hambres nuevas, de una obra de teatro, de cenar en un restaurante y tal vez de una Coca-Cola. Pero las rupias se desvanecían con rapidez, y Aadil luchaba, y trataba de reducir sus gastos. Pero no había ningún exceso que recortar, y se sentía como si su disciplina le estuviese tallando la carne. Sufría, y ocultaba su sufrimiento.

—Beta, ¿qué le está pasando a tu pelo? —le preguntó Jaggu a Aadil una tarde, tirando de él hacia abajo por el hombro para poder mirarle la cabeza de cerca con detenimiento.

Estaban sentados encima del muro, fuera de la residencia, esperando al grupo para reunirse y hacer una expedición al cine Ashok.

—¿Mi pelo? Nada —contestó Aadil.

Se dio palmaditas en la raya, y se tranquilizó por la plenitud del crecimiento.

—Yaar, se está volviendo completamente blanco.

—No.

—Te lo digo.

—Está igual. Ha estado así desde hace mucho tiempo.

—No, no. Blanco del todo, te lo digo. Ven y verás.

Volvieron a entrar en la residencia, subieron al cuarto de Jaggu, que tenía muchos espejos. Jaggu colocó a Aadil delante de uno que había en la pared, y sujetó otro detrás de su cabeza.

—Mira —pidió.

Aadil miró, y vio que por detrás su cabeza estaba de hecho bastante blanca. Por detrás, era un anciano.

—Creo que se está extendiendo de atrás hacia delante —comentó Jaggu—. Pero escucha, no hay nada de qué preocuparse.

Y se puso a enumerar tintes de pelo, y a pronunciar las virtudes de las diferentes marcas, y a instruir a Aadil sobre su uso. Se indignó cuando Aadil negó con la cabeza, y rechazó teñirse.

—¿Por qué, bhai, por qué? Te pregunto, ¿por qué? —Soltó—. No habría nada más sencillo. No es como si tuvieras que hacerlo todos los días. Necesitas cuidarte, y te niegas a hacer esta pequeñez.



Aadil cogió a Jaggu por la muñeca, y sonrió, y negó con la cabeza, y lo llevó abajo, de vuelta a la entrada y con los demás. Era imposible explicarle a Jaggu que teñirse el pelo ni siquiera una vez al mes podría ser un gasto insoportable, un lujo reservado para gente distinta a Aadil. Jaggu, que tiraba el cepillo de dientes semana sí semana no porque pensaba que parecía gastado y viejo, no podía saber qué significaba en realidad vivir sin un fajo grueso de rupias disponibles en todo momento. No le faltaba inteligencia, ni compasión, o perspicacia. Solo era distinto, no lo podía entender. Aadil no podía culparlo personalmente. Aadil no podía decirle, tampoco, que en aquellos momentos había muchos días en los que se sentía un anciano. Tal vez Aadil había envejecido de forma prematura, que era por lo que sentía aquella fatiga debilitadora filtrándose por sus venas. Luchaba para levantarse de la cama cada mañana, luchaba con el cansancio para superar las conferencias, el estudio, los exámenes. El agotamiento no estaba solo en sus músculos y células, eso tal vez lo podría haber aislado y controlado y derrotado. De alguna manera se había debilitado, derribado de forma que solo quedaba una esquirla de voluntad, férrea y quebradiza. Estaba a punto de romperse, y sin embargo tenía que seguir adelante. Sobrevivió. Se mantuvo en ello, y para finales de año, para cuando los exámenes habían terminado y se hacían planes de futuro, Aadil había tenido suficiente. Quería irse a casa.

—¿Por qué? —preguntó Jaggu—. ¿Volver a qué? Tienes que hacer un doctorado, eso es lo único que puedes hacer.

Conseguir un doctorado era la única opción posible si querías dar clases, lo que Aadil de hecho quería hacer. Pero pagarse otro título, durante tres o tal vez cuatro años, era algo de lo que no era capaz, ya no. Quizá un ser humano solo podía realizar todo aquel esfuerzo, pensó, y él lo había intentado con tanta fuerza desde el primer curso en adelante, que no le quedaban fuerzas. Sabía que ya no podía conducir camiones, o perder otra comida, o pedir libros prestados y hacer promesas fervientes de que los devolvería antes del amanecer. Trató de explicárselo a Jaggu:

—Simplemente estoy muy cansado —dijo.

Jaggu se enfadó.

—¿Qué es esto, esta flojera? Pensaba que tenías más agallas. Estás arrojando por la borda años de estudios. Al menos inténtalo.

Por primera vez, Aadil sintió un resentimiento sombrío hacia Jaggu, el amigo que había terminado un máster con tanta facilidad e iba a pasar a otro, que sin duda lo acabaría también con una canción en los labios, que haría un doctorado y al que le caería un trabajo docente en el regazo. Pensaría que verdaderamente se había empleado a fondo para ganar esos premios, creería que se había sacrificado y había sudado. Sin duda, algún día, sentado con sus compañeros en alguna sala de profesores acogedora, contaría la historia de su amigo Aadil, un chico pobre de pueblo que no tuvo fortaleza para terminar sus estudios. Esa gente, diría, y suspiraría y daría un sorbo al chai. Y ahí estaba, el generoso Jaggu, honrado e indignado. Aadil

quiso darle una bofetada.

En vez de eso, Aadil se dio la vuelta. Resistió los ruegos y las pullas vehementes de Jaggu durante las tres semanas siguientes, y después se fue a casa, a Rajpur. Ahí, en el bazar, hubo debates y discusiones sobre lo que le había pasado a Dibba en Patna. Algunos pensaban que había fracasado, otros creían que ni siquiera había ido a Patna. De lo contrario, ¿por qué regresaba, con toda su supuesta educación, y trabajaba en el campo? Ese era el enigma que Rajpur intentaba solucionar, y algunos incluso fueron al tola Ansari, para ver a Aadil en el campo, vestido con lungi y sudando junto a su padre. Aadil hizo caso omiso a todas las preguntas e insultos, y fue reservado. Iba raras veces a la ciudad, para conseguir semillas y fertilizante, y regresaba de inmediato. Transcurrieron los meses, y los ingeniosos del bazar se cansaron de Dibba, y pasaron a otros temas. El interés se reavivó de repente cuando quedó claro que Dibba iba a producir una cosecha espectacular en aquella pequeña parcela de tierra *patli* cerca del tola Ansari. Tras la cosecha de primavera, hubo muchos labios asentimientos de cabeza en Rajpur.

—Ese chico Dibba está recuperando todo el dinero de Patna para su padre. De su tierra *ekfasli*, Dibba va a sacar dos cosechas. El viejo Noora debe de estar contento.

Noor Mohammed no estaba contento. Estaba muy preocupado. Durante la recogida de la cosecha, Aadil se había percatado de que la tierra se había hundido. La granja que había junto a la de ellos pertenecía a Nandan Prasad Yadav, y durante la siega se amplió quince centímetros por la zona colindante con la tierra de Noor Mohammed. Los hombres de Nandan Prasad Yadav recolectaron su cosecha, y cuando terminaron, la *addah* que separaba las dos propiedades de alguna forma se había movido quince centímetros hacia el oeste. Una granja creció, la otra menguó. Cuando Aadil lo advirtió, Noor Mohammed lo negó al principio. Entonces Aadil se enfadó, y le llevó a la línea divisoria, e indicó por dónde estaba más cerca al árbol *babul* en su parte, y más lejos de la bomba en el terreno de Nandan Prasad Yadav. Noor Mohammed ya no podía negarlo más. Admitió que les habían quitado tierra, pero le suplicó a Aadil que no hiciese nada, que no dijese absolutamente nada.

—Somos gente muy pequeña —afirmó—. Ellos son elefantes.

Aadil se quedó callado. Las flores amarillas del *babul* resplandecieron hacia la calima distante sobre el río.

—¿Cuánto han cogido? —preguntó.

—Has dicho que esto, ¿kya? —contestó Noor Mohammed, levantando una mano callosa, con los dedos estirados.

—No —replicó Aadil. Le cogió la mano a su padre—. Me refiero en total, todo, a lo largo de los años.

Noor Mohammed echó un vistazo a las propiedades de Nandan Prasad Yadav, que llegaban hasta la altiplanicie y la carretera. No midió, ya lo sabía.

—Solíamos tener casi una bigha y media. Se llevaron una bigha cuando yo era niño. Mi *Abba* tomó algo de dinero prestado y firmó un documento.

—¿Qué documento?

—¿Quién sabe? No pudo pagar, así que se llevaron la tierra.

Noor Mohammed no sabía quién tenía el documento en esos momentos o dónde podría encontrarse.

—Beta —dijo—, ahora la tierra les pertenece. Es suya.

Aadil señaló la nueva addah.

—¿Y esto?

Noor Mohammed no sentía ninguna pena ni enfado. Tenía la frente y las mejillas tan duras como piedra negra tallada.

—Esto también —contestó— es suyo.

Se dio la vuelta y volvió caminando al tola con su ritmo acompasado de costumbre, ni lento ni rápido.

Noor Mohammed se preocupó al día siguiente, cuando quedó claro que Aadil no estaba dispuesto ni era capaz de quedarse callado. Aquella mañana, Aadil fue a Kurkoo Kothi y exigió ver a Nandan Prasad Yadav. Después de que le dejaran esperando durante cuatro horas, fue a la *thana* de la policía de Rajpur e intentó presentar un FIR, y cuando el agente de servicio se rió de él, volvió al tola Ansari, cogió una pala y salió al campo. Una hora más tarde, un trabajador de los terrenos de Nandan Prasad Yadav le vio, cavando furiosamente. Había hecho retroceder la addah cuatro metros y medio. Una hora después, dos hombres con lathis y dos con escopetas aparecieron en el tola Ansari, y hablaron con Noor Mohammed. Él y dos de sus primos salieron corriendo al campo, y hablaron y después se pelearon con Aadil. Tuvieron que forcejear para quitarle la pala. Los insultó a todos, y los hombres de Nandan Prasad Yadav se rieron. Aadil se marchó. Noor Mohammed y sus primos volvieron a mover la addah hasta donde estaba aquella mañana.

Aadil fue a ver al *karamchari* del registro de la propiedad al día siguiente, y luego al inspector local. Ambos parecían impresionados por su forma de hablar sofisticada, y le aconsejaron que presentase un pleito por la tierra, y ellos lo elevarían hasta el funcionario del distrito, que de hecho era un cobrador adjunto, que lo elevaría al cobrador. Ni el *karamchari* ni el inspector local sabían nada acerca de un pagaré firmado por el abuelo de Aadil, pero el *karamchari* prometió comprobar el número de la parcela de tierra en el registro, y ver si había algo que pudiese encontrar allí.

Aadil entendió que no se encontraría nada, y que no se haría nada. No tenía dinero para sobornar al *karamchari*, ni influencia para presionar al inspector local. El tola Ansari no tenía ni las cantidades ni la voluntad como para hacer frente a Nandan Prasad Yadav. La tierra que se había perdido nunca se recuperaría. Lo sabía con tanta seguridad como sabía que el Milani fluía de oeste a este, y sin embargo era incapaz de resignarse a ello. Sabía que en Rajpur el imperio de la ley era una ilusión en la que ni siquiera creían los niños, pero no podía hallar la fortaleza que practicaban sus padres. Ya no se quedó callado. Cuando iba al bazar, hablaba enfadado contra Nandan Prasad Yadav. Le llamaba ladrón y bastardo. No había bebido cerveza en Patna, pero

entonces empezó a beber *tadi*. Ahora sus familiares lo encontraban a menudo tambaleándose por la carretera hacia el tola Ansari. Se sentaba encima de la alcantarilla, hablando consigo mismo y lanzando miradas inyectadas en sangre a toda la gente que pasaba por su lado. Su madre y su padre suplicaron, amenazaron, hicieron que el maulvi hablase con él, pero nada pudo aliviar la desesperación de Aadil. Su madre insistió en que se casase en ese momento, una esposa y la responsabilidad le calmarían, pero ningún padre estaba dispuesto a ofrecer a su hija a ese loco conocido, a pesar de toda su educación.

Aadil todavía trabajaba con asiduidad en el campo, todos los días. Todos los días, recorría a pie la longitud de la addah, asegurándose de que no se había vuelto a mover. Una tarde, aquel agosto, encontró a dos hombres esperándole al final del terreno. Uno era alto, con enormes antebrazos musculosos y aire beligerante. Pero el otro, bajito y oscuro y con la cara redonda, era claramente el líder.

—¿Eres Aadil Ansari? —preguntó, aferrándose a los extremos de su *gamcha* y rebotando sobre los talones.

—Lo soy.

—*Lal salaam*. Soy Kishore Paswan.

Aadil no supo bien cómo reaccionar ante el puño levantado de Kishore Paswan. Nunca antes había recibido un saludo rojo, y lo intentó con torpeza y se puso la mano encima del pecho. A Kishore Paswan no pareció importarle. Sonrió a Aadil.

—He oído que estás teniendo muchos problemas.

—¿Quién eres?

Los naxalitas nunca habían sido muy activos por Rajpur, y Aadil nunca había oído hablar de Kishore Paswan.

—Ya te he dicho quién soy. Soy Kishore Paswan Jansevak. Vamos. Cuéntame qué está pasando.

Kishore Paswan cogió a Aadil por el codo y se lo llevó a un lado del terreno, donde todos se pusieron de cuclillas bajo la sombra de un árbol. Paswan tenía una voz muy suave, y unas maneras tranquilizadoras. Aadil se encontró contándole toda su historia, no solo lo de la tierra robada, sino sus luchas en la escuela primaria, y sus tiempos en Patna. Paswan escuchó, y después le habló a Aadil de sí mismo. Procedía de cerca de Gaya, era hijo de jornaleros. Su familia participó de forma activa en el movimiento antifeudal, y su padre naxalita había trabajado con el gran revolucionario Chunder Ghosh. Cuando Kishore Paswan tenía tres años, tanto a su padre como a Chunder Ghosh les disparó y asesinó un agente de policía disfrazado de hombre de negocios. De modo que Kishore Paswan había sido políticamente activo desde la juventud, trabajando contra las opresiones de las castas altas y el Estado. La historia le había convertido en Kishore Paswan Jansevak. Ahora era funcionario en el Consejo Revolucionario del Pueblo, el CRP, que era una organización asentada, legal, dedicada a la mejora de los pobres.

—Nos dedicamos a la justicia, amigo mío —dijo Kishore Paswan—. Si tienes

conciencia política, estás con nosotros. Si eres inteligente, no tienes más opción que estar con nosotros. Queremos unir al proletariado. Tenemos miembros de todas las castas, todas las religiones. Algunos de nuestros líderes incluso son brahmanes. No importa. Si entiendes la estructura de la opresión, entonces no puedes evitar estar con nosotros.

A medida que Kishore Paswan continuó describiendo esa estructura, Aadil vio que la lógica de aquel hombre era impecable. Que el feudalismo todavía existía en Rajpur era obvio, no hacía falta decir que las clases reaccionarias oprimían al proletariado. Pero en aquel momento, mientras Paswan instruía a Aadil en las sutilezas del marxismo-leninismo-maoísmo, Aadil comprendió de qué forma precisa se adaptaba la teoría a los hechos. Claro que Aadil había oído hablar de Marx antes, había debatido sobre Lenin con sus compañeros de residencia, pero había estado demasiado preocupado con la zoología como para bucear en los trabajos de Mao, leer o investigar, entender la larga marcha del Gran Timonel y el estruendo primaveral que su partido proclamó un día sobre la India. Ahora a Aadil le parecía que lo que Paswan le contaba tenía una elegancia científica. Claro, claro. Las instituciones del Estado eran reaccionarias por naturaleza, definidas por posiciones de clase que las controlaban. La policía y otros brazos ejecutores del Estado se utilizaban para destruir, exterminar la lucha de clase de los campesinos sin tierra que se estaba desarrollando. A lo que siempre se referían como «problema de ley y orden» en los periódicos reaccionarios era en realidad una consecuencia natural de un sistema sociopolítico que generaba pobreza, desempleo, analfabetismo y subdesarrollo por todas partes para más del noventa por ciento de la población que trabajaba duro en la mayoría de zonas rurales, mientras producía inmensa riqueza y derroche para un puñado de clases parasitarias en los pueblos y las ciudades. El objetivo de la lucha de clases era eliminar el feudalismo y el capitalismo burocrático. Las contradicciones de la actual sociedad dividida en clases desembocarían en su destrucción, conducirían a una auténtica sociedad sin clases sobre la tierra. La dialéctica en sí misma produciría el paso siguiente necesario, el paraíso de los trabajadores. Eso no podía negarse. Era inevitable.

Paswan habló con rapidez, sin pausa. Sus palabras cayeron como medicina que se restregaba sobre Aadil y consumía los últimos vestigios de ilusión burguesa en su mente y su corazón. Entonces supo lo ridículo que había sido por su parte invertir esperanza en un sistema podrido. Confiar en las clases reaccionarias de alguna manera era un signo de debilidad e ignorancia. Aadil quería participar, tomar parte de alguna forma en la revolución.

—Eso es fácil de decir —replicó Paswan—, difícil de hacer.

—Haré cualquier cosa.

—Bien. Ten cuidado —apuntó Paswan con severidad—, la primera batalla que un revolucionario debe ganar es contra su propia ignorancia y malos hábitos. Esperamos nada menos que un comportamiento social ideal, digno de un revolucionario. Has de

controlarte a ti mismo. Has de examinarte a ti y tus reacciones de forma permanente, y dedicarte por completo a la lucha. Menos no es aceptable.

Así que de forma inmediata, de aquel día en adelante, Aadil dejó la tadi. Jamás volvió a beber. Se aplicó en la lucha. El camarada Jansevak le dio instrucciones para que educase a los pobres de Rajpur y los alrededores, para aumentar la conciencia revolucionaria, y para seguir trabajando en el campo, no perder el corazón. Fortalecido, Aadil continuó. Con el respaldo del CRP, acompañado por el camarada Jansevak, Aadil volvió a visitar al karamchari, que entonces fue sumamente colaborador y productivo. Inmediatamente se presentó un pleito por la propiedad de la tierra contra Nandan Prasad Yadav.

Una semana después, Aadil no tenía agua. El agua para regar que alimentaba sus terrenos procedía del río, hacia el este, y a través de la tierra de Prem Shanker Jha. Ese había sido el acuerdo durante décadas, durante generaciones. En aquel momento, Prem Shanker Jha cerró la acequia estrecha y afirmó que necesitaba la tierra para cultivar, que el movimiento de agua a través de sus terrenos era una carga que ya no estaba dispuesto a llevar. Se negó a escuchar razones. Aadil ya no estaba dispuesto a suplicar. Las relaciones entre Prem Shanker Jha y Nandan Prasad Yadav no eran de lo más cordiales. Rivalizaban en influencia y dinero y tierra, los candidatos políticos que respaldaban a veces chocaban unos contra otros. Y, sin embargo, ahora actuaban en connivencia. Como apuntó el camarada Jansevak, así funciona el mundo capitalista, enemigos a muerte se convierten en hermanos para proteger intereses de clase. No te preocupes, le dijo el camarada Jansevak a Aadil, lucharemos.

Pero, aquel lunes, arrestaron a Aadil. A las cinco de la mañana lo sacaron a rastras de un sueño amargo, a golpes, y lo llevaron a la thana. Ya habían preparado el FIR: un tal Aadil Ansari, actuando con un grupo de once hombres desconocidos, había rodeado a dos agentes en la chowki de Garhi y los había dejado sin sentido. Los intrusos irrumpieron en el arsenal de la chowki y levantaron nueve rifles Lee-Enfield.303 y cuatrocientos sesenta cartuchos de munición. A los dos agentes les ataron y les vendaron los ojos, pero vieron con claridad al cabecilla, a quien reconocieron como el líder naxalita de mala fama Aadil Ansari.

Sobre la base de esta mentira, Aadil permaneció diez días en prisión preventiva. Los policías le golpeaban todos los días, con correas, y con lathis en las plantas de los pies. Noor Mohammed protestó de forma desesperada ante la verja de Nandan Prasad Yadav, y se quedó sentado días enteros fuera de la thana y lloró. Al cabo de diez días, se rechazó la petición de fianza para Aadil, alegando que representaba un riesgo de violencia para la sociedad en general, y en particular para los dos testigos de su delito. Le mandaron a cien kilómetros al sur, al Hasla Aadarsh Kara, a esperar el juicio. Aadil pasó los dos años y tres meses siguientes en esa cárcel, en medio de una serie de fechas para el juicio y aplazamientos, todo porque los dos agentes eran incapaces de comparecer en los tribunales y testificar. Primero ambos estuvieron enfermos, después se les destinó a la frontera con Nepal, después volvieron a estar

enfermos. Simplemente, no estaban disponibles. El juicio, por supuesto, tenía que llevarse a cabo, así que mantenían a Aadil en prisión. Se sorprendió a sí mismo con su paciencia, su buen ánimo, en aquel edificio fétido, ruinoso, que machacaba a tantos hombres. Se había construido cincuenta años antes, para albergar a seiscientos prisioneros, y ahora contenía a dos mil. La comida olía a podrido, y las fiebres y disenterías afectaban de forma constante. Pero Aadil nunca estaba deprimido ni preocupado. Ya no rezaba, ni siquiera una vez al día. Se dedicó al estudio del marxismo-leninismo-maoísmo y a las campañas organizadas por campesinos y trabajadores en todas las partes del mundo. Aadil leía los panfletos y libros que le mandaba el camarada Jansevak, y educaba a cada hombre que entraba en contacto con él. En la cárcel de Hasla, a Aadil pronto se le conoció como el Profesor, y ese fue el sobrenombre que se llevó al salir.

Aadil y otros cuatro se escaparon una mañana radiante de diciembre cuando el primer ministro estaba de visita en el distrito. A muchos de los integrantes del personal de la cárcel se les puso de servicio en las carreteras y en la bandobast del ministro, dejando solo el esqueleto del personal en la cárcel. Aadil y sus compañeros presos redujeron a dos guardas detrás de la lavandería de la cárcel, y después escalaron un muro, utilizando estantes de madera y cuerdas de la lavandería para construir escaleras improvisadas. Dos días después, Aadil estaba en Rajpur, reunido con el camarada Jansevak.

—Quiero a esos bastardos —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó el camarada Jansevak—. Si matas a dos policías, tendrás que huir para siempre.

—Ya estoy huyendo. No te preocupes. Estoy decidido. Lo he dejado todo atrás.

Aadil mató a los dos agentes nombrados en el FIR cuatro días después. De hecho, murieron cinco policías en la explosión, pero a Aadil le preocupaban sus dos acusadores. Los otros solo eran beneficios fortuitos. El camarada Jansevak había puesto a Aadil en contacto con el comité de Acción del Pueblo, que era el brazo militar del CRP. El CAP tenía la suficiente información y material para hacer el trabajo. Sabían que un inspector y cuatro agentes irían en jeep al pueblo de Ganti, para investigar un conflicto entre grupos rivales en una disputa de tierras. Durante tres días, el CAP ocultó a exploradores que vigilaban la carretera sucia que la policía tendría que transitar hacia Ganti. Al cuarto día, el jeep de la policía fue visto aproximándose a las once de la mañana. Se confirmó que los dos agentes de Aadil iban en la parte trasera del jeep. Pasó el jeep, y tan pronto como se perdió de vista, la sección del CAP y Aadil se pusieron a trabajar. Aadil observó a los hombres del CAP colocando la mina en la carretera. Utilizaron cartuchos de RDX, que llamaban gelatina. El jefe de la sección sonrió mientras introducía el bote de aceite Dalda que contenía el explosivo en el agujero que habían cavado. Aadil no sabía cómo se llamaba ninguno de ellos, por razones de seguridad operativa.

El jefe de la sección preguntó:

—Profesor, ¿sabes qué es esto?

—Sí.

—¿Y sin embargo te quedas tan cerca?

—El camarada Jansevak me dijo que eras un experto.

El jefe de la sección sonrió. Después Aadil le ayudó a desenrollar un cable negro desde la carretera hasta un lado de una addah y después detrás de ella. Dos hombres de la sección seguían el cable, pateando tierra por encima. Luego todos se echaron detrás de la cuesta, los hombres del CAP acunaban sus rifles. El sol caía sobre ellos y ellos esperaron. Aadil tenía la cabeza a punto de estallar. El jefe de la sección le habló del asalto a una mina en Singhbhum donde consiguieron mil doscientos cartuchos de gelatina. Esperaron. A las dos y media un explorador hizo una señal desde el este.

—El jeep está viniendo —dijo el jefe de la sección—. ¿Quieres hacerlo tú? —Levantó el extremo final del cable negro, separado en dos filamentos. Frente a él estaba la batería roja de un coche—. Tienes que hacerlo con sincronización exacta. Demasiado pronto o demasiado tarde y no explotará.

Aadil negó con la cabeza. Quería hacerlo, pero quería estar seguro. Le temblaban las manos y no estaba seguro de si podría controlar el cálculo entre objeto en movimiento y distancia y la velocidad casi instantánea de la electricidad. El jeep iba dando sacudidas por la carretera acercándose y entonces Aadil lo oyó. Parecía que había pasado de largo el lugar que Aadil había señalado para colocar la mina, pero después se desvaneció en un espasmo blanco y marrón de la tierra que hizo que Aadil cerrase los ojos. Cuando parpadeó para abrirlos había una gota de polvo negro y humo y después restos de metal ennegrecido que se estrellaron lejos de la carretera, en la parte cercana a la sección del CAP. Los hombres gritaron con entusiasmo y soltaron risotadas.

—Doce metros —comentó el líder de la sección—. Ha volado al menos doce metros.

Aadil corrió detrás de ellos, cuando todavía le zumbaban los oídos, mientras iban hacia delante. Caía una leve ducha de papel, y el aire olía a gasolina. Después Aadil vio el cuerpo de un policía, pero solo estaba la mitad. Las botas y las piernas estaban bastante intactas, y el cinturón de piel marrón todavía mostraba su lustre. Pero por encima de la cintura había una maraña sucia de tripas, y nada más. A Aadil se le hizo un nudo en la garganta, y tuvo que darse la vuelta. Contrólate, se dijo a sí mismo. Has realizado muchas disecciones. Esto no es nada nuevo.

—La primera vez siempre es duro —le dijo el jefe de la sección.

Apartó de un puntapié un puntal de metal que ardía y se agachó para echar un vistazo a otro cuerpo que había debajo. El chasis del jeep, detrás de ellos, estaba cubierto por una capa fina de llamas azules que daban lengüetazos.

—No te preocupes. Te acostumbrarás. Algún día lo harás tú mismo.

—No estoy preocupado —contestó Aadil.

Las náuseas que acababa de sentir solo eran un arrebato del cuerpo, su mente lo



entendía mejor. Los policías eran enemigos de clase, y tenían que ser ejecutados. En realidad no había elección.

Como esperaba, Aadil se acostumbró al asesinato. Operaba sobre todo en Bhagalpur y Munger. El camarada Jansevak pensaba que era demasiado conocido por la zona de Rajpur, y que en aquellos momentos había demasiados informantes y enemigos que tendrían un interés personal en hacerle daño. De modo que Aadil hizo su guerra lejos de casa. Llevaba un rifle y una navaja de Rampur, pero su labor principal era la educación y el adoctrinamiento. Iba de pueblo en pueblo, desplazándose sobre todo por la noche y sin cruzar jamás un campo vacío por el día. Impartía clases a los campesinos, los reunía a medianoche a la luz de una única linterna. Les enseñaba su propia historia, y les ofrecía una visión del futuro: igualdad, prosperidad, sin terratenientes, sin deudas, cada persona como dueña de su propio destino.

A cada semana que pasaba, los comandantes del CAP contaban más con Aadil. Puesto que era el Profesor, jamás estuvo al mando de una brigada, pero ascendió con rapidez entre sus filas y se convirtió en un estratega de confianza. Los terratenientes tenían sus ejércitos, y la policía su poder y brutalidad, y de esa forma se desarrollaba el juego a través de las montañas y los laberintos ribereños de la diara. Aadil planeaba las operaciones, las ejecuciones en respuesta a las masacres, las emboscadas a convoys de la policía y los secuestros de ingenieros y médicos. Descubrió un sentimiento instintivo por los amagos y los contragolpes, por el subterfugio y las estrategias. Se deleitaba en el éxito de sus planes, y no era impermeable a la admiración de sus camaradas, de modo que se entrenó para ser un buen soldado. Ya no le enfermaba el olor de la sangre humana. Tomó parte en unas cuantas operaciones, la más notable fue la emboscada a un grupo de ocho vehículos de la policía que regresaba de la investigación del asesinato de un sarpanch. Se produjo un júbilo caluroso en los disparos de un rifle semiautomático a los tipos vestidos de caqui que se escabullían abajo por la carretera, confundidos y aterrorizados por las minas que habían hecho volar los tres camiones que iban en cabeza. El plan había sido de Aadil por completo. El sarpanch, que había sido informante y reaccionario de derechas, fue ejecutado de una forma particularmente pública, decapitado en medio del mercado del pueblo un martes muy ajetreado. Puesto que el sarpanch estaba próximo al diputado local. Aadil sabía que la policía mandaría un convoy considerable para investigar y tranquilizar. De modo que Aadil y dos brigadas les esperaron en la carretera, y les encontraron. El recuento final fueron treinta y seis policías muertos, muchos heridos, y ninguna baja del CAP. De nuevo el Profesor se ganó grandes elogios, pero lo que Aadil valoró más, después, fue el recuerdo del rifle saltando contra su pecho, el olor de la pólvora. Sus sensaciones le decían que no era inútil, no estaba descartado. Había arrimado el hombro contra la inclinación del mundo, y lo movería sobre su eje.

Pasaron los años. Las batallas iban y venían, una tras otra. Los padres de Aadil

fallecieron, uno tras otro en menos de un mes durante un invierno frío. Su madre murió satisfecha, sabiendo que su hijo al menos estaba casado. La esposa de Aadil era mucho más joven que él. Se llamaba Jhannu, y era una chica *musahar* con estudios hasta décimo curso, una exaltada ideóloga del partido y una luchadora astuta, experimentada. Aadil la conoció cuando planeaba una operación para la brigada de ella en Singhbhum. Ella señaló los errores en su plan, pero se sintió conmovida por el pelo blanco de Aadil y la reputación de su dedicación a la causa. Se casaron, y él se sintió abrumado por el calor del cuerpo de Jhannu, delgado, marrón, y sus ansias por cierto lugar suave bajo la garganta de ella, justo al lado del músculo duro del hombro. Pero en menos de dos años se distanciaron. A ella se le asignó dirigir una brigada en Hazaribagh, y verla exigía una complicada circulación de mensajes y viajes arriesgados. Aadil se preguntó también si ella había empezado a cuestionar la calidad de su compromiso con la lucha. Aadil trabajaba tan duro como siempre, pero se dio cuenta de que el conocimiento había menguado su capacidad para permitirse ingenuidades. No era del todo cínico, pero en la cama, tal vez un poco relajado al notar el pelo de ella contra sus mejillas, había dejado escapar uno o dos comentarios sobre los líderes del partido. Por ejemplo, se quejó ante el camarada Jansevak cuando alejaron a Jhannu de su lado, y el camarada Jansevak respondió:

—Un trabajador del partido debe tomarse estas cosas con calma. Aadil, amigo mío, quizá el matrimonio en sí no es una buena idea para soldados. Debemos sacrificarlo todo.

Pero Aadil sabía que el mismo camarada Jansevak no solo tenía una esposa sino dos. Había una con la que le habían casado mucho tiempo atrás, en la niñez. Y había otra, ella misma apenas salida de la niñez y renombrada por su belleza floreciente. El camarada Jansevak la tenía en una casa en Gaya, en una mansión rosa de tres pisos equipada con antena parabólica y televisor en cada cuarto, y dos generadores Kirloskar. Aadil sabía esto, y quizá le comentó algo a su propia esposa. Y una vez, solo una, muy tarde por la noche, le habló a Jhannu en susurros sobre todos los asesinatos, las ejecuciones y las represalias. Ella citó al presidente Mao.

—El país debe ser destruido y reformado —afirmó, y se puso severa con él.

Aadil también sabía de dónde procedía el dinero para la mansión del camarada Jansevak: se cogía de los gravámenes e impuestos que el CAP sacaba de hacendados y hombres de negocios. Aadil había aprendido el negocio de la revolución. Gran parte del dinero pasaba por sus propias manos, al ir de abajo arriba. Comprendía que la logística de la guerra requería financiación, sabía el precio de una AK-47 y el coste —por miles— de las balas. Había otros gastos, para sueldos y panfletos y viajes y medicinas. Sabía todo eso, pero había momentos en los que no podía evitar pensar en lo que estaba haciendo, en lo que estaba dirigiendo, como nada más y nada menos que extorsión. Robaba dinero. Les daba armas a chicos y chicas y les decía que trajesen dinero de vuelta. Intentaba enseñarles historia a sus soldados, pero sabía que muchos de ellos recitaban sus lecciones de la misma forma en que habían cantado

himnos religiosos, sin curiosidad y sin entendimiento. Jhannu citaba al presidente Mao en cada conversación, y practicaba el materialismo dialéctico todos los días, pero por cada uno como ella había diez chicos para quienes el presidente Mao solo era un brumoso dios amarillo que les daba armas. Algún zamindar bastardo les había arrebatado la tierra con la fuerza de sus lathaits, de modo que ahora tenían un rifle y mucha munición. Eso era todo lo que sabían y todo lo que querían saber.

De modo que Aadil sabía todo esto, y habló brevemente de ello con su propia esposa, y así la perdió. Y, sin embargo, no era ningún contrarrevolucionario, ningún reincidente. Su ideología estaba tan clara como el agua de la montaña. Creía sincera y completamente, todavía confiaba en la promesa del futuro. La revolución socavaría cualquier forma de explotación hasta que se lograra un comunismo mundial verdaderamente sin clases y sin estado. Era inevitable. La revolución continuaría. No había liberación sin revolución, y no había revolución sin una guerra del pueblo. Lo que podía parecer una práctica imperfecta de marxismo-leninismo-maoísmo era a menudo simple sentido práctico. La perfección se buscaba con medios imperfectos. Las virtudes de los oprimidos eran la astucia y el subterfugio y la decepción. El deber de los militantes era obedecer los dictados del partido. Aadil aceptaba todo eso y tenía fe. No tenía dudas acerca de la pureza de los objetivos del partido —daba igual cuántos sotas de color verde le comprara el camarada Jansevak a su mujer— y continuaría sirviendo con el mayor entusiasmo y vigor. Daría su vida al partido, a los trabajadores de los años venideros. El solo había conocido la lucha, pero ellos conocerían la felicidad. Por ellos, y sus vidas futuras, estaba dispuesto a vivir con los beneficios extra del camarada Jansevak, con las cargas impuestas a campesinos y pequeños tenderos, aguantaría las ejecuciones de reincidentes, y toda la sangre.

Ahora el asesinato le resultaba algo corriente a Aadil. Era difícil llevar la cuenta en medio del caos y el ruido de las emboscadas, pero Aadil calculaba que él mismo había matado a una docena de hombres, tal vez veinte, tal vez unos cuantos más. No más. Había visto a muchos más asesinados, con balazos y explosiones y hachas y lathis. No podía recordar todos los cuerpos muertos que había visto, los montones pequeños de carne y harapos sobre los que había pasado. Había seguido adelante, mirando siempre hacia el frente, dejando atrás a los muertos. Al principio, cada muerte que Aadil presenciaba se convertía en un acontecimiento trascendental, un cambio en el mundo que le golpeaba con la fuerza de una revelación. Prestaba mucha atención a los síntomas, un brazo que se sacudía, un ojo abierto con la escalera sin brillo, negruzco-amarilla. Y la retina de color gris. Después, mucho tiempo antes, cada una de estas transformaciones prometía una transformación enorme al día siguiente, cada muerte presagiaba la próxima luz del amanecer de los trabajadores. Ahora los cuerpos caían, y Aadil no los contaba. La muerte era el suelo que pisaba, el país donde existía. Aadil vivía dentro de la muerte, de modo que ya no la notaba.

Fue la vida, al final, lo que lo trastornó y le hizo escapar de la revolución, del camarada Jansevak y del CAP, de Bihar. El jefe de sección que había llevado a Aadil

a su primera emboscada era entonces comandante de zona, y a Aadil se le permitió saber su nombre, Natwar Kahar. Natwar Kahar operaba sobre todo en Jamui y Nawada, ayudado por su segundo al mando llamado Bhavani Kahar. Aquel Bhavani, que solo tenía veinticuatro años, era un pariente lejano y protegido especial de Natwar Kahar. Este lo había reclutado para el partido cuando era un muchacho, y le había preparado como soldado y potencial líder del partido. El chico tenía carisma y no le tenía miedo a nada. Una noche de Diwali, la policía pilló al joven Bhavani en el pueblo de Rekhan. Bhavani estaba profundamente dormido y borracho en casa de una mujer, una viuda, cuando la policía lo encontró. Y de ese modo el guapo Bhavani desapareció entre las fauces chirriantes de la justicia, y Natwar Kahar se quedó rugiendo. Era obvio que la policía había recibido un chivatazo, uno muy preciso. Natwar Kahar estudió a sus sospechosos, a toda la gente del pueblo, y al final se decidió por la mujer de Bhavani. Era la única que sabía que Bhavani acudiría a su cama aquella noche de Diwali, y que tenía debilidad por el ron bueno. Aquella mujer envió a sus dos hijos a casa de su madre, y eso la noche de Diwali. De modo que Natwar Kahar hizo que la cogiesen y la llevasen a su campamento. Preguntó su nombre —que era Ramdulari— y después le pidió una confesión. Ramdulari protestó, era inocente, jamás haría una cosa así, y en especial nunca traicionaría a Bhavani. Era una mujer alta, Ramdulari, no era bonita pero tenía un cuerpo largo, exuberante, y una forma ágil de caminar. Su marido había muerto de *kalazar* durante una inundación casi ocho años antes. Había criado a sus dos hijos, había mantenido la casa y había sobrevivido. Cuando habló con Natwar Kahar, tenía la cabeza cubierta pero le miraba de forma muy directa y no suplicó, ni tembló, ni pareció asustada. Natwar Kahar insistió en que quería una confesión, y ella negó con la cabeza, y le replicó con impaciencia, diciendo que quería a Bhavani, tanto como Natwar Kahar.

De modo que Natwar Nawar convocó un tribunal del pueblo aquella misma tarde. Se juzgó a Ramdulari, se examinaron las pruebas y fue declarada culpable. De nuevo rechazó la posibilidad de confesión y autocrítica. La sentencia fue, por supuesto, a muerte, como siempre sucedía por traición. Pero Natwar Kahar quería dar ejemplo con Ramdulari. En lugar del procedimiento de decapitación habitual, solo le cortó un poco. A la mañana siguiente reunió a la brigada, y frente a ellos le cortó todos los dedos de pies y manos. Lo hizo con una *kulhadi* pequeña que se guardaba en el campamento para cortar palos y árboles jóvenes. Ella gritó, y sangró, y Natwar Kahar se rió e hizo que el médico del campamento la atendiese.

—Mantén viva —pidió Natwar Kahar.

El médico no era un médico en realidad. Había sido farmacéutico, y nunca se había encontrado con amputaciones múltiples. Pero tenía alguna experiencia con heridas de bala y cortes, y Ramdulari sobrevivió. Era muy fuerte. La mantenían en un hoyo detrás de la casucha de Natwar Kahar. Le daban comida con regularidad, y observarla tratando de comer con las almohadillas de las manos, y doblarse en dos para lamer granos de arroz de entre la suciedad, se convirtió en una especie de

entretenimiento en el campamento.

Aadil vio a Ramdulari tres semanas después del juicio. Cuando la escuchó por primera vez no creyó la historia sobre el castigo de Natwar Kahar a la prostituta delatora. Pensó que era una buena propaganda, efectiva para evitar que el caso de Bhavani Kahar se repitiera. Incluso cuando Aadil acudió al campamento de Natwar Kahar para recoger una entrega de dinero, no pensó en mencionar a la mujer. Pensaba que estaba muerta y que el caso estaba cerrado. Había terminado de meter en su jhola los montones de billetes envueltos en plástico cuando Natwar Kahar preguntó, con una sonrisa:

—¿Quieres ver a Ramdulari?

Aadil no sabía quién se llamaba así, y Natwar Kahar se lo explicó con orgullo de propietario. Aadil le siguió, con la bolsa pesada colgada del hombro. El hedor del hoyo abofeteó el rostro de Aadil, pero Natwar Kahar siguió caminando hacia delante, indiferente. Se quedaron de pie mirando al agujero inclinado. Al fondo, en el desorden húmedo amarillo y marrón, había un objeto grande que se movía. Aadil no podía distinguir qué era. No era ni humano ni animal, nada que hubiese visto antes. Se movía de lado a sacudidas y espasmos, de alguna forma como los cangrejos pequeños que saltan en la arena a la orilla del río. Entonces la cabeza de Aadil se movió con suavidad y se irguió, y el sol movió su arco, y vio que debajo de él había una mujer, pero extrañamente atenuada. No estaba completa.

—La cortamos a la altura de rodillas y codos hace cuatro días —contó Natwar Kahar, haciendo el movimiento del hacha sobre su brazo con el borde de la mano—. Pensé que seguro que se acabaría. Hubo mucha sangre, pero la zorra no se morirá.

Ramdulari miraba a Aadil. Él se notó tambaleante, incapaz de apartar la mirada. Los ojos de ella eran enormes y oscuros y remotos, y Aadil no podía leer nada en ellos, ni dolor ni pena. El pelo moreno que le rodeaba la cara y los labios se apartó. Estaba diciendo algo. Pero ¿qué? Estaba seguro de que ella estaba hablando. No podía oírla, no más allá del estruendo que surgía del interior de su propio cuerpo, de todas partes, brazos y piernas y estómago, como el batir de mil alas. Natwar Kahar estaba diciendo algo. ¿Qué?

—Si ponemos comida y agua en el otro extremo, allá, se arrastra. Tarda horas, pero llega hasta allí. Simplemente no morirá.

Oír la voz de Natwar Kahar, ronca y baja, sacó a Aadil del trance. Fue capaz de apartar la mirada. Natwar Kahar estaba observando a Ramdulari, y lo hacía casi con admiración, casi con respeto. Se estaba frotando la mejilla. Aadil oyó cómo se raspaba los dedos sobre la barba blanca de tres días. Natwar Kahar comentó:

—Es fuerte como un caballo.

Aadil se apartó tambaleándose, Encontró apoyo en un árbol, y vomitó sobre sus raíces. Terminó, y Natwar Kahar le estaba esperando, con un brazo doblado sobre el pecho, con el otro alisándose el bigote.

—Fue el olor —comentó Aadil—. Es horrible.

—Arre, Profesor —contestó Natwar Kahar, sonriendo ampliamente—, después de todos estos años eres el mismo.

Aadil no hizo valer su resistencia, sus muchas emboscadas, sus operaciones, no discutió. Todo lo que quería era salir del campamento de Natwar Kahar. Se fue al cabo de una hora, aunque faltaba mucho para que oscureciera. Cogió a sus guardaespaldas y se marchó, y siguió adelante con fuerza toda la noche, bajando senderos y atravesando nullahs. Llegaron temprano a su piso franco en la ciudad de Jamui. Los hombres se fueron a dormir, pero Aadil se sentó junto a la ventana y observó la carretera. Le daba miedo cerrar los ojos, porque cuando lo hacía algo comenzaba a arrastrarse debajo de su piel, un deslizamiento entrecortado que le aterrorizaba. Se preguntó si seguía siendo el mismo, o si había cambiado. A las dos de la tarde, cuando el calor emergía de la tierra en alientos hinchados, salió deslizándose por la puerta. Dejó la bolsa de dinero que había recogido de Natwar Kahar sobre el suelo en la habitación delantera, y no se llevó nada, ni siquiera una pistola. En el bolsillo tenía ocho mil rupias, su navaja de Rampur y un carnet de conducir a nombre de Maqbool Khan. Se fue a la estación, compró un billete de segunda clase para un tren rápido, y estuvo en Patna poco después de las seis y media. Fue directo a la ventanilla de billetes, pagó cuatrocientas cuarenta y nueve rupias, y se sentó en el andén hasta que llegó su tren a las once y veinte. No tenía reserva, de modo que se sentó en cuclillas en un pasillo de un vagón no reservado, apretado entre el grupo de una boda. En Jhansi, salió del vagón, y sobornó al revisor de billetes que se encargaba de los coches cama. Después durmió. El movimiento del tren de alguna manera contrarrestó la agitación de su cuerpo, y fue capaz de quedarse dormido las tardes enteras, levantándose solo para usar el baño y beber agua. En poco más de cincuenta horas, llegó a Mumbai.

Mumbai estaba muy lejos de Jamui, de Bhagalpur y de Rajpur, y era enorme y anónima, y Aadil quería esconderse en ella. Pero le asustaba. Esa ciudad era más una jungla desconocida que cualquier cresta de una selva. Aquel primer día, salió del tren y caminó por las vías, y un olor fuerte se le caló hasta el fondo de la garganta, y no tenía ni idea de dónde estaba. Había casas improvisadas a lo largo de las vías, y niños jugando a solo unos centímetros de los raíles. Se rieron de él cuando se estremeció con el paso de los trenes. Los edificios más altos detrás de las casuchas estaban manchados de gris y negro, y adornados con alambres. Aadil pasó por el lado de un montón enorme de basura salpicada de bolsas de plástico, y después junto a un hombre muy anciano que estaba sentado apoyado contra la valla de hierro que rodeaba aquella sección de vía. El anciano tenía barba blanca, el pecho hundido bajo una kurta raída, y una pequeña bolsa blanca a su lado sobre el suelo. Estaba mirando de forma fija algún punto a lo lejos, incluso más allá de la valla lejana y los edificios tras ella, más allá de las montañas borrosas. Aadil se estremeció al pasar junto al anciano. Aceleró el paso. Estaba muy hambriento. Se detuvo, contó el dinero que tenía, después encontró un hueco en la valla y salió por él. Tuvo miedo de cruzar la

calle ancha con su corriente interminable de tráfico, pero al final encontró la forma de hacerlo y se sumergió en la ciudad.

Aadil vivió primero en Thane, después en Malad, luego en Borivili, y después cerca de Kailashpada. Evitaba los bastis con asentamientos de gente de Bihar, y se trasladaba a menudo. Una mirada de reconocimiento hizo que se volviese inquieto, y por la noche soñaba con Natwar Kahar y una banda de fusileros dándole caza por las calles de Mumbai. Dos meses después de llegar, en la esquina de una calle en Andheri, Aadil vio a alguien que conocía de Rajpur, un chico llamado Santosh Nath Jha —también conocido como Babloo— que iba tres años por detrás de él en el colegio y la facultad. Babloo estaba contando monedas para pagar a un paan-vala, y no vio a Aadil salir y regresar detrás de un muro, meterse en un callejón. Aadil volvió a mirar, para asegurarse de que era Babloo, para convencerse de que una coincidencia a largo plazo podía pasar y de hecho pasaba, y después se marchó deprisa, manteniéndose cerca de un extremo de la calle y agachando la cabeza. Se trasladó de kholi de nuevo al día siguiente, a un cuarto más pequeño en Borivili. Su kholi estaba al final de un callejón muy estrecho, metido contra el muro. Aadil respiraba en el miasma de los residuos de un vertedero al otro lado del muro, pero ahí se sintió seguro por un tiempo. Reconocía la miseria terrible de los alrededores, con los que en comparación un campamento del CAP era lujoso, pero no tenía ningún otro lugar al que ir. Al cabo de un mes volvió a trasladarse, porque sus vecinos tamiles eran demasiado curiosos, y porque tenían amistades y visitas de todas partes, incluso de Bihar. Entonces encontró una kholi en Navnagar, en la bura bengalí. Ahí, los habitantes eran todos de Bangladesh. Ahí, por fin, Aadil se sintió a salvo. Aquellos bengalíes eran todos ilegales, con documentos comprados y lugares de nacimiento falsificados. Tenían cuidado, y eran reservados. Tardaron en confiar en Aadil, se callaban cuando él pasaba por su lado, y él se sentía cómodo en esa cautela. En su bengalí extranjero, estaba a salvo.

No le gustaba dejar la bastí, así que a veces les daba dinero a los chicos que vivían al final del callejón para que le llevaran comida y hojas de afeitar y medicamentos para sus dolores de cabeza. Ahora sufría dolor en las sienes, una agonía tan intensa que durante dos o tres días enteros permanecía tumbado dentro de su kholi, tapando con periódicos cada grieta o resquicio, sudando desnudo y temblando. Los chicos le llevaban paquetes de Advil de la farmacia que había cerca de la carretera, y le daban tazas de chai. Eran tres, Shamsul, Bazil y Faraj. Tenían dieciocho años, todos ellos, equipados de modo uniforme con estudios hasta décimo curso y sueños de riqueza. Shamsul y Bazil trabajaban para una compañía de mensajería, y Faraj rondaba por la bastí y de vez en cuando hacía trabajos extraños para comerciantes del mercado. Todos eran fans entusiastas del cine, y cada uno tenía un protagonista favorito a quien trataba de imitar en la forma de hablar y la cadencia. Todos habían llegado a Mumbai más o menos por la misma época, y ahora, unos quince años más tarde, estaban bastante urbanizados, y contemplaban a sus padres

con el afecto con el que unos urbanos sofisticados mirarían a unos campesinos bienintencionados. Aadil escuchaba hablar a los chicos. Les gustaba sentarse en la cornisa al lado de su puerta, cogiéndose de las manos y de frente hacia el mundo, prestando atención a los vecinos que pasaban, en especial a las chicas. A Aadil le llamaban «Reyaz bhai», y su kholi les resultaba un pequeño establecimiento agradable. Faraj escondía ahí sus cigarrillos, y todos apreciaban la calderilla que les daba Aadil por hacerle recados. Solo intentaron timarle una vez, al principio, pero entonces él agarró a Bazil por la garganta, y su voz baja, susurrante, les asustó, y devolvieron las pocas rupias que se habían quedado de su compra de arroz y aceite de cocina. Se mantuvieron alejados unos cuantos días después de aquello, pero él les hizo señas y les dio otra tarea, un pedido de cebollas y un periódico. Desde entonces trataron a Aadil con cuidadoso respeto, y él les dejó entrar y salir de su pequeña habitación.

A Aadil le divertían las ansias de los chicos por coches y teléfonos móviles y chicas educadas en colegios de monjas, y cómo hablaban sin parar de los grandes apartamentos que comprarían cuando lograsen hacer fortuna. Estaban llenos de deseos y no tenían ningún plan viable. A veces cuchicheaban, y Aadil sabía que estaban intentando hablar entre ellos de algún delito menor, algún robo para conseguir dinero para comprar entradas para el cine o crema para el pelo. Sus padres eran gente tranquila que trabajaba duro, aterrada por la policía, pero los chicos tenían ambición. Se contaban historias unos a otros, con excitación, sobre los grandes gangsters de la ciudad, sobre Suleiman Isa y Ganesh Gaitonde y Chotta Madhav. Representaban el argumento de *Company* para Aadil, todo desde Africa hasta Hong Kong, en el apenas metro y medio de callejón embarrado delante de su puerta. Pero Aadil sabía que nunca habían robado nada más que alguna chatarra de metal de algún vendedor en Kailashpada, y que nunca iban a llegar a Singapur. No sin que él les guiase.

—Basta de parlotear —les dijo— y escuchad. Si queréis ganar dinero, necesitáis disciplina, y cuatro machetes.

Aadil les convocó una noche de abril en la que el calor persistió mucho después del crepúsculo. Se sentaron en el suelo de Aadil en fila, con los ojos muy abiertos, como cachorros acalorados. Cuando entendieron que les estaba hablando de un robo, se encogieron y se quedaron callados. Aadil había visto eso, por supuesto, en reclutas nuevos que acababan de darse cuenta de que el combate al que estaban a punto de ir era real. Esbozó su plan, y al final Faraj preguntó:

—¿Has hecho esto antes?

Aadil les dejó saber que lo había hecho, muchas veces, y no les dio detalles. Pero se quedaron satisfechos. Había sido un misterio para ellos, y ahora sabían lo bastante sobre él como para inventar más historias. Como la mayoría de los jóvenes, querían que les guiasen, y se deslizaron con facilidad bajo su mando. Aadil les asignó tareas, y los elogió, y fueron suyos. No necesitaban ninguna ideología, porque ya estaban



convencidos de que necesitaban dinero, y que podían cogerlo. No tenían necesidad de creer en un futuro cielo para los trabajadores porque creían en un paraíso presente de dinero en efectivo. En cualquier caso, a Aadil no le quedaba ideología para ofrecer. Sentía que todo propósito elevado se había apagado en él, dejando atrás una pureza de visión. Se le estaba acabando el dinero, y necesitaba comer y tener un pequeño lugar donde vivir. Podría trabajar, tal vez como conductor, o como peón, pero no lo haría. Era incapaz de ello. No se molestaba en enfadarse por el enorme acaparamiento de riqueza en la ciudad, o la violencia diaria de la pobreza que visitaba a millones y millones. Todo aquello era como era. Aadil solo quería eso... comida, una habitación donde dormir, y que le dejaran solo, y se haría cargo de esas necesidades.

Dos semanas más tarde, Aadil y sus chicos montaron su primera operación. El objetivo era un apartamento en un tercer piso en Bandra, cerca de Hill Road. Shamsul había entregado paquetes ahí en tres ocasiones, dirigidos a la hija de la casa, una mujer de treinta años que trabajaba como ejecutiva en una agencia de publicidad. Durante el día en casa solo estaban sus padres. El padre era un hombre delicado, con muchos problemas de asma. La madre fue quien le abrió la puerta del apartamento a Bazil, que llevaba un uniforme de mensajero especialmente encargado a un sastre. Bazil sostenía un paquete marrón grande. Faraj y Aadil esperaban en las escaleras. Aadil le había dicho al vigilante de la entrada del edificio que era electricista, y Faraj su ayudante. La anciana abrió la puerta, Shamsul le dio un trozo de papel para que lo firmase y entonces Aadil se puso a su lado, con el machete levantado para que ella lo viese. La empujaron dentro, despertaron al marido de su sueño. Faraj rebuscó en la bolsa de electricista y le pasó a Aadil una lazada gruesa de cuerda. Mientras Aadil ataba a los padres a unas sillas, habló con ellos:

—No se preocupe, Mata-ji —la calmó—. No pasará nada. Cuidaré de usted. Ningún ruido, ningún problema, y cuidaré de usted.

Les había dicho a los chicos que la amenaza de la violencia siempre era más efectiva que su práctica. El terror, les había contado, te da poder. Los machetes les habían costado solo diecinueve rupias cada uno, pero eran efectivos. Aadil puso uno sobre la mesa frente a Mata-ji y Papa-ji, y dijo:

—Miren, si son buenos, no tendré que usar mi *paira*. Denos solo veinte minutos, y nos iremos.

Aadil hizo bajar primero a Shamsul, con la bolsa del servicio de mensajería llena de joyas. En veinte minutos precisos, él y Faraj se fueron con el dinero, ambos con rupias indias y un tajo inesperado de dólares recuperado del fondo de una caja fuerte Godrej. Faraj quiso matar a la pareja de ancianos antes de irse.

—Nos han visto las caras —apuntó—. Sería más seguro.

Aadil le dio un coscorrón en la parte de atrás de la cabeza, y le empujó hacia la puerta. Volvió a hablarle con calma a Mata-ji, y después los amordazó sin apretarlos a ella y a Papa-ji.

—No olviden —avisó— que sabemos dónde trabaja su hija. Estén callados.

No tenía ni idea de dónde trabajaba la hija, pero estaba seguro de que era suficiente para mantenerlos en silencio hasta que él y Faraj hubiesen bajado las escaleras, hubiesen dejado atrás al vigilante y estuviesen fuera en la calle. Y así fue. Todos salieron sin peligro, y no hubo ruido, ni escándalo ni muertes.

Los chicos estaban rebosantes de alegría con la recaudación, que ascendía a sesenta y siete mil en efectivo, doscientos dólares y las joyas. Shamsul conocía a un comerciante de mercancía robada, y dispuso toda la transacción. Movieron las joyas ese mismo día, por un lakh y cuarenta mil. Los dólares estaban en billetes pequeños, de uno y cinco y diez, de modo que lograron una tarifa baja. Pero, aun así, los chicos nunca antes habían visto tanto efectivo a la vez, en sus manos, y de repente fueron reyes. Aadil trató de convencerles de que debían ser cuidadosos, que de pronto andar bien de dinero con ropas nuevas y gatas de sol y zapatos invitaría a la sospecha, tal vez una visita del agente local. Estuvieron de acuerdo, y prometieron tener cuidado, pero Aadil se daba cuenta de que eran niños con juguetes nuevos, haciendo promesas que no podrían cumplir. Al día siguiente volvió a trasladarse, a una habitación al otro extremo de Navnagar. Ahí su cuarto tenía un suelo liso embaldosado, que había colocado el inquilino anterior, y agua corriente. Prohibió a los chicos que fueran a verle, y solo se reunía con ellos fuera de la bastí. Al principio protestaron, en especial Bazil, pero Aadil les explicó la necesidad de seguridad y discreción.

—Si queréis continuar —les dijo—, debéis ser invisibles, tenéis que moveros como pez en el agua. Y haced lo que os digo, si queréis continuar.

Los chicos querían seguir, incluso ahora, cuando el dinero les pesaba en los bolsillos. Necesitaban más.

Aadil quería muy poco. Tenía su habitación, cocinaba su propia comida, bebía tazas de chai muy dulce a lo largo del día. Ese era el único lujo en su nueva vida, aparte de los libros. Pasaba los días leyendo zoología. Los libros eran textos universitarios de segunda mano; en su mayoría, comprados a comerciantes de la calle. Le sorprendía cuánta materia recordaba, y con qué facilidad volvía a ella. No había ni dirección ni propósito en su lectura, aparte del consuelo de tenerla. Seguir a las especies hasta su tipo, rastrear la estructura en una dirección y después de nuevo de vuelta, eso proporcionaba suficiente significado. No había necesidad de política. De modo que Aadil siguió viviendo, y vivía tranquilamente, y cada mes él y los chicos planeaban y ejecutaban otro trabajo. Shamsul quería hacer más, pero Aadil aconsejó paciencia y sigilo. Los chicos no solo querían reconstruir sus kholis y comprar cocinas nuevas para sus madres, ahora soñaban con coches. Pero por el momento, al menos, obedecieron. Un buen trabajo al mes, el objetivo seleccionado con cuidado, basado en buena información, conseguía lo bastante para satisfacerles. Trabajaron durante siete meses. Entonces Aadil leía química de vez en cuando, intercalada con la zoología. Había revisado muchos libros sobre organismos y células, y ahora quería observar cómo las sustancias actuaban unas contra otras y creaban algo nuevo. Había un placer oscuro en la unión de los elementos, creando

calor y fuego y vida. Por lo que podía ver, no había ningún propósito grandioso en esas interacciones. Sucedían, eso era todo. En esos momentos aquello cuadraba perfectamente con el sentido que tenía sobre su propia vida. En ocasiones había pensado en el suicidio, de forma distante, teórica, pero había descubierto que quería vivir. No estaba del todo seguro de por qué, aparte de la dulzura del chai y los efectos paliativos de lo que hacía. Era probable que la razón para querer seguir fuese muy sencilla, pensó. Un virus quería reproducirse, y un insecto huía del peligro. Así que Aadil quería vivir.

Y de ese modo Aadil sobrevivió, con tranquilidad y oculto. Estaba, aparte de sus dolores de cabeza, bastante contento. Le sorprendía no sentirse solo, después de la camaradería de los campamentos, pero los libros eran suficiente consuelo. Sentía ternura por sí mismo, por su cuerpo prematuramente envejecido, y a veces se permitía pequeños lujos: un colchón nuevo, dos juegos de sábanas, una botella de champú. No se preocupaba demasiado por el futuro, aunque tenía la sensación de que en algún lugar cercano lo desagradable acechaba bajo la facilidad aparente que le había proporcionado Mumbai. Estaba seguro de ello, pero cuando la catástrofe llegó, por fin, fue desde un flanco sobre el que se había vuelto confiado. Los chicos, pensaba, se habían establecido bien. Durante las operaciones, ya no se ponían nerviosos, se manejaban con profesionalidad y vigilancia. Después de sus primeros grandes alardes gastando dinero en ropas y televisores y mujeres, Shamsul, Bazil y Faraj se habían convertido en hombres de negocios cuidadosos, e invertían su dinero en negocios pequeños dirigidos por primos y tías, y lograban a cambio cuotas elevadas. Todos ganaron peso, y en general tenían un aspecto próspero. Aadil empezó a pensar que había reunido, por total casualidad, a un equipo bueno y de confianza. Los chicos eran amigos, unidos unos a otros por intereses y experiencia y peligro compartidos.

Entonces Faraj y Bazil mataron a Shamsul. Aadil estaba en su habitación aquella tarde, durmiendo, cuando Bazil llamó a la puerta. A Aadil los golpes frenéticos de Bazil le sacaron a sacudidas de un sueño de la infancia, un sueño en el que caminaba sobre una alcantarilla y los tejados de casuchas pequeñas nadaban en la neblina de la tarde. Después estaba despierto, con la mano sobre el machete.

—Bhai —llamó Bazil—. ¿Bhai?

Aadil abrió la puerta y encontró a Bazil temblando contra una pared, salpicado de sangre. Aadil lo metió de un tirón.

—¿Qué? —preguntó.

Bazil se lo contó. Desde hacía muchas semanas, meses en realidad, él y Faraj sospechaban de Shamsul y sus tratos con el comerciante de mercancía robada que les compraba el material. Shamsul siempre hacía la compra-venta él mismo, y era reacio a decir con exactitud qué precios se habían pagado por artículos en concreto, y no contaba lo que había dicho el comprador durante un encuentro, ni siquiera lo que el comprador decía que sería capaz de mover con facilidad. Era todo muy extraño. Bazil y Faraj habían observado desde hacía meses que Shamsul tenía más dinero que

cualquiera de ellos, más —sí, era cierto— que ambos juntos. Faraj bromeó con Shamsul, e incluso le preguntó si ahorra más que nadie, pero Shamsul siempre ignoraba las insinuaciones. Se negaba a defenderse, lo que hizo que Faraj sospechase aún más. Entonces, la semana anterior, Shamsul compró una segunda kholi, un lugar perfectamente nuevo con cuatro habitaciones y un tanki de agua el doble de grande. No les había hablado, el bastardo, de su estupenda casa nueva, pero Bazil lo descubrió porque su madre a veces hacía bordados para la esposa del albañil. Bazil se lo contó a Faraj, y Faraj se enfadó mucho. Faraj tenía un plan. Emborracharían a Shamsul, y lo llevarían cerca de la nullah, detrás de las tuberías grandes de agua, y se enfrentarían a él. Utilizarían amenazas si era necesario. Pero descubrirían qué estaba pasando. Ya era suficiente. Bazil tenía que ir preparado. Así que invitaron a Shamsul, de modo muy informal, a compartir una botella de ron vilayati excelente. Se mostró impaciente, por supuesto. A Shamsul le gustaba beber, y después de un poco de ron siempre se ponía sentimental y cantaba. Pero esa vez la sesión fue incómoda desde el principio, con Faraj vibrando de forma evidente por la tensión desde el momento en que él les dio la bienvenida a su nueva kholi. Había hervido huevos y tenía preparadas sal y pimienta, y un plato de tangdis, y les puso vasos altos tan pronto como entraron. Después de eso todo se desdibujó en una confusión de charla en voz alta y bromas lascivas y enfado. Shamsul empezó a cantar pero entonces quiso más tangdis. Faraj le dijo: págatelos, tienes mucho dinero. Shamsul se apartó riendo, y durante un rato Bazil y él hablaron de chicas. Hablaron de Rani Mukherjee y Zoya y Zeenat Aman, y después Shamsul mencionó a la hermana pequeña de Faraj, que también se llamaba Zeenat y de la que se decía —en la basti— que tenía un parecido a la hermosa Zeenat de los años setenta. Lo que dijo fue muy inocente, que nuestra Zeenat ya estaba preparada para su primer papel protagonista, pero Faraj había estado sentado en silencio en la esquina, bebiendo un vaso detrás de otro.

—Bastardo —soltó—, tú tienes nuestro dinero.

Entonces Bazil se dio cuenta de que él mismo estaba borracho, probablemente más borracho que Shamsul. Intentó levantarse para ponerse delante de Faraj y recordarle el plan de salir de paseo hasta la nullah. Pero era demasiado tarde. Faraj y Shamsul ya se estaban peleando. Después Bazil se quedó atónito al darse cuenta de que Shamsul le gritaba, a él que no había hecho nada y había dicho muy poco. Shamsul se negó a confesar, y Faraj sacó de un tirón su machete de detrás de la cama, y Bazil agarró el suyo, y Shamsul arremetió contra ellos, sacudiendo las manos, tratando de salir de la kholi. En ese momento tenía sangre en el pecho. Después bajó corriendo el callejón, y ellos lo derribaron una vez, y otra. Intentó entrar en casa de alguien. Quizá pensó que era la suya. Volvieron a golpearle y cayó. Y se terminó.

Aadil le limpió a Bazil las lágrimas de la cara, le dio una camisa limpia y lo empujó fuera.

—Vete —ordenó—. Corre.

Pero Bazil se quedó de pie tan indefenso como un buey ciego en un callejón, y

Aadil intentó darle instrucciones: vete a casa, coge dinero, márchate, encuentra donde alojarte lejos y quédate allí, y nos reuniremos el domingo en el Hotel Maharaja en Andheri East, a la una en punto. Que le dijese qué hacer puso a Bazil en marcha, y se fue. Aadil limpió su propia kholi. Cogió dinero en efectivo, dos camisetas, dos pares de pantalones y un par de zapatos. Salió en diez minutos, y caminó a paso constante, sin mirar nunca hacia atrás.

Aadil se quedó en un hotel cerca de la estación Dadar aquella noche, y después se trasladó de nuevo a Mahim al día siguiente. No tenía intención de ir al Hotel Maharaja el domingo, y sabía bien que debería marcharse de Mumbai. Pero ¿adónde más podía ir? Había otras ciudades, otras enormes masas de hombres y mujeres en las que perderse, pero estaba ahí en Mumbai y la llevaba dentro. No tenía energía para volver a ponerse en movimiento, viajar de nuevo a algún lugar nuevo, encontrar lenguas nuevas y gente nueva. Esa era su casa, y estaba ahí. Estaba decidido. Al cabo de dos días tenía una habitación cerca de Film City, y el domingo fue al Hotel Maharaja. Quizá era un error, pero los chicos eran su equipo. Le proporcionaban su vida. Encontrar a otros significaría trabajo, y llevaría tiempo, y el final del mes estaba cerca. Casi era momento de hacer otro trabajo. De modo que encontró una esquina cerca del Hotel Maharaja, y observó. Faraj y Bazil llegaron justo antes de la una, en un autorickshaw. Entraron, y Aadil esperó. Estaba entrenado para ser paciente, gracias a sus instructores, y después por todas las emboscadas. Pasó una hora, y después otra. No había señal de policías merodeando, pero aun así Aadil esperó.

Justo después de las tres, Faraj y Bazil bajaron las escaleras del hotel, con aspecto desanimado. Caminaron por la calle, y Aadil les siguió. Dejó que se adelantasen mucho, después cruzó la calle y se acercó de nuevo, por el otro lado. Ningún policía, por lo que podía ver. Faraj tenía el brazo sobre los hombros de Bazil, y Bazil parecía estar llorando. Aadil se dirigió hacia ellos, cogió a Bazil por el codo.

—Estate tranquilo —le dijo a Faraj—. Camina.

Aadil les llevó a una pequeña zona de jardín en medio de la calle, en una rotonda. Había un único árbol en la rotonda, y se puso en cuclillas debajo. Los chicos se sentaron incómodos, con las piernas cruzadas y moviéndose de lado a lado. Aadil dejó que sudasen bajo el sol y les dijo lo idiotas que eran. No les dejó hablar, y les dijo que no había disculpas para lo que habían hecho. Le habían puesto en peligro a él y a toda la unidad y sus operaciones. Sus acciones habían sido irresponsables, y su forma de beber nada religiosa. No habían entendido nada de lo que les había enseñado sobre el uso de la fuerza.

Bazil empezó a llorar otra vez. Faraj tragó saliva, y dijo:

—Sé que estuvo mal.

Aadil les dejó hablar, y les arrancó promesas de que nunca volverían a tocar el alcohol. Después los guió desde la rotonda, a través de los anillos de coches, y les compró zumo de sandía. Hablaron sobre el siguiente trabajo. Su mejor fuente de información había sido Shamsul, en quien la gente confiaba por su carácter afable y

cuerpo aflautado. Los dueños de las casas y los chowkidars lo consideraban inofensivo, y hablaban con él. Ahora el equipo tenía una desventaja, pero no había nada que hacer sino adaptarse. En menos de una semana tenían un objetivo, y un plan. En esa ocasión la dirección procedía de Bazil, de una familia cerca del Aeropuerto Sahar. Tenían un hijo que trabajaba en Dubai, que les enviaba paquetes con frecuencia. Aadil retrasó el trabajo cuatro días, solo para asegurarse de que tenían la información correcta. Caminaron por la zona, entraron en el recinto del edificio y volvieron a salir. La operación se realizó sin contratiempos, los chicos estuvieron tranquilos, se marcharon con sesenta mil en efectivo y una bolsa de joyas de oro, incluyendo lingotes. El chico de Dubai se había estado preparando para la boda de su hermana. Aadil estaba satisfecho.

Se le había asignado a Faraj que encontrase a un comerciante de mercancía robada de confianza, y localizó a uno en Tulsi Pipe Road. El contacto se hizo por teléfono, y se ultimaron los planes, y en ese momento estaban de camino para hacer la entrega. Aadil había decidido que irían todos, para prevenir futuros malos entendidos. Caminaron a lo largo de las vías del tren, bordeando las casuchas que habían construido a lo largo de la valla. El encuentro se había organizado para última hora de la tarde, pero a Aadil le había golpeado un dolor de cabeza que le recorría la columna como una tormenta. Era incapaz de ver más allá de las ráfagas de fuego afilado que le llegaban a los ojos. Incluso en ese momento, cuando ya pasaba de la medianoche, y se había recuperado, las farolas ardían con vehemencia en un resplandor espectral de color naranja alrededor de ellos. Un tren pasó deprisa por su lado, y cada traqueteo y golpeteo salía de la oscuridad y hacía daño a los oídos de Aadil. Los chicos estaban callados y pendientes, y caminaban a ambos lados de él.

Aadil se sentía vivo, despierto por el dolor. El crujido de la tierra bajo sus pies le trajo un recuerdo de mucho tiempo atrás, algo que llegaba a él y se batía en retirada, iba y venía. La tierra respiraba, podía sentirla.

Los gritos llegaron de detrás y delante, y eran muy fuertes. El destello de una linterna llegó hasta Aadil, y con él:

—¡Policía!

Aadil giró a la izquierda y corrió, agachado. Había hombres delante de él. Directamente contra su hombro derecho había una casucha de hojalata, una puerta cerrada. Después un hueco pequeño antes de la siguiente casucha. Aadil entró en el agujero, y avanzó hacia las barras de la valla. Las vías estaban en la otra parte, pero la valla era alta. Aadil alargó la mano hacia arriba, y esta resbaló sobre el hierro. Se dio la vuelta. Tenía el machete en la mano.

—Sal, bhenchod. Tíralo.

El policía tenía un revólver. Aadil podía ver el cañón, la línea de luz sobre él, y los hombros pesados del hombre que había detrás. Arrojó el machete por lo bajo, sobre la calzada. Un pequeño sonido metálico. El policía estaba esperando, y el cañón del revólver se inclinó hacia abajo solo un poco. Aadil inhaló un trago prolongado,

dulce, de aire, y tuvo el absurdo pensamiento de que quizá podría quedarse así para siempre, acorralado y en paz. Pero su mano ya había encontrado la navaja, la había abierto, y luego su cuerpo se estaba moviendo. El policía nunca disparó, quizá perdió a Aadil en la oscuridad. Aadil se lanzó sobre él, y le golpeó como le habían enseñado, como había aprendido, como había practicado.

Aadil estaba corriendo. Los policías iban detrás de él y estaba corriendo. Todavía tenía la navaja en la mano y quería soltarla pero no podía. Corrió. Después ya no se movía. Cerró los ojos, los abrió, y supo que estaba sobre el suelo, boca abajo. La superficie de la calle formaba un arco y se apartaba de él, y un hilito de agua brillaba con suavidad. No notaba dolor, pero se sentía muy somnoliento y flojo, como si se estuviese despertando. Creo que he matado a ese hombre, pensó. Después se le ocurrió que él mismo se estaba muriendo. No tuvo miedo, ningún miedo en absoluto. Pero se sintió tremendamente triste, pero no sabía por qué, o para qué, y se preguntó y esperó. Después estaba muerto.

## II

Sharmeen defendía a su héroe con lealtad.

—El problema contigo, Aisha Akbani —le dijo a su amiga—, es que cambias de opinión cada cinco minutos. Un día Chandrachur Singh lo es todo para ti, una semana después dices que ni siquiera le mirarías si apareciese bajo tu ventana con rosas. ¿Sabes qué eres? Eres voluble.

Sharmeen había leído la palabra «voluble» hacía poco, en uno de sus textos de octavo curso, y la utilizaba con enorme satisfacción.

Aisha ladeó la nariz, que había que admitir que era preciosa, y rechazó a Chandrachur Singh haciendo un gesto contundente con la mano.

—Sharmeen Khan, si fuese cosa de una semana o un mes, entonces sí, tendrías un argumento. Pero ese chico está muy acabado. Ha pasado mucho tiempo desde *Maachis*, y ni una buena película. Está bien, quizá una o dos. Y de todas formas no es por las películas. No dejo de decírtelo, simplemente no me gusta.

Sharmeen y Aisha están tumbadas sobre la cama de Sharmeen, en su habitación en la segunda planta de una casa en Bethesda. A Sharmeen le encantaba el descenso afilado de la campiña de Maryland fuera de su ventana, que hacía que un roble de tamaño medio colgase sobre lo que ella llamaba «precipicio» y que Aisha describía como «pequeño descenso». A veces, Aisha estaba contrariada de forma exasperante, discutía por discutir, pero Sharmeen la adoraba de todos modos. Fue su primera amiga cuando llegó a América casi dos años antes, cuando todavía con su acento medio-panjabí medio-londinense hablaba de «Amrica». Aisha —que entonces no era tan guapa— fue comprensiva y amable, y ahora, incluso cuando ya había florecido, todavía en octavo, no se separaba de Sharmeen. Eran las mejores amigas, y eran

inseparables. A Aisha le gustaba aparentar que era una antirromántica, una cínica, y por eso se negaba a admitir que la vista desde la ventana de Sharmeen era bastante espectacular en realidad, en especial cuando estaba todo cubierto por la nieve de enero, como ahora. Se veía el roble, el precipicio y una pradera larga y extensa que terminaba en una maraña de arbustos elevados. En las noches de luna llena, todo centelleaba y parecía bastante salvaje, y Sharmeen se quedaba tumbada con los ojos somnolientos, medio abiertos, y se imaginaba a Chandrachur Singh sobre un caballo blanco, galopando sobre las zarzas y subiendo el precipicio.

—Estás soñando otra vez —comentó Aisha, y le pellizcó el brazo a Sharmeen.

Sharmeen le pellizcó el suyo a modo de respuesta, y pidió:

—Pasa la página.

Estaban tumbadas boca abajo sobre la colcha floreada, con las cabezas alejadas de las almohadas, las mejillas inclinadas sobre el borde inferior de la cama. Tenían un número nuevo de *Stardust* abierto encima del suelo, donde podían deslizarse con rapidez bajo la cama al primer crujido de aviso en las escaleras. Los padres de Sharmeen eran estrictos respecto a lo que leía, y *Stardust* estaba tan poco permitido que ni siquiera se había mencionado jamás en la casa. En especial el padre de Sharmeen le había impuesto una disciplina y la había animado desde una edad temprana a preservar sus valores y el izzat familiar. Se llamaba Shahid Khan, era coronel, y había sido destinado a la embajada en Londres, y había viajado por todo el mundo, pero nunca desistió en sus prácticas y oraciones, y era conocido entre amigos y colegas por su devoción y vida sencilla. De modo que Sharmeen ni hablaba ni leía sobre películas pakistaníes y actores, mucho menos sobre la industria terriblemente descarada al otro lado de la frontera. Pero Sharmeen y Aisha leían *Stardust* de todas formas. Estaban interesadas de forma tibia en talentos locales como Noor y Zara Sheikh, pero eran unas apasionadas de las películas indias. Un reportaje de tres páginas sobre Chandrachur Singh, con fotografías a color, apartó esa última discusión, que terminó de la misma forma en que lo hizo tiempo antes, y antes de eso. Sharmeen siempre era rotunda en su devoción por Chandrachur Singh, le defendía frente a las acusaciones injustas y los ataques de Aisha, y al final se alejaba a la deriva absorta por Chandrachur Singh. Ahí se quedaría, hasta que Aisha la hiciese volver con un pellizco. Aisha pasó la página, y entonces se quedaron mirando hacia abajo una foto desplegable a doble página de Zoya Mirza.

—Guau —dijo Aisha—, es preciosa.

No había duda de que lo era. Estaba hecha un ovillo sobre un diván rojo, con un mini-vestido de satén rojo que le dejaba las piernas largas, doradas, bastante al descubierto, y el pecho apretado contra un escote de corte bajo. Sharmeen soltó:

—Mmmm.

Reaccionaba de forma complicada ante Zoya Mirza. Le gustaban la altura de Zoya y algunos de los papeles en los que estaba muy bien, como el de abogada militante de causas progresistas que había interpretado en su segunda película, *Aaj ka*



*Kanoon*, pero pensaba que no era bueno que una *muslimah* enseñase así su cuerpo. Hacía que se sintiese incómoda. Hubo un tiempo en que hubiera pensado que era una cosa muy mala, en que hubiese estado de acuerdo sin reservas con Abba y Ammi acerca de que era un demonio sin lugar a dudas. Pero había pasado mucho tiempo con Aisha, y Aisha pensaba que Zoya Mirza era estupenda. De modo que Sharmeen contestó:

—Está bien. —Y lo dejó así, e intentó pasar la página.

Pero Aisha bajó la mano, sobre el estómago muy plano de Zoya Mirza.

—¿Por qué? —preguntó—. Es tan guapa como Chandrachur Singh. Mucho más. No puedes decir que no lo es.

Sharmeen no quería hablar de eso, porque sabía por dónde iría la discusión. Los padres de Aisha se enorgullecían de ser modernos. La madre trabajaba como agente inmobiliaria, y el padre dirigía una empresa de software. El hermano mayor de Aisha se había casado con una chica blanca americana, que no se había convertido después de la boda. Y tanto Aisha como su hermana llevaban la cabeza al descubierto. Aisha estaba muy orgullosa de su largo pelo castaño, y Sharmeen sabía que se compadecía de ella por tener que llevar ropa tan conservadora al salir de casa. Se negaba a aceptar la afirmación de Sharmeen acerca de que se sentía más segura con el pelo cubierto, y más cerca de Alá. Aisha decía que todo eso era un condicionamiento social, y que Alá nunca dijo nada sobre taparte entera de pies a cabeza. Así que discutir con ella era inútil, pero iba a tener lugar una discusión de todos modos. Sharmeen podía darse cuenta. De modo que suspiró, y respondió:

—A mí siempre me parece muy ordinaria.

Aisha se dio la vuelta, dio una palmada por encima de los ojos y soltó:

—¿Ordinaria? ¿*Ordinaria*? Sharmeen Khan, después de todo este tiempo en América, eres todavía una funda.

—No soy una funda.

—Sí, lo eres.

En esta ocasión, habían llegado a su punto muerto de costumbre con una velocidad inusual. Antes de marcharse de Pakistán, en Rawalpindi y Karachi, a Sharmeen nunca la habían llamado fundamentalista, ni un amigo ni un enemigo. Siempre había ido a colegios del ejército, donde muchas de sus compañeras se vestían como ella y las chicas más mayores llevaban hiyab y la mayoría de la gente estaba de acuerdo en lo que era adecuado y lo que no lo era. Pero de eso hacía una eternidad, cuando tenía ocho y nueve años. Ahora tenía casi catorce y estaba en la otra parte del mundo y Aisha era su mejor amiga y todo era diferente. Ahora tenía que defenderse a sí misma, y negar que fuese una fundamentalista.

—Ser pudorosa —afirmó Sharmeen— no significa que seas una fundamentalista.

Aisha replicó al instante con:

—Y estar orgullosa de tu cuerpo no significa que seas ordinaria.

Sharmeen sintió que su propio cuerpo se contraía. Odiaba esa discusión eterna

que desembocaba en aquella opresión en su vientre.

—Bueno —contestó, y trató de dar la vuelta a la página.

—¿Bueno qué?

—Bueno, no es ordinaria. Uf. ¿Podemos pasar ya a Zoya Mirza?

Aisha giró la página, y llegaron otras dos fotos de Zoya Mirza. El *Stardust* era suyo, lo había traído en su bolsa negra, de modo que tenía derechos de propiedad. Le dejaban leer *Stardust* en casa, delante de sus padres, quienes sin duda pensaban que los padres de Sharmeen eran unos fundas. Sharmeen esperó con paciencia a que Aisha terminase de leer el artículo sobre Zoya Mirza, y pensó en su padre y su madre y su religiosidad. Abba era más observador, el más riguroso. Tenía la frente marcada con una *namaaz ka gatta*, testimonio de que a diario se arrodillaba y rezaba cinco veces, y siempre que Sharmeen había viajado en avión con él, se había sentido reconfortada por sus lecturas del Corán pequeño, exquisito, durante los despegues y los aterrizajes. Le había contado a Sharmeen de qué forma su fe le había sostenido, cómo había hecho posible que se levantase a pesar de todas las dificultades. 1 labia luchado contra la pobreza y el despojo, problemas familiares y discriminación, y había estudiado duro y rezado y ascendido entre las filas del ejército. Ahora estaba adscrito a la embajada en Washington en un puesto muy importante, y Sharmeen le admiraba y le quería mucho lío. A pesar de lo que Aisha y sus padres emigrantes pudiesen pensar de él. A Sharmeen no le importaba.

—De acuerdo —soltó Aisha.

Había terminado de leer el artículo, y estaba lista para pasar al siguiente. Pero no pudo dejar a Zoya Mirza sin una última palabra de admiración:

—Te lo digo, es muy elegante.

Sharmeen se contuvo, y se sumergieron en el examen prolongado de un artículo sobre la carrera de Anil Kapoor, y después un análisis de protagonistas más antiguos. Sharmeen solo veía películas en casa de Aisha, en DVD, de modo que su conocimiento sobre actores y actrices y sus historias no era tan amplio y profundo como el de Aisha, pero tenía una percepción astuta acerca de lo que iba a ser un éxito y lo que no, y podía recordar canciones enteras con oírlas solo una vez. De los protagonistas en blanco y negro, de mucho antes de que ella o Aisha hubiesen nacido, a Sharmeen le gustaba Dev Anand. Después tuvo debilidad por Amitabh Bachchan. A Aisha le parecían bastante bien estas dos preferencias, solo se diferenciaron en cuanto a Chandrachur Singh. Sharmeen a menudo se preguntaba por qué los tiempos modernos les dividían más que los de antaño. En aquel momento estuvieron de acuerdo sobre Feroz Khan —rechazado— pero discreparon en cuanto a Fardeen, cuya primera película todavía no se había estrenado pero cuyas fotografías estaban de repente por todas partes, y de quien Aisha pensaba que era fenomenal pero a quien Sharmeen declaró un inepto. «Inepto» era una de las nuevas palabras de Sharmeen.

—Sharmeen —se oyó—. ¿Beta?

Tuvieron un aviso considerable. Cuando Ammi abrió la puerta, el *Stardust* estaba

en lugar seguro bajo la cama, y Sharmeen y Aisha estaban sentadas en el medio de la misma, mirándose la una a la otra. Con el aspecto, confiaba Sharmeen, de dos chicas obedientes que mantenían una conversación respetable sobre algo adecuado.

—*Salaam alaikum, khaala-jaan* —saludó Aisha.

Era experta en esas transformaciones repentinas. De pronto tenía el pelo metido tras las orejas, se abrazaba las rodillas con los brazos, y parecía tan dulcemente inocente como una de esas protagonistas de los años cuarenta sonriéndole como una tonta a alguien mayor que asentía.

Y Ammi de hecho asintió.

—*Walaikum as salaam*, Aisha. —Dándose toquitos en la boca con el extremo del chunni—. ¿Estás bien?

—Sí, khaala-jaan, muy bien. —Aisha asintió moviendo la cabeza de lado a lado como hacía cuando se portaba bien con tías y tíos—. Tiene un aspecto muy sonrosado. El clima frío le resalta las mejillas.

Los halagos no eran estrictamente necesarios. Al principio Ammi se sorprendió y después se quedó embelesada con el buen urdu de Aisha y sus maneras recatadas. No aprobaba a la familia de Aisha, pero se sentía bastante cómoda dejando a la chica encantadora entrar en su casa y ser la amiga encantadora de su hija. Aisha estaba bastante segura, pero nunca perdía ocasión para untar. Ammi sonrió, y sucumbió de nuevo a la interpretación de Aisha.

—Solo es el calor de la cocina —contestó—. Sharmeen, ve a ver a *Daddi* un rato, no puedo seguir corriendo hacia arriba.

—¿Ahora, Ammi?

—No, el año que viene.

—Ammi, precisamente estábamos hablando de los exámenes.

—Pues id y hablad arriba. Esa pobre anciana no va a deteneros.

Sharmeen no podía decirle a Ammi que odiaba el olor a humedad de aquella habitación, que le asustaba estar en presencia de aquel cuerpo lánguido, marchito, que una vez había sido su *Daddi*. Puso mala cara, y después una mueca de dolor cuando Aisha le dio un pellizco en un dedo del pie.

—Iremos, khaala —replicó Aisha—. Dos minutos.

Ammi se marchó, pero no sin lanzarle una mirada de advertencia a Sharmeen. Aisha recogió sus cosas, y arreó a Sharmeen para atravesar la cocina y subir las escaleras hasta la habitación trasera. Ni siquiera el olor denso de la comida de Ammi podía ocultar el hedor sombrío de la vejez, aquella pesadez en suspensión que olía a alcanfor y medicamento amargo y, aunque de forma leve —eso era lo que le producía náuseas a Sharmeen—, a orina. Aunque la habitación estaba templada, por los conductos de la calefacción y la cocina justo debajo de las escaleras, *Daddi* estaba tumbada debajo de una cubierta gruesa de edredón y mantas. Sharmeen se sentó en la silla que estaba cerca de la puerta, e intentó respirar de forma ligera. Aisha desfiló hacia la cama, y se dejó caer en el sofa que había junto a ella. Aunque para entonces

Daddi era poco más que un bulto debajo de las mantas, Aisha manifestaba interés por ella. Decía que Daddi cambiaba cada vez que visitaba la casa, que se volvía más pequeña y más arrugada y curtida. Sharmeen pensaba que era cierto, que lo que quedaba en aquella habitación no era la mujer alta, de voz potente, sarcástica y con enormes ojos oscuros que recordaba vagamente de cuando era muy pequeña, pero prefería no mirar. Preferiría dejar solo aquel cuerpo apestoso, en la parte trasera de la casa.

—Tiene dos pelos más en la barbilla —comentó Aisha. Se inclinó hacia delante, más cerca. Y entonces, con su voz de hip-hop, susurró—: Ey, Dadds, ¿qué pasa?

Saltó hacia atrás.

—¿Qué? —preguntó Sharmeen.

—Ha hablado.

—¿Y qué? Lo hace a veces. Cree que está en Rawalpindi. Hablando con el carnicero.

—No, idiota. Ha hablado en inglés. Ha dicho: «Estoy muy bien, gracias».

—Debe de haberlo oído en alguna pare. Ven aquí.

Pero Aisha tiró del sofá y lo acercó más a la cama, y giró la cara para mirar dentro de la abertura del edredón. Sharmeen la había visto ponerse así antes... cuando Aisha se obsesionaba con algo, se centraba tanto que de verdad 110 podía oír a nadie que tratase de hablar con ella a medio metro de distancia. Daba mucha rabia, y si se fijaba en Daddi tendrían que subir ahí todos los días durante la semana siguiente. Sharmeen se levantó, rodeó la cama y puso una mano sobre la espalda de Aisha.

—A-isha —llamó.

—Calla, na. Está hablando.

—Farfulla todo el tiempo.

Daddi hablaba entre dientes mañana, tarde y noche, les hablaba a las paredes de su habitación y contaba historias y de vez en cuando maldecía, lo que hacía que Ammi se riese y Abba frunciese el entrecejo. Todo eso asustaba a Sharmeen, aquellos ojos cegatos, ese pelo blanco greñado y la carne escamosa de debajo. Podía oír una voz bajo el edredón, aflautada y frágil. Deseaba estar en algún otro lugar, fuera, en el vigorizante frío norteamericano.

—Es inglés —afirmó Aisha.

—No seas tonta. Daddi no sabe inglés. Y *Dadda* ni siquiera sabía leer nada. No hablaban inglés, eso es seguro.

El marido de Daddi era analfabeto, y Daddi solo podía leer urdu, todos en la familia sabían eso. Pero Daddi se había sacrificado y no había escatimado para darle una educación a Abba, decía que su hijo menor iba a ser un profesional, no un conductor de tempo como su padre. Y la primera esposa de Dadda y sus hijos se rieron de ella, y la echaron de casa justo después de la temprana muerte de Dadda. Daddi se vio en la calle, con tres hijos y sin dinero, nada, y sin embargo lo logró. Logró hacer de Abba algo más que un conductor de tempo. Todo eso era la historia

de la familia, que Sharmeen conocía desde que podía recordar, pero a lo largo de su propia vida nadie había mencionado nunca que Daddi hablase inglés. Era simplemente absurdo.

—Ven aquí —pidió Aisha, y alargó la mano hacia atrás y tiró de Sharmeen hacia abajo—. ¡Escucha!

Sharmeen se encontró cara a cara con Daddi. La piel pálida ahora estaba llena de manchas, desfigurada por lunares, pero Sharmeen sabía que una vez fue gloriosa y resplandeciente de forma legendaria. Dadda se casó con Daddi porque quedó deslumbrado por su belleza panjabí, y su primera esposa la despreció, la llamó prostituta, odiaba tenerla en la misma casa, luchó contra ello. Dadda solía decir que Daddi era una rosa, una *zannat ki hoor*. Mirando a Daddi, era difícil de creer, pero era lo que decía todo el mundo. Ahora la respiración de Daddi era fétida, como pegamento viejo. Sharmeen estaba segura de que ella jamás se permitiría a sí misma volverse tan repulsiva. Preferiría morir antes. Sharmeen puso mala cara.

—Eso no es inglés.

—Ahora no lo es. Ahora está diciendo algo en panjabí. ¿Qué es?

Lo que Daddi decía tenía la cadencia de una salmodia, una oración, pero desconocida.

—No lo sé —contestó Sharmeen—. Vámonos.

—La he oído en alguna parte. Es una canción.

—Sí, sí, ahora te está cantando alguna canción de Daler Mehendi.

Aisha no iba a levantarse ante el sarcasmo endeble de Sharmeen, no mientras tenía este nuevo misterio por investigar. Tenía la cabeza ladeada cerca de la de Daddi.

—Ha parado.

—Bien. Pues ven aquí. En cinco minutos nos podemos ir.

Pero Aisha insistió en sentarse al lado de Daddi y esperar a que hablase otra vez. No hubo forma de hacer que cambiase de opinión. Miraba a Daddi con atención. Sharmeen se apartó de aquella boca húmeda, arrugada, e intentó hablar con Aisha, cambiar a algún otro tema, cualquier cosa. Probó con Chandrachur Singh, Brad Pitt, el colegio, los profesores estrictos. Aisha permanecía trastornada, y solo respondía haans y nas. Sharmeen, por mucho que lo intentase, no lograba evadirse del todo el chasquido que Daddi hacía con los labios cada pocos segundos. Al final se quedó callada, y ambas esperaron a que Daddi dijese algo.

Cuando lo hizo, Sharmeen se sobresaltó, aunque sabía que iba a pasar. En esa ocasión la voz de Daddi fue más alta, más fuerte, pero todavía sonaba como si llegase de alguna otra parte, de algún lugar lejano. Era la salmodia de nuevo:

—*Nanak dukhiya sab sansaar*. —Y aquella vez a Sharmeen también le resultó familiar.

—¿Qué es? —susurró.

—No lo sé —replicó Aisha.

Daddi se calló. En aquel silencio seco las palabras en panjabí se unieron en la

cabeza de Sharmeen y supo qué eran. No quería reaccionar, pero se puso tensa contra el costado de Aisha y de inmediato Aisha supo que lo sabía.

—¿Qué es? —preguntó Aisha.

Sharmeen no quería decirlo. Nada de aquello tenía sentido. Se encogió de hombros.

—Es panjabí.

—Eso también puedo oírlo yo. Pero tu panjabí es bastante bueno. ¿Qué está diciendo?

Aisha no iba a dejarlo pasar. Sharmeen susurró:

—Es algún tipo de canción. Como la que esos sardars cantan en su templo o lo que sea.

Aisha negó con la cabeza.

—¿Tu Daddi está cantando una oración sikh?

Sharmeen asintió.

—Nanak, eso es de los sardars, ¿no?

—Sí —contestó Aisha. Agarraba con fuerza las manos de Sharmeen, y entonces hizo la pregunta crucial—. *Pero ¿por qué?*

—No lo sé.

Sharmeen no tenía ni idea. Dadda era panjabí, y Daddi era una panjabí refugiada de la otra parte. Toda su familia había sido asesinada por los hindúes. Dadda la rescató y la llevó a casa. Se casó con ella, y su primera esposa se puso furiosa, y después de que Dadda muriese la primera esposa chudail les echó a ella y a Abba. Dadda quería a Daddi, y, si hubiese vivido, todo habría sido diferente. Pero Daddi y Abba —que entonces era solo un niño— sufrieron, y al final Abba triunfó. En ninguna parte de esta antigua historia había motivo para que Daddi pronunciase rezos sikhs.

—Descúbrela.

Aisha estaba toda colorada por el drama del momento, las posibilidades del misterio.

—¿Cómo?

—Haz preguntas.

Haz preguntas. A Aisha le resultaba fácil decirlo. Sharmeen no quería hacerles preguntas a sus padres sobre rezos sikhs. Aisha no podía entenderlo del todo, pero Sharmeen era consciente hasta la médula, hasta su propia sangre, que preguntar sobre eso sería una catástrofe. Abba odiaba a los sikhs solo un poco menos que a los hindúes. Decía que los sardars eran gente bárbara, sin cultura, llena de violencia y odio. Los hindúes eran peores, por supuesto, eran mentirosos sin escrúpulos y cobardes e idólatras, pero los sikhs estaban a medio camino de los hindúes. Abba se había pasado la vida luchando contra ambos, y le habían condecorado y ascendido por su dedicación y sus éxitos. Sharmeen no iba a ponerse a hablar con él de rezos sikhs en su propia casa. Le quería, pero era un hombre austero, disciplinado, con

carácter implacable. Se iba a trabajar a la embajada y pasaba largas horas allí, y la casa a la que regresaba tenía que estar limpia, silenciosa y tranquila, y llena de bendición religiosa. Sharmeen sabía hacer algo más que provocar un disgusto con preguntas estúpidas sobre lo que murmuraba la vieja y senil Daddi. Así que finalmente logró mandar a Aisha a su casa, y se retiró a su propia habitación, e intentó calmarse. Pero estaba inquieta, y después de comer volvió al cuarto de Daddi.

Daddi todavía estaba hecha un ovillo en la misma posición, con la cabeza hacia la izquierda. Sharmeen sabía que Ammi la levantaba por las mañanas y por las tardes para darle comida y medicamentos, e incluso a veces Abba la bajaba al salón para que se sentase con todos. Pero por lo general pasaba su vida entera ahí, en ese cuarto, dormitando y hablando sola. Sharmeen se estremeció, y se juró a sí misma de nuevo que nunca sería así de horriblemente vieja, y esperó a que Daddi dijese otra vez las cosas sikh. En ese momento, Daddi estaba farfullando y hablando entre dientes, sin embargo, y era difícil distinguir algo, y aunque era panjabí, no era ningún tipo de rezo. Sharmeen se quedó sentada con paciencia. Llevaba un libro de texto de matemáticas, y se puso cómoda en la silla baja de color verde y leyó. Ahora ella misma sentía curiosidad, no estaba tan excitada como Aisha, pero sentía una corriente extraña, agitada, de expectativa y terror y náusea por el abdomen. Quería que Daddi volviese a decir aquella cosa, aquel rezo, pero no lo hizo.

Sharmeen se despertó poco a poco, con la mejilla apoyada contra el brazo de madera de la silla. Una ligera niebla de nieve rompía contra la ventana, y la luz había cambiado hasta un color pizarra luminiscente que a Sharmeen le recordaba un sueño que tuvo una vez, en que caminaba sobre una llanura inmensa, hacia las montañas altas. ¿Cuándo tuvo aquel sueño? No podía recordarlo. Se incorporó y se frotó la cara. Debía de haber un dibujo desagradable ahí, por la madera. A veces, cuando ella y Aisha hacían la siesta por la tarde, se reían con regocijo por las impresiones que les quedaban en la cara y los brazos, y fingían que eran marcas permanentes, cicatrices. Aisha detestaba dormir demasiado por las tardes, no obstante. Decía que despertarse después de un sueño largo durante el día hacía que se sintiese perdida, como si no supiera dónde estaba, o quién era. A Sharmeen le gustaba dormir a cualquier hora, por el día o la noche, y dormía cuando le apetecía. Aunque nunca se lo diría, pensaba que a pesar de que era escandalosa y arriesgada, Aisha era especialmente delicada en algunas cosas. Se ponía nerviosa de verdad por las pruebas y los trabajos, y le daban miedo las lagartijas. A veces Sharmeen tenía la sensación de que ella protegía a Aisha, no al revés.

Sharmeen se sobresaltó. Daddi estaba sentada en la cama. Las mantas habían caído alrededor de su cintura, y debajo del suéter blanco tenía una clavícula muy frágil. Estaba mirando a Sharmeen.

—Nikki —dijo—. Llévame a casa.

—¿Qué, Daddi? ¿Qué?

Sharmeen se irguió y se arrodilló junto a la cama y sujetó la mano de Daddi. Era

tan ligera como si no fuese nada.

—Daddi, ¿qué has dicho? ¿Quién es Nikki? ¿Qué Nikki?

Daddi preguntó:

—Nikki, ¿dónde está Mata-ji? Llévame a casa, Nikki.

—¿Qué Mata-ji? ¿Te refieres a tu Ammi?

Pero Daddi se había replegado en su ausencia de costumbre. En ese momento miraba a través de Sharmeen, a través de la ventana y más allá. Sharmeen no estaba segura de si veía la nieve, o los árboles, o nada en absoluto. Se quedó sentada un rato con Daddi, después hizo que se tumbase y la tapó con los edredones. Aquella noche en la cena, Sharmeen le preguntó a Ammi:

—¿De dónde vino Daddi?

Ammi se encogió de hombros:

—Pregúntale a Abba.

Aquello fue todo lo que Sharmeen pudo conseguir en aquel momento, para gran frustración de Aisha, quien valoró por teléfono el hecho de que Daddi preguntase por Nikki, quienquiera que fuese. Pero Abba no estaba en casa aquella noche, otra vez trabajaba hasta tarde, y todas las preguntas tuvieron que esperar a la mañana siguiente.

—Es muy extraño que solo puedas preguntarle a él —comentó Aisha—. Mi madre puede contártelo todo sobre la familia entera de Papa.

Sharmeen protestó solo ligeramente. No le gustaba pensar que sus padres eran extraños, pero en ese momento parecía raro que Amina hablase tanto sobre su propia familia y su ascendencia, pero nunca hablase de Daddi. No había forma de evitar su silencio, sin embargo; de modo que Sharmeen esperó hasta la mañana, esperó a que Abba terminase su baño y oraciones *fajr* y el desayuno. Tenían una pequeña charla antes de que ella fuese al colegio, todos los días, y sobre todo a él le gustaba hablar de los estudios de ella. Debatían sobre la perspectiva religiosa adecuada de los muchos temas que surgían en clase, y él le daba su opinión sobre los acontecimientos del mundo. Era un experto en asuntos internacionales, y había estado casi en todas partes, o eso le parecía a ella. Le encantaba escucharle describir las junglas de Myanmar, y las estepas de Ucrania. Se acarició el bigote que se estaba volviendo gris, y le habló con su voz profunda de los tigres que había visto en Nepal, y los caballos en Suecia.

Ese día, hablaron sobre Afganistán e Irak, y después, al recoger sus libros, Sharmeen preguntó:

—Abba, ¿de dónde es Daddi?

Abba enderezó los tapetes de encima de la mesa.

—Del Panjab. De lo que ahora está al otro lado de la frontera.

—Sí, pero ¿de dónde exactamente?

—De cerca de Amritsar.

Abba estaba muy relajado, pero Sharmeen sabía que preguntarle cualquier cosa



en ese momento significaría parecer demasiado curiosa. Se fue al colegio, apaciguó a la impaciente Aisha y aguardó el momento oportuno. A lo largo de los siguientes tres días, le preguntó a Abba lo que pensaba que eran cuestiones inocentes, despreocupadas, sobre la familia, que resultaba natural que una muchacha preguntase. Averiguó que antes de casarse, el nombre de Daddi era Nausheen Sharif; que sí, Daddi tenía hermanos y hermanas que desaparecieron al intentar huir hacia Pakistán; que no había parientes vivos por su parte, ninguno y en ninguna parte; que había ido a la escuela pero no tenía título universitario; que le gustaban los jalebis y el khari lassi.

—Y —preguntó al final Sharmeen—, ¿quién es Nikki?

—¿Nikki? —indagó Abba.

—Daddi dijo algo sobre Nikki cuando estaba sentada con ella.

—Ahora pasas mucho tiempo con ella.

Sharmeen y Aisha habían estado subiendo a la habitación de Daddi todas las tardes, manteniéndose alerta por si surgían más rezos sikhs o algo en inglés o menciones a esa Nikki. Ammi estaba encantada con la nueva devoción de Sharmeen por los deberes caseros, pero Abba parecía muy neutral. Era difícil, en muchas ocasiones, decir qué pensaba o sentía. Diría algo, haría una afirmación con una voz que no desvelaría nada, y después descendería el silencio. Podía ganarte con la paciencia a ti o a cualquiera, y cuando hablabas te daba la sensación de que veía justo a través de ti. Sharmeen sintió que la ansiedad le subía por la columna como lava, y dijo, de la forma más calmada que pudo:

—Es tan anciana... Debe de sentirse sola.

Entonces él se ablandó, e hizo que Sharmeen se sentase a su lado, aunque la niña fuese a llegar tarde, y le habló de la luz de la luna sobre las cimas del Himalaya.

—Pero ¿no te habló de ninguna Nikki? —le preguntó Aisha más tarde—. ¿No sí, no, no nada?

—No dijo nada.

—Eso de «Mata-ji» también es de los sardars, creo. Tienes que averiguar acerca de esa Nikki.

—No voy a preguntarle otra vez.

—Sí, sí. Puede dar mucho miedo, tu coronel Shahid Khan, con ese bigote grande y esa voz. Incluso cuando dice: «Buenas noches, beta» hace que tenga escalofríos por todas partes.

En el interior de la cabeza de Sharmeen se produjo una sacudida, un cambio de perspectiva rápido, vertiginoso... siempre había visto a Abba como Abba, que era alto y estricto y tenía voz de barítono y olía a cuero y aceite Arnolive para el pelo, tan permanente como el mar. En ese momento, de repente, le vio como lo veía Aisha, o como podrían verle otros, adusto y peligroso y con sus propios secretos. De pronto se sintió más vieja, como si algo en ella hubiese cambiado de verdad, y no le gustó.

—No da miedo —contestó en voz baja.

Aisha había experimentado uno de sus repentinos cambios de atención, y ya no

escuchaba a Sharmeen. Estaba mirando fijamente a Daddi. Estaban en la habitación de Daddi, colocadas cerca de ella por si acaso decía algo misterioso o sorprendente o revelador. Pero Daddi estaba hablando en urdu casto y panjabí —como desde hacía días— y de nada aparte de carniceros y caballos y viajes de mucho tiempo atrás.

—Está siendo muy aburrida —comentó Aisha—. Nada nuevo, ¿no?

—No —respondió Sharmeen—, nada nuevo.

No había surgido ninguna Nikki, ni rezos, nada. Incluso aunque hubiese un misterio, no estaban cerca de resolverlo. Tal vez no había nada que descubrir. Sharmeen ni siquiera estaba segura de si quería averiguar nada más. El muro del carácter evasivo de Abba —y sí, era eso— frenaba un peso gigantesco, apabullante, algo que lo amenazaba incluso a él. Sharmeen no podía explicarle esto a Aisha porque no sabía cómo lo sabía ella misma, pero estaba asustada y quería dejarlo sola. Mirando a Daddi en aquel momento, al arco afilado de su nariz, que tanto Abba como Sharmeen habían heredado, Sharmeen deseó que Daddi tan solo se quedase tranquila, que se callase y no dijese nada sorprendente o dramático o explosivo. Quería que Aisha saliese, que dejase aquella habitación y cualquier recuerdo roto que guardara, pero sabía hacer algo mejor que decir cualquier cosa. Decirle a Aisha que no hiciese algo a menudo significaba que lo hiciese de todas formas, aunque no quisiera hacerlo al principio. De modo que Sharmeen se hizo esperar, tuvo paciencia y resistencia. Era solo cuestión de tiempo.

El interés de Aisha por Daddi duró más de lo que Sharmeen esperaba. Durante las vacaciones de invierno, siguió arrastrando a Sharmeen hacia arriba a aquella habitación oscura día sí y día no, hacía que se sentase junto a Daddi mientras hablaban de actores y música y chicos y el colegio. Para entonces, Daddi había caído en un silencio casi constante, roto solo de vez en cuando por el ruido que hacía al sorberse la nariz y toses y un sonido intenso a gárgaras en el fondo de la garganta. A lo largo de tres semanas, solo habló una vez, y fue para preguntarle a alguien cuándo saldría el tren. Aquello se convirtió en una especie de broma entre Sharmeen y Aisha, por algún motivo resultaba muy divertido preguntarse la una a la otra al azar, con fuerte acento panjabí:

—Arre, oye, ¿cuándo sale el tren?

Para cuando comenzó el colegio y volvieron a tener las carteras llenas, y Aisha escandalizaba a Sharmeen con su charla desvergonzada sobre chicos, incluso esa frase de Daddi se olvidó. Y entonces Sharmeen tenía que subir a la habitación de Daddi solo cuando Ammi se lo recordaba. Aisha ya no insistía en hacerle visitas por la tarde, y Sharmeen se sentía contenta por ello.

Daddi murió a comienzos de la primavera, un día en que los periódicos estaban repletos de historias sobre la temprana floración de los cerezos. Sharmeen llegó a casa del colegio y se encontró a Abba sentado a la mesa en la cocina, sujetando una taza de chai humeante. Ammi estaba de pie junto a la encimera, con las manos sobre el estómago. Sharmeen supo al instante que algo malo había sucedido. Abba nunca

estaba en casa tan pronto.

Fue Ammi quien habló.

—Beta, tu Daddi ha fallecido esta tarde.

Entonces Sharmeen vio que Abba tenía lágrimas en la cara, y le temblaron las piernas y se estremeció. Ammi corrió hacia delante y la sujetó y la ayudó a sentarse. Tanto Abba como Amini la mimaron entonces, y le hicieron beber chai, y la abrazaron. Durante el funeral, y después, la historia fue que Sharmeen por poco se desmaya al saber lo de su Daddi, y gente que no conocía se le acercó y habló con ella sobre la aceptación y la voluntad de Alá y una vida larga, larga, y amor eterno. Sharmeen nunca le contó a nadie que lo que la asustó aquel día, lo que le produjo una punzada de terror abyecto en el pecho, no fue la noticia sobre Daddi sino la tristeza de niño en el rostro de Abba, el anhelo herido y la pérdida y la incertidumbre que nunca había visto antes y nunca quería volver a ver. Sharmeen mantuvo la cabeza agachada y se quedó muy callada y esperó a que todo se detuviese.

Hubo otra cosa que Sharmeen no le contó a nadie jamás, ni siquiera a Aisha.

Durante el mes posterior a la muerte de Daddi, el sueño de Sharmeen se quebró varias veces cada noche. Se deslizaba a un estado de vigilia exaltada y sudorosa, y la cabeza le daba vueltas por un torrente de pensamientos sobre Daddi, una canción que había cantado, y la vez que fue tres veces a cambiar sandalias al Centro Comercial Crystal City y las dependientas empezaban a negar con la cabeza tan pronto como la veían renqueando por el pasillo. Sharmeen se incorporaba en la cama, bebía agua, se tumbaba y trataba de volver a dormirse. Pero se sentía como si tuviese en el corazón delgados ganchos negros estirando para despertarla con diminutos pinchazos de culpabilidad. El dolor de los pequeños arañazos descarnados no solo procedía de la sensación de que ella, Sharmeen, no había pasado bastante tiempo con Daddi desde que cumplió trece años, de que había estado demasiado absorta en sus estudios y Aisha y Chandrachur Singh. No, no era solo eso. También era aquella comprensión amarga para Sharmeen: que Daddi se había ido de verdad y ahora nunca sabría todo lo que había que saber sobre ella. No hacía mucho tiempo, Sharmeen se habría aburrido con la charla de Daddi, con sus explicaciones sobre laltens en las tormentas del monzón. Ahora parecía que un mundo entero se había apagado aquella tarde de martes de primavera americana, todo un universo se había extinguido así, con facilidad. Y Sharmeen no tenía posibilidad de hacer que regresase.

Era de nuevo martes por la tarde, un mes después del día de la muerte de Daddi, y Sharmeen se despertó. Intentó no abrir los ojos, no pensar en que estaba despierta. Recientemente había decidido que era la incertidumbre de volverse a dormir lo que en realidad la mantenía despierta. Así que trató de quedarse quieta y respirar hondo. Trató de pensar en cosas buenas, agradables, y contra la ráfaga de la memoria construyó el baluarte de un paisaje imaginario, una ladera arbolada, no, una playa y un mar verde-azul que se extendía. Después, con un suspiro, Sharmeen desistió. Estaba despierta. Abrió los ojos, y Daddi estaba sentada sobre la cama, justo a los

pies de la misma. Iba vestida con su chal favorito de pashmina azul oscuro, el que se había comprado solo tres años antes, pero era muy joven y hermosa. Tenía la frente alta y el pelo oscuro descendía en ondas lujosas, pasadas de moda. Estoy soñando, pensó Sharmeen. Puedo despertarme. Despierta, pero no pudo hacerlo, y, sin lugar a dudas, Daddi todavía estaba sentada ahí, con la ventana y la luz de la luna detrás de ella. Sharmeen pensó: si me incorporo y bebo un poco de agua, esto parará. Pero sus brazos y piernas yacían a ambos lados tan pesados como si fueran piedra blanca, y, a pesar de todo su esfuerzo, no pudo moverse. Entonces se le ocurrió que debería rezar, pero luego sintió un tirón de culpa en el corazón, por tener miedo de Daddi. Miró de forma directa a Daddi y se sintió terriblemente triste, por Daddi y por ella misma. Y entonces Daddi dijo, en voz baja, no infeliz sino rebosante de ternura:

—Nikki, llévame a casa.

Entonces Sharmeen estaba despierta. Pudo moverse, y se incorporó y le sostuvo el rostro entre las manos. Se sintió aliviada y ridícula al mismo tiempo. Pensó: mañana le contaré a Aisha este sueño divertido, filmi, y lo real que lo he sentido. Quizá se lo cuente también a Abba y Ammi. Pudo imaginarse a sí misma contándoselo, y las expresiones de asombro y preocupación que tendrían en el rostro. Pudo verse a sí misma contándoselo, y a Aisha, y a otra gente en el futuro.

Pero nunca se lo contó a nadie, jamás. En pocos meses, su propio recuerdo del sueño comenzó a desvanecerse, y el negro intenso, vivo, del pelo de Daddi, y el azul de su chal, se volvieron grisáceos y poco definidos. En el siguiente cumpleaños de Sharmeen, Aisha le regaló un diario de color rosa con una pequeña cerradura dorada. Aquella noche, tarde, Sharmeen recordó su sueño con Daddi, y pensó que debería escribirlo. Pero no podía acordarse de lo que dijo Daddi, exactamente, en el sueño, y al cabo de unos pocos minutos desistió y en vez de eso escribió sobre Aamir Khan. Escribió sobre sus películas y su forma de interpretar, y cuando terminó cerró el diario con llave y lo metió debajo del colchón. Después se durmió, y nunca volvió a soñar con Daddi.

## MERE SAHIBA

La voz musical que salía de los altavoces preguntó:

—*Mere sahiba, kaun jaane gun tere?*

Sartaj no tenía respuesta para esta pregunta. Estaba sentado con las piernas cruzadas en una veranda del Templo Dorado, al borde del *parkarma*. A su derecha estaba el santuario de Baba Deep Singh, y enfrente el Harmandir Sahib estaba teñido de un dorado delicado, rojizo, por el sol de primera hora. Sartaj y Ma habían llegado a la entrada del templo puntualmente a las tres de la mañana, y habían entrado y observado la procesión que llevaba al *Guru Granth Sahib* sobre el agua, hasta su sede. Sartaj logró abrirse camino entre la multitud, y por unos pocos segundos colocó el hombro en el *palki* y ayudó a llevar el libro sagrado, y después volvió con Ma, con nostalgia por las oleadas de excitación y certeza que una vez sintió en esta tierra sagrada. En ese momento estaban sentados hombro con hombro, y el sol había salido, y el *parkarma* estaba abarrotado de gente, y el cantante hizo su pregunta.

Sartaj y Ma habían llegado a Amritsar el día anterior. Ella estaba muy cansada cuando llegaron a la casa del hijo de su *mausa-ji*, y se quedaron despiertos hasta tarde, en una cena larga con muchos primos y tías y parientes lejanos casi olvidados. Pero aun así le pidió a Sartaj que pusiera el despertador para las dos y media, y salieron hacia el Harmandir Sahib en la oscuridad. En aquel momento tenía las manos juntas sobre el regazo, y se mecía atrás y adelante con suavidad mientras movía los labios.

—¿Tienes hambre, Ma?

—No, beta. Ve y consigue algo de comer.

—No, estoy bien.

Sartaj estaba bien, más o menos, pero estaba preocupado por Ma. Estaba encerrada en algún mundo privado de recuerdo y dolor y oración, muy lejos de él. Tenía los ojos húmedos, y se daba toquecitos frecuentes en las comisuras de la boca con el *chunni*. Y rezaba, tan bajito que él no podía distinguir qué *silabad* estaba recitando. No sabía qué o por quién se estaba lamentando, o cómo hacer que se sintiera mejor.

—¿Te estás acordando de Papa-ji? —preguntó él.

Lentamente ella levantó la cabeza y se giró hacia Sartaj. Tenía los ojos marrones y enormes y sorprendidos, y de repente él tuvo la sensación de estar mirando a alguien a quien no conocía.

—Sí —contestó—. Papa-ji.

Pero no se lo estaba contando todo, había cosas de las que no hablaría. Sartaj lo sabía, y se sintió avergonzado, como si se hubiera metido en una habitación oscura que se suponía que no tenía que ver.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Te quedarás aquí?

—Sí. Ve.

De modo que la dejó, y bordeó la alberca de superficie ondulada, a lo largo del parkarma. Había peregrinos sentados en las verandas, y dos niños pequeños se pusieron a correr por delante de Sartaj, perseguidos por su madre. Esta los agarró por los hombros e hizo que caminasen de vuelta hacia el padre, y el mayor de los niños sonrió a Sartaj, dejando al descubierto que le faltaba un diente delantero. Sartaj sonrió, y siguió paseando. La piedra estaba caliente bajo sus pies desnudos. Su recuerdo más temprano sobre Harmandir Sahib era el de tener fríos los dedos de los pies, y Papa-ji sujetándole la mano y guiándole con rapidez por el baño de pies fuera del complejo. Bajó a saltos los fríos escalones de mármol, deslumbrado por el reflejo dorado en el agua de la *sarovar*. Sabía que le habían traído aquí antes, de niño, pero eso era lo que recordaba en ese momento, aquella mañana de invierno, cuando caminaba entre Papa-ji y Ma, cogido de sus manos. Entonces no era capaz de leer los nombres de los mártires y soldados caídos de las placas de mármol incrustadas en los muros y pilares. Ahora le resultaba difícil esquivar los nombres de los muertos, apartar la mirada de las listas colocadas en el lugar por regimientos del ejército indio y familias apenadas. Ahí había una placa, en el muro justo al lado del paso elevado que conducía al Harmandir. Un capitán del octavo batallón de la infantería ligera de Jammu y Cachemira había caído en Siachen. Dos años después de su muerte, su esposa —que también era capitán— donó 701 rupias y colocó la placa en su memoria. Ahora había pasado más de una década, y Sartaj se preguntó si la esposa todavía sufría. Estaba seguro de que sí. Sartaj imaginó al marido, lejos, sobre cimas irregulares, escalando un muro de hielo como un espejo. El marido era muy joven, y valiente, y estaba mucho más arriba de cualquier asentamiento humano, y estaba escalando hacia la muerte. Y Sartaj pudo ver a la esposa, con su uniforme militar, con el rostro levantado hacia la salida del sol. Sartaj caminó, y lloró.

¿Por qué estaba llorando? Lloraba al muerto, el capitán, pero también a sus enemigos, que le habían esperado en aquel campo de batalla congelado, respirando aire entrecortadamente y atrofiándose los pulmones. Lloraba por todos los nombres de todas las placas, y por los mártires sikhs de los cuadros del museo del piso de arriba que resistieron defendiendo su fe y fueron torturados y destrozados y ejecutados. Lloraba por los seiscientos cuarenta y cuatro nombres de la lista del museo, por los sikhs asesinados cuando el ejército asedió el templo en 1984, y lloraba por los soldados que fueron abatidos a balazos sobre aquellas mismas piedras. Sartaj paseó. Se limpió la cara, y completó el círculo alrededor de la *sarovar*. Ma todavía estaba allí, con la espalda apoyada contra el pilar, los ojos cerrados. Él pasó por su lado, y empezó a caminar alrededor del parkarma de nuevo. Un anciano le miró con curiosidad, con dulzura, y Sartaj se dio cuenta de que estaba llorando otra vez. No había cálculo que pudiese determinar exactamente cuánto se había sacrificado o cuánto se había ganado, solo quedaba este reconocimiento de la pérdida, del dolor

soportado y asimilado. En aquel momento, el calor llegó a los pies de Sartaj, y él le dio la bienvenida y siguió caminando. En su vuelta alrededor del Estanque del Néctar, encontró una especie de paz. No esperaba que Vaheguru le perdonase, ni siquiera si su fe fragmentada, escéptica, en Vaheguru le daba el derecho a pedir perdón. No sabía si era un buen o un mal hombre, o si sus acciones se originaban en la fe o en el miedo. Pero había actuado, y en ese momento el paseo le hacía daño y le consolaba. De modo que siguió paseando, en círculo, más allá del Dukh Bhanjani Ber, que curaba todas las aflicciones, y más allá de la plataforma de Ath-sath Tirath. Dio la vuelta, y después otra vez. Olvidó cuántas vueltas había dado, y que estaba caminando, y solo quedó el movimiento de su cuerpo, el agua reluciente y la canción.

—¿Sartaj?

Ma tenía una mano en su codo.

—Solo estaba paseando —contestó él.

Se limpió la cara con la manga, y la condujo de vuelta a la sombra del pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Alargó la mano, le enderezó el cuello de la camisa. Era su madre de nuevo, con el ceño fruncido con preocupación y el deseo de verle completamente limpio y elegante. La extraña que había visto en ella un rato antes había desaparecido. Oculta, quizá.

—Nada, Ma. ¿Estás lista para irte?

Lo estaba, y recorrieron el parkarma hacia la salida. Pero entonces Sartaj se detuvo. Aquella mañana de invierno de hacía mucho tiempo, cuando vino aquí con Papa-ji y Ma, Papa-ji quiso que se diese un chapuzón en la alberca. El propio Papa-ji se quitó la camisa y los pantalones, y se metió en el agua con sus *kachchas* a rayas azules. «Ven, Sartaj» —le llamó, haciendo señas. Pero Sartaj se escondió detrás de Ma, y se negó a ir—. A un *sher* como mi hijo no le importa un poco de frío —animó Papa-ji—. «Venga». Pero no era al frío a lo que le tenía miedo Sartaj. Se había vuelto tímido de repente. Se percató de la masa en los hombros morenos de Papa-ji, y se sintió flacucho y pequeño, en absoluto un *sher*. No quería que le mirase toda aquella gente. Así que negó con la cabeza y se aferró a Ma, y ella le consintió: «Deja al niño en paz, ji, cogerá un resfriado». Y Papa-ji se rió y salió de la alberca, mientras el agua caía en cascada sobre los escalones, el kara brillante contra la amplitud de su muñeca.

Ahora era verano, y a Sartaj no le quedaba timidez.

—Creo que me daré un chapuzón —le dijo a Ma.

Ella estuvo encantada, pero fue práctica como siempre.

—¿No tienes una toalla ni nada?

Él negó con la cabeza, y se encogió de hombros. Ella le esperó junto al Dukh Bhanjani Ver, sosteniéndole sobre el antebrazo la ropa doblada con cuidado. Él descendió los escalones, girando los pies de lado sobre la piedra húmeda. El agua estaba sorprendentemente fría, y le apretó por los costados. Había muchos hombres en el agua alrededor de Sartaj, y murmullo de oraciones. Juntó las manos y sumergió la cara en el agua, y los sonidos se suavizaron. Muy lejos, por debajo, había un

manantial antiguo que conducía al centro de la respiración del mundo. Una oleada prolongada, un movimiento lento en el agua, le golpeó contra el pecho, le reanimó y le sostuvo. Notaba un estruendo suave en los oídos, un susurro, como olas en la playa oídas desde muy lejos. Estaba dentro de él, aquel sonido. Por un momento, todo el peso de Sartaj se desvaneció, sintió que se levantaban sus brazos envejecidos y su estómago flojo, y flotaba. Subió, y le cayeron gotas brillantes de las pestañas, y le sonrió a Ma.

Ella levantó la mano que tenía libre, con la palma hacia él, y le devolvió la sonrisa.

En el compartimento de vuelta a Mumbai, sus compañeras de viaje eran dos hermanas, una de dieciocho años y la otra de veinte, y sus padres. Las dos chicas llevaban salvar-kamizes elegantes en rojo y verde, y pusieron canciones de Kishore Kumar en un casete portátil. Aunque eran muy educadas, y primero le preguntaron a Ma si le importaba. No le importaba, así que todos recorrieron a gran velocidad la campiña panjabí con la cadencia de *Geet gaata hoon main* y *Aane waala pal*, con el continuo golpeteo de las ruedas por debajo. Ma entabló pronto una conversación profunda con la madre de las chicas, acerca de todo, desde cuánto había cambiado Amritsar hasta un joyero que ambas conocían en Andheri. Sartaj habló con el padre.

—Fui a Bombay hace veintitrés años —contó el hombre.

Se llamaba Satnam Singh Birdi, y era carpintero. Había ido a la ciudad solo con sus habilidades y el nombre de un conocido de su padre anotado en un pedazo de papel. El contacto del pueblo no funcionó, el amigo de su padre fue indiferente, de modo que en aquellos primeros días Satnam Singh durmió en aceras y pasó hambre. Pero era un buen trabajador, encontró empleos trabajando para otros carpinteros y empresas de decoración. Su especialidad eran los armarios elaborados, las mesas ornamentadas, los despachos. Al cabo de siete años se fue para montar su propio servicio de carpintería con dos de sus hermanos, y habían prosperado. El hermano más joven se pasó media vida, casi, en la ciudad, y siempre fue bien vestido, llevaba móvil y hablaba inglés. Era su testaferro, atraía clientes y negociaba los contratos. Se habían expandido, y ellos mismos contrataban a muchos carpinteros. Vaheguru había bendecido a la familia, y ahora Satnam Singh y su esposa tenían un apartamento bonito en Oshiwara. Las niñas habían crecido, y eran estudiantes estupendas, de matrícula de honor.

—Esta —explicó Satnam Singh— quiere ser médico. Y la pequeña dice que quiere pilotar aviones.

La pequeña reaccionó de inmediato al suspiro tolerante en la voz de su padre.

—Papa —dijo con aspereza—, muchas mujeres son pilotos hoy en día. No es nada inusual.

Y se sumergieron de forma inmediata y feliz en lo que de forma evidente era una



discusión familiar que venía de largo. Ma —la madre de Sartaj— se puso de parte de la pequeña, para sorpresa de su nueva amiga, la otra madre.

—Eso está muy bien —comentó Ma—. ¿Por qué hay que frenar a las chicas?

Sartaj les escuchó hablar a todos, a Satnam Singh Birdi y su esposa Kulwinder Kaur y sus hijas Sabrina y Sonia, y le sorprendió la inyección de alegría que se extendió por su pecho como jarabe tibio. Se contuvo, porque no había base para aquella esperanza. Era solo una familia, una historia. Y, sin embargo, ahí estaba: ese hombre y esa mujer habían viajado lejos, y habían trabajado, y habían construido una vida. Ahora sus hijas miraban hacia delante buscando más. No era demasiado. Sin duda ya habrían tenido tragedia y tribulación, y Sabrina y Sonia llegarían, con el tiempo, a sus propios desengaños y derrotas. Pero Sartaj no pudo evitar una sonrisa en el rostro, y se rió en voz alta ante las ocurrencias de Sabrina con su madre.

Comieron todos juntos, compartieron paraunthas y bhindi y puris, y frutas compradas en las estaciones. Después de comer, los mayores durmieron, y las chicas quisieron escuchar historias policiales de gente famosa. Sartaj les contó unas cuantas adecuadas a su edad, sobre estrellas y magnates del cine, y le fue entrando el sueño. Tuvo que aceptar, al final, que era uno de los mayores, y escaló hasta su litera y durmió profundamente, arrullado por el balanceo del tren.

El olor a chai le despertó, chai y pakoras. Se quedó tumbado y quieto unos minutos, disfrutando de la promesa del momento, del placer de su propio cuerpo descansado, de la urgencia creciente del silbido y la velocidad, de la llegada a casa con Mary esperándole. Después bajó, y comió. Las chicas sacaron dos paquetes de cartas, y repartieron una mano de rummy, incluyendo a todo el mundo. Ma dijo que no había jugado en años, que era demasiado vieja para jugar bien, pero después resultó ser una jugadora hábil y astuta. Engañó en las manos que ganó con un brillo en los ojos, y jugó su baza con ferocidad, soltando la carta dando un golpe.

—Vah, ji —dijo Kulwinder Kaur—, eres toda una experta. ¡Vaya cartas lanzas cada vez!

Mucho más tarde, después de cenar y cuando la familia Birdi estaba dormida, Sartaj se sentó a los pies de la litera de Ma, abajo. Sabía que ella no se podría dormir hasta mucho más tarde. Estaba recostada, boca arriba, con las rodillas dobladas. Por detrás de su cabeza, los campos pasaban a toda velocidad, asombrosos y bellos en la estela de la luz de la luna.

—¿Ma? —preguntó Sartaj en voz baja.

—¿Sí, beta?

—Ma, hay una chica...

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Ella se rió. Sartaj no podía verle la cara, pero sabía cuál sería el aspecto, cuando inclinaba la barbilla hacia abajo y movía la cabeza de lado a lado.

—Yo también soy una policía-vali —contestó—. Tengo amistades que me cuentas

cosas. Sé muchas cosas.

—Es cierto. Las sabes.

Cambió de postura y se puso de lado, con una mano bajo la mejilla.

—Eso es bueno, beta. —En ese momento no estaba bromeando en absoluto—. Un hombre debería estar con una mujer. Así es. No puedes pasar la vida solo.

—Pero a ti te gusta estar sola —respondió Sartaj.

Tal vez era la oscuridad lo que hacía posible que le hablara con tanta claridad, mostrándole con qué diligencia guardaba Ma su propia independencia.

—Eso es distinto —replicó ella—. Lo he visto todo de la vida, Sartaj. He cumplido con mi obligación.

Utilizó la palabra en inglés *duty*, obligación, y Sartaj se acordó de Papa-ji diciendo: «*Arre chetti kar, dooty par jaana hai*». Era extraño pensar en el amor como obligación, imaginar que el salvar-kamiz y la *paranda* de color rojo de Ma habían sido como una especie de uniforme, que quizá el cuidado diligente de la salud, el aseo y la alimentación de él y Papa-ji no había sido natural, sino de alguna forma cultivado y sacrificado de manera consciente. De modo que esa figura familiar que descansaba junto a él había llevado su propia vida privada en todos los hogares que habían compartido, tenía su propia historia de cada cumpleaños, cada viaje. De nuevo Sartaj tuvo el sentimiento inquietante de que aquella mujer, su propia madre, Prabhjot Kaur, era también alguien a quien no conocía. Le dolió el corazón, solo ligeramente, pero de aquel dolor surgió un cariño nuevo por esa extraña con quien había vivido todos aquellos años. Ella había trabajado muy duro, sin reconocimiento, sin recompensa. De modo que quizá era una policía-vali mal pagada incluso más de lo que ella misma creía. Él sonrió, y preguntó:

—¿Te duelen los pies?

—Un poco.

Sartaj le masajeó los tobillos, le apretó los pies. El tren cogió velocidad, y atravesó un puente largo con aquel traqueteo retumbante que mezclaba euforia y nostalgia. Quienquiera que fuese esa mujer, sentado a sus pies, Sartaj no se sentía solo, ni aislado. Había sido muchas cosas para él. Habían sido madre e hijo, pero también eran Prabhjot Kaur y Sartaj Singh, habían sido un sostén mutuo durante muchos años, y eran amigos. Fuera de la ventana, el río se alzaba hacia el horizonte en un derrame vasto de luz helada color plata. Sartaj sostuvo los pies de su madre, y con el peso frágil de sus huesos sobre la mano, pensó: está mayor. Se permitió pensar en su muerte, y se estremeció de pronto, pero no se puso triste. Toda relación llegaba cargada con la pérdida, todo apego con la posibilidad de la traición. Este enigma no podía evitarse, ni se podía escapar de él, y no se ganaba nada con quejarse. El amor era obligación, y la obligación era amor.

Sartaj se encontró pensando en esas ideas filosóficas, y sonrió ante su propia necedad. Debo de estar cansado, pensó. Dio palmaditas a los pies de Ma, después en silencio subió a su litera. Se acurrucó sobre una sábana blanca, y una canción de

aquella tarde surgió de debajo de las ruedas al moverse. ¿Era una canción de Kishore Kumar, qué era? Podía oír la melodía, pero ¿cómo era la letra? Estiró la sábana hasta la barbilla y, en voz muy bajita, tarareó la canción e intentó recordarla.

Mary quería poner barro sobre la cara de Sartaj.

—No es barro —dijo indignada, pero eso era exactamente lo que parecía, barro en un bote pequeño de color rosa.

—Sí, lo es —replicó Sartaj—. Te has ido abajo y lo has cogido de debajo de alguna de las plantas.

Estaban sentados uno frente al otro, sobre la cama de él. Era la primera vez que ella visitaba su apartamento, y Sartaj se había pasado la tarde ordenándolo y limpiando el polvo que se había acumulado durante su viaje a Amritsar. Mary llegó a las seis y media, con una pequeña mochila azul sobre el hombro. Él le tomó el pelo acerca de lo joven que parecía, como una universitaria elegante, y luego hicieron el amor. Después, le contó el viaje, y lo mugriento que se había sentido, a pesar de ir todo el tiempo en un compartimento con aire acondicionado. En aquel momento ella salió de un salto de la cama y hurgó en su mochila y volvió con el bote de barro.

—Es un tratamiento facial muy caro, Sartaj —explicó Mary—. En el salón de belleza, la gente paga mucho por él, no te imaginas. Mira, tiene frutas y esencias. Te rejuvenecerá la piel, te quitará todas las impurezas del tren, todo ese polvo y arenilla. Es como *multani mitti*, solo que mejor.

Se movió hacia delante, de modo que se sentó a horcajadas sobre los muslos de él. Llevaba una sábana alrededor de la cintura, y el pelo descendía hacia la curva de sus hombros desnudos.

—Arre, no te muevas, baba.

Metió dos dedos en el bote, y le aplicó el material en la frente. Se notaba cómo se expandía el frescor, fresco y terso.

—Echate el pelo hacia atrás.

Ella trabajaba con cuidado y lentitud, con la lengua entre los dientes. Él se estiró hacia delante, y ella se rió y dejó que la besara, pero solo un momento, y después lo empujó hacia atrás con la base de una mano sobre el hombro. Él se tumbó sobre una almohada y observó los ojos de ella, el marrón tamizado de su piel. Tenía arrugas poco profundas en los labios, y él examinó la curva de sus pestañas. Cuando terminó, y asintió con satisfacción, él le cogió el bote y cogió un poquito y lo deslizó por la línea del pómulo de ella. El material era rojo y más suave que el barro común, muy uniforme y tamizado, y se deslizaba con facilidad. Le pintó la cara, trabajando de arriba abajo. Cuando llegó al cuello, Sartaj inclinó la cabeza hacia atrás, notando cómo la arcilla ya le estiraba su propia piel, y hubo un momento de asombro cuando la vio entera, porque era Mary pero no del todo Mary. El rojo creaba una máscara sobre ella, de forma que los rasgos eran los que conocía bien pero el rostro estaba

quieto y era impenetrable y desconocido.

—No pareces tú —le dijo.

Ella asintió.

—Ahora tenemos que dejar que se seque —comentó—. Quince-veinte minutos.

Así que se quedaron sentados, con las manos de ella sobre el pecho de él, y él cogiéndola por la cintura. Sartaj observó que el rojo cambiaba de color, se volvía más claro, y aparecieron grietas. Era como mirar una antigua estatua de piedra, excepto por los ojos de ella en el centro, brillantes y resplandecientes. Era inquietante de algún modo, esta abstracción de Mary en otra cosa, algo impersonal, de modo que apartó la mirada, por encima del hombro de ella. La puerta del armario estaba abierta, y en la parte exterior estaba el espejo grande que había clavado mucho tiempo atrás, para comprobar su imagen antes de salir cada día. En ese momento pudo verse a sí mismo y a Mary, perfilados y simétricos, y parte de su propio rostro, las mejillas rojas bajo la mata de pelo suelto. Había un desconocido ahí, un hombre igualmente desconocido. Respiró, y volvió a mirar a Mary, muy tranquilo, y la sujetó muy fuerte.

La respiración de ambos se arremolinó en el silencio y se volvió más fuerte que el sonido de las calles detrás de la ventana, y las llamadas de los pájaros apenas se notaban en sus respiraciones. Mary le había dicho que el tratamiento le rejuvenecería la piel, pero más allá de tensarle la piel, el barro parecía tener efectos más profundos. Estaba ahí con Mary, y no temía ni la felicidad ni el sufrimiento que hubiera más adelante. Volvía a estar vivo, como si se hubiese liberado de algo. No entendía por qué era así, pero estaba satisfecho por no entenderlo del todo. Con estar vivo era suficiente.

—Está seco —comentó Mary—. Vamos a quitarlo.

La guió al baño de la mano, y le quitó la sábana y la metió detrás de las toallas. Ella giró los gritos que había en la pared, y un chorro de agua salió volando por la habitación estrecha. Ella se rió, girándose hacia él, y su sonrisa agrietó la arcilla. Él también se rió, sin ninguna razón. Se lavaron la cara el uno al otro, y el barro recorrió sus cuerpos y quedaron cubiertos por un glaseado, y Sartaj vio a Mary —a la Mary de quien sabía algo— surgir de la capa de rojo, y quiso tocar todas y cada una de sus partes, y lo hizo.

Un grupo de hombres del ayuntamiento estaba trabajando en un agujero de la calle. No estaba trabajando en realidad, estaba de pie alrededor del agujero, mirándolo, y aparentemente esperando a que pasase algo. Mientras tanto, un embudo inmenso de tráfico empujaba hacia el cuello de botella. Sartaj estaba en algún lugar hacia la parte de delante, en su moto. Le cortaban el paso un autobús BEST y dos autorickshaws, y nadie podía irse a ninguna parte, de forma que todos esperaron de modo amigable. El autobús estaba abarrotado de gente que iba a trabajar, y los autorickshaws llevaban a estudiantes universitarios a sus clases. Había muchachos trabajando en el tráfico

estancado, vendiendo revistas y agua y estatuas chabacanas de un hombre riéndose con las manos sobre la cabeza. Un par de mendigos lisiados iban de coche en coche, dando golpecitos con sus muñones sobre los parabrisas. Sonaban dos radios en algún lugar cercano, mezclando canales. Sartaj lo absorbió todo, incrédulo por haber echado de menos todo eso mientras estuvo fuera, y estar contento de haber regresado. Incluso aquel hedor particular de tubos de escape y alquitrán ardiendo y acalorado, incluso eso resultaba delicioso. Debo de estar loco, pensó. Y se acordó de Katekar, que estaba loco de la misma forma, que se quejaba sin parar pero confesaba añorar la ciudad cuando iba al pueblo de sus parientes políticos. «Una vez que te toca el aire de este lugar —había dicho Katekar—, eres negado para cualquier otro sitio». Y movió el dedo en círculos al lado de la frente, y rió, sacudiendo los hombros.

El autobús se movió, y Sartaj viró bruscamente hacia delante, arriesgándose a un encuentro con toneladas de metal, y después pasó por el lado de los hombres del ayuntamiento y a través del agujero. Aceleró hacia delante. Una curva engalanada con carteles brillantes de películas nuevas le condujo cerca de una playa, y el mar estaba en calma y marrón. Había una nueva construcción cerca del *naka* de Kailashpada, un andamio descomunal de acero se clavaba en el suelo. Los peones habían levantado sus tiendas rojas y azules a su sombra, y bebés desnudos gateaban sobre los montones de grava. Sartaj aminoró por un par de perros blancos y larguiruchos que cruzaron la carretera con toda la intención, exactamente como si tuviesen una reunión importante en cinco minutos. Sopló una brisa contra el pecho de Sartaj, y él se sintió feliz.

Cruzó con facilidad las verjas de la comisaría, y aparcó frente a la oficina central de la zona. Desde donde estaba sentado, podía ver a través del área de recepción hasta el pasillo que daba al despacho del inspector adjunto y la sala de interrogatorios. Kamble estaba sentado en el escritorio justo enfrente de la puerta principal, inclinado y escribiendo algo en un registro. Había un hombre y una mujer sentados delante de él, apoyados el uno en el otro, arrimando los hombros. Al lado un agente llevaba esposado a un detenido. El roce de una *jhadoo* contra la piedra llegaba desde un balcón de arriba, repitiéndose con lentitud. Majid Khan llamó a un inspector, y la mueca expresiva de su impropio amistoso hizo sonreír a Sartaj.

Sartaj se bajó de la moto. Puso los pies sobre el pedal, uno tras otro, y con un pañuelo que tenía de sobra los pulió hasta que relucieron. Después deslizó un dedo alrededor de la cintura, sobre el cinturón. Se dio unas palmaditas en las mejillas, y se repasó el bigote con el índice y el pulgar. Estaba seguro de estar magnífico. Estaba listo. Entró y comenzó otro día.

## GLOSARIO<sup>[3]</sup>

**aai** (lengua marathi): Madre.

**aaiyehavnaya, aaiyehavnayi** (lengua marathi): Hijo de puta.

**Aaj ka Kanoon** (lengua hindi): «La ley de nuestros tiempos».

**Aaja gufaon mein aa** (lengua hindi): Es una frase de una canción de la película *Aks* (2001). Significa, literalmente: «Vamos, entra en la cueva». La siguiente frase dice *Aaja gunaaah kar le*: «Vamos, comete un pecado».

**aampapad** (lengua hindi): Rodajas de pulpa de mango seca; pueden conservarse mucho tiempo y se comen como aperitivo.

**Aane waala pal** (lengua hindi): Parte de una frase de una canción de la película hindi *Gol Maal* («Fraude», 1979): «El momento que se acerca...». La frase completa es «El momento que se acerca también pasará...».

**aatya** (lengua marathi): Tía. Hermana del padre.

**Abba** (lengua hindi): Coloquial, «papá», entre musulmanes del norte de la India. Los hindúes tenderían a utilizar *Papa* o *Baba* como equivalente.

**Abhi na jao chhhod kar** (lengua hindi): Es una canción de la película hindi *Hum Dono* («Nosotros dos», 1961). La letra es: *Abhi na jao chhod kar, ke dil abhi bhara nahin / Abhi abhi to aai ho, bahar ban kar chahi ho. / Hawa zara mahak to le, nazar zara bahak to le / Ye shaam dhal to le zara, ye dil sambhal to le zara... / Main thodi der jee to loon, nashe ke ghoont pee to loon / Abhi to kucch kaha nahin, abhi to kucch suna nahin / Abhi na jao...* Es decir: «No te vayas, no me dejes, todavía no he llenado mi corazón, / simplemente has venido, tan solo te has instalado en la primavera. / Deja que la brisa se vuelva fragante, deja que mis ojos se deslumbren, / deja que esta tarde se sumerja en la oscuridad, deja que mi corazón se calme un poco, / déjame vivir un poco, déjame beber a fondo en esta embriaguez. / Todavía no se ha dicho nada, no se ha oído nada. / No te vayas, no me dejes...».

**ACB** (inglés): *Anti-Corruption Bureau*, Departamento de Anticorrupción.

**achcha** (lengua hindi): De acuerdo. Sí.

**ACP** (inglés): *Assistant Commissioner of Police*, inspector adjunto de policía.

**addah** (lengua hindi): La separación entre dos granjas, que consiste en un terraplén poco elevado.

**adhyapika-ji** (lengua hindi): Apelativo muy formal para dirigirse a un profesor o profesora. Literalmente significa: «Respetado maestro» o «Respetada maestra». En el contexto de la novela es femenino, se refiere a Prabhjot Kaur.

**adrak** (lengua hindi): Jengibre.

**agarbatti** (lengua hindi): Barrita de incienso.

**aish** (lenguas hindi y urdu): Placer, diversión.

**akha** (jerga de Bombay): Completo, absoluto.

**akhara** (lengua hindi): Regimiento.

**almirah** (lengua hindi): Armario.

**Ambabai** (lengua marathi): Una diosa especialmente popular en el estado de Maharashtra.

**amir** (lengua urdu): Título aristocrático otorgado a comandantes, gobernadores o soberanos de provincias antes de la independencia de la India. Su uso era especialmente habitual en la época del imperio mogol (1526-1857).

**Ammi** (lengua hindi): Coloquial, «mamá», entre musulmanes del norte de la India. Los hindúes tenderían a utilizar *Amma* como equivalente.

**anda** (lengua hindi): Literalmente, «huevo». En el contexto de la novela se refiere a un tipo de celda.

**angadia** (lenguas gujarati y hindi): Correo indio tradicional. Los comerciantes de diamantes a menudo realizan sus envíos mediante *angadias* de confianza. Como muchos otros servicios indios tradicionales, el sistema *angadia* funciona solo mediante un acuerdo verbal.

**angula** (sánscrito): Literalmente, «un dedo» o «una mano». En el contexto de la novela se refiere a una unidad de medida, de longitud.

**antra** (lengua hindi): Un término de la música clásica para referirse a la introducción a la parte principal de una canción. Puede repetirse durante la canción.

**appam** (lengua malayalam): Una especie de crêpe plana, que se hace con arroz fermentado. Es originario del estado de Kerala.

**apradhi** (lengua hindi): Criminal, convicto.

**apsara** (lengua hindi y sánscrito): Doncella celestial, hada, ninfa, belleza divina.

**arab** (lenguas hindi y urdu): En el sistema numérico indio, equivale a un billón.

**arabpati** (lengua hindi): Alguien que posee un billón de rupias.

**Arre chetti kar, dooty par jaana hai** (lengua panjabí): Frase en panjabí que vendría a decir: «Eh, date prisa, tengo que cumplir con mi deber». «Deber» se refiere al turno de trabajo del policía que habla. En la India es frecuente referirse a una jornada laboral como «cumplir con el deber».

**arre** (lengua hindi): Exclamación que expresa y enfatiza el sentimiento, la opinión o la conmoción que algo nos produce. Podría traducirse como «¿qué?» o «¡anda!».

**arthi** (lengua hindi). Pira funeraria sobre la que se transporta a una persona hasta el lugar de la cremación.

**ashiana** (lengua urdu): Literalmente, «nido».

**ashram** (lengua hindi): Centro de meditación y retiro espiritual hindú.

**Assam Rifles** (inglés): Son unas fuerzas paramilitares en la India, bajo el control del Ministerio del Interior. Lo que hoy en día son *Assam Rifles* se inició en 1835, durante la colonización británica, con un grupo de menos de mil hombres, bajo el nombre de Cachar Levy. El número de batallones fue aumentando con el tiempo,

así como las actividades en las que se requería su servicio. Durante la Primera Guerra Mundial formaron parte de las tropas que lucharon por Gran Bretaña, y de hecho recibieron el nombre de *Assam Rifles* en 1917 como reconocimiento a su labor durante la guerra. Tras la independencia de la India, el gobierno asignó un director general propio a este cuerpo paramilitar, que ha seguido trabajando en conflictos bélicos, así como en la promoción de la asistencia médica, la educación básica, la agricultura y las comunicaciones en zonas remotas del país.

**atinan** (lenguas hindi y sánscrito): Alma,

**atta** (lengua hindi): Harina.

**attar** (lenguas urdu y árabe): Voz árabe que significa «perfume», «esencia», «fragancia», destilado de flores o de otras sustancias naturales, como frutas.

**autorickshaw** (inglés): En inglés, *rickshaw* es la forma coloquial abreviada de la palabra japonesa *jinrikisha*. Alude a un tipo de vehículo ligero y cubierto por un toldo que se emplea para transportar pasajeros. Por lo general, tiene dos ruedas y es arrastrado por un hombre que camina por delante del vehículo. Pero también puede tener tres ruedas y estar enganchado a una bicicleta o motocicleta, en cuyo caso el conductor pedalea o conduce en lugar de caminar a pie; entonces se habla de un *autorickshaw*. Se utiliza en diversos países asiáticos.

**avadhi** (lengua hindi): Antes de la época de la colonización británica, Avadh (también conocido como Oude) era un reino en el centro de lo que ahora es el estado de Uttar Pradesh, al noroeste de la India. *Avadhi* es un adjetivo que se refiere a algo relativo a Avadh. **ay** (lenguas hindi y marathi): Exclamación para atraer la atención de alguien.

**baan** (lengua konkani): Una vasija o cacharro grande, hecho de metal, para almacenar y calentar agua,

**baap re** (lengua hindi): Exclamación: «Oh, padre mío»,

**baap** (lenguas gujarati, hindi y marathi): Padre.

**baba** (lengua hindi): Es un término de afecto o respeto para dirigirse a alguien. Según el contexto se puede emplear para referirse a un hombre mayor o a un niño.

**babul** (lengua hindi): Árbol de eucalipto.

**bachcha** (lengua hindi): Niño.

**badam** (lengua hindi): Almendra.

**badboo** (lenguas hindi y urdu): Mal olor.

**badmash** (lengua hindi): Personaje turbio, hombre malo,

**badshah** (lengua hindi): Emperador,

**baht**: Moneda oficial de Tailandia.

**bai** (lenguas gujarati, hindi y marathi): Forma de dirigirse con respeto a una mujer, pero en Bombay se emplea a menudo para referirse a las sirvientas o empleadas domésticas.

**baithak** (lengua hindi): Salón,



- baja** (lengua hindi): Instrumento musical.
- bajao** (jerga de Bombay, lengua hindi): Jugar y, a menudo, golpear, por ejemplo, un tambor. Se utiliza en el contexto de la música, y con frecuencia en el de la violencia o el sexo. Como verbo, *bajao* a algo o a alguien puede significar golpearle, o practicar sexo de forma enérgica con esa persona. Tendría una connotación parecida a «echar un polvo».
- bajra** (lengua hindi): Grano de mijo. En la India se suele utilizar para preparar *rotis*, pero al ser más barato que la harina de trigo refinada se ha considerado tradicionalmente como producto de las clases pobres. En los últimos años se ha puesto de moda en las ciudades por motivos de salud, ya que se considera que tiene menos hidratos de carbono.
- Bakr'id** (lenguas hindi y urdu): Una fiesta musulmana que conmemora la fe y el sacrificio de Hazrat Ibrahim (Abraham), a quien Alá pidió que sacrificase a su hijo. El día se celebra con sacrificios de animales. Más allá del subcontinente indio, esta fiesta se conoce como *Id-ul-Zuha* o *Id-ul-Azha*.
- Bali, Sugreev** (lenguas hindi y sánscrito): Personajes de la épica del *Ramayana*. Ambos son monos, y hermanos. Bali usurpa el reino de los monos a Sugreev y secuestra a la esposa de este. Rama se hace amigo de Sugreev, le tiende una emboscada a Bali y lo mata. Sugreev, como soberano de los monos, se convierte entonces en aliado de Rama en la gran guerra contra Ravana.
- bambooning** (jerga de Bombay, inglés): Procede de «bambú». En lenguaje coloquial significa «penetrar», «follar»,
- bandh** (lengua hindi): Literalmente, «cerrado». El cierre de una ciudad o municipio, una huelga. A menudo lo convoca un partido político, y a veces se impone con violencia,
- bandhgalla** (lengua hindi): Literalmente, «cuello cerrado». Se emplea para referirse a cualquier chaqueta o abrigo que tenga un cuello redondo, cerrado, como la chaqueta de Nehru,
- bandicoot** (inglés, lengua hindi): Un tipo de rata (*bandicota bengalensis*), que a menudo es una plaga en la India. Cuando se ve acorralada puede ser muy agresiva.
- bandobast** (lengua hindi): Logística, preparativos prácticos,
- bangda** (lengua marathi): Caballa,
- bania** (lengua hindi): Comerciante, tendero,
- banian** (lengua hindi): Camiseta interior.
- banyan** (lengua hindi): Higuera muy común en el subcontinente indio (*Ficus benghalensis*) que tiene la capacidad de que crezcan raíces de sus ramas. Algunos de estos árboles pueden volverse muy grandes, y ocupar varias hectáreas. Por la cantidad de sombra que ofrecen los *banyans*, a menudo hay un árbol de este tipo en las plazas de los pueblos. Pero también se dice que estos árboles son la morada de *chudails* (brujas) y fantasmas.
- bar-bala** (lengua hindi): Chica de bar, mujer que trabaja en un bar.

**barfi** (lengua hindi): Dulce preparado con leche espesa y anacardo, o pistacho, coco molido, almendra y azúcar.

**barood** (lengua hindi): Pólvora.

**Bas khwab itna sa hai** (lengua hindi): Son frases de una canción de la película hindi *Yes, Boss* («Sí, jefe», 1997): *Bas khwab itna sa hai / Bas itna sa khwab hai... / shaan se rahoon sada... / Bas itna sa khwab hai... / Haseenayein bhi dil hon khotin, / dil ka ye kamal khile... / Sone ka mahal mile, / barasne lagein heere moti.* Es decir: «Solo tengo este pequeño sueño / vivir siempre, para siempre en el lujo/que mujeres hermosas pierdan su corazón / que este sueño mío florezca / que gane un palacio de oro, / que caigan del cielo perlas y diamantes».

**bas** (lengua hindi): Basta, suficiente,

**basta** (lengua hindi): Cartera del colegio.

**basti** (lenguas hindi y marathi): Literalmente «población» o «ciudad». El término se emplea a menudo en zonas de ingresos bajos o en barriadas, colonias de chabolas.

**Bataa re. Kaad rela** (lengua marathi): «Cuéntame. Suéltalo»,

**bataa re** (lengua marathi): Cuéntame.

**batasha** (lenguas hindi y marathi): Caramelos de azúcar confitado,

**batata-wada** (lengua hindi): Aperitivo frito que se hace con patatas y harina de garbanzos.

**belan** (lengua hindi): Rodillo, a menudo se emplea para preparar *rotis*.

**besan** (lengua hindi): Harina de garbanzos.

**BEST** (inglés y lengua marathi): Brihanmumbai Electric Supply and Transport, Suministro Eléctrico y de Transporte Suburbano de la Municipalidad de Bombay,

**beta** (lengua hindi): Hijo,

**beti** (lengua hindi): Hija,

**bevda** (jerga de Bombay): Borracho.

**bhabhi** (lengua hindi): Término de respeto para referirse a la esposa de un hermano (o alguien considerado como tal, por afecto), una cuñada.

**bhadwa** (jerga de Bombay): Proxeneta, chulo. Véase *bhadwe*.

**bhadwaya** (jerga de Bombay): Una forma de decir *bhadwa*, proxeneta, chulo.

**bhadwe** (jerga de Bombay): Proxeneta, chulo. Véase *bhadwa*.

**bhadwi** (jerga de Bombay): Femenino de *bhadwa*, proxeneta,

**bhai** (lenguas gujarati y hindi): Literalmente, «hermano». En Bombay también significa gángster de alto rango, miembro de una banda de crimen organizado. El *bhai* es el hombre hecho a sí mismo, en lo que quiere convertirse un *tapori*.

**bhaigiri** (jerga de Bombay): El hecho de actuar como un *bhai*.

**bhaiyya** (lengua hindi): Literalmente, significa «hermano» y se emplea como término de respeto. Pero por ser esta una expresión muy utilizada en el estado de Uttar Pradesh, al norte de la India, en Bombay se llama *bhaiyyas* a todos los procedentes de esta zona,

**bhajan** (lenguas hindi y panjabí): Tipo de canción religiosa,

**bhajiya** (lengua hindi): Aperitivo. Verdura frita en mantequilla,

**bhakri** (lenguas gujarati y marathi): Pan plano y redondo, sin levadura, que tradicionalmente comen los agricultores. Es común en la zona centro y oeste de la India,

**bhakt** (lengua hindi): Devoto, seguidor.

**bhang** (lengua hindi): Un derivado del cáñamo, que se hace con la hoja y la flor de la planta hembra. Se puede fumar, o se utiliza en bebidas.

**bhangad** (lengua marathi): Problema, desorden, lío.

**bhangi** (lengua hindi): Barrendero.

**bhangra** (lengua panjabí): Baile enérgico y animado originario del Panjab, y también la música que acompaña a este baile. La música *bhangra* se ha modernizado y se ha mezclado con muchas influencias, y ahora se ha convertido en música de baile popular en todo el mundo.

**bharat-darshan** (lengua hindi): Literalmente, «visión de la India». Un viaje por toda la India que permite al viajero contemplar todos los lugares.

**bhashan** (lengua hindi): Conferencia, charla,

**bhat** (lengua bengalí): Arroz.

**Bhavani** (lenguas hindi y marathi): Una diosa. Es el contrapunto fiero de Shakti o Devi, pero también es dadora de vida, y «Karunaswa-roopini», encarnación de la misericordia. Era la diosa personal de Shivaji (1630-1680), el fundador del imperio maratha, y todavía es muy popular en el estado de Maharashtra,

**bheja** (jerga de Bombay): Cerebro.

**bhelpuri** (lenguas gujarati, hindi y marathi): Un aperitivo muy condimentado típico de Bombay. A menudo se vende en puestos de la calle y en la playa.

**bhenchod** (lenguas hindi y marathi): Hermano de puta.

**bhenji** (lengua panjabí): Una forma respetuosa de dirigirse a una hermana mayor.

**bhidu** (jerga de Bombay): Amigo, compinche,

**bhindi** (lenguas hindi y panjabí): Quingombó. Planta herbácea originaria de Africa y cultivada en América, de la familia de las malváceas, de tallo recto y velludo, hojas grandes y flores amarillas, parecidas a las del algodónero, y fruto alargado, casi cilíndrico y lleno de semillas que al madurar toman un color oscuro. El fruto tierno se emplea en algunos guisos, dando una especie de gelatina que los espesa, y también en medicina. La planta, que es filamentosa, se emplea como textil,

**bhondu** (lengua hindi): Idiota, tonto.

**bhoosa** (lengua hindi): Paja y cáscaras de granos, que se rompen o se pican y se emplean para alimentar a los animales,

**bhoot** (lengua hindi): Fantasma.

**bhumihar** (lengua hindi): Una influyente casta *brahman* (véase entrada en este glosario).

**Bhumro bhumro** (lengua cachemira): Una frase de una canción de la película hindi *Mission Kashmir* (2000): «Abejorro, oh abejorro...»,

**bibi** (lengua urdu): Modo respetuoso de dirigirse a una mujer. Algo así como «señorita».

**bidi** (lengua hindi): Cigarrillo de forma tosca, enrollado a mano con una hoja seca en lugar de papel. Es muy barato y muy fuerte. Lo fuma la gente que no puede permitirse los cigarrillos de estilo occidental, o gente en zonas rurales.

**bigha** (lengua hindi): Unidad de medida de terrenos. El tamaño indicado por esta unidad varía según la región, y fluctúa entre un tercio de acre y un acre.

**biryani** (lenguas hindi y urdu): Plato de arroz, a veces con carne o verduras, y por lo general muy completo. Hay muchos tipos de preparación. Puede ser muy pesado, y en ocasiones se come con yogur,

**bisleri pani** (lengua hindi, inglés): Véase *bisleri*.

**bisleri** (lengua hindi, inglés): Agua. Es una marca de agua mineral embotellada, pero la gente ya utiliza el término como genérico,

**bissi** (jerga de Bombay): Es la comida gratuita que se sirve en la cárcel, y el término también se aplica al lugar donde se prepara, la cocina.

**BMC** (inglés): Bombay Municipal Corporation, Corporación Municipal de Bombay.

**bola na** (jerga de Bombay, lengua hindi): «Te dije...».

**Bole to voh edkum danger aadmi hai** (jerga de Bombay): «Es un hombre de lo más peligroso».

**bole to** (jerga de Bombay): Tiene varios significados, como «ya sabes», «así».

**bolo** (lengua hindi): Literalmente, «contar» o «hablar». En este contexto, el comerciante de mercado negro le pregunta a la gente quién quiere entradas al precio que él está diciendo en voz alta,

**bombil** (lengua marathi): *Harpadon nehereus*. Un tipo de pescado del sudeste asiático, que se conoce como *Bombay duck*, en inglés, o «bumalo», en castellano. Tiene un olor fuerte y suele comerse al curry o como encurtido.

**brahman** (lenguas hindi y sánscrito): La casta más alta en el sistema hindú. Su principal obligación es estudiar y enseñar,

**brown sugar** (inglés): Azúcar moreno. En jerga internacionalmente conocida se refiere a la heroína pura, sin refinar.

**BSES** (inglés y lengua marathi): Brihanmumbai Suburban Electric-Supply, Suministro Eléctrico Suburbano de la Municipalidad de Bombay.

**BSF** (inglés): Border Security Force, algo así como Cuerpo de Seguridad de la Frontera. Es una institución paramilitar india, dependiente del Ministerio del Interior, centrada en proteger las fronteras del país,

**budhau** (lengua hindi): Anciano. Se emplea como término condescendiente para hablar de alguien.

**budhdha** (lengua hindi): Anciano,

**bund** (lengua hindi): Terraplén,

**bundal** (jerga de Bombay): Malo, de calidad inferior,

**bura** (lengua bengalí): Colonia, asentamiento.

**carrom** (inglés): Un juego de mesa, de orígenes inciertos, aunque la mayoría de las fuentes apuntan que tiene origen indio.

**CBI** (inglés): Criminal Bureau of Investigation, Departamento de Investigación Criminal. Un departamento central de investigación de élite que se responsabiliza de asuntos de seguridad nacional, en ocasiones los que son demasiado importantes o delicados para las agencias locales.

**chaas** (lengua hindi). Bebida refrescante que se hace con suero de leche, chaavi (jerga de Bombay): Novia.

**chabbis** (jerga de Bombay): Literalmente, «veintiséis». Forma coloquial para aludir a una chica guapa,

**chabutra** (lengua hindi): Patio.

**chacha** (lengua hindi): Tío, hermano del padre. También se emplea para referirse a alguien con respeto y a la vez con familiaridad.

**chachu** (lengua hindi): Tío, hermano del padre. Forma afectuosa para decir *chacha*.

**chai** (lengua hindi): Té.

**Chainya Chainya** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *DiI Se* («Desde el corazón», 1998): «La sombra, en la sombra...».

**chakkar** (lengua hindi): Remolino, ajetreo.

**chakravartin** (lengua hindi): Se emplea para aludir a un gobernante justo y universal. El significado original procede de *dharma chakra*, o rueda del *dharma*.

**Chala jaata hoon kisi ki...** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Mere Jeevan Sathi* («Mi amigo de toda la vida», 1972): «Camino al ritmo de cierta persona...»,

**chalo** (lengua hindi): *Chalo* significa dos cosas. Un significado es «Vamos». El otro es «pues», «entonces», por ejemplo en la frase: «De acuerdo, pues, te veré en Bombay», o «De acuerdo, *chalo*, te veré en Bombay».

**cham-cham** (lengua hindi): Un plato dulce hecho con queso,

**champa** (lengua hindi): Una de las variedades de la flor del jazmín.

**champi** (jerga de Bombay): Masaje en la cabeza.

**channa** (lengua hindi): Garbanzos,

**chappal** (lengua hindi): Sandalia.

**chappan-churi** (lengua hindi): Prostituta astuta. Se emplea esta expresión por una famosa cortesana de Allahbad que sobrevivió a cincuenta y seis puñaladas que le infligió un amante. Literalmente significa «cincuenta y seis puñaladas»,

**chappati** (lengua hindi): Pan sin levadura. Alimento básico en la India,

**charas** (lengua hindi): Hachís,

**charbi** (jerga de Bombay): Grandeza.

**charpai** (lengua hindi): Cama o catre tradicional. Armadura de cama; cama de cuerdas de yute y armazón de madera. Hoy en día la usa la gente pobre, o se emplea en ciudades pequeñas y pueblos,

**chaser-panni** (jerga de Bombay): También se dice *kesar-panni*, y se refiere a un

paquete o envoltorio pequeño que contiene algún tipo de polvo. En este caso el polvo es *brown sugar* (azúcar moreno), es decir, heroína pura. Otras expresiones coloquiales, de la calle, para aludir a *chaser-panni* son: *shakkar ki pudi* (pizca de azúcar), *pndi* (pizca), polvo, paquete y *namak* (sal).

**chashmu** (lenguas gujarati e hindi): *Chashma* significa «gafas». *Chashmu* es una forma burlona para referirse a alguien que lleva gafas, algo así como «cuatro ojos».

**chaska** (lengua hindi): Un gusto obsesivo por algo,

**chat** (lengua hindi): Con este término se alude a diferentes aperitivos salados y especiados que se toman como refrigerio, y que se venden muy a menudo por la calle.

**chatai** (inglés): Alfombrilla hecha de bambú fino o mimbre. Se puede enrollar y almacenar con facilidad, y se emplea a menudo para recubrir el suelo y sentarse encima, sobre almohadas. Hoy en día también se hacen de materiales sintéticos,

**chatni** (lengua hindi): Salsa,

**chaunka** (lengua panjabí): Cocina.

**chawl** (lengua marathi): Casa de vecinos. Muy a menudo se construyen en forma de U o como un rectángulo hueco, con un patio interior común. Hay de diez a veinte viviendas en cada planta, y las más baratas y frecuentes solo tienen una habitación. Los habitantes de cada planta comparten aseos y baños comunes. Quienes viven en una *chawl* aspiran a hacerlo en pisos modernos, pero a menudo pierden las amistades profundas y el apoyo mutuo que dejan atrás en la *chawl*.

**cheez** (lengua hindi): Cosa.

**chela** (lengua hindi): Seguidor, estudiante. Un gurú tiene *chelas*.

**chhass** (lengua hindi): Bebida refrescante hecha de yogur,

**chhava** (lengua hindi): Novio,

**chikna** (jerga de Bombay): Véase *chikniya*.

**chikniya** (jerga de Bombay): Suave, tersa, como por ejemplo la piel de una chica. De ese modo, llamar *chikna* o *chikniya* a un hombre adulto es como decir que es demasiado guapo o suave para ser un hombre.

**chillar** (jerga de Bombay): Dinero suelto. Se aplica, generalizando, a algo sin importancia.

**chimta** (lengua panjabí): Unas pinzas, tenacillas,

**chingri macher** (lengua bengalí): Plato de gambas cocinadas al estilo bengalí, fritas con verduras y especias,

**chini** (lenguas hindi y maithili): *Chini* significa «azúcar». En el contexto de la novela se refiere a una variedad de plátanos muy pequeños y muy dulces,

**chinki** (jerga de Bombay): China.

**chirote** (lengua marathi): Dulce frito que se hace con harina de trigo y azúcar.

**chirote** (lengua marathi): Un dulce frito hecho con harina blanca y azúcar.

**chodo** (lengua hindi): Follar, dicho con connotación vulgar.

**chodu** (jerga de Bombay): Jodido, follado, alguien a quien se folian, dicho con connotación vulgar.

**choklete** (jerga de Bombay): Chocolate. Palabra en clave que utiliza la banda-G para referirse a dólares.

**chokra** (lengua hindi): Literalmente, «chico», «muchacho». Se emplea a menudo para referirse a niños de la calle,

**chole-bature** (lengua panjabí): Plato panjabí que consiste en garbanzos muy especiados y un tipo de pan que se hace con harina blanca,

**choli** (lengua hindi): Blusa india, que por lo general se lleva con un *sari* o una *ghagra* (falda). Una *choli* suele ser estrecha, y tiene la espalda abierta, de forma que se ata con hilos. Su longitud es variable,

**choola** (lengua hindi): Cocina, hornillo, calentador,

**chotta** (lengua hindi): Pequeño. El femenino es *chotti*.

**chotti** (lengua hindi): Pequeña. El masculino es *chotta*.

**chowk** (lengua hindi): Cruce,

**chowki** (lengua hindi): Terminal, comisaría,

**chowkidar** (lengua hindi): Vigilante,

**chudail** (lengua hindi): Bruja,

**chulah** (lengua hindi): Chimenea, hogar.

**chunni** (lengua hindi): Pañuelo largo que llevan las mujeres, por lo general con un conjunto de *salvar-kamiz*, o uno de *ghagra-choli*.

**chup** (lengua hindi): Tranquilo, estate tranquilo,

**churi** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «cuchillo». En jerga coloquial, la banda-G emplea este término para referirse a una chica guapa.

**chut** (lengua hindi): Término muy grosero para aludir a los genitales femeninos, equivalente a «coño».

**chut-chattoing** (jerga de Bombay, lengua hindi): Expresión vulgar, «lamecoños».

**chutiya** (lenguas hindi y panjabí): Cabrón. *Chut* es «coño», con connotación vulgar. *Chutiya* se emplea con frecuencia para decir que alguien es imbécil.

**Chutmaari** (jerga de Bombay): Capullo, imbécil,

**chweet** (inglés): Indianización de *sweet*, que significa «dulce». Refleja una pronunciación afectada.

**CM** (inglés): *Chief Minister*. Es el funcionario electo de mayor categoría en un estado de la India. A nivel nacional, tiene mucho poder y es difícil tener acceso a él o ella.

**collector** (inglés): Cargo gubernamental en el sistema indio. Los estados de la India tienen un *collector*, o *district collector*, que es un miembro del servicio de administración indio que los representa. Fue instaurado en la época de la colonización británica y tenía muchas atribuciones en la época postcolonial, aunque a partir de 1991 fueron más reducidas (en teoría al menos) en la mayoría de estados, al ser el cabeza de la administración financiera y el elemento de

coordinación de los otros departamentos. Su autoridad varía mucho según el estado en cuestión y su propio talante,

**controller** (inglés): Controlador. Parte de la estructura jerárquica de las bandas de crimen organizado. Son «supervisores», «controladores» que manejan el dinero que las bandas recaban de diversas fuentes (tráfico de armas o drogas, extorsión, etc.) y son también quienes pagan a los integrantes de las bandas. Aquellos en quienes se deposita más confianza pueden llegar a adquirir responsabilidades ejecutivas. Son algo así como «directores financieros»,

**crore** (lengua hindi): Unidad del sistema numérico indio tradicional, equivale a diez millones.

**crorepati** (lengua hindi): Alguien que posee un *crore* de rupias, que en el sistema numérico indio equivale a diez millones,

**cutting-chai** (inglés, lengua hindi): Media taza de *chai* (té con leche). Es típico en Bombay y otras partes de la India,

**cut-to-cut** (jerga de Bombay): Al grano, sin perder el tiempo ni hacer trabajo extra. Es una expresión tomada del contexto de los medios audiovisuales, donde *cut-to-cut* se refiere al método según el cual se coloca en un vídeo una cinta con la copia master de una grabación y se le insertan imágenes desde otros aparatos conectados directamente al vídeo.

**daana** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «grano» o «nódulo». En jerga se refiere al clítoris.

**daane** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «grano» o «nódulo». En jerga coloquial de Bombay se refiere a las balas,

**dabba-ispies** (jerga de Bombay): Juego infantil, como jugar al escondite. En inglés se dice también *I spy* (veo veo). De ahí ha derivado, fonéticamente, en *ispies*.

**dada** (jerga de Bombay, lenguas hindi y marathi): Tipo duro, matón, gorila. Pero también puede utilizarse como término de respeto para referirse a un hombre mayor, o hermano mayor.

**dada-pardada** (lenguas hindi y panjabí): Antepasado. Literalmente, «abuelo-bisabuelo».

**Dadda** (lengua hindi): Abuelo paterno.

**Daddi** (lengua hindi): Abuela paterna.

**dak bungalow** (inglés, lengua hindi); Residencia para viajeros.

**daku** (lengua hindi): Bandido.

**dal** (lengua hindi): Estofado o potaje de lentejas.

**Dalda** (lengua Hindi): Marca comercial de un aceite vegetal Hidrogenado que se utiliza para cocinar. Es muy popular en la India,

**dalit** (lengua Hindi): Literalmente significa «oprimido», «deprimido». Los *dalits* de Hoy en día fueron conocidos como «intocables» durante siglos, la casta más desfavorecida de la sociedad hindú. Esta terminología cambió durante la



administración británica, que prefirió hablar de «clases deprimidas», en 1919. Gandhi los llamaba *harijans* (gente de Dios), su término favorito en lugar de «intocables». Fue durante los años setenta cuando los seguidores del Dalit Panther Movement (Movimiento de los Panteras Dalit) del estado de Maharashtra favorecieron el término *dalit*.

**dance bar** (inglés): Literalmente, «bar de baile». Término que se utiliza en la India para referirse a un tipo de bares con espectáculos para adultos que consisten en que las chicas bailen a cambio de dinero. No es un local de alterne al estilo occidental, sino más parecido a espectáculos de danza del vientre, donde, con sensualidad, las chicas sugieren cierto grado de erotismo, pero nunca se muestran desnudas. No se permite contacto físico con los clientes, que ofrecen billetes de diez o veinte rupias a las chicas para demostrar que les gusta el baile. En muchas ocasiones, las chicas, que son de clase baja, sustentan a toda la familia con este dinero. Este tipo de locales surgió en Bombay, pero se están extendiendo por todo el país. Recientemente han habido intentos de decretar la prohibición de estos locales, pero no han prosperado,

**dandia raas** (lengua hindi): Se refiere a un tipo de baile típico de la fiesta hindú de Navratri, que se celebra en toda la India durante nueve noches consecutivas en honor del dios Rama y la diosa Durga, desde finales de septiembre hasta principios de octubre,

**dandia** (lengua hindi): Palo de madera que se emplea en el baile *dividid raas*.

**dandi-swami** (lengua hindi): *Dandi* se refiere a un nivel o grado y *swami* es el apelativo utilizado para referirse a santos o ascetas. Un *dandi-swami* es alguien que ha ascendido hasta el grado *dandi* y se ha convertido en asceta. No es un monje sino una persona corriente que se ha adentrado en la tercera fase de la vida, llamada *vanaprastha ashrama* en el hinduismo, todavía vive con otra gente, participa en rezos y rituales y suele vivir de la mendicidad. Algunos pasan a la última fase, *sanyas ashrama*, y se convierten en monjes.

**dao** (lengua angami): Cuchillo de hoja fina que tradicionalmente emplean las tribus de Nagaland.

**darbar** (lengua urdu): Corte.

**dari** (lengua hindi): En inglés se transcribe *dhurrie*. Significa «alfombra» o, mejor, «moqueta», ya que suele cubrir toda la habitación. Es un tapiz hecho a mano, generalmente de algodón, a veces de lana. En ocasiones se emplea para dormir sobre él, como parte de la ropa de cama.

**darshan** (lenguas hindi y sánscrito): Literalmente, «visión», ser capaz de ver algo o a alguien cara a cara. En un contexto religioso, se aplica al momento de contemplar o adorar la imagen de un dios en el templo. Se puede hacer *darshan* a un dios, o a un líder, como un gurú. No hay otra interacción: consiste en mirar. Hay quienes hacen una reverencia y juntan las manos, pero hacer u ofrecer *darshan* es el mero hecho de mirar. Es al ver y ser visto cuando se transmite la bendición.

**dar-ul-harb** (lengua árabe): De acuerdo con las enseñanzas islámicas ortodoxas, una tierra gobernada por las leyes islámicas es *Dar-ul-Islam*, una «morada de la paz». Un país o territorio no gobernado por la ley de Alá, y que no reconoce la autoridad de los musulmanes, es *Dar-ul-Harb*, la «morada de la guerra».

**Dayavan** (lengua hindi): Literalmente, «El Misericordioso». Se refiere a una película hindi de 1988, *remake* de la película tamil *Nayakan*.

**DCP** (inglés): *Deputy Commissioner of Police*, subinspector de policía.

**deewana** (lenguas hindi y urdu): Literalmente, «loco». A menudo se emplea como sinónimo de amante.

**dehat** (lengua hindi): Campo, zona rural.

**dehati** (lengua hindi): Alguien que procede de una zona rural, campesino.

**desi** (lengua hindi): Procede del sánscrito *des*, que significa «hogar» o «nación». Se usa para aludir a cualquier cosa que se ha hecho en la India, que es tradicional.

**devaa** (lengua marathi): Dios, un dios.

**devar** (lengua hindi): Hermano del esposo, cuñado. Las mujeres indias tradicionalmente mantienen una relación muy afectuosa con sus *devars*, en especial con los que son más jóvenes que ellas.

**Devdas** (lenguas hindi y bengalí): Referencia a un personaje muy famoso. En 1917, el novelista bengalí Sharat Chandra Chatterjee publicó una novela con ese título, sobre un hombre que bebe alcohol hasta morir, porque tiene el corazón roto. La novela se ha llevado al cine en varias ocasiones.

**DG** (inglés): Director general (de policía).

**dhaansu** (jerga de Bombay): Bueno, excelente, con peso, sólido,

**dhaba** (lenguas hindi y panjabí): Un restaurante que no es caro ni pretencioso, a menudo está ubicado a un lado de una carretera o autopista y es frecuentado por camioneros y viajeros,

**dhakkan** (lengua hindi): Literalmente, «tapa», como la tapa de una caja. Pero en lenguaje coloquial se emplea para referirse a «idiota»,

**dhamaka** (lengua hindi): Explosión,

**dhand** (lengua hindi): Comercio, trabajo.

**dhansu** (lengua hindi): «Grande», «sólido»; se emplea como elogio, en argot coloquial.

**Dhanwantri** (lenguas hindi y sánscrito): El médico de los dioses, y el creador del Ayurveda. Es quien se lo enseña a Susrutha, el padre de la cirugía ayurvédica.

**dharam** (lengua hindi): Pronunciación coloquial de *dharma*.

**Dharamveer** (lengua hindi): Película de 1977 dirigida por el famoso Manmohan Desai. La historia tiene lugar en un reino mítico durante una época primitiva no especificada. Es una historia de fantasía, protagonizada por un samurai y una princesa,

**dharma** (lengua hindi): En la filosofía hindú, se refiere al deber, obligación, ley moral, el camino que uno debe seguir en la vida.

- Dharmatma** (lengua hindi): «Gran hombre» o «Líder espiritual»,
- dhobi** (lengua hindi): Lavadero.
- dhoti** (lengua hindi): Prenda masculina que llevan los hindúes de algunas castas; se enrolla alrededor de la cintura, se pasa el extremo entre las piernas y se anuda en la espalda o en la cintura,
- dhow** (lengua árabe): Un tipo de navio árabe tradicional,
- diara** (lenguas hindi y maithili): A la mitad del recorrido del río Ganges, se producen grandes curvas y meandros. Después de las crecidas, la zona que surge cuando se retiran las aguas y donde se ha depositado el cieno se conoce como *diara*. Las tierras de la *diara* son muy fértiles y apreciadas por la gente de la zona. Como el río entra y sale de ellas, su propiedad no está clara. A menudo la gente se pelea y llega a matar por lograr este preciado recurso.
- dibba** (lengua hindi): Literalmente, «caja».
- didi** (lengua hindi): Apelativo de respeto y afecto para referirse a una hermana mayor, o alguien considerado como tal.
- Dil Diya Dard Liya** (lengua hindi): Título de una película hindi («Ofrecí mi corazón, recibí dolor», 1966).
- Dil To Pagal Tai** (lengua hindi): «El corazón está loco». Película hindi de 1997.
- Dilli-vali** (lengua hindi): Es una forma de decir, Delhi-vali, o sea, mujer de Delhi. Katekar lo pronuncia así.
- Dilwale Dulhania Le Jayenge** (lengua hindi): «El valiente se llevará a la novia». Película hindi de 1995.
- Diwali** (lengua hindi): Fiesta de las luces, del plenilunio de octubre-noviembre, dedicada a Lakshmi (diosa de la fortuna y de la belleza) y a Sarasvati (diosa de las artes y las ciencias). En el norte de la India se celebra como el año nuevo hindú. La fiesta, en toda la India, significa el triunfo de lo bueno sobre lo malvado. La gente se pone ropa nueva, comparte dulces, decora sus casas con lámparas (*diyas*) y hacen estallar petardos. Jugar, especialmente a las cartas, también es parte de la tradición.
- diya** (lengua hindi): Lámpara tradicional; por lo general una mecha de algodón flota sobre *ghi* (mantequilla líquida) o aceite. El cuerpo de la lámpara está hecho de arcilla o metal,
- djinn** (lengua árabe): Criatura sobrenatural, genio,
- don** (italiano, castellano): Tratamiento de respeto, hoy muy generalizado, que se antepone a los nombres masculinos de pila. En el contexto de la novela se toma del italiano, de la jerga de las organizaciones de carácter mafioso. El don es el jefe o *capo* de una banda,
- dosha** (lengua hindi, sánscrito): Humor, uno de los conceptos principales en la medicina tradicional del Ayurveda,
- dudh-ki-tanki** (lengua hindi): «Tanque (o depósito) de leche». Se emplea como término descriptivo para aludir a los pechos grandes,

**dum** (lengua hindi): Fuerza, fortaleza, resistencia,

**dupatta** (lengua hindi, panjabí): Pañuelo, velo, echarpe que generalmente visten las mujeres panjabíes.

**durbar** (lengua hindi): Recepción o audiencia pública que daban los gobernantes indios en su corte. También se emplea para aludir a una gran reunión ceremonial.

**dushman** (lengua hindi): Literalmente, «enemigo». En el ejército indio, este término se emplea a menudo entre los oficiales para hablar del enemigo.

**dusseri** (lengua hindi): Variedad de mango muy tradicional y apreciada en la India.

**ekdum** (lengua hindi): Rotundamente, absolutamente,

**ekfasli** (lengua hindi): «Una cosecha». Es decir, tierra que produce una cosecha al año.

**elaichi** (lengua hindi): Cardamomo.

**FA** (inglés): First Arts. Aprobar este examen solía permitir el acceso a la universidad. Ni el sistema ni la nomenclatura se emplean ya.

**fachhad** (jerga de Bombay): Echado a perder, liado, jodido,

**fajr** (lengua árabe): La oración *fajr* (amanecer) es la primera de las cinco oraciones diarias de un musulmán,

**faltu** (jerga de Bombay, lengua gujarati): Sin utilidad ni propósito, extra, sin que sirva de nada.

**faluda** (lenguas hindi y marathi): Bebida dulce preparada con leche, sirope (a menudo de rosa o azafrán) y maicena de cabello de ángel. Con frecuencia se le añade helado y frutos secos. En ocasiones la palabra se emplea para aludir a la suavidad, la flacidez, como en «noto las piernas como fallidas»,

**fauji** (lengua hindi): Soldado. *De fauj*, ejército,

**fida** (lengua urdu): Loco por, enamorado de.

**fielder** (inglés): En el críquet se refiere al defensa, el jugador que está pendiente de la bola, por si se le escapa al bateador,

**fielding** (inglés): En el críquet se refiere a la defensa, guardar el campo, mientras el otro equipo batea.

**Filmi Kaliyan** (lengua hindi): Brotes *filmi*. Revista hindi de cine,

**filmi** (inglés indio): Este adjetivo se refiere a algo o alguien que tenga que ver con el cine. En su origen se refería a la música popular de las películas de Bollywood, la enorme industria cinematográfica de Bombay.

**FIR** (inglés): *First Information Report*, primer informe de datos. Se refiere a un documento escrito que prepara la policía en la India y Pakistán en primera instancia cuando recibe información (oral o escrita) sobre una infracción que se haya cometido. La policía solo comienza a investigar un caso cuando se ha registrado un FIR en comisaría.

**firangi** (lenguas hindi y urdu): «Extranjero». Supuestamente es una derivación del

modo en que los árabes aludían a los europeos,

**flush** (inglés): Es una forma de referirse al juego indio de cartas *teen-patti* (tres cartas).

**FSI** (inglés): *Floor-Space Index*, índice de espacio para la construcción. Se refiere a la proporción del espacio total que supone un edificio construido en comparación con el tamaño del solar que ocupa. Por ejemplo, un índice de 2.0 vendría a decir que el edificio ocupa un espacio dos veces mayor que su solar,

**fultu** (jerga de Bombay): Total, supremo.

**gaadi** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «coche» o «vehículo». Se ha extendido para referirse a algo que se puede conducir o alguien a quien se puede manejar o manosear,

**gaali** (lengua hindi): Palabrota, improperio,

**gaand** (jerga de Bombay): Trasero, culo,

**gaandu** (lenguas gujarati y hindi): Imbécil, idiota,

**gadda** (lengua hindi): Colchón,

**gadha** (lengua hindi): Burro, asno.

**gadhav** (lengua marathi): Burro, asno. Insulto de tipo amistoso. Se lo puedes decir a un amigo si hace algo estúpido,

**gajra** (lengua hindi): Guirnalda de flores, a menudo de jazmín,

**gali** (lenguas hindi y urdu): Callejón, calle.

**gamcha** (lengua hindi): Tela fina de algodón, que se utiliza invariablemente como bufanda, pañuelo, toalla o turbante,

**gana, ganas** (lenguas hindi y sánscrito): Una categoría de seres divinos que sirven al dios Shiva, y a su hijo, Ganesha.

**gandugiri** (jerga de Bombay): Ser un *gaandu*, hacer algo estúpido, idiota.

**Ganesha Chathurthi** (lengua hindi): Festividad dedicada al dios Ganesh o Ganesha. Se conmemora su nacimiento. Suele tener lugar entre el 20 de agosto y el 15 de septiembre, y una duración de unos diez días.

**Ganga Jamuna** (lengua hindi): Es el título de una película hindi que se estrenó en 1961. Trata sobre dos hermanos; al mayor, Ganga, un *zamindar* (es decir, un terrateniente que consigue sus tierras a través de un sistema hereditario) le tiende una trampa para incriminarlo en un crimen. Se convierte en bandido, pero le proporciona estudios a su hermano pequeño, Jamuna, en la ciudad, y este se convierte en policía. Al final de la película, Jamuna mata a Ganga. El título a veces aparece escrito como *Ganga Jumna*.

**gangotiya** (lengua hindi): Grupo étnico originario del norte de la India. Los *gangotiyas* viven, por lo general, en las orillas del Ganges,

**ganwar** (lengua hindi): Persona zafia, burda, ordinaria,

**gaon** (lengua hindi): Pueblo; como adjetivo significa «pueblerino».

**Garek baar pyaar kiya to baar baar karna...**: (lengua hindi): Con frecuencia se

- pintan pareados de este tipo en la parte trasera de camiones, taxis, y autorickshaws  
«Si me has querido una vez, quíereme una y otra vez. Si llego tarde, espérame»,
- garara** (lengua hindi): Vestido femenino suelto, como un pijama amplio.
- garba** (lengua hindi): Tipo de baile originario del estado de Gujarat.
- garhwali** (lengua hindi): Apelativo referido a la gente, el pueblo, de la zona montañosa de Garhwal, en Uttarakhand.
- Gata rahe mera dil, tuhi meri manzil** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Guide* («Guía», 1965): «Mi corazón canta, y tú eres mi único destino...».
- gazali** (lengua konkani): Cotilleo.
- Geet gaata hoon main** (lengua hindi): Frase de una canción de la película hindi *Lal Paththar* («Piedras rojas», 1971): «Canto canciones...». La frase completa es: «Canto canciones, las tarareo...».
- ghaatan** (jerga de Bombay): Los *ghats* occidentales son una cordillera montañosa que recorre el estado indio de Maharashtra. En las últimas décadas muchos inmigrantes de esa región han llegado a Bombay, y con frecuencia han asumido trabajos como obreros y sirvientes. El término *ghaati* se emplea para indicar, de forma peyorativa, que alguien es poco sofisticado, no tiene estudios, es de clase baja. *Ghaaitan* es la palabra en femenino.
- ghagra** (lengua hindi): Falda larga y suelta que suelen llevar las mujeres en la India.
- ghanta** (jerga de Bombay, lengua hindi): Campana grande. Una campana pequeña sería *ghanti*. En la banda de Gaitonde, emplean el término *ghanta* como sinónimo de «metedura de pata» o «follón», en lugar de la palabra habitual, que sería *fachchad*. En la jerga de Bombay, *ghanta* también significa «polla».
- Gharala paya rashtrala baya** (lengua marathi): Es un refrán marathi tradicional: «Las mujeres son a la nación lo que los cimientos a una casa». La implicación es que las mujeres deberían ser firmes, puras, virtuosas.
- ghat** (lengua hindi): Pasaje que desciende hasta un río; paso entre montañas.
- ghati** (lengua hindi): Adjetivo que se aplica a algo relativo a *ghat*.
- Ghatokkacha** (sánscrito): Ghatokkacha es un personaje de la épica sánscrita del *Mahabharata*, hijo del héroe Bhima y la doncella *rakshasa* Hidimba. Por parte de madre posee poderes mágicos que utiliza en la gran guerra contra los kauravas, a instancias de su padre Bhima. Está a punto de aniquilar al ejército kaurava cuando el gran héroe Kama emplea el arma divina, Shakti, para herirle de muerte. Al caer, Ghatokkacha mágicamente agranda su cuerpo, de forma que aplasta a miles de soldados kauravas.
- ghavan** (lengua marathi): Aperitivo especiado que se hace con harina de arroz.
- ghazal** (lenguas hindi y urdu): Canción de origen urdu derivada de la poesía, de temática amorosa y generalmente triste o melancólica. Contiene pareados y estribillo.
- ghi** (lengua hindi): Mantequilla líquida que se aclara al hervir,

**ghochi** (jerga de Bombay): Literalmente, «problema», meterse en líos. Kamble lo emplea para referirse al sexo, y dice *ghochi karo*, «hacer sexo».

**ghoda** (lengua hindi): Literalmente, «caballo». En los bajos fondos, es una de las formas de decir «pistola»,

**ghodi** (lengua hindi): Yegua.

**ghoonghat** (lengua hindi): Velo; muy a menudo, el final del sari colocado sobre la cabeza y el rostro.

**ghotala** (jerga de Bombay, lenguas gujarati, hindi y marathi): Un lío. En la prensa, también se emplea esta palabra para referirse a «escándalo»,

**gilli-danda** (lengua hindi); Deporte no profesional parecido al críquet, muy popular entre la juventud de la India,

**ginti** (lengua hindi): Recuento.

**giri** (jerga de Bombay, lengua hindi): Hacer algo, implicarse en alguna actividad. En la novela, aparece en la construcción «héroe-*giri*», que significaría «actuar como un héroe».

**Gita** (sánscrito): Texto clásico, quintaesencia de la filosofía hindú. Su título completo es *Bhagavadgita*, que consiste en setecientos versos sánscritos divididos en dieciocho capítulos. Está inserto en la inmensa epopeya india del *Mahabharata*, en su mayor parte como diálogo entre el guerrero Arjuna y su amigo Krishna. Arjuna duda acerca del uso de las armas, y empieza a reflexionar sobre la crueldad de la guerra. En este punto, Krishna comienza su discurso sobre el deber o el curso correcto de las acciones humanas,

**gobar** (lengua hindi): Estiércol de vaca. Se emplea por lo general como fertilizante. El estiércol de vaca seco se utiliza como combustible. También se usa como aislante, para alinear las paredes de las casas,

**goda masala** (lengua marathi): Polvo negro de *masala* muy popular en el estado de Maharashtra,

**godown** (lengua hindi): Depósito, almacén.

**Godrej**: Nombre de la marca de un armario de acero. La empresa que los elabora es parte del famoso y enorme Grupo Godrej, que es el nombre de una conocida familia comerciante de origen *parsi*.

**GOI** (inglés): *Government of India*, gobierno de la India,

**goli** (lengua hindi): *Goli* deriva de *gol*, redondo. Un *goli* es algo pequeño y redondo, y en lenguaje coloquial los *golis* son los testículos, los huevos, las pelotas, que también se llaman *gotis* (canicas).

**goonda** (lengua hindi): Matón.

**gora** (lengua hindi): Literalmente, «claro» o «pálido». El término puede utilizarse como nombre para referirse a una persona blanca.

**gosht** (lenguas hindi y urdu): Plato de cordero al curry.

**gotra** (lenguas hindi y sánscrito): Clan o linaje dentro de la comunidad Hindú. Por lo general son exógamos, con excepciones específicas.

- grahastha** (lenguas hindi y sánscrito): Dueño de casa, alguien que está ocupado en la segunda fase hindú de la vida, *grahastha-ashrama*.
- GTB Nagar** (lenguas hindi y panjabí): Guru Tej Bahadur Nagar, una zona de Bombay donde viven muchos inmigrantes sikhs y panjabíes. A menudo se alude a ella como «Mini-Panjab».
- Gudi-Padwa** (lengua hindi): En el estado de Maharashtra, el día de año nuevo, que es una celebración de la llegada de la primavera y la cosecha.
- gujju behn** (lenguas gujarati y hindi): Literalmente, «hermana gujarati». Los gujaratis utilizan con frecuencia el término *behn* (hermana) como apelativo de respeto, y por ello *gujju behn* se ha convertido en una forma un tanto burlesca de referirse a alguien que es típicamente gujarati.
- gulal** (lengua hindi): Polvo de colores brillantes que se utiliza especialmente durante la fiesta hindú de Holi, que señala el fin del invierno, en febrero o marzo. La gente se embadurna de *gulal* con varios tonos, o lo lanza al aire. Tradicionalmente se ha elaborado con hierbas y sustancias naturales, aunque en los últimos años se emplean también tintes químicos.
- gullel** (lengua hindi): Un pequeño tirachinas manual, como el que usan los niños para jugar.
- gulmohar** (lengua hindi): Un árbol que florece en verano, con flores sin olor, de color rojo anaranjado y de gran tamaño.
- gur** (lengua hindi): Azúcar de caña. Azúcar sin refinar utilizado tradicionalmente en la India.
- gurkha** (lengua hindi): Comunidad originaria de Nepal, aunque sus orígenes se remontan a las comunidades *rajput* del Rajastán, en el norte de la India. Debe su nombre al santo guerrero hindú del siglo XVIII, Guru Gorakhnath, cuyos seguidores fundaron la dinastía de Gorkha, que fue a su vez fundadora del reino de Nepal. Los gurkhas son conocidos porque muchos de ellos han integrado unidades especiales de las fuerzas armadas del Reino Unido y de la India.
- Guru Gobind Singh** (lenguas hindi y panjabí): Guru Gobind Singh (1666-1708) fue el último gurú de la religión sikh (véase entrada en este glosario).
- Guru Purnima** (lengua hindi): Día de luna llena en el que los devotos ofrecen *puja* a su gurú, durante el mes *Ashadh* del calendario lunar hindú.
- gurudwara** (lengua panjabí): Templo de la religión sikh.
- haan** (lengua hindi): Expresión que denota acuerdo, afirmación, «sí».
- hadith** (lengua árabe): En general, «narración». Es toda aquella tradición de la religión islámica que se basa en los hechos y dichos del profeta Mahoma y que nunca contradice el sagrado Corán.
- hafta** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «semana». En lenguaje coloquial se emplea para aludir al pago semanal que se abona a gangsters o policías, por protección,



**hain?**: (lengua hindi): ¿Sí?

**haldi** (lengua hindi): Raíz de cúrcuma.

**halwai** (lengua hindi): Pastelero; quien hace o vende pasteles. También se aplica al lugar donde se venden esos dulces.

**Hamari Dharti, Unki Dharti** (lengua hindi): «Nuestra tierra, su tierra»,

**handi** (lengua hindi): Recipiente con forma redonda, como una olla,

**haraamkhor** (lenguas hindi y urdu): Alguien que vive de ingresos ilícitos; un ladrón, alguien que comete desfalcos,

**harami** (lengua hindi): Bastardo.

**haramkhor** (lengua hindi): Obtención de beneficios por medios injustos o ilegales, robo.

**haramzada** (lenguas hindi y urdu): Bastardo. En femenino es *haramzadi*.

**haramzadi** (lenguas hindi y urdu): Bastarda. En masculino es *haramzada*.

**Harmandir Sahib** (lengua panjabí): El Templo Dorado, en la ciudad de Amritsar, región del Panjab, el más sagrado para los sikhs. Guru Arjan Dev instaló allí la primera copia del libro sagrado del *Guru Granth Sahib* en 1604. Peregrinos sikhs de todo el mundo viajan hasta el Templo Dorado para bañarse en el lago que rodea al templo y escuchar cómo leen las escrituras. El hecho de sumergirse en las aguas se conoce como *dukh bhanjan*, y se cree que hace desaparecer la enfermedad y la pena,

**hathiyar** (lengua hindi): Literalmente, «arma».

**hatke** (lengua hindi): Diferente, no ordinario, no del montón. En la industria del cine de Bombay, la gente emplea este término para describir sus proyectos cinematográficos, dando a entender que se trata de películas arriesgadas, que no siguen las fórmulas. De alguna manera, el empleo de este término se ha convertido en un tópico,

**havaladar** (lengua hindi): Oficial de policía; sargento.

**haveli** (lengua hindi): Palacio, mansión suntuosa, palaciega, construida alrededor de patios que se comunican. Es un tipo de vivienda un tanto anticuada, con balcones y *angan* (patio). Por lo general, tiene dos plantas.

**He, chand taaron ne suna...**: (lengua hindi): Véase *Tu kahan ye bataa*. Son frases de la película hindi *Tere Ghar ke Saamne* («Frente a tu casa», 1963): «Oh, la luna y las estrellas lo han oído, estos paisajes hermosos lo han oído, los transeúntes han oído la canción de mi dolor».

**hera-pheri** (jerga de Bombay): Artimaña, engaño astuto.

**hijra** (lengua hindi): Eunuco.

**HMT** (inglés): Hindustan Machine Tools, empresa manufacturera establecida por el gobierno indio. Comenzó construyendo maquinaria, y más tarde se amplió a varios campos, incluyendo la elaboración de relojes.

**hool** (jerga de Bombay): Engaño, farol.

**huggo** (lengua hindi): Cagar.

**Hum Apke Hain Kaun** (lengua hindi): «¿Quién soy yo para ti?». Película hindi de 1994. Tuvo un éxito enorme.

**hum** (lengua hindi): Nosotros.

**humara pata** (lengua hindi): «Nuestra dirección». Aquí el uso del plural es formal, no literal.

**hungama** (lengua hindi): Ruido, alboroto, jaleo.

**IAS** (inglés): Se refiere al Indian Administrative Service, es decir, al Servicio Administrativo Indio.

**IB** (inglés): Intelligence Bureau, Agencia de Inteligencia. La agencia de inteligencia del gobierno indio. Se dice que es la más antigua del mundo.

**idli** (lengua hindi): Plato típico del sur, como una torta húmeda que se hace con arroz fermentado y lentejas, y luego se cuece al vapor. Se come con *chatni* de coco, por lo general, aunque también con *chatni* de tomate, y con *sambhar*, un preparado de lentejas. Como la *idli* en sí es un tanto insulsa, en ocasiones se sirve cubierta de chile seco en polvo.

**Iftekar** (lengua hindi): Un personaje muy conocido interpretado por un actor que solía actuar como oficial de policía en películas hindi.

**IIIA** (inglés): Tipo de protección de un chaleco antibalas. El nivel IV es el más alto. El nivel IIIA pararía balas de metralleta de 9 milímetros.

**ikka** (lenguas hindi y urdu): Coche de caballos, carruaje.

**inter** (inglés): Abreviación de *intermediate*. Se refiere al examen del nivel intermedio, que tenía lugar después de la educación secundaria y secundaria alta (cursos onceavo y doceavo). Sistema educativo indio heredado del británico.

**IPS** (inglés): Indian Police Service, sería el Cuerpo Nacional de Policía de la India.

**ishq, pyaar, muhabbat** (lenguas hindi y urdu): Amor. Las tres palabras son sinónimos.

**ISI** (inglés): Inter-Services Intelligence. Es la institución más grande y potente de las agencias de inteligencia de Pakistán. Se encarga de los servicios de inteligencia del país, así como de coordinar estos servicios entre las tres secciones principales de servicios de inteligencia militares pakistaníes. El ISI es responsable de entrenar a los agentes secretos, garantizar la seguridad del programa nuclear del país y la de los militares de más alto rango.

**izzat** (lengua urdu): Honor.

**jaan** (lenguas hindi y urdu): Literalmente, «vida». A menudo se utiliza en el sentido de «cariño», «querido», como al decir «mi vida» o «vida mía».

**jaat** (lengua hindi): Casta.

**Jab tak hai jaan jaan-e jahaan** (lengua hindi): Parte de una frase de la famosa película hindi *Sholay* («Brasas», 1975). «Hasta que tenga vida, oh vida del mundo...». El resto de la frase es: «... bailaré».

**jagati** (lengua hindi, sánscrito): Uno de los tipos de métrica del *Rig Veda*, antiguo texto sagrado hindú.

**Jai Hind** (lengua hindi): Literalmente, «India vencerá». Eslogan muy común tras la independencia. En las escuelas, los niños lo corean en las recepciones, los soldados lo suelen emplear y los políticos finalizan con él los discursos.

**jai** (lengua hindi): «Que viva...».

**jalebi** (lengua hindi): Tipo de dulce, una pasta rebozada en jarabe de azúcar.

**jaljira** (lengua hindi): Bebida especiada que se elabora con hojas de menta y jengibre.

**jamun** (lengua hindi): Ciruelo con frutos oscuros, pequeños y dulces.

**Jana Sanghi** (lengua hindi): Alguien que pertenecía al Jana Sangha, un partido político al que en 1980 sucedió el Bhartiya Janata Party (BJP): Las actividades y los líderes del Jana Sangha a menudo procedían del ala derecha del Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS). Es decir, que un Jana Sanghi por lo general postula una política de derechas o conservadora.

**janampatri** (lengua hindi): Carta astral de nacimiento, generalmente la realiza un astrólogo. Las más tradicionales son rollos largos de papel recubierto de gráficos y símbolos, y pueden ser muy bonitas. Hoy en día, a menudo las hacen por ordenador.

**Japji Sahib** (lenguas hindi y panjabí): El *Japji Sahib* es un conjunto de versos sagrados para los sikhs, que la persona devota recita cada mañana. *Jap* es «salmodiar», de forma que el nombre genérico de estos versos específicos se refiere al hecho de recitarlos,

**jari** (lengua hindi): Bordado con hilos dorados y plateados,

**jat** (lengua hindi): El pueblo *jat* es un grupo étnico descendiente de los indo-arios. Viven sobre todo en el norte de la India (el Panjab, Kajastán) y algunas regiones de Pakistán, y profesan diversas religiones,

**jata** (lengua hindi): Pelo largo apelmazado, similar a las trenzas de estilo rastafari.

**jawan** (lenguas urdu y persa): Se refiere a un «hombre joven». Pero su significado se ha ampliado para aludir a un soldado de infantería,

**jehadi** (lenguas árabe y urdu): Alguien que participa en la *jihad* (en castellano se ha consensuado *yihad*), que literalmente significa «esfuerzo», pero que se describe como «guerra santa»,

**jhadoo** (lengua hindi): Escoba.

**jhadoo-katka** (jerga de Bombay): Barrer y pasar la fregona, la mopa.

**jhakaas** (jerga de Bombay): Excelente, estupendo,

**jhalla** (lengua panjabí): Loco.

**jhalli** (lengua panjabí): «Chica loca», con frecuencia se emplea de forma afectuosa.

**jhamoora** (lengua hindi): Payaso,

**ghanjhat** (lengua hindi): Molestia, fastidio.

**jhatak-matak** (jerga de Bombay): Fuegos artificiales y movimiento, fogonazo; se

emplea a menudo para aludir a una mujer que es llamativa y sexy.

**jhav** (lengua marathi): Como verbo, «follar». Como adjetivo, «jodido»,

**jhinga** (lenguas hindi y marathi): Gambas.

**jhola** (lengua hindi): Una bolsa que por lo general tiene una correa que permite llevarla sobre el hombro,

**jhopadpatti** (jerga de Bombay, lengua marathi): Asentamiento de casuchas, barriada, barrio bajo.

**ji** (lengua hindi): Sufijo que denota respeto por la persona hacia la que se dirige.

**jite raho** (lengua hindi, panjabí): «Que vivas mucho». Forma de saludo.

**jooda** (lengua hindi): Moño.

**juhi** (lengua hindi): Variedad de jazmín.

**jungle** (lengua hindi): Adjetivo que surge como derivación de «jungla», y se emplea para decir que alguien es un salvaje,

**jyotishi** (lengua hindi): Astrólogo.

**kaad rela** (lengua marathi): Suéltalo.

**kaande pohe** (lengua marathi): *Kaande* es cebolla. *Kaande pohe* es un aperitivo especiado hecho con copos de arroz y cebolla,

**kachcha** (lengua hindi): Inacabado, efímero, lo opuesto a *pucca*.

**kachchas** (lenguas hindi y panjabí): Ropa interior masculina, parecida a los calzoncillos bóxer.

**kachori** (lengua hindi): Pasta frita rellena de especias, con lentejas o guisantes.

**kafila** (lengua hindi): Procesoión, caravana, grupo de viajeros,

**kafir** (lenguas árabe y urdu): Infiel, no creyente. Es un término despectivo para aludir a los no musulmanes.

**Kahin beetein na ye raatein...** (lengua hindi): Son frases de una canción de la película hindi *Guide* («Guía», 1965): «Que nunca acaben estas noches, que nunca acaben estos días...»,

**kaju** (lengua hindi): Anacardo.

**kaka** (lengua hindi): Tío, por lo general hermano del padre, es decir, tío paterno.

**kakori kebab** (lenguas hindi y urdu): Un tipo de *kebab* especialmente suave y delicioso, originario de Lucknow. La receta la inventó en la India de antes de la independencia un cocinero de Kakori, que es un pueblo pequeño en las afueras de Lucknow.

**kaku** (lenguas hindi y marathi): Forma afectuosa de decir *kaka*, tío, por lo general paterno.

**kalazar** (lengua hindi): Leishmaniasis visceral. Es una enfermedad parasitaria también conocida como «fiebre negra» o «fiebre Dum-Dum». Los síntomas van desde úlceras cutáneas hasta inflamación severa del hígado y el bazo.

**kalia** (lengua hindi): Gente negra en general, ya sean africanos o afroamericanos. *Kala* significa «negro» en lengua hindi, de modo que *kalia* es un derivado. Es un

término de la jerga y es bastante despectivo,

**kaliyuga** (lengua hindi): En el sistema cronológico hindú es la cuarta *yuga* o era. Implica el fin del mundo conocido y la vuelta a empezar, de forma que esta etapa se caracteriza por el declive de la civilización en términos generales. Según la mayoría de las interpretaciones de los textos hindúes, esta etapa comenzó hace más de 5.100 años, y su duración se estima en 432.000 años. En suma, según la filosofía hindú, vivimos actualmente en la *kaliyuga*, la última *yuga*, donde el materialismo gobierna y abunda el sufrimiento,

**kamiz** (lenguas hindi, panjabi y urdu): Camisa larga, suelta y sin cuello,

**kanchas** (lengua hindi): Plural de *kanche*.

**kanche** (lengua hindi): «Canica», pero en jerga del mundo del Hampa se refiere a una bala,

**kanjoo** (lengua hindi): Avaro, tacaño.

**kannadiga** (lengua hindi): Se refiere a un grupo étnico fundamentalmente ubicado en el estado de Karnataka en la India, y en zonas vecinas como los estados de Andhra Pradesh, Tamil Nadu, Kerala y Maharashtra. Los hablantes nativos de lengua kannada que viven en otras regiones también pueden considerarse a sí mismos como kannadigas.

**kanpatti** (jerga de Bombay): La zona de la cabeza que hay justo delante de las orejas.

**kanya** (lengua hindi): Chica, doncella.

**kapalika** (lengua hindi): En la cultura hindú alude a quien lleva un cráneo como cuenco, y se refiere al voto del dios Bhairava. Como penitencia por haber cortado una de las cabezas de Brahma, Bhairava se convirtió en paria y mendigo. De ahí que la secta de los kapalikas emplee cráneos como cuencos para mendigar,

**kapda** (lengua hindi): Ropa.

**kara** (lenguas hindi y panjabi): Brazaletes de acero que se llevan en la muñeca. Lo lucen especialmente los sikhs como uno de los símbolos de su religión. Muchos panjabíes, sin ser sikhs, también lo llevan,

**karak** (lengua hindi): Fuerte. Por ejemplo, *chai karak* es «té fuerte»,

**karamchari** (lengua hindi): Es un término general para aludir a un oficinista o empleado administrativo. Se suele emplear para referirse a quienes trabajan en oficinas gubernamentales. A la gente suele aterrarle la idea de tener que tratar con ellos,

**karhai** (lengua hindi): Sartén de Hierro fundido que se utiliza para freír. Se parece al *wok* chino.

**karma** (lengua hindi): La ley de causa y efecto, el destino personal. Este es un concepto complejo y muy relevante en la cosmovisión hindú, que cree en la reencarnación, en la vida como círculo. Lo que se ha hecho o se ha sido en las vidas anteriores siempre importa en la presente.

**karo** (lengua hindi): Verbo, «hacer algo».

**kartiya** (lengua marathi): Forma afectuosa de decir «chico loco». Se utilizaría con un

amigo o un familiar.

**kasam** (lengua hindi): Voto, promesa. En ocasiones se emplea en el sentido de «te doy mi palabra».

**kasht karein** (lengua hindi): «Por favor, tóme la molestia de...». Una manera muy formal de pedirle a alguien que Haga algo.

**katha** (lengua hindi): Historia, el hecho de contar una Historia.

**Kati Patang** (lengua hindi): «Cometa al viento». Título de una película hindi de 1970 muy popular.

**kattha** (lengua hindi): Medida que equivale a 0,3 Hectáreas,

**kattu** (jerga de Bombay, lengua hindi): Término despectivo para referirse a un Hombre musulmán. Significa algo así como «un Hombre que Ha sido cortado». Alude a la circuncisión.

**Kaun Banega Crorepati?**: (lengua hindi): Literalmente, «¿Quién quiere ser multimillonario?». Es un concurso tremendamente popular que millones de personas ven en la India,

**kayasth** (lengua hindi): Casta Hindú, *brahman*, por tanto, elevada. Originalmente se refería a los escribas, los administradores.

**Ke kitni muhabbat hai tumse, to paas aake to dekho** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Kasoor* («Crimen», 2001): «Para saber cuánto te quiero, acércate y mira»,

**kebab** (lenguas hindi y urdu): Se denomina así a la carne hecha a la parrilla, que se sirve en diversas formas, tamaños y con una gran variedad de condimentos.

**keeda** (lengua hindi): Literalmente, «gusano». Se emplea de forma coloquial para referirse a una tozudez inexplicable sobre algo, una rareza profunda tendente a la obsesión,

**kelvan** (lengua marathi): Es uno de los rituales matrimoniales en el estado de Maharashtra: la última comida de la novia como soltera en casa de sus padres. Participan los padres y las familias tanto del novio como de la novia, así como otros parientes y amigos,

**kesar** (lengua hindi): Azafrán.

**khaala-jaan** (lengua urdu): «Querida tía». Khaala por lo general se refiere a una tía materna.

**khabari** (lengua hindi): Informante. *Khabar* significa «noticia»,

**khadda** (lengua hindi): Literalmente, «agujero» u «hoyo». A veces se emplea como término vulgar de la jerga para referirse a la vagina.

**khadi kurta** (lengua hindi): Tradicional camisa suelta (*hurta*). Hecha de *khadi* (tela de paño). Gandhi fomentó la confección de *khadi* para quebrar el control dominante de los talleres británicos sobre la economía india, con la intención de presionar a los británicos para que abandonasen el subcontinente. Este boicot tuvo gran resonancia como arma contra el imperio y, a menudo, se representa a Gandhi sentado ante un telar, tejiendo *khadi*.

**khajoor** (lengua hindi): Dátil. Se refiere tanto a la fruta como al árbol,

**khalsa** (lenguas hindi y panjabí): Significa «puro», e identifica a los sikhs que han sido bautizados o iniciados mediante la ceremonia llamada *Amrit Sandiar*. Quien es *khalsa* debe cumplir las cinco K. Véase *sikh*, en este glosario.

**khari lassi** (lengua hindi): *Lassi* (véase entrada en este glosario) salado,

**khata-khat** (lengua hindi): Rápido, eficiente. Se piensa que es una onomatopeya que alude al ruido que hace una máquina,

**khatara** (jerga de Bombay): Ruina decrepita.

**khattam shud** (lengua urdu): «Completamente acabado». A menudo se utiliza en el sentido de «fin».

**khattia** (lengua hindi): Una *khattia* o *khat* es una cama simple. El armazón de madera se enrolla con cuerda o cintas, sobre las cuales a veces se coloca un colchón. Hoy en día este tipo de camas pueden verse con frecuencia en zonas rurales,

**kheer** (lengua hindi): Pastel de arroz dulce.

**khichdi** (lengua hindi): Un plato sencillo de arroz en el que puedes poner cualquier cosa disponible. De ahí que la palabra se emplee con frecuencia para aludir a algo mezclado, que contiene ingredientes dispares.

**khiladi** (lengua hindi): Jugador.

**Khilte hain gul yahaan, khilake bikharane ko, milte hain dil yahaan, milke bichhadne ko** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Sharmilee* («Tímida», 1971): «Aquí florecen las flores, solo para caer. Aquí se encuentran los corazones, solo para romperse»,

**khima** (lenguas hindi y urdu): Plato de carne picada, que por lo general se prepara con cordero. Puede ser bastante picante,

**khiskela** (jerga de Bombay): Loco, ido. Literalmente, «movido» o «desplazado». Se refiere a alguien a quien se le ha ido la cabeza, que no está en sus cabales.

**khoka** (jerga de Bombay): Un *crore* (diez millones) de rupias,

**kholi** (lengua marathi): Habitación. Alguien que vive en una *kholi* probablemente lo hace en una casa de un solo cuarto,

**khoon** (lenguas hindi y panjabí): Asesinato,

**khud** (lengua hindi): Agujero, hoyo.

**Khwab ho turn ya koi haqiqat, kaun ho tum batalaao** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Teen Deviyaan* («Tres damas», 1965): «¿Eres sueño o realidad? Dime quién eres»,

**khwab** (lengua hindi): Sueño.

**kidi kada** (lengua panjabí): Juego de niños. Se utiliza una piedra para señalar un límite en el suelo. También se conoce como *shatapoo*.

**kirpan** (lenguas hindi y panjabí): Una de las cinco K de los sikhs. En sus orígenes era una espada ceremonial, pero hoy en día no es más que una pequeña daga,

**kirtan** (lengua panjabí): Himno,

**kismet** (lengua hindi): Destino.

- koel** (lengua hindi): Nombre que recibe en la India un pájaro de la familia de los cucos de la especie *Eudynamys* que se encuentra en la India, las Indias Orientales y Australia. Se caracteriza por depositar sus huevos en los nidos de otros pájaros,
- koi hai?** (lengua hindi): ¿Hay alguien ahí?
- kokum** (lengua marathi): Una especie acida que se emplea a menudo en platos típicos del estado de Maharashtra,
- koli** (lengua marathi): Comunidad marathi de pescadores. Viven en las zonas costeras del estado de Maharashtra, Gujarat y Goa. Son uno de los pueblos que originalmente habitaban las islas de Bombay,
- konkani** (lengua konkani): Grupo étnico indoario asentado en la costa oeste de la India. El término se aplica a la persona, la comunidad, la lengua y la cultura.
- kos** (lengua hindi): Medida indígena para indicar distancia. La distancia real varía según las regiones. La estimación general ronda los tres kilómetros.
- kshatriya** (lenguas hindi y sánscrito): Miembro de la segunda casta del sistema hindú. La de los *kshatríyas* era la casta guerrera, considerada como una de las más altas,
- kuchcha** (lengua hindi): Véase *pucca*.
- kulfi** (lengua hindi): Tipo de helado indio,
- kulhadi** (lengua hindi): Hacha.
- Kumbh Mela** (lengua hindi): Es una peregrinación hindú que tiene lugar cuatro veces cada doce años y rota entre cuatro lugares: Prayag (Allahbad), Haridwar, Ujjain y Nashik.
- Kumbhkaran** (lenguas hindi y sánscrito): Uno de los hermanos de Ravana, el antihéroe en el *Ramayana*. Kumbhkaran —mediante un favor que le concedió Brahma— dormía seis meses de un tirón, y solo se despertaba para comer grandes cantidades de comida,
- kumkum** (lengua hindi): Preparado hecho con cúrcuma seca y un poco de lima, que se convierte en un polvo de color variado. El polvo de cúrcuma tiene muchas propiedades medicinales,
- kurta** (lenguas gujarati, hindi, marathi y panjabí): Camisa suelta que llevan tanto hombres como mujeres.
- kutiya** (lengua hindi): Zorra, en sentido despectivo hacia una mujer,
- kutti** (lengua hindi): Zorra, en sentido despectivo hacia una mujer.
- Kya se kya ho gaya, dekhte dekhte** (lengua hindi): Letra de una canción de la película hindi ficticia: «Mira qué ha pasado mientras observamos. Mi corazón se ha enamorado de ti mientras observamos»,
- kya?** (lengua hindi): «¿Qué?».
- laat-saab** (lengua hindi): Hombre muy importante e imponente. Se emplea para referirse a un británico, y en la India tras la independencia se utilizaba a menudo para aludir a indios muy occidentalizados.



- laddoo** (lengua hindi): Tipo de dulce. Puede hacerse con ingredientes muy variados, pero siempre tiene forma redonda,
- ladhi** (lengua hindi): Sarta de petardos, puede ser muy larga,
- lafanga** (lengua hindi): Persona zafia, burda, por lo general un hombre joven. Suele holgazanear por las esquinas de las calles y los bazares, fumando, cotilleando, mascando *paan*. Los padres con hijos que pasan demasiado tiempo realizando estas actividades temen que su hijo se convierta en un *lafanga*.
- lakh** (lengua hindi): Unidad del sistema numérico indio tradicional, equivale a cien mil.
- lal salaam** (lenguas hindi y árabe): Es un saludo comunista, concretamente de los naxalitas indios. *Lal* significa «rojo» en lengua hindi.
- lallu** (lenguas hindi y panjabí): Pelele, persona ineficaz y debilucha,
- lalten** (lengua hindi): Literalmente, «linterna», «farol».
- Iambi** (jerga de Bombay, lengua hindi): Literalmente, «largo». Pero, en la cárcel, una *lambi* es un cuchillo o daga, que resulta larga en comparación con una cuchilla de afeitar. Se puede elaborar una *lambí* con la bisagra de una puerta o cualquier pieza de metal. La palabra también se emplea para aludir a una espada,
- lance-naik** (inglés, lengua hindi): Un tipo de rango en el ejército indio, equivalente a soldado de primera clase. El siguiente rango, en orden ascendente, es *naik*.
- landya** (jerga de Bombay): Un término muy despectivo para referirse a los musulmanes.
- langda-lulla** (lengua hindi): Tullido, lisiado.
- langotiya** (lengua hindi): *Langot* es un tipo de ropa interior india tradicional. A menudo los niños juegan vestidos solo con *langots*. De ese modo, un *langotiya yaar* es un amigo de la época en la que solo se llevan *langots*. Amigo de la infancia,
- lasoon** (jerga de Bombay): Literalmente, «ajo». En el contexto de la novela se emplea con referencia a *lauda* (pene). Por lo general, la frase se utiliza despectivamente como sinónimo de «etcétera, etcétera», o algo sin importancia, como por ejemplo, en «el gobierno está haciendo *lauda lasoon* con los problemas de tráfico en Bombay». Gaitonde lleva a cabo un uso creativo de la expresión, y se refiere a hacerle un «etcétera» al pene, en el sentido de hacerle una felación. Sus hombres, siguiendo su ejemplo, también lo emplean en este sentido,
- lassi** (lengua hindi): Bebida refrescante que se elabora mezclando yogur, agua y especias. Puede ser dulce o salada.
- Lat pat lat pat tujha chalana mothia nakhriyacha** (lengua marathi): Frase de una antigua *marath laavani* o canción tradicional, que también se cantó en una película. Es complejo traducir el sentido. La frase se dirige a una mujer. *Lat pat lat pat* es una onomatopeya que se refiere a la forma en que camina, al balanceo de sus caderas, algo así como «Caminas con tales aires, tal estilo». La última palabra de *nakhriyacha* es una forma de decir *nakhra*, que podría traducirse como aires

femeninos o lisonjas, afectación, coquetería, flirteo,

**lata-pata** (lengua hindi): Pasto y heno, con lo que se alimenta a los animales.

**lathait** (lengua hindi): Alguien que utiliza *lathi* (véase entrada en este glosario): Un *lathait* por lo general es un tipo duro a sueldo,

**lathi** (lenguas hindi y panjabí): Bastón de madera que llevan y utilizan los policías, en especial para controlar a las multitudes,

**lauda** (lenguas gujarati, hindi, marathi y panjabí): Pene, polla. Véase *lund*.

**lila** (lenguas hindi y sánscrito): Juego, el universo como juego divino del Señor.

**lodu** (lengua hindi): Gilipollas.

**Loksatta** (lengua marathi): Periódico marathi que se edita en Bombay, y que tiene sucursales en Nagpur, Pune y Ahmednagar.

**London mein fielding lagao. Do team bhedzjo, Sachin aur Saurav dono. Ready rehna, instructions baad mein** (jerga de Bombay, lengua hindi): Aquí Gaitonde habla en clave: «Prepara la alineación en Londres. Envía a dos equipos, tanto a Sachin como a Saurav. Estad listos, se os mandarán instrucciones más adelante». De forma que lo que quiere es que sus subordinados se preparen para entrar en acción en Londres; *fielding* (alineación) —tomado del vocabulario del críquet— se refiere a colocar a la gente en sus puestos. *Sachin* y *Saurav* son los nombres en clave de dos de sus hombres, a quienes se refiere usando los nombres de dos jugadores de críquet muy famosos: Sachin Tendulkar y Saurav Ganguly.

**lund** (jerga de Bombay): Pene, polla. Véase *lauda*.

**lund-lasoon** (jerga de Bombay): Felación; mamada, en tono vulgar. Véase explicación complementaria en *lasoon*.

**lungi** (lengua tamil): Una prenda masculina que consiste en una única pieza de tela enrollada alrededor de la cintura y las piernas,

**lurkao** (lengua hindi): Literalmente, «caerse» o «echar». Aquí se refiere a matar.

**Ma** (lengua hindi): «Mamá», de forma afectuosa,

**maal** (jerga de Bombay, lengua hindi): Mercancía. A veces se emplea para aludir a las mujeres, cosificándolas.

**maar** (lengua hindi): Literalmente significa «agarrar», «quien agarra», o, incluso, «quien golpea». En el contexto de la novela se aplica a quienes roban carteras, *maar* de carteras, es decir, carterista,

**machchi kadi** (jerga de Bombay, lenguas hindi y marathi): Pescado con curry de yogur.

**machchi tanduri** (jerga de Bombay): Pescado cocinado al estilo *tanduri*.

**maderchod** (lenguas hindi y panjabí): Hijo de puta,

**maderpat** (lengua marathi): Hijo de puta.

**madrassa** (lenguas urdu y árabe): En castellano, «madraza». Escuela islámica. Se refiere tanto al concepto de escuela como a las edificaciones donde funcionan o han funcionado escuelas,

**maghai** (lengua hindi): Variedad de hoja que se emplea para hacer paan (véase entrada) dulce.

**maha** (lengua hindi): Grande, enorme, inmenso.

**Mahabharata** (lengua hindi y sánscrito): Es una de las dos grandes épicas sánscritas, junto con el *Ramayana*. El *Mahabharata* es siete veces más extenso que la *Iliada* y la *Odisea* juntas. Narra la historia de dos grupos rivales, los Kauravas y los Pandavas, primos carnales que reclaman el derecho a la sucesión en una región cercana a la actual Delhi. La épica narra la guerra que se desencadena, pero al mismo tiempo contiene una enorme multiplicidad de historias entrelazadas con la línea principal. Los hechos narrados se remontan aproximadamente al año 1000 a. C., mientras que se cree que la compilación escrita tuvo lugar entre el 400 a. C. y el 400 d. C. Teniendo en cuenta que la composición abarca ocho siglos, es evidente que hubo más de un compilador, aunque se habla solo de uno, Vyasa, que, simbólicamente, significa «autor». A pesar de la ingente pluralidad, hay un héroe que destaca especialmente, Arjuna. El texto se divide en dieciocho libros, más uno adicional. Se considera que el *Mahabharata* es, ante todo, una enciclopedia de la civilización india brahmánica, una memoria simbólica de la cosmovisión de la tradición brahmánica.

**maharaja** (lengua hindi): Literalmente, «Gran rey»,

**maharani** (lengua hindi): Literalmente, «Gran reina»,

**maharathi** (lengua hindi): Un gran guerrero,

**mahatma** (sánscrito): Alma grande,

**mahendi** (lengua hindi): Alheña.

**mahurat** (lengua hindi): Una época particularmente auspiciosa para comenzar una actividad, o para celebrar un ritual. Se consulta a un *pandit* para que proporcione la fecha del *mahurat*; el *pandit* examina el horóscopo de la persona interesada en llevar a cabo la actividad y tiene en cuenta la posición del Sol y los planetas, así como la intención y naturaleza de la actividad en cuestión.

**Mai re** (lengua hindi): Exclamación, «¡Oh, madre!».

**maidan** (lenguas hindi y urdu): Campo abierto, parque o plaza.

**maike** (lengua hindi): La casa de los padres de una mujer casada.

**Main zindagi ka saath nibhaata chala gaya** (lengua hindi): Una frase de la película hindi *Hum Dono* («Nosotros dos», 1961): «Seguí adelante, manteniendo mi fe en la vida...».

**Majnún** (lenguas árabe y urdu): Es el amante masculino en una de las más famosas historias de amor de la literatura persa, la historia de Majnún y Laila, obra de Nezami Ganyawi, que data del siglo XIII. Es muy popular en todo el sudeste asiático y Oriente Medio. Es un relato trágico según el cual Majnún, cuyo verdadero nombre era Kais, es apartado de Laila, a quien su padre quiere casar con otra persona. Majnún significa «loco» en árabe, pues este adjetivo se convirtió en su epíteto, y el personaje se considera todo un símbolo del amor y la añoranza

extasiada. Tras abandonar su casa y vagar por el desierto, por el desamor, muere de hambre. Laila, por su parte, se suicida el día de su boda,

**makaan** (lengua hindi): Casa, hogar.

**Makhmali andhera** (lengua hindi): Parte de una frase de una canción de la película hindi *Sharmilee* («Tímida», 1971): «La oscuridad es de terciopelo...».

**makkai** (lengua hindi): Maíz,

**mala badol** (lengua bengalí): Boda,

**malai** (lengua hindi): Crema.

**malang baba** (lenguas hindi y urdu): Un *malang* es un hombre santo que se considera que ha sido tocado por la mano de Alá. Un *malang haba* es un *malang* anciano. Algunos de ellos se describen como pertenecientes a la tradición sufi, aunque no siempre es el caso. Afirman que pueden controlar los espíritus y vencer a los seres sobrenaturales. Suelen ir vestidos con túnica larga, muchos collares de cuentas y cadenas, y llevan un cuenco de madera o metal,

**malik** (lengua urdu, árabe): Significa «rey». El femenino es *malika*, «reina».

**mama** (lengua hindi): Se coloca tras un nombre de varón para indicar que es el tío materno, hermano de la madre. Ej. Iqbal-mama.

**mamoo** (jerga de Bombay, lengua marathi): Tonto, idiota,

**mamu** (lenguas gujarati y hindi): Literalmente, es una forma afectuosa de decir *Mama*, tío materno, hermano de la madre. Los integrantes de las bandas lo emplean para llamarse unos a otros.

**Man ja ay khuda, itni si hai dua** (lengua hindi): Frases de una canción de la película hindi *Yes, Boss* («Sí, jefe», 1997): «Escúchame, Dios, concédeme solo este pequeño deseo...»,

**manch** (lengua hindi): Literalmente, «plataforma»,

**mandap** (lengua hindi): Pabellón, generalmente cuadrado, cubierto por un toldo y especialmente erigido para celebrar una boda o una ceremonia religiosa.

**mandvali** (jerga de Bombay): Negociación, acuerdo, compromiso,

**mangalsutra** (lenguas gujarati, hindi y marathi): Collar de cuentas negras que llevan las mujeres casadas,

**mantra** (lengua hindi): Fórmula sagrada, mística, mágica,

**mantralaya** (lengua hindi): La oficina central de la administración del estado o ministerio estatal en Bombay,

**mantri** (lengua hindi): Ministro.

**manuvadi** (lengua hindi): Manu es el autor del texto *Manusmriti*, del que el hinduismo ortodoxo toma muchas de sus leyes y prácticas, incluyendo la persecución y explotación de las castas más bajas. Un *manuvadi* es un seguidor de Manu, lo que quiere decir que es alguien de las castas altas.

**Marad sala aisaich hota hai** (jerga de Bombay, lengua hindi): En el hindi típico de Bombay, viene a decir: «Los bastardos son así»,

**maratha** (lengua marathi): Grupo de castas de lengua marathi del estado de

Maharashtra. Tradicionalmente han sido guerreros y cultivadores.

**marwari** (lenguas hindi y marwari): Alguien que procede de Marwar, una región en Rajastán. Hay un estereotipo acerca de que los *marwaris* son comerciantes astutos.

**masala** (lengua hindi): Especies, condimentos; mezcla de especias,

**mashooq** (lengua urdu): Amante,

**masjid** (término hindi de origen árabe): Mezquita,

**masnad** (lenguas hindi y urdu): Almohadón, cojín.

**masst** (jerga de Bombay, lengua hindi): Bueno, excelente, placentero.

**Mata-ji** (lengua hindi): Madre, de forma respetuosa, con la partícula *ji*.

**mathadi** (lengua marathi): Aplicado a unos trabajadores se refiere a que son cargadores, como en los astilleros,

**matka** (lengua hindi, jerga de Bombay): En la novela aparece con dos significados.

El primero de ellos como cántaro o jarrón grande de barro. En un *matka*, el agua permanece fresca incluso durante los calurosos veranos indios. En una segunda acepción, en la jerga de Bombay, *matka* se refiere a un juego de lotería clandestina, ilegal, en Bombay. Es un gran negocio,

**mauj-maja** (lenguas hindi y marathi): Placer y diversión, maulvi (lengua urdu): Título religioso islámico de carácter honorífico. Por lo general, se refiere a un maestro religioso, que habrá completado sus estudios en una *madrassa*.

**mausa** (lenguas hindi y panjabí): Tío materno, hermano de la madre,

**mausambi** (lengua hindi): Variedad de mandarina. También se llama así el árbol que produce esta fruta.

**mausi** (lenguas hindi y panjabí): Tía materna, hermana de la madre,

**maya** (lenguas hindi y sánscrito): En la filosofía hindú se considera que el universo es una gran *maya*, es decir, «ilusión».

**MCOCA** (inglés): Maharashtra Control of Organized Crime Act. Ley para el Control del Crimen Organizado del estado de Maharashtra.

**MEA** (inglés): Ministry of External Affairs, Ministerio de Asuntos Exteriores.

**Mehbooba mehbooba** (lengua hindi): Parte de una canción de la famosa película hindi *Sholay* («Brasas», 1975): «Amada, oh amada mía...».

**mela** (lengua hindi): Feria, fiesta popular o religiosa,

**mem** (lengua hindi): Señora. Véase *memsaab*.

**memsaab** (lengua hindi): Señora.

**Mere desh ki dharti sona ugle, ugle heere moti** (lengua hindi): Frase de una canción de la película hindi *Upkar* («Buenos trabajos», 1967): «La tierra de mi país sigue dando oro, da perlas y joyas». En la película la canción la canta un campesino, que habla de la riqueza de su tierra.

**Mere sahiba, ¿kaun jaane gun tere?:** (lengua panjabí): Es de una *silabad*, cuyo significado literal, en lengua panjabí, es «palabra». Aquí, en este contexto, *shabad* es la palabra revelada de Vaheguru, Dios en la religión sikh. Esta es una frase de un himno o verso del *Guru Granth Sahib*, el libro sagrado de los sikhs. Viene a

decir: «Oh Dios, ¿quién puede conocer tus cualidades?».

**Mere sapnon ki rani kab aaye gi tu, aayi rut mastaani kab aaye gi tu...**: (lengua hindi): Es una frase de la película hindi *Aradhana* («Adoración», 1969). «Oh, reina de mis sueños, ¿cuándo vendrás? La estación embriagadora ha llegado, ¿cuándo vendrás?».

**Mir Saab** (lengua urdu): Título aristocrático.

**mishmi** (lengua hindi): Grupo tribal de la India ubicado sobre todo en el valle Dibang, en Anjaw, estado de Arunachal Pradesh, y en el Tibet,

**mithai** (lengua hindi): Dulces de repostería,

**mogra** (lengua hindi): Jazmín.

**mohalla** (lengua hindi): Barrio, vecindario, por lo general se asocia con las zonas de viviendas más pobres,

**moksha** (lengua hindi): El último de los cuatro *purusharthas*, es decir, propósitos u objetivos de la vida, del tradicional pensamiento hindú, que son: *dharma* (deber, obligación; implica el camino que uno debe seguir en el mundo, lo que uno tiene que llegar a ser), *artha* (beneficio material, dinero, riqueza; es lo que se necesita para sobrevivir, para mantener a la familia), *kama* (placer, deseo; más específicamente amor y placer sexual) y *moksha* (liberación). Los tres primeros (*dharma*, *artha* y *kama*) conducen al último, *moksha*.

**monai** (lengua konkani): Taburete de baja altura,

**motu** (lengua hindi): Gordo.

**MTNL** (inglés): Mahanagar Telephone Nigam Limited. Es un servicio de telefonía indio, propiedad del gobierno, que proporciona servicios en las ciudades de Bombay, Thane, Nueva Delhi y Navi Mumbai,

**muchhad** (lengua hindi): *Much* o *mooch* es «bigote». Un *muchhad* es alguien con un bigote especialmente impresionante,

**multani mitti** (lenguas hindi y urdu): Arcilla o tierra de batán, que se utiliza desde la antigüedad como mascarilla facial. En la India esta sustancia a menudo viene de la zona noroeste, sobre todo de Multan. La arcilla se mezcla de diferentes maneras, con leche, miel, limones, agua de rosas o almendras, por ejemplo,

**mumbaikar** (lengua marathi): En marathi alude a quien reside en Mumbai (Bombay). El término ganó en popularidad cuando Bombay fue rebautizado como Mumbai. En inglés es también muy frecuente el término *bombayite*.

**muni** (lengua hindi, sánscrito): Sabio o monje, dentro de la tradición hindú, y a menudo bendecido con poderes extraordinarios,

**musahar** (lengua urdu): Comunidad tribal de la India, muy pobre, parte de la población *dalit*.

**muslimah** (lenguas hindi y urdu): Musulmana,

**musst** (jerga de Bombay): Selecto, llamativo, ostentoso.

**mustanda** (lengua hindi): Patán.

**muth** (lengua hindi): Un santuario hindú, al que suelen estar adscritos *sadhus* o

*swamis*. Algunos *ninths* son muy ricos por las donaciones que hacen los devotos.

- na** (lengua hindi): Típica partícula conversacional empleada para enfatizar la reacción o respuesta: «no»,
- naamam** (lenguas hindi y sánscrito): Marca que se lleva en la frente. Las hay de formas distintas según las tendencias religiosas de la persona,
- naan** (lengua hindi): Es un tipo de pan que se elabora con harina blanca ligeramente fermentada. Se enrolla y se cuece en un horno de barro,
- nada** (lengua hindi): Cordón.
- naga** (lengua hindi): Se refiere a un pueblo de las montañas fundamentalmente localizado en la zona de encuentro entre China, el noreste de la India y zonas de Myanmar (Burma),
- nagada** (lengua hindi): Timbal indio. Se toca con palos,
- nagar** (lengua hindi): Asentamiento, ciudad.
- naka** (lengua hindi): Cruce. Entrada o extremo de una carretera, callejón, avenida o calle.
- nakabandi** (lenguas hindi y marathi): Operación policial que consiste en parar vehículos en la carretera y registrarlos,
- nakhras** (lengua urdu): Coquetería, lisonjas, encanto, delicadeza. No hay un único término o concepto adecuado para traducir este comportamiento sudasiático. Lo más ajustado es describirlo como un flirteo muy delicado, muy femenino, que todas las partes entienden como un poco artificial.
- namaaz** (lenguas hindi y urdu): Significa «orar» o «bendecir», y generalmente se refiere a las oraciones que los musulmanes le ofrecen a Alá; y más comúnmente a las cinco oraciones diarias del islam,
- namaaz ka gatta** (lenguas hindi y urdu): La marca oscura en la frente de los musulmanes devotos, que se produce por tocar el suelo con la frente al arrodillarse a rezar cinco veces al día.
- namaazi** (lenguas hindi y urdu): Musulmán devoto, alguien que hace *namaaz*.
- namaskar** (lengua hindi): Sinónimo de *namaste*. Expresión respetuosa de saludo y despedida. Suele acompañarse de una leve inclinación de reverencia, mientras quien la pronuncia se lleva las manos unidas y en vertical a la altura del pecho.
- namaste** (lengua hindi): Expresión de saludo y despedida. Suele acompañarse de una leve reverencia, mientras quien la pronuncia se lleva las manos unidas y en vertical a la altura del pecho.
- namkeen** (lenguas hindi y urdu): Aperitivo salado o especiado. A menudo se emplea como genérico para referirse a un aperitivo.
- namoona** (lengua hindi): Espécimen, bicho raro.
- Nanak dukhiya sab sansaar** (lengua panjabí): «Nanak, el mundo entero está sufriendo».
- narangi** (lengua hindi): Literalmente, «la fruta de la naranja». Aquí se emplea como

nombre de un licor con ese sabor.

**narial-pani** (lengua hindi): Un *narial* es un coco, de modo que *narial-patii* es «agua de coco». Es una bebida popular en Bombay y se vende por la calle. Los vendedores tienen los cocos enteros y con un cuchillo hacen una ranura en la parte superior para que se pueda beber el líquido de dentro.

**natevaik** (lengua marathi): Familiares, la comunidad de la que se forma parte.

**nau-number** (jerga de Bombay, inglés y lengua hindi): Literalmente, «número nueve». En la jerga de Bombay se refiere a los policías.

**Navratri** (lengua hindi): Festividad hindú de adoración y danza. La palabra *Navratri* significa literalmente «nueve noches», en sánscrito. Durante esos nueve días y noches se adora a nueve formas de la diosa Shakti.

**nawab** (lengua hindi): Título de nobleza. Virrey o gobernador de la India bajo el dominio del imperio mogol.

**nayakan** (lengua tamil): Literalmente significa «héroe», «líder». En la novela alude al título de una película india muy famosa e influyente, *Nayakan* (1987), dirigida por Mani Ratnam y protagonizada por Kamalahasan, en el papel de Velu Naicker, un muchacho que asciende hasta convertirse en un poderoso *don* de la mafia de Bombay. El personaje de Velu Naicker se basa en la historia real de Varadarajan Mudaliar, o «Varada», que prosperó desde la pobreza hasta convertirse en uno de los hombres más poderosos de Bombay. Varada era un tamil que luchó contra el prejuicio y la discriminación en la ciudad de Bombay, dominada por *marathas*. Para los gángsters de la generación de Gaitonde, Varada es una Figura legendaria del pasado, aparte de Haji Mastan y Yusuf Patel. *Nayakan* fue nominada al mejor Oscar en la categoría de película extranjera en 1987.

**nazrana** (lenguas hindi, urdu): Obsequio, regalo.

**neer dosa** (lengua kannada): *Neer* significa «agua». *Dosa* es un plato típico del sur de la India consistente en una torta muy fina de pasta hecha de arroz molido y lentejas, rellena de guiso de patatas y verduras. *Neer dosa* consiste en *dosas* hechas con pasta muy aguada.

**NEFA** (inglés): North Eastern Frontier Agency, algo así como Agencia de la Frontera Nororiental. Era uno de los organismos británicos creados en la época de la colonización británica en la India.

**Nikki** (lengua panjabí): Literalmente, «pequeña». En la novela, es el nombre familiar de Prabhjot Kaur, la madre de Sartaj Singh.

**nim** (lengua hindi): Árbol originario de la India y Pakistán. *Azadirachta indica*. También *neem* (en inglés) o *margosa*, de la familia de las meliáceas. Es muy valorado en el subcontinente indio, especialmente por sus hojas y su corteza amarga, que se utilizan con fines medicinales, y también por el aceite de sus semillas, que se emplea para hacer jabón. Sus ramitas se utilizan para limpiarse los dientes.

**nimbu pani** (lengua hindi): Agua con limón.



**Nirodh** (lengua hindi): El nombre de la marca de un condón que el gobierno indio introdujo hace décadas. Se distribuía de forma gratuita, y durante un tiempo los anuncios publicitarios sobre él eran omnipresentes.

**NRI** (inglés): *Non-resident Indian*, es decir, un indio que reside en el extranjero.

**nullah** (lengua hindi): Vía fluvial pequeña y abierta. A menuda alcantarillas desembocan en *nullahs*.

**OBC** (inglés): Siglas de *Other Backward Caste* (Otra Casta Atrasada), que es una de las clasificaciones recogidas en la Constitución de la India.

**Om evam saraswatye namah** (sánscrito): Invocación de un texto sánscrito clásico: «¡Om! Honro a la diosa Saraswati...».

**Om** (lengua hindi): Es la más sagrada de las sílabas en el hinduismo, simbolizando el Brahman infinito y el universo entero. Esta sílaba es también llamada la *Udgitha* o *pranava mantra* (mantra primordial), pues es considerada por los hindúes el sonido primordial, origen y principio de la mayoría de los mantras, palabras o sonidos divinos y poderosos.

**One, two, chal shuru hoja** (lengua hindi): Frase de una canción de la película hindi *Humjoli* («Amigo», 1970): «Uno, dos, vamos a empezar...».

**over** (inglés): En el críquet se refiere a un conjunto de seis lanzamientos.

**paan** (lengua hindi): Preparado dulce, salado o fuertemente especiado envuelto en una hoja de nuez de areca molida que, en ocasiones, lleva tabaco. Puede utilizarse para masticar y limpiar el paladar. Se puede comprar en puestos de la calle. Suele tomarse después de una comida y también se suele ofrecer a las visitas como muestra de cortesía. Muy tradicional y común.

**paaplet** (lengua marathi): Tipo de pescado de la familia *bramidae*. Se encuentra en los océanos Índico, Adámico y Pacífico. Lo consideran como el salmón indio.

**pabi** (lengua hindi): Véase *bhabhi*.

**padhaku** (lengua hindi): Estudioso.

**paes** (lengua konkani): Un plato de arroz (en ocasiones transliterado como *pej*).

**Pag ghungru baandh Mira naachi thi** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Namak Halal* («Fiel», 1982): «Con las pulseras puestas, Mira bailó...».

**pagdi** (lenguas hindi y panjabí): Turbante, como el que llevan los sikhs para recogerse el pelo. Véanse *pug*, *pugree* y *patka*, en este glosario.

**Paisa phenk, tamasha dekh** (lengua hindi): «Suelta el dinero, observa el espectáculo».

**Paisa vasool** (jerga de Bombay): «Merece el dinero que ha costado».

**paise** (lengua hindi): Moneda india equivalente a un cuarto de *anna*. Una rupia son dieciséis *annas*. Una *paise* es la sesenta y cuatroava parte de una rupia.

**pajamas** (lengua hindi): Pantalón amplio sujeto en la cintura con un lazo.

**pakora** (lengua hindi): Fritura de harina rellena de verduras especiadas.

**palki** (lenguas hindi y panjabí): Palanquín. En el Harmandir Sahib, en la ciudad de Amritsar, se utiliza un *palki* de oro y plata para transportar el *Guru Granth Sahib*, libro sagrado de la religión sikh.

**pallu** (lenguas hindi y panjabí): El extremo suelto del *sari* de una mujer, que por lo general se lleva por encima del hombro. En ocasiones, para permitir la libertad de movimiento, se ata alrededor de la cintura. Suelen hacerlo las mujeres encargadas de trabajos duros.

**paltu** (lengua hindi): Manso, sumiso, domesticado.

**PAN** (inglés): *Permanent Account Number* (número de cuenta permanente), que el departamento del impuesto sobre la renta exige a todos los contribuyentes indios.

**panchnama** (lengua hindi): El primer informe que un policía hace sobre las pruebas y conclusiones a las que llega en la escena de un crimen. El documento ha de ser firmado por el oficial encargado de la investigación y dos testigos supuestamente imparciales.

**pandal** (lengua hindi): Una especie de cenáculo, dosel o baldaquín bajo el cual se hacen ceremonias.

**pandhara rassa** (lengua marathi): Literalmente, «salsa blanca».

**pandit** (lengua hindi): Apelativo y título respetuoso que se utiliza para referirse a una persona instruida y educada, generalmente de la casta *brahman*, la más alta para los hindúes. También se refiere a un maestro u hombre sabio; sacerdote hindú,

**panga** (lengua hindi): Problema, discrepancia,

**pani** (lengua hindi): Agua.

**pani-puri** (lengua hindi): Aperitivo especiado. Consiste en una bola de masa ligera y crujiente con agua especiada, es decir, con *masala*, y patata. También se conoce como *gol gappa* o *puchka*.

**Pankhida tu uddi jaaje** (lengua gujarati): Es una frase de una canción popular que se escucha durante las danzas *garba* (tipo de baile originario del estado de Gujarat): «Oh, pájaro, sal volando...». Las frases que siguen son: *Pawagarh re Kehje Ma Kali ne re Garbo ramwa re*, que vienen a decir: «Oh, pájaro, sal volando hacia Pawagarh. Dile a la Madre Kali que baile *garba*».

**papad** (lengua hindi): Pastelillo frito, delgado, salado o picante, hecho con legumbres molidas.

**Papa-ji** (lengua hindi): Papá de modo cariñoso, con el sufijo de respeto *ji*.

**paplu** (lengua hindi): Un juego de cartas que suele jugarse con naipes de póquer.

**papri-chaat** (lengua hindi): Tortita de harina cubierta de yogur, *chatni* (salsa) de tamarindo y especias. Véase *chaat* en este glosario,

**paranda** (lengua panjabí): Cintas o borlas de colores que las mujeres trenzan en su pelo o utilizan para recogerlo en un moño. Las *parandas* también pueden llevar más elementos decorativos. Para las ocasiones especiales suelen estar elaboradas en oro y plata,

**paratha** (lengua hindi): Tortilla hecha con harina, agua y mantequilla. Véase también *parauntha*.

**parauntha** (lengua hindi): Tortilla hecha con harina, agua y mantequilla. Véase también *paratha*.

**parishad** (lengua hindi): Asamblea, junta.

**parkarma** (lengua panjabí): El puente o pasarela circular que rodea la alberca sagrada en el templo Harmandir Sahib, en la ciudad de Amritsar.

**parsi** (lengua persa): Los parsis son los miembros de una comunidad étnico-cultural de religión zoroástrica que habitan en el oeste de la India, especialmente en la ciudad de Bombay. Descienden de los persas que emigraron a la India en el siglo VIII para escapar de la persecución religiosa.

**paswan** (lengua hindi): Una casta entre los intocables (ahora llamados *dalits*).

**pathan** (lenguas hindi y panjabí): Tribu independiente al sur del actual Afganistán, muchos de cuyos miembros se asentaron en la India y sirvieron en las tropas coloniales británicas,

**patka** (lenguas hindi y panjabí): Especie de turbante. Un *patka* es una pieza estrecha de tela que se envuelve alrededor del pelo largo de un sikh. El *pagdi* o turbante se ata por encima del *patka*. Si se observa a un sikh que lleve turbante, puede verse en medio de su frente, al descubierto, una pequeña porción triangular del *patka*.

**patli** (lengua hindi): Delgado, escaso. En referencia a la tierra, significa que no es rica, no es productiva,

**patra** (jerga de Bombay, lengua marathi): Machete,

**patta** (lenguas hindi y marathi): Literalmente, «correa», pero en las comisarías de policía de Bombay se refiere a un pedazo largo de lona tomado del tipo de cinta que transporta maquinaria. La correa se fija a un mango de madera y se utiliza para golpear a los detenidos durante los interrogatorios. La ventaja para los policías es que la *patta* no deja tantas marcas como otros instrumentos,

**pav** (lengua marathi): Pan, deriva de la palabra *pao* en portugués,

**pav-bhaji** (lengua marathi): Un plato especialmente popular en Bombay. *Bhaji* consiste en patata especiada y curry de verduras, y *pav* es pan, que se cuece en la misma sartén donde se prepara el *bhaji*.

**paya** (lenguas hindi y urdu): Manitas de cabra al curry,

**peda** (lengua hindi): Un dulce originario del norte de la India. Suele tener aspecto de galleta gruesa. Se elabora con leche espesa y azúcar,

**peetal** (lengua hindi): Latón. En la jerga de los bajos fondos, se denomina así a las libras esterlinas.

**pelo** (jerga de Bombay, lengua hindi): Es un verbo, significa «golpear», «impactar». En la novela se refiere a practicar sexo,

**peri pauna** (lengua panjabí): «Toco tus pies». Es lo que se dice al tocar los pies de alguien mayor, por quien se siente un inmenso respeto,

**peti** (jerga de Bombay): Alude a la cantidad de 100.000 rupias (un *lakh*).

**PG** (inglés): *Paying Guest*, huésped de pago. Se emplea esta abreviatura para aludir a alguien que vive en casa de otra persona (por lo general ocupando una habitación) y paga alquiler, y también se emplea la expresión para aludir al alojamiento en sí mismo, por ejemplo: «Acaba de encontrar un PG bueno en Bandra».

**phat** (lengua hindi): Una onomatopeya; como el ruido de un balón al pincharse. En ocasiones se emplea para aludir a algo que se desvanece, que implosiona.

**phataak** (jerga de Bombay): Explosivo, caliente. El sonido de una explosión.

**phatakdi** (jerga de Bombay): Sexy y explosivo como un barril de pólvora. Un *pataka* es un barril de pólvora, de modo que *phatakdi* se refiere a la explosión que puede provocar un *pataka*.

**phatkari** (lengua hindi): Alumbre.

**Phoolon ki Raani** (lengua hindi): Título de una película ficticia: «Reina de las flores»,

**phuljadi** (lengua hindi): Bengala.

**phulka** (lenguas hindi y panjabí): Tipo de pan sin levadura que es muy suave y esponjoso, y más pequeño y ligero que el *chappati* o el *roti*.

**pichkari** (lengua hindi): Atomizador con forma de jeringa. Es como una pistola de agua.

**pir** (lengua urdu): Santo y maestro sufí.

**pocha** (lenguas hindi y panjabí): Mopa.

**podhina** (lengua hindi): Menta.

**poha** (lenguas hindi y marathi): Un aperitivo especiado que se hace con copos de arroz. También se dice *pohe*.

**pohe** (lengua marathi): Véase *poha*.

**policiya** (jerga de Bombay): Policía,

**poora** (lengua hindi): Completo, total,

**potli** (lengua hindi): Una especie de bolsa de tela,

**prakriti** (lengua hindi): Naturaleza.

**pralay** (lenguas hindi y sánscrito): En la mitología hindú se refiere al día en que la Tierra será destruida por la fuerza de la naturaleza, lo que los cristianos consideran el Día del Juicio Final. El significado literal de *pralay*, que deriva del sánscrito, es «destrucción»,

**pranaam** (lengua hindi): Saludo reverencial, inclinación respetuosa. Expresión que suele utilizarse para saludar a las personas mayores,

**pranayama** (lengua hindi): Ejercicio de yoga para el control de la respiración.

**prasad** (lenguas hindi y sánscrito): Comida que se ha ofrecido a los dioses y ha sido bendecida por ellos. En ocasiones, se da en cantidades pequeñas a los devotos en el templo, al final de la *puja* (ceremonia ritual).

**pravachan** (lengua hindi): Sermón, charla espiritual.

**PSI** (inglés): *Police Sub-Inspector*, subinspector de policía,

**pucca** (lengua hindi): Construcción de ladrillos y cemento. *Pucca* es, literalmente,

«sólido» o «permanente», en contraposición a *kuchcha* o «pasajero». Una construcción *kuchcha* está hecha de barro o arcilla, de modo que tiene goteras o se viene abajo con las primeras lluvias fuertes. Por lo tanto, lo que la gente quiere es una casa más resistente, *pucca*, que es más difícil de conseguir.

**pudi** (jerga de Bombay, lengua marathi): Cucurucho de papel, pequeño paquete de papel.

**pug** (lenguas hindi y panjabí): Turbante. También *pugree*.

**pugree** (lenguas hindi y panjabí): Turbante. También *pug*.

**puja** (lengua hindi): Oración. Ceremonia o rito religioso hindú. Acto cotidiano de los Hindúes para adorar y presentar ofrendas a sus dioses.

**pujari** (lengua hindi): Sacerdote hindú.

**puranpoli** (lengua marathi): Postre dulce que se Hace con Harina de trigo, aceite, coco rallado, azúcar sin retinar y, a veces, azúcar refinada,

**pardah** (lengua urdu): Literalmente significa «cortina». Se emplea, por extensión, para referirse al sistema social según el cual las mujeres se mantenían recluidas y sin mostrarse ante ningún Hombre que no fuese un familiar cercano.

**puri** (lengua hindi): Tipo de torta de pan redonda que se fríe en abundante aceite o *ghi* y luego se infla. Se hace con harina entera de trigo.

**purusha** (sánscrito): Unidad de medida, de longitud. Equivale a ciento veinte *angulas*.

**pustakalaya** (lengua hindi): Biblioteca.

**Pyaar ka Diya** (lengua hindi): Es el título de una película hindi inventada: «La lámpara del amor».

**qayamat** (lengua urdu): Apocalipsis.

**raand** (lengua hindi): Prostituta, como *randi*.

**Rabb mehar kare** (lengua panjabí): «Dios, ten piedad».

**raddi** (lengua hindi): Literalmente, «desecho» o «cosa usada». Por ejemplo, la gente le vende periódicos viejos y revistas al raddi-vala, que se encarga de reciclar el papel. También le venden ropa vieja, electrodomésticos, y el raddi-vala los reutiliza.

**Radha game ke game Mira?** (lengua gujarati): Frase de una canción propia del baile gujarati llamado *dandia raas*. La frase dice: «¿Te gusta Radha o te gusta Mira?».

La pregunta se dirige a Krishna; Radha es su amante, y Mira es su gran devota,

**ragdo** (jerga de Bombay): Frotar, rascar, menoscabar. Como nombre, *ragda* es el hecho de rascar,

**raita** (lengua hindi): Condimento hecho de yogur.

**raj** (lengua hindi): Imperio, dominio,

**raja** (lengua hindi): Rey, soberano.

**rajma-chawal** (lenguas hindi y panjabí): Judías rojas con arroz,

**rajput** (lengua hindi): Casta guerrera especialmente relevante en el Rajastán, compuesta por diversos clanes. Son legendarios por su espíritu luchador, constante, apegado a las tradiciones de su casta y al honor que asocian con ella. Tanto para los hombres como para las mujeres, la muerte era preferible al deshonor,

**rakshak** (lenguas hindi y marathi): Literalmente significa «protector», «defensor», «guardián».

**rakshasa** (lengua hindi): En la mitología hindú, se alude así a un demonio o espíritu.

**Ramayana** (lengua hindi, sánscrito): Una de las grandes epopeyas sánscritas, atribuida a Valmiki y compilada entre el 200 a. C. y el 200 d. C. Narra la historia de Rama. Lo hace a través de siete libros: en el primero y el último se glorifica a Rama como ser divino, mientras que en el resto aparece como un héroe humano.

**Ram-rajya** (lengua hindi): El *raj* de Rama, es decir, el reino de Rama,

**randi** (lenguas hindi y panjabí): Prostituta, ramera. Véase *raand*.

**rangoli** (lenguas hindi y gujarati): Arte hecho con polvo fino molido. Puede ser figurativo, o trazar dibujos abstractos. A menudo lo hacen las mujeres en la entrada de sus casas. Tiene importancia religiosa, y se asocia especialmente a la fiesta de Diwali, cuando las casas están limpias y embellecidas,

**rangroot** (lengua hindi): Recluta.

**rani** (lengua hindi): Reina, esposa de un rey soberano, o también mujer que gobierna ella misma como soberana,

**ras** (lengua gujarati): Literalmente, «zumo». En la novela se refiere a zumo de mango. Es muy espeso, como una especie de puré. Los gujaratis suelen comérselo untándolo sobre *puris*.

**rasgulla** (lengua hindi): Pastelillo de crema bañado en jarabe de agua de rosas.

**rashtra** (lengua hindi): Nación.

**Ravana** (lenguas hindi y sánscrito): El gran rey *rakshasa* (en el hinduismo se alude así a un demonio o espíritu maligno) de Lanka que es el antagonista en el *Ramayana*. En realidad es un hombre muy culto y un gran yogui (devoto del yoga).

**RAW** (inglés): Research and Analysis Wing, Departamento de Investigación y Análisis. Es la agencia de inteligencia de la India que se ocupa del contexto internacional,

**reham** (lengua urdu): Piedad, misericordia.

**Rehne do, yaaron, main door ja raha hoon** (lengua hindi): Es una frase de una canción de la película *International Dhamaka*, la película que produce Gaitonde: «Dejadme, amigos, me voy lejos»,

**reshmi kebab** (lenguas hindi y urdu): Literalmente, «*kebab* plateado». Se denomina así porque la carne que se emplea en estos *kebabs* es muy suave y succulenta,

**rishi** (lengua hindi): Sabio, profeta,

**rogan josh** (lengua hindi): Cordero al curry.

- roti** (lengua hindi): Torta de pan que se Hace con harina de trigo sin levadura, cocinada sobre una parrilla, y que se toma para acompañar otras comidas.
- rumali rotis** (lengua hindi): *Roti* es una torta de pan que se hace con harina de trigo sin levadura, cocinada sobre una parrilla. *Rumali* significa «como un pañuelo». Las *rumali rotis* son unas tortas redondas, grandes y muy finas.
- saab, sahib** (lenguas hindi, panjabí y urdu): Señor,
- saadi** (lengua hindi): Literalmente, «ordinario». En el contexto de la novela, se refiere a un tipo de licor destilado muy barato, a menudo hecho y vendido de forma ilegal,
- saala** (lenguas hindi y panjabí): Hermano de la esposa, cuñado. A veces se emplea como insulto suave.
- saali** (lengua hindi): Cuñada, Hermana de la esposa. En ocasiones se emplea como insulto suave,
- sabji** (lengua hindi): Verdura.
- Sabse Bada Paisa** (lengua hindi): Literalmente, «La mayor cantidad de dinero». Es el nombre de un programa de televisión inventado; después de *Kaun Banega Crorepati?* (véase entrada en este glosario) se Han realizado muchos con gran éxito,
- sabudane ki khichdi** (lengua hindi): *Khichdi* hecho con sagú en vez de con arroz.
- Sachin Tendulkar** (lengua hindi): Un jugador de críquet muy famoso,
- sadhu** (lenguas hindi y sánscrito): Santón, monje, sabio.
- sadial** (lengua hindi): Deriva del verbo *sadna*, «pudrir». *Sadial* es alguien que no se divierte, que se pudre en su propia infelicidad, o que echa a perder la diversión de los demás.
- Sadrakshanaya Khalanighranaya** (sánscrito): Es el lema de la policía de Bombay: «Proteged la verdad, destruid el mal».
- Sai Baba** (lengua hindi): Sai Baba es un famoso gurú indio, reconocido por los milagros que realiza delante de miles de personas. Se dice que incluso sus fotografías realizan milagros.
- salaam alaikum** (lenguas árabe y urdu): Siempre se responde con *Walekum as salaam*. Literalmente, en árabe, «la paz sea con vosotros... y con vosotros sea la paz». Funciona como saludo de cortesía, más o menos equivalente a «hola». Se emplea entre musulmanes, que son quienes suelen hablar urdu en la India y desde luego en Pakistán. Una transliteración más ajustada del árabe sería *As salaamu alaikum* y *Walaikum as salaam*.
- salaam** (lenguas árabe y persa): Es un saludo que significa, literalmente, «paz».
- salvar** (lenguas hindi, panjabí y urdu): Tipo de pantalones anchos que se estrechan en la cadera.
- salvar-kamiz** (lenguas hindi, panjabí y urdu): Combinación de ropa consistente en pantalones anchos que se estrechan en la cadera (*salvar*) y camisa larga, suelta y

sin cuello (*kamiz*). Es una forma de vestir originaria del Panjab, pero que se ha popularizado en toda la India.

**sama** (sánscrito): Alude a los himnos rituales del Samaveda, el tercer Veda. Su métrica consiste sobre todo en himnos cantados por sacerdotes.

**samaan** (lengua hindi): Literalmente, «tus cosas», «tu equipaje». Pero en la jerga de los bajos fondos de Bombay se emplea para referirse a una pistola, un revólver.

**samadhi** (lenguas hindi y sánscrito): En el hinduismo y el budismo, es el estado en que se logra un estado no dual de la conciencia. En ocasiones se cree que los grandes maestros que alcanzan el *samadhi* se encuentran en un estado de vida suspendida, de forma que pueden sobrevivir períodos largos sin comida, bebida, e incluso sin aire.

**samagri** (lengua hindi): Los elementos para una ofrenda: fruta, leña, flores, etc.

**samajwadi** (lengua hindi): Socialista.

**sambhar** (lengua hindi): Preparado de lentejas que suele acompañar a las *dosas*.

**samosa** (lengua hindi): Pastelillo triangular de pasta frita, relleno de carne picada o verduras.

**sanskar** (lenguas hindi y sánscrito): Cualidad o inclinación espiritual innata. También sacramento.

**sanyas** (lenguas hindi y sánscrito): Adopción de la vida espiritual; por lo general implica abandonar las cosas mundanas.

**sanyasi** (lenguas hindi y sánscrito): Quien practica *sanya*, se retira del mundo material y ocupa su tiempo en meditar o realizar otras actividades espirituales o religiosas. El *sanyasi* busca la iluminación, la unión con lo divino.

**sardar** (lenguas hindi y panjabí): Un *sikh* (véase entrada en este glosario).

**sari** (lengua hindi): Principal vestimenta de las mujeres en la India. Consta de una única pieza de tela que se enrolla alrededor del cuerpo y, finalmente, se deja colgando sobre la cabeza o un hombro,

**sarkari** (lengua hindi): Gubernamental,

**sarovar** (lenguas hindi y panjabí): Alberca.

**sarpanch** (lengua hindi): Jefe del *panchayat*; es elegido por el pueblo. El *panchayat* es el consejo del pueblo; es una institución muy antigua. El *panchayat* atiende los asuntos del pueblo, resuelve las disputas y, en ocasiones, administra castigos. Esta tradición se ha integrado en las actuales funciones constitucionales de los estados indios, de modo que un *panchayat* es parte importante de la vida de un pueblo,

**sarson** (lenguas hindi y panjabí): Mostaza,

**sarvajanik** (lengua hindi): Público, para todo el mundo,

**sasural** (lengua hindi): La casa de tu familia política. De modo que es una casa que no es tuya pero con la que estás muy familiarizado, que visitas a menudo. Los criminales de carrera llaman a la cárcel su *sasural*.

**Sati-Savitri** (lengua hindi): Esposa devota. Tanto Sati como Savitri son personajes mitológicos conocidos por la devoción que sentían por sus esposos.



**satrangi** (lengua hindi): Literalmente, «de siete colores». En la novela se refiere a un licor barato destilado también conocido como *tharra*, que a menudo se elabora y se vende de forma ilegal,

**sat-sri-akal** (lengua panjabí): Saludo panjabí. Literalmente viene a decir algo así como «bendito/bendita quien dice que la verdad es Dios». Se emplea solo para saludar a los sikhs, o a alguien identificado como tal.

**sattvic** (lengua hindi): En la filosofía hindú, en particular en el sistema Samkhya, en el mundo todo tiene tres *gunas* o cualidades: *sativa*, pureza; *rajas*, calor, pasión; y *tamas*, frío, inercia. Una presencia *sattvic* es pura, clara, y tiene la capacidad de purificar cualquier cosa que entre en contacto con ella. Una persona *sattvic* no es egoísta, trabaja por el bienestar general, se ha liberado de los deseos materiales.

**Satyanarayan Katha** (lengua hindi): Ceremonia religiosa para venerar al dios Vishnu (Satyanarayan).

**satyug** (lengua hindi): Véase *yuga* en este glosario. *Satyug* o *satya yuga* (la era de oro) es aquella en la que la moralidad está intacta y la creación en paz.

**saunf** (lenguas hindi y urdu): Semilla de Hinojo.

**sayyid** (lenguas urdu y árabe): Es un título honorífico que a menudo se otorga a los varones a quienes se considera descendientes del profeta Mahoma y sus nietos.

**seth** (lengua hindi): Comerciante adinerado. También se emplea como apelativo de respeto, como «señor».

**sethani** (lenguas hindi y panjabí): La esposa de un *seth*, un hombre rico.

**seva** (lengua hindi): Servicio.

**sev-puri** (lengua hindi): Aperitivo salado muy popular en Bombay. Consiste en *puris* crujientes cubiertos de *sev*, es decir, fideos crujientes hechos con harina de garbanzos. Se añade yogur, salsa de tamarindo y otros condimentos.

**shabad** (lengua panjabí): Es la palabra revelada de Vaheguru, Dios, en la religión sikh. Suele ser una frase de un himno o verso del *Guru Granth Sahib*, el libro sagrado de los sikhs.

**shabash** (lengua hindi): «Bien hecho» o «buen trabajo».

**shagun** (lengua hindi): Presagio, augurio.

**shakha** (lenguas hindi y sánscrito): Una *shakha* es la unidad o célula más pequeña de *Rashtriya Swayantsevak Sangh* (RSS), algo así como «Asociación Nacional de Voluntarios». La RSS es una organización hindú que promueve el nacionalismo cultural y las tradiciones morales y espirituales de la India. Consideran que el hinduismo es una forma de vida y que cualquiera que vive en el subcontinente, incluyendo a musulmanes y católicos, es hindú. *Shakha* significa, literalmente, «rama» en sánscrito. Cada *shakha* se reúne por la mañana o por la tarde para jugar, aprender tácticas y el uso de las armas, y para llevar a cabo rituales y debates. Por lo general, estos encuentros se desarrollan en patios y espacios abiertos, que permiten que gran cantidad de gente se pueda reunir para practicar deportes y hacer ejercicio.

**shamiana** (lengua hindi): Tienda grande cubierta con toldo o marquesina. Se utiliza en bodas u otros actos a los que acuden muchas personas.

**shammi kebabs** (lenguas hindi y urdu): *Kebabs* de cordero conocidas por su textura suave.

**shamshan ghat** (lengua hindi): El lugar donde se creman los cuerpos de los fallecidos.

**shandaar** (lenguas hindi y urdu): Magnífico, espléndido. *Shatidaar party* (fiesta *shandaar*) es una expresión que se emplea a menudo en las películas hindis.

**Shani** (lengua hindi): Saturno.

**shanne** (jerga de Bombay): *Shanne* es la forma en que aludes a alguien que es astuto, taimado, o que al menos lo pretende. Dependiendo de la entonación, puede referirse de forma crítica a alguien que intenta ser demasiado listo.

**Shayani Ekadashi** (lengua hindi): Festividad religiosa durante la cual se celebran procesiones y se ayuna,

**sher** (lenguas hindi y panjabí): Tigre.

**shloka** (sánscrito): Dístico sánscrito. Por extensión, versículo de un texto sagrado.

**SHO** (inglés): *Station House Officer*. Denominación que recibe un tipo de agente de policía del sistema policial indio. Es un agente que permanece en la comisaría.

**shosha** (jerga de Bombay): Ardid, juego sin significado sustancial. Se cree que procede de la palabra inglesa *show* (espectáculo). A los indios les gusta repetir palabras o sonidos para dar énfasis a lo que dicen, de ahí, por ejemplo: «¿Qué es este *show-sha*?».

**shri** (lengua hindi): Término honorífico masculino que denota respeto, equivaldría a «señor». El femenino sería *shrimati* (señora),

**shrimati** (lengua hindi): Término honorífico femenino que denota respeto, equivaldría a «señora». El masculino sería *shri* (señor),

**sikh** (lenguas panjabí y hindi): Significa literalmente «discípulo fuerte y tenaz». Quien profesa la religión sikh, que se desarrolló en el contexto del conflicto entre las doctrinas del hinduismo y el islam, para superar enfrentamientos. Fundada por Guru Nanak a finales del siglo xv e instituida como religión independiente en 1699 por Guru Gobind Singh. La doctrina básica del sikhismo consiste en la creencia en un único Dios (Vaheguru) y en las enseñanzas de los diez gurús del sikhismo, recogidas en el libro sagrado de los sikhs, el *Guru Granth Sahib*. El sikhismo combina el monoteísmo estricto, de origen musulmán, con tradiciones hindúes, y se opone al sistema de castas. El número de sikhs en el mundo se estima en unos 23 millones, lo cual hace del sikhismo la quinta religión mundial. Unos 19 millones viven en India, y la mayor parte de estos en el estado del Panjab, que incluye también una parte de Pakistán, aunque la mayor parte de los sikhs que vivían en el territorio actual de Pakistán emigraron a India tras la Partición de 1947 para evitar las persecuciones religiosas. Existen numerosas comunidades sikhs en Reino Unido, Estados Unidos y Canadá. También son una minoría

importante en Malasia y Singapur. Los hombres sikhs utilizan como segundo nombre *Singh*, que significa «león», tras su nombre de pila. Las mujeres utilizan *Kaur*, que significa «princesa», como segundo nombre. El rechazo de los sikhs al sistema de castas se refleja en que muchos de ellos prefieren evitar el uso del apellido, muy ligado a la identificación de las castas, utilizando solo su nombre de pila seguido de Singh o Kaur. Los sikhs practicantes deben llevar siempre las cinco *K*: *kesh* (pelo largo, sin cortar), *kanga* (pequeño peine para recogerse el pelo), *kara* (brazalete de acero o plata), *kacha* (ropa interior larga) y *kirpatt* (en sus orígenes era una espada ceremonial, pero actualmente solo es una pequeña daga. Simboliza poder y libertad de espíritu, autorrespeto, la lucha constante del bien y la moralidad sobre la injusticia. El *kirpatt* nunca debe desenvainarse para atacar, pero puede usarse para la autodefensa o para proteger a un tercero).

**sindur** (lengua hindi): Talco de color rojo mezclado con aceite de mostaza que tradicionalmente las mujeres hindúes casadas se colocan en la raya del pelo.

**soma** (lenguas hindi y sánscrito): Una bebida que a menudo se utiliza en rituales y ceremonias de la cultura védica. En el *Rigveda* hay muchas referencias a esta bebida y a la embriaguez que causa, que produce iluminación y conocimiento. Se elaboraba con una planta de la montaña, pero con el paso de los siglos se ha perdido la referencia en cuanto a qué planta era. Algunas investigaciones apuntan a que se trataba de setas y cáñamo.

**soonti** (lengua marathi): Plato de carne de cordero picada muy fina con cebolla, con la que se hacen bolitas o albóndigas que se fríen a fuego lento.

**SP** (inglés): *Superintendent of Police*, comisario de policía.

**subedar** (lengua hindi): Un rango del ejército indio. Por lo general un *subedar* dirige un pelotón.

**suhagg-raat** (lengua hindi): La primera noche que una pareja pasa junta después de la boda.

**supari** (jerga de Bombay, lenguas hindi y marathi): Expresión perteneciente al argot de los bajos fondos de Bombay, se refiere al trato que se hace para llevar a cabo un asesinato. Si se planea un *supari*, se contrata a alguien que se encarga de hacer el trabajo. Literalmente, quiere decir «nuez de betel», «nuez de areca», pues el ritual de los bajos fondos con el que se cerraba el trato para un asesinato consistía, de hecho, en comer *supari*.

**surah** (lengua árabe): En castellano, «sura». Cada una de las lecciones o capítulos en que se divide el Corán.

**surahi** (lengua hindi): Cántaro, jarro.

**suva** (lengua hindi): Eneldo.

**swami** (lengua hindi): Apelativo utilizado ante el nombre de santos y ascetas.

**tabla** (lengua hindi): Pequeño tambor; es el instrumento de percusión más popular de la música india, ya sea clásica, popular o religiosa.

**TADA** (inglés): Terrorist and Disruptive Activities (Prevention). Act, algo así como Ley de (Prevención de). Actividades Terroristas y Perjudiciales. Es una ley que estuvo activa en la India entre 1985 y 1997, esencialmente para prevenir actividades terroristas,

**tadi** (lengua hindi): Bebida alcohólica hecha de savia de diversos tipos de palmera, posteriormente fermentada,

**tadipaar** (lenguas hindi y marathi): Alguien a quien se le ha prohibido entrar en ciertas áreas, como, por ejemplo, los límites de una ciudad,

**tai** (lengua marathi): Expresión de respeto, significa «hermana mayor»,

**takath** (lengua hindi): Sofá tradicional,

**takli** (jerga de Bombay): Calva.

**taklu** (jerga de Bombay): Alguien que está calvo. «Calvito».

**tamasaic** (lengua hindi): Indiferente. Véase la entrada de *sattvic* en este glosario.

**tamasha** (lengua hindi): Espectáculo, entretenimiento,

**tambi** (jerga de Bombay, lengua tamil): Chico que trabaja en un puesto o restaurante de carretera. Deriva de la palabra tamil para decir «chico».

**tanduri rod** (lengua hindi): *Roti* preparado en un horno *tandur*, que es un horno cilíndrico, abierto en la parte superior,

**tanduri** (lengua hindi): Adjetivo que se aplica a cualquier comida preparada en un horno *tandur*, que es cilíndrico y abierto en la parte superior.

**tanga** (lengua hindi): Coche de caballos. Hasta hace poco, solía utilizarse mucho como taxi en ciudades pequeñas y pueblos. Todavía puede verse, pero generalmente ya no en las grandes ciudades,

**tangdis** (jerga de Bombay, lengua hindi): Muslos de pollo,

**tanki** (lengua hindi): Embalse, depósito, tanque,

**tapas** (lenguas hindi y sánscrito): Literalmente, «calor». Quienes practican yoga u otras disciplinas del cuerpo acumulan *tapas*, una energía natural que les permite «quemar» *karma* y llevar a cabo hazañas. En las leyendas, se cuenta que los grandes yoguis acumulaban tanto *tapas* que amenazaban con «quemar los tres mundos»,

**tapasya** (lenguas hindi y sánscrito): Práctica de meditación, que a menudo implica austeridad física y espiritual muy rigurosa.

**tapori** (jerga de Bombay): Expresión del argot de Bombay, muy local. Un *tapori* es un matón de poca monta, que generalmente se mueve por los barrios bajos y pobres. Un *tapori* quiere ascender y convertirse en un *bhai*, un gángster.

**Tarai gun maya mohi aayi** (lengua panjabí): Es una frase del *Guru Gramil Sahib*, el libro sagrado de los sikhs. En la novela se canta como *kirtan* o himno: «*Maya* [ilusión] con sus tres *guttas* [modos de ser] ha venido a tentarme; ¿a quién puedo contarle mi dolor?»,

**tari** (lengua marathi): Aderezo final de especias que se pone sobre *dal* u otras comidas cuando ya están preparadas,

**tathastu** (sánscrito): «Que así sea».

**tau** (lengua hindi): Tío paterno, hermano mayor del padre,

**tava** (lengua hindi): Plancha redonda, por lo general hecha de hierro, acero o aluminio.

**taveez** (lengua urdu): Talismán, a menudo bendecido por un hombre santo.

**teenpatti** (lengua hindi): Literalmente, «tres cartas». Es un juego indio de naipes.

**tehelka** (lengua hindi): Literalmente, «¡sensación!» o «¡escándalo!». En este caso, se alude de forma indirecta a un famoso periódico indio y página web donde se destapan corrupciones a través de timos y cámaras ocultas.

**tempo** (inglés): Tipo de vehículo, parecido a un *autorickshaw*, pero más grande. Se emplea con fines comerciales o para el transporte de mercancías. Puede recoger pasajeros, como un pequeño autobús, aunque es más frecuente el empleo de *autorickshaws* a modo de taxis,

**thal** (lengua hindi): Como *thali*. Por lo general una *thal* es una *thali* grande.

**thali** (lengua hindi): Bandeja, plato, fuente grande, generalmente de metal, que suele tener distintos compartimentos para que no se mezcle la comida.

**thana** (lengua hindi): Comisaría.

**thela** (lengua hindi): Carrito pequeño. Los vendedores de la calle a menudo llevan sus mercancías en un *thela*, que van empujando,

**thoko** (jerga de Bombay, lengua hindi). Literalmente es «golpear». También se emplea en la jerga de los bajos fondos para referirse a asesinar, del mismo modo en que los mafiosos norteamericanos emplean el verbo *hit* (golpear). Con menos frecuencia se emplea en el contexto sexual, para referirse a «follar», con tono vulgar,

**thoku** (jerga de Bombay): Si *thoko* es «golpear», un *thoku* es alguien a quien golpean; en el contexto sexual, un *thoku* es a quien se tiran, a quien joden. Es un término que conlleva un matiz denigrante y vulgar.

**tiffin** (lengua hindi): Es el almuerzo que se prepara en casa y se lleva un trabajador para comer en el lugar de trabajo. También se emplea el término para aludir al recipiente (que puede tener varios compartimentos o niveles y suele ser metálico) donde se lleva la comida.

**tikhat** (lengua marathi): Muy picante, lleno de chiles.

**tikka** (lengua hindi): Como *tilak*, es una marca de color de carácter auspicioso que llevan en la frente tanto hombres como mujeres. Esta misma palabra (aunque la pronunciación es distinta, sería con la «i» más corta), se refiere también a los pedazos de carne que se hacen a la brasa insertados en un pincho o brocheta. Así, en la novela se habla de *tikkas* de pollo, por ejemplo.

**tikkar-billa** (lenguas hindi y marathi): Jugar al tejo, a la rayuela.

**tilak** (lengua hindi): Como *tikka*, es una marca de color de carácter auspicioso que llevan en la frente tanto hombres como mujeres. Suele ser alargada y de color rojo, y se elabora con polvo de cúrcuma, pasta de sándalo o cenizas.

- tola** (lengua hindi): Poblado, asentamiento. También puede referirse a una unidad de peso, tradicional en la India, que equivale a unos 10,6 gramos.
- toli** (lengua hindi): Grupo, pandilla.
- toota-phoota** (lengua hindi): Quebrado, roto.
- tope** (lengua hindi): Literalmente, «canon». En ocasiones se emplea como jerga vulgar para aludir al pene.
- topi** (lengua hindi): Gorro, sombrero.
- TRP** (inglés): Siglas de *Television Rating Points*, índices de audiencia en televisión, cuotas de pantalla. Es un sistema para evaluar la popularidad de los programas de televisión, indicando el porcentaje de espectadores que están viendo un programa de televisión sobre el total que durante la emisión tiene encendido su televisor.
- Tu hi meri manzil** (lengua hindi): Una frase de una canción de la película hindi *Guide* («Guía», 1965): «Eres mi propósito, mi único destino». *Guide* se basó en la novela de R. K. Narayan, *The Guide* (1958).
- Tu kahan ye bataa, is nasheeli raat mein...** (lengua hindi): Frases de la película hindi *Tere Ghar ke Samne* («Frente a tu casa», 1963): «Dime, ¿dónde estás esta noche embriagadora?». Véase *He, chand taaron ne suna...*
- tulsi** (lengua hindi): Planta de albahaca.
- udipi** (lengua kannada): En el contexto de la novela, se refiere a un tipo de cocina vegetariana que tiene sus orígenes en la ciudad de Udipi, en el estado de Karnataka.
- usal** (lenguas konkani y marathi): En lenguaje coloquial, es un término colectivo para referirse a las diversas legumbres que pueden utilizarse para preparar un plato típico del estado indio de Maharashtra, que también se llama *usal*.
- uttapam** (lengua tamil): Plato del sur de la India. Torta frita hecha con pasta de arroz y lentejas. Suele estar rellena de cebolla, coco o verduras fritas.
- vada-pau** (jerga de Bombay): *Vada* es una especie de rodaja de patata. *Pan* es el término portugués para referirse a «pan». De modo que la rodaja se coloca entre rebanadas de pan o se enrolla en pan, y consigues algo así como una hamburguesa vegetariana,
- vah** (lengua hindi): Exclamación de sorpresa, «¡oh!».
- Vahan kaun hai tera, musafir, jayega kahan?** (lengua hindi): Una frase de la película hindi *Guide* («Guía», 1965): «Viajero, ¿quién, aquí, es tuyo? ¿Adónde irás?».
- Vaheguru** (lengua panjabí): El término para aludir a Dios en la religión sikh. Vaheguru es eterno, informe, y va más allá de cualquier cualidad y descripción.
- void** (lengua hindi): Médico en el sistema de medicina del Ayurveda, de carácter holístico, que tiene sus raíces en la cultura védica. Se considera que es el más antiguo de Asia, y sigue vigente en la actualidad,

**vala** (lengua hindi): Persona encargada de alguna misión específica, que realiza cualquier trabajo o presta cualquier servicio. Puede incorporarse como sufijo a casi todas las palabras para formar infinidad de compuestos. Ej. *paan-vala* es alguien que vende *paan*.

**vali** (lengua hindi): Femenino de *vala*. Ej. policía-*vali*.

**Vallavh re nakhva ho, vallavh re Rama** (lengua marathi): Es una frase de una canción marathi tradicional: «Rema, oh, barquero. Reina, oh, Rama».

**vatan** (lengua hindi): Hogar, país. Es un término con mucha carga emotiva que denota los sentimientos intensos que uno siente por su lugar de nacimiento, por los paisajes de su tierra natal.

**vediya** (lengua marathi): Loco, chiflado,

**ved-maharaj** (lengua hindi): Médico ayurvédico.

**veerji** (lengua panjabí): Término de respeto para referirse a un hermano mayor.

**vihara** (lengua hindi): Monasterio.

**vilayat** (lenguas hindi y urdu): Del árabe *wilaya*, que significa «provincia», «prefectura». En la India este término se refiere a Inglaterra, y, de forma más borrosa, a Europa.

**vilayati** (lenguas hindi y urdu): Adjetivo derivado de *vilayat*. Significa «provinciano».

**vira** (lenguas hindi y sánscrito): Guerrero.

**vizier** (lenguas hindi y urdu): También *wazir* (en castellano, «visir»). Literalmente, «ministro» o «consejero». En el juego de ajedrez en la India contemporánea es la pieza que en Occidente se llama «alfil».

**VJ** (inglés): *Video jockey*, quien presenta vídeos, anuncios sobre festivales o conciertos musicales en programas de televisión, como por ejemplo en la cadena MTV. Es un término que se ha creado por paralelismo con el de *disk jockey*, pinchadiscos.

**wicket** (inglés): En el críquet se refiere al conjunto de tres *stumps*, palos largos dispuestos verticalmente sobre el terreno, encima de los cuales se colocan horizontalmente dos *bails*, palos cortos.

**wicket-keeper** (inglés): En el críquet se refiere al bateador.

**yaar** (lenguas hindi y urdu): Expresión coloquial: «amigo», «colega», «compañero»; alguien muy cercano por quien se siente gran aprecio.

**yaari** (lengua hindi): Amistad, compañerismo.

**yadav** (lengua hindi): Es una casta hindú que procede de los clanes *kshatriya* (ver entrada en este glosario): También es un apellido, que denota esta casta.

**yagna** (lengua hindi): Ceremonia de sacrificio.

**yagna-sthal** (lengua hindi): El lugar donde tiene lugar una ceremonia o sacrificio religioso.

**yajman** (sánscrito): Patrocinador, anfitrión. En la novela, el *yajman* es quien patrocina la *yagna* o ceremonia de sacrificio.

**Ye dil na hota awaara** (lengua hindi): Frase de una canción de la película hindi *Jewel Thief* («Ladrón de joyas», 1967): «Si este corazón no fuese tan indigente...».

**yeda** (jerga de Bombay): Loco.

**Yeh shaam mastani, madhosh kiye jaye** (lengua hindi): Frase de una canción de la película hindi *Kati Patang* («Cometa al viento», 1970): «Esta tarde hermosa me embriaga...».

**yuga** (lengua hindi): Etapa o era en la concepción del tiempo de la filosofía hindú, según la cual el tiempo es cíclico y se divide en cuatro eras, cuatro *yugas*: *satya yuga* o *satyug* (era de oro), *tetra yuga* (era de plata), *dwapara yuga* (era de cobre) y *kaliyuga* (era de hierro). A medida que van pasando ciclos, la moralidad va degenerando.

**zamindar** (lengua hindi): Terrateniente que consigue sus tierras a través de un sistema hereditario, como burguesía terrateniente. Algunos *zamindars* descienden de la aristocracia, otros de familias militares o especuladores adinerados. Todos tienen pretensiones aristocráticas. Sus *havelis* o mansiones son grandes y se ubican en terrenos amplios, y son atendidas por mucho personal de servicio.

**zannat ki hoor** (lengua urdu): Hada celestial.



## NOTA DE LA TRADUCTORA

*Juegos sagrados*, ambientada en la ciudad de Bombay en los años noventa del siglo XX, es una novela repleta de historias de amor, pérdida, delincuencia, bajos fondos, crimen organizado, investigación policial, espionaje, exilio, ambición, dilemas morales, religión, política, corrupción, idealismo, familia, amistad, lealtad, traición, vidas y muertes. Todo eso... y mucho más. Su autor, Vikram Chandra, nos regala una obra excepcional sobre la esencia polifacética de Bombay, sus gentes, sus historias, con una íntima mirada a la vida cotidiana y un sugerente vaivén entre los espacios de lo público y lo privado. Es una novela que no deja a nadie indiferente, y que capta el interés y las ganas de seguir leyendo desde la primera hasta la última de sus muchas páginas.

Vikram Chandra (Nueva Delhi, 1961) no es un desconocido para el público lector internacional y español. Tras estudiar en la facultad Pomona de Claremont (California), en 1984 se licenció en Inglés con una especialización en literatura y escritura creativa. Poco después se matriculó en la facultad de cine de la Universidad de Columbia (Nueva York), pero la abandonó para dedicarse por completo a la creación literaria. En 1995 publicó la novela *Red Earth and Pouring Rain* (*Tierra roja y lluvia torrencial*, Siruela), con la que ganó el David Higham Prize for Fiction y el Commonwealth Writers Prize for the Best First Published Book en 1996. Hasta la aparición de su primera obra, Chandra trabajó como profesor de literatura y como programador informático. Su segundo libro, la colección de historias *Love and Longing in Bombay* (*Amor y añoranza en Bombay*, Espasa), apareció en 1997 y fue galardonado con el Commonwealth Prize for the Best Book for the Eurasian Region en 1998. En todo momento, Vikram Chandra ha disfrutado de una excelente acogida por parte de la crítica, además de despuntar como éxito de ventas y verse traducido a más de doce idiomas.

En la actualidad, reside a caballo entre Bombay y Berkeley (California), donde imparte clases de escritura creativa en la Universidad de Berkeley. El autor empleó siete años en escribir la que es su tercera obra, la novela *Juegos sagrados* (*Sacred Games*, 2006), publicada a mediados de 2006 y ya galardonada con el Hutch Crossword Award en lengua inglesa de ese mismo año. Además del castellano, en julio del presente año 2007 se tiene constancia de que la novela se ha traducido o se está traduciendo a otros catorce idiomas: coreano, holandés, alemán, hebreo, francés, italiano, portugués (en Brasil), polaco, búlgaro, croata, y lenguas indias como hindi, marathi y malayalam.

A mediados de 1996, Bombay fue rebautizada con el nombre de Mumbai a consecuencia de una corriente nacionalista de ideología conservadora, hablante de

marathi (una de las más de 1600 lenguas que se calcula que se hablan en India, dieciocho de las cuales están reconocidas en su Constitución), que llegó de la mano del gobierno estatal del Shiv Sena. El Shiv Sena, que se formó a mediados de los sesenta del siglo xx como partido antiinmigración, se manifiesta claramente en contra de la multiculturalidad y el cosmopolitismo de la ciudad, y a favor de la defensa de comunidades homogéneas e independientes unas de otras. Mumbai es el nombre original de la ciudad, en lengua marathi, del que Bombay sería la versión inglesa. Sin embargo, la mayor parte de la población, tanto en hindi como en inglés, sigue utilizando «Bombay». En *Juegos sagrados* somos testigos de cómo los ciudadanos alternan las denominaciones y cómo, en efecto, y a pesar de las intenciones políticas y su creación de guetos, las personas hacen su vida en un entorno indiscutiblemente diverso y transcultural.

Hoy en día, la India es un país pujante, que paso a paso se va convirtiendo en una potencia mundial. Pero, como sucede con muchos otros lugares, también es el hogar de un sistema de crimen organizado cada vez más fuerte y ambicioso, con repercusiones económicas y políticas de primer orden. Y como en otras partes del mundo, las mafias indias tienen conexiones con las agencias de inteligencia, otras organizaciones gubernamentales, grupos rebeldes y células terroristas. Entre todas estas hebras se crea una red intrincada que va más allá de lo local pero termina por influir en las vidas concretas de gente corriente.

La mirada que plantea la novela se centra, precisamente, en la humanidad que subyace a luchas estratégicas e intereses de todo tipo. Al mismo tiempo, como el presente nunca es una isla. Chandra traza pinceladas certeras mediante las que engarza una narración plenamente ambientada en la época actual pero que rememora acontecimientos históricos tan trascendentales en el devenir de la India moderna como la Partición de 1947, que se desarrolló como una guerra civil que dejó heridas todavía sin cicatrizar, cuando India se independiza y a la vez se crea Pakistán. También recuerda hechos más recientes como la destrucción de la Babri Masjid, o Mezquita de Babur, el 6 de diciembre de 1992, que desencadenó la violencia entre las comunidades hindú y musulmana, y que se extendió no solo por toda la India sino también por otros países con presencia tanto musulmana como hindú. De hecho, los lamentables sucesos de Ayodhya en diciembre de 1992 son los antecedentes de uno de los actos terroristas que más han impactado en la India desde la independencia: las explosiones en Bombay, en 1993, en las que murieron 257 personas y resultaron heridas más de setecientas, por la oleada violenta más fuerte que ha sacudido la ciudad, y que Chandra también recuerda en esta novela, junto con el 11-S y una reflexión sobre los peligros de una eventual confrontación nuclear.

No obstante, sobre esos temas de fondo emergen las pequeñas y grandes historias del elenco de seres humanos que transitan estos *Juegos sagrados*. Dos de ellos son los ejes de la narrativa, dos protagonistas principales, que de algún modo se complementan: el inspector de policía Sartaj Singh y el gángster Ganesh Gaitonde.

Sartaj Singh es el único inspector sikh de la ciudad de Bombay, pertenece a un grupo cultural-religioso minoritario en la India (el de los sikhs) y su posición no central en el entramado social de la ciudad, pero al tiempo oficial en su calidad de policía, hace de él un interesante canal para reflejar descriptiva y críticamente, desde un eje tanto vertical como horizontal, cómo es la vida cotidiana y las redes de poder en una ciudad tan plural y contrastiva como Bombay. A menudo, en la ficción policíaca, el personaje central, el investigador, es una figura intersticial, parcialmente marginada. En Sartaj Singh, su pertenencia a la comunidad sikh, no mayoritaria en la sociedad india predominantemente hindú, marca una seña particular de identidad. Singh es un hombre reflexivo, de vuelta de muchas cosas, pero no del todo descreído y con una sensibilidad latente, que él se encarga de mantener a raya cuando lo considera oportuno.

Este personaje también aparecía, como protagonista, en la historia «Kama», inserta en el segundo libro de Chandra, el volumen de relatos *Amor y añoranza en Bombay*, aunque la lectura de esta no es necesaria para entender aquí al personaje, es decir, la presente novela no se plantea como continuación de aquella historia. No obstante, para quienes hayan leído «Rama», *Juegos sagrados* nos permite no solo reencontrarnos con un antiguo conocido, el personaje de Singh, sino reconocer un tono narrativo y una forma de contar las cosas.

Pasados los cuarenta, divorciado, y un miembro no demasiado practicante de su religión, Singh es un «tipo duro» que desvela, en pequeños detalles, una profunda ternura y necesidad de afecto. Su historia, central en la composición de la novela, es la de sus investigaciones, sus pérdidas, sus logros, sus aciertos, sus errores, su ética, sus dudas, y su inesperado reencuentro con el amor, maduro y tranquilo, cuando conoce a Mary Mascarenas, hermana de la mujer (cuya identidad e historia irá descubriendo) que aparece muerta junto a Gaitonde. Sartaj y Mary pertenecen a dos minorías religiosas presentes en la India, los sikhs y los católicos, que junto con la mayoría hindú y el resto de religiones y creencias conforman un entramado múltiple que históricamente ha convivido en paz, pero que ha mantenido enfrentamientos en numerosas ocasiones a causa de intereses creados por las fuerzas políticas.

Ganesh Gaitonde, el otro personaje-eje de la novela, es un tipo hecho a sí mismo, que asciende a golpe de escoplo en el mundo de las mafias y el crimen organizado en Bombay, que se ramifica ampliamente hasta abarcar no solo el tráfico de armas y objetos de valor, sino que hace incursiones en la industria del cine, popularmente conocida como Bollywood, y apuntala conexiones internacionales que más allá de las ciudades indias llegan hasta Dubai o Bahrain.

El personaje de Gaitonde se revela a sí mismo, narrando su historia, su ascenso y su caída, en primera persona en las secciones que se le dedican. No queda retratado simplemente como un mafioso reprobable, sino que, al «oír» su vida en su propia voz, el lector termina por forjarse de él una imagen humanizada que no disculpa sus delitos pero comprende al ser humano en su contexto de supervivencia. Dentro de sus

circunstancias, Gaitonde es un hombre con cierta ética y sentido del honor. Se suicida para evitar más muerte a su alrededor, decepcionado y agotado por la maldad y la falsedad que le envuelve. Gaitonde muere en el segundo capítulo de la novela, el que sirve para su presentación, de forma que, desde el punto de vista narrativo, a partir de ese momento los capítulos que él relata en primera persona, contándole con todo lujo de detalles su vida a Sartaj Singh, reflejan una voz narrativa que, absolutamente realista en la forma, el lector asume como inserta en un pacto de ficción (él ya está muerto). Es, de alguna forma, la voz de su conciencia, explicándose a sí mismo en una suerte de catarsis.

Discursivamente, las secciones de la narración de Gaitonde discurren en paralelo a los capítulos que narran (en tercera persona) cómo se desarrolla la investigación de Sartaj Singh para averiguar las circunstancias de la muerte de Gaitonde y la misteriosa mujer que aparece muerta con él, Jojo Mascarenas, dedicada a gestionar un negocio de prostitución de lujo.

Al mismo tiempo, la novela presenta insertos que van incorporando trazos de las historias de otros personajes que nos ayudan a entender mejor el contexto sociopolítico de lo que sucede, de implicaciones nacionales e internacionales, actos terroristas disfrazados de reivindicaciones religiosas que, en el fondo, nada tienen que ver con la religión entendida como creencia sino con la religión como impresionante sistema de poder. Como en una especie de *zapping* literario, el vaivén entre narrativas entrelazadas se emplea como recurso tanto creativo como crítico. Y, ante todo, los hilos que componen el tapiz de la novela están dispuestos de tal forma que es el público lector, únicamente, quien puede obtener toda la perspectiva.

*Juegos sagrados* es tanto un thriller como un antithriller, una novela policíaca, negra y detectivesca, y una novela social y crítica. Chandra se sumerge en este género, en muchas ocasiones marginado y orillado del gran canon literario, pero siempre elogiado por quienes, como Jorge Luis Borges, Bertolt Brecht o Julia Kristeva, lo entienden como espacio abierto al cuestionamiento, la exploración artística de los límites y posibilidades del ser humano, y, en muchas ocasiones, una revuelta contra el sistema.

Con todo, esta novela no plantea ni respuestas ni soluciones fáciles, sino que abre una ventana a la realidad, las luchas de poder, las distintas ideologías, las culturas y las relaciones interculturales, sin juzgar ni presuponer, sin simplificar. Chandra no construye una historia detectivesca en el sentido más tradicional, planteando un caso por resolver que termina explicándose gracias a la aplicación de la lógica y el análisis de las pistas, sino que muestra los muchos estratos de historias que confluyen en las vidas de los protagonistas, y cómo estos, en definitiva, se ven inmersos en una red compleja hilvanada por intereses políticos, ideologías y acontecimientos del pasado. Chandra se centra en mostrarnos cómo la gente logra salir adelante, a pesar de todo, o cómo en ocasiones las circunstancias llevan a tomar determinadas decisiones. Por todo ello, entre otras cosas, *Juegos sagrados* es una novela negra y mucho más. La

ética, estética y política de esta narración rinde tributo al ser humano, con sus luces y sus sombras. No hay buenos o malos, sino personas, en una infinita variedad de grises. No se está del lado de la ley o al margen de ella, sino en el mundo, complejo y diverso.

Los personajes son redondos, tienen profundidad, son de carne y hueso, están bien delineados, con hondura psicológica y emocional. Como en toda gran historia, no solo nos sentiremos conmovidos por los protagonistas, sino también por todo un elenco de secundarios excelentes, humanos, vibrantes, sinceros. Pues, además de las dos grandes voces narrativas, centradas en Sartaj Singh y Ganesh Gaitonde, *Juegos sagrados* está atravesada de múltiples historias entrelazadas, de personajes que en su profunda humanidad provocan una ternura indeleble: un antiguo agente del servicio de inteligencia indio arrasado por la amnesia al final de su vida, que lucha consigo mismo por mantener su tesoro máspreciado, su memoria; un niño de la calle, inteligentísimo y capaz, pero sin posibilidades de lograr un lugar mejor en el mundo que le ha tocado vivir, abocado a la pobreza y el fracaso de forma irremediable; unas hermanas que se adoran y que se pierden para siempre la una a la otra en el fragor de los conflictos durante la Partición. Con pequeñas historias humanas como estas. Chandra enhebra una narrativa con espléndidos recodos de emotividad.

Esta es una novela realista, muy bien documentada tanto en el fondo como en la forma, que capta el lenguaje de distintos orígenes culturales e incluso el argot de la policía y las mafias de Bombay. No en vano, *Juegos sagrados* no solo es la culminación de siete años de escritura, sino también de muchas horas de investigación tanto en Bombay como en otras ciudades, como Bihar, al norte del país, o Dubai, en los Emiratos Arabes Unidos, para la cual Chandra contó con la ayuda y amistad de muchos informantes, y en especial del periodista Hussain Zaidi.

Así, uno de los valores de la novela es precisamente su presentación directa, su crónica perfectamente definida y bien reflejada del contexto político, social, religioso, lingüístico y cultural de la sociedad urbana india contemporánea, concretamente del verdadero centro neuronal del país, Bombay. Se trata de una sociedad compleja, de increíble pluralidad, que Chandra jamás simplifica: policías, mafiosos, políticos, mujeres que tratan de labrarse un camino en ocasiones a costa de sí mismas, inmigrantes marginados en las zonas más deprimidas de la ciudad, niños de la calle, clases medias...

El estilo de la prosa es ágil, visual. Podría decirse que el pulso narrativo es casi cinematográfico, con profusión de diálogos muy bien contruidos. De hecho, a pesar de no haber continuado con sus estudios fílmicos, el vínculo de Chandra con el cine se ha mantenido vigente, y el autor ha participado como guionista de la película *Mission Kashmir* (2000), dirigida por su cuñado Vidhu Vinod Chopra. Asimismo, la madre del autor, Kamna Chandra, es una reconocida autora de numerosos guiones de películas en hindi, y sus hermanas también están vinculadas al séptimo arte: Tanuja Chandra como directora y guionista, y Anupama Chopra como crítica y autora de

libros sobre películas del cine indio.

También en el plano discursivo, Chandra refleja magistralmente el lenguaje de Bombay, el inglés que allí se emplea, trufado de Hindi, panjabí, marathi, y tantas otras lenguas indias más. Ante todo, hablar del lenguaje de la novela significa reconocer que este es el proyecto lingüísticamente más híbrido del autor. Chandra se ha apropiado de la lengua inglesa, como vehículo comunicativo en la ficción india contemporánea, y la utiliza con total libertad teniendo en cuenta su adscripción poscolonial. Así, indianiza el inglés haciendo uso de dos recursos esenciales: la expansión sintáctica (es decir, utilización de frases largas, con ayuda de la coordinación y la aposición, el uso extensivo de comas y los paralelismos estructurales), y, como segundo recurso, el empleo de palabras y frases en lenguas indias, casi nunca traducidas en el texto, aunque por el contexto que las rodea se comprende el campo semántico al que pertenecen. En esta novela, Chandra también se atreve a hibridizar el inglés hasta tal punto que llega a conjugar en esta lengua verbos en hindi, como por ejemplo observamos en *chodoed* (el verbo es *chodo*, *-ed* es el sufijo que marca pasado) o *bajaoing* (el verbo es *bajao*, *-ing* es el sufijo que marca gerundio).

Esta traducción ha buscado transmitir el tono y la identidad cultural de la prosa de Chandra y para ello se han respetado las expansiones sintácticas y el resto de indianizaciones (como, por ejemplo: *bajaoando*), y han mantenido sin traducir los términos que el autor emplea en diferentes lenguas indias. Así, las palabras en hindi, marathi, panjabí, sánscrito, gujarati, malayalam, maithili, marwari, angami, kannada, konkani, bengalí, cachemira, tamil, urdu, árabe y la jerga de Bombay que aparecen en el original, y que allí no se traducen, se han preservado de igual modo en la versión en castellano. Al tiempo, se han conservado algunas expresiones también en inglés, como parte del mosaico multilingüe que dibuja la novela.

Vikram Chandra es consciente de la diferencialidad que suponen las expresiones en lenguas indias para un público lector no indio, y para otras comunidades lingüísticas en la propia India. El multilingüismo es, pues, un valor que se palpa y defiende en la textura de esta novela. Con todo, para quienes estén interesados, como documentación complementaria, he preparado un glosario de términos y expresiones que puede consultarse alfabéticamente. En algunos casos, gracias a la colaboración previa del indólogo Enrique Gallud Jardiel, se ha recurrido a una transliteración que acerque los términos a lo que sería su pronunciación en castellano, eliminando las particularidades inglesas que resultan de transliterar estos términos desde sus lenguas originales al inglés, pero que no corresponden con el castellano al que se acercan en esta traducción. El propio Chandra preparó un glosario selectivo, disponible en su página web, no incluido en la publicación original del libro pero al que se remite. Esta traducción ha tomado ese glosario como punto de partida, pero lo completa para incluir todos aquellos términos, siglas o frases que pueden ampliar la visión sociopolítica y referencial de la lectura.

Como apuntaba Susan Sontag en su ensayo «El mundo como la India» (original de 2002; véase *Al mismo tiempo. Ensayos y conferencias*, Mondadori, Barcelona, 2007), en traducción las opciones lingüísticas siempre implican modelos éticos. En ese sentido, como traductora, he tratado de no naturalizar la diferencia, para no privar al público lector de la otredad que proviene de la lectura, y que en un texto culturalmente tan híbrido y rico como este nos abre una puerta a la diversidad, entendida como valor.

Al tiempo, para traducir la novela al castellano he contado con la colaboración desinteresada de muchas fuentes personales que me han ayudado a ajustar términos y conceptos, y con quienes me siento profundamente agradecida. Ellos y ellas saben quiénes son. Cualquier fallo es, lo asumo, de mi entera responsabilidad.

La experiencia de traducir *Juegos sagrados* ha sido única, excepcional. El autor creó un espacio web de acceso restringido a editores, traductores y amigos cercanos, donde las trujamanas de distintas lenguas nos hemos encontrado, entre nosotras y con el autor, con quien hemos compartido dudas y pequeñas certezas que nos han ayudado a trasvasar esta novela.

Con honestidad y sin artificio, Chandra plantea que, en definitiva, no existen los bajos fondos como inframundo apartado del contexto en que vivimos, sino que todos los fondos, bajos y no tan bajos, conforman el mundo que nos rodea, con sus miserias, podredumbres, injusticias y violencias, también con sus esperanzas, posibilidades, bondades y sueños por cumplir. Solo la vida misma.

*Juegos sagrados* es realista, sagaz, dura, tierna, tremendamente inteligente. Plantea una mirada lúcida y abarcativa sobre la innegable microfísica del poder que envuelve a las sociedades contemporáneas. Donde nada ni nadie puede escapar a las reglas del juego. O casi.

Dora SALES Salvador  
Universidad Jaume I

## AGRADECIMIENTOS

Algunos de los viajes realizados para preparar este libro fueron financiados por una beca de Prestación de Fondos Universitarios de la Universidad George Washington.

Estoy agradecido a mis antiguos colegas de la Universidad George Washington por su apoyo y paciencia, especialmente a mis amigos del Programa de Escritura Creativa: Faye Moskowitz, David McAleavey, Jody Bolz, Jane Shore, Maxine Claire.

S. Hussain Zaidi ha sido extraordinariamente generoso con su amplio conocimiento, cálida amistad y apoyo sin límites, estoy en deuda con él.

Muchos otros me han ofrecido ayuda, información y hospitalidad mientras escribía este libro:

Anuradha Tandon; Arup Patnaik, subdirector general, CBI; Rajan Gule, inspector adjunto de policía, Departamento de Investigación Criminal; Fazal Irani; Akbar Irani; Sanjay Rangnekar, inspector adjunto de policía; Violet Monis; Iqbal Khan; Imtiaz Khan; Nisha Jamwal; Rajeev Samant; Rakesh Maria, subdirector general de la policía de Bombay; Viral Mazumdar; Bandana Tewari; Shernaz Dinshaw; Nonita Kalra; A. D. Singh; Sabina Singh; Rajiv Somani; Aftab Khan; Rasna Behl; Ashutosh Sohni; Shruti Pandit; Kalpana Mhatre; Deepak Jog, DCP; Srila Chatterjee; Sherry Zutshi; Namita Waikar; Shashi Tharoor; Julia Eckert; Jaideep y Seema Mehrotra; el doctor Ashok Gupta; Namrata Sharma Zakaria; el doctor Amiq Gazdhar; Farzand Ahmed; Menaka Rao; Gyan Prakash.

En Delhi, Panjab y Jammu y Cachemira: Harinder Baweja; A. K. Sehgal; Amit Sehgal; Manohar Singh; Agha Shahid Ali; Shafi; Sumit (Surd). Nurpuri; Praveen Swami.

En Bihar: Sanjay Jha; Vinod Mishra; Ravinder Jadav; Ashok Kumar Singh, SP, Gaya; N. C. Dhoundial, subdirector general de la policía de Gaya; K. R. Prasad, inspector adjunto SP, Gaya; Sunit Kumar, inspector general de policía, Patna; Subnath Jha; Bibhuti Nath Jha «Mastan»; Gopal Dubey; Surendra Trivedi; Sh. Shaiwal.

Hay otros a quienes no puedo nombrar. Ellos saben quiénes son.

Como siempre, estoy agradecido a mis padres, Navin y Kamna, y mis hermanas, Tanuja y Anupama; mi amiga y apoyo, Margo True; Eric Simonoff; Julian Loose; David Davidar; Terry Karten; y Vidhu Vinod Chopra.

Y a Melanie, que lo cambió todo.

Los himnos del capítulo «Ganesh Gaitonde explora su propio yo» proceden del *Rig Veda*. He adaptado las traducciones de Raimon Pannikar (*The Vedic Experience*, Motilal Banarsidas, 2001).

Vikram Chandra



# Notas

[1] Este libro ha sido digitalizado desde su versión en papel para la página epublibre. Si te lo has bajado de algún otro lugar, no dudes en visitarnos para poder tener el libro actualizado y corregido, cosa que hacemos conforme a los reportes de los usuarios. Si encuentras alguna errata, apúntala para ayudarnos a mejorar. <<

[2] El glosario contiene todos aquellos términos que originariamente aparecen en el texto en alguna lengua india, así como expresiones y siglas cuya comprensión entraña especial significado en la novela. En la presente edición hemos optado por consignar en cursiva esos términos y expresiones solo cuando aparecen por primera vez, a modo de llamada de atención para su búsqueda en el glosario. (N. de la T.). <<

[3] Contiene todos aquellos términos que originariamente aparecen en el texto en alguna lengua india, así como expresiones y siglas cuya comprensión entraña especial significado en la novela. En la presente edición hemos optado por consignar en cursiva esos términos y expresiones solo cuando aparecen por primera vez, a modo de llamada de atención para su búsqueda en el glosario. Para la elaboración de este glosario, compuesto por términos, frases y siglas en diversas lenguas indias como hindi, marathi, panjabi, sánscrito, gujarati, malayalam, maithili, marwari, angami, kannada, konkani, bengalí, cachemira, tamil, urdu, árabe, inglés y la jerga de Bombay, ha resultado imprescindible la más que generosa ayuda del autor, Vikram Chandra, junto con el glosario explicativo que él mismo ha elaborado, disponible en su página web: <http://www.vikramchandra.com/>. En todos los casos se ha indicado la lengua a la que pertenece cada término o expresión. (N. de la T.) <<